This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 06827765 0

Nieremberg.

ZMTK

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

TOMO III

MISIONES DE FILIPINAS.—MÉJICO.—CANADÁ.—BRASIL

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1889

Nieremb.
Z MTI

VARONES ILUSTRES

TOMO TERCERO

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

Nieremberg, Juan Eusebio

TOMO III

MISIONES DE FILIPINAS.—MÉJICO.—CANADÁ.—BRASIL

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1889

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
66474A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R

BILBAO: Imprenta del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7

MISION DE FILIPINAS

P. ANTONIO SEDEÑO

FUÉ este santo varon raro ejemplo de virtudes en vida y no ménos en su muerte, y así fué muy estimado de gentes de todas suertes y estados, y particularmente eclesiásticos y religiosos, que reconocian en él una virtud admirable.

Siendo mancebo salió de España en servicio del Duque de Feria, y fué recibido en la Compañía en Loreto. Estudió en Pádua y tuvo en Roma á su cargo el colegio Germánico, de donde S. Francisco de Borja le envió al Japon. Llegó á Sevilla, y como supiese allí que ya las naves de la India eran partidas de Lisboa, esperó nueva obediencia: ésta fué dándole eleccion que se embarcase para el Perú ó la Florida.

Escogió la Florida como á ménos rica y más dispuesta para padecer en ella muchos trabajos por Cristo, y no se engañó; porque en ella y en la Habana padeció muchísimos en mar y en tierra, de hambres, frios, cansancios, tempestades, incomodidades, desamparos y peligros de la vida. Aconteciόle caerse por las playas marchando á pié y enfermo, sin poderse más mover, entre indios de guerra, cruelismos que habian muerto á otros de la Compañía, y escapar de ellos sin saber cómo. Mucho tiempo no comió sino un puñado de maiz, sembrado y cogido por su mano, y no más porque hubiese otro tanto que dar á pobres.

No dejó de hacer algun fruto entre aquellos fieros bárbaros y descubrir el enredo de sus hechiceros, que, parte con arte diabólica, y parte con fraudes y mañas, engañan aquella gente. Pondré sólo un ejemplo del modo con que engañaban, áun sin intervenir pacto con el demonio. Fingia un hechicero curar á los enfermos, aplicando un cañuto en la parte donde el enfermo sentia más el dolor, y luégo con la boca á la parte contraria atraia el aire de dentro, y hecho esto, echaba de ella tres piedrezuelas, que fingia haber sacado del cuerpo del enfermo. Hízole el Padre una vez con buen modo echar de la boca las piedras ántes de aplicar el cañuto, y se descubrió su embuste. Mejor

curaba el mismo P. Sedeño, el cual en una pestilencia que corrió entre aquellos bárbaros, se hizo médico, por poder bautizar los que muriesen de ella, y así envió muchos de ellos al cielo.

De aquí fué enviado á la Nueva España, y fué el primero de la Compañía que entró en la ciudad de Méjico, donde con su buena vida y doctrina aficionó al virrey, á los oidores y ciudadanos tanto, que luégo trataron de pedir de España, como lo hicieron, gente de la Compañía, y fundar en Méjico un colegio, como se hizo y fundó, siendo Rector el P. Antonio Sedeño, que lo sacó de cimientos y labró un cuarto que hoy dura.

Estando aquí, tuvo ocasion de ir á las Filipinas por estar más necesitadas: llevóle á aquellas islas el primer Obispo de ellas, D. Fray Domingo de Salazar, religioso del Orden de Santo Domingo, que despues murió, Arzobispo de Manila, en la ciudad de Toledo.

Este gran Prelado habiendo ido de su provincia de Méjico á tratar con el rey católico D. Felipe II negocios graves, y siendo nombrado por Su Majestad Obispo de Filipinas, pidió luégo al rey gente de la Compañía para llevar allá consigo; y así sacó de la Nueva España para llevarlos consigo, á los primeros de la Compañía que entraron en aquellas islas, que fueron el Padre Alonso Sedeño y el P. Alonso Sanchez.

Por la mar eran tan recogidos en su camarote el P. Sedeño y su compañero, y tan compuestos en su proceder, que componian toda la nave, y así era su doctrina muy estimada.

Entraron nuestros dos Padres en la ciudad de Manila sin manteos, porque los que habian sacado de Méjico, se les habian gastado y podrido en el viaje. Fuéronse á posar á S. Francisco, donde aquellos benditos Padres los tuvieron con mucha caridad hasta que hallaron casa, la cual tomaron en un arrabal, una milla de Manila, llamado Lagueo, bien pobre y estrecha, y tan mal alhajada, que la misma arca donde guardaban los libros, era la mesa donde comian.

Lo que comieron por muchos dias fué solo arroz cocido en agua sola, sin sal, ni aceite, ni carne, ni pescado, ni áun huevo ni otra cosa alguna, y á veces por regalo alcanzaban unas sardinas saladas. Mas el buen Obispo que los habia llevado, no les dejó mucho tiempo así desacomodados. Porque no sólo les dió su librería, é hizo otras limosnas y obras de verdadero padre, sino que luégo trató de mejorarles la habitacion, aunque en el mismo sitio, por la inclinacion que halló en aquellos primeros Padres á no mudarse de allí; y así dándoles Andrés Cauchela, contador del rey Católico en aquellas partes dos cuadras de solares, que tenia en aquel sitio, á instancia del mismo Obispo y por mandado del gobernador, con hacienda del rey de España y limosna

de particulares se hizo una buena casa de madera y en ella su iglesia, donde nuestros Padres ejercitaban sus ministerios con gran fruto.

Tres años despues crecieron en número, porque enviando el rey Católico su real Audiencia á aquellas islas el año de 1583, y por presidente de ellas y gobernador de las islas, lugarteniente de su majestad al doctor Santiago de Vera, su consejero y juez en la real cancillería de Méjico; él al tiempo de su partida de Méjico, pidió al P. Dr. Juan de la Plaza, que entónces era Provincial en la Nueva España, algunos Padres que llevar consigo á las islas, en lo cual no sólo hizo instancia por sí, sino por otros personajes y ministros del rey, afirmando que en ninguna manera habia de ir sin ellos.

Con esta fuerza se alentó el P. Provincial á sacar de los pocos que entónces tenia en su provincia, cuatro sujetos, que fueron el P. Ramon de Prados, catalan; P. Francisco Almerique, italiano; P. Hernán Suarez, castellano, y el H. Gaspar Gomez, coadjutor, que todos cuatro han sido de mucho provecho en aquellas partes.

Fué tan grande el contento de este cristianísimo varon cuando se le dió el recado de nuestro Provincial, que le llevaron dos de los nuestros, concediéndole de su parte estos cuatro sujetos, que luégo delante de ellos se hincó de rodillas, y dió gracias á nuestro Señor porque habia alcanzado llevar los ministros de que se sirve en la conversion de las gentes, que así lo dijo él.

Con este socorro, aunque tan corto, dispuso las cosas el P. Sedeño de manera, que no sólo se ejercitase su caridad con los españoles, pero que se extendiese á los gentiles, chinos y luzones; haciéndose de todos notables conversiones, favoreciéndole nuestro Señor con algunas maravillas y providencias particulares; diré una que se me ofrece ahora:

Un pagano de aquellos isleños pasaba el rio de Manila en una barquilla muy pequeña, que las hay tanto, que no llevan dos dedos de bordo fuera del agua; y como hay tantos caimanes en aquel rio, que en esto es otro Nilo, encontróle uno que luégo le echó la garra y le zambulló al fondo, que es diligencia que ellos hacen con natural instinto, para matar y asegurar la presa.

Él, como otro Jonas debajo del agua, invocó de todo corazon al Dios de los cristianos, y al punto vió que dos personas vestidas de blanco le arrebataron de las uñas del caiman, y le sacaron á la orilla sano y salvo; por lo que él y dos hijos suyos se bautizaron. Al contrario le sucedió á otro cristiano, que olvidado de Dios, pasaba todas las noches el mismo rio de la otra banda, en ofensa suya, que, cansado ya de esperarle, envió su alguacil del agua, que así llaman allí á los caimanes, el cual prendiéndole, ejecutó en su persona el debido castigo de su maldad.

El fruto que hacia por su persona el P. Antonio Sedeño, era muy grande;

porque, no contentándose con establecer la fe y observancia de los mandamientos entre los cristianos antiguos, fundar la Compañía en aquellas islas y la religion católica en el corazon de muchos gentiles, se puede decir que casi fundó toda aquella república en una forma más política y cristiana.

Procuró que aquellas islas se poblasen y ennobleciesen. No habia ningun arquitecto en todas ellas, ni en Manila cabeza de todas; mas este siervo de Dios suplió tan gran falta, porque él enseñó á los indios y áun á los chinos este arte, y animó al Obispo á que hiciese la primera casa de piedra que se hizo en Manila, con cuyo ejemplo se fueron haciendo otras, hasta venir á la grandeza que hoy tiene aquella ciudad, la cual en esto es de las vistosas y agradables que hay en las Indias: porque de ántes las casas eran todas de madera ó de caña, pero buenas y cumplidas. En fin, el P. Sedeño era el arquitecto de la ciudad, y no le daban poco trabajo en hacerle ver y trazar y ordenar sus edificios, á lo cual él acudia con sencilla caridad y puro celo del aumento de la santa Iglesia, que él esperaba muy grande en aquellas regiones.

La primera fortaleza que se fabricó en Manila para su defensa, se hizo por su órden y traza y con su direccion y asistencia, que no le costó poco trabajo, y es la que llaman de Guia, porque cae á la puerta principal de la ciudad.

Tenia tanta suavidad y paciencia en los yerros, que los indios hacian en su ausencia; que sin descomponerse ni en una palabra ni en un mirar de ojos, hacia desbaratar lo errado y volverlo á hacer de nuevo.

Él fué el primero que allí inventó la cal, é hizo la primera teja; fuera de esto buscó pintores chinos y los tenia en casa, á fin de pintar imágenes, no sólo para nuestras iglesias, sino para las otras de Manila y fuera, y animaba á los encomenderos y curas, proveyesen sus iglesias de ellas, facilitándoselo con esta comodidad. Así adornó casi todas las iglesias de las islas de imágenes, que casi todas eran de la Madre de Dios.

Puso diligencias en plantar arboledas y hacer huertas. Deseó que en las Filipinas se criase la seda, porque, habiéndola en ellas, se aprovechase allí la que pasa á la China, y con eso ellas tuviesen más aumento. Para este fin plantó moreras é hizo otras diligencias, hasta hacer telar y enseñar á los indios á tejer á uso de Europa.

Vivió este siervo de Dios cuarenta años en la Compañía con grandísima edificacion, y en las Filipinas predicó los quince con admirable fruto.

Padeció mucho del asma, y por eso casi nunca dormia sino en una silla, ni por eso se regalaba ni dejaba de comer pescado en cuaresma y vigilias. Y por mejor decir, casi nunca comia, porque fué extremada su abstinencia, la cual él encubria mostrando con grandísima disimulacion que comia de todo, y en realidad más era fingir que comer.

Fué muy penitente y riguroso consigo y suave con los otros, puntualísimo en obedecer, muy retenido y mirado en el mandar, comedido y noble en el tratar, liberal y dadivoso y pío. Socorria y hacia socorrer muchas necesidades de personas, y todos tenian en él favor para sus trabajos.

Tuvo grandísimo celo por el bien de las almas, y por ellas, como se ha dicho, del aumento y policía de las Filipinas. Solia decir que la oracion más alta es aquella en que más se determina uno de mortificarse. Así la tuvo él de manera, que su vida fué una perpétua mortificacion.

Eso predicaba en casa y fuera, y no sabia tratar en sus pláticas de otra cosa que mortificacion. Sus sermones eran de temor, juicio y condenacion; decia que aquello era lo que habia menester el mundo, y no se engañaba, porque realmente con esto hacia mucho fruto. Loando su doctrina uno de sus oyentes, repetia mucho un dicho que á él le habia hecho fuerza, que es: *Allá lo vereis,* lo cual el Padre decia con una verdad y eficacia grandísima.

En nuestro trato doméstico decia, que el que aspira á la perfeccion, se ha de persuadir que no es para él cosa de regalo en comida, bebida, cama, ocio y lo demás. Pero no persuadia él esto por fuerza, sino enseñándolo con buen modo y llevando con suavidad á cada uno conforme á las fuerzas que Dios le daba, aunque decia que estas da Dios á todos conforme á lo que se animan á trabajar y padecer por su amor.

Tambien decia que habia de morir uno ántes que hacer un pecado mínimo venial, y lo guardaba él tan puntualmente, que á veces en ocasiones parecia demasiado escrupuloso.

Fué su vida purísima, y su muerte muy parecida á la vida; porque despues de haber asentado y extendido la Compañía por várias partes de aquellas islas, quiso Dios premiarle sus trabajos con dichoso fin, llevándole en ellos mismos; porque le cogió la enfermedad, de que murió, en el trabajo que tuvo en ir á visitar la fundacion de la Compañía que se hacia en Cebú, donde áun no teníamos casa acabada de acomodar á la vivienda religiosa.

La primera cosa que encomendó cuando cayó enfermo en Cebú, fué que en todo caso se diese prisa á la obra de casa, y le pasasen á ella, porque queria morir en casa de la Compañía. Así se hizo, llevándole á hombros en un lecho cubierto, porque estaba tan enfermo, que no pudo ir de otra suerte, y fué extraño el consuelo que recibió de verse en su nueva casa.

Recreciósele esta enfermedad de la larga y trabajosa navegacion que habia traido desde Manila, que es de ciento y cincuenta leguas, en el tiempo de los vendavales y de las aguas, que es entónces en la bahía de Manila y hasta entrar en la provincia de Pintados, el más trabajoso y peligroso de todo el año; y como este trabajo y tormentas cargaron sobre sujeto flaco, enfermo,

viejo y tan trabajado; aunque llegó á Cebú bueno, hicieron más impresion, por comenzar luégo á trabajar, como lo hizo, con los sermones, que fueron de mucha estima en aquella república. Mas á él le derribaron de manera, que hubo de caer en la cama de una fiebre, que le fué gastando hasta acabarle santamente.

Admiraba á todos en su enfermedad su gran paciencia y resignacion en las manos de Dios. El P. Antonio Pereira decia, que entraba muchas veces á verle por gozar de tan admirable ejemplo y edificarse con él.

El dia que murió, pareció por la mañana que no se le debia dilatar la Extremauncion; y así se apercibió para recibirla, diciendo le parecia que era tiempo. Alzó los ojos y las manos al cielo con una devocion grande, deseando pasar á la eternidad. Con esto se recogió en sí, y, sin hablar más palabra, recibió con mucha devocion este santo Sacramento, y murió en paz. No quedó yerto ni descolorido, sino con buen color, y los miembros blandos y tratables hasta la sepultura.

A su oficio funeral acudieron todos los eclesiásticos y religiosos de la ciudad, con los regidores y gente noble y granada, el cual se celebró con solemnidad, devocion y ternura.

Tambien en Manila, por la gran devocion que todos le tenian, le celebraron solemnes honras, no ménos con lágrimas y sentimiento, que con autoridad de todos los estados y religiones. Faltó este santo varon en ocasion muy apretada, en que se comenzaba á fundar aquella vice-provincia de la Compañía, lo cual se esperaba se hiciera prósperamente con su valor y prudencia. Mas quedó una gran confianza que no habia de ayudar á los nuestros ménos muerto que vivo, y así se vió en el aumento que nuestras cosas y ministerios despues de su santa muerte tuvieron, particularmente en el colegio de Cebú que mereció su santo cuerpo, como piedra fundamental de su edificio.

Su muerte fué á primero de setiembre del año de mil y quinientos y noventa y cinco. Escribieron la vida de este siervo de Dios el P. Ribadeneira y el P. Pedro Chirino en la *Historia de las Filipinas*, que se imprimió en Roma año de mil y seiscientos y cuatro, donde escribe de él en varios capítulos.

P. NIEREMBERG.

P. NUÑO RIBEYRO

AUNQUE en poco tiempo, que fué solamente espacio de año y medio trabajó en la India Oriental el P. Nuño Ribeyro por lo que otros hicieran en un siglo: y así mereció dar la vida por Cristo, pues en su servicio la empleó con un fervor y obras de apóstol.

Era este santo varon portugués de nacion, y, por su mucho celo, con el cual quisiera convertir á todo el mundo para Cristo, partió de Lisboa para la India, con otros ocho de la Compañía, á 8 de abril de 1546. Desde luego comenzó á hacerse á los trabajos y á dar admirables resplandores de religion y celo de las almas; y así era tenido por uno de los más principales Padres de la Compañía y fieles ministros del Evangelio.

Poco despues de llegado á Malaca, pasó solo, por órden de S. Francisco Javier, á la isla de Amboino, á donde trabajó con tanto fruto y provecho de toda aquella gente, que, en solos cuatro meses, trajo á la fe de Cristo casi seiscientas almas, y, en no mucho más tiempo, bautizó por sí mismo más de dos mil. Mas no se contentaba con trabajar en aquella viña del Señor por su persona, sino que tambien procuraba instruir ministros idóneos, para que le ayudasen en aquella empresa; con la ayuda de los cuales conservaba aquella cristiandad y aprovechaba mucho el santo varon, con excesivo trabajo suyo, haciendo pedazos los ídolos, derribando sus templos y alumbrando con la luz del Evangelio á los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Ni sólo cultivaba los indios, sino tambien á los demás cristianos portugueses, con increible provecho de todos, con los cuales tenia grande autoridad por sus raras virtudes y por la caridad y misericordia que con ellos ejercitaba, siendo en todas ocasiones remedio universal de todos; que á todos acudia en sus necesidades, hasta desnudarse muchas veces de parte de sus vestidos, para darlos á los más necesitados, y alguna de todos ellos, quedándose sólo cubierto con una manta, y visitando de esta manera sus poblaciones, algunas veces con grande falta de salud, no reparando en ponerse á trabajos por el bien de aquellos que habia tomado á su cargo, sustentándose de ordinario con raíces del campo, y, cuando mucho, con algun poco de arroz ó maiz.

No queria para sí cosa de esta vida, ni queria ser molesto ni cargoso á nadie, sino provechoso á todos: á ninguno buscaba de quien hubiese de recibir,

sino á quien hubiese de dar ó hacer algun bien. Era como las aves seléucidas, que jamas las ven los habitadores del monte Casio, sino cuando las han menester para que los limpien la tierra de langosta.

Todas estas cosas hacian al santo varon muy respetado y amado de los indios y portugueses, y juntamente el reconocer en él espíritu de profecía, con el cual les anunciaba lo que les habia de acontecer.

Un dia, viéndose aquella isla muy á peligro de ser tomada por los moros, y los moradores sin esperanza ya de remedio, porque venia una gran armada de ellos, y llegaban ya cerca de desembarcar; el P. Ribeyro con grande seguridad y sosiego les dijo, que no habia que temer; porque tenian cierto el socorro de Nuestro Señor. Así fué, porque delante de sus mismos ojos se deshizo y desbarató la armada enemiga, echando cada galera por su parte, quedando los isleños libres maravillosamente.

Por estas mismas causas era el P. Ribeyro aborrecido de los moros, que le tenian grande ojeriza, persiguiéndolo en todas ocasiones. Pegáronle una vez fuego dentro de su pobre casilla para abrasarle con ella; pero librólo Nuestro Señor con su providencia, que todo lo alcanza.

Otra vez se escapó de sus manos, huyendo en un barco muy desacomodado, y, como tal, se hundió dentro de la mar; y hubo de salir el siervo de Dios gran trecho á nado, si bien tan maltratado de los golpes que se dió en las rocas y peñascos, de modo que no se podia tener en pié; y así anduvo dos ó tres dias arrastrando por la tierra, en los campos desiertos, hasta que Dios Nuestro Señor le deparó un hombre, que, compadeciéndose de él, le llevó á una poblacion de cristianos, á donde repararse; y no fué esta vez sola la que padeció naufragio este verdadero imitador de S. Pablo.

Viendo los moros que con el incendio no habian podido darle la muerte al santo Padre; deseosos de vengar las injurias hechas á su falso profeta, se concertaron con un hombre perverso, que diese la muerte con veneno al siervo de Dios, ofreciéndole buena cantidad de plata si salia con ello. El ministro de la maldad, en cumplimiento del concierto, el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, despues de haber dicho el Padre Misa con singular devocion y sentimiento, entre la comida le dió el veneno, que luégo comenzó á causarle grandes bascas, excesivos dolores de estómago y una récia calentura.

Bien juzgó el siervo de Dios que la enfermedad era mortal, pero, por no dejar ni áun entónces de aprovechar á las almas de sus feligreses, se hacia llevar en peso, como otro S. Juan Evangelista, á visitar las poblaciones, enseñando y alentando á todos á perseverar en la fe, seguir la virtud y huir el vicio: hasta que, el séptimo dia, con increible tormento y mayor paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, abrazando devotamente un santo Crucifijo,

dió el alma en sus manos con increible sentimiento de los cristianos y admirable opinion y fama de su santidad, año de 1549.

El martirio de este dichoso confesor de Cristo escribieron el P. Nicolás Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía;* Rutilio Benzonio, Obispo de Recanate, *libro primero del Jubileo, cap. 11;* P. Luis de Guzman, en la *Historia de sus Misiones, lib. 2, cap, 52.*

Gerardo Montano, dedica á este dichoso Padre en su Centuria este epígrama:

Cantharidum succos, lernaeque infunde nocentes
His Maure, et saniem Gorgonis adde super.
Gestit, et optata diffusus amystide vultum
Nunnius Hyblaeae munera ridet apis.
Nec meruit diro spumantia pocula letbro,
Virus in ambrosio gutture nectar erat.
Hoc meritum est, amor alme, tuum, feralia lernae
Toxica qui solus reddere mella potes.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO DE CASTRO

EL dichoso P. Alonso de Castro, siervo fiel y glorioso mártir de Jesucristo, nació en la ciudad de Lisboa, de padres honrados.

Fué desde niño tan bien inclinado, que no parece habia nacido sino para ser santo. La misma virtud parecia natural en él, teniendo como entrañado en su alma un gran afecto y deseo de servir á nuestro Señor, y sus padres procuraron se adelantase en ella y tambien en las letras.

Confesábase con el P. Francisco de Viera, de la Compañía de Jesus, que despues pasó á la India, el cual ayudaba mucho á su penitente Alonso en el espíritu, y le puso en tanta perfeccion, que deseó imitar á los mayores santos, y hacer y padecer mucho por Cristo, hasta la misma muerte.

Pretendió entrar en la Compañía, y pareciéndole que lo alcanzaria mejor en la India y que allá tendria mayor ocasion para cumplir sus santos deseos, y alcanzar una corona gloriosa de mártir; se embarcó secretamente, sin decir nada en su casa. Tuvo aviso de ello, ántes que se diesen las naos á la vela, un

hermano suyo mayor y ya doctor, persona de muchas prendas y autoridad; fué luégo á la nao con gran número de personas de toda su familia. Buscan á Alonso por toda la nao, y fué con tal cuidado, que le sacaron de su escondrijo, donde se habia encubierto; mas no por eso faltó á su propósito. Porque, diciendo el hermano y los parientes al capitan de la nave cómo aquel mancebo se iba á la India contra su voluntad, y que le querian volver á su casa; Alonso dijo que no conocia á tal hombre como aquel doctor, y que no era su hermano, porque no le queria por tal, pues lo queria apartar de su bien y estorbarle que no siguiese la bandera de Cristo. Al fin fué tal su constancia, que se hubo de volver el doctor y todos sus parientes como vinieron.

Era tan grande el fervor de Alonso y de otro muchacho que le quiso hacer compañía é imitar en todo, que no quisieron llevar género de matalotage ni viático alguno para navegacion tan larga, porque, aunque le tenian ya apercibido, no le metieron dentro de la nave.

Estaban con tales pensamientos del cielo, que no se acordaban de cosa de la tierra; y tan confiados en aquel Señor, á quien querian servir con todas sus fuerzas, que descuidaron totalmente de sus cosas. Y aunque el P. Francisco de Viera les hizo meter en la nao el viático, ellos lo repartieron luego por amor de Dios, no queriendo tener otra provision más que la esperanza de su divina providencia; estando más contentos con la pobreza y cruz de Cristo, á quien deseaban seguir desnudos, que con todos los bienes del mundo; y así, dando lo que tenian de limosna, ellos la pedian para sustentarse: ni tenian otra acogida sino un arcon de un artillero; éste les servia de habitacion, de cama, de mesa y de silla.

El tiempo ocupaban en oracion y leccion santa; lo que hablaban entre s era de cosas de Dios. Fuera de la oracion y leccion, no hacian más que visi tar y servir á los enfermos de la nave. En esta obra de caridad pasaron mu chos trabajos, pero con rara alegría; ni la mostraban menor cuando les trata ban mal algunos, y decian injuriosas palabras, ó hacian burla de ellos; tant como esto puede el amor verdadero de Dios, que da gustos del cielo en la mayores penas de la tierra.

Habíales trocado el corazon el Señor y áun el sentido, de modo que halla ban dulzura en lo amargo y amargura en lo dulce, y tormento en lo más de seado del mundo.

Llegaron á estar tan maltratados y despreciados, que ellos mismos se ma ravillaban de sí; y mirándose uno á otro, no podian contenerse de risa, vién dose de la manera en que estaban, y que habian ya conseguido buena part de lo que deseaban padecer por su Señor.

Cuando llegaron á Goa, y declararon á S. Francisco Javier sus deseos san

tos y lo que habian pasado para conseguirlos, los recibió luégo en la Compañía, pareciéndole la habian merecido bien sus muchos trabajos y áun muchas virtudes, que habian descubierto en tan largo viaje.

Al uno de ellos se las premió Dios luégo, llevándole para sí al cielo. Pero á nuestro Alonso de Castro le quiso pagar con nuevos trabajos los que habia pasado por su amor, y últimamente remunerarle todos con una gloriosa muerte padecida por su santo nombre.

Recibido en la Compañía, fué raro el ejemplo que dió de humildad, mortificacion y desprecio del mundo, aunque esto tuvo toda su vida. Tenia insaciable deseo de padecer por su Redentor, y derramar su sangre por la fe.

Conocia bien S. Francisco Javier lo que habia de ser, y así le mandó ordenar de Sacerdote, y el mismo Santo le llevó consigo á Malaca, donde dijo la primera Misa: y como tenia grandes hombros de virtud, puso en él S. Francisco Javier gran peso de trabajos, señalándole para las islas Malucas, para que en ellas cultivase la viña de Cristo, y rompiese nuevas tierras, para sembrar en ellas el grano de la palabra divina.

Predicó, ántes de partirse, en Malaca y Cochin con tal gracia, tal fruto, tal edificacion y tal aplauso de todos, que hicieron los de Cochin grande instancia para que se le dejasen por predicador; mas el siervo de Dios, deseoso de la palma del martirio, y con algunos prenuncios de alcanzarla, despreciando todos los aplausos de los hombres, porque esperaba los de los ángeles, no quiso detenerse, sino ir á su provincia y empresa señalada de la obediencia y deseada de su corazon, por pensar encontrar allí un rico tesoro de trabajos.

Halló el siervo de Dios lo que deseaba: padeció muchísimo, con increible paciencia, de los moros y gentiles y áun de los cristianos, y, lo que más es, de los religiosos. Pero, como para él no era desabrida esta fruta de trabajos, añadia á los necesarios otros voluntarios, y ayudaba á sus mismos émulos á que le afligiesen.

Hacia grandes penitencias, y su comida no era más que un pececito sin aderezo alguno, sin aceite ni sal; carne nunca comia.

Aprendió luégo la lengua de aquellas gentes con gran perfeccion. Predicaba dos veces cada dia; lo ordinario era por la mañana á los portugueses, y por la tarde á los naturales, sin perdonar trabajo por el bien de las almas; porque el celo, que tenia de ayudarlas, le facilitaba todo, y el Señor le ayudaba con singulares favores y mercedes que le hacia, y le fortalecia con fuerzas más que humanas, para los inmensos trabajos que tomaba por su amor en la conversion de aquellos moros y gentiles, en la cual estaba tan embebido, que no hacia ni pensaba otra cosa.

Queria él solo convertir á todos; y así, aunque por su gran virtud era el

Superior de la mision, y lo fué por casi once años, á quien estaban sujetos todos los de la Compañía, que estaban en aquellas islas y las circunvecinas, y siendo Rector de Ternate, que es la principal y cabeza de ellas; se fué por sí mismo á predicar á Cristo en las islas de Moro. Porque aunque tenia una salud muy quebrantada, y estaba tan delicado, que cualquiera airecito le hacia gran daño, no se quiso rendir á los achaques; y sobre la paciencia que en ellos tenia, añadia excesivos trabajos, que tomaba voluntariamente por la salvacion de las almas, sin perdonar á caminos ni peregrinaciones, aunque muy trabajosas y contrarias á su poca salud.

Estando en esta empresa, le sucedió un caso raro, en que dió singular ejemplo este siervo de Dios de paciencia, modestia, desprecio de sí. No se haya sucedido otro semejante caso en la Compañía, en la cual fué un horrendo monstruo ni ántes ni despues visto en ella; y era que Dios lo permitió para acrisolar la virtud del P. Alonso de Castro, que, cuanto padeció más agravio de quien ménos pensaba y de persona más acreditada, fué mayor el golpe y mayor la prueba de su virtud.

El P. Antonio Vacio, persona de más celo que prudencia, y de más trabajo que humildad, como despues se mostró, habia acabado de hacer una gran hazaña cristiana; porque convirtió y bautizó al rey de Baccian y al hermano del mismo rey, y otras tres hermanas suyas, y una hija espuria con su misma madre, y á los demas parientes y deudos del rey, con la mayor parte de los señores y no pequeña del pueblo. Prosiguiendo en la conversion del reino, cayó tan gravemente malo, que hubo de volverse á Ternate. Allí tuvo una tentacion diabólica, y se dejó vencer de ella con la entrada que tenia con los portugueses y crédito que habia ganado; y fué introducirse por Rector del colegio de Ternate, con tal maña, y al parecer con cartas fingidas de Provincial de la India, que se hizo recibir por tal de los portugueses.

Al fin el Rector intruso gobernaba todo con gran descrédito del verdadero Rector P. Alonso de Castro.

No se espante nadie que en varon tan apostólico hasta allí cayese esta tentacion; pues entre los apóstoles de Cristo, no una vez sola se levantó esta contienda: *Quis eorum videretur esse maior*. Son altísimos los juicios divinos, para que con humilde veneracion los admiremos, y nos encojamos todos, y estremezcamos de ellos, y procuremos conservarnos en humildad profunda.

Por dar Dios que merecer á su siervo Alonso, y por castigar alguna secreta soberbia del P. Antonio, permitió se manifestase con este hecho, inaudito á los nuestros, para que saliese á la cara el mal interior del P. Antonio Vacio, y se pudiese curar, como se curó; y la virtud del P. Alonso de Castro

echase de sí mayores resplandores, doblándolos con la oposicion de tan pesada adversidad. Todo tuvo buen fin.

Entre tanto fué increible lo que padeció el siervo de Dios, cosas muy indignas y grandes desprecios de su persona. Era rara su paciencia y mansedumbre; y tan notable su modestia, que por no tener contiendas, ni ser ocasion de escándalo al pueblo con algun cisma entre los nuestros; se detuvo un año en las islas del Moro, sin querer ir á su colegio y rectorado de Ternate para echar al intruso, fiando de Dios, que con su admirable providencia dispondria todas las cosas bien, y volveria por la verdad; contentándose con encomendar á Su Divina Majestad todo aquel árduo negocio, y especialmente al falso Rector.

En esta sazon habia llegado á Ternate el P. Francisco de Viera, su confesor antiguo y maestro de espíritu en Portugal. Viendo la insolencia que se usaba con el P. Alonso y la admirable paciencia con que lo llevaba, le apretó tanto con cartas, que hubo de venir á Ternate: pero el Señor ordenó las cosas de manera, que no tuviese los ruidos y resistencia que podia temer; porque castigó Dios al P. Antonio con una gravísima enfermedad, en la cual, como un reo en el tormento, confesó á voces su culpa y ambicion. Declaró públicamente la verdad, desengañando al pueblo, con gran dolor de lo que habia hecho. Fuera de que tambien llegaron cartas del P. Provincial de la India, por las cuales constó ser el legítimo Rector el bendito P. Alonso de Castro, y el intruso el P. Antonio Vacio.

Sirvió esto para tener todos mayor estimacion de la santidad del siervo de Dios Alonso; pues como si no le tocara se habia habido en aquel negocio, conservándose en su caridad y edificacion, sin querer por su causa dar escándalo á la gente.

No era aún profeso de cuatro votos el P. Antonio Vacio, y así le despidieron de la Compañía; aunque él quedó tan humilde y arrepentido de lo hecho, é hizo tan notable penitencia de su ambiciosa pretension, que mereció, por los extremos que mostró, ser otra vez recibido en la Compañía en el noviciado de la India.

Sosegadas tan felizmente aquellas turbaciones, se tornó á partir el santo varon Alonso para las islas del Moro, á publicar en ellas un jubileo que habia traido el P. Viera, para que todos le ganasen, pareciéndole se le ofrecia buena ocasion de grangear muchas almas para Cristo.

Salió con intento de ir despues al reino de Baccian, para confirmar á aquel buen rey en la fe recibida y ayudar á la conversion de todo su reino; porque de la constancia y celo que mostraba el rey (Juan se puso por n[illegible] el Bautismo) se prometia la conversion de todas sus tierras.

Era el rey tan fino cristiano, como se podrá echar de ver por este caso. Cuando supo el rey Cacil Aerio, señor de la isla de Ternate, moro obstinadísimo y padre comun y como oráculo de toda aquella morisma, que el rey de Baccian se habia hecho cristiano, sintiólo más que la muerte, y salia de sí de rabia y furor. Procuró por bien y por mal, con blandura y rigor, con promesas y amenazas, hacerle faltar á la fe, habiéndole amenazado de quitarle la vida á él y á cuantos cristianos habia, y echar de las Molucas á los portugueses, y que ya se habia aliado con algunos reyes para este efecto.

El valeroso y cristiano príncipe le respondió con mayor resolucion, que, si él habia de morir, no dudase sino que habia de morir confesando á Cristo y perseverando en la fe recibida: pero cuanto á lo que decia que á todos los cristianos habia de echar de aquellas islas y de la vida, matándoles, que le convenia aguzar bien su espada; dándole á entender cómo por la defensa de los cristianos habia de tomar las armas, y resistirle valerosamente.

En órden á sus dañados intentos hizo el rey de Ternate liga y conjuracion con otros reyes, y queria echar los portugueses de todas aquellas islas. Supo esta conjuracion el capitan de la fortaleza de Ternate y gobernador de los portugueses, y prendió con maña al rey de Ternate y á un hermano suyo. Cuando los moros vieron preso á su príncipe, tomaron las armas contra los portugueses, y un hijo del rey preso puso cerco á Ternate.

Supo el rey Aerio que el siervo de Dios P. Alonso de Castro estaba ausente en las islas del Moro, é hizo diligencias para que le hubiesen á las manos, así por el odio que le tenia por ser tan contrario á su secta mahometana, como por esperar que le trocarian por él; pareciéndole que era tan grande la autoridad del P. Alonso entre los cristianos como la suya entre los moros.

Los que llevaron al siervo de Dios desde Ternate á las islas del Moro eran unos moros de la isla de Iris, vecina á la de Ternate y vasallos del mismo rey Aerio preso, á los cuales envió á mandar que prendiesen al santo varon. Llególes la nueva cuando el Padre se queria tornar á Ternate, sin saber el estado de las cosas tan peligroso.

No hubieron bien recibido el aviso del rey, cuando los moros le robaron el cáliz y recado para decir Misa, los libros y cuanto tenia el siervo de Dios; y acometiendo á él como perros rabiosos, le desnudaron todo hasta dejarle en carnes; echáronle luégo un recio cordel al cuello, y á todo él le amarraron en el navío en forma de crucificado, en la cual estuvo cinco dias con sus noches expuesto al sol y al sereno.

Estaba el siervo de Dios gozosísimo, viendo que se le habia llegado la hora para él muy deseada, en verse hecho una viva imágen del Hijo de Dios y su Redentor Jesus, que murió por los hombres desnudo en una cruz.

Lleváronle de esta manera hasta Ternate, donde estaba el hijo del rey Aerio, que habia puesto cerco á la ciudad. Presentáronsele al príncipe desnudo y atado con aquella maroma. Estaba hecho el siervo de Dios un espectáculo de duelos, de modo, que ablandó el pecho de aquel bárbaro, el cual, conociendo la estimacion que aquel Padre tenia entre los cristianos y la que él merecia, se enterneció tanto, que se quitó de sus vestidos para cubrir su desnudez, y le dió su propia camisa y los calzones. Pidió á los que le traian, que eran los que le habian preso, que se le entregasen, que él le guardaria en buena prision; mas replicaron que ellos se le guardarian muy bien, que no eran necesarias otras guardas.

Lleváronsele consigo á su isla de Iris; allí le tornaron á desnudar quitándole los vestidos que le habia dado el príncipe. Quedó el siervo de Dios como ántes en carnes, con solo un paño que le cubria sus partes vergonzosas. Con esta desnudez, atadas las manos atras, y al cuello un pesado tronco ó gran madero, como en algunas partes se suele hacer con los toros bravos para tenerlos domados, y descubierto á las inclemencias del cielo, pasó treinta dias y otras tantas noches al sol y al sereno y al aire como ántes.

Este tormento de suyo era muy penoso; y por caer en la persona del Padre Alonso fué penosísimo, porque, con sus grandes trabajos y particular complexion contraria al temple de aquellas regiones, estaba tan delicado, que, si le daba un poco de aire en alguna parte desnuda de su cuerpo, le ofendia gravísimamente, de tal suerte que ni áun desnudarse de noche se atrevia, por la causa que hemos dicho, ni se podia mudar camisa, sino es cuando hacia tiempo muy templado; y así parece fué divina permision, para labrar mayor corona al santo varon, que le afligiesen con tan gran tormento de desnudez, tan contrario á su natural y salud. Medía el Señor el cáliz con la sed de su siervo, y los tormentos con las fuerzas que le daba y con el ánimo que tenia de padecer por su nombre; y así como éste era muy grande, así lo fueron sus tormentos

A los dichos se llegaban otros muchos: no le daban de comer; en todo este tiempo, que fué un mes, no comió nada, sino se sustentó solamente de unos granillos de clavo, que á escondidas le metia en la boca uno, que se compadeció del santo varon; pero arrimósele al lado un cacique de los moros más celoso, persuadiéndole por ocho dias contínuos que renegase de Cristo, y siguiese á su maldito Mahoma.

En todos estos ocho dias, ni de dia ni de noche se apartó del constante mártir; y afirmó, que en todos ellos no habia tomado comida ni sustento alguno de la tierra, muy maravillado de esto y de que el siervo de Dios, sin atender á lo que le decian, estaba ordinariamente meneando los lábios, rezan-

do lo que sabia de memoria del Oficio Divino y otros salmos y devociones.

Y no contentándose aquellas fieras más que hombres, de tener al santo confesor tanto tiempo desnudo de vestido, le vistieron muchas veces de crueles azotes, acardenándole y rasgándole las espaldas con desapiadados golpes; pero mucho más gravemente le herian sus oidos que sus carnes, diciéndole mil injurias contra Jesucristo, exhortándole á que renegase de su Redentor, y siguiese la ley de su maldito Mahoma, haciéndole grandes promesas, si queria hacerse de su secta.

Reíase de todo el esforzado mártir, ni rehusaba padecer tormento del mundo por alcanzar á Jesucristo, como decia S. Ignacio mártir.

Como vieron los moros que perdian tiempo, y que le iba faltando el de su vida al santo Mártir, porque estaba tan exhausto y flaco, de la falta de comida y sobra de azotes, que parecia queria espirar, porque era increible la hambre que habia padecido; determinaron que acabase ántes á sus manos que á las de flaqueza y hambre, juzgando que con esto cumplirian lo que les encargó el príncipe de Ternate que le guardasen bien.

Cometen el sacrificio de esta víctima preciosa y agradable para los cielos á dos verdugos, los cuales arrebataron del siervo de Dios, y le llevaron por peñas y riscos, que habia por la costa del mar, para acabar de matarle donde mejor les pareciese.

Fué gran prodigio cuán contento iba el siervo de Dios á la muerte, no sólo sin quejarse, como la oveja que llevan al matadero, pero muy regocijado, dando saltos de placer, traspasando montes y saltando valles. En la figura exterior estaba el siervo de Dios hecho un cadáver. Juzgáranle todos por difunto si no fuera por su apresurado paso y movimiento. Estaba todo consumido y pálido; no tenia ni en sus carnes vestidos ni en sus huesos carne; la piel sola los cubria. Pero juntamente con esta flaqueza, le daba tanta fuerza su espíritu, que se tuvo por milagro; porque iba al sacrificio con tan extraña ligereza que parecia corzo, saltando barrancos y trepando por aquellas breñas. Parecia que cuantas fuerzas le habian de haber quitado la hambre, los golpes, la desnudez y los azotes fieros, tantas le habian añadido. No estaba en él solamente el espíritu pronto, pero la misma carne, y, como dijo David, los mismos huesos, que era lo que más tenia, se regocijaban en su Dios vivo, porque presto habian de morir por Él.

Iba á la muerte con tanto gusto y priesa, como un hambriento y destemplado á un regalado convite.

Con este deseo del martirio, pidió á un verdugo le mostrase el alfanje con que le habia de matar, y abrir puerta á su alma para volar al cielo: mostrósele el sayon; miróle el siervo de Dios muy despacio, ofreciendo á Cristo mil

vidas que tuviera. Dijo luégo al verdugo que le aguzara muy bien, para que más presto le acabase esta vida temporal, y entrase en la profesion de la eterna.

Tenia tanto deseo y hambre del martirio, que cada punto que se dilataba le parecia un siglo. Iba mostrando á los verdugos los lugares que serian á propósito, diciéndoles á trechos: «*Ea, esto está bueno, aquí podreis hacer vuestro oficio;*» y no queriendo ellos, de allí á poco se paraba, y les mostraba otro lugar que podian escoger, repitiendo que no tenian que aguardar más, ni que buscar mejor cadalso.

Últimamente llegó á un lugar donde habia un llano debajo de una roca medio comida de las aguas, y habia un tronco de árbol, que le batian las ondas. En viendo este sitio el santo Mártir dijo á los verdugos: «*¿Ea, no os parece bueno este lugar?*» Y como respondiesen que sí, pidióles que le soltasen un poco las ataduras de las manos, las cuales llevaba atadas por las espaldas. No querian los impíos hombres; pero el valeroso caballero de Cristo, con gran majestad y afabilidad por otra parte, les dijo como mandándoles: «*Ea, hacedlo luégo, desatadme: ¿por ventura os recelais que tengo de huirme? No teneis que temer esto.*» Díjoles estas palabras con rostro tan contento y afable, con la boca de risa, con los ojos alegres y con un pecho tan esforzado, que rindió la dureza de aquellas fieras.

En desatándole, se arrodilló en tierra, y, levantando las manos y los ojos al cielo, y mucho más su espíritu, se estuvo orando con un semblante muy sereno y devoto. Acabada la oracion, se tendió en aquel tronco por sí mismo, y dijo á los sayones: «*Ejecutad ya en mí cuanto quisiéredes.*»

Habian concurrido á aquel espectáculo cuantos pescadores habia en la costa, para que no sólo lo fuese á los ángeles, sino tambien á los hombres, que estaban atónitos de ver la seguridad y contento del P. Alonso.

Luégo que se puso aquella sagrada víctima á punto para el sacrificio, uno de los sayones le atravesó por las costillas: dióle segunda herida el otro, con que le sacó del cuerpo el alma, que recibieron los ángeles. Y porque en todo imitase á Cristo, que áun despues de muerto le atravesaron el costado, otra tercer herida recibió el santo cadáver, al cual dieron por sepultura el mar, para que le consagrase el Mártir con sus preciosas reliquias.

Pero aquel Señor, que confiesa delante de su Padre y de los ángeles á quien le confesare delante de los hombres, y galardona con eternos premios una muerte temporal; no sólo delante de los ángeles, sino tambien delante de los hombres quiso confesar por Mártir suyo y premiar á este santísimo Padre: y así, al tercer dia despues de muerto, fué hallado su cuerpo en el mismo lugar del martirio, puesto allí por mano de los ángeles. Todo él echaba

de sí unos resplandores y luz tan grande, que no parecia sino que el sol salia ronovado de la mar. Las heridas estaban con la sangre tan fresca como en el primer punto que se dieron.

Fué tanto más maravilloso este prodigio de tornarse á hallar el cuerpo, echado al océano, en el mismo lugar donde murió, cuanto la creciente y menguante del mar en aquella parte era más violenta, que arrebata todo tras sí como una corriente de raudal furioso.

Añade Antonio Vasconcelos, que, como si fuera vivo, perseveró el santo cuerpo asentado en un escollo, al cual, cuando crecia el mar, le rodeaban las olas, componiéndose las aguas en forma de bóveda.

Causó tanta admiracion este prodigio áun entre los mismos moros, que reverenciaban al P. Alonso por santo; y el rey Geliolo, que era moro y capital enemigo de los cristianos, cuando oyó la constancia invencible con que el bienaventurado Mártir sufrió la muerte, muy espantado dijo, que no lo harian así los caciques moros, que no habia entre ellos hombre semejante.

Observaron tambien los mismos moros, que cuantos concurrieron á la muerte de este siervo de Dios, todos murieron miserablemente, unos á escopetazos ó despedazados con balas de artillería; otros consumidos y abrasados vivos con fuego de S. Anton, estando cubiertos de asquerosas postillas y deshecha casi toda la piel, y con grandes ahullidos como perros, morian rabiando. El que vendió el cáliz del santo Mártir, hinchado horriblemente todos los miembros, despidió su alma del cuerpo; si bien todos estos, cuando sintieron el castigo divino sobre sí, conocieron que era por la muerte del bendito P. Alonso de Castro, y se encomendaron á él, invocándole y pidiendo su favor y ayuda.

Añaden el P. Pedro de Ribadeneira y Pedro Iarich, que no sólo los matadores, pero que sus parientes todos tuvieron semejante muerte y desastrado fin. El dia y año en que fué el glorioso triunfo de este Mártir dichosísimo, no se sabe de cierto, sino que fué, ó al fin del año de 1557, ó al principio del año de 1558.

La vida del P. Alonso de Castro escriben el P. Nicolas Orlandino y P. Francisco Sachino, en la primera y segunda parte de la *Historia de la Compañía*, especialmente en el libro segundo. El P. Antonio Vasconcelos, en la *Descripcion de Portugal*. El P. Pedro Iarich, tomo primero de su *Thesauro Indico*, lib. 2, cap. 30. P. Luis de Guzman en la *Historia de las misiones*, lib. 2, cap. 50. P. Ribadeneira, *lib. 2, de la vida del P. Lainez, cap. 1*. Hace mencion de él Tomás Bósio, *lib. 5. De Signis Eccles. signo 11. La Centuria Martyrum Societatis*. Y el ilustre poeta Francisco Bencio, en el *libro 3 de*

su Virgiliano Poema, De Quinque Martyribus. Bernardo Bauhusio, *libro 4, Epigr.* le celebra con estos elegantes versos:

Alphonsum multa violatum cuspide ferri,
Quasum verberibus, vulneribusque gravem,
Devolvunt rabidum in pontum, gens impia, Mauri,
Iratum iaceret cum sola colla mare.
Alphonsum, ut sensit pontus sua colla remisit
Coerula, et erectae mox iacuere iubae.
Quin etiam multo cingentes lumine corpus
Dorides, aequoreum littus ad usque ferunt.
At vos, ó scelera et ó nil nisi crimina, Mauri,
Vindex non claudo est poena secuta pede.
Quae poena? Ignis, Io bene? vos glacialibus undis,
Alphonsum: sed vos perdidit igne Deus.

Otro epígrama le consagra Gerardo Montano en su *Centuria:*

Maurorum Alphonsus tristes ut temneret iras,
Sepserat aetherio cor adamante fides.
Caeca furit, tutumque sui munimine valli
Barbaries ferro, cuspidibusque premit.
Poenarumque diu saevis bacchata procellis
Incassum, posita casside lassa sedens.
« Quando mensuram constantia nominis implet,
Iam scio quid castrum frangere possit, ait.»

P. NIEREMBERG.

P. JUAN BEIRA

EL P. Juan Beira fué en el siglo canónigo en la Coruña. Movióse á entrar en la Compañía con un sermon del P. Estrada, que, aportando allí cuando venian de Lovaina para Portugal, predicó con su acostumbrado fervor. Se fué á pié con los doce de la Compañía que allí aportaron, dando su mula, en la que él andaba, á un Padre que venia enfermo; y en Coimbra fué recibido en la Compañía, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro. El año

siguiente de mil y quinientos y cuarenta y cinco, fué enviado á la India con los PP. Antonio Criminal y Nicolás Lanceloto, donde hizo oficio de portero en aquel colegio, y el P. Criminal de sacristan y enfermero.

Poco despues fué enviado á Comorin con el P. Criminal: mas poco despues S. Francisco Javier envió al P. Juan Beira con el P. Nicolás Nuñez á las Malucas, donde tres veces padeció naufragio, y estuvo dos dias y noches luchando con las olas en alta mar sobre una tabla, sin comer ni beber; y no fueron menores los trabajos que padeció en tierra, donde una vez fué vendido á los moros y á los bárbaros gentiles, de algunos cristianos apóstatas, que dejaron la fe de Cristo.

Otras veces perseguido de ellos, se fué huyendo á los bosques, pasando muchos dias, sin comer ni beber, escondido entre árboles.

Muchas veces vió puñales puestos á sus pechos para matarle; muchas le echaron veneno en la comida y bebida. Otras veces le libró Dios de emboscadas que le habian armado para quitarle la vida. ¡Cuántas veces por salvar almas padeció gran hambre, soles grandes y várias enfermedades, sin alivio humano, sólo con el patrocinio divino que de tantos peligros le libró, y en tanta estrechura le conservó, dejándonos ejemplo de la vida verdaderamente apostólica que tuvo!

Convirtieron en aquellas islas Malucas y en Ternate, que es la principal, mil y quinientos á la fe, y Dios los conservó del odio y persecuciones, que padecian de los moros.

En cierta ocasion caminaba el P. Juan Beira, y queriendo tomar un rato de sueño y quietud, de que tenia gran necesidad, conoció por divina inspiracion que le querian matar los que caminaban con él, y no aguardaban sin verle dormido. Levantóse y fuése para ellos, y ellos se turbaron, y preguntóles con valor de qué se turbaban sus rostros por haberle visto venir á ellos. No supieron qué responder de turbacion, porque conocieron que habia conocido con espíritu de Dios su mal ánimo, con que le guardaron respeto y no osaron á hacer su hecho; mas despues confesaron que el rey de Ternate le envió á acompañar al Padre con título de amigo de cristianos, mas les mand le matasen cuando durmiese; pero, como viese el rey que no le habian muerto, los mandó matar á ellos porque no le obedecieron.

En todos estos trabajos el consuelo era la gran piedad de los nuevos cristianos, el amor y reverencia á los Padres, y la paciencia que tenian en las persecuciones.

Obró Dios por él algunas maravillas, entre las cuales fué muy célebr cuando en una plaga que vino de ratones en todas las sementeras de cristianos y gentiles, el P. Juan Beira, sólo con echar en los campos agua bendit

ahuyentó á los ratones de las sementeras de los cristianos, y se fueron á la de los gentiles, los cuales se quejaron de que con tanto daño suyo hubiese librado á los cristianos sus sementeras. Mas dijéronles los cristianos: «Aquí vereis el poco poder de vuestros dioses, que no pueden lo que nuestro Dios.» Y sobre cuál Dios era más poderoso, venian á las armas; mas el P. Juan Beira compuso con su autoridad esta contienda, el cual en esta vida apostólica acabó santamente.

P. NIEREMBERG,

P PEDRO MASCAREÑAS.

ENTRE otros muchos varones apostólicos que ha tenido el Oriente y han seguido las pisadas del glorioso apóstol de la India S. Francisco Javier, uno muy señalado es el P. Pedro Mascareñas, varon de admirable celo y á quien nuestro Señor favoreció de muchas maneras, hasta coronar sus trabajos con una muerte padecida por su causa, habiéndole librado muchas veces de ella con raros milagros.

Los trabajos que padeció fueron sobre las fuerzas humanas, y las obras sobre las esperanzas.

Era portugués este grande varon; su celo y virtud le llevó á la India despues que entró en la Compañía, de donde pasó á las islas Malucas, que fueron campos muy espaciosos de su apostolado, donde convirtió innumerables almas y muchos reyes.

Pasó allá año de 1561, cuando estaban más necesitadas y sedientas de las aguas de vida y doctrina del cielo. Vino con otros cuatro de la Compañía, que llevó consigo el gobernador Enrique de Sá, con cuya venida comenzaron á respirar del miserable estado en que estaban los isleños.

Hubo en estas islas grandes mudanzas y alboroto, no sólo por el ingenio de los naturales, sino por los vicios de los extranjeros, principalmente los moros, enemigos capitales de nuestra santa fe, y, no en pequeña parte, de los cristianos, que por estar tan distantes de la India y apartados de los demas del mundo, tomaron mayor licencia; y despreciando el bien eterno de sus almas se entregaron todos á los caducos de ganancias de la tierra, y no tra-

taban más que de afligir los naturales, que estaban, en la sazon que llegó el P. Mascareñas, destituidos de predicadores y pregoneros del Evangelio.

No habia otro que el P. Nicolás Nuñez, que con otros dos HH. Juan de Arausio y Fernando Osorio, procuraban hacer pocos por muchos, los cuales por la mayor parte era necesario residiesen en Ternate, sin poder ayudar á los cristianos de Amboino, Bazain, islas del Moro y otras partes, sino es con lágrimas, oraciones y clamores al Padre de las lumbres y de las misericordias, para que las usase con aquella gente, enviándoles quien les ilustrase con la luz del Evangelio y confirmase en la fe recibida.

Los moros estaban insolentes, y forzaban á los cristianos siguiesen su blasfema y maldita secta. En la isla de Burri, donde habia florecido una cristiandad muy numerosa, toda ella se habia reducido á una cabeza.

Las islas del Moro muchos años habia que nadie las cultivaba. Á Amboino habia enviado el rey de Ternate un fiero y cruel capitan, llamado Liliato, para que forzase á todos los fieles á renegar de Cristo. El mismo rey de Ternate era para los convertidos un procurador del Antecristo, terrible enemigo de la ley de Dios y apasionado grandemente por Mahoma.

Contristaban tantas calamidades al P. Nuñez, y sus dos compañeros clamaban á los de la India para que viniesen á ayudarlos, y clamaban al cielo para que les ayudase con nuevos compañeros. Al fin les oyó el Señor, enviándoles por los principios del año de 1561, á los PP. Pedro Mascareñas, Marco Prancudo, Hernando Alvarez, Francisco Viera Rodriguez, Diego de Magallanes y Manuel Lopez, los cuales, juntamente con el gobernador Enrique de Sá, llegaron á Amboino.

Allí hallaron que no sólo Liliato habia cuatro años que perseguia á los cristianos impíamente, pero, lo que es más execrable, muchos cristianos y entre ellos un Antonio Hércules, fraile apóstata, con otro hermano suyo, que haciendo las partes de los moros, y sirviendo en la milicia pagana, hacian mil extorsiones, violencias, desafueros á los que habian recibido la fe de Cristo, principalmente aquel religioso apóstata y su hermano vendian los cristianos á los moros, quitábanles sus haciendas, y quitábanles las vidas Pero recibieron el castigo de sus abominables pecados siendo muertos por los portugueses. Quedaron tan horribles despues de muertos y tan espantosos á los que los miraban, que mostraban en la fiereza de sus cadáveres la horrible fealdad de sus almas.

No se hallaba en Amboino quien volviese por la causa de Dios, sino es un Manuel, natural de Attiba, pueblo de aquella isla, á quien, siendo niño, enseñó S. Francisco Javier é informó en la ley de Cristo y costumbres santas, y acompañaba al santo por todos aquellos lugares, adonde iba á predicar y en

señar el catecismo. Este buen cristiano sustentaba aquella cristiandad; y como los moros y un pariente suyo y dos soldados, á quien pagaba él mismo sueldo, le quisiesen matar poniéndole las escopetas á los pechos; él se fué á abrazar de una cruz diciendo, que allí habia de morir, porque así se lo habia enseñado S. Francisco Javier. Escapó de aquella traicion este celoso cristiano, para que ayudase al nuevo gobernador y Padres que venian para el bien de aquellas islas. Saliólos á recibir llenos de gran contento, dióles cuenta del miserable estado de las cosas, con que se dió órden á su remedio.

Prendió luego el gobernador á Ratiput, hombre insolente, que despues de haber hecho pedazos todas las cruces que estaban en público, y afligido con impías crueldades á los cristianos, se habia alzado por rey en Recanive.

En la prision le tocó el Señor y ablandó su corazon duro, pidiendo las aguas del bautismo, con que alcanzó dos vidas; la temporal que habia de perder por sus delitos, y la eterna que ganó por su arrepentimiento. Bautizaron juntamente los Padres, aunque recien venidos, mil y quinientas personas, con que se aumentó mucho el bando de Cristo y atenuó el de Mahoma. Destruyeron un templo de moros, otro de gentiles; levantaron una gran cruz con gran gozo de los cristianos, viendo enarbolar la bandera de su fe y señal de su salud eterna.

Pasó el gobernador á Ternate, llevando consigo al P. Pedro Mascareñas con los PP. Márcos Prancudo, Hernando Álvarez y Manuel Lopez; quedándose en Amboino para la labranza de la viña del Señor el P. Diego de Magallanes y Francisco Rodriguez.

En Ternate gastaron tres meses en reformar los portugueses, para que su mal ejemplo no impidiese la conversion de los gentiles.

Cuando les pareció tiempo de esparcirse cada uno á su provincia, se previnieron con larga oracion y muchas penitencias; hicieron confesion general, y el dia tercero de Pascua del Espíritu Santo todos juntos renovaron sus votos religiosos, esperando aquel Divino Espíritu que vino sobre los Apóstoles, para que les hiciese sus imitadores; y verdaderamente lo fueron en obras y paciencia y virtudes heróicas, haciendo todos grandes proezas y finezas por Jesucristo. Exhortáronse unos á otros á hacer la causa divina, á vivir á solo Dios y los prójimos, á morir á sí, á ser verdugos de su naturaleza y acabar en tan santa demanda. Fué tan notable su celo, que dentro de un año convirtieron y bautizaron más de diez mil almas.

Quedóse nuestro P. Mascareñas en provincia bien árdua, por entónces, y la de peor condicion, que era el mismo Ternate, á vista del rey moro, cruel perseguidor de los cristianos y celoso propagador de su falsa secta.

No se amilanó el siervo de Dios, ántes; porque no tenian los de la Com-

pañía iglesia en Ternate; delante de los ojos del impío rey, pidiendo limosnas á los mercaderes portugueses, edificó un templo cristiano. Dióse tanta priesa á su edificio, que, dando principio á él dia de santa Ana; se dedicó y dijo Misa en él á nueve de noviembre del mismo año, dia en que celebra la Iglesia la dedicacion del templo del Salvador.

Convirtió muchos á la fe. Entre otros, que conocieron la verdad del Evangelio y la abrazaron, fué el principal capitan del rey de Tidore y muy pariente suyo, que los años pasados habia sustentado la guerra con gran valor y singular esfuerzo contra los portugueses; cuyo ejemplo siguieron otros señores principales. Púsose por nombre Andrés aqueste gran capitan.

Habia tambien enviado á Ternate á su hijo mayor y heredero del reino el rey de Bengai, para que allí viese las costumbres de los moros y de los cristianos, y, confiriéndolas entre sí, escogiese la ley que mejor le pareciese, porque él tambien la seguiria. Andaba observando el príncipe las acciones de unos y de otros, de los caciques, de los moros y del P. Mascareñas y sus compañeros. Vió en los nuestros tanta modestia, virtud y santidad, que escogió el sábio mancebo la ley de Cristo, donde habia tan notable caridad y pureza de vida.

Sintió de muerte estos casos el rey moro de Ternate; rabiaba de saña y pena; procuró ya con amenazas, ya con promesas, traer á su secta aquel príncipe. Todo fué en vano, porque prevaleció entre tantas tinieblas la luz del cielo. Abrióse con estas conversiones muy ancha puerta, por donde entraron á la casa de Dios muchos gentiles.

Súpose en el reino de Tidore, que seis señores y príncipes de aquel reino fuera de su excelente capitan Andrés, que ya era cristiano, querian en Ternate recibir las aguas del bautismo. Eran dos los gobernadores de aquel reino, por no tener su rey edad competente. Partiéronse volando para Ternate para impedir la resolucion de los suyos; pero con la comunicacion del P. Mascareñas y la luz del cielo que por ella les entró, aprobaron su hecho; dijeron que hacian muy bien aquellos caballeros; que no los querian impedir su bien ántes deseaban imitarles, prometiendo no solamente ellos dos, pero que todos los del reino de Tidore, en sosegando ciertos tumultos, se habian de hacer cristianos; y muy poco despues se bautizaron dos hermanos del rey.

Era todo esto tormento para el tirano de Ternate, moro contumaz y celosísimo de Mahoma; pero el miedo le hizo disimular su saña, y ablandó la fiereza del bárbaro; porque, recelándose mucho de tantos reyes comarcanos, que se alistaban por de Cristo, quiso asegurarse de los portugueses, viendo que tenia necesidad de tenerlos gratos; y así trató benignamente al que más aborrecia, al autor de tantas conversiones, el siervo de Dios Pedro Mascareñas

el cual le pidió licencia para predicar libremente á sus súbditos el Evangelio de Cristo, y que ellos pudiesen recibir con seguridad el bautismo. Diósela el rey, añadiendo que él y sus hijos habian de ser los que con mayor asistencia oyesen sus sermones. Fué esta oferta fingida, pero de la licencia se aprovechó el siervo de Dios, y convirtió á muchos.

No sólo en Ternate evangelizó este apostólico varon: salió al reino de Syan, contra cuyo rey, por haberse hecho cristiano, se levantaron sus vasallos, sin quedar por suyo sino solo un lugar. Fué á Ternate á pedir favor á los portugueses; acompañóle á la vuelta el P. Pedro, para confirmar en la fe de Cristo los cristianos de aquella isla, y convertir otros de nuevo.

Con el ayuda de los portugueses fué restituido el rey cristiano en su reino. Catequizó el siervo de Dios, y bautizó al padre del mismo rey, y extendióse la fama del P. Mascareñas á varias partes.

Llegó al reino de Sanguimo: envió su rey embajadores al siervo de Dios, para que llegase á sus tierras y las ilustrase con su predicacion y admirable doctrina. Dijeron los embajadores, cómo el rey estaba tan dispuesto para recibir el Bautismo, que se habia cortado la cabellera que traia esparcida: era costumbre en aquellas islas de cortársela los que quieren ser cristianos.

No habia cosa que más desease el P. Mascareñas: recibió á los embajadores con las significaciones de agrado que el gozo de su espíritu le dictaba, viendo que se le abria la puerta para convertir aquella grande isla: promete ir allá lo más presto que pueda, parten los embajadores muy contentos, dándole nueva á su rey, cómo vendrá el ministro de Cristo; edifícanle entre tanto casa acomodada: sálele al recibimiento el padre del rey, con otro príncipe, en un navío bien aderezado.

Ni se gozó poco el rey de Syan, de que, estando el P. Mascareñas en sus tierras, tuviese tan buenas nuevas; quiso él mismo irle acompañando: tan piadoso como esto era este príncipe. Fué con aparato real, con armada de ocho navíos; llegaron á la isla Sanguimo, á donde le salió á recibir su rey con los sátrapas y señores sujetos; llegan á la córte que se llama Calenga.

Predicó el santo varon al rey y la reina y otros muchos señores la ley de Cristo; paréceles del cielo: y, despues de bien catequizados, bautizó á todos el siervo de Dios, con gran gozo de su alma y contento de los bautizados.

Hiciéronse grandes regocijos y solemnes fiestas; pero el rey estaba tan gustoso de la doctrina del cielo, y tan pendiente de las palabras de su santo Maestro, que no habia fiestas para él como oirle; y así, mientras estaba el pueblo en los regocijos y juegos festivos, él se estaba oyendo al predicador de Cristo, preguntándole sus dudas, reverenciando las respuestas, haciéndose cada dia más capaz de los misterios sagrados.

Era su palacio una pública escuela de la doctrina cristiana; y, con ser muy anchuroso, ni de dia ni de noche se vaciaba de gente, que desalados querian oir al apostólico Padre, en cuyos lábios habia Dios derramado gracia, y no ménos en los corazones de aquella gente.

Quiso el siervo de Dios tomar por Cristo la posesion de aquel reino con enarbolar su bandera, colocando á vista de todos una cruz en lugar patente Holgóse extrañamente el rey, holgáronse los próceres del reino. Su devo cion fué tan grande, que ellos mismos por sus manos la quisieron labrar. N fué menor la piedad del rey y de su amigo y huésped el rey de Syan; deter minaron ellos por sus personas llevar la señal santa.

Fué raro espectáculo ver aquellos dos reyes llevar en sus hombros la pe sada cruz, rodeados de señores y príncipes de uno y otro reino. Competian entre sí los dos reyes sobre quién se habia de mostrar más fino con Jesu cristo.

Iba el P. Mascareñas lleno de gozo, triunfando de ver triunfar á Cristo po su cruz, á la cual luégo que se fijó en el lugar señalado, hincadas las rodilla los dos reyes, siguiéndoles el resto del pueblo, la adoraron humilde y devo tamente. Piden luégo al Padre que señale lugar á su gusto para hacer igle sia; escogió el siervo de Dios un lugar marítimo, muy capaz y ameno, qu estaba junto á un espeso bosque.

Fué tan extraño el fervor de todos, que en seis horas arrasaron toda l selva, trabajando en la obra los señores y más principales personas de aque reino. El mismo rey estaba en medio de todos, animándolos, y con blanda palabras exhortaba á todos al trabajo y devocion de la obra.

La reina y las señoras principales, por no quedar inferiores en ejercicio d tanta piedad, enviaron á pedir al P. Mascareñas, que las dejase ir á limpia el campo en que habia de hacerse la iglesia, que ellas le querian barrer, de arraigar por sus manos las yerbas que hubiese: tanta era la devocion de aqu lla gente y el ejemplo que les daban los reyes, el rey de Syan principalme te, que no sólo era buen cristiano, pero predicador de Jesucristo, no perdie do ocasion en que pudiese introducir ó ensalzar su santa ley.

Fué necesario que pasase el siervo de Dios á visitar los cristianos de Ca tipan. Con la fama de su venida, le salieron al camino unos embajadores d los Batachinos, pidiéndole fuese á sus tierras, ofreciéndose más de cien m hombres á recibir el bautismo. No pudo divertirse el Padre á esta jornad con harto dolor de su alma; consolóles con que procuraria que les fuese enviados otros padres á enseñar y admitir en el reino de Cristo.

Llegó á Cautipan; fué grande el consuelo de todos los cristianos; de dia de noche no dejaban al siervo de Dios, pendientes de sus palabras llenas d

vida y consuelo; pidiéronle tambien el bautismo muchos gentiles; prometióles enviar quien se le diese y enseñase; no juzgaba por conveniente bautizar por entónces los que habian de quedar destituidos de maestro, y poco fundados en la fe.

Tornó el celoso Padre á Ternate, para disponer cómo se acudiese á tantas almas, que le habian pedido pan y no habia podido repartírselo.

Ni él quiso quedar en Ternate, por juzgar seria de más provecho en otra parte, donde ó los gentiles querian ser cristianos, ó los cristianos estaban perseguidos de los moros, los cuales levantaron tal persecucion contra la fe de Cristo, que, fuera de haber muerto á muchos que la habian recibido, no estaban los cristianos seguros en parte alguna. Las mujeres, dejando sus casas bien ricas y abastecidas, se salian por los montes y selvas, cargadas con sus hijitos, á esconderse entre algunas breñas ó en lo espeso de los árboles; los mancebos nadando de noche atravesaban brazos de mar, pasándose de una isla á otra, donde hallarían más seguridad. En una donde habia soldados portugueses, que, entendiendo ser enemigos, les querian disparar al agua, temiendo esto los que nadaban, á voces decian: «No nos tireis, no nos tireis, que somos cristianos.»

En el reino é isla de Manado fué donde halló grandes trabajos para sí, que para él fué topar un tesoro; fueron verdaderamente dignos de su paciencia y celo, y los peligros de la vida ciertos, si no le librara el omnipotente brazo del Señor: porque muchas veces le buscaron los moros y gentiles para matarle y hacerle mil pedazos; y sin remedio humano lo hubieran hecho, si el divino no acudiera, librándole Dios Nuestro Señor con manifiestos milagros. Y así testifica de este fervorosísimo varon Pedro Ordoñez Zaballos, que, por haber andado por aquellas partes, tuvo lugar de informarse mejor de la verdad: «Fueron, dice, tan inmensos sus trabajos, y todo por la mucha gente que convertia, enseñándola y bautizándola; que los moros y gentiles traian por refran, que este sólo les habia de quitar más gente que todos los demas predicadores; y así bautizó tres ó cuatro reyes y tanta gente principal de príncipes y señores, que se podia de sólo esto hacer un grande tratado; y así le llamaban el Padre de los milagros: pues diciendo los moros y gentiles que lo buscaban infinitas veces para matarlo, jamas tuvieron ocasion, aunque lo encontraban, porque les parecia otra cosa. Al fin fué servido el Señor padeciese martirio.» Todo esto es del autor citado.

Una vez se acogió el siervo de Dios á un monte; sábenlo los infieles, salen con gran número de soldados, cercan por todas partes la selva; no habia providencia humana de poder escapar; vióse el santo varon cogido, encomendóse á Nuestro Señor para que dispusiese de él como fuese más servido. No

tuvo otro modo sino discurrir de una parte á otra; todo el dia anduvo corriendo; á la noche se halló en parte segura, y sin más cansancio que si hubiera estado todo el dia reclinado en una regalada cama muy descansado.

Otra vez estuvo retirado en un monte, sin comer bocado en ocho dias enteros, si no es unas pocas de yerbas que pació como bestia; fuéronle á buscar los moros, pasaron muchas veces por junto á él, sin conocerle ninguna; porque donde estaba no veian hombre, sino un animal del campo, con lo cual dejaron de buscarle; pero acudiendo luego los cristianos, le vieron en su propia figura, si no es lo que le habia desfigurado tan largo ayuno. Estaba que no se podia tener en pié; repararon su necesidad, volvió á trabajar como ántes, y ponerse á los mismos peligros.

Hizo grande provecho en muchas gentes; convirtió grandes pueblos, que para esto le habia reservado el Señor con tan extraordinarias providencias; pero para no defraudarle de la corona del martirio, que tantas veces habia empuñado, permitió que con veneno le matasen los gentiles en odio de nuestra santa fe, que tanto procuraba exaltar este divino varon, por cuya causa pasó tantos trabajos y peligros, como verdadero soldado de Cristo: porque queria seguir el ejemplo de su Capitan Jesus.

No dudaba en dar la vida por su amor y fe, ántes era esto la cosa más deseada para él; pero por la necesidad que tenian tantas almas de la leche de su doctrina, pasaba tantos trabajos por guardar la vida, que deseaba perder más que á la misma vida.

Esta es, aunque brevemente resumida, la de este fervoroso Padre, y la escribió el P. Pedro Iarich, en el primer tomo de su *Thesauro Indico*, libro 2, capítulo 29. De este siervo de Dios escriben tambien el P. Francisco Sachino en el 2 tomo de la *Historia de la Compañía*. Thomas Bozio *De Signis Ecclesiae*, libro 4, capítulo 2. Jacobo Damiano en su *Synopsi*, libro 3, capítulo 8. Pedro Ordoñez Zaballos, libro 3, del *Viaje del mundo*, capítulo 16. Y el suplemento de la *Centuria de los Mártires de la Compañía de Jesus*.

P. NIEREMBERG.

P. RAIMUNDO DE PRADS

LAS piedras fundamentales de los buenos edificios siempre son las más fuertes, las más firmes y generosas, porque han de sustentar sobre sus hombros toda la fábrica de los palacios y casas que se levantan sobre ellas;

y en los primeros cimientos está la planta de todo lo que ha de subir y extenderse el edificio.

Esto mismo pasa en los edificios espirituales de las religiones y santas comunidades, que Dios levanta en su Iglesia, en las cuales pone siempre por piedras fundamentales varones santísimos de muy sólidas virtudes y de tanto valor y ejemplo, que sean la norma y la firmeza de toda la virtud y perfeccion de los presentes y venideros, para que, ajustándose su vida con la regla de su Instituto, levanten el edificio de la religion, fuerte, seguro y constante y con toda perfeccion.

De esta verdad es testigo la provincia de Filipinas de la Compañía de Jesus de nuestra sagrada religion, para cuya fundacion escogió Dios varones de probadísima santidad, y de ejemplarísima vida y notoria perfeccion, que fuesen las piedras fundamentales de su espiritual edificio, que, para tanta gloria suya y bien de infinitas almas, levantó la mano poderosa del Altísimo. Uno de los cuales fué el venerable y santo P. Raimundo de Prads, que en nuestro castellano llamamos Prado, cuya vida aquí escribimos.

Fué este ejemplarísimo varon catalan de nacion, natural de un lugar cerca de la ciudad de Barcelona, que se llama S. Cucufato, y es abadía de monjes Benitos.

Su dichoso nacimiento fué el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, de padres nobles y de mucha autoridad en aquella tierra.

Su padre fué casado dos veces, y de ambas mujeres tuvo hijos; el mayor de la segunda fué nuestro Raimundo, y el primero en virtud de todos.

Cuando murió el padre, dejó la hacienda á los segundos hijos, cosa que llevaron muy pesadamente los primeros, que, como mayores, esperaban ser mejorados y no desheredados como quedaron.

Pasó tan adelante el sentimiento, que no solo pusieron pleito á los menores, sino que, trocando las razones por las espadas, vinieron á las armas, y, divididos en bandos, se buscaban unos á otros para matarse: que la codicia é interés atropella con todos los respectos de sangre, parentesco y amistad, aunque sea entre hermanos; como sucedió á los de Raimundo, el cual, ofendido de tan injusta demanda, y más del medio tan detestable que habian tomado para ella, se retiró de su pueblo en casa de un tio canónigo del Asseu de Barcelona, persona de buenas prendas, que le recibió con gran gusto, alabando su determinacion, y ofreciendo favorecer sus intentos, que eran estudiar con quietud y quitarse de bandos y enemistades, que perturban las conciencias, y asuelan los linajes y las casas, por bien fundadas

Aquí estudió la Gramática y las Artes; y, aunque al principio
divertido con las compañías no tales que se le arrimaron, que

destruyen la juventud; pero volvió presto sobre sí con el trato y conversacion de los religiosos de la Compañía de Jesus, donde cursaba, los cuales le pusieron en la frecuencia de los santos Sacramentos y en otras santas devociones, que conservó desde aquella edad hasta el fin de su vida.

Siendo, pues, de diez y nueve años, le llamó Nuestro Señor para la religion; y aunque le podian detener los valimientos que esperaba en el siglo, y en especial la canongía de su tio, que, teniéndole en su casa y á su mesa, era cierto que la pondria en su cabeza, como la puso en su hermano por falta suya; su vocacion fué tan eficaz, que se resolvió firmemente á renunciar todos los haberes del mundo, y abrazar la cruz de Cristo en la religion de la Compañía, en la cual fué recibido el año de mil y quinientos y setenta y seis, con igual consuelo suyo y de nuestros religiosos, por las buenas prendas que habian experimentado en el nuevo soldado que alistaban en su milicia.

Tuvo su primera probacion en el colegio de Barcelona con el rigor y observancia que se practicaba en aquel tiempo, haciendo unos retirados ejercicios con gran fervor de espíritu, encerrado en un aposento, sin hablar ni ver á persona de la casa más de al que se los daba y al que le daba de comer, macerando su cuerpo con rigurosas penitencias, contínuo silencio y fervorosa oracion.

Acabada esta prueba, entró en otra segunda más penosa; porque le enviaron peregrinando, á pié y pidiendo limosna, á Gandía, donde estaba el noviciado, y dista sesenta leguas de Barcelona, las cuales anduvo nuestro peregrino con harta mortificacion, pidiendo la comida de puerta en puerta, sufriendo un *perdone* y un *Dios le provea* á cada paso, el que pocos dias ántes era servido de criados, y gozaba en su casa de tantos regalos, comodidades y abundancia; durmiendo en hospitales con los otros pobres, sufriendo el ceño de los hospitaleros y las envidias de los mendigos, de que no hace adecuado concepto sino quien lo ha sufrido.

El nuevo soldado del Señor lo llevaba todo con gusto y alegría en memoria de lo que por su amor habia pasado su Capitan Jesucristo, el cual le ejercitaba desde luego en estas lides, amaestrándole para las que habia de padecer en adelante en las peregrinaciones largas que habia de hacer por la conversion de los indios.

En Gandía tuvo un año de noviciado con grande paz y consuelo de su alma y adelantamiento de su espíritu; y para el segundo le enviaron á Valencia, adonde nuestro Señor le ejercitó en nuevas peleas de tentaciones, enfermedades y falta de salud, que llevó con mucha paciencia y conformidad con su santa voluntad.

Habiendo, pues, salido con victoria de estas lides, hizo sus votos, y entró

á oir teología, y á esta sazon vino órden de nuestro P. General, para que dos Hermanos estudiantes teólogos de aquel colegio pasasen á Nueva España á poblar los estudios de Méjico, y emplearse en la conversion de los infieles.

En corriendo esta voz, se ofreció el primero de todos, como el más fervoroso, nuestro Raimundo de Prads, y movió tanto con sus instancias á los Superiores, que, con dolor de su alma por deshacerse de un sujeto que era la esperanza de su provincia, le señalaron para esta empresa, á la cual partió luego á Sevilla, no haciendo caso de los puestos y honores, que por sus lucidas prendas podia tener en su provincia.

Embarcóse en Cádiz, y llegando á salvamento, acabó en el colegio de Méjico el curso de teología, y se ordenó de sacerdote con el consuelo y devocion de su espíritu, que se deja entender de tan espiritual sujeto.

Era de su natural encogido y más inclinado al retiro y la oracion que al trato exterior con los hombres, y por esta causa no le emplearon luego los Superiores en la predicacion, ni le enviaron á las misiones. Hiciéronle maestro del seminario, para que allí enseñase latinidad á los nuestros, y juntamenlos promoviese en espíritu y observancia con sus santas razones y su buen ejemplo.

De aqui le mandaron ir por Superior á la Puebla de los Angeles, con mucha confusion suya, teniéndose por indigno de mandar á alguno, y deseando ser súbdito de todos. Y como su ansia era de emplearse en la conversion de los indios, sabiendo que enviaban personas á Filipinas á fundar aquella provincia, hizo repetidas instancias para ir á esta mision, y, despues de tres años de peticiones y deseos, alcanzó el cumplimiento de ellos, y partió de Méjico á esta mision con otros tres de la Compañía, que como Superior llevó á su cargo, para cuidar de ellos y servirlos.

II

Pasa á Filipinas y lo que obró en ellas.

Entró en las islas Filipinas el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro, y trabajó en ellas gloriosamente veintiun años, hasta el de mil y seiscientos y cinco, en que partió de esta vida á la eterna.

Hizo oficio de Superior la mayor parte de este tiempo y juntamente de operario, predicando y confesando, doctrinando á los españoles y á los indios. Y lo que obró en este tiempo fué tanto, y tan copioso el fruto que cogió de sus trabajos, que pedia una larga historia para referirlo; mas, acomodándonos

á nuestra brevedad, haremos aquí de todo una breve suma, comenzando de lo que obró en sí mismo, que fué siempre su primer cuidado y su mayor estudio.

En cuanto á la mortificacion, que es el primer paso de la vida espiritual, sin duda fué este santo varon uno de los que dice S. Pablo que crucificaron su carne con todos sus apetitos, inclinaciones y deseos; porque perpétuamente anduvo en guerra consigo mismo, persiguiéndose á sí como á su mayor enemigo.

Comenzó las disciplinas desde que era estudiante seglar y á martirizarse con sogas y cilicios. Traia de ordinario á raíz del cuerpo un jubon de rosetas de acero con puntas agudas, que causaba grima verle, sin quitársele en las Pascuas ni en los dias más festivos. Preguntóle tal vez un confidente suyo cuándo era bueno quitarse el cilicio, y respondió que en la muerte, porque hasta entónces no se debe desnudar las armas el soldado de Cristo.

La comida era un perpétuo ayuno; los viérnes y sábados y las vísperas de Cristo y Nuestra Señora más riguroso, y estando comiendo se estaba mortificando, quitándose lo necesario para el sustento de la vida. Traia contínuamente acíbar en la boca para amargar el gusto, y los viérnes de cuaresma con mayor cantidad, en memoria de la hiel y vinagre que gustó Cristo en la cruz. Con esta salsa hacia sabrosa su comida, sin usar jamás otra alguna, ni sal ni vinagre ni aceite ni cosa que le pudiese dar gusto. Llegó al grado que pone S. Bernardo á los perfectos, porque iba á la mesa como á la cruz, y así confesó á su Superior un dia, que estaba crucificado en ella.

Con ser tan importunos los mosquitos y las moscas y abispas en aquellas tierras, no alzaba las manos para quitarlas, dejándose atormentar de ellas en memoria de las espinas que Cristo padeció en su cabeza.

La vista mortificó por el mismo tenor, no levantando los ojos á mirar cosa alguna ni cuando andaba por la casa; y así no miraba al rostro á hombre ni á mujer ni á persona que le hablase, y era su recogimiento tal, que en las Indias le llamaban todos el Macario de aquel tiempo.

Seis años fué Vice-provincial, en que forzosamente visitó varias veces la provincia; y con haber tanta distancia de unos colegios á otros, que muchas veces pasan de cien leguas, y ser los caminos fragosísimos; siempre visitó á pié sin permitir género de carruajes ni alivio, ni para llevar el atril del sello y los papeles; porque le hizo muy manual por esta causa, y se valia de algun indio que le ayudase para esto, en que se descubre cuánto padeceria este siervo de Dios, así en la incomodidad de los caminos, como en los soles y lluvias y pantanos y en la comida y bebida, dando así ejemplo de mortificacion y pobreza á los Superiores y súbditos. Y para edificacion de todos, referiré aquí lo que le pasó en uno de estos caminos.

La tercera vez que visitó la provincia caminando á pié por la isla de Leite, en tierra de pintados, con un indio que le guiaba y un niño que le ayudaba á misa; llevaba consigo un compañero novicio, el cual se adelantó mucho con otro indio, que llevaba la escribanía del oficio. El buen Provincial, que siempre andaba ocupado en su corazon con Dios, no miró divertido los riesgos del mal camino por donde iba, y dió un recio golpe en el tronco de un árbol con la pierna derecha, y se lastimó de manera que cayó en el suelo con vehemente dolor, sin poder ir adelante. El indio que le guiaba corrió por aquel monte dando voces á su compañero para que volviese luego. Como iba tan adelante, no le pudo hallar tan presto, y el buen P. Provincial se volvió á Dios hincado de rodillas, y le dió gracias por aquella ocasion que le daba de pasar algo por su amor, y juntamente le suplicó que le diese fuerzas para proseguir el camino que habia comenzado en su servicio.

Estando en esta oracion, le apareció Cristo Nuestro Señor en figura de niño, con quien el Padre tenia gran devocion; traia la cruz á cuestas; miróle amorosamente, y confortóle, y regalóle con su vista y sus palabras, diciéndole: *Que prosiguiese el camino, porque tendria fuerzas para ello.* El bendito Padre, lleno de un gozo inefable, se levantó consoladísimo, y á este tiempo llegó su compañero, y le halló todo trasportado en Dios, con un semblante de ángel y una boca de risa, que revertia de la que gozaba su corazon.

Atáronle la herida, y aunque le quedó el dolor y el sentimiento por toda la vida para su merecimiento, le dió Nuestro Señor tal aliento como si estuviera sano; y prosiguió su viaje con gran alegría, poniéndola á todos sus compañeros, hasta que llegaron á la residencia de los nuestros, de quien fueron recibidos con mucha caridad, y lamentándose de la herida que traia, les dijo: «Que no se afligiesen, porque, si bien nunca habia tenido mayor dolor, tampoco habia tenido mayor consuelo que tuvo en aquella ocasion; que así paga Dios á los suyos los trabajos que toman por su amor.»

Al paso de su mortificacion era su paciencia y humildad. Siempre se tuvo por el menor de todos, más humilde que la tierra, tomando lo peor para sí y el lugar más abatido, y hasta en el cielo decia que se holgara de estar en un rincon.

Cuando acabó su provincialato, pidió con instancia que le enviasen al noviciado, á volver á ser novicio, y guardar su distribucion: enviarónle á ser Maestro de los novicios; pero él no se portó como tal, sino como compañero de todos, guardando como un novicio su distribucion en barrer, y fregar, y hacer la cocina y las otras menudencias del noviciado, siendo el ejemplo y la norma de todos.

Decia muy á menudo sus faltas públicamente, y, no contento con esto, las escribió en un largo tratado, á imitacion de S. Agustin, diciendo al principio que lo hacia para dar gracias á Dios, que siendo tal, le habia sufrido, y en lugar de aniquilarle, le habia hecho tantos beneficios y mercedes.

Toda su vida estuvo anhelando y pidiendo que le empleasen en el trato de los indios, por juzgarle por más humilde ocupacion.

De la misma tela fué su mansedumbre y paciencia, nunca airándose, y siempre sufriendo sin alterarse ni moverse á venganza ó indignacion; y así fué muy suave y benigno en su gobierno, y muy amado de todos.

Defendiendo á unos pobres indios de las sinrazones que les hacia un capitan, se enojó éste de manera contra el Padre, que, pasando todos los términos de la razon, le dijo muchas injurias, y faltó poco para poner las manos en él; y cuando le decia mayores baldones, el bendito Padre le echó los brazos encima, diciéndole con grandes muestras de amor: «Mucho más hay en mí, Dios habla por esa boca, que muy mucho más merezco yo.» Quedó admirado el capitan de la paciencia y humildad del siervo de Dios; y confuso por haber injuriado á un hombre tan santo, se retiró, y le obedeció en lo que le decia, y en vida y en muerte fué eterno pregonero de su santidad.

Al cocinero le tenia ordenado, que le llamase siempre que tuviese necesidad de ayuda; y si se descuidaba, ó tardaba en avisarle, él mismo se iba á servirle de ayudante, fregando, y barriendo, y haciendo los otros oficios de su ocupacion, para que él descansase.

Lo mismo hacia otras veces con los otros oficiales de la casa, ayudando á todos, para aliviar á todos y ejercitarse en obras de humildad, que no era pequeña exhortacion para los súbditos, ver á su Provincial servirlos con tanto afecto y abatimiento propio en los oficios más humildes del colegio, cuanto suele exasperar ver los muy graves y entonados con su dignidad, desdeñándose de todo lo que no es grandeza y soberana autoridad, con que la pierden con Dios y con los hombres, y son despreciados y aborrecidos por soberbios y vanos.

Hallóse entre sus papeles uno, en que tenia notados ciertos puntos, que intitula *Exámen de la humildad*, los cuales quiero poner aquí, así para que se vea el estudio que traia este siervo de Dios de esta virtud, como para que se valgan de ellos los que la quisieren alcanzar, y dice así:

«*Primer punto*: El verdadero humilde siempre anda temiendo que le alaben; y si lo hacen, se entristece, considerando que á solo Dios se debe la honra y gloria.

Segundo: El verdadero humilde á nadie desprecia, solo á sí se tiene en poco, y por tal quiere que le tengan todos, y huelga que le desprecien; ninguna

deshonra teme, porque ninguna honra quiere; y, como ni quiere ni tiene honra, nadie se la puede dar ni quitar.

Tercero: El humilde no quiere que le tengan por tal, sino por vil y bajo.

Cuarto: El humilde no sólo mira cuán vil es, sino cuán vil pudiera ser, si Dios le dejara de su mano.

Quinto: El humilde se contenta con cosas humildes y despreciadas de otros.

Sexto: El humilde conoce que no puede hacer cosa buena por virtud de su naturaleza corrupta é inclinada siempre al mal, ni vencer una pequeña tentacion sin Dios.

Séptimo: El verdadero humilde escoge siempre el más bajo lugar, el más bajo oficio, más humildes ocupaciones y más pobre vestido; no fia de su parecer, ni estima sus cosas, ni tiene reputacion propia.

Octavo: El humilde no juzga las cosas de los otros, de todos piensa bien, cree fácilmente lo que le cuentan de prendas y virtud de otros, á todos alaba y estima, todo le parece bueno y mucho más las obras de sus hermanos; sólo á sí se tiene en poco. *Humilitas vera est, qna quis de se prava existimat, et bona alterius sine labore commendat, S. Gregorio, etc.* Aquella es verdadera humildad, que juzga de sí bajamente y de los otros con mucha estimacion.»

Hasta aquí el *Exámen* que llama de la *humildad,* al cual añadia el ejercicio de la misma virtud, que era comparar el abismo de su nada con el ser altísimo de Dios, y andar contínuamente ocupado en considerar sus faltas, y procurar ser desestimado de todos por ellas, y no hacer caudal de las alabanzas de otros. Y no habia indio ni negro por desprestigiado que fuese, ni aun pecador ni hombre facineroso á quien no se humillase, considerando que por ventura aquel estaria predestinado para el cielo, y él reprobado para el infierno, conque siempre andaba encogido y humillado.

III

De su oracion y devocion y de otras virtudes en que floreció este siervo de Dios.

La humildad dice San Gregorio que es la raiz de todas las virtudes; y habiendo ahondado tanto en el corazon del P. Raimundo esta virtud, bien se deja entender la fuerza con que brotarian las demas, y lo que descollaria en todas, especialmente en las que son tan propias del religioso, como la pobreza, la obediencia, la caridad y la oracion, de quien solia decir que habia

de ser la contínua y perpétua ocupacion de un religioso, y decia de los otros lo que ejercitaba en sí mismo.

Su pobreza fué extremada así en sus alhajas, aposento, vestido y comida, procurando aventajarse en todo al más pobre mendigo, á ejemplo de San Francisco, á quien tenia por abogado de esta virtud, suplicándole cada dia que se la alcanzase de Dios; como tambien en no dar ni recibir cosa alguna, por pequeña que fuese, sin expresa licencia del Superior.

Su pureza fué tal, que ordinariamente le llamaban en Filipinas el *purísimo*, por el recato grande con que trataba con todos, la modestia de los ojos y la lengua y el recogimiento interior con que andaba siempre. Y en cuanto á la obediencia, desde que entró en la religion, hizo total entrega de sí mismo en manos de los Superiores, dejándose llevar y regir de ellos con obediencia ciega, sin replicar jamás á cosa que le mandasen, por árdua ó dificil que fuese, respetando sus palabras como pronunciadas por la boca de Dios.

En dos cosas tuvo grande repugnancia, y ambas las venció con gloriosas victorias con la gracia del Señor. La primera fué la obediencia que le pusieron los Superiores en la tasa de las penitencias, en que con su grande fervor se atormentaba con tal exceso, que, á no irle á la mano, acabara presto con su vida; y considerando esto, le pusieron regla y tasa de las que habia de hacer cada dia, cosa que sintió mucho, y quisiera replicar y proponer por el consuelo que sentia en su alma y por el ánsia que tuvo siempre de imitar cuanto pudiese á Cristo nuestro Señor, á cuyos pies fué á buscar consuelo en su afliccion. Y despues de muchas lágrimas y prolija oracion, en que le dió amorosas quejas por el freno que le ponia en sus mortificaciones, le consoló Su Divina Majestad (como él dice en sus apuntamientos) diciéndole: *Si esta es mi voluntad, ¿por qué te desconsuelas tú? ¿Por qué pretendes otra cosa más que la que yo ordeno y quiero? Haz mi voluntad y acertarás en todo.* Con este celestial aviso quedó consoladísimo y muy quieto en su alma, y conforme y gustoso con la obediencia de su Superior, como lo deben estar todos los súbditos en lo que les ordenan los Superiores, que están en lugar de Dios.

La segunda cosa en que tuvo repugnancia fué en aplicarse á los ministerios de españoles, y dejar los de las conversiones de los indios, que fué el intento con que pasó á las Indias, lo uno por ser más provechoso, y lo otro por ser más humilde y trabajoso, y haber dejado su patria, y atravesado tantos mares y tierras por emplearse en él. Sentia mucho que no le diesen licencia para tan santo empleo, y siempre anhelaba y clamaba por ir á los infieles, como los alcones y sacres generosos por volar á la presa cuando la miran delante de sí; y aunque procuraba ajustarse con la obediencia, siempre le quedaba aquella ánsia dentro de su corazon; pero reprendióle Dios con la vi-

sion siguiente, que dejó escrita en el libro de sus confesiones, y fué de esta manera:

Estando en fervorosa oracion la noche de Navidad, contemplando en el misterio de aquel dia con grande ternura y devocion de su alma; y mirando á la Santísima Vírgen y al Niño Jesus en sus brazos; se postró á los pies de ambos con profundísima humildad, ofreciéndose á su servicio, y pidiéndoles que admitiesen su oferta, y dispusiesen de su vida y sus acciones conforme á su santa voluntad; y alzando los ojos, reparó que, si bien la Santísima Vírgen mostraba aceptar aquella oblacion y sacrificio que les hacia de sí mismo, pero Cristo no mostraba agradarse de ella, ántes le miraba con algun sentimiento, cosa que le dió mucho cuidado, y le traspasó el corazon con vivo sentimiento y dolor; porque, si los cortesanos del mundo miran mucho en cómo les mira su rey, y sienten en el alma cualquiera linaje de desden que les muestre; mucho más sienten los siervos de Dios el que Su Majestad les muestra, por el deseo que tienen de agradarle y el temor de ofenderle.

Traspasado, pues, Raimundo con el dolor de este recelo, perseveró algunas horas en su oracion, llorando las ofensas que habia hecho á su Dios, y pidiéndole luz para conocer la causa que le habia dado de su enojo, á que el Señor, movido con sus lágrimas, le respondió, que le daba en rostro la falta de indiferencia con que se ofrecia á su servicio, y estaba inclinado más á la conversion de los indios que al provecho de los españoles, y á las nuevas conversiones que á las antiguas; por lo cual la oblacion y oferta que le hacia no era total ni perfecta, ni del todo agradable á su voluntad, y más le dijo, «que seria uno de los predestinados para el cielo, si guardaba perfectamente la obediencia que le habia ofrecido.»

Quedó el buen religioso con esta vision enseñado y corregido, y recibió con ella una gracia especial para ofrecerse totalmente á Dios por medio de sus Prelados, sin reservar cosa de sí para sí, ni inclinarse más á una parte que á otra ni á lo más grande que á lo más pequeño, ejecutando con la misma paz y gozo de su espíritu una obediencia que otra, persuadido que en todas cumplia la voluntad de Dios; y supo y predicó en adelante que Dios tenia como vinculada la salvacion de los religiosos á la obediencia total de sus Prelados.

Vengamos á la oracion, que era como el alma de sus acciones, la vida de su alma, y el consuelo de todas sus aflicciones, y adonde se armaba y fortificaba para las contínuas peleas que padecia de los demonios, ejercitándole en muchas y diversas tentaciones. La cual fué tan alta, que algunas veces le vieron el rostro encendido como un fuego del intenso que ardia en su corazon.

Muchas veces le visitó en ella la beatísima Vírgen, de quien fué muy de-

voto, y se halló cercado de ángeles como en una gloria celestial, y le reveló muchas cosas pertenecientes á su santo servicio. Y, orando por las almas del Purgatorio, le aparecian como á S. Nicolás de Tolentino, pidiéndole que orase por ellas; y despues gloriosas venian á darle las gracias por haber salido del Purgatorio por sus oraciones. Esto se supo de sus Padres espirituales, y se predicó en sus honras, cuando se hicieron en la ciudad de Manila, y está en los archivos de aquel colegio.

Cuando entraba en oracion, se reconcentraba en sí mismo; y, con grandísima veneracion y atencion, lleno de profunda humildad, se hincaba de rodillas, sin arrimarse á parte alguna, y se postraba luego en el suelo, cosiendo la boca y los ojos con la tierra, como dice S. Lúcas que oró Cristo nuestro Señor; y como si le viera sensiblemente, se confundia y humillaba en su presencia, pidiéndole perdon de sus culpas y licencia y gracia para hablarle y alabarle teniéndose por indigno de levantar los ojos al cielo. Como estaba tan dispuesto, en comenzando su oracion, se encendia en vivas llamas de amor divino, y prorrumpia en afectos de caridad y de alabanzas de Dios, derramando arroyos de dulces lágrimas, y despidiendo sollozos y suspiros amorosos de l íntimo del corazon.

Su contemplacion ordinariamente comenzaba por algun misterio de la vid de Cristo, de quien fué muy devoto; y para afervorizarse más, usaba diferente pensamientos para entrar en la oracion, y mover más la misericordia de Dio

El lúnes se presentaba en el acatamiento divino como un reo delante c su juez, acusándose él mismo, y pidiéndole perdon. El mártes, como esclav delante de su Señor, para que le emplease en su santo servicio. El miércole como deudor delante de su acreedor, para que le perdonase lo mucho que debia. El juéves, como pobre en la presencia de un riquísimo Señor, suplicá dole y pidiéndole una limosna de sus infinitos tesoros. El viérnes, como hi delante de su amado Padre, para que le abrigase y recibiese, como el d Pródigo, con su gran benignidad. El sábado, como discípulo delante de Maestro, para que le enseñase el camino verdadero, y le guiase al monte la perfeccion. Y el domingo, ofrecia su alma como esposa á su esposo, pa que la tuviese por suya, y como á tal la mirase, y guardase, y le diese las ras y el anillo de su amor.

Con estas santas meditaciones avivaba su devocion, y encendia su espír de suerte, que siempre recibia de la divina mano celestiales regalos é ilust ciones, con que perseveraba inmoble y gustoso muchas horas en oracic Cuando la acababa, sus palabras eran llamas que encendian á los que hab ba en el amor de Dios, en que tuvo particular gracia, y con que hizo muc fruto en las almas que trataba.

Habia fabricado, como Sta. Catalina de Sena, un oratorio dentro de su corazon, adonde se retiraba entre dia muchas veces, en medio de las mayores ocupaciones, á orar y hablar con su Dios; y así lo más del tiempo gastaba en oracion, y, lo que es más admirable, tenia hecho tanto hábito á orar y á levantar el corazon á Dios, que durmiendo oraba tambien, y recibia ilustraciones del cielo y favores del Señor, de que es buen testigo lo que dejó escrito en uno de sus apuntamientos, adonde dice así: «Visitóme una noche en sueños con la presencia de Cristo en el Calvario, y al clavarle la mano, con el ruido del golpe desperté; y dióme en la oracion y entre dia tanta devocion y alegría en Cristo, que parece queria dar saltos, etc.» Y no seria esta noche sola la que recibiria estos favores quien tan prendado estaba de su amor; que no es nuevo en Cristo hacer semejantes regalos á los que se esmeran en servirle, como este fiel siervo suyo le sirvió.

Dos años ántes de su muerte, que fué el de mil y seiscientos y tres, estando, la víspera de S. Francisco, orando á media noche en su aposento, y pidiendo al glorioso Patriarca que amparase aquella ciudad, sintió el tumulto de los chinas sangleyes, que eran más de treinta mil, y acometian de improviso la ciudad con designio de tomarla descuidada. Pero no pudieron, porque luego vió al seráfico Padre sobre los muros defendiéndola de su furor; y el bendito P. Raimundo salió por las calles y plazas, despertando y animando la gente á su defensa, ofreciéndoles gloriosa victoria, si tomaban al seráfico Padre por patron. Hiciéronlo luego como lo dijo, y vencieron á sus enemigos con gloriosa victoria, y todos los años, el dia del Santo, celebran su fiesta como de patron por este favor que recibieron de su mano, dando crédito á la revelacion del santo P. Raimundo, como de varon tan favorecido de Dios.

A esta clase pertenece la devocion con que decia Misa y la preparacion para ella y los favores y consuelos que recibia del Señor, que no eran menores que en la oracion.

Siempre se preparaba con leccion espiritual en las epístolas de S. Pablo ó en el Evangelio de aquel dia, y la leccion acompañaba con la oracion mental, contemplando muy despacio lo que iba hacer, y pidiendo al Señor su gracia, para acertar á servirle.

Guardaba la regla de ordinario, no pasando mucho de la media hora; pero en los dias más festivos la decia en capilla retirada, y entónces desplegaba las velas de su corazon al viento del Espíritu Santo y á los regalos y favores que recibia de su mano, y se detenia á recibirlos y gozarlos, y se estaba despacio regalando con su Dios.

Un dia de San Miguel Arcángel le dió el Señor gran copia de lágrimas y luz muy extraordinaria para conocer las cosas celestiales, y le dió á entender

que desde aquel dia quedaba su alma en tutela del Arcángel San Miguel, y que cuidaria de ella, y la tendria por suya como al templo del monte Gargano, y que recibiria muchos favores por su mano, como en la verdad los recibió.

Pero en lo que no puso tasa, fué en la accion de gracias despues de la Misa, en que, cuando le daban treguas los negocios, gastaba el resto de la mañana retirado en su aposento, á puerta y ventana cerrada, gozando á solas de su amado, y derritiéndose en lágrimas de fervorosa devocion.

Nunca dejó de decir Misa en cuanto le fué posible; y cuando visitaba la provincia, disponia las jornadas y las navegaciones de manera que siempre llegase á tiempo y lugar adonde la pudiesen decir, y aunque esto le costaba mucho trabajo, y algunas veces pasar en ayunas, con grandes calores hasta muy tarde, todo lo daba por bien empleado, á trueco de no perder aquel bocado celestial, que era las delicias y el sustento de su alma.

Rezaba las Horas Canónicas de rodillas á sus horas, interrumpiendo cualquiera ocupacion que tuviese, para cumplir esta obligacion.

Con la Santísima Trinidad tuvo singular devocion, y para dar á cada una de las tres divinas personas la gloria y alabanza que podia, inventó una admirable devocion, que rezaba todos los dias con particular sentimiento y regalos del Señor. Ésta fué una corona que llamaba de Cristo, de ciento y cincuenta Gloria Patris y quince Pater noster, dividida en tres partes, en que repartia todos los misterios de la Encarnacion, infancia, niñez, juventud, vida, pasion y muerte de Cristo y misterios de la Vírgen, dando, en cada uno de aquellos Gloria Patri, gloria y gracias á toda la Beatísima Trinidad, por aquel misterio de que hacia mencion; sobre lo cual hizo una docta y larga exposicion, deseando que se comunicase esta devocion á muchos. Y era cosa muy de notar, que persona tan ocupada en tantos oficios y negocios, dentro y fuera de casa, y cargada de otras muchas devociones, como ahora veremos; hiciese todos los dias lugar para no dejar esta, en cuyo uso confiesa en sus apuntamientos que granjeó su alma grandes tesoros de regalos del cielo.

No fué inferior á ésta la devocion que tuvo á la Santísima Vírgen María, á quien tomó por Madre y Señora desde los primeros años de su edad, rezándole cada dia, de rodillas, su rosario entero y las horas de su oficio, lo que continuó toda la vida.

Ayunaba los sábados y todas las vísperas de sus fiestas, en reverencia suya, y servia á la mesa, y hacia varias mortificaciones públicas y secretas.

Pero en lo que más ponia la mira, era en la imitacion de sus virtudes, que es la mejor y más grata devocion á esta Señora. Y así dice en uno de sus apuntamientos con estas palabras: «Tomaré á la Vírgen Nuestra Señora por Maestra de todas las virtudes y por espejo en que siempre me mire, y en

cualquiera parte y ocupacion pensaré en la compostura y modo que la Vírgen tenia en semejantes acciones; cuán humilde, religiosa, grave, suave, diligente y atenta á las cosas del servicio de Dios y de su alabanza y gloria; y sobre todo, cuán ocupada tenia su intencion en aquel abismo profundísimo de la divinidad, etc.»

Hasta aquí en el lugar citado: y en otra parte dice que se hallaba muy consolado con traer al lado derecho de su corazon al Hijo y al izquierdo á la Madre, careándose con ambos y diciendo con S. Agustin: *Hinc pascor a vulnere, hinc lactor ab ubere; positus in medio, quo me vertam nescio.* El Hijo me apacienta con la sangre de sus llagas, la Madre me regala con la leche de sus pechos, no sé adonde me vuelva, cuando me hallo en medio.

Así andaba entretenida su alma todo el dia; y, como estaba tan embebido en esta devocion, la enseñaba á todos, y la predicaba siempre, y procuraba con todas sus fuerzas estamparla en los corazones de todos, para que fuese alabada y ensalzada eternamente de todas las criaturas, así del cielo como de la tierra.

III

Del celo que tuvo de la salvacion de las almas y el fruto de su predicacion.

No fué menor el celo que tuvo del aprovechamiento de las almas de sus prójimos que el de la suya propia; porque, como los amaba en Dios y por Dios, en quien tenia todo su amor; no dejaba medio por mover ni diligencia, por trabajosa que fuese, que no intentase por ganar una sola alma para Dios.

Este celo tan ardiente que abrasaba su corazon, le movió á dejar su patria natural, como dijimos, y atravesar el mundo, y entrar en tierras extrañas por la esperanza que tuvo de alumbrar á los infieles, y convertir muchos á la fe de Cristo. Este le hizo poner tanto conato en dejar á los españoles, cuya conversion es tan codiciada de los que viven en las Indias, y morar con los indios bozales, bárbaros y agrestes, por el mayor fruto que esperaba de su predicacion entre ellos.

Por este celo deseó con todas veras dejar el gobierno de los nuestros, para emplearse todo en el ayuda de los prójimos, y mostró bien con las obras que no fué sólo deseo; porque, no obstante la ocupacion de Rector de Manila, que tuvo dos veces, y de Provincial seis años; predicaba, y confesaba, y acudia á todos los ministerios con la misma asistencia que si fuera mero operario del colegio.

Cuando abrian las puertas de nuestra iglesia, ya estaba en el confesonario, y no se levantaba hasta cerca del mediodía, en que iba á decir Misa, en la cual le pagaba nuestro Señor el trabajo de aquel dia, regalándole con celestiales consuelos por las almas que le habia ganado, que fueron tantas con el cebo dulce de sus palabras, que corrieron parejas con las de su predicacion. Y habiendo sido tantas como diremos, enternecíase con los penitentes, y lloraba sus culpas con tan abundantes lágrimas, como si fueran propias suyas, y fuera él el penitente y ellos los que le confesaban, con que los movia á contricion y á lágrimas, y salian de sus pies consolados y trocados en otros hombres, y resueltos á padecer cualesquiera trabajo, ántes que volver á los pecados.

El fervor con que predicaba era á medida del fuego divino que ardia en su corazon, y del celo y sed que tenia de la salvacion de los hombres; por los cuales, como dice en sus confesiones, no sólo daria la vida, pero padeceria, si fuese necesario, las penas del Purgatorio.

La materia ordinaria de sus sermones eran los novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria, la fealdad de los pecados y la pena que merecen los ingratos, que á tantos y tan grandes beneficios de Dios le retornan ofensas por mercedes.

Predicaba con grande energía junta con mucha ternura; y ordinariamente acompañaba la doctrina con grande copia de lágrimas, que derramaba en el púlpito, nacidas de su sentimiento y del dolor que tenia por ver á Dios ofendido de los pecadores. A los cuales enternecia y compungia con su llanto de manera, que todos lloraban y gemian; y sus sermones, como los que pide S. Jerónimo, eran celebrados con lágrimas, y acreditados con el llanto de los pecadores.

Sus libros ordinarios, en que se preparaba para predicar, eran Cristo crucificado, la imágen de nuestra Señora y otra pequeña; que hizo pintar y traia consigo, del Niño Jesus con la cruz á cuestas, desde que se le apareció en aquella forma, como arriba dijimos.

Cuando habia de predicar, doblaba las penitencias de los cilicios, ayunos y disciplinas, y las horas de oracion; y así sus sermones eran hijos de la oracion, penitencia y ayuno, y de las lágrimas que derramaba por las ofensas de Dios y reduccion de los pecadores; con que salian de tal aljaba saetas encendidas, que penetraban sus corazones, y salian compungidos, pensativos y contritos con el temor de sus pecados y de la cuenta que habian de dar de ellos á Dios.

Repetia muchas veces: *Antes reventar que pecar, y morir que ofender á Dios: á buena vida buena muerte, y á mala vida mala muerte; y lo contrario es engaño de Satanás.*

Esto repetia con tan grande energía y tan vivo sentimiento, que traspasaba los corazones de los oyentes, y hubo vez que penetró con estas palabras en el de un mozo ménos ajustado del auditorio, el cual no podia olvidarlas de dia ni de noche; y comiendo, y negociando, y hasta durmiendo estaba pensando en ellas, y le parecia que á todas horas las oia de boca del P. Raimundo. Y tanto cavaron en su corazon, que se resolvió á dejar el mundo y cuanto en él poseia y podia esperar de honras, riquezas, deleites y valimientos; y se consagró á Dios en una santa religion, para hacer todos los dias de su vida penitencia. En que se conoce, por una parte, el fuego divino en que iban encendidas sus palabras, pues tan vivo le emprendian en los corazones de los hombres; y, por otra parte, cómo la palabra divina, como enseña Cristo, es semilla del cielo, que sembrada en las almas, arraiga en ellas, y da frutos celestiales de vida eterna, sin adminículos de espectáculos y demostraciones de figuras exteriores, de que algunos usan en los púlpitos, cuya vista espanta más que mueve á penitencia; y pasado aquel espanto, á que fácilmente pierden el miedo los oyentes, se quedan tan arraigados en sus vicios como estaban ántes de mirarlos. Y aunque algunos defienden esto con capa de que es espíritu, es manifiesto engaño, que no es sino falta de él, porque, si le tuvieran como este apostólico Padre, no necesitáran de estas figuras y espantos para mover los oyentes, y porque no le tienen, pretenden suplir su falta con estas demostraciones nunca usadas de los Apóstoles, ni de los Padres antiguos, ni de los santos, como fueron Sto. Domingo, S. Bernardo, S. Francisco y San Ignacio nuestro Padre. Todos los cuales usaron de la palabra de Dios, como Cristo la predicó, santa y prudentemente, con grande fervor de espíritu, con que hicieron admirable fruto en las almas, como lo hizo el P. Raimundo, á quien llamaban todos el salvador de las almas.

Era tan ardiente la sed de las almas que padecia este bendito Padre, que, aunque hubiese de predicar por mañana y tarde, no cesaba un punto de trabajar en el confesonario, atendiendo á su provecho, y á sacarlas de pecado. Y solia decir, que no se ganaba ménos en el confesonario que en el púlpito, y así subia ordinariamente de las confesiones á predicar, y Dios le daba fuerzas y fervor para el fruto que hacia en los oyentes. Y le tenia enseñado, que por este medio ganaria más que dejando las confesiones por la predicacion, como lo confiesa en sus apuntamientos, adonde dice que, habiendo de predicar un sermon en la fiesta de S. José, puso más cuidado en él que solia, y por estudiarle, no confesó la víspera por la tarde ni el dia del Santo por la mañana; y despues de muy estudiado, no le fué posible entrar en el sermon, ni acertar á decir cosa concertada, con que se bajó corrido del púlpito. Y despues le reprendió el Señor en la oracion por haber mudado de estilo,

dejando las confesiones por el sermon, con ménos confianza en su providencia de que no le faltaria como nunca le habia faltado. Y así, de allí adelante, nunca dejó las confesiones ni acudir al bien espiritual de los prójimos por haber de predicar; y ganó tal opinion de santo y de predicador en toda aquella tierra de Filipinas, que se convidaban unos á otros para oirle, diciendo: «Vamos á oir *al salvador*, que era, como dije, el nombre que tenia; y muchos ni se sentaban ni se cubrian, oyéndole en pié y descubiertos por el grande respeto que le tenian, juzgando que oian á un apóstol y á un vice-Cristo en la tierra.

El fruto que hizo con sus sermones fué admirable, y tal que él solo bastaba para hacerle insigne entre los varones ilustres de la Compañía.

Fuera materia larga referir la infinidad de almas que redujo al camino de la vida; la reformacion de las costumbres y la frecuencia de los santos sacramentos que entabló en todas partes; las enemistades y malas amistades que deshizo; los escándalos públicos que quitó y los pecadores obstinados en sus vicios que sacó de las gargantas del infierno; y como es imposible referirlos todos, así será conveniente decir algunos que sean como la muestra de los demas.

Habia un alférez en Manila, más soldado de la milicia del mundo que de la milicia de Cristo. Oyó un dia al P. Raimundo, movido de su gran fama, y cada palabra que le oia era una bala encendida que le pasaba el corazon; y se movió de manera, que, como otra María Magdalena, fué á su casa regando las calles con lágrimas, y, quitándose las galas y las insignias militares, se vistió un saco de penitencia, y vino, como Magdalena, á los pies del P. Raimundo, llorando sus pecados y pidiéndole remedio para ellos.

El bendito Padre le recibió con la benignidad que Cristo á Sta. María Magdalena y le consoló y esforzó á perseverar en el camino comenzado del servicio de Dios. Confesóle generalmente, y perdonóle, como Cristo á Sta. María Magdalena, y en su nombre, todos sus pecados. Ordenóle que sirviese en el hospital algun tiempo en aquel hábito, para satisfacer con su buen ejemplo el malo que habia dado. Despues le mandó estudiar, y, siendo de cuarenta años, entró en el colegio de S. José, adonde se crian los mozos estudiantes; y para ir al estudio, se ponia el manto y la beca sobre el saco. Vivia retirado en un aposento del colegio, gastando en oracion y penitencia los ratos que le quedaban del estudio, con grande ejemplo de la ciudad y aprovechamiento de su alma.

Un tablajero público de Manila vino á nuestro colegio á verse con el P. Raimundo sobre negocio que le importaba á su hacienda, y trájole Dios, sin saberlo él, para el que importaba á su alma.

Acabado su razonamiento, entró el Padre con el suyo, y le habló de las cosas de la otra vida y de la fragilidad de ésta, de la paciencia y misericordia de Dios y del rigor con que castiga los pecados, y concluyó diciendo estas palabras: *¿Hasta cuándo quiere que le aguarde Dios? ¿No ve que se llega ya el dia de la cuenta?* Las cuales dijo con tal fuego y sentimiento, que el pobre y miserable tablajero quedó atónito y temblando; y herido de la mano poderosa de Dios, fué á su casa, y se desnudó el medio cuerpo, y salió por las calles azotándose rigurosamente con una disciplina de alambre, lastimándose todo el cuerpo y la cabeza y la cara; y aunque algunos le iban á la mano, nunca cesó hasta que uno le dijo: «El P. Raimundo manda que lo dejes y te vuelvas,» que entónces obedeció; y lo que importa más, cerró la tablajería, y en adelante hizo una vida de un santo.

Predicando un dia del juicio final y de la cuenta rigurosa que se ha de dar á Dios de toda la vida, se hallaron presentes dos damas, madre é hija, grandes jugadoras, vicio propio de las Indias. Moviéronse tanto con el terror de sus palabras, que ambas cayeron desmayadas en el suelo. Lleváronlas á su casa, y quedaron enfermas; la una murió contrita recibidos los sacramentos; la otra mejoró tanto en costumbres como en salud, porque se trocó en muy penitente, ejemplar y limosnera, gastando con los pobres lo que gastaba en los juegos profanamente.

Otras muchas conversiones semejantes se cuentan de este santo varon, que dejo por brevedad; y cuanto se dijere no iguala al fervor de su grande espíritu.

Fundó una congregacion, con advocacion de nuestra Señora, en nuestro colegio de Manila, en que entró lo más lucido de la ciudad, y fué gran parte para su reformacion.

Entabló en las carnestolendas el jubileo de las Cuarenta Horas, con que refrenó los perjudiciales abusos de aquellos dias.

Compuso muchas obras y libros para utilidad de los fieles, entre los cuales fueron un ejercicio singularísimo, con muchos puntos de meditacion para ayudar á las almas y traerlas á Dios; un tratado en defensa de la religion cristiana y abono de nuestra santa fe contra los gentiles, indios, moros y herejes; un confesonario acomodado á la calidad, condiciones y modo de vivir de los españoles y los indios en Filipinas; una concordia de los cuatro Evanlios, ordenada en forma de ejercicios, y otra de los profetas con los evangelistas; otro tratado de las virtudes en que se ha de ejercitar el religioso; otro de la gloria y vision beatífica; una cronología general desde el pricipio del mundo hasta nuestros tiempos; várias meditaciones de la vida de Cristo y de los santos; varios rosarios y devociones y meditaciones para ellas, y un

gran tesoro de sermones y pláticas espirituales, que en veinte y un años que estuvo en Filipinas, habiendo gobernado lo más del tiempo, y gastando tantas horas al dia en oracion, no se sabe cuándo los pudo escribir, sino fué velando todas las noches, privándose del sueño por trabajar en servicio de Dios y bien de las almas.

V

Del espíritu de profecía de que le dotó nuestro Señor.

Acreditó Dios la santidad de este fidelísimo siervo suyo con el espíritu de profecía que le comunicó, dándole luz para conocer y decir muchas cosas importantes ántes de suceder; merced que suele hacer á los muy validos suyos, en cuyo número entró el P. Raimundo de Prads, como se verá por los casos siguientes:

El gobernador de Filipinas, Gomez Perez de las Mariñas, determinó de hacer jornada á las islas Malucas infestadas de los holandeses. Comunicó su intento con el P. Raimundo, el cual, habiendo tomado tiempo para encomendarlo á Dios, despues de larga oracion, le dijo que desistiese de la empresa, y no se embarcase, porque le saldria mal. Sin embargo de este aviso, insistió en su primer intento, exhortándole el Padre á que desistiese de él por entónces. Pero los soldados llaman cobardía algunas veces á la prudencia, y la codicia de las empresas les ciega para llamar á la temeridad valor, como sucedió á este caballero, el cual se embarcó en una galera bien reforzada, y, á pocos dias de embarcacion, se levantaron con ella los chinas que la bogaban, y le mataron á él y á todos sus soldados, cumpliéndose la profecía del siervo de Dios, con universal llanto de las islas por haber perdido tan buen gobernador.

En su lugar entró en el gobierno su hijo D. Luis Perez de las Mariñas, como el rey lo tenia ordenado, el cual gobernó seis años con mucho acierto y cristiandad, despues de los cuales se retiró á Minondo, que es una poblacion corta fuera de la ciudad, que está á cargo de los religiosos de Sto. Domingo, á cuya linde tomó casa, en la cual seguia la distribucion de los religiosos, rezando las Horas Canónicas á sus tiempos, y levantándose de noche á Maitines, y teniendo largas horas de oracion mental, en una de las cuales le mostró Dios su cuerpo herido, sin cabeza y sin manos, lleno de lodo.

Dióle mucho cuidado esta vision, y despues de haberla comunicado con su confesor, que era un religioso grave de Sto. Domingo, y con otras personas espirituales, vino á consultar al P. Raimundo, el cual, con espíritu del cielo, le dijo, como si lo viera, que en todo caso se dispusiese para morir, y ante

todas cosas hiciese una confesion general. Esto le dijo por los últimos dias de setiembre. Respondió D. Luis que la haria para siete de octubre, que era fiesta célebre del Rosario. No señor,—replicó el Padre, muy tarde es, más presto conviene hacerla. Pues será, dijo, para cuatro de octubre, dia de san Francisco. Tambien es tarde,—dijo el P. Raimundo; á más tardar, ha de ser para el dia de S. Miguel ó el del Ángel de la Guarda, dos dias despues, y en esto no haya dilacion.

El buen caballero se rindió á lo que el Padre le amonestó; y vióse claramente cuánto le importó, y el Espíritu divino que habló por su boca. Porque, á tres de octubre, se levantaron los chinas de la ciudad y su comarca, y D. Luis salió á ellos con poca prevencion; entró en unos pantanos adonde le mataron, y quedó el cuerpo en el lodo destroncado, como Dios se le habia mostrado en la oracion.

Una señora noble, cuyo nombre era D.ª Faustina de Palacios, gran bienhechora de nuestra Compañía, perdió gran parte de su hacienda en un navío que se anegó en la vuelta del Japon; y quedó tan corta, que, hablando con el P. Raimundo, le dijo que no podia continuar las limosnas porque se hallaba muy pobre. El Padre, recobrándose un poco, le respondió: «Confie Vm. en Dios, y ántes alargue que acorte las limosnas, porque en el patache, que era una corta y flaca embarcacion que habia enviado á Méjico, le ha de venir más hacienda que si la nave perdida aportára á Acapulco. Así sucedió, y la buena señora tomó el consejo del Padre, reconociendo que moraba Dios en él, y que le revelaba las cosas ausentes y por venir.

Otro caballero, que se llamaba Duarte de Figueroa, le consultó si se embarcaria para España, porque tenia muy buena ocasion. El Padre lo encomendó á Dios, y le respondió que no le convenia, y que en todo caso dilatase la jornada hasta el año siguiente. Tenia ya aprestado el navío y todo á punto para hacerse á la vela, y el amor de la patria le espoleó de manera, que, despreciando el aviso del P. Raimundo, se embarcó con toda su familia y hacienda; pero por su mal, porque á pocos dias le sobrevino un recio temporal en que zozobró la nave, y se fué á pique, pereciendo cuantos en ella se embarcaron, por no haber dado crédito á la profecía del santo varon.

Algo semejante á esta profecía fué otra que anuncio á un clérigo de nuestros estudios, que le preguntó si aceptaria un beneficio curato, que le daban léjos de la ciudad. El Padre le respondió que no le convenia, que ni le aceptase ni fuese allá; mas él, con la codicia de la renta y de verse en dignidad, le aceptó, y fué por su mal; porque dentro de poco tiempo le mataron á puñaladas, y lo perdió todo, con mucho sentimiento y dolor del buen Padre, por no haber creido lo que con tanto tiempo le avisó.

Demos fin á sus profecías, con la que dió al capitan D. Pedro Sarmiento, uno de los primeros conquistadores de las Filipinas, el cual, deseando adelantar su casa, determinó en su corazon hacer el esfuerzo posible, para alcanzar el gobierno de aquellas islas; y en órden á esto armó una nave, y la envió cargada de riquezas á España, consignada á un pariente suyo, para que le negociase esta pretension; que batiendo la fuerza con tiros de plata y balas de oro, tuvo por cierto conseguirla; y guardó tanto secreto, que no declaró su intento á persona alguna ni á su propia mujer.

Hizo decir muchas misas, y repartió largas limosnas por el buen logro de la nave, y entre otros vino al P. Raimundo, á pedirle que la encomendase á Dios; pero, con espíritu del cielo, le descubrió lo que tenia tan secreto en su corazon, y le dijo: «Señor capitan, ya Vm. ha hecho de su parte lo que ha podido por adelantar su casa; no se empeñe demasiado en esta pretension, sino póngala en las manos de Dios, y aprovéchese de la ocasion para ganar el cielo, ofreciéndole la nave como si no la hubiera de ver más, y coja ahora el fruto de este merecimiento.»

Turbóse el capitan viendo que el Padre le habia leido el corazon, y descubierto lo que tenia en él, anunciándole la pérdida de su nave; y, aunque el Padre le consoló y animó, siempre tuvo la espada de aquellas palabras atravesada en el corazon; y dentro de un año vino nueva cómo la nave se habia anegado cerca de Acapulco, y perdídose cuanto llevaba; y el capitan vino á consolarse con el P. Raimundo, el cual le dijo, que Dios no le queria más rico que lo que al presente estaba, que prosiguiese en sus limosnas, y adelantase el caudal de las verdaderas riquezas, que son las eternas de la bienaventuranza.

Tomó este santo consejo, y vivió en mucha paz, siendo perpetuo pregonero del espíritu de profecía, que moraba en el siervo del señor.

VI

El resto de su vida hasta su santa muerte.

No sólo tuvo don de profecía, sino tambien de consejo, que es uno de los que da el Espíritu Santo á sus escogidos; y los que le siguieron, tuvieron buenos sucesos, y malos los que le despreciaron.

Podemos afirmar sin recelo, que fué dotado de muy grande paciencia, probada con el fuego de muchas y graves enfermedades, contradicciones y trabajos, cuales suelen padecer los buenos Superiores.

Veinte años enteros padeció penosísimos corrimientos á los ojos, con gravísimos dolores; y, estando un dia tan apretado que, á juicio de los médicos, se le saltaba el ojo, le halló el enfermero cantando dulcísimamente una cancion muy suave al Niño Jesus, con quien se recreaba amorosísimamente; tal era su paciencia y el gusto que tenia en padecer algo por Dios.

La misma mostró en las batallas contínuas que tuvo con los demonios, que no cesaron de perseguirle y afligirle todos los dias de su vida con varios modos de tentaciones, de que alcanzó gloriosas victorias, que ahora goza en el cielo.

El año de mil y quinientos y noventa y uno, padeció una gravísima enfermedad, de la cual juzgaron los médicos que no saldria sino para la otra vida, y así se preparaba para la muerte.

El P. Antonio Sedeño, primer Provincial de aquella provincia, y que tenia puestos los ojos en él para dejarle en su lugar, sintió tanto la falta que habia de hacer; que suplicó á nuestro Señor recibiese su vida por la del P. Raimundo, y que le diese á él la muerte que amenazaba al Padre, y le dejase en la tierra, para que fuese Provincial.

Aceptó nuestro Señor este agradable sacrificio nacido de tan heróico acto de caridad, y luego mejoró el P. Raimundo, y enfermó el P. Sedeño; y dentro de breve tiempo murió, y le sucedió en el oficio el bendito Padre, como lo pidió á nuestro Señor. Dichoso tiempo en que florecian personas de tanto espíritu y santidad, que puso la mano poderosa de Dios para piedras fundamentales de aquella region.

Habiendo ejercitado el oficio de Provincial seis años con la aprobacion que se deja entender de tan espiritual y prudente persona, se encargó de la Congregacion de nuestra Señora, que habia fundado en el colegio de Manila, y la rigió y afervorizó con sus contínuos desvelos y grande prudencia y santidad; y ocupado en este ministerio, le sobrevino el año de mil y seiscientos y uno otra grave enfermedad, que le apretó de manera que todos se persuadian que seria la última de su vida.

El siervo de Dios se recogió en oracion, resignándose en la divina voluntad; y, pasadas algunas horas, volvió con certeza de que no moriria por entónces, porque Dios le concedia cuatro años de vida, para consumar su corona, y poner la última mano en algunas cosas que estaban á su cargo, como en la verdad sucedió, y, ántes que sucediese, lo declaró á su confesor.

En este corto plazo que le dió nuestro Señor, fué cosa admirable el fervor con que procedió así en sus obras, mortificaciones y oraciones, como en la predicacion y ministerios con los prójimos, como quien remataba el tiempo de su ganancia, y se acercaba al reino donde no la podia adelantar.

El año de mil y seiscientos y cuatro, dia de la Ascension del Señor, le dió Su Majestad un deseo tan encendido de subir en su compañía al cielo, y salir de la cárcel de este mundo, que se abrasaba en vivas llamas, y no le cabia en el pecho el corazon, y la cabeza se le encendió de manera que todos reconocieron que habia tenido algun grande favor de Dios.

Desde aquel dia no podia sosegar, ni atender á cosa de este mundo, anhelando siempre por su amado, gimiendo y suspirando por unirse con él.

Al entrar el año siguiente, en que se cumplia el plazo de los cuatro años, se retiró á una granja del colegio, adonde estuvo cerca de un mes, preparándose para la partida, con oracion, silencio, penitencia y dulces coloquios con Dios; y, conociendo que se llegaba su hora de partir de este mundo al Padre, volvió al colegio á despedirse de los que siempre habia amado, y en aquella hora les dió nuevas muestras de amor.

Adoleció de una fiebre maliciosa, recibió los santos sacramentos con admirable devocion, y, cuando se confesó para morir, tardó lo mismo que en una reconciliacion para decir Misa; y no fué mucho, pues cada dia se confesaba para decir Misa, como para morir.

Visitáronle el Arzobispo con sus capitulares, y el gobernador con los de su audiencia, y todas las personas de cuenta, así eclesiásticas como seglares, besándole la mano, y pidiéndole que se acordase de ellos delante de Dios.

Despidióse con grande ternura de los religiosos del colegio, con tanta seguridad y paz como si partiera de un colegio á otro; tales prendas le habia dado Dios de la gloria que le esperaba, y que presto le habia de dar.

Tuvo á su vista la imágen del Niño Jesus, con quien tuvo siempre tan cordial devocion, requebrándose con él con dulcísimos coloquios; y, llegando á esta sazon la música de nuestro colegio, le cantaron un motete en español, y con la dulzura del cántico, levantó los ojos y las manos al cielo, y así suspendido de los sentidos, como otro Moisés, dió su espíritu en las manos del Señor, á diez y siete de febrero de mil y seiscientos y cinco, á los cuarenta y ocho años de su edad, veinte y nueve de Compañía y doce de profesion.

Su rostro quedó hermoso, y el cuerpo tratable como cuando estaba vivo.

En divulgándose su muerte, acudió toda la ciudad á venerarle y besar sus manos, como de hombre santo, pidiendo á porfía alguna de sus alhajas por reliquia.

El entierro fué solemnísimo, concurriendo toda la ciudad, y predicó, cuerpo presente, su confesor, como testigo ocular de sus heróicas virtudes.

La Congregacion de nuestra Señora le hizo tambien sus honras, como á su Padre y primer fundador.

Algunos milagros se cuentan que obró Dios por su medio, y apariciones

despues de muerto, á personas afligidas, hijos suyos espirituales; mas no están muy calificados, y por esto no los refiero aquí: que referir cosas dudosas semejantes de personas de tanta opinion, en lugar de alentar la que tienen, la retardan, y ponen en duda las cosas grandes que se dicen de ellas con verdad.

Lo cierto es, que este siervo de Dios fué persona de conocida santidad, ejemplo de religiosos y Prelados, de purísima vida y excelentes virtudes, que es el primer milagro que debemos buscar en las personas santas, y lo que debemos imitar.

Diez años despues de su muerte, viviendo su dulce memoria en sus hijos espirituales, desearon recoger su cuerpo y ponerle en lugar más decente, y pudo ser que esperasen hallarle entero, por el alto concepto que tuvieron siempre de él; y, habida licencia de los superiores, abrieron su sepultura, y hallaron los huesos, consumida la carne, pero sin el horror que á los otros muertos, porque despedian de sí una fragancia suave. Juntáronlos todos en una caja, y colocáronlos en otro lugar más decente, juzgando que merecia mejor túmulo quien habia merecido tanta gloria, y se habia adelantado tanto en el servicio de Dios.

Uno de los que se hallaron presentes á esta traslacion, reservó un artejo para traerle por reliquia, y sirvió de testigo de lo referido; porque á vista de todos despedia de sí aquella fragancia de olor, y, como si fuera de algun santo canonizado, le llevaba á los enfermos, confiando que por su medio habian de alcanzar salud; efectos de su piedad y del gran concepto que tenia de su santidad.

El mismo tuvieron todas las personas graves que le conocieron y trataron, así de la Compañía como de fuera, de que hace un cumplido catálogo el Padre Francisco Colin, Provincial de la Compañía en aquellas islas, en la *Historia* que escribió de ellas, adonde pone su vida, al fin del *libro tercero;* por muchos capítulos, de la cual se ha copiado lo que se ha referido aquí.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CAMPO

SIENDO seglar el P. Juan del Campo, estudió teología en Salamanca, de donde era natural, y despues fué á Roma á pretensiones, donde como á otro S. Pablo, le cercó una luz extraordinaria, y oyó una voz y habla inte-

rior, que no le quedó duda sino que era de Dios, que le dijo se entrase en la Compañía, que le importaba este estado para su salvacion.

Pidió allí á nuestro Padre General le admitiese en la Compañía; concedióselo, y vino á España con el P. Miguel Márcos (cuyo discípulo habia sido en Salamanca) cuando volvió de Roma, donde habia ido electo Procurador por la Congregacion Provincial de Castilla.

Fué enviado á Villagarcía á ser novicio, habiendo primero estado en Salamanca, y hecho donacion de su hacienda á aquel colegio.

En Villagarcía, segun refirió en una carta el venerable P. Luis de la Puente, que fué su Maestro de novicios, para el P. José de Acosta, cuyas palabras son estas que se siguen: «Señalóse sin encarecimiento en una rara humildad, »modestia, obediencia, y grandes ganas de padecer.

»Enviándole á Leon en peregrinacion, se le apareció en el camino Cristo nuestro Señor, y le concedió un don de oracion contínua y muy levantada, con grandes ánsias de padecer martirio, y de ir entre infieles á las Filipinas y China, para convertirlos á nuestra santa fe.

»Todo el tiempo que despues estuvo aquí en Villagarcía, por casi un año, eran muy contínuas las visiones y revelaciones que tuvo, que no me he podido acordar de ellas; pero sé que con mucho cuidado las examinaba, y me parecia era Dios el que le guiaba.

»De aquí fué enviado á Salamanca á acabar sus estudios, y, sin perder punto del estudio, proseguia el don de oracion, de que soy testigo, porque me hallé allí en cierta ocasion, y me dió parte de sus cosas.

»Estando allí enfermo el P. Montoya, Vice-provincial, me fué á decir que cuidase de su alma, porque se habia de morir; y, preguntándole cómo lo sabia, respondió que, entrando en su aposento á visitarle, habia visto tendido á la puerta, un hombre amortajado, y que habia entendido era el P. Montoya, y como lo dijo sucedió, que murió dentro de ocho dias.

»Diciéndole yo que no hiciese caso de tantas visiones, y andando él congojado con esto de si eran todas de Dios ó algunas de su imaginacion, le dijo nuestro Señor en la oracion:—«Cuando tienes hambre, y te dan una rama cargada de fruta, ¿qué haces?» y él respondió:—«Señor, cómo la fruta, y arrojo la rama.» Dijo nuestro Señor:—«Pues esto has de hacer con estas visiones; toma la fruta de ellas, que son los deseos fervorosos de humildad, paciencia y otras virtudes, y, séase cuya se fuere la vision, no hagas tanto caso de eso.

»De Salamanca fué enviado al colegio de Avila; allí trabajó en los ministerios.

»Con extraordinario fervor pidió ir á las Indias Filipinas, porque este deseo siempre hervia en su corazon. Esto es lo que me he podido acordar de este

Padre, y, si me acordara de lo particular que con él me pasó, fuera cosa de mucho lustre para la historia de la Compañía.» Hasta aquí son palabras del santo P. Luis de la Puente.

En el colegio de Avila estuvo dos años, en los cuales, segun refirió el Superior que tuvo, y los Visitadores que visitaban; nunca jamas, ó muy rara vez durmió en cama, cuando no estaba enfermo; y así le era fácil las fiestas levantarse dos horas ántes que los demas á salir á predicar y hacer la doctrina por los lugares de la comarca.

Volvia sudado, cansado y en ayunas á cenar á casa, y alguna vez, siéndole forzoso detenerse allá el domingo en la noche, volvia el lúnes de mañana, ántes que se levantasen en casa, por no hacer falta á la clase que leia de medianos.

Traia en los brazos dos rollos de hoja de lata, y en el cuerpo un saco de silicio.

Partió despues á las Filipinas, y dejó en este colegio una disciplina, que puede por cierto servir de reliquia, con una bola de cera como una nuez, con cuatro clavos en ella llenos de sangre y áun de carne.

Andaba en contínua oracion, y alguna vez le hallaban en ella absorto y fuera de sí.

En las Indias perficionó su fervor, para acabar tan santamente como vivió.

La Historia de la Compañía y de las Filipinas, dará lo que aquí falta de este gran siervo de Dios.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO ALMERIQUE

En la Historia de las Filipinas, que escribe Pedro Chirino, hallo que hace relacion, aunque breve, de la vida y muerte de este siervo de Dios, y pondré aquí lo que de él dice.

Fué apostólico operario el P. Francisco Almerique, y su santo celo le llevó desde Italia, de donde era natural, á la Nueva-España, y desde allí, por hacer mayor sacrificio á Dios, pasó á las Filipinas á buscar almas para Cristo, destituidas y desamparadas, sin tener quien las alumbrase con la luz del Evangelio.

En Manila primero, y despues en la doctrina de Tartay, que contiene algunos pueblos y buen número de almas, se ejercitó en apostólicos ministerios, con grandísima satisfaccion de todos los que le trataban; porque con su gran humildad y mansedumbre era amado y deseado, seguido y obedecido, honrado y respetado y tenido por santo.

En Manila convirtió algunos gentiles, principalmente un Sangley china, que fué de grandísima edificacion, y vivió ejemplarísimamente.

En Tartay redujo innumerables filipinos. Hacia cada dia venir á la iglesia á los niños y á los viejos para enseñarles la doctrina, los niños siempre, los viejos hasta que la sabian. Daba á cada viejo un niño que le enseñase, el cual tenia cuidado de avisar cómo el viejo sabia; y entónces, dando el viejo buena cuenta, le daba licencia que no acudiese sino con el resto del pueblo los domingos.

Hacia tocar la campana á las Ave-Marías al amanecer, á mediodia y á la noche: y, fuera de esto, tenia quien cada noche tuviese cuidado de andar por las calles con una campanilla, amonestando á voces gran oracion por las ánimas del Purgatorio, y por los que están en pecado.

Estos casos, entre otros píos y devotos, habia introducido en estos pueblos el P. Almerique.

Levantó tres buenas iglesias, y adornólas de imágenes, colgaduras y buenos ornamentos, y ganó la voluntad de estos indios, de suerte, que pasando la voz de ellos á sus vecinos, se le venian áun los salvajes, que estaban escondidos por los montes; y así se vinieron á acrecentar mucho estos pueblos, como luego veremos.

En particular habia un indio llamado Sayor, por propio sobrenombre, que quiere decir robador (verdaderamente tal en los hechos, y salvaje en la vida), que sin casa ni habitacion vivia por los montes y cuevas, sustentándose de culebras que mataba, cuando no hallaba otra caza. Era (aunque ya mayor de edad) de increible ligereza en correr y saltar, disposicion y propiedad natural de las mismas fieras. A éste temian de suerte los pueblos comarcanos, que cuando entraba en alguno, huian de él como de fiera, teniéndole por lobo furioso, y con esta violencia tomaba lo que queria. Este hombre andaba en cueros vivos, sólo con unos pañetes bien pobres, ceñido un puñal, y en su mano su arco y flechas.

Toda esta fiereza, á la fama de las virtudes cristianas, se vino á sujetar al yugo de Cristo, buscando á sus ministros para que le diesen el bautismo como lo consiguió despues de probado algunos años.

Bautizóse con gran solemnidad y demostracion de alegría y eficacia de este Sacramento. Púsosele por nombre Pablo, del cual él se preciaba tanto

desde entónces, que llamándole alguna vez inadvertidamente por su sobrenombre antiguo, mostraba con mucho donaire y cristiandad tanto sentimiento y desden, cuanto gusto y honra del nombre cristiano, y así respondia á quien le llamaba Sayor: «No Sayor, sino Pablo.»

Procedió de allí adelante con piedad, sujecion y mansedumbre cristiana, refiriendo algunas veces sus brutalidades antiguas y caza de culebras, que segun decia, eran tan grandes, que se tragaban los hombres y gamos y otros animales.

A este modo fueron viniendo, el tiempo que aquí estuvo el P. Francisco Almerique, no uno como éste, sino pueblos enteros, dándoles el santo Padre sitio, y ayudándoles á hacer las casas.

En el pueblo de Antípolo, en sólo un año, que fué el de noventa y cuatro ó noventa y cinco, fueron casi mil almas las que se llegaron, de las cuales bautizó ese mismo año más de quinientas: habian venido de unos montes muy ásperos, léjos de allí, donde tenian sus casas y sementeras, desamparándolo todo por el amor y estima de nuestra santa fe.

No quedaron allá sino unos cotolones, que así llaman á los sacerdotes de sus ídolos; lo cual sabido, puso el siervo de Dios diligencia en que quien lo podia hacer los quitase de allí, para extinguir este escándalo de los flacos. Hízose, y con mucha suavidad, trayéndolos á las manos, donde el siervo de Dios con su santa prudencia, y con el ejemplo de su buena vida, allanó al principal de ellos, á quien reconocian los demas, y los bautizó á todos.

Decia éste, que era mayor su Anito (así llaman á sus dioses) que los de los otros; y por eso le reconocian por superior. Apoderábase de él el demonio cuando le ofrecia sus infames sacrificios, y haciale hacer muchísimos feisímos visajes, y le trenzaba los cabellos, que, por particular profesion, él traia largos como de mujer. Mas él por comenzar por ellos, como la Magdalena, se los cortó públicamente, y con ellos las fuerzas al demonio que le tenia cautivo; y bautizándose, obligó á los otros con su ejemplo á hacer lo mismo, como lo hicieron, entregando sus idolillos al fuego, donde fueron abrasados.

En el bautismo de estos quinientos, dos fueron de muy particular y admirable providencia de nuestro Señor, de dos viejas, que á lo ménos la una mostraba tener más de cien años, y ambas habian bajado de los montes con deseo del santo Bautismo, el cual apénas acabaron de recibir, cuando, dejando esta vida mortal, que ya no podia ir adelante con la carga de tanta vejez, se renovaron y mejoraron con la eterna, para lo cual nuestro Señor las habia guardado tantos años.

Ni fueron solos los Tagalos (que así llaman la gente más blanca y más política de Manila) los que bajaron de los montes, y vinieron á ponerse al lado

con los hijos de la nueva Jerusalen, que es la santa Iglesia, multiplicando el número y engrandeciendo el alegría de ver que la viña del Señor producia nuevas plantas, extendiendo sus sarmientos, hasta penetrar el mar; sino que tras los hombres los jumentos, esto es, los negrillos más fieros y montaraces vinieron dando de manos á ponerse en las de sus ángeles veloces, mandados ir á esta gente abatida y destrozada.

Con la cosecha que veia tan copiosa el P. Almerique, porque á porfía se le venian los pueblos enteros, dejando á otros el cuidado de los ya ganados, se empleaba en ganar y traer otros de nuevo.

No se pasaba dia de fiesta ni domingo que no predicase, y muchas veces decia dos Misas, y hacia dos sermones en dos diversos pueblos. Y porque esta gente con todas sus cosas acudia al Padre, lo ordinario, acabada la Misa, le acaecia siempre estarse respondiendo y consolando sus indios, con una paciencia incansable, sin desayunarse hasta muy tarde, dos y tres horas despues de mediodia. Ibasele el alma tras uno de estos pobres; y tanto con más aficion, cuanto más vil era el indio.

Al paso que este siervo de Dios aprovechaba á los indios, se aprovechaba á sí mismo, edificándose de ellos y confundiéndose á sí con tanta humildad, como significa en una cláusula de una carta que escribió á su Superior, donde dice estas palabras: «He dado gracias á nuestro Señor, que les da en esto a »sentir el bien de su salvacion, y por haber hallado aquí lo que yo pudiera »desear para mi contento, por el aparejo grande que hay de servir á nuestro »Señor de parte de esta gente y su buena disposicion, y emplearse en su »provecho; y así hartas veces me he confundido, y me parece en toda ver»dad, me hacen ventaja en hacer lo que Dios pide de ellos; y por otra parte »he recibido tal contento, cual yo nunca me acuerdo haber tenido despues »que estoy en la Compañía, ni en ninguna parte me he hallado tan consola»do como aquí; porque es gran cosa estar entre mucha gente buena y poca »mala, que raramente se halla en el mundo.»

De estas palabras se coligen dos cosas bien dignas de alabanza en este siervo de Dios. La primera, su gran celo y diligencia en cultivar aquellos bárbaros; pues les volvia tan mansos y rendidos al yugo de Cristo, que en la observancia cristiana podian ser ejemplo y envidia á los religiosos: la segunda la grande humildad de este apostólico varon; pues estando tan adornado de virtudes heróicas, se confundia del ejemplo que podia dar gente tan bárbara

Andaba entre ella muy interior; y en tan contínuo trato con los indios y ocupacion se le comunicaba Dios nuestro Señor muy familiar y afectuosamente, trayéndole siempre presente con muy frecuente y fervorosa oracion

Esta alcanzó en grado tan levantado, que los que muy en particular le tra

taron afirmaban, que *erat divina patiens*, usando del modo de decir del glorioso S. Dionisio; y así se admiraban todos de ver juntas una oracion tan alta y tan sublime con accion tan contínua y ocupada.

En esta correspondencia fué su muerte pacífica y descansada, alegre y llena de consuelo del cielo en el colegio de Manila, donde le trujeron á curar, recibidos los santísimos Sacramentos con mucha devocion, domingo primero de adviento, al mismo tiempo que todas las iglesias tocaban las Ave-Marías, á 2 de diciembre de 1601, dia del glorioso tránsito de S. Francisco Javier, cuyo verdadero imitador fué siempre.

Fué su muerte bien sentida y llorada, y con lágrimas y solemnidad celebradas sus exequias, y colocado su cuerpo en la capilla mayor de nuestra iglesia de Manila, delante de las gradas del altar mayor.

Cogióle la muerte muy bien, ocupado en trabajos apostólicos.

No tuvo otra enfermedad más que los mismos trabajos, que le fueron por espacio de casi veinte años gastando y adelgazando de modo que la primera calentura, sin resistencia, lo acabó en cinco dias.

Estaba actualmente formando unos pueblos de indios y otros de negros, que en Manila llaman itas, que los habia traido de unas sierras ásperas, y persuadídoles á poblar en un bello y apacible sitio fértil y agradable, como dos ó tres leguas de Antípolo, poniendo á este nuevo pueblo nombre de Santiago.

De este siervo de Dios hará otro más larga historia; yo solamente he puesto aquí lo que dice la *Historia de las Filipinas*, en el cap. 77 y en el 20.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO DE OTAZO

FUÉ el P. Francisco de Otazo, natural de la villa de Alcocer, originario de la de Priego, diócesis de Cuenca, de la noble prosapia de los Otazos, que se hallaron con el rey D. Alonso en las Navas de Tolosa, y tomaron á fuerza de armas las cadenas del palenque donde estaba el Miramamolin, principio de aquella nobilísima vitoria, á cuya causa el linaje de los Otazos puso en su escudo de armas la cadena ondeada en campo de oro.

Criaron sus padres á Francisco con la cristiana edificacion que ellos profesaban, y crecia con la edad en la virtud, á que fácilmente le inclinaba su buen

natural; y, para que tuviese esto mejor efecto, le enviaron á estudiar la gramática á la ciudad de Huete, debajo de la enseñanza de la Compañía, donde se adelantó en virtud y letras, y, sobre todo, en la devocion de la Vírgen, á quien servia y amaba de corazon, y cuyo hijo profesó ser en todo en su Congregacion; afecto ternísimo que le duró entrañable toda la vida, y por cuyo medio recibió grandes mercedes de Dios.

Acabados sus estudios de gramática, fué enviado de sus padres á la Universidad de Alcalá, á estudiar ciencias mayores, y allí procedió con no menor ejemplo de virtud, recogimiento y aplicacion á sus estudios.

Andaba en este tiempo con grandes zozobras de su salvacion, y, para sosiego de su alma, entró en unos ejercicios en el colegio de la Compañía, para mirar despacio en qué estado de vida podria asegurarla.

Hizo sus ejercicios, y en ellos pidió instantemente á nuestro Señor, y sobre todo á su Madre la Santísima Vírgen, le diese luz de su santísima voluntad; y, con particular impulso de Dios, se halló animado á entrar en la Compañía, en la cual le daba Dios interiormente ciertas prendas que habia de salvarse con otros muchos: y así el año de 1588, entró en la Compañía, dejando el mundo y muchas esperanzas en él; porque su hacienda era mucha, su nobleza conocida, y el caudal grande y el ingenio despierto; pero todo esto y cuanto el mundo tiene lo dejó con gran alegría por asegurar su salvacion.

Entró, pues, en la Compañía el virtuoso mancebo, y fué enviado á su probacion al Villarejo, donde se entregó muy de veras á los ejercicios de devocion y al de las virtudes religiosas, siendo ejemplo y espejo de sus connovicios.

Despues fué al Seminario de Huete, donde prosiguió con el mismo fervor, y le quedó tan aficionado, que áun estando en las Indias, hizo donacion de su mayorazgo y legítima, que fué muy buena, en su favor, y en el ínterin que hizo profesion tambien gozó aquel colegio de un vínculo suyo.

De aquí fué enviado al de Alcalá, donde procedió con notable aprovechamiento y edificacion, volviéndole á embestir los temores de si se habia de salvar ó no: y, como el puerto de sus fatigas era la Vírgen, todos sus cuidados puso en su seno y brazos.

Estando este devoto Hermano más agravado de las tristezas, y como oprimido de sus imaginaciones, se le apareció la Reina del cielo, con un resplandor de gloria, acompañada de otros Santos, á quien él se habia encomendado, y con los ojos alegres le miró. Traia la Vírgen Santísima un libro grande de rara hermosura y resplandor; hablóle amorosamente, y le dijo: *Este es el libro de los predestinados, mira y lee.* Alargó cuanto pudo y leyó en el principio de una columna su nombre escrito con letras de oro, y despues se seguia un catálogo largo de nombres.

Fué el consuelo de su alma á la medida de su tribulacion, y, viéndole la Vírgen tan consolado y tan suspenso, añadió: *Hijo, lee todos los que se siguen, que tambien están predestinados, y han de salvarse por tu medio.* Leyó el H. Francisco con atencion los que estaban en aquella lista escritos, y quedó su alma llena de un dulce consuelo, y los ojos de tiernas lágrimas.

Desde aquel punto nunca más tuvo recelo de su salvacion, ántes con una tan cierta confianza en la divina Bondad esperaba salvarse, que decia: «Si tuviera yo una cédula firmada de Dios, en que se obligara á darme el cielo, la rompiera al punto, seguro en su infinita piedad y en la palabra de su santísima Madre.»

Por ser este favor tan singular y de tanta edificacion, el Superior del colegio de Huete se lo preguntó á este siervo de Dios á la hora de su muerte, y le hizo instancia á que dijese la verdad, y él con mucha humildad y obediencia le dijo, que era así la promesa que tuvo de la Vírgen nuestra Señora, y que habia experimentado la una parte de ella, que es haberse salvado muchos por su medio, y que esperaba el cumplimiento de la otra parte de la divina Bondad, en cuanto á su propia salvacion.

Así se refiere esta revelacion en la historia del colegio de Huete, y otra semejante se refiere en la vida del P. Juan de Montalvo, al cual profetizó el P. Otazo las ocupaciones de su vida, y juntamente que era predestinado, y así estaba escrito en el libro de la vida.

De esta revelacion tuvieron muchos noticia, y fueron observando cómo se iba cumpliendo en los empleos del P. Montalvo, que vino á leer teología, ser Superior y Provincial de esta provincia de Toledo, como el P. Otazo se lo habia profetizado cuando era H. Estudiante.

Con el favor tan extraordinario de la Vírgen quedó este siervo de Dios lleno de dulzura interior y esperanzas del bien eterno; sintióse juntamente con nuevas ánsias de pasar á las indias y convertir almas á Dios.

Andaba la mision de las Filipinas entónces muy valida, porque habia poco que se habia conquistado y descubierto. Porque, aunque las descubrió al principio el famoso Fernando de Magallánes el año de 1521; pero no fueron conquistadas hasta el año de 1564, en que las comenzó á pacificar el adelantado Miguel Lopez de Legaspi con tres naves de armada, en que iban solos quinientos españoles.

Estos, despachados de Nueva-España por el virrey D. Luis de Velasco, Marqués de Salinas, en tiempo del rey D. Felipe II, pusieron en ellas las armas de España; y del nombre del rey Filipo, las llamaron Filipinas: son inmensas en número.

La primera que entónces se conquistó por España, fué la de Cebú, y luego

otras pequeñas, hasta que el año de 1570 se conquistó y allanó la grande isla de los Luzones, en la cual está la insigne ciudad de Manila, cabeza de aquellas islas.

Tiene Luzon de largo más de doscientas leguas, y de ámbito y circunferencia quinientas.

A la fama de este número grande de islas se convocó la Europa á su conversion, y, como á mision tan gloriosa, se azoraban los fervorosos en el espíritu.

Uno de ellos fué el P. Francisco de Otazo, que con muchas ánsias lo deseó, y con iguales fervores lo pidió, y con felicez suceso lo consignió, llamado de sus esperanzas y llevado de la Vírgen Santísima.

Los muchos que allí convirtió á la fe este apostólico varon, y las cosas raras que allí le sucedieron, fueron muchas. Lo que sabemos es que le tomó nuestro Señor por único instrumento para traer á la luz del santo Evangelio la grande y populosa isla de Mindanao y otras muchas de aquel Archipiélago.

Sucediéronle en aquella empresa cosas bien notables y milagrosas, que áun no sabemos. Porque como el santo varon confesaba muchas veces, se escapó de las manos de los gentiles por evidente milagro, como fué, que yendo caminando por aquellos desiertos con otros religiosos de la Compañía, le salieron al encuentro unos idólatras bárbaros y enemigos de nuestra santa fe, que disparando sus flechas contra ellos, hirieron de muerte á un H. Coadjutor temporal, su compañero. Viéndole muerto, arremetieron á él como fieras, y se lo comenzaron á comer, cayendo aquí y allí con sus borracheras.

El P. Otazo, viendo esto, se puso de rodillas, suplicando á nuestro Señor aquello de David: *Ne tradas bestiis animas confitentes tibi, et animas pauperum tuorum ne obliviscaris in finem;* y al punto se le apareció la Vírgen Santísima, amparo seguro de sus congojas, y le dijo: *Francisco, no temas, que yo seré en tu ayuda, prosigue tu camino*; así lo hizo el Padre con sus compañeros, y, sin hacerle daño los bárbaros, escapó libre de este peligro y de otros innumerables, como él dijo.

Las virtudes de este insigne varon fueron muchas y raras: dos cosas refirieron sus confesores. La una es, que murió con la virginal pureza de cuerpo y alma: la otra, que nunca cometió culpa mortal, conservando siempre la gracia bautismal, aumentada cada dia más y más con el perfecto ejercicio de las virtudes; porque era muy devoto y dado al trato de Dios en la oracion; muy humilde cediendo en la honra á los demas, eligiendo siempre para sí el lugar postrero; muy penitente y mortificado, no sólo en lo interior de sus pasiones, sino en lo exterior, con rigurosas penitencias.

El celo de la salud de las almas, le llevó á aquellas innumerables islas; él le conservó predicando en ellas veinte y seis años apostólicamente entre tanto desamparo y peligros.

Era muy afable con los indios; amábalos de veras, y enseñábalos con paciencia, y sufrialos con caridad; ganábales las voluntades con su agrado, mostrándose á todos muy padre, deseando que todos sirviesen al Señor.

Era en extremo muy pobre de afecto y de efecto, confiando en Dios, sin otro interés, acudia á todas aquellas almas; y cualquiera cosa que los indios le diesen para su sustento le parecia regalo sobrado, y entónces estaba más contento, cuando la falta de todo era mayor.

Su paciencia y constancia en los trabajos fué admirable; en tantos peligros jamas le faltó el ánimo, y nunca la esperanza. Cuando se veia cercado de más trabajos, estaba más alegre; porque se parecia más á Cristo, y padecia más por el bien de las almas.

Tres amores fueron singulares en este santo varon: el amor de Jesus y de su divino Sacramento; era grande la devocion y ternura que mostraba con este soberano misterio, y en él se regalaba, y en medio de sus trabajos y peligros era su único puerto, y decia, que con este Pan de vida los duelos eran ménos.

El segundo amor era de la Vírgen Santísima, y ella era el áncora firme de su esperanza: á ella acudia en sus peligros como á madre. Desde que le amaneció el uso de la razon, nació en su corazon esta devocion de la Vírgen nuestra Señora, con ella creció y le acompañó hasta la muerte.

El amor tercero fué á la Compañía; fué singular la estima que tuvo á su instituto y el amor á sus ministerios; procuró sus aumentos por todos modos, sin perdonar jamas á trabajos ni á navegaciones, ni peligros; esto deseaba siendo Superior y siendo súbdito.

En las Filipinas, despues de haberse ocupado este venerable Padre en el bien de las almas y en la conversion de aquellos gentiles, por ser conocida su prudencia y aventajado su caudal para el gobierno, le ocuparon los Superiores en él, y dió tanta satisfaccion en los oficios menores, que le encargaron el cuidado de la provincia: gobernóla siendo Provincial con mucho fruto.

Despues vino á España, por obediencia, por Procurador de su provincia de Filipinas, con ánsias de llevar muchos obreros á aquel nuevo mundo.

Despachó en todas partes muy bien su embajada, y concluyó los negocios todos de su provincia, y, estando en Madrid disponiendo su vuelta, le dió una grave enfermedad, que vino á parar en una ética ó tísica trabajosa.

Aconsejáronle los médicos que se fuese á los aires naturales para divertir la enfermedad, y así se fué á Alcocer, donde estuvo poco tiempo, porque

apretándole la enfermedad, este insigne varon, por morir entre los suyos, salió de entre sus parientes; y dejando en muerte como en vida su patria y deudos, se fué á morir al colegio de Huete, que está muy cerca, donde estuvo algunos dias en la cama, dando ejemplos de paciencia, humildad y conformidad con la voluntad divina y demas virtudes; y, finalmente, recibidos todos los Sacramentos, tuvo una muerte como su vida, y una y otra como de varon perfecto.

Murió á los 16 de agosto de 1622 años. La vida de este fervoroso Padre está escrita en la *Historia de Huete*.

P. NIEREMBERG.

AGUSTIN SANCRI,

DONADO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

HA santificado el Señor todos los estados y grados de personas que hay en la Compañía de Jesus, con varones de insigne virtud y excelentes en santidad, que en ella han florecido y consagrado á Dios su vida.

Ni este privilegio ha faltado al estado de los Donados, como veremos ahora en la heróica virtud y santidad de Agustin Sancri, el cual era japon. Nació en el reino de Figuen, en un pueblo que se llama Safai, y desde mozo se dedicó á la Compañía, para ser Donado de ella todos los dias de su vida.

Su asistencia, la mayor parte de ella, fué en la residencia de Arima, en compañía del P. Melchor de Morera, de buena memoria, aunque tambien acompañó algun tiempo al P. Francisco Calderon, que fué desterrado del Japon por la fe.

La ocupacion principal de Agustin en el Japon fué de sacristan, en que se ejercitó cuarenta años, con tanta solicitud, que puede ser ejemplo de los que hacen este oficio tan digno de aseo y limpieza.

Esmerábase en doblar y guardar los sagrados ornamentos de manera, que parece que en su poder no se envejecian segun estaban de lustrosos, á cabo de muchos años. Tambien se esmeraba en hacer las hostias, sin querer que pasasen por otra mano, sino por la suya, y hacíalas con grande devocion y reverencia; y, para tener el altar con tiempo preparado, se levantaba una hora ántes de la comunidad.

Fuera de este oficio principal suyo, que le dió sobrenombre, aunque antepuesto, como usan los japones, que le llamaban Sancri Agustin, que es decir Agustin sacristan; acudia á la residencia de los pueblos anejos á catequizar los gentiles que se habian de bautizar, y á enseñar la doctrina á los ya bautizados, con las demas obligaciones que les corrian de cristianos, en que pasó muy grandes trabajos, caminando de dia y de noche, con frio y calor, soles, lluvias y recios temporales, al tiempo que gozó de paz la cristiandad del Japon, hasta el año de mil y seiscientos y catorce.

En la persecucion del Jongun, llamado Daifusama, vino con los demas Padres y Hermanos á la provincia de Filipinas, desterrado por la fe, donde tambien tuvo oficio de sacristan, y despues fué portero de la puerta reglar en el colegio de Manila, hasta que ya no pudo más usarle por la ocasion que luego diré.

El demas tiempo de su vida, que fueron doce años, estuvo ciego en una como chozuela, junto á la casa de unas beatas, que tambien vinieron desterradas por la fe aquel mismo año, que está cerca de esta casa del pueblo de S. Miguel: aquí se ocupaba en sólo rezar y darse á nuestro Señor, dándole la Compañía lo necesario para sustentar la vida.

Fué contínua su oracion, y sólo la interrumpia con el sueño muy moderado que tomaba, y la comida, que de ordinario era unas yerbas ó un pescadillo y arroz cocido con sola agua.

Su sufrimiento y paciencia fué tan grande como se puede colegir de la ocasion con que cegó y la paz con que la llevó, y fué ésta. Una noche de Navidad, teniendo él las llaves de la puerta reglar del colegio de Manila, unos muchachos, con el regocijo de aquella noche, tocaban apriesa la campanilla, estándose fuera jugando con unos palos que tenian en las manos; y abriendo el siervo de Dios la puerta, entraron de tropel, y con un palo le dieron en un ojo y le dejaron mal lastimado y ciego, porque del otro no veia.

Con este dolor se retiró Agustin á su aposentillo que tenia cerca de la puerta, sin quejarse de lo que le habia sucedido, ni airarse con el que habia sido la causa de aquel daño, ántes con mucha paciencia se estuvo allí retirado, hasta que echada de ver la falta que hacia en la portería, entraron á verle, y se excusó diciendo que estaba indispuesto, sin querer decir más, hasta que otros dijeron lo que habia sucedido, y cómo con el palo le habian herido y cegado el ojo.

El que en esta ocasion guardó tanta paz, no es mucho que en otra menor la guardase de tal suerte, que nunca le vió nadie airado, ni con rostro demudado, que es mucho para la viveza y cólera de esta nacion.

Quiso nuestro Señor darle á merecer con la paciencia lo que ántes habia

merecido con la continencia y recato de los mismos ojos, en los cuales guardó una singular modestia: traíalos siempre bajos, con tanto cuidado de no alzarlos, que parecia estaba ciego, principalmente cuando salia á la iglesia á dar recaudos á mujeres, ó por mejor decir á recibirlos, ó cuando pasaba por donde podia verlas.

En esta materia le sucedió una cosa bien semejante á la de los monjes antiguos, más admirable á las personas que tratan con prójimos, y más en el oficio de sacristan y de llevar los recaudos de los que esperaban en la iglesia que él tenia. Porque una vez alzó los ojos en la iglesia, cuando habia de toda gente en ella, quedó tan compungido, y con tan firme propósito de no levantar los ojos, que hizo luego voto de no mirar á mujer ninguna en veinte años: y añadió, ni tampoco hablarla palabra alguna: lo cual guardó los veinte años siguientes con notable recato, y no sin grande peligro de no poder cumplir lo que habia votado; porque salia á la iglesia á ver lo que pedian las mujeres que tocaban la campanilla, y recibia sus recaudos con sus ojos bajos, pero nunca miraba ni volvia con respuesta, remitiéndose siempre al Padre que llamaban.

Con esto le estimaban todos tanto, que le llamaban el santo, y, cuando estaba en Nangasaqui, venian los cristianos y los mismos gentiles á verle, como en romería, siendo el tercero á quien venian á visitar por persona digna de reverencia, y, como ellos decian, santa. Porque el primero á quien venian á ver era el Obispo, por su dignidad é insignias de ella, de que se admiraban mucho los japones, y veneraban como á cabeza de los cristianos en aquel reino. El segundo el P. Francisco Calderon, á quien venian á ver de los reinos distantes, atraidos de su santidad y afabilidad. Y el tercero era nuestro Sancri Agustin.

Estando en Arima la mujer del Tono, que era cristiana, y como la reina de todo aquel reino, movida de lo que oia de Agustin, deseó mucho hablarle y así pidió se le llamasen estando en nuestra iglesia; pero nunca se pudo recabar de Agustin que la mirase ni hablase, porque ántes moriria que quebrantar su voto; y no sólo con las personas seglares, aunque tan graves, le guardaba, sino tambien con las que eran como religiosas por estar dedicadas á nuestro Señor, como lo testificó una de las señoras beatas que vivió en el recogimiento de S. Miguel, la cual decia, que en tiempo de la paz de Japon, se llegó á Agustin á preguntarle en la iglesia cierta cosa, y que no le respondió; despues supo que habia sido la causa el voto que tenia hecho.

Despues de cumplidos y pasados los veinte años, ya hablaba algo, pero siempre con grande recato.

De esta guarda de los ojos nacia la limpieza de su corazon, porque no ha-

bia en él cosa que le pudiese manchar; siendo así, que ni áun noticia admitia de las cosas de esta vida, cuánto más el deseo de ellas.

Y su aseo y limpieza exterior era indicio de la de su alma; cosa con que edificaba mucho, y con que daba suave fragancia de virtud y buen olor de Cristo; áun cuando estaba más viejo y ciego, estaba su aposentico aseado y limpio, sin rastro de saliva ni otra cosa que causase mal olor, y sus vestidos sin mancha, polvo ni lodo alguno; y cuando venia á la iglesia, traia un vasito envuelto en un paño limpio en que escupia, sin que se sintiese ni supiese lo que allí traia.

Cuando estaba ya para espirar, encomendó que le amortajasen con limpieza, y que, cuando le sacasen á enterrar, dejasen el aposento limpio.

Fué humilde de corazon, no teniéndose por digno de bien alguno que se le hiciese: la limosna con que la Compañía le sustentaba, la engrandecia y agradecia sobre manera, y esto obligaba á acudirle con mayor cuidado y amor, de manera, que no sólo del colegio tenia la comida por junto, sino que de ordinario se le enviaba hecha de la casa de S. Miguel, aunque, como su abstinencia era tanta, muy poco era menester para sustentarle.

Su devocion era como de hombre santo, y que siempre estaba con Dios. Cuando estaba solo en su casita, cantaba el *Magnificat,* ó algun otro salmo; y una fiesta de nuestra Señora, estando en la iglesia, llevado del ímpetu de su espíritu, prorrumpió cantando el *Magnificat* con tanta devocion, que parecia estaba entre los ángeles, y causó notable devocion á los que le oyeron.

Otro dia, estando en la misma iglesia de S. Miguel en compañía de los Padres de aquella casa y de otros que por la devocion que le tenian le habian venido á ver del colegio de Manila, casi del todo suspenso en Dios, con hilos de lágrimas en los ojos, contando las misericordias que del Señor habia recibido, dijo: *Bendito sea mi Dios, que há cincuenta y un años que le sirvo.*

Los regalos que el Señor le comunicó, áun en esta vida, fueron tan grandes, que decia él que no era posible declararlos.

Una vez con uno que nuestro Señor le hizo, dándole á sentir los gozos de la gloria, estuvo ocho dias sin comer bocado, ni beber cosa alguna; y despues dijo que el Señor le habia sustentado con sabores del cielo.

Estando en aquel su entresuelo, que era como una pequeña choza, apartado del comercio de la gente, le vinieron á visitar muchos siervos de Dios ya difuntos, y casi todos fueron de la Compañía y de la provincia del Japon, aunque tambien se le apareció otro Hermano de las Filipinas y un Donado.

Estas visitas las tuvo várias veces, y siempre daba de ellas parte á su confesor y á algunos Padres de mucho espíritu y letras. Los que contó haberle aparecido fueron los siguientes: El P. Alexandro Valignano, P

Pasio, P. Francisco Calderon, P. Pedro Gomez, P. Antonio de Monserrate, P. Gaspar Coello, P. Morera, P. Ambrosio Portugués, P. Melchor de Mora, P. Alvaro Diaz, P. Antonio Alvarez, P. Gregorio de Céspedes, P. Baltasar Lopez, P. Francisco Laguna, P. Juan Nicolás, P. Juan de Milan, H. Sebastian Bertarelo, procurador que fué en las Filipinas, y recibió con gran caridad los de la Compañía que vinieron á ella desterrados del Japon, P. Márcos Ferrer, H. Diego Pereira, H. Juan Bernal, H. Roman, japon, H. Roque, japon. H. Francisco de Uria, H. Agustin Tebes, el P. Luis Frois, Manuel Rodriguez y un Tono pequeño, ó señor de vasallos del Japon, llamado Tocuen.

Todos estos Padres y Hermanos, aunque en general le consolaban mucho con su vista, que sin tenerla él los veia y conocia, con el modo que Nuestro Señor sabe, á quien nada es imposible, algunos de ellos le mostraron algunas cosas particulares, ó le dijeron algo particular en sus visitas. El P. Pedro Gomez se sentó con él, y le mostró unas imágenes que se habian pintado. El P. Luis Frois se apareció con los ojos puestos en el cielo, y le dijo: *Haga lo que yo hago, y alabe á Dios.*

Al P. Antonio de Monserrate habia Agustin querido mucho cuando vivia, y á la medida de este amor fué la alegría que recibió con su visita: dióle el Padre tres abrazos, con que le dejó tan lleno de gozo, que no cabia en sí, y todo era dar gracias al Señor por este beneficio, y para darlas con más reverencia tomó su bordon, y se vino á la iglesia delante del Santísimo Sacramento; pero por ser á deshora, que ya era de noche, no le dejaron salir de casa, aunque él se subió á un oratorio, y allí se estuvo muy despacio delante de un Crucifijo, dando gracias al Señor.

El P. Cristóbal Morera se estuvo hablando con él, y despues le mostró tres cálices; el uno de ellos mayor, en que estaba la sangre del Señor, los otros dos eran más pequeños, y estaban vacíos. Preguntaba el Padre á Agustin, ¿cómo y cuánta sangre echaria en aquellos cálices? Con esta vision le significaba querer el Señor comunicar el fruto de su sangre ó la palma del martirio á algunos por quien le habian rogado por intercesion de este Padre.

De otro Padre, mancebo como de treinta años, dijo, que le habia pasado por delante, y se le puso tan cerca, que le podia tocar. Venia vestido de púrpura, y el vestido le arrastraba. Estaba allí un árbol del todo seco y sin hojas, y díjole el Padre: «¿Podrás subir sobre este árbol?» Y Agustin respondió, que no sabia cómo: Pues mira, dijo el Padre, cómo subo yo; y subió el Padre con gran ligereza, de que se admiró Agustin, deseando saber qué misterio era aquel; mas el Padre le dijo: «Prueba á subir,» y subió con facilidad; y en subiendo en aquel árbol, vió la Ciudad de Dios con tanto resplandor y belleza, que decia no habia cosa, ni vista, ni imaginada en la tierra,

a que lo pudiese comparar; todo era luz, todo órden, todo gozo y claridad.

No dijo Agustin quién fuese este Padre; pero la edad y otras circunstancias cuadran al P. Diego de Saura, gran siervo de Dios, que tuvo solos tres años más de los treinta que dijo tendria aquel Padre. La púrpura seria por los deseos que ese Padre tuvo del martirio, si ya no se le dieron en la muerte con veneno, de que hay mucho fundamento. El arrastrarle la púrpura será la grande intencion de sus deseos. El haberle pasado tan cerca, por ventura es el haber vivido el Padre cerca de la morada de Agustin, cuando vivia en la casa de S. Miguel. El haber subido primero al árbol seco, que denota muerte, es que el Padre murió primero. El descubrirse la Ciudad de Dios, por ventura significa la gloria que á ambos les esperaba despues de esta mortalidad.

Vió tambien á dos Padres Ministros de doctrinas, vestidos de blanco, muy hermosos, los cuales caminaban á esta ciudad de Dios, donde se les mostró nuestra Señora cercada de innumerables Vírgenes.

Esto referia con notable devocion, y decia: «No me puede el demonio engañar poniendo en mi alma cosa tan buena como la que yo siento con la vista de estas cosas; porque este no es fruto de tan mal tronco.»

Otra vez se le apareció nuestra Señora, vestida de una vestidura verde riquísima, sentada en un trono, aunque ántes la habia visto en pié; y vió que recibió en sus manos á una persona que parecia una paloma de monte, muy vistosa y cándida, y que la puso en su regazo, donde la regaló y acarició. Este daba á entender á Agustin era un Padre de los que en las Filipinas andaban en misiones, aunque no dijo quién, ni si era vivo ó muerto.

A estas visitas de los Padres repugnaba mucho el humilde Agustin, así por tenerse por indigno, como porque decia, que viniendo tantos, crecian sus devotos, y le faltaba tiempo para rezarles y encomendarse á todos, y le quitaba de la meditacion de la vida, pasion y muerte de Cristo Nuestro Señor, si bien el consuelo y fruto que causaban en su alma era muy grande, y decia:

Grande es el poder y misericordia de Dios, que habiendo estado los Padres antiguos en el seno de Abrahan tantos años deseando la visita del Salvador; ahora estos Padres hayan tan presto ido al cielo, y de allá puedan venirme á mi á visitar, de que les doy las gracias, y mucho más á nuestro Señor; porque bien sé que ellos no pudieran venir á mí, si Dios no los enviara.»

Fuera de estos Padres, se le aparecieron tambien otras personas de la otra vida; porque cuando le visitó el P. Gregorio de Céspedes, vió que estaba junto á él de rodillas un viejo barbado, todo cano, que parece era Manuel Rodriguez, cuyo nombre quiso decir y no se acordaba.

Este Manuel Rodriguez fué muchos años Donado de la provincia de Filipi-

nas, y sirvió en ella con grande ejemplo de virtud y paciencia, y murió con opinion de varon espiritual y siervo de Dios.

Otro señor del Japon, que en vida habia estimado á Agustin, y sentádole á su mesa cuando convidaba á comer al Padre á quien acompañaba, tambien se le apareció despues de muerto. Llamábase este caballero Echudono, y despues, por haber dejado el mundo y cortádose el cabello, se llamó Tacuen.

Otras personas vió otra vez que se le mostraron como estrellas muy resplandecientes. La una estrella era como de un palmo en ruedo, con un rayo largo como de cometa, y junto á ella en órden estaban otras seis estrellas menores, y todas de tan extremada belleza, que decia que no tenia palabras con qué poderlas explicar; y lo que hacia cuando referia esto, era llorar, diciendo: «¡Oh poder de Dios, que tan en breve puede mostrar tanta belleza! Bien dijo S. Pablo, que ni el ojo vió ni el oido oyó, ni el corazon sintió ni percibió lo que Dios tiene preparado para los que le aman. ¡Oh qué vistoso y compuesto tiene Dios su mundo y las cosas de él!»

Parece que le quiso nuestro Señor mostrar con esto la gloria que habian de gozar siete siervas de Su Majestad, beatas, que estaban junto adonde moraba Agustin, por el destierro que padecian por causa de la fe, y habian estado encerradas en ciertos sacos para ser martirizadas, entre las cuales una era la que más campeaba en devocion y fama de virtud.

No sólo le mostró el Señor con esta vista la virtud de aquestas personas que tenia cerca y casi dentro sus mismas paredes, sino que tambien se la levantó y esforzó para que viese la obra nueva del cuarto de nuestro colegio de Manila un año ántes que se acabase; porque así habló de él, como si le hubiese visto con los ojos del cuerpo: lo cual no pudo ser, por ser ciego ya en este tiempo; ni tampoco pudo por relacion de otros hablar, porque áun no estaba el cuarto acabado cuando le vió, ni él mismo sabia qué casa era aquella, aunque quiso el Señor mostrársela para nuestro consuelo, por los bienes que refiere de ella.

Vió, teniendo los ojos hechos dos fuentes de lágrimas, una casa nueva muy lucida, con muchas entradas, de alta y linda escalera, y toda ella muy bien aderezada, en la cual habia muchos Padres de la Compañía, que recibian enfermos y huéspedes, y que era casa de mucha caridad y virtud. Lo cual todo conviene, así al nuevo edificio como á lo que siempre ha ejercitado aquel colegio en los enfermos de la provincia, siendo él la comun enfermería de toda ella, y donde son recibidos, con la caridad que acostumbra la Compañía, los huéspedes, no sólo de los demas colegios y residencias de aquellas islas, sino los muchos que por ellas pasan de las provincias más cercanas,

como de la de Japon, Goa y Maluco. Y de nuevo, solos tres dias ántes de la muerte de este siervo de Dios, acaba de recibir á los PP. Hernando Perez y Francisco de Encinas, que llegaron á aquel colegio con otros veinte Padres y Hermanos de la Compañía, sujetos todos muy buenos y escogidos, con cuyo recibimiento se llenó de caridad, y dió muestras de grande alegría por tan buen socorro como vino á aquella provincia; y se verificó bien ser esta la casa de caridad, lo cual parece le quiso el Señor mostrar en esta vision, comunicándole el gozo de ella.

Cuando en la ciudad de Manila se hacian las informaciones de casi todos los mártires del Japon por órden de Su Santidad, se lo reveló nuestro Señor con esta vision. Hallóse delante de nuestra Señora, donde habia muchos libros levantados y cerrados; pero en lo bajo estaba uno que parecia misal; tomóle para ver las fiestas, y no halló nada escrito en lo que correspondia al número de los dias, ni halló nombre de santo alguno, sino lo que vió fueron imágenes coloradas de santos: alzaba la imágen para ver si estaba debajo de ella el nombre, y no estaba sino otra imágen colorada. Dijo entónces: «Todo es imágenes, no hay que alzar más;» con lo cual quedó consoladísimo, viendo tantas imágenes de santos y tan bien aderezadas, porque estaban en ricos cuadros.

Esto pasó al siervo de Dios Agustin en la ocasion que hemos dicho del proceso de los gloriosos mártires del Japon, donde se puede ver el gran número de ellos, pues hay tantos para cada dia del año, los cuales irá sacando la santa Iglesia á luz, como se significa en los cuadros tan bien aderezados. Los libros altos serian de los santos mártires antiguos, y el que estaba más bajo, el que ahora se va haciendo con este proceso, á imitacion de los pasados, y todo delante de la Madre de Dios, que es Reina de los mártires, y particularmente favorecedora de la cristiandad del Japon.

No favoreció ménos la Santísima Vírgen á la cristiandad de las Filipinas. Porque en unas nuevas de enemigos holandeses, japones y mindanaos, que llegaron á Manila, diciendo que se habian de confederar para dar sobre aquellas islas; tomó Agustin muy á su cargo el encomendar á Dios aquella cristiandad, poniendo por intercesora á la Reina de los ángeles, rezándola cada dia un tercio del rosario con una oracion muy devota, pidiendo por su intercesion á Dios, que conservase en aquel reino su verdadera fe, que es la que enseña el Pontífice Romano, sucesor de S. Pedro, que son sus mismas palabras. Las cuales referia con tanto fervor de fe, que alentaban en gran manera á los que le oian, en lo cual se vé la mano del poderoso Dios, pues tanta luz comunicaba de su sagrada fe al que era tan nuevo en ella, por ser natural de reinos idólatras. Pero ¿qué mucho, pues dió el mismo Señor esfuerzo y va-

lor á sus naturales, para derramar con tanta abundancia la sangre por la verdad de la misma fe?

Decia, pues, Agustin, que nuestra Señora la Vírgen María rogaba por la cristiandad de Filipinas desde aquel dia en que le comenzó á rezar; y por eso añadia con gran fervor: «Desde entónces acá gozamos de paz.» Y es así lo que este siervo de Dios dijo, porque en aquellos años gozaron aquellas islas de grande paz, con extraña admiracion de los moradores de ellas.

Por esto se deshacia este santo viejo en alabanzas de la Madre de Dios, diciendo que no conocian los hombres su gran poder ni las misericordias y bienes que por su medio nos vienen de la mano de Dios.

Pero ¿qué mucho tuviese este sentimiento de esta soberana Señora, pues la vió otra vez en el cielo en un trono de gloria, con su precioso Hijo en los brazos, cercada de ángeles, que como á Reina suya le asistian con profunda reverencia? Esto le sucedió en su oracion retirada; pero otra vez viniendo á la iglesia, vió en la calle al Niño Jesus, que se le puso delante, y él le dijo: «¿Aquí estais, Señor? acordaos de mí;» y el benditísimo Niño con semblante alegre le respondió: «Sí haré.»

Otras veces vió á Cristo nuestro Señor enclavado en la cruz, con cuya vista se deshacia de dolor y compasion de lo mucho que el Señor habia padecido. Y una de estas veces notó, que corria sangre de uno de los sacratísimos pies del Señor, y, como le tenia tan cerca, luego se abrazó con la cruz, de manera que pudo llegar á tocarlos y besarlos, bañándose su rostro en aquella preciosa sangre que corria, y mucho más su alma con los soberanos sentimientos y afectos que el Señor le comunicó.

A una vida tan suave como esta, claro está que habia de corresponder muerte de suavidad, sin que fuese el demonio poderoso á estorbarla, al cual, aunque le vió una vez pasar junto á sí muy pesaroso de verle perseverar tanto en la virtud; con todo eso no paró junto á él. Pero no por esto se aseguraba este siervo de Dios, viéndose cercano á la muerte; ántes le parecia que estaban muchos demonios en el camino por donde su alma habia de pasar, para estorbarle el paso.

Su oracion era en este tiempo á nuestra Señora, rogándola que le dejase pasar; y á tres Padres que le asistieron, rogó muy encarecidamente que rezasen á nuestra Señora algunas Ave-Marías, para que le dejasen pasar, y esto mismo envió á decir á las beatas.

La enfermedad de que murió fué sola vejez y flaqueza; porque llegó á tanta, que ni áun agua podia pasar, y los siete dias ántes de su muerte no comió bocado, sólo bebió algunos tragos de agua: y decia él, que no comiendo estaba más ágil para pasar, entendiéndolo por aquel paso que tenian tomado

los demonios; y así fué, que estuvo con el entendimiento muy claro y muy despiertos los sentidos hasta un cuarto de hora ántes de la muerte.

Recibió el Viático, haciendo la profesion de la fe por via de alabanzas que hacia al Señor, diciendo: «Bendito sea mi Criador y Redentor Jesucristo, que me ha venido á visitar.» Con la misma devocion recibió la Extremauncion, y despues, pasados dos dias, volvió á comulgar, pidiéndolo con notable ánsia.

En este tiempo hacia fuerza para levantarse de la cama, para rezar con más reverencia, y siempre estaba pensando en Dios; y como un poco ántes de espirar le diesen voces, diciéndole, que se acordase de nuestro Señor y diese Jesus con el corazon, respondió: «En eso estoy.» El rosario tenia en los dedos, y parece que rezaba y que pasaba las cuentas.

Con tanta paz como esto estaba, de manera que á los que le velaban les parecia que, pues rezaba de aquella manera, no estaba tan al cabo; pero viéndole sin pulso le quitaron el rosario, y le pusieron la candela bendita en la mano, y en diciéndole la recomendacion del alma, luego espiró con notable sosiego á treinta de mayo, el primer dia de Páscua del Espíritu Santo, del año de mil y seiscientos y treinta, siendo de setenta y cinco años de edad.

Tenia en las manos, cuando murió, un Crucifijo pequeño que solia traer al cuello; porque tenia prevenidos á los presentes, que no se le quitasen nunca de las manos, y que despues de muerto le llevasen con él á enterrar, y con otra cruz mayor que tenia, y que cuando le echasen en la sepultura, tomasen la cruz y la diesen á las beatas, y el Cristo á un japon hermitaño que le habia servido en aquellos últimos dias, y así se hizo; aunque no otra cosa que pidió, que fué, que le enterrasen en el cementerio al pié de la cruz; porque, habiendo puesto el cuerpo con mucha decencia en una caja de madera, le enterraron los Padres dentro de la capilla mayor de nuestra iglesia, al lado de la epístola, delante del altar de los Santos Mártires del Japon.

Al entierro concurrió todo el pueblo de los indios, hasta los niños que en vida le guiaban, y llevaban de la mano á porfía, cuando venia y se volvia de la iglesia, porque le tenian por Santo. Tambien se convocaron los japones, con que se le hizo un entierro muy solemne y devoto, mostrándose en esto el afecto y amor que siempre le tuvo la Compañía.

Esta vida se sacó de las Anuas de la provincia de Filipinas.

P. NIEREMBERG.

H. FRANCISCO BAUTISTA HIBERNO

ALTÍSIMOS son los juicios de la divina Providencia para gobernar á sus escogidos, llevándolos á su bien, que es el fin que de ellos pretende por medios, al parecer humano, muy contrarios, como veremos en el pacientísimo H. Francisco Bautista, que le trujo á la pobreza de espíritu y humildad evangélica por los empleos de la avaricia humana, y de ambicioso mercader le hizo pobre, humilde y perfecto religioso.

Era este siervo de Dios irlandés de nacion, á quien no otro delito más que la codicia desterró de su patria, é hizo surcar mares, empleándose hasta los treinta años de su edad en trato y mercancía.

Era mercader en la India oriental, donde acaudaló hacienda que supo conservar, repartiéndola con los pobres, de los cuales tenia compasion, y en sus necesidades les socorria, principalmente cuando eran tambien de espíritu. Y así, porque entendió que una doncella corria riesgo de ofender á Dios, por no tener su padre dote con que casarla, dió á sus parientes, sin tener conocimiento con ellos, tan gruesa limosna, que pudieron poner en estado á la doncella; pero nuestro Señor se lo dió á él mejor en premio de esta y otras limosnas.

Porque habiendo de hacer un viaje desde la India á las islas Filipinas, tuvo ventura de embarcarse para Manila en un navío en que venian para ella dos Padres de la Compañía portugueses, para pasar desde allí al Maluco. El uno de ellos era el P. Pedro Gomez, varon de grande fervor y espíritu, el cual con haber años que murió, dicen personas fidedignas que está aún su cuerpo entero é incorrupto.

Este Padre, en las pláticas que hacia en la nao, parece le arrojaba saetas al alma, como despues contaba el mismo Francisco, refiriendo su vocacion con mucho agradecimiento á Dios. Porque decia el Padre con grande eficacia y celo: «¡Oh si mi Dios y mi Señor fuese servido que de este sermon saliese alguno convertido, y que mis palabras fuesen dichas para el bien de uno siquiera!»

En correspondencia de esta exterior voz que oia el piadoso mercader, interiormente decia hablando con nuestro Señor: «¡Oh mi Dios, si fuese yo este uno que saliese de aquí convertido, y me volviese de todo corazon á vos!»

Oyóle nuestro Señor, porque en llegando á Manila, dando de mano al si-

glo. y conociendo la poca dura que en sí tienen las mercaderías de esta vida, dejando las que traia de la India y algunos esclavos á nuestro colegio, fué recibido en la Compañía.

En el noviciado puso la mira en quebrantar su natural, que era notablemente colérico; sujetóle de manera, que á pocos dias de religion ya parecia muy flemático, y lo pareció toda la vida. Pudo vencer tanto la naturaleza, la fuerza de la divina gracia; y el suave trato que tuvo con Dios le hizo tenerle apacible con los hombres.

Tenia su conversacion en los cielos, áun entre las ocupaciones humanas, porque fué muy dado á la oracion; su principal cuidado era entregarse á este ejercicio santo, en el cual gastaba muchas horas del dia y de la noche. Veíanle muchas veces el rostro muy encendido y gozoso, como quien no podia disimular los celestiales regalos que el Señor le hacia, y el incendio de amor que habia levantado en su pecho á la presencia de su Dios, el cual le hacia muchas y muy suaves visitas, especialmente cuando estaba en el refitorio sentado á la mesa con los demas.

Veia claramente á Cristo nuestro Redentor, al modo que estuvo en la noche de la Cena con los Apóstoles, si bien alguna vez se escondia, cuando se descuidaba en alguna falta pequeña, la cual no se la notaban los hombres por la grande religion que guardaba, y el conato que ponia para alcanzar la perfeccion; pero aquel Señor que escudriña á Jerusalen con candelas, hallaba falta donde no la discernian los ojos humanos, y, como á los que son sus hijos castiga, así como á tal castigaba blandamente á nuestro Francisco; pero despues tornaba á manifestarle su rostro con que le consolaba.

Con semejantes favores y otras muchas ilustraciones y dones con que el Señor enriquecia su alma, vino á alcanzar una perfecta mortificacion, principalmente en la irascible; porque de un tigre en condicion, se vino á convertir en un manso cordero, conservando en ocasiones muy grandes un sufrimiento increible y una paz de ángel; y así le ocupó la obediencia en oficios y puestos donde era menester semejante virtud y paciencia.

Cinco años estuvo entre los colegiales del colegio de S. José, que hay en aquella ciudad, y nunca se le notó señal de impaciencia en muchas ocasiones que le dieron; ántes lo sufria todo con grande paz y alegría, con que más le estimaban todos, y querian como merecia su virtud y caridad, la cual no sólo ejercitaba no airándose con otros y padeciendo, pero haciendo el bien que podia; y en el Seminario tenia por devocion dar cada dia de comer á doce pobres en la portería.

Fué despues Procurador del colegio de Manila; y para que su rara mansedumbre se ilustrase con algun ejemplo heróico, permitió Dios (que no da sus

dones á los suyos para que estén ociosos) que viniéndole á hablar una persona de fuera sobre cierto pleito, se dejase llevar tanto de la cólera, viendo la paz con que el Hermano respondia, que olvidando de toda buena cortesía y del respeto debido á un religioso de la Compañía y de tanta virtud como era el Hermano, arremetió á él, y puso en él no sólo las manos, sino los pies, echándole en el suelo, pisándole y acoceándole ignominiosamente; estando á todo esto el Hermano con gran sosiego, muy sufrido y pacífico.

Otra vez de palabra le dieron grande ocasion que se airase y respondiese. Con todo eso el humilde Hermano, violentando su natural, tragó saliva y se reprimió tan fuertemente, que vino á echar sangre por la boca, queriendo ántes que se le pudriese en el cuerpo, que dar lugar á la irascible, que tan conmovida estaba como mostró el efecto, de que quedó notablemente compungido el que dió la causa, y edificados los que se hallaron presentes.

Premiábale Dios tan heróicos actos de paciencia y sufrimiento con grandes consuelos del cielo y divinas visitas, cuyo efecto le duraba en su corazon muchos dias: especialmente tres veces, entre otras muchas, se le apareció Cristo Señor nuestro en tres dias que habia tenido de particular devocion, representándole con un modo tan alto y extraordinario, que él no sabia declarar, y nunca perdió de la memoria aquel favor.

Estuvo en Antípolo algun tiempo, y era notable el amor que le tenian los indios por el que el Hermano les mostraba; de quien cobraron grande estima por un caso milagroso que allí le sucedió. Y fué, que habiéndose emprendido fuego en un barrio del pueblo, y alborotándose todo él, como suele acontecer en estas ocasiones, el fervoroso H. Francisco tomó un Crucifijo en las manos, y con él se fué al incendio, entrándose por donde estaban las llamas más vivas, las cuales se iban apagando por donde pasaba el siervo de Dios. De esta manera cesó todo aquel grande fuego, con tanta admiracion de los que lo vieron y supieron, por tan rara y manifiesta maravilla, que todos decian: «Este Hermano es santo verdaderamente.»

Vivió últimamente en Santa Cruz, donde casi cada dia hay pleitos así entre los sangleyes infieles, como entre los españoles que allá pasan. Allí tampoco perdió ni en una sola ocasion la paciencia, ántes, cuando los españoles coléricos le decian baldones, estaba con rostro muy alegre y casi sonriéndose.

Para esto se preparaba cada dia el paciente Hermano, y salia bien armado: porque nunca salia de casa, así para hablar con españoles como con sangleyes, que no se encomendase primero á Dios, pidiéndole afectuosamente su divino favor. Con esto ganó muchas almas de los sangleyes infieles para nuestro Señor. Algunos á la hora de la muerte, movidos del ejemplo y exhor-

taciones del bendito Hermano, pidieron el bautismo y murieron cristianos.

Reinaba en él la caridad, que es la reina de todas las virtudes. Era tan compasivo y misericordioso, que parece debia á todos, y que tenia por oficio y obligacion servirlos como esclavo, y así lo hacia.

Fué muy vigilante, no sólo en la hacienda que le pertenecia, sino tambien en que no fuese nuestro Señor ofendido de los que tenia á su cargo, poniéndoles espías y guardándoles los pasos; y así se veia que los domésticos que tenia, siempre eran buenos cristianos.

Todo este celo le nacia del aprecio que tenia de la sangre de Cristo, y estima de la eternidad; de lo cual tuvo una vez una grande ilustracion, semejante á otra que de lo mismo tuvo nuestro P. S. Ignacio. Porque estando á la orilla de un rio considerando la perpetuidad y continuacion de las aguas que corrian, le abrió nuestro Señor los ojos del alma, para ver con ellos la eternidad de la otra vida que siempre ha de durar, con que se aficionó más á ella, y al menosprecio de lo de acá.

Con este concepto de lo eterno, no era mucho que para asegurarlo castigase tanto su cuerpo; tomaba todos los dias disciplina muy rigurosa, y algunos dos veces, áun estando muy debilitado y enfermo; y para no ser sentido, dejaba dormir al compañero; pero con todo eso se advertia el rigor de los golpes que se daba en las espaldas, donde casi no tenia sino los huesos.

Era grande su silencio, y su modestia componia á todos; y en su trato que tenia muy encogido, parecia que siempre acababa de salir de oracion, ó que no acertaba á salir de ella.

Era muy amigo de oir muchas Misas y ayudarlas; y pagóle el Señor, cuando murió, esta devocion que siempre tuvo en vida: porque pidió el Hermano á nuestro Señor, que fuese servido Su Majestad de que el dia de su muerte fuese á hora de que se le pudiesen decir las Misas de aquel mismo dia. Y así fué, porque murió á las cuatro y media de la mañana, y luego se le comenzaron en el colegio de Manila á decir las Misas.

Su muerte fué á los veinte y ocho de octubre del año de mil y seiscientos y treinta, siendo él de cuarenta y ocho de edad.

Purificóle primero nuestro Señor, para que su admirable paciencia fuese de todas maneras probada; y así le probó con excesivos dolores que le causó el mal de orina, que padeció muchos años, y rigor de la cura, que aunque era la que el mal pedia, con todo eso era tan dolorosa, que con tijeras le cortaban en aquel mismo lugar membranas y partes muy delicadas con grande dolor suyo; mas él lo sufria con espantosa paciencia, sin que se le oyese queja ni gemido, sino sólo alabar á Dios y darle gracias, cosa que á todos admiró; queriendo nuestro Señor con tantos dolores labrarle á él más pre-

na, y á los demas religiosos darlos ejemplo, y poner ánimo para sufrir dolores y trabajos, como nos le da el considerar lo que pasaron los santos, especialmente el santo Job; porque en la plaga de este bendito Hermano, no sólo se sacaba y limpiaba la materia que corria, sino la que estaba en lo más interior del cuerpo; ni raian las llagas con teja, sino cortaban la carne con navajas y otros penosos instrumentos; y siempre el H. Francisco estaba de un mismo semblante, bendiciendo al Señor.

Fué muy sentida su muerte, no sólo de los cristianos, sino de los mismos gentiles, que respetaban al H. Francisco como á hombre santísimo.

Hiciéronle en la iglesia de Santa Cruz en dos dias honras, trayendo cantores y levantándole su túmulo con muchas candelas y buena ofrenda, excediendo áun en esto los gentiles á muchos cristianos antiguos.

Sacóse la relacion de esta vida de las Anuas de las Filipinas, y la escribió el P. Juan Bueras, Provincial de aquellas islas.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO DE SAURA

I

La rara perfeccion de vida del P. Diego de Saura, sus heróicas virtudes. su altísima contemplacion y las extraordinarias visitaciones que tuvo del cielo, merecieron que, como Sta. Brígida, Sta. Ángela de Fulgino. Santa Gertrudis. Sta. Hildegardis y Sta. Teresa de Jesus, ó inspiradas de Dios, ú obligadas por obediencia, escribieron sus vidas y los favores celestiales y divinas revelaciones que tuvieron; así tambien los Superiores obligasen á este siervo de Dios que diese por escrito los beneficios divinos que en su vida recibió, lo cual él hizo con gran humildad, llaneza y verdad; y así se sacará parte de su vida de lo que él escribió forzado de la obeciencia.

Nació este bendito Padre en la isla de Menorca, á los principios de mayo del año de mil y quinientos y noventa y ocho.

Sus padres se llamaron Pedro de Saura é Isabel Vella, personas de cuenta en aquella tierra y de gran cristiandad.

Llamáronle en el bautismo Bartolomé; pero habiendo caido en su tierna edad en una enfermedad muy peligrosa, le encomendaron al glorioso S. Diego de Alcalá, que le alcanzó salud, y, reconociendo haberla recibido por su medio, desde entónces le pusieron su nombre, tomando el Santo al niño debajo su tutela y amparo. Pues corriendo despues una enfermedad de viruelas de que pocos de su edad se escapaban, y habiéndole á él dado con tanto rigor que ningun miembro de su cuerpo podia menear, si no es la cabeza; acudieron sus padres á los religiosos de S. Francisco, y pidiéndoles le aplicasen la reliquia del Santo, y habiéndolo hecho, reconoció tanta mejoría, que al punto meneó los brazos, pudiendo usar de ellos, hasta que gozó en breve de perfecta sanidad.

De esto, como de cosa milagrosa se hizo fe pública delante de escribano, bañando aquel dia Dios su alma con tan singular consuelo, que le tenia muy grande toda la vida, siempre que se acordaba de aqueste favor y regalo.

Enseñarónle sus padres la devocion con la Santísima Vírgen, y él la tomó tan de veras, que todo era pensar en esta divina Señora, y procuró ser instrumento de que otros se hiciesen devotos suyos. Rezábala todos los dias su rosario; el modo diré por su mismas palabras, que son estas:

«Eran mis meditaciones en Cristo nuestro Señor y su Santísima Madre, representándomelos así delante, como si realmente los viese; y postrado á sus pies, rezaba mi rosario con tanta paz y sosiego, sin divertirme un punto, tratando y hablando con Sus Majestades, como si realmente estuviesen presentes, y sintiendo los afectos de amor, deseo de servirles y de dulzura que en otros papeles escribí.»

«Otro modo tuve despues de oracion en el mismo rezo del rosario, en que tanto me embebecia en lo que miraba ó contemplaba, que con dificultad le podia rezar, y fué de esta manera: Luego que comenzaba el rosario, sin trabajo ni cansancio de cabeza, sino con mucha facilidad, se me representaba que subia al mismo cielo, y entrando en aquella corte de la gloria con grande contento, salíanme á recibir los santos niños con mucho gozo y muestras de alegría de verme por allí. Lo mismo hacian pasando yo adelante los santos ángeles de una y otra parte; tambien las vírgenes y santos mártires; y así como iban pasando, todos los demas santos hacian lo mismo con extrañas muestras de alegría, como dándome el parabien; pero yo nada me detenia: todas mis ánsias eran de llegar á la Vírgen, y ponerme á sus pies, donde puesto, como perrillo que no sabia hablar, gozoso delante de tal Señora, le pedia que ella pidiese al Señor por mí; y así me estaba sin pensamiento de la tierra, que no habia de entrar allá, todo inflamado en el Señor. Duraba largo tiempo, por lo ménos siempre hora, etc.»

Movíanle entónces mucho á devocion las sagradas imágenes, en especial la de Jesucristo desnudo, con que su espíritu se afervorizaba, y encendia en deseos del desprecio de todas las cosas de la tierra.

Sucedióle siendo de seis años, que habiendo gran falta de agua en su tierra, su madre le dijo: «Anda hijo, que tú eres angelito, pide á Dios que nos dé agua.» Bajóse luego el niño á una huerta de su casa, cogió una piedra, y con ella comenzó á darse en los pechos encima de las carnes, diciendo: «Señor, dadnos agua,» hasta que Dios envió un poco de agua, señal que no se mostraba tan de piedra el corazon divino, que á los golpes de la que aquel inocente tenia en las manos no se ablandase su piedad, dando por prenda de ella aquel rocío, y al niño en tan poca edad no sólo ánimo para un acto tan devoto y tierno, cuanto riguroso y penitente, sino tambien luz para venerar aquella piedra en cierta manera como sagrada, pues no la dejó en el suelo, donde ántes la habia hallado, sino que, con advertencia superior á sus años, la guardó y puso en parte donde no la pisasen.

A los nueve años de su edad comenzó á recibir el Santísimo Sacramento, sintiendo gran consuelo el primer dia que gozó de este bien, continuándose siempre con la frecuencia ordinaria de todos los domingos y fiestas principales.

Comenzó los estudios de latinidad, en que necesitó poco ó nada de castigo, por su docilidad y buen ingenio, que mostró entónces en unas conclusiones públicas que tuvo de retórica delante del virrey, entrambos cabildos y lo lucido de Mallorca, donde ya residia, por haberle enviado sus padres á aquella ciudad para estudiar.

A los catorce años de su edad, hizo una confesion general de toda su vida, y en este tiempo le sucedió lo que dice por estas palabras:

«Un juéves, una hora ó media ántes de mediodia, estando yo en mi aposento en casa de mi hermano Sebastian, delante de una capillita que estaba cortada en la pared, en donde estaba un Crucifijo, y entre otras imágenes, una de la Vírgen Santísima y Madre de Dios, estando en pié mirándolas, al punto sentí en mí un alboroto tan grande, que de pies á cabeza me pareció que estaba mi alma alborotada, y me revolvian y mudaban, y entendí que era el espíritu del Señor que hacia aquello; y así quedé muy mudado, de diferente condicion y afable, etc. Quedé de esta mutacion con muchos dones y deseos santos de guardar castidad toda mi vida y de entrar en religion.»

El mismo año hizo voto á la Santísima Vírgen de perpétua limpieza; y para guardarlo mejor y disponerse á la religion, se ejercitaba con rigurosas penitencias, venciendo á la edad el fervor y la valentía de espíritu á la flaqueza de la carne; domaba la suya con ásperos silicios de cerdas y de esparto;

diciplinábase hasta derramar sangre, clavando alfileres en las disciplinas para más dolor; y aunque tenia cama bien compuesta, por encubrir su mucha penitencia á los compañeros que con él estaban, sacaba, estando ellos recogidos, una tabla, y poniéndola sobre el colchon dormia sobre ella.

Movió la fuerza de su ejemplo tanto á los de su casa, que todos se trocaron de suerte que, desde el dueño de ella hasta el menor criado, hacian frecuentes diciplinas, traian cilicio, comulgaban á menudo y totalmente se desterró de entre todos ellos el vicio de juramentos, maldiciones y malas palabras. Rezaban todos juntos por la noche la letanía de nuestra Señora, los juéves la del Santísimo Sacramento, y los domingos la del dulcísimo nombre de Jesus, con que parecia, no familia de seglares, sino convento de reformados religiosos.

Daba en este tiempo muchos ratos á la oracion; para tenerla con más quietud, se acostaba tarde, gastando algunas noches en ella tres horas sin distraccion ninguna. Levantábase para este efecto ántes de amanecer, tomaba un Crucifijo en las manos, y retirándose á lo secreto de algun aposento, por no ser sentido, se estaba en tierna meditacion del amoroso y lastimoso espectaculo que tenia delante, cuya quietud procuraba interrumpir el demonio, echando tierra y haciendo ruido donde estaba, siendo lugar á que ninguno de su casa acudia.

En volviendo de leccion, se subia á una torre; allí empleaba el tiempo en su estudio que interpolaba con la oracion ó leccion de vidas de Santos; y cuando bajaba, era para ayudar á los criados de su casa en los oficios más bajos y viles de ella, aderezando los aposentos, barriendo la caballeriza y limpiando los vasos inmundos, gastando lo restante del tiempo, si alguno le sobraba, en visitar los santuarios y reliquias insignes que hay en aquella ciudad.

Con tan buenos ejercicios le iba disponiendo Dios para lo que queria hacer de él, y habilitándole para nuevos favores; porque, teniendo costumbre de ir a visitar un milagroso Crucifijo que en la iglesia de S. Nicolás habia, le pidió con instancia por espacio de seis meses, le echase su bendicion; despues de los cuales sucedió que estando durmiendo una noche, le parecia hallarse en la dicha iglesia, presente al santo Cristo, que amorosa y benignamente se la echaba, quedando él con tan grandes júbilos (al fin prevenido con bendicion de dulzura) que no cabia de placer. A este favor atribuia despues haberle librado nuestro Señor en muchas ocasiones, que lo pudieron ser de que él cayese en ofensa suya.

Otra vez, no en sueños como la pasada sino despierto, vió á su santo ángel en traje de un hermosísimo mancebo, vestido de blanco, y tan lleno de resplandor, que no sólo bañaba de él el aposento, sino que las cortinas de la

misma cama en que estaba echado, con ser verdes, parecian blancas por un grande rato, que fue el que allí el ángel se detuvo, estando en pié á los pies de Diego, como quien le guardaba.

Casi en este mismo tiempo sucedió tambien lo que él cuenta así: «Otra vez, por aquellos tiempos en que hice la confesion general, estando durmiendo debajo de las sabanas, para que no me tocasen mis compañeros, una noche á media noche, allá muy tarde, de improviso me llamó y levantó en peso para sí una persona de grandísima claridad, con estas palabras: *Bartholomaee, lege.* Traia en sus manos un libro cuadrado, todo escrito, abierto por medio, y echaba el libro de sí por todas partes rayos de resplandor. Cerca de la media plana de la mano derecha comenzaba un capítulo por una M., etc., y el título estaba escrito con dos renglones de letras coloradas; no pude leer cosa sino lo dicho. Era la persona anciana, la cabeza calva, y el cabello blanco, y el rostro todo lleno de resplandor, y parecióme entónces á S. Pedro Apóstol: las facciones del rostro no las pude divisar por el exceso de resplandor y claridad; entónces me pareció que era el que digo, cuando me levantó en peso para sí.

Ví juntamente á los que estaban á mi lado, durmiendo á sueño suelto, y todo el aposento lleno de claridad, y que con una virtud secreta aquella persona me levantaba, como el hierro es levantado de la piedra imán, sin tocarle la piedra.

Despues, deseando saber quién fuese aquella persona, vino á mis manos una moneda de oro que estaba acuñada con la perfecta imágen de Cristo Nuestro Señor, el cual en sus manos tenia un libro de la misma forma y traza del que ví. Despues advertí que una imágen de bulto de nuestro P. S. Ignacio tenia en su mano un libro, en la forma y escrito semejante casi en todo al que ví; pero nunca he visto imágen de algun Santo con que tuviese semejanza en el cabello y cabeza la persona que ví, fuera del Apóstol S. Pedro. Quedé con deseos de entrar en la Compañía, y de allí algunos meses la pedí.

No quedó él solo por testigo de lo dicho, sino tambien el dueño de la casa, que era hermano suyo, que asombrado con tanta luz, si bien vivia en aposento aparte, y una sala en medio; entendiendo se emprendia fuego, saltando de la cama hizo muy cuidadoso pesquisa de ella, por huir el peligro que á su parecer le amenazaba, hasta que vino á asegurarse con la vista; pero muy maravillado deseaba saber la causa, preguntándolo á otros. Entendiólo despues Diego, y advirtiendo la conveniencia de tiempo y circunstancias, encubrió con humilde silencio lo que manifestado pudiera ocasionar en su alma algun pensamiento de vanidad.

Para librarle Dios de ella y ahondar más los cimientos del propio conoci-

miento en medio de favores tan grandes; estando haciendo oracion un dia en el puesto en que solia dar gracias despues de comulgar, y él puesto todo en Dios, le parecia un montecillo de polvo muy sutil, y que un pequeño gusanillo se revolcaba, con que le daban á entender la bajeza de su propio sér, y cuán poco se levantaria de la tierra quien en ella se revolvia, á no comunicarle con superior gracia, esfuerzo espiritual la divina mano.

Una noche en sueños le pareció estar en el mismo lugar, y que el Niño Jesus que estaba en el altar mayor en los brazos de su Santísima Madre, le llamaba y decia: *Bartholomaee amice mi*, y con esto le tiró y levantó hasta sí, con que quedó tan llena de consuelo su alma, que le duró por muchos dias.

II

Entra en la Compañía de Jesus

No pudieron ocultarse sus buenos propósitos de volver las espaldas al mundo, y hacer más perfecta entrega de sí mismo á Dios en la religion.

Llegaron á oidos de sus padres, y entendiendo que ménos gusto ó ménos buen tratamiento que su hermano le hiciese, causaban en el pecho de su hijo semejantes intentos, enviaron luego por él, con órden que llegasen á deshora, para que áun el tiempo de tomar consejo con su confesor le faltase.

Mas el devoto mancebo, con grande resolucion y brío despidió al mensajero, que tanto con más gusto se volvió, cuánto con más temor habia venido, por haber sentido en su corazon (como afirmaba él mismo) unas palabras que con mucha fuerza le decian: Traidor, ¿adónde vas á apartar un alma de Dios?

Vino despues de algunos dias su mismo padre, y procurando divertirlo de sus intentos, determinó representarle la pena de su madre. Díjole tambien, como tenia concertado un buen casamiento con una señora de su ciudad, que le habia pedido por esposo; representóle juntamente lo mucho que le querian, y haberle de perder en cierta manera entrando en religion, y otras razones, que amor tan tierno en tal ocasion sabe enseñar.

Pero ántes que él las dijese, respondió á ellas Dios; porque diciéndole su hijo que el dia siguiente habia sermon en el monasterio de las monjas de la Concepcion, y que le hacia un predicador de fama, que fuesen allá: condescendió el padre con su devota demanda, fueron al sermon, y, como si al predicador hubieran avisado de lo que el padre tenia pensado, deshizo todas aquellas razones con grande eficacia, contando un espantoso ejemplo, con que quedó temeroso y satisfecho el ánimo de su padre, é igualmente deseo-

so de que se hubiera hallado allí su madre, para que no le pusiera á él por tercero de procurar desquiciar á su hijo de los buenos propósitos que Dios le daba.

Al fin, como hombre prudente y cristiano, se volvió á su tierra, y Diego pasó adelante en la prosecucion de sus intentos: y pidiendo ser admitido en la Compañía, le dijo su confesor, que era de ella, comunicase sus deseos con los religiosos de S. Francisco, y que se pusiese indiferente para abrazar aquella religion é instituto, en que Dios le declarase habia de ser más servido.

Ejecutó sin dilacion el órden, porque ponian alas á los pies las inflamadas ánsias del corazon. Habló á un religioso llamado Fr. Antonio de Portella, su deudo, que le dijo pidiese por favor á su Seráfico P. S. Francisco se le declarase por su medio la voluntad divina, para que él la pusiese por obra; y nuestro Diego, tan lleno de sencillez, cuanto de fe y piedad, propuso con gran afecto al Santo su demanda.

La noche siguiente, estando acostado, vió con los ojos del alma al glorioso Santo en el aire, vestido de su hábito y revestido de esplendores de luz, que levantándole á él tambien, al modo que en la otra vision referida le aconteció, le decia aquestas palabras: «*Está firme,*» y al punto desapareció, quedando él sentado en la cama y confirmado en su vocacion que tenia de la Compañía; y así desde entónces comenzó á hacer nuevas diligencias, yendo ya tan adelante en ellas, que le habian dado palabra de que seria admitido.

Estando una noche en su casa estudiando, se halló de repente lleno de pensamientos de duda y perplejidad sobre lo que habia de hacer, si quedarse en el siglo ó entrarse en religion. Fué el combate grande, acompañado de uno como desamparo del cielo y sequedad en el alma. En medio de ella le quiso mostrar la Santísima Vírgen que de sus manos habia de recibir aquella singular merced, porque en esta perplejidad y variedad de pensamientos, se le ofreció á la memoria el dulcísimo nombre de María, que fué de tanta eficacia en su alma, que al punto se resolvió prorrumpiendo en estas palabras: «*Pues sólo por honra de mi Señora y Santísima Madre la Vírgen María he de entrar en la Compañía.*» Y así, despues jamas sintió ni mínima tentacion en esta parte, merced que él confesaba haber recibido por el singular amparo de la Vírgen.

Florecia en este tiempo con fama de rara santidad en Mallorca el santo H. Alonso Rodriguez, á quien rogaba frecuentemente nuestro Diego, por medio de otro Hermano, le encomendase á Dios, y él lo hacia. Y cierto dia, diciéndole: «Aquel estudiantico pide que mi Hermano le encomiende á nuestro Señor, que desea hacer su voluntad.» Respondió el santo Hermano: «Dígale á este estudiantico, que no me olvido de encomendarle á Dios, ni me ol-

vidaré, y que si desea hacer la voluntad de Dios, que se haga religioso.»

Despues estaba enfermo el santo Hermano, y yendo á visitarlo Diego con otro compañero, que tambien le fué en la suerte de entrar en religion; antes que ellos hablasen palabra, comenzó á decir el H. Alonso: «Llamados son para la Compañía, hagan gracias á Dios: ¡A cuántos deja Dios en el mundo, y saca á uno de acá y otro de acullá, y tráelos á este recogimiento! Sean obedientes, obediencia ciega; pero allá se la enseñarán los Superiores.»

Pidióle Diego y su compañero, que á las buenas nuevas que les daba, añadiese la de alcanzarles de nuestro Señor perseverancia, á lo cual respondió: Pidansela á Dios, que Dios se la dará,» que parece que todos los principios y circunstancias de su entrada, fueron maravillosos y guiados con particular providencia por nuestro Señor.

Fuéle á visitar otro dia, habiendo ya convalecido el santo Hermano, y le dijo fuese devoto de la Vírgen Santísima, y le rezase cada dia doce salves y doce Ave-Marías, para que le guardase de todo pecado, y le hiciese como ángel en la pureza y limpieza del alma: encomendóle la devocion á su Concepcion Inmaculada, y que la tuviese por único refugio en sus trabajos: consejo que tuvo siempre muy fijo en su corazon, con aquel entrañable afecto que en él se vió para con la Santísima Vírgen, con quien tierna y amorosamente se regalaba, y á quien como á Madre en sus necesidades acudia.

Habida ya licencia del Padre Provincial, se embarcó en un bergantin para Barcelona; y, habiendo corrido riesgo de dar en manos de moros, que con dos fustas andaban bien cerca, reconoció que le ayudó nuestro Señor por las oraciones del H. Alonso, que aquel dia ofrecia por su buen viaje la comunion, como el dia ántes se lo habia prometido.

Llegó á Barcelona, donde se detuvo pocos dias; pasó á Tarragona, allí fué recibido á 6 de junio de 1615, vigilia de Páscua del Espíritu Santo, que con su fuego le encendió de nuevo en fervorosos deseos de servirle, siendo de edad de diez y siete años: tenia él notada la circunstancia del dia, diciendo que fué en sábado para honra de mi Señora la Santísima Vírgen María.

Tendió las velas á su devocion en aquel santo recogimiento, donde su estudio era en adelantarse más en perfeccion.

Probóle aquí nuestro Señor con varias enfermedades, costumbre antigua suya, purificar el oro de sus escogidos en el crisol de las tribulaciones y trabajos. El que tenia por mayor era parecerle se ponia con ellos estorbo á los deseos, que siempre tuvo de pasar á las Indias; y así, quejándose el H. Diego amorosamente á nuestro Señor en la oracion de que no podria ser de provecho, ni emplearse en la conversion de la gentilidad que tanto deseaba, oyó que intelectualmente le decian: «*No me has de servir tú donde tú quieres,*

sino donde yo quiero,» con lo cual se le quitó de su alma todo género de pena y tristeza que las enfermedades le causaban.

Habiendo convalecido de ellas, fué á una peregrinacion donde procedió con particular ejemplo de modestia, afabilidad y blandura. Vuelto de ella cayó en otra enfermedad de tercianas dobles tan malignas, que á pocos lances, los médicos echaron de ver eran de peligro, y los de casa, teniendo pocas esperanzas de su vida, todo era darle avisos de su temprana muerte.

Habia estado algunos dias con gran melancolía ocasionada del humor que predominaba; mas oyendo la nueva que le dieron de la gravedad del mal y riesgo en que estaba, fué tal la alegría y consuelo que recibió, que no le pudiendo ocultar dentro del corazon, salió afuera con tan grandes señales, que repararon en ellas el médico y los circunstantes, admirados del gozo de su corazon y júbilos del alma en nueva que tanta pena suele causar en otros.

Jamas en este tiempo se quejó, con ser los crecimientos grandes; no se le oyó palabra que mostrase enfado consigo mismo ó con otros, ni ménos conformidad con la voluntad de nuestro Señor.

Rezaba todos los dias el rosario á la Santísima Vírgen con su acostumbrada devocion, no dejándole por afligido y congojado que le tuviese la calentura: prueba bastante de su devocion en tan rigurosa enfermedad.

Su obediencia mostraba no sólo á los Superiores, sino tambien á los enfermeros, no rehusando ó resistiendo el tomar cualquier género de bebida ó comida que le diesen, por amarga que fuese, ó por más postrado que estuviese el apetito con tan molesto mal, que le duró espacio de dos meses. En el cual tiempo hacia el santo ángel con él oficio de solícito despertador por las mañanas, sintiéndole cómo en su pecho, con grande suavidad, pasaba de una parte á otra despertándole, para que alabase á nuestro Señor.

III

Vida perfectísima que hizo en la religion.

Tuvo en el noviciado casi contínua oracion, porque no contentándose con la de las mañanas y tardes, andaba siempre en perpétua consideracion de su bajeza, grandeza de Dios y divinos beneficios, ó ya actuándose en la obediencia, ofreciéndose interiormente á Dios para cualquiera ocupacion, por baja y humilde que fuera, en que los Superiores le quisieran poner.

Ejercitábase en la consideracion de los pecados y lo que merecia por ellos, cuya meditacion engendraba en su pecho grandes afectos de humildad y pro-

pia desestima; de la del infierno y ultraje de los demonios á los condenados, se movia á padecer con regocijo y alegría cualquier trabajo ó pena de esta vida.

Enseñábale Dios mucho con el conocimiento de verdades, pensando cuál era mejor, el cumplimiento de su gusto ó el divino. ¿Cuál es mejor, decia, el gusto de Dios ó el mio? Claro está que el de Dios; tener salud, honra y estima en esta vida, ó que en él se cumpliese perfectamente la divina voluntad, con que se afervorizaba con grandes deseos de apartarse del mundo, y ponerse todo en las manos de Dios, derramando ante él su corazon.

Todo lo que veia le servia de despertador de aquestos deseos. Los árboles ya con su dureza, ya con la verdura de sus hojas, hermosura de sus flores, dulce y apacible variedad de sus frutos: la tierra, el agua, aves y peces, todos le servian de libro en que leia las divinas perfecciones, con que andaba siempre bien ocupado y sin cansancio, en perpétua presencia de nuestro Señor, que le servia para vencer las tentaciones, por graves que fuesen, en especial las de soberbia; y así sabia ya las armas con que defenderse de su contrario, que eran ponerse delante del Señor, como quien le pide ayuda, y luego la experimentaba de su mano, siendo este uno de los mayores dones que de las divinas habia recibido á su parecer.

Dióle Dios una habitual devocion al Santísimo Sacramento, que como él decia, le tiraba el corazon con calor, y le abrasaba con la consideracion de tan alto misterio.

Dióle tambien grandes deseos de padecer martirio; y en la consideracion de los tormentos sufridos por Cristo, haciéndose presente á ellos y dedicándose a nuestro Señor, empleaba muchos ratos del dia. Otros, considerándose como metido en el corazon de Cristo, que le encendia en su amor de suerte, que le parecia traer llamas en su pecho; y, así en la mesa como en otras ocupaciones, no perdiendo la atencion que ellas pedian, estaba continuamente levantando el corazon á Dios.

Y si tan bien ocupado traia el tiempo, no es mucho fuese cada dia sintiendo en su alma nuevos favores de Dios; y todos en él admirando las singulares virtudes con que se dispuso para hacer los votos á 7 de junio de 1617.

El gusto que, por atarse con nuevas obligaciones á Dios aquel dia, sentiria su alma, se deja bien entender de lo mucho que lo habia pretendido, viendo llegar á colmo sus deseos y perpetuarse en la casa de nuestro Señor.

Enviáronle luego al Seminario de Urgel, donde le comunicó el Señor tan abundante gracia, que parece no le dejaba descansar, ántes le espoleaba grandemente; porque en su corazon sentia que le decian estas palabras: «*Obra, obra, no tanto palabras, obra.*» Y era con tanta eficacia, que no podia sose-

gar, y así andaba siempre buscando cómo habia de servir más á nuestro Señor.

Duró esto mucho tiempo, hasta que movido de aqueste impulso se fué al Superior, y le preguntó lo que habia de hacer para buscar con perfeccion á Dios, no gastando el tiempo en palabras, sino echando mano á las obras, como se lo mandaban.

Respondióle su Superior que cumpliese exactamente sus reglas, que esto era lo que Dios queria de él, con lo cual quedó su alma llena de paz y serenidad, habiendo alcanzado á saber la voluntad de Dios, y cesaron sus antiguos desasosiegos y cuidados, poniendo todos los suyos en la puntual guarda y observancia de sus reglas, tan cabal y perfecta, que jamas le notaron faltase en alguna, ni el tiempo que fué estudiante habló palabra que no fuese latin con sus condiscípulos. Y habiendo de hablar con sus maestros ú otros Padres, averiguaba primero si con ellos tambien le obligaba la regla.

Su modestia era grande, sus palabras medidas y compuestas; no se le oyó respuesta desabrida, ni voz alta, ni mirar airado por ocasiones que le diesen, ántes de ahí las tomaba él de mayores aumentos en virtud y de encomendar á Dios con más cuidado á los que se las daban. Y así si alguno le decia palabra pesada ó se burlaba de él, tomaba por su injuriador la primera disciplina.

Verificóse esto á los últimos dias de su vida, en que dijo tenia ofrecidas á nuestro Señor todas sus obras por cierta persona que le mortificó en lo vivo. Esta era la paga de los que él tenia por beneficios.

Proseguia su seminario en el colegio de Urgel, donde á la sazon estaba un Hermano muy ejemplar, dado á la oracion y penitencia, á los trabajos y penalidades por amor de Dios, el cual siempre que veia al H. Diego, solia decir que se alegraba con su corazon, porque le daba á entender nuestro Señor que se habian de ver juntos en la gloria.

Escribió en este tiempo una carta á su padre, avisándole cómo lo era ya de cumplir lo que en los pasados le habia prometido, que era hacer una confesion general, con que se dispusiese para morir. Diéronle la carta, habiendo adolecido de la enfermedad última; abrióla, y reconociendo cuya era, bañado en lágrimas dijo: «Esta será la postrera que de mi hijo recibiré,» y así hizo luego confesion general por espacio de tres dias; y pidiendo tinta y pluma para responderle, viéndole sus hijos tan debilitado, le rogaron dijese lo que queria, que ellos lo escribirian. Mandóles escribir que él moria confiado en sus oraciones, y cierto de que rogaria á nuestro Señor por él. El dia siguiente, que fué á veinte y ocho de febrero, que fué el primero de Cuaresma, murió con grande paz de su alma, habiendo ántes exhortado á sus hijos y circuns-

tantes á toda virtud, y á que fuesen devotos de nuestra Señora, rezándola su oracion cada dia, y casi al mismo tiempo comulgó por él el H. Diego, por si estaba difunto.

Acabado su seminario, le enviaron al colegio de Gandía á estudiar artes, donde con los estudios de filosofía no se olvidó de los de la perfeccion, ántes como ya iba creciendo en edad y estado, iba teniendo mayores medras en la virtud, y experimentando al mismo paso nuevos favores con que el Señor le regalaba. Porque habiéndole llevado el Superior de allí por compañero suyo á Alicante, llegando la fiesta de S. Miguel Arcángel, le pidió licencia para comulgar; negósela por ser sábado aquel dia, y haberlo de hacer el siguiente. Sujetó sus deseos á la obediencia, pero pagóselo Dios de contado, porque habiendo oido Misa, se puso despues de ella á dar gracias, como si hubiera comulgado, y desde aquel dia sintió á Su Majestad muy propicio en los años siguientes en la festividad del glorioso Arcángel, recibiendo siempre algun singular favor por intercesion suya, á quien él mostró el agradecimiento que pudo, teniendo desde entónces dos horas de oracion por la mañana, ganando una de tiempo á los demas en levantarse, para tenerla más quieto y reposado descansando con su Dios.

Poco despues de esto, el dia del seráfico P. S. Francisco, deseó comulgar tambien, y acordándose de la licencia negada, pidiósela á nuestro Señor, que le debió de enseñar, como verdadero dechado de obediencia hasta la Cruz, mostrase él la suya y se llegase al Superior; hízolo así, alcanzó el beneplácito y el fin de su devota pretension, siéndole respondido que habia gran rato que habia sentido deseo de darle licencia, y que deseaba se la pidiese, con que entrambos quedaron consolados con el cumplimiento de sus deseos.

Estando aquí en Gandía, le dió nuestro Señor grandes ánsias de padecer trabajos y muerte rigurosísima por su amor, y dejó él mismo el medio por donde le dió Dios nuestro Señor facilidad en mortificarse en todo, por estas palabras: «Algun tiempo fuí detrás de alcanzar poder sufrir un mosquito, tuve mucha dificultad; pero despues con un acto que hice sufriendo á uno, y ofreciéndome á Dios nuestro Señor para padecer todos los dolores y enfermedades, y todas las penas, tristezas y tribulaciones, hambre, frio, sed y los demas tormentos de este mundo, y el mismo purgatorio con las penas todas del infierno, cuantas padecen y habrán de padecer los que se condenaren, y doblado por toda la eternidad, con tal que todas las almas se salven, ó á lo ménos una, ó sólo que yo pudiese impedir un pecado venial; porque más estimo su gusto y alabanza, que todo mi sér y mi gloria y que mi alma; y más que todos los dones que Su Majestad me puede dar, fuera de Su Ma-

jestad. Con este acto me dió Dios nuestro Señor facilidad para mortificarme en todo.»

Ayudóle mucho para su perfeccion el haber encontrado en el colegio mismo de Gandía al P. José de Calatayud, que era hombre de grandísima oracion y mortificacion, y Padre de pobres, muy humilde y obediente, de quien se dicen cosas de profecías y muchos milagros que Dios ha hecho por él.

Este Padre le penetraba los pensamientos últimos de su corazon, revelándole Dios lo que pasaba por su alma.

Aconteció que una mañana no se levantó el Hermano, habiendo caido el despertador, como tenia de costumbre, y esto á su parecer sin culpa suya; con todo eso el Padre, estando léjos, lo echó de ver y se lo dijo, advirtiéndole de aquel poco tiempo que habia faltado á la oracion.

Acostumbraba el Hermano á renovar sus votos no sólo cada hora, sino cada cuarto de hora, ejercicio que él no habia comunicado á persona alguna: aconteció, pues, que platicando el Padre comenzó á decir: «Proseguid, Hermano, en ese santo ejercicio que traeis, de renovar cada hora y cada cuarto vuestros votos, que es muy agradable á Dios.»

Tuvo por dichas para sí estas palabras y para el exámen de ellas hizo pesquisa diligente entre los Hermanos que allí estaban, si usaban de semejante ejercicio. Respondieron que no: con que echó de ver que él era á quien el Padre habia hablado, y que nuestro Señor le habia comunicado, como grata á sus ojos, aquella loable y santa costumbre que tenia.

Estando cierto dia el Hermano en su aposento, sintió en sí de nuevo más vivos y fervorosos sus antiguos deseos de pasar á las Indias, é hizo holocausto de su vida porque la tuviesen los que habitaban en las sombras de la muerte; y habiendo gastado en esto espacio de tiempo, se fué adelante del aposento del Padre, el cual se fué á la puerta y le llamó diciendo: «Venga acá, muy bien se los pagará en el cielo Dios esos ofrecimientos que ahora ha hecho; muy bien se los pagará allá, muy bien se los pagará; con que el Hermano quedó consolado, así con la paga que le ofrecian como con el servicio que entendia haber hecho á nuestro Señor con su oferta, y con nueva estima y aprecio de la virtud del Padre.

Llegó la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen, cuya víspera gastó suplicándola afectuosamente fuese su Madre y á él le hiciese fidelísimo hijo suyo. Estando en esto, le parecia se le encendia el pecho en amor de Dios y de esta divina y soberana Señora; y como el fuego no puede estar escondido sin manifestarse por el calor, fué muy grande y extraordinario el que entónces sintió en todo el cuerpo, manos y rostro, saliéndole á la cara sonroseados colores, ocasionados del nuevo incendio del corazon, el cual de-

claró bien con un generoso acto que el dia siguiente hizo, escrito de su misma mano, que dice así: «Hoy, á 8 de diciembre de 1618, hago voto de castidad perfectísima, de obediencia prontísima y perfectísima y de pobreza perfectísima y de hacer el mayor gusto de Dios en todas las cosas.»

De cuán bien haya desempeñado su fe y correspondido á la obligacion de los tres primeros votos, no se pueden alegar mejores testigos que los que le vieron, conocieron, trataron y á los que él comunicó los íntimos secretos de su alma, que admiraban tan gran pureza, que imitaba la angélica en cuerpo mortal, recatado en la vista, diligente en la guarda de los sentidos, cerrando las puertas á cualquier pequeño vapor de ménos casto pensamiento, aunque procuró el demonio turbarle con algunos.

Estando en Méjico acostado ya, se le representó una imaginacion torpe y vehemente; sintió grande pena, y levantándose al punto, se puso en forma de cruz pidiendo á Dios que le ayudase, y á la Santísima Vírgen le librase de aquella fea sugestion del demonio. Para mejor alcanzarlo, se hincó de rodillas en el suelo espacio de una hora, hasta que la tentacion cesó, y tuvo por muy cierto habia sido por intercesion de la Vírgen, á quien él con fervoroso ahinco se lo suplicaba.

Este era el sagrado adonde se acogia siempre que se hallaba molestado de tales pensamientos, de que salia victorioso, y tan quebradas las fuerzas del contrario, que nunca las tuvo para afear en nada la hermosura y pureza de aqueste voto que con perfecta entereza inviolablemente conservó toda la vida.

El afecto á la pobreza fué por extremo; el desprecio en sus vestidos fué admirable, y muy diligente en buscar lo peor. Resplandecia su pobreza en el vestido y aposento, el cual no tenia con más adorno ni otras curiosidades, que el de algunos libros de que necesitaba y de alguna devota imágen que, sirviéndole de compañía, le fuera tambien despertador para levantar á menudo el corazon á Dios.

Todo espiraba olor de santidad y religiosa perfeccion: y como es complemento y esmalte suyo la obediencia, fué en esta virtud perfectísimo, estando siempre pendiente de la voluntad del Superior, adivinándole los pensamientos para cumplirlos, no mostrando la suya jamas contraria, por más dificultad que tuviese lo que le ordenaban; ántes mostraba inclinacion á ello y con instancia lo pedia.

Pero mejor dirán cuánto se esmeró en esta virtud sus mismas palabras, porque, hablando del exámen particular, dice de esta suerte: «Hacer en cada punto é instante lo que entiendo ser mayor gusto de Dios y del Superior, y este es el exámen perpétuo de toda mi vida, pues que en el noviciado con obediencia comencé, con ella he de acabar.»

Toca aquí el último voto que hizo de procurar hacer siempre lo que entendiera ser mayor gusto de Dios, el cual cuanta perfeccion encierre en sí, que moderacion de afectos, que rendimiento de pasiones, qué rectitud de intencion, qué fervor de espíritu y que corazon tan alentado para el servicio de Dios, lo echará bien de ver quien ha tratado de virtud.

Y porque conste que no quedaba atras á la dificultad de la cosa el esfuerzo de sus deseos, y que no hizo el voto llevado de algun repentino y ménos considerado fervor, sino del de Dios, pesado con la balanza de ponderacion santa y prudente, diré lo que tenia escrito en uno de sus papeles, que es lo que se sigue por sus palabras:

«El sumo gusto de Dios y del Superior es, que yo ame á Dios con el mayor afecto que pueda y con la mayor continuacion posible; que ame á la Virgen Santísima con grandísimo afecto, y que ande siempre puesto con Dios; que en todo me humille, que en todo me mortifique, que nunca haga mi propia voluntad, que de todos diga bien y que de nadie diga mal; que ande con los ojos siempre bajos, con suma modestia; que sin necesidad no salga de mi aposento; que todas mis palabras sean santas; que haga las penitencias que pudiere; que me desacomode para acomodar á otros; que tome siempre lo peor, el peor lugar, el peor vestido, la peor comida; que ruegue por todos y por todas las necesidades de la Iglesia y de la Compañía, por las religiones, por la reduccion de los herejes, conversion de la gentilidad, por los bienhechores, por los enemigos así mios como de la Compañía y mal afectos; que haga cuanto pueda en servicio de Dios, y que me acuerde de las ánimas del Purgatorio y de los padres que me engendraron para encomendarlos á Dios; así mismo de mis deudos y conocidos y de todos los hombres que son y seran en siglos venideros; que á todos se extienda mi caridad; que á todo me ofrezca, á trabajos y peligros de vida, para bien de las almas y mayor gloria de Dios, sin replicar, en manos de la obediencia; que haga bien á quien me hace mal; que guarde perfectamente mis reglas; que haga todas mis obras con suma perfeccion; que ande siempre sobre aviso y con exámen continuo; que haga en mí un vivísimo retrato del alma y cuerpo de mi Señor Jesucristo con todos sus afectos, deseos y virtudes, en que está la suma perfeccion y la materia determinada de este exámen particular en cada obra, la cual se ha de examinar cómo se ha de hacer para alcanzar lo que pretendo.»

Todo esto decia; y quien tan largo arancel y tan por menudo le hizo de las cosas en que podia buscar el mayor gusto de Dios, bien se echa de ver habia de andar con sumo cuidado y contínua vela, para no desquiciar en nada de lo que con tanto ánimo prometia.

Todas sus acciones, sus palabras, su conversacion y trato, eran un perpétuo

cumplimiento de aqueste mayor gusto de Dios, que habia prometido y ejecutaba.

Querer contar por menudo los favores que le hizo nuestro Señor el tiempo que en Gandía estuvo y las cosas que le dió á sentir, fuera nunca acabar; pero entre lo mucho que se deja, entresacaré algo de lo que aquí le sucedió.

Fué una vez acompañado de un Hermano á enseñar la doctrina cristiana a un pueblo cercano á Gandía, y aunque halló en él poca gente, á la que tuvo comenzó á enseñar con gran fervor, que sintiéndose él mismo con nueva mudanza y espíritu, conoció sensiblemente ser revestido del de Dios, y así parece echaban fuego sus palabras, pues movido de ellas el compañero, volviéndose á casa, se puso á llorar tiernamente con la consideracion de lo que habia pasado.

Volviendo otro domingo por la misma causa de enseñar la doctrina, en la plaza se estaban entreteniendo algunos, que aunque avisados fuesen á la iglesia, si bien lo prometian, lo dilataban llevados del gusto del juego en que estaban. Apénas entró el Hermano en la iglesia con los niños, cuando parece que tomando el cielo la causa por suya, como lo era, descargó un tan gran aguacero, que se vieron obligados á ir adonde ántes los habian llamado y resistido; y estando en medio de la plática con gran fervor, dijo, tratando del poder de Dios: «¿Ven cuán de repente ha hecho Dios caer tanta agua? pues poderoso es para hacer que acabando la doctrina cese del todo, aunque segun está cerrado ya el tiempo, parece habia de proseguir muy á la larga.» Como el Hermano lo dijo, lo cumplió el Señor. Acabó él la plática, y el cielo de llover, durando con serenidad todo el tiempo que hubieron menester para llegar al colegio.

Habia algunos esclavos moros en aquella villa, y, como era tan grande su celo del bien de las almas, y de que conociesen á Dios los que andaban fuera de su conocimiento, se lo pidió á su Divina Majestad instantemente; para mejor alcanzarlo, ofrecia ayunos, penitencias, disciplinas y oraciones, y algunas veces hizo oferta de su misma vida por el bien de ellos, diciendo á nuestro Señor delante del Santísimo Sacramento: «Señor, en vuestro nombre santísimo os pido me deis estas almas, que yo os las quiero presentar,» y parece oyó nuestro Señor sus ruegos, pues antes que él saliese de Gandía, estaban ya bautizados los cuatro, con singularísimo gozo del Hermano y hacimiento de gracias á Dios, cuya poderosa diestra habia causado esta mudanza en sus corazones.

Tuvo aquí una enfermedad penosa y prolija de tercianas y cuartanas dobles que le duró ocho meses, de que supo sacar copioso fruto para su alma; pues los ratos que le dejaban solo (y eran muchos, por haber entónces otros

enfermos que daban más cuidado) los gastaba en dulces coloquios con nue tro Señor, y tenia por ligero el trabajo presente, y se ofrecia á mayores p su amor.

Todos los dias, en dejándole la calentura, tenia tres y cuatro horas de o cion; que aunque quedaba el cuerpo quebrantado con la fuerza del mal, taba aligerado el espíritu con la del fervor, que indica ser bien grande, pu la tristeza y desabrimiento que consigo trae el humor cuartanario, no le dian impedir el gozar de la dulzura que hallaba en su corazon.

IV

Parte á las Indias y da en Méjico admirables ejemplos de virtud.

En medio de los trabajos de la enfermedad, creció en los deseos de pa á las Indias, en el cual tiempo llegó á aquella provincia el P. Procurador las Filipinas de vuelta de Roma, para llevar sujetos.

Entre los señalados de la de Aragon fué nuestro Diego de Saura, de tuvo divinos prenuncios, por haberle cabido el mes antecedente, S. Mat dándole á entender nuestro Señor caeria tambien sobre él la suerte de elegido para la mision apostólica de aquellas islas.

Sólo le podia ser impedimento la enfermedad con que se hallaba, y, por no quedasen frustrados sus deseos, se puso á los pies de Cristo, suplicánd no estorbase su jornada la cuartana que padecia, y que entenderia se d por servido de su jornada á aquellas partes, si ella no viniese el dia siguie

Obedeció Dios á la voz del hombre, cedió el mal al imperio del méc divino, faltó la cuartana el dia que él habia señalado; pero volvió al otro le correspondia, y reconociendo el Hermano que habia sido aquella corte suya en el pedir, como quien devota y amorosamente se llamaba á eng volvió á suplicar á Dios, que de todo punto se las quitase, de suerte qu áun las señales de ellas, que suelen preceder al frio, le afligiesen.

Fueron sus palabras medida de sus deseos; condescendió con ellos D mandando á la calentura, se sosegase, y que sólo sintiese un tantito de en las extremidades de los dedos de la mano derecha, como quien dab entender pedia entrada el mal, segun su natural curso, á no hallarse resis con sobrenatural fuerza y soberano imperio.

Alcanzada salud de nuestro Señor, y del Superior órden para partirse puso en camino, sirviéndole todo lo que en él veia de incentivos nuevo amor de Dios, no gastando rato ocioso, ni ocupándose en pláticas ó con

saciones desaprovechadas. Eran las suyas siempre del cielo, del amor, de la virtud, de la devocion de nuestra Señora, del Santísimo Sacramento, de la fealdad del pecado, procurando engendrar aborrecimiento de él en las almas con quien trataba.

En Cádiz, estando ya de partida, cayó enfermo; y aunque algunos juzgaban se quedase aquel año con esperanzas de que el siguiente habia de haber otros que fuesen á las Indias; siguiendo el ejemplo de nuestro Padre S. Ignacio que enfermo se embarcó, quiso él tambien hacerlo, con consideracion que no era ménos poderosa la mano del Señor, si convenia darle salud, en el mar que en la tierra.

Todavía en entrando en él, la enfermedad creció; arreciáronse las calenturas, dobláronse los crecimientos, sucediendo á esto flaqueza en el sujeto, desgana para la comida y decaimiento del corazon.

Sentia él naturalmente morir en el mar, y á medida de su sentimiento le iba Dios más y más apretando los cordeles con nuevos accidentes, hasta que advirtiendo en ello el Hermano, con ánimo superior á todo propio gusto y voluntad suya, se puso y resignó enteramente en la de Dios, el cual no dilató la paga de tan insigne acto para otro tiempo, ántes luego al punto, estando el Hermano recostado en la cama, le pareció que presentísimamente tenia delante de sus ojos (si bien con vision imaginaria) la Santísima Trinidad, que muy benigna y afablemente volvia á él los suyos, y con su vista le consolaba.

El efecto de aqueste favor fué tal, que deseaba nuevas enfermedades, con un júbilo y alegría singularísimo en la que padecia, pareciéndole todo poco respecto de hacerse con ello merecedor de lo que habia visto. Ni los gritos le molestaban, ni el olor enfadoso del agua corrompida de las bombas le afligia, ni sentia por pesada la misma muerte; ántes haciendo nuevo sacrificio de su vida, se ponia todo en las manos de Dios, de donde le vino la salud y el remedio; pues, con admiracion de todos, comenzó desde aquel punto á mejorar, sabiendo él solo y encubriendo la causa de su mejoría.

Acabóse la navegacion con próspero viaje; llegó á Méjico, donde se detuvo año y medio y adonde fué nuestro Señor larguísimo en hacerle mercedes.

Andaba continuamente en la presencia de Dios, no siendo causa el estudio para interrumpir su actual amor y afecto de la voluntad; á pocos renglones que leia en las materias que estudiaba, le era forzoso dejarlo, volviendo el pensamiento á Dios, poniendo en él su afecto, y dando aquellos interpolados desahogos al corazon, lo cual no le apartaba de los estudios; ántes siempre dió muy buena cuenta y razon de ellos; aquí en especial con un acto muy lucido que de toda la teología tuvo; de suerte, que decia un compañero suyo

muy estudioso y de buen ingenio, que en poco tiempo estudiaba y alcanzaba más el H. Saura, que él por mucho tiempo que estudiase.

Sus disciplinas eran frecuentes y muy recias, hasta que abriéndosele el pecho por ocasion de haber asistido á un Padre enfermo de mucho trabajo, le pusieron tasa.

Dejaba de ordinario de cenar por poder tener despues con más quietud una hora más de oracion.

No se descuidó aquí el demonio de hacerle guerra. Una noche, estando acostado, se llegó á su cama, y cogiéndole cabeza y pies, le apretaba fuertemente, haciendo de él como un ovillo: sintióse muy afligido y trabajado el Hermano, todo bañado de sudor, y el demonio hacia burla de él, diciéndole: *¡Hé, hé, hé!* pero el santo Hermano se volvió á Dios, pidiéndole su favor y amparo y juntamente esfuerzo para poder sufrir aquel y otros semejantes golpes del demonio, con que al momento se vió libre, dando muchas gracias á nuestro Señor.

Tuvo por este tiempo muchas visitas del cielo. El tercer dia de Páscua del Espíritu Santo, habiendo comulgado, estando dando gracias, le pareció que veia á Cristo Señor nuestro delante, el cual le dió en rostro y reprendió el descuido que tenia en meditar su santísima Pasion, si bien no con voz corporal.

Procuró de allí adelante ser más agradecido, dando mucho más tiempo á la oracion y meditacion de la muerte y dolores de Cristo nuestro Redentor.

La víspera de S. Andrés le dió nuestro Señor un deseo vivísimo y eficacísimo de comulgar cual nunca jamas habia experimentado, con tan grande exceso, que le duró toda aquella tarde; crecióle por la mañana en la oracion, la cual acabada, estando ya para comulgar, se volvieron á encender de nuevo en su pecho aquellos deseos con tan grande ánsia, que le parecia que el corazon y alma se le arrancaban por irse al altar, y esto no con congojas y aflicciones, sino con una singular dulzura y ternura, que le bañaba todos los miembros de su cuerpo. Recibió al Señor y con él grandísimo sosiego acompañado de deseos grandes de unirse y juntarse con Jesucristo; y, considerándose dentro de su divino pecho, parece que su alma se hallaba como movida con desusados ímpetus de abrasados deseos de trocarse y transformarse todo en su Dios, que le duraron por muchos dias.

Por este tiempo tuvo ejercicios en las vacaciones, y le sucedió lo que refiere por estas palabras: «Los primeros dias me fué bien; despues tuve una batería muy grande de pensamientos, que apénas podia tener el pensamiento en Dios continuadamente por tiempo de dos ó tres palabras, sin que luego me divirtiese. Fué esto en tanto grado y tantos dias, que me puse á pen-

sar si acaso hubiese hecho algun pecado mortal, por el cual Dios me tratase de aquella manera, y no hallaba; pero con todo eso estaba con aquel temor de haber ofendido á Su Majestad en algo que yo no conociese.

Andaba con esto afligido, y un dia, que era á los trece de octubre, estando en mi aposento para tener oracion, ó teniendo algo de ella, me vino con vehemencia una tentacion diabólica y de blasfemia.

Entonces el Señor por su infinita misericordia, me dió luz para conocer que aquello era tentacion y malo, aunque yo en aquel punto no conocí por qué fuese malo.

Echarme al punto en el suelo, pegando el rostro con él, casi fué uno, pidiendo favor á Dios nuestro Señor, y que me guardase de ofensa suya. El benignísimo Señor, por su bondad y clemencia infinita, sin yo merecerlo, me dijo, al punto que estuve postrado, estas palabras no sensibles ni con sucesion unas despues de otras, sino *simul, et semel*, como impresas en el alma: *No he menester yo que tú sepas tener oracion, que si yo quiero te la puedo dar.* Así como he dicho son formales palabras de Su Majestad, con las cuales me quitó toda la turbacion, y me llenó de paz, y dió á conocer la malicia de la tentacion; y hallé que en aquellos dias de tribulacion habia tenido más luces y conocimientos de verdades que en otros tiempos, y así estaba deseando tenerla otra vez. Digo que estas formales palabras con la misma órden que estan puestas me dijo, aunque sin sucesion de tiempo, segun lo advertí, porque me las hallé juntamente dichas en lo más íntimo, y como en la esencia de mi alma.

Andaba despues de esta merced muy encendido y abrasado de amor en la presencia de Dios, en el pecho de mi Señor Jesucristo, ó con los Santos en el cielo, y con mucha familiaridad tratando con Su Majestad.

Lo que hacia en tiempo de la tribulacion que acabo de decir, era que hallandome tan seco en la oracion y que no podia pensar en Dios, y que me era pena; con todo eso tenia cada vez mi hora de oracion y decia: *Con Dios ser liberal:* y añadia media hora más de oracion, y lo más del dia gastaba en ella.»

De esta manera le iba nuestro Señor probando, ejercitando y adelantando en espíritu, y él, correspondiendo á la divina gracia, y siendo liberal con Su Majestad, se habilitaba para nuevos favores. En especial tendia más las velas a la oracion, por no ser tiempo de lecciones.

Acabadas las vacaciones volvió á proseguir sus lecciones y estudios con el recogimiento, aplicacion y espíritu que arriba se ha dicho.

Tratóle algunas veces en Méjico el P. Nicolás de Arnaya, Provincial de aquella provincia y persona que alcanzaba mucho de espíritu, así por el que

nuestro Señor le comunicaba, como por los muchos que trató en el tiempo q á su cargo tuvo el noviciado y provincia. Decia pues, que cuando oia habl de cosas de espíritu al H. Saura, ó le daba cuenta de él, le parecia tenia d lante un vivo traslado del santo H. Luis Gonzaga. Y porque se vea con cua ta verdad lo pudo decir, y la perfeccion grande á que aspiraba siempre, y l nuevas subidas que disponia en su corazon, propiedad del justo, como di el Profeta Rey; estando en aquel colegio, buscó y halló nuevas trazas y sa tas invenciones, para unirse más y obligarse á su Dios: y así á 30 de dicie bre del año de 1620, se obligó á Dios nuestro Señor con especial voto procurar en todo la mayor perfeccion, el cual, en prendas de mayor firme le escribió y firmó de su nombre con sangre que sacó del pecho y de enci del corazon, sobre el cual se vió despues de muerto la cicatriz: y quien tan liberal en derramar su sangre para escribir el voto, lo fuera mucho m en ofrecerla toda, si de ello necesitára para su cumplimiento.

Despues á 14 de agosto del año siguiente, víspera de la Asuncion de nu tra Señora, le renovó y extendió; y porque sus palabras son índices de su razon y testigos de su afecto; para que éste se descubra, y ellas no pierdan su santo primor, las pondré aquí, y son las que se siguen: «Por amor de Santísima Trinidad, de Jesus y María y de todos los Santos, hago voto procurar la mayor perfeccion; ya sabeis, mi Dios, mi deseo, y que muero amaros de puro deseo de serviros. ¡Oh mi Dios y mi amor! recibid esto servicio vuestro, y perdonad mi cortedad; yo hago voto de procurar y a rar á pureza angélica. Hago voto de no tener afecto á nada sino á vos ó vos, ni amar á otra cosa que á vos, mi Dios. Hago voto de obedecer en das las cosas, que pecado no sean, á mis superiores, y procurar hacer to sus voluntades con el mayor afecto y perfeccion que pueda. Hago voto hacer todo cuanto hiciere, dijere, pensare ó deseare, por amor de la San ma Trinidad, de mi Señor Jesus y de mi Señora María, de S. José, de mi s to P. Ignacio y de todos los Santos. Hago voto de guardar mis reglas y no hacer á sabiendas cosa que sea pecado, por mínimo que sea, ó imper cion. Hago voto de procurar, con la gracia de mi Dios, tener contínuo a de amor, conformidad y deseo de agradar á mi Dios, y de procurar llevar c tínua presencia de Dios.»

Dos dias despues, á 16 del mes, añadió lo que se sigue: «Hago voto procurar, con la gracia de Dios, con todas mis fuerzas, con oraciones y todas las maneras que pueda, la conversion de todo el mundo, de pecado gentiles y herejes; la salvacion de sus almas y la de los justos que ahora y serán en siglos venideros y su perfeccion. Y hago voto de ofrecer por cada dia mi salud, sangre, honra y vida.»

Despues á 4 de noviembre del mismo año, apretó más estos votos, que parece no atendia á otra cosa sino á cómo podria atarse más con Dios. Sus palabras son estas, dejando otras por brevedad: «Hago voto delante de vuestra divina Majestad, de pobreza, castidad y obediencia perpétua en la Compañía de Jesus, y entrar en ella en el grado que por ella me fuere señalado, y de hacer lo que fuere mayor perfeccion, mayor humildad, mayor caridad, mayor pobreza, mayor obediencia, mayor pureza, mayor modestia, mi mayor menosprecio, mi total mortificacion, mayor gloria de Dios y mayor agradecimiento; y hago voto de guardar todas mis reglas y constituciones, y cumplir todos los gustos de mis superiores, y conformarme en todos los gustos, acciones y obras con Dios y mi Señor Jesucristo; de hacer cada obra y accion con el mayor amor, afecto y perfeccion que pueda, y con los más y más altos fines; de tener contínuo acto de amor de Dios y de su Madre mi Señora María, en todo tiempo, con contínua memoria de éstos mis amores; de hacer cuanto puedo por amor de Dios y mis prójimos y por la conversion de las almas de todas las naciones y gentes.»

Va prosiguiendo varias cosas; pero es de advertir, que como en estos votos añadió á los pasados cosas tan dificultosas, como estar en contínuo acto de amor de Dios y el mayor menosprecio y mortificacion, etc., advierte que no pretende obligarse de tal manera, que por algunas faltas que haga, peque, sino obligarse á un estudio y cuidado particular de alcanzar la mayor perfeccion. La cual advertencia dejó despues, siendo ya Sacerdote, como se dirá en su lugar, que parece que con el nuevo estado le fué dado nuevo espíritu, y con él nuevo esfuerzo y valor para emprender mayores cosas de perfeccion.

V

Llega á Filipinas, y, ordenado de Sacerdote, empléase en el provecho de las almas.

Habiendo dado estos singulares ejemplos en el colegio de Méjico, se llegó el tiempo de hacer viaje para Filipinas. Embarcóse en la nao S. Juan Bautista, donde por la apretura del lugar y mucha gente, fué necesario venir debajo de escotilla; comodidad tan sin ella, que por su falta y sobra de calor, mal olor y otras inclemencias, murieron cuatro de los nuestros en la navegacion, haciéndola sus almas más breve, tomando el puerto de la gloria, como de sus vidas, religion, celo y virtudes se puede creer.

Aprovechóse de esta ocasion el Hermano, cuidando de los enfermos, sir-

viéndolos y asistiéndoles, y mucho más encomendándolos á nuestro Señor, cuya perpétua presencia traia, y con quien se estaba en oracion hasta la mitad de la noche, en que se iba á descansar.

Enfermó de muerte en la dicha nao un seglar, y á pocos lances la calentura, por ser maligna, se le subió á la cabeza, y le privó del juicio ántes que él se hubiera confesado ni hecho preparacion alguna para la otra vida. Pidió un Padre (lastimado de lo que veia) al H. Saura le encomendase á Dios; hízolo con extraordinario afecto y lágrimas, que como ellas dan voces, no sólo llegaron á los oidos de Dios, sino, por su misericordia, á los del enfermo, que volviendo en sí, se confesó despacio, y con cristiano acuerdo hizo su testamento, dándole para uno y otro el tiempo necesario; murió de noche, y en en el mismo punto su alma, ó el Angel de su Guarda despertó al Hermano, que á deshora de la noche se sintió como llamar con particular modo y con alboroto y sobresalto del alma, y entendiendo habia ya salido del cuerpo la del enfermo, la encomendó á nuestro Señor, y á la mañana halló cómo se habia muerto ya aquel hombre.

Llegó últimamente este siervo de Dios á Manila, donde con los demas fué recibido con singulares muestras de amor y benevolencia de los de casa; y como ya habia llegado al término de sus navegaciones y adonde habia de vivir de asiento, parece que tambien tomó de asiento Dios el favorecerle y regalarle.

Entró en ejercicios poco despues que llegó, y estando una noche rogando á todos los Santos le ofreciesen á nuestro Señor por suyo, se le encendió el corazon con un amor extraordinario, con un deseo vivísimo de dejar de ser y transformarse en Cristo, imaginándose abrazado con él dentro de su pecho y junto á su corazon, donde le pedia que todas sus obras las hiciese por él su divina Majestad, que viese por sus ojos, hablase por su boca, obrase por sus manos, anduviese con sus pies, pensase con sus pensamientos y con su voluntad amase. Estando en esto, pidiéndolo con grande y eficaz ánsia á nuestro Señor, le parecia que todo su cuerpo estaba yerto, y que su alma se habia apartado y retirado de él, toda ocupada y entretenida en actos de voluntad y amor, en que estaba abrasada, lo cual duró espacio de una hora.

Lo que sacó de aquí este bendito Hermano fué lo que él dejó escrito en las palabras que se siguen: «No me fio de todo esto ni de mí mismo, sino que pido á Dios humildad y mortificacion, disposicion buena para hacerme capaz de semejantes favores.»

Casi en el mismo tiempo fué cuando, asistiendo una tarde en la catedral á las honras que la ciudad de Manila hacia á Filipo III, rey de España, estuvo todo aquel tiempo, que fué espacio de dos horas, en afectuosa oracion, ima-

ginándose con Cristo nuestro Señor, como quien le abrazaba con entrañable amor, sin apartarse todo aquel tiempo de su presencia; y despues le pareció que venia el mismo Señor adonde él estaba, con los brazos extendidos, y que le abrazaba estrechamente, sintiendo él en sí tan grande suavidad, dulzura y ternura, que ardia en deseos de entregarse totalmente á Dios. Duró este abrazo por breve tiempo, pero el afecto mucho; no lo vió con los ojos corporales, sino con los del alma y por medio de inteligencia, que no puede hacer concepto de ello, sino quien lo ha pasado.

Esto le acontecia muchas veces estando en plática ó en las lecciones, que no perdiendo la atencion á uno ni á otro, estaba ejercitando fervorosos actos de encendido amor, quedando igualmente ilustrado el entendimiento é inflamada la voluntad.

De esta suerte iba Dios disponiendo á este siervo suyo para el oficio de Sacerdote que habia de ejercitar, sirviéndole á él de preparacion de su parte su modo de vida tan observante y regular, que todas sus obras pasadas y presentes no parecian otra cosa sino nivel y modo de la futuras.

Ordenóse de Epístola y Evangelio á 17 y 18 de diciembre del año de 1622, y a veinte y uno de Misa, con muy grande gozo y consuelo de su alma, singular quietud y serenidad de conciencia, sin que escrúpulo ninguno le molestase, aunque el demonio procuró turbarle con algunos, que él ayudado de la gracia de nuestro Señor venció con facilidad, porque no le fuesen estorbo de emplear todo el tiempo en sus acostumbrados ejercicios y presencia de Dios.

Uno y otro creció en él con la nueva ocupacion de la paga ordinaria del rezo de cada dia, en que, dejando la puntualidad que en ello tenia, le comunicaba tan gran dulzura nuestro Señor, bañando su alma con tan soberanos rayos de luz, como si con los ojos del cuerpo le estuviera viendo, y por medio de aquellas palabras hablando.

A los 18 de este mes, rezando los maitines de nuestra Señora, cuya fiesta de la Expectacion para el siguiente dia se trasladaba, llegando al segundo nocturno y lecciones de S. Ildefonso, conforme al rezo de Toledo, estando cerca de la mitad de la que le cupo, de improviso se halló como en las entrañas de la Santísima Vírgen María nuestra Señora, junto al Niño Jesus, echado tambien junto á sus pechos y brazos; y vió que levantó su cabeza santísima y se volvió á él, y le dijo estas palabras: *Mi Sacerdote*, las cuales dijo con tanto amor y regalo, que le hicieron luego deshacerse en ternura de afectos, siendo tales los que su alma sintió en aquella hora, que no los podia encubrir ni detener las copiosas lágrimas que de sus ojos salian, que apénas acertaba ni podia leer, llevado de la interior mocion y repentino sentimiento de

que se dejara llevar en aquella ocasion, tendiendo velas al viento del espíritu que le guiaba; si su religioso recato y humilde modestia no anduviera huyendo de cualquiera cosa que le pudiera ser de estima y honra propia, si lo llegase á alcanzar el compañero con quien rezaba.

Disimuló entónces este favor, y acabado el rezo volvió á su consideracion muy agradecido á Dios. Duráronle por mucho tiempo grandes consuelos en el alma, como reliquias de aquella dulzura, acompañados de un amor particular á Jesucristo, humillándose delante de sus ojos y con deseos de imitarle, pues le tomaba ya por Sacerdote suyo.

A 1.º de enero del año de 1623 dijo su primera Misa, y pues Dios le habia escogido por Sacerdote, ¿quién duda sino que seria sacrificio de alabanza el de aquel dia, y que se daria por bien servido de él?

Los dias siguientes sentia alguna turbacion en la Misa hasta llegar á consagrar; pero en consagrando cesaba aquella turbacion, bajando un rocío celestial á su alma, que le serenaba, sintiendo él en esto la particular proteccion de Dios y presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar, con cuya comunicacion y trato frecuente debajo las especies sacramentales, alcanzó el singularísimo don de su divina presencia, considerándose todo penetrado de su vista, tan poderoso y eficaz, que le encendia en su amor y le unia á su divina Majestad, dándole á ver clarísimamente sus faltas, con que se humillaba y abatia delante de su divino acatamiento; y enseñándole un modo familiar de tratar con Dios, lleno de confianza, al modo que tiene un tiernecito hijo con su querido padre.

Siempre sus pláticas, así en las recreaciones como en otras partes, eran de nuestro Señor y enderezadas á la virtud; y cuando veia tratar de otras materias ménos provechosas, con industria santa procuraba entremeter alguna útil y buena.

Estaba una noche en recreacion hablando con su compañero de cosas espirituales; pero el inmediato á él tenia diferente conversacion: pesóle al P. Saura de oirla, y más cuando sintió que allí cerca estaba el demonio holgándose y fomentando tales pláticas; pero escupiéndole el siervo de Dios, le ahuyentó de allí.

Bien diferente es lo que le aconteció en la quiete retirada de los Juniores, adonde por órden del Superior acudia. Habia salido pocos dias antes de ejercicios, en que habia dicho á los Hermanos les pediria algun desengaño. Estando, pues, en quiete hablando de Dios todos, les dijo, que pues estaban todos juntos en el nombre del Señor, no habria duda sino que estaria entre ellos, pues tal era su palabra; y respondiendo uno que sí, que con ellos debia de estar Dios, vió el santo varon en aquel punto con los ojos del alma á Cris-

to nuestro Señor en medio de la quiete, como un paso ó dos léjos de ellos; y haciendo el Señor señal con la cabeza que le mirasen, dijo: *Mírenme, que en mí está el desengaño,* mostrando en el semblante particular amor. Dijo entonces el P. Saura: «El Señor nos dice que le miremos, que en él está el desengaño:» y aunque los demas no supieron nada, quedaron muy movidos, y el Padre consolado y agradecido con tan gran favor, el cual quedó tan impreso en su corazon, que por algunos dias ni podia tener otra oracion, ni pensar en otra cosa que en la que allí vivísimamente se le habia representado.

Fué despues ayudante del Maestro de novicios, y las mercedes que nuestro Señor le hizo en este tiempo fueron muy grandes, y las cosas que le dió a sentir muy raras: el cuidado que tuvo de que los que estaban debajo del suyo se adelantasen en virtud, fué perpétuo; á esto les exhortaba en comun y en particular. Y cuando les hacia pláticas sentia él con especial modo le ayudaba nuestro Señor, dándole palabras para mover y hacer fruto en los que le oian.

Saliendo algunas veces al campo con los novicios, era tanto el júbilo que su alma sentia en la soledad con la consideracion de los árboles y plantas que veia, cotejando aquello con la hermosura de Dios y belleza de aquella eterna primavera de la gloria; que, como quien se hallaba en ella, de repente prorrumpia en palabras tan llenas de afecto, que eran manifestadoras de las muchas mercedes que Dios le comunicaba, quedando á veces corrido de que sintiesen los que con él iban lo que él quisiera pasase sólo de las puertas adentro de su corazon; pero era pequeña su capacidad para la abundancia de tan grandes gustos.

Tuvo tambien empleo y ministerio de los indios tagalos, cuya lengua aprendió con facilidad y propiedad.

Húbose en esta ocupacion, como en todas las demas, celoso por extremo de la gloria de Dios, del bien de las almas y de desarraigar pecados.

A esto enderezaba sus sermones, á esto miraba como á blanco; y así como los pueblos están divididos en diferentes barrios, les señalaba diferentes Santos por patronos, para que los tuviesen debajo su tutela y amparo, y sobre todo á la Santísima Vírgen, á cuya devocion les procuraba aficionar con las ordinarias pláticas de los sábados, pretendiendo en todo la gloria mayor de nuestro Señor, á quien lo enderezaba, sin reparar en dar la vida, si necesario fuera, como él mismo dice, por cualquiera cosa que juzgára ser del servicio divino, en el cual tuvo tan grandes medras, que, como la luz del justo va creciendo hasta el perfecto dia, segun él crecia se podia llamar hijo de los crecimientos, como José; pues fueron tan grandes los suyos, que como si á la perfeccion que en sí contienen los votos que hizo, de que arriba hablamos, le

faltase algo, con todo eso, por parecerle no estaba tan entera y adecuada la promesa, y que no daba tanto como podia, los perficionó de nuevo el año de veinte y cinco, haciendo un cartapacio de muchas hojas, y como él le llama. *libro de los votos* con su explicacion y forma que habia de guardar en su observancia.

Primeramente representa á nuestro Señor que es cosa dificultosísima y grandísima la que emprende; pero que se atreve fiado en la intercesion de la Santísima Vírgen, y alentado con la experiencia de lo bien que le fué en la entrada de la Compañía por medio suyo, en la cual no ha sentido el más mínimo movimiento ni pensamiento contra la vocacion, y dice así:

«A vos, pues, mi Dios, por este medio de mi Señora María, os ofrezco lo siguiente: «Hago voto absoluto de hacer lo que fuere mayor perfeccion, en lo cual se incluye de hacer lo sumo de todas las virtudes, así como de la humildad, de la modestia, del silencio, de la pobreza, de la castidad y pureza angélica, de la obediencia, de la misericordia, de la limosna, de la paciencia, de la benignidad, de la fortaleza, de la justicia, de la devocion, de la piedad, del agradecimiento, de la estudiosidad, de la oracion, de la presencia de Dios, de la mortificacion, del celo de las almas, de la caridad, etc., para lo cual, Señor, os pido abundantísima gracia y luz para conocerlo y ponerlo por obra; y hago voto de hacer cada dia cuantos actos internos y externos pueda sumos de todas las dichas virtudes sumas, y de todas las demas virtudes que hay que yo conociere y se me ofrecieren.»

Luego en las diez y siete hojas siguientes del dicho libro va poniendo lo más delicado y acendrado de todas las virtudes, discurriendo por ellas en cada una en particular por el órden que están puestas, expresando muy por menudo cómo las ha de ejercitar, atendiendo en cada accion á la suma perfeccion que pide; y concluye con estas palabras:

«Todo lo dicho desde el principio hasta el fin, hago voto absolutísimo de cumplirlo, de manera que advertidamente nunca deje pasar la ocasion de mortificarme, no deje de hacer acto que pueda hacer de virtud, ni cosa de cuantas están aquí puestas, siempre que advirtiere en ello, á todo lo cual me atrevo, confiado en la Santísima Vírgen María Madre de Dios, que me alcanzará abundantísima gracia para cumplirlo perfectísimamente, pues por su honra lo hago y para más agradar á su Santísimo Hijo; así que, confiado en tal patrocinio de tan piadosísima Madre, lo firmo de mi nombre y de mi mano, hoy dia de su devotísimo siervo y Capellan S. Bernardo, á 20 de agosto de 1625. *Bartolomé Diego Saura, su indignísimo siervo.*

Lo restante del libro gasta en poner todas las virtudes y lo sumo de ellas, y todo lo interior y exterior que puede ayudar para la perfeccion, haciendo

despues un largo catálogo de los Santos que ha escogido para imitar, y tomado por sus particulares patronos; mostró serlo suyo el glorioso P. S. Bernardo en cuyo dia se hicieron estos heróicos votos, que en cierto modo le corria obligacion de acudir con su patrocinio para el perfecto cumplimiento de ellos.

Todo lo mostró el efecto; pues agradecido en cierta manera el Santo al servicio que se hacia á su Señora y Reina, quiso dar significacion al P. Saura en un sueño, de cuán bien recibida habia sido su oferta, lo cual el mismo Padre dejó escrito por estas palabras:

Díjome cómo era enviado de Dios, que Su Majestad gustó mucho de la confianza que se hacia de su Madre, es á saber, que yo hago de su Madre Santísima, por haberme atrevido á una cosa muy grande: y con el rostro y ojos muy alegre añadió, y me advirtió con una manera de rostro muy significativo: *Tiene peligro*, es á saber, *grande*, por lo mismo que hago, si me descuido, y añadió: *Lo que importa es darse priesa*. Preguntéle si sabia algo, por ver si sabia lo que yo habia determinado hacer por honra de la Vírgen, y con el rostro muy contento y alegre me significó que todo lo sabia. Pensaba yo que quizá Dios no se lo habria revelado, pues yo no era devoto del Santo, ni en particular me encomendaba á él. Díjome que mi libro se habia leido en el cielo, es á saber á todos los Santos, que así lo entendí todo entónces por voluntad de Dios.

Despues de despierto, el santo Ángel me trujo á la memoria lo que habia pasado, y me hallé muy movido y con nueva determinacion más clara de cumplir todo lo que he propuesto en servicio de la Vírgen, confiado en que esta es la voluntad de Dios. Cuando me acordé que se habia leido á los Santos, no pude contener las lágrimas, que parece es lo que se hace en la conversion del pecador en el cielo. Arrodilléme y dí gracias al Señor por este singular beneficio, teniendo por beneficio cualquiera cosa que me ayuda y me mueve á más servir á Dios nuestro Señor, no curándome de la verdad del sueño; pero sintiéndome determinado á cumplir todo lo que tengo propuesto, que es fruto que me quedó del sueño; y tambien sintiéndome tan sujeto al superior, que cualquiera cosa que me dijese contra lo que tengo propuesto y entendido en el sueño, lo haria con mucha sujecion, sin reparar en nada, aunque no creo será así que me manden lo contrario, por ser actos de virtudes; aunque en dejar unos de virtud por ejercitar otros de virtud no hay falta ninguna, y eso seria lo que yo haria cuando los superiores me mandasen lo contrario, que ejercitaria la obediencia, etc.»

Lo cierto es, que, reconociendo los superiores en este siervo de Dios tan particulares ayudas de costas de la divina gracia, tan singular proteccion y

direccion de Dios nuestro Señor y tan particular asistencia con él, para cumplir cosas tan altas; siempre juzgaron por conveniente darle licencia para todos estos votos y promesas, porque era cosa igualmente rara y maravillosa, y como tal notada y advertida de sus confesores, la grande paz y serenidad de su conciencia, sin rastro de escrúpulo en medio de tanta variedad de cosas que se los pudieran causar, lo cual nacia de la superior luz con que nuestro Señor alumbraba su alma, para que en todas las acciones y ocasiones conociese su voluntad y lo más perfecto de las virtudes, y del aliento y esfuerzo que sentia en su corazon para abrazarlo.

Era esto en tanto grado, que los confesores que tuvo decian la mucha dificultad que hallaban de materia para la absolucion, teniéndola todos grande de prorrumpir en alabanzas de Dios por las misericordias que le comunicaba.

El Padre Provincial de las Filipinas, que le oyó muchas confesiones y una general que hizo en su última enfermedad de todo el tiempo que estuvo en la Compañía, lo certificaba así.

Algunas veces se representaba el gran cuidado y recato que tenia de no faltar á tantas obligaciones, y para ello pedia Misas y oraciones de todos, estimando grandemente su intercesion para con Dios nuestro Señor, en especial de algunos Padres y Hermanos, cuya santidad veneraba y estimaba en mucho, deshaciéndose á sí y hallándose inferior, no sólo á ellos, sino á muy grandes pecadores, poniéndose en el más bajo lugar, por la poca correspondencia que decia hallaba en sí al gran número de beneficios y misericordias con que le habia prevenido su divina Majestad.

Pero porque conste tambien de cómo se adelantaba en el exámen particular, pondré las palabras siguientes, que de él dice en el libro de que arriba se hizo mencion. «Poner conato y esfuerzo con todas las fuerzas de mi ánima y todas las fuerzas de mi espíritu, en que *hic, et nunc*, y en cada instante me mortifique lo más que pueda, y haga en este punto, en cada instante y en cada hora todo cuanto entienda será sumo gusto de Dios que lo haga y sumo gusto de mis superiores, haciendo luego al punto todos los actos así interiores como exteriores que entiendo que serán de sumo gusto de Dios y de mis superiores que los haga, en el cual ejercicio entran todos los actos de virtud y todos los actos de amor de la Vírgen Santísima y de los Santos y de las almas, y de pedir el padecer y tribulaciones.»

VI

Muere santísimamente.

Como era su vida tan ajustada con leyes tan rigurosas, como él mismo se puso; le fué Dios con el uso y ejercicio de ellas purificando tanto, y él cooperando á la divina gracia, ayudándose tanto, que en un papel suyo, escrito a 1.º de junio de 27, dice así: «Lo que hallo en mi alma es, que el Señor la ha adelantado tanto, que tengo por poco todo lo de los años de atrás, comparado con este último mes ó con estos quince dias; al Señor gloria, cuyo es; y gracias á la Santísima y Purísima Vírgen y á los santos por cuya intercesion me viene.»

Cosa maravillosa es esta, porque indican estas palabras grandes avenidas de divinos favores, remansadas en el alma de este siervo de Dios, en cuya comparacion siente por pequeños tantos rios de misericordias que le habian regado.

Pero en medio de ellos, no se olvidó nuestro Señor de su antiguo estilo de ejercitar á los suyos con persecuciones y trabajos, que tuvo muy grandes de parte del demonio, con temores grandísimos que le afligian y molestaban notablemente. Pero el Señor, que á veces hacia del ausente, daba despues á entender habia estado con él en medio de la tribulacion.

Otras con desprecios y desestima de parte de los hombres, que, aunque con buen celo, le ayudaron á labrar; y Dios nuestro Señor, casi siempre con achaques y enfermedades que padeció, que tanto con más gusto sufria, cuanto mayores eran sus ánsias y deseos de padecer más, y dar la misma vida por su amor.

Siempre en su pecho este era el blanco de sus deseos y peticiones, sumo gusto de Dios, suma perfeccion y martirio; este le hacia pedir ser señalado, cuando se ofrecian nuevas misiones, á gentes ántes no doctrinadas; por este decia él muchas Misas y hacia decir á otros.

De esto tuvo algunos prenuncios en España, y así parece que se lo concedió nuestro Señor, afirmando muchos haber muerto de bocado que le dieron en odio de la religion y su heróica virtud en la isla de Marioduque, donde estaba doctrinando; y el Hermano que le acompañaba afirmó por escrito que no tiene duda alguna de ello.

El mismo Padre sintió le apretaban un lado, y vió en su aposento estando despierto una persona, que por las señas que dió á los indios, fué por ellos

entendido era una tenida por hechicera; y la víspera de Navidad despertó echando grande copia de sangre por la boca, y dijo: «Un butete (que es pescado ponzoñoso) me han dado á comer.»

Pero de cualquier manera no habrá faltado nuestro Señor con copiosa remuneracion á los grandes deseos que este siervo de Dios tuvo de dar por él su vida.

Desde aquel punto estuvo enfermo, y tal que no pudo ir á Maitines ni decir Misa; antes le recreció la calentura con tales accidentes, que le obligaron á venir á curarse al colegio de Manila, donde con cuidado y asistencia se le aplicaron los remedios convenientes, y él descubrió los resplandores de sus grandes virtudes, en particular la conformidad con la divina voluntad en vida y muerte.

Cuando le dieron nueva de cuán cercana estaba la suya, fué muy extraordinario el regocijo que recibió, con la mayor alegría que le vieron en su vida, que, si bien la procuraba encubrir, era tan grande que le rebosaba el gozo. y así se traslucia en el rostro, palabras y acciones.

Era admirable la paz y seguridad de su alma, acompañada de una grande confianza de que se iba al cielo; dijo al Padre Provincial, que despues de esta nueva le habia hecho nuestro Señor una singular merced de una union y abrazo admirable de su alma con el mismo Dios en sí mismo, en un modo altísimo, y que nunca tal habia sentido ni se podia percibir por más que quisiera explicarle: duróle un rato esta union y amor.

Despues de dos dias le preguntó el mismo Padre Provincial si sentia la dicha union, y respondió que otras habia tenido diferentes; y diciéndole, si habian sido mayores ó menores, respondió que no lo sabia; y es sin duda que tuvo los últimos dias de su vida grandes visitas de Dios nuestro Señor y enajenacion de los sentidos y favores admirables.

Pero lo que particularmente le alentaba, fué lo que respondió el dia ántes que muriese: preguntándole qué era lo que en aquella hora le causaba mayor alegría, estando un rato pensativo, dijo, *que el amparo de la Vírgen Santísima*, que parece le habia tomado debajo de su proteccion esta Señora desde su entrada en la Compañía hasta su muerte; y él lo sentia y acudia en todas las cosas que se le ofrecian, por mínimas que fuesen, á tan gran Madre de misericordia, y ella le socorria en todo lo que habia menester, cuidando de él como una amorosa enfermera. Y estando ya para morir, llegándose a el un Padre á quien él tenia particular amor, y pidiéndole le dijese algo de consuelo, con gran sentimiento dijo: *Sea V. R. devotísimo de la Santísima Vírgen*, la cual le quiso llevar el dia octavo de su Visitacion del año de 1631, recibidos los Sacramentos con notable gozo de su alma; y si bien el dia ántes

habia recibido el Viático y Extremauncion, deseó el de su muerte con grandes ansias comulgar, diciendo que aquella seria la última vez.

Comulgó y murió aquel dia *in osculo Domini*, dando su espíritu á nuestro Señor que le llenó con tan abundante gracia, que en treinta y tres años que tenia de edad, tiempo breve, llenó las medidas de muchos tiempos en virtud y perfeccion.

La vida de este admirable Padre y tan favorecido de Dios, escribió el P. Juan de Bueras, Provincial de las Filipinas y su superior, y la acaba dando muchas gracias á Dios por haberle dado á conocer tan grande siervo suyo.

En el libro de la *Vida divina*, que anda en romance, y traducido en elegante latin por el P. Martin Sibenio, en el capítulo 32 se hace larga relacion de este siervo de Dios, donde se propone por dechado de espíritu y fervor.

P. NIEREMBERG.

P. LORENZO MASSONIO

I

El perfecto imitador de S. Francisco Javier, P. Lorenzo Massonio, nació en el reino de Nápoles el año de 1556 á 27 de febrero.

Estudió en el siglo Cánones, con las esperanzas que promete el engaño de los hombres, hasta que despues de aprovechado en esta facultad, cuyos estudios acabó, y ordenado de Sacerdote; un rayo de la divina gracia le ahuyentó las tinieblas que tienen cubiertos los corazones humanos de engaños é ignorancias; y movido del Señor, que le tenia escogido para bien de innumerables almas, entró en la Compañía á los veintiseis años de su edad.

Despues de haber tomado muy á pechos el estudio de la perfeccion cristiana, empezó el de la filosofía y teología, en la cual alcanzó por condiscípulo a nuestro glorioso H. el B. Luis Gonzaga, á quien siempre tuvo singular devocion; y así cuando llegó á la India, donde el P. Lorenzo habia ya estado muchos años, el buleto de su beatificacion, fué extraordinario el consuelo de su alma, con muestras de tan grande alegría, que no podia reprimir las lagrimas que con gran ímpetu corrian por sus venerables canas, por más fuerza que se hacia para encubrir estos sentimientos celestiales.

Acabados sus estudios de artes y teología, fué escogido de la santa obediencia para ir á la India oriental, donde llegó el año de 1588.

Luego se ocupó en aprender la lengua malabar y malaca, y, con un fervor apostólico y celo abrasado, emprendió la conversion de los infieles de aquellas partes á nuestra santa fe, ocupándose juntamente en la doctrina de los nuevos cristianos, hasta el año de 1591, en que con dichosa suerte de las islas Malucas, llegó de la India á Amboino, para ser en aquellas partes su segundo apóstol, sucediendo en el oficio al Apóstol de la India S. Francisco Javier, á quien imitó perfectamente así en la santidad de vida como en el celo fervoroso y encendido deseo de la salvacion de las almas, cumpliendo enteramente con el fin de nuestra Compañía.

En esta empresa de la conversion de las almas, padeció con gran caridad y paciencia increibles trabajos, afrentas, prisiones, peligros de muerte á cada paso por mar y por tierra, molestias de caminos por montes y soledades, y de navegaciones peligrosas; viéndose obligado á padecer hambre, sed, desnudez, desvelos y vigilias y otras innumerables incomodidades, comiendo de ordinario muy mal y durmiendo peor; no reparando en cosa alguna, y cargando sobre él en gran parte el peso de la contínua solicitud y cuidado de las iglesias y cristiandad de aquellas islas, donde el Apóstol de las Indias y santísimo P. N. S. Francisco Javier plantó la fe con los mismos trabajos y peligros que el Apóstol de las gentes cuenta en su segunda carta á los de Corinto.

El celoso P. Massonio con los mismos trabajos y peligros la conservó y aumentó por espacio de más de treinta años, con tan gran fama de santidad, que los españoles no le sabian dar otro nombre que el de santo Massonio, y los naturales de aquellas partes el de santo Lorenzo: y hasta el dia de hoy conservan muy fresca su santa memoria, y suspiran por él como por su amorosísimo Padre.

Los mismos herejes holandeses le amaban tiernamente y respetaban como á santo, y le enviaban presentes de libros para su estudio, de vino para misas y otras cosas y regalos de Europa, rendidos de su santidad y de las buenas obras que les hacia en Ternate cuando estaban allí cautivos algunos de ellos, aunque al principio le afligieron mucho por nuestra santa fe.

Esto sucedió el año de 1605, en que vinieron con una gruesa armada de galeones y pataches y otros navíos menores de remos de los moros de la tierra; acometieron á la fortaleza de Amboino, en que el siervo de Dios estaba, y apretáronla de suerte, que se hubieron de entregar los nuestros con algunas condiciones. La principal fué, que los cristianos católicos, así europeos como naturales de la tierra, habian de vivir católicamente, segun los ri-

tos de la santa Madre Iglesia Romana, sin que en esto hubiese de haber mudanza alguna.

Con esta condicion se determinó de quedarse el santo varon en aquella isla de Amboino, para mirar como buen Padre por las almas de sus hijos; y así continuó, áun con más fervor, sus santos empleos, administrando públicamente los santos Sacramentos, celebrando los divinos oficios con gran solemnidad y aparato, predicando muy de ordinario con gran celo y espíritu, y finalmente, ejercitando todos los ministerios de la Compañía á vista de los herejes, como si la isla no estuviera en su poder, ni ellos fueran señores de ella.

Perseguia el demonio al siervo de Dios como á su capital enemigo; procuraba afligirle y maltratarle cuanto podia sensiblemente; oíanlos en el aposento andar peleando de noche, y á veces hallaron por la mañana al P. Lorenzo tan molido y quebrantado, que en muchos dias no se podia levantar de la cama; porque el demonio tomando varias figuras le hacia más vejaciones y atormentaba cuanto podia, porque procuraba el santo varon la causa de Dios.

Pero viendo el comun enemigo que no podia amedrentar al apostólico Padre, y que sus trazas de haber traido á aquellas partes á los herejes, para desterrar de ellas la religion católica, é impedir la conversion de tantos infieles se le frustraban; movió sus ministros los herejes á que no guardasen las condiciones prometidas.

Principalmente los instigó á derribar los templos é iglesias, quebrar las cruces, pisar y ultrajar las santas imágenes, y profanar todas las cosas sagradas, cometiendo mil sacrilegios contra nuestra santa fe, las cuales injurias atravesaron el corazon del siervo del Señor, y movido de un celo santo de la honra de Dios y de su Iglesia, se opuso á los herejes, afeándoles semejantes desacatos; y en las disputas que tuvo con sus predicantes los confundia y avergonzaba con las razones fuertes y eficaces con que refutaba sus herejías; y así corridos acudieron á sus ordinarias armas, diciendo mil injurias al Padre, haciéndole muy malos tratamientos; ni pararon hasta prenderle y echarle en un calabozo.

Pero pareciéndoles, como era así, que el santo varon les era de gran impedimento para sus intentos, y que los naturales de la isla, por el grande amor que le tenian, nunca se quietarian hasta echarle de la tierra, ó por lo menos no se podrian fiar de ellos, determinaron desterrar perpétuamente al santo Padre de aquella isla, echándolo de ella; y así le embarcaron en una embarcacion pequeña, mal aprestada, sin piloto, ni quien supiese el viaje, con muy poco bastimento y agua, los vientos por la proa y la mar por el cielo.

Pero en todos estos trabajos, aflicciones y peligros, fué el siervo de Dios el único amparo y consuelo de todos los que con él venian, por verle que es-

taba siempre en oracion rogando á Dios por todos; y así, por sus oraciones y merecimientos, milagrosamente llegaron al puerto deseado de la ciudad de Cebú, en las Filipinas, porque los libró el Señor con particular providencia de que no cayesen en manos de piratas, como sin duda cayeran, si no fueran avisados de un pescador, cómo venian los enemigos á dar de improviso sobre el navío; y hallándose dudosos cómo escaparian de este peligro, les deparó nuestro Señor algunos navichuelos de pescadores que, aunque enemigos de portugueses, tuvieron lástima de ellos, y, por respeto del mismo santo Padre, metieron el navío en un puerto, y con eso quedaron burlados los corsarios, y ellos libres de aquel riesgo.

Comenzaron á hacer su viaje; mas como no llevaban piloto ni quien supiese el derrotero, no sabian por donde irian; pero tambien en este conflicto, por las oraciones del mismo santo Padre, los socorrió Dios nuestro Señor, haciendo que se encontrasen con un navichuelo, en que venian dos hombres, que de los nuestros se habian pasado al enemigo de Ternate, y, aunque enemigos, les trocó el Señor el corazon, é hizo que no sólo enseñasen el camino, sino que les proveyesen de bastimentos, con que se hizo con comodidad el viaje que duró treinta y nueve dias, hasta llegar á la ciudad de Cebú, donde todos los desterrados fueron muy bien recibidos y regalados con grande agasajo y liberalidad de los vecinos, y en especial el santo varon, del Obispo y de los nuestros.

Apénas se habia desembarcado, cuando le fué forzoso entrar otra vez en los peligros del mar, y venir de Cebú á la ciudad de Manila á dar aviso al gobernador D. Pedro de Acuña de la pérdida de Amboino y lastimoso estado de las islas Malucas.

En este viaje fueron grandes los trabajos que padeció por venir en una embarcacion muy pequeña, que no sufria la furia de los vientos y mares. Todo lo venció la invicta paciencia del siervo de Dios, el cual fué recibido del gobernador con muestras de grande alegría, y respetado y reverenciado como santo. Y porque el gobernador estaba de partida con una buena armada, para recobrar al Maluco; sin descansar un punto, se embarcó en ella, y, llegado que fué á la villa de Othon, posó en casa del Dean de Manila, D. Miguel Garceras, insigne benefactor del colegio de aquella villa, que entónces era Cura y Vicario de ella, el cual tuvo al P. Massonio por santo, por reconocer en él una encendida caridad con los prójimos, ocupándose todo el dia en confesar y ejercitar otras obras de misericordia.

Lo que más le maravilló fué que le pareció que no dormia de noche, porque á cualquier hora que despertase, reparaba que el santo Padre estaba en oracion.

II

Su fervor, trabajos y maravillas con que le favoreció el Señor.

Partió el siervo de Dios con la armada de Othon para las islas Malucas, donde llegó prósperamente, y, por su consejo y órden, el gobernador dispuso las cosas con grande acuerdo y prudencia: en particular fué causa el Padre de que los Tidores, nuestros amigos, nos ayudasen con veras en aquella conquista.

Hecho esto en la isla de Tidore, se partió de allí la armada á 30 de marzo del año 1606, y el dia siguiente sobre tarde llegó á surgir á la isla de Ternate, á vista de las fuerzas.

Luego que dió fondo nuestra armada, el siervo de Dios la visitó toda, yendo de una embarcacion en otra confesando á todos y animándoles á pelear valientemente por nuestra santa fe y honra de su rey contra aquellos infieles sus enemigos, asegurándoles de parte de Dios la victoria, porque habia tenido revelacion de ella.

En esto se ocupó todo lo que quedaba de la tarde y toda la noche, sin descansar un punto, y, como los exhortaba á grandes voces, se oia en toda la armada; y en todos los de ella causó un nuevo ánimo y brío y esperanzas muy ciertas que nuestro Señor, por medio de las oraciones y méritos de su siervo, les habia de dar la victoria.

El dia siguiente 1.º de abril, al amanecer, desembarcó la infantería, y con ella el santo Padre: en el escuadron que luego se formó, iba con un Crucifijo en las manos, confesando y animando á los soldados, y prometiéndoles la victoria, diciendo que no dudasen de ella.

Cumplió nuestro Señor la promesa de su siervo, dando á los nuestros sin pensar una tan repentina é ilustre victoria el mismo dia, tan sin costa de sangre, que sólo murieron seis personas, y quince solamente salieron heridas tan levemente que presto sanaron todos.

Ganada que fué la fuerza de Ternate, quiso el Señor premiar á su siervo los grandes trabajos que habia padecido por él en aquella empresa, honrándole con un manifiesto milagro. Y fué que como quedó en aquel presidio gran cantidad de arroz, que se habia traido para la conquista entendiendo que el cerco seria muy largo; sobrevinieron innumerables ratones al olor del arroz y de los demas bastimentos, de modo que no se podian valer con ellos los del presidio, los cuales no temiendo á los enemigos, temian grandemente la molestia de los ratones, particularmente de noche, porque venian

ejércitos de ellos, entrando unos y saliendo otros, y haciendo extraordinario estruendo y ruido.

No sabia ya qué hacerse la gente: acuden todos al P. Lorenzo como á tan gran amigo de Dios, para que alcance de su divina Majestad alce la mano de aquella tan molesta plaga, semejante á algunas de Faraon.

El siervo de Dios, movido de caridad, lo hizo; exorcizó aquellas bestezuelas; oyóle nuestro Señor, librando luego á toda la tierra de aquella calamidad penosa, y confirmando la santidad de su siervo, el cual de dia y de noche se ocupaba en ayudar á los prójimos, ejercitando con ellos las obras de misericordia espirituales y corporales.

Predicaba á todo género de gente con gran espíritu y celo, dando vida á sus palabras con el raro ejemplo de la santidad con que resplandecia, y así cogia copiosísimo fruto de sus sermones. De tal manera templaba el rigor de la reprehension de los vicios y pecados con la afabilidad y suavidad de sus palabras y natural mansedumbre, que ninguno se sintió jamas de sus sermones, y muchos se enmendaron, porque, con destreza y prudencia del cielo, hacia dulce lo amargo de la reprehension con algun símil ó comparacion con que la ocultaba y doraba.

Vivia en aquel presidio con grande escándalo una persona de puesto y anciana en edad; y aunque el celoso Padre le habia amonestado en particular muchas veces, no habia hecho fruto, por estar muy encarnizado en su pecado y mala ocasion. Pero predicando una vez trujo la comparacion del volcan, que aunque por de fuera está blanco con la nieve, por de dentro está hecho un incendio; y así de cuando en cuando despide de sí rios de fuego. Aplicólo luego á los viejos, que, aunque por su edad y canas parecen por de fuera montes nevados y frios; pero algunos, como volcanes, están ardiendo en lo interior con el fuego infernal de la concupiscencia y deshonestidad; y así despiden llamas infernales con que abrasan á otros con su mal ejemplo. Dijo esto con tan gran espíritu, que al que le tocaba se dió por entendido y no por sentido, ántes agradecido del buen modo con que le habia reprehendido, se enmendó; y de allí adelante fué áun más devoto del santo varon.

Pero como su principal intento fué imitar al nuevo Apóstol de aquellas partes S. Francisco Javier, no se sosegó su fervoroso espíritu con reformar las costumbres y vidas de los españoles que estaban de asiento en aquel presidio; sino que su principal empleo fué el de las misiones á tierras de infieles, ejercicio apostólico tan propio de los operarios de la Compañía, y particularmente de los que residen en las Indias.

Así cuando del campo de Ternate salia alguna armada para alguna em-

presa señalada y de riesgo, á conquistar ó reducir algunos infieles, luego procuraba el fervoroso Padre ir á ella en compañía de los soldados.

Dentro de mes y medio de la recuperacion de las fuerzas de Ternate, hizo gran instancia para que se enviase una armada á las provincias de S. Juan de Tolo, donde S. Francisco Javier habia predicado el Evangelio y hecho muchos cristianos, asegurando el buen suceso de la empresa y convidándose á ir con ella.

Pareció bien al gobernador que fuese la armada, pero no vino en que fuese en ella el siervo de Dios, por no poner en riesgo persona de tan gran importancia para el bien y remedio de todos los de aquel presidio; y aunque él sintió mucho esta determinacion del gobernador, con todo eso se consoló con la esperanza cierta que tenia de ir presto á esta mision, como le aconteció; porque reduciéndose á nuestra santa fe y obediencia de España los naturales de aquellas provincias, y aseguradas con un presidio de españoles, vino á ellas el santo varon y bautizó de nuevo infinidad de almas; de modo que vino á ser aquella cristiandad de las floridas que ha tenido la Compañía, dando despues la vuelta para Ternate, contentísimo del gran fruto que habia cogido.

Insistia muchas veces en decir, que aquellas provincias debian ser siempre defendidas y amparadas; y, como ninguno sintiese lo contrario, se maravillaban todos de la fuerza que ponia en persuadir esto, no sabiéndose entónces la causa de este misterio, hasta que se descubrió el año de 1613; que por recelo que venia el holandés con una gruesa armada sobre nuestra fuerza de Ternate, mandó el que entónces gobernaba aquellas islas retirar el presidio que residia en las dichas provincias de S. Juan de Tolo, encareciendo el riesgo de perderse la fuerza principal, y diciendo que, pasado aquel peligro, volveria el presidio otra vez á aquellas tierras.

Nadie se atrevió á oponerse á la determinacion del gobernador, sólo el Padre, que, como lo era de aquellas almas, sentia mucho el verlas desamparar; y así con libertad cristiana, en una junta en que todos callaban, el santo varon alegó las razones que habia para que el presidio no desamparase tantos cristianos leales vasallos de Su Majestad, y los inconvenientes que resultarian de lo contrario; añadiendo, que si ahora retiraban los soldados y quitaban el presidio, tarde ó nunca volverian, y que así se acabaria la cristiandad en aquellas provincias, y ellas vendrian á manos y servidumbre del enemigo.

Todo sucedió al pié de la letra como el siervo de Dios lo habia dicho, el cual porque no se acabase del todo nuestra santa fe en cristiandad tan florida, cuando se retiró el presidio recogió algunos niños, hijos de los principa-

les de aquella tierra, y en Ternate los crió en un seminario, enseñándoles no sólo la fe y buenas costumbres, sino tambien á leer, escribir y contar, y toda buena policía cristiana, para que despues, vueltos á su tierra, fuesen los predicadores y ministros del santo Evangelio, quitándose de la comida y sustento propio, para criar obreros evangélicos; y ya que él no podia por su persona hacer estas misiones, queria cooperar á ellas por medio de éstos sus hijos: que hasta aquí se extendia su gran caridad.

Otra mision hizo el santo varon con los soldados que fueron á la conquista de una fortaleza de holandeses y ternates llamada Zabugo, en la Batachina, á la cual fueron los españoles muy contentos y animados por llevarle en su compañía.

Amábanle tiernamente por ver que los acompañaba no sólo con el espíritu, sino tambien con el cuerpo, padeciendo los mismos trabajos, y poniéndose en los mismos peligros que ellos, por hallarse cerca de quien tuviese necesidad de su ayuda en el alma y cuerpo, confesando á unos, á otros ayudando á bien morir, y curando á otros las heridas de sus cuerpos, siendo para todos un consuelo y remedio universal de sus males.

Acometieron los nuestros la fortaleza con gran ánimo y valor: ni fué menor el esfuerzo y resistencia de los contrarios, que con la gran furia de balas que tiraron hirieron algunos de los nuestros. Uno de los heridos entró despues en la Compañía, y afirma, que luego que se sintió herido, halló cerca de sí al P. Lorenzo, que le confesó y consoló á él y á los demas.

El modo que guardaba en estas empresas era procurar con todas veras que los soldados entrasen en las conquistas con grandeza de ánimo; y para esto los exhortaba á que se confesasen con gran arrepentimiento de sus pecados, armándose con las fuertes é invencibles armas de la gracia, y que peleasen como soldados católicos, que exponian sus vidas por extender el reino de Cristo y nuestra santa fe, y defenderla de los herejes, moros y gentiles.

Esta sed y deseo que tenia de misiones le llevó á la isla de Bachan, donde habia presidio de españoles y muchos cristianos naturales de aquella isla.

Estando aquí, de repente vinieron sobre ella los holandeses y moros con una buena armada; acometieron el presidio y le rindieron, matando los pocos españoles que habia entónces allí, aunque vendieron bien sus vidas y murieron muy cristianamente, habiéndose confesado con el santo P. Lorenzo ántes de entrar en el combate. Por esto decia el siervo de Dios que daba por bien empleados los trabajos que padeció en esta trabajosa mision, por haber acompañado y ayudado en aquel conflicto tan valientes soldados.

En esta ocasion libró milagrosamente nuestro Señor á su siervo, para que

no le cogiesen los holandeses ó le matasen los moros; porque entrando los enemigos en el reducto ó fortaleza pequeña, adonde estaba el santo varon con mucha gente de la tierra, toda ella huyó; mas él se estuvo quedo, no queriendo huir con ellos porque el enemigo siguiendo el rastro de tanta gente no le cogiese; y esto no por miedo, sino, como él decia, porque no le matarian por nuestra santa fe (que era lo que deseaba), ántes seria costoso, porque pedirian por él grande rescate, ó para trocarle por el general de los holandeses, que era nuestro prisionero.

El modo milagroso con que nuestro Señor le libró, fué digno de su omnipotencia, deteniendo las manos de los enemigos y traspasándole por los mismos aires, como á otro Abacuc, del lugar peligroso á otra parte segura, socorriéndole despues con manifiestos milagros.

Acerca de esto escribió en una carta el P. Manuel Ribero, Superior de la casa de nuestra Compañía de Ternate, estas palabras: «Lo que podemos alcanzar á saber de los indios, que en Bachan se hallaron presentes cuando milagrosamente le libró Dios no le cogiesen los holandeses que con tantas ansias le buscaban, trayéndole por los aires, como se presume, hasta el lugar donde le encontró un cristiano, por nombre Mole, el cual afirmaba, que por aquel lugar no podia pasar, no solamente hombre, mas ni perro ni otro animal alguno, por ser muy espeso y lleno todo de espinas.

»Yo no dudo fuese quien le trajo la Vírgen Santísima de quien el Padre fue siempre devotísimo, la cual he oido aquí decir á los Padres le habia aparecido vestida de blanco la noche que el Padre se habia embreñado, y hallandose solo, huyendo del enemigo que le llevaba delante los ojos, deseando darle alcance y cogerle, y jamas pudo, como uno de ellos confesó despues, diciendo que no acababa de entender cómo aquello fuese, ni quién le detenia y hacia fuerza que no llegase y cogiese al Padre, á quien solamente buscaba y veia tan de cerca delante de sí. Al fin él le dejó, y el siervo de Dios pasó la noche como hemos dicho.

»Despues de tres dias le encontró un cristiano al mismo Padre, que en tantos dias no habia gustado cosa alguna; á quien dijo el Padre que deseaba beber una poca de agua, y como allí no la hubiese, estando presente el mismo mozo, súbitamente la tierra echó de sí un chorro de agua, de la cual el mismo Padre bebió por tres veces, y acabado de beber, se sumió el agua y desapareció, quedando la tiera como de primero.

Todas estas mercedes del cielo eran debidas á una vida tan inculpable como la que el padre Lorenzo vivia, siendo conocido siempre por muy celoso del bien de las almas, en que hizo mucho fruto, así en estas islas como en Amboino, por espacio de treinta y tantos años que en ellas estuvo, muy dado

á la oracion, muy pobre para consigo, muy penitente y enemigo de regalos y particularidades, y en todo género de virtud muy ejemplar y tenido de todos por santo.» Hasta aquí el P. Manuel Ribero; y lo que dice este Padre del agua, el mismo siervo de Dios lo confesó al P. Provincial de las Filipinas, diciendo habia levantado los ojos al cielo pidiendo agua, y bajándolos la vió delante de sí.

Lo mismo puntualmente escribió el P. Andrés, Superior que fué de aquella casa y antiguo compañero del P. Lorenzo; y añadió que todo el tiempo que estuvo el siervo de Dios aguardando (á lo que se entiende con particular impulso ó revelacion de Dios) una galera que vino al socorro del presidio de Bachan, se vieron encima de un árbol que hacia sombra al santo Padre, dos pájaros, uno negro y otro blanco, sin apartarse el uno del otro, ni moverse de aquel lugar, hasta que al cabo de algunos dias llegó la galera, y el santo Padre se embarcó en ella, que entónces desaparecieron.

Estando el siervo de Dios muy contento con el fruto que sacaba de estas misiones, le quiso el Señor probar y tocarle en lo vivo, para que mostrase y descubriese los subidos quilates de su virtud y santidad, é ilustrase con su ejemplo las Filipinas en los últimos años de su vida.

Y fué el caso, que viniendo de nuevo por Superior del Maluco un Padre de la India, de conocida santidad, prudencia y letras, se le ordenó al P. Lorenzo se volviese á la India á descansar, porque ya habia gastado su edad en contínuos trabajos; y aunque el siervo de Dios sentia muchísimo el apartarse de tantos hijos espirituales, que con tantos dolores y trabajos habia engendrado en Cristo por medio del santo Bautismo, sacándolos de las tinieblas oscuras de su gentilidad á la luz clarísima del Evangelio, y sustentádolos tantos años, y criádolos á los pechos de su doctrina con tanta perseverancia y continuacion: con todo eso quiso sacrificarse á sí por medio de la santa obediencia, y dejar con el cuerpo á los que llevaba atravesados en el corazon y alma, que se le partia de dolor por la partida y ausencia que hacia de ellos.

Por no haber comodidad de pasar á la India desde Maluco, se le ordenó viniese por Manila, que se consoló grandemente con su llegada.

Luego trataron todos se quedase allí, y así lo pidieron al P. Provincial, no sólo los capitanes y gente más granada, que por haberle tratado tanto en Maluco le amaban tiernamente como á su amorosísimo Padre, sino tambien el Arzobispo con todo el cabildo eclesiástico, y el gobernador con el cabildo secular.

Recibió gran pena el obediente Padre, por ver que se le ponia impedimento á la ejecucion de su obediencia; propuso todas las razones que el

amor de ella le dictaba, segun enseña nuestro P. S. Ignacio; mas, como aquel año (que fué el de mil y seiscientos y veinte y dos) estuviese el estrecho de Sincapura lleno de enemigos holandeses que le tenian tomado con sus naos, para que no hubiese paso á la India ni de allá se pudiese venir á las islas Filipinas; todos los Padres del colegio de Manila, unánimes y conformes, fueron de parecer, que debia el Padre detenerse, hasta que avisado el P. Provincial de Cochin ordenase lo que se debia de hacer.

Rindióse luego el siervo de Dios, como tan humilde, al parecer ajeno y orden del P. Provincial de las Filipinas.

Escribió á su Superior de la India lo que pasaba; pero juntamente le escribieron el Arzobispo y gobernador de Manila, pidiéndole encarecidamente consolase á toda aquella república con mandar al P. Lorenzo se quedase en ella.

La respuesta del P. Provincial fué remitírselo al Padre, para que se quedase ó volviese, como mejor le pareciese. Y aunque por ver el gusto con que todos los de las Filipinas deseaban se quedase, y considerar que de allí podia ayudar mejor á los despachos y negocios de Maluco, se inclinaba mucho a esta parte; con todo eso hacia contrapeso mayor el parecerle que la obediencia le habia mandado volver á la India por medio del Superior inmediato de Ternate, y que el P. Provincial de Cochin no le mandaba absolutamente se quedase, sino que se lo dejaba á su eleccion, y que así seria mayor perfeccion volverse á la India, aunque fuese con tanto peligro de caer en manos de holandeses, y apartarse más de sus queridos hijos los cristianos de Maluco.

Viendo su determinacion, le propusieron los Padres de Manila, que, supuesto que la obediencia le habia remitido este negocio á su voluntad, y el peligro de ser cautivo de los holandeses era moralmentente evidente, por tener tomado el paso y ser la salud corta por sus contínuos achaques y vejez, y su quedada de tan gran importancia para los negocios del Maluco; su Reverencia remitiese la determinacion al parecer del P. Rector de aquel colegio, que, con consulta de todos los Padres, le diria lo que les parecia ser de mayor gloria de nuestro Señor.

Vino en ello el humilde Padre, por no guiarse en cosa alguna por su parecer. El que se tomó fué que se quedase, y así se escribió al P. Provincial de Cochin y á nuestro P. General, y ambos lo aprobaron.

Con esto se quietó el perfecto obediente, viendo ser ésta la voluntad de nuestro Señor declarada por medio de la santa obediencia.

III

Sus ejemplares virtudes y santa muerte.

Esta es una breve suma de los caminos, navegaciones y misiones de este fervoroso Padre; ahora solamente apuntaré algunos ejemplos de sus heróicas virtudes, porque verdaderamente fué este siervo de Dios uno de los insignes varones que ha tenido nuestra Compañía, tan rico de merecimientos y gracias celestiales, cuanto queria ser pobre de bienes de la tierra; porque lo era por extremo, no sólo persuadiéndose que eran para él las cosas peores de casa, sino tomándolas con efecto, usando de vestidos muy viejos y remendados, rehusando los nuevos, no teniendo cosa alguna de valor y precio, sino las más desechadas y viles de toda la casa, amando á la santa pobreza como á madre, y continuamente sintiendo efectos de ella.

Fué un ángel en la castidad y pureza, no sólo en su persona, sino en la de los prójimos, procurando con grandísimo celo no fuese nuestro Señor ofendido en esta materia, estorbando con prudencia muchos pecados y ocasiones de ellos.

Quiso su divina Majestad declarar cuánto le agradaba este celo de su siervo, confirmando con un maravilloso caso la fama que habia, de que estaba dotado del don de profecía; porque solicitando un caballero, aunque casado, á una mujer casada, para que condescendiese con su mal intento, ella le resistia varonilmente, y como él perseverase y le hiciese gran fuerza, no tuvo otro remedio la casta señora, sino acudir al P. Lorenzo para que fuese ángel de guarda de su castidad. El Padre avisó en secreto varias veces al hombre, desistiese de su pretension; pero él, ciego con la pasion, continuó en su mal intento, y así el Padre le dijo un dia en presencia de muchos capitanes: «Señor fulano, no procure quitar la honra á nadie, porque le castigará nuestro Señor en la misma moneda, quitándosela á V. M.» Notaron estas palabras del santo varon los capitanes, y no se pasaron muchos meses sin que se cumpliese la profecía con un suceso lastimoso y público que le sucedió á la mujer de este hombre; y así se tuvieron las palabras del siervo de Dios por profecía y revelacion del cielo.

El cual don declaró el Señor con otros casos, y en particular cuando el gobernador D. Juan de Silva quiso sitiar la fuerza de Malayo, una de las principales que tienen los holandeses en Maluco, porque el Padre le dijo no la sitiase, porque si venia el holandés con seis naos, y le hallase en tierra ocupado con el sitio, no podia tener buen suceso aquella empresa. Respondió el

gobernador, ¿que adonde tenia el enemigo las seis naos? Replicó el Padre, que en Amboino. Y aunque no se tenia noticia de tales naos, con todo eso como el gobernador tenia tanta opinion de su santidad, le hizo gran fuerza lo que le decia, y no se atrevió á poner el cerco hasta saber del enemigo, y así envió á reconocerle á Amboino, y se halló ser verdad lo que el siervo de Dios habia dicho, de que el enemigo se hallaba con seis naos de armada en Amboino, y con ella viniera sin duda, si el gobernador hubiera puesto el cerco.

No fué ménos obediente, como en parte hemos visto, con la ejecucion pronta y perfecta, nacida de una voluntad muy resignada y juicio muy rendido á la santa obediencia.

Parece que vivia de obediencia; pues ella le sacó de su patria á la India oriental, ella le hizo hacer tantos caminos y navegar tantos mares, y sufrir tantos trabajos como sufrió, y hasta la muerte mostró ser obediente, porque diciéndole el Superior un poco ántes que muriese: «P. Massonio, mire Vuestra Reverencia que, cuando se vea en la presencia de nuestro Señor en el cielo, nos ha de alcanzar á cada uno una particular merced de su divina Majestad,» y como no respondiese, así por su humildad, como porque habia algunos dias que apénas hablaba palabra por estar impedido de las flemas, y mucho más por estar todo ocupado en oracion mental con nuestro Señor, le preguntó el Padre: «¿No lo ha de hacer así? Vuestra Reverencia responda.» Entónces respondió con una sencillez columbina: «Claro está que sí, pues es obediencia.»

Lo que más admiraba á los de las Filipinas era ver un santo viejo acostumbrado á andar casi siempre en misiones, y á estar solo y á no vivir en comunidad, tan falto de salud y lleno de achaques y enfermedades, principalmente de gota y orina, que le afligian casi continuamente, cómo se acomodó luego á la observancia exactísima y puntual de las cosas de la comunidad, como si siempre hubiera vivido en un colegio muy observante y concertado.

Porque aunque el Padre fué un dechado consumado y un ejemplar perfectísimo de todas las virtudes religiosas, mas en lo que más se señaló fué en ser un perpétuo y exactísimo seguidor de la comunidad, sin querer exencion en cosa alguna.

Era el primero que acudia á todas las campanillas, como si fuera un fervoroso novicio; causaba gran edificacion verle salir á barrer, áun estando actualmente con los dolores de la gota é hijada, cayéndose por los tránsitos, y levantándose para sólo esto de la cama con peligro de su salud.

No consintió que se usase con él de particularidad alguna en la comida, vestidos y las demas cosas.

En todo seguia la comunidad con un teson y perseverancia tan grande, que á todos espantaba, alegando que, como no estaba acostumbrado á estos regalos, no los podia comer. Pero bien se reparó, que si en alguna fiesta se daban esas mismas cosas á la comunidad, las comia por no parecer particular, de suerte que la salsa que le sazonaba la comida y abria las ganas de comer, era no ser singular.

Para hacerle que en sus últimos años, que estaba ya en la cama sin poderse menear, admitiese algun regalo, fué necesario que el Superior se lo mandase, y él sólo por obededer lo admitió, aunque se afligia harto de verse regalar.

Causaba devocion, no sólo á los de casa, sino tambien á los seglares, el verle en los actos públicos, blanco como una paloma, con un rostro de un ángel, arrastrando los pies, tan encorvado que casi juntaba la cabeza con el pecho, seguir á los demas; y muchos venian á ver esto por el consuelo que recibian de sólo su venerable presencia.

Reparó en particular en esto el Arzobispo de Manila D. Fr. Miguel García Serrano, que tuvo grán estima y concepto de su santidad, y viniendo algunas veces á nuestro colegio, saliéndole el Padre á recibir con los demas Padres, arrodillándose para besarle la mano, él no se la daba, sino ántes inclinándose le besaba la corona.

Cuando no podia el siervo de Dios acudir á estos actos públicos de entierros y otras cosas por no poder bajar las escaleras, se iba al coro y desde allí asistia.

Cuando estaba enfermo en la cama, que le echaban ménos los demas Padres en semejantes actos, con sólo acordarse que estaba en casa los consolaba, y despertaba á servir á nuestro Señor con fervor, y á la perfecta observancia de las reglas.

Acompañaba esta vida comun, por las circunstancias dichas tan particular en el siervo de Dios, el ejercicio contínuo de las virtudes sólidas y perfectas: porque su humildad fué profundísima; y así le podemos llamar hombre verdaderamente humilde, que lo supo ser en todas las cosas sin afectacion, sino ántes con una simplicidad y verdad maravillosa.

Teníase por el menor de todos; y así cuando algunos (que eran muchos) le pedian los encomendase á nuestro Señor, él respondia: «Vuestra Reverencia lo haga por mí, que soy el que lo hé menester.» Si alguno con confianza le significaba que se holgára tener tán seguro el partido de su salvacion como él le tenia, respondia: «Dios le libre de tal cosa, ántes yo me holgára que el mio estuviese tan seguro como el suyo.»

Nunca se le oyó palabra ni hizo accion que de mil leguas oliese á sober-

bia, propia estima ó alabanza, ántes en todas sus acciones resplandecia esta virtud de la humildad, poniéndose siempre en el último lugar, dando en todo ventaja á todos, llegándole al alma el verse alabar y estimar, y le afligia en extremo, que le tuviesen por santo, porque se tenia por el mayor pecador del mundo.

Su contínuo ejercicio era llorar sus pecados, viviendo siempre temeroso, con recelo si habia hecho frutos dignos de penitencia de su vida pasada del siglo. Y así estando para morir, diciéndole su Superior que iba á decir Misa por él, que á qué intencion la queria, respondió, que para alcanzarle dolor verdadero y contricion de sus pecados.

Pero para mayor demostracion de su humildad, quiso el Señor probarle mas en aqueste trance y acrecentarle los merecimientos, enviándole una sequedad muy grande de espíritu, con temores y pensamientos si estaba predestinado ó no, que le afligieron mucho; y así pidió al Superior mandase á los nuestros hacer oracion por él; pero presto le consoló nuestro Señor, porque el dia siguiente dijo se hallaba muy consolado, por haberse desecho aquella nube espesa de temores y sobresaltos de su salvacion, hallándose muy confiado de la misericordia divina.

Toda su vida fué un contínuo ejercicio de paciencia y conformidad con la voluntad del Señor; pero en su muerte dió más ilustres ejemplos de estas virtudes, porque su divina Majestad le fué labrando muy despacio y á machamartillo, con contínuos y muy intensos dolores de mal de orina, piedra y gota, que le tenian tendido en la cama, sin poderse menear de un lado á otro ni poder ejercitar accion por sí mismo. Comia y bebia por mano ajena, y lo que más sentia era el verse obligado á no usar de sus propias manos en algunas acciones que no podia excusar; pero todo lo sufria con increible paciencia y resignacion en las manos del Señor, sin decir la menor palabra de sentimiento.

Cuando le preguntaban ¿cómo estaba? respondia con gracia: «Gracias á nuestro Señor, malo.»

Afligióle mucho la tos y reumas que le ahogaban, y no le dejaban dormir de dia ni de noche; y así era necesario que le velasen dos ó tres personas continuamente porque no se ahogase. Y siéndole algun alivio de la tos la quietud del cuerpo, nuestro Señor le envió un dolor en todo él con una inquietud tan grande, que no podia estar en un lugar quieto sino breve tiempo, sin que pidiese le volviesen del otro lado, lo cual le causaba extraordinario tormento y martirio.

De estar acostado tanto tiempo de espaldas, se le hizo una llaga tan grande, como se echó de ver despues de su muerte, que á todos admiró cómo la

habia podido sufrir; pero la caridad que sufre todas las cosas, fué poderosa en este siervo de nuestro Señor para padecer todos estos martirios, conformándose en cuerpo y alma con Cristo crucificado.

Donde más descubrió su rara paciencia y perfecta conformidad con la voluntad divina, fué en el verse privado del consuelo que recibia de decir Misa cada dia, con notable devocion y exaccion en las ceremonias: porque, aunque se esforzó á decirla mucho tiempo, áun con grandes enfermedades y dolores, al cabo le apretaron de manera que le imposibilitaron á poderla decir; y aunque lo sintió en extremo, pero se le templó este sentimiento con oirla cada dia y comulgar en ella, como lo hacia yendo mucho tiempo por su pié, aunque con trabajo, y despues haciéndose llevar en una silla á la capilla. Mas como las enfermedades y dolores pasasen adelante, le fué forzoso carecer de este consuelo: esto sentia más que las enfermedades y dolores; pero recompensaba esta falta con la contínua oracion que procuraba tener dentro de su aposento y acostado en la cama.

Todas sus quejas eran el dolerse que por más que procuraba prevenir los puntos de la oracion de parte de noche, por la mañana no se acordaba de ellos, por la falta de memoria.

Su oracion fué siempre por los ejercicios de nuestro P. S. Ignacio, guardando puntualísimamente las adiciones, áun en su mayor vejez, como si fuera novicio y no tuviese experiencia de las cosas espirituales, con ser así que una de las virtudes que más resplandecieron en él fué la devocion y trato de union interior con Dios nuestro Señor, teniendo una perseverancia notable en todos sus ejercicios espirituales, no sólo los de regla, sino otros muchos que tenia de devocion, sin faltar á ninguno.

Todo el tiempo que pudo, aunque fuese con notable trabajo y fatiga, tuvo oracion y exámenes de rodillas: el rezo de obligacion lo decia á sus tiempos, con gran pausa y en lugar quieto: y, aunque estaba bastantemente excusado, por faltarle en gran parte la vista y con contínuas enfermedades; con todo eso le rezaba, buscando un poco de luz en la ventana de su aposento, y ayudándose de lo que sabia de memoria.

Mas como esto le ocupase gran parte del dia y le hiciese mucho daño á su salud, el Superior, con consulta de los Padres, le mandó que no rezase, y el Padre obedeció, aunque procuraba suplir con estarse rezando el rosario y corona de nuestra Señora muchas veces, y con sus contínuas oraciones y devociones de varias letanías é indulgencias que tenia de memoria.

Ni es de maravillar hiciese esto en la vejez, cuando no tenia otra ocupacion; pues estando bueno, todo el tiempo que le sobraba de los ministerios con los prójimos y algunos ratos de estudio, lo gastaba en oracion. Las per-

sonas que le acompañaban en las conquistas que anduvo, se maravillaban de que lo más de la noche lo pasase rezando y orando.

Con este ejercicio contínuo de oracion, hermanó el de la mortificacion de sus pasiones, las cuales tenia tan rendidas y sujetas á la razon, que más parecian muertas que mortificadas; y el santo varon gozaba de una maravillosa paz interior, semejante á la del estado de la justicia original, aunque no por esto aflojó un punto en las penitencias exteriores.

Tomaba cada dia disciplina que duraba largo tiempo; traia de ordinario cilicios muy ásperos, ayunaba muchos dias y ejercitaba otras obras de aspereza y mortificacion; y en la vejez, por estar tan enfermo y acabado, para que no se martirizase más, le escondian las disciplinas y cilicios; mas el penitente Padre luego buscaba otras. Y como no le aprovechase nada esta diligencia, se quejaba amorosamente, diciendo, que por qué le hurtaban sus disciplinas y cilicios, que le costaba gran trabajo el buscar otras de nuevo. Y así con verdad se puede decir, que toda su vida fué una contínua mortificacion interior y exterior en todas las cosas posibles.

Huia del ocio como del orígen de todos los males, y así no perdia tiempo, empleándole fructuosamente en la oracion y trato de los prójimos, y algunos ratos en el estudio, á que fué siempre muy aficionado, particularmente al de materias morales; y así alcanzó gran caudal de ciencia y práctica en estas materias, y por esto su parecer fué siempre muy estimado de teólogos y juristas, porque en una y otra facultad fué muy perito.

Finalmente, con el ejercicio contínuo de todas las virtudes, vino á alcanzar la reina de todas ellas que es la caridad, amando tiernísimamente á su Dios y Señor, regalándose con él como con su amorosísimo Padre, procurando siempre, como verdadero hijo de la Compañía, su mayor honra y gloria, y por este fin ocupándose en la conversion de las almas; y así fué un perpétuo é incansable operario. Su asistencia en el confesonario fué rara, confesando á todo género de gente, y de mejor gana á los negros é indios; y como todos conocian esta caridad y ardiente celo del santo varon, acudian desalados á él, y despues de haberse estado todo el dia en el confesonario, principalmente las fiestas grandes y jubileos, cuando subia á su aposento, hallaba á los nuestros que le estaban aguardando, por el gran consuelo que sentian sus almas de confesarse con el siervo de Dios.

Viendo los Superiores, en los últimos años de su vida, el gran daño que le hacia esta contínua asistencia de confesar, le fueron á la mano; mas él alegó tantas razones y se afligió de suerte, que hubo de sacar licencia para confesar tantas horas á la mañana y tantas á la tarde, que eran bastante ocupacion de un confesor mozo y fervoroso.

Causaba gran ternura el verle bajar al confesonario casi ciego, arrastrando los pies y cayéndose por las escaleras y claustro.

Cuando no pudo más, confesaba á los nuestros, y aunque estaba en la cama y muy afligido de dolores, no queria confesar en ella á nadie, sino que le habian de levantar de ella á una silla casi en brazos, y allí los habia de confesar por el respeto que tenia á este Santo Sacramento.

El amor á los indios, tan propio de un ministro apostólico, fué en él más tierno que el de madre para con su único hijo; cuidando no solamente de sus almas, sino tambien del remedio de sus cuerpos, procurando no fuesen agraviados, y por esta causa padeció muchos trabajos; y con ser de suyo mansísimo se mostraba un leon contra los que los agraviaban; pero con tal moderacion y prudencia, que ninguno se atrevió á perderle el respeto, ántes muchos se enmendaron, y otros no osaban darle disgusto.

Por este camino estorbó muchas vejaciones y agravios de este género.

Seria nunca acabar el querer proseguir otros muchos y raros ejemplos de su vida y heróicas virtudes: y así concluyo con decir que, si se perdieran las constituciones y reglas de la Compañía, se hallaran todas en su santa vida y acciones, y nunca le vieron quebrantar regla alguna.

Siendo tal su vida, no es maravilla que fuese perseguido del demonio casi por toda ella, apareciéndosele muchas veces corporalmente, y haciéndole mil vejaciones, de que dieron testimonio el P. Juan Bautista, Visitador del Maluco y un Hermano muy siervo de Dios, llamado el H. Pablo, y otras muchas personas.

Hasta en Manila aconteció que, viviendo un Padre junto á su aposento, y acudiéndole cuando le apretaba la tos; oyéndole quejar una noche, se levantó de la cama y tocó á la puerta del aposento del siervo de Dios tres ó cuatro veces, y como no le respondiese, entró de hecho, y preguntándole la causa de no haber respondido, dijo, que entendió que el que llamaba á aquellas horas era el demonio. Con esto se confirmó este Padre en que era verdad la fama comun, de que el enemigo le perseguia visiblemente.

A esta santa vida se siguió una preciosa muerte, para la cual se habia preparado tantos años, y en particular los últimos en que se confesaba cada dia dos veces, una por la mañana y otra por la tarde.

Recibió con extraordinaria devocion los Santos Sacramentos, en especial el Santísimo de la Eucaristía, y respondiendo como podia al de la Extramauncion, sin perder jamás su entero juicio: y diciéndole se encomendase á nuestra Señora, respondió: «Siempre la he pedido me ayude en esta hora,» y esto pedia en ella siempre; no parece se le caia de la boca y corazon: *María Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

Con estas dulces palabras y con el dulcísimo nombre de Jesus, entregó en sus benditas manos su alma y espíritu, que para tanta gloria suya y bien de muchos habia criado, partiéndose á gozar del premio tan debido á sus gloriosos trabajos.

Fué enterrado con gran sentimiento de los nuestros y de los de fuera, que venian á venerarle como á santo, y le besaban los pies y manos, y pedian con gran instancia alguna reliquia de sus vestidos y pobres alhajas, encomendandose á él como á gran siervo de Dios, esperando por su intercesion el remedio de sus necesidades.

Su muerte fué á nueve de julio de mil y seiscientos y treinta y uno, teniendo ya setenta y cinco años, de los cuales vivió en la Compañía los cuarenta y nueve.

Su vida está escrita en las *Anuas* de las Filipinas, de donde la sacó Filipo Alegambe, en su *Biblioteca*, que dilatadamente escribe de este siervo de Dios.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO DE ENCINAS

EL P. Francisco de Encinas fué español de nacion, y natural de la ciudad de Ávila..

Parece que bebió con la leche la santidad; afianzó esta desde sus primeros años con la devocion á la Santísima Vírgen, que fué tan grande, que áun en aquella edad era llamado el devoto de la Vírgen: creció en esta devocion con grandes aumentos despues que fué de la Compañía, en que entró en Ávila.

Usaba, para mostrar este amor, de todos los medios piadosos que hallaba escritos. Ayunaba todos los sábados y las vigilias de sus festividades á pan y agua; para su culto hacia muchas novenas que celebraba con mucha abstinencia, prolija oracion y grande penitencia; pasaba muchas noches sin dormir. en fervorosa oracion delante de su altar; y para venerar con más exaccion sus fiestas, interrumpia el teson del estudio, por meditar más atentamente sus misterios, é inflamado con este incendio, movia á los demas al mismo amor.

Puso por escrito algunos elogios de la Vírgen Santísima, que mostró serle agradables con esta maravilla. Representóse á una persona de muy señalada virtud el P. Encinas, que humilde ofrecia á la Vírgen aquel su trabajo, y que esta Señora le aceptaba con afabilidad y agrado.

Acompañaba al amor de la Madre el que tenia á su Hijo, ya le amaba infante y recien nacido, ya con tiernos afectos le adoraba crucificado, pero más tendia las velas de su devocion en la veneracion del Santísimo Sacramento.

Decia Misa muy despacio, y algunas veces gastaba horas en decirla, cuando celebraba sin testigos, empleando el resto de la mañana en dar gracias.

Casi todas las noches pasaba en oracion, durmiendo solas dos horas, y estas en la tierra ó en la peana del altar. Rezaba las horas canónicas con grande atencion, y cuando no las habia podido rezar á sus tiempos por la ocupacion en las confesiones, se vió que las leia ya de noche en el templo á la luz que reverberaba de su rostro en el breviario.

Fué muy penitente, afligia su cuerpo con cilicios de hierro y de cerdas y con sangrientas disciplinas.

Habiéndole los médicos ordenado que se bañase, hacia calentar el agua con tanto exceso, que le atormentaba con su vehemente calor. Huia de las delicias en los manjares, contento con el sustento de papagios cocidos, comida vil de los indios.

Era muy afable con todos; con este agrado ganó la voluntad de los holandeses, cuando fué su prisionero.

Fué verdadero hijo de la Compañía, guardando sus reglas con toda exaccion.

Tuvo tanto celo de las almas, que duró treinta años con caridad apostólica en la institucion y enseñanza cristiana de los bisayas; penetraba descalzo por los montes y bosques, pasaba los rios, averiguaba los escondrijos, y de ellos sacaba á los indios para domesticarlos con la piedad católica.

En estas empresas ya le abrasaba el rigor del sol, ya quedaba empapado en agua con las lluvias, malos pasos y pantanos, ya padecia grandes necesidades del sustento, ya estaba destituido de las comodidades de la vida.

Este hombre tan santo fué enviado por su provincia Procurador á Roma el año de 1625, y en este viaje cayó en manos de holandeses, que le afligieron con una servidumbre muy cruel. Puesto ya en libertad, poco despues que llegó á Manila, se le llevó Dios de una enfermedad que le duró pocos dias. Murió recibidos los Santos Sacramentos, entregando el alma á su Criador con muy dulces coloquios, á 11 de enero del año de 1632. Escribió este varon los *Encomios de nuestra Señora*, y la *Gramática* y *Confesonario* en lengua bisayense, muy útil en las Filipinas.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO DE HUMANES

UNA de las generosas piedras que escogió Dios para el fundamento de la provincia de Filipinas, que tanta gloria ha dado á la divina Majestad con el copiosísimo número de almas que ha sacado de la ceguedad del paganismo, que han poblado gran parte de las sillas del cielo, y con los ilustres mártires que ha dado á la Iglesia, que á costa de su sangre plantaron la fe de Cristo en aquel archipiélago, poblado de innumerables islas, fué el P. Alonso de Humanes, varon verdaderamente espiritual y santo, de vida inculpable, rara modestia, gran mansedumbre, alta oracion y muchas y admirables virtudes, de que puedo testificar como testigo de vista, por haberle tratado con envidia de su mucha santidad y admiracion de su ejemplarísima vida, y como tal le escogió Dios para piedra fundamental de aquella esclarecida provincia, la cual gobernó muchos años, y muchos más la ilustró con los ejemplos de su santa vida.

Nació este insigne varon el año de mil y quinientos y sesenta y cinco en una aldea pequeña, cerca de la villa de Belmonte, del obispado de Cuenca, en la cual tenian sus padres la mayor parte de su hacienda.

Su padre se llamó Pedro de Humanes, noble hidalgo de Vizcaya; su madre Ana Perez, de lo más principal y acendrado de la rica villa de Colmenar de Oreja, cabeza de su estado, en el arzobispado de Toledo.

Desde niño dió muestras de haberle escogido la divina mano para santo, en la compostura y modestia de sus acciones, en la blandura de su natural, en la obediencia á sus padres y en la inclinacion que tenia en aquella edad pueril á todas las cosas de virtud.

En teniendo edad le enviaron sus padres á la villa de Ocaña á estudiar latinidad en los estudios de la Compañía, adonde no aprovechó ménos en la virtud, que en las letras, esmerándose en la devocion con el trato de nuestros religiosos, á quien miró siempre con amor de hijo á sus padres.

De Ocaña pasó á la Universidad de Alcalá, adonde estudió las Artes y la Teología de los dos insignes maestros, los PP. Francisco Suarez y Gabriel Vazquez, que á la sazon leian juntos en nuestro colegio, el primero la cátedra de Prima, y el segundo la de Vísperas; si bien ambos eran primos en la sabiduría y los dos soles, que ilustraron con su admirable doctrina la religion de la Compañía, y dieron nuevo realce á la sagrada Teología en todo el mundo.

Con tales maestros, bien se deja entender cuán aprovechado saldria el discípulo, y más juntando el estudio de la virtud con el de las letras, porque siempre vivió en el temor de Dios, frecuentando los Sacramentos, ejercitando obras de piedad y santidad, apartándose de ruines y buscando santas compañías, que son los medios para conservar la conciencia limpia y los mejores libros para aprovechar en los estudios.

En teniendo edad, se ordenó de Sacerdote, no por codicia de acomodarse de hacienda, á que miran muchos cuando toman este santo estado, con intencion torcida y bien contraria á la que deben tener y tuvo este siervo de Dios, el cual miró solamente á su mayor gloria y servicio.

Era mozo en la edad y anciano en el juicio, de tal compostura y modestia, tan devoto y ajustado en su vida, que causaba admiracion y ejemplo, y era una contínua reprehension á los libres y mal acostumbrados y exhortacion á todos los que le miraban, á seguir los ejemplos de sus virtudes.

Viviendo, pues, en hábito secular una vida religiosa, le llamó Dios para la Compañía, y como le halló su divina voz tan descarnado de todo afecto humano, y tan inclinado á su servicio, no tuvo que vencer para obedecer á su voz; y así respondió luego y vino á nuestro colegio de Alcalá, adonde fué recibido con igual consuelo suyo y gozo de nuestros religiosos, por haberles dado Dios un compañero santo, de quien se prometieron siempre grandes progresos en la religion, y que habia de ser la honra de ella.

Fué enviado al Villarejo de Fuentes á tener su noviciado, y, si habia tenido excelentes maestros en la Teología escolástica, no fué inferior el que tuvo de la Teología mística en la escuela de la perfeccion, adonde le dió nuestro Señor al P. Nicolás de Almazan, insigne maestro de novicios, bien conocido por su santidad y prudencia, dos veces Asistente de España, una Secretario de toda la Compañía, y más de cuarenta años Superior en ella con aplauso general y estimacion de todos. El cual tomó muy á su cargo formar un santo en nuestro buen novicio; y como halló la materia tan dispuesta, no le fué dificultoso salir con su intento.

Labróle muy de martillo, sin dejar linaje de mortificacion en que no le ejercitase, mandándole cosas contrarias á cada paso, reprehendiéndole por las bien hechas, para quitarle la vanidad que podia tener en ellas. Siendo Sacerdote le trataba como á lego, poniéndole en los oficios más humildes de la casa, en la cocina y la despensa, en la portería y sacristía, en el refitorio y en la huerta, dándole tantos oficios juntos, que parecia imposible cumplirlos, y castigándole rigurosamente por cualquiera falta, como si fuera un niño; mostrándose el buen novicio tan rendido y obediente, que no tuvo boca para replicar, ni proponer á cosa que le ordenase, procediendo con obediencia

ciega, sin tener movimiento contrario. Y notaron todos, que jamás le vieron el rostro triste ni alterado ni mudado: siempre el mismo con una serenidad maravillosa y una alegría modesta, que declaraba la paz de que gozaba en lo interior de su alma.

Si habia sido espejo de Sacerdotes seglares en el mundo, en la religion lo fué de religiosos. Y con profesarse tan alta perfeccion en aquel noviciado, del cual salieron en aquel tiempo personas santas, como fueron el P. Francisco Aguado, cuya vida, como de tal, se imprimió estos años, y el P. Francisco de Otazo, y el P. Juan de Montalvo y otros esclarecidos varones en santidad y letras, todos le miraban al P. Alonso de Humanes como á dechado de perfeccion y á ejemplo de santidad, que con su fervor alentaba y promovia en la observancia y perfeccion á todo el noviciado.

Estuvo tan lejos de resfriarse con las penitencias y rigores en que le ejercitaba su Maestro, que ántes, como las generosas plantas arraigan más con las nieves y heladas, así el santo varon arraigó más en el jardin de la religion con los rigores, penitencias y fatigas, que para su fervor eran flores y cama de descanso, y no se hartaba de dar gracias á nuestro Señor por la merced que le habia hecho en traerle á su casa, como lo significa en una carta que escribió en este tiempo á una hermana suya monja, por el tenor siguiente:

Obligada está Vm., como me escribe, á alegrarse de verme puesto en el estado y religion, á que nuestro Señor Dios por su infinita misericordia ha sido servido de traerme: porque una de las propiedades del amor es holgarse del bien de la cosa amada; y así el amor que Vm. siempre me ha tenido, la obliga á holgarse mucho de este beneficio tan incomparable, que nuestro Señor me ha hecho. Bendito sea Él y alabado para siempre, que no me dejó pasar esta miserable vida sin gozar de tanto bien, como es vivir en religion y debajo de obediencia. Vm. me ayude á darle gracias por tan grande merced. Cierto, desde luego que entré, me dió nuestro Señor tan grande contento del nuevo estado, que hallé que esta era la vida que me daba á desear, y así lo ha ido continuando, y confío en su infinita Bondad lo hará hasta la muerte, si yo no le soy desagradecido, etc.»

Esto escribe el siervo de Dios á su hermana, en que declara cuán gustoso estaba en la religion, y cuán agradecido á Dios por la merced que le habia hecho en traerle á ella.

Esmeróse en todo género de virtudes, en la mortificacion y penitencia, en la humildad y obediencia, en el silencio, oracion y observancia regular, en que fué tan extremado, que en cuarenta y cinco años de religion no se le conoció una falta en la guarda de las reglas; y no sólo en las de la religion, sino tambien en las que se puso á sí mismo. Porque desde el noviciado orde-

nó la distribucion de las horas del dia y de las semanas y meses, y lo que habia de hacer en todo el año, señalando á cada hora y tiempo su ocupacion. La cual guardó con tan grande puntualidad, que jamás faltó en la ejecucion de ella; ni por caminar ó navegar, ni por muchos negocios que tuviese en las ventas y posadas y en los caminos, dejaba de cumplir en cada hora su tarea con grande puntualidad; y así fué el mismo siempre, sin perder la paz de su alma, con una igualdad regularísima y una mansedumbre y tranquilidad de ánimo tal, que ni los sucesos adversos le entristecian, ni los prósperos le inmutaban, remitiéndolo todo á Dios.

Vivia como peregrino en la tierra y como ciudadano del cielo, adonde enderezaba sus pasos y todas sus acciones; y así no tomaba de lo temporal más que lo precisamente necesario para caminar á la patria celestial.

El rosario que le dió su madre cuando niño, conservó toda su vida, sin admitir otro alguno, habiendo tenido á mano tantos millares como repartió en las doctrinas.

El breviario primero que tuvo cuando se ordenó, usó toda su vida, sin mudarle ni mejorarle, no obstante que trajo de Roma, cuando fué Procurador de su provincia, muchos y muy buenos para los de ella; porque, si bien era escaso para consigo por la observancia de la santa pobreza, no lo era para con los demas.

II

Pasa á Méjico y de allí á Filipinas; á emplearse en la conversion de los indios gentiles.

Acabó su noviciado con los aumentos de santidad y perfeccion referidos, y luego trató de emplearse en los ministerios que la Compañía ejercita con los prójimos, dando pasto á su fervoroso espíritu.

A esta sazon vino á España el P. Pedro de Morales, Procurador de la provincia de Méjico, á llevar personas de toda satisfaccion, para fundar la provincia de Filipinas, que hasta entónces habia sido vice-provincia de Méjico, y adonde habia muchos infieles idólatras y grande necesidad de obreros que los predicasen y trajesen al conocimiento de Cristo.

Llegó esta noticia al P. Alonso de Humanes y con ella la voz de Dios, que le tenia destinado para este apostólico empleo; y con celo de la gloria de Dios y conversion de aquellas almas, se ofreció á los superiores para ir á predicarlos, y á cultivar aquella parte de viña del Señor tan inculta y necesitada de doctrina.

Como era persona de tan probada virtud, y aunque de pocos años de religion muchos de aprovechamiento, fué admitida su peticion, y señalado para esta empresa, que pide personas tales y no los ménos ajustados á la observancia, que no sirven en las Indias sino de carga, con descrédito de sus provincias y daño de sus almas.

Recibió esta asignacion con grande alborozo de su espíritu y con tan grade fervor que, olvidando padre y madre y cuantos parientes tenia, sin despedirse de alguno, no obstante que tenia una hermana religiosa en el camino de Sevilla, se partió sin ver á nadie ni pedir ni recibir cosa alguna; sólo escribió una carta á su hermana con tan espirituales consejos que, para comun edificacion, quiero ponerla aquí, y es la que se sigue:

«Vm. quede con la bendicion de Dios, que yo me parto para Sevilla, y de allí para Indias; y por la despedida quiero dar á Vm. algunos consejos que ha de recibir, como quien la desea que sea muy santa.

»El primero sea, que cada dia haga cuenta que comienza á ser religiosa y traiga á la memoria aquel contento, aquel agradecimiento y aquella humildad para con los demas de esa santa casa, con que entró en ella, y procure conservar en su alma aquellos sentimientos que nuestro Señor entónces le dió.

»Lo segundo, su glorioso P. S. Bernardo dice que la persona religiosa ha de traer contínuamente en la memoria estas dos cosas, de dónde la sacó Dios y adónde la trajo; mire Vm. de qué pueblo y de qué trajes, y de qué ocasiones la libró Dios nuestro Señor por su infinita misericordia y por medio de su tia; y aunque le sirva de ojos, no acabará de pagar el bien que le hizo. Lo segundo, que el santo glorioso dice que se ha de traer á la memoria, es adonde la trajo nuestro Señor; conviene á saber, á la casa de Dios, á la escuela de virtud, adonde no se trata sino de servir á Dios, adonde vale mas vivir un dia, que mil años en el siglo; así que Vm. debe estar contentísima y con grandísima estima y agradecimiento á Dios por el beneficio tan singular que le hizo de traerla á la religion.

Lo tercero, ha de traer muchas veces á la memoria y considerar el fin para que Dios la trajo á esa santa casa, que no solamente es para salvarse por ese medio, sino para alcanzar perfeccion y santidad; y ese ha de ser su deseo, propósito y ánsia, y decir cada dia á Dios muy de corazon: «Ayudadme, Señor, en mis buenos deseos, y dadme gracia para que desde ahora os sirva perfectamente, porque nada es cuanto hice hasta aquí,» por una parte humillándose, y por otra proponiendo caminar cada dia con mucho brío á la perfeccion. Y si quiere saber cómo se alcanza la perfeccion, dígole que guardando cada persona religiosa sus reglas, y principalmente los tres votos que tiene hechos á Dios de pobreza, castidad y obediencia; y así aquella será

mejor religiosa, que fuere más amiga de la pobreza, y más pura en la castidad y más obediente á su Superiora.

»La perfeccion consiste en la caridad y amor de Dios; si Vm. quiere conjeturar cuánto ha aprovechado ó desaprovechado en este camino de la perfeccion, mire y advierta en qué se ocupa su pensamiento, porque allí se va lo que ama el corazon; y así este negocio consiste en quitar la voluntad y el pensamiento de las cosas del mundo y ponerlo en Dios, aficionándose cada dia más y más á su divina Majestad. Para eso se dejan padres y hermanos y todas las cosas del mundo, para poner el amor que se tenia en ellas en sólo Dios, y eso no quita que no amemos á los prójimos por Dios, ántes él nos enseña que los amemos como se deben amar, deseando que sirvan á Dios y se salven.

»Mire que tiene un Esposo muy celoso que quiere todo el amor para sí, no le divierta en ponerle en las criaturas, ni tome particular amistad con alguna de ellas, sino, amando á todas en Dios, procurar humillarse á todas las monjas y servirlas como esclava, teniéndose por indigna de vivir con las esposas de Jesucristo.

»Para que escarmiente de conversaciones de seglares, no quiero más de que, cuando haya tenido alguna, se recoja un rato á su celda á considerar el provecho ó daño que ha sacado de ella y el desasosiego é inquietud con que queda su corazon.

»Sea muy amiga de su celda y oracion, y allí la enseñará su Esposo celestial lo que debe hacer para agradarle, y procure poner en obra los buenos deseos que le diere; y si mil veces falta, mil veces vuelva á proponer de cumplirlos, nunca desmayando.

»Dése á leer libros devotos, que por medio de ellos habla Dios al alma, y por medio de la leccion y oracion le dará nuestro Señor gusto, y consuelo, y aprovechamiento en la vida religiosa.»

Aquí dan fin sus consejos, y luego se despide de ella, pidiéndole que le encomiende á Dios; y aquí debe comenzar nuestra ponderacion, oyendo lo que un novicio, recien hechos los votos de la Compañía, escribe á persona mucho más antigua que él en el estado de la religion, que ni en la doctrina, ni en el espíritu con que la dice, ni en la prudencia y destreza con que enseña, es inferior á ninguno de los Padres antiguos de la Iglesia. Y si se hallára entretejida entre las obras de S. Jerónimo ó S. Bernardo, no hiciera disonancia, y la tuviéramos por digna de cualquier santo; y así es un espejo del alma y espíritu de quien la escribió, y una ejecutoria sellada de su santidad, cuya doctrina debemos guardar todos los religiosos, para cumplir con nuestra obligacion y aprovechar en el camino de la perfeccion.

Llegado á Sevilla, se embarcó para la Nueva España sin más alhajas que su pobre breviario, ni más prevencion que la confianza en Dios, que es la mejor y más segura de todas, la cual ni la roban los ladrones, ni la roe la polilla, ni la broma la corrompe.

En esta navegacion le visitó el Señor con una larga y penosa enfermedad que le derribó en la cama, sin darle un dia de treguas para su alivio.

Las incomodidades de las naves no las sabe sino quien ha navegado, porque las camas ordinariamente son del tamaño de una sepultura, cuanto cabe una persona para recostarse, entre líos y fardos y matalotajes; el olor de la brea y alcrebite, el agua que hace la nave, bizcocho duro por pan y la carne salada, que con la mala bebida hacen mucho en pasarlo los muy sanos, ¿qué haria un pobre enfermo acosado de dolores, sin poder dormir ni descansar de dia ni de noche, ni salir á ver el cielo, ni á respirar un poco de aire?

Pasó el bendito Padre más de dos meses embestido de estas penalidades, con admirable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, sin más médicos ni medicinas que la confianza en su divina Providencia, la cual nunca le faltó.

Todos juzgaban que habia de quedar inútil, y hasta los seglares decian que para qué llevaban á las Indias un hombre que no habia de servir más que de carga, inútil para cualquir cargo.

Pero Dios que le envió esta enfermedad para acrisolar su virtud, como la lepra al Santo Job y la ceguedad al Santo Tobías, agradado de su paciencia, le premió con la salud, la cual le dió muy entera en acabando la navegacion.

Habiendo estado poco tiempo en Méjico, fué enviado á las Filipinas á poblar aquella provincia y ser una de las piedras fundamentales de ella.

Partió el siervo de Dios á esta tan gloriosa cuanto difícil empresa, adonde se le abria gran puerta para promulgar el Evangelio, y padecer mucho por Cristo, como lo deseaba.

La navegacion fué próspera, porque en poco más de tres meses caminaron tres mil leguas, y llegaron con salud á la isla de Manila, adonde fueron recibidos de los nuestros como si hubieran llegado ángeles del cielo; y en la verdad lo eran en la vida, que no es de ménos estima, como dice S. Cipriano, que serlo en naturaleza: allí estuvo algunos dias, y luego comenzó su apostolado con el fruto que veremos.

III

Su predicacion y el fruto que hizo entre los gentiles de las islas Filipinas.

Luego que llegó á Manila el fervoroso Padre, con la opinion de gran religioso que traia y las muestras que dió de su mucho espíritu y celo del bien de las almas, le enviaron los Superiores á las islas de Pintados, que son los indios más agrestes, duros y belicosos de todas las Filipinas, y por el consiguiente los más necesitados de doctrina; y como tales, los gobernadores y Obispos los encargaron á la Compañía, para que cultivasen aquel pago tan inculto de la viña de Cristo.

Aquí entró el bendito Padre el año de 1595, armado de paciencia y confianza en Dios, virtudes bien necesarias para la empresa que intentaba de reducir á la fe católica los bárbaros gentiles de aquellas islas; y al ordinario trabajo le añadieron otro los Superiores para él no ménos pesado, que fué el de Superior; porque, reconociendo su aventajado caudal, le hicieron Superior de la residencia adonde estaba, y despues de todas las que habia repartidas en las islas de Pintados.

De esta prelacía se aprovechó el siervo de Dios para tomar para sí lo peor y más trabajoso, y dar á los otros lo mejor y más descansado, como lo debe hacer el buen Prelado.

Visitó á pié las residencias, consolando á todos y animándolos no ménos con su ejemplo que con sus palabras, porque era siempre el primero en el trabajo y el último en el descanso.

Por ser Superior no dejó un momento de la mano la espada de la predicacion enseñando, y doctrinando, y bautizando á los que se convertian á la fe, y acudiendo así mismo á remediar sus necesidades y curarlos y regalarlos en sus enfermedades con admirable caridad, con que ganó mucho las voluntades de aquellos bárbaros, que con su afabilidad y mansedumbre se le aficionaron y le amaban como á padre, y él los abrigaba y defendia como á hijos.

Y si con los indios agrestes era tan humano el P. Humanes, no lo era ménos con los españoles que habia en aquellas islas y con los propios de la Compañía; porque su caridad y benevolencia se extendia á todos, y á todos servia y asistia como á sus propios hermanos; sólo de sí descuidaba en las comodidades del cuerpo, pero no en los aumentos del alma, porque guarda-

ba su distribucion y sus reglas con grande vigilancia, y todo el tiempo que le quedaba de los ministerios, le gastaba en oracion con Dios, pidiéndole la reduccion de aquellos idólatras y el provecho de las almas que estaban á su cargo.

La oracion acompañaba con penitencias, tomando sangrientas disciplinas, vistiéndose ásperos cilicios y macerándose con ayunos, sin perdonar á trabajo ni fatiga por ellos.

Aprendió la lengua de los indios y redújolos á poblados, porque vivian en los montes como fieras; trocólos de brutos en hombres racionales, y de esclavos del demonio en hijos de Dios y herederos de su gloria, á costa de tantos trabajos, fatigas y peligros, que muchas veces estuvo ya para morir á sus manos, persuadiéndoles el demonio que le matasen, porque era el mayor enemigo que tenia en la tierra.

Algo significa de esto en cartas que de varias poblaciones escribió á su Provincial: pondré aquí algunas, para que por ellas se vea el fruto que sacaba de sus trabajos y el que hacia en aquellos gentiles, si bien su modestia y humildad modera y disimula la mayor parte de lo que obraba. La primera será la que escribió de la isla de Leite, de la residencia de Dulac: dice así:

«Cumpliendo con lo que V. R. me dejó mandado, haré una breve relacion de lo que con el favor de Dios se ha hecho entre los indios de este pueblo de Dulac y su comarca.

»Entramos en este rio por fin de 95, y con el ayuda de Dios y de algunos españoles, que al presente estaban en él, se comenzó á juntar la gente de tres encomiendas; no habia pueblo alguno en forma, vivian á su uso antiguo, cada principal con su parentela y esclavos en rancherías aparte, que no era pequeño impedimento para nuestra pretension.

»Entre toda la gente de esta isla, ninguna más temida de los españoles sus encomenderos, que no dejaban las armas de la mano; y con efecto, en un rio mas arriba de éste, conjurándose los naturales, mataron á tres españoles, y fué necesario hacer de propósito en ellos una entrada y castigo en que murieron muchos.

Hasta nuestra venida nadie habia predicado aquí el Evangelio, ni habia cristiano ninguno, sino es acaso algun criado de los españoles: sus costumbres como de gentiles, sacrificando muy de ordinario al demonio, y haciendo los que ellos llaman maganitos, cuando se veian en aprieto de enfermedad, ó al tiempo de sembrar y coger, ó en otras ocasiones semejantes.

»Adoraban muchos dioses, y entre ellos á sus antepasados, que llaman Humalagares, con otras muchas supersticiones y engaños del demonio; casados cada uno con dos ó más mujeres, pero con tan poca firmeza, que apénas se

hallará mujer que no haya mudado dos y tres maridos; por cualquiera enojo se apartaban. Eran muy dados al vino y á lo que de él se sigue; en los tratos y contratos usaban de muchos logros que los principales hacian á los pobres.

»Luego que llegamos, dimos órden en hacer una iglesia en que poder celebrar y juntar la gente los domingos para enseñarles la doctrina; acudieron fácilmente á oirla, pero no habia quien diese principio á abrazarla y recibir el santo bautismo: nosotros tampoco les apretábamos, excepto en necesidad, porque no sabíamos aún bien la lengua, y queríamos satisfacernos mejor de los ánimos.

»La segunda diligencia que hicimos fué hacer escuela de niños, sustentándolos en nuestra casa con la limosna de los encomenderos, enseñándoles, por medio de algunos indios hábiles que trajimos para eso, á leer y cantar y tañer, con que los oficios divinos se hacen con solemnidad.

»Ha sido cosa para alabar á Dios el fervor con que se han aplicado estos niños á aprender las cosas de nuestra santa fe, de suerte que, juntándose de cuatro en cuatro ó más, con unas piedrezuelas ó palillos con que suelen señalar las palabras, en pocos dias han aprendido todas las oraciones en su lengua, y algunos en latin y ayudar á Misa.

»Hízose al principio una mision que sirvió de reconocer la tierra y dejar plantadas cruces en varias partes, y levantadas algunas iglesias para juntarse en ellas la gente á aprender la doctrina, y para celebrar nosotros cuando volviesemos á los mismos puestos.

»El primer bautismo que hicimos fué, por la Pascua de Navidad, de cuarenta y cinco personas, las más de las que criábamos en casa: ántes de recibir el agua santa, mostraban algun miedo y recelos, con que nos vimos obligados á hablarles en particular, y darles á entender que no era negocio de fuerza; mas luego que la recibieron, se vió en ellos gran mudanza y tan señaladas muestras de contento, que se veia bien ser efectos del santo bautismo.

»Continuóse el administrárselo en las fiestas principales, conforme al número de los que teníamos suficientemente instruidos, por todo el año de noventa y seis, que fué año abundante de cosecha y próspero de salud, lo cual atribuian á nuestra venida y predicacion; pero el de noventa y siete faltó uno y otro por falta de lluvias y mucha langosta.

»Fué providencia de nuestro Señor haber ya juntado la mayor parte de estos indios, porque con esto les pudimos acudir mejor con el remedio espiritual y corporal: moririan en el discurso de este año en esta doctrina hasta ochenta niños y viejos recien bautizados.

»Ya no hay quien se atreva á hacer en esta tierra públicamente maganitos; todos tienen noticia de que hay un solo Dios verdadero, y que á Él se han de encomendar, y en Él han de creer, y no en sus dioses.

»Muchos de los que han recibido el bautismo y tenian á dos y tres mujeres, quedan casados con una *in facie Ecclesiae*.

»Las borracheras y otros vicios y malas costumbres van muy á ménos. Hánse quitado, ó por vía de la justicia ó por su propio motivo, muchos esclavos mal tenidos, porque saben ya lo que es lícito.

»Al presente hay más disposicion para hacer fruto, por estar ya los indios congregados en pueblos, y haber entre ellos cada dia mayor número de cristianos que con el ejemplo facilitan á otros que lo sean.

Toda la limosna que nos entra de arroz y mantas se emplea en el socorro de estos pobres fieles é infieles, á quien acudimos en sus enfermedades, y cubrimos su desnudez, particularmente á los niños que criamos en casa.

»Fuera de los naturales, se ha hecho mucho fruto en los advenedizos, cristianos de otras partes, que al tiempo de la cosecha acuden aquí en gran número, administrándoles los Sacramentos, y haciendo que oigan Misa los dias de precepto, y guarden los viérnes y vigilias. Algunos ha habido bien necesitados de remedio espiritual, que lo han alcanzado aquí, y vuelto á sus tierras muy consolados.»

Hasta aquí la carta del P. Alonso de Humanes, en que con tanta moderacion da cuenta del fruto que hacia en los indios de aquella tierra de Pintados, que le cupo de cultivar: y aunque no fué pequeña loa haber sido el primero que predicó allí el Evangelio, por lo cual mereció justísimamente nombre de apóstol de aquellas islas, como S. Francisco Javier del Japon, y de otras tierras adonde enarbólo el primero el estandarte de la fe; pero otros compañeros de nuestro P. Humanes especifican más el fruto que hizo en aquellos dos años, en que agregó más de diez mil indios montaraces, y los domesticó, y enseñó las verdades de nuestra santa fe, y bautizó gran número de ellos, entre los cuales fueron muchos de los principales que tenian copiosas familias, las cuales, y otros muchos con su ejemplo, recibieron el bautismo y se hizo una florida cristiandad. Y sino fuera por el impedimento que tienen en dejar las mujeres con quien están casados, que, como dijimos, tiene cada uno las que quiere, no quedára en aquellos dos años persona sin el bautismo en aquella isla de Leite; pero con la gracia divina se va venciendo esta dificultad, y allanándose el camino para recibir todos el santo bautismo, como le recibieron en los años siguientes, de que hablando el mismo Padre en otro carta, dice así:

»El fruto que se cogió en el tiempo que estuve en aquella doctrina, no

fué de poca estima, porque se bautizaron más de mil almas de todas edades; y en los demas que áun no habian recibido el santo bautismo, parece que habia un deseo universal de morir cristianos, porque, á lo ménos cuando les apretaba alguna enfermedad, se bautizaban: gracias á Dios que los esperaba y espera á todos hasta la misma muerte por su infinita bondad.»

Lo que aquí dice, sucedió en uno de los años siguientes: y si cada año bautizaba mil infieles, bien se deja entender el fruto que haria en más de cuarenta que estuvo entre ellos predicándoles.

Mas porque ninguno piense que compró de balde las preciosas margaritas de tantas almas como llevó al cielo, pondré aquí un pedazo de otra carta que escribió á su Provincial, adonde le dice algo de lo que se padecia en aquella reduccion, por el tenor siguiente:

«¡Glorificado y ensalzado sea Jesucristo N. S., que nunca deja de ilustrar su Iglesia con santos y mártires, que den la vida por su amor para confusion de los tibios, que un poco de penitencia no queremos hacer para ganar el cielo!

»Yo doy gracias á nuestro Señor que me dió á entender algo de lo que es estar á peligro de ser cautivo ó muerto, en un peligro en que el mes de noviembre de 1603 nos vimos, con ocasion de un ejército de enemigos mindanaos que vino á estas islas, que doctrinamos los de la Compañía, y llegó cautivando, matando y destrozando estos pueblos donde estoy.

»A solos dos de ellos llegó y quemó juntamente con las iglesias que en ellos teníamos, y quiso Dios que no llegó á la iglesia y casa principal. Estábamos escondidos en unos riachuelos y arboledas, encomendándonos á Dios y aguardando lo que el Señor le permitiese.

»De otra parte llevó cautivo á un Padre de nuestra Compañía, llamado Melchor Hurtado, natural de Toledo; estuvo nueve meses en el cautiverio, padeciendo muchos trabajos por Jesucristo,» y despues añade: «Yo no soy digno de tanto bien como es padecer por Jesucristo, siendo cautivo ó muerto por su amor, y no seria poco si fuese buen religioso, pues segun el glorioso S. Bernardo, la religion es un largo martirio, y el martirio es una breve religion.»

Esto poco dice en su carta, callando por su humildad la muchedumbre de sus fatigas, peregrinaciones y caminos por aquella tierra fragosísima, habitada de fieras y llena de víboras, culebras y sabandijas ponzoñosas, durmiendo en los árboles sin reposo y pasando las inclimencias de los tiempos, de soles, aguas, aires, frios y calores, andando á caza de aquellas fieras de los indios, peores que brutos irracionales, para sacarlos de sus vicios y alumbrarlos con la luz del santo Evangelio, por cuya causa traia siempre la vida jugada, á

riesgo de padecer violenta muerte por las mujeres que les quitaba por medio del santo bautismo; que á este precio y á mayores se compran estas margaritas; y los que las hallan, dan gustosos estas y mayores fatigas por conseguirlas, como este siervo de Dios, cuyo mayor gusto era padecer por su amor y por las almas que sacaba del cautiverio del infierno.

IV

Es elegido por Procurador de la provincia para Roma, y lo que obró en esta jornada hasta que volvió á Filipinas.

Estando el bendito Padre tan gustosamente ocupado en el ministerio apostólico de la conversion de los indios, y caminando con tan próspero viento en su reduccion, bañando su alma de un consuelo celestial con cada uno que se convertia, llegó el año de 1609, en que determinó aquella nueva provincia juntar Congregacion provincial, y elegir persona de toda satisfaccion que viniese á España y á Roma á informar al rey y á nuestro P. General, que á la sazon era el P. Cláudio Acuaviva, del estado de aquella cristiandad y de la necesidad de obreros evangelicos para la conversion de la infinidad de indios que habia en ellas. Pues, como oí de la boca del mismo P. Alonso de Humanes, en las que él tenia á cargo habia muchos pueblos, todos de cristianos, que en toda la Cuaresma no oian una Misa, por no haber quien pudiese decírsela, y les era forzoso venir muchas leguas por caminos fragosos y llenos de peligros para confesarse alguna vez, y gozar de los divinos oficios.

Viendo, pues, los Padres de aquella provincia la falta que habia de obreros, y la miés tan copiosa de almas que se perdia, determinaron de elegir Procurador para este intento, y, juntos los vocales conforme á la ordenacion de la Compañía, convinieron todos en la persona del P. Alonso de Humanes, sin faltarle voto alguno; y sin duda fueron movidos del Espíritu Santo, porque ellos mismos se admiraron, despues de hecha la eleccion, de haberle elegido. Porque, mirando á los visos de la prudencia humana, no convenia la persona con el oficio, por cuanto el P. Humanes era de su natural muy encogido, amigo del retiro y enemigo de la frecuencia y bullicio de la gente, y mucho más de pleitos y contiendas y de asistir en tribunales; y siendo Procurador era fuerza andar en ellos para vencer las dificultades que se ofrecen siempre en tales legacías, y negociar con el Consejo de la Indias la facultad y dineros para traer sujetos, y con los Superiores que se los diesen, y el go-

bierno y comodidad de todos en tan larga navegacion, todo lo cual no decia con su encogimiento natural.

Pero, como los consejos de Dios son diversos de los de los hombres, escogió al P. Humanes, como á fiel siervo suyo, para este oficio; y con el extendió su mano y le dió gracia y sabiduría para ejercitarle cumplidísimamente con toda satisfaccion. Porque su mismo encogimiento y mansedumbre, y la modestia y humildad con que informó de su justicia y pidió lo que pretendia, cautivó á los jueces y á todas las personas grandes que hablo, que cobraron concepto de que era hombre santo y gran siervo del Señor, y como á tal le reverenciaron y estimaron y concedieron con grandísimo gusto cuantos les pidió: que negocia más la santidad y la verdad en un varon religioso, que toda la bachillería y sagacidad del siglo.

El rey D. Felipe III, informado de su Consejo de Indias, le concedió todo lo que pretendia; el Papa le concedió gran suma de indulgencias y reliquias; el P. General de la Compañía quedó muy satisfecho de su persona; y pagado de su verdad y santidad, le dió credito á lo que le informó de aquella nueva cristiandad, y le dió los sujetos que pidió para poblar su provincia.

Venció sin trabajo suyo muchos y muy intrincados pleitos que traia, porque con su humildad se rendia á los PP. Procuradores de las Curias, y lo ponia todo en sus manos, ofreciéndoseles por compañero para solicitarlos. Y cuando por sus canas no le admitian, se iba delante de nuestro Señor al coro de la iglesia, y perseveraba en oracion todo el tiempo que duraba la contienda de los tribunales, haciendo oficio de Moises, las manos levantadas al cielo, por los que peleaban por él; y logróse su buena diligencia, porque alcanzó por su oracion gloriosas victorias en todos los tribunales, que no suelen ser ménos dificultosas que las de las guerras muy sangrientas.

Pero las que más admiran, son las que alcanzó de sí mismo; porque dejando aparte el teson y perseverancia que tuvo en la disciplina religiosa y en la regularidad de la vida, como arriba dijimos, sin alterar ni mudar ni disminuir un punto su distribucion en los ejercicios espirituales en tantos caminos y navegaciones, y en tanto número de negocios tan diversos como se le ofrecieron, siempre fué el mismo, siempre con una paz y tranquilidad de ánimo, como si viviera en el cielo; y como he dicho, hablo por experiencia, porque así le juzgué cuando le vi y le traté en esta córte con designio de pasar á Indias en su compañía.

Dejando todo esto y lo demas que vimos de sus grandes ejemplos á una parte, lo más admirable fué, que llegando á esta córte de Madrid, adonde estuvo por dos veces casi dos años, y teniendo á sus parientes tan cerca, que vivian un dia de camino, y en especial su hermana monja en la villa de Ye-

pes, nueve leguas de Madrid, y desando verle y consolarse con él, despues de veinte y cinco años de ausencia, y habiendo de volver cinco mil leguas de España, sin esperanza de poderse ver jamas en esta vida; estuviese tan descarnado de sus parientes y tan desasido de todo afecto de carne y sangre, que no fuese á ver alguno, ni se moviese á llegar un dia á consolar á su buena hermana religiosa, que le tenia en lugar de padre corporal y espiritual, sin que le pudiesen vencer sus ruegos ni sus instancias é intercesiones, y los intereses que esperaba para su alma de su vista y comunicacion: varon verdaderamente santo, más ciudadano del cielo que de la tierra, lleno del Espíritu Santo por quien se regia y gobernaba, y que ni reconocia otro padre más que á Dios, ni otra madre más que á su religion, ni otros hermanos ni parientes más que á sus prójimos, por cuya salud espiritual trabajaba.

Este fué el primer Procurador que vino de la provincia de Filipinas á Europa, y ejemplo de Procuradores y religiosos, enseñándoles cómo han de caminar y negociar, y cuán descarnados deben ser de sus parientes, no se embarazando con ellos, ni cargando de curiosidades y preséas de valor para enriquecerlos.

No faltaron personas graves que, reconociendo su grande santidad, quisieron detenerle en España, en especial los de su provincia de Toledo; pero el santo varon no dió oidos á ellos; que si estaba descarnado de parientes, no lo estaba ménos de su patria, y todo su corazon tenia en Dios y en sus indios, que eran los hijos amados de su corazon, por cuyo bien espiritual deseaba dar la vida, y vivir y morir entre ellos, como lo hizo.

Sólo se pudo recabar de su caritativo espíritu que escribiese á su hermana religiosa alguna cosa de consolacion, lo cual hizo por dos cartas que pondré aquí por ser muy espirituales y de santos documentos, y pueden ser de comun edificacion. La primera dice así:

«Paréceme que oigo á Vm. quejarse de mí, á la manera que la Vírgen Santísima nuestra Señora se quejó de su benditísimo Hijo, cuando se quedó en el templo, y le dijo: *Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así con nosotros?* Y yo podré responder, al modo que el mismo Señor respondió: *¿Para que me buscábades? ¿no sabeis que me conviene atender á lo que mi Padre me mandó?*

Bien se me figura lo que Vm. habrá sentido que no me fuese á despedir por vista, mas por atender á los negocios á que me enviaron, lo dejé de hacer; llevémoslo en paciencia y ofrezcamos á Dios el no vernos en esta breve vida, con confianza que nos veremos siempre en la otra.»

Aquí remata la primera, y para consolarla y animarla en el propósito comenzado, le escribió otra por el tenor siguiente:

«Cuando Vm. desea ser mártir, acuérdese que el glorioso S. Bernardo

tambien llama mártires á los que se mortifican: y para este género de martirio no há menester ir á Inglaterra, ni venir á Japon, pues en su casa y en su celda se puede mortificar. Y aunque Vm. estará bien enseñada y ejercitada en este género de martirio, todavía le diré que no consiste en tomar muchos ayunos, cilicios, disciplinas y otras asperezas corporales, sino mucho más en refrenar y resistir á las pasiones de ira, envidia y soberbia, con que nacemos, nos criamos y no las conocemos, hasta que Dios nuestro Señor da luz y gracia de mortificacion para refrenarlas: así lo enseñan los santos, y la experiencia muestra. Dice S. Cipriano, que muchos grandes ayunadores, que se mortificaban mucho en el cuerpo, por no enderezar aquellos á la mortificacion interior de las pasiones, habiendo sido puestos en alguna dignidad eclesiástica, despues se regalaban y se airaban y vengaban como un seglar que nunca trató de mortificacion.

»Procure Vm. de conocer bien su interior, que es tiempo muy bien gastado el que una persona gasta en conocerse á sí misma; y ahora esté enferma, ahora sana, no cese de martirizarse, refrenando las pasiones; así ser mártir con un largo martirio, cual Vm. le ha llevado con cincuenta años de religion en esa santa casa; que aunque padezca mucho, respecto de una eternidad que nuestro Señor dará de gloria, apénas parecerá un punto de tiempo.

»Cien años fué religioso el glorioso S. Romualdo con tan áspera vida con de él se cuenta, y más de ochocientos que goza de Dios, y gozará para siempre: ¡cuán poco se le hará ahora todo lo que padeció!»

Estos santos consejos y otros que le dió, animando á su hermana á padecer por Cristo con paciencia y alegría las enfermedades y trabajos que Dios le enviaba, fueron las curiosidades y las preséas de valor que le trajo de las Indias, si bien ningunas más dignas de estimacion, como las estimó su religiosa hermana. El buen Padre en retorno no recibió de su mano otros regalos para tan largo camino, más que sus oraciones, y que se conformase con la voluntad de Dios en no verse hasta la bienaventuranza.

Despachó con brevedad los negocios que traia, y partió á su provincia adonde llegó el año de 1615, por la fiesta del Corpus Christi, con veinte dos sujetos que han sido el lustre de aquella provincia y grandes obreros de la viña del Señor, como discípulos de tan insigne Maestro.

Las imágenes y reliquias que llevó, puso en manos de los Superiores, para que las distribuyesen á su voluntad en los colegios de la provincia, ostentándose en todo perfecto obediente y amador de la pobreza, no usando de alguna como propia suya.

Concluyó en breve tiempo con tanta felicidad su legacía, porque no se cargó de pretensiones ni de negocios de seglares, ni de otros religiosos ni

que de los de la Compañía, y esos regulados por la obediencia, que es el mejor medio para negociar y abreviar, y hacer estas jornadas con acierto y edificacion. Porque los jueces seculares y los príncipes se ofenden, y no pocas veces reprehenden, y se ha visto proceder contra los religiosos, que á título de caridad y buena correspondencia, se hacen procuradores de negocios seglares y de pretensiones ajenas de su profesion, y juzgan que les mueve el interés que les dan por sus agencias, con que pierden su crédito y desdoran su religion.

V

Llega á Filipinas, es electo Provincial, y sus progresos despues de su gobierno.

Llegó á salvamento con tan feliz suceso como se ha visto; fué recibido de su provincia como Padre de ella, y aunque su ansia fué siempre vivir y morir entre sus indios, enseñándoles y doctrinándolos, en esta ocasion le detuvieron los Superiores en la ciudad de Manila, así para que se reparase de tan larga jornada, como para valerse de su consejo.

No estuvo aquí ocioso, porque nunca supo serlo; y así luego entabló ocupacion provechosa á los prójimos, trabajando en los ministerios de confesar y predicar á los españoles, y á los indios convertidos, y á los que venian á comerciar de la China y del Japon, siempre sediento de la salud de las almas, que procuraba por todos los medios posibles.

El mejor fué siempre el ejemplo de su santa vida, la cual era tan edificativa a los de dentro y fuera de la religion, que muchos decian que sólo ver al P. Alonso de Humanes, los movia á penitencia y devocion, y que sin otro sermon más que ver su modestia, su encogimiento y humildad, los convertia. Tal era la compostura exterior que guardaba en todas sus acciones.

Estaba tan mortificado, que los que le trataban decian que parecia una imágen viva de la misma mortificacion: no tenia al parecer más que la piel sobre los huesos, y sólo estaba vivo para trabajar en servicio de Dios; para todo lo demas tan muerto, como si no fuera hombre de carne y sangre como los demas, ni usaba de los sentidos más que para lo precisamente necesario á la vida.

Andaba como transportado en Dios; y así jamas se movió á ver cosas curiosas de tantas como hay en Roma, y en Italia, y Francia, y España, y las tierras por donde pasó.

Los santuarios de los santos visitaba con gran devocion, no por ver el adorno y riqueza de sus edificios, sino por reverenciar sus preciosas reliquias, cerrando los ojos á todo lo demas.

Nunca admitia festines ni convites, ni dió un paso á entretenimientos de jardines ó huertas de recreacion; toda la suya tenia librada en el recogimiento y trato retirado con Dios; allí era su descanso, y el alivio de sus trabajos, y toda su recreacion.

Cuando volvió á las Indias y llegó la flota á las islas de Guadalupe, que son las primeras, y haciendo excesivo calor en los navíos, y abundando la isla de frescas arboledas y dulces fuentes, en que se recrean y reparan los navegantes de las fatigas de su largo viaje, saltando en tierra en el ínterin que la flota hace aguada; no se pudo recabar con el P. Humanes que saliese de navío á tomar un poco de alivio, teniéndole por regalo contrario á su mortificacion. Tan negado estaba á todo lo que era gusto sensual, y tan codicioso de ocasiones en que padecer por Dios.

Buena prueba fué de esta verdad lo que le sucedió en Méjico, cuando esperaba las naos de Filipinas para saber de su provincia y disponer su navegacion á ellas; que habiendo llegado y trayéndole los pliegos por la tarde, á tiempo que tocaron á un acto de comunidad, y haciéndole instancia los compañeros que llevaba para que abriese las cartas, estuvo tan mortificado y tan señor de sus pasiones, que no las quiso abrir, y pasó toda aquella noche buena parte del dia siguiente, en que tuvo su oracion muy despacio, y dij Misa con el reposo y gravedad que solia, y dió gracias por largo tiempo, despues abrió las cartas tan deseadas, y dispuso con maduro consejo su n vegacion: tan dueño estaba de sus pasiones, y tan casado con la mortific cion.

Esta misma templanza usó siempre que fué Superior y Provincial, r abriendo las cartas sino á tiempos que no le pudiesen divertir de sus ejercicios, ni de seguir la comunidad, anteponiendo siempre la paz de su alma el aprovechamiento de su espíritu á todo lo demas.

Fué gran seguidor de la comunidad, jamas admitió singularidad alguna la comida ó bebida, vestido ni aposento, ni siendo súbdito ni Superior. T maba lo que le daban, como de la mano de Dios; nada pedia y nada rep diaba: cuando la comida le habia de hacer daño á su salud, allegaba el pla á sí y disimulaba que comia; nunca pedia ni admitia otra cosa, quedándo sin comer, por no admitir singularidad: y era proverbio entre los del colegi que si al P. Humanes le pusieran piedras, probaria á comerlas, por no pe otra cosa en el refitorio.

Esta mortificacion acompañó siempre con el uso de los cilicios contínu

las ordinarias disciplinas y los ayunos que observó por toda la vida, siendo viejo y cargado de enfermedades.

De aquí nació aquella pureza angélica en que siempre resplandeció, como si fuera un ángel vestido de carne mortal, aunque siempre vivió con mucho recato, cual lo pide la perfecta castidad.

Como tenia sus pasiones tan sujetas, no le alteraban las contradicciones ni se indignaba contra los que le ofendian, llevando las injurias con admirable paciencia por amor de Dios, como se vió en la ocasion que tuvo con un capitan en la isla de Pintados, que por una sospecha falsa que tuvo contra el siervo de Dios, juzgando que ocultaba un delincuente, que pareció luego en otra parte; le dijo muchas injurias, y la menor fué que mentia, y otros oprobios llenos de amenazas, á que estuvo inmoble, sin alterarse ni mudar el semblante del rostro, llevando aquellas injurias con admirable paciencia: y Dios volvió por su inocencia, castigando al injuriador con la muerte dentro de muy pocos dias; que así vuelve Dios por sus siervos, y venga á los que no se vengan.

En la oracion era tan contínuo, que parecia vivir de ella: todo el tiempo que no gastaba trabajando, gastaba orando, ó mental ó vocalmente: las horas canónicas rezaba siempre de rodillas, con grande atencion, silencio y devocion; de la misma manera rezaba sus devociones, como si visiblemente viera al Señor y á los santos con quien hablaba.

No parecia sino que tenia ya negociadas las cosas que pretendia alcanzar del Señor, segun se veian presentáneos los efectos de su oracion, en que recibia luz del cielo para lo que habia de hacer: y fué fama constante, nacida de esta experiencia, que le comunicó Dios el espíritu de profecía, como veremos despues.

Ocupado en estos ejercicios, y en los ministerios de los prójimos en la ciudad de Manila con gran consuelo de su alma, cuando esperaba la licencia que habia pedido para volver á sus amados indios, le vino la patente de Provincial; porque nuestro P. General Cláudio Acuaviva, habiéndole conocido en Roma, quedó tan pagado de su santidad y prudencia, que en la primera eleccion que despues hizo de Superiores para aquella provincia, le hizo Provincial de ella, como á tan benemérito de éste y de mayores cargos.

Estaba el siervo de Dios tan ajeno de pensar que le pudiese venir esta dignidad, por el humilde concepto que tenia de sí, que aunque lo veia no lo creia; y tuvo más necesidad de mortificacion para recibir esta dignidad, que para todos los oprobios y las injurias que en varias ocasiones le dijeron: porque deseaba estos y aborrecia aquella; de estos se tenia por digno, y de aque-

lla por indigno: que de esta manera juzgan los santos de sí. Y si quien se lo mandaba estuviera en parte que le pudiera proponer su indignidad, lo hiciera sin admitir la dignidad cuanto permite la obediencia en un súbdito humilde para con su Superior.

Pero ya que no pudo dejar de admitir el cargo, que para él fué carga y no dignidad, al mismo punto escribió al General su insuficiencia, suplicándole que, vista su carta, le enviase sucesor, alegando muchas razones para ello; y la mayor era su insuficiencia, siendo así que ninguno tenia más suficiencia que él.

Cinco años hizo oficio de Provincial con grande consuelo de toda la provincia, sin queja ni murmuracion de alguno, con universal aprobacion de todos; porque no se portó como Superior, sino como súbdito y siervo de todos, tomando siempre para sí lo peor, y dando lo mejor á los demas.

Como era tan manso y pacífico, visitó con grande paz los colegios, esforzando á los religiosos que trabajaban en la viña del Señor, aliviándoles sus fatigas y premiándoles cuanto podia sus trabajos.

Fué fácil en perdonar y difícil en castigar; amaba ser amado, y temia ser temido; y lo que pudo acabar con blandura, no lo acabó con rigor: porque mejor medicina es la blandura que la aspereza, y más sana el aceite que el vinagre.

Aquel caritativo Samaritano del Evangelio curó al llagado con aceite y vino suave, y no usó del vinagre acre y mordaz, dando leccion á los superiores de curar las llagas de los suyos con la blandura de la mansedumbre y el amor de la caridad, como lo hizo este siervo de Dios, en quien no se vió pasion de ira ni venganza, ni moverse en su gobierno por aficion ó amor sensual, sino meramente por la gloria y honra de Dios, que fué el blanco de sus acciones; y como se guiaba por este norte, así fueron todas acertadas, y gobernó santísimamente hasta que le vino el sucesor.

Nunca tuvo la puerta cerrada, recibiendo á todas horas á los que venian á negociar con él; y si estaba orando ó rezando, interrumpia el rezo por despacharlos, persuadido que la mejor devocion era cumplir su obligacion, con que los tenia contentos y gustosos.

Acabado el oficio de Provincial, le vino patente de Rector del colegio de Cebú, que es el segundo de aquella provincia, y cabeza de la de Pintados; pero el bendito Padre se afligió tanto de que le obligasen de nuevo á ser Superior, que los de la provincia, atendiendo á su consuelo, le descargaron del oficio; y á instancia suya, le enviaron á la isla de Bohol, adonde se retiró para prepararse á la muerte, si bien nunca cesó de cultivar á los indios con la doctrina evangélica, que es buena disposicion para ir á ver á Dios.

VI

Del espíritu de profecía que Dios comunicó al P. Alonso de Humanes, y algunos milagros que hizo Dios por su medio en vida.

La opinion de santidad y el alto concepto que habian cobrado en todas las islas del P. Alonso de Humanes era tal, que no parece podia crecer con los milagros, por muchos que le vieran obrar.

Todos procuraban comunicarle y tratar con él los negocios de sus almas, y se tenian por dichosos los que alcanzaban tiempo para estar con él un rato: y cuando navegaban, se tenian por seguros de todos riesgos, así de enemigos como de tempestades, si acertaban á llevar en su nave al santo Padre, que con este nombre le llamaban, y por muchas experiencias estaban persuadidos que Dios le habia dotado del don de profecía, y que le comunicaba en la oracion los sucesos futuros, como se verá por los casos siguientes:

Nicolás Gonzalez, sargento mayor del rey, y persona de valor y crédito, le acusaron falsamente émulos de su fortuna, que habiendo podido fácilmente seguir y desbaratar una armada de indios que andaba robando la tierra, movido por sus particulares intereses no lo habia hecho.

Prendiéronle y aherrojáronle en la fuerza de Cebú, adonde estuvo muchos dias muy afligido por la deshonra que padecia y el descrédito de su persona.

Sabiendo el P. Humanes lo que pasaba, movido de su mucha caridad, le encomendó muy de veras á nuestro Señor, rogándole por el buen sargento y pidiéndole ahincadamente que descubriese la verdad, la cual reveló Dios al santo Padre. Dentro de pocos dias fué á visitarle al castillo donde estaba, y le consoló y animó con sus santas palabras, entre las cuales le dijo, que se esforzase y animase, porque le hacia saber, que dentro de breves dias se acabaria su prision, y tendria cargos honrosos en la milicia, y una de las mayores victorias que se hubiese visto en las islas, que haria célebre su nombre: todo lo cual se cumplió como el Padre lo dijo. Porque, averiguada la verdad de su inocencia, el sargento salió libre, y fué enviado á Mindanao por Cabo y Capitan general del ejército del rey, y estando en aquella plaza en isla tan belicosa y grande, y con rey tan poderoso, supo que su armada volvia muy victoriosa y soberbia, y rica de los cautivos y despojos que habian quitado á los cristianos, entre los cuales eran tres frailes Agustinos Descalzos y algunos soldados, y blasonaban que llevaban cautivo al Dios de los cristianos,

porque en una iglesia robaron algunas formas consagradas en su custodia y ornamentos de altares y decir Misa.

»El valeroso Capitan, armado con la cruz de Cristo, y con el buen pronóstico del P. Humanes, salió á los enemigos y los derrotó y venció, echando á pique la nao capitana con su general, y destrozando y cautivando las demás. Quitóles cuantos despojos traian, y las riquezas que habian robado, y dió libertad á los tres frailes Agustinos y á todos los demas cautivos, con gloriosa victoria, la cual se aumentó dentro de poco tiempo que vino el gobernador D. Sebastian Hurtado de Corcuera con el grueso del ejército real á desalojar al enemigo de una fuerte eminencia, adonde se habia fortificado por muchos años, y salia á correr la tierra, haciendo muchas invasiones en las de los cristianos.

»Habiendo el dicho gobernador acometídole con toda su gente, no pudo desalojarle, ántes fué rechazado con muerte de algunos soldados, y necesitado á retirarse. A esta sazon, sin saber de este suceso el sargento Nicolás Gonzalez, acometió el dia siguiente la eminencia por la parte contraria con solos ciento y cuatro soldados que pelearon tan esforzadamente, que desalojaron al enemigo y ganaron la eminencia y le quitaron las riquezas que habia robado por espacio de cuarenta años, sin muerte de uno solo de los nuestros, porque siete que salieron heridos, sanaron luego: que fué la más esclarecida victoria que se vió en las islas Filipinas, profetizada por el P. Humanes, á quien, despues de Dios, rindió las gracias el capitan, reconociendo y publicando siempre el espíritu divino que le asistia y revelaba las cosas futuras, como se vió claramente en el caso referido y en otros que ahora dir

»El gobernador de Manila envió una embajada con soldados españoles á rey de Mindanao: un religioso de los nuestros hizo repetidas instancias pc ir acompañándolos, juzgando que á sombra suya habia de hacer gran frut en aquella tierra, y que no era justo perder tan buena ocasion.

»Los Superiores estuvieron dudosos en darle licencia para la empresa: co sultaron al P. Alonso de Humanes sobre el caso, y despues de haberlo enc mendado á Dios, respondió que no convenia ir el Padre á aquella mision, pc que no se habia de sacar fruto de ella, afirmándolo con tanta seguridad y ce teza como si lo viera con los ojos.

»No dió crédito el más celoso que discreto Padre á las palabras del sier de Dios, y alegando muchas razones en contrario, fatigó á los Superiore hasta que, cansados de sus instancias, condescendieron con su peticion, erra do los unos y los otros, él en instar contra lo que sentian, y ellos en rend se á lo que juzgaban no convenir, que para resistir á tales sujetos es el val de los Superiores.

»Habida, pues, la licencia, fué el celoso operario con los embajadores muy alborozado y confiado de ganar aquella vez gran parte del reino y al mismo rey para Dios; pero sucedióle muy al contrario, porque el rey moro no le permitió predicar ni hablar palabra en materia de la ley: despachó á los embajadores con poco gusto, padecieron muchos riesgos, y cogieron ningun fruto de su embajada, como el santo P. Humanes se lo habia profetizado; y el Padre se arrepintió, aunque tarde, de no haberle creido, publicando su yerro, y el espíritu divino del siervo de Dios.

»Cuando se juntó la Congregacion provincial, de que hablamos arriba, juntó el P. Humanes los vocales de sus residencias que habian de entrar en ella, y siendo, como se ha dicho, de su natural muy detenido, y espacioso en sus acciones, en esta fué tan presuroso, que con admiracion de todos, les dió tanta prisa y con tanta vehemencia, que no les permitia decir Misa ni tomar un bocado para navegar, diciendo que importaba mucho la diligencia: y aunque entónces no se les ofreció causa alguna para esto, en llegando al puerto de Manila la conocieron, porque llegó casi con ellos la armada holandesa que surcaba aquellos mares, robando y matando á cuantos encontraban, y probablemente los cogieran y cautivaran, y pudiera ser que los mataran como herejes calvinistas, mortales enemigos de la Compañía, si no fuera por la prisa que les dió el siervo de Dios; en que reconocieron que sin duda tenia algun aviso del cielo del riesgo que padecian en la tardanza, y lo que les importaba la diligencia con que los hizo embarcar.

Otra vez navegando con unos chinos en un navío, que llamaban *Campan*, les sobrevino una recia tempestad, y dándose los chinos por perdidos, clamaban al cielo con grandes voces y gemidos, sin poderse remediar.

El bendito Padre estaba en el camarote de la nave rezando y encomendando á Dios su viaje, y en el mayor riesgo y furia de los vientos y la mar, salió con su rosario en la mano, y con rostro sereno y una boca de risa, los consoló y esforzó, diciendo: «Ea, hijos, no temais, que presto, presto cesará la tempestad, y buenos y sanos llegaremos todos á salvamento.»

El Padre lo dijo y Dios lo cumplió; porque en diciendo esto, se aplacaron los vientos y serenó la mar, y con próspero viaje tomaron el puerto adonde iban, tan admirados del suceso, como los marineros de la nave en que pasaba Cristo el mar de Tiberiades, cuando con una palabra serenó la mar y enfrenó los vientos, y quietó la tempestad, y llenos de admiracion, decian: *¿Quién es este á quien obedecen los vientos y la mar?*

Así decian aquellos chinos en la tempestad que padecieron, cuando en un momento la vieron deshecha, y los vientos enfrenados, y la mar quieta, y su nave segura, platicando entre sí y diciendo: *¿Quién es este á quien obedecen*

los vientos y la mar, y quieta las tempestades con tanta facilidad? A quien po-
demos responder, que es un siervo del Señor, de altos merecimientos, á quien
su divina Majestad hace estos y semejantes favores, para declarar al mundo
cuánto le ama y estima por su grande santidad.

Tan grande era la opinion de santidad que tenian de él cuantos le trata-
ban, que le miraban como á un santo bajado del cielo, y en los últimos años
se le arrodillaban y reverenciaban, como si estuviera en un altar, llamándole
santo, santo, sin verlo ni oirlo él, pero sí su compañero, el cual lo contó des-
pues.

Movido de esta opinion un Hermano de los nuestros, morador y enferme-
ro del colegio de Cebú, súbdito del P. Humanes, teniendo enfermo á un cria-
do de casa, y habiendo leido en la vida de S. Francisco que algunos enfer-
mos habian sanado bebiendo del agua en que se habia lavado el santo, guar-
dó la que habia usado el siervo de Dios para lavarse, y con viva fe de su gran
merecimiento, se la dió á beber al enfermo, y luego cobró salud, con pasmo
y admiracion de ambos, enfermo y enfermero, y de los que poco ántes le
vieron en la cama enfermo y luego le vieron levantado y sano, dando á Dios
mil gracias por la merced que le habia hecho por medio de su Rector, á quien
miraron con veneracion de santo.

El mismo Hermano enfermero tenia otro criado del colegio en la cama
enfermo de un hinchazon en el pecho; y habiendo leido en un libro que a un
monje de los antiguos, tenido por santo, le pidieron con disimulo, que pu-
siese la mano sobre un enfermo, y que luego habia sanado; usó de la misma
traza con el P. Humanes, pidiéndole con disimulo que tocase con la mano el
hinchazon de aquel criado, y viese si era suficiente para excusarle de traba-
jar; el santo varon lo hizo con su mucha candidez, movido de piedad, y por
obedecer al enfermero, cuya fe premió nuestro Señor en este enfermo como
en el pasado; porque, en tocándole el Padre, se deshizo la hinchazon y que-
dó bueno y tan sano, que se levantó al momento y fué á trabajar con los
otros criados, á quien contó la salud milagrosa que le habia dado Dios por
medio del P. Rector Alonso de Humanes.

Juntemos á estos dos sucesos el que tuvo en Méjico cuando esperaba el
tiempo para embarcarse con su gente á Filipinas; y fué, que á uno de sus
compañeros le dió una erisipela en un brazo, que le duró muchas semanas;
estuvo la enfermedad tan rehacia, que se le encanceró el brazo, y los médi-
cos determinaron cortársele.

Sintió el siervo de Dios, como amoroso Padre, el trabajo de su hijo, y fu-
aquella noche á consolarle con sus santas y dulces palabras, y por remate le
ofreció de encomendarle muy de veras á nuestro Señor aquella noche.

Podemos creer que la gastó en oracion y lágrimas y penitencia, clamando á Dios por aquel sujeto, de quien esperaba grande fruto en Filipinas, y vióse la eficacia de sus ruegos y el valimiento que tenia con Dios, porque cuando vinieron á la mañana á cortarle el brazo, le hallaron con tan grande mejoria, que sobreseyeron de la cision; y dentro de pocos dias mejoró de manera que estuvo sano, y pudo trabajar como los demas, jurando los médicos que la salud era milagrosa, porque naturalmente era imposible segun las reglas de la medicina; pero no fué mucho que sanase, tomando por su cuenta la cura otro médico superior, que fué Dios, por intercesion de su siervo, por cuyos ruegos y méritos obró tales maravillas y otras muchas que veremos despues.

VII

Su santa muerte, los testimonios que hubo de su gloria y los milagros que Dios obró por él.

Todos los colegios de aquella provincia batallaban á porfía sobre llevar al P. Humanes por su morador, para autorizar sus casas con su persona, valerse de su consejo y afervorizarse con su ejemplo en el servicio de Dios; pero el buen Padre, como humilde y deseoso de la quietud y soledad, escogió la isla de Bohol, apartada del comercio y necesitada de doctrina.

Allí se retiró y asentó su habitacion en un corto colegio ó residencia que se llama de Loboc, pueblo de indios de poca poblacion.

Aquí pasó los últimos años de su vida, enseñando y doctrinando aquellos pobres indios con amor de verdadero padre, gastando en oracion y penitencia el tiempo que le daba de treguas aquella ocupacion.

Cumplidos los setenta años de su edad, se cumplió tambien el plazo de su destierro y los deseos con que vivió siempre de verse y unirse perfectamente con Dios, el cual le envió una enfermedad de llagas y postemas en varias partes del cuerpo, que le dieron mucho en que merecer y le sacaron de esta vida, recibidos todos los Santos Sacramentos, con la misma paz y quietud que habia vivido, viérnes 26 de agosto de 1635 años, teniendo cuarenta y cinco de religion y treinta y cuatro de profeso.

Luego que se divulgó por la isla la muerte del santo Padre, concurrió toda la comarca á su entierro, veneraban su cuerpo como de santo canonizado, hincados de rodillas y dándose golpes en los pechos, regando el suelo con lágrimas que derramaban de devocion y sentimiento por la pérdida de su Padre.

Predicó un Padre de los nuestros á sus honras estando presente el cuerpo, celebrando sus heróicas virtudes y sus grandes merecimientos, por los cuales nuestro Señor le habia trasladado al cielo, de que hubo muchos testimonios dignos de crédito.

Un Padre de la residencia que le asistió en la enfermedad, vió, al tiempo que espiró, bajar un globo de luz sobre su aposento y subir desde él al cielo, en que reconoció subia el alma del P. Humanes gloriosa en aquel trono de luz, á gozar eternamente de Dios.

Otro Padre que esperaba en su aposento que le avisasen cuando se acercase su hora, y viendo que se tardaban, fué á salir para el del enfermo, y oyó una voz que le dijo: «Ya, ya está adonde ha deseado,» y llegando á su aposento, le halló muerto.

Dos penitentes del Padre que estaban en la ciudad de Cebú, léjos de don de murió, le vieron á la misma hora vestido de resplandor, y la una al lad de S. Ignacio nuestro Padre subir glorioso al cielo, y lo dijeron á sus confe sores, los cuales computando el tiempo, hallaron que fué esta revelacion e sábado en que fué su entierro.

Tambien fué testimonio de su gloria el que dió uno de los Padres que l asistió en su muerte, el cual viendo lo mucho que padecia la isla aquel añ por la grande seca con que se perdian los sembrados, le dijo ántes de espi rar: «V. R. ha sido Padre de esta tierra viviendo, séalo tambien delante d Dios, recabando de su divina Majestad que nos envíe el agua, para que n perezcan estos pobres indios.» Yo lo ofrezco, dijo el siervo de Dios, y cum plió su palabra tan puntualmente, que luego se entoldó el cielo de nubes, vino tan grande lluvia, que se remedió la tierra, y tuvieron aquel año fertil sima cosecha, dando mil gracias á Dios y á su bendito P. Humanes por ell

Acompañemos este testimonio con otro de un religioso confesor de l Compañía, que ántes de morir le rogó que, en viéndose delante de Dios, r cabase la conversion de dos personas escandalosas que hacian mucho dañ en la isla, y nunca las habian podido reducir.

Ofreció de hacerlo el siervo de Dios, y fué cosa admirable, que en murie do, tuvieron ambos tal dolor y compuncion de su mala vida, que sin ser ll mados, vinieron al dicho Padre á pedirle confesion, arrepentidos de sus p cados, y con firme propósito de corregir sus vidas, que fué indicio manifiest de que el santo Padre habia alcanzado en el cielo su conversion.

Movidos, pues, por estos y otros sucesos y de la opinion que siempre t vieron de su santidad, comenzaron á frecuentar su sepulcro como de sant milagroso, ofreciéndole votos y pidiéndole remedios para sus necesidades: viendo que cundia una epidemia maligna de enfermedad pestilente, de qu

morian cada dia muchos, acudieron al sepulcro del santo Padre, y clamando y orando, fueron oidos de su piedad, y cesó aquel contagio, y en adelante no murieron más de él, por lo que le dieron las gracias despues de Dios, que es el autor de la salud y el Señor de la vida y de la muerte.

En el mismo colegio de Loboc, adonde está el cuerpo del santo Padre, habia un Donado español que padecia gravísimos dolores de cabeza, y habiendo usado otros remedios sin fruto, apeló al mejor, que fué tomar con mucha fe un bonetillo viejo del P. Humanes; púsosele en la cabeza con mucha reverencia y no ménos confianza de alcanzar salud, y fué Dios servido que luego se le quitó el dolor y estuvo sano y bueno, para poder trabajar, como sino le hubiera tenido.

Oyendo un indio principal las maravillas que Dios obraba por intercesion del P. Alonso de Humanes en los que venian á su sepulcro, trajó á él un hijo pequeño tan enfermo, que estaba ya en los últimos alientos de la vida, más muerto que vivo: ofrecióle al santo Padre y con él una vela de cera, que ardiese en su sepulcro: púsole en el sepulcro como en las manos del Padre, y y sacóle de ellas no sólo vivo, sino bueno y sano y alegre, con admiracion suya y de todos los que en espacio de una hora le vieron espirando y sano y convalecido.

El mismo padre enfermó gravemente, y estuvo casi desahuciado de la vida: acordóse de la salud que el santo P. Humanes habia dado á su hijo, y con mucha confianza invocó su favor, y ofreciéndole dos velas que ardiesen en su sepulcro, luego al punto mejoró, y dentro de tres dias estuvo totalmente sano, y fué al sepulcro del Padre y encendió las dos velas que habia prometido, dándole muchas gracias por la merced recibida.

Estos casos fueron de mucha importancia entre los indios, porque desde entónces dejaron unos supersticiosos sacrificios que llamaban maganitos, para la salud de los enfermos, trocándolos en los que ofrecian á Dios, y en las oraciones y rogativas que hacian al sepulcro de su siervo, por quien alcanzaban salud.

Una mujer casada llegó á las puertas de la muerte, y estando casi sin sentido, le pareció que veia un Padre de los nuestros, que por las señas era el P. Humanes, que le venia á dar salud: volvió á su acuerdo, y como quien despertaba de un grave sueño, dijo: «Llévenme luego á la iglesia á visitar al P. Humanes.» Lleváronla y pusiéronla sobre la sepultura del siervo de Dios, á quien se encomendó de corazon: confesó y comulgó, y luego alcanzó salud con igual gozo suyo y admiracion de los presentes, dando gracias á Dios y al Padre por ello; y la que habia venido en brazos ajenos, pudo volver á su casa por su pié sana.

Movido con este ejemplo otro indio, que tenia su mujer muy enferma de un accidente repentino, clamó al cielo pidiendo salud para ella, y viendo que no sanaba, dijo con gran determinacion: «Yo creo que el P. Alonso de Humanes es santo, y le rezo como á tal esta Ave María y Padre nuestro, porque sane á mi mujer.» No le salió vana su esperanza, porque luego sanó su mujer, y quedó buena y convalecida por los méritos del santo Padre.

Otro indio cantor y muy ladino tenia un hijo enfermo, y aunque le aplica ba las medicinas que podia, no mejoraba, ni él tenia mucha fe con las cosa admirables que se decian del P. Humanes. Con todo eso, compelido más d la necesidad que de la devocion, dijo: «Yo ofrezo este mi hijo al P. Huma nes, y si me le sana, seré su devoto en adelante.» Parece que el santo Padr admitió el partido por el amor que tenia á los indios, porque el niño san milagrosamente, y su padre quedó muy devoto suyo, y fué pregonero de s santidad y de los milagros que Dios obraba por su medio.

Infestando grande plaga de langosta aquella isla de Bohol, se acercaba los sembrados de un indio pobre, que tenia toda su hacienda en ellos; y viéndola venir, clamó al santo Padre muerto, como si estuviera vivo, diciend «P. Humanes, defendedme, que no tengo otro remedio para mí y para m hijos sino este; P. Humanes, amparadme y libradme de esta plaga.»

Los otros indios se reian, haciendo burla de él y de sus plegarias; pero buen indio acudia á todas partes por donde amenazaba la langosta, invoca do al P. Humanes, y Dios premió su fe y su devocion, porque asolando t dos los sembrados vecinos, sólo el suyo quedó libre, y tuvo copiosa cosech como dada de la mano de Dios por intercesion de su siervo.

Han sido tantas las maravillas que Dios ha obrado y obra en su sepulcr que fuera largo contarlas, y no hay santuario en las islas más frecuenta que él, viniendo de todas partes á hacer novenas y ofrecer votos al sepulc del santo Padre, y no obstante que los nuestros se lo contradicen, ellos porfi llevados de su devocion, y tiene contínuamente velas ardiendo y votos q le ofrecen, como si ya estuviera canonizado.

Y aunque calle otros, no dejaré el que sucedió á un indio viejo y casac que desde su niñez habia callado unos pecados en la confesion por empach

Enfermó gravemente, y vino como otros muchos al sepulcro del siervo Dios, pero sin intencion de confesarse, como estaba obligado; ofreció su ve pero no su corazon que dejó en mal estado, y es lo primero que pide Di y en rezando y ardiendo la vela, empeoró de la enfermedad y se halló n fatigado. Parece que le apretó Dios la mano para despertarle y hacerle c en la cuenta, porque luego le remordió la conciencia y tuvo dolor de sus cados, hizo una confesion general de toda su vida con grande arrepentimi

to, y luego, en recibiendo la absolucion, quedó sano, dándole nuestro Señor, por los méritos de su siervo, la salud de cuerpo y alma, como lo publicó el resto de su vida con grande agradecimiento de la merced recibida.

De esta manera honró Dios en la tierra y en el cielo á este siervo fidelísimo suyo, en cuyo sepulcro hasta el dia de hoy se experimentan admirables efectos de su valimiento é intercesion para con Dios.

Él nos dé su divina gracia para imitar sus virtudes, y servirle con la perseverancia que le sirvió todos los dias de su vida, la cual escribió el P. Juan de Bueras, Provincial de las Filipinas y despues de la provincia de Méjico, adonde murió; y el P. Juan Eusebio Nieremberg en su historia manuscrita. El P. Francisco Colin hace de él honorífica mencion en varias partes de la la *Historia de Filipinas* en el primer tomo que ha impreso de ella, dejando para el segundo referir copiosamente el discurso de su vida.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CARPIO

NACIÓ este glorioso mártir en la villa de Riofrio, del obispado de Leon de España, de padres píos y honrados, así por su sangre como por haber tenido tal hijo, á quien Dios parece que escogió para mártir desde los pechos de su madre.

Siendo pequeño, y leyendo las vidas de los Apóstoles y santos que discurrieron por el mundo predicando la fe de Cristo, y firmaron las verdades evangélicas con su sangre, se encendió en tan vivos deseos de imitarlos, que hizo voto á Dios nuestro Señor de emplearse toda su vida en procurar la salvacion de las almas, y con este intento estudió gramática en un lugar cerca del suyo, y despues pasó á Oropesa á estudiar Artes en el colegio que tiene la Compañía en aquella villa.

A este tiempo vino allí el P. Alonso de Humanes, Procurador por la provincia de Filipinas, á llevar obreros para aquella viña del Señor, tan lata y tan poblada, como destituida de doctrina y necesitada de predicadores que la enseñasen. Porque habia más islas que sacerdotes, y más idólatras que cristianos, y muchos lugares de fieles bautizados, que no alcanzaban en algunos meses quien les dijese una Misa, y ménos quien los sacramentase, como

lo oí de su boca en este colegio de Madrid, donde esto escribo, y fué varon tan verídico y tan santo, que ha honrado Dios su sepulcro con manifiestos milagros, segun lo dijimos en su vida.

Pues como nuestro Juan del Carpio oyese tales razones de la boca de este Padre, como ardia el santo celo de la salvacion de las almas en su pecho, encendióse de manera en deseos de ejecutarle, que se resolvió á irse con el P. Humanes á las islas Filipinas, á convertir los idólatras y cultivar con todas sus fuerzas la viña de Cristo, aunque fuese á costa de su sangre.

Comunicóle sus intentos, pidiéndole que le llevase consigo, aunque fuese para su criado.

El Padre le animó en su santo intento, y por ir de camino y no haber lugar de admitirle en la religion; vista su buena capacidad, le llevó consigo á Sevilla, y de allí á Méjico con voz de pretendiente, como entónces se usaba; y en saltando en tierra, le recibió en la Compañía, obligado de su virtud y satisfecho de su buen natural y de la caridad que habia mostrado, sirviendo á todos como si fuera su esclavo.

Estuvo aquel año en el noviciado, formándose en la religion, adonde procedió con grande fervor y espíritu, como quien se criaba para santo.

Llegado el tiempo de la embarcacion, se hizo á la vela con los demás compañeros la vuelta de Filipinas, adonde llegaron despues de varios naufragios.

Allí estudió algo de moral, y se ordenó de Sacerdote, y partió luego á la isla que llaman de Pintados, porque sus habitadores, que son indios feroces y bárbaros, se labran desde pequeños con punzones y agujas á costa de su sangre, matizándola con polvos de color, con que quedan pintados.

En esta isla estuvo el siervo de Dios al pié de veinte años, enseñando la doctrina cristiana á aquellos bárbaros, convirtiéndolos á la fe de Cristo, regiéndolos y domesticándolos, y trocándolos de fieras que habitaban los montes y las selvas, en hombres racionales, reduciéndolos á pueblos y á la policía cristiana á costa de inmensos trabajos.

Aunque hizo grande fruto con su predicacion y doctrina, no hizo ménos con su ejemplo y santa vida, que fué no ménos admirable que inculpable, porque, viviendo solo en medio de tantas ocasiones, y tratando con fieras indómitas de hombres carnales, á vista de tantos vicios, fué tal la edificacion de su vida, que ella sola los refrenaba.

En todo este tiempo no quebrantó la menor regla de la religion, guardando con tanta puntualidad la distribucion ordinaria, como si estuviera en el noviciado; las horas de oracion por la mañana, los exámenes á mediodia y á la noche, y apuntando todos los dias el particular, como lo hacia S. Ignacio nuestro Padre, la leccion espiritual, el silencio y la obra de manos pa

huir la ociosidad, las reglas de la modestia, las de los Sacerdotes y misioneros, rezando las horas á sus tiempos, siempre que tenia lugar, y diciendo la Misa con tal devocion, que la ponia á todos los que la oian: que este ejemplo es predicacion viva para infieles y fieles, para idólatras y cristianos, y esta observancia conserva el espíritu y la devocion en el alma.

Viviendo, pues, nuestro glorioso mártir una vida tan ejemplar, y habiendo convertido á la fe gran número de gentiles, catequizado y doctrinado innumerables; quiso Dios coronar su santa vida con la corona del martirio, la cual le labró por mano de un rey moro de Mindanao, que se llamaba Cachil Corralat, enemigo capital de los cristianos, el cual, estando enfermo, hizo voto á Mahoma de si le daba salud, procurar extinguir la fe de Cristo y sacrificarle los predicadores cristianos.

Aunque el voto fué tan execrable, Dios por sus ocultos juicios le dió salud, y el pérfido mahometano, en cumplimiento de su voto, envió una gruesa armada á la isla de Leite, adonde el Padre estaba, con órden que dió á sus capitanes, que á todos los Sacerdotes y predicadores cristianos que cogiesen, los sacrificasen á Mahoma, haciéndolos mil pedazos.

El primero que encontraron fué el santo P. Juan del Carpio, que salió con los suyos á hacer rostro al enemigo; y viéndolos venir para él, se hincó de rodillas, ofreciendo á Dios su vida, y en esta oracion le hicieron pedazos con sus alfanjes, perdonando á los demas: y, aunque pudieran tener gran rescate si le dejaran vivo, no le quisieron por sacrificarle á Mahoma, como se lo habia ordenado el tirano.

Su martirio fué en Ogmuz de Leite, isla de Pintados, á tres de diciembre de mil y seiscientos y treinta y cuatro, siendo de cincuenta y un años, y teniendo veintidos de religion, siendo en ella Coadjutor espiritual formado.

Escriben de su martirio las *Anuas* de Filipinas de 1634, el P. Juan Eusebio en la vida del P. Mastrillo, cap. 18, y los PP. Juan Nadaso y Felipe Alegambe en sus *Martirologios*.

P. ANDRADE.

P. VALERIO DE LEDESMA

NACIÓ el P. Valerio de Ledesma á 23 de marzo del año de 1556, siendo áun vivo nuestro S. P. Ignacio, en un lugar cerca de Medina del Campo, llamado Alaejos.

Su padre era doctor en medicina, persona de conocida virtud y buenas partes; la madre murió de sobreparto, y así solia decir con mucha gracia que la primera cosa que habia hecho en este mundo, habia sido matar á su madre.

Crióle su padre en buenas costumbres hasta la edad de quince años, en que fué recibido en la Compañía en Medina del Campo, con nombre de ingenio muy aventajado, por el P. Gil Gonzalez Dávila, Visitador que entónces era de las provincias de España, del cual referia el P. Valerio que, con ser persona tan grave, se solia entretener y comunicar con él.

Hizo su noviciado en la casa profesa de Valladolid, teniendo por su instructor y maestro al santo P. Baltasar Alvarez, con cuya doctrina y ejemplo fueron los fervores de nuestro Valerio muy grandes, de suerte que se llevaba los ojos de todos.

Acabado su noviciado se dió á la Retórica y letras humanas, en que salió tan aventajado, que luego le pusieron á leerlas en diferentes partes, é hízolo en todas con tanta satisfaccion, que no trataron en diez y ocho años de sacarle de aquel ministerio, ni el Padre tampoco se acordó de otros estudios y empleos mayores, hasta que los Superiores, viendo el caudal que para ello tenia, le arrancaron de las humanidades y mandaron entrar en el curso de Artes, mostrando el siervo de Dios su humildad y resignacion en emprender, siendo ya Sacerdote y de más de treinta años de edad, no ménos de lo que la habia mostrado en no desear estudios mayores ni tratar de ellos todo el tiempo que le ocuparon en letras humanas.

Fué discípulo en Artes del P. Cartagena, el que escribió las *Homilias*, y en Teología del P. Dr. Francisco Suarez.

Al fin de ella, con ocasion de una carta de nuestro P. Claudio, de buena memoria, en que exhortaba á todos á la mision de las Indias Occidentales, se ofreció el P. Valerio para ella, y pareciéndoles á los Superiores apropósito y tratando de enviarle á la provincia de Filipinas, lo consultó con su maestro el P. Francisco Suarez, de quien era muy amado, pidiéndole lo encomendase á Dios y le dijese si era su voluntad que fuese á las Indias, á lo cual

respondió su venerable maestro con espíritn profético: «Vaya en hora buena á las Filipinas, que allí será Provincial y dos veces Rector de Manila.»

Salió nuestro Valerio de España en julio del año de 1595, y llegó á la ciudad de Manila en agosto de 1596.

El primer ministerio en que se empleó este siervo de Dios fué el de los indios, en el partido de Butitan, de la grande isla de Mindanao, donde estuvo cuatro años fundando aquella cristiandad con fervor y espíritu verdaderamente apostólico, y como tal, fué allí perseguido del demonio, ya por sí mismo, haciendo grandes ruidos de noche en la casa en que el Padre vivia, ya por medio de algunos hechiceros gentiles, procurando hacerle daño y apartarle de aquel ministerio; pero el Padre perseveró siempre con gran valor, hasta que los Superiores, reconociendo su mucha prudencia y el gran caudal que nuestro Señor le habia dado para el gobierno, le introdujeron en él; y en tan buen punto comenzó á gobernar, que no lo dejó de hacer en cuarenta años contínuos, hasta que la edad no le dió ya más lugar para ello.

Comenzó su gobierno por el rectorado del colegio de Cebú, donde hizo la profesion de cuatro votos, habiéndole probado tambien nuestro Señor con dilatársela algunos años.

De Cebú fué á ser Rector del colegio de Manila, de donde subió á ser Provincial de aquella provincia el año de 1613, y fuélo ocho años contínuos con harta pena suya, pero con mucho consuelo y fruto de los súbditos y aumento de la provincia.

Acabando el oficio de Provincial, se retiró á ser Rector y Maestro de novicios de la casa de Probacion, de donde últimamente volvió á ser Rector del colegio de Manila, hasta que, por sus muchos años y achaques, fué forzoso aliviarle de la carga de Superior, con que se dió todo á Dios, dando contínuos ejemplos de edificacion, y ejercitando en grado superior todas las virtudes.

Fué religioso verdaderamente cabal y puntual en la observancia de las constituciones de la Compañía.

Comenzando por su mortificacion, le dió Dios un natural tan fogoso que, segun él contaba, en una junta de médicos muy graves que se hizo en Valladolid sobre cierto achaque suyo, resolvieron que era *igneae naturae in summo gradu*. De suerte, que decian no haber en los libros memoria, sino de otro sujeto de semejante natural. Con todo eso le tenia tan rendido, y era tan señor de sus acciones, que en nada se echaba de ver su cólera, si no es en la viveza de las acciones con que representaba las cosas.

Por consejo de los mismos médicos tomó por regimiento el ruibarbo y el acibar, el cual se le hizo tan familiar, que lo tomaba todos los dias sin prepa-

rativo ninguno, trayéndole en la boca como si fuera una cosa muy dulce, y esto continuadamente hasta los últimos dias de su vida.

La humildad de este siervo de Dios fué muy profunda, como se echó de ver en la dilacion tan larga de los estudios mayores y en la de su profesion.

Cuando le dieron la patente de Provincial, derramó este humilde Padre muchas lágrimas de pena y confusion; é hincándose de rodillas, fué besando los pies á todos los religiosos, diciendo que cualquiera de ellos le podia gobernar á él.

Visitaba mucha parte de la provincia á pié, sin admitir caballos ni hamacas, que es con lo que se anda en los pueblos de los indios de unas partes á otras.

En este tiempo vino de Roma patente de Visitador de aquella provincia á uno de los Padres desterrados del Japon; y luego como lo supo el P. Valerio, fué á su aposento, é hincado de rodillas le besó la mano y dijo, que allí le tenia como al menor súbdito de todos.

Su modestia y recato religioso fué raro, de suerte que sólo el verle componia, y, hasta los últimos años de su vejez decrépita, no podia sufrir que le llegase nadie á tocar.

En la pureza de conciencia fué este siervo de Dios muy señalado, confesándose todos los dias, y, en los últimos años de su vida, dijo su confesor que cada dia se confesaba de los pecados de toda su vida, unas veces en particular y otras remitiéndose á las confesiones generales que habia hecho.

Sobre estos fundamentos de mortificacion, humildad, modestia y pureza de conciencia, asentó bien el don grande que tuvo de oracion y trato con Dios.

Todas las noches, despues de haber reposado tres horas, se levantaba y ponia en oracion, perseverando en ella hasta poco ántes de levantarse la comunidad, porque entonces se volvia á recostar un poco, para entrar con algun descanso en las ocupaciones del dia, de las cuales la primera era la Misa que decia con mucha devocion y ternura, de suerte que en el altar parecia un apóstol; y él mismo confesó á una persona grave, que siempre que decia Misa y tenia delante de sí ó en su mano la Hostia consagrada, sentia á Cristo nuestro Señor, y le reverenciaba como si le viera con los ojos corporales.

Una vez le sacaron en brazos del altar, pensando se habia desmayado mas no fué sino avenida de consuelo superior, que Dios le comunicó aquel dia en la Misa.

Otra vez en levantándose, fué al aposento del Superior, y díjole que, por cumplir con la regla, iba á darle cuenta de un regalo y favor que aquella noche habia recibido de Dios, y fué, que con cierta ocasion extrínseca que se

ofreció bien apretada, y que á cualquiera otro pusiera en mucha confusion, la cual no se explica por ser cosa secreta; el P. Valerio se volvió á Dios con mucho fervor, pidiéndole luz en aquel caso y gracia para acertar, y favoreció-le nuestro Señor de suerte que se quedó transportado y en éxtasis en la oracion. Allí le regaló nuestro Señor mucho, y manifestó serle muy agradables sus virtudes, y particularmente en aquel caso, que habia hecho lo que era conforme á su santa voluntad. No fué esta la primera vez que quedó transportado este contemplativo varon, que desde España lo tuvo y despues en la Nueva España y Filipinas.

Tambien dió cuenta á su Superior de que nuestro Señor le habia regalado, prometiéndole su particular proteccion y amparo, añadiendo una palabra á un favor antiguo que le hizo en España.

Un Sábado Santo estando en los oficios, le dió nuestro Señor particular luz y sentimiento de su divina esencia y atributos sobre aquellas palabras que dijo á Moisés: *Ego sum, qui sum,* las cuales le quedaron muy impresas; y despues de algunos años se acrecentó esta luz y favor por medio de S. Francisco, de quien el P. Valerio era muy devoto; el cual decia que se las declaró con la contraposicion: *Ego sum, qui non sum; tu es, qui es,* con que las ponderaba el santo. Estando, pues, el siervo de Dios en esta contemplacion, regalándose con nuestro Señor, entendió que á las palabras: *Ego sum, qui sum,* le añadia desde entónces la palabra *tecum: Ego sum, qui sum tecum.*

Con prendas muy grandes y conocimiento particular de que nuestro Señor le tomaba desde entónces debajo de su proteccion y amparo, quedó el Padre consoladísimo.

No le favorecia y regalaba ménos la Santísima Vírgen. Comunicando su conciencia una vez con su Superior, le dijo que, de algunos años ántes, estaba certificado que la Vírgen nuestra Señora le tenia á su cargo: y su confesor dijo, que por cinco ó seis veces le afirmó que se le habia aparecido la Vírgen nuestra Señora, y le habia dicho: *Hijo, está seguro de tu salvacion.*

De aquí nacia el tierno afecto y devocion que los últimos años de su vida mostraba tener este santo varon á esta soberana Señora.

Su modo de oracion y de tratar con Dios y con su Madre era por jaculatorias, entreteniéndose mucho tiempo en una de ellas y en cada una de sus palabras, repitiéndolas muchas veces, hasta que se sentia encendido y abrasado en el amor de Dios. Y decia que habia tomado este modo de orar de S. Francisco de Asís, y que le era muy devoto por esta causa: la jaculatoria que más de ordinario usaba, era la del mismo santo: *Deus meus, et omnia;* con la cual se estaba todo el dia en la presencia y trato con Dios.

De la comunicacion y union con Dios nuestro Señor nacia lo primero, la

luz y prudencia que tenia en su gobierno, el celo con que cuidaba de la conservacion y aumento del espíritu religioso, lo mucho que sentia las faltas, las veras con que procuraba el remedio de ellas y el amor que tenia á sus súbditos, procurando que estuviesen proveidos de todo lo necesario, atendiendo por sí mismo áun á lo más menudo de la comida y vestido.

Lo segundo, el encendido amor y caridad con que amaba al mismo Dios, y el celo ardiente con que procuraba su mayor honra y gloria.

Siendo Provincial, acudió una Cuaresma á predicar todos los dias en los cuerpos de guardia á los soldados, exhortándoles á la confesion y penitencia.

Siempre que predicaba era con notable viveza y fervor, como hombre verdaderamente contemplativo, que sentia las cosas como son.

Deseó mucho padecer martirio por Jesucristo: y en una carta que, siendo Provincial, escribió al que lo era del Japon, le dice así:

«Más quisiera yo, mi Padre, ser portador que escritor. ¡Oh que envidia me viene! ¡Oh quién fuera súbdito de V. R. en esas partes, donde tan baratas valen las coronas! ¡Mas há de cincuenta años que he oido y leido grandes cosas del Japon, y debe de haber cuarenta y ocho que me ofrecí para esa mision; siempre tuve grande estima de ella; siempre me ha parecido bien Japon, pero nunca tan bien como ahora, que cuanto peor tanto está mejor! ¡Jesus! ¡qué de prisiones! ¡qué de cruces! ¡qué de fuegos, á cuyo calor nos estamos calentando acá, con grande envidia de los que andan entre esas hogueras! ¡Oh mi Padre! ¡Oh mi Padre! ¡quién fuera digno *Vestris coronis participem fieri, et pro nomine Iesu tam multa pati!: sed non omnibus datum est.* No todos son para todo. El gigante como gigante y el pigmeo como pigmeo: *divisiones gratiarum sunt.* Acuérdese V. R. de este su siervo.»

Bien mostró nuestro P. Valerio este su afecto al Japon en la generosidad de ánimo con que agasajó á los Padres y á gran número de Hermanos desterrados de aquella provincia, teniéndolos por mucho tiempo con gran regalo, vistiéndolos y sustentándolos á todos á costa de la provincia de Filipinas, sin querer que la del Japon gastase un real. Y con la mucha mano que á la sazon tenia con D. Juan de Silva, gobernador de aquellas islas, de quien fué muy estimado, negoció que se hiciese solemne recibimiento á D. Justo Ucandono y á los demas caballeros y señores desterrados por la fe.»

Muchas cosas se cuentan maravillosas de este santo varon. Una es la que refirió uno de los alcaldes ordinarios de la ciudad de Manila el dia de su entierro, y fué, que un año que tardaban mucho las naos, haciendo la ciudad rogativa en nuestra casa, y predicando en ella el P. Valerio, dijo con grande aseveracion y certeza: «Consolaos, que naos teneis ya,» y así lo recibió el auditorio y tuvo por cierto. Y fué así, llegando presto la nueva y averiguán-

dose que embocaron las naos el mismo dia que el siervo de Dios consoló al auditorio con las palabras dichas. En aquella ocasion le preguntó un Padre si habia tenido revelacion de esto, y el humilde Padre calló, con que los presentes se certificaron más de que habia sido revelacion ó luz profética la que le habia hecho hablar.

Viniendo en otra ocasion de visitar las islas de Pintados, y desembarcando en Balayan le agasajó D. Felipe Manganlibo, indio principal de aquel partido, y, en pago del hospedaje y agasajo, le pidió le echase la bendicion á una estancia de ganado que comenzaba á fundar. El siervo de Dios se puso de rodillas y estuvo gran rato en oracion, y luego echó la bendicion al ganado y estancia, y parece que Dios la confirmó; pues pasando, catorce años despues, un Padre de la Compañía por aquel partido, le contaron que no habia muerto hasta entónces de enfermedad ganado ninguno en aquella estancia, y que no solamente vivian todas las vacas con que se habia fundado, sino que parian y criaban sus crias todos los años, á cabo de diez y ocho que se habia fundado la estancia, como si no fueran viejas, lo cual tenian los dueños por cosa maravillosa y efecto singular de la bendicion que les echó el santo P. Valerio.

Una persona grave de los nuestros refirió que le preguntó al P. Valerio, qué seria la causa, que, estando de noche en su aposento, solia algunas veces resplandecer luz en él, y el Padre no le respondió, persuadido de que seria cosa sobrenatural.

Tiénese por sin duda que le pasaron algunas de este género al santo varon, las cuales él encubria con su mucha humildad, y solia decir con gracia que no era amigo de milagros y revelaciones, que muchas veces paran en resbalaciones.

Finalmente, cargado de años y merecimientos y lleno de grandes virtudes, llevó el Señor este su siervo á premiárselas en la gloria, descansando en paz á 6 de mayo de 1639, á los ochenta y tres años cumplidos de su edad y sesenta y siete de Compañía, habiendo corrido en ella su carrera tan gloriosamente, que sin duda merece ser contado entre los varones insignes que participaron de su primitivo espíritu.

Escribió la vida del P. Valerio de Ledesma el P. Francisco Colin.

P. NIEREMBERG.

P. BARTOLOMÉ SANCHEZ

NACIÓ este bendito Padre, para honra de su patria y gloria de la Compañía, en la nobilísima ciudad de Múrcia el año de 1613, dia de S. Bartolomé Apóstol, cuyo nombre le pusieron, dándole el cielo este Patron para que le imitase en la vida, como le imitaba en el nombre.

Su padre se llamó Bartolomé Sanchez, y su madre Ana Marina, personas honradas y de muy santas costumbres.

Vivieron muchos años casados sin tener hijos, y, con el deseo de ellos, ofrecieron á Dios de dedicarle á su culto el hijo varon que les diese; y despues de muchas plegarias, Misas, y sacrificios, y limosnas que ofrecieron por esta intencion á su divina Majestad, les dió á nuestro Bartolomé, que con razon podemos decir que fué más hijo de oraciones que de sus padres, y más de la gracia que de la naturaleza.

Declarólo bien su infancia, la cual fué más de ángel que de hombre, porque adelantándose la virtud á la razon, en aquella tierna edad frecuentaba las iglesias de manera, que vivia más en ellas que en su casa.

Asistia á las Misas con admirable devocion, veneraba las imágenes de los santos, y cuando volvia á casa, su ordinaria y más gustosa ocupacion era remedar á los sacerdotes y predicadores, y, juntando otros niños, les hacia sermones, exhortándoles á servir á Dios; prenuncios verdaderos de ser escogido de su mano para predicador suyo, y de lo que habia de hacer cuando mayor.

En teniendo edad competente, le enviaron sus padres á los estudios que tiene la Compañía en aquella ciudad, para que aprendiese letras humanas y divinas, y, á los primeros lances, procurando Satanás ahogar en sus principios este hijo de bendicion, como antiguamente á los de los hebreos en Egipto, le arrimó una mala compañía, peste de la juventud, que comenzó á divertirle, persuadiéndole libertades, malos juegos y malas costumbres.

Su padre, que velaba en su aprovechamiento, sintió, como tan celoso y cristiano, el divertimiento de su hijo, y puso el cuidado posible en reducirle á la virtud con exhortaciones, amenazas y castigos: quitóle aquellas malas compañías, procuró dárselas buenas, habló de nuevo á sus maestros, encargándoles á su hijo, atemorizóle con las penas del infierno y con los castigos que Dios tiene preparados para los que le ofenden, ofreció, como otro Job por sus hijos, sacrificios y limosnas á Dios por el suyo, y fué oido de su d

vina Majestad, porque le habló interiormente y le redujo al camino de la virtud.

Llegóse el año de 1628, en que se celebró en Múrcia la declaracion y martirio de los primeros mártires del Japon, con grande solemnidad por espacio de ocho dias, y oyendo nuestro Bartolomé decir á los predicadores tan grandes alabanzas del martirio, y la honra y gloria que ganan en la tierra y en el cielo los que dan la vida por Cristo, y contemplando la que habian alcanzado aquellos santos mártires, se encendió de manera en el deseo de imitarlos, con tan ardiente envidia de su dicha, que si le fuera posible, se partiera luego al Japon á padecer martirio.

Anduvo con este deseo muchos dias, sin tomar resolucion alguna, pensando, por qué medio podria cumplirle, y juzgando que el mejor seria entrar en alguna religion; se determinó de entrar en la Compañía, adonde habia tantos mártires, y penetraba todo el mundo predicando la fe de Cristo.

Encendióse más en este deseo, cuando por este tiempo partió del colegio de Múrcia el P. Hernando Perez, conocido suyo, para las islas Filipinas, con otros del mismo colegio, con los cuales deseó irse: y no habiendo lugar por entónces de recibirle, quedó tristísimo; y con vivas ansias de cumplir sus deseos, se partió á Sevilla, con grande sentimiento de sus padres, que haciendo todo el esfuerzo posible, procuraron detenerle. Pero su fervor fué mayor que su violencia, y así le puso en Sevilla con ligero vuelo, y no hallando allí á los Padres que buscaba, pasó á Cádiz, y hallando dificultad en el P. Hernando Perez para recibirle y llevarle á Filipinas, se metió en la nave en que habian de ir, y se escondió en lo interior de ella con firme resolucion de no salir á tierra, ni desistir de su intento, aunque le costase la vida. Resolucion verdaderamente digna de toda estimacion y alabanza, y de dársela á Dios muy grande, porque dió tal esfuerzo á persona de tan poca edad, que no tenia diez y ocho años, en la flor de su juventud, para alcanzar á costa de tantas fatigas, caminos, sudores, desvíos y repulsas, con tan repetidas instancias, no los adelantamientos humanos ni los honores del mundo, sino la corona del martirio; pero juntamente declaró Dios en este mancebo la flaqueza del corazon humano, con la virtud del don divino, por lo que ahora diré:

Estando escondido en la nave, y cerca de hacerse á la vela, recibió unas cartas de sus padres, en que le representaban tan vivamente el sentimiento y desconsuelo con que estaban de su partida, las lágrimas de su madre, el clamor de sus hermanos, el llanto de todos sus parientes, la falta que hacia á su padre y el dolor que todos tenian, que leyéndolas cayeron arroyos de lagrimas de sus ojos, enternecido como cera aquel pecho que parecia de diamante. Y si como le hallaron en la nave, le hallaran en tierra, sin duda desis-

tiera de su empresa, y vencido del amor de sus padres, se volviera á su patria; pero, ordenándolo así Dios, cuando estaba atravesado con el dardo de este dolor, disimulóle más por el empacho y crédito de su honra, calló por entónces y se hizo á la vela con los demas que pasaban de la Compañía; pero siempre con el dolor y sentimiento que le causaron las cartas de sus padres, no sólo tibio en sus propósitos, sino resuelto de volver á consolarlos en la primera embarcacion que hallase para España.

Tal es la inconstancia del corazon humano, y tal la fuerza del amor de los parientes y el afecto natural de carne y sangre con que todos nacemos.

El suyo disimuló nuestro pretendiente, y ostentándose constante, ignorantes los Superiores de lo que pasaba en su corazon, premiando su perseverancia, le recibieron en la Compañía, comenzando su noviciado en la nave.

Mas como la llaga encubierta criaba cada dia nueva materia y se iba empodreciendo más, iba juntamente creciendo la compasion de sus padres y el deseo de volver á consolarlos, y como no hallase medio para ello, en llegando á tierra concertó secretamente con el capitan de la nave volverse con él, escondiéndose á la vuelta, como lo habia hecho á la venida. Pero como no hay trazas que valgan contra las trazas de Dios, que le habia escogido para fertilizar su Iglesia con su sangre; deshizo sus intentos, dándole en Méjico una gravísima enfermedad.

Estaba á la sazon en el noviciado, adonde le sucedió lo que en el Prado Espiritual se cuenta de S. Pacomio, que siendo gentil y viéndose curar con grande caridad de los cristianos; se movió de manera, que detestando la idolatría, abrazó la fe de Cristo, que tal piedad profesaba, y fué santo.

Lo mismo sucedió á nuestro mártir, porque viendo la caridad y cuidado con que le curaban y asistian, más que si fueran sus propios padres y hermanos, sin haberle visto jamas, por sólo tener la ropa de la Compañía, se movió de manera, que vencida la tentacion que padecia de volver á los suyos, se resolvió firmísimamente de perseverar hasta la muerte en la Compañía, y no dejar por padres, ni hermanos, ni parientes religion que tal caridad profesaba, lo cual cumplió con tan grande firmeza, que nunca más tuvo el menor sentimiento en contrario, y respondió á sus padres con total resolucion de no verlos jamas en la tierra, exhortándolos á conformarse con la voluntad de Dios, como se verá por los capítulos de las cartas siguientes, que para mayor fe de esta verdad quiero referir aquí, y dicen de esta manera, escribiendo á su madre en 22 de junio de 1636:

«Cierto, señora y madre mia, que por dos razones, entre otras, me parece puede Vm. estar muy consolada, y creo las sabrá Vm. mucho mejor que yo, considerando y sacando de ellas mucho consuelo. La primera es, ver fué

voluntad y beneplácito de Dios, sin el cual nada se hace ni se hará jamas en el cielo ni en la tierra. Y si fué voluntad de Dios, ¿quién puede haber que á ella resista? ¿Ni qué criatura puede haber á quien le pese ver cumplida su santísima y divina voluntad? Bien tengo conocido que Vm. está muy conforme con la voluntad de Dios, y, aunque con sentimiento no poco, causado de las maternales entrañas que en Vm. conocí siempre, muy contenta de verla cumplida, como lo muestra en las dos cartas últimas que recibí de Vm. el año pasado de 1634, animándome á perseverar en mi santo propósito, etc.»

«La segunda razon es, el premio grande que Vm. recibirá de la liberalísima mano de Dios, en pago del acto heróico que Vm. hará en esto, para que permanezca en el estado que tengo. Cierto, señora mia, me atrevo á decir, que me está Vm. algo obligada, por haber sido causa de la hermosísima corona de gloria que á Vm. se le está labrando en el cielo. Porque el desconsuelo que Vm. tiene de no verme, ¿en qué ha de parar, sino en un consuelo eterno de que gozará Vm. en la presencia de Dios? Ese no poder cumplir al presente la voluntad de verme y hablarme, y finalmente, esa paciencia tan grande con que Vm. lleva todo esto, conformándose humildemente con la voluntad de Dios, ¿en qué ha de parar sino en hacer eternamente su voluntad en el cielo? Adonde confío y espero en la misericordia de Dios, que nos hemos de ver todos muy de espacio: no hay sino tener buen ánimo, señora mia, que muy breve es esta vida que vivimos, y el premio que se espera muy grande, etc.»

Y en otra carta del año siguiente de 1637, su fecha en Manila á 18 de agosto, pone otros dos capítulos, que por una parte declaran la fineza de su espíritu, y por otra la firmeza de su vocacion. El primero dice así:

«Tengo mucho cuidado de escribir á Vms. por tener entendido serles mis cartas de mucho consuelo; pero, aunque sea esto así, quisiera, padres y hermanos mios, que Vms. no pusiesen todo su consuelo en una cosa de tan poca ó ninguna monta, y para hablar con términos claros, que no les puede dar á Vms. consuelo alguno. Las palabras de los hombres y sus escritos, por muy santos que sean, no son bastantes á consolar un afligido, sin que Dios ponga la mano, y por su medio los consuele. Todas las razones y motivos que yo puedo dar á Vms. para consolarse y no sentir tanto como he sabido sienten mi ausencia, se los sabe dar Dios con mucha más retórica y viveza que no yo: y así deseo y quisiera decir con esto, que Vms. por amor de Dios, pongan su consuelo y acudan por él á quien se le puede dar, no de dos á dos años, si no es que sea á más, como yo, y ese muy limitado; sino cada mes, y cada dia, y cada hora, y cada instante cumplidísimamente, etc.»

De esta manera prosigue discurriendo cuán poco fruto sacarán de tenerle presente, y cuántas penas les pudiera ocasionar su asistencia en España, como se experimenta en otros, y últimamente concluye su carta con el capítulo siguiente:

«Yo quedo bueno con salud, tan contento y más que ántes, y tan agradecido, aunque no como debiera, á Dios nuestro Señor por haberme traido á estas partes, que si me viera ahora en España, sabe su divina Majestad luego al punto me volviera á ellas sin detenerme una hora, y para que Vms. conozcan cuánto contento tengo de verme por acá, una de las mayores penas que padezco, es que sueño algunas noches que estoy en España y en esa ciudad, tan al vivo que no lo puedo significar con palabras; y el pesar me despierta y consuela reconociendo que ha sido sueño, y que á la verdad estoy en Manila, y áun no acabo de desechar el sentimiento que me causa el sobresalto, aunque soñado.»

Todo lo dicho es de este siervo de Dios, en que declara cuán de raíz le curó Dios la llaga que le causó la primera carta de su padre, y cuán firme y arraigado quedó en su vocacion, vencida con tan gloriosa victoria la primera tentacion.

Mas, volviendo al hilo de nuestra historia, despues que convaleció, así de la enfermedad del alma como de la del cuerpo, la cual le dió el Señor para sanarle de aquella, como se vió por el efecto; abrazó con grande fervor la disciplina religiosa, esmerándose entre todos en la observancia de ella: y, llegado el tiempo, se embarcó para Manila, adonde comenzó sus estudios de Filosofía, en que salió tan aventajado, que le dieron el acto mayor de todas las Artes, prefiriéndole á todos sus condiscípulos.

Pero en lo que más se esmeró, fué en la disciplina regular, en la devocion y silencio y en el ejemplo y edificacion que dió así á los de casa como á los de fuera, que es el primer estudio que debe tener el religioso.

Entre otras devociones fué muy singular la que tuvo el Apóstol de la India S. Francisco Javier nuestro Padre, á quien tomó por dechado, patron, amparo y maestro de todas sus acciones, con una ternura tan grande de corazon, que no le podia nombrar sin cordial sentimiento de su alma, la cual ternura le nació de una voz interior que sintió un dia, que claramente le dijo: *Sé devoto de este santo y quiérele bien, pues tan conforme es á tu gusto y natura.*

Aumentóse esta devocion con la venida por aquel tiempo á Manila del santo mártir el P. Marcelo Mastrillo, á quien el nuestro comunicó íntimamente, porque como dice el Espíritu Santo, fácilmente se convienen las aves de la misma calidad. Y como los corazones de los dos eran tan semejantes en la calidad y en los deseos, fácilmente convinieron, y el P. Bartolomé le comu

nicó sus deseos de pasar á Japon, y, por su consejo, escribió á nuestro P. General, pidiéndole licencia para cumplirlos. Dióle juntamente una letanía, que habia compuesto de loores y epítetos de S. Francisco Javier, la cual rezó de allí adelante todos los dias al Santo, en cuya devocion y deseo del martirio se encendió de manera, que hizo la demostracion siguiente:

Hirió su pecho encima del corazon, y tomando de la sangre que corria, como si saliera del mismo corazon, hizo una cédula de obligacion al santo, en la forma siguiente: «Yo, Bartolomé Sanchez, religioso indigno de la Compañía de Jesus, hago voto y me obligo á Dios nuestro Señor y á S. Francisco Javier mi Padre en su nombre, de pasar al Japon, si me dieren licencia para ello, y dar allí la vida por Cristo, cuando se ofrezca la ocasion del martirio, y para mayor firmeza lo firmé en Manila con sangre de mi corazon,

FRANCISCO SANCHEZ, *siervo indigno de S. Francisco Javier.*

Esta cédula entregó al santo P. Marcelo Mastrillo, como á secretario del Santo Apóstol, quedándose con un traslado para renovar su obligacion, testimonio del fervor de su espíritu y de los deseos vivos que siempre tuvo del martirio, testigos abonados de haberle escogido Dios para él en sus principios; porque los deseos son semilla que siembra Dios en los corazones de aquellos á quienes ha de dar las obras, como el labrador para coger despues el fruto. En las heridas que hizo echó polvos de reliquias que tenia del Santo, así para darle posesion de su corazon, como para entrañarle más en él.

Mas, porque puede ser que mirando alguno accion tan extraña y desusada, la juzgue por imprudente, censura que padecen ordinariamente las cosas nuevas y extraordinarias, le ruego que advierta que semejantes obras, en personas espirituales, no se hacen sin impulso superior de Dios, como lo declaran los efectos que causan.

De S. Enrique Sufon se dice en su vida que grabó con un buril el nombre santo de Jesus encima de su corazon, abriendo las letras en la carne viva, á costa de su sangre, y se le imprimió en las médulas de su corazon de manera, que no se apartaba de su memoria, y siempre pensaba y hablaba de él con una dulzura y suavidad inefable.

Así parece que le sucedió á nuestro santo mártir en esta accion, porque desde aquel dia comenzó á sentir tan raros favores de S. Francisco Javier, y, por su medio de la Majestad de Dios, que no le apartaba de su memoria, y siempre se paladeaba con su nombre, como si fuera un panal de miel.

Encendióse en amor y devocion con la Santísima Vírgen, á quien tuvo siempre por Madre, y la amó y reverenció como á tal.

Cobró nuevo afecto al B. Estanislao, como á hijo regalado de la Reina del cielo, y se encomendaba á él ordinariamente.

Sintió grande aliento para la observancia regular y un grande fervor para la mortificacion, oracion, silencio, obediencia y rendimiento á sus Prelados, y tan grande paz en su alma que, aunque ardia en vivos deseos de pasar al Japon á padecer martirio, no le alteraban ni le inquietaban un punto, gozando de una suave tranquilidad, reconociendo que era la voluntad de Dios á quien deseaba agradar, que es la piedra del toque de la verdadera vocacion.

Sintió en particular un grande afecto á la pobreza, y voces interiores que le daba el Santo para que usase siempre no vestido lustroso, sino pobre, viejo, raido y remendado, como el Santo le usó.

Una vez que le dieron unos zapatos nuevos, tuvo tal remordimiento de conciencia, que no le pudiendo sufrir, se los quitó dentro de media hora y se puso los viejos, con que cesó la batería que padecia.

Lo mismo le sucedió otra vez que le trocaron, sin verlo, el sombrero viejo que traia por otro mejor, sintiendo las voces de su Santo Javier que le reprehendia por él, y luego se le quitó: que los santos reparan mucho en cualquiera imperfeccion y quieren á los suyos vestidos de su librea.

Sintió tambien grande favor en el Santo contra las tentaciones y combates de Satanás, en los cuales le llamaba siempre en su favor, y le sucedió una vez hallarse acosadísimo, dejándole el Santo pelear con su enemigo, como valiente soldado; y viéndose apretado dió una voz, diciendo: «¡Favor, favor Santo mio, que no puedo ya más!» y luego vió con los ojos corporales salir unas sombras negras de donde estaba, y cesó la tentacion, quedando victorioso y rico de merecimientos de aquel combate.

Con este porte de vida pasó el curso de sus estudios, adelantándose cada dia así en la ciencia como en la santidad, dando á todos ejemplo de observancia y religion, hasta que llegó el tiempo de ordenarse de Misa, para la cual se preparó con unos fervorosos ejercicios, suplicando á su santo patron y maestro S. Francisco Javier, que fuese su padrino y le asistiese, para ofrecer dignamente á Dios aquel sacrosanto sacrificio, y juntamente con él su corazon, su vida y su sangre, para derramarla por su amor.

Dijo su primera Misa dia de la Natividad de Nuestra Señora, á quien puso por medianera para conseguir esta merced de Dios, y tuvo indicios ciertos de haberla alcanzado, por lo que ahora diré:

Haciendo los ejercicios dichos, sintió alguna sequedad en su alma, y recelándose que por su tibieza le habia dejado su santo Patron, bajó de su aposento á su altar, y, postrado delante de su imágen, le pidió con lágrimas perdon de sus culpas y de las que cometia en su servicio, y que no le desampar

se por ellas. Estaba su imágen pintada con sobrepelliz y estola, y parecióle que le cubria una grande cruz desde la cabeza á los pies. Al principio dudó si era verdadera cruz ó fuerza de su imaginacion, hasta que ratificándose en ello á visos de mayor luz, conoció que era verdad y sintió en lo interior que el santo le decia se preparase para ella, en que se persuadió que Dios le concedia la merced que tanto deseaba de morir por su amor, si bien no entendió con qué linaje de muerte habia de padecer.

Siguióse á esto una amorosa reprehension ó queja que le dió el Santo, diciendo: «¿Cómo dices que te he dejado, habiéndote hecho tantos y tan contínuos beneficios?» y en un instante se le representaron vivamente los que habia recibido de su mano, y la voz interior prosiguió diciendo: «Déjate gobernar, pues te has puesto en sus manos, que no está el agradar á Dios en tener devocion sensible; ahora es tiempo de padecer, descuida de tus cosas, y, cuando mucho, no hagas de ellas más que una simple representacion; cuida de imitar sus virtudes, y ofrece la Misa en accion de gracias por las que Dios te dió.»

Aquí dió fin el oráculo divino, y el siervo de Dios quedó enseñado y confortado á padecer por Cristo y á dejarse en las manos de su santo Patron, el cual le cumplió sus deseos en la forma que diré.

En ordenándose de Sacerdote, viendo los Superiores su fervoroso espíritu y la sed que padecia de la conversion de los gentiles, le enviaron á la grande isla de Mindanao, al puesto más dificultoso, que era el del presidio que entónces estaba en Boayen, en el rio principal de Mindanao.

Aquí dió principio á su predicacion, así con los soldados españoles del presidio y con los indios ya convertidos, como con los moros comarcanos que eran los más terribles y aversos á nuestra santa fe, á los cuales ganó con su mucha afabilidad y buen trato: y conquistadas las voluntades, pasó á ganar las fuerzas de sus entendimientos, convenciéndolos con razones á creer y confesar las verdades de nuestra santa fe.

Habiendo convertido á muchos, navegando con próspero viento en su predicacion, fué llamado de su Provincial al colegio de Zamboanga, que es el principal de aquella isla, y aunque el primero era contrario á su salud, pero anteponiendo el bien espiritual de las almas á su comodidad y áun á su vida, pidió con instancia volver á él, para proseguir la conversion comenzada de tantos infieles como habia en aquella tierra, y sus instancias fueron tales, que lo consiguió.

En volviendo, comenzó la mision de sí mismo, haciendo unos largos y fervorosos ejercicios, que parecia tener noticia de que habian de ser los últimos de su vida. La cual fué ejemplarísima en aquella residencia, dándose á la

oracion y penitencia con grandísimo fervor; que el buen soldado de Cristo prueba primero las armas de la predicacion en sí mismo, ejercitando lo que dice.

Por este medio convirtió este predicador muchos gentiles, y andaba tan gustoso de verse entre ellos, esperando cada dia la corona del martirio, que como dándose el parabien, escribió á sus amigos que estaba gozosísimo de verse en tierra adonde valian tan baratas las coronas del martirio, y que asi como aquella isla se habia conquistado para el rey á costa de la sangre de sus soldados, se habia de conquistar para Dios á costa de la sangre de los predicadores, como en la verdad sucedió, siendo él el primero que la regó con la suya, como ahora diré.

Despachóse en 1.º de junio de 1642 un chapan, que es un género de embarcacion grande, para el socorro de la fuerza de Boayen; embarcóse el santo mártir con los soldados, para animarlos, y confesarlos, y administrarles los Sacramentos.

Para impedir este socorro salieron dos reyes moros de Mindanao, Corralat y Mananquior, con más de sesenta velas, y cercaron á los nuestros que se defendieron dos dias.

Con extraño valor andaba el P. Bartolomé con una imágen de Cristo crucificado en la mano, animando á todos y confesando á los que morian; mas como los moros eran tantos y los cristianos tan pocos, rindieron la nave y cautivaron á 21 españoles, y conociendo al Padre por predicador de la fe de Cristo; con furor rabioso, nacido del odio mortal que los mahometanos le tienen, arremetió al mártir el rey Mananquior con la daga desnuda.

Cuando el Padre le vió venir contra él, acordándole la amistad que poco ántes habian tenido en su tierra, le dijo lo que Cristo á Judas: *Amigo, amigo*, mas el pérfido respondió en su lengua: «No, no hay amigo.» El Padre se hincó de rodillas, y clavando los ojos en el cielo, ofreció á Dios su vida, y el tirano le pasó con la daga la garganta, y otro soldado moro le abrió la cabeza con su alfanje y juntamente las puertas el cielo, adonde voló su alma, triunfando con la victoria, para reinar eternamente en compañía de los mártires de Cristo, declarando los infieles, que sólo les movió á este homicidio el odio de la fe de Cristo.

Perdonaron las vidas á todos los cautivos, sino fué á un niño inocente llamado Javier, que traia el Padre consigo, al cual enviaron en su compañía mártir al cielo.

Los cristianos recogieron sus pobres alhajas por reliquias, estimándola por un precioso tesoro, como de mártir de Cristo, y como tal le celebró la ciudad de Manila, y lo mismo se hizo en la ciudad de Múrcia cuando se supo

su martirio, donde se celebró todos los años á 1.º de junio, que fué su dichosa suerte, año de 1642, teniendo veintinueve de edad y once de Compañía. Muriendo tan gloriosamente triunfó de sus enemigos, los cuales desde aquel dia perdieron el ánimo y las fuerzas, y trataron paces con los españoles; y el miserable Mananquior fué vencido y derrotado de otro rey de Mindanao, llamado Monoay, y quedó pobre, sin gente y sin vasallos, triste, desterrado y desconocido hasta de su propia mujer: que de esta manera castiga Dios á los que persiguen á los suyos.

Tratan largamente de la vida y martirio de este bendito Padre las cartas *Anuas* de Filipinas, del año de 1642, de donde se sacó esto. Tráenla en sus martirologios el P. Felipe Alegambe y el P. Juan Nadaso.

P. ANDRADE.

H. JUAN DE BALLESTEROS

La vida del H. Juan de Ballesteros fué tan singular y tan llena de varios sucesos, que en ella parece que hizo Dios alarde de su piedad y providencia, y de la grande misericordia que usa con los pecadores, trayéndole por tan varios caminos á su santo servicio, y conservándole en él por tantos años, y levantándole de vida rota y desconcertada á hombre espiritual y contemplativo, como ahora veremos.

Nació el H. Juan de Ballesteros en Extremadura, en un lugar pequeño, de padres ricos y honrados, los cuales le faltaron al mejor tiempo, quedando huérfano y niño, con más viveza que años, y más atrevimiento que seso.

Crióle una tia suya, á quien el Hermano llamaba santa siempre que la nombraba, y lo fué sin duda, porque veia en ella virtudes que la hacian digna de tan ilustre nombre.

Deseó aquella piadosa mujer darle á mamar las virtudes, juntamente con la leche; pero con su natural altivo y sanguineo, que ya en aquella tierna edad se mostraba demasiado vivo é inquieto; la buena semilla de las santas instrucciones que le daba, vino á degenerar en espinas.

Prevaleció finalmente su natural indómito, contra los buenos consejos de la tia, por no ser áun capaz de recibirlos, y dejándose llevar de su libre na-

tural, dejó la casa de su tia y de sus padres y su mismo pueblo, cuando apénas llegaba á los seis años. Fué seguido de los suyos al punto que supieron la fuga, y alcanzándole, le volvieron á su casa.

Enseñáronle las primeras letras, que aprendió con facilidad, aunque siempre con armas ó remedadas ó verdaderas, que era á lo que le llevaba su inclinacion más que á las letras.

Apénas supo leer, cuando se huyó otra vez, y llegando á la ciudad de Córdoba, donde un pariente suyo intentó hacerle proseguir en la escuela, se huyó tambien de allí para una aldea cercana.

Vióle un caballero que iba á la córte á sus pretensiones, y pareciéndole á propósito, se le llevó consigo por criado; pero despues le cobró tanto amor por verle tan vivo, puntual y obediente, que le trató como á hijo: hizo de él toda confianza, entrególe las llaves de toda su casa, aunque no tenia entónces más que diez años.

Oyendo un dia caja de guerra, se sintió tan inclinado á ella, que dejando la quietud y comodidad de la córte, se ciñó espada y se fué á la Andalucía.

Tuvo en varias partes de ella, por donde discurrió, muchas pendencias, que sin buscarlas se le ofrecian, y era tan arriscado y valiente, que hiriendo á muchos, nunca salió herido.

Ganó en estas lides fama de valiente, pero nunca pudieron recabar con él, ni con ruegos ni con amenazas, que tomara las armas en daño de tercero, porque siempre que sacó la espada, ó fué para defenderse de los que le embestian, ó para defender á sus amigos.

Viendo el enemigo comun el recato con que nuestro Juan jugaba las armas sin querer ofender á nadie con ellas, determinó de tomar contra él las suyas, para hacerle usar mal de su esfuerzo y valentía. Un dia yendo á Córdoba, siendo ya mancebo, se le apareció en figura de un hombre de campo, que acaso bajaba de un collado hácia el camino. Trabó con él conversacion, y, de unas en otras, vino á prometerle montes de oro, si se atrevia á matar á cierto hombre que él le señalaria.

Causóle esto horror al mancebo, y otras cosas impías, que el enemigo comun le persuadia, en particular, que no oyese Misa ni entrase en las iglesias, costumbre que siempre guardó toda su vida, áun en medio de sus valentías, que cuando pasaba por alguna iglesia, por lo ménos hacia oracion, ya que no pudiese oir Misa.

Dábale gran pena al demonio el verle tan inclinado á obras de piedad y devocion, y así procuró con sus razones persuadirle las dejase, que aquel ejercicio más era propio de monjes y de mujeres, que de un hombre como él, que profesaba las armas.

Conoció nuestro Juan la ponzoña que le daba á beber en la copa dorada de su inclinacion militar, y díjole, que se fuese con Dios ó con el diablo, sino queria que hiciese con él lo que le persuadia hiciese con otro, pues hombre que así le hablaba, no podia ser cristiano.

Llegaron los dos en lo más fervoroso de su conversacion á vista de una cruz, de las que suele haber en los caminos, y entónces se le desapareció el compañero, dejándole con el horror y espanto que suele causar semejante compañía, porque quedó persuadido con aquella ausencia repentina, que le obligó á hacer la santa cruz, á que era su mayor enemigo, y el del linaje humano, el mismo demonio.

Pasó despues á Sevilla, donde encontrándose con un hombre de su tierra, trabó con él tan grande amistad, que le persuadió que le acompañase á la Nueva España.

En Méjico fué donde nuestro Ballesteros, como más entrado ya en edad y de más fuerzas, dió mayores muestras de su valentía. Era célebre su nombre entre la gente moza de su profesion, y se tenia por dichoso el que alcanzaba traerle á su lado para sus pendencias.

Oyó un dia tocar cajas, que era el instrumento que le movia los ánimos, en órden á conducir gente para Filipinas. Preguntó á sus amigos, llevado de la novedad del caso, si en aquellas islas habia Sacerdotes y si se decia Misa: y entendiendo de ellos, que allí florecia mucho la cristiandad, y habia grandes conversiones y conquistas de gentiles y moros; sintió en sí un gran deseo de pasar á ellas, por parecerle habia muchas ocasiones de pelear contra enemigos de nuestra santa fe.

Cumpliéronsele muy bien sus deseos en las islas Malucas, porque se halló en ellas y peleó con grande esfuerzo en muchas ocasiones, cuando las ganó para los Reyes Católicos, D. Pedro de Acuña.

De allí pasó á la isla de Cebú, y luego á la de Leite, donde por órden del corregidor se estaba haciendo gente española para resistir al Mindanao que andaba por aquellas costas robando con una gruesa armada: y viendo nuestro Juan que no surtia efecto, y que los españoles, como gente advenediza, indios y mestizos de pocas obligaciones, se desavinieron; él solo se determinó a embestir con toda la armada en un pequeño navío que allí halló de indios.

Portóse con más audacia que prudencia en el caso, si bien el suceso fué raro, pues el enemigo que estaba dado fondo en la barra de un río, se puso en huida por aquellas playas, dejando los navíos al ruido de los arcabuces que les tiraba, entendiendo que era armada de españoles, y, si no turbarse los indios que llevaba, pudiera librar á un Padre de los nuestros que allí iba cautivo.

Los que iban huyendo, reconocieron que no era armada, sino un pequeño navío, y al punto revolvieron sobre él, y el arriscado mancebo, barándole en la playa, se escapó de sus manos libre de este peligro, no poco vanaglorioso.

Atribuyéndolo á su esfuerzo y valentía y no á la divina proteccion, cayó en otro mayor; porque fatigado de lo mucho que trabajó peleando, se entró por el monte, así porque el enemigo no le hallase, como para tomar algun descanso en la espesura. Allí tendido en tierra, se quedó dormido, y despertando á poco rato despavorido, vió sobre sí un indio feroz con la lanza enristrada para matarle: levantóse de un brinco con tanto brío y ánimo, que se le quitó al indio, el cual lleno de espanto, le dejó y se puso en huida.

Entónces, para que él no pensase néciamente que se habia librado con sus armas, pues con la turbacion no se pudo servir de ellas, ni áun tomarlas en la mano, oyó una voz, que clara y distintamente le decia: *Ahora, ¿quién te ha librado de un tan evidente riesgo de la vida?*

Quedó suspenso con el trueno de esta voz, aunque no persuadido á lo que le decia.

El dia siguiente, yendo por el monte perplejo y confuso, sin saber en dónde estaba, se le puso delante de los ojos un brazo vestido con una manga como de sotana de la Compañía. Admirado de tal vision, y pensando lo que aquello significaba, fué penetrando por el monte hasta dar en un pueblo donde estaba un Sacerdote de los nuestros, que le administraba, sirviendo de gobernador y cura.

Entónces oyó interiormente que le decian: *aquí te quiero*, y entendió por esta voz el misterio del brazo con la manga de sotana, y reconoció que el haberse librado de los enemigos y de la muerte, fué merced de Dios nuestro Señor, para que le sirviese en su casa, acompañando á aquel Padre que allí veia.

Repugnó por mucho tiempo á la divina inspiracion su ánimo inquieto é inclinado á la guerra, mas finalmente, como forzado de ella más que de voluntad, se vino á rendir á Dios que le llamaba.

De veinticuatro años era Ballesteros cuando se determinó á dejar el mundo y las armas corporales, y echó mano de las espirituales para hacer guerra con ellas al demonio, mundo y carne.

Ofrecióse al Rector de aquella residencia de Carigara por criado de los Padres, para acompañarlos y servirlos en aquellas misiones apostólicas.

Anduvo en ellas muchos años, discurriendo por los pueblos, juntando los indios, haciendo casas é iglesias para los Padres, y venciendo muchas dificultades que entónces se ofrecian, por estar allí la cristiandad en sus principios.

Eran los indios feroces, como gentiles que profesaban la idolatría; todo era matarse unos á otros, ya con armas, ya con yerbas y hechizos, sin tenerse nadie por seguro de su tósigo. La confusion en que los Padres se veian era grande, pero nuestro Juan todo lo vencia, los indios le temian como á superior suyo en ánimo y fuerzas, y les hacia que se sujetasen y rindiesen á la doctrina, pero juntamente le amaban por las muchas buenas obras que les hacia.

Entre otras fué una, y para ellos la más grata, el librarles de un indio bárbaro, feroz, valiente, montaráz y que tenia fama de grande hechicero. Este no sólo tenia atemorizados los pobres indios con los hechizos, sino con las armas; andaba de un pueblo en otro matando gente, hacia emboscadas por los caminos, y no perdonaba á enemigos ni áun á amigos.

Resolvióse nuestro Juan de prenderle y llevarle á la justicia, que la estaba haciendo rigurosa en aquella sazon de semejantes hombres, en la cabecera de Dulac, allí cercana; puso ánimo á los indios, que no le tenian, para emprender hazaña á sus fuerzas imposible. Fué con una tropa de ellos á una casa que tenia en la espesura de los montes; sus compañeros no se atrevieron á subir con él, mas el esforzado mancebo subió con gran denuedo, y viendo al indio que allí estaba, le puso tanto espanto, que le turbó y no se atrevió á hacerle resistencia; echóle mano, y ya que le tenia bien asido, subieron los demas y maniatáronle; así le llevaron atravesando con él todos aquellos pueblos y sementeras, hasta llegar al de Dulac, donde estaba el corregidor, con grande aplauso y alegría de toda la tierra.

Entrególe el preso, y conocidas sus maldades, le ahorcó para escarmiento de los demas.

Volvióse al pueblo de Alangalang, donde entónces acompañaba á un santo Padre que allí estaba, cantando victoria de haber librado á aquel pueblo y a los demas de un tan fiero y cruel enemigo.

El buen Padre era escrupuloso, y viendo que aquella justicia y otras á este modo se habian hecho por medio de una persona que era familiar de nuestra casa, y que profesaba á su modo vida religiosa, aunque todavía en hábito seglar, le dió escrúpulo y le echó de su compañía.

Obedeció humilde el buen Ballesteros, y aunque la naturaleza hacia su oficio, y el demonio tambien, estimulándole á que de veras se fuese y dejase los Padres, y prosiguiese el ejercicio de la guerra, no se dejó rendir á tan récios combates; fuese con increible paciencia á la puerta de la iglesia, y allí se estuvo una semana entera.

Dormia al sereno, y allí estaba dia y noche, sin más reparo y abrigo que el que le daba el desnudo suelo. Su sustento era las sobras de los mozos de casa, que ellos movidos á compasion le llevaban.

Su ocupacion era orar y pelear consigo mismo y con su belicosa inclinacion, que le daba fuertes combates sin cesar, para que dejando aquella afrenta, volviese á gozar las glorias de su esfuerzo que ántes tenia.

Supo este caso el Rector de la residencia, y, corrigiendo el indiscreto celo de aquel Padre, le consoló y animó á perseverar en lo comenzado, volviéndole á casa y advirtiéndole que nunca hiciese cosas semejantes de prender indios sin darles ántes parte.

Con estas y otras semejantes ocasiones de padecer que cada dia se le ofrecian, caminaba por la vía espiritual á largas jornadas.

Todo su negocio era el de la oracion y trato con Dios, con quien tenia de ordinario familiaridad. En todas sus ocupaciones le tenia presente, sin dejarle de dia ni de noche.

Su ayuno era perpétuo, pues apénas comia en todo el dia cosa de sustancia. Maceraba su cuerpo con ásperos cilicios y rigurosas disciplinas hasta derramar sangre, para sujetarle al espíritu. Apénas dormia de noche, porque siempre estaba amando á Dios y pidiéndole misericordia.

Quedóle el cuerpo con estos ejercicios tan rigurosos hecho un esqueleto, y al paso que este se le debilitaba, crecia el fervor de su espíritu. Sentíase muchas veces transportado en Dios y como privado de los sentidos.

En estos éxtasis recibió su entendimiento grandes ilustraciones, y su voluntad quedó abrasada en amor divino; pero comunicándolas con algunos religiosos, por parecerles muy oscuras ó que excedian la capacidad de un hombre sin letras, no le daban crédito, decíanle que se dejase de aquellos devaneos y comiese, que con la cabeza debilitada de la mucha abstinencia, deliraba.

Los mismos que hacian burla de él y atribuian aquellas cosas á flaqueza de cabeza, comunicándole más despacio, y reconociendo que aquello provenia de Dios, y que, conforme á las reglas que daban los maestros de espíritu, eran las cosas que decia divinas inspiraciones, ingenuamente confesaban que habia alcanzado un muy alto grado de contemplacion, porque era cosa que causaba admiracion oirle hablar de puntos delicados de espíritu, y verle tan docto en la Teología mística, siendo un pobre soldado.

En esta ciencia y Filosofía divina, su principal maestro fué uno de los espíritus celestiales que muchas veces se les mostraba y dejaba ver muy apacible y benigno.

Este le daba altísimos documentos para conseguir la perfeccion religiosa que profesaba; este le detenia cuando iba á caer, le enderezaba cuando iba torcido, le alumbraba en sus tinieblas, le consolaba en sus aflicciones, le reprehendia cuando faltaba, y le espoleaba para que corriese en el camino de la santidad que habia comenzado.

Con todo eso al tiempo que gozaba la doctrina y enseñanza de tal doctor y maestro como era la del santo Angel de la Guarda, sintió tambien los combates del demonio, que se le mostraba visible en horrible figura; no cesaba de tentarle y afligirle de mil maneras; ya le embestia con fortísimas tentaciones de la carne, ya le congojaba con penosos escrúpulos, ya le oscurecia el entendimiento con tinieblas, ya le llenaba la voluntad de tedios y hastíos á las cosas de virtud, ya le traia á la memoria cosas feísimas y deshonestas, ya le incitaba el ánimo á que siguiese el ejercicio de la guerra, ya le azotaba y heria su cuerpo con recios golpes, cuando le menospreciaba.

No pocas veces se sintió este noble soldado de Cristo herir y maltratar corporalmente de nuestro comun enemigo; pero con el patrocinio del divino espíritu que le asistia, se le mostró esforzado y valiente siempre en medio de sus furias y combates.

Enmedio, pues, de estas luchas que eran contínuas, viéndose promover tan eficazmente de aquel divino espíritu á una vida perfectísima, sentia por otra parte quien le resfriaba y detenia en sus santos propósitos; porque algunas personas, con buen celo, movidas de compasion por ver lo que padecia, le persuadian á que dejase aquel modo de vida.

Decíanle que aquella su oracion y contemplacion estaba muy sujeta á engaños é ilusiones, que se ajustase á otro modo de orar más fácil y seguro, que no hiciese caso de aquellas sus revelaciones ó ilustraciones, ó de las visiones que sentia, que quizá eran engaños del demonio, y le exhortaban á que siguiese el modo comun y trillado de la virtud que otros profesaban.

Grandes fueron las angustias que padeció su espíritu en estas dudas, y viendose inclinado á esto último que los hombres le persuadian como más fácil, todo su negocio era inclinar tambien á su maestro y guía, que era el Santo Ángel, á que aquello bastaba.

Rogábale instantemente, pedíale con lágrimas, movíale con suspiros á que, dejado ya aquel modo de orar y contemplar tan alto y levantado, ó le redujese á método más fácil y humilde, ó le dejase en su simplicidad, perdonándole su cobardía. ¡Oh desventurado! le respondió el ángel rendido á sus ruegos, daréte gusto, más te valiera no haberme visto; dejaréte, y juntamente abundantes motivos, para que toda tu vida llores.

Desde aquel punto que el espíritu celestial se le ausentó, perdió aquellos divinos sentimientos é ilustraciones, careció de la dulzura que ántes sentia en su espíritu, y padeció en él grandes sequedades y desconsuelos, todo lo cual, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, manifestó á su confesor y al Superior de la residencia con palabras bien significativas de su dolor y sentimien-

to; con todo eso no se enfrió nada en el servicio de Dios, ni le faltó aquel fervor y aliento de espíritu que ántes tenia.

Veinte años se mantuvo en este humilde estado de siervo y esclavo de los Padres. Su vestido era como de un pobre indio; traia sola una jaquetilla y calzones de una tela basta que tejen las indias; andaba descalzo de pié y pierna, y sin sombrero.

Su comida era de ordinario un poco de arroz cocido con agua y sal, y cuando mucho, algun pescadillo salado que le daban los indios. Usaba la misma mesa, manteles y platos que ellos, que son hojas de árboles; comia con ellos y como ellos, y dormia como ellos; y finalmente, no se diferenciaba en otra cosa de ellos, sino en aquel aliento gallardo y lozano que le dió la naturaleza.

Su ocupacion era mixta de la vida activa y contemplativa, que siempre las hermanó sin apartallas.

Cuando estaba en casa, todo lo hacia y á todos ayudaba, sin haber oficio alguno que no ejercitase: ya se ocupaba en la cocina, ya en la ropería, ya en la huerta haciendo oficio de hortelano, ya en las obras, siendo el principal agente de ellas, ya en el pueblo, ayudando á los indios á componer sus casas, ya en los cementerios, ya haciendo hermosos planteles de árboles frutales escogidos en forma de claustro para las procesiones, ya cultivando jardines de varias flores para el adorno de los altares, ya criando varios animales con maravillosa industria y traza para el sustento de los Padres, ya en la escuela de los niños que tenia divididos en varias decurias, enseñándoles la doctrina cristiana, y á leer y escribir, ya ordenando con ellos graciosísimas danzas para el festejo de las fiestas del Corpus y Pascuas, con tantos primores y gallardía, que admiraran á la gente de Europa.

En todas las residencias hay hoy reliquias de la enseñanza del H. Ballesteros en esta materia, y hasta en Manila fueron célebres sus danzas, las mas lucidas de todas, cuando se canonizaron nuestros santos.

De la música eclesiástica tuvo gran cuidado, y la adelantó en todas partes. Siempre que le enviaban á Manila por provision, llevaba los hombres diestros que hallaba y las tonadas y villancicos que oia, para que allá se cantasen. Tenia gran multitud de todo género de instrumentos músicos en que ejercitaba á los niños y mancebos, y sacó excelentes músicos de ellos.

A los indios componia en sus pleitos, exhortábalos al trabajo de sus sementeras, traíalos á la iglesia, cuando reparaba que no acudian: á todos los conocia, á todos los trataba y á cualquiera que faltaba echaba ménos, y le reprehendia con amor y caridad, y le traia con dulces palabras.

Era en la iglesia, cuando no habia Padre en el pueblo, excelente ministro;

exhortábales y predicábales con tan gran celo, fervor y espíritu, que les hacia saltar las lágrimas. En la elocuencia, en su lengua, ningun Padre le hizo ventaja; y así muchas veces le mandaban, estando ellos presentes, que predicase, por parecerles que hacia más fruto.

Las iglesias y casas que edificó y reedificó, por haberlas los enemigos destruido, son innumerables. Él mismo iba al monte con los indios á cortar las maderas y traer la piedra para las fábricas, sin más abrigo y reparo que ellos: andaba tostado de sol como ellos, con ellos se mojaba cuando llovia, y sentia frio cuando ellos le sentian, y en el trabajo corporal era el primero.

Era de ver la alegría y fiesta con que trabajaba, y de cuando en cuando les hacia alabar á Dios á grandes voces. Su industria les facilataba el trabajo, sus palabras les alentaban, su ánimo y esfuerzo se le ponia, su alegría les hacia andar siempre alegres; era en los caminos su guía, en las navegaciones su piloto, médico en sus enfermedades, pues muchas veces los sanaba con sólo el tacto de sus manos en tiempo que era favorecido de su ángel; y era, finalmente, el todo de los Padres.

No habia pueblos en todas las islas más lucidos en todo género de cosas, así en edificios, música y adorno, como en huertas, limpieza y aseo, y de gente más bien disciplinada y doctrinada, que los que él tenia; y así los Padres de otras residencias iban muchas veces á verlos y volvian admirados.

Despues que su ángel le dejó triste y confuso, siendo áun indio en el hábito, y en el esfuerzo español, religioso en obras, y en el ministerio varon apostólico; cayó en una grave enfermedad de disentería y flujo de sangre, que le atormentó gravemente cuatro años.

En este trabajo se purificó su alma como el oro en el crisol. Juzgaba ser aquel achaque justa pena de la ingratitud que usó con el celestial maestro, cuando le dió de mano, rogándole le dejase: lloraba su desamparo, echaba ménos sus consuelos, llamábale con suspiros, deseábale con ansias y pedíale le favoreciese en aquel conflicto.

Fué grande el desamparo interior y exterior que padeció en esta dolencia, sin médico que le curase, sin enfermero que le asistiese, y sin medicina alguna en que confiase; sólo un niño le asistia y daba lo que habia menester de sustento para no morirse; pero en estos sus contínuos trabajos y dolores, siempre tenia puesto el corazon en Dios, pidiéndole no le desamparase. Aquejóle de suerte la enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte, y así se consideraba ya y portaba nuestro Juan como moribundo.

Estando un dia ya como en las ansias de la muerte y con la aprehension de la cuenta que presto habia de dar á Dios, se le representó en una vision Cristo Señor nuestro, que venia á juzgarle. Hiciéronsele allí muchos cargos,

con no pequeña confusion suya, y entre otros, el que á él más pena le daba, que era aquella su tan llorada ingratitud á su Santo ángel; y, por remate, el mismo juez airado y severo le reprehendió gravemente por lo mal que habia tratado á algunos indios. «Dístesles de palos, le decia, azotástelos con demasiado rigor, dijístesles palabras afrentosas; ¿cómo me habeis vos tratado estos mis redimidos, que me costaron toda mi sangre, y los estimo yo tanto como al rey y al Papa? ¿No son hombres como los demas? Pues ¿cómo los habeis tratado como á bestias? No lo hagais así de aquí adelante, sino quereis experimentar mi indignacion.»

Fué tanta la confusion que le causó esta reprehension, el respeto que se le imprimió en el alma para con los indios, y el miedo que cobró de hacerles mal, que despues, cuando esto contaba, le tenia tan grande que le hacia temblar.

Nunca más se atrevió á tratarlos mal de palabra ni de obra; y si alguna vez con las muchas ocasiones que dan por su cortedad, se sentia llevar del enojo, al punto se recobraba y contenia, no sin reparo de los que le veian.

Esto era argumento cierto de que aquella vision no fué sueño, sino verdad: y confirmábase en ella cuando miraba á alguno que los castigaba y maltrataba, porque entónces decia con mucho peso de palabras: «En verdad que si a este le hubiesen pedido la cuenta que á mí, que no se atreviera á tratarlos tan mal:» y es tanto mayor maravilla esto en él que en otros, cuanto fué siempre más inmediato á los indios en obras de trabajo y peso, que es cuando suelen dar más ocasion por su flojedad.

Mas como era voluntad de Dios que sirviese otros muchos años religioso, como lo habia hecho seglar, movió su divina Majestad á un indio, que tenia conocimiento de yerbas saludables, á que le llevase una bebida confeccionada con ellas, que inopinadamente le sanó.

Llevóle el P. Provincial á Manila de vuelta de la visita de las misiones, así por la noticia que tenia en la mar, para que gobernase la gente del navío, como por recibirle en la Compañía, viendo que tantos años en aquel hábito humilde de indio la habia servido.

Dióle la ropa y hábito de la religion en llegando á Manila, con universal aprobacion y gozo de todos, y más suyo, por verse ya religioso.

Comenzó su noviciado, no como novicio en la virtud, pues tantos años la habia profesado, ni en las ocupaciones y empleos religiosos, que de muy atrás, áun sin serlo, los guardaba y cumplia; pero sí en el fervor, con que de nuevo los emprendió y ejercitó, porque en él procedió como muy fervoroso novicio.

Volvió despues á la provincia de Pintados, y estuvo en casi todas las resi-

dencias de ella, de todos los Padres é indios amado y deseado, y siempre el mismo.

Y aunque mudó de hábito, pues ya le tenia de religioso, habiéndole traido tantos años de criado; pero no del hábito de humildad que habia adquirido en tan humilde estado; tan humilde, pobre y abatidamente se portaba en todo como si de todos fuera esclavo; con el mismo aliento y espíritu trabajaba en los oficios humildes, como si entónces comenzara; á todo trabajo se ofrecia, en nada reparaba, siempre estaba á punto para cualquiera jornada.

Solíase llamar por afrenta un jumento, un animal, y verdaderamente lo era en el trabajo, sin resistir á nada; pero no en la capacidad, que ésta era muy grande, solamente tenia boca, cuando le mandaban algo, para facilitarlo.

Entónces decia que con cuatro indios lo haria, y así era verdaderamente, que con muy pocos que le ayudaban, obraba lo que otros no pudieran hacer con muchos.

Portóse en su trato con los Sacerdotes con la humildad que ántes; siempre estaba con la cabeza descubierta delante de ellos, y los miraba y trataba con gran respecto. Asistia en pié como criado que estaba alerta á cumplir lo que le mandasen; pero si alguna vez le mandaban que se sentase junto á ellos, no queria sentarse en el banco, sino en el suelo: hasta en el refectorio, donde la Compañía profesa tanta igualdad que nadie, sino el Superior, tiene asiento señalado en él, hallaba traza cómo humillarse, porque aguardaba á la puerta á que todos entrasen, para sentarse él el último.

Muchas veces acontecia que, como á hombre de tanta experiencia en cosas árduas, le preguntaban su parecer, mas él, con gracia y risa, al punto respondia, que era un nécio y hombre sin consejo, y así, que para qué le pedian su voto.

Y aunque en esta virtud de la humildad dió raros ejemplos siendo religioso, mayor maravilla es sin duda que los diese ántes de serlo; porque ántes que fuese recibido en la Compañía, en tiempo que andaba vestido como indio, fué muchas veces enviado á Manila en un navío á traer provision para las residencias. Parece que pudiera entónces, siendo español, mudar de traje y vestirse como tal para tratar con españoles; pero él nunca lo quiso hacer; con el mismo hábito pobre de indio, con su jaquetilla y calzon, descalzo y descubierto andaba por las calles de Manila.

Estando un dia solo guardando su navío en el rio de la ciudad, porque á todos sus compañeros habia enviado á varias partes, acertó á pasar por allí un fraile Francisco; este tuvo necesidad de pasar un estero que estaba allí cerca, y no lo podia hacer sin que le cargasen; y como en el traje nuestro Juan no se diferenciase de los indios, llamándole como á uno de ellos, le dijo:

«Ven acá indio, pásame por tu vida á la otra banda.» Él al punto acudió, y con mucha alegría se le cargó y pasó á cuestas. Llegóse luego al Padre, y con mucho respeto le pidió la mano, como hacen los indios en aquella tierra, y se la besó. Reparó el religioso en el aire y modo con que se portó con él al pasarle y besarle la mano, y le dió curiosidad de trabar conversacion con él, dudando si era indio, y como vió que respondia tan bien, tan á propósito, y en lengua española tan cortada, le dijo: «Vos, hermano, no pareceis indio, sino español; si lo sois, decidme, ¿cómo andais así? ¿No teneis vergüenza de portaros como indio, siendo hombre blanco?» «No, Padre,» respondió nuestro Juan, «porque lo hago por amor de Dios.» Y aunque él no queria descubrirse, al fin le hubo de decir quién era y de qué tierra, por que se lo preguntó con instancia, y cómo se ocupaba en servir á los Padres.

El religioso le conoció, porque era de su mismo pueblo, y considerando la humildad con que le habia pasado, dejándose tratar como indio en obras y palabras, sin decir él ninguna, le abrazó con respeto y reverencia, y le fué desde allí muy aficionado.

Este caso contaba despues el buen religioso en sus conventos, por ser de grande edificacion y ejemplo. Lo mismo le sucedió otras veces con personas que no eran Religiosos ni Sacerdotes, y se los cargaba con la misma humildad y alegría en los malos pasos.

A un soldado de pocas obligaciones y burlon cargó y pasó de un lodo: él en pago de la buena obra que le hizo, le dió un pescozon, haciendo burla del Hermano; sufrió la injuria con paciencia y humildad, sin dar muestra alguna de sentimiento: hízole esto despues reparar al soldado, y, sabiendo quién era, le pidió perdon. «Vm., señor soldado, respondió nuestro Juan, me ha tratado como quien soy y como merezco, y así no hay que perdonar.»

Si ántes que entrara en la Compañía, en aquella su primera probacion tan larga padeció y trabajó tanto, despues cuando estuvo ya en ella, que fueron más de treinta años, no fueron menores sus afanes.

Puédese con verdad decir que padeció innumerables trabajos, desdichas, hambres, frios, lluvias, desnudez, soles, injurias y afrentas, enfermedades y achaques; pero todo esto lo llevaba con tanta igualdad de ánimo y serenidad de semblante, que se echaba de ver estaba entónces cogiendo preciosos frutos de paciencia.

Era muy de ordinario atormentado de mal de piedra con intensísimos dolores, y como en aquella tierra hay tanta falta de medicinas, el antídoto con que se curaba y aliviaba era la paciencia; y aunque era enfermo de estómago, y hombre de poca salud, se contentaba siempre con su arroz y sal cuando iba á algunas facciones (que era muy de ordinario), el cual comia con

los indios en el mismo plato ú hojas de árboles, mal é insulsamente cocido.

Dormia en el suelo y al sereno, envuelto en un pedazo de jerga basta, que con facilidad la daba á los indios, cuando veia que tenian frio.

Descalzo andaba tambien en saliendo al campo, y descubierta la cabeza, como cuando era pretendiente, aunque en los últimos años añadió, por estar ya tan viejo, un sombrero tejido de hojas de palmas.

Domaba su cuerpo y le trataba como si fuera insensible. Todas las noches tomaba una rigurosa disciplina por todo el cuerpo, hasta dejarle bañado en sangre. Traíale cubierto de pies á cabeza con una cosa más áspera y penosa que cilicio, que eran unos malignos empeines, que con su ardor le martirizaban dia y noche: y no es de maravillar, que el que estaba ejercitado con tantas penas y dolores hubiese mudado la naturaleza de hombre en la de un ángel.

Puedése decir que su castidad fué celestial, aunque el demonio le afligia mucho con feas tentaciones. Muchas veces le solicitaron mujeres, andando por los pueblos y sementeras; mas él, como otro Joseph, se huia por los campos, andando algunas veces casi toda la noche con lluvias, frios y lodos, sin parar, hasta ponerse en seguro, con gran riesgo de que le picaran culebras sus pies descalzos. No le vieron nunca hablar con mujeres: y siendo algunas veces llamado de ellas á la iglesia para algun negocio, las respondia desde fuera que él no era confesor ni predicador; y así, que no le llamasen, sino que le encomendasen á Dios.

Siempre estuvo colgado de la voluntad de sus Superiores, á los cuales obedecia no sólo con prontitud de ánimo, sino con semblante muy alegre, no habiendo cosa para él dificultosa, si se la mandaban, aunque de verdad lo fuese.

Entónces no reparaba en lluvias ni soles, no le atemorizaban tempestades, ni le acobardaban peligros, aunque fuese entre enemigos. Las incomodidades le eran gustosas y los trabajos descanso: nunca se vió que el Hermano resistiese ó propusiese á cosa alguna que le mandase el Superior. Parecia hecho de propósito, á medida del deseo de los que mandaban.

Era hombre que habia adquirido grandes experiencias en la tierra, entendido en todas materias y juicio muy cabal, y que pudiera dar su parecer como cualquiera; pero, siendo mandado, no sabia ni entendia otra cosa sino aquello que le mandaban.

No hallaba entendimiento para juzgar lo contrario, ni tenia boca para contradecirlo, sino manos y aliento para ejecutarlo.

Dirá alguno que no le conoció, que está sobradamente encarecida la obediencia de este Hermano; pero á los que le vieron y trataron parece poco lo

dicho, porque más parecia ave que volaba, cuando le encomendaba alguna cosa el Superior, ó ángel enviado de Dios á alguna embajada, que hombre presto y ligero para cumplir lo que le ordenaban.

Su caridad y amor con Dios era, entre estas y otras virtudes que en el Hermano resplandecian, como la luna entre las estrellas en la noche oscura de esta vida. Estaba en él tan abrasado, y su llama le encendia el corazon en tanto extremo, que arrebatado en Dios, y más padeciendo que meditando, al modo de S. Dionisio Areopagita, de quien se dice que *erat patiens divina*, se quedaba absorto en su contemplacion.

Alcanzó un modo de orar y contemplar en Dios tan perfecto que dijo un dia á su Superior, dándole cuenta de su alma, como es de costumbre, estar ya en el suavísimo ejercicio del divino amor, tan unido con su Dios, que cuando oraba no se distraia ni apartaba la imaginacion un punto de Él.

De aquí le nacia aquella como natural conformidad con la divina voluntad, que en todo tenia. De esto dió muchos y singulares ejemplos á los que le trataban; pero este divino y abrasado amor, que le ardia en el pecho, no solamente se quedaba en él y en él se conservaba, sino que tambien arrojaba vivas llamas en los que le oian: á cualquier género de personas que hablaba, movia y aficionaba á la virtud, y encendia en deseo de la perfeccion.

Este espíritu valiente y, digámoslo así, doblado, parece heredó cuando se le ausentó, como otro Elías á Eliseo, su celestial maestro; y aunque le desamparó de la vista material y corpórea, pues ya en muchos años no le veia; pero no parece que se ausentó del todo, porque en él quedó como una capa ó apariencia de su maestro.

No perdió aquel espíritu doblado con que hablaba á sus prójimos, y los abrasaba en amor de Dios cuando él le asistia: sus brasas quedaron encendidas en su pecho, aunque cubiertas con la ceniza del desamparo y desconsuelo, con ellas arrojaban tanto fuego sus palabras. Sus razones eran tan eficaces, y de ellas surtian tan maravillosos efectos, que ponia admiracion su elocuencia á los más doctos.

Admirábase de ver á los Padres que estudiasen para predicar, porque él de repente hablaba en cualquiera materia espiritual con gran magisterio.

Volvió despues de muchos años á Manila, donde tuvo á cargo algunas haciendas: en ellas tenia comunicacion con religiosos de varias religiones, ó ya porque ellos, pasando por allí, se hospedaban en casa; ó ya porque el Hermano iba á otras haciendas suyas, donde se decia Misa, por oirla.

Con esta ocasion trataba con ellos de cosas de Dios; y como veian que con el fuego de su espíritu les alentaba, y se venian á encender en amor de Dios

con sus palabras fervorosas, no le sabian llamar con otro nombre sino con el de santo.

Un Provincial de la religion de los PP. Predicadores, que florecia en éstas islas con fama de santidad, se iba de propósito á una hacienda suya, que estaba cerca de la que el Hermano cuidaba, sólo por comunicarle: con él tenia largos coloquios, y salia de ellos tan encendido y fervoroso que, con ser tan santo y docto, le veneraba como á maestro de espíritu. Si le llevaban de Manila algun regalo, al punto decia: «Guarden esto para cuando el Hermano santo venga á Misa.»

No era menor la eficacia de este siervo de Dios para ablandar corazones duros y empedernidos de pecadores, que para recrear y afervorizar los de los justos. Raro fué el hombre perdido y olvidado de su salvacion á quien él hablase de propósito, que no le persuadiese á que se confesase é hiciese mudanza de vida.

Estando el Hermano en el astillero, donde se fabrican naos para el remedio de estas islas, que de ordinario suelen tener á cuestas nuestras doctrinas, habia en él un español honrado que no lo era en las costumbres: este tenia á todos escandalizados con un amancebamiento público y de mucho tiempo.

Cayó en una grave enfermedad, y no fué bastante para dejarle el peligro de muerte en que se via. Exhortábale un Padre de los nuestros, que allí administraba los Santos Sacramentos, á que se dispusiese para recibirlos: iba una vez y otra á visitar al enfermo con nuevas razones para que dejase aquella ocasion de grado, ántes que la muerte se la hiciese dejar por fuerza; ya le proponia la pérdida de su alma, ya el rigor del juez que le habia presto de pedir cuenta, ya las penas del infierno, á que segun la presente justicia estaba condenado, ya los bienes eternos, de que se privaba por un vil deleite, en que ya no podia deleitarse; pero él estaba tan ciego en el torpe amor, que con las luces que el Padre le proponia, se cegaba más; porque ni le hicieron fuerza sus razones, ni pudieron alcanzar nada de él sus importunos ruegos.

Rogó al Hermano que visitase aquel enfermo, á ver si se le ablandaba el corazon con sus palabras sencillas, porque él estaba ya desesperado de convertirle: resistió humilde el Hermano, pareciéndole presuncion emprehender, siendo un simple y sin letras, una cosa tal que un Sacerdote docto habia intentado sin efecto; pero, mandado del Padre, y siendo de otros muchos rogado, obedeció, así por la importunacion con que se lo pedian, como movido del amor y caridad que tenia á los prójimos. ¡Oh caso raro! Apénas le comenzó á hablar con aquella eficacia de razones que él solia decir á semejan-

tes personas, cuando herido el enfermo del espíritu con que las decia, mandó salir de su casa la mujercilla; prorrumpió luego en lágrimas de dolor y compuncion de sus culpas, mandó llamar al Padre, é hizo con él una confesion general de toda su vida, con grandes muestras de sentimiento, por haberla tan mal gastado: y poco despues rindió el alma á su Criador, dejando á todos con prendas de su salvacion.

Con este y otros semejantes casos, que de ordinario le sucedian al buen Hermano, el nombre con que le llamaban de ordinario los soldados era el de Santo y Predicador.

Era muy cándido y sincero; y así de todos tenia buena opinion, sin poder juzgar mal de alguno: no sabia murmurar de nadie, y cuanto callaba y encubria las faltas que de otros entendia, tanto tenia de exagerador de las hazañas y virtudes de cualquiera.

Estando, pues, adornado de estas y otras muchas virtudes, cargado ya de años y merecimientos, fué para colmarlos todos enviado por obediencia de su Superior con muchos indios del astillero á cortar maderas de los montes, para que con su industria y buena traza, se les hiciera trabajo tan grande más llevadero.

Allí se le mostró visible en forma de un hermoso mancebo, con rostro muy alegre y apacible, el ángel que arriba dijimos, el cual le habia dejado más habia ya de treinta años: «Juan, le dijo aquel celestial mancebo, mira que ya es tiempo.» Volvió á casa á dar cuenta al Superior de lo que le habia pasado: juzgaron los dos por aquella voz y visita celestial, que ya le quedaban pocos dias de esta vida mortal, y que aquel era aviso de su ángel, que le daba en órden á que se dispusiese para la eterna. Comenzó de nuevo el ejercicio de las virtudes con mayor esfuerzo.

Desde entónces no se trataba como hombre de la tierra, sino como ciudadano del cielo; y aunque volvió al monte á proseguir con su obediencia en compañía de los indios, su vida era allí como de un ermitaño contemplativo, hasta que, finalmente, despues de dos meses, con el mucho trabajo y mal tratamiento que hacia á su cuerpo, comiendo mal y andando al sol y al agua, vino á enfermar de muerte.

Agraváronsele entónces todos los achaques antiguos; salteóle una calentura maligna, y relajósele el estómago de suerte con una contínua disentería, que se vió obligado á volver á casa.

En ella dentro de pocos dias murió, habiendo recibido con mucha devocion los Sacramentos de la Confesion, de la Eucaristía y Extremauncion.

Enterróse con gran concurso de los indios, que tiernamente le amaban y veneraban; y los españoles del astillero, á quienes tanto habia servido con

obras espirituales y corporales, le asistieron y honraron su entierro con devocion y ternura.

Quedó la memoria dulce y suave de este religioso Hermano perpetua en los corazones de todos los que le trataron, y á los HH. Coadjutores de esta provincia les dejó un ejemplar de todas las virtudes que imitasen; porque verdaderamente fué el H. Juan de Ballesteros uno de los que más han calificado y honrado su estado humilde y seguro, y digno de eterna memoria para todos los siglos.

Murió á 20 de agosto de 1646 años, para vivir eternamente en el cielo.

Su vida escribió el P. Miguel Socana, Provincial de Filipinas, y la envió á las provincias de Europa y de las Indias para comun edificacion, y para lo mismo se pone en este libro.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO PALIOLA

EL venerable y santo P. Francisco Paliola, fué natural de la ciudad de Nola en el reino de Nápoles y provincia de Campania.

De sus padres, infancia y juventud tenemos pocas noticias, porque entró en la Compañía de treinta y un años cumplidos, acabados sus estudios y ordenado de Sacerdote: y cuando esperaba alcanzar los premios y dignidades del siglo, en que vivir honrado y regalado, trocó las pretensiones del mundo por las de la cruz de Cristo, pidiendo ser recibido en la Compañía para hacer de sí agradable sacrificio á Dios en el ara de la religion, como lo hizo, no sólo sacrificando su voluntad y libertad con todos sus apetitos, sino su vida y su sangre, derramándola por Cristo.

Entró en la Compañía el año de 1637 á 2 de febrero, y habiendo cumplido los dos años de noviciado, leyó otros dos Gramática, con grande edificacion y ejemplo; y oyendo leer en la Comunidad los grandes empleos de nuestros religiosos en las Indias, la necesidad que habia de obreros, las almas que se perdian por falta de ellos, y últimamente, los martirios de muchos que, renovando el fervor de los cristianos antiguos en el principio de la Iglesia, daban con heróica constancia sus vidas por Cristo; envidiando su dicha y deseando alistarse en su número, pidió á los superiores con todas las veras de

su alma, pasar á predicar á las Indias, y alcanzada esta gracia, navegó con feliz viaje á la provincia de Filipinas, adonde entró el año de 1641.

Ofrecióse luego á predicar á los gentiles, y visto su grande fervor, le enviaron los superiores á la isla de Mindanao, que es la más lata, y poblada, y de más copiosa miés, y tambien la más trabajosa, por ocuparla diversas sectas y naciones y gran muchedumbre de moros, que hacen su conversion difícil.

En esta gloriosa mision trabajó el siervo de Dios, predicando, enseñando, convirtiendo muchos infieles y agregándolos á la Iglesia por medio del bautismo, confirmando á los ya bautizados en la fe que habian recibido, y reduciendo á otros, que con la mala comunicacion de los idólatras y moros habian retrocedido, y apartádose del gremio de la Iglesia.

Procedió con tal edificacion y ejemplo de vida, que comunmente le llamaban el santo Padre, porque todas sus obras y palabras eran de un varon santo, y por tal le veneraban hasta los mismos gentiles.

Dos cosas pedia siempre entre otras á nuestro Señor en la Misa. La primera, que todas sus obras fuesen para gloria suya: la segunda, que le diese gracia para dar su vida por su amor con glorioso martirio: ambas se las concedió su divina Majestad, como se vió por el efecto; pues todas las obras ofrecia á su servicio, sin tener otro blanco ni otro intento en ellas más que la honra y gloria de Dios, olvidado de sí mismo, y ademas murió en lo mejor de su edad á manos de los infieles, en odio de nuestra santa fe y de la doctrina que les predicaba, lo cual sucedió de esta manera:

Habia un indio principal y poderoso en la isla, el cual, despues de bautizado, habia apostatado de la fe y vuéltose á su mala secta como animal inmundo, y, con su mal ejemplo y el poder que tenia, era de grande impedimento, así para la conversion de los infieles, como para la reduccion de los apóstatas que le habian seguido.

El Padre con su santo celo puso el último esfuerzo en ganar y reducir á este á nuestra fe, juzgando que con él traeríamos otros muchos; y habiendo intentado varios medios sin fruto, por su grande obstinacion, le pidió que se viesen en su casa, adonde le esperaria á tiempo señalado.

El apóstata ofendido de los medios que el Padre habia intentado para su bien, respondió fingidamente que vendria, y luego convocó otros idólatras amigos y camaradas suyos, con los cuales tramó la traicion que ejecutó en el manso cordero, persuadiéndoles que le quitasen la vida como á su mayor enemigo, destruidor de sus dioses, de sus borracheras y lascivias.

Vinieron todos armados, y él delante, como otro Judas contra Cristo. Cuando los vió venir el santo Padre conoció la traicion, y ofreciendo á Dios su

vida en sacrificio, se hincó de rodillas, y, tomando su rosario en las manos, invocó el favor divino, con la diligencia que daba lugar la ocasion: y llegando el malvado apóstata, no le dió paz como Judas á Cristo en la mejilla, sino una estocada con un cuchillo, que le abrió hasta la garganta: al mismo tiempo le pasó el cuerpo otro por las espaldas con una lanza, con que cayó en el suelo, invocando los santísimos nombres de Jesus y de María, y sin dejarle mas tiempo le dieron otras lanzadas, con que alcanzó la corona deseada del martirio.

Los crueles idólatras, mostrando el odio que les movia contra la fe de Cristo, tomaron un Crucifijo que el Padre tenia, y le ataron á una columna, adonde, diciéndole muchos oprobios y baldones, le escupieron y dieron muchos palos y golpes, hasta hacerle pedazos.

Luego tomaron las vestiduras sacerdotales y las dividieron entre sí, como los verdugos de Cristo sus vestiduras. El cáliz llevaron para sus borracheras, y la patena para plato ó escudilla: por el mismo tenor profanaron el altar y las imágenes, cerrando con estas acciones la puerta á toda duda de que le habian muerto por el odio que tenian á la fe de Cristo que les predicaba.

Los cristianos, sabida su santa muerte, vinieron por su cuerpo, y le sepultaron en una caja con mucha honra, venerándole como á mártir de Cristo; y en Manila se celebró con universal fiesta de todos su martirio, el cual fué a 29 de enero de 1648, á los cuarenta y nueve de su edad y once de Compañía.

Escribe su vida y martirio el P. Juan Nadaso en las *Adiciones al martirologio* del P. Alegambe, sacadas del P. Antonio Basilio y de las relaciones de Filipinas.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CAMPO

NACIÓ el dichoso P. Juan del Campo en Villanueva de la Vera, cerca de Jarandilla, del condado de Nieva y marquesado de la Mota, diócesis de Plasencia, y fué bautizado en la dicha villa á ocho dias del mes de marzo de 1620 años. Y aunque el mismo Padre se nombraba por natural de Jarandilla, no era por haber nacido allí, sino por haberse criado en aquel lugar

desde su niñez, en la tutela de un tio suyo, Cura de Jarandillo y Comisario del Santo Oficio; como S. Nicolás se nombra de Tolentino, por haber vivido muchos años continuadamente en la ciudad de Tolentino, aunque no nacio en ella.

Su padre fué Juan del Campo, familiar del Santo Oficio de Llerena, y su madre Isabel Hernandez, ambos personas muy honradas y ricas, de lo mas lustroso de Villanueva y tan venturosos, que han alcanzado en sus dias ver á su hijo reverenciado por mártir de Cristo, pues que están vivos en su tierra á la sazon, y tiempo que se escribe esta vida, para edificacion de todos, honra de la Iglesia Católica y gloria de nuestra Compañía.

La santa educacion y buena enseñanza que tuvo en su tio, se le lució todos los dias de su vida; porque, como dice S. Jerónimo y enseña el Espíritu Santo, las buenas costumbres que se aprenden en la niñez perseveran toda la vida, así como conserva la color el paño que se tiñe en grana, y el vaso las calidades del primer licor que recibe.

Fué siempre modesto y compuesto, bien inclinado y devoto, muy obediente y sujeto á sus padres y á su tio, el cual, reconociendo en él vivo ingenio y buena calidad para las letras, le enseñó desde niño, industriándole en ellas; y para que las aprendiese mejor, le envió á la villa de Oropesa, para que cursase en los estudios que tiene allí la Compañía que, sin injuria de alguno, han sido de los más ilustres y fructuosos que hay en nuestra España, de donde han salido varones de los más consumados en letras y sabiduría, así maestros como discípulos, que ha conocido nuestro siglo.

En este insigne seminario estudió nuestro glorioso mártir latinidad y Artes, con grande aprovechamiento, conservando siempre las santas costumbres en que le habia criado su buen tio, y esmerándose cada dia más en el aumento de las virtudes: y como le miraban tan devoto y recogido, corrió voz de que trataba de entrar en la Compañía, sin más fundamento que verle virtuoso y retirado de vicios, que para semejantes juicios há menester poco el vulgo.

Llegó la voz á su tierra, y sintiéronlo sus padres, que le amaban como a hijo, y no ménos su tio, que le daba estudio y deseaba darle el curato que tenia, para que fuese alivio y consuelo de sus padres en la vejez; y con el temor que concibió de malograr este intento, envió luego por él á Oropesa, cuando acabó de oir la Lógica, y no le permitió volver más á los estudios de la Compañía; mas, porque los continuase y saliese aventajado estudiante, le envió á Salamanca con otro primo suyo que estudiaba Teología.

En esta insigne Universidad cursó cuatro años, y en ellos acabó de oir las Artes y comenzó la Teología; y al segundo año, que fué el de mil y seis-

cientos y treinta y seis, le llamó Dios nuestro Señor para nuestra religion, y el, como tan fiel siervo suyo, fué fidelísimo á su voz, y despreciando todas las esperanzas que tenia de valer en el siglo, pidió ser admitido en la Compañia.

No fué su pretension tan secreta, que no la conociesen sus compañeros y los amigos que tenia de su tierra, los cuales, en lugar de ayudarle y seguir su buen ejemplo, procuraron estorbarle; y para esto dieron aviso con toda presteza á su tio el Comisario, el cual envió luego al primo, que dijimos arriba, que habiendo acabado sus cursos, estaba pasando en Jarandilla sus estudios; para que por el modo que pudiese, como primo y como amigo, le disuadiese su intento y le trajese consigo.

Cuando el primo llegó, ya estaba recibido en la Compañía, y no obstante que le vió con la ropa y en hábito de religioso, le habló á solas, persuadiéndole que dejase la religion y se volviese con él, para consolar á sus padres que estaban de su entrada doloridos, y no ménos su tio, á quien debia su crianza desde que era niño, y queria poner en su cabeza el beneficio que tenia, y otras razones, nacidas de la carne y sangre, que como dice S. Pablo, siempre hacen guerra al espíritu.

El nuevo soldado de Cristo, que tenia sólo un dia de su milicia, las oyó con quietud y con prudente sagacidad, dió de palabra al primo esperanzas de hacer lo que le decia, teniendo en su corazon el firme propósito que conservó siempre de seguir á Cristo en la religion, hasta dar la vida en su servicio.

Despidiéronse con esto, y el santo mártir dió cuenta á los Superiores de todo lo referido, los cuales le enviaron al noviciado de Villagarcía, y al Padre Juan Martinez de Ripalda, que á la sazon leia en aquel colegio Teología, a que hablase á su primo y le despidiese, afeándole la pretension de sacar al H. Juan del Campo de la religion, adonde Dios le habia traido, y queria servirse de él y enriquecerle por este medio de grandes merecimientos: con que el primo se volvió á su tierra, y el Hermano quedó en su noviciado con sumo gusto y quietud, viéndose libre de los lazos del siglo.

Cuando le llamó Dios á la religion, estaba el bendito mártir en casa de un noble caballero, que le amaba como si fuera su hermano, así por su virtud como por su candidez y angélica condicion, con que robaba los corazones de todos. Y pudo tanto con su ejemplo y con las palabras que le dijo, dándole cuenta de su vocacion y de las razones que le movian á entrar en la Compañia, que le movió á él de manera que, renunciando sus rentas y su hacienda, y los valimientos del mundo, y las grandes esperanzas que tenia de valer en el siglo; abrazó la cruz de Cristo y se ofreció en sacrificio en el ara de la

Compañía, adonde vive hoy, reconocido al santo mártir por haber recibido con su buen ejemplo este incomparable beneficio de la mano del Altísimo, comenzando desde el primer dia que entró en la religion á traer almas a Cristo, pronóstico verdadero de las muchas que habia de convertir y traer a su servicio.

En el noviciado procedió como un ángel: ninguno más fervoroso ni mas humilde, obediente, puntual, caritativo, amado de Dios y de los hombres por su apacibilidad y santidad y por el grande ejemplo de virtud que daba con su santa vida.

Siempre traia el rostro sereno, con una alegría modesta y una modestia apacible, que mostraban la santidad de su alma y la inocencia de su vida, con que era amado de los Superiores más que si fuera su hermano: que no es menor el amor que nace del parentesco espiritual que del corporal en el mundo.

Pasó su noviciado con el fervor referido, sin descaecer un punto; y habiendo acaudalado muchos y grandes tesoros de virtudes, hizo los primeros votos de la Compañía, con intento siempre de pasar á las Indias á convertir los infieles y predicar la fe de Cristo hasta dar la vida por ella. Y estaba tan en esto que, sin recelo ni vanidad, sino con la candidez columbina de que Dios le dotó, decia muchas veces á sus connovicios que habia de pasar á las Indias y ser mártir de Cristo; y aunque entónces se tomó por risa, el efecto mostró que habia sido inspiracion del cielo.

Incorporado ya en la Compañía, y religioso de ella, le envió la obediencia á leer Gramática á nuestro colegio de Leon, adonde se ocupó un año en este ministerio tan útil de la Compañía, aprovechando á sus discípulos tanto en la virtud como en las letras, y edificando con el fervor de su vida á todos los de casa y de fuera.

Por este tiempo se halló tan remoto de lo que habia estudiado en el siglo, como sino hubiera cursado en las escuelas; y así se juzgó por conveniente que estudiase de nuevo, para que se enterase bien de la doctrina que la Compañía enseña, para lo cual le enviaron á Santiago de Galicia á oir el curso de la Filosofía.

Aquí continuó los fervores de su noviciado, estudiando tanto en el aprovechamiento de su alma como en el de las letras; que la virtud y la ciencia son dos hermanas muy conformes, que se dan las manos amigablemente, y se ayudan grandemente la una á la otra.

Entre otras virtudes, resplandecia mucho en la caridad con todos, y en particular con los enfermos y los huéspedes, sirviéndoles y agasajándolos con aquella solicitud y amor con que servia Abrahan á los ángeles que recibió

del cielo; que así miraba este ángel á todos sus Hermanos y á los seglares pobres, compadeciéndose de ellos. Tomó á su cargo repartirles la limosna que les daba todos los dias el colegio, y era admirable el cuidado y solicitud que ponia en procurarles la comida, y en aderezarla y sazonarla, y en llevár-sela y repartirla, con tal alegría y cariño como si la diera al mismo Cristo, á quien miraba en sus pobres.

Los dias de asueto, en que salen los estudiantes al campo á divertirse un poco, para volver con más aliento al estudio, su gusto y descanso era juntar todos los niños que podia y enseñarles las oraciones y hacer procesiones con ellos, cantando por el campo, dándoles algunos premios y donecillos con que los traia contentos; y cuando llegaba con aquel ejército de angelitos adonde estaban sus condiscípulos entreteniéndose, decia: «Así se hace en las Indias con los indios, que son niños en la fe, y yo me impongo ahora para cuando esté entre ellos; que este deseo y voluntad traia contínuamente en su pecho, muriendo con el deseo tantas veces por Cristo, cuantas se acordaba del martirio que habia de padecer por Él; y cumplióselo nuestro Señor con la brevedad que veremos:

Cuando acabó de oir las Artes, llegó á la provincia de Castilla el P. Procurador de la provincia de Filipinas, que es una de las más apostólicas misiones que tiene la Compañía.

Corrió la voz de la grande miés y falta de obreros que habia en aquellas islas: y, venciendo á todos en fervor nuestro glorioso mártir, no sólo se ofreció el primero á ir á predicar á los gentiles de aquella tierra, sino que hizo todas las instancias posibles con los Superiores, para que le concediesen aquella empresa; y aunque por el amor y estima que le tenian, sintieron apartarle de su provincia, condescendieron con sus ruegos y le señalaron para ir á Filipinas, con tanto gozo de su alma, cuanto era el deseo que tenia.

Aquí sucedió una cosa, que no es justo pasar en silencio, y fué, que otro condiscípulo suyo, de quien yo lo supe, teniendo la misma pretension de pasar á Filipinas, puso todos los medios posibles para lograr sus deseos, siendo sus intercesores los maestros y las personas graves de la provincia; y si salia con ella, era forzoso que se quedase nuestro Juan del Campo en España: ¡feliz tiempo en que tan alentadamente pretenden los religiosos desterrarse de sus patrias y exponer sus vidas al martirio, que por la gracia de Dios dura hasta el nuestro en la Compañía!

Estando, pues, el dicho en un acto de comunidad, puso los ojos fijamente en el P. Juan del Campo su competidor, y le vió á su parecer resplandeciente y coronado con el laurel del martirio, y juntamente sintió en lo íntimo de su corazon unas voces que le decian: «¿Por qué le quieres impedir su corona

al que yo tengo escogido?» Y fué tanto el temor que concibió con este aviso y voz del cielo, que desistió por entónces de su intento, por no impedir á nuestro mártir su dicha; pero no por eso perdió la suya, porque Dios le logró su intento por otro camino, y pasó á Filipinas, adonde ha trabajado veinte años en la conversion de los indios, y actualmente trabaja con gran fruto; conócese por este suceso, cuán de antemano tenia Dios predestinado á este siervo suyo para honrarle con la corona del martirio.

Habiendo conseguido su pretension, luego se despidió de todos los del colegio, con tan grande alegría, como si hubiera conseguido la mayor dignidad del mundo; y á la verdad no era pequeña la inestimable corona del martirio, que tan segura tenia. Todos lloraban cuando él se reia; y el que padecia, consolaba á los que no padecian, exhortándoles á que no le tuviesen lástima sino envidia, pues era más digno de esta que de aquella quien esperaba tan grande dicha.

Sus padres sintieron como padres la resolucion de su hijo, y con muchos ruegos y lágrimas recabaron de los Superiores que se le enviasen por algunos dias para verle y consolarse ántes de partirse. Fué por obediencia suya, y no fué menor la edificacion que recibieron de su santa vida, que el consuelo con su presencia y dulce conversacion.

Estaba su madre preñada, y pidióle el P. Juan por el amor que la tenia, que si pariese hijo le llamase Javier, y si hija, Ignacia; parió varon, y púsosele por nombre Javier, de quien podemos decir las palabras de S. Lúcas, que le pusieron el nombre que le habia puesto el ángel de su hermano ántes de ser nacido: hoy vive y se ocupa en el estudio.

Pasó á Nueva España el año de 1642, y el tiempo que estuvo en Méjico estudió Teología, y se ordenó de Misa, con gran júbilo de su alma, siendo de veinte y dos años; envió á su madre la colonia con que le ligaron las manos, la cual conserva hoy como preciosa reliquia.

De Méjico pasó á Filipinas, y acabó de oir la Teología, en que salió tan aventajado estudiante, que pudo muy bien enseñarla, si continuara su estudio; pero su grande fervor y el ansia con que vivió siempre de propagar la fe de Cristo y predicar á los gentiles, no le permitieron detenerse un instante, viendo á los ojos tanto número de almas que se perdian por falta de doctrina.

Dando pasto á su deseo, le enviaron los Superiores á la isla de Mindanao, que es la mayor de aquel archipiélago, despues de la de Manila, y esta a cargo de la Compañía. Tiene un colegio en ella y algunas residencias y muchas doctrinas en la provincia de los subanos, que son los indios más agrestes y feroces que hay en aquella tierra.

Son belicosos y carnales, dados á infinitos vicios; tiene ciento y cincuenta leguas su distrito, de montes y espesuras, que parecen inaccesibles; así es inmenso el trabajo que se pasa en convertirlos y en reducirlos á vida política y racional, porque comunmente habitan en los montes como fieras, haciendo vida más de brutos que de hombres, y muchos fabrican su habitacion en los árboles, como pájaros.

Este linaje de gente le entregó Dios á nuestro mártir; en esta tierra inculta le señaló su apostolado; aquí le labró la corona de su glorioso martirio, para que regándola con su sangre, se trocase en paraíso y diese frutos de gloria.

Entregáronle los superiores un pueblo, llamado Siocon, en lo fragoso de las tierras, adonde se habian recogido muchos indios apóstatas, gente tan feroz, que poco ántes habian martirizado cruelmente al P. Francisco Paliola, insigne misionero y apóstol de aquella tierra.

Su predicacion continuó nuestro mártir, y testificó el P. Alejandro Lopez, que despues padeció martirio, y era Superior de aquella isla, que fué de los mas fervorosos obreros que hubo en ella, y con su predicacion hizo gloriosísimas conversiones de gentiles, bautizó á muchos, y reconcilió á los que habian apostatado de la fe, quitóles muchos vicios, reformando sus costumbres; obligábales á venir á Misa y sermon y á la explicacion de la doctrina.

Un año estuvo en esta residencia, trabajando tan infatigablemente y con tanto fruto, que pudo decir con verdad el dia de su muerte lo que S. Gregorio Taumaturgo de su obispado: «Cuando vine, no hallé sino diez y siete cristianos, y ahora no dejo sino diez y siete gentiles; porque era tan ardiente su celo que, en sabiendo de cualquiera indio apóstata ó gentil, no paraba hasta reducirle y traerle al rebaño de Cristo, dando mil trazas para domar su natural fiereza.

Una de ellas fué sacar los niños de la tierra á las de los españoles, y criarlos con la leche de la doctrina cristiana, para que, domesticados y enseñados, fuesen dulce levadura que sazonasen á los demas.

El demonio resistia á estas trazas, persuadiéndoles que se los quitaban como por rehenes, para tenerlos más sujetos; y el Padre vencia estos ardides, engalanándolos y regalándolos, á que son muy inclinados los indios. Tambien les persuadia el demonio, que el bautismo mataba el cuerpo, así que le aborrecian; deshizo luego este engaño con la experiencia de muchos, que antes mejoraron con el bautismo.

Edificó iglesias en todos los lugares de su distrito, y en uno que se llamaba la Laguna, casa, iglesia y huerta, con habitacion para muchos.

De la gente que redujo de los montes á vida política formó cuatro pobla-

ciones copiosas, con sus iglesias y oratorios, adonde les celebraba los oficios divinos; destruyó los adoratorios de los ídolos, los cuales hizo pedazos en presencia de los que los adoraban, mostrándoles á vista de ojos el engaño en que vivian, teniendo por dioses á los que en la verdad eran piedras y palos, sin virtud ni fuerzas para hacerles bien ni mal.

Quitóles la multitud de mujeres que tenian, las borracheras y bárbaras costumbres, obligándoles á las cristianas y políticas, todo lo cual llevaban pesadamente algunos soberbios y lascivos; y, como indómitos y cerriles, sacudieron de su cerviz el suave yugo de la ley santa de Cristo, y, apellidando libertad, se conjuraron para quitar la vida á quien les daba la vida.

El principal de la conjuracion fué un indio feroz y valiente, llamado Jumutum: este vino disimulado con otros muchos al tiempo que el santo mártir habia dado traza de mudar la iglesia de aquel pueblo de un mal cerro infestado de mosquitos, á otro sitio ameno á la ribera de un rio; tenia consigo seis indios cristianos y soldados que le hacian escolta, los demas se ocupaban en mudar los materiales de la iglesia, el Padre en echar los cordeles y tomar las medidas para el templo.

Cuando el traidor los vió más descuidados, dió la seña á los conjurados. los cuales arremetieron al Padre, y le dieron una lanzada en el pecho; quiso retirarse, y en volviendo el rostro, le dieron otra en las espaldas, y cayendo en el suelo, le dieron otras muchas, y le arrojaron en el rio, adonde no ha sido posible hallar su santo cuerpo: luego mataron á los seis soldados que le guardaban; y hecho esto, se huyeron al monte; pero no escaparon de la justicia de Dios y de los hombres, porque fueron buscados y presos veinte y dos, los más culpados, y el maldito Jumutum alanceado, y su cabeza con la de otro que hirió al Padre puestas en el mismo lugar adonde cometieron el delito, para escarmiento de los demas apóstatas gentiles.

Así fué coronado este ángel en la vida, muriendo por la fe de Cristo, como tantas veces lo habia dicho.

Su martirio fué breve, y su gloria será eterna en el cielo, y su nombre celebrado por todos los siglos. Su glorioso tránsito fué á 27 de enero de 1650 años, teniendo treinta de edad y catorce de Compañía.

Escribieron su vida y martirio el P. Jerónimo de Ortega, Superior de la Compañía en Filipinas, y las cartas *Anuas* de aquella provincia, y el P. Francisco Combes, de la Compañía, en la *Historia manuscrita de Mindanao*. libro último, cap. 13, el cual remata la historia de su martirio con las palabras siguientes: «Pasó el P. Juan del Campo de Castilla la Vieja á esta provincia el año de mil y seiscientos y cuarenta y tres en nuestra barcada, siendo Procurador el P. Diego de Bobadilla. y en todo el viaje y tiempo que acá

gozamos de su dulce conversacion, descubrimos un natural angélico y una inocencia propia del feliz estado del paraíso, hombre muy ajeno de toda malicia, derramando bondad por todo su rostro, así por lo agraciado de su aspecto como por la modesta risa que siempre tenia, haciéndose á todos amable.»

«Jamas le vimos enojado, ni parece que en esta parte dejó su virtud qué vencer, con que ni los primeros ímpetus padeció. Realzaba este natural el grave adorno de todas las virtudes religiosas, recatada pureza, sencilla obediencia, pobreza y mortificacion cuidadosa, con todo el demas ornato de virtudes religiosas, que caen sobre tan buenos fundamentos.»

Hasta aquí el sobrédicho autor, y mucho más se alargan los que le trataron familiarmente en su noviciado y estudios, en los cuales fué siempre un espejo de religion y un dechado de virtudes, con que mereció tan gloriosa muerte, que más merece nombre de vida; pues con ella comenzó la eterna que goza para siempre en el cielo.

P. ANDRADE.

P. MIGUEL PONCE

EL bienaventurado P. Miguel Ponce fué aragonés y natural de Peñarroya, del Arzobispado de Zaragoza, hijo de padres pobres de los bienes terrenos, pero muy ricos de los celestiales; pues por su virtud merecieron tener por hijo un mártir de Jesucristo.

Criáronle con su pobreza en virtud, y por verle tan bien inclinado, le enseñaron á leer y escribir, y le dieron estudio.

Pasó á la Universidad de Alcalá, adonde con suma pobreza estudió las Artes y dos cursos de Teología: deseó entrañablemente entrar en la Compañia, pero como era desconocido, y no tenia mucho nombre de estudiante, no pudo conseguirlo.

Andando con estos deseos en lo fervoroso de su pretension, llegó á Madrid el P. Procurador de la provincia de Filipinas, para llevar sujetos á ella, y hallándose algo falto por la cortedad de los tiempos, escribió al colegio de Alcalá, que le avisasen si habia personas aptas que gustasen de ir á las In-

dias á servir á Dios en la conversion de los infieles, porque los recibiria y llevaria á su provincia.

Fué esta traza del Altísimo para llevar á aquellas partes á nuestro Miguel Ponce para tanta gloria suya, porque luego le dieron noticia de la puerta que se le abria para lograr sus deseos y entrar en la Compañía.

Recibió esta nueva, como venida del cielo, y, tomando cartas de los Padres del colegio para el P. Procurador, se partió á Madrid en busca suya; mas como no le hallase por haber partido ya á Sevilla, no descaeció su fervoroso espíritu, ántes tomando nuevos alientos, se partió á pié y mendigando en busca suya; y con sumo trabajo y pobreza, durmiendo en los campos, y comiendo pan de lágrimas, llegó á Carmona, ocho leguas de Sevilla, adonde alcanzó al P. Procurador y á sus compañeros, á quien dió sus cartas y cuenta de sus deseos y de lo mucho que habia pasado hasta hallarlos; y aunque se compadecieron de él, y procuraron regalarle caritativamente, pero no se atrevieron á recibirle viéndole tan roto y negro de los soles y mal pasar de los caminos.

Fué grande la afliccion de su alma, viendo frustrados sus deseos; volvióse á Dios, pidiéndole con lágrimas que le admitiese en su servicio, y fué oido de su divina Majestad; porque el Hermano que iba por compañero de los Padres, hizo grandes instancias para que no le despidiesen, sino que se quedase para ayudante suyo, porque era mucho menester, y el buen Miguel Ponce, con las ansias que tenia de servir á Dios en la religion, pidió que le recibiesen para esclavo de ella, que para cualquiera cosa quedaria de muy buena gana.

Vista su humildad, que no fué pequeña en quien habia estudiado Teología, por darle consuelo y al Hermano alivio, le recibieron para ayudante suyo, con esperanzas de que si procedia bien, le recibirian en la Compañía.

Este medio tomó Dios para honrar la religion con la sangre de este mártir, el cual caminó con los Padres, sirviéndoles con grande prontitud y alegría.

Embarcóse con ellos, y fué todo su alivio; porque en la navegacion hasta Méjico, hizo oficio de cocinero con grande exaccion y tanto agrado, que ganó la voluntad de todos los de la nave, y mucho más de los de la Compañía, estimando mucho su devocion y humildad, y la aplicacion y solicitud que tenia en su oficio, el cual hacia tan bien como si le hubiera estudiado todos los dias de su vida, que cuando hay voluntad todo se facilita, y cuando esta falta en los oficios, todo se dificulta. Agradecidos, pues, los Padres de su buen servicio, y pagados de su virtud, le recibieron en la religion.

En llegando á la ciudad de Méjico, enviarónle al noviciado, adonde estuvo cuatro meses, procediendo como un ángel, hasta que se llegó el tiempo de

embarcarse en *Acapulco*, y en esta navegacion prosiguió su oficio de cocinero con la misma humildad y agrado que le habia hecho primero.

Llegado á Manila, acabó sus estudios, ordenóse de Sacerdote y dedicóse á la conversion de los indios; y como era tan fervoroso y alentado, diéronle los Superiores la residencia de Palapag en la isla de Ibabao, la más remota y trabajosa de todas, adonde estuvo once años enseñando y predicando, catequizando y bautizando los indios de aquellos pueblos, á costa de inmensos trabajos.

Aprendió luego su lengua con tanta eminencia, que la sabia como ellos, imitando su tonillo y modo de pronunciarla, con que los ganó de manera, que le amaban todos como á su propio padre; y, ganadas las voluntades, le obedecian y seguian, y tomaban su doctrina y santos consejos con grande gusto, apartándose de vicios y haciendo obras de virtud, con que trocó aquella selva inculta, habitada hasta entónces de indios agrestes y bárbaros, en un celestial paraíso de hombres racionales y cristianos virtuosos que guardaban con vigilancia la ley santa de Cristo.

Pero sobre todo, lo que más los cautivó fué el ejemplo de su vida, porque fué un hijo verdadero de S. Ignacio, santo, humilde, modesto, afable, caritativo, penitente, mortificado y obediente, y un dechado de virtudes.

Todos los dias se disciplinaba hasta derramar sangre. Andaba contínuamente vestido de cilicio. Su comida fué siempre muy parca, y nunca bebió vino ni leche, porque decia que le causaba sueño, del cual fué siempre capital enemigo, pasando lo más de las noches en oracion, leccion y ejercicios espirituales, y los dias en obras de caridad con los prójimos, así espirituales como corporales.

Fué estremada su humildad, teniéndose siempre por el menor de todos, y por indigno de estar en la Compañía.

Diéronle el grado de Coadjutor espiritual y juntamente el Rectorado de aquella residencia, y respondió con mucho rendimiento, que no tenian necesidad los Superiores de consolarle con el Rectorado, por el grado que le daban; porque él le recibia con mucho agradecimiento, reconociendo que le hacian muchísima merced en darle lo que no tenia merecido; y así no quiso admitir el Rectorado, juzgándose por indigno de él, y deseando ser súbdito de todos, ántes que Superior de alguno; pero los Superiores de la provincia le ordenaron que le tomase, porque así convenia.

El humilde religioso bajó la cerviz, y tomó sobre su cuello el yugo, y sobre sus hombros la carga más que el cargo, porque se dedicó á servir á todos, como si fuera su esclavo, lo cual notaron hasta los mismos indios, viéndole tan encogido y abatido y tan dedicado al servicio de todos, que no se ofre-

cia cosa á que no pusiese el hombro y llevase el trabajo por descansar á los demas, con grande gusto y alegría.

Finalmente, habiendo cumplido los cuarenta y cuatro años de su edad, y diez y ocho de religion, le dió nuestro Señor la corona de sus merecimientos con el laurel del martirio en la forma siguiente:

Habia en su pueblo un indio anciano, que se llamaba Agustin Somoroy, de mucha autoridad entre ellos, porque el Padre le habia hecho caudillo y capitan de los demas, y le habia libertado de tributos, que es cosa de mucha estimacion entre los indios, y aunque sus principios fueron pequeños, habia subido á la suprema dignidad.

Este era hijo de un indio hechicero y sacerdote de los ídolos, que adoraba aquella gentilidad, y con la sangre habia heredado sus costumbres, y tenia en las médulas la falsa creencia de sus padres, y usaba de sus hechicerías, con que se hacia temer de todos.

Era dado á vicios, en especial á las borracheras y lascivias, y, dejada su propia y legítima mujer, estaba amancebado con otra de quien tenia algunos hijos; pero era tan sagaz y disimulado, que supo, con fingimientos y apariencias de buen cristiano, encubrir al P. Miguel Ponce estas maldades, hasta que fueron tan públicas, que llegaron á sus oidos.

El Padre le reprehendió con santo celo, y no bastando las paternales amonestaciones, le amenazó con castigos, y de hecho le quitó la manceba, y la envió á lejas tierras, para excusar el pecado, de que el malvado hechicero quedó tan ostigado, que juntando sus parientes y amigos y los indios poderosos que andaban mal contentos con la sujecion de los españoles y el yugo de la ley de Cristo, que les vedaba sus vicios; concertó con ellos de renegar de la fe de Cristo y volver á sus idolatrías y á los vicios, que las acompañan, y matar al P. Miguel y á todos los de la Compañía que predicaban y defendian la fe de Jesucristo.

Tenia un hijo que se llamaba Somoroy, á quien persuadió, que como mozo y valiente se encargase de esta empresa, ofreciéndose los demas á acompañarle, y el hechicero á darles á todos libertad con el favor de los holandeses, enemigos de los españoles.

Dos meses gastaron los conjurados en apercibir armas y alistar gente para su apostasía y levantamiento, el cual no pudo ser tan secreto, que no le supiesen algunos indios más fieles á Dios y á los Padres. Entre los cuales, una devota india, maestra de las niñas del pueblo y de las más principales, habiéndolo entendido, vino al P. Miguel y le dió parte de todo lo que pasaba, rogándole con lágrimas que guardase su vida y se pusiese en salvo con tiempo, por el riesgo que corria.

Lo mismo avisaron á un Hermano Donado español, que servia en el colegio, y él dió luego cuenta al Padre, el cual habiéndolo encomendado á Dios, se resolvió de no desamparar su ganado ni huir como pastor mercenario, dejando las ovejas de Cristo en las bocas de los lobos, sino, como verdadero y buen pastor, apacentarlas y guardarlas hasta dar la vida por su rebaño.

Con esta resolucion esperó á los enemigos, los cuales vinieron armados, como los verdugos y sayones á Cristo, y al hilo del mediodía entraron con violencia en nuestra casa, y subiendo el P. Miguel por la escalera, le siguió el indio Somoroy y le pasó el corazon con su lanza, de que cayó luego muerto.

El Hemano Donado, cuando sintió el estruendo, se retiró lo mejor que pudo con otros dos Padres Sacerdotes que habia en el colegio, y en compañía de algunos indios católicos, huyeron á otros pueblos apartados.

Mas la rabia de los enemigos de Cristo, no paró en quitar la vida al inocente Padre: porque, como toda su ojeriza tenian con Cristo y con su santa fe, y habian muerto al P. Miguel porque la predicaba, luego emplearon sus armas en destruir sus imágenes y profanar su santo templo.

Entraron en la iglesia, apoderáronse del colegio, acuchillaron, hirieron, pisaron y ultrajaron cuantas imágenes tenian, tomaron los cálices y vasos sagrados para sus borracheras, hicieron turbantes y bandas de los ornamentos y colgaduras, y por último remate, pusieron fuego á la iglesia y la abrasaron, para que no quedase memoria del nombre de Cristo. Sucedió entónces una cosa admirable, y fué, que viendo un indio devoto abrasarse el templo de Dios, dolorido el corazon de que pereciese en el incendio una devota imágen de nuestra Señora, que era la devocion y consuelo de aquella cristiandad, entró por en medio de las llamas y la sacó sin lesion, y la llevó á su casa, adonde la puso con la mayor veneracion que pudo, convocando á los indios católicos para adorarla.

Dios los consoló por medio de esta santa imágen; porque, viéndolo todos, lloro lagrimas vivas, que cayeron de sus ojos y corrieron por sus mejillas, y sudó todo el rostro tan copiosamente, que por dos veces tiñeron un lienzo con el agua del sudor, guardándolo por reliquia inestimable, y dándole infinitas gracias por el sentimiento que mostraba en sus aflicciones, afligiéndose con los afligidos, y sudando con el peso de la carga de sus trabajos, como si la misma Vírgen los padeciera, al modo que dice Filon que apareció Dios á Moisés en fuego y en las espinas de la zarza, cuando su pueblo padecia el duro y penoso cautiverio de los egipcios, ostentando que se espinaba con sus espinas, y que se abrasaba con el fuego de sus trabajos.

De la misma manera la piadosísima Vírgen, viendo á su pueblo en tan re-

cia tribulacion, y á todos los fieles llorando, lloró con ellos y sudó copiosamente, ostentando el dolor que tenia de sus trabajos, y que padecia con ellos por el amor entrañable que les tenia, como á hijos suyos muy amados.

Fué tan pública esta maravilla, que llegó á oidos de los bárbaros apóstatas, y uno de ellos dijo por mofa: «Bien se echa de ver lo que siente que le quemen su templo, pues derrama tantas lágrimas;» porque el amor que la Beatísima Vírgen tiene á los suyos, le conocen hasta los mismos bárbaros, los cuales prosiguieron su levantamiento, acometiendo á los demas pueblos de la isla, abrasando los templos, y ultrajando las imágenes, y profanando los vasos y ornamentos sagrados, y haciendo gran carnicería en los fieles.

Pero no se fueron sin castigo, porque vinieron los gobernadores españoles con ejército formado, y los cercaron, y vencieron, y sujetaron con muerte de muchos; y el malvado Somoroy, que mató al santo mártir, fué degollado por un indio, y puesta su cabeza para escarmiento de todos en parte pública, con oprobio eterno.

Este dichoso fin tuvo el bendito P. Miguel Ponce, muriendo como valeroso capitan de la milicia de Cristo por su santa fe, firmando con su propia sangre la doctrina evangélica que predicaba.

P. ANDRADE.

P. VICENTE DAMIAN

LEY es establecida por Dios que los consortes en los trabajos, lo han de ser tambien en la corona, y que los obreros de su viña lleven el jornal de sus fatigas conforme á sus merecimientos, como se verificó en los Apóstoles, todos los cuales padecieron por Cristo y fueron coronados con Cristo, recibiendo el premio de sus trabajos á la medida de sus merecimientos.

Todo lo cual se verificó tambien en estos dos grandes obreros de la viña del Señor, los PP. Miguel Ponce y Vicente Damian, ambos compañeros en la predicacion, ambos obreros infatigables de la viña del Señor, ambos consortes en el ministerio de la salvacion de los indios en la misma isla, residencia y lugares, y ambos tambien consortes en la corona del martirio, y ahora en la de la bienaventuranza, que gozarán eternamente con Dios.

Nació, pues, el felicísimo P. Vicente Damian el año de mil y seiscientos y

trece en el reino de Sicilia y en la ciudad de Randolo, á los diez y siete de octubre, de padres pios, nobles y honrados, celosos del servicio de Dios, los cuales como tales, procuraron desde luego inclinar á su hijo á la virtud, criándole en santas costumbres en el temor del Señor.

Fuéles fácil hacerlo, porque le dotó el cielo de un natural blando y dócil, y de su cosecha muy inclinado á las cosas santas y devotas, gastando en ellas el tiempo que los de su edad gastaban en juegos y pasatiempos; y no sólo se ocupaba en esto, pero dando entónces prendas del celo de las almas que habia de arder en su pecho, llamaba á los otros niños y los traia con dádivas y caricias á que le ayudasen en lo mismo, y se empleasen en el culto de los altares y servicio de las iglesias, con mucha edificacion de todos los que le miraban tan dedicado á este ministerio, como si Dios le hubiera criado angel para ocuparse en él.

En teniendo edad, le enviaron sus padres á estudiar Latinidad al colegio de la Compañía que hay en aquella ciudad, adonde aprendió con presteza las letras humanas, por ser de vivo ingenio y muy aplicado á todo género de virtudes: que el riesgo de estas hace fructificar en el alma con grande ventaja la semilla de las letras, y cuando falta, se seca.

Con el trato de los religiosos, y con su buen natural, y la inclinacion á la virtud, se aficionó á la Compañia; y, obrando en su alma la divina gracia que le habia escogido para tanta gloria suya, pidió ser recibido en ella, con tantas veras, que los Superiores juzgaron era vocacion de Dios, y así le dieron la ropa en el mismo colegio á los diez y siete de marzo de mil y seiscientos y treinta.

En el noviciado y en los estudios procedió como un ángel, ostentándose á todos ejemplo de observancia y dechado de toda religion; y por verle tan fervoroso le dieron los Superiores licencia para que comunicase á los estudiantes seglares, á los cuales aprovechó en letras, pasándoles las lecciones, y mucho más en virtud, encendiendo sus corazones en vivas llamas de amor divino con las que brotaban de su pecho en las palabras que salian de su boca y los razonamientos que les hacia en órden á su salvacion; y por este medio ganó á muchos para Dios y los trajo al perfecto estado de la religion.

En acabando de oir la Filosofía, fué por obediencia á Milan á leer una cátedra de Gramática que regentó por cuatro años con igual provecho y edificacion de sus discípulos, á los cuales no aprovechó ménos en la virtud que en las letras.

Volvió despues á Mesina á oir el curso de Teología, y aqui le llamó Dios para otra ciencia y Filosofía superior de la conversion de los infieles, oyendo

los muchos que se perdian en las Indias, y en especial en las islas Filipinas, por falta de predicadores y maestros.

Andaba el P. Juan de Bobadilla, Procurador de aquella provincia, alistando soldados de la milicia de Cristo para aquella espiritual conquista, y el bendito P. Vicente, con su fervoroso espíritu fué de los primeros que dieron sus nombres á esta milicia espiritual, pidiendo á nuestro P. General ser admitido en ella y pasar á las Filipinas. Y aunque fué de los primeros llamados, no fué de los primeros escogidos, porque corona tan preciosa quiso Dios que la comprase á costa de oraciones, penitencias, ansias, aflicciones y diligencias: que lo que mucho vale, mucho cuesta.

Escribió al P. Mucio, General de la Compañia, dándole cuenta de sus deseos y pidiéndole que le enviase á Filipinas, y aunque llegó su carta á tiempo que estaba nombrando los que habian de ir á aquella mision, no le nombró, ántes le despidió, diciendo, que estaba ya lleno el número, y que por entónces no habia lugar su peticion.

Mucho se afligió el siervo de Dios con esta respuesta, viendo frustrados sus deseos y cerrada la puerta á sus esperanzas; pero no por eso desconfió de la misericordia del Señor, esperando, que pues le llamaba á aquel empleo, daria su divina Majestad córte como se cumpliese.

Habia en Mesina un siervo de Dios, que se llamaba Nicolás, el cual de turco se habia hecho cristiano por merced singular de la Reina de los ángeles. Frecuentaba mucho los Sacramentos, tenia largas horas de oracion, no salia de nuestra casa, era hombre muy piadoso, de vida ejemplar, y corria fama que tenia revelaciones y otras mercedes de Dios.

Con este trataba el H. Vicente con familiaridad, como con siervo de Dios; y encontrándole en esta ocasion triste, trabó plática con él y le contó su afliccion y la causa de su desconsuelo. Suspendióse un poco Nicolás, como quien entraba en lo interior de su alma, y luego como volviendo en sí, le dijo: «No te desconsueles, Padre, que en este mismo año que estamos has de pasar á Filipinas.» ¿Cómo puede ser eso, replicó el H. Vicente, pues me escribe nuestro General que no hay lugar por ahora? A que respondió Nicolás: «Si irás, sí irás, vuelvo á decir, y ya están en casa las cartas para que vayas.»

Admiróse y consolóse con el oráculo del recien convertido, y mucho más cuando, despidiéndose de él, recibió carta del General en que le enviaba á Filipinas en lugar de otro, que no habia podido ir de los que estaban señalados. Su consuelo fué á medida de su deseo: todos lloraron porque se iba, y sólo él no cabia en sí de alegría: y viéndose otra vez con el recien convertido Nicolás, y despidiéndose amorosa y caritativamente, le dijo las siguientes palabras, llorando arroyos de lágrimas: *¡Ay cuántos! ¡ay cuántos trabajos! ¡cuida-*

do. cuidado! y poco despues sonriéndose y abrazándole, dijo: «Ea, buen animo, que todo se acabará bien;» y con esto pasó á Nápoles á juntarse con sus compañeros.

Pero aquí tuvo nuevos combates, porque el P. Procurador que tenia á su cargo despacharlos, le dijo en llegando, que se volviese á Mesina, porque el número estaba cumplido y no podia ir; y esto con tanta resolucion, que no dejaba resquicio de esperanza ni lugar de apelacion.

Causóle suma tristeza tan inopinada nueva; fuése á Dios y á su Santísima Madre á negociar con ellos el cumplimiento de sus deseos, y movido interiormente, acudió al santo P. Vicente Carrasa, que era entónces P. Espiritual de la casa, y comunicóle su afliccion, pidiéndole consejo.

El buen Padre se le dió, y le animó y esforzó á proseguir en su santo intento, no obstante cualquiera contradiccion; y para vencerlas todas, le envió á la raíz, que es nuestro P. General. El cual le recibió con amor de verdadero Padre, y le dió su patente para que fuese á Génova, y de allí á España en compañía de los señalados para las islas Filipinas, adonde caminó, atravesando tierras y mares, gentes y naciones, dando en todas partes ejemplos de santidad con grandísima edificacion.

En la navegacion le dió el Superior oficio de enfermero, el cual hizo con mucha caridad, sirviendo á todos los enfermos, curándolos y regalándolos, con grande consuelo de sus almas y edificacion de todos.

Antes de partir de Génova, se ordenó de Misa, para la cual se preparó con muchos dias de oracion y penitencia, y la dijo con tal devocion que la puso a todos los que la oyeron, lo cual guardó siempre, con gran usura de su alma y de los que le asistian.

En llegando á las islas Filipinas, oyó dos cursos que le faltaban de Teología, y aunque pudiera pasar adelante con sus estudios y regentar las cátedras de Ciencias mayores, no quiso ocuparse en ellas, sino en la conversion de los indios á que habia venido; y, visto el fervor de su espíritu, le dieron los Superiores la mision más difícil y apostólica, que fué en las costas de Ibabao, cuyos habitadores son fierísimos por su natural agreste y bárbaro, inclinados á todo género de vicios y sedientos de sangre humana.

Esta conquista le cupo al P. Vicente Damian, en compañía del santo mártir Miguel Ponce, en la cual trabajó gloriosísimamente cuatro años que le duró la vida, predicando y enseñando á aquellas gentes con obras y palabras el camino del cielo, porque su santa vida fué una predicacion contínua, siendo modestísimo, manso, apacible, sufrido y caritativo, con entrañas de padre para todos, procurándoles el sustento del alma y el alimento del cuerpo.

Fué hombre de grande oracion y de mucha penitencia, con que los tenia

admirados; humilde y pobre, y en todas sus acciones ostentaba santidad y religion, con que la persuadió á sus feligreses de manera, que vivian en hábito seglar una vida como religiosa.

Todos los dias se juntaban en sus casas, y los domingos y fiestas en la iglesia á rezar el Rosario de nuestra Señora á coros, y ninguno salia de casa sin traerle al cuello. Hizo poner en todos los aposentos donde vivian cruces, imágenes y agua bendita, y olvidar los nombres antiguos de sus linajes y llamarse siempre con el del santo bautismo. Enseñábales á frecuentar los templos, á ser devotos de los Santos y á encomendarles no sólo sus almas y sus hijos, sino tambien sus sementeras.

Hacia que frecuentasen la confesion, y daba la comunion á los más aprovechados, y para esta frecuencia fundó en sus lugares muchas congregaciones de nuestra Señora, de los indios más principales, no se teniendo por honrado el que no se alistaba en ellas.

Celebraba sus fiestas con danzas, y saraos, y máscaras y fuegos á la usanza de Europa, con procesiones de mucha cera y estandartes, cosa que los indios estimaban grandemente y venian desalados á las fiestas. Con estas y otras trazas semejantes los arraigaba en la fe, y los adelantaba en devocion y los encaminaba al cielo, desterrando los vicios de aquella nacion y conservándolos en paz, que es grande medio para la virtud.

No pudo el demonio sufrir tanta observancia y cristiandad en los que poco ántes eran los castillos roqueros de su idolatría, y ver adorado al verdadero Dios con tanto culto y reverencia adonde él tenia sus aras, y era adorado y servido como si fuera Dios; y viéndose desterrado y derribado de su antigua profesion, restó todas sus fuerzas en restituirse á su antigua idolatría, moviendo los ánimos de los hechiceros y abominables idólatras, para que se levantasen contra Cristo y contra los predicadores de su ley, con pretexto de libertad y de volver a sus antiguos vicios.

Los bárbaros conjurados contra Dios, quemaron sus iglesias y quitaron la vida al santo P. Miguel Ponce, como se dijo arriba, con increible dolor del buen P. Vicente Damian, el cual fué sustituido en su lugar por Rector de aquellas reducciones, y las tomó tan á su cargo, que no dudó de poner la vida por sus ovejas, como buen pastor imitador de Jesucristo.

Movido de este celo, pidió una y muchas veces licencia á los Superiores para volver á los indios conjurados y reducirlos á su antigua fe y lealtad, fiando lo primero en la mano poderosa de Dios, y lo segundo en el amor que siempre le tuvieron. Y sus instancias fueron tales y las razones que alegó deshaciendo todas las dificultades que se podian ofrecer, que salió con su intento y obtuvo la licencia que pedia; y para mayor acierto, le dieron indios

practicos y fieles que le acompañasen y defendiesen, y juntamente cédulas de perdon general á todos los que se redujesen al servicio del rey.

Armado, pues, con el celo santo de la gloria de Dios y la confianza en su divina proteccion, partió á los pueblos levantados, y se entró por medio de los enemigos de la fe, que se habian hecho fuertes en un monte, y les convidó con la paz y el perdon.

Recibiéronle con agrado y benevolencia, dando muestras de reducirse; y, para asegurarle más, le enviaron á visitar y dar la bienvenida los principales indios de los conjurados, con que el buen Padre dió por hecho el negocio y acabada la conjuracion, esperando felicísimos sucesos con gran gozo de los fieles cristianos que estaban oprimidos de los bárbaros.

Despidió los indios que trajo de guarda, y reedificó lo mejor que pudo las iglesias que habian quemado; lo cual sabido por los agresores y que volvia á decir Misa en las iglesias, recibieron tanta rabia que, como unas fieras heridas, bajaron del monte á vengar su agravio en el inocente Padre; y lúnes, once de octubre del año de mil y seiscientos y cuarenta y nueve al amanecer, cercaron la pobre casa en que estaba hincado de rodillas en oracion, cumpliendo la regla de la Compañía.

Oyó el santo Padre el ruido de las armas, y luego reconoció la causa y la pretension de los homicidas; y, sin turbarse ni moverse del lugar en que oraba, tomó en las manos la imágen del santo Crucifijo, y le pidió perdon de sus pecados y tambien para sus homicidas, ofreciéndole su vida en sacrificio por ellos y por aquel rebaño que habia apacentado.

Estando en estos coloquios bañado en dulces lágrimas, entró el tirano Somoroy, que habia martirizado á su compañero, y él y los demas le dieron de lanzadas y le enviaron mártir al cielo, siendo de edad de treinta y seis años, y diez y nueve de Compañía.

Su muerte fué tan llorada de los buenos cuanto celebrada de los malos, á quien Dios envió presto su merecido castigo, padeciendo inmensos trabajos hasta morir á los filos de la espada.

Su cuerpo fué sepultado con grande honra de los indios católicos y venerado como de santo mártir de Cristo.

Este logro tuvieron los deseos con que este siervo de Dios atravesó el mundo, y vino desde Sicília á las indias Filipinas á buscar el martirio y á dar la vida por Cristo, como lo dijo en Italia y en las Indias varias veces, y tuvo profecía de ello. Porque fuera de lo que Nicolás el turco convertido le dijo en Mesina, que habia de padecer mucho, y últimamente parar en bien, que fué anunciarle el martirio; una santa vírgen de Sicilia y otro Padre muy espiritual y santo de nuestra Compañía, que le amaban por su virtud, y sintieron

su partida, encomendándole á Dios y pidiéndole con mucho afecto sus buenos sucesos, los consoló el Señor, mostrándosele muy glorioso con aureola de mártir, y dándoles á entender, cómo viniendo á las Indias habia de conseguir aquella gloriosa corona, de que ambos quedaron tan consolados, como envidiosos de su dicha, y lo dijeron á las personas que lloraban su partida, para que se consolasen, cuyo gozo se ha doblado cuando lo han visto cumplido.

Su divina Majestad, que premió sus fervorosas obras, nos dé parte de su espíritu para que le imitemos, despreciando el mundo y todas sus honras y deleites, y para emplearnos del todo en su santo servicio, hasta dar la vida con el mismo fervor y prontitud por la fe de Jesucristo.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DE ESPINOSA

El año de mil y quinientos y setenta y ocho, nació este esclarecido varon en la insigne ciudad de Granada, de padres nobles y ricos no ménos de los bienes espirituales que de los temporales, católicos, pios y ejemplares en su estado y por sus virtudes merecieron tener un hijo que fuese honra de su casa; pues ninguno la honra más que un hijo santo, y el P. Pedro de Espinosa parece que lo fué desde los pechos de su madre, porque nunca se le sintió costumbres de niño, sino en pocos años costumbres de grande en la cordura, modestia, devocion con Dios y con sus santos, y en particular con la Santísima Vírgen, á quien sirvió desde niño con tiernísimo amor y voluntad.

La Reina del cielo parece que le recibió desde luego debajo de su amparo, haciéndole contínuos favores, como se vió en una grave enfermedad que tuvo en su niñez, que le puso en las puertas de la muerte; pero en ellas le dió la vida la que lo es de los hijos de la Iglesia; porque llorándole sus padres por muerto, acudieron al altar de nuestra Señora y le ofrecieron un voto por su hijo, y luego sin más plazos resucitó como de muerte á vida, recibiéndola por la intercesion de la Santísima Vírgen, á quien se mostró siempre agradecido por este beneficio.

Con la edad fué creciendo en la virtud. Estudiaba la Gramática y frecuen-

taba los Sacramentos, y todos los dias, en saliendo del estudio, al tiempo que los de su edad se iban á jugar y entretener en otros divertimientos, nuestro Pedro se iba á la iglesia catedral, y, postrado delante de la imágen de Nuestra Señora del Sagrario, perseveraba inmoble largo tiempo, rezándole el Rosario y otras oraciones que usaba.

Frecuentaba las casas de religiosos, y gustaba mucho de su santa conversacion, y de oir los ejemplos de las vidas de los santos: y sucedió, que comulgando una vez en el monasterio de las Carmelitas descalzas, le vió una gran religiosa, que se llamaba Beatriz de San Miguel, y llamándole aparte, le dijo: *Mucho le ama Dios, y si le es fiel, ha de ser de grande provecho en su Iglesia:* profecía que se cumplió puntualmente, como se verá en el discurso de su vida.

Acabada la Gramática, pasó á estudiar Filosofía, y tuvo por maestro un varon espiritual y docto, el cual, conociendo su buen natural y la inclinacion á la virtud, le ayudó mucho en ella así con sus buenos consejos como con su ejemplo, que es la mejor exhortacion. Y viendo cuánto aprovechaba, le aconsejó que se opusiese al colegio de S. Ambrosio, que se fundaba entónces en Sevilla.

Llevóle con aprobacion universal, así por sus buenas letras como por sus buenas costumbres, moneda que corre en todas partes con su debido valor.

Aquí comenzó á ostentar el suyo el nuevo colegial, dando resplandores de su mucha virtud, con que encendia á los demas y los traia en pos de sí al servicio de Dios, y los apartaba de los vicios, exhortándolos con sus palabras y moviéndolos con su ejemplo á la devocion y frecuencia de sacramentos y á las obras de piedad, de suerte, que por su santa industria parecia el colegio de seglares una casa de observante religion: tanto como esto puede en una comunidad un hombre de celo y buen ejemplo, á quien Dios comenzó desde este tiempo á descubrir sus secretos con particular favor.

Rogándole por un hermano suyo, se le mostró en vision imaginaria difunto y ahogado, hinchados el rostro y vientre y algo desfigurado: y aunque no entendió entónces lo que significaba la vision, el efecto se la declaró, viéndole poco despues traer ahogado y difunto en la forma que Dios se le habia mostrado; que fué la primera y principio de otras muchas revelaciones que tuvo del Señor. Porque como veremos, fué hombre de alta oracion y muy favorecido de Dios en ella desde que era seglar, en el cual tiempo hacia muchas y muy rigurosas penitencias de ayunos, cilicios, vigilias y sangrientas disciplinas.

Ardia tal fuego en su corazon, que todo se abrasaba en deseos de amar y servir á Dios, y padecer mucho por Él, y de que todo el mundo le conocie-

se y amase y le sirviese, teniendo por tan propias suyas las ofensas que se hacian á su divina Majestad, como si él mismo las padeciera; y era en tanto grado, que se salia á los campos solo á desahogar su pecho, clamando con voces altas á Dios, pidiéndole trabajos que padecer porque los hombres no le ofendiesen, y que ensanchase su corazon para amarle y le diese fuerzas para servirle, y cumplimiento á sus ardientes deseos. Dios le respondió, que los cumpliria muy presto, llenándole las medidas de los deseos de padecer, como luego se verá.

II

Entra en la Compañía, y lo que pasó hasta llegar á Filipinas.

En hábito seglar hacia vida religiosa de muchos quilates de perfeccion, en la flor de su edad de veinte á treinta años, cuando más arde la sangre y son más duras las batallas padecidas en la juventud; pero el esforzado soldado de la milicia de Cristo alcanzaba contínuas y gloriosas victorias del comun enemigo, adelantándose cada dia en el servicio de Dios, el cual á este tiempo le llamó para la religion, tomando ocasion de la llegada del P. Alonso de Humanes á Sevilla, Procurador por la provincia de Filipinas, á disponer su jornada para ellas, con otros treinta que llevaba de la Compañía á cultivar aquella viña del Señor.

Vióle y hablóle, y comunicóle despacio el P. Pedro de Espinosa, entónces D. Pedro de Espinosa, colegial, como dijimos, del colegio de S. Ambrosio: oyó de su boca los innumerables gentiles que habia en aquellas islas, los muchos que se perdian por falta de quien los enseñase y bautizase, la muchedumbre de pueblos de cristianos, que en muchos meses no oian una Misa por falta de quien se la dijese, y otras cosas de este jaez, todas ciertas y verdaderas: y obrando la divina gracia en su alma, se movia íntimamente á pasar á aquellas islas, adonde juzgó que hallaria el lleno de sus deseos, así de padecer por amor de Cristo, como de traer almas á su conocimiento. Comunicó su vocacion con el P. Diego Granados que era su confesor y maestro, el cual aprobó su buen intento, y con su consejo y direccion le recibió el P. Alonso de Humanes para llevarle consigo á las islas Filipinas.

Pero aquí comenzó Dios á cumplirle su palabra de dar el lleno á sus deseos de padecer por su amor con tantas ocasiones de aflicciones, trabajos y penas como llovieron sobre él. Porque lo primero se armó todo el infierno para impedirle el cumplimiento de su vocacion, reconociendo el grande fruto que habia de hacer en la Iglesia del Señor.

Acometiéronle los demonios con feísimas tentaciones, tan contínuas que no le dejaban de dia ni de noche, luchando perpétuamente con él; eclipsósele juntamente aquella luz divina, de la divina consolacion que rayaba en su alma, padeciendo terribles sequedades en el espíritu y en la oracion: clamaba al cielo, y no sentia ser oido, pedia consuelo y no le hallaba, lloraba y no era consolado, andaba triste, aunque no sin aliento ni descaecido; pero como era novicio, y no conocido en la religion, teníanle por triste, tétrico y melancólico, y los más por de mal natural y no á propósito para la Compañía: y creció este dictámen de manera que el P. Alonso de Humanes, ordenándolo así Dios para ejercitar á su nuevo soldado, se resolvió á despedirle de la Compañía, como de hecho lo hizo en llegando á Méjico, sin que le valiesen lagrimas ni plegarias, porque juzgó que convenia al servicio de nuestro Señor. Duro golpe para quien tan de veras deseaba emplearse todo en su servicio, y habia vivido tan ajustadamente, caminando siempre contra la corriente del agua, en el mar de la religion.

¿Qué corazon no quebrantaria un trabajo tan desmedido á las fuerzas humanas? ¿A quién no hiciera desmayar un suceso tan inopinado, de tal deshonra y desamparo, en tierra tan extraña, á un hombre principal, en la flor de sus años, sin haber dado causa para él?

Verdaderamente parece que fué el mayor que le podia venir, y el que nunca pudiera imaginarse; pero Dios que no da á escoger á sus amigos lo que han de padecer, sino que ordinariamente les envia lo que más han de sentir, le envió á este siervo suyo lo que nunca se le ofreció pasar, y lo que más podia sentir.

Mas como juntamente pone el Señor en una balanza la pena y en otra el auxilio y gracia para llenarla y merecer con ella, así lo hizo con este siervo suyo, el cual confiesa en un papel que se halló de su mano, que si bien sintió como hombre este golpe tan duro para él, no le turbó, ni alteró ni se halló desconsolado, ántes conforme con la voluntad de Dios, recibiendo aquel trabajo como enviado de su mano y con gran esperanza de mejorarse con él, reconociendo con humildad que no merecia por sus pecados vivir entre los siervos de Dios, ni ser alistado en su santa religion.

Y considerando que no hacen el hábito sino las costumbres al hombre religioso, tomó casa enfrente de la Compañía, y en todo y por todo se ajustó á su distribucion como si viviera dentro del mismo colegio, con tal ejemplo y santidad de vida, que edificó á todos.

Acudió á nuestros estudios, trató familiarmente con los de casa, y conocido su buen caudal así de letras como de virtud, premiando Dios su paciencia, movió á los Superiores á que le volviesen á recibir, lo cual se hizo con

gran júbilo de su alma el dia de S. José de 1614 años, teniendo treinta y seis de edad y muchos más de virtud, declarando Dios con esta accion, que le habia enviado aquel trabajo para mostrar con aquel golpe los quilates y fineza de su alta santidad.

Un año estuvo fuera de la Compañía, que fué el de más dura probacion que ha tenido alguno en ella, desterrado como Adan á vista del mismo Paraíso que habia perdido y deseaba recuperar, viviendo en él con el alma y llorando con amargo llanto la pérdida de su bien; y á la medida del dolor de haberle perdido, fué el gozo de haberle recuperado; que de esta manera premia Dios la paciencia de los suyos. Y ordenó la divina Majestad que aquel año se detuviese en Méjico el P. Alonso de Humanes, aprestando su viaje para Filipinas, para que lograse sus primeros deseos, y así partió en su compañía, adonde Dios le asignó su apostolado y lo que en él obró diremos en los párrafos siguientes.

III

Pasa á Filipinas, ordénase de Sacerdote y recibe muchos favores de Dios.

Embarcóse como dijimos para las islas Filipinas el año de 1614, dando en la mar los ejemplos de religion y santidad que habia dado en tierra firme.

Pasaron á vista de las islas que llaman de Guadalupe, pobladas de indios gentiles, tan bárbaros y crueles que se comen los hombres, y nunca han permitido que se les predique el Evangelio, porque á cuantos lo han intentado han quitado las vidas. Y no obstante estas noticias que tuvo el P. Espinosa, fué tan encendido su celo de convertir aquellos infieles y ganar sus almas para Cristo, que pidió al Superior con repetidas instancias que le echasen en aquellas islas para predicar á aquellos indios, alegando para esto cuán poca falta haria en la Compañía un novicio como él era entónces, y que si le mataban, tendria la religion un ruin ménos y un mártir más, que era de más importancia que su vida. Pero estimando sus fervores, le negaron la licencia que pedia, dándole ciertas esperanzas de que tendria bien presto adonde emplear sus deseos en miés copiosísima.

Más ciertas las tuvo del mismo Dios que le daba estos deseos, porque retirándose á la oracion á consolarse con Él, ofreciéndole su voluntad para convertir, si pudiese, todo el mundo, le habló interiormente y le dijo, que presto le llevaria á tierras de idólatras gentiles, á quien predicase su Evangelio, lo cual se cumplió como veremos, y el siervo del Señor quedó consoladísimo.

En llegando á Manila, se ordenó de Sacerdote y se dispuso para su primera Misa con largas horas de oracion y rigurosas penitencias, que le pagó nuestro Señor con inefables gozos espirituales en que se bañó su alma, y se encendió de manera en el amor de Dios, que enajenado de sí, parecia transformarse en un abrasado Serafin, porque le salia al rostro el fuego de amor divino que ardia en su corazon.

No pocas veces crecia tanto este incendio, que como á más cercano le abrasaba el pecho, y para refrigerar el ardor le templaba con golpes de agua fria y con paños mojados, como se escribe del santo H. Estanislao, pagándole Cristo con favores admirables que le hizo.

Hallábase algunas veces sin aliento, padeciendo deliquios con la fuerza del amor, y regalándole su amado, sentia recibirle en sus brazos y, haciéndole mil caricias, llevarle á su corazon, adonde encerraba su alma y hallaba el descanso que no podia hallar en ninguna cosa criada de cuantas hay en el mundo. Allí reposaba y se regalaba en dulcísima contemplacion con su Dios, en cuya casa vale más una hora de descanso, que millares de millares en los palacios y delicias del mundo.

Aconteciόle tal vez hallarse afligido en muchos trabajos que padeció, y retirarse á consolarse con Dios, y arrojarse en su presencia derramando arroyos de lágrimas, como quien daba á la bomba de su anegado corazon, y aparecerle Cristo con rostro amoroso y haciéndole caricias y diciéndole ternezas, juntar su rostro con el suyo y derramar lágrimas con él, mostrando el amor que le tenia; pues sentia sus trabajos y los lloraba como si fueran propios suyos, que son las últimas demostraciones de amor, hacer propios los trabajos y penas del amado, y sentirlas y llorarlas como si el mismo Señor las padeciera, pagándole con este retorno el amor que le tenia y las lágrimas que derramaba por las ofensas que los hombres le hacian, como si fueran propias suyas. Una vez lloró por Lázaro difunto y todos dijeron: *Ecce quomodo amabat eum*. Bien declara el amor que le tenia y no declaró ménos el que tuvo á su siervo en las lágrimas que derramó con él, y bien se deja entender la consolacion que recibiria su espíritu con tan desusado favor, como fué juntar Cristo sus ojos con sus ojos, y sus lágrimas con sus lágrimas, para consolarle en sus penas, y animarle á padecer por su amor; y ofreciéndole nuestro Pedro en retorno su corazon, le puso Cristo un anillo en el dedo, como si se le entregara con aquella demostracion; que á tales finezas y familiaridad llegó con su divina Majestad por la grandeza de su amor.

Estando un dia en oracion regalándose con Dios y pidiéndole su espíritu para convertir el mundo y padecer mucho por Él, le apareció Cristo nuestro Señor con dos coronas en las manos, una de oro pequeña riquísimamente

labrada, otra de espinas sin comparacion mayor, como se escribe de santa Catalina de Sena, pero con diferente significacion; porque á la Santa se las ofreció Cristo, la una para esta vida y la otra para la otra; pero á nuestro Pedro ámbas á dos para esta. La de oro fué de las consolaciones y favores que le habia de hacer en esta vida, preciosos, pero pocos en comparacion de los trabajos y aflicciones que habia de padecer, significados en la de espinas grande y dilatada; porque habian de ser muchas y penosas y durar toda la vida, á que el siervo fiel respondió: *No recibiré tantas, Señor, que satisfagan mi sed, y no me quede deseo de padecer más y más por vuestro amor.* Y fue así, porque siempre vivió con insaciable sed del martirio y de pasar inmensas penas por Dios: propiedad del que ama, desear hacer y padecer sin límite por su amado.

Al mismo paso que se entregaba á Dios, Dios le franqueaba su pecho y se le comunicaba con tal cariño y afabilidad, como lo significa en sus apuntamientos, adonde dice así: «*Hallábale propicio, y al modo que se están aconsejando dos amigos que mucho se aman y no se pueden apartar el uno del otro por el grande goce que de su conversacion reciben. A este modo era el estar yo con nuestro Señor, y parece iba Su Majestad encendiendo el fuego.*»

De aquí le nacia andar siempre como extático y todo absorto en Dios, en contínua oracion y presencia suya, sin poder borrar de su imaginacion la imágen admirable en que se le representaba; conversaba con Él con un gozo tan excesivo, que no le parecia quedaba más que desear en la bienaventuranza, como él mismo lo testifica por estas palabras: «*Dábame nuestro Señor tanto gozo, que tomara yo de muy buena gana, despues de haber padecido inmensos trabajos, esto por cielo para siempre, sin desear otra cosa más que ver amado intensamente de todos á Jesucristo nuestro bien.*» Tal era la abundancia de la divina consolacion con que algunas veces Dios bañaba su corazon.

Aconteciόle retirarse á su aposento en la hora de recreacion á tenerla con Dios, y visitarle Cristo nuestro Redentor, y pasearse con Él, y tratar de la conversion de los gentiles con la familiaridad y llaneza que pudiera con el amigo más íntimo de su corazon.

Otra vez, en la misma hora de quiete y recreacion, recogido en su celda á tenerla con Dios, vino Cristo á entretenerle, y hallándole sentado en una silla, se sentó junto á él en otra, y le mantuvo gustosa conversacion, dándole altísimas noticias de los misterios divinos con un gozo tan superior, que no le cabia en el pecho, abrasándose en vivas llamas de amor.

Retirado otra vez á dar gracias á Dios á su aposento, vió con vision imaginaria al niño Jesus junto á sí, con tan rara belleza, gracia y hermosura, que

le robó el corazon y los sentidos, y le enajenó de sí mismo, dejándole tan impresa su imágen en lo íntimo de su alma, que no la pudieron borrar el tiempo, ni las ocupaciones grandes que tuvo, recreándose y alentándose siempre con su divino aspecto y compañía.

Otras veces sentia una presencia amorosa y eficaz del Padre Eterno, que movia su voluntad con ternísimo amor, y prorumpia en deseos abrasados de amarle con su Hijo Santísimo, y sin poderlos reprimir, daba voces y gemidos, clamando y llorando por unirse con su Dios. Viéronle salir no pocas veces por los bosques y montes, arrebatado de la fuerza del espíritu, pisando y rompiendo cuanto encontraba de ramas y zarzas y cambrones, y quedarse arrobado, levantado del suelo por mucho espacio de tiempo, en altísima contemplacion sin volver á sus sentidos.

Tal era de ordinario su oracion, que arrebatando el cuerpo la fuerza del espíritu, estaba todo en el aire, tocando al suelo con la punta del pié, y los efectos que causaban en su alma estas mercedes tan singulares de Dios se verán en el porte de vida que guardó.

IV

De los ministerios y oficios en que se empleó.

El celo de las almas y los deseos de traer todo el mundo al conocimiento y servicio de Dios nacieron con este santo varon; pues siendo niño procuraba traer á sus iguales á la virtud, y en el colegio seglar á todos sus colegas al temor santo de Dios. Y aunque por ello padeció denuestos, persecuciones y pesares, ordinarios gajes que de estos empleos tiran los siervos del Señor, no por eso desistió de su intento, ántes se azoraba más, cuando sentia más contradiccion, juzgando que pues el demonio contradecia, era más servicio de Dios.

Este celo santo le hizo renunciar su libertad, y sus parientes, y patria, y atravesar los mares, y desterrarse á lejas tierras entre bárbaros y gentiles á diligenciar su salvacion. Con este designio se ordenó en llegando á Manila, y luego comenzó su predicacion con un espíritu de un apóstol, echando por la boca llamas del ardiente fuego de su corazon; y aunque hacia gran fruto en la ciudad, era corta esfera para el incendio de su pecho, y así pasó luego á las islas de los indios gentiles, idólatras y sin conocimiento de Dios, á los cuales alumbró con la luz del santo Evangelio, y redujo al conocimiento y servicio de su Criador.

Bautizó muchos millares de almas, enseñóles la ley santa de Dios, doctrinóles, y de brutos silvestres los convirtió en hombres de razon, reduciéndolos á vida política y racional, domesticándolos y domándolos con el yugo suave del Señor.

A qué costa de trabajos compraria estas almas este apostólico varon, callo; pues se deja bien entender los sudores, los desvelos, los caminos, navegaciones y riesgos que pasaria en esta lid con gente tan bárbara, á quien defendia Satanás, usando de todas sus artes para apartarlos de Dios.

Vez hubo que, andando en estas islas, padeció por mucho tiempo tan horrible tempestad, que ensoberbecida la mar se encrespó de manera que parecia querer sorberse las islas, porque llegaron sus olas á cubrir las cumbres de los montes, y el barco en que el Padre iba, á pisar las copas de los árboles, causando las aguas la ruina de muchos pueblos y muerte de inmensa gente.

El buen Padre en tan grande riesgo no perdió la confianza en Dios, a quien oró, como el Profeta, de lo íntimo de su corazon, y fué oido de su divina Majestad; porque habiendo padecido dias y noches sin reposo ni alivio tan desecha tempestad, le sacó de ella con vida á él y á los indios que le llevaban, lo que todos juzgaron por evidente milagro, contra toda esperanza humana; y no por esto se acobardó en su intento, ántes con nuevos alientos se abalanzó á los peligros, por sacar las almas del poder de Satanás, enseñando á confiar en Dios.

Ocupado, pues, en este apostólico empleo, cayó en una grave enfermedad, porque trabajos tan desmedidos sobre todas sus fuerzas no pudieron dejar de vencer su flaqueza natural; y, aunque lo llevó con paciencia y alegría, pareció á los Superiores conveniente retirarle á Manila, para curarle y reforzarle, hasta que cobrase fuerzas para poder trabajar.

Así le mandaron venir con grande mortificacion suya, adonde estuvo hasta que convaleció; y aunque pidió volver á su antiguo empleo, no se le concedió, por haberse ofrecido otro de importancia que le encargaron de mucho servicio de Dios, con la ocasion siguiente:

El enemigo holandés surcaba los mares de aquellas islas con una armada de diez naves artilladas con muchos soldados y pertrechos de guerra, robando sin resistencia cuanto hallaba así en la mar como en las costas, y el siervo de Dios sentia de manera estos ultrajes que padecian los católicos, que fué fama constante habérsele ocasionado la enfermedad dicha del grande sentimiento.

Para coger las dos naos que venian de Méjico á Manila con el socorro para la defensa, se puso el enemigo á la boca del puerto á esperar su venida;

pero halló más resistencia que pensó, porque el P. Espinosa se le opuso con las armas de su oracion y penitencia, suplicando á nuestro Señor intensamente por ellas, y Dios por sus plegarias las libró milagrosamente, enviando una nube á modo de niebla muy espesa que las cubrió de tal suerte, que pudieron tomar puerto en Manila sin ser vistas del holandés, dejando frustrados sus intentos, y tan rabioso por la pérdida que, acercándose al puerto, les disparó el grueso de su artillería, pero sin algun fruto, porque fué rechazado varonilmente de los nuestros.

Pues, para refrenar la tiranía de este enemigo y castigar sus agravios, se dispuso en Manila una buena armada, y entre otras personas que se eligieron para ella, fué el P. Pedro de Espinosa, cuya santidad y consejo, juntos con la fuerza de su oracion y el valimiento que tenia con Dios, juzgaron todos por la más fuerte armada para vencer al enemigo, por lo cual le ordenó la obediencia que, dejando su recogimiento, se partiese á aquella guerra.

Obedeció el humilde Padre, embarcóse en la *Capitana*, armado con la confianza en Dios á quien contínuamente oraba por la victoria, exhortaba á los soldados que purificasen sus conciencias por el sacramento de la Penitencia, que se apartasen de vicios y obligasen á la divina Majestad con santas obras, confiando en su bondad más que en las fuerzas de sus armas, que son las mas poderosas para alcanzar la victoria.

Cuando llegó el tiempo de cerrar con el enemigo, se puso enmedio de los escuadrones en la plaza de la nave con una imágen devota de Cristo crucificado en la mano, animando á todos con tal denuedo y aliento, que le ponia á cuantos peleaban, peleando él con las manos de todos los soldados y mucho más con los clamores y gemidos que enviaba al cielo, de donde le vino el auxilio, y tal ánimo á los nuestros y desmayo á los contrarios, que perdieron las fuerzas y la victoria: parte quedaron ahogados en la mar, parte presos y parte huyeron volviendo nuestra armada á Manila victoriosa y triunfante, atribuyendo á las oraciones y virtud del P. Espinosa tan glorioso suceso.

Concluida esta jornada tan felizmente, hizo la última profesion que nuestro P. General le envió enterado de su mucha santidad y buenos trabajos, los cuales continuó en la villa de Arévalo, adonde le enviaron por Rector muy contra su voluntad, que fué siempre de obedecer y no mandar; pero hubo de bajar la cabeza y sujetarse á la obediencia de quien se lo mandó.

No tuvo de Superior más que el nombre, porque en las obras fué súbdito de sus súbditos sirviéndoles como si fuera su esclavo, con afabilidad y mansedumbre como si fueran sus hermanos.

Caminaba siempre delante en la observancia religiosa y en el ejercicio de los ministerios de nuestra religion, predicando, confesando y catequizando á

los indios, no sólo en la villa, sino en todo el distrito, haciendo misiones por las islas y pueblos comarcanos.

De este gobierno le trujeron al del Seminario de S. José de Manila, para que con su buen espíritu criase la juventud en toda virtud y santidad; pero como era tan corta esfera para el fuego de su fervor, que todo el orbe le parecia corto para convertirle á Dios; por dar pasto á sus deseos, le pasaron á la isla de Pintados y residencia de Bool, adonde trabajó algun tiempo con el fruto que en las demás, y de esta le enviaron á la de Zamboanga, que se fundaba entónces en la extendida isla de Mindanao, mucho mayor que España, poblada de inmensos infieles moros, idólatras y herejes.

Aquí extendió las velas de su fervor; aquí levantó llamas el fuego de su espíritu, avivado con el viento del Espíritu Santo, trabajando infatigablemente en la conversión de las almas, sin perdonar á desvelo ni trabajo por traerlas á Dios, convirtiendo innumerables á su fe, en seis años que estuvo en esta mision.

V

Las luchas que padeció del demonio y el valor con que las venció.

Costumbre es de nuestro Señor poner en las mayores ocasiones de pelear á sus más esforzados soldados, como lo hizo con el santo Job y con Tobías, á quien, como dijo S. Rafael, envió tantos trabajos y ocasiones de merecer, por ser acepto á su divina Majestad.

Esto mismo se verificó en este siervo suyo, á quien, como dijimos, escogió para soldado de su milicia desde los pechos de su madre, y pudiéramos sin encarecimiento decir que desde ellos mismos le escogió para padecer, corriendo parejas con su vida las guerras que tuvo con el demonio y las ocasiones de pelear y merecer.

Porque, tomando el agua desde sus principios, siendo niño, le envió Dios gravísimas enfermedades y dolores que sufrir. En abriendo los ojos á la razon, ordenó el demonio para hacer guerra á su virtud sus escuadrones de discípulos que, con capa de amistad, le procuraron atraer á los vicios; otros le persiguieron con baldones llamándole hipócrita, engañador y de fingida virtud; y llegó á tanto su osadía, que uno le dió muchos palos, incitándole Satanás por medio de los pundonores del mundo, á vengar aquel agravio de tanta deshonra en el siglo, pero el siervo de Dios venció á su enemigo con paciencia anteponiendo la honra de Dios á la suya.

Á Job envió el Señor guerras que vencer en el cuerpo, reservando siempre

el alma; pero á este nuevo Job las envió durísimas en el alma y en el cuerpo, y tan dilatadas y prolijas, que se continuaron hasta el fin de su vida.

Padeció gravísimos escrúpulos y contínuas dudas de si era bueno ó malo su espíritu, andando en opiniones de los hombres con un tormento indecible, unos le aprobaban, otros le reprobaban, diciendo que estaba iluso y que iba perdido y camino de condenacion, con lo que el buen soldado de Cristo traia el corazon entre dos piedras, acosado de temores, pero siempre constante en el servicio de Dios.

Y no fué esta la mayor lid, sino la que padeció de contínuas tentaciones lascivas, imprimiéndole Satanás en la imaginacion representaciones feísimas de mujeres deshonestas, provocándole á la deshonestidad con tanta viveza que, por ningunos medios las podia deshechar, velando y durmiendo, en el templo y en la celda, en la oracion y rezo, en la comida y estudio, en todas partes y ocupaciones le acometia esta infernal guerra.

Causóle un humor inaudito, inventado del demonio, que le corria por todo el cuerpo, y cuando llegaba al rostro, se le arrugaba como suele un pergamino mojado puesto al fuego; cuando á la boca, le daban bascas asquerosas; cuando al corazon, le abrasaba en fuego de lascivia con feísimas tentaciones, de las cuales, hablando el mismo Padre en sus confesiones, dice así: «Aquí es la verdadera lucha del espíritu contra la carne y de la carne contra el espíritu, esta es la mayor fatiga, confusion y tormento que el alma padece, pues en cuantas hasta hoy he experimentado, padece penas del infierno. No hay cilicios, disciplinas, ayunos, afrentas, dolores, cárceles y áun la misma muerte, que se pueda igualar con este trabajo y miseria, que siente una persona que ha recibido de Dios un deseo grande de ser puro, casto y limpio en su divino acatamiento.»

Esto siente de la guerra contínua que padecia siempre, la cual procuraba vencer con rigurosa penitencia, atormentando su carne con varios instrumentos de palos, hierros, aflicciones y malos tratamientos; y cuando estaba más cansado y afligido de batallar con el demonio, le acometia con otra nueva lanza de desconfianza en Dios y de infidelidad con mil tentaciones contra la fe de Cristo, inclinándole á negar lo que creia y á blasfemar de Dios y de sus Santos; pero no venciéndole; que sola su representacion le causaba horrible tormento.

A esta misma sazon, cuando guerreaba el alma, acometia con otras armas á batallar con el cuerpo causándole dolores gravísimos de hijada y riñones, de piedra, estómago y cabeza; un humor á modo de gota, que le corria por los miembros tan abrasador como un fuego, hinchóle una pierna, que le tenia como en un potro, y junto con todo esto le dió un desconcierto de vientre

que le obligaba á levantarse por momentos y un hastío de todo manjar, que no arrostraba ni podia tomar sustento.

El santo varon acometido por tantas partes, confesó que Dios le habia cumplido sus deseos de pasar al Japon á padecer martirio por su amor con el que le habia dado entre los indios en tan recios dolores y contínua batería como padecia de alma y cuerpo; y para colmo de su corona le dió el mayor de los tormentos, que fué esconderle su rostro y negarle los consuelos espirituales con que le solia regalar y animar en sus lides, dejándole seco, árido y sin consuelo. Porque no le hallaba en la oracion como solia, ni en la Misa, ni en el rezo, ni en la confesion sacramental, ni tampoco en sus Superiores á quien descubria su conciencia, y aunque le animaban á pelear y procuraban consolarle, no sentia en su alma el alivio y el fervor que solia sentir otras veces, con que hallándose como anegado en un mar de aflicciones, dió un grande gemido de lo íntimo de su pecho, diciendo: *Señor, Señor, mirad cuánto padezco por Vos,* y luego oyó en su corazon la divina respuesta que dijo: *Mira tú cuánto padecí yo por tu amor,* con que revivió su espíritu y recobró la vida y el aliento que tenia como perdido, y acordándose de la corona de espinas que habia mirado en las manos de Cristo, se esforzó á llevarla en su cabeza y sufrir por su amor las lides que padecia.

Dióle más aliento una imágen del Niño Jesus, á quien llegando á adorarle, le pareció que extendia la mano para dársela en aquella afliccion, y juntamente oyó una voz en lo interior que le dijo: *Dádosete há potestad para pelear con los demonios.* Y no fué sola potestad, sino virtud para vencerlos y alcanzar las gloriosas victorias que alcanzó por medio de su paciencia y confianza en Dios.

VI

Refiérense otras virtudes de este siervo de Dios.

Quien hubiere considerado los favores tan raros que el P. Pedro de Espinosa recibió de la mano del Señor, conocerá por ellos sus altos merecimientos; pues tales mercedes no las acostumbra Dios hacer sino á purísimas almas adornadas de altas virtudes; y las que tuvo este santo varon fueron sin duda de muy subidos quilates, aunque él por su humildad las encubrió; pero pondremos aquí para comun edificacion lo que de ellas podemos rastrear.

Lo primero, fué notoria á todos los que le trataron su grande mortificacion con que, venciéndose á sí mismo, sujetó su carne al espíritu y fué señor de sus pasiones, muerto al mundo y sólo vivo para Dios, del cual confiesa

en la relacion que por mandado de los Superiores dejó escrita, que recibió la primera y principal leccion en una vision imaginaria que tuvo, y refiere por el tenor siguiente: «Vi puesto en mis brazos un cuerpo difunto, que parecia el de Cristo nuestro Señor cuando le bajaron de la cruz, tan clara y distintamente como si le viera con los ojos corporales, aunque me parece fué sólo con los del entendimiento; halléme de improviso tan bañado de consuelo que es increible el gozo que entónces recibí, y despues acá me parece haber sido voluntad de nuestro Señor ponerme en los brazos el dechado y ejemplar que tengo de seguir hasta la muerte.»

Este aviso confiesa que tuvo del cielo, exhortándole por modo tan superior á seguir el ejemplo de Cristo muerto, para morir al mundo y vivir á sólo Dios, como en la verdad lo ejecutó mortificando su carne y todos sus deseos y apetitos, muriendo á sus honras, codicias y deleites, sin tener otro más, que hacer su voluntad y el deseo de padecer hasta morir por su amor.

De aquí le nació el odio santo de sí mismo que tuvo toda su vida, martirizando su cuerpo con ayunos, cilicios, disciplinas, vigilias y penitencias rigurosas; el negarse á todos sus apetitos no se dando gusto en nada, ni en la comida, ni en el sueño, ni en los oidos, ni en la vista. De aquí le nació la ejemplar modestia con que andaba, el inviolable silencio, vendiendo tan caras sus palabras que no las decia sin precisa necesidad, el recogimiento en su aposento, ocultándose á los ojos de los hombres por presentarse á los de Dios.

De este mismo afecto, nació el desprecio de los parientes, tan ajeno de carne y sangre como si no los tuviera, la pobreza de sus alhajas y vestido, el menosprecio de las honras humanas, sufriendo grandes oprobios no sólo con paciencia sino con alegría, y procurándolos él mismo por imitar más á Cristo, en tanto grado, que muchas veces disputando y arguyendo se dejaba convencer, y teniendo qué responder, callaba, para llevar aquella confusion de ser vencido y concluido. Accion bien difícil y raras veces vista, porque fué rara la virtud de este siervo de Dios, que así supo morir al mundo y sujetar todos sus apetitos.

Aconteciόle un dia hallarse presente á desenterrar un difunto, y al sacar el cuerpo medio podrido, tuvo horror de mirarle y mucho más del olor que despedia: y haciendo el oficio su carne, volvió las espaldas y se puso en huida. A los primeros pasos se corrió de su cobardía, y cobrando esfuerzo con la gracia divina, volvió al cadáver, y con igual fervor y victoria de sí mismo tiñó la mano tocándole la suya, y la llegó á la boca, con gloriosa victoria, la cual le pagó Dios tan de contado, que sintió un olor suave en el olfato y una dulzura en el gusto, más que panales de miel, y mayor que el que

Sanson halló en la boca del leon muerto. Pues no fué menor hazaña vencerse en aquella ocasion, que desquijarar leones Sanson; que así premia Dios las mortificaciones de sus siervos y las victorias que alcanzan de sí mismos. Y de allí adelante quedó tan señor de todos sus apetitos, que no tuvo dificultad en nada, gozando de grande tranquilidad y señorío de sus pasiones, sin airarse ni turbarse, ni entristecerse en las adversidades, ni envanecerse en las prosperidades que le sucedian.

¿Qué diré de las otras virtudes religiosas de este esclarecido varon? ¿de la obediencia, humildad, pobreza y castidad, en que fué un dechado de altísima perfeccion?

Por lo dicho se puede rastrear la grandeza de su valor, porque verdaderamente fueron todas de tan subidos quilates, que cada una parece la mayor; y comenzando de la castidad, ¿qué pureza hubo mayor que la de este siervo de Dios? Lo ménos que de él puede decirse, es que fué vírgen en el cuerpo y en el alma, sin amancillar jamas su pureza con un pensamiento consentido contra esta virtud, andando tantos años solo en medio de inmensas ocasiones, y en una guerra tan contínua como padeció del demonio toda su vida religioso y seglar como se ha visto; verificándose en él lo que tanto celebro S. Bernardo, que es de mayor estima esta pureza que la de los ángeles, porque la una es natural y la otra ganada á fuerza de armas en contínuas batallas y con gloriosas victorias, como las tuvo este siervo de Dios.

Quiero poner aquí algunas palabras de sus confesiones para testimonio de esta verdad; dicen así: «Como anda tan atormentada mi alma por tantos años con tantas representaciones malas y torpes, ha cobrado tanto horror á cualquiera cosa deshonesta, que entiendo no hay cosa tan aborrecida de mí, como este vicio.» Tal fué su pureza, que la sombra sola de lo contrario le causaba horror, como á la casta paloma la del lascivo gavilan.

Su obediencia fué exactísima, sencilla y puntual, sin alguna interpretacion, así súbdito como Superior, á las órdenes del Provincial, estando siempre muy sobre aviso los Superiores en lo que le decian, porque lo mismo era decirlo que ejecutarlo.

Cuando padecia aquel humor ardiente que dijimos, le ordenó un Superior que entrase por una hora en una acequia de agua fria, juzgando que le podria aprovechar: al punto se lanzó en ella, y el fuego se encendió más en oposicion de su contrario, y no obstante esta experiencia, prosiguió su obediencia el dia siguiente en que se encendió más, y prosiguiera hasta morir, si no le detuviera el Superior: tal era su rendimiento y humildad, la cual ostentó más en el caso siguiente:

Ya dijimos arriba los escrúpulos que tuvo acerca de su espíritu, si iba bien

ó mal, y las varias opiniones que hubo de sus revelaciones y alto modo de oracion. Uno de los Provinciales, que le mandó dar relacion de todo por escrito, le dió por bueno y seguro, diciéndole que perseverase en él; pero movido por otros que fueron de contrario parecer, mudó de dictámen, y, siendo el P. Espinosa Rector de uno de los colegios dichos, le escribió que iba iluso, y que no convenia que fuese Superior, y que, para dejarle con más decencia, renunciase el oficio voluntariamente, pidiendo por cartas que le descargasen de él.

El humilde y obediente Padre, con el desprecio que tenia de sí mismo, se persuadió á lo que le escribieron, y luego, sin más réplica, renunció el rectorado, y pidió ser enseñado de nuevo el que habia tantos años que era maestro de espíritu; tal fué su humildad, tal su obediencia y tal el rendimiento y respeto que tuvo siempre á la voz del Superior, como si la oyera de la boca de Dios.

Escribió en los últimos años de su vida un tomo cumplido de experiencias en materias de espíritu, en que da muchas reglas con excelente doctrina, para discernir el bueno del malo, y regirse con provecho en la tribulacion. Y ofreciéndosele que le podria causar alguna estimacion si le leyesen otros, quiso quemarle, pero se le ofreció que podria ser de algun servicio de Dios, con que acometido por ambas partes de pensamientos contrarios, quedó dudoso de lo que debia hacer; y despues de larga conferencia se resolvió á echar suerte, pidiendo á nuestro Señor que saliese la que más conviniese para su servicio, y salió tres veces arreo que no le quemase, sino que le manifestase para utilidad comun, y así lo hizo, declarando al principio con el mismo afecto de humildad que no hay en aquel libro cosa suya, sino todas enseñadas de Dios.

Pegó con engrudo los apuntamientos acerca de su espíritu, que escribió por mandado de los Superiores, y pidió en la hora de su muerte que los quemasen, porque no se supiesen las mercedes que recibió de Dios.

Del mismo afecto nació el temor, con que vivió siempre de que le habian de echar de la Compañía, por tenerse por indigno de ser de ella: tal era su humildad y el bajo concepto que tuvo siempre de sí.

Conforme á su humildad fué su pobreza, sin tener cosa de precio, ni áun las cosas necesarias para la vida, ni poseyó cosa alguna, sino una red que labró con sus manos, para coger alguna pesca cuando andaba con los indios, la cual echó de su aposento y la dió á los Superiores años ántes de morir, por no le parecer necesaria para él.

Todo su corazon tuvo siempre en Dios, que fué su posesion y sus riquezas, libre de toda aficion humana á cosa alguna de la tierra, adonde vivió como

peregrino y morador del cielo, adonde fué la habitacion de su alma todo el tiempo que vivió, y como Dios hallaba tan limpio y desembarazado su espíritu de las riquezas temporales, comunicábale las eternas á manos llenas, sin que le faltase nada, como lo confiesa en estas palabras que se hallaron escritas de su mano: «Es cosa maravillosa, que no queriendo nada, se me dan todas las cosas en perfectísimo grado, sin tener cosa que desear, porque se da á sí mismo con una union tan estrecha, que llena el alma de inmenso gozo y alegría, y así digo á Su Majestad: ¡Oh Señor! ¿Qué se puede añadir á lo que de presente recibo?»

De esta manera le pagaba Dios el desprecio de lo temporal, y de esta manera paga á los que lo dejan por su amor, dándoles ciento por uno en esta vida y despues la eterna gloria.

VII

De otras prerrogativas y virtudes del siervo de Dios y de su santa muerte.

Otras muchas virtudes tuvo este admirable varon dignas de eterna memoria, entre las cuales se cuenta el espíritu de profecía que Dios le comunicó como á tan favorecido suyo, el cual se comprobó con algunas cosas que dijo ántes que sucediesen, y se vieron á su tiempo cumplidas, como fueron algunas victorias que tuvieron los españoles en aquellas islas contra los enemigos de nuestra santa fe, animándolos á pelear contra ellos con grande confianza en Dios.

Tambien profetizó los trabajos que habian de padecer los de la Compañía en la cultura de aquella viña del Señor, previniéndolos y animándolos para ellos con el premio y la corona que Dios le habia mostrado habian de ganar con ellos.

Supo ántes que sucediese la muerte de su hermano y el modo como habia de ser, los trabajos que Dios le tenia prevenidos y la hora de su muerte, como luego diremos, y otras cosas futuras y ausentes que reveló muy en secreto á otros y se supieron despues.

A un soldado de mala vida pronosticó que moriria presto desastrado sino se enmendaba, y por despreciar su profecía, murió presto á puñaladas.

Por todo lo cual fué constante fama conforme á la santidad de su vida y á la opinion que todos tenian de él, que Dios le habia dotado del espíritu de profecía, aunque le ocultaba por su humildad.

No sólo le dió el cielo don de profecía, sino tambien de hacer milagros y cosas maravillosas con la gracia del Altísimo, de que se cuentan algunas en

el discurso de su vida, en la cual por medio de su oracion libró á muchos pasajeros de manifiestos naufragios, y las armas católicas del poder de los enemigos, de los cuales, siendo ellos más en número y en potencia, les alcanzó gloriosas victorias.

Por esto todos los generales procuraban llevarle consigo en las empresas que tomaban, teniendo por su medio segura la victoria.

Pasando en un bajel con otros cuatro de la Compañía de una isla á otra, dió en una peña y se abrió en dos partes y entró la mar anegando cuanto en el habia. Los pasajeros se salvaron en unos zarzos de cañas gruesas que los sustentaron encima del agua.

Llevaba el P. Espinosa en una cesta de mimbres los papeles de sus apuntamientos, escritos por la obediencia para dar cuenta de su espíritu, y oró á Dios por ellos, pues eran toda su riqueza, y sólo le dolia no poder cumplir puntualmente su obediencia: al acabar su oracion, vió subir la cesta de lo profundo del agua, echóle mano, y túvola en el agua hasta llegar á tierra. Cosa maravillosa y digna de la mano poderosa de Dios, no sólo halló enteros sus papeles, sino secos y sin señal de haberlos tocado el agua, habiendo estado muchas horas en ella, y habiéndose anegado todas las demas cajas y preseas que iban en la embarcacion; por lo cual dió muchas gracias á Dios nuestro Señor, atribuyendo aquella merced á la obediencia, por quien habia tomado el trabajo de escribirlos.

En la residencia de Loboc le llamaron para sacramentar á un mozo de veinte y cuatro años que estaba á la muerte. Cuando llegó le halló sin habla y privado de los sentidos; hizo las diligendias posibles para volverle en su acuerdo, y no pudo; dióle la santa Uncion, y dolorido de no poder confesarle, se fué á la iglesia á negociar con Dios su vida y su salud. Vistióse para decir Misa, ofreció por él aquel divino sacrificio y juntamente oró al santo P. Alonso de Humanes, con quien tienen grande fe en aquella residencia, que intercediese por él delante de Dios nuestro Señor. Lo mismo hicieron los que le asistian y le lloraban por muerto, pero plugo á Dios dársele vivo, y sano, y convalecido, porque, en acabando la Misa el Padre Pedro de Espinosa, volvió el enfermo á sus sentidos y se halló tan bueno y sano, que se vistió y vino á la iglesia á dar gracias á Dios y al Padre por la salud recibida, con igual gozo y admiracion de los indios, que no cesaban de engrandecer la santidad de su siervo, por quien Dios obraba estupendas maravillas; si bien el, como humilde, siempre las atribuia á la virtud divina.

Divulgóse la fama de este milagro por las islas, y como á santo de devocion le invocaban y llamaban para la salud de los enfermos, y entre otros, para una mujer que tuvo atravesada quince dias una criatura en las entra-

ñas, sin poderla dar á luz, con manifiesto riesgo de ambas vidas de la madre y del hijo.

Fué el Padre á confesarla para morir, y habiéndola confesado y dicho los Evangelios, volvió á la iglesia compadecido de su trabajo, y con el espíritu y afecto que el negocio pedia, suplicó á Dios por su salud con tan buen efecto que, ántes de levantarse de la oracion, la alumbró Dios y trujeron al Padre las alegres nuevas de la salud de la madre é hijo, por lo que rindió las debidas gracias á la Majestad divina.

Dejo otros milagros que se cuentan, por no estar tan averiguados, y porque estos bastan para testimonio de su santidad, y en mis ojos el mayor de todos es su inculpable vida, sus altas virtudes, las victorias que alcanzó de tan prolija guerra como tuvo con el infierno desde que tuvo uso de razon hasta el último dia de su vida, la cual remató tan santamente como habia vivido.

Ocupado en su apostólico ministerio en la isla de Mindanao, predicando á los españoles que estaban en aquel presidio, á moros y gentiles con grande fruto de sus almas, se llegó el año de 49 en que cumplió setenta y cuatro de edad, y Dios habia determinado de llevarle á su descanso á darle el premio y la corona merecida por tan duras peleas y tan gloriosos trabajos.

Como á amigo carísimo le reveló mucho ántes el dia y hora de su muerte, para la que el siervo fiel se preparó con oracion y penitencias, recogimiento y obras santas.

Fué siempre devotísimo del Santísimo Sacramento, de quien recibió en la Misa favores y regalos inefables; y aunque siempre se preparó con mucha oracion para decirla, pero desde que tuvo este aviso, puso mayor diligencia y cuidado, y se elevaba de manera que parecia salir de sí mismo, y transportarse todo en aquel Señor Sacramentado.

De la misma manera se esmeró en el recurso á la Santísima Vírgen, á quien siempre tuvo por madre, asistiendo á su altar y enterneciendo su alma con afectos de cordialísima devocion.

Luego salió á despedirse de los amigos y conocidos con la misma paz y quietud que si se partiera á otro lugar cercano, diciendo á todos que le encomendasen á Dios, porque no le verian más hasta ir al cielo.

Entró en el cuerpo de guardia, y juntando á los soldados, les hizo una fervorosa plática, como la última de su vida, encomendándoles mucho la union y conformidad, el temor santo de Dios y el buen ejemplo que debian dar a los infieles que tenian á la vista, para que estimasen la religion cristiana y no se escandalizasen con su mala vida; y últimamente remató la plática despidiéndose de todos con lágrimas.

Viniéronle acompañando con muestras de mucho sentimiento, y en el mes de setiembre se le agravaron las enfermedades que padecia de ordinario; y acercándose el dia deseado de su muerte, recibió los Santos Sacramentos de la Iglesia con entrañable devocion, y poco ántes de su hora vió al demonio en figura corporal de un etíope disforme, como se cuenta de S. Martin Obispo, y comenzó á tentarle, jugando contra él la última lanza en aquel artículo, diciéndole que estaba condenado por la demasiada confianza que habia tenido de salvarse.

Lloró y clamó el siervo de Dios, y á su llanto entraron los del colegio á quien contó lo que le habia pasado con Satanás y el temor en que se hallaba. Los Padres le animaron y esforzaron con razones espirituales y santas, con que alentando su corazon venció aquella tentacion, y vió salir huyendo al demonio, y como si viera á los ángeles que le cantaban la victoria, levantó la voz y dijo: *Laudate pueri Dominum,* etc.

Tomó la imágen del Santo Crucifijo, y diciéndole mil ternezas, se abrazó con su amado, y dió su espíritu en sus manos con inefable devocion y dulzura para gozar la eterna en la bienaventuranza.

Su muerte fué llorada de los hombres en la tierra, y celebrada de los ángeles en el cielo, adonde le llevaron triunfando á recibir el premio de sus batallas.

Enterráronle con la solemnidad posible, aclamándole todos por santo, besando sus pies y sus manos, y tomando sus vestidos y pobres alhajas por reliquias, confiando en la divina bondad que habia de hacer por ellas muchos milagros como por las de otros santos.

Murió á 26 de setiembre del año dicho, teniendo setenta y uno de edad y treinta y siete de Compañía. Su vida escribió largamente el P. Andrés de Villamayor, Superior de la residencia de Antípolo, y de ella se ha copiado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.

P. ALEJANDRO LOPEZ

NACIÓ el glorioso mártir de Cristo Alejandro Lopez, en la ciudad de Jaca, del reino de Aragon, de nobles padres, y más nobles por sus virtudes y por haber merecido tener un hijo tan esclarecido en santidad y milagros, tan apostólico en su vida, tan fervoroso y constante en defender la fe de Cristo y derramar por Él su sangre.

Su padre se llamó Juan Saenz, y su madre María Lopez: tuvieron oficios muy honrados y de gran autoridad, como convenia á su sangre, y conforme á su piedad criaron á su hijo en santas costumbres.

Diéronle estudio con designio que fuese Sacerdote, dedicado al servicio y culto de Dios perpetuamente, y cuando caminaba con veloz curso en este intento, recibieron cartas de un tio muy rico que tenia en la ciudad de Méjico, en que les pedia con mucha instancia le enviasen á su hijo Alejandro, porque le queria tener á su lado y hacerle heredero de su hacienda.

La instancia fué tal, junta con las obligaciones del parentesco y la promesa que les daba, que no pudiendo resistirla, se rindieron á sus ruegos, y aunque con grande sentimiento, cortaron el hilo á sus estudios y le enviaron á Nueva España, siendo de edad de diez y nueve años, y muchos de seso y buena habilidad en las cosas que trataba.

Llegado á la ciudad de Méjico, fué recibido de su tio con grande gusto, así por el deseo que tenia de verle, como por mirarle tan bien inclinado y de tan despierto ingenio para todo género de negocios, y como él los tenia grandes con el caudal de su mucha hacienda, quisiera que su sobrino se encargara luego de ellos, echándolos sobre sus hombros para tener descanso; pero el virtuoso mancebo rogó á su tio que le diese licencia para proseguir sus estudios á que se inclinaba más que á la mercancía ni á los negocios seglares.

Condescendió el tio con su peticion, por no violentar sus deseos y los de sus padres, que fueron, como dijimos, de que fuese Sacerdote; y, dándole licencia, estudió en Méjico los cuatro años de Artes, en que salió muy aventajado estudiante.

A esta sazon llegó á Méjico D. Juan Nuño de Tavara, que iba por gobernador á las islas Filipinas, y hacia merced á su tio, el cual no queriendo perder tan buena ocasion de hacer una grande ganancia, obligó á nuestro Alejandro á pasar con él y llevar buen caudal de mercaderías y de plata para emplearlos en aquella tierra; pero él que tenia intentos de hacer otros mejores

empleos, abrazó esta ocasion para dejar á su tio con todas sus riquezas, y emplear el caudal de su ingenio en el servicio de Dios y provecho de las almas.

Disimulando, pues, estos intentos, pasó á Manila, y allí hizo los empleos de las mercaderías que llevaba, y ajustada cuenta y razon de todo, remitió á su tio las ganancias con el principal que le habia entregado, diciéndole que se diese por servido y por despedido de su casa, porque le llamaba Dios para otros empleos diferentes en que se habia de ocupar en adelante.

Viéndose, pues, libre de su sujecion de padres y parientes, no se aprovechó, como otros mozos, de la libertad para darse á los vicios del mundo, sino para emplearse todo en el servicio de Dios que, sin entenderlo él, le llevaba por este camino á fines más soberanos.

Lo primero en que puso la mira fué en acabar sus estudios, para lo cual pretendió y alcanzó una colegiatura en el real colegio de S. Joseph, que tiene la Compañía de Jesus en Manila. Allí estuvo cinco años cursando Teología con tanta aplicacion y cuidado, que al fin de este tiempo hizo sus actos lucidamente, y se graduó en Artes y Teología, y deseando aprovechar en otra teología más alta, que es la mística y soberana que mira á la salvacion y al aprovechamiento del alma; se recogió en nuestro colegio de Manila á hacer los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, en los cuales le comunicó Dios grande luz para conocer la vanidad del mundo, y pisar cuanto él adora, y codiciar solamente los bienes eternos, que son los verdaderos.

En particular le dió un subidísimo aprecio de las almas, que son las preciosas margaritas que vino Cristo á buscar á este mundo, y las compró á precio de su sangre; y considerando que el blanco de la Compañía era emplearse en granjear para el cielo estas perlas preciosas, se resolvió de entrar en ella, con tan firme propósito, que ántes de salir de los ejercicios, hizo voto á Dios nuestro Señor de consagrarse á él en el ara de nuestra religion, y perseverar en ella perpetuamente.

Comunicó su intento con el confesor que le daba los ejercicios, pidiéndole consejo para ponerle en ejecucion: y, habiendo conferido con prudencia y espacio la materia, tomaron resolucion de que se ordenase primero de Sacerdote, y que despues entrase en la Compañía.

Obedeció á su consejo, y ordenóse á 30 de setiembre de 1631 años, teniendo veinte y seis de edad, y cantó su primera Misa en nuestro colegio el dia del glorioso S. Joseph, á quien tomó por Abogado y Patron de sus intentos.

Hubiéranle recibido aquel mismo dia en la religion, sino le impidiera un accidente que le sobrevino, de que fué forzoso curarse por algunos dias: y perseverando en sus deseos, fué recibido en la Compañía el agosto siguien-

te, dia de S. Agustin, con igual gozo suyo y consuelo de los nuestros que se prometieron gloriosísimos empleos y riquísimos frutos de tan fervorosos principios.

II

Tiene su noviciado, hace los primeros votos y entra en los oficios y ministerios de la Compañía.

La resolucion y fervor con que empezó su noviciado fué de los mayores que ha tenido alguno en la religion. Como Dios le habia escogido para levantar en su alma un alto edificio de perfeccion, echó hondos y firmes fundamentos de humildad, en la cual se adelantó sobre todas las virtudes.

Resplandecia entre todos en el silencio y mortificacion, obediencia, en la pobreza y desprecio de sí mismo, sirviendo á todos en los oficios más humildes, tan de corazon y tan de veras como si hubiera entrado en la religion para ser siervo de todos.

Finalmente, esmerándose en la observancia religiosa, cumplidos los dos años de su noviciado, hizo los primeros votos en manos del P. Juan de Bueras, Provincial de aquella provincia y despues Visitador de la de Méjico, y fué incorporado en la religion con grande consuelo suyo.

Viéndole, pues, los Superiores por una parte tan aprovechado en el espíritu, y por otra tan despierto para el manejo de cualesquiera negocios, y que con tan buen acierto los habia ejercitado en el siglo, le hicieron Procurador del colegio de Manila, haciendo tan grande confianza de él en sus principios, como la pudieran hacer despues de muchos años de religion y largas experiencias de su virtud; pero como Dios le habia escogido para empleos de tanta gloria suya, dióle desde luego el caudal de espíritu y prudencia que da á otros en sus fines.

Cuatro años ejercitó este ministerio con grande satisfaccion y gusto de los Superiores; pero con mucha mortificacon suya, porque no anhelaba su espíritu á negocios de hacienda, sino á otras haciendas y riquezas superiores de la granjería de las almas.

Viendo en aquellas islas tan copioso número que se perdian por falta de obreros y predicadores que las trujesen á Dios, no se podia contener su fervoroso espíritu sin desear y procurar su remedio; y, aunque se conformaba con la obediencia en lo que le ordenaba, siempre pedia y suspiraba por el empleo de las margaritas á que Dios le llamaba; lo cual visto por los Superiores, le descargaron del oficio de Procurador y le dieron, para satisfacer á su deseo, el de operario y predicador de los gentiles.

La primera empresa que le encargaron fué la conversion y enseñanza de los sangleyes, que son los chinos que viven y asisten en los arrabales de Manila, que, codiciosos de la plata de los españoles, vienen enjambres de ellos cargados de mercaderías, y pasan ordinariamente de treinta mil los que asisten.

La Compañía de Jesus, aprovechándose de este cebo que les trae de sus tierras á las nuestras, ha tomado á su cargo predicarlos y convertirlos á la fe santa de Cristo, y ha edificado para esto un colegio aparte, con título de Santa Cruz, para ejercitar este ministerio con aquellos infieles con mayor espacio y fruto.

De este colegio hicieron Superior á nuestro mártir, no para mandar y descansar, sino para trabajar incansablemente en la conversion de aquellos infieles, á que se entregó con una sed insaciable, trabajando de dia y de noche por traerlos á Cristo.

Lo primero que hizo fué aprender la lengua suya que es muy difícil, pero con el conato que puso en esto, se hizo tan señor de ella en dos meses, que les predicaba y catequizaba en ella como si fuera la natural y propia suya.

Hacíales cuanto bien podia, defendiéndolos y apadrinándolos con las justicias; tenian padre y madre en él, porque los miraba como á hijos, y así le amaban y querian grandemente, y le oian con sumo gusto como si fuera de su propia nacion; porque hablar la misma lengua es un linaje de parentesco, y más cuando se hallan en tierras extrañas.

Por este medio convirtió muchos infieles de los chinas y japones que venian á contratar á Manila y hallaban en el buen Padre otra mayor ganancia, y más sólida riqueza que la que buscaban con sus mercaderías. Muchos se quedaban allí por moradores, por conservar la fe que habian recibido y gozar de la luz de la santa doctrina. Otros volvian á sus tierras y predicaban á sus deudos y vecinos la fe que habian recibido, y de esta manera, á las voces de estos reclamos, se iba propagando la fe santa de Cristo.

No fué sólo el fruto con los infieles; porque, sin faltar á su predicacion, atendia tambien á la de los fieles, así de los antiguos como de los recien convertidos, enseñándoles los misterios de nuestra santa fe y las obligaciones de sus estados, y exhortándoles á la frecuencia de los sacramentos, confesando á unos y sacramentando á otros cuando estaban enfermos, acudiendo á todos con fervorosísima caridad, teniendo por dulcísimas las fatigas que pasaba por ganarlos para Dios y llevarlos á la bienaventuranza.

Ni paró aquí su cuidadoso desvelo en el servicio de Dios y provecho de las almas, porque hallando su colegio con una pequeña iglesia mal formada de unas casas viejas, dió traza de hacer otra muy suntuosa y capaz para pre-

dicar en ella á fieles é infieles; y hallándose el colegio imposibilitado por su pobreza á levantar fábrica tan grande, no desmayó su alentado corazon, ántes cobrando ánimo y confianza en la divina Providencia, para cuyo servicio se ordenaba, buscó limosnas, y con más ánimo que hacienda abrió los cimientos y echó los fundamentos de una suntuosa fábrica como para casa de Dios, que debe ser siempre la mejor, y nunca falta á quien no le falta.

Fué su aliento tan crecido, que no se contentó con hacer tan suntuosa iglesia, sino tambien casa para la vivienda de los religiosos y ministros que atendian á la conversion de aquella gente, dándole Dios posibilidad y limosnas á medida de su confianza.

III

Va con el P. Francisco Marcelo Mastrillo á la mision de Mindanao. y de allí pasa á la de Joló, y lo que en ambas obró.

A la sazon que estaba ocupado nuestro santo mártir Alejandro en tan gloriosos empleos con igual gozo de su alma y edificacion de todos, así españoles como isleños y sangleyes, que le miraban como á un apóstol y comun padre de la patria, llegó á Manila el santo mártir Marcelo Mastrillo, á quien sanó tan milagrosamente en Nápoles S. Francisco Javier y llevó á Japon á coronarle de martirio.

Como fuese á la sazon Gobernador y Capitan general de aquellas islas don Sebastian Hurtado de Corcuera, y habiendo de hacer jornada á la opulenta y extendida isla de Mindanao, eligió al P. Marcelo para llevarle consigo, esperando de su buena y santa compañía feliz suceso en su jornada; y como no habia de ir solo, despues de larga oracion, puso los ojos en el P. Alejandro Lopez para compañero suyo. Y no sin grande luz del cielo, como lo certificó á los Superiores, á quien dijo que era expresa voluntad de Dios, que fuese con él á la jornada, porque así se lo habia dado á entender S. Francisco Javier.

No dejaron de sentir los Superiores apartar de sí tan diestro y fervoroso operario, pero acordándose de la sentencia de S. Francisco de Borja, que aquel es buen misionero que sienten los Superiores darle, y considerando la importancia de la empresa y la instancia del gobernador que lo pedia, codicioso de llevar persona de tales prendas, le señalaron para ir á Mindanao, y luego el obediente Padre, con toda diligencia, dejando cuanto tenia entre manos, se dispuso para la jornada.

Mas con nuevos accidentes que sucedieron, dilató su viaje el gobernador,

y para disponer los ánimos de aquellos bárbaros, fué por su órden delante el P. Alejandro, como precursor, en compañía de un sargento mayor.

Embarcáronse á 14 de setiembre de 1637, y llegaron á 5 de noviembre: fué recibido de los de la Compañía que trabajaban en desmontar aquella selva de vicios como si llegara un ángel del cielo, por la noticia que tenian de su fervoroso espíritu, prometiéndose con su llegada copiosísimo fruto de almas en aquella tierra.

Lo primero que hizo fué aprender la lengua natural, é informarse de la secta que corria de los moros, que habia inficionado á los indios y tambien de sus costumbres, para predicarlos con mayor acierto.

Luégo comenzó á trabajar en convertirlos y alumbrarlos con la luz del santo Evangelio; pero ellos ofuscados con las tinieblas de la infernal secta de Mahoma, cerraban los ojos á la luz y resistian á la doctrina de Cristo que el varon de Dios les predicaba.

Comenzaba la conversion de aquel reino (que tiene 400 leguas y está muy poblado) con buenas esperanzas de hacer gran fruto, cuando le llegó obediencia de pasar al reino de Joló, á instancia del gobernador D. Sebastian Hurtado, que iba con su ejército á sujetar aquel rey, rebelde á la corona de España.

Recibida esta obediencia partió luégo, y se halló con el santo mártir Mastrillo al lado del gobernador en la batalla y victoria, que con tanta gloria de Dios y de las armas españolas consiguió, sujetando á aquel bárbaro. Pero ¿quién podrá contar lo que en esta guerra hizo, pasó y trabajó este siervo de Dios? Iba entre los escuadrones, con una imágen de bulto de S. Francisco Javier, apóstol de la India, en las manos, animando á los españoles y poniendo terror á los mahometanos, los cuales con el odio que tienen á los de la Compañía, como á capitales enemigos de sus abominables ritos, y como era conocido por el hábito y le miraban tan alentado que ponia esfuerzo á los demas, asestaban sus tiros contra él, y llovian balas y saetas adonde estaba. Pero el glorioso Santo que llevaba en la mano, le defendió de todas y recibió en su brazo el Santo una que le iba á dar, como extendiendo la mano sobre el hijo su Padre para que no le hiriese; que así ampara á los que de él se amparan este glorioso Santo.

El buen P. Alejandro, cobrando nuevo aliento con este favor, se lanzaba intrépido en lo más recio de la batalla, no sólo animando á los soldados, sino confesando y absolviendo á los que caian, y curando á los heridos cuanto daba lugar la contradiccion de los enemigos, y exhortando á todos á llamar y confiar en el favor de Dios, que es el Señor de los ejércitos y el que da la victoria á quien es servido, como se la dió á los españoles aquel dia con muerte de muchos bárbaros.

Sujetado aquel rey que contradecia el Evangelio, tuvo puerta franca en aquel reino, y se predicó la ley de Cristo con grande fruto de las almas. Todo el ejército dió las gracias á Dios por la victoria, y despues de Dios al P. Alejandro, con cuyo aliento la alcanzaron, esforzados con su fervor.

Quedaron los españoles victoriosos en este reino, adonde tenian tres fortalezas distantes una de otra; y queriendo el santo mártir gozar de los despojos de la guerra, no de oro y plata ó preséas de valor, sino de otras mayores riquezas, se quedó en aquella tierra con otro compañero, para predicar á los cristianos y convertir á los infieles.

Fué Providencia divina, porque dió en la isla un contagio como peste de que enfermaron quinientas personas que habia en las fortalezas, y tambien el compañero del Padre, que llegó á lo último de la vida; sólo el fervoroso Alejandro quedó en pié para remedio de todos; y aunque era solo, parecia muchos, dándole Dios espíritu y fuerzas de muchos para curarlos á todos.

Andaba de una en otra fortaleza, curando á los enfermos, confesándolos y sacramentándolos, sin reparar en soles ni en aires, ni en las inclemencias del tiempo; consolaba á los vivos, asistia á los que morian, y enterraba á los muertos, y servia á todos con grandísima caridad: buscábales á costa de infinito trabajo, los regalos que podia alcanzar en aquella inculta selva de bárbaros, consolando y alentando á todos, que como á padre le miraban y recibian, viéndole siempre con una boca de risa, sin descaecer un punto en tantos y tan crecidos trabajos que llevaba con alegría por amor de Dios y por el consuelo de sus prójimos.

Y no paró aquí el ejercicio de su paciencia y el timbre de su caridad; porque Dios le dió otras nuevas ocasiones en que mostrarla.

La primera fué de los joeles, señores de aquella isla, con quien consolando y alentando á todos los españoles despues de haberlos vencido y sujetado, asentaron paces por medio del P. Alejandro, con ventajosas condiciones, y facultad plena de predicar el santo Evangelio, bautizar y levantar iglesias en todas sus tierras.

Mas como viesen el contagio y la mortandad que padecian las tres fortalezas que teniamos en sus tierras; como bárbaros, sin Dios, ni ley, ni término de razon; aprovechándose de la ocasion, tomaron las armas, formaron ejército, rompieron las paces y vinieron con diabólico furor á quitar las vidas á todos los nuestros, á quien el contagio universal habia perdonado, y en especial al P. Alejandro, como á caudillo de todos los cristianos.

No desmayó el siervo de Dios, viendo sobre sí y sobre aquella cristiandad tan repentina calamidad, hallándose sin fuerzas para resistirla; pero donde faltan las humanas, acuden las divinas, y parece que le envió Dios esta oca-

sion para que, como en piedra del toque, ostentase los quilates de su magnanimidad y confianza. Porque, como otro Eliseo cuando se halló cerca de los asirios en la ciudad de Dothan de Samaria, acudió á Dios en la oracion por socorro y remedio contra aquellos bárbaros, que con tan grande orgullo querian ultrajar su nombre, y borrar de sus tierras el de todos los cristianos.

Con ánimo invencible, lleno de fortaleza y confianza, animó á todos los que pudieron tomar armas; y aunque estaban convalecientes y mal sanos, les puso tal esfuerzo y confianza de alcanzar victoria con sus santas palabras, que todos salieron animados á hacer rostro al enemigo.

El buen Padre, como capitan, iba delante del ejército con la imágen de S. Francisco Javier en la mano, apellidando su favor como primer apóstol y Patron de aquella cristiandad: y diósele tan milagroso, que siendo los enemigos tantos y los cristianos tan pocos, flacos, convalecientes y enfermos, alcanzaron victoria de los bárbaros con muerte de muchos, y los demas volvieron las espaldas.

Quedaron tan amedrentados y cobardes, que pidieron paces á los españoles, ofreciéndoles las condiciones que quisiesen, persuadidos que Dios peleaba por ellos, y que defendia de sus flechas al P. Alejandro; porque con el odio que le tenian, y como iba el primero, le tiraron infinitas, y con ser tan diestros y certeros, no le hirió alguna, con admiracion y espanto de los bárbaros; pero tal defensa llevaba en el Santo apóstol de la India, que le guardaba para más glorioso empleo que habia de hacer de su vida en la grande isla de Mindanao, como despues veremos.

Alcanzada esta milagrosa victoria, trató el Padre de aprender la lengua de la tierra, y predicar el santo Evangelio á sus moradores, de los cuales convirtió muchos á nuestra santa fe, que eran los despojos que deseaba.

Otra ocasion le dió nuestro Señor en que hacer alarde de su paciencia y constancia, y fué un gobernador y capitan español que dejó el general en aquellas plazas para que los gobernase y defendiese.

Era hombre áspero, indevoto y enemigo de religiosos y en particular de los de la Compañía de Jesus; con esta mala voluntad le daba en rostro cuanto hacia el P. Alejandro, y obras tan heróicas como las referidas de curar á quinientos enfermos así en el cuerpo como en el alma, á costa de tantos trabajos, y poner su vida en riesgos tan manifiestos de enemigos y contagios, estuvo tan léjos de estimarlas y agradecerlas, que de todo sacaba ponzoña, como las venenosas arañas de las flores saludables, y lo maliciaba y teñia con intencion torcida, echándolo á codicia y ambicion, con malas y afrentosas palabras, contradiciendo á sus intentos y á los trabajos que tomaba para conversion de las almas.

Todo lo cual llevaba el siervo de Dios con admirable paciencia y no menor alegría por amor de Cristo, que recibió oprobios por las buenas obras y males por los milagros, y daba gracias á Dios que le hacia participante de su cruz, y porque no le pagaba en este mundo lo que le servia, que todo le parecia poco para lo que deseaba.

IV

Lo que obró en el reino de Joló y varios casos que le sucedieron.

Costumbre ha sido de Dios nuestro Señor, desde el principio de su Iglesia, confirmar la doctrina de sus predicadores con maravillas y milagros, así para su crédito como para convencer la dureza de los gentiles que resistian á la fe de Cristo. De esta manera se fundó la Iglesia y se propagó por todo el mundo, y en este nuevo de las Indias, en que se ha ido propagando, ha guardado el mismo estilo la Majestad divina, obrando por sus predicadores admirables y milagrosas obras en confirmacion de su doctrina y para convencer á los infieles, que la contradecian, como se verá en lo que sucedió al invicto mártir Alejandro en el reino de Joló.

Acabada felizmente la guerra que dijimos, se dedicó del todo el siervo de Dios á convertir los infieles de aquel reino, inficionados con la pestilencial secta de Mahoma.

Empezó su predicación por el rey y los de su córte; pero como estaban tan casados con la libertad y costumbres viciosísimas, resistieron á la pureza de nuestra santa fe católica obstinadísimamente, por no dejar la multitud de mujeres que les permitia su secta y los demas vicios abominables en que estaban sumidos. Por esto, hallando la puerta tan cerrada en estos corazones de diamantes, convirtió su predicacion á la gente más humilde, la cual, como más pobre, carece más de vicios y está más dispuesta para recibir la doctrina de nuesta santa religion.

Sucedióle lo que al padre de familias del Evangelio, que habiendo convidado á su cena á la gente de más porte y excusándose de venir á ella, llamó á los pobres y mendigos, los cuales vinieron sin excusarse á toda diligencia, y lograron su convite. Lo mismo le sucedió al P. Alejandro en esta tierra, porque habiéndose excusado los reyes y señores principales de recibir la fe de Cristo, convidó con ella á los pobres y mendigos, los cuales la recibieron con grande usura de sus almas, como gente más libre de las recias cadenas de los vicios, que traen ordinariamente las riquezas y señoríos.

La primera que recibió el santo bautismo fué una pobre india enferma, y

más para la otra vida que para esta; catequizóla el bendito Padre cuanto dió lugar la enfermedad que padecia, y hallándola suficiente para recibir el bautismo, se le dió con igual consuelo de ambos; del Padre, por ver logrado su trabajo y la sangre de Cristo en ella; y de la india, por verse hija de la Iglesia y heredera de la bienaventuranza, adonde caminaba á tan acelerados pasos que dentro de dos dias acabó su camino.

Fueron luégo á dar cuenta de su muerte al P. Alejandro, que estaba en la fortaleza; él la dió al capitan, y ambos concertaron de hacerle un solemnísimo entierro, con toda la pompa posible, para que viesen los moros y gentiles la honra que hacian á una pobre india despreciada de todos, por haber recibido la fe de Cristo.

Para juntar las milicias y convocarlos á todos, fué forzoso dilatar el entierro á otro dia, ordenándolo así Dios para mayor ostentacion de sus maravillas. Concurrió al entierro grande suma de gente, así españoles como isleños, y habiendo estado difunta una noche y un dia, y teniéndola en las andas amortajada para llevarla á enterrar, de repente se movió y rompió la mortaja y ataduras que tenia, y se sentó en las andas mirando á todos con ojos risueños y muestras de alegría.

Los presentes quedaron atónitos y espantados de tal cosa en su tierra nunca vista, y á no detenerlos el Padre, se pusieran en huida. La india resucitada los habló con buenas palabras, con que mitigaron el temor y les detuvo la curiosidad y el deseo de saber lo que le habia sucedido, y reconociendo el P. Alejandro que no habia sido acaso su resurreccion sino por órden divina, le mandó que en presencia de todos dijese lo que le habia sucedido, y quién y á qué la habia resucitado. La india obedeció luego y respondió de esta manera:

«Al punto que mi alma salió de mi cuerpo, me tomaron en palmas unos niños blancos como españoles, que tenian alas, y me llevaron á la presencia de una Señora española en la blancura y hermosura, la cual estaba sentada en un trono de majestad, cubierto con un pabellon de luz, y en su compañía muchas mujeres españolas de grande resplandor y hermosura que la servian; y todas tenian cruces en las frentes, que les agraciaban mucho. Yo holgué mucho de verlas, y no quisiera perderlas jamas de vista; mas aquella Señora me preguntó si era cristiana, yo respondí que sí, porque el P. Alejandro me habia bautizado dos dias ántes de morirme. «Dichosa tú, dijo entónces, que diste crédito á sus palabras y recibiste el santo Bautismo, con que podrás venir al cielo; mira á los que están en él, que ninguno es moro ni gentil, sino todos cristianos, y en señal de esto traen las cruces en las frentes, porque ninguno puede entrar acá que no lo sea; vuelve allá y di esto á todos, y que

reciban y crean la doctrina de los Padres si quieren venir al cielo, y ven luego, que aquí te espero.» Luego que dijo esto, vinieron á mí aquellos mancebos hermosos que eran los ángeles, y me volvieron al cuerpo y me halle viva como me veis; pero quisiera volverme luego.» El Padre le dijo: «Confía, hija, que volverás presto, como te lo ofreció aquella Señora que viste, pero es necesario que cumplas primero tu embajada y digas á todos lo que te mandó dijeses.»

Pusiéronla en la cama, y á la fama del milagro vino gran número de gente de toda la comarca, y no cesaba de predicarles lo que habia visto y oido, persuadiéndoles que dejasen la falsa secta de Mahoma y recibiesen la fe santa de Cristo, porque no podrian entrar en el cielo si no la recibian.

Dieron crédito á sus palabras un gran número de familias, y dejaron no solo su secta, sino sus tierras, y se vinieron á vivir entre los cristianos, para gozar de las Misas y santas predicaciones y conversacion de los fieles; y la buena india, pasados tres dias despues de su resurreccion, un sábado, dia de nuestra Señora, que la habia resucitado para predicar la fe católica á los suyos, cerró los ojos á esta miserable vida para abrir los del alma en la otra y ver á Dios eternamente en su gloria.

Grande fué el gozo que tuvo el bendito P. Alejandro con este suceso milagroso, por el cual dió infinitas gracias á Dios y á la Santísima Vírgen, por cuyo medio se habia obrado, para conversion y dicha de toda aquella morisma tan incrédula y rebelde á la fe santa de Cristo.

El entierro se hizo con toda la autoridad y grandeza posible; el crédito de nuestra santa fe fué grandísimo en aquellas islas, y el que tuvo de allí adelante el P. Alejandro que la predicó, con inmenso fruto de las almas que recibieron el santo Bautismo, y Dios le acreditó más con otras obras admirables que obró por su medio, de que pondremos aquí algunas.

Sea la primera la que obró con una india á quien habia mordido una víbora, de que hay gran cantidad en aquellas islas y muy ponzoñosas; porque raro ó ninguno escapa con la vida de sus mordeduras. Esta pobre india estaba toda hinchada, con vehementísimos dolores que la pusieron en los últimos alientos de la vida, sin hallar remedio ni medicina á tan eficaz y mortífero veneno.

Estando, pues, agonizando, llegó el P. Alejandro y le echó agua bendita, díjole los Evangelios y aplicole un poco de tierra de S. Pablo que traia consigo, invocó con grande afecto el nombre de Jesus y de Maria, y con esta celestial triaca perdió la fuerza el veneno y quedó sana la india, como si nunca hubiera estado enferma, con grande admiracion de los indios y gozo de los cristianos, viendo cumplida la promesa de Cristo cuando dijo á sus

discípulos que pisarian las víboras y serpientes, y serian superiores á su veneno y darian salud á los enfermos poniéndoles la mano encima.

Este milagro se divulgó por la isla, y á la fama vinieron muchos mordidos de víboras y serpientes, y les dió salud con la misma medicina, con que ganó tanta opinion, que le miraban todos como á una deidad ó á un santo bajado del cielo para remedio suyo, y como de tal recibian su doctrina y se convertian muchos á la fe de Jesucristo, que por medio de sus ministros obraba tales maravillas.

Dióle tambien Dios poder sobre los demonios, como le dió á los Apóstoles para lanzarlos de los cuerpos y librar á los hombres de su cruel tiranía, como se vió en las islas de Joló, adonde el Padre predicaba. Las cuales, cuando vino á ellas, eran infestadas de los espíritus infernales, como señores que eran de sus habitadores; aparecíanles en diversas figuras de serpientes, dragones, tigres, leones y gigantes disformísimos, con que se hacian temer y adorar como por fuerza de aquella ciega gente, á quien tenian sujetos á fuerza de miedo.

El santo Padre tomó por su cuenta librarlos de aquella tiranía, haciendo primero fervorosa oracion á Dios y mucha penitencia, porque, como dijo Cristo, este género de demonios no se vence sino con oracion y ayunos: luego roció con agua bendita la tierra adonde solian aparecer, y enarboló el estandarte salutífero y siempre vencedor de la cruz de Cristo: y fué cosa admirable, que aquella infernal canalla se dió luégo por vencida, desampararon la isla y nunca más infestaron á sus moradores, los cuales dieron infinitas gracias al Padre por tan grande beneficio.

El varon apostólico tomó ocasion de aquí para predicarles el Evangelio y la virtud de la santa cruz y los misterios de Cristo, cómo los ídolos que adoraban eran los demonios que los perseguian: alumbrados con esta luz se convirtieron muchos y llevó una grande cosecha de almas al cielo.

A la fama de esta maravilla que voló por aquel archipiélago, vinieron de otra isla cercana, sujeta al rey de Joló, á pedirle que fuese á libertarlos de un demonio astutísimo y cruelísimo que tomaba varias figuras, y la más ordinaria era de serpiente ó culebra formidable, de tan extraña grandeza, que ocupaba el mar de isla á isla, impidiendo el paso á las canoas y el comercio y navegacion y ahogando á cuantos se atrevian á pasar y no se aplacaba hasta que le ofrecian muchos sacrificios.

Dolióse el siervo de Dios de tan lastimosa calamidad y de la tiranía que el demonio usaba con aquellos pobres indios; fué con ellos á su tierra y rocióla con el agua bendita, y luego enarboló el victorioso estandarte de la santa cruz adonde el demonio solia aparecer y le ofrecian los sacrificios; y fué Dios ser-

vido, que á vista de su sagrada imágen huyó aquel infernal espíritu y nunca más apareció ni hizo daño á los moradores de la isla, con que viéndose libres de tan grande opresion y tiranía, adoraron el sagrado madero de la cruz de Cristo y recibieron el bautismo, que para estos fines obra Dios los milagros en estos tiempos como los obró en los antiguos; con esto creció el crédito y estimacion entre todos del predicador apostólico, por cuyo medio obró tales maravillas.

Movidos, pues, con la fama de estas obras y la opinion que en todas partes tenia, vinieron de muchas islas á pedirle remedio contra la sugestion de los demonios, que no cesaban de vejarlos en sus tierras y fuera de ellas, entre los cuales vino un moro de Joló, grande hechicero y amigo de Satanás, que padecia como los demas espantos, y terrores, y malos tratamientos de los demonios, que estos regalos dan á sus amigos.

Llegado á la presencia del P. Alejandro, le dijo cómo estando en una isla en que tenia enterrado su tesoro, salieron ejércitos de demonios en varias y espantosas figuras y le acometieron con furor, y él espantado y temeroso se habia vuelto en su canoa, y que movido de la codicia de su tesoro, habia vuelto segunda y tercera vez, y le habia sucedido lo mismo; que si tenia algun remedio se le diese contra aquellos infernales espíritus. Sí tengo, respondió el Padre, y será fácil vencerlos si haces lo que te diré. Ofreció el moro de hacerlo, y el P. Alejandro, dijo: «Pues toma este Rosario, en que tenia un Crucifijo de bronce, y échatele al cuello, y si te salieren los demonios, ten ánimo, y toma en la mano el santo Crucifijo, que es imágen del Dios de los cristianos, que murió en una cruz por redimirnos y libertarnos de la tiranía de los demonios, los cuales huirán en viéndole y síguelos y diles: *¿Por qué huis de un poco de bronce?* y está atento á lo que te respondieren.»

Obedeció el moro al Padre, y, con la codicia de su tesoro, volvió á la isla armado con el Rosario y el Cristo de bronce.

En saltando en tierra, le acometió un ejército de demonios en figuras de animales fierísimos; el moro tomó la Cruz en la mano y la mostró á los demonios, los cuales se retiraron huyendo de ella, y él les dijo: *¿Por qué huis de un poco de bronce?* «No es bronce solo,» respondieron, «si no la imágen del Crucificado que humilló nuestra soberbia; deja las cuentas y la cruz, y verás lo que te sucede.»

El moro viéndolos huir, cobró ánimo, y sacó su tesoro y le embarcó en su canoa, y pareciéndole que estaba libre y seguro, se quitó el Rosario del cuello, porque estaba tan obstinado en su perfidia, que habiendo recibido tan grande bien por su medio, no le queria traer por ser insignia de cristiano.

Pero por su mal, porque al punto que se le quitó, le cercaron los demo-

nios en figuras de tortugas muy disformes, que acometieron á la canoa para hundirla y anegarle con ella.

Viéndose en tal conflicto, embrazó con presteza la imágen del santo Crucifijo, y opúsole á aquella legion de infernales espíritus, los cuales desaparecieron luégo, y él, armado con aquel arnés fortísimo, llegó á su tierra victorioso; pero fué cosa lamentable, que viendo tan evidente maravilla obrada por la imágen de Cristo, el moro y hechicero se quedó en su perfidia sin ser posible reducirle, por más que el santo P. Alejandro le predicó y le dijo. Respondia á todo, que si la ley de los cristianos era buena, tambien lo era la suya, y que no queria dejar sus ritos y sus mujeres, que son las cadenas con que el demonio tiene presos y cautivos á esta gente, tan arraigada en sus vicios; pero consoló Dios al Padre, como á Cristo la conversion del ladron, cuando perdió á Judas, dándole á una hija de este moro llamada Indica, la cual oyendo lo que su padre refirió, y la fuerza que tenia contra los demonios la imágen del santo Crucifijo, le adoró por verdadero Dios y se convirtió á nuestra santa fe, recibiendo el santo bautismo.

A esta nueva cristiana sucedió un caso, que no es justo sepultar en silencio, y fué, que estaba casada con un moro tan grande hechicero como su padre, y tan vicioso como él. Estaba amancebado públicamente, y viendo a su mujer cristiana, no hacia vida con ella. El P. Alejandro le reprehendió sus vicios, amenazándole si no se enmendaba, con la Justicia divina. Atemorizado con esto se retiró por algun tiempo de aquella mala amistad; pero volvió muy presto al vómito, como animal inmundo; mas no tardó el cumplimiento de la amenaza que el siervo de Dios le hizo, porque vino á él un demonio del infierno, el cual hablando con voz clara y alta que la oyeron muchos, dijo: «¿Cómo no cumples lo que el Padre te ha dicho?» Y diciendo y haciendo, le echó un lazo al cuello, y le ahogó, y llevó su alma al infierno, con gran espanto y temor de los indios, los cuales le cobraron tan grande al P. Alejandro, que en todo le obedecian, y no se atrevian á hacer guerra ni acometer á los castillos adonde sabian que estaba, dándose á su presencia por vencidos.

V

Elígenle por Rector de Mindanao, y lo que obró en su gobierno.

Teniendo los Superiores noticia de lo que el bendito Padre obraba en las islas de Joló y del gran caudal de espíritu y prudencia de que Dios le habia dotado, le señalaron por Rector de Zamboanga y Superior de todos los de la Compañía que moraban en Mindanao.

Admitió el siervo de Dios esta obediencia con más gusto de los súbditos que suyo, porque siempre le tuvo en obedecer y no mandar; pero fuéle forzoso sujetar el cuello al yugo de la obediencia, que puso aquella carga sobre sus hombros, y en recibiéndola, lo primero que estableció, fué ir como buen capitan delante de todos en la observancia regular, persuadido que el ejemplo era la mayor y más eficaz persuasion para los súbditos.

Era el primero en la oracion y obediencias, en el trabajo y ministerios, tomando las cargas más pesadas por aliviar á los demas.

Dormia poco, velaba mucho, ayudaba á todos y era como el alma de la comunidad, que estaba todo en todo y todo en cualquiera parte.

Era liberalísimo con todos, así de casa como fuera, cuidando de su comida y vestido, de su habitacion y comodidad, sin perdonar á gasto ni á trabajo, porque no les faltase nada y estuviesen todos gustosos: que cuando falta lo temporal á los súbditos, mal se pueden gobernar: y aconteció tal vez por sólo traer un regalo de unas frutas enviar por ellas á otras islas distantes en barcas á su costa, por dar aquel gusto á quien las apetecia.

Cuando admitió el Rectorado, no tenian templo ni casa de provecho; el colegio estaba tal que no tenia más que el nombre; y la grandeza de ánimo del nuevo Rector, junta con su confianza en Dios, fué tal que emprendió y acabó lo que parecia imposible, atendiendo á su pobreza y poca posibilidad, y con el favor de Dios y de S. Francisco Javier, que era toda su esperanza, allegó limosnas y edificó iglesia y casa competente para los ministerios y habitacion de los religiosos.

Fuera de esto labró una casa de campo con tierras de labor, ganado y esclavos para su conservacion y sustento del colegio; y era cosa admirable las limosnas que daba á cuantos pobres llegaban á sus puertas, aunque fuesen infieles, estando metido en tantas obras; porque ninguno enviaba desconsolado y á todos contentos.

Entre otras obras que hizo, fué una digna de su espíritu, de gran servicio de Dios, y no menor edificacion, y fué un colegio ó casa en que recogió grande número de niños de los indios, á quien enseñaba la doctrina cristiana y los ritos y costumbres de la Iglesia, á servir á las Misas y oficiar en el coro, el canto y las oraciones, industriándolos con santa enseñanza, los cuales creciendo, fueron la levadura que sazonó la masa de aquella gentilidad con grande usura y fruto de sus almas.

Y para que esta obra fuese permanente, plantó una viñatería de nipas, que son como las vides de Europa, y se dan en aquella tierra en abundancia, que sustentados el colegio y las personas que cuidaban de aquellos tiernos infantes, montaba muchos millares de ducados. Y Dios manifiestamente echaba

su bendicion sobre todo, porque, al paso de su confianza, cuanto más gastaba más le daba: que la confianza en su providencia y piedad es la medida de sus misericordias y favores.

Sucedióle no haber para el sustento de más de cien personas, entre grandes y pequeños, más de un caban de arroz, que es ménos que un barril de aceitunas de Europa, y sacando de él un mes entero, sustentó aquella multitud de gente, sin que faltase en todo aquel tiempo, ni se disminuyese, porque siempre le hallaban lleno, multiplicándole Dios á la medida de su confianza; y cuando trujeron la provision para el colegio, le hallaron tan colmado como al principio; cuando comenzaron á gastar de él, con admiracion de todos, que dieron muchas gracias á Dios por tan señalada merced.

Otras providencias semejantes tuvo en nombre de las santas almas del Purgatorio de quien era muy devoto, y les ofrecia muchas Misas y sufragios. Entre las cuales fué una, que no teniendo qué comer ni para sí, ni para los que estaban á su cargo, oró á las ánimas, y en su nombre hizo lanzar unas nasas en la mar, y las sacaron llenas de peces los más regalados que se cogian en aquella ribera.

Hallándose otra vez en una fortaleza con semejante necesidad, oró á Dios y á las santas ánimas que intercediesen con su divina Majestad, y luégo entró por las puertas un ciervo de extraña grandeza, y se detuvo hasta que le cogieron, y fué el remedio de aquella necesidad, enviándole Dios por la confianza que su siervo tenia siempre en su bondad.

Navegando otra vez por aquel mar, les faltó el agua á los pasajeros que eran muchos, y el bendito Padre hizo llegar la embarcacion á tierra, adonde solia haber un pozo: halláronle ciego, cubierto de la broza de los árboles, mas no por eso desfalleció su confianza. Hízole descubrir, y gustando el agua, la hallaron salobre como la de la mar: entónces el siervo de Dios hincó las rodillas en tierra, y clavados los ojos en el cielo, oró á la divina Majestad, suplicándole con lágrimas que fuese servido de socorrer aquella necesidad.

Hecha esta breve oracion, mandó sacar el agua del pozo, y se halló dulce y sabrosa, como la pudieran desear, y llenaron las vasijas de la nave, y dieron todos muchas gracias á Dios y al santo Padre por tan singular merced como habian recibido por su mano de la divina Bondad.

De esta manera y con tan admirables prodigios favorecia Dios á su siervo y acreditaba con todos su grande santidad: y no extrañarian los que la conocieran, que recibiese tales mercedes del Señor, porque le fué siervo fidelísimo, y cada dia se esmeraba más en su servicio y en el aprovechamiento de su alma.

Otros con el tiempo y el divertimiento de las ocupaciones exteriores sue-

len aflojar en el estudio de la propia perfeccion; pero este santo mártir cada dia crecia con ellas más, y el fervor que sacó del noviciado le aumentó en los ministerios, y en el gobierno, y en las empresas que tuvo, nunca perdiendo de vista á Dios.

Y hablando en particular de sus virtudes podemos decir de su oracion, que era contínua, porque de tal manera la hermanaba con la accion que siempre estaba orando, aunque estuviese trabajando, hablando con Dios en lo interior y conversando con los hombres en lo exterior.

La de la mañana tenia siempre en el coro, delante del Santísimo Sacramento, con tanto respeto y atencion como si estuviera en el cielo, en el acatamiento de Dios, y nunca la dejaba por muchas y grandes ocupaciones que tuviese, quitando del sueño del cuerpo para gozar el del alma en la quietud de la contemplacion; y ya sabian, que en no estando en los ministerios de las confesiones ó sermones ó catecismos de los infieles ó en el trabajo corporal, le habian de hallar en el coro en conversacion con Dios.

Aquel era el jardin de sus delicias, y el tálamo de su descanso, adonde se hallaba despues de las fatigas del dia.

Oia todas las Misas que se decian en el colegio, que eran seis cada dia, y decia la suya con tanto reposo y devocion que la ponia á todos los que la oian, y para ella se preparaba con oracion y confesion, que hacia todos los dias; cada mes hacia confesion general, como si fuera para morir.

Fuera de esto, todos los años una ó dos veces se retiraba á la granja del colegio á hacer los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, sin dispensarse en esto por ningunas ocupaciones que tuviese; porque ninguna es de mayor importancia que la de la propia alma y el aprovechamiento de su espíritu.

La mortificacion y penitencia, hermanas de la oracion, fueron tales en el P. Alejandro, que ningun enemigo tuvo mayor que lo fué él de sí mismo, martirizándose con cilicios, disciplinas, ayunos, vigilias y penitencias en tanto grado, que los Superiores le tasaron por obediencia las penitencias, porque no acabara con su vida; porque no contento con las ordinarias que usan todos cada dia, inventaba nuevas invenciones y modo de atormentarse.

De esto es buena prueba lo que certificó un indio llamado Agustin, criado desde niño en nuestro colegio, y fué, que un dia le llamó á su aposento, y desnudándose el medio cuerpo, le mandó que le fuese lardeando las espaldas y los hombros, y lo restante que él no alcanzaba, con una vela ardiendo, cayendo las gotas de la cera encendidas, y abrasándole con doloroso tormento, que parece se disponia para su glorioso martirio, previniendo su fervosa caridad y el deseo de padecer por Cristo á los verdugos y tiranos, siéndolo él de sí mismo.

Y el mismo Agustin certificó, que á este modo se hizo herir y atormentar de otros indios, mandándoles que lo callasen, so pena de gran castigo.

¿Qué diré de su humildad y obediencia? Que no hubo hijo pequeño tan rendido á su padre, como lo estuvo siempre este siervo de Dios rendido á sus Superiores, reverenciando á Cristo en cualquiera que fuese.

Sentia bajamente de sí y altamente de todos, y con haberle dotado Dios de tan grandes talentos así de letras como de prudencia, magnanimidad y espíritu, todos juzgaba que le hacian ventaja y que le eran superiores; y así tomaba su consejo y deponia el suyo; y con ser tan diestro en las materias de espíritu, se sujetaba como un novicio á su confesor, dándole menuda cuenta de su conciencia y obedeciéndole en todo, y cuando habia de hacer Ejercicios llevaba un Padre consigo que le platicase la meditacion, como si él no la supiera.

No hubo oficio por humilde que fuese que no abrazase con grandísimo gusto, teniéndole siendo Superior en ayudar al cocinero, y al sacristan, y al portero, y él mismo en los caminos se hacia cocinero de todos y sus delicias eran conversar con los pobres y despreciados indios, regalarlos y agasajarlos para traerlos á Cristo.

Hija de su mortificacion fué su admirable paciencia, que hubo bien menester para tantas ocasiones como tuvo, ya con los gobernadores españoles, por defender los pobres indios recien convertidos, ya con los bárbaros moros, enemigos del nombre cristiano, con quien conversó tantos años y estuvo varias veces para morir á sus manos, portándose con todos con tanta paz y tan sin alterarse, que causaba admiracion á los mismos que le ofendian.

Y certifican los que le trataban, que siendo de su natural colérico y fogoso, mortificó de tal suerte sus pasiones, que le juzgaban por flemático los que le conocian, imitando en esto á su P. S. Ignacio, cuyas pisadas y ejemplo de vida siguió siempre, y siendo tan mortificado, fué lance forzoso que fuese manso y benigno, hallándole á todas horas templado y gustoso para negociar con él los súbditos.

En la virtud de la pobreza fué señaladísimo entre todos los religiosos, así en su vestido y comida como en todas las alhajas y cosas que usaba, propias de un pobre mendigo, tomando siempre para sí lo más viejo y desechado de la casa.

Atestigua esta verdad el P. Ignacio Zapata, Provincial que fué en Filipinas, en una carta escrita en seis de enero de mil y seiscientos y cincuenta y seis, al P. Francisco de Roa, á la ciudad de Manila, adonde dice así hablando del P. Alejandro: «Cuando le visité en Zamboanga, yendo un dia á su aposento, no vi en él sino unos papeles de lengua y un breviario que de vie-

jo se le caian las hojas y estaba muy maltratado; díle uno nuevo y no le queria recibir, contentándose con su breviario viejo; fuera de esto, no habia en su aposento, sino su cama pobre, sin petacas ni otras alhajas, porque era muy pobre.»

Este testimonio da su Provincial de la pobreza que siempre profesó, á medida de su profunda humildad y del gran desprecio que tuvo del mundo y sus riquezas, en medio de las indias, tratando con reyes y señores riquísimos, de los cuales jamas recibió cosa de precio ni para sí ni para enviar a sus padres ó parientes, porque todas sus riquezas eran las del cielo y pisar las de la tierra.

Por el mismo tenor pudiéramos discurrir por las demas virtudes de que estuvo adornado; pero esto baste para probar con cuánta razon Dios premio sus altos merecimientos, obrando por su medio las maravillas que dijimos y las que diremos adelante en crédito de su santidad, para las altas empresas á que le escogió, como ahora veremos.

VI

Elígenle por único árbitro de la paz los gobernadores de Manila, para los reyes moros de Mindanao y Joló.

Aunque varias veces establecieron paces los gobernadores de Manila en nombre del rey nuestro señor con los reyes comarcanos; pero los holandeses que estaban en las Malucas, capitales enemigos de los españoles, los inquietaron y movieron á romperlas; y como ellos de su propia condicion eran inconstantes y enemigos del nombre de Cristo, fácilmente las quebrantaban, deseando ocasiones de derramar la sangre de los cristianos.

Los moros tienen entendido que no pueden ganar sus jubileos sino matando cristianos; tal persuasion les ha hecho el demonio, con que los reyes de Mindanao y Joló tomaron las armas, invadieron las fortalezas que los españoles tenian en sus tierras contra las paces que habian establecido con ellos, como dijimos arriba.

Viendo esto el nuevo gobernador D. Diego Fajardo, que habia sucedido á D. Sebastian Hurtado de Corcuera, que habia asentado las paces, considerando el poco útil y grande gasto que tenian las fortalezas del rey en las tierras de dichos reyes y la dificultad de conservarlas, con acuerdo de su Consejo de Guerra, tomó la resolucion de demolerlas; pero porque no pareciese cobardía y se hiciesen los enemigos insolentes, acordaron de hacer nuevas paces con ellos.

Para esto eligieron de comun consentimiento al P. Alejandro Lopez, Rector del colegio de la Compañía de Jesus de Zamboanga, como persona tan practica en aquellos reinos, de tantas partes y tan estimado de todos, juzgando que no habia hombre de mayores prendas en todo aquel reino y que con más valor, discrecion y prudencia, pudiese hacer aquella embajada.

Escribióle el gobernador una carta tratándole con gran respeto y pidiéndole en nombre del rey y suyo, que tomase á su cargo aquel negocio que tanto importaba para el crédito de España, el servicio del rey y quietud de aquellas islas. Tambien le escribió el P. Provincial para que fuese, y facultad para elegir el compañero que juzgase más á propósito para aquella empresa.

Recibido este órden y admitido el de su Prelado, como verdadero obediente, lo primero que hizo para establecer las paces, fueron Misas y sacrificios, oraciones y penitencias, para aplacar á Dios enojado justamente por nuestros pecados, exhortando á todos á la enmienda de la vida y á obligar á Dios para que nos diese acierto, que es el camino de acertar y de tener buen suceso.

Hecha esta diligencia, hizo tocar al arma en todas las fortalezas, traer armas y caballos y grande estruendo de guerra, alistando gente y preparando bastimentos con que se alborotó la tierra; echó voz que iban contra los reyes de Mindanao y de Joló, como quebrantadores de las paces, y que se armaban todos los españoles para destruirlos.

Los reyes sabido esto, temieron, y el de Joló tuvo tanto miedo, que desamparó su tierra y palacio, y se fué á una montaña fuerte.

Hecha esta diligencia con ardid de guerra, escribió á los dos reyes cartas muy corteses, diciéndoles que le pesaba mucho de la guerra que les movian los españoles, y que como amigo suyo les ofrecia, si gustaban, de impedirla y hacer que se renovasen las paces antiguas, y que olvidasen los agravios recibidos, y que él mismo iria en persona á establecer la paz con poderes del gobernador del rey, con buenas condiciones.

Los reyes, que no deseaban otra cosa, le respondieron con grande cortesía y agradecimiento, admitiendo los tratados de la paz y con mucho gusto su venida á sus tierras; y el de Joló añadió, que los españoles demoliesen las tres fortalezas que tenian en su tierra, porque no se daria por seguro de otra suerte; cosa, que como dijimos, tenia el gobernador resuelta.

Recibida tan favorable respuesta de ambos reyes, escribió segundas cartas en órden á que se viesen para establecer la paz, y el rey de Mindanao, como mas sabio y ladino en estas materias, le envió sus embajadores con cartas para el P. Alejandro y para el gobernador de las fortalezas, pidiendo que viniese á sus tierras y que viéndose los dos establecerian la paz.

La carta para el P. Alejandro quiero poner aquí porque en ella declara la estimacion que hacia de su persona y la virtud que Dios le dió para rendir los corazones de los infieles y traerlos á su amistad.

Carta de Sultan Corralat, rey de Mindanao, para el P. Alejandro Lopez. Rector de Zamboanga.

Esta carta escribe el rey de Mindanao, pidiendo mercedes al P. Alejandro Lopez, Rector de Zamboanga, que es el que sabe las cosas de este mundo y el que distingue lo verdadero de lo falso, y sabe la verdad de las cosas, por lo cual su nombre se ha extendido por todo mi reino, por ser verdad, gracias á Dios, que se ha cumplido mi deseo.

Lo que se sigue á esto que tengo dicho, es que envio esta embajada con el Orancaya Datang para que traiga al P. Rector, y es señal y muestra de mi amor, y de que quiero de todo mi corazon ser amigo y hermano del rey de España, y desde que recibí la respuesta de mis cartas del P. Rector quise y quiero de todo mi corazon y juntamente quisieron todos mis vasallos, y todo mi reino, así como oyeron la respuesta de la carta del P. Rector Alejandro Lopez. Doy gracias á Dios y al P. Rector más de mil veces, Dios se lo pague, y damos gracias á Dios criador y hacedor de todas las cosas.

Por esto envio á Datang, que es el mayor de mis principales, para que venga sirviendo al P. Rector sin recelo alguno, y me admiro de que el gobernador no le dejase venir con la embajada pasada, porque siendo mi hermano ¿qué recelo puede haber? Venga el Padre á verme, y si el gobernador gustare que nos veamos en Zibuguey, mi hermano el P. Rector lo trazará.

Admírome mucho de la segunda embajada que envió mi hermano y que no vino con ella, porque es tener poca confianza de mi hermandad.

Si mi embajador no estuviere en las cortesías con los españoles, el Padre le enseñe y guíe; ruego mucho á mi hermano que venga presto á verme, que dentro de diez dias se podrá mi hermano volver, que no quiero más, sino que nos veamos las caras y hablemos de estas amistades boca á boca, que con esto nos concertaremos y no por cartas.

Y para que estas amistades tengan buen fin, no está más sino que nos veamos los dos. No tengo otra cosa que enviar á mi hermano, si no es esa marqueta de cera, y lo que más es, mi corazon, oloroso de amor como un ramillete de flores. Dios guarde al P. Rector.—*Sultan, rey de Mindanao.*

Esta es la carta del rey para el buen P. Alejandro, en que declara el grande aprecio que hacia de su persona y el cordial amor que le tenia y la gran de estimacion de todos sus reinos. Y al gobernador le dice en la suya, que

enviarle al Padre, será echar las áncoras al navío en señal de la firmeza de estas amistades.

Recibidas, pues, sus cartas de manos de sus embajadores, dispuso con presteza su viaje, llevando consigo algunos soldados y otros indios que servian en la iglesia, y parecieron convenientes para celebrar con autoridad los oficios divinos entre aquellos bárbaros.

Once dias tardaron en el viaje, al fin de los cuales desembarcaron en Mindanao, con tanto gozo suyo como del rey y todo el reino, que los deseaba como á ángeles de paz. Las demostraciones que hicieron de alegría y las caricias y regalos, dice el P. Alejandro en la carta que escribió á su Provincial á Manila, por el tenor siguiente:

«Llegué á los veintiseis de febrero de mil y seiscientos y cuarenta y cinco, y, por ser sábado, hice noche una legua de Zibuguey, donde el rey habia dias me estaba aguardando. Y aunque por estar indispuesto se habia subido á su pueblo, sabida mi llegada, bajó á disponer el recibimiento, y habiendo sabido que era domingo, y que me habia detenido á decir Misa, envió de diez á doce embarcaciones, entoldadas de ricas piezas, con mucho adorno de flámulas y gallardetes, muy bien armadas, y en la mayor de ellas iba el príncipe Oathin, de diez y seis años, á quien Corralat le habia dedicado para que fuese mi hijo, y le envió para que me recibiese.

»Los caracoles que hicieron, artillería y armas de fuego que dispararon, campanas y trompetas que se tocaron al encontrarnos los dos, es para que otros lo ponderen mejor.

»Dió el príncipe una vuelta á mi caracoa con mil demostraciones de gozo y alegría, dando muchas cargas á tiempo y sazon; pidióme que me embarcase en su hoanga para entrar en el rio; hícelo, y al punto me abrazó tan fuertemente que, como andan ellos con los pechos desnudos, aunque con aire y modestia, segun su uso y costumbre; se le imprimió en el pecho la figura de Cristo crucificado que tenia pendiente, y no sin particular advertencia. Estaba ya aguardando el rey debajo de una tienda, y llegado, mandó á Tiruley, que es el rey nombrado por tenerse él ya por viejo, que me abrazase en su nombre.

»Entretuvímonos toda aquella mañana, en que llegué á la córte de Corralat, en hablar de cosas de la fe, en que no perdí ocasion. Aunque estaban todos los caciques presentes y un infinito gentío mahometano que habia concurrido á la novedad, y dícholes propusiesen sus dudas, y que me respondiesen á las mias; ninguno habló palabra, sino entre sí solos: el rey Corralat era curioso, y deseoso de saber, tomando ocasion para ello de verme traer colgado y pendiente del cuello el santo Crucifijo, siendo este el fin para que yo

le llevaba, díjele, que era el Dios verdadero y el Redentor del mundo: discurriendo por los demas misterios, procuró mudar plática, y en otra ocasion quiso saber más.

»Endulcé mi embajada con traer los músicos de Zamboanga con arpa, rabel y guitarra: fué notable el gusto que recibieron, máxime la reina y sus allegadas: dióle curiosidad al rey de que le cantasen las oraciones de los cristianos: cantáronle la Salve, contentóle, y otro dia se juntaron todos los muchachos y se la volvieron á cantar.

»De lance en lance, en una visita me pidió que le enseñase la imágen de la Vírgen Santísima y de Jesus su benditísimo Hijo. Iba yo muy bien preparado de estas celestiales mercaderías, y envié por mi escribanía; y, presentes todos los principales y caciques, que no se holgaban de estas curiosidades de su rey, trajeron una Vírgen de bulto con el Niño Jesus en sus manos, y se holgó de verla.

»De propósito abrí un cajon adonde tenia muchas vitelas iluminadas, y las que más le cuadraron fueron la Trinidad de la tierra Jesus, María y José, Jesus Crucificado, y otra de la Vírgen con Jesus muerto en sus brazos. Declaráronsele muy á la larga todos los misterios y lo que significaban.

»La reina pidió todas estas imágenes para verlas, y dándole hasta seis ú ocho, las más vistosas, corrieron por todas manos, con dolor de todos sus caciques, que con estas cosas era como darles lanzadas; y en esto se pasó casi todo el dia.

»Conociendo yo el gusto que tenia el rey en las cosas de la fe, desde mi embarcacion rezaba la gente de ella, poniéndonos para esto enfrente de su palacio, de suerte que lo oyera, y remataban los cantores con la Salve cantada con instrumentos.

»Bien entendieron algunos que habiamos de ser primero mártires que confesores por la contradiccion de los caciques; pero el rey no se dió por sentido de nada, y mucho ménos de que todos los dias dijese Misa y juntase á todos los cristianos de la otra parte del rio para oirla.

»Cuando algunas veces venian los moros de parte del rey á tratar algun negocio, les decia que esperasen hasta decir Misa, y de este misterio santo preguntó el rey algo; pero más queria saber la curiosidad, y como esta entra por los sentidos, quiso que sus hijos le informasen; y como el dia siguiente era el de Ceniza, envió al príncipe para ver las ceremonias de la iglesia, de que tenia noticia.

»Yo estaba ocupado en explicar á los cristianos aquel misterio, y como tarde, allegó muchas embarcaciones, para ver de ellas lo que yo hacia; pero los sacristanes taparon con un dosel la parte donde el príncipe cebaba su curio-

sidad loable; mas el deseo de ver las sagradas ceremonias, le obligó á subir en un árbol, desde donde miraba, aunque con trabajo y dificultad, la Misa y ministro de ella; y el dia siguiente le remitió su padre para que la viese.

Como el dia ántes le habia echado con todos los que le acompañaban, diciéndole que era moro, y que no podia estar en la Misa de los cristianos, el rey previno á su ayo, que si acaso le echase de la iglesia, me dijese de su parte que no habia de ser mi hijo, y que, como hermano mio, me pedia que le dejase ver la Misa, como lo hice, echando fuera á todos sus criados.

Quedó el príncipe tan admirado de verla, que convidó á su hermano mayor Tiruley, rey ya nombrado, y teniendo noticia, la dije muy de mañana, y llegó al *Ite Misa est:* y á peticion de ellos les declaré sus misterios. Admiraron una imágen de Cristo crucificado, á quien veneran por gran Profeta, y le llaman en su lengua *Lajurutla,* y á la Vírgen Santísima *Maliam,* y con las mismas cosas que ellos sabian, los enderezaba al conocimiento de la verdad.

Trujo el rey algunos panditas y caciques, pero ninguno osó preguntarme cosa más que si tenia alguna imágen del infierno y del cielo. Del infierno tenia una con la significacion de los tormentos que un alma padece, rodeada de una serpiente de extraña fiereza, que les puso notable temor y espanto, y más cuando les dije que si no se hacian cristianos, se habian de ver así todos.»

Esta es la carta del bendito Padre, y luego prosigue dando cuenta de las paces que, con el favor de Dios, asentó con este rey con condiciones ventajosas para España, y, lo que más importa, para la cristiandad, porque al Rey nuestro Señor le concedió buena parte de tierras en su reino, muy importantes para la seguridad y el comercio; al Padre dió muchos cautivos cristianos, que fué un gran despojo de esta contienda; dió licencia para predicar el santo Evangelio en todo su reino, y que pudiesen recibir el santo bautismo cuantos quisiesen libremente, y vivir en la fe santa de Cristo, y tambien licencia para que los Padres de la Compañía de Jesus edificasen casa é iglesia en su córte, y viviesen en ella religiosamente ejercitando todos sus ministerios.

Para tomar la posesion, y hacer su embajada fructuosa, no sólo temporal sino espiritualmente, predicó el P. Alejandro públicamente á todos el santo Evangelio de Cristo, con tanto gozo de los cristianos como rabia de los moros caciques, y convirtió tantos que, entre nuevos bautizados y reducidos de los que habian dejado la fe, se contaron mil almas las que en esta ocasion ganó para Cristo.

Dió juntamente cartas este rey para el de Joló, suegro suyo, persuadiéndole que hiciese paces con los españoles, como él las habia hecho, sin reparar en condiciones, porque importaban á todos.

Con esto partió el Padre á Joló, dejando gustosísimo al rey de Mindanao y á sus vasallos, llevando las paces firmadas de su mano y cartas de amistad y benevolencia para el gobernador de Manila.

Llegado á Joló halló cartas del rey muy cariñosas, en que le daba la bienvenida y gente que le recibiese y hospedase; pero él, con la enemiga y el temor que habia cobrado á los españoles por la guerra que tuvo con D. Sebastian Hurtado de Corcuera y los daños que recibió de su gente; no se fió de los españoles que acompañaban al P. Alejandro, y por esto estaba retirado y fortificado en una sierra; pero como no se podian asentar las paces con firmeza, sino firmándolas de su mano, el bendito Padre, sin reparar en el riesgo que le corria de la vida, se entró con ánimo varonil, con un Cristo en las manos, por la sierra adentro, poblada no de hombres sino de tigres y leones y fieras; y á costa de inmensas fatigas, llegó adonde el rey estaba, y le habló con tanta dulzura y benignidad, ofreciéndole toda seguridad y demoler las tres fortalezas que tenian en su tierra los españoles, que aquel bárbaro, mas fiero que las fieras, se amansó, y domesticó, y bajó con el Padre como un manso cordero, y se vió con los españoles amigablemente.

Asentaron las paces á gusto de ambas partes con buenas condiciones para todos, una de las cuales fué, que habian de predicar libremente los cristianos el santo Evangelio en sus tierras, y bautizar á los que libre y espontaneamente le quisiesen recibir.

Ofreció al Padre dones, pero el siervo de Dios no admitió otros más de los tratados de las paces que firmó de su mano, con los cuales volvió contento á su colegio.

VII

Vuelve á su colegio, y los casos que le sucedieron en prueba de su paciencia.

Concluidas con tanta felicidad las paces referidas, volvió el siervo de Dios á su colegio, cargado de los despojos que Dios le dió en esta lid, de grandes merecimientos y de muchos cautivos que rescató del poder y tiranía de los moros.

Al mismo tiempo vino á combatir nuestras tierras, con el favor de los dos reyes de Mindanao y Joló con quien se habia confederado, una armada de holandeses que infestaba aquellos mares: mas sabiendo que habian asentado paces con los españoles, no se atrevieron á invadir con hostilidad la tierra, y así se volvieron sin hacer señal alguna, alcanzando el bendito Padre con su industria y diligencia esta victoria sin sangre.

El gobernador de Manila le envió las gracias por las paces que habia hecho, encareciendo el servicio que habia hecho á las dos majestades divina y humana, y ofreciendo de escribirlo al rey nuestro Señor, y lo mucho que en todos aquellos reinos obraba la Compañía en aumento de su corona y de la fe de Cristo.

Mas Dios que se gobierna por otros fueros diferentes con alta sabiduría y providencia, en premio de grandes servicios da á sus siervos nuevas ocasiones en la lid de este mundo de pelear y padecer para aumento de su corona, y así las dió al P. Alejandro cuando llegó victorioso á descansar en su colegio, adonde lo primero que hizo fué tratar de hacer unos fervorosos Ejercicios, dando acero al espíritu, y acicalar las armas para volver á la batalla con mayor aliento.

Compuso las cosas de su casa, afervorizó los ministerios, y hubo dia que, con ocasion de un jubileo, confesaron y comulgaron al pié de cuatro mil personas, que, en tierra casi toda de infieles y donde habia tan pocos españoles, fué cosa bien rara y de mucha estimacion y que declara el fruto que la Compañía hacia en aquella tierra.

Habia en ella un capitan escandaloso, gran blasfemo y jurador y juntamente lascivo, amancebado públicamente con escandalo de la tierra. El santo P. Alejandro, á quien el Obispo habia hecho su Vicario en aquel partido, y tenia sus ausencias, juzgó que le corria obligacion de curar aquella oveja tan enferma y contagiosa para el rebaño de Cristo.

Tomó á pechos su remedio, y lo primero comenzó por la oracion, rogando a Dios que redujese aquella oveja perdida, y sin duda fué oido de Su Divina Majestad, porque habiéndosele contado en media hora trescientos juramentos y blasfemias, se le torció la boca de manera que nunca pudo enderezarla, dandole Dios aquella señal, como á Caín, en pena de su pecado y para aviso de su enmienda; pero estaba tan encarnizado en sus vicios, que no hizo caso del castigo de Dios y prosiguió adelante en sus escándalos.

El buen Padre, como amoroso y solícito pastor, procuró reducirle por bien, ya que no le corregia el castigo: hablóle en secreto con toda la cortesía posible, con palabras muy blandas, razones dulces y semblante apacible, poniéndole delante el riesgo de su alma, el escándalo del pueblo y el mal ejemplo que tomaban los recien convertidos, rogándole por amor de Dios y su santísima Madre que mirase por sí y mudase de costumbres.

Mas el mal encancerado no se cura con aceite blando, sino con fuego y acero, que ataja el fuego del veneno; y como este capitan era superior en aquellas fuerzas, altivo y soberbio, y sus llagas estaban tan encanceradas y tan entrañado el veneno de sus depravadas costumbres, estuvo tan léjos de

corregirse con la blanda exhortacion del P. Alejandro, que enfurecido como un loco, teniendo por caso de ménos valer que alguno se atreviese á corregirle, levantó la voz, y, echando llamas de indignacion por la boca, dijo al Padre tantas y tan graves injurias, que la menor fué que mentia él y todos cuantos lo decian; y vomitando amenazas delante de mucha gente que vino á las voces que daba, se fué colérico y furioso, sufriendo el bendito Padre todas estas injurias con admirable silencio y paciencia.

Fuése á encomendar á Dios aquella alma perdida, rogando á Su Divina Majestad que le hiciese tantas mercedes cuantas eran las injurias que habia recibido, y que se apiadase de él y le tuviese de su mano para que no se perdiese, y de allí adelante puso nuevo cuidado en reducirle al rebaño de Cristo.

Para esto, tomando consejo con personas cuerdas y celosas del servicio de Dios, resolvió quitarle la mujer con quien estaba mal amistado; pero entendiéndolo el capitan, vino con gente armada al colegio, y hallando la puerta cerrada y al Padre orando, intentó echar las puertas en tierra y entrar en el colegio á fuego y á sangre.

El siervo de Dios, armado no con acero ni hierro, sino con oracion y paciencia, que son las armas fuertes de la Iglesia, resistió á su osadía, orando y suplicando á Dios por él y por los suyos, y Su Divina Majestad fué servido de oir su oracion y defender su casa, reprimiendo la ira de aquel hombre frenético que, como tal, se volvia contra el médico que procuraba su salud.

Mas como no bastasen las medicinas que el santo Padre usaba para su remedio, se tomó por última resolucion dar cuenta de todo al gobernador general del rey, que estaba en Manila, el cual le mandó llevar preso en cadenas, y, despues de larga y penosa cárcel, le desterró á Mindanao, adonde acabó su vida miserablemente en pobreza y afliccion, como sus delitos merecian.

Con la misma paciencia llevó otras tantas injurias que le dijo un soldado español, sin haberle dado otra causa mas que pedirle con mansedumbre y cortesía que no maltratase á un indio recien convertido, á quien heria y daba de palos y golpes sin causa más que si fuera su esclavo; costumbre de malos soldados de la India que, a título de españoles, se quieren servir de los naturales como si fueran esclavos suyos, con grande perjuicio de la conversion de aquella gente, que aborrece el nombre de español como de sus mayores enemigos, y, por consiguiente, la religion que profesan los que sin causa ni razon les hacen tales tratamientos.

A esta depravada costumbre se opuso el piadoso Padre, defendiendo á los indios inocentes de la tiranía de muchos españoles que injustamente los hacian esclavos suyos: y por esta causa se vio muchas veces a pique de padecer en su persona gravísimas injurias, no solo de palabra, sino de obra; pero

todas las llevó con invencible paciencia, volviendo por la verdad y por la inocencia de los indios, que hallaban en el Padre su amparo y se rendian á su enseñanza con el amoroso trato que les hacia.

Otra ocasion le ofreció nuestro Señor en que hizo alarde de su caridad y paciencia, y fué de un capitan que daba público escándalo con una mujer, y tomando el medio más suave para reducirle al camino de la vida, le escribió un papel con toda la cortesía y blandura que pudo, suplicándole por Dios y por su Santísima Madre, que mirase por su alma y quitase aquel escándalo tan público. El capitan le respondió con mucha descortesía un papel lleno de injurias y amenazas, si trataba de corregirle; mas el bendito Padre no se acobardó por esto, ántes encendido más en celo y deseo de su salvacion, fué a verse con él, armado del escudo de la paciencia, para recibir los golpes de su indignacion: llevó consigo á otro Padre espiritual que le reportase, si acaso se enfureciese contra él.

Entraron en su fortaleza, y, en viéndolos, empuñó la daga con muestras de gran furor, y con palabras injuriosas amenazó al Padre con la muerte, y estaba tan furioso, que no fuera mucho ejecutar su amenaza.

El siervo de Dios estuvo callando á todas sus injurias, y haciendo ostentacion de su invencible paciencia, volvió á su colegio rico de merecimientos, y viendo que por aquel medio no podia reducir aquella oveja perdida al rebaño del Señor, acudió al ordinario suyo, que era el de la oracion y penitencia, haciéndola en su persona por la de aquel pecador, y pidiendo con lágrimas al Redentor del mundo su salvacion.

Sus gemidos y clamores fueron oidos del Señor, porque en lugar de la muerte que aquel mal aconsejado le procuró dar, trocó las suertes, como las de Aman y Mardoqueo, y se la dió á él, enviándole una grave enfermedad, de que luego adoleció: sabiéndolo el P. Alejandro le fué á visitar y consolar, y hallándole mal acomodado, le trujo á su colegio, y le asistió y curó con admirable caridad, de que el capitan espantado y obligado le pidió perdon de todo lo pasado, é hizo con él una confesion general de toda su vida, y fué tal su arrepentimiento, que ántes de morir pidió con lágrimas que le recibiese en la Compañía, porque si moria con el hábito de la religion, iria con grande consuelo y esperanzas de su salvacion.

El santo Rector condescendió con sus ruegos, y le recibió en la religion con grande consuelo de su alma, y le enterraron entre los nuestros como á hijo de la religion, y se le hicieron todos los sufragios que se acostumbran por ellos.

Este trofeo alcanzó de su paciencia el fiel siervo del Señor, y estas ocasiones y otras muchas le dió el cielo despues de la victoria de Mindanao, para enriquecer su corona de nuevos merecimientos.

VIII

Parte segunda vez á Mindanao, y lo que obró por la fe y por la paz.

Ocupado el apostólico varon en gobernar su colegio y cultivar aquella viña que el Señor le habia encomendado, se ofreció otra ocasion que le forzó á dejar su recogimiento y volver á Mindanao. Porque un capitan español, mal contento de las paces establecidas con los reyes arriba dichos y con otros comarcanos, viéndose impedido de hacer hostilidades y presas en los enemigos, que son las ferias gananciosas y las pescas copiosas de los capitanes y gobernadores, en que tienen libradas todas sus medras; vencido de la codicia, movió guerra á Corralat, rey de Mindanao, y entró por sus tierras robando y cautivando sus vasallos, contra lo capitulado en las paces.

Ofendido con razon el moro, se puso en armas, y trató de la defensa, amenazando con la muerte á los cristianos, y en primer lugar á todos los bautizados en su reino, si no apostataban de la ley que profesaban.

Envió embajadores á los holandeses, pidiéndoles que viniesen con su armada, porque los españoles habian quebrantado las paces, y queria castigarlos.

Lo mismo hizo con el rey de Joló su suegro y con los de la comarca, armándose todos para acabar con la cristiandad de aquellas islas; que tales daños acarrea muchas veces el desórden y codicia de un particular, y por el pecado de uno pagan muchos inocentes, porque es como una centella avivada que abrasa los montes y las ciudades.

Así fué el desórden de aquel capitan, que encendió tan grande fuego en los ánimos de aquellos bárbaros, que puso á riesgo de perderse toda aquella cristiandad.

Dió gran cuidado esta alteracion y movimiento al Gobierno de Manila, y tratando de atajarle, no hallaron otro medio más presentáneo y eficaz que enviar por embajador y medianero al P. Alejandro Lopez, cuya prudencia, experiencia y buen acierto en los negocios era manifiesto á todos, y sabian la grande cabida y mano que tenia con Corralat, que era el principal ofendido.

Así, le rogaron que tomase aquella empresa, no ménos por la defensa de la religion cristiana, pues veia perecer tantos recien bautizados y cerrarse la puerta á los demas, como por el servicio del rey, cuyas tierras corrian riesgo de perderse, si no se atajaba con presteza aquel incendio que se habia levantado por la indiscrecion de un capitan, á quien castigarian ejemplarmente por ella.

Ninguno, á juicio de todos, podia ir con más riesgo de la vida que el Padre Alejandro á esta embajada, porque como él habia asentado las paces y asegurado á los reyes su observancia, y ellos eran bárbaros y moros, y no atendian á más razon que sus armas, viéndole en sus tierras fiador de lo que no se habia cumplido, era lance casi forzoso que vengasen su ira en él como engañador y falso fiador de las paces.

Pero el celo de la salvacion de las almas y el ansia de atajar aquella guerra, y de que no se cerrase la puerta al Evangelio en aquella tierra fué tal, que no dudó de ofrecer su vida en la demanda, y tomar á su cuenta aquella empresa tan arriesgada.

Púsose luego en camino; y, con más confianza en Dios que prevencion de gente y armas, se embarcó y entró en Mindanao, ayudándole el cielo con próspero viento al que llevaba en su corazon el del Espíritu Santo.

Sabida su llegada por el rey Corralat, se mostró muy esquivo y enojado, y le dió tarde y mal audiencia y más quejas que regalos, acriminando la infidelidad de los españoles y el agravio recibido, cargándole la culpa al Padre que los habia acreditado. Y, como hablaba con razon, fué necesaria mucha sagacidad y prudencia y grandísima tolerancia, para poder aplacarle.

Oyóle el Padre con mucha paciencia y dióle satisfaccion, diciéndole la verdad, que habia sido culpa de uno que seria gravemente castigado, y que el gobernador y el Senado de los españoles estaban muy pesarosos de lo hecho y muy firmes en guardar las paces. Finalmente, dando tiempo al tiempo, y con la verdad que tiene gran fuerza, se vino á aplacar el moro, y ofreció dejar la hostilidad comenzada, y el Padre, viéndole de mejor temple, se aprovechó de la ocasion, y con buen modo introdujo la plática de la religion y de Cristo, que era siempre el blanco de sus acciones.

El rey y sus caciques, llevados de la curiosidad, le preguntaron del principio del mundo y qué sentian de este punto los cristianos, á que el P. Alejandro respondió la verdad católica con tanta claridad y erudicion, que todos quedaron satisfechos, segun lo mostraba su exterior; y concluyó diciendo que le diesen licencia para preguntarles alguna cosa de su ley en pago de las preguntas que le habian hecho; diéronle licencia, y dijo así:

«Vosotros decís que de los moros los buenos van al cielo y los malos al infierno, y juntamente decís que los moros se casan en el cielo con las mujeres que acá tuvieron; pregunto, pues, si la mujer de un moro se va al infierno, ó el marido de una mora que va al cielo, ¿con quién se casarán estos?» No supieron qué responder los caciques, y quedaron tan afrentados y rabiosos, que todos entendieron que era llegada la hora de su martirio.

Viéndolos el rey corridos, tomó la mano, y, como quien se pone de por

medio, dijo: «El Padre dice bien, y nosotros tambien; y así ellos pueden salvarse en su ley, y nosotros en la nuestra,» con que callaron todos los caciques; pero el Padre no pudo disimular la ignorancia del rey y de sus sacerdotes, y así dijo que no podia ser que un rey como Dios, tan pacífico y tan sabio, tuviese dos leyes encontradas; porque forzosamente la una ha de ser verdadera y buena, y la otra falsa y mala, y, por tanto, creedme que os digo la verdad y no cerreis los ojos á la luz: «quien no fuere cristiano y guardare mi ley, no se puede salvar: y si quereis, aplacemos dia y venid á disputar conmigo; y si me convenciéredes, yo ofrezco de ser moro, y si yo os convenciere, ofreced vosotros de ser cristianos.» Tiene razon, dijo el rey, y yo aplazo tal dia, señalando uno cercano.

Los caciques, por no parecer ignorantes y que rehusaban la carrera, admitieron el desafío; pero como cobardes no le cumplieron, porque llegado el plazo de la disputa, no vino alguno, y así se halló solo el Padre con el rey, sus dos hijos y la gente que acudió á oir la disputa.

Los hijos del rey suplieron por los caciques, preguntando y disputando, y se mostraron tan satisfechos á las razones del Padre, que, á no tenerlos tan presos la licenciosa vida y libertad de la secta de Mahoma para tener muchas mujeres, aquel dia dejaba convertidos al rey y á sus hijos con todos sus vasallos; pero el rey se levantó y concluyó la disputa con lo que arriba dijo, que todos decian bien y cada uno se salvaba en su ley.

Hallóse presente á todo el valido del rey, capitan general de sus ejércitos, y gobernador de su reino, que se llamaba el Gran Orancaya Uglo, tan respetado y obedecido como el rey.

Era este moro, así por su gentil disposicion como por su prudencia y valor, digno de mayor fortuna, acreditado con varias empresas, así de guerra como de embajadas que hizo á varios príncipes; era muy versado en lenguas, pues, fuera de la suya natural, hablaba con expedicion la lutaya, la malaya, la bisaya y tagala, entendia la española y la llegó á hablar bien. Pues como era de tan buen entendimiento, alumbrado con la luz del cielo, conoció la ignorancia de sus caciques, la falsedad de su doctrina y la verdad de la católica; y con toda resolucion y afecto la abrazó y se hizo cristiano, con el alborozo y consuelo que se puede creer del buen P. Alejandro, que dió mil gracias á Dios por haberle dado aquel caudillo y defensa para la cristiandad de aquel reino.

Bautizóse con tan grande solemnidad y regocijo de los cristianos, cuanta fué la tristeza de los caciques, y llamóse Francisco en su bautismo, á devocion de S. Francisco Javier, Apóstol de aquella tierra.

El bautismo se celebró con la mayor fiesta que fué posible y aparato de

música, trompetas, clarines, danzas y festejos é invenciones de fuego, segun la usanza de la tierra; y luego se le dió el baston de General de los ejércitos del rey, y bajaron los cristianos, que habian huido á los montes de la indignacion del rey, á los cuales se les dió toda seguridad, y todos se honraron con el nuevo convertido: el cual procedió como muy bueno y católico cristiano, dando grande ejemplo de virtud y devocion, la cual mostró en particular con la Santísima Vírgen María, que se la pagó colmadamente, como suele á todos sus devotos. Porque habiendo recibido en la guerra una herida mortal á los cinco años de cristiano, y llegándose su fin, le vino á confortar en aquel tránsito; y viéndola tan gloriosa, dijo á los presentes: «Apartaos, apartaos, que viene una Señora de grande majestad,» á quien hizo muchas muestras de grande reverencia y sumision, con una boca y semblante risueño.

Preguntándole los caciques cuál era la verdadera ley, respondió que la de los cristianos solamente, y que todas las demas eran falsas y engañosas, y ninguna daba salvacion.

Hizo testamento, como buen cristiano, y dejó heredera su alma de la mitad de sus bienes, dando ciertas prendas de su salvacion.

Enterráronle con gran solemnidad con los ritos de la Iglesia. El Padre confortó á los cristianos, bautizó á muchos y volvió triunfante á su colegio de Zamboanga.

IX

Vuelve de Mindanao á su colegio, lo que obró hasta ir por secretario de la provincia, y algunas profecías suyas.

Concluido negocio tan árduo con tanta felicidad, volvió el siervo de Dios á su colegio con nuevos aceros de la predicacion evangélica y la conversion de las almas; y como los gajes que tiran los misioneros apostólicos de sus fatigas y trabajos son comunmente nuevas ocasiones de paciencia, repartiendoles Dios, como á familiares suyos, parte de su cruz, no le faltó en esta ocasion al mártir de Cristo.

Habiendo gobernado aquel colegio nueve años con el celo, prudencia y aumentos que hemos visto; el sucesor, que tenia nuevos dictámenes y no conformes á los del P. Alejandro, entró mudando las cosas, y dándole al siervo de Dios mucho en qué merecer, haciendo en todas las ocasiones alarde de su paciencia: que no há menester poco quien ha deseado acertar, cuando ve reprobados sus aciertos.

El buen Padre pasó esta mortificacion callando, y obedeciendo, y confor-

mándose con la voluntad de Dios; que quien tuvo valor para sufrir el martirio, mucho más le tendria para llevar una pesada obediencia.

Descargado del gobierno, se entregó todo al estudio de su propia perfeccion y á la salvacion de sus prójimos, convirtiendo á los infieles y predicando y enseñando á los ya convertidos, aprovechando á los de casa y juntamente á los de fuera con el fuego de caridad que ardia siempre en su pecho, en que experimentó admirables providencias de la mano omnipotente de Dios.

Una fué, que habiendo llegado á aquella tierra muchos chinos sangleyes, les dió un contagio mortal de que murieron los más. Eran todos gentiles, y el fervoroso Padre tomó á pechos convertirlos, y que ninguno muriese sin bautismo; pero llegando á hablarlos, ninguno le admitia, respondiendo todos que no querian mudar ley, sino morir en la que habian vivido.

Vista su obstinacion, no desmayó su alentado espíritu, sino valióse de las almas del Purgatorio, de quien, como dijimos, fué devotísimo. Díjoles muchas Misas por esta intencion, ofrecióles sufragios y penitencias, y fué cosa admirable, que luego se convirtieron todos, con ser muchos, y murieron con el santo bautismo, sacando tantas almas de las gargantas del infierno, para poblar las sillas del cielo.

Navegando otra vez de la isla de Basilan, adonde habia ido á predicar, para volver á Joló; le esperaron en celada á él y á sus compañeros unas embarcaciones de enemigos en paso por donde forzosamente habian de pasar, con intento de quitarles las vidas, como caudillos de los españoles, los cuales muertos ó cautivos, juzgaban que los tenian á todos vencidos.

No se le escondió al siervo de Dios este peligro, pero parece que se le ofreció nuestro Señor para probar su confianza, la cual fué tan firme, que siempre tuvo por suya la victoria, la cual alcanzó con las armas de la oracion, alcanzando por ella una niebla tan espesa que, pasando cerca de los enemigos no se vieron unos á otros, y prosiguieron su viaje con mucha seguridad. Y porque se entendiese que era la niebla milagrosa y no natural, cesó en pasando los Padres, y quedó el cielo y el mar sereno y claro, y los enemigos vieron sus embarcaciones léjos y cerca del puerto adonde navegaban; y abrasados de coraje, fueron tras de ellos y tiraron á las torres muchos cañonazos, vengando su rabia en las paredes, ya que no pudieron ejecutarla en las personas que buscaban.

De esta manera favorecia el cielo los santos intentos de este glorioso martir, el cual no contento con trabajar insaciablemente en el aprovechamiento de las almas con la palabra, quiso tambien aprovecharlas con las obras, componiendo muchos libros, y traduciendo otros para su aprovechamiento, que parece cosa increible, teniendo tantas cosas y tan graves á su cargo.

A costa del sueño y de largas vigilias, compuso en lengua de la tierra un libro en que refuta con muchas y buenas razones los mandamientos, ritos y ceremonias de la falsa secta de Mahoma; otro mayor de la *Historia de Mindanao*. Iten, un *Arte*, y *Vocabulario de lengua Luthos*, que es la más usual de aquella region, para aprenderla los que van de Europa, obra utilísima para la conversion de aquella gente: en la misma lengua tradujo para la enseñanza de los indios la *Doctrina Cristiana* del Cardenal Belarmino y otros tratados espirituales de grande provecho para todos, en que dejó como en herencia su santo espíritu.

Ocupado en tan santas obras este varon apostólico, se llegó el año de 1653 en que la provincia de Filipinas celebró Congregacion, para señalar el P. Procurador por ella, que habia de venir á Europa y pasar á Roma; muchos de los Padres ancianos pusieron los ojos en el P. Alejandro para esta funcion tan importante, aunque los detenia la falta que habia de hacer en la provincia y en el ministerio de la conversion de los infieles, en que trabajaba con tanto fruto. Y atendiendo á las lucidas prendas de su persona y al bien de toda la provincia, le hicieron Secretario de ella y compañero del Provincial, para valerse de su consejo y para habilitarle al cargo de Provincial, tomando con esta ocasion noticia de la provincia.

Llamáronle á la Congregacion, en la cual fué asignado en tercero lugar por Procurador para Europa, y en primero para Secretario, como dijimos, el cual oficio ejercitó con igual gusto y satisfaccion de todos: y aunque la ocupacion era grande, por cargar sobre sus hombros el peso de todos los negocios, su talento era tan aventajado y tan fervoroso su espíritu, que sin faltar á su obligacion, ejercitaba los ministerios, predicando y confesando, enseñando y convirtiendo á los infieles, y catequizando á los ya convertidos, acudiendo á los sanos y enfermos con tanto fervor y asistencia, como si no tuviera otro oficio.

Las visitas parecian misiones, porque en llegando á los pueblos, los movia con su predicacion y los atraia con la dulzura de su trato, de manera que era corto el dia para despachar la gente que venia á confesar y comunicar sus almas, y aprender el camino del cielo; porque el fuego de caridad, que ardia en su pecho, no le permitia tomar otro descanso sino la salud de las almas, y apacentar, como buen pastor, el rebaño de las ovejas de Cristo.

Y porque no le faltase ninguna prerrogativa de santo, le dotó Dios del don de profecía, dándole luz para conocer las cosas ocultas y saber las por venir, como se verá en los casos siguientes:

El primero sucedió á Diego de Acevedo, español, estando en Zamboanga, adonde el P. Alejandro era Rector, y el dicho tuvo disgustos con el goberna-

dor de la fuerza, por lo cual se ausentó por los montes, adonde pasó algun tiempo con gran miseria, sustentándose con las yerbas del campo, padeciendo las inclemencias de los tiempos, á riesgo de ser comido de las fieras.

Aprovechándose el demonio de la ocasion, le acometió con graves tentaciones de desesperacion, persuadiéndole que era mejor morir una breve muerte, que padecerla tan prolongada y dolorosa entre las fieras, á riesgo cada dia de ser manjar de ellas. Hablábale con voz humana, oíale y no le veia, y el eco de su voz entristecia su corazon y le incitaba á su perdicion; pero él, como cristiano, hacia la cruz sobre sí, santiguábase y rezaba, y cansado de tan penosa vida, acordándose de la santidad del P. Alejandro y de la cabida que tenia con el gobernador y con todos, se resolvió de volver á poblado y ponerse en sus manos, para que diese vida á su alma y á su cuerpo, componiéndole con su capitan.

Recibióle el bendito Padre con mucho amor, consolóle y esforzóle; y, para animarle á hacer una buena confesion, le contó cuanto le habia pasado en aquel penoso destierro, y le dijo la tentacion tan vehemente que habia padecido y lo que habia pensado en lo secreto de su corazon, de que el buen Diego de Acevedo quedó admirado, y conoció que Dios moraba en el Padre y le descubria los pensamientos interiores de los hombres; y así que no haria nada él en manifestarle su pecho, haciendo una general confesion, como la hizo con grande consuelo de su alma. Y el Padre le amparó y le compuso con el gobernador, dejándolos ambos gustosos y en servicio de Dios.

El segundo caso fué el que le pasó con un Hermano de la Compañía, llamado Melchor Sablan, á quien desde sus principios crió en ella, y fué siempre su Padre espiritual: y, como el amor entre hijos y padres es ordinariamente tan cordial, este buen Hermano le tenia muy crecido al P. Alejandro, y al peso de su amor fué su dolor y sentimiento cuando se partió para la Congregacion, y vertiendo lágrimas de sus ojos, le dijo: «Ya no veré mas á V. R. porque le señalarán para ir á Roma, y sabe Dios si volverá,» á que el Padre respondió: *Esto que le diré quédese entre los dos: sepa que mi fin y muerte ha de ser en Mindanao.*

Quedó el Hermano suspenso y pensativo oyendo esta razon, y testificó despues con juramento, que desde aquel punto entendió que habia de morir mártir, y que Dios se lo habia revelado; mas, como le encargó el secreto, lo calló hasta que vió el efecto y cumplida su profecía en el martirio que padeció, en que se declara el espíritu tan alto de que Dios le dotó.

X

Vuelve por órden del Gobierno de Manila por embajador de Mindanao, y su dichosa muerte.

Quiso Dios coronar las virtudes de este varon apostólico con la aureola de martir, dándole esta corona en premio de sus merecimientos, y que regase con su sangre las plantas de aquella nueva Iglesia y los campos de aquella inculta region, para que de estériles y espinosos se trocasen en fértiles y amenos, dando copiosos frutos de almas que poblasen el cielo. El modo como sucedió su martirio fué el siguiente:

Once años y algunos meses habia que, como se dijo arriba, habia establecido la paz deseada, para bien de muchas almas, con el rey de Mindanao: y como una de las principales condiciones fué que se habia de fundar en su córte iglesia en que pudiesen libremente celebrar los cristianos los divinos oficios, predicar y confesar, con todo lo demas que pertenece á la ley santa de Cristo; no habia cumplido el moro esta condicion, ni permitido que se tratase de su fundacion, dilatándola con astucia y dando lugar á los cristianos, no sólo de su reino sino de todas las islas, para que viviesen debajo de su amparo en la ley que quisiesen, con gran detrimento de aquella cristiandad. Porque en apremiándolos á vivir ajustadamente á la ley de Dios, se huian á Mindanao, y unos apostataban y se hacian moros, y otros vivian tan libre y escandalosamente, que eran peores que gentiles.

Deseando, pues, el Gobierno de Manila poner remedio á tanto mal, determinaron de enviar al rey una embajada, pidiéndole que cumpliese la dicha condicion, y amenazándole con la guerra, sino la cumplia; y como el P. Alejandro habia asentado las paces con él, y se le habia mostrado siempre tan benévolo y amigo, de comun consentimiento le eligieron y nombraron por su embajador.

Diéronle los recaudos bastantes y escolta de soldados que le acompañase; mas el bendito Padre, que ya tenia luz del cielo de lo que habia de suceder, como dijimos arriba, hizo otra más importante prevencion, y fué recogerse en una granja apartada del poblado á unos fervorosos Ejercicios, gastando muchos dias en oracion y silencio, ayunos, cilicios y disciplinas, como quien se prevenia más para la córte del cielo que para la de Mindanao.

Tomó por compañero al P. Juan de Montiel, que poco ántes habia llegado de España, mozo de veinte y cinco años, pero muchos de virtud y santi-

dad; porque era varon perfecto, muy fervoroso y ejemplar, como en su vida se verá.

Aprestadas todas las cosas necesarias, partió con tres embarcaciones bien armadas, once españoles con su capitan y dos indios principales.

Navegaron con próspero viento, y sábado, ocho de diciembre de mil y seiscientos y cincuenta y cinco, dia de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, tomaron puerto en Mindanao.

Pasados cuatro dias, llegó á la córte del rey, el cual no le recibió como solia, antes yendo el Padre á llevarle las cartas y el presente que le enviaba el Gobierno de Manila, se excusó de verle, diciendo que le enviase la carta. Mas el Padre respondió que su embajador habia dado la suya en manos del gobernador de Manila; y que no cumplia él ménos que dando la que traia en su propia mano.

Convencido el moro con esta razon, le dió audiencia y recibió la carta y el presente de su mano; pero con mucha seriedad y poca gracia, como quien sabia ya lo que la carta rezaba, que no le era de gusto, y así no le mostraba.

No le dió casa, como se usa dar á los embajadores; sólo le envió unos cestos de arroz y tres ó cuatro manojos de cañas dulces y unas cien papayas entre verdes y maduras, que es cierta fruta de la tierra, como melones pequeños, largos y colorada la carne y las pepitas, como pimienta morada.

El dia siguiente, que fué de Sta. Lucía, trece de diciembre, vinieron á llamarle de parte del rey dos personas principales, al hilo del mediodía, a la sazon que estaba recogido y rezando, previniéndose con oracion, á imitacion de Cristo, para la pasion y muerte que esperaba.

Fué llevando consigo al dicho P. Juan de Montiel su compañero y dos criados sin escolta de soldados y sin armas, porque los embajadores dijeron que no eran necesarias.

Hallaron en la plaza del rey más de seiscientos hombres armados; habló el Padre con el rey, y atajóle presto la plática; porque le dijo que iban á bañarse á su mezquita, segun los ritos de su falsa secta. Entónces tomando ocasion de aquí el bendito mártir, le exhortó á dejar aquella falsa superstición y recibir el santo bautismo, pues se hallaba en lo último de la vida, y era tiempo de mirar por su alma; afeóle la vida que traia, y no haber dado lugar á edificar iglesia los cristianos, diciéndole con valor y libertad que por ningun caso saldria de su córte hasta dejarla edificada, conforme á las condiciones de la paz que asentaron.

Indignado el rey de la libertad con que el Padre le persuadia su bien, con celo de guardar los sacrílegos mandamientos de su secta, uno de los cuales es matar, con indulgencia plenaria por ello, á cuantos cristianos y Sacerdo-

tes pudieren; mandó luego matar á los dos Padres y á nueve soldados con su capitan, y vender á otros dos por esclavos á los holandeses.

Arremetieron de primer ímpetu con las armas en manos á un criado del Padre, mancebo de pocos años, y á imitacion de Cristo, dijo á los matadores: no hirais á estos, que no tienen culpa alguna, aquí estoy yo para dar la vida por la fe católica que predico.

En oyendo esto, uno de aquellos verdugos descargó un golpe sobre el bendito mártir, con una fortísima arma que ellos usan, y se llama en su lengua campillan. Derribóle el hombro, abriéndole hasta el pecho, teniendo el Padre un Crucifijo en la mano, y repitiendo muchas veces los dulcísimos nombres de Jesus y de María: cayósele el bonete de la cabeza, y tomándole con la mano que le quedaba libre, se le volvió á poner dos y tres veces: cayó en el suelo, y clavados los ojos en el cielo, adonde brevemente habia de volar su alma, recibió otros golpes de aquellos verdugos, que sin respeto ni piedad le hicieron pedazos.

El mismo rigor ejecutaron con su santo compañero, coronándole de martirio, como veremos luego, y con los soldados que los acompañaron, quedando uno vivo con providencia divina, para que diese noticia y fiel relacion de todo lo que pasó.

Sus cuerpos quedaron en la plaza toda la tarde y la noche hasta la mañana, que echándoles unos dogales al cuello, los llevaron arrastrando por las calles, hasta echarlos en el rio, de donde los sacó un criado y los enterró en un esterillo, hasta poderles dar más honorífica sepultura, como la merecen su santa vida y glorioso martirio.

Y porque se vea la causa que movió á este rey tirano para martirizarlos, pondré aquí un tanto de la carta, que escribió á su pariente el rey de Joló á cerca de la muerte de los dos Padres referidos, que dice así:

Carta del Sultan Corralat, rey de Mindanao, para el rey de Joló en veinte y nueve de julio de mil y seiscientos y cincuenta y seis.

Mi hermano rey de Joló: Holgaréme mucho que goce mucha salud, que Ala le guarde muchos años y le dé todo cuanto desea y le haga buen moro, y acuda á todas sus obligaciones, como lo mandan sus dioses. Despues de esto envio tu hermano mayor á Tumuay á avisarte cómo hemos muerto á los Padres, porque querian que fuésemos cristianos, y por esto los matamos, y así bueno será que nos aunemos todos á una cosa de volver por nuestra fe.»

Hasta aquí el dicho Sultan, en que manifiestamente declara el motivo que tuvo en quitar las vidas á estos santos religiosos, que fué el odio de nuestra

santa fe y el falso celo de su secta, y porque les predicaban el Evangelio y les persuadian que, dejada la supersticion de sus falsos dioses, reconociesen y adorasen al verdadero y único Criador y Redentor del mundo, por cuya gloria y servicio dieron las vidas tan pronta y gloriosamente los dos predicadores de su Evangelio, premiando el cielo sus virtudes con la corona de tan ilustre martirio.

Su divina Majestad nos dé su gracia por sus merecimientos, para que los imitemos y seamos dignos de participar de sus coronas en el cielo.

Fué su glorioso martirio á 13 de diciembre de 1655. Hacen de él honorífica mencion el P. Juan Nadaso, y las cartas *Anuas* de aquella provincia.

P. JUAN DE MONTIEL

El venerable y santo mártir de Cristo Juan de Montiel fué uno de los fervorosos obreros del Evangelio, que en una hora merecieron premio igual con los que habian trabajado todo el dia; porque en tres años y medio que estuvo en Filipinas, el primero de Sacerdote, y á los veinte y cinco de su edad, mereció ser coronado con el lauro del martirio, como se verá en el breve discurso de su vida.

Nació el P. Juan de Montiel el año de mil y seiscientos y treinta y dos, en la ciudad de Rijoles, del reino de Sicilia.

Su padre fué D. Juan de Montiel, natural de Zaragoza de España, valeroso capitan del rey en los Estados de Flandes, á quien por sus buenos servicios hizo castellano de Rijoles.

Su madre fué una noble señora italiana, llamada Victoria de Rosis; ambos eran temerosos de Dios y señalados en virtud, personas muy ejemplares y edificativas en la ciudad, y, como tales, criaron á sus hijos en el santo temor de Dios, enseñándoles á servirle desde sus primeros años.

Tuvieron tres hijos varones; el segundo fué nuestro P. Montiel, de buen natural, inclinado á la virtud y devocion.

Murió el padre dejándolos pequeños, y su madre los envió á Nápoles á estudiar; allí cursaron en nuestros estudios, y como eran bien inclinados, aprovecharon en poco tiempo mucho en el estudio y la virtud; y los dos mayores, que se llamaban Alonso y Juan, movidos del buen ejemplo y olor de santidad de sus maestros, se inclinaron á entrar en la Compañía, adonde fueron

recibidos con igual consuelo suyo y gozo de los nuestros, con fundadas esperanzas de lo mucho que habian de aprovechar y honrar con sus buenos talentos la religion.

Tuvieron su noviciado en Nápoles, y ántes de comenzar á estudiar, murió el mayor que se llamaba Alonso, con dolor de todos los que le conocian por faltarles un sujeto de tan grandes esperanzas cuanto lo eran las prendas de entendimiento y religion que en él resplandecian. Quedó nuestro P. Juan de Montiel para que restaurásemos en él la pérdida de su buen hermano.

Estudió las Artes en el colegio de Nápoles, y con las noticias que tuvo de la milagrosa salud que dió nuestro Señor al glorioso mártir el P. Marcelo Mastrillo por medio de S. Francisco Javier; cobró gran devocion al Santo y frecuentaba su capilla muy á menudo, pidiéndole alguna centella del fuego de su espíritu, como la dió al bendito P. Marcelo, y tuvieron sus peticiones feliz despacho y buen logro sus deseos. Porque se los dió muy fervorosos de ir a las islas Filipinas á convertir los infieles y dar la vida por Cristo, como la habia dado en el Japon el P. Marcelo Mastrillo.

Trató luego su vocacion con los Superiores, y nuestro P. General Gosvino Nichel, vistas sus grandes instancias, le señaló para aquella mision, que es una de las más apostólicas y gloriosas que tiene la Compañía.

Sintió este golpe su madre grandemente, sobre tantos como habia padecido; porque tenia librado todo su alivio y consuelo en este hijo, y aunque procuró impedirle la jornada, no pudo por el grande fervor y resolucion con que la tomó el siervo de Dios, á quien persuadieron algunos que siquiera se pasara por Rijoles á consolarla y despedirse de ella, y de su hermano el más pequeño y de los otros parientes que tenia.

No dió oidos á este consejo, imitando á su devoto P. S. Francisco Javier, que pasando cuatro leguas de su tierra cuando fué á la India, no quiso ver á su madre que á la sazon estaba viva; y lo mismo hizo el fervoroso P. Montiel, no llegando á su tierra. Y fué consejo del cielo, porque si se rindiera á visitarla corria peligro de ablandarse con sus lágrimas y dejar la empresa á que Dios le llamaba.

El fundamento que hay para recelarse de esto, es lo que él mismo confesó a un confidente suyo, y fué, que habiéndole escrito á la partida de Nápoles una carta despidiéndose de ella, recibió en Sevilla la respuesta con tantas lastimas y razones, dándole noticia cómo su hermano menor habia muerto y cómo quedaba sola, triste y desamparada, y otras cosas á este modo, las cuales le inquietaron de manera, que estuvo muy tentado de no embarcarse, sino dar la vuelta á Sicilia para consolar á su madre, y no dejarla segunda vez viuda.

Y si una sola carta levantó esta recia tempestad en su alma que le puso a pique de anegarse y volver atrás en lo comenzado, ¿cuánto mayor la levantaria la presencia viva, y las razones y lágrimas, con las instancias de deudos y parientes y las ofertas y regalos, que suelen ablandar peñas y rendir corazones que estuvieron más firmes que las rocas? Por lo cual es sano consejo no exponerse á estos tiros ni entrar en estas batallas, en las cuales la mayor valentía es huir las ocasiones, y, sin volver atrás, seguir la divina vocacion, como lo hizo este glorioso mártir venciendo esta tentacion con la divina gracia, y así se embarcó en Cádiz con los demas compañeros.

Hiciéronse á la vela con próspero viento en el mes de abril del año de mil y seiscientos y cincuenta; mas como Dios nuestro Señor no da grandes coronas sino á precio de crecidos trabajos, se los dió tales en esta navegacion que, llevados con paciencia, pudieron merecer la corona del martirio con que le honró despues; porque sobreviniéndoles una recia tempestad, dió el navío en que iban á la costa y encalló en un arenal. Muchos de los pasajeros se ahogaron, y por grande misericordia de Dios, el buen P. Montiel salió á nado á tierra desnudo de todos sus vestidos, y tuvo á gran ventura poder escapar la vida.

Bien se deja entender la vergüenza que padeceria de verse de aquella suerte á vista de los pasajeros y de los naturales de la tierra, las incomodidades y penas del sol, aires é inclemencias, no teniendo otro abrigo más que la arena y las sombras de los árboles de los montes, á peligro de las mordeduras de las víboras y serpientes que pueblan aquellas selvas, y con no poco temor de caer en manos de las fieras que se crian en aquellos despoblados.

Todo lo sufria por amor de Dios, con igualdad de ánimo y admirable paciencia, recibiendo aquel regalo como de la mano del Señor, el cual le amaestraba en esta calamidad para las que habia de pasar en Mindanao, adonde le preparaba su corona.

Sacaron lo que pudieron del navío y recogieron lo que el agua arrojaba en la ribera, con que despues de seco se cubrieron con alguna decencia.

Tuvo dicha en este naufragio de recoger una corta arquilla en que llevaba algunas cruces y reliquias y cosas de devocion para repartir en Filipinas; púsolas á enjugar y los pasajeros las tuvieron por suyas, porque acudieron todos á tomarlas y llevárselas sin réplica ni resistencia, despojando al siervo de Dios de lo poco que le habia dejado la tempestad, no la padeciendo en sus alhajas menor en la tierra.

Y si habia llevado con paciencia la primera, con la misma igualdad de ánimo llevó la segunda, sin alteracion ni resistencia, mostrando cuán libre tenia su corazon de todas las aficiones de la tierra, pues áun en cosas tan espiri-

tuales y santas se hallaba tan señor, que no sentia ni defendia el ser despojado de ellas; y no era mucho hallarse libre de este sentimiento quien tenia todo su tesoro en sólo Dios y en las riquezas del cielo.

Acabado este naufragio, pasaron á Nueva España con grande trabajo y costa, como la padecen todos los que llegan derrotados y pobres á la tierra que, como no llevan otras riquezas más que su paciencia, hay pocos que los reciban en sus casas.

Los nuestros recibieron en la suya á los pobres navegantes con grande caridad, y habiéndose reparado en el puerto, pasaron á Méjico, adonde estudió nuestro mártir Teología el tiempo que se detuvieron esperando embarcacion para Filipinas, adonde llegó el año de mil y seiscientos y cincuenta y dos, despues de penosa navegacion de muchos meses.

Allí dió gracias á Dios por haberle llevado al puerto que tanto deseaba, y del cual esperaba pasar presto al del cielo.

Aquí acabó de oir la Teología y se ordenó de Sacerdote á los veinte y cuatro años de su edad, con gran júbilo de su alma, por verse ya ministro de la Iglesia y apto para ejercitar los ministerios de la Compañía con los prójimos, y administrar los Sacramentos en tierras tan distantes y tan necesitadas de obreros que cultivasen la viña del Señor.

Pero ántes de pasar adelante, es justo que digamos algo de sus grandes virtudes, de que testifican sus maestros y Padres espirituales y los Superiores que tuvo, que fué uno de los más cabales y perfectos religiosos que conocieron en la Compañía, conservando desde el noviciado una pureza angélica, con tan grande modestia que componia á todos y causaba devocion á los que le miraban.

Sus palabras fueron siempre medidas y pesadas, sin ser pesadas ni molestas á nadie: resplandecia en su rostro una gravedad modesta y una modestia grave, no afectada sino afable, que conciliaba benevolencia, y, como tenia muy buen exterior, á todos parecia un ángel en carne humana.

Nunca le vieron alterado, y certifican sus maestros que era tan señor de sus pasiones, que ni en las disputas y argumentos se descompuso jamas, ni dió rienda á la cólera con la fuerza de los argumentos.

En todos los colegios fué siempre el ejemplo de la casa, el más mortificado y obediente, el más pobre y más callado, el más humilde y más pacífico, y un ángel de paz para con todos sus hermanos.

No se hallaron alhajas que repartir por reliquias á los que las desearon, porque no las tenia; ni una petaca vieja para guardar sus papeles, usada de todos en aquella tierra, quiso admitir, ofreciéndosela el Superior, cuando partió á su gloriosa mision.

Fué notablemente sufrido, así en los trabajos de las navegaciones y caminos como en las incomodidades de la India, pasando con alegría las que Dios le ofrecia de hambre, sed, desabrigo, durmiendo en el suelo, padeciendo aires, soles y malas posadas por amor de Cristo.

Nunca se quejó de la comida, ni dijo si estaba mala ó buena, aunque se la diesen fria, mala y desabrida, de suerte, que se admiraron los indios, y áun lo dijeron varias veces, alabando su buena condicion, que no era como otros á quien no acertaban á contentar, porque el buen Padre se contentaba de todo.

Su humildad nos privó de la noticia de muchas de sus virtudes por el estudio que puso en ocultar sus talentos y las obras tan heróicas que hizo; así lo testifica un Padre grave, Prefecto de espíritu del colegio de Nápoles (P. Tomás Mascambruno), con quien el santo mártir comunicó su vocacion á las Indias, y escribiendo de su venida á otro Padre conocido suyo (al Padre Baltasar Porticela), le dice así: «Ahí va el H. Juan Montiel, mozo de mucho espíritu, virtud y talentos, y cierto es que le ha dotado el Dador de todo bien de raras prendas, *in utroque homine*, á no encubrirlos con su humildad, modestia y silencio; pero por más que los sepulte, luce en su semblante la hermosura y belleza del alma.»

Este testimonio da de su virtud el Padre espiritual que le comunicó en Nápoles; y su maestro en Teología de Manila, dice, hablando de él, estas palabras: «Su modestia en el semblante, movimientos y acciones, la resumo diciendo, que era un trasunto vivo y animado de las reglas que nuestro santo Patriarca Ignacio nos dejó; y parece que exhalaba santidad, y hablándole, sentí en mí un singular consuelo, conciliando en mí no se qué veneracion y reverencia.

»¿Qué diré de su modestia en el hablar? Jamas le oí quejarse ni de Superior, ni de maestros, ni de iguales, hecho á todos amable y venerable en las disputas, y argumentos, y conferencias, que es la piedra del toque y prueba de la virtud; y en el caudal de su ciencia, nadie le excedió, habiéndole dotado Dios de claro, vivo y despierto ingenio, como lo manifestó la buena cuenta que dió de sus estudios con mucha loa de todos.»

Y hablando del tiempo en que le despidió para la mision de Mindanao, dice: «Puedo con juramento afirmar, lo que dicen las sagradas Letras de san Estéban, que me pareció ver un ángel con vislumbres ya de bienaventurado.»

Estos y otros muchos elogios dice su maestro de él, habiéndole tratado familiarmente, que es ejecutoria sellada de la virtud y santidad que siempre conservó, sin descaecer en los estudios ni en tan largos caminos un punto de su perfeccion.

El P. Cárlos de Valencia, que se halló en Filipinas cuando padeció marti-

rio, y era siciliano, y le habia conocido niño en Rijoles su patria, hablando de su infancia y de lo que entónces experimentó, dice: «Lo que puedo decir es, que aunque le conocí cuatro años en su patria y le dejé allá de edad de siete años, en tan tierna edad eché de ver que habia de ser muy devoto, pues de edad de cinco años solia acompañar á su padre el capitan Montiel á la Congregacion en el colegio de la Compañía, gustando el devoto niño de la doctrina cristiana y de los demas ejercicios espirituales, sermones, pláticas, y obras de caridad que ejercitan aquellos caballeros, entre los cuales su padre hacia raya.» Y concluye su carta diciendo así: «Acá le conocí cinco dias en esta residencia de Dapitan en que estoy, y reconocí en el P. Juan de Montiel madura modestia, sólida virtud y muy grande religion.

Estos testimonios dan los que trataron y comunicaron á este glorioso mártir, de su santidad y religion, los cuales he querido poner aquí para que se conozca algo de lo mucho que Dios atesoró en su alma de merecimientos y virtudes para darle á merecer la corona con que le honró. Considerando todo el discurso de su vida, el cual comenzó desde niño en obras de santidad y devocion, y le prosiguió sin remitir un punto en la virtud, ántes añadiendo siempre más y creciendo en perfeccion, podemos con gran fundamento creer que nunca perdió la gracia bautismal, y que Dios le escogió desde la cuna para santo, como á su titular S. Juan Bautista, á quien imitó en la penitencia, celo, predicacion y martirio, siendo este segundo Juan una imágen del primero.

Ahora veamos brevemente el modo como padeció, tejiendo el hilo de nuestra historia.

Por estar impedido el P. Provincial de Manila y no poder pasar en persona á visitar los colegios y residencias que tiene la Compañía en las costas y en las islas comarcanas á Mindanao, envió persona competente que las visitase en su nombre, con poderes bastantes para hacer y deshacer lo que juzgase convenir al buen gobierno de aquellas residencias. Y habiéndole de dar compañero, secretario de prendas, de religion y prudencia, cual convenia para negocio tan importante, despues de larga consulta y maduro consejo, con acuerdo de los Consultores de la provincia, fué señalado y escogido el P. Juan de Montiel, recien ordenado, de edad de veinte y cinco años áun no cumplidos, en que se ve claramente el caudal de santidad y prudencia que tenia en tan poca edad.

Obedeciendo con la prontitud con que siempre obedeció, partió en compañia del P. Visitador, y llegaron á Zamboanga, que era el colegio principal de su visita. Allí estuvo dos meses aprendiendo la lengua de la tierra para poder predicar en ella, y á esta sazon llegó el glorioso mártir Alejandro Lo-

pez, de camino para su embajada de Mindanao, con órden que le diesen compañero de los que hubiese en aquellas residencias, y aunque el P. Juan Montiel era recien venido y no el más versado en la lengua de aquella region; pero como era tan hábil, y sabia las Matemáticas, ciencia que estiman mucho los de Mindanao, y era tan ángel en la vida y en la profesion, luego pusieron los ojos en él para esta empresa, así el P. Visitador como el Padre Alejandro, el cual le pidió con instancia, y fué inexcusable concederle, juzgando todos que era lo más conveniente para el fin que deseaban, ordenándolo así Dios para darle la corona que le tenia preparada en aquella mision.

Como si ya la viera delante de sus ojos, se alborozó con la nueva, y se dispuso con presteza lleno de gozo y alegría, mirando la puerta que le abria el cielo para obrar en provecho de las almas y padecer por Dios.

Partió con su dichoso compañero el P. Alejandro, y llegaron á 11 de diciembre de 1655 á la córte del rey de Mindanao, á quien dieron las cartas de la embajada y le exhortaron á que se hiciese cristiano, dejando él y los suyos la falsa secta de Mahoma, pues era su perdicion; y que, en cumplimiento de lo establecido en las paces, diese lugar á que se edificase iglesia en su córte, adonde los cristianos se juntasen á los ejercicios santos de su profesion, de que el sacrílego moro tomó tan grande indignacion, que luego, sin más plazos ni tardanza, los mandó matar á ambos y á cuantos venian con ellos.

Comenzaron su crueldad por un criado, á quien, como dijimos en su lugar, procuraron los Padres defender; luego descargaron golpes sobre el P. Alejandro, á quien hicieron pedazos, y luego prosiguieron con el bendito mártir Montiel, á quien con el primer golpe abrieron la cabeza en dos partes, y diciendo «*Jesus María*,» Baratamar, rey de Buhayen, que se halló presente, le asegundó con un crisazo, que es una arma fuerte y grande, hondeada, cuya herida es insanable, y con suma fiereza lo atravesó los hijares de parte a parte, con que voló su espíritu al cielo, dejando la tierra fertilizada con su sangre, que como dice Tertuliano, es semilla de cristianos, y de cada gota brotarán en aquel reino enjambres que aumenten la Iglesia y pueblen las sillas del cielo.

El cuerpo hicieron pedazos los tiranos y le dejaron por escarnio en la plaza, hasta que el dia siguiente le llevaron con el de su compañero arrastrando por las calles, y les echaron en el rio, de donde los sacó un cristiano y les dió sepultura en el campo.

Fué su glorioso martirio á 13 de diciembre, año de 1655.

P. ANDRADE.

P ESTÉBAN JAIME

FUÉ este apostólico varon, catalan de nacion, natural de Ordis, del obispado de Gerona, hijo de padres honrados y de mucha estimacion en su lugar.

Criáronle desde pequeño en el temor de Dios, con designio de que fuese de la Iglesia; y, para salir con su intento le enviaron á estudiar á la ciudad de Gerona, adonde por sus buenas prendas, así de virtud como de ingenio, obtuvo una colegiatura en el colegio que llaman del Obispo, adonde con más recogimiento se aplicó al estudio. Servia á los altares, y ayudaba las Misas, y asistia con gran devocion á los divinos oficios.

Ocupado en tan santos ejercicios le llamó Dios para la Compañia, y como era tan bien inclinado y virtuoso, y por esto muy amado de todos (que la virtud verdadera siempre roba los corazones) fácilmente alcanzó lo que pretendia, y así fué recibido en el colegio de Gerona, á veinte de febrero de mil y seiscientos y veinte, con grande gozo suyo y sin resistencia de sus padres, que, como tan pios, le quisieron más en la religion pobre y santo, que en el mundo rico y expuesto á los riesgos del siglo.

Desde que se vistió el hábito de la religion, se vistió con él su espíritu, y se halló incorporado en ella, como si hubiera nacido en la misma Compañia, y en particular le dió nuestro Señor un celo de convertir las almas y predicar á los infieles la fe santa de Cristo, que no pensaba en otra cosa, ni deseaba otro empleo, ni pedia otra cosa á los Superiores, hasta que lo consiguió, como ahora veremos.

El fervor con que pasó su noviciado, y el caudal de virtudes que amontonó para este intento, y el tiempo que se detuvo en Europa, refiere el P. Juan Agustin de Palacios, predicador que al presente es de Valencia, en una carta escrita al P. Domingo Langa, Provincial de Aragon, su fecha de los primeros de setiembre de este año de mil y seiscientos y sesenta y tres, que es del tenor siguiente:

El P. Estéban Jaime fué connovicio mio, y concurrimos en el Seminario al curso de Artes y algo de Teología.

Lo que puedo decir de este santo Padre es que en el noviciado pegaba fuego de devocion á los demas novicios; fué mi compañero de aposento algunos meses, y tuvo don de lágrimas, el cual manifestaba en la oracion de

la mañana y de la tarde gimiendo y llorando tiernamente en ella; de ordinario la tenia postrado en tierra, con grande reverencia.

»Lo más del año tenia por cama una tabla, y muchas veces dormia sobre la tierra, sin abrigo ni reparo alguno; las disciplinas eran cotidianas, sin perdonar dia alguno por festivo que fuese; nunca le vi levantar los ojos ni fuera ni dentro de casa.

»En el Seminario guardó siempre lo que habia sacado del noviciado; los viernes ayunaba á pan y agua, y cuando los Superiores le iban á la mano en estos ayunos, porque no le faltase la salud para sus estudios, hincado de rodillas y con lágrimas recababa licencia para continuarlos. Todos los sábados ayunaba á nuestra Señora, de quien fué devotísimo. En el curso de Artes que oimos en Zaragoza, prosiguió con el mismo fervor los ejercicios del noviciado.

»Fué muy perseguido del demonio, y entre otras tentaciones con que le acometió, fué una la del sueño, cargándole en el tiempo de la oracion y del estudio, y para vencerla estudiaba en pié.

»Una noche le cargó de manera que se quedó dormido, y como le echasen de ménos al tiempo de la letanía y de acudir al refectorio, me enviaron á buscarle; halléle en el aposento tan sin sentido, como si fuera una piedra; la frente sobre la llama de la vela, quemada parte del rostro, en que se conoció con evidencia que no era sueño natural, sino impuesto de Satanás, para abrasarle; despertéle como pude, y tratamos luego de curarle.

»Todos los viernes y sábados salia con disciplina pública al refectorio, y los demas le seguian espoleados con su fervoroso ejemplo. Los viernes comia arrodillado, con un capacillo de paja sobre la cabeza, para mortificarse y despreciarse más.

»De hora en hora visitaba el Santísimo, con quien tenia especialísima devocion: fué observantísimo de las reglas en tanto grado que jamas le oimos una palabra fuera de tiempo, ni en romance el tiempo que estudiaba.

»En la mesa dejaba siempre lo mejor de la comida para Cristo: iba muchas veces á comer á la portería con los pobres, y fuera de casa á los conventos.

»Era grande imitador del B. Luis Gonzaga y del bendito H. Berchmans, que eran sus devotos, y así todo lo que le pedian por ellos, lo hacia con gusto.

»Corria entre los de casa opinion que jamas vió rostro de mujer, segun era su modestia y el encogimiento con que andaba: era pobrísimo por extremo, siempre pedia al ropero lo peor y lo más desechado de la casa.

»Comulgaba cada tercer dia, y las fiestas ayudaba cuantas Misas podia.

Su humildad fué al paso de las demas virtudes: pidió por oficio cuidar de los lugares humildes y coger la basura de la casa y las telarañas, y ser barrendero del colegio.

»Los dias de fiesta por las tardes visitaba los hospitales, consolando á los pobres, hacíales las camas, cortábales las uñas, y tratábalos con tanto cariño y amor como si fueran sus hermanos.

»Una de las veces que fuí á acompañarle, hallamos un pobre con una grande llaga en un pié, habíasele desatado la venda, y el caritativo Hermano le limpió la llaga, y haciendo alarde de su mortificacion y caridad, se la regaló con la lengua, poniendo la boca en ella y sacándole la materia, como se cuenta de otros grandes santos, no queriendo ser inferior á ellos en la piedad con sus hermanos, cosa que admiró grandemente á todos los que le miraron.

»Acompañando á un Padre por Zaragoza, iba con tanta modestia, que por no abrir los ojos ni levantarlos del suelo, dió con la cabeza en una reja, y fué misericordia de Dios no abrírsela en dos partes.

»La caridad que usaba con los de fuera, ejercitaba mucho más con los de casa, así sanos como enfermos, á los cuales visitaba, asistia, servia, consolaba y regalaba cuanto le era posible, barriendo los aposentos, haciéndoles las camas, aplicándoles las medicinas, dándoles la comida y el refresco de enjuagarse cuando lo necesitaban, con una piedad admirable, con que los enfermos se aliviaban y los enfermeros descansaban.

»Fué obedientísimo á sus Prelados; en conociendo la señal de su voluntad ya la tenia ejecutada sin aguardar su mandato.

»Finalmente, este bendito Padre era un dechado de virtudes y un ejemplo de religion en quien todos nos mirábamos, porque su afabilidad y humildad nos robaban los corazones.

»Traia contínua presencia de Dios, y las vísperas de comunion hacia su rancho aparte en las quietes con los Hermanos más devotos, así coadjutores como estudiantes, y nos trataba del gran Señor que habíamos de recibir, con tal fuego y fervor que se le encendia el rostro, y sus palabras eran como llamas.»

Hasta aquí el dicho P. Juan Agustin de Palacios en su carta, en que declara el fervor de vida con que este siervo de Dios comenzó las primicias de su religion, el cual continuó todo el resto de su vida, conque mereció ser escogido para apóstol de las Indias, y ser coronado con el laurel del martirio; porque, moviendo Dios á los Superiores con sus repetidas instancias, le asignaron para las islas Filipinas, que es de las más gloriosas conversiones que tiene la Compañía, á las cuales pasó el año de 1625.

Acabó sus estudios en Manila, ordenóse de Sacerdote y luego le entregó

la obediencia la isla de los Negros, llamada así no porque lo sean sus habitadores, sino porque tienen la color más oscura que los otros indios; es muy poblada y está á cargo de la Compañía.

Entró el P. Estéban Jaime en ella año de 1628; aprendió luego su lengua y ganó de manera las voluntades de todos los indios, que le amaban mas que si fuera su padre, y él les cobró tal amor, que estuvo treinta años enseñándoles, predicándoles, bautizándolos y administrándoles los Santos Sacramentos y reduciéndolos á la policía cristiana.

Aquí hizo este apostólico varon más vida de ángel que de hombre, predicando á los infieles y á los fieles no ménos con las obras que con las palabras, porque era penitentísimo, humildísimo, pobre y mortificado; su comida un poco de arroz cocido, y por grande banquete algun pescado. Su cama el suelo y por mucho regalo una tabla con alguna manta vieja; sus disciplinas contínuas, su oracion perpétua, hablando más con Dios que con los hombres tan desasido su corazon de todo lo criado y tan prendado de lo celestial y eterno, como si no viviera en el mundo y fuera ya ciudadano del cielo.

No se le conoció aficion á cosa de este mundo, siempre aspiraba á lo eterno; todo su corazon empleaba en las almas de los indios, de que tenia una sed insaciable, y de dia y de noche trabajaba por ganarlos para Dios, y por reducirlos al camino verdadero de su salvacion; con ánimo invencible se entraba sin temor de su natural fiereza por las selvas y montes adonde moraban, para buscarlos y traerlos á la Iglesia, y enseñarlos la doctrina cristiana.

Habia, cuando entró en la isla, gran número de ellos huidos por los montes, los cuales, vencidos de las deshonestidades y lascivias en que se habian criado, habian apostatado de la fe que recibieron en el bautismo, y vivian como brutos en los páramos y montes más fragosos entregados á sus carnalidades.

Dolorido, pues, el santo mártir de su perdicion, tomó muy á pechos reducirlos á la Iglesia y de vida de brutos á la de buenos cristianos.

No hay pluma que pueda escribir los trabajos, las fatigas, los caminos, soles, aires, frios, riesgos de la vida é incomodidades que padeció para ganarlos y atraerlos, ya con dádivas, ya con alhagos y promesas, ya con temores de los soldados españoles, rogándoles, y pidiéndoles, y buscándolos con indecible paciencia, oracion, penitencia y lágrimas derramadas en el acatamiento de Dios, con quien pudo tanto, que ablandó aquellos corazones más que de piedra.

Uno á uno los fué juntando en tanto número, que formó de todos un pueblo con nombre de *Isiu* ó *Jesus* en nuestra lengua, para que fuese su guarda, con grande gozo de todos los moradores y provecho de sus almas.

Conseguida esta victoria, á juicio de los hombres imposible por la dureza inflexible de los naturales de la tierra, y por hallarlos tan encarnizados en sus vicios, pero muy fácil á este varon apostólico, que no fiaba en sus fuerzas, sino en las de Dios, á quien nada es imposible; le dió la corona de su victoria por el medio que diré:

Habia en este pueblo un indio llamado Calbas, carnalísimo, de perverso natural, á quien el bendito mártir habia hecho un insigne beneficio, que fué alcanzar del gobernador de la isla que le revocase la sentencia de muerte que tenia dada contra él por sus delitos, para que bajase con seguridad al pueblo.

Vencido este de su mala inclinacion, se amancebó con la mujer de su primo hermano, y para entregarse más libremente á sus lascivias, la robó y llevó á los montes, adonde vivia con ella más como bruto que como hombre de razon.

Dolorido el buen Padre de su perdicion y del mal ejemplo que daba á los demás, se resolvió á ir á buscarle, aunque fuese con riesgo de la vida. Subió al monte, y pudo tanto con sus buenas palabras, que le trujo, como el buen Pastor, en sus hombros á la oveja perdida.

Depositó la mujer en parte al parecer segura; pero el demonio que nunca se da por vencido, movió al dicho Calbas para que segunda vez robase la pobre india y se huyese con ella á los montes.

Sintiólo mucho el buen Padre, y teniendo por caso de ménos valer que el demonio saliese con la suya, volvió á los montes con mayor empeño, y persuadió al malvado indio que bajase al pueblo, y, parte de grado, parte con amenazas, le trujo consigo, y á la mujer envió á otras seis leguas de Isiu, adonde estuviese más segura.

Esto sintió mucho el maldito Calbas, y obrando Satanás en su corazon, trató de venganza con otros dos indios camaradas suyos, y entre los tres concertaron de matar al santo Padre porque le habia quitado la ocasion de sus lascivias.

Ayudó á esto haber el Padre hecho retirar la guarnicion de españoles que aseguraban la tierra, porque no vejasen á los indios, cuyo alivio procuraba por todos los medios que podia, con que los traidores quedaron más libres y osados para ejecutar su mal intento.

Alborotaron el pueblo de Isiu, moviendo los ánimos contra el Padre, que á la sazon estaba ausente en el pueblo principal.

Avisáronle que se guardase, porque temian alguna traicion, y que no anduviese sin escolta de indios; mas su alentado corazon no hizo caso de amenazas, así por la confianza que tenia con Dios, como por la experiencia de haber salido victorioso de muchos peligros.

Llegó solo á Isiu un dia de fiesta, tocó á Misa y no vino la gente, demostracion que sola bastaba para conocer la traicion que le armaban; mas su grande celo de reducir al rebaño del Señor aquellas almas no le permitió rendirse á estos peligros, ántes con un ánimo invencible se metió por medio de ellos, porque fué á buscar á su enemigo á la sementera adonde estaba con sus dos aliados.

Llegó y saludóle amorosamente con muy dulces palabras, regalóle con dones para atraerle á su amistad; pero estas dádivas no quebrantaron estas peñas, ántes como ingratos, endurecidos más con sus beneficios, le retornaron por ellos crueles ofensas, levantando uno de los aliados su lanza, y pasándole con ella el cuerpo. Invocó el siervo de Dios los nombres dulcísimos de Jesus y María, y con ellos en la boca, el incestuoso Calbas le atravesó con su lanza, y luego el tercero con la suya, abriendo á su alma tres puertas por donde volase al cielo á ser coronada con la corona y lauro del martirio y juntamente con la palma de vírgen y la diadema de apóstol y promulgador del Evangelio de Cristo: que si S. Juan vió en su *Apocalipsi* al Hijo de Dios con muchas coronas en la cabeza por las muchas victorias que alcanzó con el ejercicio de diversas virtudes, así este soldado esforzadísimo de su santa milicia subió triunfante al cielo con muchas coronas, conseguidas con las victorias de diversas virtudes.

Su martirio fué en los últimos de abril de mil y seiscientos y cincuenta y nueve.

Escribiólo á España y á nuestro P. General el P. José Pimentel, Procurador General de la provincia de Filipinas, su fecha á veinte de junio de mil y seiscientos y cincuenta y nueve.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO COLIN

UNO de los muchos y esclarecidos hijos que ha tenido la religiosísima provincia de Aragon, que han ilustrado nuestra sagrada religion de la Compañía de Jesus, fué el P. Francisco Colin, varon verdaderamente grande por su religion, por sus letras, por el celo que tuvo de la salvacion de las almas, por su admirable prudencia y acierto en el gobierno, por el infatigable

teson con que trabajó toda su vida en la viña del Señor, por sus libros eruditos y por los ejemplos de su santa vida y virtudes, que todas juntas esmaltaron su nobleza é hicieron un ramillete de fragante olor y agradabilísima vista al cielo y á la tierra.

I

Su nacimiento é infancia hasta entrar en la Compañía de Jesus.

Fué este señalado varon catalan de nacion, natural de la noble villa de Ripol, del obispado de Vich; su padre se llamó el Dr. Jerónimo Colin, persona de grande estimacion, así por su sangre como por sus letras, graduado en ambos Derechos, Canónico y Civil; su madre, María Duran, igual en nobleza a su marido, ambos de mucha cristiandad y virtud, que es la que da realce a todas las prendas naturales y valor y estimacion.

Su nacimiento fué el año de 1592, á 15 de julio, y el mismo dia que nació al mundo, renació para Dios en las aguas del bautismo, el cual recibió, sin dar más largas ni permitir sus padres un dia de dilacion, en la iglesia parroquial de la misma villa, y en cumpliendo cinco años recibió el Sacramento de la Confirmacion de mano del Obispo de Solsona, D. Luis Sanchez, que lo fué despues de Barcelona y virrey de Cataluña. Tanto cuidado pusieron sus devotos padres en pertrecharle con las armas de la Iglesia, y prevenirle en aquella tierna edad con la gracia de los Santos Sacramentos; y con el mismo cuidado le dieron luego maestro de toda satisfaccion que le enseñase virtud y santas costubres.

Con las primeras letras aprendió la Gramática y la Retórica en poco tiempo con tal eminencia, que aventajó á todos sus condiscípulos, dando tales muestras de ingenio y aplicacion á las letras, que su padre concibió firmísimas esperanzas de que, perseverando en el estudio, habia de adelantarse tanto que fuese la honra de su linaje, alcanzando altos puestos por el caudal de su ciencia; y así trató luego de enviarle á Barcelona á estudiar ciencias mayores en la Universidad de aquella florentísima ciudad, cabeza del principado de Cataluña.

Pero no es justo pasar en silencio un caso bien singular que le sucedió en este tiempo, y se tuvo por milagroso, librándole Dios de la muerte por la vida que habia de dar espiritual á tantas gentes: y fué que, bañándose en un río, le arrebató la corriente, y sin tener fuerza en los brazos para resistir á su ímpetu, le llevaba á las ruedas de un molino que sin remedio le hicieran pedazos. Viéndose perdido y sin favor humano, acudió al divino, invocando

el auxilio de la Santísima Vírgen, de quien siempre fué devotísimo; llamóla muy de corazon (que le encienden mucho los peligros) y la Beatísima Vírgen le oyó, y socorrió, y le dió la vida, porque, sin saber cómo ni entenderlo, en pronunciando su nombre, se halló en la orilla del rio, bueno y sano, y libre del peligro, dando mil gracias á Dios y á su Santísima Madre por la merced que le hizo, á que toda su vida vivió muy agradecido.

Trece años cumplia cuando le enviaron sus padres á Barcelona, adonde conservó las santas costumbres de frecuentar los Sacramentos que habia aprendido en su tierra, y las devociones que su ayo y maestro le enseñó en la casa de sus padres.

Comenzó á estudiar las Artes, y con su buen ingenio hacia raya entre sus condiscípulos, como la habia hecho en los primeros estudios.

En este tiempo conoció la Compañía y empezó á comunicar á los nuestros, con tanto aprovechamiento de su alma como el del estudio, y con la comunicacion y las letras le fué creciendo la aficion, y con ella el deseo de entrar en la Compañía.

Pidió á los Superiores que le recibiesen, y aunque tocaba al Provincial dar la licencia, pero, por ser tan calificado el pretendiente en todas prendas, y estar léjos el Provincial, juzgaron que podia recibirle seguramente, y así le dieron la ropa de la Compañía.

Sus padres, como tan cristianos, aunque sintieron su entrada, no quisieron impedirla por no contravenir á la voluntad de Dios, ni por su interés particular privar á su hijo de un bien espiritual tan útil á su alma; pero aunque sus padres no contradijeron su vocacion, no le faltaron dificultades que vencer; que el oro de los bienes espirituales siempre pasa por el crisol de la contradiccion.

La que tuvo este siervo de Dios fué del Provincial de la Compañía, no por él ni por sus padres, sino por juzgar que no convenia abrir puerta á semejantes entradas sin licencia suya, á quien, como dijimos, tocaba de derecho recibirle, y así dió el recibo por ninguno y mandó que le quitasen la ropa y vestido de seglar le volviesen al siglo.

Bien se deja entender el sentimiento que tendrian de este mandato el Rector y los Padres del colegio que le habian recibido, y mucho más el buen Francisco, que tan sin culpa suya se hallaba en tal conflicto, á pique y ya sentenciado á ser expulsado de la religion que tanto amaba, y desnudado de la ropa que estimaba más que la vida, y que habia de salir notado y deshonrado, tenido por inconstante, porque no podia dar satisfaccion á todos de lo que habia sucedido. Y cuando la diera, no se creen estas satisfacciones en el siglo, y sus padres como tan honrados, era forzoso que lo sintiesen mucho, y que diesen justas quejas de la Compañía.

Este parece el hijo de aquella mujer del *Apocalipsis*. que vió S. Juan coronada de estrellas, y en saliendo á luz, le hizo guerra el dragon, para acabarle y consumirle; porque, engendrando este hijo nuestra sagrada religion, coronada de tantas estrellas cuantas son las virtudes que la adornan, se halló en mares de contradicciones y en guerras tan terribles para acabarle y consumirle.

Pero Dios que libró á aquel, libró tambien al nuestro, porque, sabiendo el duque de Monteleon, en aquella sazon virrey de Cataluña, la resolucion del Provincial; atendiendo al bien del pretendiente y al honor y consuelo de sus padres, á quien estimaba en mucho, interpuso su autoridad con el Prelado, el cual por su respeto le dió por bien recibido, y le envió al noviciado con los demas novicios, con el consuelo que se deja entender tendria el siervo de Dios viéndose libre de aquella borrasca y victorioso de guerra tan terrible.

II

Sus progresos en la religion hasta ir á Filipinas.

Comenzó su noviciado el año de 1607, á 14 de febrero, con tanto fervor, que más parecia acabarle que empezarle. No se vió alguno más rendido á sus Prelados, más observante, más devoto, callado, contemplativo y mortificado.

Era el ejemplo de los demás y tenia un librico de memoria adonde escribia los consejos que daba su maestro de novicios, para repasarlos muchas veces y ponerlos en ejecucion. Testimonio claro del cuidado y vigilancia que tenia en su aprovechamiento.

Concluido el noviciado, hizo los votos de la religion con la devocion y ternura que se deja entender de su fervoroso espíritu, ofreciéndose á Dios todo en holocausto, con resolucion total de vivir y morir en su servicio.

Del noviciado pasó á Gerona á estudiar letras humanas; allí refrescó la memoria de las que habia aprendido en su patria, y con la viveza de su ingenio y la aplicacion al estudio, se adelantó en ellas de manera, que pudo pasar de discípulo á maestro con grande suficiencia, como despues diremos.

De aquí pasó en compañía de su Provincial á la ciudad de Mallorca á estudiar Filosofía, en que no fué inferior, campeando asimismo entre sus condiscípulos como el lucero entre las estrellas, de que fué testimonio el aprecio que de él hicieron sus maestros, encargándole el acto general que se hizo por remate del curso, el cual hizo con tanto lucimiento, que puso en olvido á

todos los pasados, y dió forma y enseñanza á los venideros. Los maestros quedaron muy pagados, los seglares admirados, la religion honrada, los estudios acreditados, y todos muy contentos, con vivas esperanzas de que tenia la Compañía en el P. Francisco Colin uno de los mejores sujetos que en todas materias la habian de ilustrar y dar grande crédito.

Sólo él por su humildad no se pagó de sí mismo, porque siempre conservó los fervores y dictámenes de novicio, y, como quien repasa la leccion de su maestro, repasaba en los estudios los dictámenes que traia escritos en el libro de memoria y los consejos de su maestro de novicios, renovando sus propósitos, y tomándose estrecha cuenta, y castigándose cuando no los cumplia, cuidado que aviva el fuego del alma y afervoriza el espíritu.

El de este santo religioso echaba nuevas llamas cada dia, avivado con estas diligencias y con la compañía y santos consejos del santo H. Alonso Rodriguez, que vivia en aquel colegio y á quien comunicó familiarmente, como á maestro de espíritu, los ocho años que vivió en él, tres estudiando Filosofía y cinco leyendo Gramática y Retórica, en que fué aplaudido maestro; pero más se preciaba de discípulo de quien dijimos, cuyo espíritu bebió, y tomó, y se actuó en él de manera que parecia el suyo mismo, porque le imitaba en todo y seguia sus pisadas, y sus consejos, y ejemplos, así en la oracion como en la mortificacion y observancia, en el trato con Dios y en la abnegacion de sí mismo, en la conformidad con la voluntad divina y la sujecion de las pasiones y presencia de nuestro Señor, en que tanto se esmeró el santo H. Alonso Rodriguez.

De él aprendió la humildad tan profunda, la caridad tan ardiente para con todos, el celo de la salvacion de las almas, la paciencia invencible y el tesón en el fervor, en que se adelantó todos los dias de su vida, y de tal maestro salió tal discípulo, que fué perpétuo maestro de la fineza de espíritu y un traslado ó trasunto de su santo maestro, y como tal pudo escribir su santa vida en el libro que compuso de lo que supo de ella, sacado de lo que le enseñó y de la comunicacion que con él tuvo.

Concluida la lectura que se ha dicho con gran aprovechamiento en las letras y mucho más en el espíritu, pasó á Barcelona á estudiar la Teología, en la cual salió tan aventajado como en los demas estudios.

Hizo el acto mayor de todo el curso con el lucimiento y aplauso que habia hecho el de Filosofía, y luego le juzgaron todos por digno de ser maestro de ambas facultades, y sin más dilacion le señalaron los Superiores para leer la Filosofía á los nuestros en la ciudad de Zaragoza, y hubiera ido á leerla luego, si no le detuviera el Obispo de Gerona, D. Pedro de Moncada, hijo del Marqués de Aitona, el cual, pagado de sus muchas prendas, le pidió para su

obispado y como para su maestro ó consejero; porque rara ó ninguna cosa hacia que no la comunicase con él y se rigiese por su consejo.

Anduvo el Padre en mision gran parte de su obispado, predicando y confesando como un apóstol, moviendo á todos á penitencia con sus fervorosas palabras, y no ménos con su ejemplo.

De aquí pasó á la villa de Cardona, adonde hizo una grande mision y tantas y tales conversiones, que parecia haberse mudado en otra diferente. Predicaba con grandísima energía y con tanta retórica y fuerza de razones, encendidas con el fuego de su espíritu, que aterraba á los pecadores y compungidos y contritos prorrumpian en lágrimas, llantos y sollozos, los cuales se oian siempre en su auditorio.

En este tiempo le sucedió un caso que se tuvo por milagroso, y fué, que pasando por una calle estrecha le cogió un carro cargado de piedra, sin poder escapar del ímpetu con que iba; y aunque más diligencias hizo, le cogieron las ruedas y le pasaron por encima del cuerpo. Todos le lloraban por muerto, así por el peso tan grande que el carro llevaba, como por el ímpetu con que corria; pero libróle milagrosamente Dios, á quien llamó en aquel riesgo; porque, á juicio de todos, sustentó las ruedas para que no le matasen, y pasando el carro se levantó sano y bueno, pero con señales de haberle atropellado, las cuales quiso Dios dejar para testigos de la merced que le habia hecho.

Sucedióle este caso en el dia que celebraban la gloriosa memoria del santo H. Alonso Rodriguez, su maestro, á quien atribuyó la merced que Dios le hizo, conservándole la vida por su intercesion, para que fuese su cronista, como lo fué andando el tiempo.

Habiendo hecho las misiones referidas con igual fruto y ejemplo, fué á la ciudad de Zaragoza á leer el curso de Filosofía, y llevóle Dios para que aprendiese á padecer y comenzase á llevar la cruz que habia de continuar despues, que es otra Filosofía superior de que el mismo Cristo es el Maestro; porque el nuestro leyó á sus discípulos la Filosofía de palabra y por escrito, y la religion y santidad con el ejemplo y con los santos consejos, deseando aprovechar á sus discípulos no ménos en la virtud que en la ciencia.

Mas como no hay comunidad donde no se halle un díscolo, aunque el maestro era eminente en ambas ciencias, no lo eran todos los discípulos en aprenderlas; y algunos, amigos de libertades, afectaban más la anchura que la perfeccion de sus santos consejos, á los cuales, juntando la reprension, se acedaron y tentaron, y pusieron la lengua en su maestro, diciendo de él lo que no cabia en su santa vida; pero permitiólo Dios para que hiciese ostentacion de su paciencia, con la cual sufrió esta calumnia, llevando con la igual-

dad de ánimo, con silencio y humildad á ejemplo de Cristo nuestro Señor, el cual manifestó la verdad, y, conocida su inocencia, fueron castigados los agresores y lanzados como miembros podridos del cuerpo de la Compañía.

III

El viaje que hizo á las islas Filipinas.

Por corta esfera juzgó la grandeza de su espíritu el limitado término de su provincia, porque en deseos se extendia á convertir á Dios toda la redondez del mundo, por lo cual, viviendo con el cuerpo en Aragon, andaba con el alma por las tierras más remotas del orbe, deseando y procurando convertir todos los infieles á Cristo.

Con esta ansia pidió á nuestro P. General Mucio Viteleski pasar á las islas Filipinas, con ánimo de predicar en ellas á innumerables infieles que las habitaban, y sus instancias fueron tales, que nuestro P. General, así por consolarle, como por dar un sujeto de tan aventajadas prendas á aquellas islas, le envió la licencia que pedia.

Recibióla con tanto gusto como habia sido su deseo de conseguirla; pero en publicándose en la provincia, se puso toda en armas para impedirle, procurando detenerle, así los Superiores como los súbditos, alegando el grande servicio que podia hacer á Dios en su provincia, y que no era justo dejar la madre propia por ajenos hijos, la necesidad que habia de su persona para la cátedra, y el púlpito, y el gobierno, y que era dejar lo cierto por lo dudoso, y la miés que tenia en las manos por los pájaros que iban volando.

Unos le hablaban al oido, otros le escribian cartas, los Superiores le exhortaban que se quedase, los súbditos le pedian con lágrimas que no se fuese; pero nada de esto ni todo junto pudo mellar su constancia. Porque mirando á Dios que le llamaba, y poniendo los ojos en su mayor gloria y servicio, que fué siempre el blanco de sus acciones, juzgó que debia acudir á la mayor necesidad, que era la de tantas almas que por falta de obreros perecian. Por lo cual, rompiendo con todos con ánimo varonil, salió de su provincia y vino á este colegio de Madrid á juntarse con los demas compañeros, para ir á embarcarse á Sevilla; pero el demonio, que nunca se da por vencido, le movió aquí nuevas guerras con la ocasion siguiente:

Leyendo en Zaragoza, estaba en aquella sazon en la ciudad la Duquesa de Hijar, la cual, pagada de sus buenas prendas, le eligió por su confesor y se preció siempre de hija espiritual suya.

Cuando llegó á Madrid, habia venido ántes ella, y en sabiendo que su confesor el P. Colin habia llegado, vino á buscarle y á tratar con él las cosas de su alma; pero cuando entendió que pasaba á Filipinas, fué tal su sentimiento, que no dejó piedra por mover para estorbarle la jornada.

La primera y la menor diligencia fué pedirle con lágrimas que no se fuese ni la dejase huérfana, que por tal se juzgaba sin el que era padre de su alma. Viendo que esta no le detenia, echóle por intercesores al Duque y á otros grandes señores que se lo pidiesen. A esto añadió ofertas y dádivas, de que el Padre no hizo caso. Habló á los Superiores de la Compañía, dijéronle que no se extendia su jurisdiccion á esto. Acudió al Nuncio de Su Santidad, que visto su desconsuelo, mandó al P. Colin que se detuviese.

Hiciéronse papeles, mostrando en todo rigor de Teología que no podia mandar tal cosa, impidiéndole al Padre mayores bienes; con que habiendo entrado en escrúpulo, alzó el precepto, y el Padre, sin esperar á más lances, se partió á Sevilla secretamente, atropellando con todos los respetos humanos, por no faltar á los divinos y hacer la voluntad de Dios que le llamaba para tan gloriosa mision.

Pero la Duquesa no desistió de su pretension, porque llena de sentimiento le escribió una carta dándole filiales quejas, como hija á su padre espiritual, porque la dejaba huérfana, pidiéndole que se volviese, porque le iba en ello el bien de su alma.

El Padre respondió cortésmente, consolándola con razones espirituales y pidiéndola y exhortándola á conformarse con la voluntad de Dios, que le llamaba á la conversion de muchas almas, con que dió fin á estos impedimentos y pasó adelante en su viaje.

Embarcóse en Cádiz, á 18 de julio de 1625 años, con otros veinte y cinco compañeros que iban á la misma empresa, y, como el fuego en todas partes calienta, así el fuego de caridad que ardia en el pecho de este siervo fidelísimo de Dios, en todas partes tenia su operacion y nunca estaba ocioso y sin obrar en sus prójimos.

En la noche en que se embarcó entabló las doctrinas y sermones, predicando y enseñando el camino del cielo á los que le llevaban por la mar al puerto de la tierra. Y aunque á los principios mostraron alguna repugnancia, su paciencia y perseverancia la venció, y le oyeron todos con igual gusto y provecho de sus almas, porque se hicieron muchas confesiones generales y se reformaron las costumbres, quitando los juramentos, maldiciones y disensiones, navegando todos con mucha paz.

No contento con esto, leyó á los nuestros cada dia una leccion de Teología que les fué de mucha utilidad y consuelo, porque con el estudio y la

conferencia ocuparon bien el tiempo y no sintieron las incomodidades de la navegacion.

Concluido este primer viaje y llegado á Méjico, no pudo estar ociosa su fervorosa caridad, porque en la tierra fué el mismo que habia sido en la mar.

Luego comenzó á predicar en las plazas y las iglesias con tanto séquito y estimacion, que los mayores templos eran pequeños para la multitud de gente que le seguia. Y si era mucha la gente, no era menor el fruto que el fuego de sus palabras obraba en los corazones de los oyentes, moviéndolos á contricion, lágrimas y penitencia, y á reformar las vidas para conseguir la eterna.

Todos se lamentaban de que pasase á Filipinas y no se quedase en aquella ciudad y reino, adonde le persuadian que podria hacer más provecho. Pero el siervo de Dios cerró los oidos á estas voces, por abrirlos á los del Señor que le llamaba, para empleos de su gloria, adonde le habia señalado su apostolado y queria servirse de él.

Habiendo estado en Méjico cinco meses, se embarcó para las islas Filipinas con todos sus compañeros, el año de 1626, á 26 de marzo, con tanto sentimiento de los mejicanos, como gozo de los que iban con él, uno de los cuales era D. Juan Niño de Tabora, que iba por gobernador de las islas. El cual se le aficionó de manera que, pagado de su grande espíritu, letras, prudencia y predicacion, desde luego asentó en su escuela plaza de hijo espiritual suyo, entregándole su alma para que la gobernase y las de toda su familia para que las encaminase á su eterna salvacion. Y los años que le duró el gobierno, se gobernó por su consejo, no haciendo cosa que no fuese nivelada por él; y así fué de los más acertados que ha habido en aquellas islas.

Tres meses duró esta segunda navegacion, en que fué el mismo que en la primera, no perdiendo tiempo ni ocasion de predicar, y doctrinar, y enseñar á sus prójimos el camino de su salvacion. Y como asistia el general á todas las pláticas y sermones, todos alzaban de obra y venian á oirle predicar, que el ejemplo de la cabeza es un mandamiento de apremio para todos los demas.

El primero de todos hizo el gobernador con el P. Colin una confesion general, y luego le siguieron su mujer y todos los de su familia, y á estos los otros pasajeros, y los marineros, y grumetes, sin quedar persona en la nave, que no se confesase con él de la vida presente y pasada, cogiendo tan gran de fruto en la mar, como pudiera en la tierra en la mayor mision. Y dice su historiador que se reformó de manera, juntándose todos los dias á rezar y orar, á decir el rosario de nuestra Señora y las letanías de la Iglesia, y á oir los ejemplos y la explicacion de la doctrina cristiana; que parecia un convento de una religion reformada: tales efectos produce el fervoroso espíritu de

un varon apostólico, que trueca los corazones de piedra en ternísima devocion, y los pedernales más duros en hijos de Dios, y hace que de los que era ofendido, sea alabado y bendito, como se vió en esta ocasion.

IV

Hace la última profesion, y empléase en los ministerios con los indios.

Concluida esta navegacion, y desembarcado en Filipinas, no cesaba de dar gracias á Dios por haberle logrado sus intentos, y verse ya en la tierra que tanto habia deseado; y, como el ciervo sediento que ve las fuentes de las aguas, así se abalanzó este fervoroso operario á la conversion de los indios, que tan deveras codiciaba.

Luego en llegando, pidió á los Superiores con repetidas instancias que le enviasen á ellos; pero dificultó mucho este empleo el gobernador, que como dijimos, le habia hecho gobernador de su alma; mas fué tanta su porfía, que por consolarle, le enviaron con otros compañeros en la armada que partió á la isla Hermosa, con título de Superior, para gobernarlos y entablar la predicacion de los indios.

Como esta jornada no tuviese efecto, le enviaron en otra que partió al reino de Joló, á sujetar á aquella gente bárbara, y en esta navegacion, obró lo mesmo que en las pasadas, predicando y doctrinando y refrenando á los soldados para que no pasasen la raya de la razon, y se ciñesen en todo con la ley santa de Dios, el cual por sus ocultos juicios dió tan mal suceso á esta, como á la otra jornada; y el P. Francisco Colin volvió con sus compañeros á Manila, sin haber obrado lo que tanto deseaba de la conversion de los indios.

A esta sazon le vino la profesion de cuatro votos, la cual hizo con mucha devocion y humildad, no permitiendo festejos ni aparatos, más propios de seglares que de religiosos en semejantes actos.

Desde entónces se dió por obligado á más estrecha observancia, mortificacion, obediencia y penitencia, y más estrecha pobreza y obediencia á los Superiores, que son los privilegios que da nuestra religion á los Padres ancianos, que han sido muchos años maestros, Superiores y lectores.

Vistos los sucesos de las dos armadas en que habia ido, le persuadieron los Superiores que Dios no se servia por entónces de que predicase á los indios sino á los españoles, y asistiese al gobernador que le pedia, para lo cual le dieron la cátedra de Escritura, que leyó con grande aplauso, y asistió

al gobernador hasta su muerte con el acierto que dijimos, aunque no le faltó que padecer, como nunca falta á los que dicen verdades.

El Padre hizo su oficio exactamente, poniendo el hombro á desmontar la república de los vicios, de los malos tratos, usuras, logros y torpes ganancias: lleváronlo pesadamente los que las usaban; y, como frenéticos y mal considerados, se volvieron contra él, procurando deshonrarle y desacreditarle con el gobernador y con la Audiencia, para que le desechasen; gajes que tiran de ordinario los confesores de las justicias, atribuyendo á su consejo sus determinaciones y los castigos que hacen.

El siervo de Dios acudió á la oracion á tomar consejo con Su Divina Majestad, sintiendo no tanto su agravio, cuanto el descrédito que podria venir á la Compañía de aquella calumnia, y entró en duda si seria mejor despedirse de confesar al gobernador ó perseverar en confesarle: y, despues de larga oracion, tomó por medio echar suertes, pidiendo á Dios que le cayese la que fuese de su divina voluntad. Echólas, y sacó que perseverase en confesarle, y tomó esta resolucion como dada de la mano de Dios, el cual aclaró la verdad, y el P. Colin quedó con nuevo crédito y opinion en toda la ciudad, en la cual hizo grande fruto con su predicacion y lectura, con sus prudentes consejos y acertadas resoluciones, y en poco tiempo cobró tanta autoridad, que no se hacia cosa en todo el reino, que no se consultase con él, y la Santa Inquisicion le hizo su consultor, fiándole los negocios de la fe, que son los mayores y los de primera estimacion.

Siete años gastó en Manila en estas ocupaciones y en gobernar el colegio de S. José, de que fué Rector, hasta que pasó á mejor vida el gobernador; y, libre de esta cadena dorada, pidió con instancia á los Superiores que le enviasen á las misiones de los indios, que fué su primera vocacion.

Encargaron por aquel tiempo á la Compañía la isla de Mindoro, que era de indios indómitos, agrestes y terribles, de bárbara condicion, y, como tales, temidos así de los españoles como de los naturales.

Esta isla le entregaron á nuestro apostólico misionero, para su noviciado de indios, con los cuales trabajó gloriosamente, predicándolos y enseñándolos no ménos con el ejemplo de su vida que con la fuerza de su predicacion; y lo primero en que puso la mira, fué en aprender su lengua, que era tosca y difícil; pero la sed que padecia del bien de sus almas se la hizo fácil y suave, y puso tal conato, que en dos meses se hizo tan dueño de ella, que les predicó en su lengua con grande admiracion, porque estaban persuadidos que no la podria aprender.

Faltan palabras para decir lo que obró, hizo y trabajó, y lo que padeció de aquellos bárbaros indómitos, habitadores de los montes, para reducirlos a

vida política y cristiana, traerlos á poblado, quitarles los vicios en que se habian criado, y las costumbres bestiales que tenian, y enseñarles las buenas y santas de la Iglesia.

La soledad que pasó entre aquellas fieras, pasando con un doméstico lo más del tiempo, trabajando por sus manos, fundando aquella doctrina, y para esto desmontando aquella inculta selva de vicios, pecados y borracheras; solo su apostólico espíritu pudo llevarla por tres años enteros, la cual le endulzó Dios dándole á manos llenas el fruto de su predicacion y trabajos, porque con los primeros sermones convirtió centenares de indios, y el primer dia, despues de catequizados, bautizó ciento.

A este paso los fué convirtiendo y bautizando de ciento en ciento, y fundando poblaciones, dándoles leyes políticas segun su capacidad, levantando iglesias y cruces, desterrando hechicerías y artes diabólicas con que el comun enemigo los tenia ciegos, trocándolos de brutos en hombres racionales y de fieras en corderos mansos, humildes y obedientes.

Mostrábales paternal amor como si fueran hijos suyos; dábales donecillos que ellos estiman en mucho; regalábalos cuanto podia, trabajaba con ellos para edificar sus chozas; curábalos cuando estaban enfermos; corregíalos con amor, cuando erraban; y como ama de leche, tomaba él la medicina por ellos, haciendo penitencia por sus yerros.

No perdonaba á diligencia ni trabajo por ganarles la voluntad y traerlos al gremio de la Iglesia, hasta componer sus pleitos, y hacer sus casamientos, y llorar sus difuntos, como si fueran sus parientes; y con esta santa y prudente sagacidad, fundó aquella doctrina y convirtió aquella bárbara gente al gremio de la Iglesia.

A millares se contaban las almas que habia ganado para Dios en estos tres años, y á millares se podian contar los trabajos y penitencias que le habian costado, porque estas margaritas, tan preciosas en los ojos de Dios, cuanto despreciadas de los hombres, siempre se compran á subidísimo precio, como joyas de sumo valor; y así á este siervo del Señor le costaron continuos desvelos, trabajos, caminos, sudores, fatigas, riesgos de la vida, penitencias y oracion, orando contínuamente por su conversion, y haciendo rigurosas penitencias para alcanzarla de Dios.

Su ayuno era contínuo, su comida pobrísima, un puñado de arroz cocido en agua simple, y por grande banquete algun pescadillo de los que cogian los indios. Pan ni vino no los gustó en aquel tiempo, ni le tuvo sino para las Misas. Su sueño corto, su cama un çarzo de mimbres ó cañas secas. Las disciplinas cuotidianas, los cilicios contínuos, el vestido pobre, suficiente á cubrirle, la casa una corta choza cubierta de paja.

Su trato más ordinario con Dios y sus ángeles, con los cuales moraba y conversaba en aquella soledad, más como ciudadano del cielo que morador de la tierra, sufriendo con alegría las inclemencias de los tiempos y la tosquedad de aquellos bárbaros isleños, por traerlos al conocimiento de Dios.

A este precio compraba las margaritas de sus almas, y todo le parecia poco, considerando que Cristo las compró á precio de su sangre que es de valor infinito.

V

De su gobierno y los puestos que ocupó.

Trabajando con grande alborozo de su espíritu en la conversion de estos infieles, y acabada con buen fin aquella reduccion, cuando habia de gozar el fruto de sus trabajos, le llamó la obediencia á Manila para que gobernase aquel colegio, el principal de la provincia, del cual fué Rector tres años y luego cuatro Provincial, y despues de estos, otros tres Rector del colegio de Manila.

Estos empleos tuvo los años referidos, continuados unos con otros, en los cuales, como dice su historiador, fué idea y ejemplar de un perfecto Superior, espiritual, prudente, vigilante, modesto, humilde, igual para con todos, celoso de la observancia, benigno, manso con amor de padre para con los súbditos, fuerte y constante en la resolucion.

A todos y en todas horas oia y consolaba, y aconsejaba lo mejor; siempre fué adelante en la observancia regular y en la mortificacion; el primero en los oficios humildes, como el menor de todos, sin resabio de Superior ni de propia estimacion, ni por muchos achaques que tuviese admitió cosa singular en la comida ó bebida ó aposento, ni género de alivio ó regalo en su persona, ni alhaja ni cosa de comodidad.

Cuando le hicieron Provincial, estableció unas leyes para gobernarse y gobernar á los otros, que se hallaron escritas de su mano en un diario en que apuntaba lo que le sucedia; y, para que se vea su buen espíritu y puedan aprovechar á otros, las quiero poner aquí, y son como se siguen: «Hoy entre en el oficio de Provincial, en el cual guardaré lo siguiente: buen ejemplo en la devocion y cosas espirituales, en el silencio y recogimiento, en pasar con la Comunidad rigurosamente, en evitar regalos y comodidades, ayudar á ministerios, máxime los más humildes y trabajosos, oir á todos con facilidad y benignidad y buenas razones, etc.; responder á todos sin excepcion y, cuanto pudiere, de mi propia mano y luego sin dilacion; no determinar ni responder

sin recurso á Dios, así en lo fácil como en lo dificultoso, etc.; conformidad y buena correspondencia y estima de los Padres consultores, dándoles lugar á que premediten sus pareceres, consultar y oir á otros, conforme lo pidiere la calidad de los negocios, conservar los sujetos, promover los de talentos conocidos, adelantar la provincia en el espíritu, particularmente en la oracion y observancia de las reglas.»

Estas son las leyes que estableció para sí este siervo de Dios, que son una docta y saludable leccion para todos los Superiores que desearen gobernar con el acierto y fruto, y con la aceptacion, así de casa como de fuera, con que gobernó y adelantó en la provincia la disciplina religiosa, afervorizando los ánimos de todos, á que ayudaron mucho las fervorosas pláticas llenas de espíritu y erudicion que les hacia ordinariamente, en que le dió particular talento Dios nuestro Señor.

No se limitó la grandeza de su espíritu á los de casa solamente, porque, como esforzado capitan, iba el primero á todas las empresas, que de estas de los ministerios con los prójimos tuvo siempre, como dijimos, ardentísimo celo, el cual le obligó á no embarazarse con el gobierno de manera que no le quedase tiempo para los ministerios, á que acudia con tanto fervor y asistencia, como si no tuviera otra cosa que hacer y fuera su única ocupacion.

Encargóse de la Congregacion, que era muy numerosa, y él la hizo mucho más con su buen trato y pláticas eruditas á que vino tanta gente, que nunca se vió más florida ni fervorosa. Confesaba contínuamente á todos, sin exceptuar alguno.

Predicaba de ordinario con tal fuego y energía que aterraba los pecadores y salian los oyentes contritos y compungidos de sus sermones, y como sentian tanto provecho en sus almas, venian desalados á oirle y eran copiosísimos los auditorios; que el fruto que cogen de los árboles anima á los labradores al trabajo, y el que sacan los oyentes de los sermones las traen con gusto á oir los predicadores, y así ninguno fué más oido ni más seguido en aquel reino que el P. Colin, porque ninguno hizo mayor fruto, y por esto le traian todos los sermones de importancia, así de la catedral como de la capilla del real tercio de la milicia y de otras partes.

Nunca predicaba sin que precediese primero la oracion y penitencia, rogando á Dios que le comunicase el fuego de su espíritu, y le diese las palabras que habian de mover á los oyentes; y cuando escribia los sermones dejaba en blanco las últimas cláusulas y decia: «Estos vacíos ha de llenar Dios, dandonos las palabras, que son adonde ha de apretar más el predicador y las que han de hacer la obra en los oyentes, como en la lanza está el hierro en lo último que hiere.»

Testimonios de su grande espíritu fueron los efectos que se vieron en cuantas partes predicó, así de mudanzas de vida como de reformacion de costumbres; que cuando se queda en solos deseos, es más hojas que fruto verdadero, y ruido que sermon.

Fué ángel de paz en aquellas islas, poniéndola con grande sagacidad y cordura entre las cabezas eclesiástica y secular que estuvieron desavenidas, con grande perjuicio de los súbditos y detrimento del servicio del rey y de su real hacienda; y el P. Francisco Colin, con su buen espíritu y autoridad, entró de por medio y los compuso á todos, reduciéndolos á paz y concordia en buena conformidad y amistad, con que triunfó de ambas partes, venciéndolas sin sangre y sin estruendo de armas, con universal aclamacion de todo el reino.

Lo mismo hizo con el gobernador que sucedió en aquel tiempo, el cual, mal informado, procedia con grande rigor contra el derecho de las religiones, y el Padre le informó y templó, y por su buen consejo depuso aquellos dictámenes trocándolos en más benignos y favorables á todos.

Dos meses despues de ser electo Provincial, sucedió el levantamiento universal de los chinas sangleyes, que á título de mercaderes estaban avecindados en la comarca de Manila, y dicen muchos que pasaron de cuarenta mil los que la acometieron, señoreándose de todas sus haciendas y llevando á fuego y á sangre cuanto no podian llevar á su tierra.

Las haciendas de la Compañía fueron las que más padecieron, porque abrasaron los sembrados, las casas, los cortijos y cuanto tenian para su sustento; pero no decayó por esto de ánimo del santo Provincial, ántes cobrando nuevos alientos en la providencia divina, exclamó como otro Job, cuando vió arder sus tierras, diciendo: *Dios lo dió y Dios lo quitó, sea su nombre bendito para siempre*. Estos golpes, añadió, vienen por mis pecados á la provincia, que así lo sentí yo cuando me mandaron tomar su gobierno, que era azote que Dios le enviaba, dándole Provincial por quien la destruyese.

De esta manera se humillaba delante de la Divina Majestad, atribuyendo á sus pecados la universal calamidad y haciendo penitencia por ellos, pero no perdió la confianza, por la cual Dios nuestro Señor envió presto el remedio.

Visitó tres veces la provincia, con ser dilatadísima en varias islas, en que por mar y tierra padeció muchos trabajos, soles, aires, y destemples y riesgos de la vida, en tempestades y borrascas deshechas, llevándolas con grande gusto, por el que tenian de verle los súbditos, de los cuales era recibido como si viniera á verlos un ángel del cielo.

Animábalos, consolábalos, esforzábalos á perseverar en sus trabajos y ministerios, y sola su presencia era bastante para desterrar de sus corazones cualquiera acedía ó tristeza, que como enseña S. Pedro Crisólogo hablando del hijo pródigo, la vista del padre es como la del sol, que alegra, vivifica y esfuerza y da á los hijos nuevos alientos para cualquiera empresa; y la de nuestro Provincial era tal, que á todos dejaba alentados, gustosos y contentos.

El tiempo que fué Rector del colegio de Manila, puso todo su esfuerzo en acabar y adornar la iglesia, y, sin empeñar el colegio, buscó limosnas y acabó la capilla mayor y las colaterales del crucero, doró los dos retablos de esta capilla, hizo la imágen de nuestra Señora de Loreto con rostro, manos y Niño de márfil, con vestido de plata maciza, y la colocó en su altar, obra de las más primas, lucidas y devotas que se han visto en aquellas islas.

Labró una rica y preciosa custodia de oro macizo, con rayos de cristal, esmaltada de diamantes, esmeraldas y rubíes y gran cantidad de perlas, que se valúa en grande precio; adornó la capilla interior de la tribuna con retablo, laminas é imágenes de los santos de la Compañía, y colocó con decencia las reliquias de muchos mártires nuestros que padecieron martirio en el Japon por la fe de Cristo; y por el mismo tenor labró, adornó y compuso todos los templos de las residencias, pueblos y doctrinas adonde moró, para que Dios y sus santos fuesen reverenciados en ellos y diesen motivo de veneracion y devocion á los fieles; y esto sin adeudar las casas ni los colegios, sino con la grande confianza que tenia en la providencia divina, y á medida de ella le daba Dios limosnas para estas obras; que la confianza en Su Divina Majestad es la medida de los beneficios de su mano.

VI

Retírase del bullicio de la córte y del gobierno á darse á la oracion.

El año de 1650 acabó el segundo gobierno del colegio de Manila, y con deseo de vacar á Dios y al provecho de su alma, pidió licencia á los Superiores para retirarse á la casa de S. Pedro, que tiene el colegio algunas leguas distante de la ciudad, alegando su poca salud y mucha necesidad de prepararse para morir quien toda la vida se habia estado preparando.

Habíanle dado de los contínuos trabajos unos penosos bahidos de cabeza; los ayunos y penitencias le habian debilitado el estómago y causado doloroso mal de orina; y aunque todos sintieron mucho esta determinacion, así porque los privaba de su consejo como porque deseaban prosiguiese en el

gobierno; pero sus instancias y las razones que alegó para ello fueron tales, que forzados condescendieron con su peticion, y le dieron licencia para retirarse á aquel puesto, adonde desplegó las velas de su corazon á la oracion y contemplacion y á la leccion espiritual, gastando en esto la mayor parte del tiempo.

Pero el fuego de caridad que ardia siempre en su pecho no pudo estar encubierto, ni dejar de obrar en el provecho de los prójimos, y así juntaba las fiestas la gente que habitaba por aquellos campos y caseríos, y les predicaba y doctrinaba y administraba los santos Sacramentos, haciendo en todas partes gran provecho.

En esta soledad, imitando el ejemplo de S. Jerónimo, S. Juan Crisóstomo y otros santos, escribió algunos libros de igual erudicion y provecho. El primero fué la *Vida del santo H. Alonso Rodriguez*, que, como dijimos, fué su maestro de espíritu en el colegio de Mallorca, cuando estudiaba Filosofía, y como le habia tratado familiarmente y bebídole su espíritu, pudo escribir su vida con ciertas noticias y con el mismo espíritu que el santo Hermano la habia obrado, escribiendo el discípulo del maestro y el santo del santo, como S. Buenaventura de S. Francisco.

El segundo la *Historia Universal* de nuestra Compañía en la provincia de Filipinas, comenzando desde el año de 1581 hasta el de 1615, adonde con mucha erudicion pone todo lo sucedido y obrado en aquellas islas por los nuestros, y los grandes trabajos que padecieron en fundar aquella provincia, las gloriosas misiones que hicieron á los indios, moros y gentiles, con una eruditísima noticia universal del sitio, disposicion, géneros de frutos, animales y naciones que se crian en todas aquellas islas: obra igualmente curiosa é importante para los que las habitan. Dice poco de los mártires que ha tenido allí la Compañía y de las heróicas virtudes de los primeros fundadores, dejando estas materias para el segundo tomo de esta obra, y fuera de importancia haberlas puesto en el primero, que ilustraran mucho la historia estas piedras preciosas, y así se desearon en ella. Se imprimió en esta córte de Madrid el año pasado de 1663.

Escribió tambien un libro pequeño de meditaciones devotísimas, en que puso algunos tratados de ejercicios espirituales y devociones muy útiles, y uno devotísimo sobre el salmo *Miserere*, adonde se introduce pecador, arrojado, como el hijo pródigo, en los brazos de su amoroso padre, á quien habla con tal ternura y devocion, que no se puede leer sin lágrimas, y mueve á compuncion á todos cuantos le oyen.

La principal obra en que gastó buena parte de su vida, fué un libro eruditísimo que intituló *India Sacra*, en que declara muchos lugares de la Sa-

grada Escritura tan difíciles cuanto controvertidos de los doctores é intérpretes, con tan grande erudicion y magisterio, que no hay dificultad que no allane y da luz para la inteligencia de las Sagradas Letras, con otras muy recónditas de las humanas. Esta obra tomó en este retiro entre las manos, y procuró limarla y perfeccionarla estos últimos años, para darla á la estampa, que sin duda será de mucha honra para la Compañía, y de igual utilidad para los maestros y discípulos, que trabajan en la inteligencia de las Sagradas Letras y tambien de las humanas.

Pero su principal estudio en este retiro fué el de la oracion y contemplacion de las cosas divinas, y la preparacion para la muerte que fué siempre el primer cuidado de su alma, y en que empleaba el tiempo que podia hurtar al gobierno y á la predicacion y trato con los prójimos, por importantes que fuesen, anteponiendo siempre el provecho propio al ajeno, y la propia alma á las de los prójimos; porque, como dice aquel santo: *(Tom. de Kemp.) Mejor es mirar por sí que con descuido propio hacer milagros.* Y seria grande yerro ahogarse uno por querer librar á otros del agua; que si se condenase, no le sacaran de sus penas millares de almas que haya enviado al cielo.

En esta verdad fundado este varon admirable, nunca dejó ni disminuyó, por ningunas ocupaciones que tuviese, sus ejercicios espirituales, ni abrevió la Misa ni el rezo, ni perdió su devocion con los santos, persuadido que estos ejercicios eran los nervios del espíritu y como el calor natural para la predicacion y ministerios con los prójimos, sin los cuales se hacen friamente y sin fruto, y con ellos fervorosamente y con grande provecho de las almas.

Todos los años se recogia veinte dias á Ejercicios, desde el 17 de setiembre hasta el 4 de octubre, dia de S. Francisco su Patron, de quien fué devotísimo. Encerrábase en este tiempo con estrecha clausura, sin abrir la puerta á persona alguna ni á negocio por grave y por importante que fuese. Allí extendia las velas de su espíritu al viento del Espíritu Santo, que se le comunicaba copiosísimamente, dándole muchas luces é ilustraciones espirituales; allí se armaba de arnés fuerte para la guerra contínua que traia contra los enemigos de su alma; allí recibia fuerzas para llevar los trabajos que el Señor le enviaba; allí tomaba aliento en sus fatigas, esfuerzo y espíritu para la predicacion y ministerios con los prójimos, prudencia para el gobierno, consejo para los negocios difíciles, luz para las dificultades y acierto en lo que trataba; y entre otras dejó escritas cuatro meditaciones devotísimas, en que comprende con mucha destreza y sabiduría la doctrina de las cuatro semanas de los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre.

Fué devotísimo de la Pasion y cruz de Cristo, en que hallaba su descanso y enseñanza. En uno de estos ejercicios se halló escrito de su mano un desposorio que hizo con la cruz de Cristo por medio del martirio de sus dolores y mortificacion de sus pasiones. Y añade, que Dios le comunicó una luz interior con que le enseñó que le redujese á cuatro cruces; la observancia de los preceptos, la de los votos y reglas, la de la disciplina exterior religiosa y la de los ministerios, para que no hiciese accion sin cruz, abrazando con gusto y alegría la que padecia en el trabajo de estas cuatro cosas que traia siempre entre manos, que es una muy útil enseñanza para los que se quieren aprovechar de ella y aumentar el mérito de sus obras por la imitacion de Cristo en la cruz.

En uno de sus papeles se halló el fruto que sacó de los ejercicios un año, reducido á estas tres palabras: *Fuge, luge, tace:* huye, llora, calla, lo cual puso en ejecucion, huyendo cuanto le fué posible de los hombres por conversar con Dios; llorando contínuamente sus pecados y la tibieza con que servia al Señor: callando sus alabanzas, escondiendo sus obras, no abriendo su boca para quejarse en sus enfermedades, ni defenderse en sus calumnias y en muchos falsos testimonios que le levantaron, sufriéndolos todos con admirable paciencia, como varon verdaderamente santo.

Muchos regalos y mercedes le hizo Dios en el retiro de la oracion, cuya noticia nos negó su humildad, con que ocultó estas mercedes del Señor. Dos sabemos ciertas, confesadas por su boca, que serán índice breve de las demas. Una fué el año de 22 diciendo Misa en Barcelona, dia de S. Gregorio Magno, á 12 de marzo, en que le reveló Dios que á la misma hora y tiempo se celebraba en Roma la canonizacion de nuestros santos, S. Ignacio y S. Francisco Javier, y lleno de gozo, vino, en dando gracias, á dar parte de esta merced al Superior, en cuyas manos halló cartas de aviso de que en aquel dia se habia de celebrar la dicha canonizacion, como en la verdad se celebró, por lo que el Padre agradecido dió muchas gracias á Dios.

La segunda fué el año de 45, en que le mostró nuestro Señor á un amigo suyo, martirizado entónces en Japon, con la aureola de mártir, que subia glorioso al cielo, vestido de resplandor, mostrando sentimiento del miserable estado en que dejaba la cristiandad del Japon. El siervo de Dios quedó gozosísimo con su vista y muy alegre de su dicha, porque él le habia aconsejado que fuese, y facilitádole la jornada al Japon; y despues diligenció traer sus reliquias á Manila, para tenerlas en veneracion y refrescar la memoria de su glorioso triunfo con la presencia de su santo cuerpo.

VII

Algunas de sus virtudes y su santa muerte.

Diez años estuvo en este retiro, desde el de 50 hasta el de 60 en que murió, entregado á la oracion y contemplacion y á componer los libros que hemos dicho, preparándose con estos ejercicios para la muerte, que traia siempre delante de los ojos; que es una grande prevencion para que no nos coja desapercibidos y de repente, como no cogió á este siervo de Dios, apercibido tan con tiempo, que cuatro años enteros se preparó para morir cada dia, como si aquel fuera el último de su vida, y tuviera de ello revelacion de Dios; y así traia ordinariamente en la boca aquellas palabras del santo Job: (c. 14, v. 14.) *Cunctis diebus, quibus nunc milito, expecto donec veniat immutatio mea.* Todos los dias que milito en esta vida, espero que llegue mi mudanza, que es la muerte, en que el alma se muda de esta vida caduca y breve á la eterna; y aquel distico del poeta escrito á otro de su nombre, como si hablara con su persona.

Si sapis, utaris totis Coline diebus,
Extremumque tibi semper adesse puta. Marc.

Todos los accidentes que le venian y aprietos de achaques y dolores los tomaba como correos que le enviaba Dios con aviso de su muerte y como exhortacion de prepararse para ella, y así lo hacia con tanto cuidado, que afirmó su confesor que en este tiempo se habia confesado veinte y siete veces generalmente.

Cada dia decia Misa pudiendo, y si no recibia la sagrada Comunion como el Viático de su partida, haciendo todas las diligencias que habia de hacer en su muerte, muriendo, ántes de morir, tantas veces cuantas recibia este celestial bocado.

Fué tal su vigilancia, que la misma noche que murió se reconcilió y previno á un Padre, para que en amaneciendo dijese Misa y le trujese la sagrada Comunion; y aunque siempre fué devotísimo del Santísimo Sacramento, en los últimos años se esmeró más en su devocion, así en la preparacion para la Misa como en asistir en su presencia los más ratos que podia, y todas las noches ántes de recojerse le visitaba cuatro veces y muchas más entre dia.

Pero lo que admira es, que estando tan cargado de achaques y enfermedades, como se ha dicho, y habiéndole sobrevenido una calentura hética que le penetraba los huesos, quebrantado de trabajos y gastado de los contínuos estudios y gobiernos que tuvo, sobre sesenta y ocho años de edad; este último de su vida dobló las penitencias y mortificaciones que siempre hizo, para sa-

tisfacer por sus pecados y ajustar con Dios las cuentas de sus deudas, para no hallarse alcanzado en su tribunal, como se halló escrito de su mano en los propósitos que hizo.

Por esto ayunó toda aquella Cuaresma rigurosamente, enfermo como estaba, martirizó su cuerpo con vigilias, cilicios de cerdas y cadenas de hierro sembradas de púas, con sangrientas disciplinas, con que se debilitó de manera que no podia tenerse en pié; y por el amor de la cruz acortó con estos rigores los dias de su vida, ofreciéndose en holocausto á Dios, en el fuego de las penitencias por el martirio que siempre habia deseado y pedido con tan repetidas instancias, que todos los dias hacia la oracion siguiente, hincado de rodillas delante de Cristo crucificado.

Ave lignum sanctae crucis, ave crux pretiosissima, me totum tibi dedico in perpetuum in his missionibus apostolicis, et oro suppliciter, ut gratiam fundendi pro te sanguinem, quam notis ac sociis meis in Iaponia conferre dignatus es, mihi, licet omnium indignissimo, ubivis terrarum opportuerit, largiaris.

Esta peticion presentaba todos los dias con lágrimas y palabras en el tribunal de Cristo nuestro Señor. Con estas ansias vivia siempre encendido en santa envidia de los amigos y concurrentes de nuestra religion que habian padecido martirio, y traia sus cartas por registros en el breviario para refrescar su memoria y avivar más sus deseos siempre que rezaba las horas canónicas, ofreciéndolas á Dios por el mismo intento.

Pero ya que Su Divina Majestad no le concedió este martirio de sangre, le dió otro bien meritorio de enfermedades contínuas que padeció muchos años, de persecuciones, murmuraciones, censuras y desprecios, falsos testimonios y afrentosas calumnias que padeció en Europa y en las Indias con admirable paciencia, por defender la verdad y hacer justicia, llevándolas con silencio y humildad, como enviadas de la mano del Altísimo.

Su humildad fué profundísima, pues nadando en honras y estimaciones de los virreyes, Arzobispos, Audiencias reales, Cabildos eclesiásticos y seglares y del Consejo Supremo de la santa y general Inquisicion, que movido por sus letras, religion y autoridad, le hizo su Comisario y Calificador en aquellos reinos; no se vió en él jamas resabio de propia estimacion, sino ántes muestras de mayor humildad y desprecio de sí mismo, cuanto más honrado se hallaba, abatiéndose á los pies de todos y ocupándose en los oficios más humildes de la casa.

De esta humildad le nacia el ansia de predicar á los indios, como gente pobre y desvalida, y la sed con que se aplicaba á doctrinar á los negros y esclavos y el gusto con que los confesaba y enseñaba el camino de su salvacion; porque siempre ardia en su pecho un fuego sagrado del celo y ansia de

la conversion de las almas, y de enarbolar por todo el mundo la bandera de Jesucristo y promulgar su Evangelio en la redondez de la tierra.

Este celo le hizo renunciar padre, y madre, y parientes, y todos los haberes del mundo; éste le desterró de su patria y le trujo á tierras tan remotas, rompiendo con los príncipes de la córte del rey que con tantas veras procuraron impedirle esta jornada.

Por este celo de caridad atravesó los mares, se entregó á los peligros, se dedicó á la conversion de los indios, vivió entre ellos, y aprendió su lengua, y padeció tantos trabajos como se ha visto.

Por éste tomó el gobierno y envió á varias partes obreros evangélicos que predicasen á los infieles y los convirtiesen á la fe de Cristo, la cual muchos firmaron con su sangre, de manera que, ya que no podemos darle título riguroso de mártir, se le podemos dar con toda verdad de padre de mártires, por haberlos enseñado, industriado y enviado á predicar á los gentiles, y esforzándolos con sus amonestaciones y cartas á padecer gloriosamente por la fe.

Este mismo celo le obligó á escribir los libros y tratados que referimos, para perseverar en ellos perpétuamente, predicando, y enseñando, y aprovechando á las almas: y, si viviendo en esta frágil vida fomentó siempre este fuego sagrado, certísimamente podemos creer, que ahora en el cielo le habrá aumentado, como se aumentan y perfeccionan las virtudes en los bienaventurados, y estará orando perpétuamente por la conversion de las almas y alcanzando de Dios auxilios y gracias especialísimas á los obreros evangélicos que se ocupan en predicarles y guiarlas á la bienaventuranza.

Al fin de la última Cuaresma del año de 1660, se le agravaron las enfermedades con las muchas penitencias que hizo, y conociendo que se acercaba su fin, recibió con mucho tiempo y devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, y retirado totalmente de todos los cuidados de este mundo, puso todo su corazon en solo Dios; y conversando con Él y con sus santos, pasó aquellos últimos dias, y á 6 de mayo, en la quietud de la noche, con suma tranquilidad y sosiego, habiéndose reconciliado poco ántes, dió su espíritu al Señor que para tanta gloria suya le habia criado, siendo de sesenta y ocho años de edad, gastando los cincuenta y cuatro en la Compañía en los empleos referidos.

Luego llevaron su cuerpo de la casa de S. Pedro al colegio de la Compañía de Manila, adonde fué llorada su muerte de religiosos y seglares, como Padre universal de la patria, aclamándole por santo. Honraron todos su entierro con clamores y lágrimas, Arzobispo, Gobernador, Audiencia Real y ambos Cabildos eclesiástico y seglar, las religiones, y soldados, y todo el concurso del pueblo, y hasta los indios, negros y mestizos, le lloraron y acom-

pañaron como á padre. Pero cuanto llanto hicieron los hombres, tanta fiesta hicieron los ángeles, llevándole á recibir el premio de sus trabajos en la bienaventuranza, de que tenemos dos grandes testimonios.

El primero es, que en aquella revelacion tan sabida que tuvo en Mallorca el santo H. Alonso Rodriguez, de que todos los que al presente miraba en nuestro refectorio, se habian de salvar, si perseveraban en la Compañía; uno de ellos era el P. Francisco Colin, que como perseveró hasta la muerte con tantas y tan santas obras, se tiene por cierto que fué al cielo con grande caudal de merecimientos.

El segundo es, que estando en la mision de Mindoro y deseando convertir á dos indios principales que eran caudillos de los demas, de cuya conversion dependia la de los otros, y estando muy obstinados; rogó á Dios que moviese su corazon para recibir su santa ley; y añadió (dudando de su propia salvacion, que, como dijimos, era la que siempre le dió más cuidado): «Señor, dadme estas dos almas en prendas de que me teneis predestinado.»

Esto dijo por la noche, y al amanecer, cuando abrió la puerta de la casa, los halló esperando; entraron y se postraron á sus pies, pidiéndole que los hiciese cristianos. Aquí faltan palabras para declarar el gozo y alegría que tuvo el siervo de Dios con este duplicado favor del cielo, dándole por una parte las dos almas que tanto deseaba, y en ellas y con ellas el golpe de todas las de la isla, que como ovejas á su manso los siguieron y se bautizaron; y por otra parte prendas tan evidentes de su salvacion y de tenerle Dios escrito en el catálogo de sus escogidos.

No se hartaba de darle gracias por tan grandes beneficios, y sin duda fue este el mayor y más festivo dia que tuvo en todos los de su vida, por el cual dió por bien empleados cuantos trabajos habia pasado y le quedaban por pasar, porque margaritas tan preciosas, como son la propia salvacion y las de las almas de nuestros prójimos, hacen olvidar en los que las procuran, cuantos trabajos son imaginables y se pueden pasar en esta vida.

Alabemos en este su siervo á la divina Majestad que tantas mercedes le hizo; gocémonos de su gloria y de su eterna felicidad, y pidámosle que nos dé su gracia para seguir sus pisadas y copiar sus virtudes en nuestras almas, y llegar en su compañía á gozar de su felicidad. Su vida escribió el P. Rafael de Bonafe, Provincial de la provincia de Filipinas, de la cual se ha copiado lo que aquí se ha referido, para comun edificacion de todos y gloria de Dios nuestro Señor, que sea alabado y ensalzado por todos los siglos de los siglos. Amen.

P. ANDRADE.

P. JUAN BAUTISTA DE LARRAURI

NACIÓ este siervo de Dios en la ciudad de Logroño, el año de mil y seiscientos y treinta y uno, por el mes de abril, cuando los árboles se visten de hermosura y los campos se bordan de flores, como significando que habia de ser una fragrante y hermosa clavellina, teñida con la sangre de su martirio, que diese suavísimo olor de santidad y nuevo resplandor de belleza y hermosura en los campos de la Iglesia.

Sus padres fueron nobles, hidalgos de solar conocido de Vizcaya en la jurisdiccion de Bilbao. El nombre de su padre fué Jerónimo de Larrauri, que sustentaba su familia beneficiando su caudal con trato honrado: fué hombre de gran verdad y honrada correspondencia, con que fué mayor el crédito que tenia que el caudal que manejaba.

Su madre se llamó Bernardina Antonia de Corella, de tan calificada virtud, que mereció el renombre de santa en toda la ciudad. Comulgaba tres veces cada semana, ejercitábase en obras de caridad, de oracion y penitencia; y ambos fueron tan ejemplares, que merecieron tener un hijo santo.

Pusiéronle el nombre de Juan Bautista, no sin misterio y disposicion divina, para que conviniese el nombre con el oficio y ministerio para que Dios le habia criado, que fué predicar su santa palabra en los desiertos de las islas Filipinas, convertir, y bautizar, y traer á Dios muchas almas, y últimamente, como S. Juan Bautista, dar gloriosamente la vida por la verdad que predicaba.

Y fué cosa digna de notar, que desde la cuna le destinó su madre para la Compañía de Jesus; porque, con instinto del cielo, le vistió de nuestro traje, manteo, sotana, bonete y cíngulo de paño, como le traemos de ordinario.

Con este hábito iba á la escuela, y venia á las doctrinas, y preguntaba y respondia en las plazas con tal gracia y destreza, que á todos aficionaba. Llevábase los mejores premios, y todos á una voz decian que le criaba Dios para santo, y no se engañaban, como lo declaró la experiencia.

Cegó su madre seis años ántes de morir, y su hijo la servia de ojos para leerla en libros espirituales, para llevarla y traerla á nuestra iglesia á los divinos oficios y á los santos Sacramentos que, como dije, frecuentaba.

Fué rara la conformidad con la voluntad divina que tuvo en su trabajo, dándole gracias por él, como don de su divina mano, con que aumentó su

corona, como el santo Tobías con ceguedad semejante; que es costumbre antigua de Dios labrar con este buril las coronas á sus santos.

En escuela de tan aventajado maestro, aprendió nuestro Juan Bautista a llevar con paciencia y alegría sus trabajos.

Desde su tierna edad se aficionó á la Compañía, y parece que con el vestido le infundió nuestro Señor el espíritu de ella, porque siempre se inclinó a hacer bien á todos, y á mirar por su provecho espiritual.

Estudió la Gramática en nuestro colegio de Logroño, y no aprovechó menos en el estudio de la virtud que de las letras, esmerándose en la modestia y devocion entre todos sus condiscípulos; y, así por esto como por su buena habilidad, era amado singularmente de sus maestros.

Luego que tuvo edad, pidió ser recibido en la Compañía, y diéranle la ropa sin dilacion, si no repararan en la corta vista que tenia; era enfermo de los ojos y corto de vista, y esto detuvo á los Superiores para dilatar su entrada en la Compañía; pero su virtud y perseverancia vencieron esta dificultad, y despues de dos años de pretendiente, ordenándolo así Dios por mayores fines de su altísima Providencia, siendo de edad de diez y siete años, fue recibido en la Compañía, á veinte y siete de abril de mil y seiscientos y cuarenta y ocho.

Hoy viven muchos de sus connovicios, y afirman que fué siempre ejemplarísimo, ajustado á las reglas, y como nacido y criado en nuestro instituto, callado, modesto, humilde, obediente, mortificado y devoto, de grande caridad para con todos, y muy inclinado á procurar la salvacion de los prójimos.

Visitóle nuestro Señor en el noviciado de Villagarcía con una grave enfermedad que le puso en peligro de la vida. Llevóla con admirable paciecia, ensayándole Dios desde novicio para los tormentos del martirio. La batería fué tan recia de dolores, corrimientos y abundancia de humores, y fuego de calenturas, que perdió grande parte de la vista, tanto que con el uno de los ojos apénas veia cosa alguna.

Aquí fué su mayor desconsuelo, y aquí su mayor congoja; aquí su mayor agonía, combatido de olas de temores de si le habian de despedir de la Compañía, asaltos que en todas enfermedades padecen los novicios.

Lloraba inconsolablemente las lágrimas que no lloró cuando se vió á las puertas de la muerte, sintiendo más perder la religion que la vida; pero consolóle su Maestro de novicios con palabras muy caritativas, asegurándole que aunque más le faltase la salud, no le faltaria la Compañía, sino que le darian los votos como á todos los demas, aunque tuviese poca vista.

Con esta promesa y certidumbre, resucitó como de muerte á vida, y el gozo de la buena nueva le restituyó la salud, y en breves dias se halló sano

y convalecido, é hizo los primeros votos con indecible gozo de su espíritu.

Incorporado ya en la religion, no aflojó un punto en el estudio de la perfeccion, creciendo á una en las letras y en el espíritu: supo muy bien humanidad, y fué excelente latino, y tal, que de discípulo pasó á maestro, y leyó tres años cátedra de humanidad con mucha satisfaccion y aprovechamiento de sus discípulos, y, lo que más importa, con grande ejemplo y edificacion de todos, sin dar queja ni mostrar sentimiento por verse atrasar en los estudios y adelantarse á él sus condiscípulos.

Habiendo leido tres años, comenzó á estudiar Filosofía, y al primer año levantó el vuelo para otras ciencias superiores á que Dios le habia escogido, y sabiendo que el P. Miguel Solana, Provincial de Filipinas, alistaba religiosos, para ir á convertir inmensos indios gentiles que habitan aquellas islas, encendido en vivos deseos de la salvacion de aquellas almas, que se pierden por falta de obreros evangélicos que los prediquen, pidió á los Superiores, con toda la instancia que permite la obediencia, el empleo de esta empresa, y reconocido su buen espíritu, fué señalado para ella, y pasó con el dicho Provincial el año de 1653 en compañía de otros veinte que fueron á las mismas islas.

En Manila acabó sus estudios, y se ordenó de Sacerdote, y leyó dos años Gramática, confesando y predicando juntamente, y ejercitándose con grande fervor en los ministerios de la Compañía á que era inclinadísimo, y en particular á doctrinar á los indios, cuya lengua aprendió con singular estudio.

Por darle materia dilatada en que emplear su fervoroso espíritu, le enviaron los Superiores á la conversion de los indios, primero á una corta residencia, que llaman de Dagami, y despues á otra más poblada de la isla de Leite, que confina con la extendida de Mindanao, un corto brazo de mar en medio.

Faltan palabras y sobran obras, para significar la ansia y sed tan ardiente con que este siervo de Dios se entregó á procurar la conversion de aquella gente por todos los medios posibles, lo que hizo, lo que trabajó y lo que padeció por ellos, el fruto que sacó de sus trabajos y la vida tan apostólica y ejemplar que hizo en aquellos pueblos. Porque no hay ciervo sediento que así corra á las fuentes de las aguas, como corria este siervo del Altísimo á la salvacion de sus prójimos, predicándoles, doctrinándolos, sacándolos de los vicios y encaminándolos al cielo, de dia y de noche, con frios y calores, con vientos y aguaceros, teniendo por gustosas las incomodidades, y por regalos las inclemencias de los tiempos.

No cesaba un punto de buscarlos, acariciarlos, regalarlos con dádivas, que ellos estiman en mucho, para conquistar sus voluntades y rendir á la ver-

dadera fe de Cristo sus entendimientos, y los tenia tan ganados, que á una voz decian que no habia venido Padre de Europa como el P. Bautista, porque les mostraba tal amor, que parecia quererlos meter á todos dentro de su pecho.

Cuando entró en aquella residencia, la halló destruida y los pueblos abrasados por los moros joloes, que la habian entrado y destruido, llevando muchos de sus moradores cautivos.

Lloró el piadoso Padre su lastimoso incendio, pero no acobardó su espíritu magnánimo la dificultad de restaurar lo perdido, ántes, con alentadísimo corazon, juntó los indios más fieles que pudo, y en primer lugar reedificó la iglesia, labrando para Dios el primer aposento; luego recogió los indios que andaban huidos por los montes, y los exhortó á edificar sus poblaciones, y dispuso las reducciones con buen órden, y volvió á formar los pueblos, que fué grande medio para instruirlos y conservarlos en la fe de Cristo.

La vida que hacia entre estos indios era tan ejemplar, que sola ella bastaba por predicacion eficaz para convertirlos; porque siempre fué temerosísimo de su conciencia, en la pureza un ángel, en la paciencia un Job, en el sufrimiento un mártir, en el tratamiento de su cuerpo un santo anacoreta; vestia pobremente, su celda una pobre choza, su cama el suelo, y por grande regalo una estera; su comida raíces de yerbas silvestres, porque los enemigos les habian robado los mantenimientos, su bebida agua cruda, su sueño corto, largas las vigilias; los tiempos que no trabajaba con los prójimos, gastaba en oracion con Dios y con los Santos sus devotos.

A todo esto añadia las penitencias de ayunos, cilicios y disciplinas con que martirizaba su cuerpo, como si no fuera bastante martirio el continuado trabajo que tenia con tantos indios, que le miraban como á un ángel venido del cielo para vivir en su compañía.

Era tan observante, que todos los años se recogia á la cabecera de la residencia por treinta dias á hacer unos largos Ejercicios y dar en aquella fragua celestial nuevo acero á su espíritu.

Con este modo de vida y con avisos del cielo, le preparó Dios para el martirio; que á sucesos grandes previenen de ordinario señales celestiales, y así previno Dios á este su siervo, mostrándole un mes ántes la muerte que habia de padecer por Él; porque llegando de la residencia de Cariagara de tener sus Ejercicios, se vió en sueños todo herido y bañado en sangre y entre enemigos que con puñales le quitaban la vida; lo mismo vieron unos indios que le asistian, los cuales despertaron despavoridos y dieron voces con el sentimiento; pero el Padre los quietó con su acostumbrada mansedumbre, y refirió despues lo que habia visto al P. Jerónimo de Ortega, Superior de aque-

lla residencia, el cual le dijo que sin duda era aviso del cielo, que se preparase para lo que Dios fuese servido de enviarle, ofreciéndole prontamente su vida.

Otra señal hubo de mayor admiracion á que dió crédito el buen Padre por conocer la inocencia y verdad de los que la vieron, que fueron unos devotos indios criados en mucha virtud, que servian de sacristanes en la iglesia, los cuales una noche, doce dias ántes de su martirio, viniendo de rezar, vieron al P. Juan que estaba como durmiendo en una silla, y sobre su lado derecho estaba una señora muy hermosa y resplandeciente con un manto azul, y el resplandor que despedia bañaba la cabeza del Padre con un color purpúreo que parecia de sangre, y todo el rostro y cuello ensangrentados. Turbáronse al principio, y volviendo en su acuerdo, cobraron ánimo y se llegaron poco á poco adonde el Padre estaba, y todos se hincaron de rodillas, dándose golpes en los pechos, reverenciando á aquella señora, hasta que uno más alentado llegó al Padre y le despertó, y mirándolos de rodillas, les preguntó la causa: ellos le dijeron lo que habian visto, y, aunque al principio no lo creia, diciendo «¿quién soy yo, miserable pecador, para que la Santísima Vírgen se acuerde de mí?»; últimamente lo creyó y se hincó de rodillas, y perseveró hasta la media noche en oracion, dando gracias á Dios y á su Santísima Madre por las mercedes que le hacian, y ofreciéndoles con fervorosísimo espíritu su vida, la cual dió por la fe que predicaba, en la forma siguiente:

Salieron los moros que llaman malanaos, con algunas saetas armadas, á cautivar y robar las tierras de los cristianos; embistieron en la isla de Leite, adonde estaba el P. Juan Bautista de Larrauri; entraron en Cabalian, que era una poblacion principal, cautivaron muchos indios, quemaron las iglesias y las casas, y los que pudieron escaparon de su furor, huyendo á los montes.

El Padre se puso en huida, pero, mal aconsejado de un piloto cristiano, se embarcó en una canoa para escaparse por la mar; pero no pudo, porque dió en las embarcaciones de los moros, y en viéndolos el piloto, llegó la barca á tierra y se huyó al monte, dejando al Padre solo en poder de los moros, los cuales echaron mano de él y le pasaron á su saetia, poniéndole una soga al cuello.

Iban en la misma embarcacion los cristianos cautivos, y, temiendo que como plantas tiernas faltasen en la fe que habian recibido, les predicó con grande fervor, representándoles cuán presto se pasaria aquel trabajo, y cómo el premio y la corona durarian para siempre.

Los moros se ofendieron grandemente de ver la osadía con que predicaba á Cristo y decia mal de su secta, estando en su poder cautivo, y le dieron

golpes en la boca porque callase; pero el esforzado soldado de la milicia de Cristo no se acobardó con los malos tratamientos que le hacian, y aunque le amenazaron con la muerte, levantó más la voz, persuadiendo á los cristianos que perdiesen mil vidas ántes que perder á Cristo, y á los mismos moros que dejasen su falsa secta y recibiesen la santa y verdadera fe de Jesucristo.

No pudiendo sufrir la libertad con que les predicaba, arremetieron a él como perros rabiosos, y le dieron muchas puñaladas, y echaron su cuerpo en el mar, porque no fuese reverenciado de los cristianos, y su alma voló al cielo á ser coronada en la bienaventuranza.

Su martirio fué á veinte y siete de setiembre, el año de 1663, dia de san Cosme y S. Damian, en que fué confirmada la Compañía.

Súpose lo referido de un indio muy ladino y cristiano, que se llamaba Pedro Mangovar, mayordomo y fiscal mayor de Nundayan, que iba cautivo en la misma embarcacion, y se huyó la noche que le mataron. Y le escribió á Manila y á Europa el P. Jerónimo de Ortega, Superior de aquella residencia, cuya carta tengo en mi poder, su fecha de Sogor y octubre 8 de 1664, de donde se ha copiado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.

MISION DE MÉJICO

P. PEDRO MARTINEZ

AUNQUE muchos autores escriben la dichosa muerte de este siervo de Dios, ninguno hace relacion de su vida ni de los empleos que tuvo en la Compañía, y así daré aquí alguna noticia de ello.

El año de 1553 fué recibido en el colegio de Valencia el P. Pedro Martinez, aragonés, nacido en Celda de la comunidad de Teruel.

Era en el siglo muy valiente por su persona; pero empleaba mal esta valentía que Dios le habia dado para otros fines, como suelen emplearla mal comunmente los mancebos de su edad, que se llaman valientes, y en los ojos de Dios son reputados por cobardes. Pero nuestro Pedro Martinez no anduvo mucho tiempo con este engaño, y la ocasion de apartarse de él la contaba él mismo con lágrimas de sus ojos, que pasó de esta manera:

Vino de su tierra á la ciudad de Valencia á estudiar las Artes y Teología: mientras duraron los estudios, más se ocupaba en la escuela de la esgrima que en las de la Universidad, haciendo siempre á dos manos, revolviendo por una parte á Aristóteles y Santo Tomás, y por otra meneando el montante, espada y rodela, en las cuales armas y en otras era muy diestro, conocido y estimado en aquel tiempo por tal: de modo que no habia desafío en la ciudad en el cual no se hallase, ó por desafiado ó desafiador, ó á lo ménos por padrino.

Andando tan ocupado en estos cursos, no era mucho que tuviese poca devocion á los de la Compañía: no sólo no la tenia, pero áun hacia burla y mofa de ellos y de sus cosas, y con este intento se fué un dia á aquel colegio con tres ó cuatro de sus amigos, diciendo que iba á reirse un rato de aquellos Padres, y por donaire les dijo: «Uno de los que aquí vamos se ha de quedar en los teatinos;» y cada cual riendo, respondió: «Yo no á lo ménos.»

Entrando en la portería se asentó en ella. Preguntóle el portero con mucha modestia y cortesía si mandaba alguna cosa; respondió que ninguna más que estar asentado allí un rato, y mientras lo estuvo, puso con atencion

los ojos en los Padres y Hermanos que por allí pasaban, por si podia coger algo de lo que venia á buscar; pero él quedó cogido para Dios por el mismo medio, porque vió tanta modestia, tanta devocion y compostura en las palabras y obras, que comenzó á pensar en sí de dejar el mundo y seguir el instituto de que ántes hacia burla; y, llamándole Dios muy de veras, se resolvió de pedir la Compañía.

Llamó luego al Superior y pidióle que le recibiese sin dilatarle su intento. El Padre viendo la determinacion del mozo, respondióle que estaba muy contento de recibirle, pero que lo pensase por espacio de solos ocho dias. oida esta respuesta, se volvió echándolo todo en olvido.

Antes de cumplirse los ocho dias, salió á un desafío como solia, y estuvo en el puesto señalado aguardando hora y media á los desafiados, los cuales no acudieron, y al cabo de los ocho dias se acordó Pedro Martinez de lo que habia pasado en el colegio.

Vínose á él, más por cumplir su palabra, como hombre que hacia oficio de mantenerla, que por otro respeto de virtud; mas el Señor no se olvidó de él, porque, siendo recibido en el colegio de Valencia, comenzó á darse tanto á la penitencia y mortificacion, que era necesario moderársela: ceñido del cilicio cavaba muchas horas en la huerta como un jornalero, para desquitar el mal empleo de las fuerzas corporales en las valentías del mundo.

Disciplinábase rigurosamente por largo espacio, y fué tambien necesario irle á la mano, dándole un reloj para que no pasase de media hora la disciplina.

Causó la entrada de este fervoroso Hermano grande admiracion y edificacion en todos los que le conocian, viendo la mudanza que habia hecho en su vida, y como á una maravilla venian muchos á verle, especialmente estudiantes, de los cuales algunos con su ejemplo se movieron á entrar en religion.

Desde Valencia fué enviado á Gandía, y en aquel colegio hizo oficio de Ministro y leyó Gramática: era muy fervoroso, de grande pecho y corazon, y muy diestro y elocuente en ayudar á bien morir. Desde Gandía fué con un Hermano á impedir un juego de toros á la villa de Oliva. El Duque, como supo que habian venido de Gandía á sólo aquello, mandó no se corriesen.

Pasaba á Africa un grande ejército de españoles el año de 1558, y el general que le guiaba pidió al P. S. Francisco de Borja algunos Padres de la Compañía, que ayudasen en las cosas espirituales á la gente de guerra. Pidió esto no tanto por gana que de llevarlos tuviese, como porque, con mostrar este amor y confianza, esperaba tener mejor despacho de la córte para sus provisiones. El santo Padre se los concedió y envió á los PP. Pedro Martinez y Pedro Domenech.

Llegados estos Padres á Cartagena, donde se hacia la masa del ejército y embarcacion para Orán, fueron á presentarse al general que los habia pedido, diciendo, que el P. Francisco los enviaba, que su Señoría viese en qué habian de ocuparse y servir. Él les envió á decir con un paje, sin hablarlos ni verlos, que fuesen al coronel del ejército, que él los acomodaria. El coronel (que no debia poder más) les echó á ellos y al H. Juan Gutierrez, que los acompañaba, en una nave, donde estaban muy apretados ochocientos soldados, tan pobres y necesitados, que ni para sí ni para los Padres tenian otro sustento que bizcocho podrido y agua tan dañada que no la podian llegar á las narices. De esta manera estuvieron muchos dias en la mar.

Llegados á Orán, yendo el general con su ejército á poner cerco sobre Mostagan, envió á decir á los Padres de la Compañía que no tenia cómo llevarlos en el ejército ni modo de acomodarlos, pero que se quedasen curando los enfermos del hospital de Orán.

Ellos lo hicieron así; toman á su cargo la cura de las almas y de los cuerpos de más de quinientos enfermos: y, aunque pensaban entónces que el haberlos dejado allí era falta de voluntad y de favor de los hombres, presto conocieron que no fué sino favor del cielo y regalo de nuestro Señor, que por sus secretos, aunque justos juicios, tenia determinado de castigar todo aquel ejército y de librarlos á ellos del azote de su ira.

Porque fué así, que al tiempo que el campo cristiano estaba batiendo con la artillería los muros de Mostagan, los salteó el rey de Argel con un campo de muchos turcos y grandísima multitud de alárabes, y cogiendo á nuestros soldados casi muertos de hambre, porque la provision que habian sacado para cuatro dias les habia durado catorce, y los bergantines y arcas que llevaban las vituallas ó fueron tomados de las fustas del turco ó no pudieron salir del puerto: no hallaron resistencia bastante, y de esta manera, de doce mil que eran en el ejército, los seis mil fueron pasados á cuchillo con su general, y los otros seis mil se llevaron cautivos, sin escapar hombre, y los Padres de la Compañía se volvieron á España cuando, teniéndolos por muertos, se les habian dicho las Misas como á difuntos.

Vuelto de Africa el P. Pedro Martinez, fué á vivir á la casa profesa de Toledo, donde estuvo algun tiempo.

Fué á predicar una Cuaresma á Escalonilla; en esta mision lo primero que hacia este siervo de Dios, era levantarse muy de mañana á tener su oracion con mucho sosiego. Despues de ella confesaba hasta mediodía, luégo decia Misa é íbase á comer; despues enseñaba la doctrina cristiana, y en acabándola, se ponia á confesar hasta el anochecer; entónces predicaba con extraordinario fervor, concurso y fruto de las almas; hacia colacion ayunando

con tanto rigor, como si no predicara. Despues rezaba sus maitines, y ántes de reposar cada noche se disciplinaba con extraordinario rigor, y duraba la disciplina por lo ménos media hora; y aunque su compañero, movido de caridad, le advertia que era exceso para quien tanto trabajaba, con todo eso le parecia poco, haciendo otros grandes rigores: no admitia regalo ni presente alguno por más que le importunasen: no salia fuera de su posada á comer á otra.

En este pueblo no quedó enemistad alguna que no compusiese ni persona que no se confesase con este apostólico varon, al cual todos tenian en opinion de santo: y, viniendo un jubileo, los de este mismo pueblo enviaron a pedir les enviasen al P. Pedro Martinez, el cual estuvo allí quince dias, procediendo con el mismo fervor y trato que se ha dicho.

De Toledo fué al colegio de Cuenca, donde predicó con mayor fervor y espíritu que nunca otra Cuaresma, que fué la última que tuvo en España,

El descanso de este trabajo fué en el colegio de Alcalá, donde pidió le dejasen ser cocinero. Sirvió en la cocina con suma edificacion tres ó cuatro meses, al cabo de los cuales, en premio de su humildad, le sacó Dios á la gloria del martirio con esta ocasion.

Escribió el rey Católico D. Felipe II, á los 3 de mayo de 1566, á nuestro P. S. Francisco de Borja, que era General, una carta en la cual le pedia que enviase á las Indias occidentales algunos sujetos, porque no habian aún entrado en ellas los religiosos de la Compañía. Por acudir á la voluntad y gusto de su Majestad, señaló nuestro P. S. Francisco algunos Padres escogidos para esta mision.

Los primeros fueron los PP. Pedro Martincz, de quien vamos hablando. y Juan Rogel, natural de Pamplona, que siendo Licenciado en Artes y Bachiller en Medicina, habia sido recibido en el colegio de Valencia por el mes de abril de 1554, y oyó Teología en el de Gandía, y el H. Francisco de Villareal, los cuales aquel mismo año partieron á los 28 de julio para la Florida, y llegaron á los 24 de setiembre.

Fué nuestro Señor servido de cumplir al P. Pedro Martinez el encendido y antiguo deseo de mejorar su valentía y esfuerzo, vertiendo su sangre por amor de aquel Señor que nos redimió con la suya tan preciosa, y de regar la tierra de la Florida luego al principio, para que diese flores olorosas y fruto copioso de virtudes.

Porque en saltando en tierra nuestro valiente y esforzado confesor de Cristo, para predicar y dar noticia del santo Evangelio á los naturales bárbaros, que hasta allí estaban sepultados en las tinieblas de la infidelidad; los que andaban por la ribera del mar, así como le vieron le quitaron la vida,

derribándole en el suelo con las porras que traian en las manos; así le pagó nuestro Señor con esta muerte tan dichosa los trabajos y servicios que habia hecho á Su Divina Majestad en la vida que hizo despues que le sacó del mundo.

En Sevilla profetizó el P. Pedro Martinez su martirio, y con la satisfaccion que tenia de él y de la merced que nuestro Señor le queria hacer, viéndose con el P. Lobo, insigne predicador de la Orden de S. Francisco, y por su mucha religion y apostólica predicacion bien conocido en toda España é Italia, á la despedida abrazándose los dos tierna y fervorosamente, dijo el P. Pedro Martinez: «¡Oh P. Lobo, qué ansias llevo de verter mi sangre y bañar aquellas riberas de la Florida á manos de bárbaros en defensa de la fe!» Esto refirió el P. Lobo á un religioso de la Compañía, y añadió que iba, como otro Ignacio, deseoso de verse en las bocas de los leones despedazado por Jesucristo.

Escribieron de este siervo de Dios el P. Pedro de Rivadeneira, Andrés Scoto, Felipe Alegambe, Fr. Fernando de Camargo en su *Cronología sacra* y otros muchos.

P. NIEREMBERG.

PP. JUAN BAUTISTA SEGURA Y LUIS DE QUIROS

CON OTROS MÁRTIRES DE LA COMPAÑÍA

LA Compañía de Jesus en sus primeros años resplandeció como un clarísimo sol en el oriente, ilustrando con la luz del Evangelio aquellos dilatados reinos de la India.

Considerando esto el rey Felipe II, cuyo imperio se extendia por todas las partes del orbe, deseó que acabase de llegar su resplandor al occidente, no para ponerse en él, sino para que en toda la redondez de la tierra amaneciese el Sol de Justicia, y fuesen alumbradas con la aurora de la gracia y fe de Cristo las regiones occidentales de la América.

Para conseguir esto, escribió una carta, año de 1566, á S. Francisco de Borja, General entónces de la Compañía de Jesus, la cual entre otras decia

estas palabras: «Por la buena relacion que tenemos de las personas de la Compañía, y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé órden cómo algunos de ella se envien á nuestras Indias del mar Océano. Y porque cada dia en ellas crece más la necesidad de personas semejantes, y nuestro Señor seria muy servido de que los dichos Padres vayan á aquellas partes por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente á propósito para la conversion de aquellos naturales, y por la devocion que tengo á la dicha Compañía; deseo que vayan á aquellas tierras algunos de ellos. Por ende yo vos ruego y encargo que nombreis y mandeis ir á las dichas nuestras Indias veinte y cuatro personas de la Compañía, adonde les fuere señalado por los del nuestro Consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo, y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa, que, demas del servicio que en ello á nuestro Señor hareis, yo recibiré gran contento, y les mandaré proveer de todo lo necesario; y demas de esto, aquella tierra adonde fueren recibirá gran contentamiento y beneficio en su llegada.»

En ejecucion de lo que el rey mandaba, señaló S. Francisco de Borja algunos Padres escogidos de la Compañía para esta mision, y los primeros fueron los PP. Maestro Pedro Martinez, que era aragonés de una aldea de Teruel, y Juan Rogel, y el H. Francisco de Villareal, los cuales aquel mismo año partieron á los veinte y ocho de julio para la Florida, donde llegaron á los veinte y cuatro de setiembre del dicho año.

Fué nuestro Señor servido de recibir como primicias de la Compañía al primero de ella, que en aquel nuevo mundo puso los pies, porque en saltando en tierra de los floridos el P. Pedro Martinez, para predicar y dar noticia del Evangelio á los naturales bárbaros, que andaban por la ribera del mar, le derribaron en tierra con las porras que traian en las manos, y tomándole medio muerto, le arrojaron en el mar; dándole nuestro Señor, por pago de los trabajos que habia pasado en la Compañía con vida religiosa y ejemplar, un fin tan dichoso y gracia de morir por su amor.

Mas ni á sus compañeros ni á los otros sus hermanos que quedaban en Europa, no los espantó ni acobardó esta muerte del P. Pedro Martinez, ántes los animó más, entendiendo que podian más fácilmente alcanzar en la Florida lo que deseaban, que era morir por Cristo; y así el año de 1568 envió S. Francisco de Borja, para seguir la empresa comenzada, once de la Compañía, de los cuales iba por Superior el P. Juan Bautista de Segura, y se habian de juntar con el P. Rogel y el Hermano Francisco de Villareal, compañeros del P. Pedro Martinez, los cuales despues de su muerte se retiraron al puerto de la Habana y habian ya vuelto á la Florida, para donde partieron

desde Sanlúcar los once Padres y Hermanos, á los 13 de marzo de este año de 1568.

Iba con ellos un cacique ó señor principal de la misma tierra de Florida, al cual habia traido de ella á España el adelantado Pedro Melendez; y habiendo sido enseñado en las cosas de nuestra santa religion, recibió con grandes muestras de contento y alegría el agua del santo bautismo, y se llamó D. Luis; porque se juzgó que, por ser práctico en aquella tierra y hombre principal y de muchos deudos, podria ayudar á los nuestros en la conversion de sus vasallos y amigos, como él lo prometia.

Llegados á la Florida el P. Bautista de Segura y otros siete compañeros, que los demas quedaron en la Habana, se entraron animosamente la tierra adentro guiados de D. Luis, sin consentir que ningun soldado español los acompañase, aunque muchos se les ofrecian.

Llevaron sus ornamentos, el recaudo necesario para decir Misa y algunos libros para su devocion. Pasaron grandes desiertos y pantanos de agua, de que hay mucha abundancia en aquella tierra.

Faltóles presto el mantenimiento y hubieron de sustentarse con las yerbas que hallaban por los campos y con el agua que bebian de los charcos.

Arribaron á la tierra de D. Luis, que estaba bien apartada del mar y de todo humano consuelo, y habitada de salvajes desnudos. Avisóles D. Luis que le aguardasen en un lugar medio despoblado, y él se fué á otro donde estaba su gente, cinco leguas más adelante.

Como hubiesen los Padres esperado seis dias más de lo que estaba concertado, envió el P. Bautista de Segura un Padre y un Hermano para saber cómo no venia, y si queria que ellos fuesen adonde él estaba.

En llegando, ó porque D. Luis habia ya apostatado y vuelto á sus idolatrías, y se halló confuso, ó porque ya tenia urdida y tramada la maldad; dió con sus deudos y amigos sobre los dos, Padre y Hermano, y quitáronles las vidas, y al alba del dia siguiente dieron sobre los demas, y, sin hablarles palabra, yendo D. Luis por capitan y guía, hallándolos á todos seis puestos de rodillas esperando con devocion y alegría la muerte, se la dieron. Luego los desnudaron de sus vestidos y robaron los ornamentos y aderezos del altar, y se los vistieron, y bailaron en su borrachera.

Tres de ellos fueron á abrir una arquilla de los Padres, pensando hallar dentro alguna gran riqueza, y halláranla si la supieran conocer; porque dentro del arquilla estaba un libro de la divina Escritura y un misal y libros devotos, rosarios, imágenes, cilicios, disciplinas y un devoto Crucifijo, al cual se pusieron á mirar atentamente, y mirándole, sucedió un prodigio raro en que confirmó el Señor la fe que venian á predicar aquellos siervos suyos, y por

cuán ofendido se habia dado de haber muerto á sus predicadores; porque estando mirando al Cristo aquellos malhechores, cayeron súbitamente muertos con sólo la vista de su juez. Los compañeros de estos tres, que estaban á la mira, quedaron tan escandalizados y atónitos de lo que vieron, que, sin tocar cosa de las que tenian delante, se fueron cada uno por su cabo.

Todo esto vió y notó un mancebo español, que los Padres llevaban consigo, al cual, por ser muchacho y por saber que no iba á predicarles y quitarles la adoracion de sus ídolos, le dejaron de matar, y estuvo entre ellos cautivo algunos años, hasta que el Señor le libro de tan bárbara y fiera nacion, y contó todo lo que queda referido.

Los que allí murieron por la propagacion de nuestra santa fe fueron el P. Bautista de Segura, natural de Toledo (que por sus virtudes y vida religiosa habia sido en España muy amado de S. Francisco de Borja); el P. Luis de Quirós y los HH. Gabriel Gomez Ceballos, Juan Bautista Mendez, Pedro de Linares, Cristóbal Redondo, Gabriel de Solís. He puesto aquí sus nombres para que quede la memoria de estos dichosos religiosos, pues por el celo de las almas derramaron su sangre con tanta constancia y alegría.

Todo esto es sacado del P. Pedro de Rivadeneira, en el lib. 3.º de la *Vida de S. Francisco de Borja*, cap. VI. Escribió tambien del P. Juan Bautista el *Catálogo de los mártires de la Compañía*, el P. Spinelo, cap. XX, en su *Trono Virgineo,* Garcilaso Inca, en su *Historia de la Florida*, Antonio de Quintanadueñas en los *Santos de Sevilla*, y Fr. Fernando de Camargo en *Coronica Sacra*, y últimamente el P. Andrés Perez, en el lib. 12 de su *Historia de las misiones de Méjico*, cap. XIV, el cual refiere el caso de los que quedaron muertos á vista del Crucifijo, de esta manera: «Estando muertos, un indio con codicia del despojo, fué á ver la caja donde estaban guardados los ornamentos y juntamente un santo Crucifijo para el altar. Sucedió, pues, que al abrir la caja cayó allí muerto el indio codicioso y atrevido, luego le sucedió otro con la misma codicia, y tambien cayó muerto, lo mismo intentó otro tercero, y le vino el mismo castigo del cielo, con que los demas llenos de temor y espanto, no se atrevieron á llegar más á la caja, la cual despues conservaron los indios con respeto y veneracion y grande espanto, áun despues de haber pasado ya más de cuarenta años.»

Del P. Luis de Quirós hallo esta especial noticia en el P. Antonio de Quintanadueñas, en el libro de los *Santos de Sevilla*, donde dice así: «El P. Luis de Quirós habia sido Rector por los años de 1566, del colegio que en el Albaicin de Granada para instruccion de la fe y reformacion de las costumbres de los moriscos de aquel gran sitio, que pasaban de nueve mil, tenia la Compañía de Jesus, sin el otro copiosísimo colegio de la ciudad, enseñándoles

áun los primeros rudimentos de leer y escribir: aquí campeó el celo y fervoroso espíritu del Padre en singulares demostraciones.

Fué este siervo de Dios de familia muy calificada y noble, de los Caballeros de Jerez de la Frontera, de donde fué natural: tuvo vocacion fuerte de pasar á las Indias á la conversion de los infieles, con revelacion que le llamaba Dios para darle la insigne aureola de heróico mártir, para honor de la Iglesia de España y de su noble familia, honrándola más con su sangre derramada por Cristo, que ella lo está con tanta calidad.

P. NIEREMBERG.

P. GONZALO DE TAPIA.

EL fervoroso predicador de Cristo, P. Gonzalo de Tapia, fué natural de la ciudad de Leon, hijo de gente muy nóble.

Crióse en nuestro colegio de la Compañía que allí hay, donde dió siempre muestras de su mucha virtud y devocion con nuestra Señora y de su buen ingenio.

Entró en la Compañía allí, siendo de edad de diez y seis años, el dia de la Ascension de Cristo nuestro Señor, del año de mil y quinientos y setenta y seis, siendo Rector de aquel colegio el P. Jerónimo de Acosta, y Provincial el P. Juan Suarez; y habiendo procedido religiosísimamente en su noviciado y en el curso de Artes, y acabada su Teología, ordenado ya de Sacerdote, pasó á las Indias de Nueva España el año de 1585.

En llegando allá, como llevaba tanto celo de ayudar á aquellas almas, aprendió tan en breve las lenguas, que parecia era más dádiva del cielo, que trabajo é industria suya, segun la facilidad con que entró en ellas, con las cuales trajo al gremio de la Iglesia muchos millares de almas, hasta que entregó la suya al que la crió, por su fe y amor.

La relacion de su muerte envió á Castilla desde Méjico el P. Martin Pelaez, varon ilustre de la Compañía, el cual se halló cerca cuando sucedió y decia así:

«Siendo Visitador de aquella provincia el P. Dr. Diego de Avellaneda, fué enviado por su órden el P. Gonzalo de Tapia á la gran provincia de Ci-

naloa, año de 1591, por la noticia que se tuvo del gran número de gente que en ella habia, y de sus buenos naturales, y la gran disposicion que habia para recibir el santo Evangelio.

Hizo asiento en una villa de Petatian, donde á la sazon estaban tres ó cuatro españoles, que habia más de catorce años los conservaba Dios con suma pobreza y necesidad de lo temporal, esperando religiosos que fuesen á predicar y enseñar á estos indios las cosas de nuestra santa fe; y cansados ya de esperar, viéndose tan pobres y necesitados que era forzoso vestirse de cueros de venados; estaban determinados de salirse y desamparar aquellos pueblos, al mismo tiempo que el P. Gonzalo de Tapia, en compañía del P. Martin Perez, llegó allí, con cuya llegada se alegraron grandemente los españoles, y resolvieron de quedarse con ellos y serles fieles compañeros, como lo fueron.

Hicieron luego su casilla de paja en la villa de los españoles, para desde allí salir á doctrinar á los indios, con grande incomodidad de todo lo temporal; su comida era un poco de maíz y calabaza seca, que allí es ordinaria comida.

Comenzó luego como un apóstol el P. Gonzalo á predicarles el santo Evangelio á los indios bárbaros con grande provecho, sacándolos de sus errores y vicios anejos á sus idolatrías, y enseñarles el camino del cielo.

Ganó en poco tiempo tan grande opinion y crédito entre ellos con su ejemplo y espíritu, que le tenian por hijo de Dios, que habia venido del cielo para bien de sus almas. En dos años habia traido al gremio de la santa Iglesia más de dos mil indios bárbaros, que dejaron su fiereza y bestialidad de andar desnudos y emborracharse cada dia, y se vistieron como hombres de razon, y edificaron iglesias, donde acudian con mucha devocion á oir las cosas de su salvacion.

Parecióle al P. Gonzalo, despues de algun tiempo, ser conveniente mudar casa y pasarse á vivir entre los indios y darse todo á ellos, y así escogió para su morada y albergue un pueblo llamado Tesoiopa, adonde hizo una casa é iglesia acomodada, y se pasó á ella con intento de discurrir por los lugares de los indios, y cultivar la viña que habian plantado.

En este lugar habia un indio viejo infiel, grandemente adverso á las cosas de nuestra santa fe, el cual persuadiendo á los indios, que todo lo que el Padre predicaba y decia era falso, engañoso y sin fundamento, y en fin, por todas las vías que podia, los persuadia que no le creyesen ni oyesen, ni dejasen sus idolatrías, bailes y borracheras tan antiguas entre ellos, y que el quitarles esto y las armas, era querer maniatarlos, para que sus enemigos viniesen y los matasen; y como á esto ayudaba el demonio y otros malos viejos, que

eran de este parecer; hacian gran daño á los indios cristianos, los cuales se volvian á sus antiguos vicios y hacian ya burla de lo que el Padre les decia.

Procuró el P. Tapia con tiempo estorbar este daño, y así con amor y blandura habló á este indio viejo, procurándole reducir, ó á lo ménos que ya que él era malo, se contentase con serlo para sí solo y no para los demas; que mirase el mal que hacia, pues por ser él tan conocido y estimado, hacia gran daño con su ejemplo, lo cual le dijo muchas veces con mucha blandura y amor, por si podia ablandarle el corazon endurecido. Mas él no sólo no se enmendaba, sino que cada dia iba peor.

Visto que no bastaban ruegos, fuese el Padre al alcalde mayor de toda aquella tierra, y rogóle que le amenazase ó castigase por el mal que hacia en los nuevos cristianos, lo cual hizo el juez de muy buena gana, porque el viejo era malquisto de todos; y así, luego que averiguó la cosa, le mandó azotar y quitar los cabellos, cosa entre ellos la más vergonzosa y dura, y así suelen luego huirse y esconderse en los montes, hasta que les crezca la cabellera, que ellos traen siempre muy peinada y larga.

Persuadióse al punto este indio, llamado Nacavera, que este daño le vino por el P. Gonzalo, y huyóse luego al monte con ánimo de trazar allí lo que despues ejecutó. Porque convocó en el monte á toda su parentela y amigos, y dióles cuenta de lo que habia padecido por este Padre, y que le ayudasen á vengar la injuria que el P. le habia hecho y el daño que á todos hacia con sus sermones, y sintiéndose todos por agraviados, vinieron en ello fácilmente.

Parecióles ser negocio arduo para ellos solos; quisieron ayudarse de unos indios vecinos, grandes enemigos de los cristianos, para que de una vez echasen de su tierra á los Padres, que les predicaban cosas tan contrarias á su gusto y á lo que todos sus antepasados les habian enseñado, con que afrentaban á los indios.

Con esta embajada fueron algunos de ellos á los indios enemigos, que llamaban guaquis, los cuales no les dieron buena respuesta, ántes se lo procuraron estorbar, y en particular se lo impedia un indio noble y muy valiente, llamado D. Pedro.

Visto esto por Nacavera, y que no hallaba el favor que pretendia para tomar la última resolucion, hizo con ayuda de sus deudos una gran borrachera, donde consultaron lo que se habia de hacer, y resolvieron venir adonde estaba el P. Gonzalo, á matarle.

Aquel indio llamado D. Pedro, que era el principal de Oceron, para evitar este daño, vino á 11 de junio de 1594 al Padre, y le dijo: «Entendido he, Pa-

dre, que estos indios te quieren matar, vengo á avisarte, y, si quieres, vente conmigo á mis pueblos, que yo te defenderé.» Espantóse el Padre de esto, y no le dió crédito, fiado en el amor que le mostraban los suyos; ántes temia que era trama para cogerle, por haberse rugido poco ántes, que éste se habia querido conjurar contra los españoles y contra los Padres, y echarlos de sus lugares; y así respondió á D. Pedro, que no entendia tal de sus huéspedes, que de él y de su gente lo habia él oido. Con esto el D. Pedro se fué, diciendo que no se quejarian de él que no habia avisado muy á tiempo, y muy triste de que no le hubiesen creido, porque amaba mucho al Padre.

Gastó el Padre aquel dia en doctrinar sus indios y decir Misa; y llegada la noche se andaba paseando junto á su casa y rezando su rosario. Llegó entónces Nacavera con su cuadrilla, y cercando la casa siete de ellos, los dos se llegaron cerca del Padre, el cual les preguntó qué buscaban, espantado de verlos, por saber que andaban huidos en el monte. La respuesta fué sacar una maza que traian y darle con ella en la cabeza, y de este tan fuerte golpe cayó aturdido el Padre en el suelo; fué el golpe en la frente, junto al ojo, en la cual parte se ve el dia de hoy la cabeza quebrada: mas luego se levantó como pudo y se fué háĉia la iglesia, que estaba pegada con su casa, y allí le cercaron todos para matarle, y le echaron en el suelo para cortarle la cabeza.

A este tiempo el P. Gonzalo comenzó á predicarles en su lengua con gran espíritu, diciéndoles cuán gran pecado cometian contra Dios nuestro Señor, y que él protestaba que moria por la fe que les habia enseñado; en señal de esto hizo la cruz y alzó el brazo en alto, en la cual forma estuvo hasta que le mataron, y despues de muerto.

Dióle Dios tal eficacia en el decir, y les dijo tales razones, por lo bien que hablaba su lengua, que, con estar como perros encarnizados, se quisieron apartar y dejarle, compungidos de lo que oian; pero Nacavera les afeó lo que hacian, diciendo: ¿Cómo á nuestro enemigo así escuchamos, destruidor de nuestra ley? Y arremetiendo á él, y en su ayuda los demas, le cortaron la cabeza con una hacha y el brazo izquierdo, sin cesar el Padre de predicar mientras pudo, y procuraron luego cortar con golpe de hacha la mano derecha en que tenia hecha la cruz; mas no pudieron por más que hicieron, queriendo el Señor quedase así para satisfaccion de su martirio.

Hecho esto, le desnudaron en carnes, sin dejarle más de una cruz de reliquias, colgada en lo que le habia quedado del cuello, y á este punto se puso Nacavera á hablar con el cuerpo tronco: «¿Cómo si eras hijo de Dios no te libraste de mis manos?» No te valió el haber bajado del cielo para escaparte

de mi, ahora se echa de ver que tu doctrina era falsa, pues te fingias lo que no eras, y diciendo esto daba de puntillazos al cuerpo tronco.

Robaron luego la casa é iglesia, ornamentos, vestido y cama del Padre, sin dejar cosa; luego dieron voces por el pueblo y por los comarcanos, diciendo que habian muerto al Padre, que cada cual se pusiese en cobro, ántes que los españoles viniesen á la venganza, y así lo hicieron todos los indios de cuatro o seis pueblos, más por temor y pena del castigo, que por culpa que tuviesen.

Quedaron despoblados los pueblos adonde más habia florecido la ley de Cristo, abrasadas las iglesias y casas, arruinado en un punto todo cuanto el Padre habia trabajado y edificado.

Dos indios que estaban escondidos, atemorizados de lo que pasaba, se fueron á la villa de los españoles, avisando lo que habia sucedido, lo cual ellos sintieron como era razon, así por la pérdida de tal varon, como porque temieron no diesen luego tras de ellos, como lo hicieron, aunque los defendió Dios con tres dias contínuos de agua, y no tuvo efecto su venida.

Llamaron luego los españoles á los indios, y les dijeron que fuesen á dar aviso á los PP. Juan Bautista Velasco y Martin Perez, que andaban repartidos, para que no les sucediese lo mismo que al P. Gonzalo; ellos en sabiéndolo se recogieron con el dolor que se puede imaginar, y despacharon algunos soldados que fuesen por el cuerpo del siervo de Dios, y halláronle desnudo, envuelto en su sangre, cortada la cabeza y brazo izquierdo, y la mano derecha ensangrentada de los golpes que le dieron en ella, levantada en alto y hecha la señal de la cruz.

Así le llevaron con hartas lágrimas á la villa, y le hizo el oficio el P. Bautista de Velasco, que llegó ántes que el P. Martin Perez.

Muy ufano y contento de lo que habia hecho Nacavera, se recogió al monte adonde celebró la victoria con una gran borrachera, y su mujer se puso allí la casulla del Padre y bebia en el cáliz, y él la sotana y sombrero, haciendo burla de todo lo que el siervo de Dios solia hacer, y para mayor solemnidad quiso que brazo y cabeza se asase; mas por más lumbre que encendieron, y mucho que lo procuraron, nunca pudieron, sino que les mataba la lumbre; y, visto esto, arrojaron el trozo á los perros, los cuales reventaron en llegando á él, y la cabeza pusieron en un palo, en señal de victoria. Todos estos indios tuvieron desgraciados fines.

Cobró el P. Martin Perez el cáliz y casulla del Padre, el sombrero y otros vestidos; y la cabeza, con la debida decencia, envió con el H. Juan de la Carrera á Méjico: fué recibida como preciosa reliquia, que será con el tiempo venerada, y el verla fué motivo á muchos para animarse á otras gloriosas empresas. Este fué el dichoso fin de nuestro P. Gonzalo de Tapia.

Escribieron de este siervo de Dios los PP. Luis de Valdivia, Pedro de Rivadeneira y Felipe Alegambe en el *Catalogus Martyrum Societatis*. Celébrale tambien Gerardo Montano en su *Centuria*, con un elegante epígrama:

Te faecunda alio cinaloa sub axe tenebat
Frangentem patrios, numina vana, Deos.
Iniecere manos Indi dum candida magnum
Roriferis coelum luna teneret equis.
Altaque de teneris vulserunt brachia membris,
Et sacrum ferro desecuere caput.
Sanguinolenta novum coelo libitina patenti
Addidit, et stellis, te moriente, decus.

P. NIEREMBERG.

P. MARTIN PEREZ

POR muy reconocida y obligada se debe tener la provincia de Cinaloa y su dilatada cristiandad en los reinos de la Nueva España, al venerable P. Martin Perez, que, con el santo mártir P. Gonzalo de Tapia, fué el primer pregonero evangélico que entonó la sonora voz de su predicacion en aquellos últimos términos de la tierra, y sembró en aquella inculta gentilidad la semilla del Evangelio, que cultivada con los inmensos trabajos de este apostólico varon, ha llevado los frutos sazonados que goza el cielo y la tierra. Porque ántes de su muerte vió y gozó este operario evangélico extendida esta criastiandad en distrito de más de cien leguas y por casi todas las naciones qué pueblan aquella provincia.

Nació el P. Martin Perez en la Nueva España, en una villa de la Nueva Vizcaya, llamada S. Martin, la cual fué muy conocida y estimada en un tiempo por su mucho comercio y trato de plata que se sacaba de ella.

Fué hijo de personas principales y de las más hacendadas de aquella comarca, y tan cuidadoso su padre del bien de su hijo, que, con ser el primogénito y heredero de sus riquezas, le envió áun siendo pequeño á la ciudad de Méjico, para que en ella aprendiese virtud y letras, y fuese digno Ministro de la Iglesia.

Muy á los principios de sus estudios dió muestras de singular ingenio, pues en solos catorce meses supo latinidad con tantas ventajas, que al cabo de ellos pasó á estudios mayores, oyendo el curso de Artes.

Fué discípulo del insigne Dr. P. Pedro de Ortigosa, de nuestra Compañía, reconocido en la Nueva España por maestro general de aquel reino; y, estando oyendo Filosofía, le llamó el Señor á la Compañía, para que estudiara otra más levantada de la humildad religiosa.

Fué recibido por junio de 1577, y atendió en su noviciado á no ser ménos cuidadoso en aprender los primeros rudimentos del espíritu, que lo habia sido en los de la lengua latina, pues si estos supo en catorce meses, en el espíritu se adelantó tanto en solos quince, que al cabo de ellos le juzgaron los Superiores por suficiente para enseñar á otros virtud y letras, y así le enviaron á leer las humanas al colegio de la ciudad de los Angeles, que entónces se fundaba, y con esta ocupacion prosiguió despues en el de Mejico, donde dió muestras de tanta prudencia, que su cordura y madureza era superior á sus pocos años.

Por ella, siendo de solos veinte y uno, hicieron tan grande confianza de él los Superiores, como fué entregarle el gobierno del colegio seminario, que entónces con título de S. Pedro, y al presente de S. Ildefonso, ha florecido en virtud y letras en la ciudad de Méjico. Gobernólo por espacio de dos años, y despues fué Ministro en el colegio de la Puebla.

Y aunque por estas prendas parece podia servir á nuestro Señor y á la Compañía por camino de gobierno, dispuso Dios llevarle por otro diferente, aunque muy glorioso para los hijos de la Compañía de Jesus, que tanto estima el ejercicio apostólico de las misiones.

Ocupóse el P. Martin Perez en varias partes de la Nueva España en este ministerio, en especial entre los indios chichimecas, cuya reduccion y conquista dió mucho en que entender á los españoles. Estas misiones fueron como ensayos de los gloriosos empleos que esperaban á este siervo de Dios en Cinaloa, para cuya espiritual conquista fué señalado el año de 1590, en que entró en ella.

El estado miserable de la tierra, los pocos cristianos que en ella vivian, los alborotos de guerra que la inquietaban, la fiereza de las gentes que debajo del pesado yugo de Satanás miserablemente perecian, la penuria y falta de todo lo necesario para la vida humana, con que pasaban sus habitadores, que á veces tenia por vianda este apostólico varon frutas silvestres, raíces amargas y áun á veces llegó á comer langostas; dificultaban esta empresa.

Con esta y otras incomodidades, que necesariamente acompañan las primeras entradas del Evangelio en tierras tan distantes y apartadas, fundaron

el P. Martin Perez y su compañero el santo mártir P. Gonzalo de Tapia las misiones de Cinaloa, entablándolas desde sus principios en tanta religion de los ministros que se ocupan en ellas, que derivándose de los unos en los otros, han quedado señalados ejemplos de virtudes apostólicas y evangélicas hazañas que imitar, y á que se acomodan los religiosos que de nuevo van á ellas; frutos todos de estos señalados varones misioneros, que escogio Dios para tanta gloria suya, y los primeros que para conversiones de gentes bárbaras destinó la Compañía en el reino de la Nueva España.

Cuando los indios dieron la muerte al P. Gonzalo de Tapia, quedó el Padre Martin Perez con todo el peso de la provincia de Cinaloa, visitando, catequizando y bautizando tanto número de almas y en tanta distancia de pueblos, que hoy se ocupan seis Padres en lo que entónces él solo administraba.

Fundó este insigne varon muchos pueblos, sacando para esto los indios montaraces de las inaccesibles breñas en que habitaban, reduciéndolos a trato y policía humana; instruyólos en los misterios de nuestra santa fe, e impúsolos en el uso de los santos Sacramentos, para cuya administracion edificó iglesias, que, aunque á los principios por la dificultad y falta de todo lo necesario, fueron de madera; pero despues, andando el tiempo, el P. Martin Perez fué de los primeros que las procuraron edificar de dura: obra para aquellos tiempos muy de alabar, y los que atentamente la consideraren, ó por experiencia supieren la pobreza de la tierra, la rusticidad de sus moradores, las muchas ocupaciones del Ministro evangélico, y poca ó ninguna ayuda de instrumentos necesarios para edificar, tuvieran sin duda por mayor hazaña el haberse levantado cuatro paredes de tierra y un techo y azotea segura de agua y fuego, que los otros grandiosos edificios, que tienen muchos gastos de hacienda y tiempo; pues para estos hubo artífices, abundancia de instrumentos, poder y riquezas: y para las iglesias de Cinaloa, en aquel tiempo principalmente, no habia más ayuda que el celo del Padre que las levantaba, ni más artífices que las trazas que su caridad intentaba.

Y si en estos edificios materiales fué el trabajo del P. Martin Perez tan cuidadoso y solícito, no lo fué ménos en el espiritual de las almas que doctrinaba, en las cuales, asentando el trato político que sufria su tosquedad, levantaba despues el edificio de virtudes morales y cristianas, con tan notables mudanzas de costumbres bárbaras que aquellas naciones tenian.

Los primeros veinte y seis años gastó en estos ejercicios apostólicos, y algunos de ellos en el oficio de Superior de misiones. Al cabo de este tiempo le sobrevinieron muy penosos y prolijos achaques, ocasionados así del mal

tratamiento de su persona y fervoroso ejercicio de ministerios, sobre lo que sus fuerzas pedian, como de la falta de medicinas y médicos, de que totalmente se carece en esta provincia.

Fué esto de suerte que, habiendo caido el siervo de Dios muy enfermo, no se le hizo otro remedio que sangrarle tantas veces, que vino á quedar del todo debilitado. Y otra vez viéndose muy apretado de repente de un pujamiento de sangre, sin hallar persona que supiese sangrar ni instrumento con que poder hacerlo, le pidió á un español que allí se halló, que por amor de Dios le abriese una vena con la punta de un cuchillo.

Con otros nuevos accidentes llegó á estar impedido de los pies, falta de oido, corto de vista y algo tardo en el hablar, por habérsele entorpecido la lengua. Imposibilitada ya la naturaleza con tantos achaques, aunque no el ánimo y voluntad para acudir á sus prójimos, se retiró al colegio de Cinaloa á comunicar con su Dios, atendiendo solamente á grandes aprovechamientos de su espíritu.

Dijo siempre Misa los primeros nueve años de sus penosas enfermedades, y el último de su vida le llevaban á oirla aunque con mucho trabajo, en una silla á un oratorio, donde recibia ordinariamente la sagrada Comunion, y entre dia se iba por su pié al mismo lugar, aunque cayendo y lastimándose el rostro por faltarle las fuerzas del cuerpo, teniendo las del espíritu tan vigorosas que acudia siempre por sí mismo á todo cuanto necesitaba su persona y pobre aposento, barriéndole y trayendo el agua para regarle, y ejercitando otros actos más humildes, de los cuales justamente le pudieran excusar sus pocas fuerzas y muchos años gastados en servicio de Dios y en el provecho espiritual de sus prójimos, hasta que por órden del Superior se dejó ayudar en el trabajo de que era tan debido el excusarle, por más que él no lo pretendiese por su humildad.

Campeó en este apostólico varon todo género de virtudes, teniendo el primer lugar la caridad, la cual cuán subida de quilates estuviese en este venerable Padre, se puede juzgar por las veces que con efecto puso á riesgo su vida por el celo de la honra de Dios y bien de sus prójimos en tiempo de treinta años entre aquellas gentes bárbaras, que fueron tantas, que no se pueden contar.

Testigo de esta verdad el riesgo en que se halló cuando martirizaron á su compañero el P. Gonzalo de Tapia, pues el ánimo de los matadores fué acabar tambien con él, á quien nuestro Señor por sus altos fines milagrosamente guardó. Testigos las muchas ocasiones en que á los principios estuvo de ser flechado por reprender y corregir vicios bárbaros é inhumanos, que en aquellos primeros tiempos ardian en aquellas nunca tratadas naciones. Tes-

tigos tambien los caminos que todos los años hacia por doctrinar unos pocos españoles, que vivian en un real de minas llamado Baimoa, cuarenta leguas la tierra adentro de la sierra, sin tener otro socorro espiritual que el que les daba la ardiente caridad de este celoso ministro del Evangelio.

Solia decir, que eran tan diversos y poco sanos los temples de estos caminos, que unos dias no podia dar un paso por el excesivo calor, y el siguiente amanecia congelada el agua por la fuerza del frio; ocasiones todas en que se manifiesta cuán innumerables veces ofreció este siervo de Dios su vida y complexion, que era delicada y flaca, á riesgo de muerte por el Señor que amaba.

Todo esto confirmará el caso de que últimamente vino á morir, y fué, que habiéndose purgado, le llamaron el mismo dia para que diese la Extremaun cion á un enfermo, y aunque el grave accidente que padecia le tenia bastantemente excusado, con todo valió más el deseo del bien espiritual de su prójimo que la estimacion de su propia vida temporal, y así, haciendo poco caso de ella, se levantó á administrar este santo Sacramento, accion de que se le originó la enfermedad de que vino á morir, y por la cual podemos llamar á este apostólico varon mártir de caridad, pues por esta ofreció su vida.

A la caridad acompañó la paciencia que en todos sus trabajos tuvo el P. Martin Perez, con tan prolongada perseverancia por tantos años en cosas y casos de exquisitas y no ordinarias penalidades que sufrió y venció, en medio de las cuales estuvo tan firme, que ni las muchas y fuertes ocasiones que los indios le dieron, y áun á veces los soldados que en ellas le hacian escolta, fueron parte, no sólo para perder la constancia de su paciencia, pero ni áun para prorrumpir en una pequeña queja ó mudar siquiera el semblante, como lo referian con admiracion los mismos soldados.

Prueba tambien de paciencia y sufrimiento fué el que tuvo en la continuacion de sus caminos, que era tal, que los indios le llamaban en su lengua el Padre que camina mucho; y si se hubieran de contar las visitas que hacia de unos pueblos á otros de los que tenia á su cargo, no se pudieran numerar, no sólo las leguas, pero ni áun las jornadas de caminos que anduvo en tantos años, y esas las hacia tan sin reparo ni defensa para los soles, aguas, calores, frios y las demas inclemencias del tiempo, que apénas llevaba con que cubrirse.

Y últimamente la mayor prueba de su paciencia fué el sufrimiento que tuvo los postreros años de su vida, en que padeció tantas y tan graves enfermedades, que parece que tenia cada parte de su cuerpo su particular dolor. En el cual tiempo no se le vió jamas despegar los labios para tomar aliento con un quejido ni suspiro, siendo así que muchas de sus llagas y enfermedades

no podian tener otro descanso, por haberlas el Padre ocultado por su mucha honestidad, sin otras que se le hicieron en las espaldas, y eran tales y manaban tanto, que necesitaba de que ordinariamente le mudasen paños, para lo cual era necesario atormentarle y renovarle dolores; y lo que más admiraba era, que no sólo no alteraban su ánimo tantos dolores, sino ántes parecia que áun en el cuerpo obraban efectos contrarios, segun era la alegría de su rostro y apacibilidad de su semblante.

Lo cual espantaba al Hermano que le asistia, que entrando algunas veces en el aposento del Padre, lo halló caido y lastimado sin poderse menear, encajado entre la puerta y la pared, y ayudándole á levantar, le preguntaba si se habia lastimado, á que respondia con boca de risa que no; y esta era tambien su respuesta ordinaria á quien le preguntaba si habia menester alguna cosa, y á la segunda vez que le instaban en preguntarle si necesitaba algo, respondia que le encomendasen á nuestro Señor; y finalmente, si instaban la tercera, con deseo de aliviar á tan santo varon en lo mucho que padecia, la respuesta era: «Rueguen á nuestro Señor se sirva de llevarme, pues no soy aquí de provecho,» mostrando con estas respuestas cuán arraigada estaba en su corazon la admirable virtud de la paciencia, de la cual dejó por último ejemplo, el que suele ser raro en enfermos, y más por tan prolongado tiempo, que nunca dió muestras de habérsele antojado cosa alguna de regalo ni quejádose si no le acudian tan presto.

A su rara paciencia juntó este varon de Dios su apacible mansedumbre, de la cual dejó admirables ejemplos, siendo Superior por muchos años en las misiones de Cinaloa. Para con todos fué benigno, acomodándose á la condicion de cada uno, aunque su benignidad no fué remisa ni daba lugar á faltas, ántes bien era su mansedumbre activa y eficaz, y encaminada á la observancia religiosa, que conservó en sus súbditos todo el tiempo que estuvo á su cargo, y no sólo con los religiosos de la Compañía de Jesus, hijos y hermanos suyos, usaba esta benignidad, pero áun con los indios que doctrinaba, perdonándoles amorosamente sus ignorancias, acariciándolos como á hijos con tiernas palabras, y procurándoles ganar los ánimos y voluntades para Cristo.

La pobreza evangélica la tuvo este siervo de Dios muy en su punto, no sólo en el afecto, sino en el efecto; no sólo menospreciando por Cristo los muchos bienes que podia esperar y heredar de sus padres, sino abrazándose tan estrechamente con esta virtud, que todas sus cosas olian á pobreza; la comida pobre, pues en los principios fué solamente de maíz, calabaza y legumbres, y despues, cuando las cosas estaban más asentadas, y áun quedando como Superior en el colegio de Cinaloa, se contentaba con una co-

mida pobrísima de tasajos de vaca cocidos con agua, sin otro aderezo ni genero de salsa.

Sucedió una vez que en tiempo de Pascua se juntaron los Padres en el colegio de Cinaloa, y comiendo juntos en el refectorio, se puso á cada uno un cuarteroncico de pan de trigo por la celebridad de la fiesta, que en el demás tiempo siempre era de maíz. El compañero que estaba á su lado le convidó con la parte que le habia cabido, diciéndole que él era mozo y se pasaria bien con tortilla de maíz; respondióle el santo viejo sonriéndose: «Pues Padre, yo confieso que cuando hay pan, naturalmente se me va la mano al pan con que nos criamos.» Respuesta, que aunque parece en materia menuda, es bien significativa de la grande longanimidad en privarse este siervo de Dios por tiempo de treinta años de un apetito tan connatural del pan con que se habia criado, de que áun no carecian los más retirados del desierto.

Quitábase de la boca el pan de que gustaba, y eso con mucha alegría; porque los Superiores le convidaban que fuese á descansar á Méjico, donde con abundancia lo hallaria; mas el amador de la pobreza no lo admitia por repartir el espiritual á sus hijos.

En el vestido era sumamente pobre, porque se pasó mucho tiempo con un jubon hecho andrajos á raíz de sus carnes, sin pedir camisa, hasta que muy acaso lo echaron de ver los de casa y le socorrieron. Su manteo y sotana eran muy pobres y viejos, viviendo con gran descuido en esta parte. Tampoco usó de un colchoncillo, hasta que los Superiores se lo mandaron.

Al paso de este despego de bienes temporales anduvo el de su estimacion propia, de que estuvo tan léjos cuanto se deja ver en que por todo el tiempo que vivió tuvo escondidos sus muchos talentos de letras y gobierno, con que pudiera haber lucido mucho en la provincia.

Además de sus letras, fué varon de gran prudencia y maduro juicio, y en las cosas bien difíciles que en Cinaloa no pocas veces se ofrecian, su parecer fué muy comprehensivo y acertado, aunque muy ceñido de palabras, lo cual nacia de la mucha comprehension que hacia de las materias que se trataban, y áun más de la virtud del silencio, que resplandeció en este venerable Padre de suerte que no se le oia palabra que se pudiera notar de ociosa ó demasiada, y lo mismo pasaba en sus cartas, en que iban contadas sus razones.

Con ser persona de tanto consejo y que lo podia dar á otros, de todos queria ser enseñado, con tan grande humildad, que áun en cosas fáciles, preguntándolas á otros Padres, era su término decir de palabra ó por escrito: «Enséñeme V. R. en esto y dígame lo que debo hacer,» haciéndose niño conforme al consejo de Cristo. Y quien se hacia niño respecto de los iguales é inferiores, bien se deja entender cuál se mostraria respecto de los Superio-

res, en quienes siempre miró la persona de Cristo para obedecerlos y reverenciarlos.

La insinuacion de la obediencia, áun en cosas dificultosas, era para él como expresa obediencia. En pié y descubierto habia de estar en presencia de su Superior, hasta que se le mandase sentar y cubrirse. Poco ántes de morir entró á verle el P. Rector, y, con estar ya acabado de fuerzas, se quitó el birrete que tenia en la cabeza, estándose así hasta que le hizo cubrir su Superior.

Quien en cosas tan menudas anduvo con tanto cuidado hasta la muerte, bien se deja entender la atencion con que andaria en las mayores.

Finalmente cerró la perfeccion de su humildad y obediencia, en no haber apetecido puestos lustrosos en que pudiera ocuparse, quedándose escondido en el último y más apartado rincon de la provincia, cual lo era el colegio de Cinaloa, donde no es posible asistir ordinariamente más de un Padre Sacerdote, porque los demás que á él pertenecen, asisten en sus feligresías y pueblos.

Y fué nòtable en este santo misionero que una vez que aceptó la peregrinacion á tierra tan apartada y destierro santo de la comunicacion de sus Hermanos, desde el punto que fué asignado á la mision remota de Cinaloa; jamas pidió ni pretendió que se le alzase su amado destierro, ni áun por los postreros años de su vida, estimando morir en él, habiéndolo aceptado por Cristo y por predicar su santo Evangelio en el desierto de la gentilidad, tan olvidado del mundo cuanto él gustaba de no ser conocido, y cuanto lo pudiera desear el ermitaño más retirado á las más remotas sòledades del desierto.

El espiritual varon P. Martin Perez halló lugar en este, y se lo supo buscar para el trato familiar con Dios y ejercicios espirituales en que gastaba todo el tiempo, que como persona de suyo muy retirada, ahorraba de conversar con los hombres, dándose del todo á esta celestial comunicacion, ocupándose en esto los dias enteros y gran parte de la noche, en especial los diez años últimos, en que apénas podia salir de su aposento, que estuvo tan retirado en él, sin buscar desahogo de los fortísimos calores que hacen en aquella tierra, que no solamente no preguntaba las nuevas que de España y Méjico se escribian; pero áun lo que pasaba en las mismas misiones que él habia plantado, y lo que más es, nunca preguntó lo que sucedia en el colegio donde moraba.

Para los que lo visitaban tenia solas dos respuestas, una á la salutacion que pedia la caridad, y otra á la pregunta de cómo se hallaba. Y despues, si no era preguntado, no hablaba, dando á entender con este su silencio el poco gusto que tenia de conversacion con los hombres, gustando y entreteniéndose con la que contínuamente tenia con su Dios.

Del P. Martin Perez decia uno de los Superiores que tuvo, varon de mucho espíritu, que veneraba en él á un Pablo ó á un Hilarion; y en este pensamiento concurrieron otros muchos de la Compañía, que decian habian satisfecho con ver á este venerable varon el deseo que tenian de ver las vidas que hacian aquellos santos Padres antiguos del yermo, muertos del todo al mundo y á sus cosas.

Llegando una vez al colegio á visitarle el capitan que gobernaba aquella provincia, y entrando un soldado de su parte á darle aviso de cómo estaba allí, le respondió el Padre: «Diga Vm. al señor capitan que estoy rezando las Horas, y así no puedo hablarle.» Respuesta de que no se sintió el capitan, que conocia y estimaba al muy religioso Padre, que en este tiempo sólo gustaba de su retiro con Dios, y así se volvió muy edificado y el Padre prosiguió con su santa devocion.

En la leccion espiritual fué tambien muy puntual, atento y contínuo, y en el libro de que para ella usaba hallaron muchos papeles y apuntamientos de materias espirituales, que el Padre notaba para fijarlos más vivamente en su memoria.

De los favores y regalos que en trato tan contínuo con Dios recibió, se pudiera decir mucho, si no lo hubiera encubierto su grande silencio.

Finalmente, estando ya en el retiro de sus ocupaciones y santo ocio de su espíritu, le llamó el Señor para sí, enviándole tres meses ántes una calentura que por todo este tiempo le tuvo en la cama tan atormentado y flaco, que se vió obligado á estar casi inmoble, sin poderse mover de un lado á otro, lo cual llevaba con tal paciencia que ponia admiracion á los que lo veian.

Recibió todos los sacramentos, y faltándole despues por tres dias el uso de los sentidos, no le faltó el uso de levantar su corazon al Señor, diciendo entre dientes versos de salmos, conforme su costumbre convertida ya casi en naturaleza.

Fué ésta poco á poco faltando, y acercándosele al P. Martin Perez el premio de sus santos y prolongados trabajos, durmió en el Señor á los 24 de abril de 1626, á los sesenta y cinco de su edad, cuarenta y nueve de Compañía y treinta y uno de profesion en ella, y más de treinta de misiones, donde ejercitó los heróicos actos de señaladas virtudes, que quedan por mayor apuntados.

Ganó el venerable P. Martin Perez para con Dios nombre de ministro fiel de su Evangelio; para con los de la Compañía, estimacion de insigne misionero, ajustado y observantísimo religioso; para con todos los de la provincia de Cinaloa, nombre de padre y reverencia de santo, que áun hasta hoy vive su memoria en los corazones de todos; y él lo ganó por haber llevado las

primeras luces de nuestra santa fe y los primeros rayos de los misterios divinos, siendo confundador de su cristiandad con el santo mártir P. Gonzalo de Tapia, con que se puede decir, que un mártir y un confesor santo la fundaron.

Hace mencion de este insigne varon el P. Andrés Perez en su *Historia de las misiones de Cinaloa* en varias partes de ella, principalmente en el libro 5.º, cap. XXII.

P. ANDRADE.

H. FRANCISCO DE CASTRO

MANDABA Dios en la Ley antigua, que partiesen igualmente los despojos en la guerra los que servian en los reales y los que salian á la batalla; porque no se debia ménos la victoria á los primeros, que con su trabajo sustentaban los soldados, que á los segundos, que peleaban con la espada contra los enemigos. Y en su Evangelio dice Cristo, que el que hospeda al Profeta, recibirá el premio del Profeta, y el que sustenta al Justo, el premio del Justo; porque ni el uno ni el otro pudieran trabajar ni servir á Dios en sus oficios, si las personas piadosas no los hospedaran y sustentaran con su trabajo: todo lo cual se verifica en las personas espirituales y legas, que por sí no pueden predicar ni tomar el oficio de convertir almas, pero pueden igualar en mérito á los que las convierten, ayudándolos con su trabajo y sirviéndolos: con lo cual tendrán parte en su predicacion y en las conversiones que hicieren, y merecerán igual premio, como sucedió al H. Francisco de Castro, cuya vida escribimos, el cual gastó treinta y tres años, los mejores de su vida, en servir y sustentar con el sudor de su rostro y el trabajo de sus manos á muchos predicadores apostólicos en la provincia de Cinaloa; y si, como dice Cristo, el que sustenta al Profeta, tendrá premio de Profeta; este bendito Hermano, que sustentó los mártires, tendrá premio de mártir, por haberlos servido, y sustentado, y acompañado hasta la muerte, y padecido por ellos muchos y grandes trabajos.

Nació este dichoso Hermano en una corta aldea de Sevilla, llamada Ginés.

Sus padres eran honrados y ricos, segun su calidad, de lo mejor de su tierra, y tenian á su cargo las haciendas del Marqués de Villamanrique, con quien

tenian grande valimiento, y cuando pasó á Méjico por virrey, les pid
hijo Francisco para llevarle consigo y emplearle en puestos de impo
adonde ganase honra y hacienda, que es el blanco á que tiran los que
á las Indias, y sus padres se le dieron con mucho gusto; pero Dios l
con otros intentos más altos y de mayor interés para su hijo.

Tendria á esta sazon poco más de veinte años; pero muchos de v
buena habilidad, porque era de buen ingenio, vivo y despierto, obseq
agradable, inclinado á dar gusto y trabajar, con que ganó la volu
Marqués y á los de su palacio, los cuales le amaban y estimaban por
rado trato y apacible condicion; pero lo que más le importó, fué el est
la virtud, á que con mayores veras se entregó, frecuentando los Sacra
y las casas de los religiosos, la oracion y devocion con la Santísima
y los santos del cielo, cuyas vidas y virtudes propuso firmemente imit
lo cual, mirando con luz del cielo los lazos y estorbos del mundo, se r
á dejarle y con él las esperanzas de alcanzar honras y riquezas perec
y entrar en la Compañia para conseguir las eternas.

Dió parte de esta resolucion á los Superiores, los cuales, examinada
cacion y conociendo ser de Dios, le admitieron de buena voluntad; p
se ejecutó hasta dar cuenta al virrey, así por ser criado suyo, como
amor que le tenia; pero este no llegó á impedirle tan grande bien,
Francisco habló al virrey con tantas y tan vivas razones, represent
cuánto le importaba el estado que elegia y lo que en él interesaba de
y riquezas eternas, de quietud y estimacion; que el buen caballero, co
cristiano y cuerdo, convencido de sus razones, le dió grata licencia p
trar en la religion y servir al Rey del cielo, que paga mejor que todos
la tierra, y dijo á nuestro Provincial: «Yo le doy con gusto, aunque l
con él, y me privo de mi comodidad, asegurando á V. Paternidad, qu
pesará de haberle recibido,» como en la verdad se cumplió.

Con esta licencia del virrey, fué recibido en la Compañía, teniendo
y cinco años de edad y mucho más de virtud, seso y cordura, como l
tró en la religion, en la cual se halló tan gustoso, tan contento, de
tan amigo de todos, como si hubiera nacido en ella.

El primero dia estaba más hallado que otros en muchos años; todo l
daba y convenia con su natural, sin hallar violencia ni dificultad en na
que corria á ligero vuelo en la observancia, sin repugnancias que vencer
suele acontecer á otros.

Todo su alivio eran los Superiores, y él era el alivio de todos, el e
de la casa y la edificacion del noviciado, el cual acabado, hizo los pr
votos y pasó al colegio, en el cual hizo oficio de cocinero cinco años,

mismo ejemplo con que vivió en el noviciado, sirviendo con mucha humildad y aplicacion en aquel trabajoso ministerio, porque tuvo siempre grande estima del estado á que Dios le llamó de Coadjutor temporal; honrándose más de él que pudiera de los puestos más levantados del siglo pues; ninguno iguala al que se tiene en la casa de Dios, á quien servir es reinar, imitando a los ángeles y santos, que sirviéndole reinan en el cielo.

Corria el año de mil y quinientos y noventa y uno, en que este fiel siervo de Dios se ocupaba en servir á la religion en oficio tan humilde con el gusto y alegría referida, mirando en los hombres á Dios á quien en ellos servia; cuando el santo mártir Gonzalo de Tapia, primer apóstol y fundador de la cristiandad de Cinaloa, vino á Méjico á tratar con los Superiores de la Compañía, y con el Arzobispo, y virrey, de las cosas tocantes al aumento de aquella nueva cristiandad, dándoles noticias del estado en que se hallaba, y la necesidad que habia de Sacerdotes y religiosos que cultivasen aquellas incultas gentes sumidas en el abismo de la idolatría, entre las cuales habia muchos pueblos y muchas tierras pobladas de inmensa gente, que pedian ser enseñados en la ley santa de Cristo.

Y como era este el principal blanco de su venida, puso el mayor esfuerzo en llevar consigo las más personas que pudiese de toda satisfacion, celo y espíritu para la conversion de aquellos indios. Y como el H. Francisco de Castro era tan ejemplar y fervoroso, en oyendo al santo P. Tapia, se movió su corazon á seguirle y á emplear su vida en ayudar cuanto pudiese á los que cultivaban aquella viña de Cristo, y movióse más con el trato y conversacion del santo mártir, prendado de su modestia, afabilidad y religion; porque en todo resplandecia como un sol de santidad.

Dióle el buen Hermano parte de sus deseos, los cuales estimó y alabó mucho el P. Tapia, y recabó de los Superiores que se le diesen para el buen progreso de aquella fundacion; y así partió con él á Cinaloa el año ya referido.

Salieron los indios á recibirlos, treinta leguas ántes de llegar á la villa de los españoles, con todas las demostraciones de gusto y alegría imaginables; y no la tuvo menor el bendito mártir, viendo la fidelidad y muestras de amor de los hijos que habia reengendrado en Cristo; recibiólos y agasajólos con toda la benignidad posible; dióles los donecillos que traia, que aunque de corto valor, estiman ellos en mucho. Díjoles lo que habia negociado para su consuelo y alivio, y cómo traia nuevos Padres, que les predicasen, y enseñasen, y dijesen Misa, que fué para todos de grande regocijo, y así los recibieron con muestras de suma alegría, de que tuvo grande consuelo el H. Francisco, y, sin esperar á más plazos, se les hizo muy amigo, acariciándolos y regalándolos cuanto pudo.

Cuando llegó á Cinaloa, estaba la fundacion tan al principio, que los pocos Padres que habia no tenian casa, ni iglesia, ni más habitacion que unas pobres chozas compuestas de ramas y cubiertas de heno; las camas eran de lo mismo, la comida calabaza seca y maíz de la tierra, y, por grande regalo, algun pescado de los rios; vino no le habia sino para las Misas, ni pan mas que para las hostias con que las decian, y á este modo era el vestido, tal que los soldados españoles andaban cubiertos con pieles curtidas de animales.

Este fué el opulento colegio en que entró el fervoroso H. Francisco, en que tuvo bien en que emplear los aceros de su buen espíritu, como lo hizo el resto de su vida; porque luego puso manos á la obra y se encargó de todos los oficios, ayudándose para ello de los indios más ladinos.

Él era cocinero, y buscaba y guisaba á todos la comida; era sacristan, componiendo el altar, guardando y previniendo el vino y las hostias para las Misas; hacia oficio de ropero, cosiendo los ornamentos y los vestidos, y de lavandero, lavando y jabonando los lienzos, así los que servian al altar como á los de casa en la mesa y fuera de ella.

Era enfermero que los curaba y regalaba cuando caian enfermos; tambien servia de hortelano, cultivando la tierra y sembrando legumbres para el sustento de la casa; hacia oficio de procurador, no para comprar ó vender, que no habia qué, sino de procurar y buscar lo necesario; y finalmente, no se ofrecia cosa alguna á que no pusiese el hombro, trabajando á todas horas incansablemente; pero en lo que más se esmeró y donde gastó el sudor de su rostro, fué en fabricar la iglesia y un pedazo de casa en que los Padres viviesen. Aquí echó toda el agua y restó todas sus fuerzas, trabajando á todas horas, sin dar descanso á su cuerpo, ni perdonar á cuidado ni trabajo que pudiese poner en esta obra; porque él iba con los indios á las sierras á cortar la madera, y los ayudaba á traerla en hombros, y á cepillarla, y labrarla; les traia la tierra, amasaba el barro, hacia los adobes, y sufriendo ardentísimos soles, servia á los que levantaban las paredes, acarreando los materiales.

Cuando los indios medio desnudos sudaban con el trabajo y el calor arroyos de agua, el buen Hermano, con una alegría y sufrimiento admirable, los animaba y esforzaba con dulcísimas palabras para que no desfalleciesen con el trabajo, como si él no le pasara; tal era su fervor, y caridad, y el teson infatigable con que perseveraba en el trabajo hasta consumar la fábrica.

En acabando una, pasaba á otra residencia á fabricar otra iglesia y otra casa, y así se debe á su trabajo y solicitud grande parte de toda aquella mision de Cinaloa y de las muchas almas que se han convertido en aquella tierra del ciego paganismo á la fe santa de Cristo, á que no sólo ayudó con

el trabajo corporal, sino tambien con el espiritual, doctrinando y enseñando á los indios gentiles la doctrina cristiana y los misterios de nuestra santa fe, y cómo se habian de confesar y preparar para recibir la sagrada comunion.

Para estar más expedito aprendió su lengua, y los catequizaba en ella, y enseñaba las oraciones de la Iglesia y la devocion con los santos. Y cuando le daban treguas los negocios y ocupaciones de sus oficios, acompañaba á los Padres misioneros á las aldeas y reducciones, y en particular al santo mártir Gonzalo de Tapia, á quien tuvo siempre por maestro y por padre de su alma: hacia misiones con ellos, ayudándolos en lo temporal y espiritual cuanto daba lugar su estado; y por estas buenas obras y por las que hacia á los indios, componiendo sus pleitos y curándolos cuando enfermaban, y defendiéndolos de los soldados españoles para que no los maltratasen, le miraban y estimaban como á padre universal de todos, y le obedecian y servian con tanto amor y cariño como si fueran sus hijos y él su propio padre; porque el amor gana amor y la voluntad voluntades.

Por este tiempo, que fué el año de mil y quinientos y noventa y cuatro, en el mes de junio sucedió, como dejamos dicho, el martirio del santo Padre Gonzalo de Tapia, y cuando lo supo el buen H. Francisco de Castro, su inseparable compañero, lloró amargamente la muerte de su santo Padre y su corta dicha de no haberse hallado con él para ser su compañero en el martirio, diciendo que por sus pecados no lo habia merecido.

Procuró traer su cuerpo y enterrarle con toda veneracion, guardando sus alhajas por reliquias como de mártir de Cristo, celebrando su triunfo con alabanzas de Dios y con lágrimas nacidas de santa envidia y ansias de morir por Dios, acompañando su dichoso martirio.

No se cuentan de este siervo de Dios obras que fuesen milagrosas, pero sí milagrosas virtudes, las cuales no son de ménos estima que las obras, ni de menor merecimiento en los ojos de Dios, que da con justas balanzas el valor á cada cosa, y nos propone las virtudes de los santos para que las imitemos y no las obras milagrosas.

Las de este buen Hermano fueron muchas y admirables, y áun dechado de perfeccion á todos los religiosos, y en especial á los de su estado; porque comenzando de la caridad para con Dios, que es la primera de todas las virtudes, la tuvo en grado muy subido, amándole sobre todas las cosas desinteresadamente, sin tener otro blanco en sus obras más que su gloria y servicio y el loor de su santo nombre, el cual le movia á fabricar las iglesias de aquella cristiandad á costa de tanto trabajo, adornar los altares, colgar las iglesias, servir á las Misas como si fuera su principal ocupacion. Y estando en su residencia, solicitaba la conversion de toda Cinaloa, enviando á todas partes

vino y hostias, imágenes, ornamentos y cuanto era necesario para e
divino y adorno de los altares en que Dios fuese alabado y glorificado.
que no faltase cosa alguna de las tocantes al altar, enviaba á Méjico
namentos, vestiduras, imágenes, campanas, cálices, y los repartia po
las residencias, para que se celebrasen los oficios divinos, y Dios fu
bado en la tierra de los hombres como lo es de los ángeles en el cielo

El mayor gusto que le podian dar, era decirle que habia alguna
conversion de pueblos idólatras que trataban de recibir la ley de Dio
se alborozaba su espíritu y se llenaba de gozo, viendo que se destrui
der de Satanás y que se aumentaba el reino de Cristo, que cesaban
cios de las idolatrías, borracheras y lascivias de aquella gente ciega
eran alumbrados con la luz del Evangelio de Cristo.

Pasando por una poblacion de gentiles, les habló de las cosas del ci
tanto ardor de espíritu, que se movieron á pedir predicadores que los
sen y doctrinasen en la ley santa de Cristo, de que el siervo de Dios
tanto gozo, que no cabia en sí mismo; y luego sin más dilacion leva
hermosísima cruz en la plaza, como tomando posesion de aquel pu
nombre de Jesucristo, asistiendo los indios que se arrodillaron con el
Hermano, y adoraron la santa cruz como el trofeo de nuestra Red
cantando himnos y alabanzas á Dios, y luego vinieron Padres Sacerdo
los enseñaron y bautizaron con igual gozo de sus almas y consuelo de
Hermano, á quien se debió aquella conversion, por la cual y por los
beneficios no cesaba de dar gracias á Dios todos los dias.

A esta clase del amor de Dios pertenece el ejercicio de oracion
gastaba muchas horas del dia; porque, no obstante la multitud de oc
nes que tenia á su cargo, la primera fué siempre la de su propio apr
miento, cuidando en primer lugar de su alma, y en segundo de lo de
aunque á costa del sueño, que en tan contínuo trabajo era bien poco
ba muchas horas de la noche en oracion con Dios.

Nunca salió al trabajo sin haber tomado este aliento y refuerzo es
del alma, adonde cobraba fuerzas para trabajar con fervor todo el d
más ordinario oraba delante del Santísimo en la iglesia; y, siempre
daban algunas treguas las ocupaciones exteriores, se retiraba con Di
loquios divinos y contemplacion de sus misterios. Comulgaba muy á
do, ayudaba á cuantas Misas se decian con notable devocion y punt
en las ceremonias que le tocaban, y siempre andaba en la presencia d
á quien amaba y miraba en lo íntimo de su corazon.

¿Qué diré de la caridad que tenia para con los prójimos? Verdader
fué tal que, cualquiera cosa que se diga no iguala á lo que fué en la

porque no hay madre tan amorosa para con sus hijos, como él lo fué para con todos, y en especial para con los pobres indios, á quien amaba, acariciaba y servia, como si fueran sus hijos; sufria sus ignorancias, en que habia mucho que sufrir, sobrellevaba sus yerros, enseñábalos, curábalos, sustentábalos, dándoles con entrañas de caridad cuanto podia.

El año de mil y quinientos y noventa y tres, poco despues de haber llegado á Cinaloa, dió en aquella tierra una peste de viruelas, de que enfermaron y murieron innumerables indios. El contagio era tal que se pegaba con el aliento, y no habia casa ni choza que no estuviese llena de enfermos y no pocos por los campos y los montes, sin tener médicos ni medicinas, y de tan mala calidad, que rompiéndose las viruelas, se hacian llagas, en que asentándose las moscas, dejaban queresas ó simiente, que en breve se convertian en gusanos, de que hervian los pobres indios con pestilencial hedor. Esta ocasion dió nuestro Señor al santo Hermano para que hiciese en ella alarde de su caridad.

Cuatro Sacerdotes estaban en la residencia con él, los cuales se repartieron por las estancias y pueblos de los indios, bautizando á los niños y á los ya catequizados enfermos, y sacramentando á los ya bautizados y enterrando los muertos: el H. Francisco quedó en el colegio, cuidando con suma caridad de todos los enfermos, y enviando desde allí lo necesario á los Padres que discurrian por los pueblos.

En esta cura parece que le conmutó Dios los encendidos deseos que tenia del martirio; porque con grande fervor ofreció su vida á Dios por las de sus hermanos, cuidando de todos con admirable caridad, dándoles la comida y las medicinas que podia, consolándolos, regalándolos cuanto alcanzaba su caudal, y parece que Dios le comunicó gracia de cirujano, porque los sangraba y curaba como si lo fuera.

A falta de los Sacerdotes, bautizaba los niños moribundos y enterraba los difuntos con admirable caridad, sin detenerle el peligro manifiesto á que se ponia de pegársele la peste y acabar la vida. Tal era el timbre de su caridad, que la daba con alegría por curar á sus hermanos.

Su penitencia y mortificacion fué á la medida del amor que tenia á Dios, porque, como dice S. Bernardo, estas dos virtudes corren iguales balanzas; al peso que uno ama á Dios, se aborrece á sí mismo, y al peso que se ama á sí, falta en el amor de Dios: y como el de este santo Hermano era tan intenso para con Dios, á ese mismo peso era riguroso para consigo.

Todos los dias tomaba una sangrienta disciplina; su comida era un perpétuo ayuno, muy parca, y sin desayunarse jamas por mucho que hubiese de trabajar: y era cosa admirable el cuidado con que en amaneciendo guisaba el

almuerzo á los que trabajaban en las obras y el amor y liberalidad con que se lo repartia, y trabajando él más que ninguno, no lo gustaba, ofreciendo aquella mortificacion á Dios.

En treinta y tres años que estuvo en Cinaloa, no se le conoció cama, ni se desnudó ni acostó para dormir, porque en una pobre silla, y, cuando caminaba, en el campo sobre una piedra, ó arrimado á un árbol, tomaba un corto reposo, y luego se levantaba á la oracion, en que perseveraba hasta que salia el sol.

Andaba pobremente vestido, y lo más del tiempo con una sotana parda y vieja de barato, como si fuera un jornalero alquilado para servir en la casa: y con ser tan inclinado á dar limosna, que nunca le sufrió el corazon despedir desconsolado á pobre que la pidiese, y tener á su mano cuanto habia en el colegio, nunca dió cosa alguna sin expresa licencia del Superior. Al mismo tenor se esmeró en el recato de su persona y en la obediencia puntualisima á los Superiores con inviolable observancia de las reglas.

De su humildad pudiéramos decir mucho, y se colige de lo dicho hasta aquí; porque, con trabajar tanto, siempre se tenia por inútil, y nunca se le oyó palabra de alabanza ó estimacion de lo que hacia; honraba á todos y en especial á los Sacerdotes, á quien tenia tanto respeto, que no se atrevia a cubrirse en su presencia; y, lo que excede á todo el modo ordinario, tomaba para lavarse el agua en que se habian lavado, no se teniendo por digno de gastar la que estaba preparada para ellos en el colegio, que, aunque parece menudencia, declara el respeto que les tenia.

Finalmente, fué un perfecto religioso, espejo y dechado de su estado de coadjutor temporal, lleno de altas virtudes, en las cuales fué creciendo desde que entró en la Compañía hasta el dia en que murió, que juntas con su buen caudal, maduro juicio, prudencia, sinceridad y verdad, le hicieron amable y respetable á todos los que le trataron.

Queriendo nuestro Señor darle el premio de sus trabajos, le envió un recio dolor de estómago, estando fuera del colegio en una heredad, el cual le apretó de manera, que no pudo venir á él, como lo deseaba, á morir entre sus hermanos, cogiéndole dos leguas distante: dos hombres que se hallaron presentes, le compusieron una pobre camilla para recostarle en ella; mas, como no la usaba, no pudo tomar descanso, y así le sentaron en una pobre silla, que era su ordinaria cama, en la cual, con un santo Cristo en las manos y una vela bendita encendida, en santos coloquios, dió su alma á nuestro Señor, que para tanta gloria suya le crió, teniendo sesenta y cinco años de edad y cuarenta de religion.

Habia comulgado en el colegio dos dias ántes, y así no le halló la muerte

desapercibido, porque toda su vida fué una contínua preparacion para morir.

Su muerte fué sentida de todos, y más de los indios, que la celebraron con lágrimas, llorando la muerte de su comun Padre, á quien tuvieron por tal y sin él se tenian por huérfanos y desamparados; pero en el cielo no se ha olvidado de ellos, alcanzando de Dios muchos y santos obreros que han ido a enseñarlos.

Su vida, por ejemplar y santa, escribió el P. Andrés Perez de Rivas en la *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. 3.º, cap. XXXV, y yo la he querido poner aquí para comun edificacion y ejemplo de todos. Fué su santa muerte el año de 1624; el dia fijo no se sabe.

P. ANDRADE.

P. HERNANDO DE VILLAFAÑE

POR haber sido este esclarecido religioso compañero y condiscípulo del santo mártir Gonzalo de Tapia y sucesor suyo en la mision de Cinaloa, y alcanzado al H. Francisco de Castro en ella, para complemento de su historia, se pone aquí su vida que fué la siguiente:

Nació el P. Hernando de Villafañe en la ciudad de Leon de Castilla la Vieja, de padres muy nobles, de quien recibió muy cristiana doctrina en los primeros años, criándole con particular cuidado y aplicándole al estudio de la latinidad y virtud, en que dió prendas de su buen ingenio.

Despues le enviaron á Salamanca para que estudiase Derecho; pero, como Dios lo prevenia para otros altos fines, así le puso prendas que le asegurasen la consecucion de ellos; porque, demás de la diligencia en la facultad que estudiaba, la ponia mayor en la modestia y recato de sus acciones.

Era de singular ejemplo á los de la Universidad en la compostura y honestidad de su persona, descubriendo lo que habia de resplandecer despues en él; porque juntamente con alumbrar nuestro Señor su entendimiento para las letras, aprovechaba más en desengaños de la vanidad del mundo.

Esta consideracion hizo tanto peso en su alma que se determinó á dejar el siglo, donde pudiera prometerse mucho descanso y regalo por la riqueza y nobleza grande de sus padres; encomendaba muy de veras á nuestro Señor estos desesos, suplicándole que, si le agradaban, los perfeccionase.

Cumplióselos su divina Bondad, y le facilitó la entrada en nues
pañia, donde fué admitido con comun aprobacion.

En el noviciado comenzó luego con gran fervor á imprimir en su
virtudes religiosas, haciendo grande estimacion del instituto á qu
habia llamado. Esmerábase en seguir á los más fervorosos connovi
niéndose delante sus virtudes para imitarlas; y se prometian los S
tanto de su perseverancia y virtud, que siendo aún novicio, le envi
propia patria para que estudiase Filosofía.

Cúpole en venturosa suerte por maestro el P. Luis de la Puente,
signe en sabiduría y santidad. Alegróse mucho nuestro Hermano
tal maestro, y con su vista y trato se le aumentaban los deseos d
perfeccion. Aprendió de él las Artes, en que salió muy aprovechad
la comunicacion espiritual no ménos instruido en el espíritu y la vi
yos documentos estampó en su alma, y los dictámenes espirituale
tencias que le habia oido los conservó toda su vida, y se le oian re
cuentemente con grande afecto y estima.

En los largos caminos que anduvo, habia de llevar consigo algun
los del P. la Puente, que iba leyendo caminando en la cabalgadur
tando en eso y en oracion buenos ratos del camino.

Por estos medios disponia Dios el bien de muchas almas, prev
áun cuando era Hermano este su siervo evangélico, un ministro que
ba ya tan lleno de sentimientos divinos de aprecio de la salvacion de
jimos, que no se contenia en sí, sino meditaba las empresas de pa
Indias á la conversion de tan extendida gentilidad como considerab
gada al culto del demonio.

Representó estos deseos á sus Superiores, y atendiendo á su much
y verdadera vocacion, fueron admitidos y le enviaron á la provincia d
España en compañía del P. Francisco Vaez, de vuelta de Roma po
dor de Méjico.

Llegado al colegio de Méjico, y conociéndose los santos deseos
habia ido de España, luego se le dió materia en que los ejercitase; y, á
se ordenase y acabase sus estudios, le enviaron los Superiores al co
Pascuaro en la provincia de Mechoacan, para que aprendiese aquella

Muy pronto lo halló la santa obediencia, y llegado allí, luego con
diligencia aprendió la lengua tarasca, general de aquellos indios; y
fué fuerza volver á Méjico á acabar sus estudios y ordenarse, volv
para la misma provincia, en la cual por algunos años se empleó en
de los naturales, ejercitando con ellos y con mucho fervor los minist
la Compañía.

Era contínuo en repartirles el pan de la divina palabra, eficaz en exhortarlos á la virtud y á dejar sus vicios; confesábalos é industriábalos en toda piedad y devocion; y para conseguir esto, trató de veras de perfeccionarse en la lengua en que salió tan aventajado que áun muchos años despues, habiendo aprendido otras bárbaras, no la olvidó y la hablaba con eminencia; y, si encontraba con indios mechoacanes, no habia de pasar sin platicarles y hacerles doctrina, aunque se detuviese en el camino.

Estando en el colegio de Pascuaro, fué señalado de los Superiores por Rector de él, donde ejercitó su oficio con mucha prudencia y vigilancia, atendiendo á un tiempo así al provecho de los súbditos, como al de los muchos españoles y naturales indios, ayudando á unos y á otros con sus frecuentes sermones en sus lenguas.

Empleándose en estos ministerios, le halló la nueva de la muerte del santo mártir P. Gonzalo de Tapia, natural tambien de la ciudad de Leon, muy amado del P. Villafañe por la santa correspondencia que se tuvieron al vivir y navegar juntos á la Nueva España, como por la semejanza que hallaba de su celo y fervor en las virtudes del P. Tapia, dándole más pena el desamparo en que con su muerte quedaba aquella bárbara gentilidad.

En estos dias eran muy frecuentes los impulsos que recibia del cielo, y le llamaban á las empresas de la extendida provincia de Cinaloa, y encendian su ánimo en deseos de verse empleado en ellas, aunque tan trabajosas y peligrosas.

Presentó sus deseos al P. Provincial, que no ménos deseaba enviar á ella persona de caudal, religion y talento, y que pusiese en estado mision por una parte tan de gloria de Dios, y por otra tan perseguida en este tiempo del demonio, que la pretendia destruir; y, juzgando que era de Dios la oferta que hacia de sí este evangélico ministro, la admitió, prometiéndose los grandes frutos que se podian esperar del celo santo del bien de las almas, que Dios habia puesto en él, y no se engañó. Fué despachado á la provincia y mision de Cinaloa.

En llegando, y teniendo ya delante aquella gentilidad y campo que le mandaba Dios cultivar, no le acobardó ni la dificultad y trabajos de la labor, ni el horror de las selvas espesas de naciones infieles y bárbaras, que casi todas en este tiempo estaban por amansarse. Alentábale el verse empleado en cultivar estas gentes, de cuya ocupacion hacia este siervo de Dios grande estima, y hablaba altamente con palabras muy encendidas en el amor de Dios.

En la provincia de Cinaloa le cupo la nacion Guacave, que era muy copiosa, á quien dió pasto saludable de doctrina los treinta años de su mision

apostólica, padeciendo incansables é innumerables trabajos y áun pe
la vida, ya predicándoles, ya administrando los santos Sacramentos, y
do iglesias, ya reduciendo á república aquellos bárbaros tan ajenos
cia, de que vió grandes logros de sus santos trabajos.

Y porque echó de ver este insigne varon que no podia comuni
doctrina celestial sin palabras de las lenguas de las naciones que admi
puso tan extraordinario cuidado en aprenderlas, que aunque dificulto
ció la aplicacion santa á la dificultad, y alcanzó de ellas perfecta not
cia que algunos modos particulares y propios de hablar de los in
procuró saber con propiedad, para explicarles los misterios de nues
fe, le habian costado disciplinas y oraciones, pidiendo luz del cielo pa
derlos, por ser tan dificiles.

Él fué el primero que redujo á reglas y arte la lengua guacave, q
por todas las marinas de Cinaloa, argumento de que las lenguas q
dió este varon apostólico eran de fuego y del Espíritu Santo, al m
las comunicó ese divino Espíritu á los Apóstoles en oracion, y no pa
sos del mundo, sino para regarlo y secundarlo con el agua de la div
bra, como lo hizo por treinta años todos los domingos, sin perdonar
cuando tuvo salud; demás de esto eran frecuentes sus pláticas todos
declarándoles los misterios de nuestra santa fe.

En acabando de celebrar y dar gracias, entonaba él mismo con s
la doctrina cristiana en la iglesia, con una perseverancia que adm
echábase bien de ver el fruto, porque las sabian tan bien los guacav
las cristiandades bien doctrinadas de España; y este celo mostró ta
sitando las misiones de Cinaloa, en cuanto Superior de ellas, y otr
que fuera de esa provincia tiene la Compañía.

Era fervorosísimo este apostólico varon en alentar á los Pa
sioneros en la estima de su ministerio, en que Dios les habia
cuidaba al visitar los partidos de que tuviesen los catecismos de do
sus propias lenguas, único medio para aumentarlos y aprovecharlo
tiandad.

Las cosas que tocaban al ornato y culto divino las solicitaba y
con singular cuidado, y era mucho el aliño y aseo con que hacia c
los altares y aderezaba sus iglesias, porque con esto exterior hace
de lo espiritual estas naciones.

Este motivo fué el que le alentó á ser él de los primeros que en l
cia de Cinaloa emprendió edificar iglesia de dura en sus pueblos,
en persona el sobrestante, y áun poniendo las manos en la obra:
añadió que, habiéndose quebrantado y trabajado mucho en levantar

hermosas iglesias, viéndolas derribadas con una inundacion del rio, cuando ya estaban para predicar, y viendo tambien inundados los pueblos que le habian costado grande trabajo de fundar y congregarse; recibió este golpe con grande conformidad, y dijo aquellas palabras del santo Job: *Sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* Y no quebrantado su ánimo, sino con el mismo que edificó las primeras, comenzó de nuevo, acabó y dedicó las segundas, con grande solemnidad de sus pueblos cristianos; y los de las naciones vecinas quedaron animados á hacer lo propio, á que tuvo atencion el evangélico ministro: solian decir los Padres misioneros antiguos: «Vamos al partido del P. Hernando de Villafañe, para que aprendamos lo que habemos de hacer en nuestros partidos.»

Fueron tambien efectos de su celo los aumentos de estas misiones en lo temporal, concedidos por los virreyes y gobernadores á fuerza de solicitudes suyas, costándole esto muchos trabajos y viajes á Méjico; y lo que los vecinos españoles de esta provincia tienen de haciendas de ganado mayor y menor, asiento de presidio, sueldos de soldados, ventajas al capitan, casi todo se debe á la diligencia del P. Villafañe, la cual juntamente puso en que la hacienda real se gastase necesaria y provechosamente: de donde vino la estimacion grande que hicieron de su persona los virreyes y gobernadores, con tanta aprobacion de su crédito, que, en viendo firma del P. Villafañe en cosas de gastos, lo concedian luego, porque estaban muy pagados de su grande prudencia y religion.

Tambien los Inquisidores de Méjico tuvieron la misma estima de este prudente Padre en órden á las cosas de nuestra santa fe, y así le cometieron la comisaría del Santo Oficio en las dos provincias de Culiacan y Cinaloa, la cual ejercitó hasta su muerte con grande satisfaccion de aquel tribunal; y quien fué celoso y cuidadoso en lo que no tan de cerca le tocaba, no lo seria ménos en lo proprio de su profesion.

En la disciplina regular fué puntual observante de los órdenes de sus Superiores mayores, que hizo guardar con exaccion, y á cuya ejecucion iba el primero con el ejemplo.

A la virtud santa de la obediencia la miró siempre este siervo de Dios como á su norte, gobernándose por su luz, y así tuvo dichosos aciertos en sus dificultosas empresas.

Mandáronle interrumpir sus estudios, siendo estudiante, é ir á Mechoacan á aprender la lengua de aquellos indios; obedeció con sumo gusto, y con cuidado se aplicó al estudio de ella. Despues de Sacerdote le ordenaron los Superiores la vuelta á la misma provincia, y fué á ella con igual contento que la primera. De allí le pasaron á la mision de Cinaloa, distante trescientas le-

guas, y fué no sólo con alegría, pero con fervor apostólico. Luego le mandaron que volviese á la ciudad de Méjico por Rector del colegio, á que vino con pena de haber de gobernar y apartarse de sus amadas misiones, aunque tan llenas de trabajos.

Cumplido el oficio de Rector, fué electo de la provincia por su Procurador á Roma; y por servirla en esta ocupacion y viaje de millares de leguas, lo aceptó el que tenia andados otros muchos en tantos años de mision, donde es contínuo el caminar.

Llegado de viaje tan largo como el de Roma, volvió sin tomar descanso á su amada mision de Cinaloa; de allí le mandó el P. Provincial diese la vuelta otra vez á Méjico, para que se hallase á la Congregacion provincial que se juntaba, y donde importaria su presencia: sin excusarse, aunque pudiera legítimamente, pues ya era la edad muy cargada de años y fatigada de caminos y achaques de gota; con todo eso emprendió el viaje de trescientas leguas y se halló en la Congregacion, la cual disuelta, se volvió á su mision, donde tenia librada su quietud y descanso, y en el celo de la ayuda de las almas que ardia en su espíritu.

Diciéndole un religioso que cómo se ponia en tan largos caminos con tanta edad y enfermedad de gota, respondió: «Dios es quien me llama, y habiéndole de obedecer como debo, el ponerme en camino con buena salud y fuerzas fuera obligacion y deuda de la obediencia que le prometí; quiero caminar enfermo y sin fuerzas; paguemos con amor lo que por amor le es debido, que va mucho de obedecer en lo que no hay que sentir, al obedecer donde es fuerza penar.» Con este espíritu hablaba y obraba en esta materia el muy religioso Padre.

En el voto de la pobreza religiosa dejó señalados ejemplos; no sólo le ofendia lo vano y supérfluo en el uso de las cosas, pero áun de lo devoto se abstenia cuando por curioso le parecia que excedian de lo que pedia su estado. Por esto nunca conservó lámina de precio ó relicario curioso, con ser así que podia tener alhajas de este género muy fácilmente por haber ido á Roma por Procurador. Conocia el P. Hernando de Villafañe, como varon espiritual, que tal vez se engaña en esto la devocion y se muestra propiedad en el afecto, y andaba tan atento en materia de pobreza religiosa, que los sermones escritos de su mano no se atrevia á disponer de ellos sin pedir primero licencia á su Superior.

En la observancia de toda pureza y castidad anduvo siempre con suma vigilancia, viviendo con grande recato treinta años en medio de gente desnuda, mortificando contínuamente sus sentidos, añadiendo para ello el reconciliarse cada dia cuando tenia Sacerdote; tan contínuo era en el cuidado de la pureza.

Aumentaba este religiosísimo Padre sus virtudes con la oracion, á que fué siempre muy aficionado, y sustentaba entre dia con frecuentes jaculatorias y recurso á Dios.

Cuando el achaque de la gota le obligaba á hacer cama, y le echaba como prisiones para no atender á los ministerios de la enseñanza y predicacion del Evangelio, á que tuvo aficion toda su vida; entónces más libre y desembarazado, se daba á la consideracion de las cosas eternas; recitaba devotas canciones que en alabanza del Santísimo Sacramento y de la Santísima Vírgen el habia compuesto, afervorizándose en su amor y devocion.

Cuando caminaba, su mayor alivio y entretenimiento en la soledad de los muchos caminos que anduvo, era el leer libros devotos y despertar afectos santos, medio por el cual muchas veces era levantado su ánimo á altos conceptos de los divinos atributos, que le bañaban el alma de gran dulzura y le servian de alivio, no sólo al devoto Padre, sino á los que algunas veces en su compañía caminaban.

Acompañó este insigne varon el ejercicio de la oracion con la que es su fiel compañera, la mortificacion y penitencia: cuando la salud y los años le ayudaron, hacia disciplinas rigurosas para domar la carne, y con este mismo espíritu se alentaba tanto á buscar estas penas para su cuerpo, que necesitaba que los Superiores le fuesen á la mano.

Aunque para sí era severo y riguroso, no lo era para los demás, sino afable, en particular con los soldados de escolta, que en algunas ocasiones de peligros le acompañaron y lo hacian con particular gusto por el cuidado que tenia en acomodarlos y regalarlos con lo que podia en tierra tan pobre y necesitada.

Pero en lo que mostró más su benignidad fué con los pobres indios, con los cuales tuvo muy apacible comunicacion para ganarlos para Cristo y ser amado de ellos. Socorríalos con mucha liberalidad en las necesidades temporales que padecian, repartíales con notable benevolencia cuanto tenia, y cuando caian enfermos, los regalaba y proveia de sustento.

Para con los indiecitos pequeños era admirable el afecto con que los hacia sentar junto á la mesa cuando comia, dándoles de los bocados de su mismo plato, y los agasajaba y acariciaba con tanto amor como si fuera padre de cada uno; con esta benignidad ganó á los indios de suerte, que lo amaban tiernamente, y los españoles le admiraban en ver persona de sus canas, autoridad y oficios, que habia tenido de Rector de Méjico, donde pudiera quedarse á vivir con mucho descanso, Procurador á Roma, Comisario del Santo Oficio, ocuparse con tanto gusto en ministerios que carecen de lustre, y de que el Padre hacia más aprecio que lo hiciera el más ambicioso de sus mayores lu-

cimientos; y, sobre todo, edificaba á los españoles el verle tan atento al bien espiritual de sus feligreses, acudiendo con gran puntualidad á todas horas, de noche y de dia, con serenos y soles fortísimos, á confesar enfermos, consolando á los tristes, aliviando á los afligidos y usando de todos los medios para reducirlos á las leyes de Dios y de la virtud.

Fué singular la devocion que tuvo este siervo de Dios al Santísimo Sacramento y sacrosanto misterio de la Misa, la cual celebraba todos los dias, aunque fuese caminando, en que jamas se acordaba de haber hecho falta, porque prevenia los impedimentos que podian ofrecerse á esta su cordial devocion

Cuando fué á Roma por Procurador, era su mayor cuidado el disponer la jornada y paraje donde tuviese comodidad para gozar de este celestial viático, y el privarse de él en la navegacion (que en aquel tiempo no estaba tan introducido como en el presente) esa era su mayor pena y trabajo, é hizo muchas diligencias para celebrar en el navío, pidiendo pareceres á hombres doctos cuando hubo de volver á Nueva España; y aunque tuvo grandes contradicciones, al fin salió con su intento, siendo el primero que en la carrera de las Indias occidentales introdujo el santo sacrificio de la Misa. Si por impedido de la gota no la decia, se hacia llevar á la iglesia, y la oia, comulgando en ella con gran devocion.

Cuando la enfermedad le obligó á quedar en la cama, alcanzó de los Superiores un aposento, cuya ventana caia á la iglesia, y desde ella oia Misa con gran consuelo de su espíritu, aunque cargado de dolores. Y cuando celebraba, era preparándose con particular oracion, fuera de la ordinaria, confesándose todos los dias, y despues asistiendo á todas las Misas de que podia gozar.

La última Cuaresma de su vida, viendo el Superior cuán quebrantado estaba de la salud y falto de fuerzas por los muchos años de su edad, le pidió se quedase á descansar en el colegio de la villa de Cinaloa, y no fuese á su partido, pues tenia en él otro Padre compañero que supliria la falta que podia hacer su ausencia. El Padre, si bien agradeció la oferta de caridad, con todo esto pidió licencia para volver á su doctrina y ocupacion santa que le tiraba; y con tan nuevos fervores predicaba y confesaba, que decia despues que jamas habia sentido aliento y deseos de ayudar á las almas como desde aquella Cuaresma; y parece, que cuando era tiempo de hacer punto, hizo mayor raya.

Mas, como la naturaleza estaba tan gastada, hubo de ceder el deseo á la flaqueza, porque pocos dias despues le derribó en la cama la enfermedad, y por la mayor comodidad le llevaron á su colegio. Conocióse ser mortal el accidente, confesóse generalmente como lo habia hecho otras veces.

Siete años habia que con particular cuidado se aparejaba para morir, aunque siempre le acompañó ese cuidado, y viendo que ya se acercaba aquel punto en que habia de pasar á la eternidad, dijo al Padre Rector, presentes otros Padres: «Doy á Dios muchas gracias por la merced que me hace de llevarme ahora que no me halla la muerte descuidado: hago lo que puedo de mis ejercicios, y gózome que me dió esta enfermedad, predicando á mis indios.»

Ibase aumentando el mal, y todos lloraban tiernamente su ausencia, porque muriendo el Padre, faltaba la principal columna que sustentaba aquellas misiones, que como Padre las habia amado, como Prelado gobernado y como santo con sus ejemplos edificado, aunque no se olvidó Dios de darles despues otros ilustres ministros, que por ayudarlas derramaron su sangre.

Llegósele, en fin, la hora de su muerte al V. P. Hernando de Villafañe, habiendo recibido los santos Sacramentos, que fué con grande quietud y sosiego como habia vivido.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Andrés Perez, en su *Historia de los Triunfos de la Fe*, lib. 5.º, cap. XXIII: no dice el mes ni año en que murió; tiénese por cierto que seria por el mismo tiempo que el H. Francisco de Castro, y por esto se pone consiguiente á él.

P. ANDRADE.

P. HERNANDO DE TOBAR

EL siervo de Dios P. Hernando de Tobar fué natural de Ceilan, en la Nueva Galicia, provincia de Méjico. Era este santo varon hijo de padres nobles, y así de un aspecto señoril y grave, aunque muy apacible y acompañado de una religiosa humildad y modestia.

Desde niño fué muy aplicado á las cosas de virtud y aficionado á la Compañía, cuando áun apénas era conocida en aquellas partes de la Nueva España. Al primero que vió de la Compañía, que fué el santo protomártir de Méjico, el P. Gonzalo de Tapia, lo acompañaba al púlpito y en todos los demas ministerios con grande devocion y gusto, no teniendo áun doce años cumplidos, cuando parece se imponia en aquella tierna edad para las misiones apostólicas que andando el tiempo siendo de la Compañía habia de hacer.

Despues á todos los de la Compañía que venian á casa de sus padres,

como á una hospedería comun, por ser su madre matrona de no ménos valor, piedad y virtud, que nobleza; el santo mozo les acompañaba y regalaba; y así, recogiéndose un dia á su casa el P. Hernando de Santaren, misionero apostólico de aquella provincia, á curarse de una enfermedad grave; no consintió que otra persona sino él le acudiese á su servicio y regalo, llevándole con gran diligencia y caridad la comida y medicinas, y haciendo todos los demas oficios de bueno, y cuidadoso, y áun de religioso enfermero.

Cuando sucedió el glorioso martirio del santo P. Gonzalo de Tapia, un Padre de la Compañía que llevaba la cabeza del mártir á la ciudad de Méjico, pasó de camino por casa del virtuoso mancebo Fernando de Tobar, y deseando su madre hacer algun servicio al mártir conforme á su devocion, trató de acomodar su santa cabeza en un cofrecito rico, en que ella tenia sus joyas. Pareciendo ser algo pequeño, el niño dijo á su madre que aquel cofre era pequeño para cabeza de tan grande santo como el P. Tapia, y así que le aderezase otro mayor, y aquel lo guardase para él, que tambien habia de morir mártir por Cristo. No se reparó mucho entónces en el dicho, aunque su vida virtuosa bien prometia tan alto fin; pero despues el glorioso suceso mostró que no fueron vanos los prenuncios del niño, sino profecía verdadera de lo que habia de suceder. Con tanta devocion y servicios hechos á la Compañía, no paró hasta hacerse uno de ella.

Salió en la religion varon aventajado en todo género de virtudes, por las cuales los que le trataban más le estimaban, y solian con admiracion decir de él personas muy graves: «El P. Hernando, gran cosa, gran cosa, y cada dia será mayor, segun la diligencia que pone.»

Tenia muchas devociones y muy tiernas con los santos y singularmente con la Virgen María nuestra Señora, rezándola de ordinario su Oficio, el rosario y las letanías, y haciendo muchos ayunos y penitencias con grande teson, en honra de esta Señora, y con su favor é imitacion conservó siempre grande recato y circunspeccion en su trato y modo de proceder con grande pureza de alma y cuerpo.

No se sintió en él olor de vanidad ó presuncion propia: con ser sus deudos de los más principales de Nueva España, jamas se le oyó palabra, ni descubrió resabio de estimacion de su sangre, ni ménos de alabanza de sus buenos talentos. Teniéndole muy aventajado en materia de púlpito, en lo cual, aunque mozo, mostraba mucho espíritu y doctrina sólida, y cogia mucho fruto de los oyentes; nunca se le conoció inclinacion ni muestras de querer puesto adonde ejercitarlo, ántes con grande desengaño y edificacion de todos, se aplicó á misiones y trato de indios; acudíales con grande cuidado, grande gusto y consuelo de su ánima.

Era muy despegado de carne y sangre, y así varias veces que entendió que su madre hacia instancia para que le llevasen á la ciudad de Méjico, adonde ella se habia recogido á un monasterio, previno á los Superiores pidiendoles encarecidamente que le gobernasen sólo á mayor gloria de nuestro Señor, sin dependencia de seglares y personas que le tocasen, y este fuese el norte con que dispusiese de él la obediencia en todas las cosas; y habiéndole enviado órden que en todo caso viniese á Méjico, asegurándole que no era por instancia de los suyos, sino por ser menester allí su industria y trabajo, todavía dilató la ejecucion todo lo que pudo, salva la obediencia, hasta cuando nuestro Señor tenia dispuesto que, partiendo para Méjico, fuese por el martirio á parar en la bienaventuranza.

Porque saliendo de la mision de los indios tepeguanes de S. Andrés, en la Nueva Vizcaya, adonde habia trabajado mucho con fruto igual á sus trabajos; cuando pasaba cerca del pueblo de Sta. Catalina, encontró los indios tepeguanes levantados por instigacion de Satanás, que revestido en un indio viejo, hechicero, apóstata de nuestra santa fe, les persuadió que él era dios de la tierra é hijo del sol, dios del cielo, con otros semejantes dislates, y que el y su padre estaban muy enojados con los indios por haber dejado su antigua religion y tomado la ley evangélica, de la cual él los queria librar y volverlos á las antiguas idolatrías, colmándolos de grandes bienes; y de hecho con sus embustes los hacia idolatrar, pero añadia, que para satisfaccion de su yerro y para desenojar á sus dioses, fuera de dejar la ley recibida y volverse á la antigua de sus pasados, era necesario pasar á cuchillo todos los antiguos cristianos de su tierra, especialmente á los Sacerdotes que los doctrinaban; y donde no, serian de él y de su padre castigados severamente con enfermedades, pestilencias, hambres y otras muchas y grandes calamidades.

Con estos y otros muchos engaños y embustes del demonio, engañados aquellos pobres indios, se resolvieron en matar á los cristianos antiguos y en primer lugar á los Padres de la Compañía que pudiesen hallar. Y así, habiéndoles venido á las manos el santo P. Tobar, muy seguro é ignorante de la mudanza que el demonio habia causado, no perdieron la ocasion de ejecutar sus perversos intentos.

Al principio lo recibieron con muestras de alegría y amor, y lo hospedaron y dieron de comer, recibiendo en retorno santos consejos y amonestaciones saludables: en partiéndose de ellos y volviéndoles las espaldas, instigados del mal espíritu que ya les habia tomado el corazon, le comenzaron á flechar, y prendiéndolo decian: «Veamos este que es santo, cómo lo resucita su Dios; que piensan estos, que no hay sino enseñar Padre nuestro, que estás en los cielos y Ave María, etc.»

El Padre con grande ánimo y con espíritu libre, aunque en cuerpo preso, les comenzó á predicar las verdades católicas de nuestra santa fe; mas estando haciendo este oficio por un rato, procurando ablandar aquellos pechos duros y obstinados, uno de los gentiles, despues de haberle dado un recio golpe en la cabeza, le atravesó de parte á parte el suyo con una lanza, abriendo puerta por donde aquella santa alma volase á las moradas eternas, la primera de una lucida escuadra de mártires que despues mataron, dándola en manos de su Señor, á quien tierna y afectuosamente llamó muchas veces en aquel paso dichoso, invocando el dulcísimo nombre de Jesus.

Despojáronle ántes de espirar de todos sus vestidos bañados en sangre, los cuales daba de buena gana el verdadero discípulo de Cristo, por ser mas semejante en la muerte á su Señor y Maestro, á quien perfectamente habia imitado en vida.

Acudieron despues de algun tiempo los fieles á buscar el santo cuerpo del P. Fernando de Tobar en el lugar de su martirio, pero no hallaron de todo él más de una canilla; entendióse que los indios acajes, que son amigos de carne humana, y andaban en compañía de los apóstatas rebelados, se lo habian comido con inumanidad bárbara, para que no sólo padeciese este santo varon en vida, sino tambien en muerte, de la manera que ser podia, y el Señor tuviese más que honrar á su siervo, como lo hizo áun acá despues de su muerte.

Ocho dias despues de ella testificó el P. Francisco de Arista, Superior que entónces era de aquellas misiones, que se le apareció en sueños el P. Hernando de Tobar con rostro difunto. Dióle mucho cuidado y sobresalto al Padre Arista; y, con deseo de saber del estado de su alma, le preguntó: «¿Qué es esto, P. Hernando, dónde está?» El bendito Padre, mostrando de repente el semblante mudado, muy alegre y resplandeciente, respondió: «En el cielo estoy, P. Francisco de Arista, donde lo tengo todo,» y con esto desaparecio la vision, quedando el Padre bañado en devocion y consuelo.

Tambien testificó el P. Dr. Pedro de Hortigosa, Catedrático de Prima de Teología en nuestro colegio de Méjico, que habia criado al P. Hernando de Tobar, y sido su maestro con particular aficion y grande estima de su singular virtud y modestia, que despues de haber venido la nueva de la muerte de ocho Padres, en sueños se le representó una nubecica, y en ella muchas palomas, que no contó cuántas eran, las cuales venian volando de la parte del poniente hácia él. Tuvo grande deseo de que se le viniesen á la mano, y ellas apriesa se asentaron sobre sus brazos muy mansas, halagándole y diciéndole «Alabemos al comun Señor.» Y despues de haber estado un rato causándole grande gusto, la que iba delante le mostró un rostro muy hermoso, en que

reconoció al P. Hernando de Tobar. Llegóse como á dar paz al Padre, y en esto lo dejaron muy consolado y alegre, persuadido con grande firmeza, que aquella era representacion de las almas santas de los ocho Padres mártires, aunque sólo reconoció al primero de todos, el P. Hernando de Tobar, el cual murió de solos treinta y cinco años de edad, y el dia de su santa corona fué á 16 de noviembre del año de 1616.

P. NIEREMBERG.

PP. DIEGO DE OROZCO Y BERNARDO DE CISNEROS

Dos dias despues de la gloriosa muerte del bendito P. Hernando de Tobar, llegó la misma conjuracion y alzamiento de los indios tepeguanes, por instigacion del demonio, que los movia á la idolatría y adoracion de los falsos dioses y destruccion del Evangelio y de los Padres que lo enseñaban, derribando iglesias y rompiendo imágenes y ornamentos sagrados, al pueblo de Santiago Papasquiaro en la Nueva Vizcaya, provincia de Méjico.

Residian en aquella provincia doctrinando y enseñando á los indios con mucho cuidado y trabajo el P. Diego de Orozco y el P. Bernando de Cisneros, á los cuales juntamente quitaron la vida los bárbaros, en odio y aborrecimiento de la fe y doctrina que enseñaban.

Fué el P. Diego de Orozco español de nacion, natural de la ciudad de Plasencia en Extremadura, hijo del Dr. Antonio de Orozco, regidor de aquella ciudad y abogado de los Consejos y de D.ª Isabel de Toro, sobrino del Maestre de campo Rodrigo de Orozco, Marqués de Mortara, Gobernador de Alejandría de la Palla.

Entró en la Compañía en el colegio de Salamanca, á los quince años de su edad, y á los veinte y ocho le sucedió la dichosa muerte, para la cual se dispuso luego que entró en religion, deseando pasar la vida entre gentiles, para ganar almas á Dios y alcanzar para sí la corona del martirio, del cual trataba muchas veces con grande gusto, alentando la esperanza de tan grande bien.

Fué tanta la instancia que hizo el P. Orozco para entrar en esta empresa, que, no obstante su poca edad y ménos salud y la grande resistencia de mu-

chos y muy nobles parientes suyos, guiado del divino espíritu por medio de la obediencia, pasó á la Nueva España, y áun, para alejarse más de sus deudos y de ocasiones de volver á su tierra, quiso pasar al Japon, prometiéndose allí más cierta la corona del martirio. Mas no alcanzando esta mision, acabados sus estudios y señalado en todo género de virtudes y tan aventajado en la Filosofía y Teología que pudiera ocuparse con mucha satisfaccion en cualquier lucido puesto, con tener muy delicada salud y pocas fuerzas, aspiró y pidió con grande instancia ocuparse en las misiones y ministerios de indios; y así, atendiendo á su mucho fervor, fué enviado de la santa obediencia entre los tepeguanes, con los cuales trabajó apostólicamente, discurriendo de dia y de noche con grandes descomodidades por varias partes, doctrinando y cultivando aquellos corazones duros, de los cuales recibió despues el premio de sus trabajos, ó por mejor decir, de la mano del Señor por medio de estos bárbaros.

El P. Bernardo de Cisneros era tambien español de nacion, natural de Carrion de los Condes, en Castilla la Vieja, de edad de treinta y cuatro años; vivió diez y seis de Compañía, en los cuales se esmeró mucho en la virtud de la humildad, y por ella y por una grande afabilidad y rara modestia que en su rostro resplandecia, era tan amado de los de casa y de los de fuera, que no habia niguno que no le tuviese singular afecto y amor.

Tuvo grande observancia de las reglas; fué muy amigo del recogimiento, cuidadoso en el silencio, fervoroso en la oracion y trato con nuestro Señor, en el cual Su Divina Majestad regalaba su alma con muchos consuelos, raptos y éxtasis. Finalmente, desde el tiempo de sus estudios fué tenido de todos por ejemplo de toda virtud y perfeccion religiosa.

Deseó ir á las misiones de los indios, por el ardiente celo que tenia de la salvacion de las almas; pero por no apartarse un punto de la perfecta indiferencia en las manos de nuestro Señor y de la santa obediencia, y receloso de su propia voluntad, y juntamente aficionado al recogimiento, observancia regular y á la frecuente y contínua sujecion á los Superiores que se tiene en nuestros colegios y casas; no se atrevia á pedir le enviasen á misiones. Mas cuando la santa obediencia le dió esta ocupacion, fué á ella con sumo gusto, grande ánimo y deseo de trabajar mucho por Cristo, diciendo que, con el apoyo y confianza de la obediencia, no habia que temer los enemigos espirituales ni los corporales.

Ejecutólo admirablemente en la cultura de los tepeguanes, cogiendo para sí el glorioso fruto del martirio. Porque, aunque estos dos Padres tuvieron noticia de la apostasía y rebelion de los indios que hemos referido, no quisieron huirles el cuerpo, sino ántes trataron de desengañarlos y apaciguarlos.

volviéndolos á la fe católica, prefiriendo la salud y vida de aquellas almas á la de sus propios cuerpos.

Entendiendo, pues, que ya los indios idólatras sobrevenian armados de furor y hierro contra ellos, cerrados los oidos y entendimientos á la razon; los Padres con algunos cristianos se acogieron á nuestra iglesa, para huir el golpe á los enemigos de la fe, que les dieron algunos combates, poniendo dos veces fuego á la iglesia para abrasarlos en ella.

En esta ocasion se mostró grandemente el pecho cristiano del P. Bernardo de Cisneros, porque viendo la pertinacia de los enemigos, un dia de los tres del cerco abrió de par en par las puertas de la iglesia, y poniéndose en medio de ellas, con un admirable pecho y ánimo esforzado les comenzó á hablar, persuadiéndoles con buenas palabras y razones eficaces que desistiesen de su mal intento, alzasen el cerco y se volviesen á la verdadera fe y camino cierto de su salvacion. Mas ellos, con los corazones endurecidos, respondieron al Padre con un torbellino de flechas, de manera que si los españoles no le apartaran presto de la puerta, allí acabara la vida cubierto de saetas; pero todavía le quedaron atravesados los brazos con algunas de ellas. Y porque los españoles se lastimaban y compadecian mucho de sus heridas, el Padre con grande valor les dijo: «No es ahora tiempo de eso, sino de resistir valientemente y defender la iglesia del ímpetu de los idólatras, que eso es lo que importa;» y tomando con sus propias manos las flechas por lo que salia de los brazos de una y otra parte, las quebraba y arrojaba sin dar señal alguna de sentimiento, como si no fueran sus brazos los atravesados.

Prosiguieron los indios con la victoria, y para mostrar claro el odio de la fe, que en sus corazones habia encendido el demonio, sacaron á vista de los Padres una imágen de nuestra Señora, que estaba en una ermita cerca de la iglesia, y tomándola uno á cuestas, otros dos la dieron dos mil azotes con barbara impiedad y excesivo dolor de los piadosos y religiosos Padres.

Otros sacaron un Crucifijo, y sacrílegamente le arrastraron é hicieron pedazos contra una esquina diciéndole: «Ladron, borracho,» y otras tan horribles blasfemias, que aunque se erizan los cabellos y las orejas se quisieran tapiar para no oirlas, y el alma se estremece de sólo pensar se haya hecho tal injuria á su Criador; con todo eso no he querido faltar á la fidelidad de la historia en referir algunas, porque se nos declara en su sufrimiento la infinita paciencia de Dios, que á tan grandes blasfemos no tiró rayos del cielo. Y no sé en qué otro caso venga mejor lo que notó Tertuliano, que por la paciencia no repara Dios en su descrédito.

El mismo desacato usaron con la santa Cruz que estaba en el cementerio de la iglesia, embistiendo á caballo contra ella con sus lanzas, á manera de

justa ó sortija, hasta hacerla pedazos gritando á los Padres: «Nosotros sí que tenemos Dios vivo, y no vosotros, que no teneis sino Dios de palo». Despues, para no dejar género de impiedad ni sacrilegio con que no ofendiesen á Dios, y atormentasen aquellos sus siervos con mayor tormento que el mismo martirio; pusieron en las andas sagradas de los santos á dos ó tres perversas indias que habian fomentado mucho el alzamiento y apostasía de la fe, haciéndoles ofrendas y reverencia, como gente del todo poseida del demonio.

Últimamente, despues de haber quemado otras casas, pusieron fuego á nuestra iglesia, de manera que, sin poderle apagar, se iba toda quemando con los que dentro estaban.

Viendo los indios apóstatas el aprieto en que estaban los Padres y algunos otros cristianos de su compañía, les ofrecieron engañosa libertad, pidiéndoles las pocas armas que tenian, y escapando del incendio, se fuesen en paz á Gudiana, porque no quedaba satisfecha su bárbara crueldad con que el fuego abrasase á los Padres y cristianos, sino que deseaban ejecutar con sus propias manos la muerte, bañándose y relamiéndose en la sangre inocente de los mártires.

Aunque los de dentro se aseguraban poco de los bárbaros por verlos ya sin fe y poseidos de los demonios, que los incitaban á todo género de crueldad, en especial el P. Cisneros, que siempre fué de parecer que resistiesen, y muriesen en la demanda, sin darse jamas á cortesía de los infieles; todavía hallándose sin otro remedio, de parecer de los más, aceptaron el partido, y así salieron de la iglesia en procesion, llevando el P. Diego de Orozco la custodia del Santísimo Sacramento en las manos, y un capitan una imágen grande de nuestra Señora en las suyas.

Los apóstatas, fingiendo arrepentimiento, llegaban á adorar el Santísimo Sacramento y á besar la mano al Padre que lo llevaba, para con eso asegurar más á los pocos soldados católicos que allí iban, y juntamente con maña les quitaron algunas armas que les habian quedado, no osando ellos darse por entendidos, ni mostrar recelo ni poca seguridad, aunque no tenian ninguna, haciendo, como dicen, del ladron, fiel, por verse imposibilitados de defensa á fuerza de armas.

Pero por si podian á fuerza de razones, el P. Orozco, con grande blandura y muestras de amor, les comenzó á hablar, diciéndoles que advirtiesen que aquel Señor que en sus manos tenia los habia criado de nada, y redimidolos con el precio de su sangre, que era juez de vivos y muertos, y así, si no se arrepentian de lo hecho y trataban de enmendarse y volver la hoja, los castigaria severamente, tomando venganza de sus desafueros.

Quitáronse los idólatras la máscara de devocion y arrepentimiento, y descubriendo la cara de sus errores, falsedad y odio contra nuestra santa fe, dijeron al Padre con grande desvergüenza que mentia, que nuestro Dios no hablaba como el suyo, el cual aquel dia les habia dicho que todos los cristianos habian de morir, y luego embistieron con el Padre con un furor diabólico.

Arrebatáronle la custodia del Santísimo Sacramento de las manos, y dieron con ella en la pared, comenzando á pisar y acocear el tremendo y venerable Sacramento hasta hacerlo muy menudos pedazos en el suelo, diciéndole juntamente horribles blasfemias. ¿Quién pensara que no se habia de abrir aquí la tierra y tragar á estos malditos, y que los elementos no se habian de conjurar para vengar las injurias de su Criador? Pero su infinita paciencia excede á todo pensamiento humano, y en este Santísimo Sacramento sufre, como notó S. Juan Crisóstomo, más que lo que padeció cuando fué crucificado.

Luego con la misma impiedad dieron los tiranos tras la imágen de la Santísima Vírgen nuestra Señora, y la hicieron pedazos. Pasó el odio á los siervos de Dios, solamente por serlo y por haberles enseñado la santa fe católica, y asiendo ocho indios al P. Diego de Orozco, le levantaron en alto, diciéndole por escarnio del santo sacrificio del altar: *Dominus vobiscum*, y respondiendo otros: *Et cum spiritu tuo,* y otras palabras de la Misa; y estando el santo varon con grande serenidad de ánimo, diciéndoles: «Haced, hijos mios, de mí lo que quisieredes, que por mi Dios muero, á quien debo todo lo que soy,» le tiraron una flecha que le pasó la espalda de una parte á otra; y despues, teniéndole unos por los brazos en forma de cruz, otro con un hacha le abrió todo el cuerpo de arriba abajo, haciendo de esta manera el Padre con mucha voluntad suavísimo holocausto de sí á su Criador. Al dichoso P. Bernardo de Cisneros dieron una cruel lanzada en la cabeza, y con este y otros muchos golpes dió su santa alma al Señor, en defensa de la fe y religion, porque tanto habia trabajado.

A estos dos confesores de Cristo dedica Gerardo Montano estos dos epígramas:

DIDACO OROZCO

Tempora telorum circum stridente procella,
Nobilis obiecto numine pelta tegit.
Vallatum solida stat religione, nec arcus
Nec ferri nimbos pectus et arma timet.
I nunc, et plenis in te reditura pharetris
Barbaries caeca, proüce tela manu.

BERNARDO CISNERIO

O cui pro canae pectus pietatis honore
Fixit inhumana lancea torta manu.
Excipere adverso dubites ne pectore ferrum,
Vernat in has coelo missa corona comas.
Candida Idumaeae libescunt lilia palmae,
Ista manus flavas ornet ut illa comas.

P. NIEREMBERG.

PP. JUAN DEL VALLE Y LUIS DE ALABEZ

El mismo dia, que fué viérnes diez y ocho de noviembre, en que los indios tepeguanes de Santiago Papasquiaro dieron la gloriosa muerte al P. Diego de Orozco y P. Bernardo de Cisneros, otros idólatras de aquella conjuracion, con la misma instigacion del demonio, deseosos de extinguir del todo la fe de Jesucristo de la cual ya ellos habian apostatado, martirizaron á los dichosos Padres, verdaderos hijos de S. Ignacio, Juan del Valle y Luis de Alabez, en el pueblo de S. Ignacio de la Nueva Vizcaya, por otro nombre el Cape.

Era el P. Juan del Valle natural de Vitoria, en España, de edad de cuarenta años y veinte y cinco de Compañía, profeso de cuatro votos. Tuvo grande celo de la conversion de los gentiles, y trabajó mucho en procurarla con mucha aplicacion y gusto, como si hubiera nacido para aquello, habiéndole nuestro Señor dado muchos y grandes talentos en que se pudiera ocupar con mucho lustre. Especialmente trabajó por la conversion de los tepeguanes, entrándose solo entre ellos con mucha seguridad y ánimo, entre grandes peligros en que le puso el demonio que lo aborrecia mucho.

No le retiraron los terrores y amenazas de muerte que los indios instigados del demonio le hacian; y así, con un ánimo varonil, pospuestos todos los peligros, quitó un ídolo perjudicial que los bárbaros tenian en una quebrada,

echándole á rodar una cuesta abajo para hacerlo pedazos, lo cual sintió tanto el demonio, que hizo horrendas demostraciones, causando un espantoso terremoto en toda aquella tierra y un grande fuego en el aire, que mostraba quererlo abrasar todo.

Con este y otros medios instigó el demonio á que echasen de su tierra al P. Juan del Valle; pero no pudo ser vencida su constancia y celo, ántes perseveró trabajando, hasta que vencidas grandes dificultades, y, la que era mayor, la rebeldía y bárbara fiereza de los gentiles, los redujo á los pueblos de Sta. Catalina y S. Ignacio, adonde fuesen instruidos y doctrinados con más comodidad y más de propósito en nuestra santa fe.

Mas no se le acabó con esto al santo varon la materia de padecer, ántes estando en el pueblo de Sta. Catalina, que pertenecia á su doctrina, pretendió quitar á un indio mal cristiano dos mujeres con las cuales, con sombra de matrimonio, estaba en mal estado; y aunque el Padre lo procuró hacer con su acostumbrada suavidad, el pobre indio estaba tan apasionado, que frenético de enojo intentó matar al que como médico de su alma le queria sanar y dar la vida.

Fuese una vez para el pobre aposento del siervo de Dios con su arco y flechas con resolucion de darle la muerte; pero nuestro Señor que lo guardadaba para otra ocasion, cegó al indio de manera, que estando el Padre en medio del estrecho aposentillo, no le vió, y lo mismo le sucedió segunda y tercera vez. Hasta que dando parte del caso á otro indio, él hizo averiguacion, y supo del Padre cómo todas tres veces á aquellas horas habia estado en medio de su aposento, lo cual sabido por el agresor, conoció la especial providencia y proteccion que nuestro Señor tenia de su siervo, y, movido de la divina gracia, fué muy arrepentido á confesar su pecado al mismo Padre, pidiéndole con lágrimas perdon, y obedeciendo de allí adelante á sus amonestaciones, enmendando de veras su vida, quitadas las malas ocasiones.

Otras veces algunos indios enojados porque el Padre les iba á la mano en sus vicios y pecados, le dieron de bofetadas en el rostro, las cuales recibia el santo varon hincándose de rodillas con extraordinario consuelo de su alma, sin turbarse jamas ni perder la alegría y paz en estos y otros semejantes casos, por lo cual los españoles le llamaban P. Juan de Paz. Y para afirmar alguna cosa solian decir: «Así me dé Dios la condicion y paz del P. Juan del Valle.»

Por esta paz y mansedumbre y por sus buenas entrañas y deseo del bien de todos, habia alcanzado sobre los que trataba grande señorio y mano, en en tanto grado que todos le tenian por padre, y como á tal lo amaban y re-

verenciaban, poniendo en sus diferencias y discordias la hacienda y la honra en sus manos, para que los compusiese, pasando sin réplica ni queja por lo que el Padre juzgaba, ántes quedando contentos con su disposicion y parecer de una y otra parte.

Tuvo el P. Juan del Valle singular devocion y afecto á nuestro P. S. Ignadio, mostrándolo no sólo en los servicios que por su persona le hacia, que eran muchos; sino tambien procurando con grande cuidado imprimir este afecto y devocion en todos los que trataba.

En el real de Guanacebi, á instancia y persuasion suya, hicieron los misioneros una capilla á nuestro santo Padre, con su retablo muy precioso, campana, candeleros y otras piezas de plata, ornamentos, doseles y colgaduras muy costosas, sirviendo los mineros, instruidos del Padre, de sacristanes de esta capilla, acudiendo á porfía los más poderosos, por hacer demostracion de que se aventajaban más en la devocion del santo, enriqueciendo y adornando más la capilla con nuevos dones y presentes.

Sobre todo se esmeró el P. Juan del Valle en la devocion de nuestra Señora, de quien fué por extremo devoto, y en cuyo servicio y devociones se ocupaba tanto, que es maravilla le quedase tiempo para otra cosa. Todos los dias de nuestra Señora rezaba siete letanías de sus renombres y atributos; las mismas decia todos los sábados y vísperas de sus fiestas, y tenia hecho voto de rezarla cada dia su letanía y una tercera parte del Rosario, diciendo en lugar de Ave María una particular alabanza de la Vírgen, el cual debajo del mismo voto le rezaba entero todos los sábados y vísperas de sus fiestas y las mismas fiestas. Tambien tenia hecho voto de ayunar todos los sábados y vísperas de sus fiestas. Otro voto tenia hecho de dar y hacer todo lo que se le pidiese, segun su estado y profesion, en nombre de nuestra Señora. Finalmente, tenia ofrecidas á esta Señora las obras que hiciese en las vísperas y dias de sus fiestas y en todos los sábados del año, para que dispusiese de ellas á su voluntad, aplicándolas por quien Su Majestad quisiese, excepto las que hubiese obligacion de aplicar por necesidades particulares. Tambien tenia ofrecido de rezarle todos los viérnes una tercera parte del Rosario en reverencia de los dolores que padeció en la Pasion de su Hijo. Estas y otras devociones guardaba irremisiblemente el P. Juan del Valle, las cuales ofrecia á nuestra Señora como su esclavo, por una carta de esclavitud firmada de su propia sangre.

Esta misma devocion procuraba arraigar en los corazones de todos los que trataba, instituyendo para plantarla y conservarla con grande solicitud la esclavitud de nuestra Señora en todos los reales de minas, con mucho fruto de las almas; y él le cogió muy grande para la suya y su cuerpo, porque de aqui

le nació la grande pureza y entereza virginal que guardó hasta la muerte, ayudándose él, para conservarla y para agradar más á la Vírgen, de una circunspeccion admirable y recato en sus sentidos y potencias.

Tambien se puede creer que fué premio de esta grande devocion de nuestra Señora, junto con las demás virtudes de este siervo de nuestro Señor, la gloriosa corona del martirio, con que Dios le honró, cuando él se preparaba para hacer fiesta á la Vírgen en el dia de su Presentacion.

No faltó quien, mirando el orgullo é inquietud de los indios, dijese al Padre que se guardase, que temia que aquellos bárbaros le habian de quitar la vida, á quien el Padre respondió con gran paz: «Por su bien y por la mayor gloria de Dios hemos venido á esta mision: hágase su santa voluntad, que para mí será ese dia dichoso y para los indios regalado, si comieren mis carnes.»

El P. Luis de Alabez era natural de Guajaca en la Nueva España, de edad de veinte y siete años, y nueve de Compañía. Entró en ella Bachiller en Artes, habiéndose siempre criado en nuestros estudios de Méjico.

Fué muy amable por sus virtudes y mucha religion, acompañada con singular verdad y sinceridad, de rara modestia, observancia y recogimiento, junto con grande afabilidad y agrado, trayendo siempre un rostro de religiosa alegría; de manera que era á los demas ejemplar de todas las virtudes, y así los Superiores pusieron los ojos en él para Maestro de novicios.

Créese con mucho fundamento no haber perdido jamas la gracia bautismal, á lo cual ayudaba en especial el ser temeroso de su conciencia y reparar mucho en descuidos y faltas levísimas, que no habia ninguna que lo fuese en su estimacion.

Traia contínua presencia de nuestro Señor con frecuentes oraciones jaculatorias mentales, y de ordinario levantaba los ojos al cielo; y cuando se descuidaba y juzgaba que no le oian, despedia unos tiernos suspiros, como centellas del fuego de amor y deseos de su celestial patria que en su corazon ardia, y áun despues de muerto dió muestras de esta santa costumbre de mirar al cielo, quedando su cuerpo con este careo que siempre habia tenido el alma. Porque habiéndole los indios dejado muerto boca abajo, se halló despues de dos meses en el campo, el santo cuerpo entero é incorrupto, levantando el rostro, cabeza y pecho, de la tierra hácia el cielo, puestos en él los ojos, y tambien tenia levantados del suelo los pies y piernas, sustentándose en la tierra con sólo el estómago hasta las rodillas, adonde tambien dió muestras de su grande pureza y recato; porque le hallaron despues de tanto tiempo con la mano derecha sobre el corazon, y cubriéndose con la izquierda por la honestidad y decencia, por haberle desnudado los bárbaros del to-

do ántes de espirar; que entre tantas heridas y golpes mortales, no se olvidó de la modestia y compostura religiosa.

Bien pudo el santo varon estar prevenido para su muerte, porque, quince dias ántes de ella, estando en oracion delante de nuestra Señora del Cape, le reveló la Vírgen Santísima la dichosa muerte con el modo en que se le habian de dar, de manera que hubo quien oyese la nueva que la Vírgen le daba en voz clara, y cómo el Padre la aceptó con grande resignacion y gusto.

En otro rapto no sólo tuvo revelacion de su muerte gloriosa, sino tambien del martirio de sus siete compañeros; y así convidó á un niño su compañero para el martirio, el cual le admitió de buena gana, y padeció en compañía del Padre, viniéndose él á entregar de su voluntad en manos de los indios homicidas, por haber sabido léjos de allí el alzamiento y rebelion de los apóstatas contra los fieles.

Estando, pues, estos dos fervorosos misioneros y ministros del Evangelio preparando una fiesta en honra de la Presentacion de la Vírgen María nuestra Señora, en la cual le habian de dedicar un altar con una preciosa imágen suya; quiso la Divina Majestad que ellos fuesen presentados en sus aras como sacrificio agradable á sus ojos, y así dieron de improviso sobre ellos los ministros del demonio, revestidos de su crueldad y odio contra nuestra santa fe y los maestros de ella, y les dieron tantos golpes y heridas, que allí les quitaron la vida, conmutándola ellos en la eterna.

Los cuerpos de estos dos santos varones fueron hallados de los católicos, despues de haber pasado más de dos meses, incorruptos y enteros, con haber estado todo este tiempo en el suelo, desnudos á los soles, lluvias y nieves y malos temporales del invierno.

El P. Juan del Valle tenia el rostro muy hermoso y las mejillas blancas y coloradas, y mucho más la del lado derecho que por ventura fué en la que recibió en vida los bofetones con grande paciencia, y, finalmente, estaba toda la carne tan fresca, como la podia tener en vida. Tenia al cuello una bolsica pequeña con una parte del *Lignun Crucis*, la cual reliquia, estando en Guadiana pocos dias ántes, habia prometido al gobernador se la guardaria y daria la primera vez que fuese al Calpe, y cumplió bien su palabra, porque el primero que lo halló en aquel puesto fué el mismo gobernador.

Tambien se halló con su cuerpo una carta de esclavitud á la Vírgen Santísima, con las devociones que arriba hemos dicho, que aunque los bárbaros le despojaron de todos sus vestidos, quiso la divina providencia que se dejasen estas reliquias para prueba de la fidelidad y devocion del Padre y enseñanza y ejemplo nuestro.

El cuerpo del P. Luis de Alabez se halló ceñido de un áspero cilicio en un muslo, que le tenia hecha una buena llaga, y con sangre fresca en un pié.

Celebra Montano Menenio al P. Luis Alabez, con este epígrama:

Tepua sola potest cumulum praestare malorum,
Queis deceat fortes subdere colla viros.
At decorant magnas numerosa pericula palmas,
Spernitur et nullo vile timore decus.
Clarior Aonia circumdat fronde capillos,
Sanguine cum multo picta corona nitet.

P. NIEREMBERG.

PP. JUAN FONTE Y JERONIMO DE MORANTA

ENCENDIDOS más los bárbaros, y más ciegos con el derramamiento de la inocente sangre de los dichosos PP. Juan del Valle y Luis de Alabez, y como relamiéndose con ella; salieron en busca de los demas Padres y cristianos, para hacer en ellos el mismo extrago y acabar de una vez con la fe y cristiandad de aquella tierra: y un cuarto de legua del pueblo de S. Ignacio, el sábado siguiente, diez y nueve de noviembre, encontraron y dieron la muerte á los PP. Juan Fonte y Jerónimo de Moranta.

Era el P. Juan Fonte natural de Barcelona, en el principado de Cataluña, de edad de cuarenta y cuatro años y veinte y dos de Compañía, profeso de cuatro votos, habiendo ocupado casi veinte en la conversion de los infieles. Porque luego que pasó á la Nueva España, siendo ya Sacerdote, se aplicó a las misiones y conversion de los gentiles, diciendo que era cosa indigna que otro fin que este sacase de su tierra á un religioso (y en especial de la Compañía) y le llevase á las Indias.

Perseveró tan constantemente en esta ocupacion, que jamas dió muestras algunas de querer dejarla ó apetecer otra, en la cual trabajó tanto, que parecia hombre incansable é impasible.

Fué uno de los primeros que entraron á predicar á los tepeguanes el santo Evangelio, viviendo mucho tiempo entre ellos en el campo con una tienda de jerga que resistia bien poco á las inclemencias del cielo, sustentándo-

se con sólo maíz tostado y algunos tasajos, enseñando á los indios, no sólo la fe y religion cristiana, sino tambien, en cierta manera, á ser hombres racionales y tener policía humana, domesticando aquella bárbara gente, reduciendolos de los montes y cuevas á poblaciones con increible trabajo; siendo ellos tan feroces é indómitos, en especial los chichimecos, que ellos solos tenian puesta en armas toda una provincia que llaman de Sta. Bárbara.

El Padre se entraba solo entre ellos la tierra adentro, con un ánimo intrepido y confiado, trayéndolos de paz á poblar juntos en los valles, para lo cual él mismo por su persona les labró adoberas y enseñó á hacer adobes y labrar madera, como si él fuera un eminente maestro de este oficio. Labróles tambien arados, enseñóles á labrar y sembrar las tierras, sacóles de los rios para regar las grandes acequias de agua, sacándolos, finalmente, diestros labradores y hombres políticos, con lo cual juntamente socorria el prudente varon á sus necesidades temporales y á las espirituales de sus almas, que con esto se ganaban aquellos gentiles, y se habilitaban para poder ser todos doctrinados, estando juntos é instruidos en la fe y costumbres cristianas, que era la principal mira del P. Fonte, y para lo que nuestro Señor le dió grande talento.

Porque fuera de ser muy celoso de la conversion de los gentiles, tenia grande facilidad en aprender sus lenguas y grande eminencia en hablarlas como si le fueran naturales, que así lo parecia verdaderamente. Tenia gran de gracia y destreza en enseñar la doctrina.

Para que su talento fuese más provechoso á los demas ministros del Evangelio en aquellas partes, redujo las lenguas de los naturales á método, componiendo en la tepeguana una gramática, un vocabulario y un copioso catecismo, con que los demas obreros que se han seguido en aquellas mismas misiones, han podido con más facilidad hacer mucho fruto en los naturales.

El P. Jerónimo de Moranta era de la isla de Mallorca, de cuarenta y dos años de edad y veinte de Compañía, profeso de tres votos: era de linaje de santos y sobrino del P. Nadal, bien parecido á su tio en la religion y prudencia, muy familiar amigo del P. Ricard, confesor de la reina de España D.ª Margarita de Austria, el cual le escribia cartas muy regaladas de su letra, con grande estimacion de su buen espíritu, profetizándole en algunas que habia de morir mártir, de lo cual daban muchas prendas sus grandes virtudes.

Era en todas extremado el P. Moranta, en especial en la modestia y compostura exterior, en la moderacion de sus palabras, en la afabilidad religiosa, en una humildad profunda y singularmente en la santa pobreza y mortificacion interior y exterior, que fueron admirables en este santo varon.

Sus vestidos eran siempre pobres, rotos, y más cortos de lo ordinario; su habitacion comunmente una sola tienda de jerga, expuesta á los soles, aguas y vientos; su cama no era más que un cuero de vaca tendido sobre el duro suelo al pié del altar: visitaba los pueblos de su doctrina con grande desconmodidad, en los cuales repartia toda la limosna que la Majestad del rey don Felipe daba para su sustento, sin reservar para sí cosa alguna, contentándose con un poco de maíz tostado, y por mucho regalo lo comia algunas veces cocido sin echarle sal, por no tener gusto áun en tan vil comida.

Este era el alivio y refrigerio que tomaba para llevar sus excesivos trabajos en reducir indios á vida política y traerlos al gremio de la Iglesia, que fueron más de los que se pueden decir, por ser los indios de su doctrina los mas bárbaros y feroces de todos los tepeguanes, que de ordinario andaban con su poco hatillo á cuestas, sin casa ni hogar, por desiertos y riscos como fieras, tras los cuales iba el P. Moranta buscándolos para domesticarlos y doctrinarlos, insistiendo en esto hasta que recogiéndolos, los redujo á poblaciones, procurándoles limosnas para bueyes y aperos, trayéndoles maestros de agricultura que los enseñasen á labrar la tierra, y él mismo por su persona les enseñaba y ayudaba con grande admiracion y edificacion de todos y con tanta aplicacion y gusto suyo, que decia que si los Superiores le quisieran quitar la ocupacion tan trabajosa de las misiones, él les alegaria tantas razones y les rogaria tan apretadamente, que no dudaba que le dejarian en ellas hasta la muerte.

Trataron los indios dos ó tres veces de rebelarse y apostatar de la fe que habian recibido, y el santo varon encendido en celo de la salud de aquellas almas y de la gloria de Dios, se fué solo con grande ánimo á sus rancherías, sin hacer caso del trabajo y del peligro manifiesto que corria su vida, en razon de apaciguarlos y conservarlos en la fe, como lo hizo por el grande amor que los indios le habian cobrado á fuerza de sus beneficios y por la grande estimacion y veneracion de sus grandes virtudes, por las cuales así ellos como los españoles no le llamaban otro nombre sino el Teatino santo.

Yendo un dia á visitarle el P. Superior de aquellas misiones, despues de haberle buscado mucho, le halló treinta leguas más adentro de su partido, entre unas sierras ásperas y fragosas, en su pobre tienda de jerga, como uno de aquellos santos ermitaños antiguos, con el cabello y barba tan larga y revuelta que no se hacia poco en conocerle, el vestido tan lleno de remiendos, que apénas se distinguia cual fuese el principal. Preguntado por la comida, respondió que aquel dia Dios habia proveido y habia bien de comer; y averiguando lo que era, no era más que media olla de maíz con agua y sin sal, y esto le parecia al santo varon regalo de fiesta.

Habia dos meses que estaba en aquel puesto tan desacomodado, aguardando á unos indios gentiles que le habian pedido el bautismo, y habian ido por toda su gente para recibirlo y fundar una poblacion.

Admirado el P. Superior y edificado de este espectáculo, despues de haberle afeitado y dado algun remedio de lo que llevaba, le dejó en su demanda y ocupacion, que en este tiempo todo era leccion de libros espirituales, rigurosa penitencia y contínua oracion, aunque no era esto nuevo en él; porque siempre fué dado á tener mucha oracion y más admirable que imitable mortificacion y penitencia, y, con ser tan austero y rígido consigó, era blando, apacible y muy liberal para con los otros.

A los huéspedes que pasaban por su doctrina los acariciaba y regalaba con mucho gusto y con todas sus fuerzas, supliendo con agrado y caricias lo que faltaba de comodidad y regalo; sólo guardaba para sí la aspereza y rigor, y el estar siempre crucificado con Cristo, por cuyo amor murió; porque viniendo estos dos santos y apostólicos varones juntos de sus partidos para el pueblo de S. Ignacio, á celebrar la festividad devotísima de la Presentacion de la Vírgen, y darse aquellos dias con más sosiego al culto y devocion de esta Señora, para respirar un poco del incansable trabajo que tenian en la enseñanza de los indios; ordenó nuestro Señor de premiar en esta fiesta sus heróicas virtudes y grandes merecimientos, llevándolos á descansar en la bienaventuranza. Y así les salieron al encuentro los indios tepeguanes, y conociendo que eran los Padres y maestros de la fe que ellos habian dejado; con grande odio y aborrecimiento y diabólica crueldad les dieron muchas heridas y golpes, hasta que entre ellos dieron sus dichosas almas á su Criador.

Los cuerpos de estos dos santos varones se hallaron casi á los tres meses desnudos y enteros, sin algun mal olor, por los ladridos de unos perrillos que llevaban y los habian estado guardando todo aquel tiempo; ambos estaban ceñidos con unos ásperos cilicios, porque no se olvidaban en los caminos de su acostumbrada penitencia; y al lado del P. Moranta se halló un cáliz y unos papeles de un sermon, que se cree era el que venia á predicar en la fiesta de la Presentacion de la Vírgen nuestra Señora.

Tambien se halló que los bárbaros con sacrílega impiedad habian tratado con abominable indecencia una ara consagrada que los Padres llevaban consigo, y quitado la cabeza á la Vírgen del Cape, y echádola en una laguna cercana, para que no les faltasen testimonios del espíritu que les movia á dar la muerte á estos siervos de Dios, cuyos cuerpos, con los del P. Juan del Valle y P. Luis de Alabez, fueron llevados con mucha reverencia á la ciudad de Guadiana, adonde se les hizo un solemne recibimiento y honras, co-

mo á mártires gloriosos de Cristo, colocándolos en un sepulcro de piedra debajo de un altar, en cuatro cajas con los nombres de los mártires que tiene Dios escritos en el libro de la vida.

P. NIEREMBERG.

P. HERNANDO DE SANTAREN

En la misma persecucion de los indios tepeguanes alcanzó la gloriosa corona del martirio el dichoso P. Hernando de Santaren, español de nacion, natural de la ciudad de Huete en el obispado de Cuenca, profeso de cuatro votos, á los cincuenta de su edad y treinta y tres de Compañía.

Luego que entró en la religion este siervo del Señor, dió muestras en aquella tierna edad que habia de ser verdadero hijo de su religion y grande ministro del Evangelio, dándose con todo cuidado al estudio y ejercicio de todas las virtudes y perfeccion religiosa con notable aprovechamiento. Con todo eso deseó de hacer y padecer más en servicio de nuestro Señor y provecho de las almas.

Guiado de la santa obediencia, pasó, ántes de ordenarse, á la Nueva España, donde esperaba más materia y mejores ocasiones de cumplir sus fervorosos deseos; pero no lo libró todo para las misiones de los gentiles, antes en la misma navegacion comenzó á trabajar con grande cuidado y celo en beneficio de las almas; y lo acertó á hacer de manera, que ganó y aficionó á sí toda la gente del mar, capitanes, marineros, pasajeros y soldados, hasta la misma chusma de los grumetes, persuadiéndolos á la reformacion de sus costumbres, á recibir digna y devotamente los santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, á huir los vicios y abrazar las virtudes, haciéndoles para este fin frecuentes exhortaciones y pláticas saludables, enseñando á todos la doctrina cristiana.

Daba eficacia á sus palabras con el raro ejemplo de sus virtudes, en especial de profunda humildad, con que servia á los demas Padres y Hermanos de la Compañía y áun á los mismos seglares de la nao en las cosas más bajas y asquerosas, con mayor voluntad, aplicacion y gusto que si fuera esclavo de todos; ni daba ménos ejemplos de mortificacion admirable, de oracion y trato con nuestro Señor en que era contínuo, de sinceridad y verdad

tan conocida de todos, que decian comunmente tenia un natural en quien no habia doblez ni engaño.

En todas estas virtudes era excelente este santo varon, y así por ellas y por las demás, que todas resplandecian en él mucho, ya desde entónces le dieron en la nao el nombre que despues siempre le duró en las Indias, llamándole el Padre Santo.

Tenia sobre todos un religioso señorío, y tanta autoridad y reputacion, que ponian en sus manos sus conciencias para que los encaminase en lo que debian hacer, y sus diferencias y pleitos para que los compusiese, confiando mucho de su buen acierto, y pasando con grande rendimiento por lo que juzgaba; que en aquella edad y pocos estudios, entre tal género de gente, es cosa de mucha admiracion y grande argumento de la virtud del P. Santaren.

Fué siempre de extremado recato en su proceder; solia decir que este era su Superior y su portero, así entónces como cuando despues andaba solo entre las naciones bárbaras y descompuestas. Con esto y con la gracia de nuestro Señor conservó hasta la muerte la flor de la virginidad y pureza de alma y cuerpo, sin haber tenido en toda su vida ni áun un movimiento sensual que le diese cuidado, que es cosa que ensalza mucho su recato, no sólo por este buen efecto, sino tambien por no asegurarse con el don de pureza que nuestro Señor le habia dado.

Llegado á la provincia de Méjico, comenzó á proseguir sus estudios con mucha aplicacion y aprovechamiento; pero no le faltaban algunos ratos para satisfacer á los deseos que tenia de ayudar á los naturales, pasándose a un seminario de ellos, que está junto á nuestro colegio de la ciudad de Méjico, a enseñarles la doctrina con mucho gusto suyo y provecho de los seminaristas.

En acabando los estudios, habiéndose ordenado de Sacerdote y cumplido con sus probaciones conforme á las costumbres de la Compañía; se empleó en las misiones y conversion de los infieles por espacio de veinte y cuatro años como varon verdaderamente apostólico.

Comenzó por los gentiles de Cinaloa, pasó á los acajes, de ahí á los jiximes, y despues á otras muchas naciones que estaban unas 150 leguas, otras 200, y otras 300 de la ciudad de Méjico hácia el norte, con insaciable sed de comunicar á todos la luz del santo Evangelio, con la cual alumbró á innumerables almas; pues, fuera de los enfermos y niños que murieron recien bautizados, se halló haberse convertido á la fe y bautizado en su tiempo más de cincuenta mil indios.

Aunque no fué sólo el P. Santaren el que acudió á esta empresa, fué sin duda el que más á la larga y más de propósito trabajó en ella, y así se le debe á él principalmente este copioso fruto; pues seis años ántes de su

muerte habia hecho por su mano y fundado más de cuarenta y seis iglesias, en lo cual no se puede decir lo que padeció en tanto tiempo, andando muchas de las mismas misiones en el invierno á pié, con pantanos y rios, el agua hasta los pechos, y otras por tierras tan ásperas y fragosas, que en sólo subir una cuesta se gastaba un dia entero, y no se podia subir á caballo, ó era menester herrar dos veces al dia las cabalgaduras.

Enfermando un dia el siervo de Dios gravemente en una de estas tierras, doctrinando á los indios jiximes; fué á visitarle y ayudarle el P. Andrés Tutino, Superior de la mision, y escribiendo despues de su viaje, habiendo dicho de los grandes empleos del P. Santaren, y cómo era el que más habia padecido de todos los misioneros, aunque fuesen muy fuertes y vigorosos, y el que de presente más padecia en aquella edad tan falta de salud y sobrada de años; dice, hablando de la descomodidad de la tierra en que halló al Padre, que era tan rigurosa y espantosa, tan llena de asperezas y descomodidades, que parecia un retrato del infierno: y que, en llegando á ella, se le ofreció que, si muriese allí y le fuese dado hacer testamento, pediria que le sacasen despues de muerto de aquel puesto, porque sólo se podia sufrir aquella estancia el tiempo de merecer.

Mas estaba en ella el santo varon tan gustoso como si fuera la mejor del mundo, con el cebo de la granjería de las almas: y así en esta como en las demas misiones, sin reparo ni posada, pasaba de ordinario muchos dias sin comer ni beber, y los demas comiendo tan escasa y pobremente que apénas bastaba para sustentar la vida.

Esto era causa de perder muchas veces la salud, y sobre todo pasó frecuentes peligros de muerte, contínuos asaltos y persecuciones del demonio, que sentia mucho ver el gran número de almas que cada dia se le salian de las uñas por medio de este santo varon; el cual por todas estas dificultades se metia intrépido y animoso, sin que lo retirasen ni hiciesen aflojar los engaños y astucias del demonio, con que por medio de hechiceros inquietaba y levantaba á los indios contra los ministros del Evangelio, ni la crueldad de los conjurados, ni la falta de todo lo necesario, ni áun el manifiesto peligro de la vida, á trueque de ganar y conservar las almas para Dios. Esto le tiraba tanto que, teniendo ya licencia por sus muchos años y grandes trabajos y falta de salud de salir de las misiones y recogerse á los colegios á descansar y disponerse para morir; cuando trataba de ello, le comenzó á reprehender su corazon diciendo: Pues ¿cómo? ¿ahora es tiempo de retirarse á descansar y dejar tantos hijos á tanta costa engendrados en Cristo, dejándolos entre los dientes del lobo y grande riesgo de sus almas? No quiera Dios tal, decia el santo varon, anteponiendo el bien de tantas almas á

su descanso y consuelo particular, é hizo voto de proseguir cuanto era de su parte, hasta morir en la demanda de las misiones y granjería de las almas, como deseaba; porque solia decir que se tendria por muy desdichado si muriese en la cama con sosiego; que este es género de morir con mucha sorna y entrar en el cielo paso á paso y no de corrida, como entran los que dan por Cristo sus vidas.

Fué tan agradable al Señor esta santa resolucion y voto, que desde entonces le comunicó Su Divina Majestad extraordinarios consuelos en los trabajos que se le ofrecian, de manera que no parece que los pasaba ni sentia, sino que todo era gusto y suavidad que llenaba su bendita alma, y de ella se derivaba al cuerpo y á todos sus sentidos y potencias; y juntamente lo quiso su infinita Majestad honrar, dándole, en cumplimiento de sus deseos, que muriese por su amor á manos de los indios apóstatas, confirmando con el derramamiento de su sangre la fe y doctrina que tanto tiempo entre tantos trabajos habia enseñado á tantas y tan diferentes naciones.

Viniendo de la nacion y tierra de los jiximes, adonde entónces tenia su doctrina, á Guadiana, con intento de pasar de allí á dar principio á otra mision de los yaquimes, que pedian ser bautizados y enseñados en la ley de Cristo; caminando de paso por el Cape, á celebrar la fiesta de la Presentacion de nuestra Señora con los demas misioneros que allí se habian de juntar, llegado al pueblo de Yoracape, fuése para la iglesia á decir Misa, haciendo tocar la campana para llamar á la gente; pero entrando en la iglesia la hallo profanada, maltratado el altar, arrastradas y desfiguradas las imágenes, y luego con grande dolor de su corazon sospechó la mudanza y apostasia de los tepeguanes, y se partió de allí prosiguiendo su viaje; pero no le aprovechó, porque al son de la campana acudieron los indios apóstatas, y poniendose al paso en celada, en llegando el santo varon, con grande violencia e inhumanidad le derribaron en tierra; y, preguntándoles el Padre con grande serenidad y blandura, ¿qué mal les habia hecho porque así lo maltrataban? ellos le respondieron que ninguno; pero que harto mal era ser Sacerdote cristiano y enseñar la fe de Cristo en aquella tierra, por lo cual habia allí de morir: y, diciendo y haciendo, le dieron un palo tan desaforado en el cerebro, que le sembraron los sesos por el suelo, invocando el santísimo varon el dulce nombre de Jesus.

Acudieron con otros muchos golpes y heridas hasta quitarle la vida, despojándole ántes de espirar de sus pobres vestidos, dejando su sagrado cuerpo desnudo de ropa y de tierra, que no se pudo enterrar en mucho tiempo

Fué esta muerte del P. Hernando de Santaren muy sentida y llorada, no solamente de los españoles é indios católicos que le veneraban sobremanera.

pero áun de las mismas indias tepeguanas, mujeres de los matadores, que las lastimó mucho la crueldad bárbara de sus maridos, especialmente con un tan santo é inculpable varon que ántes los habia doctrinado y ayudado en todo, haciendo con ellos oficio de verdadero Padre.

Este fué el glorioso fin de estos ocho dichosos mártires del Evangelio, dando su sangre y sus vidas en confirmacion de la fe, que con tanto celo y tan á costa suya predicaban, y este pago recibieron de aquellos por cuya salvacion tanto habian hecho, por haberse los pobres dejado engañar de los engaños y mentiras del demonio: del cual quejándose despues los indios apóstatas, que no les cumplia como les habia prometido que habian de triunfar de todos los cristianos, y que los que de su parte muriesen persiguiendo á los que tenian la ley de Cristo, resucitarian despues de siete dias, con otras prosperidades falsas; respondió que peleasen perpétuamente, porque él no podia más, que le resistian y clavaban la artillería los de corona, confesando por fuerza el padre de las mentiras, que la buena diligencia, oraciones y celo de los de la Compañía que trabajaban en aquellas misiones, resistian á sus malos intentos, y eran contrayerba de su veneno, y especialmente le atajaba los pasos la intercesion de los santos Padres mártires en el cielo, que no podian olvidarse de aquella tierra regada con su sangre.

Muy principalmente se vió este efecto en los indios que doctrinaba el P. Hernando de Santaren, los cuales fundados como sobre piedra firme en la doctrina saludable de su maestro, y alentados con su intercesion, estuvieron tan constantes en la fe que habian recibido, que ántes eligieron padecer guerras, hambres y muertes de los infieles rebelados, que faltar un punto en ella, como les persuadian.

Todo esto se ha sacado de los *Anales de la provincia de Méjico.*

Gerardo Montano tiene en su *Centuria* este epígrama de este dichoso Padre, al cual celebra así:

Aere dum volitans libitina immitis aperto
Saevit, et instigiis horrida fertur equis,
Illisoque caput spargit patris omne cerebro,
Alipedes sistens aethere Phoebus ait:
Ite, pio mystae pro rapta serto corona
Reddite, et Elysium ian populate nemus.
Flanmiferisque caput dignum rutilare pyropis
Perpetuo circum tegmine laurus eat.

P. NIEREMBERG.

P JUAN AGUSTIN

HAME parecido hacer memoria de este gran misionero, y para ello referiré lo que dice de él el P. Andrés Perez en su *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. II desde el cap. IV, en esta manera:

«Aunque el tiempo que este ministro evangélico se empleó y trabajó en esta empresa y mision de las Parras ó Laguna Grande de S. Pedro lo quiso Dios abreviar dentro de muy breves años, despues que comenzó á sembrar en ella la doctrina del cielo; al fin la sembró, y no lo podemos privar de la gloria de fundador de esta cristiandad, entrando en ella por los años de 1594 Y aunque tampoco su muerte fué violenta á manos de tiranos, pero fuelo por padecer grandes trabajos y con ellos la muerte, y por predicar á los que estaban en tinieblas el Evangelio de Cristo y darles conocimiento de su divina redencion. Y la forma con que dió principio á esta obra, la sacaremos de carta propia, en que dió cuenta á sus Superiores de su mision.

«El primer pueblo, dice en una de ellas, á que llegué de indios zacatecas, está situado al pié del que llaman los españoles *Cerro gordo* por su grandeza y altura.

»Sabiendo el Cacique de mi ida, salió con algunos otros suyos á recibirme, y á buen trecho ántes de llegar donde yo estaba, se apearon de sus caballos, de que ya usan con la cercanía de los españoles, y con gran reverencia llegaron á recibir la bendicion, dándome la bienvenida y diciéndome que se alegraban mucho con ella. Yo se lo agradecí lo mejor que pude, y, por ser ya de noche, me quedé con ellos en aquel campo.

»Llegamos otro dia al pueblo ó rancherías donde estaba toda la gente recogida, y salieron en procesion á recibirnos con muestras de mucho amor, y así fuimos á un modo de iglesia que tenian preparada, y habiendo hecho oracion, pidiendo á nuestro Señor diese feliz principio al bien de aquellas almas, los despedí.

»El dia siguiente, que era domingo, se hizo la dedicacion de la pobre iglesia, poniendo en ella una muy hermosa imágen de la Asuncion de la Vírgen y otras dos de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, para que debajo de la proteccion de la Reina de los ángeles y de los gloriosos Apóstoles creciese el edificio espiritual de estas almas.

»Levantamos tambien una campana que llevábamos, y, despues de haber

cantado algunas oraciones en lengua zacateca, se dijo la primera Misa, con admiracion de los gentiles, que nunca tal habian visto.

»Desde este dia se comenzó á entablar la doctrina cristiana, á que acudian todos con mucho contento mañana y tarde, y la tomaron tan de corazon, que de noche los oíamos que en sus casas se estaban enseñando unos á otros, y áun acuden á Misa cada dia.

»Hallé en este paraje algunos cristianosque se habian bautizado, pero sólo lo eran en el nombre, porque ni sabian, ni tenian memoria de quien los hubiese bautizado, ni constaba por escrito, y en las costumbres, en abusos y ceremonias, eran tan gentiles como los demás. Para asegurar y revalidar el bautismo y matrimonio de estos, hice las diligencias que me parecieron necesarias.

»Uno de ellos fué el cacique del pueblo, viejo de unos ochenta años, y otros tres ó cuatro de la misma edad, con otros más mozos, y entre estos el hijo del cacique, dejándolos muy informados en las cosas de la fe y obligaciones de cristianos. A los gentiles adultos no traté de bautizar hasta su tiempo, sino sólo unos cuantos niños de muy poca edad.

»Ha puesto nuestro Señor en el corazon de esta gente una grande estima del bien que por medio de los Padres Sacerdotes les ha venido y esperan. Están en este buen dictámen que, pues ya Dios les ha venido á visitar y les ha hecho tanto bien de enviarles un hijo suyo, que así llaman al Sacerdote, para que los enseñe y guie al cielo, y los haga tambien hijos suyos; que ya de aquí adelante han de dar de mano á sus vicios y pecados, y dejar los bailes y borracheras; y despues que entré en este pueblo, lo van guardando sin que haya rastro de esto.

»Un indio de los más principales del pueblo de los cristianos, que dije, me vino á pedir que le confesase, y habiéndolo hecho con mucho dolor y sentimiento, me dijo: «Padre, yo solia ántes que tuviéramos nueva de tu venida, embriagarme cada dia mañana y tarde, y andar tan fuera de juicio como si fuera un loco, sin acordarme que era cristiano, ni de Dios, y con esto hacia otras mil maldades; pero cuando llegó la nueva de tu venida á este pueblo, sentí que me decian en mi corazon, que ya no habia de embriagarme más, pues venia un Padre por cuyo medio habia de salvarme; y aunque tuve gran dificultad, con todo me determiné de tal manera á dar de mano á mis vicios y pecados, que há cuatro meses que ni he bebido vino ni hecho otro pecado. Por tanto ruégote, Padre, que mires por mi alma. Yo le animé, y procede muy bien.

»Con la voz que corria hasta la Laguna de lo que en este pueblo pasaba, vinieron muchos caciques á verme, como una maravilla de ver Padres en su

tierra. Pidiéronme con instancia fuese á sus pueblos, en particular tres indios principales del rio de las Nasas, haciéndome instancia apresurase mi ida, porque corria enfermedad de que morian muchos niños y otros mayores, y que no les daba tanta peña que muriesen, como que muriesen sin ser cristianos, ni poderse salvar, segun lo habian oido decir; y añadió uno de ellos

«Bien sabemos que no vienes á buscar oro ni plata, como los mineros, sino solamente la salud de nuestras almas y llevarnos al cielo, y, pues ese es tu deseo, no repares en nuestra pobreza y falta de vestido que traemos, pues valen más que eso nuestras almas.»

»¿A quién no convencieran las razones de este indio aunque bárbaro? Partí á la mañana y ellos delante enviaron aviso de mi ida: llegamos al poner el sol al pueblecito, salió la gente á recibirnos casi un cuarto de legua, con notable contento. Entramos todos en la forma de iglesia que tenian hecha, bauticé diez y siete ó diez y ocho niños y niñas, apretados de la enfermedad Confesé algunos adultos cristianos que estaban aquí retirados, y no se habian confesado en su vida, lo cual hicieron con mucho dolor y sentimiento de sus pecados.

»Aquí vinieron á verme otros caciques comarcanos acompañados de su gente, y todos de mancomun me propusieron que se querian congregar y hacer un pueblo grande, si yo queria hacer asiento en él; á los cuales respondia dándoles buenas esperanzas. Detúveme en este puesto tres dias enseñándoles la doctrina cristiana en lengua zacateca, con no pequeña admiracion suya.

»Volví al primer pueblo, y, con no haber hecho ausencia más de los tres dias, salian á recibirme como si hubiera mucho tiempo que no me veian. Y diciéndoles yo que me habia parecido muy bien el puesto de donde venia, el cacique de este respondió, que así él como toda su gente se irian tras mí, aunque dejasen sus tierras, que más que ellas valia la salvacion.

»Esta es la disposicion que he hallado. Dios nuestro Señor, que ha sido servido por su misericordia dar tan buen principio á esta mision, se sirva de llevarla adelante para su mayor gloria.» Hasta aquí la carta del P. Juan Agustin.

Y no es mucho que enseñase la doctrina en lengua zacateca, porque habia nacido de padres honrados y hacendados, y criádose en el insigne real de minas de plata que está en tierra de los zacatecas, donde habitan muchos españoles.

Para escribir de sus virtudes admirables y de los trabajos que padeció en esta mision, me valdré de otra carta del mismo P. Juan Agustin, que escribió estando en ella á otro de la Compañía, hablando con él familiarmente: porque ella es una imágen de la virtud, fervor y caridad de este ministro

evangélico, y de edificacion para los que son llamados á este santo empleo y ministerio de la salvacion de las almas. Despues de las salutaciones comunes, dice así la carta:

«Fuera del contínuo ejercicio de la doctrina y catecismo, le tengo en bautizar y confesar, casar y pacificar, no sólo á naturales sino á extranjeros y españoles, donde se ofrecen las ocasiones, y todo lo hago con mucho gusto y confusion mia, de ver cuán llenas me da las manos nuestro Señor en que servirle, y cuán mal y poco me dispongo á ser instrumento de Su Divina Majestad para salvar las almas. Guerra me hace el demonio, y algunas veces muy cruda.

»Pocos dias há me vi tan lleno de tedio, tristeza y sequedad, que *taedebat iam animam meam vitae meae.* ¡Oh qué paciencia y confianza en Dios es menester para estos ministerios! ¡Qué no hay de ocasiones! ¡Qué soledad! ¡Qué caminos! ¡Qué despoblados! ¡Qué hambres! ¡Qué aguas amargas y de mal olor! ¡Qué serenos y noches al aire! ¡Qué soles! ¡Qué abundancia de mosquitos! ¡Qué espinas! ¡Qué gentes y niñerías con ellas! ¡Qué hablas y contradicciones de hechiceros! Mas si todo fuese flores, mi Padre, ¿qué nos quedaria que gozar en el cielo? Hágase en mí la voluntad del Señor. En ella quiero andar y no en la mia perversa. En sus manos que puso en la cruz, y no en las mias pecadoras. Y así quedó animado á padecer, hasta que venga el Angel que hubiere de ser mi compañero. Venga en hora buena y padecerá mucho, y llevará almas á Dios, y consolarme há, alentarme há, ayudarme há y servirle hé, respetarlo hé, obedecerlo hé y amarlo hé; pues que con otras almas ayudará la mia á caminar al cielo por la misericordia de Dios.

»Cada dia espero la muerte, y para recibirla pido á mi Dios el espíritu contribulado, corazon contrito y humillado; que con esto el sacrificio de mi alma le será acepto.»

Hasta aquí la carta de este siervo de Dios, que aunque breve, en ella tenemos estampada y escrita su vida, y tal que cada dia esperaba la muerte. Se conoce su espíritu apostólico en desear ser digno instrumento de Dios para llevar almas al cielo; su humildad, en el corazon que ofrece á Dios contrito y humillado; su obediencia, sujetándose desde luego, no sólo á sus Superiores, sino al que le dieren por compañero; su pobreza evangélica, ejercitándola en comida y en una tierra, donde no habia otra que la bárbara y grosera de plantas silvestres y animales y sabandijas: la bebida de ciénagas, ó de zumo de magüey silvestre y peregrino al uso humano; el celo de la salvacion de las almas, tan constante y fervoroso, que ni lo apagaban las aguas heladas de la Laguna, en las cuales entraba desnudo hasta los pechos, para socorrer algun alma de las muchas que habitaban en aquellas isletas; ni

los vientos ni los hielos de las noches frias lo emperezaban para obras santas.

Su pureza de vida bien se deja entender, pues era como de quien esperaba, como él dice, cada dia la muerte, y vivia en contínuo deseo de hacer de su vida sacrificio puro, agradable á Dios; y finalmente, la carta de este insigne varon está exhalando una ardentísima caridad, que no se quedaba en el papel ó en las palabras, sino que se practicaba en las obras, arriesgando la vida por el amado, y padeciendo con mucho gusto trabajos. Y luego hace el catálogo de ellos, aunque brevemente referidos, en los cuales acabó su vida, que aunque no la rindió á las flechas y macanas de los indios; pero lo que padeció en plantar la fe en esta tierra que se puede llamar destierro, y dar principio á la mision de Parras y naciones comarcanas, donde habia doce mil indios, fueron tales que, aunque le cogieron en la flor de su edad, y á los treinta años de ella, y cuatro despues de su predicacion evangélica; le derribaron de suerte que, sin dar lugar de aviso á algun Padre que le asistiese y curase, dió su alma á su Criador con una muerte muy semejante á la con que remataron sus vidas varones santísimos desterrados por la fe; pues por predicarla y dilatarla murió este gran siervo de Dios en tanto desamparo, en un pueblecito de sus indios, hijos que habia engendrado en Cristo, y de sólo alguno de ellos acompañado.

Bien podemos entender que las almas de los que él habia enviado delante al cielo, le saldrian á recibir cuando allá entraba, obligadas á darle las gracias del incomparable beneficio que por su mano habian recibido.

Los que quedaron en la tierra, fué con tan tierno sentimiento y memoria de su Padre, que no se olvidaban de ella: y más en su patria, la ciudad de Zacatecas, estaba tan fresca y tan fragante el olor de sus virtudes, que el título con que lo nombraban, era el Angel del P. Juan Agustin.

Tal habia sido la pureza de vida que habia mostrado en esta ciudad cuando se crió en ella, y despues resplandeció tanto más en su mision de las Parras, donde vivió y murió, que mereció este título de ángel, principalmente por haber guardado perpetua virginidad toda su vida, como testifican las *Anuas de Méjico* del año 1602, que escribió el P. Martin Fernandez, su Provincial, el cual pondera mucho la caridad de este siervo de Dios, de quien dice estas palabras:

«Padeció grandes trabajos con increible paciencia y alegría espiritual, teniéndolo todo por nada, á trueque de que aquellas almas que se le habian encomendado conociesen á su Criador, teniéndolas en lo íntimo de su alma, como quien las habia engendrado para Cristo.

»Con este celo redujo á poblaciones y policía á las almas que tenia a su cargo: y con el mismo celo, otras veces que todos los convertidos se le

ausentaban á los montes con alboroto y armas, dejándole solo en su casilla, él con seguridad y amor paternal se iba entre ellos, y con sus amorosas persuasiones los recogia otra vez á su rebaño, atribuyendo con rara humildad y una verdad sencilla á sus propios pecados las faltas y levantamientos de sus indios.

«Con estar solo lo más del tiempo entre ellos, traia tan concertada su conciencia y vivia tan recatado, y dando tan menuda cuenta de ella por cartas á sus Superiores, como si fuera un perfecto novicio. Revolviendo ahora sus cartas con cuidado y atencion, no se halla ninguna que, desde el principio hasta el fin, no esté brotando celo de los prójimos, trato contínuo con Dios nuestro Señor, humildad y abnegacion propia, resignacion en las manos de sus Superiores junta con una muy prudente candidez, con que en sus palabras muestra la pureza de su alma.» Todo esto es del P. Martin Fernandez, Provincial de Méjico.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE LA PLAZA

LAS mayores maravillas de los santos son sus virtudes, y quien estas tiene, aunque carezca de otros milagros, bien merece ser admirado y venerado de todos: así lo fué el P. Juan de la Plaza, y es digno que hagamos memoria de él, por ser dechado de una sólida virtud.

Nació este siervo de Dios en la villa de Medinaceli el año de 1527, de padres honrados y virtuosos, que le criaron cristianamente, y siendo ya de edad para estudiar, le enviaron á la Universidad de Alcalá, donde dió muestras de su agudo y despierto ingenio y de rara modestia, la cual le hacia respetar de los otros estudiantes y condiscípulos de manera que ninguno se osaba descomponer delante de él.

De Alcalá fué á ser colegial en el colegio de Sigüenza, y allí oyó al Dr. Bartolomé de Torres, que despues fué Obispo de Canarias, varon por su santidad y por sus letras muy conocido y estimado en España. Con la comunicacion y doctrina de tan insigne maestro, se aventajó mucho el P. Plaza, no solamente en la sagrada Teología, sino tambien en la virtud y en el deseo de la perfeccion.

Acabados sus estudios, andaba muy ansioso de entender la voluntad nuestro Señor, acerca del estado que habia de tomar; y un dia que los otr colegiales se habian ido á recrear al campo, él determinó de recogerse, gastarle en oracion. Estando en una ventana y mirando al cielo, se le bar ron los ojos en lágrimas y sintió un eficaz impulso de nuestro Señor, que llamaba á la Compañia de Jesus, de la cual su maestro le habia dado muc noticia. Con este impulso divino creció más en la devocion y pidió la Co pañía y fué admitido en ella por el P. Villanueva el año de 1553, siendo Sacerdote y de veinte y seis años, aunque ántes de recibirle se graduó Doctor en Teología, por órden de los Superiores de la misma Compañ porque él por su humildad no lo habia querido ántes hacer.

Luego que le recibieron, siendo áun novicio, descubrió el talento que Di le habia dado para gobernar, y así en breve le hicieron Maestro de novicio y él escribió muchas de las reglas que hoy tienen, y despues, siendo profeso, fué tres veces á Roma á las tres elecciones de los tres Padres g nerales Maestro Diego Lainez, S. Francisco de Borja y Everardo Merc riano.

Fué Rector muchos años, la mayor parte del colegio de Granada, y Pr vincial de Andalucía. Y el año de 1573, el P. Everardo Mercuriano le envi por Visitador de la Compañía de Jesus del Perú, y despues pasó á la Nuev España á hacer el mismo oficio; y, acabada la visita, fué Provincial de la mis ma provincia de la Nueva España hasta el año de 1585, en que dió de man á todo género de gobierno, quedando solamente por Prefecto de las cosa espirituales del colegio de Méjico, y padre, guía y confesor de los Hermano estudiantes, y en ese oficio, con mucho gusto suyo y de todo aquel colegio se ocupó todo el tiempo que le tuvo, hasta que los dolores de la gota le apre taron de manera que le hubo de dejar.

En su gobierno era muy celoso de la observancia religiosa y de que se conservase el verdadero espíritu y primitivo de la Compañía; y aunque en esto parecia algo riguroso, pero su mayor rigor venia á parar en derramar el mismo Padre muchas lágrimas, con las cuales se confundian y enmendaban los súbditos, y quedaban convencidos y obligados á tanta caridad.

En sus visitas tenia mucho cuidado de dejar pocas ordenaciones escrita en el libro, y que quedasen bien puestas en práctica, y así se detenia en la visita de los colegios hasta que las veia puestas en ejecucion.

Cuando visitó la provincia de la Nueva España, halló alguna manera de division y diferentes pareceres entre los nuestros; porque algunos, que se te nian por más fervorosos, pretendian hacer más penitencia y una vida mas austera y rigurosa de lo que á todos nos proponen nuestras Constitucione

tros querian abrazarse con ellas, y seguir el espíritu que en ellas se contiene y nuestros primeros padres nos han enseñado.

Trabajó mucho el Padre en despedir de la Compañía todo espíritu nuevo que desdice de aquel con que se fundó y conserva, por más que parezca reformacion, y por maravilla la hay en las cosas particulares que se hacen con espíritu particular, que no sea con detrimento de otras más esenciales, y lla generalmente causa division y cisma en el cuerpo de la comunidad, y esos fervores comunmente duran poco y se acaban presto. Y así los Superiores de las religiones no deben permitir en ellas espíritus singulares con celo de mayor estrechura, sino cortarlos y arrancarlos en sus principios, ántes que creciendo el número de los que ellos llaman reformados, crezca la division y tenga difícil remedio.

Así lo hacia el P. Plaza, reduciéndolo todo á la primera observancia de nuestras Constituciones y reglas, y conservando el primer espíritu y observancia con que nuestro S. P. Ignacio fundó la Compañía y la gobernó, y ella ha florecido y fructificado tanto en la Iglesia del Señor, y reducirse á esto es buena y debida reformacion.

Era hombre muy serio y compuesto; nunca se le oyó decir palabra de burla; y en sus reprensiones tan medido, que no lastimaba al súbdito con encarecimientos ni palabras picantes y de poca estima. Dijo una vez que habia gastado tres años de oracion en aprender cómo habia de reprender á los súbditos.

Cuando trataba algun negocio en las consultas, despues de haber oido los pareceres de los consultores, no se resolvia fácilmente, sino encomendaba el negocio á nuestro Señor, y con la luz que Él le daba en la oracion, hacia lo que juzgaba ser más conforme á su santa voluntad, y especialmente guardaba esta órden en las cosas que tocaban á la disposicion y consuelo de sus súbditos.

Ponia gran fuerza en la obediencia; y, así despues que él dejó el gobierno, habiendo venido á visitar otro Padre la provincia de la Nueva España, donde él estaba, y preguntándole cómo le parecia que debia disponer su visita, y por dónde comenzaria, respondió: «Por donde yo entiendo que se ha de comenzar es por la campanilla, sabiendo cómo acuden los de casa á las obediencias á que son llamados.»

No enseñaba esta obediencia con solas palabras, sino mucho más con las obras; porque decia que era singular don de Dios el ser guiado el religioso por la voluntad del mismo Dios declarada por los Superiores. Y así, despues que dejó de ser Superior, enviándole una vez el Rector á decir si queria predicar tal fiesta, respondió que él no tenia querer, pero que, si se lo mandaba, lo haria de muy buena voluntad.

Ninguna cosa que supiese ser voluntad del Superior tenia por dificultosa ni temia de emprender. Díjole una vez una persona de las poderosas de Nueva España, ¿por qué no le veia y comunicaba? Y él le respondió: «Señor, despues que Dios me hizo merced de quitarme la carga de ser Superior, no pienso hacer más de lo que me mandaren.»

Esta obediencia mostró más en los postreros años de su vida; porque estando oprimido, y consumido, y como muerto con el mal de la gota, usando siempre de manos ajenas; en el comer y en todo lo demas se conformaba á lo comun de toda la casa, sin ningun género de singularidad, cosa que ponia espanto, sabiendo las enfermedades y dolores que padecia.

Tenia muy bajo concepto de sí y grande estima de los otros, y con ser hombre tan docto y experimentado en todo género de cosas, fácilmente se rendia al parecer ajeno sin porfías ni contiendas, ni querer llevar la suya adelante.

Vino un Sacerdote, ocho ó diez años ántes que el Padre muriese, para entrar en la Compañía. Llevóle el P. Plaza al aposento del Provincial, hincóse de rodillas, y díjole con grandes lágrimas y sentimiento: «Aquí traigo á V. R. este siervo del Señor, para que, pues yo lo he servido tan mal, supla mis faltas y sirva de veras á nuestro Señor en la Compañía.»

Cuando queria alentar alguno en el servicio del Señor, con mucha llaneza y verdad le decia sus propias faltas. De este mismo conocimiento y desestima de sí nacia la paciencia y sufrimiento que tenia en sus dolores y penas, porque, estando desvelado de noche y atravesado y consumido de gravísimos dolores de la gota, se recogia dentro de sí, y pensando en los tormentos del infierno, y tocando la cama con sus manos gafas y doloridas, decia «¿Es posible que esta es cama, y que estas son sábanas y no fuego del infierno? Merced es de nuestro Señor tenerme aquí, pues merecí estar en aquellas llamas.»

Habiéndole faltado la vista de uno de los ojos, y preguntándole un Padre si aquella falta le daba pena, respondió que ántes le habia dado gozo; porque con semejante pérdida recompensaria lo que con la vista hubiese ofendido á Dios nuestro Señor.

Estaba siempre muy en sí y muy dentro de su corazon, y repetia muchas veces algunos lugares de S. Pablo, en que el santo Apóstol se humilla, y conoce, y se llama pecador: uno era aquel: *Qui blasphemus fui et persecutor et contumeliosus;* y *Venit Iesus peccatores salvos facere, quorum ego primus sum;* y *Ego sum minimus Apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus, quia persecutus sum Ecclesiam Dei.* Y decia que con aquestas palabras se consolaba y animaba, y, poco ántes que muriese, solia decir treinta veces á

dia aquellas palabras del salmo: *Convierte nos Deus salutaris noster, et averte iram tuam a nobis:* tan dado era al espíritu de la compuncion un hombre tan puro y limpio de conciencia como este siervo de Dios lo era.

Pero una de las cosas en que puso más su estudio fué en procurar de no ser tenido por santo, sino por pecador, juzgando que la verdadera santidad no consiste en el aplauso exterior y cosas aparentes, sino en el trato y familiaridad con Dios, y en la propia abnegacion, y virtudes sólidas y perfectas.

Mas aunque él se humillaba tanto, y se tenia por tan gran pecador, Dios nuestro Señor que levanta los humildes, le honraba y hacia que los Superiores de la Compañía y los demas de ella le reverenciasen como varon de Dios, y que los señores y Prelados eclesiásticos le respetasen y consultasen con él sus dudas, y se rigiesen por su parecer, como de un santo y varon docto y prudente.

El Arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero, varon por su santidad y letras tan estimado en España, no hacia cosa sin su consejo, y hallábase tan bien con él, que solia decir: «En esta *plaza* hallo yo cuanto hé menester.»

En el concilio provincial que se celebró en la ciudad de Méjico, diez y ocho años ántes de su muerte, se halló el P. Plaza en las consultas de los Prelados, estimando todos mucho su parecer. De este concilio resultó que el mismo Padre hiciese aquel catecismo que comunmente ha corrido en la Nueva España.

Esta estima, que los hombres graves tenian del P. Plaza, nacia de su santidad y religiosa modestia, de sus buenas letras, acertado juicio, experiencia de muchas cosas que habian pasado por él, de una apacible y dulce conversacion, y no ménos de verle tan desinteresado y apartado de negocios seglares y ajenos de su profesion.

Tuvo singular don de discernir los varios espíritus, en tanto grado, que aun en los principios, cuando entró en la Compañía, consultaban con él las cosas extraordinarias que se ofrecian de este género, por conocer el don tan aventajado que nuestro Señor le habia dado en esta parte.

Nunca quiso hablar á un hombre que en Méjico era tenido por gran santo, con suma estimacion de su virtud, fiando de él muchos la direccion de sus almas. Este tal hombre deseó, para acreditarse más, hablar al P. Plaza; mas el siervo de Dios, conociendo con luz del cielo la falsedad y fingimiento de aquel espíritu, nunca quiso admitirle. Maravilláronse todos de esto, por ser grande la caridad y humildad del P. Plaza. El suceso mostró la razon que tuvo, porque le vino á prender la Inquisicion y á sacar en auto público aquel hombre por alumbrado.

La doctrina de este Padre fué sólida y grave así en sus pláticas espiritua-

les como en los sermones que hacia, en los cuales seguia un estilo llano, con palabras castizas y sencillas; pero de muy vivas razones y eficaces, que convencian y rendian á los oyentes. Y cuando predicaba, no se embarazaba en que hubiese poca ó mucha gente, porque con el mismo espíritu predicaba á pocos y á muchos, y decia que, pues el Angel de nuestra guarda, por hacer la voluntad de Dios, se contenta con un solo oyente, lo mismo debe hacer el predicador en sus pláticas y sermones. Insistia mucho en que cada uno acudiese á las obligaciones de su estado y oficio, y enseñaba el modo con que se deben hacer las cosas más ordinarias y caseras que están á nuestro cargo, poniendo en esto el aprovechamiento y perfeccion, y no en otras cosas extraordinarias.

Alababa mucho á S. Diego de Alcalá, que era de los Frailes Menores, y á otros santos religiosos, que por medios ordinarios y por el comun medio de proceder de la religion, y siendo porteros, cocineros y haciendo otros oficios de su estado y profesion, habian alcanzado tan gran santidad y perfeccion.

Desde que era mozo predicaba cosas serias y graves sacadas de los Doctores Santos, y mucho más de la oracion, en la cual comunicaba con Dios nuestro Señor todos sus conceptos, procurando sentir y poner por la obra lo que habia de predicar á los otros por palabras; y así todas las personas que le trataban se arraigaban en la virtud, y venian á ser personas ejemplares y de mucho trato con Dios, y no ménos los de fuera que los de la misma Compañía.

Como él trataba tan familiarmente con nuestro Señor, y estaba tan dentro de sí, de la composicion interior de su alma redundaba en su cuerpo una modestia y serenidad exterior, con la cual movia y aficionaba á toda virtud á los que le comunicaban, y á este espíritu exhortaba á todos. Y así preguntado una vez de un Padre que dejaba de ser Superior, y se iba de una casa á vivir á otra, cómo ocuparia el tiempo, le respondió: «Haciendo dos cosas; obediencia y oracion.»

Lo que él hacia en esta parte, lo escribió al P. Juan de Cañas en una carta en que le dice estas palabras: «El modo que yo deseo tener en mis ejercicios espirituales es este: Por la mañana ejercitarme hé en la contricion de mis pecados pasados y presentes, conforme dice la Escritura santa: *Iustus cor suum tradidit ad vigilandum diluculo, aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur*. Y despues llegaré á decir Misa, *in spiritu humilitatis et in animo contrito*, á recibir el rescate para pagar las deudas de mis pecados y ser reconciliado con Dios. Despues de la Misa daré gracias á Jesucristo por haberme reconciliado con su Padre, y hecho uno consigo por el Sacra-

mento de la Comunion, y despues procederé en el dia con la imitacion de sus virtudes, y particularmente en el celo de las almas, rogando á Dios por ellas, y ayudándolas en lo que yo pudiere y se ofreciere. Al fin del dia disponerme hé, como si en aquella noche hubiese de acabar mi vida, y desearé que llegue la hora en que, librándome de este cuerpo mortal, salga para emplearme con todas mis fuerzas en alabar á Dios, *et fieri similem ei.*»

Todo el tiempo que pudo, decia Misa cada dia con grande devocion y ternura, y con tanta abundancia de lágrimas que algunas veces le interrumpian y no le dejaban pasar adelante.

Su oracion de todo el año era como un círculo, comenzando unas veces en sí y acabando en Cristo, y otras veces comenzando en Cristo y acabando en sí, y con esta continuacion juntaba siempre la mortificacion, y decia que este espíritu es muy seguro y muy propio de la Compañía, y tenia por sospechosa la oracion que no se acompaña con la mortificacion. Y así, preguntado de una persona qué camino seria bueno para ser un hombre espiritual, él sonriéndose respondió que si queria otro Evangelio, pues sabia que Cristo nuestro Señor habia dicho: *Tollat crucem suam, et sequatur me,* esto es: *Tome su cruz y sígame,* y no habia para qué buscar otros caminos.

Esto hacia, en esto insistia, este era su único y contínuo estudio de mortificarse, y mientras tuvo salud y pudo, hizo penitencias exteriores; mas cuando se vió impedido para hacerlas por sus muchas y graves enfermedades, decia á nuestro Señor: «Dad vos la disciplina, que yo diré el *Miserere;*» y tenia por mejor penitencia y mortificacion la que nuestro Señor daba, llevandola con paciencia y rendimiento de juicio, que la que se toma por devocion; porque en estas hay algun peligro, ó de amor propio, ó de vana complacencia: conforme á este sentimiento le ejercitó nuestro Señor en trabajos contínuos, enfermedades graves y dolores casi perpétuos.

Tuvo frios y calenturas muy ordinarias desde edad de veinte años, sin que por eso dejase las ocupaciones y trato de espíritu. Fué fatigado del dolor de hijada, y los diez y seis años últimos de su vida padeció mucho de la gota, estando muchas veces tendido en una cama, sin haber apénas miembro que no le fatigase, y otras apretándole tanto que no podia menear pié, ni mano, ni cabeza.

Este mal, finalmente, le acabó, habiéndole tenido casi tres años contínuos tendido en una cama sin poderse menear ni volverse á un lado ni á otro, sino siempre de espaldas; y sufriólo todo el siervo de Dios con tanto ánimo, paciencia, consuelo y júbilos del cielo, que bien se echaba de ver que el mismo Señor que le daba los dolores, le daba tambien fuerza para llevarlos, y era con él en aquella tribulacion. Y con estar tan dolorido y consumido, al-

gunas veces hacia que le vistiesen y que le llevasen en una silla á oir Misa a la capilla de los enfermos, padeciendo en esto graves dolores por oir Misa, y cumplir, cuanto le fuese posible, con el precepto de la Iglesia.

Era tanto su fervor y amor á la penitencia, que no contentándose con la que Dios le daba, él la hacia en cuanto podia: cuando no se podia menear ni áun en la cama, tomaba la disciplina con sus manos gafas y sin fuerzas, y dándose como podia en las espaldas con ella, decia á Dios: «Señor, hago lo que puedo.»

Guardó tambien estrechamente las Cuaresmas y los demás dias de obligacion, absteniéndose (con tener tanta falta de salud) de comer carne, en tanto grado que, pocos dias ántes que muriese, preguntó si era viérnes, para comer lo que los otros, y no como enfermo que por horas se estaba muriendo.

Rezó casi siempre las Horas canónicas, ayudándose á ratos de quien le volviese las hojas del breviario: y era en esto tan exacto, que el dia que le dieron la Extremauncion, estando durmiendo y casi fuera de sí, se advirtio que rezaba de memoria la Horas menores.

Preguntándole estos últimos dias si deseaba morir para acabar con tantos trabajos, respondió que no, sino pedir á Dios más y mayores. Otra vez dijo que deseaba mucho ver á Dios, pero no que se acabasen los dolores.

Finalmente, estando ya muy flaco, exhausto y consumido, y con la piel pegada á los huesos, sintiendo este insigne varon que se iba acabando, dos dias ántes de su muerte se confesó más despacio con su ordinario confesor, y recibió el Santísimo Sacramento por Viático y despues la Extremauncion, y como por la última despedida, dijo á los Hermanos que allí estaban: «Dios los bendiga, para que le sirvan y alaben,» y en presencia de ellos, á los veinte y uno de diciembre, dia de santo Tomé Apóstol, á la media noche del año de 1602 y á los setenta y cinco de su edad y cuarenta y nueve de Compañía, dió su bendita alma al Señor.

Acudieron á su entierro todas las Religiones, y Cabildo eclesiástico, y muchos caballeros, y gran número de gente que, subiendo á la pieza donde estaba el cuerpo difunto, con particular devocion y lágrimas le besaban los pies y las manos, y le cortaban lo que buenamente podian del vestido.

Fué parecer de hombres graves que aquel entierro no se debia celebrar con luto y pompa funeral, sino con música y flores; y así rodearon el cuerpo de ellas y adornaron con azucenas, quizá con más misterio de lo que entónces juzgaron, por la pureza que perpetuamente conservó.

Con haber pasado diez y seis horas despues de muerto, tenia las manos flexibles y tratables, que en vida con los dolores de la gota se le habian tor-

cido y añudado los dedos y secado en gran parte; pero á la hora de la muerte se le pusieron las manos no sólo blandas y tratables, pero tan blancas y trasparentes que á todos convidaban se las besasen.

Celebró é hizo el oficio por su devocion la Capilla de la catedral. Depositóse el cuerpo entre el altar mayor y la reja de comulgar en una caja de madera con cal.

Muchos monasterios mostraron el afecto que le tenian, doblando por él y haciéndole decir Misas cantadas con mucha solemnidad, y despues la Congregacion mayor le celebró por sí las exequias con grande aparato y concurso, oracion fúnebre y sermon, que predicó uno de los Doctores y Catedráticos de Teología. Aunque todos estaban satisfechos de la gran santidad de este siervo de Dios, sin dudar de que gozaria de su gloria; con todo eso nuestro Señor se sirvió de manifestarlo, con revelárselo á una persona digna de todo crédito.

El tiempo que gobernó en las Indias y despues, mostró mucha estima del ministerio de los indios: y decia que aunque los Superiores deben ser padres para todos sus súbditos, mas que con los ministros de los indios se deben haber como madres, porque sirven los tales á Dios nuestro Señor y á la Compañía, con más incomodidad y con ménos aplauso vano. Y añadia que para ejercitar bien este ministerio, era menester una muy sólida caridad de Dios y del prójimo, porque sin ella no se podian llevar tantos trabajos y peligros, ni la gente de aquellas tierras tenia de suyo cosa que se pudiese apetecer.

Algunos avisos dejó el santo Padre, que andan en manos de muchos, para alcanzar los de la Compañía la paz de su alma, entre los cuales son los que se siguen:

Nunca decir gracias vanas.

Decir bien de todos.

No porfiar mucho.

Entre muchos hablar poco.

No remedar á otro, ni hacer burla de cosa que diga ó haga.

Hacerse todo á todos.

Nunca hablar de cosa suya, de que se le pueda seguir loa.

No ser entrometido ni fácil en dar su parecer.

Descubrir todas las tentaciones al Superior.

Andar siempre en la presencia de Dios.

Imaginarse siempre siervo de todos, y en los otros considerar la persona de Cristo nuestro Señor.

Nunca dilatar cosa buena para otro dia.

Nunca hacer cosa por vana gloria, sino por solo Dios.

Echar todas las cosas á buena parte.

Rogar todos los dias por toda la Compañía, y particularmente por el Padre General, por los otros Superiores y por los oficiales de aquel colegio en que vive.

P. NIEREMBERG.

P. JERÓNIMO RAMIREZ

NACIÓ el P. Jerónimo Ramirez en la ciudad de Sevilla, de padres honrados, año de 1557.

Crióse desde muy niño en casa de la Duquesa de Alcalá, y por ver su mucha virtud y buena inclinacion, lo dió al Obispo de Cádiz D. García de Haro, deudo suyo, donde estuvo bien estimado, hasta que le envió á Córdoba á estudios mayores.

En estas escuelas dió desde luego raro ejemplo, no sólo de virtud ordinaria, sino de persona que á todo rigor caminaba á la perfeccion. Los ejercicios de mortificacion, penitencias, disciplinas, cilicios, eran muy ordinarios; la oracion muy frecuente, en que era muy regalado de nuestro Señor.

Sus salidas al campo los dias de vacacion eran á fervorizar su corazon, con otros compañeros tales que buscaba, y ellos buscaban á él, con quienes entretenia la tarde en divinas alabanzas en sus criaturas, en que se enternecia y abrasaba de suerte que todos los estudiantes que trataban de virtud, se le llegaban, pendian de su boca y consejo, y procuraban su comunicacion.

No se quedaba en palabras la devocion del muy fervoroso mancebo, porque de ellas pasaba á las obras, y salia encendido para las de mortificacion y humildad, que en este tiempo ejercitaba.

Sustentábalo el santo Obispo con todo cuanto habia menester, y fuera de eso gozaba un beneficio de la iglesia de Tarifa; pero él por mortificarse e imitar en algo la pobreza de Cristo nuestro Señor, iba algunas veces á los conventos y porterías de religiosos con su escudilla como pobre, á comer con los demas de la limosna que allí se da. Y tenia tanta estima de los pobres, en quienes está representado Cristo, que, un dia festivo de los santos Patrones de Córdoba S. Acisclo y Sta. Victoria, pasando por la calle donde estaba un

pobre pidiendo limosna con demostracion de una pierna llagada y manando podre; llevado del fervor de su devocion, se hincó de rodillas y se la besó, y bañó sus labios de aquel asqueroso humor. Esta accion del virtuoso mozo admiró á algunos que lo vieron.

A este paso iba edificando lo demas de su modestia, recato, sufrimiento y paciencia en las ocasiones que se le ofrecian, todo el tiempo que le duró estudiar en Córdoba, que fueron dos años ántes de entrar en la Compañía, donde se puede decir, que ántes de entrar en ella era ya varon perfecto, y despues, en el tiempo de su noviciado y estudios, prosiguió con tan grande constancia en caminar á la perfeccion, que todo su cuidado del H. Jerónimo era amoldar su vida á la que enseña el libro de oro del *Contemptus mundi,* que no dejaba de las manos para su leccion espiritual. Y siendo así que todo el libro enseña la nata del espíritu y perfeccion evangélica, es muy notado el cap. XXV del lib. 3.º, que trata de la extremada perfeccion de cuatro cosas: el fervoroso Hermano preguntó una vez á su maestro en Teología P. Ignacio Yañez, que cómo podia ser que estuviese tal perfeccion en aquellas cosas, porque él era un imperfecto y malo, y por la bondad de nuestro Señor se hallaba con aquellas cuatro cosas: y esto lo confesaba con tanta sinceridad, que admiraba á los que lo supieron.

Su vocacion á la Compañía fué maravillosa, porque se le apareció de repente un hombre muy venerable, que le dijo se entrase religioso de la Compañía de Jesus, porque esa era la voluntad de Dios. Con esto entró en la Compañia el año de 1577, siendo de edad de veinte años, donde vivió los cuarenta y tres con notable perfeccion y santidad.

Desde su noviciado tuvo nombre de gran religioso, devoto, humilde, obediente, muy recogido y amigo del silencio, y con él sabia juntar á sus tiempos el trato apacible y afable con todos. Sus pláticas ordinarias eran de Dios, para que tenia prevenidos ejemplos de dichos y hechos de santos y cuentecitos para este intento.

En lo que más pareció señalarse fué en el ejercicio santo de la oracion; porque no contentándose con tener las horas señaladas, se levantaba á tenerla una hora ántes de la Comunidad, y todos los ratos que podia hurtaba al tiempo, no faltando á lo que era obediencia, para darlos al trato con nuestro Señor. Y áun cuando iba de camino no se olvidaba, por cansado que estuviese, de este su amado ejercicio, ántes entónces se daba más á él, llevando siempre consigo un pequeño Crucifijo, que en viéndose á solas sacaba, y con él eran sus coloquios y entretenimientos tiernos, porque fué siempre devotísimo de la Pasion de nuestro Señor, con quien hallaba consuelo en sus trabajos, y no ménos lo fué de la Santísima Vírgen, á quien siempre tuvo por Madre.

El celo que tuvo de ayudar á las almas fué infatigable y de los raros que se han conocido en los hijos de la Compañía, y con él salió encendido desde el noviciado; porque, siendo estudiante artista en Córdoba, se encargó de los que llaman algarines ó pícaros, gente humilde y desamparada, y les hacia la doctrina y pláticas con tanto fervor, que hizo muy grande fruto en ellos.

A los dos años de su Teología, el de 1584, pasó á la provincia de Méjico con el P. Provincial Antonio de Mendoza, y apénas hubo llegado de España, cuando fué enviado al colegio de Pazcuaro, á que aprendiese la lengua de aquella provincia, que es de las más pobladas de indios que hay en la Nueva España, y juntamente se encargara de la escuela de niños de escribir y leer que hay en aquel colegio.

A todo acudia con su contínuo fervor y cuidado el H. Jerónimo, y alcanzó á saber la lengua de suerte que podia hacer la doctrina y predicar en ella en la plaza de aquella ciudad, que es de gran concurso de indios; y en ellos y en los españolitos de la escuela tenia con mucho consuelo empleado su fervoroso deseo de ayudar las almas.

Volvió á Méjico á acabar sus estudios, en que salió muy aprovechado, y en el mismo tiempo aprendió la lengua mejicana, que supo y ejercitó bien.

Acabado sus estudios y ordenado de Sacerdote, volvió á Pazcuaro, donde se ocupaba con grande fruto y edificacion de todos en confesar y predicar á indios y españoles: y no contento con esto, salió en mision por los partidos de muchos beneficios y curatos que hay en aquella provincia, ejercitando todos los ministerios de caridad que usa la Compañía.

En particular hizo una mision que le duró ocho meses, en que corrió gran parte de tierra muy caliente, y de la costa de Colima y Zacatula, y otras provincias muy distantes, con extraordinario aprovechamiento de las almas y á costa de grandes trabajos que padeció con ocasion de un catarro pestilencial que por aquel tiempo corria y de que moria mucha gente. Acudia infatigablemente el caritativo Padre á los enfermos y apestados, y no sólo á administrarles los santos Sacramentos, sino tambien á curarlos con grande caridad y regalarlos en cuanto podia.

En los pueblos donde entraba, apénas quedaba persona que no se confesase como si fuera semana santa; y por consolar á todos, le era forzoso confesar hasta las diez de la noche, y á la mañana ántes de amanecer estaba ya la iglesia llena de gente para confesar. El fervor de las pláticas en peregrina lengua, y el ser estas tierras muy apartadas y donde pocas veces alcanzan este beneficio, todo ayudaba mucho y aumentaba los admirables trabajos del P. Jerónimo Ramirez, el cual predicaba de ordinario dos sermones cada dia, uno á la mañana y otro á la tarde.

Las procesiones, cantando la doctrina, eran muy frecuentes y solemnes, á que acudia toda la gente, y hechas las preguntas del catecismo, y repartidos premios á los niños, predicaba á los demás, y tal vez en dos y tres lenguas, por la variedad de los que concurrian. Y á esta tan grande ocupacion no habia de faltar la oracion (que siempre fué muy estimada y amada del Padre), con otros ejercios espirituales que le obligaban á dormir muy poco, y áun llegaba á faltarle el tiempo para comer y otras cosas forzosas.

Guardaba sus ayunos y penitencias inviolablemente, y el mismo estilo guardó siempre en todas sus misiones, que fueron muchas y por muchos años.

Los frutos que en estas cogió seria largo el contarlos, de confesiones generales, enmiendas de vidas, costumbres de embriagueces desterradas, idolatrías y rastros de supersticiones, que ordinariamente suelen quedar en indios, áun despues de bautizados. Todo quedó grandemente remediado, favoreciendo Dios y dando feliz cosecha á los trabajos santos de su siervo.

Habiendo gastado tres años en estos ejercicios en el colegio de Pazcuaro y provincia de Mechoacan, pasó á la ciudad y real de minas de Zacatecas, donde no fué menor el fruto que cogió este apostólico varon con las solemnes procesiones de las doctrinas que hacia, exhortaciones y frecuentes sermones en español, mejicano y lengua tarasca que es la de Mechoacan, donde habia estado.

Concurria mucha gente de estas lenguas á trabajar en aquel real, en el cual fué grande el provecho que en todos estos indios hizo, por el temor y respeto que le tenian y por el fervor con que les predicaba, sin dejar por eso de acudir con el mismo á los ministerios de los españoles, porque siempre se extendia á todos el celo de su caridad.

Del colegio de Zacatecas, como de puesto más cercano, salió á las dos misiones de tepeguanes y Parras, siendo el primero que dió principio á ellas. Eran de naciones bárbaras y gentiles, y que nunca habian visto la luz del Evangelio; y como los Superiores tenian bien conocido el fervor de espíritu del P. Jerónimo Ramirez, y cuán esforzado era para sufrir trabajos por Cristo y por el bien de las almas, le encomendaron estas empresas, y él tenia por feliz suerte que echáran mano de él para semejantes empleos.

Lo mucho que trabajó en desmontar estas selvas de gentilidades, y el fruto que cogió en sembrar la doctrina del santo Evangelio es increible, aprendiendo sus lenguas muy difíciles y domesticando indios más fieros y bárbaros que las fieras del campo; los amansó y trocó en ovejas mansas de Cristo, bautizando gran número de ellos y trayéndolos al rebaño de la santa Iglesia, habiéndose visto muchas veces á peligro de perder la vida en la demanda. Y para que se vea el espíritu apostólico de este insigne varon, me ha pare-

cido poner aquí una carta que escribió á su Superior, dándole cuenta de la entrada que hizo en la mision de Parras: es la que se sigue:

«Trújome nuestro Señor á este pueblo de Cuencame, que está en un valle ameno cercado de serranías algo distantes, y él lo está á unas ocho leguas del rio de las Nasas que entra en la laguna, y hasta aquí pueblan los indios zacatecas. Cuando llegaba á su pueblo, como gente más cercana y que ya entra á la labor de las minas, me salieron á recibir algunos indios á caballo, y gente bien dispuesta con algun vestido.

»En el pueblecito habia pocas casas y gente, pero esa que habia, cuando llegué á él, me recibió con mucha afabilidad, divididas las mujeres de los hombres, y algunos indios principales que habian concurrido del rio, teniendo noticia de mi entrada, me hicieron presente de algunos de los frutos y semillas que cogen, con grandes muestras de alegría por haber llegado á sus tierras, y más regocijo de oirme hablar en su lengua cuatro palabras que por el camino habia aprendido.

»Hospedéme en una casa de adobes, que sola habia en el lugar, de un indio tarasco de Mechoacan, antiguo cristiano, que Dios habia traido aquí para nuestra ayuda. La casita, aunque pequeña, me pareció al presente la mas apropósito para hacer iglesia, y los indios cubrieron un portalito que nos sirviese de vivienda.

»He comenzado á aprender la lengua y disponer la doctrina y catecismo. Aún no me atrevo á bautizar la gente, hasta que tome más asiento esta doctrina, y haya disposicion para ello. Solamente he dado este Sacramento a una india, *in articulo mortis,* y á un viejo que parece que tuvo nuestro Señor guardado solamente para recibir el bautismo, el cual habiendo estado muy atento, y entendido los misterios de nuestra santa fe, y mostrado dolor de sus pecados; luego que recibió ese Sacramento de salvacion perdió el juicio con la fuerza de la enfermedad y murió. A otros indios que hay enfermos, los visito, y llevo lo que puedo de cosas de comer y agua bendita, y les digo Evangelios, á los cuales atribuyen ellos la salud que el Señor les da.

»Los indios están en extremo contentos, tanto que me dicen que, si me voy, se han de ir conmigo. Bien entiendo que, si el virrey y gobernador ayudan, serán los demas fáciles de traer y congregar, porque muchos no viven en pueblos. Dios mueva á los que gobiernan, para que se compadezcan de esta pobre gente.» Hasta aquí la carta de este siervo de Dios.

Pasados estos trabajos y peregrinaciones, fué enviado de la santa obediencia á otra ocupacion no ménos prolija, que fué á fundar el colegio de Guatemala, que dista de los tepeguanes cuatrocientas leguas. Que como conocian los Superiores cuán á propósito era este insigne varon para semejantes

obras y para la necesidad de aquella ciudad y reino, echaron mano de él, y, áun en los caminos, fué grande el número de almas que sacó de pecado.

Cuando llegó á Guatemala, halló que el Obispo, habiendo salido á visitar su obispado, habia dejado órden para que no dejasen al nuevo predicador administrar los santos Sacramentos, ni áun decir Misa en sus iglesias, donde áun no la tenia la Compañía.

Sabiendo esto el P. Jerónimo Ramirez, se partió luego con su compañero en busca del Obispo que estaba léjos, caminando de dia y de noche sin parar y con harto trabajo. Al principio no fué recibido con mucho agasajo como de Religion nueva en aquella ciudad y provincia. Comenzó el Obispo á examinar al Padre en un caso de moral bien dificultoso, y despues en la explicacion de un lugar de Job que no ménos lo era. A todo respondió el prudente Padre con grande satisfaccion, porque la podia dar en esas materias.

Propuso él despues al Obispo con mucha humildad y sumision el intento con que le habia enviado la santa obediencia, y de tal manera quedó pagado aquel Prelado de sus letras y gran celo de ganar almas, que le dió ámplia facultad para ejecutar todos los ministerios de la Compañía, y no se contentó con sólo eso, sino que el mismo Obispo, con notable edificacion de toda la ciudad, iba á honrar las doctrinas que este apostólico varon hacia; y hubo tal mudanza en la ciudad con sus sermones y doctrinas, que no la conociera quien ántes la hubiera visto, haciendo todos grande estima de la santidad que en este siervo de Dios resplandecia. El cual no satisfecho con el fruto que habia hecho en la ciudad, salió con su acostumbrado fervor por los pueblos comarcanos, donde no fué menor el fruto y casos raros que le sucedieron en órden á remediar en tiempo de peligro algunas almas, de cuya necesidad Dios le daba particular luz y conocimiento.

Caminaba acompañado de un noble mancebo, que despues entró en la Compañía, y á deshora se hallaron que habian perdido el camino; columbró de léjos este santo Padre una choza, y dijo al compañero: «Vamos, que allí nos espera una grande necesidad.» Fueron y hallaron una enferma sola y tan al cabo que, en acabándola de confesar, espiró, y enterrándola, prosiguieron su camino, y en el mismo, habiendo llegado otra noche á una posada, en ella estaba el P. Ramirez en un aposentico en su acostumbrada oracion, y el mancebo que le acompañaba estaba en otro acostado y á deshora, revolviendo algunas liviandades en su corazon; reveló Dios á su siervo en lo que estaba ocupado aquel su compañero, porque, entrando con presteza, le avisó que no diese entrada á tales pensamientos, y estuviese más alerta en desecharlos, cosa en que reparó mucho este mancebo.

Muy semejantes á estos fueron los casos que le sucedieron á este fervoro-

su Padre con colegiales del colegio real de S. Ildefonso, que tiene á su cargo la Compañía en la ciudad de México, para donde le llamaron mesmos de haber fundado el de Guatemala, para que trata en toda virtud aquella noble y numerosa juventud.

Aquí, siendo su Rector y señalando siempre el aprovechamiento en letras y virtud de esta familia, le descubrió Dios los corazones de los colegiales que tenía á su cargo, y como si el mesmo fuera de cristal, veía distintamente lo que por ellos pasaba, porque sucedía que pidiéndole alguno licencia para salir fuera, él les decía el desordenado y vanamente mundo que les sacaba de casa, estimulándolos al arrepentimiento de ofensa que contra Dios cometían. Y de este arrojo de su santo Rector, que penetraba sus conciencias, sucedió quedar algunos tan compungidos, que saliendo de su presencia, se fueron derechos á los pies del confesor.

Era en aquel colegio tan valida la opinión de que su Rector conocía los secretos de los corazones, que los que no estaban con la reserva de inocencia que debían, huían de su presencia, aunque él los trataba con amor de padre, y con él puso en tanto concierto y orden el colegio, que parecía no divorciado de una religión.

Pero despues de estas tan santas empresas le tenía Dios guardado otro al P. Jerónimo Ramírez, en el cual quiso se empleasse el fervoroso talento, lenguas y espíritu, que desde su juventud la divina bondad le había comunicado de ayudar las almas de los pobres indios, y que en esta empresa consumase el curso de su santa vida.

La ocasion de esta mudanza fué que el año de 1617 murió en Pazcuaro el P. Juan Ferro, grande operario en la lengua tarasca de Mechoacan, muy señalado en religion y celo de la salud de los indios, y para suplir tan grande falta, echaron mano los Superiores de este insigne varon. El cual aunque habia ya algunos veinte y siete años que no ejercitaba los ministerios en esta provincia, luego predicó en ella con el acostumbrado fruto y con tanta propiedad, que las mejores lenguas de la tarasca y los beneficiados Curas le iban á oir predicar dos y tres sermones al dia, admirados de su elegancia, del fruto que hacia y de lo que en tal edad trabajaba asi en la ciudad de Pazcuaro como en las continuas misiones á que salia. Y los beneficiados andaban á porfía de quién lo habia de llevar á su partido, siendo los de las Indias de tres, cuatro ó más pueblos que un solo Cura tiene á su cargo. Y este apostólico varon, como la piedra, que cuando se acerca á su centro va con mayor ímpetu, asi parece que, sintiéndose ir más cercano á Dios, era mayor la fuerza con que deseaba servirle y llevar almas al cielo.

Anduvo estos tres años últimos de su vida discurriendo por varias partes

de tierras frias y calientes, cuales son las de Mechoacan, sin dejar minas, aldeas ni estancias donde no hiciese doctrinas, predicando, confesando con notable fruto en todas partes, y sacando de pecado innumerables almas.

Llegósele la última mision, que por ser á tierra caliente y el año climatérico de su edad de sesenta y tres, temia, ó sabia y lo decia, que ese año habia de morir, aunque su ánimo invencible le animaba á no temer la muerte. En esta mision le cogió, causada del inmenso trabajo é incomodidades que tomaba por su Dios y por el bien de innumerables almas de cristianos y de gentiles que convirtió.

Luego que cayó enfermo en un pueblo de indios, veinte leguas de Pazcuaro, teniendo noticia de su enfermedad el P. Rector, despachó al P. Jerónimo de Santiago, gran misionero en la lengua tarasca, para que le asistiese. Apretóle la enfermedad al siervo de Dios, el cual recibió los santos Sacramentos con gran consuelo de su alma, por entender que nuestro Señor se lo llevaba para sí; y, poco ántes de expirar, le regaló su divina bondad con un maravilloso rapto; porque las postreras palabras que dijo al P. Santiago fueron: Espere V. R., *videbis mirabilia.*»

Quitósele la habla, y á poco rato murió en el Señor este varon apostólico, á 12 de enero de 1621 años, siendo de edad de sesenta y tres, los cuarenta y tres de Compañía, y los treinta y seis de misionero evangélico en todas las provincias de la Nueva España. Y ¿quién no entenderá que llegaria muy cargado de merecimientos á la presencia de Dios el que en tantos años y con tan gran teson de trabajos ganó tantas almas para su Majestad?

Fué depositado su cuerpo en la iglesia de aquel pueblo con grande estima de los naturales, que se tenian por dichosos de tener en su iglesia el cuerpo del que tenian por santo, y despues, aunque con grande repugnancia suya, se trasladó al colegio de Pazcuaro, hasta que se le llegue el dia en que glorioso, unido con su alma, goce de la gloria eterna.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Andrés Perez en su *Historia de los triunfos de la fe.*

P. NIEREMBERG.

P. JULIO PASCUAL

El invicto mártir de Cristo P. Julio Pascual, nació en la ciudad de Bresa, del señorío de Venecia.

Sus padres fueron muy honrados y abastecidos de bienes temporales; pero más ricos de cristiandad y muy devotos de nuestra religion de la Compañía de Jesus, pues, sin embargo de las leyes de aquella República, enviaron a su hijo á Parma y despues á Mantua, para que estudiase en las escuelas de la Compañía, en las que aprovechó tanto en virtud y letras, que era un ejemplo señalado de modestia, quietud, recogimiento, devocion y honestidad á la juventud.

Acabados sus estudios de Artes, pretendió entrar en la Compañía, y con el testimonio de la grande virtud que le calificaba, fué recibido en ella el año de mil y seiscientos y once.

En el noviciado, y año de seminario, y estudio de Humanidad, echaron tan hondas raíces las virtudes que brotaron de su juvenil edad, que el Provincial, por lo mucho que conoció en el H. Julio de virtud sólida, le encargó leyese Gramática en la ciudad de Faenza. Ejercitó este ministerio con tanta edificacion y aprobacion de los Padres del colegio, y con tanto aprovechamiento en virtud y letras de los discípulos, que le cobraron una singular aficion los de aquella ciudad, en tres años que la santa obediencia le ocupó en este ministerio.

Al fin de ellos llegó á Roma el P. Procurador de la provincia mejicana, Nicolás de Arnaya. á pedir á nuestro P. General señalase algunos sujetos que fuesen á ayudar á sus hermanos en las misiones y conversiones de indios de la Nueva España, donde cada dia se iban dilatando, y ofrecian nuevas empresas evangélicas.

El H. Julio habia tenido impulsos y vocacion del cielo para pasar á Indias y emplearse todo y toda su vida en sus misiones, y, si fuera menester, derramar su sangre en la demanda de predicar la fe de Cristo á las gentilidades descubiertas, aunque principalmente le llevaba su inclinacion á las de las Indias orientales y del Japon.

Dió cuenta, como se usa en nuestra Compañía, á nuestro P. General de estos deseos que nuestro Señor le comunicaba; y como Dios, con su alta providencia, gobierna las cosas á sus altos fines, dispuso que la noticia que tuvo nuestro P. General de los deseos del H. Julio, sirviese para señalarle mision

y puesto donde le tenia Dios preparada la corona y remate glorioso de su vida. Señalóle, pues, nuestro Padre, para que pasase con los demas que habian de ir á la Nueva España, órden que aceptó el obedientísimo Hermano con singular fervor y consuelo, y como venida del cielo.

Partióse de Italia para España en compañía de otros dos Padres que venian á la misma empresa, y en su viaje hasta Sevilla fué de singular alivio, consuelo, edificacion y áun admiracion á sus compañeros, como ellos mismos lo testificaron.

Partieron de España, y llegando al colegio de Méjico, estudió tres años que le faltaban de Teología, donde sin aflojar un punto de su religioso fervor, creciendo así en las virtudes como en el aprovechamiento de las letras, acabados sus estudios, se ordenó de Sacerdote.

Señalóle luego la santa obediencia para el empleo, si no glorioso á los ojos y estimacion de los hombres, pero muy precioso á los de Dios, á que con tan vivos deseos habia anhelado desde Italia.

Por buena suerte le cupo á la provincia de Cinaloa este grande y diligente ministro Evangélico. Y se debe advertir aquí el señalado favor que la divina Providencia hizo á esta provincia y sus misiones en haber escogido para su labor y enseñanza insignes varones apostólicos, y muy en particular al P. Julio. porque todas las viñas y majuelos de estas nuevas cristiandades, gozaron del riesgo, trabajo y labor de tan solícito y caritativo operario. Y parece fué órden del cielo, que por ese tiempo, con ocasion de enfermedades que padecian sus ministros, supliese por ellos en sus partidos y ayudase en las misiones de zuaques, teguecos, cinaloas é hiaquis, ántes que se le señalase propia doctrina.

Se empleó en esas naciones con ferviente é infatigable caridad por tiempo de dos años, los cuales pasados, los Superiores le encargaron la mision y conversion de naciones que le habian de costar la vida.

Campearon y lucieron en este apostólico varon todas las virtudes, y más las que pedia su profesion. Y comenzando por la humildad, que es fundamento de toda santidad, fué tan solícito en edificar su perfeccion sobre esta virtud, y la hizo tan propia suya, aunque ella es tan opuesta á la inclinacion de la naturaleza humana, codiciosa siempre de estimacion y excelencia; que esa hambre insaciable la rindió con actos contrarios de humillacion, de suerte, que aborrecia lo que tocaba á su propia estimacion y honra, teniendo á todos por Superiores.

Entrañósele tanto el amor á esta virtud santa de la humildad, que ya le era como natural, mostrándola en sus palabras y acciones, no sólo con mayores é iguales, sino tambien con los inferiores y con los mismos indios. En los ca-

minos se habia de encargar el humildísimo Padre de ensillar las cabalgaduras de los compañeros, y cuidar de todos los oficios más humildes que se podian ofrecer, con tanta instancia, que no le podian vencer ni ir á la mano. En los pasos peligrosos de rios y caminos, él iba siempre delante de sus hermanos, porque si sucediese algun trabajo, cayese sobre él, previniéndolo á todos ellos, escogiendo la peor cabalgadura para sí.

Caminaba para Méjico con los demas compañeros desde el puerto de Veracruz, y sucedió á un Hermano nuestro, que junto á un rio de muchos caimanes y monte espeso de la Veracruz vieja, se le huyese la mula en que venia, y el caritativo Hermano salió luego corriendo tras la cabalgadura del compañero: entrósele en el monte, y anduvo toda aquella tarde y noche en su busca. Al amanecer llegó á la posada con ella, donde los demas Padres estaban con grande afliccion pensando que el buen Hermano era perdido ó muerto; y cuando le vieron y oyeron, coligieron que Dios habia obrado milagro con él en pasar aquel rio y librarle de tal peligro; y que la noche, no hallando camino por donde salir, la habia pasado en oracion, gozando de visitas celestiales, que comunica á los humildes, como lo era en excelente grado el P. Julio.

En una ocasion le cogió descuidado otro Padre amigo suyo, estando sentado á su mesa y embebido en un papel que tenia delante, y le servia como memorial de sus devociones, en que estaban escritas aquellas palabras de Isaias: *¿Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperculum, et trementem sermones meos?* Esa era su contínua y gustosa meditacion. Los resplandores de talentos naturales, los dones sobrenaturales y actos de excelentes virtudes, encubria con singular cuidado cuanto le era posible.

Nunca se le vió porfiar ó llevar su parecer adelante, si no le obligaba la honra de Dios ó el bien de los prójimos. Sus porfías eran para ejercitar actos de humillacion, empleando sus palabras y eficacia en ponderar y encarecer, no sus talentos y dones, sino sus faltas. Cuando estudiaba en el colegio de Méjico, él habia de ser el obligado ó, por mejor decir, él se obligaba á todos los oficios humildes que se ofreciesen.

A la humildad acompañó la oracion y trato con Dios; este levantó el animo del P. Julio á un tal alto grado de esta celestial virtud y tan permanente, que parece vivia de ella y con ella. Todo el tiempo que gastaba, era el que le concedia la ayuda de los prójimos y cumplimiento de sus obligaciones: porque demás de la hora de oracion de la mañana, usada en la Compañía, en que ántes de ella le hallaban, era muy puntual en exámenes y leccion espiritual, aunque fuese por caminos desiertos y despoblados.

Las Horas Canónicas lo ordinario las rezaba de rodillas y con singular

atencion en la iglesia, ó retirado y cerrado en su aposento cuando estaba en su partido.

Cuando se hallaba donde habia concurso de Sacerdotes, habia de oir primero todas sus Misas, y ya preparado con esa larga oracion y meditacion, la decia despues de los demas muy despacio y con grande devocion; á la cual se seguia muy largo espacio, en que retirado daba gracias; y lo restante del dia, fuera de las ocupaciones precisas de ayuda de los prójimos, recogido en su casita, se ocupaba en oracion, meditacion y leccion de libros santos, los cuales leia con tal atencion, que los que lo conocian y vivieron algun tiempo con él, á su leccion llamaban oracion y meditacion. A las Ave Marías se volvia á su retiro y recogimiento, donde su empleo eran horas enteras de oracion; y algunas veces á la media noche le hallaron en ella.

Los favores y regalos del cielo que en este santo ejercicio recibia, aunque el humildísimo Padre los procuraba encubrir; pero el ímpetu y fuerza del espíritu que en su pecho ardia, no daba lugar todas veces á disimularlos: porque fué oido no pocas veces, estando retirado, que para desahogar el ardor de su espíritu, prorrumpia en sollozos, otras en cánticos y alabanzas divinas.

De los relieves de este dulce trato, le quedaban muchas reliquias para los caminos, y para cuando se ocupaba en el trato con los prójimos, introduciendo, sin ser pesado ni molesto, ántes con agrado, el tratar y hablar de Dios. Decia un Padre, que lo comunicó mucho, que el P. Julio gozaba de la bienaventuranza de esta vida, que consiste en la contínua memoria de Dios, union y gozo de vivir en su amor y presencia.

A este ejercicio y vida santa de la oracion, como á su fuente, debemos reducir y atribuir otras singulares y fervorosas devociones de este muy religioso Padre.

La del Santísimo Sacramento fué ferviente en él, y ese fervor le movió á pedir licencia á los Superiores, para que, cuando estaba en el pueblo de los chinipas, que era muy seguro y quieto, se la diesen para tener este soberano Sacramento en su oratorio interior, que curiosamente habia aderezado dentro de su casa, y puesto decente y adornado con colgadura de seda, que habia comprado con su limosna; y de su asistencia en él hablaban con admiracion y edificacion los soldados que algunas veces habia tenido de escolta.

Concediéronle esta licencia los Superiores, conociendo el afecto santo con que la pedia, y la decencia con que tendria al Señor en su compañía. Con ella en este puesto gastaba gran parte de la noche y ratos del dia: y cuando no le era posible por razon de sus caminos gozar de esa contínua presencia, pero en ellos nunca perdia el celebrar el sacrosanto sacrificio de la Misa to-

dos los dias, llevando siempre el ornamento necesario para no privarse del celestial manjar.

En la solemnidad de este divino misterio y su dia, procesion y fiesta se esmeraba, en particular los Juéves Santos y oficios de la Semana Santa. Año hubo, que por estar la gente del pueblo, con ocasion de una grande hambre, esparcida por los montes, buscando comida y sustento, no pudo concurrir a esta solemnidad. Pero ya que no le fué posible al devoto Padre celebrarla con la frecuencia de pueblo que ella pedia; para satisfacer á su devocion, colocó el Santísimo Sacramento en la sacristía, y ese dia y noche se estuvo con él, asistiendo por todo su rebaño.

A la devocion de este divino misterio pertenece tambien el cuidado que puso en edificar, adornar y componer su casa, templo y altar; él mismo le adornaba con ramilletes y otras varias curiosidades. Y se decia del P. Julio, que de solas cosas de iglesia y su ornato se hallaba en él codicia.

De aquí le nacia la estrechura que consigo guardaba en gastar de la limosna que da el Rey para el sustento de los Ministros misioneros, por emplear cuanto le era posible cada año en cosas pertenecientes al culto divino, instrumentos músicos y cantores, con que tuvo sus iglesias con particular aseo y ornato.

En edificar las iglesias fué grande su diligencia, trabajo y cuidado, en particular la de Chinipa, que le costó muy grande trabajo, por la dificultad que habia en bajar y sacar la madera de entre peñascos y montes, de todo lo cual él cuidaba. Salióle la iglesia muy lucida, capaz y cubierta de hermosísimo techo, obras todas, que entre aquellos desiertos y entre gentes tan ignorantes de estas obras y edificios, cuestan grandes sudores; pero por ser muy importantes, no habia dificultad que acobardase la fervorosa devocion del P. Julio Pascual.

Con la del Santísimo Sacramento del Altar anda muy junta en los hijos de la Iglesia Católica, la de la soberana Reina de los Angeles; y ésta junta de santísimas devociones se halló en el muy religioso Padre.

Con la Vírgen eran los filiales regalos, pláticas y celestial comunicacion. En el fervor de esta angelical devocion no se podia contener en sí, ántes redundaba, encendia y afervorizaba á los otros. Porque en sus feligreses cristianos, particularmente en sus fieles chinipas, la introdujo de suerte, que en lugar de las galas de caracolillos y conchas, que en su gentilidad traian al cuello, ya traian todos el Rosario de la Vírgen, que rezaban á coros en la iglesia, en sus casas, caminos, milpas y sementeras.

Con tantas devociones, y trato familiar con Dios, y uncion del Espíritu Santo, que en él se le comunicaba, se perfeccionaron y acrisolaron las virtu

des de este señalado Religioso; y en aquellas que son más propias de la profesion religiosa, se esmeró con señaladas ventajas, atendiendo con singularísimo cuidado á su perfeccion.

Su obediencia á los Superiores fué siempre pronta, alegre, humilde, rendida, y esta en todas materias, bajas, humildes, dificultosas, árduas y áun expuestas á riesgo de la vida. Una sola vez, que obligado de razones que se le ofrecian, propuso con la sumision é indiferencia que le permitia su regla, su diferente parecer á lo que disponia la obediencia: esta accion, como desusada de su perfecto rendimiento de voluntad y entendimiento, que tanto profesa la Compañía, fué espina que le lastimó tanto, que no acababa de pedir perdon de ella por carta de los Superiores. Y aunque en el caso no habia excedido los límites de obediencia, con todo las sombras de haber faltado á ella le afligian; porque su deseo era el de los perfectos obedientes, de no mostrar inclinacion á una parte ni otra, sino como enseña nuestro Padre S. Ignacio á sus hijos en sus reglas, procuraba ser como un cuerpo muerto, que se deja llevar donde quiera y tratar como quiera.

Esta perfecta resignacion se conservaba y crecia en el ánimo del P. Julio, por considerar en sus Superiores la persona de Cristo que representan, y á todos los obedecia y amaba como á tales, y hasta á los que tenia por compañeros en las misiones.

A los que por oficio lo eran, les habia de dar cuenta con singular cuidado, conforme á la regla de la Compañía, de las cosas de su alma y de todas las del partido. Esto en presencia, cuando se veia con ellos, ó por escrito cuando estaban ausentes, deseando gozar de su direccion, como si la recibiera del mismo Cristo. Y, finalmente, se puede decir de la obediencia de este insigne varon, que fué perfecta, admirable y heróica en su ejecucion.

La pobreza religiosa, á quien tanto se habia desnudado de su propia voluntad, que es la que más dominio tiene en el hombre, no le fué dificultoso el guardarla y amarla como á madre. Su consuelo era ejercitar esta santa virtud en el vestido, que rara vez lo quiso estrenar; porque el pobre y viejo era el que deseaba y buscaba para sí: y cuando tenia necesidad de remiendos, él se los echaba, y con lo peor de la casa estaba muy contento. Aunque era pobre la comida de las misiones, él la empobrecia más con su cuidado de no tener ni pedir cosa de alivio ni comodidad.

Cosas curiosas y de valor, aunque fuesen de devocion, jamas las tuvo. Cuando estudiaba en el colegio de Méjico, se le notó que por mucho tiempo usó de una sola pluma, sin querer admitir más; tan delicado como esto andaba en la observancia de la pobreza religiosa. Y no nacia esto de estrechura de ánimo del P. Julio; porque en dar cuanto tenia era liberalísimo, ó por me-

jor decir, no tenia cosa suya, ni perdonaba á nada de lo que le daban, por no faltar á la caridad con los prójimos. Y cuando recibia lo que le ofrecian, por menudo que fuese, habia de ser registrado por los Superiores.

La virtud celestial de la castidad resplandeció en este siervo de Dios con singulares esmaltes, y la declararé brevemente, diciendo, que un Padre que en la Compañía le trató mucho y le confesó muchos años, afirmó que no dudaba que habia muerto vírgen, sin hallar en él en esta materia culpa leve venial conocida. Y juntamente que en su semblante, trato y palabras, era el P. Julio un espejo de pureza, y en el hombre exterior se traslucia la del alma. De suerte, que resplandecia en su rostro, conversacion y trato tal claridad de pureza y devocion, que la pegaba á los que le trataban y miraban, y todos le tenian por santo; que el resplandor de esta celestial virtud es tan admirable y fragante, que siempre despide de sí olores de cielo.

En el bien de las almas y encaminarlas á la bienaventuranza, se aventajó grandemente este apostólico varon, empresa de que tenia hecho especial voto, cuando ya estaba en las misiones é hizo su profesion de cuatro votos solemnes de la Compañía.

En la ejecucion de este ministerio no fueron ménos heróicas é ilustres sus acciones y virtudes que las demás religiosas que se han dicho. Y de este su ardiente celo es buen testimonio lo que escribió un Padre que le tuvo por compañero de mision algun tiempo, el cual decia de él, que no sabia cómo explicar su santo y ferviente celo del bien de las almas, sino con afirmar que fué tan contínuo y constante, que tuvo por cierto que jamas se le ofreció ocasion ni medio con que pudiese ayudarlas, que no lo pusiese en ejecucion, y que todos sus pensamientos empleaba en buscar trazas cómo ganarlas para Dios.

Luego que llegó á su partido hizo su asiento en el pueblo de los chinipas, en los cuales su ardiente celo tuvo dichoso logro, porque fundó en ellos una florida cristiandad, de suerte, que en tiempo de un año parecian cristianos antiguos, cosa que en otras naciones no se consigue todas veces. Pero aquí concurrió, demás del blando natural de los chinipas, el fervoroso celo del ministro que Dios les habia enviado.

Asentada la cristiandad de este pueblo, se dispuso el P. Julio con grande ánimo á la dificultosa empresa de la conquista espiritual de las otras naciones fieras y de horribles condiciones, que Dios le habia puesto delante, para que no le acobardaran los trabajos inmensos de caminos ásperos y peligrosos, soledad y destierro. Y con mucha razon se puede llamar destierro el que padeció el tiempo que estuvo entre estas naciones bárbaras y en partido muy distante de los demás, como el gran doctor de la Iglesia S. Crisóstomo, es-

cribiendo al Papa Inocencio, al destierro que padeció entre las gentes del Ponto, por ser fieras é intratables, le llamó soledad indecible.

En estas soledades redujo el desterrado por Cristo P. Julio á las naciones fieras de guazaparis, ihios y varohios y temoris, á dos grandes poblaciones en puesto acomodado, sacándolos de sus ásperos montes; introdujo en ellas género de policía humana, amansó á muchos, y con afecto los sujetó al suave yugo de Cristo. Y aunque no fueron pocos los que faltaron á la fe, arrojando de sí este suave yugo, tambien no fué muy corto el número de los que perseveraron y se redujeron á él, sin los muchos niños é infantes que, habiendo recibido de este santo varon el bautismo, subieron al cielo.

Los sermones ó pláticas de la doctrina en el pueblo que visitaba, por los dias que le cabian, eran contínuas: en las confesiones, principalmente en tiempo de Cuaresma, cuando es tanto el número, infatigable y que era menester ponerle algun término y freno para que no acabara con la salud y la vida. Pues ya cuando se llegaba el enseñar á los niños y viejos, era de singular edificacion la humildad y apacibilidad con que los doctrinaba y acariciaba, haciéndose ya niño con los niños, ya caduco con los viejos; porque ni le cansaban sus rudezas, ni se enfadaba con sus importunidades: y el dia que habia gastado en esto, al anochecer entraba en su casa muy consolado, buscando algun regalo ó comidilla que dar á sus discípulos é hijos en Cristo, para que fuesen consolados en el alma y en el cuerpo.

Con los enfermos áun resplandecia más su caridad; no se contentaba con administrarles los Santos Sacramentos, en que era diligentísimo, sino que á eso añadia el visitarlos á menudo, consolándolos ó hablándoles de las cosas del cielo, de Cristo nuestro Señor y de su Santísima Madre, particularmente en el trance de la muerte, á que les asistia cuando estaba en el pueblo, cosa que no sólo servia de consuelo á los enfermos; pero cuando estos morian quedaban con el mismo los parientes que los perdian, por las prendas que les declaraba de que gozaban de la gloria; plática que era nueva para aquellas gentes.

El deseo que tenia de ayudar á las almas en aquel peligroso trance por todos los medios que le eran posibles, inventó otro á ese intento. Este fué, cuando alguno estaba en la última hora de que pende la eterna felicidad, ordenar en sus pueblos que se diese una señal con la campana, para que todos, puestos de rodillas, le encomendasen á nuestro Señor, á que añadia el Padre penitencias y oraciones por ellos.

Puso tambien particular cuidado, para que á prima noche se tocase á las ánimas, y que todos rezasen por ellas en sus casas, y esto mismo introdujo en el fuerte de Montesclaros, donde estaba el presidio de soldados, y que se

encargase de tocar el que estaba de posta ó centinela: de que quedó tanta memoria, que los soldados llamaban á la campana que tocaban, la del santo P. Julio Pascual.

Pero volviendo á su caridad para con los enfermos, la que con estos usaba fué tal, que á algunos les valió para cobrar la salud milagrosamente. Y casos se notaron muy singulares, en que los que fueron testigos juzgaron que Dios habia, por las oraciones del P. Julio, dado salud milagrosamente a algunos enfermos desahuciados. Y aunque se pudieran referir otros, sólo escogeré uno, que lo escribió un soldado llamado Cristóbal Martinez de Hurdaide, sobrino del capitan del presidio, con estas mismas palabras, y despues lo afirmó con juramento: «Alégrome que se me ofrezca ocasion de hacer relacion de un caso que me pasó con el P. Julio Pascual, de apostólica vida, y de un milagro que yo juzgo que lo fué, y conmigo usó Dios por este bendito Padre ántes que muriera, que bien sabe Dios obrarlos por sus siervos.

»Madrugando una mañana para ir en compañía de otros soldados á un viaje que nos encomendaba mi señor el capitan, me dió un mal aire, con que de repente se me torció la boca hasta cerca del oido, la ceja quedó con notable fealdad, el uno de los ojos cubierto y dentro de la cuenca. Quitéme la montera, y los soldados mis compañeros comenzaron á dar risadas, diciéndome que hacia feísimos y fierísimos visajes. Probé á escupir y eché la saliva al carrillo. Quedéme en el fuerte solo una noche, y á las diez horas de ella, estando en mi cama afligidísimo, más por la fealdad con que estaba, que por mis pecados; imaginaba y en mi mente decia, que si yo viera al P. Julio Pascual, que era un santo, al punto me sanaria; y ántes que en la idea acabase estas razones, oí ruido de cabalgaduras y avisáronme que el que venia era el P. Julio Pascual. Extrañélo, porque el dia siguiente no era de fiesta, en que los Padres suelen ir á decir Misa al fuerte, cuando hay soldados en él. Púseme en pié, y arrebozado fuí á recibirlo y él me recibió con las mismas palabras que yo en mi fantasía estaba diciendo:—Señor Cristóbal, me dijo, si yo fuera santo, Vm. fuera sano.—Mis pecados, respondí yo, me han puesto así, Padre mio. Aquí el Padre.—Hínquese de rodillas.—Hícelo, y el Padre haciendo una cruz me dijo un Evangelio, y con esto dentro de cuatro dias quede sano y sin lesion alguna.» Hasta aquí el soldado.

Conociendo algunos la santidad del Padre, le escribian sólo con intento de tener alguna firma suya para alivio de sus males.

La caridad con que acudió este siervo de Dios al remedio de este soldado, guardaba con los de la escolta, que algunas veces, por necesidad y forzado de la obediencia, hubo de tener en su compañía. Porque como su partido estaba tan distante del presidio, y por otra parte las naciones que tenia á su

cargo eran de suyo tan belicosas y fieras, era necesario en ocasiones y por algun tiempo, darle escolta de cuatro ó seis soldados, y á estos ayudaba con particular caridad y amor, así en lo espiritual de sus almas como en lo temporal de su sustento, gastando con ellos cuanto tenia. Y era tan universal esta caridad, que se extendia á los vecinos de la villa, cuando en ella se hallaba, y á todos los indios de los otros partidos y naciones; aunque este santo celo, como de ministro propio, resplandeció en este insigne varon más, y fué más contínuo para con sus indios, para los cuales fué siempre padre y madre en lo espiritual y temporal, y en esto gastaba todo cuanto de la limosna del rey le enviaban de Méjico. Y cuando tal vez sucedia pedirle alguna cosa de que carecia, habia de buscar otras que dar en su lugar, porque no le sufria su caritativo corazon que nadie se apartase de su presencia sin consuelo.

En años estériles y tiempos de hambre, se prevenia de sustento para sus indios, comprándolo con la ropa que le enviaban de Méjico en los puestos donde lo habia, para tener que dar á sus feligreses al tiempo de la necesidad, porque pudiesen asistir á sus pueblos é iglesias, y no anduviesen desparramados por los montes buscando el sustento: y, en acabando de comer, les repartia racion de maíz por su mano. Ocasiones hubo, que pasaban de trescientas personas las que llevaban este socorro, fuera de niños y niñas, á los cuales á parte regalaba y hacia comer delante de sí, y áun á los chiquitos les ponia la comida en la boca, que hasta esto llegaba la caridad de madre que usaba para que tomasen amor á la doctrina que les enseñaba.

Quien con este cuidado acudia á lo temporal de sus feligreses, bien se deja entender el que pondria en lo que tocaba á lo espiritual y eterno de sus almas. Fué tal el teson de su cuidado y celo en esta materia, que en ménos de un año formó y asentó la grande cristiandad de los chinipas, que otro que el fervor de este santo misionero no lo pudiera conseguir; y mucho consiguió áun con las fieras naciones de guazaparis, temoris y varohios, en los cuales sino alcanzó el fruto tan universal como en los demás, pero consiguió el de su corona y martirio. Habiéndole costado el domesticar y doctrinar estas naciones, demás de su vida, indecibles trabajos de caminos asperísimos que desde Chinipa á estas naciones tantas veces pasó, de quebradas, montes, peñascos y pasos peligrosos: los soldados que le habian acompañado afirmaron, que era imposible ó milagro pasarlos tantas veces sin despeñarse él y la cabalgadura en que iba.

En esta parte se cuentan casos milagrosos, trastornándose la mula y quedando él debajo de ella, y otras veces con las manos levantadas al cielo, de donde le venia el socorro. A esto se añadia un rio caudaloso, que muchas veces habia de pasar. Un Padre misionero que una vez le acompañó, conta-

ba con admiracion la fragosidad y peligros de este ordinario camino del buen P. Julio, y no ménos admiraba que con tan apacible y sufrido semblante se acomodase á temples tan encontrados y varios, como eran los que habitaban estas naciones, en medio de las cuales andaba. Porque el puesto de chinipas, era muy caliente, el de guazaparis tan frio, que sucedia por mayo y junio, por el grande frio que hacia, no poderse decir Misa hasta muy entrado el dia, y las nieves á veces eran tantas, que desgajaban los árboles con el peso. A que se añadia, que en tales destemples no dejaba de padecer este siervo de Dios agudos y peligrosos achaques y dolores, los cuales sufria por el bien de los prójimos, librando en su Dios la medicina y alivio de sus fatigas y trabajos.

A estos, y por ayuda de las almas, se llegó el que tuvo y venció su apostólico celo en aprender lenguas bárbaras, en que de su parte puso singular cuidado, y tambien experimentó el favor divino; porque aprendió cuatro totalmente diversas. Y áun cuando le cogió la dichosa muerte se empleaba en aprender otra quinta lengua; trabajo tan grande y prolijo, que para solo este ejercicio de tantas lenguas parece que era menester la vida de un hombre. Llegó este varon apostólico á hablar en siete diversas, tres de Europa, que fueron la materna italiana, la latina y castellana, y sobre esas las cuatro bárbaras que dijimos.

Finalmente, tuvo este religiosísimo Padre y fervorosísimo ministro evangelico, la caridad y amor de Dios. Y cuánto hubiese crecido, aumentado y encendido á esta alma santa el divino fuego, lo declara el ejercicio de virtudes heróicas y obras santas que en tantos años y con tan grande constancia ejercitó, pues esas son la materia con que se ceba y crece ese divino incendio.

Tirábale ya tanto esta caridad y amor de su Dios y desear verse con su amado, que afirma el P. Juan Castini, que fué el que más le trató y mas vecino misionero de su partido, que cuando le comunicaba estos últimos años, le hallaba tan encendido en deseos de morir, irse al cielo y á su Dios, que no le podia divertir de tales afectos, aunque lo procuraba, por parecerle fuera de mucho servicio de nuestro Señor, que viviera muchos años un tal varon, que con tal virtud y santidad se empleaba en la ayuda de las almas. Y añadia, que nunca sintió otra repugnancia en este humilde Padre, sino en el vivir en este mundo. Y una de las razones principales que tuvo para procurar cuanto era de su parte, que se le encomendasen las fieras naciones que doctrinó y no otras más mansas y reducidas en la provincia, era el esperar tener entre ellas ocasion de su martirio, el cual sucedió de esta manera.

Era vecina á las naciones que habemos dicho, otra que tenia amistad y comunicacion con los tepeguanes apóstatas, que poco ántes habian quitado

la vida cruelmente á ocho Padres de la Compañía. Esta nacion, que era gentil, maleada por los tepeguanes, como vecina á la Guazapari, se introdujo é hizo amistad con ella, para que en la muerte del P. Julio Pascual y su compañero concurrieran juntas, como en la de Cristo, canalla de gentiles y judíos.

Los unos, pues, y los otros, animaron y exhortaron á los guazaparis bautizados, que diesen la muerte á aquel Padre que tenian consigo y los traia obligados á acudir á la iglesia, rezar en ella, oir Misa y sermon, con que los traia cansados. Con estas pláticas y otras semejantes razones, añadian para animarlos al sacrílego intento, que así como los tepeguanes se salieron con el suyo, y acabaron con los Padres que en su compañía tenian y con otros muchos españoles, á quienes habian quitado la vida, lo mismo podian esperar les sucederia á ellos. Alegaban más, que el fuerte de Montesclaros, capitan y soldados, estaban muy distantes, y ellos vivian entre picachos, donde facilmente se defenderian, áun cuando viniesen sobre ellos los españoles.

No fué menester mucho para encender el demonio el fuego que parecia estaba apagado; porque sus ánimos, de atrás dañados, acabaron de prorrumpir; y, para juntar más cómplices de su traicion y compañeros de su defensa, en caso que los españoles fuesen á castigar su delito, convocaron otras rancherias de naciones vecinas de gentiles, para que juntos concurriesen á la ejecucion de su dañado intento y se hallasen obligados á la defensa.

Enviáronles manojos de cañuelas de tabaco, convidándose con los brindis usados para sus bárbaros acometimientos. Recibieron las rancherías los recaudos de traicion y el convite con agrado, y no fueron menester muchos ruegos para hacer amistad, como Herodes y Pilatos, los que incitados del demonio contra Cristo y sus ministros, destinaron el dia de su sacrílega empresa, y por puesto más á propósito para juntarse y ejecutarla, el pueblo de los varohios, que seria de setecientos vecinos.

Como la faccion era de traidores apóstatas de su Dios y de su Ley, enviaron á llamar al Padre que la predicaba, con ocasion de que diese el Sacramento de la Extremauncion á un enfermo que estaba muy al cabo. El Padre Julio, que en razon de acudir á sus ovejas siempre veló, sin perdonar á trabajo ni peligro; fué desde el pueblo de Chinipa al de Varohios, dió el santo óleo al enfermo, y sin detenerse se volvió muy de priesa á su pueblo de hijos fieles y muy buenos cristianos chinipas, donde esperaba habia de llegar el que se le habia señalado por compañero, P. Manuel Martinez.

Llegó el nuevo Misionero, que fué recibido con grande alegría del pueblo Chinipa y mayor del P. Julio Pascual, que habia pasado aquellos cuatro años en aquella soledad, amansando fieras de aquellas bárbaras naciones: y habiendo descansado tres ó cuatro dias en este pueblo los dos religiosos Sacer-

dotes, que juntaba Dios para que ofreciesen sus vidas por su amor, habiendo dicho Misa, domingo veinte y cinco de enero del año mil y seiscientos y treinta y dos, partieron al pueblo de Varohios.

Recibiéronlos éstos tambien con muestras de mucha alegría, aunque fingida y falsa, con arcos y ramos, disimulando siempre la ponzoña de sus corazones, que con el mismo semblante encubrieron los cuatro dias siguientes.

El juéves, un indio muy fiel y Maestro de capilla, que el P. Julio habia criado en mucha cristiandad, le vino á dar aviso que habia entendido que los guazaparis estaban muy alborotados é inquietos, y con resolucion de venir acompañados con los varohios á dar la muerte á los Padres que ya tenian juntos; y añadió, que de tal suerte habian declarado su dañada resolucion los guazaparis apóstatas, que á un temachtiano, Maestro de doctrina, de nacion Chinipa, aunque casado con india guazapari, lo habian muerto con otro hermano suyo.

El santo P. Julio no acababa de dar entero crédito á lo que el Maestro de capilla le decia, ni se persuadia que hubiese llegado el rompimiento de los guazaparis á aquel estado: y, por otra parte, no queria dar susto ni cuidado al nuevo compañero que entraba en la Mision, no obstante que entrambos a dos habian tenido hartos prenuncios y avisos del cielo, que se les llegaba la hora de rematar el curso de su vida. Disimuló el P. Julio por entónces, hasta ver más claridad del alboroto.

Llegaron el dia siguiente otros dos indios cristianos fieles varohios, de los que en medio de tantos malos tenia Dios de su mano, y, con lágrimas en los ojos, le dijeron al Padre, que aquella noche estaban determinados los inquietos de matarle.

Viendo ya el P. Julio que se iba confirmando el rumor del alboroto, le pareció era conveniente reparar el peligro que amenazaba á su vida y la del compañero, y á la iglesia y cristiandad; despachó recaudo y aviso á sus fieles chinipas, para que viniesen en defensa de la cristiandad, por ver si por este medio podia atajar todos estos daños y el rompimiento de los guazaparis y varohios inquietos.

El mensajero llegó al pueblo de los chinipas á tiempo que estaban pocos en el; pero esos que habia tomaron sus armas, con ánimo de defender á los Padres, iglesia y cristianos. Mas llegando á la mitad del camino tuvieron noticia de que era grande la multitud de los contrarios que se habian juntado, y que los fieles que iban no serian poderosos para resistirles, con que se hallaron obligados á volverse á su pueblo y retirarse del peligro; y se tuvo por cierto que, segun era la fuerza y número de los enemigos, si los chinipas que iban entraran en el pueblo rebelado, todos perecieran.

Llegada la mañana del sábado, estando recogidos los Padres en su casita, cercándola los rebeldes, le pusieron fuego y juntamente á la iglesia, con quien es la saña y furia del demonio y sus secuaces, que descubren el ánimo e intencion, que les incita á quitar la vida á los Ministros del Evangelio.

Puestos ya en este conflicto los Padres, y viéndose cercados del fuego y de los lobos carniceros, que deseaban despedazarlos, habiéndose confesado el uno con el otro, se consolaban, animándose á dar con alegría sus vidas por Cristo, y por ayudar á la salvacion de aquellas pobres almas. No paraban en hacer fervorosas oraciones á Dios, que iba entreteniendo y reprimiendo el furor de aquellas fieras, que pudieran entrar de tropel á matar dos ovejas mansas y desamparadas que allí tenian; y ordenábalo así la divina providencia para que el P. Julio Pascual tuviera lugar y tiempo para disponer á sufrir la muerte á los feligreses cristianos que consigo tenia, que eran nueve carpinteros y oficiales de la obra de la iglesia que pensaba edificar y ocho indiecitos cantores, que servian en la Iglesia; porque entendia que la furia de aquellos apóstatas y gentiles no habia de perdonar á los que eran tan fieles á Cristo y sus Ministros.

Confesólos á todos el siervo de Dios, confortándolos para la muerte que padecian por ser cristianos y por la guarda de los mandamientos de Dios, consolándolos con las esperanzas de que irian al cielo, muriendo, como morian, por esta causa: aunque con todo les avisó, que si pudiesen escaparse de aquel peligro, lo hiciesen.

Esto concluido, los Padres salieron de los aposentos donde habian estado recogidos con su rebaño al patio de la casa; porque ya el fuego y humo los apretaba. Aquí oyeron millares de baldones é improperios de aquellos enemigos de Cristo, que locos y furiosos escupian en sus siervos.

Dos muchachos cantores que se escaparon, el uno en una alacena y el otro debajo de un altar que tenia el P. Julio dentro de su casa, donde los escondió, dijeron despues, que los Padres en este tiempo se hincaban muchas veces de rodillas, y levantando el corazon y los ojos al cielo, mostraban grande conformidad con la voluntad de Dios, que los ponia en aquel trance, y que fatigados del humo y fuego trocaban cuanto tenian en el cuerpo. El P. Julio Pascual, como tan diestro en la lengua de aquellos fieros bárbaros, procuraba amansarlos con amorosas razones desde su casa, para que desistiesen de tan grande delito, ofreciéndoles cuanto tenia en ella de ropa, hachas y cuchillos, con que los solia acariciar, y todo lo gastaba en su beneficio. A que respondieron los ingratos, que no querian, sino matarlo y vivir á sus voluntades; y él muerto, ellos tomarian todo lo que fuese de su gusto.

En esta afliccion, para que durara más el martirio, se pasó parte del sábado

con su noche, y á la mañana del domingo, el gobernador de los guazaparis, Cobameai apóstata, recogiendo todos sus cómplices y aliados, los convidó a la ejecucion de la muerte de estos benditos Padres, haciéndoles esta plática «Matemos presto á este engañador que nos prohibe tener muchas mujeres, y nos manda entrar en la iglesia: matemos presto al otro que há poco que vino de léjos á hacer lo mismo, para que no vengan más Padres á nuestras tierras. ¿Para qué queremos Padres? matémoslos y quedaremos libres, sin que haya quien se oponga á nuestros gustos. Y venga el capitan, que nuestros picachos y sierras tenemos donde nadie nos puede ofender:» y, diciendo y haciendo, con grande alboroto y furia endemoniada, acometió aquella canalla á la casa donde estaban los Padres, y subiendo parte por las tapias del patio y otra tropa cercando la casa y abriendo portillos, porque no se escapara ninguno de los que en ella estaban recogidos, comenzaron á disparar flechas.

En esta ocasion alcanzó una en el estómago al P. Julio Pascual. El P. Manuel Martinez, diciendo: «No muramos como tristes y cobardes, muriendo por Cristo,» salió fuera de casa: al salir le tiraron otro flechazo tan furioso, que con la saeta le dejaron cosido el brazo con el cuerpo: siguióle luego el P. Julio Pascual, aunque atravesado el estómago con la flecha, y entrambos llenos de devocion y con los Rosarios en las manos, puestos de rodillas, y pidiendo á nuestro Señor su favor y gracia, comenzaron á recibir millares de flechas enerboladas con veneno, que llovian sobre sus cuerpos, y en breve cayeron en tierra.

Para rematar su muerte con varios géneros de crueldad, viéndolos ya caidos, un apóstata llegó á los cuerpos, y arrastrándolos hasta ponerles las cabezas sobre una viga que allí habia, él, con otros compañeros de su furia, las aporrearon y magullaron, dejándoselas abolladas y los rostros desfigurados. Y no hartas estas fieras de la sangre de las ovejas de Cristo que habian muerto, convocando un guazapari á otros de su nacion, y diciendo: «En nuestro pueblo mismo, donde nos predicaba éste, lo habíamos de haber muerto,» no paraban de flechar aquellos benditos cuerpos muertos ya, y darles de puñaladas con cuchillos: donde vivos y muertos estos dichosos Padres pasaron á la gloria por tormento de fuego, de humo, de baldones, de heridas, de flechas, cuchillos y macanas.

Concurrieron en la muerte tan santa de estos dos apostólicos ministros, algunas circunstancias, que dan claro testimonio de haber sido dispuesta por la divina bondad, que queria con tan feliz remate coronar á estos sus escogidos siervos, previniéndolos para el martirio.

La primera circunstancia y testimonio de lo dicho, sea el que dieron in

dios fieles y testigos de vista de un caso maravilloso que pocos dias ántes de su dichosa muerte sucedió. Este fué, que habiendo tenido noticia el P. Julio Pascual de que habia llegado de Méjico á la villa de Cinaloa el que habia de serle compañero en la mision, y que venia ya caminando á su partido, estando con grande deseo de verse con su deseado compañero, un domingo quince dias ántes de su muerte, diciendo Misa en su fiel pueblo de Chinipa, y toda la gente oyéndola, despues de haber alzado segunda vez la sagrada hostia, de repente halló los corporales, tendidos como estaban en el altar, con un color de fresca y fina sangre, que parecia se habia derramado sobre ellos.

El repentino y extraño caso le causó admiracion y lo dejó como suspenso; pero por no detener la gente ni hacer ruido entre la que era de poca capacidad y nueva en la fe, disimuló por entónces, aunque lleno de varios pensamientos y consideraciones, que revolvia sobre la maravilla. Dobló los corporales, prosiguió y acabó la Misa, y entrando en la sacristía, volvió á requerirlos y halló que perseveraban todavía teñidos de sangre, y mostrólos al indio que le habia ayudado á Misa, aunque este indio los habia ya visto con este color al tiempo que administraba el lavatorio del cáliz. Reconocidos los corporales segunda vez con la misma maravilla, el religioso Padre los dobló, y se puso á dar gracias y pedir á nuestro Señor luz para entender lo que significaba y queria enseñar en aquel prodigio.

Levantóse de esta oracion, y todavía cuidadoso de la significacion de la maravilla de aquel prodigioso suceso, se retiró á un oratorio que dentro de casa tenia, llevando consigo aquellos sagrados y prodigiosos corporales; volviólos á desenvolver, y hallándolos todavía ensangrentados, los mostró de nuevo á tres indios de los más fieles cristianos que consigo traia, y díjoles, que pensaba que con aquella maravilla declaraba Dios algun gran trabajo en el mundo, ó que á él le significaba que le tenian armada alguna traicion de muerte. Estos indios, como gente simple, no supieron qué decir, sino admirarse de lo que veian, y reverenciar las palabras del Padre. El cual guardó los corporales, y visitándolos y desenvolviéndolos el dia siguiente, ya los halló vueltos á su antigua limpieza, lo cual dijo á los que ántes los habian visto ensangrentados.

Confírmase más esto, porque el dia que sucedió el caso, haciendo recoger los tiernos infantes que habian nacido en el pueblo de Chinipa, donde pasó, para cumplir perfectamente con el ministerio de aquellas almas que Dios le habia encomendado, los bautizó; y luego en la última plana del libro de los bautizados escribió una memoria en que pedia á los Superiores que, por no saber cómo ni cuándo habia de morir, rogaba que á los que aquí dejaba es-

critos, se repartiesen algunas cosas de su limosna por haberle servido fielmente, y ser beneméritos de esa retribucion y paga. Y esta cláusula se halló despues haber sido escrita el mismo dia del suceso de los corporales.

Tambien se halló otro papel firmado de su mano, en que, con singular impulso del cielo, ofrecia á Dios su vida; y para su memoria escribió en él que hacia voto particular de dar y derramar su sangre por su amor, si se ofreciese ocasion alguna para ello. Todas muestras de que Dios significaba á este su fiel siervo la muerte con que le habia de glorificar.

Tambien se puede alegar en confirmacion de lo dicho lo que pasó en este suceso, que viendo un buen indio cristiano y de la nacion de los alzados varohios, llamado Nicolás Caviori, el peligro en que estaba el santo mártir, cuando ya la furia de los enemigos se convocaba, ántes de acometer á la casa, le representó seria bien se partiesen de noche del pueblo él y el otro Padre su compañero, y librasen de tal peligro. A lo cual el P. Julio respondió, que ya no le parecia tiempo de fuga, porque si Dios tenia dispuesta su muerte tenia por mejor recibirla en su casa y en aquel puesto, sin huir ni volver las espaldas al enemigo, imitando á Cristo nuestro Señor, que no huyó, sino se ofreció cuando se le llegó la hora de morir señalada por su Eterno Padre. El fiel indio todavía insistia en que su buen Padre, á quien tiernamente amaba, se pusiese en cobro, á que ya con sentimiento le respondió: «Paréceme, Nicolás, que tú temes más que yo, aunque no tengo arco ni flechas.» A lo cual el constante cristiano, con ánimo fervoroso, dijo: «Padre, no temo mi muerte, sino la tuya, que es lo que me da pena, y para que no entiendas que temo, yo moriré primero y daré la vida por ti.»

Y confirmó bien con la obra las palabras, porque despues, cuando ya vio que los enemigos se juntaban con algazara para ejecutar su sacrílego intento, despachando su mujer é hijos, que allí estaban, al pueblo fiel de Chinipa, les dijo se pusiesen en salvo, que él queria ir á socorrer á los Padres, que eran santos y morir con ellos. Tomó su arco y flechas, y llegando á la casa de los Padres, cuando ya ardia en fuego, viendo á la gente, que insolente y furiosa le cercaban, y entre ellos algunos que eran sus parientes, les comenzó á hacer una plática encendido en cristiano celo, representándoles cuán mal hacian en quitar la vida á los que eran inocentes y hacian con ellos oficio de padres amorosos, y les predicaban y enseñaban la divina palabra, y con libertad cristiana les reprendia su maldad; pero ellos ántes se enfurecian mas oyendo la plática del fiel cristiano Nicolás, porque comenzaron á poner las lenguas y crueles manos en él.

Esto era cuando el buen P. Julio estaba retirado en su casa encomendandose á Dios: y como buen Pastor cuidadoso de su oveja, imitó al soberano

Pastor, que cuando los judíos le iban á prender, les mandó no tocasen á ninguno de los suyos; así el P. Julio, no reparando el peligro á que se arriesgaba en ponerse á vista de aquellos fieros indios, salió á la puerta de la casa, deseando favorecer en vida ó en muerte á su cristiano Nicolás, y comenzó con blandas razones á sosegarlos, rogándoles no quitasen la vida al que entre ellos tenia tantos parientes y conocidos, y no les debia mala obra.

No se ablandaron los obstinados con tan humildes y mansos ruegos, ántes, haciendo señas á un fiero indio que allí cerca estaba, para que matase al fiel Nicolás, le descargó con tanta furia un golpe de macana en el cerebro, que dió con él en tierra: y animándole el P. Julio á sufrir la muerte por Cristo, y pronunciando juntamente con él el dulcísimo nombre de Jesus, dió su alma a Dios.

Cortaron é hicieron pedazos las sotanas de los Padres, repartiéndolos entre sí. y un indio hizo un capisayo de la parte que le habia cabido: cogieron los ornamentos y dos cálices sagrados, y todo lo profanaron, celebrando sus bárbaros bailes con ellos y dándose parabienes de su sacrílego hecho. Y como el odio infernal del demonio principalmente se muestra contra las iglesias, donde se deshacen los embustes y marañas con que trae engañadas á estas gentes; cuando ya hubieron concluido con esta maldita faccion, y acabado de abrasar la iglesia de este pueblo de varohios, caminando furiosos al otro de guazaparis, pusieron tambien fuego y abrasaron aquella iglesia y casa, dando saco á cuanto en ellas hallaron.

Causó admiracion grande á los que conocen la condicion de estas fieras gentes, cuya costumbre invariable es cortar del cuerpo las cabezas de aquellos que matan, y llevarlas para celebrar sus bailes bárbaros; siendo esto así, a estos benditos Padres á quien tan despacio y á su salvo quitaron las vidas, ni les cortaron las cabezas ni las llevaron para celebrar este triunfo. Algunos Padres de los que andaban en estas misiones y conocian bien el natural de estos indios, lo atribuian el haberse así reprimido, á haberlos detenido algun temor y horror interior de la maldad que habian cometido, viendo muertos á sus pies hombres tan inocentes y santos, de quienes habian recibido tantos beneficios, en especial del P. Julio Pascual, su insigne benefactor. Lo más cierto fué la disposicion divina, que muchas veces reprimió las garras de los leones y colmillos de lobos hambrientos, para que no tocaran los cuerpos de sus mártires; esa misma parece reprimió á estos fieros indios para que no cortaran las cabezas que ya eran reliquias de varones santos.

Otra guarda dispuso Dios á estos benditos cuerpos, y parece que con particular favor del cielo, que sin él no fuera posible el haberse tan bien escapado el que los guardó. Fué el caso, que un indio cristiano y fiel de los que el

Padre tenia en su compañia, llamado Cristiano Sinemeai, viendo el extrago que aquellas fieras hacian en los Padres, encendido en cólera y celo, queriendo volver por su causa y ver si podia juntamente defender su vida y á sus Padres; al tiempo que los enemigos andaban tan furiosos, tomó su arco y flechas, y guardando las espaldas con un pilar de la casa, á que se habia arrimado, comenzó á disparar flechas con tan grande coraje, que mató á cinco de los contrarios, sin dejarlos llegar más á los cuerpos muertos, y se tuvo por cosa de milagro el poder escapar con vida. Y preguntado despues como pudo salir libre y sin recibir daño, respondió que le habian temido como le habian visto tan animoso y restado; mas Dios le guardó para que no pasase adelante el ultraje de aquellos impíos contra los santos cuerpos. Este indio perseveró allí hasta el domingo en la noche, que se retiraron los agresores de la maldad..

Corrió la nueva de la muerte de los Padres con gran velocidad al pueblo de los chinipas, y fué grande el sentimiento que tuvieron de la muerte de los que tanto amaban, y de que fué buena demostracion lo que en esta ocasion hicieron, que ya que no tenian á sus Padres vivos, los fueron á buscar muertos, y tomando una tropa de ellos sus arcos y flechas, con riesgos de sus vidas, se partieron al pueblo de los varohios, que hallaron ya algo desembarazado, que, como se dijo, muertos los Padres habian pasado al de los guazaparis á hacer el mismo destrozo en la iglesia.

Hallaron los chinipas los cuerpos de los benditos Padres en aquella plaza delante de la casa abrasada, tendidos en el suelo, y fué mucho aquella noche pasada no haber sido comidos de los muchos perros que usan criar los indios; recogiéronlos, y cargaron con ellos á su pueblo; y, como no habia ministro que los enterrara, los buenos chinipas hicieron junto al altar mayor de su iglesia dos fosas profundas, y en cada una de ellas pusieron cuatro tablones á manera de cajas, donde los depositaron y cubrieron con esteras de las que ellos usan, quedando con grande sentimiento de la pérdida de tales Padres.

El P. Márcos Gomez, que cuidaba de la doctrina de los conicaris, pueblo distante de Chinipa diez y seis leguas, tuvo despues noticia del caso, y considerando que el pueblo de chinipas, como estaba destituido de Padre, y por otra parte, muy á riesgo de rebatos que diesen en él los rebelados; determinó sacar los benditos cuerpos de este pueblo y pasarlos al de Conicari, ejecutólo, aunque con nuevo sentimiento de los chinipas, que estaban contentos con las prendas que tenían.

Con este ilustre martirio pasó de esta vida á la gloria el P. Julio Pascual, á quien muchos se han encomendado considerándole en alto grado de gloria

El P. Juan Castelvi, su compañero, afirmó haber experimentado ayuda y favores, que desde el cielo habia recibido de este fiel compañero despues de su dichoso tránsito. Y áun en vida todos los que le comunicaban y trataban, le veneraban como á santo varon; y el apellido con que ordinariamente le nombraban, era el santo P. Julio.

Su dichosa muerte fué á primero de febrero de mil y seiscientos y treinta y dos años, siendo de edad de cuarenta y dos, y veinte y dos de Compañía. Y así será bien pasar á contar la vida y excelentes virtudes del P. Manuel Martinez, su compañero. Escribió el martirio de este santo mártir el P. Andrés Perez de la Compañía, en la *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. 4.º, desde el cap. IX. Y Juan Bautista Rho en su *Varia Historia*, lib. 6.º, cap. V, le celebra y concluye diciendo: *Eius sanguine concretam glebam Romae osculati sumus multo nobis chariorem, quam si auro imbuta fuisset. Et quo non auro ditior fortissimorum virorum sanguis, quo gentibus fides, ipsis vero emitur beatitudo?*

P. NIEREMBERG.

P. MANUEL MARTINEZ

FUÉ este insigne mártir portugués de nacion y natural de la ciudad de Tabira en el Algarbe. Su padre se llamaba Jorge Martinez, y su madre María Farela, del linaje de los Bullones y de la sangre del glorioso S. Antonio de Pádua.

Nació cerca del año de 1600, estudió en su patria las primeras letras, pasó siendo seglar á la Nueva España el año de mil y seiscientos y diez y nueve al amparo de un tio suyo, que estaba en la ciudad de los Angeles, donde en nuestras escuelas, y con muy buen ejemplo de virtud se perfeccionó en la Gramática.

Él era de gentil disposicion, por la cual en este tiempo padeció terribles asaltos, por medio de los cuales pretendió el enemigo de la castidad robársela; pero libróle nuestro Señor por medio la Santísima Vírgen y Madre de pureza, de quien era devotísimo, y más se esmeró despues.

Al fin de sus estudios de Gramática, pretendió la Compañía, donde por sus buenas prendas fué recibido el año de 620. En su noviciado se ejercitó

con mucho fervor en todas las virtudes, que en ese tiempo se profesan. Acabado su noviciado pasó á los estudios mayores á nuestro colegio de Méjico, y en ellos aprovechó con la satisfaccion que se pide en la Compañía, aunque en ese tiempo le sobrevino una enfermedad tan grave, que le puso muy á punto de perder la vida. Pero, como Dios le tenia preservado para otra mas gloriosa ocasion en que la habia de dar por su amor, le libró de aquel peligro; pero sirvióle para mayores y más fervorosos progresos en la virtud.

Fué muy observante de sus reglas y tan diligente de su guarda, por los doce años que fué religioso de la Compañía, que le habia notado el que tiene oficio de dar luz para levantarse á la oracion de la mañana, que ya él estaba vestido y levantado cuando llegaba á dársela; porque para él bastaba el primer golpe de la campana, y á esta puntualidad no faltaba si no fuese por enfermedad, y algunas veces lo hallaban ya en oracion anticipada á la de la comunidad.

Sus penitencias fueron muy contínuas y rigurosas. Los más de los dias se disciplinaba con tanto rigor, que dejaba rociadas las paredes con su sangre, usando á veces de ramales de cadenillas en la disciplina, por no ser sentido. A esto añadia cilicios, dormir en tablas, abstinencias y mortificaciones.

Antes de ordenarse comulgaba dos veces cada semana, y era singular su afecto y devocion con el soberano Sacramento del altar, gastando muchas horas en su divina presencia.

De la Reina de los Angeles fué devotísimo, en rezarle su Rosario muy afectuoso, y en prenda de su afecto lo habia de traer como precioso joyel al cuello debajo de la sotana. Rezaba demás de esto el oficio de su Purísima Concepcion. Los sábados y vísperas de sus fiestas habian de salir con disciplina pública al refectorio, y ocuparse en la cocina en fregar los platos: ejercicios en que nunca faltó los doce años que estuvo en la Religion.

Acabados sus estudios pasó al colegio de Tepotzotlan á su tercero año de probacion. En ella fueron singulares los ejemplos de virtud y fervor que pegaba á sus compañeros, los favores, auxilios y mercedes que recibia de la mano de Dios, que le iba previniendo para la muerte que le esperaba en Cinaloa, y de ella parece tuvo muchos prenuncios este señalado siervo de Dios. El cual, cuando, conforme á su Regla, comunicaba con el Superior las cosas de su alma, y llegaba á tratar de los santos deseos que Dios le daba de verse empleado en las misiones de los indios, se echaba de ver que hablaba de esta materia con tal ternura y afecto, que le saltaban á los ojos las lagrimas de devocion.

Al fin de esta tercera probacion le llegó órden de la santa obediencia para que fuese á la provincia de Cinaloa y mision que en ella se le señalase; nue

va que él recibió como alegre y dichosa. Y cuando ya se despachaba para su viaje, despidiéndose de personas devotas en el pueblo de Tepotzotlan, expresamente y con gran resolucion les dijo, que él iba á morir por la predicacion del Evangelio; y á una que le rogó le avisase á menudo de su salud, le respondió: «Será imposible hacer eso, porque le hago saber á Vm. que las primeras nuevas que tendrá de mí, serán que me han muerto por Cristo,» á que iba con mucha alegría y con ella hizo su viaje.

Llegado á nuestro colegio de Cinaloa en tiempo y ocasion que el santo P. Julio Pascual pasaba con inmensos trabajos y soledad en partido por una parte dilatado y de muchas lenguas, y por otra apartado y distante de los demas sus hermanos, y cuidando de gente, cuya doctrina pedia un fervor y celo santo del bien de las almas, cual era el que llevaba el operario que de nuevo llegaba; le señalaron por compañero del P. Julio, asignacion y suerte que el P. Manuel aceptó con muy grande voluntad, y como si se la enviaran del cielo; y á la verdad de allá venia guiada.

Partióse luego de la villa de Cinaloa pará su mision, y llegó á los pueblos de Tegueco, que estaban en el camino: allí concurrieron algunos otros Padres de diferentes partidos con deseo de saludar al nuevo compañero, que Dios les enviaba. Que como estos Padres viven en tierra tan apartada, y en uno como destierro de la provincia tan escondido; cuando allá llega alguno de sus hermanos de Méjico, les parece viene de otro mundo; y el comunicarlo y consolarse con el nuevo compañero lo tienen por dia de alegría y Pascua.

Aquí sucedieron casos, que con razon repararon algunos de los Padres de esta santa junta, y repetian por singulares; porque parecia que con ellos anunciaba Dios el suceso dichoso y cercano de la feliz muerte que se le llegaba á este su siervo. Porque un Padre de los que allí se hallaron, misionero antiguo y santo, llamado Vicente del Aguila, dando la bienvenida al P. Manuel, parece que con impulso del cielo le besó la ropa con particular reverencia, diciendo que hacia aquello porque le veia señalado para una mision grande, difícil y peligrosa: y casi con la misma reverencia le saludó tambien el P. Pedro Zambrano, misionero antiguo, el cual afirmó, que tenia varios impulsos interiores de echarse á los pies del P. Manuel Martinez y besárselos; porque le parecia que el P. Manuel habia de morir presto y derramar su sangre por Cristo.

Aunque las pláticas de la difícil empresa que le anunciaban al misionero novel, le pudieran entristecer algo y acobardar; pero, como nuestro Señor le tenia tan prevenido con deseos santos de servirle y ofrecer su vida por Él, lo que respondia era, que se consolaba de entrar á puesto y mision donde habia trabajos y peligros que pasar por Cristo, y confiado en él, no le espanta-

ban. Y á un Padre confidente suyo, ántes de saberse el compañero que le habia de caber en las misiones, dijo estas palabras: «Muchos años há que esta en las misiones el P. Julio Pascual sin alcanzar la corona del martirio, que tanto ha deseado. Lo cierto es que hasta que yo vaya, no se le han de cumplir sus deseos.»

Casos todos con que parecia iba nuestro Señor preparando el ánimo de este su siervo para la muerte que le esperaba: á que se añadió, que habiendo partido de Tegueco y caminado al puesto señalado, recibió carta del bendito P. Julio Pascual, en que con vislumbres de lo que habia de suceder le escribió entre otras llenas de caridad y consuelo, del compañero que le llegaba estas palabras, que recibió cuatro dias ántes de su llegada al partido: «Venga V. R. mi Padre, á ser compañero mio y mi consuelo para que por ahora, seamos compañeros en esta mision, hasta que Dios quiera lo seamos juntos en la bienaventuranza.»

Con esta carta se afervorizó más el ánimo del P. Manuel, y se le aumentaron los consuelos, de que le hubiera cabido en suerte compañero tan apostólico, como habia entendido era el P. Julio; y áun entendiendo que andaban algunos rumores de inquietud de aquellas gentes fieras, con grande ánimo prosiguió su camino y llegó al pueblo de Chinipa, donde fué recibido con grandes muestras de fiestas y de alegría.

Habiendo descansado tres ó cuatro dias en Chinipa, se partieron al pueblo de Varohios, donde les tenia Dios preparada la corona, para la cual se halló con tan generoso ánimo el bendito P. Manuel, que él fué el que, cuando llegaba la hora de ofrecer su vida por Cristo, dijo con grande fervor de ánimo «No muramos aquí como tristes ni cobardes.» Y, aunque veia que en saliendo de la casa habia de venir á parar á las manos de aquellas fieras, salió juntamente con el santo compañero Julio Pascual; y, puesto de rodillas á su lado, recibió los millares de flechas que sobre él llovian, y las demas crueldades que ejecutaron aquellos bárbaros en sus santos cuerpos, igualando Dios en el triunfo á estos dichosos compañeros, y dando por recibidos los trabajos que deseó padecer el nuevo misionero P. Manuel Martinez, cuyo martirio sucedió solos diez dias despues que llegó á su partido.

Tambien escribió la vida y martirio de este santo mártir el P. Andrés Perez en su *Historia de las Misiones de Cinaloa*, lib. 4.º, desde el cap. IX.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO GRAVINA

ENTRESACÓ Dios para operario de su viña al religiosísimo P. Pedro Gravina, desde Italia, de donde era natural, á las remotas naciones de Cinaloa en los reinos de la Nueva España, para que por tiempo de casi treinta años se empleara en cultivar aquella gentilidad, y sembrar en ella, padeciendo inmensos trabajos, la semilla del santo Evangelio, que tanto ha florecido.

Entró ya Sacerdote en la Compañía, dando muy grandes muestras de la fervorosa vocacion con que le llamó nuestro Señor, y resignando totalmente su voluntad en la del Superior.

Echando de ver el Provincial la madura y aventajada virtud del novicio y que estaba tan bien fundada, que era como de quien hubiera vivido muchos años en la religion; con particular mocion del cielo, determinó enviarlo á las misiones de Cinaloa, con sólo un año de noviciado; accion no usada en la Compañía que, despues de dos años de noviciado, suele hacer otras muchas pruebas de sus sujetos, y más para emplearlos en misiones. Pero aquí disponia y obraba Dios, y bien lo confirmó la experiencia y el suceso.

Salió el novicio á ejecutar su obediencia con grande alegría de su corazon y con deseo de emplear toda su vida en doctrinar pobres indios, como lo hizo.

Cuando llegó á las misiones, le pusieron los Superiores por compañero de un Padre que administraba el partido de S. Gregorio de la Sierra que, viéndole novicio, y él por otra parte era religioso de rígida observancia, quiso probarle y experimentar el caudal de virtud, para el empleo á que venia señalado, ocupándolo en los ejercicios más humildes que se ofrecian en casa y fuera de ella, á que acudia el buen Padre novicio con grandes muestras de alegría, presteza y prontitud, añadiéndosele las reprensiones y advertencias que se podian dar al más humilde de un noviciado, las cuales llevaba con grande serenidad de ánimo, sin género de sentimiento y con grande edificacion de todos los que le veian tan rendido y humilde.

Pasó ese tiempo, y encargáronle los Superiores la doctrina de los jiximes, de cuyos caminos ásperos, tierras, montes, quebradas y rios es bien notorio en aquella tierra; por los cuales anduvo caminando y peregrinando casi contínuamente; porque el fervor de este siervo de Dios en ayudar los próji-

mos fué increible, no perdonando á trabajo ni rehusando dificultad alguna en órden á llevarlos al cielo, y con esto se dicen por mayor y en general los trabajos que padeció y sufrió por Dios y sus hermanos este ministro evangélico.

Para mejor ayudarlos aprendió tantas lenguas, cuantas hubo menester para poder repartir el pan de la palabra divina á los que tenia á su cargo: La castellana, porque de Italia llegó muy ignorante de ella, y la habia menester para los españoles de los reales de minas; la mejicana para los indios que trabajaban en ellas, y otras dos lenguas de las naciones que doctrinó de asiento, que fueron la acasee y jixime, y estas dos últimas con tanta elegancia, que las sabia mejor que muchos de los mismos naturales, y de estas dos compuso de la primera un arte muy perfecto y un vocabulario de la última, por el cual se han gobernado los que despues han entrado á doctrinar estas gentes.

Y aunque el padecer tantas incomodidades y trabajos de caminos tan ásperos y dificultosos, en tan contínua peregrinacion de tierra tan destituida y pobre de sustento, caminando en contínuos peligros de la salud y la vida, sujeto á rigurosísimos calores en unas partes, y en otras nieves y frios, era equivalente á las penitencias más rigurosas de los desiertos; con todo, el Padre las aumentaba con sus disciplinas y cilicios, que eran contínuos, y el dormir sobre una tabla ó cuero de vaca, y cuando llegaba á paraje donde habia españoles que le forzaban á que descansase en cama, aunque le admitia por disimular su mortificacion, pero no la usaba, sino la dejaba sin tocar á ella.

Fué notablemente austero en su comida, porque su ordinario sustento era maíz tostado y el potaje, yerba y manjares groseros y pobres de los indios. Si algunas veces comió carne ó pescado, era en ocasion de concurso, y forzosa para evitar la nota y acomodarse á sus hermanos; y aunque su vida era un perpétuo ayuno, ese lo guardaba con particular rigor el Adviento y Cuaresma, sábados y vísperas de festividades de la Vírgen Santísima, con quien y con el Santísimo Sacramento tuvo muy regalada devocion; y cuando en ese tiempo se hacian las juntas á que concurren todos los Padres de la mision, habia de oir primero todas sus Misas y él se quedaba para la última.

En los caminos, con achaque de que se cansaba la mula, se apeaba de ella y caminaba á pié, yendo los indios que le acompañaban á caballo, y echaban de ver que á trechos se paraba, é, hincado de rodillas, hacia oracion.

Los ratos que caminaba á mula, afirmaron los indios y algunos soldados que le acompañaron, que iba con los ojos levantados al cielo, puesto el corazon en Dios y en contemplacion, de suerte que dejaba ir la cabalgadura por

donde le queria llevar, á cuya causa andaba de ordinario el rostro acardenalado y herido de las ramas y espinos en que topaba; y aunque le avisaban que fuese con cuidado con la mula en caminos tan ásperos, y cuestas tan agrias y de tantos peligros de despeñaderos, y que algun dia habia de perder la vida en alguno de ellos; el grande fervor que ardia en su corazon, no le daba lugar á atender á esto, y Dios tomaba por su cuenta el guiarle y librarle de tantos peligros, como luego se dirá.

Fué el santo ejercicio de la oracion y trato con Dios grande y contínuo en el P. Pedro Gravina, y al modo que Cristo nuestro Señor y su Apóstol S. Pablo nos lo encargan: no se contentaba con el tiempo que tenia establecido cada dia por su regla para la oracion, sino que todo el dia y la noche deseaba proseguir en ella, y cuando le impedian tenerla retirada los indios ú otros seculares que le buscaban y venian á tratar con él de sus causas, porque era el refugio de todos en sus aflicciones; en concluyendo con esa accion de caridad, á que, por serlo, no se negaba, luego la llama del corazon subia á su esfera y se iba á su Dios, con quien trataba las causas de sus prójimos y la suya propia.

Casi toda la noche la pasaba en vela, orando, sin desnudarse ni acostarse, sino de rodillas, hasta que el sueño le vencia, y entónces con sentimiento y tristeza de que le venciese esa necesidad de la naturaleza, se arrojaba en el suelo, y habiendo quebrantado un poco el sueño, que tenia por enemigo, se volvia á su oracion.

A quien en su trato era tan familiar con Dios, fuente de todas las virtudes, claro es que no le faltarian las demas, y esas en grado muy aventajado, como el celo de la salvacion de los prójimos, obras y ejercicios de caridad con ellos, paciencia y humildad, con las demas que se hallan en varones apostólicos aunque no estén retirados en los desiertos; y así no me detengo en ejemplos particulares de estas virtudes, por pasar á los casos raros y maravillosos con que nuestro Señor le favoreció en sus caminos y pasos evangélicos, que fué el empleo principal de su vida, y de que hubo testigos que lo afirmaron, con que todos reconocian en este insigne varon una admirable virtud, no llamándole con otro nombre sino el del santo P. Pedro.

El capitan Bartolomé Suarez, que lo era del presidio de soldados para la paz y quietud de aquellas varias naciones, caudillo de grande valor y prudencia en las armas, que ayudó grandemente á la cristiandad de aquellas gentes, tenia su presidio pocas leguas distante del partido del P. Gravina, y así se trataron por muchos años con mucha amistad, á que añadia el capitan una grande estimacion de la santidad de este apostólico varon; y más despues que sucedió el caso siguiente con otros semejantes.

Una vez entre otras, fué el P. Gravina á visitar los soldados de este presidio, como lo solia hacer, para ejercitar con ellos los ministerios de su caridad. Hospedóse en casa del capitan, y recogiéndose una noche á su aposento muy cercano al del capitan, que era soltero, estaban unos muchachos sus criados en una saleta afuera; á deshora oyó á los muchachos que daban voces diciendo: «Que se quema el aposento del P. Pedro,» y turbados con la novedad del caso, acometió uno de ellos á entrar dentro, y echó de ver que la grande luz y claridad que todos veian no era de fuego, sino que salia del Padre que estaba de rodillas orando y levantado en alto del suelo, lo cual le fueron á decir al capitan, y él no quiso estorbarlo, porque no se le hizo nuevo, segun el concepto que hacia de la santidad del Padre, que tenia muy experimentada.

Refirió el mismo capitan otro suceso no ménos raro, y fué, que saliendo á campaña por órden del gobernador de la Nueva Vizcaya, al castigo de la nacion Tepeguana; para tener buen suceso en esta faccion, se quiso valer de la ayuda de su buen amigo el santo Pedro, como él decia; pidióle el socorro de sus oraciones, que le valdrian tanto y más que los pocos soldados que tenia aquel presidio, partió con ellos, y llegando al pueblo llamado Tenerapa, donde estaban congregadas varias naciones de indios, para dar desde allí sobre la ciudad de Guadiana y asolarla; acometiendo con el primer asalto á los enemigos, vióse el capitan y toda su gente en grande riesgo y peligro de perderse, porque los enemigos eran en mucho mayor número, y de indios muy belicosos: peleaban los dos campos desde la madrugada hasta las cuatro de la tarde, embistiendo como olas los unos con los otros sin reconocerse ventajas, y nuestro campo llegó á verse en una extremada apretura.

Temiendo ya el capitan ser desbaratado, se acordó, como él decia, de la respuesta que le habia dado el santo P. Pedro, la cual habia sido, que fuese confiado en Dios, que alcanzaria victoria, y, que mientras volvia con ella, le prometia no cesar con sus oraciones y disciplinas todos los dias por su buen suceso. Al tiempo que le vino á la memoria al capitan esa promesa, y juntamente se veia tan apretado, alzó la sobrevista de cota de malla, para clamar al cielo, como él decia, y pedir su ayuda contra gente tan pérfida y bárbara, y Dios fué el que le movió á alzar la sobrevista, accion no necesaria para pedir el socorro divino, y por otra parte tan peligrosa, cuando llovian flechas de los enemigos por el aire; y parece que fué para mostrarle á sus ojos lo que su siervo Pedro le ayudaba en aquel conflicto. Porque al punto que alzó la sobrevista, vió en aquel campo la misma figura del P. Pedro Gravina, no sólo alzando las manos al cielo, como Moisés, mas arrodillado con un Cristo

enarbolado en la una mano y en la otra una disciplina con que se estaba azotando.

Tuvo el capitan esta por señal cierta de su victoria, y cerrando la visera, con valor grande dió voces á sus soldados, repitiendo: «Ea, que la victoria es nuestra, la victoria es nuestra,» y animando á su gente con estas voces, acometieron á los enemigos con nuevos bríos, y desde aquel punto los fueron apretando de suerte, que los destrozó, cogiendo buena presa de gente y el bagaje que tenian recogido de las estancias y haciendas destruidas de los españoles, y entró con la presa triunfante en Guadiana á tiempo que estaba temiendo su ruina.

Volvió el capitan Suarez á su presidio, visitó á su benefactor y ayudador el P. Gravina, y con disimulacion de lo que le habia pasado y visto por sus ojos, le dijo si habia cumplido la promesa de ayudarle con sus oraciones; y respondiendo el Padre que sí lo habia hecho, entónces el capitan le descubrió el caso que le habia pasado, con que el humilde Padre con encarecimiento le rogó que no lo publicase ni dijese á nadie; pero el capitan tenia tanta estima de la santidad del Padre, tan á la larga experimentada, que ni la podia callar, ni dejar de valerse de ella en todas ocasiones.

Tenia asimismo este capitan en su casa y servicio una india llamada Mencia que, apretada de enfermedad grave, caminaba á la muerte. Despachó á toda prisa quien llamase al P. Pedro, distante quince leguas, en el pueblo de Basis. Habiendo oido el Padre el recaudo, se partió con la diligencia y presteza que él solia usar en casos semejantes. Llegó y halló tan acabada la enferma, que habia doce horas que tenia perdida la habla. Afligióse grandemente el caritativo ministro de ver que no habia órden de poderla confesar, dábale voces y gritos, y no respondia. Determinó en esta ocasion de darlas á Dios con palabras y obras, y dijo á los presentes se salieran fuera y le dejasen allí solo con la enferma que se estaba muriendo. Obedeciéronle, y á muy breve espacio oyeron que se estaba azotando, y que á ratos interpolaba los golpes de la disciplina, pareciendo estaba en oracion. Pasado algun espacio, llamó a la gente, y en presencia de muchas personas llamó por su nombre á la enferma, á que ella respondió: «Padre.» Replicó el apóstólico varon: «¿Hija, quieres confesarte?» Respondió la enferma que sí, y luego, confesándose y habiéndola absuelto, murió allí en sus manos; que parece le habia guardado Dios para manifestar lo que valian las oraciones de su caritativo siervo.

Un alférez llamado Jerónimo de Acosta, que conocia al P. Pedro Gravina por tiempo de veinte y siete años en aquellas misiones, afirmó que, estando de escolta con el bendito mártir de Cristo P. Hernando de Santaren, le dijo estas palabras del P. Pedro, á quien tuvo por compañero: «Señor Jerónimo

de Acosta, reverencie mucho á este P. Pedro, porque el Espíritu Santo habita en su alma, y sea prueba de esto, que una noche de estas levantándome á deshora, viendo luz en su aposento, pensando era de alguna candela, llamé á un indiezuelo, llamado Juan Gamuca, para que llevase una vela y me la encendiese de la que el Padre tenia; cuando llegó el muchacho, no halló luz, y lo despidió el Padre, diciendo: «Anda, que no tengo luz.» Habiéndolo despedido, volvió á cerrar su puerta, y yo á ver la luz que ántes habia visto; fui á la mañana á visitarlo, y eché de ver claramente por la candela que de parte de noche le habian llevado, que no era luz de ella la que habia parecido aquella noche, sino luz del cielo con que Dios ilustraba la oracion de este su siervo.

No sólo los vivos acudian á valerse de ella, sino tambien los difuntos. Estando una mujer española de aquella tierra, llamada Catalina Gonzalez, en el pueblo de Santa María Utais, una noche á deshora, desvelada por causa de enfermedad grave que padecia, y encomendándose á Dios; vió entrar por el aposento un bulto, que le pareció era un hombre conocido en su casa, á quien dijo la enferma que se fuese á acostar, que á qué propósito entraba allí á aquella hora. Retiróse con esto el bulto, y volviendo más en sí la enferma, y desconociendo aquella accion, comenzó á temer y dar voces, diciéndole llamasen al P. Pedro que estaba en aquel pueblo. Llegado el Padre á la enferma afligida, con sosiego le dijo: «No tema, que el que vino es fulano,» nombrándolo por su nombre, y hombre que habia poco tiempo era muerto, y venia á pedir socorro de oraciones, y añadió el Padre: «Ruegue á Dios por él, que yo estoy haciendo lo mismo, con que quedó sosegada la enferma.»

Si fueron demostraciones maravillosas con las que nuestro Señor favorecia y declaraba el valor de la fervorosa oracion de este su siervo, no fueron menos en número ni ménos maravillosas las con que le amparó y libró de muchos peligros de caminos, á que él no perdonaba, y le eran frecuentes en la horrible aspereza de aquellas serranías quebradas y rios que atravesaba, y se admiraban de verle salir de ellos con vida, y lo atribuian á milagro.

Atravesando este fervoroso ministro del Evangelio del puesto que llaman Banome al pueblo de S. Gregorio, por sierra asperísima, y llegando á un terrible despeñadero y paso de profundidad tremenda; al quererlo pasar, se levantó en dos pies la mula en que iba, y dando una vuelta en redondo, sacó al Padre de la silla y lo dejó colgado de un estribo: colgado de él, dió otra vuelta la mula en el aire, y lo arrojó de la otra parte del despeñadero en salvo, y cortándose la accion, como si la cortaran con un cuchillo, quedó el Padre sin lesion ninguna, caso que refirieron testigos de vista al alférez Jeronimo de Acosta.

El mismo alférez refiere que, habiendo de hacer este admirable Padre viaje del pueblo de Coapa, y disponiéndose para caminar, acaso se llegó á una mula que, tirándole dos coces, dió con él en tierra. Entendieron los que se hallaron presentes, que lo habia muerto, y llegando á favorecerlo y curarlo, se levantó, diciendo: «No es menester remedio alguno, que no ha sido nada, gracias á Dios.»

Llamáronle otra vez á deshora de la noche, para ir á otro pueblo á una confesion: hizo que uno de los indios que le acompañaban recogiese las mulas en que habian de ir, y con la prisa que el Padre acudia en estas ocasiones, el indio sin entender lo que hacia con la oscuridad de la noche, echó mano de una mula cerrera y por domar, que habia entre las demas, pensando que echaba la silla á otra que estaba acostumbrada á ella. Dejóse la cerrera echar la silla y enfrenar, estando queda, cosa muy extraordinaria y que tienen bien experimentada los domadores, y el peligro á que se ponen en sujetarla y subir en ella: estando ensillada y quieta la mula, subió en ella el santo P. Pedro, y fué á la confesion y volvió en ella, como si hubiera caminado en una cabalgadura muy mansa; pero cuando volvió á quitarle la silla y el freno, comenzó á corcovear y arrancó con él, sin dar lugar á que se lo quitasen. Habiendo amanecido, hizo el Padre que recogiesen las mulas para sacarle el freno á la que habia huido con él. Entónces echaron de ver, que en la que habia caminado con tanta seguridad el P. Gravina, era la cerrera, y quedaron admirados y dando gracias á Dios de caso tan desusado y raro.

Semejante fué el que contaba un soldado llamado Francisco de la Bria, que estando en el presidio de S. Hipólito, y saliendo de allí el Padre para uno de sus pueblos, la mula en que habia de subir era muy briosa, y el soldado por quebrantarla, quiso primero pasearla, porque el Padre no se viera en algun peligro; que todos le amaban y deseaban su vida. Subió en ella, y la mula tiró tantos corcovos, que arrojó de sí al que iba en ella, y dió con él en tierra, quedando lastimado de la caida, y la mula muy alborotada. Entónces acercándose el Padre, dijo: «Tened, déjenmela coger, que es mansa como una oveja;» y para el siervo de Dios lo fué; porque, estándose quieta, subió en ella, é hizo su viaje sin riesgo alguno.

Refiérense aquí estos casos, por ser muestras de la particular providencia de nuestro Señor en amparar y guardar de los peligros en que andaba por su amor este su siervo, y como los peligros eran tan contínuos, tambien lo era la misericordia divina en guardarle en ellos, y todos tenian que contar.

Otro soldado llamado Sebastian Gomez, refiere que, caminando con el P. Pedro Gravina de noche al pueblo de Basis, llegaron á un paso llamado el Portezuelo, tan dificultoso de pasar, que el siervo de Dios, apeándose de

la mula, lo quiso pasar á pié, y con todo tropezó y cayó. El soldado por detener la mula que habia quedado suelta, la siguió, y ella huyendo ántes que el Padre se levantara del suelo, le puso un pié sobre el cuello, y de suerte que lo ahogaba. Apeóse el soldado, tiró de la mula que se estaba quedando ahogando al Padre, apartóla, y el P. Pedro se levantó sin lesion alguna: caso que por milagroso lo contaba el soldado.

No fueron sólo en esta materia los favores que Dios hacia al P. Pedro Gravina, porque tambien parece que lo ilustró con el don de profecía en casos de ministerios santos, que para bien y consuelo de las almas le pasaban.

Una mujer española, llamada Catalina Gonzalez, llegó afligida al Padre, porque todos en sus penas para salir de ellas le buscaban. Contóle la que tenia con disgustos que pasaba con un yerno suyo, el cual queria ausentarse de la tierra, cosa que les haria mucha falta á mujer y suegra. Consolóla el Padre con solas estas palabras: «No se ha de ir su yerno, sino que nuestro Señor ejercita á Vm. con estos trabajos; despues ha de tener grande paz con él. El P. lo dijo, y Dios lo cumplió.

Desconsolábanse sus indios, viendo que por acudir su Padre espiritual á tantos pueblos, les hacia ausencias; él los consoló, diciéndoles (cuando no se sabia) que vendria un compañero Padre mozo, que habia de aprender su lengua y los habia de amar como él. Pasado tiempo, llegó el Padre cual lo habia pintado el siervo de Dios, y estando un dia estudiando la lengua por el Arte que habia compuesto el P. Gravina, llegaron los indios y le dijeron: En ti, Padre, vemos las señas que nos decia nuestro Padre que habia de tener el que habia de venir á ayudarnos.»

Ibase despoblando un real de minas, que llaman de Guapixuje, de que tenian sentimiento algunas personas. Díjoles el Padre: «No se ha de despoblar, que se ha de hallar gran tesoro en ese puesto, pero habrá grandes pleitos sobre él.» Y así sucedió despues de la muerte de este venerable Padre.

Esta se le ocasionó de un dolor de costado que se le recreció de los contínuos trabajos y caminos en que andaba á todos los tiempos y horas de necesidad de visitar sus pueblos, y Dios le queria ya sacar de ellos y premiar tantos trabajos pasados por su amor.

Caminando por un paraje cerca de la noche, cayó en un rio, y pasóla toda con el vestido mojado: llegado á uno de sus pueblos, llamado Yamoriba, le apretó la enfermedad de dolor de costado, y entendiendo que se le llegaba el dia de su dichoso tránsito, se previno recibiendo los Sacramentos.

Despachó á quien le trujese un Crucifijo, que él tenia de su devocion en otro pueblo de Santa María Utais: ántes que llegase el que lo traia, dijo a los circunstantes que saliesen á recibir el santo Cristo, que ya llegaba al pueblo:

y el Señor, con quien tantas veces se habia abrazado, le debió de dar la nueva de que ya venia á hallarse á su muerte y favorecerle en ella. En llegando, se lo pusieron en las manos, y con dulces coloquios entregó su alma en las de Dios, que para tanta gloria suya la habia criado. Varon santo y apostólico, y que no tenia otro nombre, ni le llamaban con otro por aquella tierra y hasta la provincia de Guadiana, sino el santo P. Pedro, á quien se encomendaban en sus oraciones los que vivian muy léjos; y cuando murió, por su devocion particular, procuraban algunas reliquias suyas.

Su cuerpo se llevó á enterrar á la iglesia de Santa María de Utais, aunque estaba distante dos jornadas y media del pueblo donde murió, habiéndolo pedido así el santo Padre, por la grande devocion que siempre tuvo á aquella iglesia que edificó y dedicó á la Santísima Vírgen, donde descansa.

Fué su muerte á los 15 de enero del año de 1635, de sesenta de edad y de religion treinta, de los cuales uno solo gastó en el noviciado y los veinte y nueve en las misiones. El grado que tuvo en la Compañía fué de profeso de tres votos solemnes. Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Andrés Perez en las misiones de Cinaloa.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE LEDESMA

NACIÓ en la ciudad de Méjico el P. Juan de Ledesma, de padres nobles y conocidos en ella, y, lo que es de mayores ventajas, personas de tanta piedad y virtud, que las iglesias y pobres que gozaron de su liberalidad y limosnas, son testigos de ella.

Entró en la Compañía de quince años de edad, y desde ese tiempo dió raro ejemplo de virtud, y siempre fué creciendo con muchos aumentos en ella. Siendo novicio tuvo por maestro al señalado varon de espíritu P. Gregorio Lopez, que despues pasó á fundar y gobernar la provincia de Filipinas, y decia del H. Juan que era modelo de perfecto novicio.

Cuando pasó á sus estudios, en ellos creció el resplandor de sus virtudes y de un estudiante cual en letras, modestia, devocion y diligencia lo piden las reglas de la Compañía, medios por los cuales salió aventajado filósofo y teólogo, dando muestras de ello en todos los ejercicios literarios de conclusio-

nes, actos y exámenes que se usan en la Compañía: no obstante, la obediencia le interrumpió sus cursos de Filosofía y Teología, ocupándole en leer letras humanas y Retórica, y siendo maestro de ellas, sacó aventajados discípulos en estas facultades.

Ordenado de Sacerdote, tuvo oficio de ministro en el noviciado de Tepotzotlan, el cual ejercitó con tanta humildad, que lo que tomaba para sí era servir á todos, y en particular á los enfermos, por su misma persona, y aun otros oficios humildes á que suelen acudir nuestros Hermanos, y esta sola vez admitió oficio de gobierno en los muchos años que vivió en la religion; porque su humilde repugnancia prevenia á los Superiores para que no le encargasen tales oficios, para los cuales se tenia por insuficiente, y con tanta eficacia de razones, que no paraba hasta convencerlos. Aunque á la verdad, lo que les convencia era no quererle molestar ni hacer violencia á su humilde propósito y deseo.

Concluido con sus cursos de Arte y Teología, y con las demás ocupaciones en que esos primeros años le puso la obediencia, dió tan plena satisfaccion, que dejaba prendas de lo mucho que en sabiduría y religion habia de lucir este maestro y antorcha, puesta en los candeleros de cátedras de mayores facultades.

Leyó la del curso de Artes, y luego pasó á leer la de Vísperas de Teología en el insigne colegio de Méjico, concurriendo con el que habia sido su maestro en Artes, P. Diego de Santistéban, que leia la de Prima, y tan señalado, que despues fué Prefecto y Regente por muchos años en los colegios de Méjico y Lima, en el Perú y despues en el de Sevilla, que en todas partes anduvo; porque los virreyes de las indias se sirvieron y ayudaron para su gobierno de las grandes letras y prudencia del P. Santistéban, y se refiere aquí, para declarar el concepto que se hacia de las letras y doctrina del P. Ledesma, y lo significarán bien los casos que se siguen.

Leía el P. Santistéban cuestion y materia dificil, y citó dos veces sobre ella al P. Juan de Ledesma, que leia de Vísperas, y, finalmente, se remitio a lo que sobre aquellos puntos habia escrito el P. Ledesma. Caso en que entrambos interesaron no pequeña alabanza; el discípulo por la autoridad que le concilió la estima que de él mostró tener su maestro, pues se remitió a su doctrina; y el maestro, así por su humildad, como por la autoridad que le granjeó haber sacado discípulo á quien se pudiesen remitir los que eran maestros. Semejante á esto fué el caso que sucedió á Antonio Gallo con su discípulo S. Paulino, como se puede ver en el mismo Antonio.

Habiendo sucedido despues el P. Juan de Ledesma en la cátedra de Prima al P. Santistéban, llegó á tener en materia de letras tan grande autoridad en

el reino, que en sus tribunales siempre se tuvo su parecer por de grande consideracion y peso.

El Obispo de Guadalajara, D. Fr. Francisco de Ribera, que despues lo fué de Mechoacan, Prelado de grande prudencia y que habia sido General de la sagrada Orden de la Merced, dió en su Tribunal una sentencia contra un litigante que le habia llevado varios pareceres, entre los cuales no viendo la firma de este insigne maestro, dijo que uno de los fundamentos que tenia para entender que aquella causa no tenia justicia, era no ver entre aquellas firmas la del P. Ledesma, de quien presumia no habia querido firmar aquella doctrina, por no haberla hallado conforme á razon y justicia.

Este mismo concepto tenia el Tribunal de la Inquisicion, en el cual no se ofrecia negocio de importancia que no se remitiese al Padre, fiando mucho de sus resoluciones los inquisidores, y afirmando en su muerte con grande sentimiento, que habia perdido aquel Tribunal un gran ministro. Esta misma autoridad tenia, no sólo en los reinos de la Nueva España, sino en los demas que en sus contrataciones tenian dependencia de ellos; y así del Perú, de la China, Filipinas y Sevilla venian muchos contratos remitidos á lo que aprobase ó reprobase el P. Juan de Ledesma en la justificacion de ellos, y con mucha satisfaccion los contratantes se comprometian en su parecer. Su réplica en actos públicos y en la Universidad era aplaudida y esperada de los oyentes.

Si las letras de este siervo de Dios fueron de la autoridad que habemos dicho, no lo fueron ménos sus raras y heróicas virtudes; y lo que fué de mayor estimacion y más admirable, es, que esas letras y virtudes las juntó con una singular y rara humildad, y de esta se dirá primero cuánto la mostró en materia de letras, y despues en otras materias diferentes.

Nunca se dejó llevar del deseo que otros suelen tener de dar á la estampa é imprimir las obras que trabajan y escriben. Muchos afectos de esta santa humildad mostró en esta materia el P. Ledesma; porque siendo tan conocido y grande el caudal y suficiencia que tenia, así en letras divinas como humanas, y en la Teología Escolástica, Moral y Expositiva, para poder dar á la estampa sus obras, y pidiéndoselo, porque lo deseaban personas muy graves y de mucha monta en el reino, y áun arguyéndole ó de flojedad ó poco ánimo; sus respuestas eran decir que no hallaba en sí dotes para esa empresa, siendo así que todos juzgaban lo contrario. Y las materias que leyó en la cátedra y dejó escritas en catorce tomos cumplidos escritos de su mano, fueron siempre de grande estimacion.

Prebendado hubo de la iglesia arzobispal de Méjico y catedrático de aquella Universidad que, habiendo sabido que Oracio Cardón, célebre impresor

de Francia, con quien el Padre trabó amistad cuando fué á Roma, le habia escrito que le enviase sus obras, que las imprimiria, y áun le enviaria tomos de que se aprovechase; el Prebendado hizo visita al P. Ledesma para rogarle que siguiese este consejo, ofreciéndole dineros para escribientes y los despachos á España y Francia; y afirmó que la respuesta fué, casi con lágrimas, que se corria que nadie entendiese de él que podia intentar obra para que era menester tan grande caudal de letras. Sentimiento que mostró bien la grande humildad de maestro, que desde las letras humanas hasta lo último de las divinas, era tan consumado como otros de mucho lustre, y esto en la opinion de muy doctos.

Con todo, despues de muerto este insigne varon, pidió la provincia mejicana á nuestro P. General mandase sacar á luz estas obras, el cual mostró mucho gusto de ello, y que se dispusiese la materia á la ejecucion.

El tiempo que gastó el P. Ledesma en leer Filosofía, Teología y al frente de los estudios de Méjico, fueron casi treinta años; y en los seis últimos de su vida, aunque dejó de leer, pero le ocasionaban más ocupacion y estudio las muchas consultas que se le hacian en casos morales y causas que le remitia el Tribunal de la Inquisicion, y el estar obligado á asistir á los actos literarios del colegio, de que era Prefecto. Y en todo este tiempo fué uno mismo el modo de proceder de su humildad, que sirvió de lastre con que aseguraba nacion tan cargada de rica mercadería.

Su talento de púlpito fué muy grave; sus sermones de excelente doctrina, lugares de Escritura y santos Doctores y fuerza de razones, ponderadas con grande autoridad y magisterio.

En lo que se adelantó más este admirable Padre fué en la misericordia que usó para con los indios, que parecia no pensaba en otra cosa más que en compadecerse de ellos, favorecerlos y ayudarlos, como si á ese solo ministerio estuviese dedicado. A lo ménos se puede decir que levantó y amplificó el célebre seminario de indios de S. Gregorio de Méjico; porque aunque lo habia fundado la Compañía desde el tiempo en que entró en la Nueva España; pero se acrecentó en todo desde que el P. Juan de Ledesma se dedicó á él, de suerte que podemos llamarle su fundador, y que las grandes medras que ha tenido y frutos que en él se han cogido y hoy se cogen, son de sus santos trabajos y ministerios.

Todas las mañanas decia su Misa en la iglesia de S. Gregorio, que escogia por su devocion, aunque tenia más á mano la de nuestro colegio principal, donde habitaba; pero llevábale el afecto á los indios de S. Gregorio, y tenia particular llave para pasar á él. Allí dicha bien de mañana su Misa, en habiendo dado gracias, se sentaba en una silla baja en el cuerpo de la

iglesia, esperando á los indios que se quisiesen confesar, principalmente enfermos que estándolo, usan mucho estos naturales acudir á la iglesia á recibir los santos Sacramentos, cuando no están muy debilitados. El P. Ledesma tenia licencia del Ordinario para administrárselos. En confesándolos, él mismo les daba el Viático, y, si el mal era grave, la Extremauncion, y en esto pasaba buena parte de la mañana; porque, como sabian los indios que le habian de hallar allí preparado, acudian muchos á él.

En llamándole para fuera de casa á confesar algun indio, al punto habia de acudir, por léjos que viviese; y esto con tan grande exaccion, que cuando leia Teología, con ser que en ese tiempo ni se admite recaudo, ni se acude á otra cosa por grave que sea; tenia avisado que, si era necesidad espiritual de algun indio, no le dejasen de avisar; con que ellos, aunque de suyo son encogidos, se atrevian á entrar en la aula hasta la cátedra donde estaba, á darle estos recaudos, y luego en bajando iba por su manteo y á confesar á su enfermo.

Lo mismo hacia á cualquier hora de la noche que tuviese aviso de algun indio enfermo que le llamaba, y él procuraba saberlo, porque estaba su celda sobre la campanilla de la portería, y al punto se vestia y salia á consolar su enfermo y á cuantos se ofrecian de barrios más apartados de Méjico, que era bien léjos, y no pocas veces lloviendo, con frios y vientos, sin exceptuar tiempo ni lugar, y volviendo los que le acompañaban (que de ordinario eran mozos y de buenas fuerzas) cansados y hechos pedazos, aunque notablemente admirados y edificados del infatigable fervor de caridad, de persona de suyo flaca, de edad y con achaques, en favorecer y ayudar con todas sus fuerzas al consuelo de los pobres indios.

Padeció por muchos años con una llaga que se le hizo en una pierna con cuatro bocas y fístulas que, finalmente, le causó la muerte, y demás de eso tenia fuentes abiertas en los brazos, y por la misma razon los médicos no se atrevian á cerrar las de la pierna; y aunque le impedia el andar, pero no lo habia de ser, para que olvidado de sus llagas y cojeando, algunas veces diese muchos pasos y mostrase aliento para jornadas largas por el bien de los indios, y proseguir en sus santos ejercicios. Vendaba sus llagas este humilde Padre, y cojeando, hombre de casi sesenta años de edad, iba á socorrer á sus prójimos.

No hubo Padre tan deseoso del bien de sus hijos, ni madre que tan amorosamente se transforme en ellos, como este amoroso Padre se transformaba en los pobres indios, deseando sus bienes y mejoras; y en tiempo de grandes concursos de confesiones, como Cuaresmas y dias de jubileos que ganan los indios en S. Gregorio, habiendo estado todo el dia confesando las indias, se

quedaba hasta las nueve de la noche en la iglesia confesando á los indios, y áun tal vez casi toda la noche.

Decíale el Superior que se mataba y ponia á riesgo las flacas fuerzas que le quedaban, y su respuesta era sonreirse y dar á entender que aquello era su consuelo: y es harto indicio del afecto santo que nuestro Señor habia puesto en este su siervo para con los desechados indios, que deseaban muchas señoras principales españolas confesarse con él, y no le daban lugar las ocupaciones y el acudir á sus indios, para los cuales no habia de haber ninguna que le estorbase. Viendo esto las señoras, decian: «Vistámonos con vestidos de indias, para que nos quiera confesar el P. Ledesma;» porque cuando estaba confesándolas, no tenía que llegar ninguna española a sus pies, y si algunas llegaban las remitia á otros confesores.

Este insigne varon fué sujeto de suyo serio, grave y áun declinaba á seco, aunque no con ofension; pero para el trato de pobres indios vencia singularmente la gracia y caridad de Cristo á la naturaleza, y los trataba con particular cariño, sin cansarse ni enfadarse de estar con ellos; iba á sus humildes casas á visitarlos, cosa muy de estimar en el Padre, por ser tan pocas las visitas que hacia á personas graves que, por serlo y por la estimacion grande que hacian de la suya y sus letras, no podia excusar, pero todo se empleaba en consolar y servir á pobres humildes.

Esta caridad con los indios resplandeció en el P. Juan de Ledesma en dos ocasiones que se ofrecieron. La primera fué por los años de 1629 y 1630, que corrió entre ellos una enfermedad como de peste, é hizo tanta riza, que caian enfermos y morian á montones. Por favorecerlos, cada instante este fervoroso Padre ponia su vida á riesgo, sin reparar en cosa de cuantas pudiese hacer por ellos. Salia cada dia á visitarlos y se andaba por sus pequeñas y miserables casas, lleno siempre de humo y de mal olor, no sólo confesándolos, sino llevándoles cuantos socorros corporales podia, dándoles la comida por sus manos. Habíase informado de las medicinas que para esta enfermedad se les podian aplicar, y tenia concertado con los boticarios que se las diesen más baratas, y buscaba limosnas con que pagarlas. De lo cual edificado uno de este arte, viendo el trabajo que el Padre tenia en buscar limosnas, se ofreció á dar de balde todo cuanto fuese necesario de su botica para todos los indios enfermos de que le avisasen.

La segunda ocasion en que echó el resto de su caridad con los indios y tambien con pobres españoles, porque á todos alcanzó la calamidad que sucedió en la ciudad de Méjico de la inundacion de su laguna, que comenzó por los años de 625, que subiendo el agua más de una vara sobre el plano de la ciudad, derribó casi la mitad de las casas de ella, en particular las de

los indios, gente pobre, y todas las que no eran de cal y canto hechas á lo moderno, con que se veia la gente, parte obligada á desamparar sus casas, y la que quedaba, atajada en rincones poco seguros ó apuntalados, y necesitados de quien les socorriese con comida y sustento.

Como esta inundacion no era causada de rio, que pasada su avenida deja paso franco á los cercados del agua, sino del agua estancada que no tiene corriente; duró mucho tiempo el trabajo, hasta que con el tiempo se fueron consumiendo y bajando sus aguas, y se halló medio para sangrar la laguna. Pero en el tiempo de la calamidad, el P. Rector del colegio de Méjico mostró su caridad, enviando liberalmente limosna de pan y carne á los barrios más inundados, donde los que padecian más necesidad eran indios: y el instrumento de esta tan piadosa obra fué el P. Juan de Ledesma que, no obstante que en ese tiempo leia su cátedra de Prima, en acabando con su leccion a las diez y media, y cuando con mayor rigor arde el sol, y reverberando en el agua sus rayos, era doblado el calor: el siervo de Dios se entraba en una barquilla que llaman canoa, donde llevaba ollas de carne y canastas de pan, que era necesario, y entrando por las casillas que estaban llenas de agua, él mismo sacaba la carne de la olla y la iba repartiendo á los necesitados que vivian sobre tabladillos, con otras limosnas, gastando en esta obra lo riguroso del dia, y volviendo á comer al colegio á la una y á las dos de la tarde.

Los que le acompañaban se remudaban, ó porque caian enfermos con el rigor del tiempo, ó por el trabajo grande; pero el infatigable obrero del Señor jamas faltó ni flaqueó en el largo tiempo que duró la fuerza de la inundacion, ni admitió que le pusiesen en plática, si se remudaria con otro este tan piadoso y trabajoso ejercicio; y, para que creciese más su fervorosa caridad, permitió nuestro Señor, que cuando se ejercitaba en ella, oyese dichos del vulgo inconsiderado y de algunos que recibian la limosna mal agradecida, todo lo cual no era poderoso á que un punto aflojase.

Cuando este siervo de Dios comenzó á aplicar su grande talento y letras á ayudar á los pobres naturales, no era la iglesia de S. Gregorio más que un jacal de madera cubierto con paja que, aunque muy capaz, y donde concurria gran número de indios, todo estaba desacomodado. La falta de ornamentos era menester suplirla, en particular para fiestas que se celebraban, de la sacristía principal del colegio. El sustento de los indiecitos era, y lo es hoy en mucha parte, de la limosna del mismo colegio. Pero todo lo aumentó y mejoró de suerte la diligencia y caridad del P. Juan de Ledesma, que los que lo veian, quedaban admirados, y confesaban habia socorrido Dios con singulares favores, levantado y puesto en estado una obra que, á ojos de todos, es

de muy señalado fruto y ejemplo en la república: y, aunque dedicada á indios, tienen consuelo y devocion personas muy principales y Obispos en visitar esta iglesia los dias de sus fiestas.

Edificóla este insigne varon de cal y canto y muy capaz, de tres naves; adornóla de retablos hermosos y dorados, y enriquecióla de ornamentos de telas preciosas y vasos sagrados de oro y plata. Hizo fabricar para la Semana Santa un monumento curiosísimo, que podia parecer entre los demas de aquella rica ciudad; y, aunque á la fábrica de todas estas cosas le ayudó mucho la benevolencia de los oficiales indios, que todos amaban y veneraban tiernamente la persona de su P. Ledesma; con todo, en el remate de cuentas que se halló despues de su muerte, se vió que demás de la fábrica de la iglesia, en sólo la sacristía y adornos de ella habia gastado diez y siete mil y quinientos reales de á ocho que, juntos con los de la fábrica, hacen muy grande suma, y todo de limosnas particulares, aplicando á esta, si algunas para su persona le ofrecian.

Esto se vió en ocasion que un Padre de los nuestros habia de hacer renunciacion de cierta cantidad que le pertenecia de su legítima; y cuando deseaban todos que el P. Ledesma diese á la estampa sus obras, le ofreció mil pesos para ayuda de la impresion: á lo cual respondió: «Padre, lo que yo agradeceré es, que se aplique esa limosna para la iglesia de S. Gregorio ó para socorrer necesidades de indios.» A personas cuerdas les parecian milagros las cosas que en S. Gregorio habia hecho, y algunas le pasaron muy fuera del curso comun y efectos de su confianza en Dios, que se echa de ver que le favorecia en el empleo santo de ayuda de los indios.

Cuando se edificaba la iglesia, un sábado en que el Padre habia de pagar á los oficiales, estaba muy alcanzado de dineros para hacer su paga; y, estando ya tarde de rodillas delante del altar mayor, entró en la iglesia un español de muy buen pelo, y preguntó al indio que hacia oficio de fiscal en la iglesia, quién era el que recibia las limosnas para aquel edificio. Avisando el fiscal al Padre, llegó el español á hablarle sin conocerle, y dejándole buena limosna, suficiente para hacer la paga, y que sobraba, se despidió: el siervo de Dios se volvió á hincar de rodillas, pero se le ofreció seria bien saber y conocer quién era el que habia hecho la limosna; cuando iba saliendo por la puerta de la iglesia el de la limosna, llamó al fiscal y le mandó fuese á preguntar su nombre, y, siendo así que acudió con presteza á lo que se le mandaba, no pudo descubrir al tal hombre, ni preguntando á otros que estaban en la calle, supieron dar razon de él.

Otro caso digno de reparo le sucedió en ocasion que estaba para dedicar la iglesia de S. Gregorio con su vistoso retablo; porque estando acabado todo

lo blanco del maderaje, no se hallaba el Padre con un real, ni hallaba quien por entónces se lo emprestase para dorarlo y estofarlo: y, estando perplejo, determinaba ya celebrar la dedicacion de la iglesia sin poner el retablo: saliendo de casa, sin determinar adonde habia de ir, y hablando de esto con su compañero, vió venir la calle arriba á un hombre gracioso, simple y de gente honrada, llamado D. Juan, el cual, en viendo al P. Ledesma, enderezó á él, y acercándose, dijo: *Potens est Deus,* P. Ledesma, *potens est Deus.* Entendiendo este grande maestro que con estas palabras le mandaban tener confianza en Dios, se halló tan alentado, que se fué derecho á un dorador y le rogó que comenzase á dorar el retablo, supliendo por breve tiempo el gasto y paga, á que salió de muy buena gana el oficial, y dentro de poco inopinadamente le enviaron al Padre buena cantidad de limosna para pagar su obra.

Semejante y raro tambien fué otro caso que le sucedió con el mismo simple, que habiendo sabido que el siervo de Dios habia mandado hacer unos ciriales de plata, y yendo á la platería sin saber cómo los habia de pagar ni teniendo con qué, encontrándole el simple, le dijo: «Vaya V. P. por los ciriales, que los traerá y no los pagará.» Fué así, que entrando el Padre en la platería, topó con un personaje muy su aficionado, el cual impensadamente le previno, diciendo: «En verdad, P. Ledesma, que están muy buenos los ciriales, mándelos llevar V. P. que ya quedan pagados.» Quedó admirado y suspenso el admirable Padre, y despedido el de la limosna, encargó á su compañero que no dijese lo que habia pasado, porque él no tenia parte en caso que era tan claramente de Dios. En otra ocasion le sucedió lo mismo en una calle con el mismo simple D. Juan, y así con gracia solia decir el P. Ledesma que D. Juan era su profeta loco.

Una tarde estaba concertando en la platería una obra de la iglesia con el platero, sin tener por entónces con qué pagarla. Llegó un caballero, y saludándole, le preguntó qué buscaba en la platería. El Padre procuró divertirle, porque de suyo era encogido para pedir ni molestar á nadie; pero el platero le respondió que estaba concertando aquella obra. El caballero llamó un criado suyo que llevaba un talego de dineros, y le mandó que pagase á aquel oficial toda la cantidad, y que el Padre llevase su obra: de este género se pudieran escribir otras singulares providencias con que manifestaba Dios lo que le agradaban los cuidados de este su devoto ministro.

Aunque tuvo talentos y títulos honoríficos de que se pudiera estimar, de todo se olvidaba y de uno solo se preciaba, que era ser sacristan de la iglesia de indios de S. Gregorio, donde él por sus manos ejercitaba ese oficio, bajando cada dia á la una y media, sin reposar, como lo habia menester perso-

na de su edad y flaca salud. Allí ponia los frontales, mudando sus colores conforme al tiempo, y cuidaba de la limpieza de los altares.

Él mismo barria cada dia el presbiterio, aunque estuviese la iglesia llena de gente; y de ordinario, en poniendo los frontales, salia á barrer la puerta de la calle en las fiestas mayores y de mayor concurso, sin que le retardara para hacer aquel oficio estar presentes personas gravísimas, con quienes este humilde Padre solia tratar negocios de mucha calidad. Y no por eso dejaba de ocuparse en poner las velas en el altar, aderezarlas y salir públicamente a limpiarlas y despabilarlas, sin consentir que ninguno otro de los sacristanes lo hiciese, viéndolo en él con tanta continuacion personas de letras, que habian sido sus discípulos, y cuando ejercitaba con grande devocion y estimacion tales ministerios, era cosa que causaba devocion y edificacion en otras personas de mucha autoridad, y á veces Obispos que venian á gozar de estas fiestas.

Habiendo acudido á una de ellas el P. Prepósito de la casa Profesa con otros Padres graves de ella, se despidió de este siervo de Dios diciéndole que todo cuanto habia visto en la iglesia no le habia agradado tanto como el P. Juan de Ledesma, y esto era lo ordinario que salian diciendo las personas de importancia que se hallaban presentes.

A estos actos de tantas virtudes que aquí concurrian de humildad, devocion y piedad, podemos juntar lo que algunas veces en estas fiestas pasó, que convidando este devoto Padre á algun Padre mozo, y á veces actualmente discípulo suyo, para que cantase la Misa que oficia siempre la capilla de cantores de S. Gregorio, salia el P. Ledesma á cantar la Epístola como Subdiácono: y cautelábase, para que no se le atribuyese á humildad, diciendo que el Diácono que cantaba el Evangelio era recien ordenado, y era aquel su primer Evangelio y otras discretas razones que nacian de su verdadera y sólida virtud de servir á Dios en iglesia de humildes indios.

Era singularísimo el cuidado que tenia de que se les enseñase la doctrina cristiana, y de lo que la Compañía tiene ordenado, que los Advientos y Cuaresmas haya doctrinas públicas y sermones en las plazas y mercados, que los indios llaman tiangues, y en la iglesia de S. Gregorio de ninguna manera este fáltase.

Y cuando los Padres lenguas de Méjico estaban ocupados ó enfermos procuraba este evangélico ministro que se trujesen de Tepotzotlan ó de otro colegio; porque, aunque sabia muy bien la lengua mejicana, él se contentaba con ejercitarla en el confesonario, en que era mayor el trabajo y continuacion.

Con todo, cuando Dios se lo llevó, estaba determinado á predicar en la

lengua mejicana á sus indios, cuando no hubiese á mano quien lo hiciese; porque no le sufria el corazon que hubiese una sola falta en esto, que es donde tanto se esmeró, dejando en silencio otras muchas virtudes que tuvo este insigne varon, por esta de la misericordia para con indios pobres, humildes y desechados; porque se puede decir que no tuvo hora ni momento de vida en que no diese ejemplo de este particular amor y misericordia, ejercitándola, no sólo en lo espíritual, sino en lo temporal que les tocaba.

Sus estaciones contínuas, con estar muy retirado de visitas de personas de lustre, que estimaban mucho su comunicacion, eran á la Audiencia arzobispal á solicitar y favorecer causas de indios con el Provisor, y de allí á la cárcel á sacarlos, y, en acabando con esto, á visitar y regalar á los enfermos.

Los tiempos de fiesta que se retiraba á la sacristía de S. Gregorio, salia á la puerta de la iglesia á esperar indios pobres mendigos, que por la calle pasaban; y, en pasando alguno, por asqueroso que estuviese, lo llevaba á la sacristía, donde ya tenia agua preparada, y sentándole en una silla, le lavaba los pies y se los besaba, y luego le regalaba con algo de comida y una manta con que se abrigase; y así lo tornaba á sacar; y aunque esto lo procuraba hacer con disimulacion, le cogió en estas obras un cantor de S. Gregorio, el cual dió noticia de ellas.

Para acudir á estas limosnas, andaba este siervo de Dios haciéndose mendigo y pidiendo limosnas ya á unos ya á otros, que para su entereza era mucho, y el sujetarse tal vez á desdenes y á ásperas respuestas, que llevaba con amor por el que tenia á sus hijos los indios, y por mejor decir, por Cristo, que se representaba en ellos. Hacíase mendigo, para que los convites célebres de pobres, que se hacen las Pascuas en S. Gregorio, con otras limosnas, fuesen más ámplios y los pobres fuesen abrigados para el año.

Si iba por la calle, é imaginaba ó sentia ruido de que maltratasen algun pobre indio, sólo por imaginar lo que podia ser, apresuraba el paso á favorecerlo, y los que los ofendian ó hacian molestia, en viendo al P. Ledesma, los dejaban libres; y vez hubo que un descomedido á quien le quitó de las manos un indio que maltrataba enojado, le dijo al humilde Padre, que no sólo al indio, sino tambien á él le daria de coces. Descortesía en que no reparó, ni mostró sentimiento, ni hizo otro acto más que proseguir con sosiego en la defensa comenzada, hasta que vió libre á su pobre indio, con que quedó contento.

No fué único este prudente maestro en la caridad con los pobres, sino que ejerció otras virtudes heróicas.

Fué grande su penitencia, demás de la que padecia en sus llagas y acha-

ques; testigos fueron las paredes de su aposento, salpicadas de la sangre de las disciplinas rigurosas que tomaba y los libros que por allí cerca estaban, que habiéndolos de pasar despues á la librería, fué menester rasparlos y limpiarlos la sangre: y el compañero que acudia á su aposento, le cogió algunas veces lavando la disciplina con agua caliente, quedando corrido de que le hallase en aquel ministerio, y rogándole no le manifestase á nadie. Tambien fueron testigos los cilicios de rayos que se hallaron despues de muerto bien usados, y tan grandes que le rodeaba alguno pecho y espaldas.

Su dormir ordinariamente era sobre las tablas, quitando la ropa de la cama, y cuando faltaba á esto era por sus achaques. La Semana Santa, en particular, no se desnudaba, ni desde el Miércoles Santo al Sábado se recostaba, sino en una silla dormia un rato, con ser que en ese tiempo trabajaba más en confesiones de innumerables indios, y el Juéves Santo se quedaba en la iglesia toda la noche. Sus ayunos eran ordinarios viérnes y sabados del año, y su comida tan parca siempre, que se podia llamar un perpetuo ayuno.

Sustentaban las grandes y heróicas virtudes de este gran siervo de Dios los ejercicios de devocion y oracion, no sólo los de regla y precepto, sino tambien otros que añadia, gastando muchos ratos de rodillas en las tribunas y altares de su iglesia de S. Gregorio, donde eran sus regalos con Dios.

La Octava del Corpus Christi, que en la iglesia de nuestro colegio principal celebran con gran solemnidad nuestros estudios, descubriéndose el Santísimo Sacramento con mucha música y acompañamiento de luces, y distribuyéndose comunion general de una ó dos aulas cada dia, el P. Juan Ledesma gastaba todos estos dias en el coro de rodillas en oracion y algun libro devoto que llevaba consigo, y todo este tiempo lo tenia dedicado sólo para Dios, cosa que movia á devocion y algunas veces á admiracion de que un hombre viejo y tan debilitado con ejercicios espirituales y estudios, pudiese continuar tanto tiempo el estar de rodillas.

A esto se añade que rezaba el oficio divino de la misma manera y tambien el Rosario de la Vírgen Santísima. Recitaba otros muchos oficios, como el de la Purísima Concepcion, cuya aficion mostró siempre en sermones y escritos de ese misterio. Rezaba tambien oficios del Ángel de la Guarda y de S. José, que tenia escritos y que él habia compuesto.

No faltaron personas doctas que, ponderando lo mucho que escribia este insigne maestro, y el mucho tiempo que gastaba en cosas de devocion y otros ejercicios, decian, que su ciencia debia de tener mucho de infusa; porque no sabian qué tiempo le quedaba para adquirirla: y aunque esta no fuese más que una pía consideracion, por lo ménos se colegia que favorecia

nuestro Señor con particulares auxilios los santos trabajos de este religiosísimo Padre, cuya devocion con nuestros santos Padres S. Ignacio, y S. Francisco Javier y S. Luis Gonzaga no es razon se quede en silencio, porque fué tiernísima y singular.

En sus dias se esmeraba y aventajaba en el adorno de los altares y retablos que de esos santos tenia en la iglesia de S. Gregorio. Cantaba él mismo la Misa con grande solemnidad, y se le notaban los actos fervorosos que mostraba tales dias. La última fiesta de nuestro santo Patriarca que celebró, se le notó con más particularidad el afecto y amor que le tenia; porque no se contentó con que la solemnidad fuese en altar particular que tiene en la iglesia, sino que ese dia colocó su imágen en el altar mayor, y estrenó un muy rico joyel adornado de broches y piedras preciosas, que le habia hecho, y añadió lo que otras veces no se hacia, que fué una procesion fuera de la iglesia, con tanta muchedumbre y celebridad exterior de danzas y músicas, que parecia que adivinaba que aquella fiesta seria la última que habia de hacer al santo en la tierra; y así queria echar el resto en ella, por estar muy cercana su muerte que, aunque fué muy apresurada en el tiempo, pero muy prevenida con sus heróicas virtudes y raros ejemplos que nos dejó.

A los achaques que ordinariamente padecia el P. Maestro Juan de Ledesma, le sobrevino otro de hidropesía, y, aunque rehusaba ponerse en cura y se andaba en pié y en sus ordinarios ministerios cuanto podia, los médicos juzgaron que ponia á riesgo la vida, si no se curaba; y, por cura más fácil y segura, le ordenaron que tomara unos baños en los que hay media legua de Méjico, en medio de su laguna y en un peñon que en ella se levanta; tiénense por muy saludables sus aguas. El Padre como verdadero obediente y por cumplir con su regla, se rindió á este parecer de los médicos corporales, aunque con recelos de arriesgar su vida, como en efecto la arriesgó, y ántes habia dado hartas muestras de que iba á morir.

Señaló el P. Rector del colegio un Padre y un Hermano que lo acompañasen y acudiesen á lo que hubiese menester en aquel lugar y puesto donde hay aposentos, por los cuales pasa el agua de los baños, y entran los que se van á curar. El castísimo Padre, por su mucha modestia y honestidad, no permitió que entrase con él ninguno de sus compañeros en la pieza donde habia de tomar el baño; en otra allí cerca se quedaron, para acudirle en cualquiera necesidad que se le ofreciese. El dia que entró á tomar el segundo, parece que entraba á morir; y, aunque le dijeron los compañeros que lo dejase, les respondió que así lo ordenaban los médicos.

Habiendo entrado á tomar el baño, le oyeron desde afuera recitar varios salmos y oraciones, y principalmente el *Miserere,* repitiendo muchas veces

el *Tibi soli peccavi*, como quien hacia actos de contricion para morir, que los debia de haber tomado del gran Doctor de la Iglesia S. Agustin, cuyos escritos tanto habia estudiado, y del santo se dice en su vida que ejercitó estos actos en su muerte.

Prenuncios de ella mostró el P. Ledesma, cuando entró esta segunda vez en las aguas, y, sintiéndolo desde afuera sus compañeros, entraron en la pieza y hallaron desmayado en ellas al P. Ledesma, y apénas le sacaron de ellas, cuando expiró y entregó su alma á Diòs, el que tan prevenido iba a cumplir este acto de obediencia, y toda su vida se habia prevenido para la muerte.

Cuando desembarcó en el Peñon que está en medio de la laguna y lugar de los baños, le notaron que habia dicho con ponderacion que, con haber nacido en Méjico y estar aquellos baños tan cerca, no habia llegado á ellos en su vida, significando que lo dejaba para su muerte; y esto mismo en otras muchas ocasiones y palabras en que daba á entender que iba preparado a recibir la muerte. Porque saliendo de su aposento para los baños, le pregunto el Hermano que le acudia, qué queria le preparase para la vuelta, respondió que una mortaja: y el dia ántes dejó dicho al Padre que cuidaba del seminario de S. Gregorio, tan amado del Padre, que por él eran todos sus empeños, él pagaria las deudas que en bien de aquel colegio se habian contraido, como quien entendia que no habia de volver á pagarlas, y en otras palabras que se le oyeron dias ántes repetir, que ya habia echado su matrícula para la muerte.

Cuando despues de ella entró á visitar el Rector del colegio su aposento, se admiró de ver la disposicion que dejó en los papeles de sus cuentas de S. Gregorio y memorias de las cosas que tenia á su cargo, con tanta distincion y claridad, como la podia hacer y prevenir persona que tenia certidumbre de su muerte; y bien se puede creer de su santa vida que Dios con sus particulares impulsos le previno para ella.

Este dichoso fin tuvo este venerable Padre y sapientísimo maestro, á doce de octubre de mil y seiscientos y treinta y seis, á los sesenta y tres de su edad y cuarenta y ocho de Compañía, y treinta de profesion de cuatro votos, la cual hizo en manos de nuestro P. General Claudio Acuaviva, cuando fué a Roma en compañía del P. Procurador de la provincia mejicana Francisco Vaez, que quiso entre otros hacerle este favor; porque se agradó de su religion y buenas prendas.

Apénas llegó á la ciudad la nueva de su su muerte, cuando el sentimiento grande que causó, principalmente en los indios, les hizo salir de sus casas desalados á encontrar el cuerpo á las orillas de la laguna, clamando por su

Padre, lamentándose de su no esperada muerte y de la falta irremediable que se les seguia; y desde este dia, en que á las ocho de la mañana sucedió la muerte, hasta el dia de su entierro, no salieron los indios é indias de la iglesia de S. Gregorio, llorando amargamente.

Luego que se entendió en el resto de la ciudad, se ofreció á venir á su entierro el cabildo eclesiástico, como lo cumplió, sin faltar de él persona ninguna, y el Arcediano y Comisario general de la santa Cruzada avisó desde luego que habia de hacer el oficio y cantar la Misa que ofició la capilla de la catedral. Concurrió tambien el cabildo seglar, y nobleza de la ciudad, y las religiones en forma de comunidad, que llegando á nuestro colegio, le cantaron sus responsos.

Era tanta la estimacion y amor que la clerecía de la ciudad y discípulos suyos tenian al Padre que, ántes de pasarle á la iglesia para el oficio de cuerpo presente, se anticiparon á las seis de la mañana, y en la misma capilla donde estaba el cuerpo le cantaron una Misa; y fué tanto el concurso para decir las rezadas los demás, que tomaban lugar y se prevenian unos á otros toda aquella mañana.

El concurso de los indios é indias era amontonado en la calle, porque esas no podian entrar en la capilla por estar dentro del claustro, y su sentimiento grande se echaba de ver en las muchas lágrimas que derramaban, esperando que lo sacasen á la iglesia.

En poniéndolo en ella, llegaron de golpe á besarle la mano hasta los niños de dos y tres años, á los que llevaban sus madres en los brazos; y, con ser que los niños tienen naturalmente miedo á los difuntos, no sólo no huian, sino hacian instancia para que los dejaran llegar á tocarle y besarle la mano.

Desde el dia siguiente pidieron licencia al P. Provincial las cofradías de la iglesia de S. Gregorio para hacerle en ella unas muy solemnes honras, precediendo un novenario de Misas cantadas, las cuales venian á porfía á celebrar muchos de los doctores de la Universidad y clerecía más grave, que todos tenian ó por maestro ó por oráculo en letras al P. Juan de Ledesma.

Las honras se hicieron con grande solemnidad y aparato de luces en un suntuoso túmulo, que corria por cuenta de sus hijos, indios de S. Gregorio, adornadas las paredes de la iglesia de muchas tarjas de sus devotos, con elogios y geroglíficos, elegías y epigramas fúnebres. Porque aunque la celebridad fué en iglesia de indios, concurrieron á ella personas de mayor calidad y devotos suyos.

La última Misa cantó el más antiguo canónigo de la catedral y catedrático de Prima de su Universidad, y hoy es dignidad.

Entre las poesías que celebraron la estima de este gran maestro, fué esta, que declara con exceso el afecto del devoto que la compuso:

Ingenio Thomas, calamo Augustinus, amore
Bernardus, Paulus foenore. morte Scotus.
Franciscus nihilo, latis patenter Iobus,
Ignatius zelo, religione Xavier.
Nomine reque simul (scruteris) uterque Ioannes.
Munere, Pauperie, more, Pudicitia.
Hic iacet: O maerens lachrimas conpesce viator!
Clausaque sit mortis ne tibi causa, lege.
Iustus erat: iste solo fulsit, qucis turba viatrix
Fulgeat ergo, quibus turba Beata, Polo.

La vida de este siervo de Dios la escribió el P. Andrés Perez en su *Historia de los triunfos de la fe*, y celebra sus virtudes Juan Bautista Rho, en muchas partes de su *Historia Varia*.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO GUERRERO

NACIÓ el P. Alonso Guerrero en la ciudad de Méjico, cabeza del reino de la Nueva España, de padres tan piadosos como calificados en nobleza, pues en aquella ciudad uno de los linajes más conocidos y estimados es el de los Guerreros de parte de padre; y el de Villaseca de parte de madre, ha sido siempre tenido por muy noble: y aunque el uno y otro han sido muy hacendados, y el paterno ha tenido y hoy tiene tres muy ricos mayorazgos, sin otras muchas rentas, haciendas y posesiones; pero mucho más hacendado fué el materno, pues su abuelo Alonso de Villaseca (el cual fue el primer fundador y patron del colegio de Méjico, en cuyo derecho sucedió D. Alonso Guerrero), tuvo fama del hombre más rico que habia en aquel reino, y hasta hoy dura el decir, por exageracion de que un hombre es muy rico: *Es un Villaseca*.

Crióse D. Alonso con muy gran virtud y recogimiento, porque su padre era muy temeroso de Dios y deseoso de que sus hijos se dedicasen á la vir

tud desde sus tiernos años; y, aunque se criaron con mucha abundancia, siempre su padre cuidó de darles ayos de muy buenas costumbres y de que estudiasen en el colegio de la Compañía, como estudiaron hasta Retórica, en la cual fué D. Alonso Guerrero muy aventajado estudiante; y, como era de tan buen natural, áun cuando dejó de venir á los estudios, buscó siempre ejercicios honestos y de letras en que ocuparse.

Entró en la Compañía el año de 611, á los treinta y cinco de su edad; y aunque en estas vidas se suele hacer de ordinario poco caso de las cosas que en el mundo causaban lustre á los religiosos, en esta ocasion seria menoscabar mucho las virtudes de este siervo de Dios, si no se hiciera alguna memoria del fausto y grandeza de las riquezas en que se hallaba, cuando la vocacion de Dios le sacó de las tinieblas del mundo á la luz admirable que comunica en la religion.

Fué uno de los hombres nobles que se trató con más lustre y mayor abundancia y lucimiento: de suerte que, con haber en aquellos tiempos tantos que se esmerasen en galas, en vestidos, en jaeces, en caballos, y que en las fiestas públicas que se ofrecian, que no eran pocas, hiciesen tan notable ostentacion de sus riquezas; D. Alonso era el que se llevaba la gala entre todos, y estaba tan sobrado de libreas, jaeces y caballos, que no sólo tenia para sí con abundancia, sino que participaban de ella muchos otros, áun de los muy ricos que, aunque no tenian falta de nada de esto, por ser los caballos que este caballero tenia en su caballeriza tan bien impuestos y de tan buena raza, dejaban de salir en los propios por salir en los que él tenia, por ser en todo aventajados y tener él la mayor parte de su gusto puesto en que fuesen muchos y muy buenos, y áun hasta los virreyes de aquel reino gozaban de esta ocasion en regocijos públicos.

Tambien era grande el aparato que D. Alonso tenia de vestidos ricos, jaeces preciosos, criados y libreas y todo lo que pertenecia al trato de su persona, que todo esto corria por cuenta de su padre, el cual era tan magnífico y ostentativo, que tenia por honra y gusto suyo particular que no hubiese quien en esta grandeza exterior igualase á sus hijos. Y, para que D. Alonso Guerrero pudiese hacer mayor ostentacion de su riqueza, le tenia cada año señalados cuatro mil pesos de cierta renta particular que él tenia, los cuales le daba en reales, para que estuviesen á su disposicion y los gastase cada año como quisiese; mas D. Alonso fué siempre tan medido y compuesto, que ni un real gastaba mal gastado ni en cosas indiferentes, sino todo en limosnas y obras del servicio de nuestro Señor, de que fué testigo y lo confesó en público varias veces el P. Bernardino de Llanos, que habia sido su maestro en Retórica, y así le comunicaba más que á otro.

Entrando un sábado por la tarde en el colegio, oyó que se cantaba la Salve de la Vírgen Santísima, á que asistian todos los estudiantes con mucha solemnidad y música de voces y de instrumentos, como se ha acostumbrado siempre, por el mucho cuidado que en ello puso el P. Llanos, que como prefecto que fué casi siempre de aquellos estudios, y tan aficionado al servicio de la Vírgen Santísima, se esmeró en que se le cantasen Misas y Salves con mucha música y solemnidad.

Agradado, pues, D. Alonso Guerrero de la Salve que habia oido, preguntó que quién daba la limosna para sustentar aquella capilla, y sabiendo que le costaba cuidado al P. Bernardino de Llanos, se ofreció él de su voluntad á dar cuanto fuese necesario para Misas y Salves de nuestra Señora, y, desde aquel dia hasta que entró en la Compañía, lo cumplió con grande abundancia y puntualidad, enviando muy á tiempo los tercios de los salarios que se daba á cada uno de los músicos. Y como en esta obra tan loable gastaba esta parte del dinero que libremente podia gastar en lo que quisiese, tambien lo hacia en otras muchas limosnas. Y bien se ve cuán gran virtud sea en un caballero mozo gastar en limosnas y obras del servicio de Dios lo que otros suelen emplear en cosas bien diferentes y contrarias á estas.

Fuera de esto, á no ser este caballero tan concertado, tuvo ocasion para tener muchos gastos, pero bien se ve que estaba léjos de gastar mal gastada y echar á mal la otra mucha cantidad de hacienda que su padre quiso corriese por su mano, quien tan virtuosamente gastaba la que estaba á su disposicion; y así su padre no reparó en fiarle muchas mayores cantidades de hacienda.

Habiendo juzgado que no era justo que sus hijos estuviesen ociosos ni dejasen de emplearse en el gobierno de las muchas y muy ricas haciendas, que por muerte de su madre quedaron por su herencia materna, se determinó á encomendar á cada uno de los dos hijos que tenia, las dos partes más gruesas, para que en vida suya la administrasen. Y así á su segundo hermano envió á las minas de Zacatecas, y por la de D. Alonso Guerrero quiso corriesen las haciendas de minas que tenia en las de Pachuca, así por ser esta hacienda más gruesa que la otra, como por estar cerca de la ciudad de Méjico, que podia, estándose en su casa, gobernarla; porque apartar de sí un hijo tan querido, le seria á su padre muy dificultoso, respeto de que era notablemente mayor el amor que su padre le tenia, y conseguia de esta suerte el tenerle loablemente ocupado y juntamente tenerle consigo.

Muy sabido es en este reino cuán gruesa mina fué esta, que en Pachuca se llamaba la Duquesa, y en el beneficio y costa de esta hacienda se gastaba cada año ochenta mil pesos, siendo esa misma cantidad, y algunas veces mas

la que rendia todos los años en barras de plata horra y neta. De suerte que de sola esta hacienda de minas manejaba ciento y sesenta mil pesos, ochenta mil para el coste y otros ochenta mil para el provecho de su dueño, de que se infiere cuán grande fué la cordura de este caballero en la administracion de tanta hacienda, que jamas su padre tuviese ocasion de entender se hubiese echado á mal la parte más mínima de ella, donde pudiera haber tantos millares de engaño; ántes le decia por menor en qué habia gastado los cuatro mil pesos de que libremente podia disponer.

Su padre notaba y admiraba todo esto; porque, como persona tan prudente y experimentada, estaba atento á todo, y cada dia más pagado de la persona y buenas prendas de su hijo, por las cuales no se puede fácilmente decir cuán bien recibido y cuán amado y estimado de todos estaba en la ciudad, teniéndole por ejemplo, no sólo de nobleza, sino tambien de virtud, que áun parece que para lo que nuestro Señor pensaba obrar en él, le acreditaba Su Majestad de su mano para en lo de adelante.

Hallándose, pues, en esta grandeza y ocupado en estos ejercicios D. Alonso Guerrero, interrumpió Dios nuestro Señor súbita é impensadamente las máquinas que su padre trazaba en su corazon, y las esperanzas que de sus mejoras y valimientos pudiera tener; y fué servido de tocarle el corazon y llamarle con tal vehemencia y prisa, que entrándose un dia por las puertas del colegio, en el cual sabia que no estaba el P. Provincial, porque se habia despedido tres ó cuatro dias antes de él y de su casa, para irse á las provincias de Mechoacan, se fué derecho al aposento del P. Maestro Pedro Diaz, sin saber que fuese Viceprovincial; porque, ordenándolo Dios así para el efecto que luego veremos, fué cosa impensada el dejarle el P. Provincial en su lugar. Y como quien venia herido de los rayos de la luz de Dios, le habló con tanta determinacion, que fué mucho conceder treguas de un solo dia.

Despues de muchos ruegos que el P. Viceprovincial le hizo para que no se quedase en el colegio, porque su venida fué tan á cosa hecha, que no le dijo más que estas palabras: «Padre, yo vengo á este colegio para no salir de él, que no me dá Dios más lugar ni me consiente más tardanza; Su Majestad quiere que yo le sirva en la Compañía, y manda que esto sea luego; V. P. no ha de ser contrario á lo que quiere Dios, y así yo no he de salir de esta casa ni he de dormir esta noche sin que consiga mi intento;» pero, como segun los dictámenes de prudencia, estos movimientos, aunque sean repentinos, no es bien que se ejecuten de repente, sino con maduro acuerdo y consulta hecha á Dios; el P. Viceprovincial, cuya prudencia y virtud fué rara, no reparando en lo principal de este caso, que era el no poder él recibirle en la Compañía, por no saber el órden que habia de Roma, le dijo, que con mucho gusto acudiria

á dárselo en esto, pero que bien sabia que en la Compañía se consultaban y examinaban mucho estas cosas, y que el ejecutarlas tocaba al P. Provincial, y por lo ménos se le debia dar cuenta, como se haria con mucha brevedad y mensajero propio, y que entre tanto se veria el modo que habia de haber en dar parte de esto á su padre, sin cuya voluntad y expreso consentimiento la Compañía no le recibiria.

A todo repugnó la fuerza de la divina vocacion, que impelia á D. Alonso, y mucho más á lo del consentimiento de su padre, que sabia que el darle seria imposible. Y últimamente, despues de muchos dares y tomares, fué su resolucion que á él no le daban treguas los impulsos de Dios, y que así no las podria conceder más que de un solo dia que esperaria, y que si en aquel término no conseguia el de su deseo, veria qué otro medio podria tomar para librarse de la apretura en que se hallaba.

Despidióse de él el P. Viceprovincial, y luego dió parte á los Padres Consultores de lo que se habia tratado, cuyo parecer fué, que aunque regularmente hablando se debia esperar el beneplácito del P. Provincial, que es el que sólo recibe en la Compañía, cuya costumbre tambien es dar parte á los padres de los que han de ser recibidos, pero que este caso, como tenia particulares circunstancias, pedia tambien particulares expedientes; pero que en todo acontecimiento se debia dar cuenta al virrey de las apreturas que traia consigo este negocio, pues hacer con su Excelencia este oficio era cosa debida, tanto por el puesto que ocupaba, cuanto por ser tan aficionado patron y favorecedor de la Compañía; y pareciendo imposible que su padre diese el sí, para el efecto de esta pretension, pues ántes se podia y debia temer cualquiera violencia, como cuerdamente recelaba D. Alonso, si seria inconveniente esperar á darle parte del hecho, cuando ya lo estuviese, ó si se arriesgaria el peligro del hijo, por no atropellar el respeto y buenas correspondencias que se debian al padre.

Hízolo así el P. Viceprovincial, dió cuenta de todo á su Excelencia, que era el Marqués de Salinas, más conocido por su propio nombre de D. Luis de Velasco, que despues fué Presidente del Real Consejo de las Indias. La respuesta de este príncipe fué tan acertada, como de su discrecion se esperaba, porque en oyendo el caso respondió: «Nuevo se me hace que en eso haya duda;» ese colegio ¿no es de D. Alonso Guerrero? ¿No es él el patron? ¿Cómo le puede nadie estorbar que no se vaya á su casa? ¿Por qué se le ha de cerrar la puerta, si él se quiere entrar por ella? Su padre cierto es que se lo estorbará, pero por eso será más discrecion prevenir su sentimiento y que, cuando quiera estorbarlo, no pueda.

Con esta razon tan cuerdamente dicha, y con el seguro de que corria por

cuenta de su Excelencia reprimir el sentimiento del padre y satisfacerle, se determinó en la consulta que se admitiese en la Compañía á D. Alonso Guerrero. Y para que se vea el lugar que tiene la circunstancia que dije, dióse parte luego al P. Provincial del hecho, y su respuesta fué que se alegraba mucho de lo sucedido, y que en el modo hallaba mucho de Dios; porque era cierto que, si como esto se concluyó en ausencia suya, se le tratase á él, ni lo haria ni lo podia hacer, porque tenia órden apretado de nuestro P. General, que por varias conveniencias de la Compañía le vedaba seriamente el poder recibir á ninguno que fuese fundador ó patron de ella, sin que primero se avisase á Roma, y que, sin duda ninguna, atenderia á este órden tan apretado, y no se recibiria.

Viendo, pues, que el dejar al P. Maestro Pedro Diaz en su lugar fué caso acelerado, y que, por serlo, no le instruyó en el órden que acerca de esto habia, y que esperó Dios nuestro Señor á traer á este caballero á comunicar sus deseos, cuando faltó el que habia de imposibilitar la ejecucion de ellos, porque, si cuatro ó cinco dias ántes lo tratara, lo más cierto fuera no entrar en la Compañía; no podemos decir otra cosa, sino que Dios de su mano quiso abrirle la puerta de la Compañía. Y así dispuso el tiempo y la sazon en que vivamente le llamó para ver un hombre tan estimado de todos aquellos reinos, que nunca cesaban los nobles, los caballeros y los hombres de monta de ponderar la grandeza con que habia vivido en el siglo, verle vivir por tantos años una vida tan inculpable, tan retirada, tan escondida, y verle llevar con tanto gusto el verse olvidado de todos y olvidando á todos, y toda su vida se puede llamar con razon portento de la gracia de Dios.

Porque aunque es así que, por haber sido tanto y tan singular su retiro, y haber vivido con tanta soledad y tan para Dios y para sí, no sabemos casos particulares de su interior, porque él guardaba su secreto para sí, y es sin duda que tendria muy singulares favores de nuestro Señor; pero el mismo esconder esos favores y vivir enterrado en vida, no es poco portento de la gracia de Dios.

Lo primero que hizo, no solamente en el noviciado, que pasó con grandísima perfeccion, amoldándose á los ejercicios religiosos, como si toda su vida los hubiera profesado, y dando á los demas novicios muy grandes ejemplos de humildad y haciéndoles con su puntualidad que se extremasen en tenerla; ni solamente en el tiempo de los estudios, en que mostró las mismas virtudes de humildad y puntualidad, con las cuales y con su modestia causaba grande admiracion á los demas estudiantes, sin faltar á los ejercicios de pasar y repetir las lecciones, y dar cuenta de ellas con grande exaccion; con lo cual llegó á tener muy suficiente caudal de letras para leer, como

leyó, Filosofía y Teología con universal aprobacion: pues digo que no solamente en estos tiempos, sino en todo el discurso de su vida, lo primero que entabló fué despegarse de todas las cosas del mundo, y principalmente de sus parientes, de suerte que muchos, no solamente de los seglares, sino áun de los religiosos de la misma Compañía, tenian esto á demasía, y lo calificaban por extremo vicioso.

Para entrar, pues, á decir cuán observante y perfecto obediente fué el P. Alonso Guerrero, bien se asienta por fundamento este tan notable despego que tenia de los suyos. Su padre siempre vivió sentido de la extrañeza con que le dejó, que él llamaba crueldad. Deseara mucho este caballero que el P. Alonso le viese algunas veces, y le comunicase con alguna afabilidad y continuacion; mas el siervo de Dios estuvo siempre tan en sí, que sin faltar a los oficios y reconocimientos naturales de hijos, y al respeto que á tan prinpal persona debia, le trató tan á lo extraño, que jamas quiso saber ni tratar con él el estado de su hacienda, ni quiso tener noticia de cosas domésticas, de los sucesos de los suyos, que por ser un linaje muy grande y muy extendido, es cierto habria muchas causas de que la naturaleza le engendraria deseo de tener noticia, sin preguntar jamas ni saber qué suceso tuvo tal pleito, qué fin tal pretension, qué corte se dió en tal ó tal diferencia que habria entre los del linaje.

De todo esto estuvo tan ajeno, que de todo punto lo ignoró; y algunas veces los que le hablaban, suponiendo que habia tenido noticia de estos sucesos, hablaban de la justicia ó injusticia de ellos, ó de las conveniencias o comodidades que habian resultado, y como no les salia á ello, echában de ver ó sabian de él que totalmente los ignoraba, que no les causaba poca confusion y admiracion.

Y lo que entre los de la Compañía se solia ponderar mucho, y es cosa sin duda que con ser el Padre tan retirado y estar en el contínuo recogimiento y soledad de su aposento, parece que adivinaba ó que Dios le revelaba cuándo le venia á ver algun pariente suyo ó alguna otra persona grave, y se prevenia de suerte que, aunque le buscaban por mucho tiempo, nunca le podian hallar. Y como fueron varias las veces que esto sucedia, dió curiosidad á algunos de saber dónde se escondia, y andando con advertencia, le vieron algunas veces salir de un rincon del coro, que está detrás del órgano, ó de alguna capilla, donde se recogia para gozar de su inmunidad contra la violencia que se hacia á su propósito de vivir olvidado y despegado de todos.

Aunque el Padre vivia tan escondido, era imposible que lo estuviesen sus virtudes, por las cuales muchos deseaban comunicarle; entre los cuales fue uno el Marqués de Cerralbo, virrey de la Nueva España, muy aficionado y

devoto de la Compañía que, como gustaba de hablar de cosas espirituales, teniendo noticia del retiro con que vivia el P. Guerrero, y de lo que habia sido en el mundo, le envió á rogar le viese, y el Padre, aunque contra su inclinacion y gusto, hubo de acudir al mandato de este príncipe. Hablóle el virrey aquella vez, y confirmóse en que era así todo lo que del Padre habia oido; rogóle mucho que tuviese por bien que le comunicase, y que así fuese á Palacio las veces que le llamase.

Como el Padre era tan cortesano, no osó repugnar á este ruego del virrey, y así fué la segunda vez que le llamó. Mostró su Excelencia haber quedado con gusto de lo que en materia de espíritu oyó al Padre, y así le tornó á llamar tercera vez. Ya entónces debió de cogerle este tercer mandato tan reprendido de su conciencia, que anteponiéndola á la autoridad del virrey, le dijo que le perdonase, porque él se habia acogido á la religion por dedicarse á Dios sin estorbos ningunos, y que Su Majestad le habia hecho favor de concederle un grande amor á la soledad y al despego de todo lo visible; y que, aunque interesaria muchas ganancias en el trato tan espiritual de su Excelencia, le parecia que disminuia del propósito que habia tenido de vivir retirado y olvidado de todos. Y tales cosas le supo decir en esta parte, que el Marqués condescendió con el Padre, y dijo que posponia el gusto y provecho de su conversacion á la observancia de sus buenos propósitos, y así no le tornó á llamar.

No fueron dos ni tres, sino muchas más las veces que aconteció haber en aquel colegio algunos Padres que venian de las misiones ó de otras partes distantes de la provincia, y, despues de haber estado muchos dias y áun algunas veces meses enteros en casa, casualmente los encontraba el Padre en algun tránsito, y como era tan cortesano y tan comedido, teniéndolos por recien llegados, y por cumplir la regla que da licencia para abrazar á los que van ó vienen de camino, se llegaba á darles la bienvenida, y sabiendo de ellos el tiempo que habia que estaban en casa, se echaba á sí la culpa de no haber sabido de su venida.

Una vez que venia por la calle, se llegó un hombre desconocido á preguntarle cómo se llamaba el P. Rector de uno de los colegios más cercanos de donde vivia, y el Padre se halló tan embarazado, que se echó de ver que no sabia quién era el Rector, y así se remitió á su compañero, y varias veces hizo lo mismo en ocasiones en que le preguntaban dónde vivia tal ó tal Padre.

Pero lo que más espantó fué, que habiendo venido flota ó navío de España, en que vinieron los pliegos del gobierno y se abrieron y publicaron, cuidó tan poco de saber quién era Superior de tal casa ó colegio, que nombrándole despues de algunos meses al P. Prepósito de la casa profesa de aquella

ciudad, y haciéndosele cosa nueva que el Padre que le nombraron fuese Prepósito, se echó de ver que en todo aquel tiempo no habia caido en su pensamiento saber qué mudanzas habia habido, siendo así, que son estas de las cosas que se saben, áun cuando no se preguntan.

De aquí se infiere, cuán ajeno estaba de saber cosas que requieren particular curiosidad y cuidado, y respecto de esto, no hará novedad que una vez llevándole á firmar un caso de conciencia, que iba ya firmado de otros, haciéndose en él mencion del Vicario general de la Sede vacante, preguntó si era así que en aquella diócesis habia Sede vacante y Vicario general, cosa que causó admiracion al Padre que le llevaba el caso, por haber sido muy controvertida la ausencia del Arzobispo, y que habia durado mucho tiempo el tratarse de ella.

Y á este tono pudiéramos decir otras cosas que pasaban dentro de casa, de que puede ser ejemplo lo que pasó habiendo hecho órdenes en aquel colegio uno de los Prelados de aquel reino, que viniendo de España se aposentó en él de camino para su obispado, y siendo tiempo de ordenar á nuestros estudiantes del cuarto año, el Obispo quiso hacer este oficio, y en tres dias festivos, conforme al privilegio de la Compañía, celebró dentro de casa órdenes.

Sucedió que despues de algunos dias vió el P. Guerrero á uno de estos Padres recien ordenados, á quien él tenia por Hermano, que se sentó junto á él en la mesa, y reparando en ello, preguntó despues de haberse levantado, que cómo aquel Hermano se sentaba en el lugar de los Sacerdotes, y sabiendo con esta ocasion como ya no era Hermano, fué con su acostumbrada caridad y cortesía á besar la mano á aquel Padre y á los demas que en aquella ocasion se habian ordenado, disculpándose de no haberlo hecho ántes, porque no habia llegado á su noticia.

Estas son demostraciones con que se prueba cuán atento estaba el Padre á sí mismo, y cuán poco cuidaba de las cosas que, aunque fuesen de casa, no estaban á su cargo, y estas demostraciones eran nacidas de aquel retiro y deseo de soledad, que le podemos llamar portentoso. Porque si no era a cosas de obediencia, ó á visitar los enfermos de casa, jamas salia de su aposento, ni se supo que hablase á ninguna persona fuera de la quiete, y áun en la quiete (para que se eche de ver cuán consideradamente procedia en todas sus cosas) se hubo con esta diversidad de tiempos y sucesos. Lo primero, desde que entró en la Compañía hablaba en ella palabras muy contadas, de suerte que cuando hablase en la quiete tres ó cuatro razones era mucho, y en este modo continuó mucho tiempo.

Sucedió que doce ó trece años ántes que muriese, padeció una enfermedad de dolor de costado tan terrible que le puso en lo último de la vida:

escapó de ella con el favor de nuestro Señor, y desde este tiempo se le notó que aunque todos los dias iba á quiete dos veces, pero no hablaba palabra, si no fuese que alguno le preguntase algo, y entónces respondia con suma brevedad, de suerte que ya en este tiempo excusaba las pocas razones que hasta entónces habia hablado.

Como esto no se podia dejar de advertir, tenia dos respuestas para satisfacer á los que le preguntaban la causa. A lo comun respondia, que él echaba de ver su mucha ignorancia, y que no podia hablar delante de gente tan sabia, y que así queria más aprender de otros, á los cuales se alegraba notablemente de oir hablar, que mostrar hablando su corto saber. A algunos otros á quien repondia más seriamente y descubriendo lo que pasaba en su corazon, decia, que cuando en aquella enfermedad habia estado tan al cabo, ninguna cosa le remordia más la conciencia que algunas palabras que habia hablado, y que, escarmentado, no queria otra vez llegar á aquel trance con semejantes cargos, y que así él tenia la recreacion que la Compañía pretendia en la quiete, en oir lo mucho bueno que decian los demas, y excusaba los remordimientos de conciencia que le causaba su poca advertencia en hablar.

Con todo esto aún se estrechó más en esta materia, porque dos ó tres años ántes que muriese, pidió licencia á los Superiores para no ir á quiete. Y aunque se dijeron varias causas que pudo tener en estas determinacion, lo que juzgaron los Padres graves, fué que se quiso privar del gusto que tenia en oir hablar á los demas, y, mortificándose en esto, vivir más retirado y con mayor soledad; porque ya se sabia que cada año sacaba de los ejercicios alguna nueva mortificacion, y así estaban los de casa atentos al efecto que se seguia del fin de sus ejercicios. Y como este año comenzó á no ir á las quietes, dijeron que el provecho de aquel año habia sido mayor retiro y mayores demostraciones del amor que tenia á la soledad; del cual se le ocasionó primero el huir conversaciones con los seglares como se ha dicho, y despues áun con los de la Compañía.

Como estaba hecho á tratar con Dios y consigo solamente, llegó á tal término que no sabia conversar con seglares, como le sucedió con un caballero noble, el cual, en ciertas diferencias de hacienda que tenia con unos deudos del P. Alonso Guerrero, quiso informarle de algunos puntos, para que con su autoridad mediase en aquella causa. Visitóle la primera vez y salió tan confuso, que no osaba decir lo que sentia acerca de la ineptitud y poco modo que halló en el Padre, para entender aquellas materias, y por entónces lo atribuyó á mala disposicion corporal con que se hallaria el Padre en aquella ocasion, por lo cual dilató para otra el verle. Visitóle la segunda vez, tornóle á informar lo mismo que la primera, y hallóle tan inepto esta vez como la

otra, juzgando que totalmente no entendia lo que le trataba, y que de ninguna manera respondia á propósito, y, debiendo salir edificado, salió enfadado, y dentro de casa dijo á algunas personas: «No conozco á este religioso, no es este el D. Alonso Guerrero que yo conocí, muy otro se ha hecho de lo que solia ser.» Pero entre los seglares, y alguna vez en presencia de algunos deudos del mismo Padre, no le calificaba tan modestamente, ántes decia: «Va de este Alonso Guerrero al D. Alonso Guerrero que yo conocí, lo que va de un hombre muy discreto á una bestia.»

Fué tan conjunto á esta soledad y despego de todas las cosas criadas el amor que el P. Alonso Guerrero tuvo á la santa pobreza y las muestras que dió de él, que no será fácil determinar si el amor de esta pobreza nació de este despego, ó este despego del amor de la santa pobreza, la cual profeso al mismo paso que en el mundo, por sus muchas riquezas y abundancia profesaba la liberalidad y magnificencia en el trato de su persona y en los oficios que hacia con sus amigos.

Muy pobre ha de ser cualquier otro religioso, de quien se pueda decir que se pareció en la pobreza al P. Alonso Guerrero, porque lo fué tanto, tan desasido de todas las cosas, tan sin comodidades, tan ajeno de todo aquello que podia tener apariencia de superfluidad y regalo, que jamas admitió uno, ni ninguno de los que comunmente se suelen admitir, con nombre de remedio necesario; pues, aunque padecia muchos y muy contínuos achaques, y muy penosas enfermedades, jamas tuvo cosa particular ni regalo que saliese de los límites de seguir la Comunidad.

Todos los de aquel colegio son testigos de esto; pero más apretados lo son los oficiales, de cuyas oficinas habia de sacar, ó con cuya noticia habia de tener cualquier cosa particular. Es cierto que todos sumamente edificados atestiguaron que no se vió en él en algun tiempo cosa que tuviese especie o apariencia de particularidad. Pero con todo eso, hay otros dos géneros de testigos áun más apretados que estos. Los primeros son los Hermanos estudiantes, que fueron sus compañeros de aposento, y por órden de los Superiores acudian á cuidar de él. Enfermo estaba en la cama, y visitado del médico; y al Hermano que acudia á su aposento le dió el Superior unos marquesotes ó vizcochos, para que los guardase y se los fuese dando. Alcanzó a saber el siervo de Dios que estaban en su aposento, y no hubo remedio de consentirlo; ántes le dijo que, pues el Superior lo mandaba, los guardase donde quisiese, y cada noche le trujese uno de limosna.

Otra vez le llevó el Hermano ropero un jubon, porque supo que tenia necesidad de él, y el P. Alonso llevó el que se habia quitado á la ropería tan roto, tan destrozado, tan hecho harapos y pedazos, que viniendo á noticia del

P. Rector, ordenó al ropero que, para ejemplo comun pusiese aquel jubon en un lugar público, para que se viese y notase de qué vestido usaba el P. Alonso Guerrero, y lo mismo se podia hacer de todas las cosas que mudaba.

Una vez, saliendo todos los de casa con manteos á la iglesia de S. Gregorio, se reparó en que el manteo que llevaba el P. Alonso Guerrero estaba tan viejo, y principalmente por la parte que caia á la espalda, tan remendado, que por ventura por los muchos remiendos que allí se habian multiplicado, sobresalia tanto aquella parte del manteo, que daba que reparar; y así fué ocasion de que el P. Rector, reparando en ello y sabiendo que el Padre no habia de pedir otro (y quizá no admitirle nuevo) ordenó al Hermano ropero le diese un manteo que, aunque habia servido á otro, estaba casi nuevo. El Padre lo admitió por obedecer, pero el que dejó estaba tal, que sucediendo poco despues que un hombre mendigo, que andaba en hábito de clérigo, vino á la portería á pedir un manteo de limosna, y el P. Rector, por haber visto cuán malo estaba el que se quitó el P. Alonso Guerrero, no se atrevió á decir absolutamente que se le diesen. Y, últimamente, jamas vieron en su aposento cosa sobrada, grande ni pequeña, ni se vió en él arca, ni escritorio, ni escribanía, ni otra cosa cerrada con llave ni sin ella, ántes cuanto en él habia estaba patente y manifiesto á todos.

El otro género de testigos son los Padres que en aquel colegio han hecho oficio de Ministros, y todos ellos convienen en que los parientes del P. Alonso tenian por costumbre enviarle algunas veces al año, principalmente por las Pascuas, algunos regalos, y otras veces ropa blanca; y el santo Padre sin ver lo que era, cosido y como lo traian lo remitia al Superior, para que lo repartiese entre los enfermos y necesitados, y la ropa blanca se llevaba á la ropería, sin que él preguntase jamas por ella ni supiese qué era lo que le habian traido. Y esto no era en poca cantidad, pues se sabe que una tia suya dejó en su testamento manda particular y de importancia, para que se cumpliese cada año en hacer ropa blanca para el P. Alonso; y él se hubo en esta manda con la exaccion que en todo lo demás, remitiendo á los Superiores que viesen cómo querian se dispusiese de ella.

Uno de los Padres que fueron ministros afirma que, si alguna vez hacia que se le pusiese en la mesa algo de lo que le habian presentado, para que lo probase, en saliendo del refectorio, iba á él y con muchas veras afirmaba que él no habia menester nada de aquello, que se diese á los enfermos. Y cuando el Padre lo estaba, no sólo no admitia cosa extraordinaria, pero enviaba con su compañero muchos recaudos al P. Ministro, previniéndole y asegurándole que no habia menester nada; y, si alguna vez le era necesario pedir algo de la enfermería, iba él en persona por ello, y lo llevaba

á su aposento, sin consentir que el enfermero ni otro ninguno se lo llevase.

A este paso procedia en todas las demas cosas de que usaba, guardando suma pobreza áun en las que eran de devocion, pues las reliquias que traia consigo las traia envueltas en un papel sin otro relicario, y al cuello traia un Cristo, pendiente de un cordel tan tosco, que ningun hombre, por pobre que fuese, trujera cosa tan grosera.

Cuando hubo de hacer la profesion del cuarto voto, salió conforme manda la Compañía, á pedir limosna por las calles; y, con ser tan enemigo de Palacio, que fuera de esta vez y las que hemos referido, en que acudió llamado del virrey, no entró otra vez en Palacio en todo el tiempo que estuvo en la Compañía; esta vez, por gloriarse de pedir limosna como pobre delante de los que tienen por honra ser ricos, y por entrar en hábito de mendigo, donde tantas veces entró en traje de poderoso; esperó á tiempo en que el virrey sale á Audiencia, para entrarse en sus cuadras retiradas, donde suele ir acompañado de todo lo noble y lustroso de la ciudad, y aquel dia quiso Dios que hubiese mucho de esto, y el Padre con las alforjas con que se acostumbra salir á pedir limosna, se hizo encontradizo á todo este acompañamiento.

Como era tan conocido, luego comenzó á hacerse entre aquellos caballeros un ruido y murmullo, que como no se sabia la causa, extrañaba el hecho, y llegó hasta el mismo virrey, que preguntando qué era aquello, supo que el P. Alonso Guerrero, que en otro tiempo era tan rico, entónces iba á hacer ostentacion de su pobreza y á pedir limosna como mendigo, de que el mismo virrey y los demas caballeros de su acompañamiento quedaron tan edificados como admirados; y más cuando oyeron al Padre, que les dijo que, si otras veces se habia hallado en aquel acto haciendo vana ostentacion, aquel dia iba á mostrar el aprecio mayor que hacia de la santa pobreza, en que con tanto gusto suyo se hallaba. Y es sin duda que ninguna de las otras veces fué tan alabada su riqueza, como esta vez fué estimada su pobreza.

Uno de los efectos de su pobreza fué determinarse á carecer de todo lo que oliese á comodidad y regalo, y por esta causa se dedicó á decir todo el año la última Misa, y con mucha humildad y gracia solia decir que esta era su capellanía, y que la servia para que á título de ella le diesen de comer, y cumplió el servirla con tanta puntualidad y exaccion, que perseveró en ello hasta un dia ántes que muriese.

Y áun sucedió que, como ya era mucha su edad que pasaba de sesenta años, los achaques de estómago y la flaqueza extraordinaria con que se hallaba, le dieron ocasion para dudar si algunas veces tomaria un poco de chocolate; y, aunque le decian que lo hiciese diciendo Misa temprano, nunca

lo quiso hacer: que es grande loa y suma mortificacion no haber probado este género todo el tiempo que estuvo en la Compañía.

Fomentó la duda en que se hallaba el verse obligado al estudio, á que por razon de su oficio y ocupacion de lector debia atender, y llegó la necesidad á tanto, que se determinó á consultar á uno de los Padres maestros de aquel colegio, el cual oyendo la duda y compadecido de sus achaques y falta de salud, fué de parecer que lo tomase cuando se hallase apretado de la necesidad, y que interrumpiese el teson que tenia en decir las últimas Misas.

Pensó este Padre que habia recabado algo con el santo varon con las razones que le dijo; pero dentro de uno ó dos dias volvió á él, significándole cuán corrido estaba de sí mismo, y pidiéndole perdon de haber consultado con él aquella necesidad que él llamaba fingida, afirmándole que se habia arrepentido mucho de aquel pensamiento y, proponiendo no admitirle otra vez, añadia: «Cuando yo era seglar, no me quise sujetar á este tributo, y ha sido gran cobardía mia admitir esta duda estando en la religion, donde entré con propósito de desasirme de cuanto tenia en el mundo; pues si ahora admito lo que allá no tenia, bien cumpliré mi propósito y bien medraré y pasaré adelante en el camino que comencé, si ahora admito los estorbos que entónces no tenia.»

Fué rara y contínua su obediencia, que habian menester los Superiores andar con mucha advertencia en lo que se le ordenaba, porque sabian que él no habia de repugnar á nada, y que aunque fuese muy á costa suya, se habia de atener á lo que sonasen las palabras. Ejemplo puede ser de esto que algunas veces que los Superiores ordenaban que en algunas ocasiones, como es la Semana Santa, por no haber entónces suficiente número de confesores en aquel colegio, se desocupasen los Padres lectores de otras ocupaciones para asistir en el confesonario, estas veces acontecia que, siendo ya muy tarde, y no habiendo quien se confesase, el P. Alonso Guerrero se estaba en el mismo lugar que le habia señalado el portero para que confesase. Y diciéndole que ya no habia confesiones, respondia que era gusto de los Superiores que por aquel tiempo se ahorrase de otras ocupaciones, y que así no las osaba tener.

Y tambien en el tiempo que el Padre acudia á las quietes, acontecia algunas veces que, por haber venido tarde la Comunidad del campo, en algunos dias de asueto, y por venir cansados, no acudian á quiete á la noche, y el Padre como nunca iba á asueto, en acabando de cenar, aunque sabia que no habian de acudir los demas á aquel lugar, y que por esta causa no se habian en él encendido luces, se iba á la sala de la quiete, y estaba allí solo y á os-

curas, por entender que obligaba á esto la obediencia, hasta que tocaban á salir de quiete.

Otros muchos ejemplos se pudieran traer, de los cuales se engendró en todos tal concepto de su puntualidad en obedecer, que nadie se persuadia ser posible que el Padre faltase en alguna cosa de obediencia, por mínima que fuese. Hubo uno ó dos casos, que hay duda si se deben contar por actos de obediencia ó de cortesía; porque en esto segundo era tan extremado, que jamas se entendió de él que con grandes ni pequeños hubiese faltado á ella, antes era tan puntual, que daba que reparar que un hombre tan despegado por una parte y tan solitario, y por otra tan advertido en esta materia, siempre estaba en los puntos de cortesía, de suerte que á todos prevenia con ella, y ninguno llegaba á su celda, á quien no recibiese con agrado, levantándose con el bonete en la mano á cualquiera que entrara, y usando de mucho comedimiento.

Pero aunque pudiéramos atribuir estos casos á su cortesía, parece cosa muy religiosa y de mayor alabanza suya atribuirlos á su obediencia. Notose que cuando el P. Provincial estaba ausente en la visita, todas las veces que este insigne varon pasaba por delante de su aposento, se quitaba el bonete y hacia una reverencia, como si encontrase en la puerta al P. Provincial, concordando en esto con lo que muy ordinariamente solia decir, de que él nunca miraba en la persona del Superior sino á Dios nuestro Señor.

Tambien se notó que, cuando encontraba á los PP. Ministros, siempre se paraba con el bonete en la mano esperando que pasasen, y como uno de los Padres que han hecho este oficio, reparando en esto, le dijese no usase con él de estos comedimientos y que pasase, respondió que él tenia obligacion de hacer esto, y así le parecia cumplir con la regla que dice, que todos tengan á los Superiores gran reverencia y reconozcan en ellos á Dios nuestro Señor.

Siendo, como se ha visto, este admirable varon tan señalado en todas virtudes, no parece que se puede poner en duda que nuestro Señor le visitaria y regalaria con muchos y muy particulares favores en la oracion, á que era tan singularmente aficionado: y es cierto que se pudieran tener muchos ejemplos de edificacion, á no ser el Padre tan retirado y tan para sí, que nada de esto comunicaba ni trataba con nadie.

Esto se colige de algunos sucesos de que se tiene noticia por caminos extraordinarios, de los cuales sacamos que, si el Padre no tuviera tan sobrado cuidado de encubrir favores de nuestro Señor, supiéramos muchas dulzuras con que Su Majestad le regaló. Pero no fueron tan ocultas que no se descubriesen alguna cosa, como fué lo que sucedió á un Hermano que ejercitó por muchos

años el oficio de enfermero, que por la caridad con que sirvió á nuestro Señor en esta ocupacion y regalo de los enfermos, es agradable á todos su memoria y así lo será tambien el nombrarle.

Este fué el H. Alonso Cabello, que juntamente con ser enfermero hizo mucho tiempo oficio de despertador, y una mañana yendo á dar luz al Padre Alonso Guerrero, le halló en medio de su aposento extático y elevado en Dios, y alto del suelo, de suerte que todo el cuerpo tenia elevado en el aire, y llegándose cerca le habló y tocó, y se certificó del caso, y viendo que no le oia, cerró la puerta y prosiguió, dando luz á los demas. Pero como el caso le hizo tanta fuerza, le comunicó á algunas personas de casa sin nombrar al siervo de Dios, de que resultó el derramarse por toda ella que el despertador habia hallado á un Padre elevado, cuando le iba á dar luz; y como entre los que lo supieron se platicaba de ello, hubo de llegar á noticia del P. Rector, que era entónces el P. Luis de Ahumada, el cual llamando al Hermano le preguntó lo que en esto habia, añadiendo otros muchos sucesos en su confirmacion. El P. Rector le preguntó las circunstancias particulares de este caso, y entendió que realmente estaba el Padre fuera de sus sentidos, y enagenado del uso de ellos, y, por particulares razones que entónces tendria, mandó al Hermano que no tratase de ello con nadie. Pero advirtiendo que el Hermano se inclinaba mucho á contar esta y otras muchas cosas que habia alcanzado de los favores que nuestro Señor le hacia á su siervo, juzgó ser necesario mandarle con precepto, que no tratase de ellos, y coligieron ser el arrobado el P. Alonso Guerrero.

De este retiro y despego de todo, que tuvo este admirable varon, procedió tambien el ser extremado en la oracion contínua que tuvo, pues cuantos ratos podia daba á la oracion, y cuantas palabras hablaba ó acciones hacia, olian á oracion. Tenia hecha su division del tiempo con tan grande concierto, que no tenia cuarto de hora, que no estuviese dedicado á particular ocupacion. Pero hora y media ántes de tocar á Letanía, tenia dedicada, á lo que parece, á este santo ejercicio de la oracion, porque aquella hora estaba siempre sin luz, y, si alguna vez le iban á decir que por algun impedimento que se habia ofrecido aquel dia se dejaba de decir, respondia que se alegraba mucho, porque tendria más tiempo que dar á Dios, que era señal de que todo el tiempo que no caia debajo de la distribucion que tenia hecha, le tenia dedicado para la oracion.

Los tiempos que en el año hay de vacaciones ó de cualquier interrupcion de lecciones, jamas salia á parte ninguna, y muchos tuvieron curiosidad de ver en qué se ocupaba, porque aunque se lo preguntaban, el Padre no respondia más de que á un religioso nunca le faltaba en que ocupar el tiempo

y así jamas pudieron entender otra cosa, sino que todo el tiempo que habia de leer ó estudiar las materias de su cátedra, lo comutaba en oracion.

Argumento fué que confirmará los particulares favores que tuvo de nuestro Señor lo que le aconteció con un Hermano que entónces era discípulo suyo en el curso de Artes, el cual llegó una vez á las tres de la tarde al aposento de su maestro á llamarle para un negocio forzoso y que no consentia dilacion; y, como habiéndole llamado algunas veces con el modo comun, no le respondiese, se vió obligado á dar mayores golpes, á los cuales tampoco le respondió. Fuéle á buscar á otras partes, preguntando por él á los que encontraba; mas, como el Padre nunca estaba fuera de su aposento, presumió que estaria en él, y volviendo otra vez, dió mucho mayores golpes, y como tampoco respondiese, se determinó de abrir la celda, y entónces vió que salia el Padre con el rostro tan encendido, que seriamente aseveró no poder colegir ni juzgar otra cosa, sino que estaba en oracion, tan entretenido con Dios, que ó no oyó los golpes ó no pudo desasirse de la suavidad y deleite en que se hallaba.

De este ejercicio de oracion le nacia el afecto á la mortificacion y penitencia, que era muy singular. Una vez se halló un cilicio suyo, que aunque era áspero, estaba tan lleno de animalitos, que suelen causar dolor con sus importunas picadas, que se juzgó era mayor el tormento que de esto se le podia seguir que del mismo cilicio.

De la oracion le nacia su perpétuo silencio, pues en tantos años jamas se vió que le quebrantase, buscando él, ni admitiendo á alguno para hablarle fuera de los tiempos señalados para la recreacion, cuando acudia á ella; ántes se le advirtió un perpétuo ejercicio de la presencia de Dios y resignacion en su divina voluntad, en que se ocupaba con tanto gusto, que muchas veces en los actos públicos estaba vocalmente hablando con Dios y respondiéndole, lo cual era tan comun, que ya no causaba novedad á los de casa, que en algunas ocasiones y lugares públicos le oian decir: «Sí, Señor, sí, Señor, y repetir esto muchas veces, sabiendo que estaba en un perpétuo ejercicio de resignarse en la voluntad de Dios.

De la oracion tambien le nacia la compasion para con los enfermos, que con ser que jamas supo nuevas ni las quiso oir ni habia ninguno que se las osase contar, por el disgusto que recibia; apénas habia en casa algun enfermo que hiciese cama, cuando luego lo sabia y le iba á visitar, y para otra ninguna cosa tuvo licencia general sino es para visitar los enfermos, como se vió en un papel que se halló en su aposento despues de muerto, en que decia algunas cosas de las que habia tratado con sus Superiores, y en materia de licencias sólo decia que tenia licencia general para visitar los enfer-

mos; pero hacia esto con tan rara edificacion, que si bien los procuraba consolar, como lo manda la regla, jamas mezcló conversacion que no fuese muy religiosa. Y si alguna vez (porque tenian los Superiores razones que á esto les moviesen) se mandaba que no estuviesen con los enfermos más que dos, si los hallaba allí cuando iba, no entraba; y, si estando él allí, entraban, no era posible recabar con él que se detuviese.

No se puede atribuir á otra cosa que á su fervorosa oracion el deseo que tuvo de ocuparse en la conversion de las almas, el cual fué tan grande que en toda su vida no se sabe que pidiese ocupacion á los Superiores, si no fué cuando se ordenó de Sacerdote, que entónces se dedicó á las misiones que con tanto fruto tiene en aquella provincia la Compañía.

Fuera de la instancia grande que hizo para que esto se le concediese, fué señal de que lo pedia muy de corazon el no saberse tampoco que hubiese pedido á sus parientes ni á otra ninguna persona de fuera otra ninguna cosa más de la que en esta ocasion pidió á su hermano, que fué una mula razonable para el camino, por hallarse entónces algo impedido para este ejercicio; y su hermano la buscó y dijo á los Padres del colegio de Zacatecas, que se la habia enviado muy buena, para que fuese á las misiones con comodidad, porque, segun las veras con que lo habia escrito, tuvo por cierto haria este viaje.

Los Superiores no juzgaron eso, ántes le ocuparon en leer primero un curso de Filosofía y luego la Cátedra de Escritura; porque como estudió por obediencia y por complacer á nuestro Señor, junto con tener, como tenia, muy grande capacidad, con el favor del mismo Señor llegó á tener muy suficiente caudal de letras para poder cumplir, como cumplió muy bastantemente con estas ocupaciones. Y para la Escritura estudió muy de propósito la lengua griega y hebrea, y de esta segunda hizo un Arte, que se tiene por bastante para que el que la estudiare aprenda con facilidad esta tan difícil lengua.

Fué tambien muy dado al estudio de las Matemáticas, en las cuales, áun ántes de entrar en la Compañía, habia hecho no pequeños progresos que despues perfeccionó con el contínuo estudio y leccion de libros de los autores más aventajados en estas ciencias. De la Astronomía principalmente alcanzó tanto, que uno de los mejores astrónomos de aquel reino le alababa con encarecimiento.

Sus sermones, fuera de ser notablemente espirituales y tan llenos de afectos, que movia á todos á devocion, eran muy bien estudiados; porque como catedrático de Escritura, se tenia por obligado á dar en esto buen ejemplo á los demas predicadores, y así decia en sus sermones, y mucho mejor en las

pláticas espirituales que hacia en casa á la Comunidad, cosas de mucho provecho y juntamente de mucho estudio.

Siendo este insigne varon Ministro del colegio de Tepotzotlan, predicó allí un sermon de una festividad que en nuestra iglesia se celebraba, á la cual se convidó al alcalde mayor de aquella provincia, que entónces era un caballero muy noble y conocido, y de los que habian concurrido con el Padre Alonso Guerrero á los regocijos públicos y fiestas que en la ciudad de Méjico se celebraban; y habiéndole oido su sermon muy atentamente, cuando acabó se volvió al P. Rector que entónces era de aquel colegio, y le dijo «El P. Guerrero en todos los estados y ocupaciones que ha tenido, ha sido siempre perfecto. Cuando era seglar se preció de ser perfecto caballero, y llegó á serlo de suerte, que la comun aprobacion le confesó por tal. Cuando entró á ser religioso, veo que todos le aclaman y le veneran por religioso perfecto. Cuando en la religion fué estudiante, fué muy perfecto estudiante y ahora en este sermon veo que es perfecto predicador, y me ha movido más que otro me pudiera mover, porque veo que platica con obras lo que dice con palabras.»

Este concepto de este caballero fué el que comunmente se tuvo del Padre, y es así verdad, que sirvió perfectísimamente y honró y acreditó a la Compañía en todos los puestos y ejercicios en que le ocupó. Y juntamente con esto y con ser patron de aquel colegio, obligó tambien á la Compañía en que se conoció siempre en él un deseo sumo de acomodar y promover las causas temporales de este colegio y áun de toda la Compañía.

De esto fué prueba que, cuando por muerte de su padre se hubieron de dividir entre los dos hermanos los bienes partibles que quedaron, ya que en lo que estaba vinculado no pudo arbitrar, mostró tanto la aficion que tenia á la Compañía, que á puerta cerrada renunció en ella todo cuanto le cupo, y esta fué tan grande cantidad que, si los Superiores, por razones muy cuerdas que entónces tuvieron, no hubieran condescendido con los intentos de su hermano, y venido á concierto con él, es sin duda que el colegio de Méjico levantara cabeza, y pagando las muchas deudas y censos que tiene, quedara con esta remuneracion que el P. Alonso hizo en él, no sólo desahogado sino muy acomodado.

Y no obstante que tenia grande amor á su hermano y le estimaba con las veras que él merece, estuvo siempre pesaroso de que se hubiese hecho este concierto. Y cuando andaban las pláticas de hacerlo, rogó muchas veces á los Superiores que no viniesen en él, y alegó muchas razones en que mostraba cuánto más amor y afecto tenia á la Compañía que no á su propio hermano, siendo así que le estimaba y amaba ternísimamente, porque, demas

de ser hermano único, su buen modo de proceder tan honrado y discreto lo merecia.

A esta santa vida se siguió su dichosa muerte, en que quiso Dios premiar a su siervo y llevarle á descansar. Sintióse falto de salud seis ú ocho dias antes de su muerte, en los cuales frecuentó tambien más que lo ordinario el aposento de su confesor; porque cada dia muchas veces le fué á pedir que encomendase á nuestro Señor un negocio que traia entre manos, y que lo hiciese con cuidado, porque no era negocio ajeno, sino propio suyo. Su confesor, que era el P. Bernardino de Llanos, como le vió tan solícito, á los que le visitaban como á enfermo, que lo estaba, les dijo con la gracia que solia: «Sin duda que el P. Guerrero se quiere morir, porque viene muchas veces á decirme que encomiende á Dios un negocio suyo, y él no tiene otro sino el de su salvacion.»

Anduvo con esta solicitud en este tiempo, hasta que dos dias ántes que muriese dijo al enfermero que se sentia muy falto de salud; y diciéndole así el P. Prefecto de la salud, como el Hermano enfermero que irian á avisar al médico, respondió: «Déjenme decir Misa, que me conviene decirla hoy, y despues Dios hará de mí lo que quisiere.»

Hallóle el médico con grande calentura y dolor de costado, de que el Padre era apasionado, y le habia tenido otras dos veces. El médico mostró haberle dado esta enfermedad particular cuidado, y ordenó que se tuviese mucho con el Padre; pero no por eso, ni por la trabajosa noche que pasó, dejó de decir Misa el dia siguiente, que fué un dia ántes que muriese.

El médico que le curaba y todos decian ser la enfermedad muy grave, y el venerable Padre, aunque tan afligido y que ya se comenzaba á publicar ser el achaque de muerte, no por eso interrumpió su ejercicio de oracion, aunque los dolores y congojas que padecia eran terribles. Pero fué cosa notable, que aquella tarde víspera de su muerte se le quitó el dolor de repente, de que el médico sintió muy mal, y el siervo de Dios tenia grandísimo deseo de que le diesen todos los Sacramentos.

Y así desde las cuatro de la tarde hizo más diligencias que las ordinarias en órden á que para este efecto le viesen los médicos; parece, segun deseaba esto, que tenia ciencia superior de que le quedaba poco de vida. En todo este tiempo se le oyeron repetir dos cosas muchas veces. La primera: *Domini sumus, Domini sumus.* La segunda: «Gracias á Dios que me muero sin que me duela pié ni mano.»

Visitóle el médico, y así porque la enfermedad le pareció muy peligrosa como por la instancia que el Padre hacia, dijo que le diesen luego el Santísimo Sacramento por modo de Viático. Lo cual oido que hubo el humilde Pa-

dre, mostró haber recibido extraordinaria alegría, y dió varias veces gracias a nuestro Señor, de que le hubiese de recibir aquella noche.

Recibióle con suma devocion y edificacion de todos, y despues de esto le vinieron varias congojas y le afligieron de suerte, que con ser tan grande su paciencia, descubria ser extraordinario el tormento que pasaba. Esto duró hasta las once ó cerca de las doce, en el cual tiempo, viéndose muy fatigado de sed, dijo: «Mucha sed padezco, pero gracias á Dios, que presto iré a beber de aquellos copiosos y cristalinos rios que salen del paraíso.»

Acabáronse aquellas congojas, y, viendo su compañero que estaba con grande quietud y paz, le dijo que él y otros dos que estaban señalados por la obediencia para que le asistiesen y durmiesen en su aposento, le querian hacer la cama para que reposase lo que restaba de la noche. Tomando la mano en esto uno de ellos, que era Sacerdote, y haciéndole instancia, le respondió el Padre con su acostumbrada cortesía: «Padre, anoche fué la noche del trabajo, esta no será sino la del descanso,» añadiendo siempre: «Bendito sea Dios,» y consiguientemente hizo las diligencias siguientes, con que no parece que se puede poner en duda que sabia con toda certidumbre que aquella noche era la última de su vida, y que no habia de amanecer.

Compuso la ropa de la cama, sin levantarse de ella; arrimó á la pared las almohadas, y sin acostarse del todo, incorporado en la cama, dijo que así habia de pasar aquella noche; púsose un paño de manos encima de la cabeza, y se la apretó con una escofieta, y pidiendo sus calzones, sacó de ellos unas reliquias que apretó mucho con las manos, y luego dijo al Padre y á los Hermanos que le asistian, que se saliesen de la alcoba al cuerpo del aposento, y que durmiesen sin cuidado, porque él no habia menester nada, y que así no entrasen allá si él no los llamase, y con esto se despidieron del Padre, y todos tres le dejaron cubierto con la ropa de la cama y los brazos puestos sobre el pecho.

Notando el modo con que le dejaban, y dudando cómo podria dormir sin acostarse del todo, habiendo padecido poco há tantas congojas y tantas bascas y aflicciones, y siendo tan terrible la enfermedad de dolor de costado que tenia, alguno de ellos dijo que bien en breve seria menester tornarle á asistir; pero el admirable varon les dijo que se fuesen, y les aseguró de que aquella noche no los habia menester; hiciéronlo así, y en toda la noche no oyeron ruido ni juzgaron ser necesario preguntarle nada.

Y el suceso fué que, pasada la noche, á las cinco de la mañana entró el P. Ministro á saber cómo la habia pasado, á que le respondieron que estaba quieto y que imaginaban que todavía dormia. Dejólo por entónces, pero dentro de poco volvió, y, pareciéndole que era justo entrar en la alcoba, halló la

ropa compuesta de la misma manera que habia quedado la noche ántes, el cuerpo medio incorporado en la cama, los brazos cruzados ante el pecho, como se los vieron poner, y hablándole no respondió. Llegó el P. Ministro á tocarle, y hallóle helado, y, concurriendo los que estaban allí, vieron que estaba muerto, con la misma composicion y paz que poco ántes le habian dejado vivo, y haciéndoles mucha fuerza que tenia los ojos cerrados, como si alguna persona hubiese asistido á su muerte para cerrárselos, siendo así, que si no hay quien los cierre y componga el rostro, en helándose los miembros suelen quedar los ojos y la boca con fealdad, por no poderse entónces componer, y así parece que murió como Moisés *in osculo Domini*. Con que, acordándose de todo lo pasado, entendieron los que allí estaban que él dispuso las circunstancias de su muerte como quien las sabia.

Causó grande espanto que muriese con tanta paz y con tan singular quietud, que ni un vuelco diese ni hiciese una demostracion de las muchas que en un lance tan riguroso se suelen hacer, y que pedia la enfermedad que poco ántes le habia causado tales congojas y aflicciones. Pero la respuesta que satisfizo á todo fué, que murió con aquella misma paz y con aquel mismo silencio y retiro con que habia vivido, sin que supiese de su muerte más que él y Dios, como en su vida no habia tenido más testigos que Dios y él.

Causó esta manera de muerte gran admiracion, y quedaron todos los que la supieron sumamente edificados, hallando cada uno cosas particulares que rumiar y ponderar, que á todo esto dió ocasion un género de muerte tan pacífico y tan quieto, y á que habian precedido circunstancias que denotaron la certidumbre con que este admirable Padre procedió en todas sus acciones desde que se sintió tocado de la enfermedad.

Concurrieron á su entierro algunos de sus deudos y muchas personas nobles, así eclesiásticas como seglares, que la acertaron á saber; porque, como no se avisó á nadie y el tiempo de la enfermedad fué tan breve, y la muerte tan no esperada, y en tiempo tan ocupado, porque sucedió la misma víspera de S. José, en la cual por ser este santo patron de los reinos de la Nueva España, hay vísperas solemnes en todas partes; no hubo la frecuencia de gente que hubiera, si no hubiesen concurrido todas estas circunstancias, que áun del haber concurrido ellas, y sucedido en tal dia la muerte, se persuadieron muchos habia sido peticion suya para morir tan solo como habia vivido y huir de ruidos, áun en su entierro. Con todo, le enterró el Cabildo eclesiástico, y despues mostraron sentimiento muchas personas, así religiosas como seglares, de que no se les hubiese dado parte de su muerte para hallarse en el entierro.

El año de mil y seiscientos y cuarenta, poco despues de la muerte de este siervo de Dios, imprimió su vida el P. Luis de Bonifaz, Rector del colegio de S. Pedro y S. Pablo de la ciudad de Méjico.

P. NIEREMBERG.

P. CORNELIO BEUNDIN GODINEZ

EL año de mil y seiscientos y quince nació este glorioso mártir en Gravelinga, ciudad bien conocida en Flandes, para honra de su patria, lustre de la Compañía y salvacion de muchas almas.

Desde sus primeros años dió las muestras de virtud y santa inclinacion que en su edad se podian desear, y con más primor en la devocion de nuestra Señora, á quien mostró ternísimo amor; porque, siendo criatura, le edificó un altar en que puso su imágen, delante de la cual rezaba con mucha devocion hincado de rodillas, y le tenia dedicados los sábados para hacerle fiesta, á la cual convidaba á todos los de su casa; encendia muchas candelas, adornaba el altar de rosas y flores, y cantaban todos la Letanía de nuestra Señora de Loreto, y rezaban otras oraciones con mucha devocion, dando muestras de la que él tenia y de lo que habia de hacer en la edad mayor.

En teniendo edad, le enviaron sus padres á la ciudad de Bergas á estudiar letras humanas, en las cuales se aventajó á sus condiscípulos cuanto su ingenio excedia á los demas en agudeza y la presteza de aprender, y ayudóle mucho la ventaja que les hacia en la virtud, porque ésta y la ciencia son dos hermanas que se ayudan la una á la otra y crecen á un mismo paso, como vemos que los más virtuosos son generalmente los más aventajados estudiantes.

Era nuestro Cornelio modestísimo, recogido, callado, obediente, devoto, y tan honesto y recatado, que se le oyó decir varias veces en aquella edad, que quisiera más habitar con los brutos en los desiertos, que con las mujeres en poblado.

Huia de las malas compañías, y juntábase con las buenas, y para esto y por la devocion que tenia á nuestra Señora, se alistó en su Congregacion y de ésta entró en la Compañía, en la cual fué recibido el año de 1635 á 3 de

abril, con grande gozo de su alma y no menor de los de la Compañía, prometiéndose gloriosos fines de tan buenos principios.

Bien se deja entender el fervor con que procederia en la religion quien tan encendido le tenia en el siglo; basta decir que á todos tenia por ejemplo para copiar en sí mismo sus virtudes, y él era ejemplo de todos para esmerarse en ellas hasta llegar á su cumbre.

Acabado el noviciado cursó en la Filosofía, aprendió perfectamente la música y en Lobayna la Teología; y, ordenado de Sacerdote, leyó letras humanas algunos años, y la música que habia aprendido, y mucho más la virtud á sus discípulos, que era su principal estudio.

Llegóse en estas ocupaciones el año de 1647, en que fué á tener la tercera probacion, y, sabiendo que se alistaban algunos de la Compañía para ir á predicar á los indios gentiles, no le permitió su fervor ser en tal demanda el último, y así luego pidió con repetidas instancias ir á esta mision.

Habiendo conseguido su deseo, se partió con universal sentimiento de los de casa, por perder su compañía, y de sus discípulos, porque se privaban de su maestro, cuya partida celebraron con lágrimas y versos, haciendo varias epigramas, en que decian que habia de ser prelado y pastor de muchos, á que el siervo de Dios respondió, que esperaba en la divina Bondad ser víctima suya ofrecida en sacrificio, pronosticando su glorioso martirio; y no esta sola vez, sino otras muchas, porque alabándole un Sacerdote cierto género de música, respondió: «Otro canto y otra música me queda por entonar entre los golpes y heridas de los bárbaros, más agradable á Dios y á sus santos que ésta,» de que todos entendieron que habia tenido noticia del cielo de su futuro martirio, en que se confirmaron cuando oyeron que, despidiéndose de una gran sierva de Dios, le dijo que fuese gustoso á las Indias, porque Dios le tenia en ellas preparada una gloriosa corona y una muerte felicísima, en que habia de trocar esta miserable vida con la eterna por medio del martirio.

Alborozado con estas esperanzas, partió el bendito Padre de Flandes con otros catorce compañeros para la Nueva España: embarcáronse en Cádiz y padecieron una recia tempestad por espacio de seis dias, que anegó algunas de las naves que iban en su compañía, y la suya, despues de grandes riesgos, aportó á las islas de Canarias, adonde se reparó y prosiguió su viaje, en el cual fué nuestro Cornelio el alivio de todos los pasajeros.

Con la dulzura de su música, los atraia á su trato y conversacion, la cual era siempre de Dios y de las cosas del cielo, moviendo sus corazones á la contricion de los pecados, á las santas costumbres, al ejercicio de las virtudes y á la confesion y penitencia, la cual hicieron muchos, confesándose con él y mudando la vida de escandalosa en ejemplar: y el mismo Padre mudó el

Subieronle al altar, como víctima de Cristo, y dando vuelta con el alrededor, le sacaron al cementerio, adonde habia enarbolado una hermosa cruz, y abrazado con ella le cubrieron de saetas y le quebraron con sus piedras la cabeza, y su alma voló al cielo á recibir la corona de su martirio, el cual consumó á 4 de junio de 1630, siendo de treinta y cinco años y quince de Compañía. Todo lo cual sucedió sábado, dia que desde su niñez dedicó á la devocion y servicio de la Santísima Virgen, para darle la corona el mismo dia que le habia hecho este servicio.

Los bárbaros homicidas, cometido este sacrilegio, con el mismo furor acometieron á la iglesia, profanando cuanto en ella hallaron, hiriendo las imágenes, y quebrando las cruces, y pisando los santos; cogieron los ornamentos sacerdotales, y, por burla y escarnio, se los vistieron á un hechicero idolatra, que era el caudillo de ellos, el cual se puso en el altar así vestido, y los bárbaros llegaban á besarle la mano, y él les daba la bendicion, como lo solia hacer el Padre con los cristianos, burlándose y riéndose todos, bebieron en los vasos sagrados, y saqueando la iglesia, se huyeron al monte para asegurarse de los españoles comarcanos y de los indios cristianos, á quien temieron.

Luego que se divulgó por la tierra el martirio del santo Padre, vino el gobernador del rey, acompañado de soldados, con el Superior nuestro de aquella reduccion, y hallaron el cuerpo al pié de la cruz desnudo, bañado en su sangre y afeado con los golpes y las heridas, las cuales lavaron con lágrimas de sentimiento y compasion; enterráronle en la iglesia con la mayor honra que pudieron, y la soga teñida con la sangre llevó el gobernador por preciosa reliquia, y la engastó en plata con grande estimacion.

Parece que el mártir rogó por los homicidas á Dios, y les alcanzó contricion de su culpa; porque, arrepentidos, pidieron perdon á Dios y al gobernador, y se confederaron con los españoles, y los religiosos nuestros vinieron y predicaron á aquellos gentiles y convirtieron á muchos, restaurando lo perdido y ganando á muchos de nuevo.

Su cuerpo de allí á dos años se halló incorrupto, con admiracion de todos, en testimonio de su santidad y de la gloria que goza en el cielo.

Su vida y martirio escribió el P. Juan Nadaso en las adiciones al *Martirologio* del P. Alegambe, y tambien en el suyo, sacado de varias relaciones que vinieron de Méjico al rey de España y al general de la Compañía.

P. ANDRADE.

P. JACOBO ANTONIO BASILE

NACIÓ este glorioso mártir en la ciudad de Bari del reino de Nápoles, muy célebre y dichosa por tener dentro de sus muros el milagroso cuerpo de S. Nicolás, Arzobispo de Mira, uno de los mayores santos de la Iglesia, cuya admirable vida, ennoblecida con muchos y grandes milagros, escribí este presente año de mil y seiscientos y sesenta y cuatro.

Nació nuestro mártir el de mil y seiscientos y nueve, de padres pios y honrados, los cuales criaron á su hijo en mucha virtud, y no les costó mucho trabajo. Porque como escogido de Dios para empleos tan altos, le dotó de las gracias naturales que se pueden desear en un perfecto mancebo, no sólo de buen cuerpo y rostro, de fuerzas y habilidades, sino de entendimiento, capacidad y aplicacion al estudio y al trabajo, de muy afable condicion y dulce conversacion, con que era á todos amable. Todo lo cual realzaba con la virtud, que es el más precioso esmalte.

Era modesto y obediente, tan compuesto y moderado, que le sucedia lo que á S. Bernardino de Sena que, en llegando á sus amigos y condiscípulos, se componian todos, y ninguno se atrevia en su presencia á desmandarse en acciones ni en palabras. Era devoto y obediente á sus maestros y á sus padres, así corporales como espirituales, tomando sus consejos y haciendo en el siglo una vida más religiosa que seglar; que de esta manera labra Dios desde el principio las piedras que elige para edificar su casa.

A nuestro Jacobo Antonio le sacó de la cantera de Bari para el edificio de nuestra religion, á la cual le trajo siendo de veinte años, el de mil y seiscientos y treinta, dia de la gloriosa Sta. Bárbara, vírgen y mártir, á quien tuvo por patrona y á quien imitó en la pureza y fortaleza, alcanzando las dos coronas de vírgen y de mártir.

Desde la hora que entró en la religion se trató como muerto al mundo, tan mortificado el afecto de carne y sangre, como si no lo tuviera, en tanto grado que, pidiéndole su madre que la viniese á ver á Bari, le envió la imágen de un santo crucifijo, diciéndole que le mirase y contemplase siempre que se acordase de él, que con tal compañía perderia el afecto que le tenia y el amor y cariño que le mostraba, porque el amor fino de Dios destierra del corazon cualquier afecto de carne, como se vió en nuestro Antonio.

Poseido del amor divino y descarnado de toda aficion humana, se dedicó á la conversion de los infieles con tan grande libertad y gozo que, como si

no tuviera padres ni parientes, se desterró de su patria y pasó más de dos mil leguas á la Nueva España, el año de mil y seiscientos y cuarenta y dos, á predicar á los infieles, sintiendo tan grande consuelo en su alma, cual le significó en varias cartas que escribió desde el camino á sus amigos y condiscípulos, diciéndoles que caminaba alegrísimo y gozosísimo por la merced que Dios le habia hecho en sacarle de su tierra y le hacia en aquel camino, dándole firmes esperanzas de alguna grande dicha en las tierras adonde caminaba; y añade que se admiraba de los que pudiendo emplear sus vidas en tan gloriosa demanda, se quedaban en Europa y perdian la corona que tan cierto él esperaba.

En llegando á Méjico, tomó muy á pechos aprender la lengua de los indios para predicarles en ella, y salió tan eminente, que dentro de poco tiempo la hablaba como la natural.

Aplicóse á catequizar y enseñar la doctrina cristiana á los convertidos y predicar á los negros y mestizos, y á los españoles que vivian apartados, acudiendo á todos, sin perdonar á trabajo.

Como el Arzobispo de Méjico, que era hombre prudente y celoso de el bien de sus ovejas, le vió tan fervoroso y aplicado á los ministerios con los prójimos, cobróle mucho amor, y no menor estima de su persona; y, considerando la grande necesidad que padecian los indios de su obispado, adonde habia muchos infieles, trató con el P. Antonio Basile y con los Superiores, de enviarle á cultivar aquella tierra, esperando de su grande fervor que de un heriazo lleno de malezas de vicios, le trocaria en un paraíso de virtudes, como en la verdad lo hizo en ocho años que gastó discurriendo como un apóstol por aquel dilatado reino, con admirable fruto así de los españoles como de los indios.

Habian muerto por entónces los indios apóstatas papigochos de Cinaloa al santo P. Cornelio Beundin Godinez, y, aunque los padres que quedaron, con el ayuda de el gobernador, habian quietado aquel tumulto y levantamiento de los infieles apóstatas, siempre el demonio los inquietaba, y con el deseo de su antigua libertad, suspiraban por sus deleites y lascivias y por la adoracion de sus ídolos.

Para desarraigar del todo esta infernal semilla, juzgaron que era conveniente enviar á persona tan fervorosa, espiritual y diestra en ganar las voluntades de los indios como el P. Basile, y así lo pidieron á los Superiores, y el se ofreció con sumo gusto, viendo logrado el deseo que le habia sacado de Nápoles y traido á las Indias y que, como dice en una carta escrita á Napoles el año de 50, habia nueve años que lo deseaba y lo pedia.

Trabajaban en aquellas misiones de Cinaloa con tan grande fruto los po-

cos obreros que habia de la Compañía, que en poco tiempo, en sola la mision de Aguilar, que está cerca de los papigochos, habian convertido y bautizado quince mil almas, y traídolas al rebaño de Cristo, entre las cuales fué una india vieja de ciento cincuenta años de edad, la cual conservó Dios tanto tiempo infiel, para que recibiese el bautismo, declarando que la tenia predestinada para el cielo. Porque, en recibiéndole, dentro de un cuarto de hora remató su larga vida, volando de las aguas del Bautismo, á las moradas del cielo, con igual consuelo y admiracion de los que la bautizaron, reconociendo la divina piedad y providencia en tan extraño como admirable suceso.

Aunque la tierra de los papigochos, que eran los más bárbaros y feroces, y los más dados á las idolatrías, parecia que estaba quieta; con todo eso no se aseguraban de ellos, temiendo, que como habian muerto al santo P. Cornelio poco ántes, no hiciesen lo mesmo con los nuevos predicadores que les enviasen; porque esta bárbara gente no tiene más palabra que su gusto y libertad y lo que quieren ó no quieren.

Mas nuestro glorioso mártir, sacudido este miedo y anteponiendo el provecho de aquellas almas á su propia vida, partió con no pequeño riesgo de ella, y entró en aquella gentilidad con grande aliento y resolucion, como si se hubiera criado entre ellos, hablándoles en su lengua, cosa que estimaron mucho y tuvieron por gran lisonja y muestras de benevolencia.

Acariciaba á todos como si fueran sus hermanos, dábales los dones que traia, curábalos si estaban enfermos, visitábalos y mostrábales gozarse de sus buenos sucesos y pesarle de los malos, haciéndose todo á todos con santa sagacidad para ganar sus voluntades, y lo que más les movia era su santa vida, que es el medio más firme y eficaz para ganar los corazones y traerlos al verdadero conocimiento de Dios. Porque, como enseña Sto. Tomás, este tiene su principio en el aprecio y estima del predicador que enseña, la cual si falta, falta con ella el aprecio de la doctrina que predica.

La vida que hizo el santo P. Basile entre esta gente fué tal, cual se pudiera pintar de un apóstol ó discípulo de Cristo, casto, templado, modesto, penitente, humilde, afable, fervoroso, contemplativo, ocupado siempre en obras de caridad corporales y espirituales, pacífico y sufrido, con admirable paciencia y una mansedumbre de un ángel, con que todos le miraban y estimaban como á tal, y, ganadas las voluntades, restauró la iglesia que habian profanado los gentiles; compuso los altares, colocó las imágenes con grande fiesta y reverencia, levantó nuevas cruces adonde las habia colocado el Padre Cornelio, su antecesor en la predicacion y martirio.

Trujo de los montes á los apóstatas huidos, dióles seguridad, y reconcilióles con la iglesia y con el gobernador de la tierra, renovó la música y cele-

bró con ella los divinos oficios, con muestras de mucho gozo y alegría de los indios. Convirtió y bautizó á muchos de nuevo, y de una selva de vicios trocó aquellos incultos campos en paraíso de virtudes, con tanto gozo de su alma como fruto de los indios.

No pudo sufrir el demonio ver arruinado su imperio, y ensalzado hasta los cielos el de Cristo por un pobre religioso solo y desnudo de todo favor humano, confiado en el divino; y, rabioso contra él, armó todas sus fuerzas para acabarle y destruirle; y, como le habia salido bien, para lograr su mal intento, la primera conjuracion que movió contra el P. Cornelio, usó de otra semejante contra el P. Basile.

Juntó por medio de otro hechicero, que tenia autoridad con los indios, á los más principales y bárbaros y algunos de los apóstatas que andaban huidos, y con gran ponderacion de palabras, les dijo: «Grande mengua nuestra es que, siendo tantos y tan poderosos, nos sujetemos á pocos hombres forasteros, que con engaños nos quiten nuestros dioses y la religion de nuestros padres, en que nacimos y nos criamos, y con ella nuestras mujeres, y gustos, y libertad, y nos persuadán á tener por Dios á un hombre crucificado, y que es bueno ayunar y no comer ni beber, y dejar nuestros gustos y deleites. ¿Cómo sufrimos este engaño y esta infame sujecion, haciéndonos esclavos y sujetos á un hombre forastero? Lo que importa es quitarle la vida, como hicimos al primero, y luego á todos los españoles, haciendo de sus cruces horcas en que ponellos.»

Todos le dieron sus votos, y, sin esperar más consejo, tomaron los arcos y las flechas y las porras que usan en sus guerras, y vinieron de tropel á la iglesia, á cuya puerta estaba el P. Basile enseñando la doctrina á los cristianos, en los cuales descargaron gran cantidad de flechas, con que les quitaron las vidas y volaron á la eterna.

El Padre, tomando del altar la imágen de Cristo crucificado, salió á oponerse al tropel de los enemigos, predicándoles y deteniéndoles con el temor del castigo divino; pero ellos, como bárbaros y gentiles, sin hacer caso de sus palabras, le hirieron y maltrataron, y echándole un lazo al cuello, le colgaron de una cruz, que tenian hecha horca, y con bárbara inhumanidad le quitaron la vida temporal y voló mártir al cielo.

Con él colgaron un indio virtuoso, que era su intérprete, y se llamaba Felipe. A los demas cristianos mataron con las flechas y las porras, y luego saquearon y profanaron los altares, y pusieron fuego á la iglesia, declarando el odio que tenian á la religion cristiana, y que les habia movido á estas atrocidades tan sacrílegas.

Su martirio fué por marzo de 1652 siendo de cuarenta y tres años y vein-

te y dos de Compañía. Varon verdaderamente santo y que ofreció su vida por el bien espiritual de sus hermanos, por las noticias antecedentes que tuvo de su martirio; porque los españoles que supieron la conjuracion de sus espías, le avisaron que se pusiese en salvo, y respondió que no era de buen pastor dejar las ovejas á los lobos y huir por guardar su vida; y el dia ántes de su muerte, alzando en la Misa la hostia consagrada, la vieron él y el ayudante matizada de sangre, con un cerco alrededor, que la tiñó en poniéndola en los corporales; aviso que le dió el cielo de la sangre que habia de verter por Cristo.

Su cuerpo se halló encorvado en la tierra, y una carta á un Padre de Filipinas, en que le significaba la sed que padecia de su martirio, y, por divina ordenacion, fué sepultado, sin advertirlo, en la misma sepultura en que estaba su antecesor el P. Cornelio, para que como fueron compañeros en la predicacion y el martirio, lo fuesen en el sepulcro y en la corona en el cielo.

Fué fama constante, confirmada con los testimonios jurados de muchos indios y algunos caciques, que vieron, cuando espiró, salir un niño hermosísimo, unos dicen de su boca, otros del pecho, el cual, acompañado de otros dos con alas, subió en una como nube al cielo, de que los indios atónitos cayeron en tierra temerosos y. como arrepentidos de lo que habian hecho, y cuando volvieron en su acuerdo, decian con su bárbaro modo de entender, que el P. Basile muriendo habia parido un niño blanco pequeño.

Con esta demostracion les declaró Dios el triunfo con que su bendita alma subió gloriosa al cielo, y acompañada de los ángeles goza y gozará de Dios eternamente.

Su vida escribió el P. Juan Nadaso en el *Apéndice* al *Martirologio* del Padre Alegambe, sacada de varias relaciones que vinieron á Roma de la India.

P. ANDRADE.

MISION DE CANADÁ

PP. JUAN DE BREBEUF Y GABRIEL LALLEMANT

FUÉ el P. Juan de Brebeuf francés de nacion, de un pueblo de poco nombre, del Obispado de Bayote, hijo de padres honrados y de buena opinion; su nacimiento fué á 25 de marzo de 1593, dia de la Anunciacion de nuestra Señora y de los más célebres que tiene la Iglesia, en que el Verbo Eterno se vistió de nuestra carne para redimir el mundo; que parece quiso la Reina del cielo tomarle desde luego debajo de su amparo y hacerle coadjutor de su santísimo Hijo, para la salvacion de muchas almas, que con su predicacion sacó de las tinieblas de la infidelidad á la luz del santo Evangelio.

Habiendo estudiado la Gramática, y dado muestras de su buen ingenio, fué recibido en la Compañía en el colegio de Roan á cinco de octubre de mil y seiscientos y diez y siete, teniendo veinte años cumplidos.

Del fervor con que pasó su noviciado es testigo el que conservó toda su vida, pues siendo ley ordinaria que con el tiempo y la contradicion de nuestra carne va descaeciendo aquel primer espíritu del noviciado, y como cubriéndose de ceniza aquel fuego sagrado que se enciende en el alma; en este siervo de Dios se fué aumentando y avivándose más y más cada dia, así en los estudios como en los ministerios, procediendo siempre con nuevos fervores y más alentado espíritu.

Testigo de esta verdad son las rigurosas penitencias con que maceraba su cuerpo, de ayunos, cilicios, disciplinas y vigilias, que fueron cada dia en tanto aumento, que le pusieron tasa los Superiores porque no acabase con su vida.

Fué tan humilde y despreciado en sus ojos, cuanto otros con la ciencia se envanecen y estiman; y, despues de haber estudiado con mucho lucimiento y opinion, hizo repetidas instancias á los prelados de la religion, para que le diesen el estado de Coadjutor temporal, con designio de emplearse siempre en los oficios humildes de la Compañía, teniéndose por indigno de recibir el órden sacro y entrar en el número de los Sacerdotes de Cristo.

Ya que no lo pudo alcanzar, habiéndose ordenado por obediencia de los Superiores, estableció en su corazon emplearse siempre en los oficios más

humildes y ser H. Coadjutor en las obras, ya que no merecia serlo en la profesion. Y así lo cumplió siempre que pudo, cursando la cocina y el refectorio y las oficinas bajas, ayudando á los oficiales de ellas, barriendo y fregando y componiendo las mesas, trayendo leña, y llevando basura, y ayudando á todos como si fuera su criado, y sólo hubiera entrado en la religion á servirlos en sus oficios; y lo mismo hacia con el sacristan y el portero en los suyos.

Entre otras virtudes, de que le dotó el cielo, fueron dos singularmente que le hicieron muy amable á Dios y á los hombres, la mansedumbre y la oracion. Con la primera robó los corazones de todos, conforme á lo que enseña Cristo que los mansos poseerán la tierra, y con la segunda robó el corazon de Dios y alcanzó grandes mercedes y favores de su divina mano.

En cuanto á la mansedumbre, fué admirable la blandura de su natural, la dulzura de su condicion y la afabilidad de su conversacion con todos: no parecia sino un ángel del cielo en la blandura de sus palabras, la gracia con que respondia á todos y el cariño y amor que les mostraba; ninguno le vió jamas airado ni desazonado para negociar con él, ni se negó á persona que le hubiese menester; á todos servia y amaba como á hermanos, y con una piedad amorosa se hacia todo á todos, para agradarlos á todos.

Era muy compasivo, humilde y caritativo con los de casa y con los de fuera, sirviéndoles en sus necesidades con admirable piedad; gran perdonador de injurias, volviendo siempre bien por mal: nunca supo disgustar á nadie, y siempre estudió en dar gusto á todos.

En la pureza de su conciencia y en la observancia de las reglas pudo competir con los mayores santos de la iglesia, y pudiera decir sin arrojo que con los ángeles del cielo.

En sus apuntamientos se halló uno en que se ofrece á Dios á morir mil muertes ántes que faltar en la más mínima regla de la religion; y cumplióla tan exactamente, que no se le vió jamas traspasar un ápice de lo que ordenan nuestras reglas, ó sabia que era voluntad del Superior, por cualquiera modo ó camino que lo entendiese. Y no sólo hizo voto de no cometer pecado venial ó cosa que fuese ofensa de Dios, pero, lo que más admira, hizo voto á Dios y á la Santísima Vírgen María, de seguir y obrar y ejecutar siempre lo que fuese más perfecto y de mayor gloria de Dios en cuanto se le ofreciese: y este voto le renovaba todos los dias, no sólo cuando decia Misa y daba gracias, sino cuando oraba ó comenzaba alguna obra de importancia; y no se sabe que lo quebrantase jamas.

Fué tan grande su fervor y el fuego de amor divino que ardia en su pecho que, no contento con este voto, le hizo de padecer martirio por amor de Cris-

to, ofreciéndosele ocasion, sin huirle ni excusarle, sino fuese mayor gloria suya lo contrario. Y, mostrando el amor que tenia á su religion y el aprecio de su vocacion á la Compañía, hizo voto de perseverar siempre en ella, y le firmó con su sangre y añadió el de derramarla toda si fuese necesario por esta causa, mostrando que estimaba más su vocacion que su vida y perseverar en la Compañía, que todas cuantas cosas se le podian ofrecer.

Con este fervor obraba, y con este fuego divino vivia una vida inculpabilísima, esmaltada con preciosísimas virtudes de mortificacion, pobreza, obediencia y caridad para con todos; y al paso que se esmeraba en el servicio de Dios, se armaba el infierno contra él, para hacerle guerra y derribarle en alguna imperfeccion.

Caminando solo y á pié, como solia, por el campo, le salió al encuentro el demonio entre unos árboles en figura de una mujer hermosa, y con palabras y acciones le provocó á lascivia y pecados; pero el siervo de Dios, más fuerte que el diamante, despreció sus halagos y, armado con el espíritu divino, invocó su favor, y el demonio, corrido y despreciado, desapareció y le dejó cantando por la victoria mil alabanzas á Dios.

Otro dia que, segun refiere en sus apuntamientos, fué el veinte y tres de agosto, le acometieron ejércitos de demonios en varias figuras para despedazarle, como le sucedió á S. Antonio en el desierto; unos venian en formas de leones, otros de serpientes, otros de caballos feroces y otros en diferentes formas; mas el siervo de Dios, ni los temió ni se turbó: viendo tantos y tan horribles armados contra él, levantó los ojos y el corazon á Dios, en quien tenia su confianza, y con imperio de santo, les dijo: «Si Dios os da licencia, ejecutad en mí lo que fuere su voluntad, que bien sé que no podeis quitarme un cabello sin ella,» y con sola esta palabra, huyó aquel ejército infernal, y él quedó alabando á Dios que le habia dado victoria; porque estos enemigos nuestros sólo rinden á quien se les rinde, y son tan cobardes y sin fuerzas, despues que Cristo los venció, que no las tienen para dañar á alguno, sino al que los admite de su voluntad y se sujeta á ellos: con estas victorias conservó siempre una pureza angelical en su alma.

¿Qué diré de su oracion, en que desde novicio gastaba los dias y las noches, y toda su vida era una contínua oracion, como la de los ángeles, de quien dice Cristo, que en ninguna ocupacion pierden á Dios de vista, ni le dejan de alabar con una continuada oracion? Lo mismo sucedió á este ángel humano, que de tal suerte atendia á las acciones exteriores, que nunca perdia á Dios de vista, y siempre le estaba alabando y bendiciendo, y toda su vida era una oracion continuada.

Qué linaje de oracion tuvo y á qué grado llegó, eso lo guardó para sí como

verdadero humilde y fiel siervo del Señor, que sabe guardar los tesoros que le entrega, para darle cuenta de ellos; pero podráse rastrear por algunas mercedes que le hizo, de las cuales unas se supieron de sus confesores, á quien las comunicó para ser enderezado en su espíritu, y otras se hallaron en los apuntamientos que hacia, para agradecer los favores que recibia de Dios y ejecutar su voluntad significada en ellos.

El año de mil y seiscientos y cuarenta, nueve ántes que padeciese martirio, hizo unos fervorosos ejercicios, y ponderando sus pecados y lo mucho que juzgaba háber ofendido á Dios con ellos, se deshacia en lágrimas, condenándose á mil infiernos, y todos le parecian corta pena para lo que merecia por haber ofendido á tan buen Dios, á quien se tenia por indignísimo de servir. Y estando congojadísimo con este dolor, le apareció el Salvador del mundo benignísimo, y, llegándose á él, le echó los brazos al cuello abrazándole en señal de amistad, y diciéndole que sus pecados eran perdonados y que no se acordaria más de ellos; y luego añadió las palabras que dijo de S. Pablo cuando le trajo al gremio de su Iglesia: *Este es vaso escogido por mí, para que lleve mi nombre á las gentes, y yo le mostraré cuanto le convenga padecer por mí.*

De aquí entendió que su voluntad era que predicase á aquella gente idolatra y sepultada en las sombras de la muerte; y así, postrado á sus pies se ofreció á su servicio, diciendo con S. Pablo: «Señor, ¿qué quereis que haga? aquí me ofrezco todo á vuestro servicio, hágase en mí vuestra divina voluntad.» En diciendo esto, desapareció el Señor, y su siervo quedó tan consolado con el perdon que le habia dado de sus pecados, como alentado á trabajar y padecer con el favor que le habia hecho y el aliento que sentia en su espíritu para las empresas que le ofrecia de convertir las almas y traerlas á su servicio.

En otros ejercicios, aniquilándose por su grande humildad delante de la soberana y divina Majestad, le apareció Cristo coronado de espinas, y le consoló y animó para la predicacion de los gentiles diciéndole que de allí adelante tendria la uncion del Espíritu Santo en sus palabras, y con ellas encenderia el fuego celestial en los corazones, como en la verdad sucedió; porque en la primera mision que hizo á los idólatras, de que ahora diremos, convirtió en poco tiempo siete mil infieles á la fe de Cristo, sacándolos de la ceguedad de sus idolatrías y del cieno de sus vicios á la luz del Evangelio y á la libertad de hijos de Dios.

Conviene con esta vision otra que tuvo en 27 de mayo, dia de Pascua del Espíritu Santo, en que contemplando aquel misterio, le apareció en una flor hermosísima sobre cuanto se puede imaginar, y sintió juntamente arder con

aquel fuego divino cuanto tenia en sí, y en particular su corazon inflamado y abrasado en el amor de su Dios y en el desprecio de todo lo criado, sin amar ni desear más que sólo su servicio, y padecer y obrar por Él, que es testimonio manifiesto de la asistencia que tenia del Espíritu Santo, así en sus acciones como en sus palabras y lo mucho que obraba por su virtud.

Otro dia, dando gracias despues de la Misa, se le mostró Cristo en su pecho con un rostro amorosísimo, y que como amantísimo Padre le regalaba y acariciaba trayéndole la mano por encima del corazon, de que sintió un gozo inefable, que nunca supo declarar.

Visitáronle varias veces la Santísima Vírgen, de quien fué muy devoto, y el glorioso S. José, su meritísimo esposo, y los ángeles, con quien tuvo familiar comunicacion, recibiendo muchas mercedes de su mano; todo lo cual declara la alteza de oracion de que le dotó el Señor, porque tantos y tan singulares favores no los hace sino á sus muy allegados amigos y á los que como á tales descubre sus secretos y los habla al corazon. Ahora sigamos la historia de su vida hasta llegar á su martirio.

Pues como el corazon de este siervo fiel de Cristo ardia en vivas llamas de su divino amor, y este siempre causa sed de padecer y obrar en su servicio, y de traerle todas las almas del mundo, para que le amen y sirvan; padecia su corazon y su espíritu esta insaciable sed de amplificar el nombre de Dios y de traerle todo el mundo, á que le amase y sirviese, y haciéndosele corto término el de Francia, adonde habia nacido, pidió una y muchas veces á los Superiores licencia para pasar á las Indias, en particular á la Nueva Francia, recien conquistada de los franceses, poblada de infinitas gentes bárbaras, idólatras, ciegas con las tinieblas de la infidelidad, á llevarles la luz del Evangelio; y tantas y tales fueron sus instancias, que finalmente lo consiguió.

Embarcóse con gran gozo de su alma con los franceses que iban á la pesquería de aquella tierra, cuya codicia los habia llevado á ella, como la del oro y plata los españoles á las Indias, no sin particular providencia divina, que por este medio ha traido tantas gentes á su conocimiento y servicio.

Llegó el santo Padre á aquella tierra el año de mil y seiscientos y veinte y seis, en sazon que toda estaba cubierta de nieve, por estar cerca del norte, y ser frigidísima. No le espantó la dificultad ni le detuvo el rigor del tiempo al invicto soldado de Cristo, ántes habiéndose informado que la tierra adentro habia una barbarísima nacion que llaman de los hurones, que se comen unos á otros con brutal fiereza; tomó guía, y, con celo apostólico y un ánimo más que humano, se entró por aquellas selvas á caza de aquellas fieras, padeciendo inexplicables trabajos de frios, nieves, hielos, posadas, comida y bebida,

que si se contaran, parecieran increibles, y sólo el fervoroso espíritu de este santo varon pudo vencerlos.

Llegado á sus habitaciones, lo primero que hizo fué aprender su lengua con tanta perfeccion que, ayudándole la divina gracia, en poco tiempo se hizo señor de ella, y predicó y enseñó la fe santa de Cristo, adonde jamas se habia predicado ni oido, y levantó cruces y formó iglesias y dijo Misa, cosa tan nueva para ellos, que no acababan de admirarse los gentiles. Pero al fin, aunque tan bárbaros, con paciencia y esperanza, con oracion y penitencia, venció su perfidia, y de infieles los convirtió en fieles, de brutos en hombres racionales, y, no habiendo un solo cristiano cuando entró en aquella tierra, en cuatro años que la cultivó, bautizó más de siete mil, y catequizó á otros muchos, y dió á todos noticia del Evangelio.

Navegando con próspero viento en su predicacion y con grandes esperanzas de colmadísimo fruto, se turbó todo, y le forzaron á dejar su empresa los herejes holandeses, los cuales por el interés de la pesca, tuvieron guerra con los franceses, y los vencieron, y echaron de la tierra, y con ellos al P. Juan de Brebeuf que, llorando su destierro y la pérdida de los hijos que habia reengendrado en Cristo, volvió á Francia el año de mil y seiscientos y treinta y uno.

Si fué grande el dolor del Padre en dejar sus hijos, no fué menor el de los hijos por dejarlos huérfanos y destituidos de todo bien espiritual; porque como era tan afable y manso, y los trataba con tato cariño, le habian cobrado mucho amor, y al paso que le amaban, sintieron perderle, porque estas dos balanzas andan siempre iguales, el amor y el dolor de perder la cosa amada.

El buen Padre no cesaba de orar á Dios y ofrecerle sacrificios y penitencias por aquellas nuevas plantas, que comenzaban á nacer en la viña del Señor, el cual oyó sus gemidos y recibió sus lágrimas, y dentro de un año dió victoria á los franceses contra los holandeses, y se volvió á entablar su comercio en aquella tierra de Canadá que, como dije, intitulan Nueva Francia.

Volvió el Padre á sus hurones con igual gozo suyo y de ellos, y continuó su predicacion y conversiones, no sólo en aquel país adonde habia comenzado, sino en otros comarcanos, haciendo en todos grande fruto y convirtiendo á la fe muchos gentiles.

Desde esta segunda venida comenzó nuestro Señor á prevenirle con nuevas visitaciones para su martirio, porque se le apareció varias veces con las insignias de su pasion, una con la cruz á cuestas, otra atado á la columna, otra coronado de espinas y otra enclavado en la cruz, como convidándole á ella, y todas estas visitas le dejaban el corazon encendido en deseos de imitar y seguir á Cristo en sus tormentos, y encendian en su alma un vivo deseo del martirio.

Estando de parte de noche en profunda contemplacion, oyó que le dijeron: *Toma, lee;* tomó el libro de la imitacion de Cristo, vulgarmente llamado *Contemptus mundi,* el cual tenia junto á sí; abrióle y leyó: «Este es camino real de la santa cruz, negarse á sí mismo y morir por Cristo,» de que entendió que ya se labraba la cruz de su martirio que siempre deseó, y á que se ofreció de todo corazon al Señor.

Otro dia estando en oracion, le apareció la beatísima Vírgen María nuestra Señora, atravesado el corazon con tres espadas, como la suelen pintar en la Pasion ó Soledad de Cristo, y le dió á entender que aquellas espadas habian de traspasar su corazon con acerbísimos tormentos, y que por ellos habia de pasar al descanso, como la misma Vírgen y su santísimo Hijo pasaron, y todos los que los siguieron, que ninguno fué sino por la cruz al cielo.

Y declarándose más el Señor con él, le mostró una cruz muy grande hácia la tierra de los hurones, y vió juntamente sus vestidos matizados de sangre y tambien los de sus compañeros, consortes en su predicacion y trabajos. Y acabada la oracion, desapareció la cruz, pero no la sangre de los vestidos, la cual perseveró mucho tiempo en ellos con admiracion de todos, discurriendo variamente sobre aquel prodigio nunca visto entre los de la Compañía; pero Dios le dió á entender que significaba la sangre, que habian de derramar todos, y la cruz que habian de padecer por su amor en la tierra de los hurones, hácia adonde la habia visto.

Con este aviso se fueron preparando todos para el martirio, que padecieron de aquellos bárbaros idólatras, que con tan atroces y exquisitos tormentos les quitaron las vidas, con que ganaron la eterna, como se verá luego.

El bendito P. Juan Brebeuf, como caudillo de los demas, los animaba y esforzaba con palabras y ejemplo, mostrando el deseo con que vivia de gozar la corona del martirio dando la vida por Cristo, y juntamente visitaba sus ovejas y no cesaba de doctrinar y esforzar las nuevas plantas de los cristianos, para que no descaeciesen en la calamidad que esperaban.

Entre otras penalidades que pasaba con sus compañeros en aquella mision, era una la de la casa en que moraban, si merece este nombre una mala choza pajiza, formada entre árboles silvestres, sin cama ni mesa, ni silla más que un tronco de árbol en que sentarse, ni otra alhaja más que su breviario, el recado de decir Misa, su rosario y dos libros espirituales en que leer. Esta pobreza pasaban con alegría, en memoria de la que tuvo Cristo; y la comida y bebida, era á este mismo paso, sin probar de pan ni de vino en tierra tan fria, ni otro regalo más del pescado que les daban de limosna y algunas frutas silvestres de la tierra.

Y queriéndole Dios regalar en premio de esta pobreza que pasaba por su

amor, le mostró un dia en la oracion un palacio admirable el más rico, hermoso y suntuoso que se podia imaginar. La materia era exquisita y la labor mucho más; y tal, que sola la mano del Soberano Artífice, que hizo los cielos y la tierra, le pudiera fabricar. Mirábale y remirábale, y cada vez le parecia mejor y le causaba nueva admiracion, la cual creció más en su alma, viéndole sin morador, y deseando saber para quién era, le respondió el Señor hablándole al corazon, que «para los que en esta vida dejaban de voluntad las cosas ricas y acomodadas, y pasaban con pobreza en las humildes y penosas por su amor,» y luego desapareció la vision, y dijo á sus compañeros lo que Dios le habia mostrado, para animarlos á llevar con gusto y alegría la pobreza que pasaban en aquella tierra yerma por el amor de Dios y el bien de aquellas almas á quien predicaban, esperando de la divina mano un premio tan crecido y un tan grande galardon.

Veinte y un años, los mejores de su vida, gastó el siervo de Dios en cultivar aquella nueva cristiandad, rompiendo la inculta tierra de la infidelidad, que no llevaba, cuando vino, sino cardos y espinas de idolatría, carnalidades y vicios; y con infatigable trabajo la trocó en deleitoso paraíso de flores, de virtudes y frutos de santas obras y de buenas costumbres.

Pero el comun enemigo, que siempre vela para sembrar la cizaña en medio del trigo, cuando la semilla del Evangelio iba en más aumento en aquella tierra, sembró cizaña de discordias entre los naturales y los franceses, y levantó tal fuego de enemistades entre ellos, que tomaron las armas con rabiosa furia, no sólo contra ellos, sino contra todos los que habian recibido el bautismo, teniéndolos por aliados de los franceses y por enemigos suyos. Y como eran bárbaros y gentiles, criados en tanta libertad de carnalidades y vicios, cobraron un odio mortal á la ley de Cristo, y á todos los Predicadores que la enseñaban, y les quitaban sus brutales costumbres; y, como estos eran los de la Compañía, armáronse contra ellos, y cuando estaban más seguros ejercitando sus santos ministerios, dieron de repente en sus habitaciones, cercáronlos y prendiéronlos, hiriéndolos y afrentándolos, y haciéndolos malos tratamientos.

El bendito P. Juan de Brebeuf estaba con otro Padre compañero, natural de París, que se llamaba Gabriel Lallemant, en la reduccion de S. Ignacio, que habia fundado con este nombre hácia los hurones, de los cuales fueron presos y baldonados por Predicadores de Cristo; diéronles muchos palos y tantas heridas, que apénas quedó parte sana en todos sus cuerpos. De esta manera los metieron en la cárcel, llorando los cristianos que habian bautizado, á quienes tambien prendieron porque adoraban á Cristo y no á sus ídolos; y les dieron tales tormentos, que muchos de ellos flaquearon, como tier-

nas plantas de cortas raíces, que no tienen fuerzas para resistir los vientos.

No cesaban los Padres en la cárcel de animar á los cristianos con sus palabras y ejemplo, de lo cual indignados los gentiles, les cortaron los labios y les quebraron las bocas con piedras, y, viendo que no callaban, les abrasaron las lenguas con teas ardiendo. Vista, pues, su constancia, convocaron la gente, y, á vista de cristianos y gentiles, los sacaron con afrenta á la usanza de su tierra al lugar del suplicio, á donde tenian dos palos ó columnas y mucha leña y fuego en lugar eminente.

Cuando los mártires llegaron, se abrazaron con ellas y las besaron con ternura, esperando por su medio subir á las moradas del cielo. Atáronlos á las columnas, y al P. Juan, como á caudillo de todos, le cortaron las manos, y al P. Gabriel le metieron punzones y cañas entre las uñas y los dedos; abrasáronles los costados y los riñones con hachas encendidas, y luego les colgaron á los cuellos láminas encendidas en cadenas de hierro hechas ascuas, que les caian sobre el pecho. Y porque no hubiese parte que no padeciese particular tormento, hicieron unos cintos de pez y resina, y encendidos en fuego los ciñeron con ellos, y con navajas y cuchillos les cortaron pedazos de carne de los brazos y los muslos, y á medio asar se los comieron en su presencia.

El P. Juan Brebeuf estaba inmoble y callando con los hombres y hablando con Dios en medio de estos tormentos; el P. Gabriel levantó los ojos al cielo, pidiendo favor á Dios para sí y su compañero, de que indignados los bárbaros, añadiendo tormentos á tormentos, le sacaron los ojos porque no mirase al cielo, y le pusieron en las cuencas ascuas encendidas en lugar de ellos.

A esta sazon el santo mártir su compañero, rompió el silencio y comenzó á alabar á Dios y á exhortar á los cristianos, que estaban presentes, á sufrir con paciencia los trabajos de esta vida breves y fáciles, para conseguir los gozos de la otra inmensos y eternos. Al oir esto, los tiranos le cortaron las narices y le taparon la boca y parte del rostro con un ceñidor ó mal lienzo, y tomando calderos de agua ardiendo, se la echaron á los dos por las cabezas y los cuerpos, diciéndoles por escarnio que recibiesen aquel bautismo, sin el cual no podian ir al cielo, y otros oprobios y baldones en desprecio de nuestra fe. De pies á cabeza estaban todos llagados, y, para aumentar sus tormentos, los quemaron las heridas con hierros ardiendo, y al P. Gabriel le taladraron el oido con un punzon agudo, penetrándole los sesos.

A esta sazon llegó un bárbaro tirano, que tenia grande ojeriza con el Padre Juan, y por escarnio del Sacerdocio le abrió la corona alrededor con una navaja, y luego le arrancó toda la piel de la cabeza y le bebió la sangre que corria de ella. Y no contento con esto, le abrió el pecho, y con crueldad

inaudita, le sacó el corazon y se le comió á vista del santo mártir, que dió fin á esta miserable vida para volar á la eterna.

Su martirio fué á diez y seis de marzo de mil y seiscientos y cuarenta y nueve. El P. Juan se adelantó un dia á su santo compañero, porque remató su corona el dia dicho, y el P. Gabriel el siguiente, á diez y siete de marzo.

Sus cuerpos quedaron en los palos, y despues de tres dias fueron recogidos de los cristianos y sepultados con más lágrimas que aparato en la forma que pudieron.

Sus almas están reinando en el cielo, y sus cuerpos las acompañarán despues en la gloria, de que gozarán eternamente como compañeros y consortes de sus tormentos.

Y porque á ninguno que leyere esta historia, le quede deseo de saber quién fué el P. Gabriel Lallemant, sepa que, como dijimos, nació en Paris de padres nobilísimos; entró en la Compañía de diez y seis años, el año de mil y seiscientos y veinte y seis, á veinte y cuatro de marzo; estudió Artes y Teología con mucho aprovechamiento y buen nombre de estudiante; leyó ocho años letras humanas y Filosofía, fué de pequeño cuerpo y corta salud, pero de mucho ánimo y más virtud, porque fué ejemplarísimo y fervorosísimo religioso, y toda su vida ansioso de pasar á predicar á los infieles. Lo cual alcanzó con muchas lágrimas, oraciones, penitencias y ruegos á los Superiores, y partió á la antigua Canadá y Nueva Francia el año de mil y seiscientos y treinta y uno en compañía del santo Mártir P. Juan de Brebeuf, y trabajó gloriosamente en aquella inculta tierra, predicando, bautizando y trayendo muchas almas á Dios á costa de inmensos trabajos padecidos por su amor, los cuales coronó con tan ilustre martirio, ofreciendo gustosamente la vida por la gloria del Señor: su memoria será gloriosa en la tierra y mucho más en el cielo, á donde reinará eternamente por todos los siglos de los siglos. Amen.

Refiere su vida y martirio el P. Juan Nadaso en su *Martirologio*, y más copiosamente el P. Felipe Alegambe al fin del suyo, á donde trae los testimonios auténticos de todo lo referido.

P. ANDRADE.

P. ANTONIO DANIEL

Uno de los varones apostólicos, que movidos del Espíritu Santo y del celo de la salvacion de las almas, pasaron el año de 1633, de Francia á la antigua Canadá, ahora intitulada la Nueva Francia, fué el P. Antonio Daniel, varon verdaderamente apostólico y digno de eterna memoria por su santidad, por su celo, por la caridad que tuvo para con todos, por su invencible paciencia y sus infatigables trabajos en la conversion de los infieles y por el valor con que ofreció su vida en sacrificio por la gloria de Dios y la predicacion de su Evangelio.

Nació este siervo de Dios en la ciudad de Diepa, tan célebre por sus minas de preciosos mármoles y finísimos jaspes, y más célebre por haber dado al mundo esta preciosa piedra, labrada con su inocente sangre, para honrar y enriquecer el edificio de la Iglesia militante y triunfante.

Nació el año de 1599, de padres nobles por su sangre y mucho más nobles por la que derramó su santo hijo en servicio de Cristo. Criáronle, como católicos, en toda virtud y santidad, y su natural era tan generoso y blando, que recibia fácilmente el pulimento espiritual y la labor de sus manos.

Estudió latinidad y virtud igualmente, aprovechando en ambas facultades con ejemplo de todos; y cuando llegó á los veinte y un años, le llamó Dios á la religion, adonde fué recibido el de 1620, con igual gozo suyo y de los nuestros, que le amaban por sus buenas prendas y tenian fundadas esperanzas de que habia de honrar la Compañía con sus buenos talentos y lucidos trabajos.

El que en el siglo vivió con edificacion, en la religion vivió siempre como santo, humilde, obediente, pobre, contemplativo, penitente y observante de sus reglas; en todo era un ejemplo y dechado de un perfecto religioso, y de tales costumbres y modestia, que decian los Superiores que no parecia su virtud adquirida, sino natural y tan innata, que habia nacido con ella desde el vientre de su madre.

En acabando los estudios, se ordenó de Sacerdote y se entregó á los ministerios de los prójimos con ardentísima sed de ganar sus almas. Ofrecióse en este tiempo la mision de la Nueva Francia, que pocos años ántes se habia descubierto y poblado primero por los ingleses y holandeses, y despues por los de Francia; y oyendo la muchedumbre de naciones gentiles y bárbaras que habitaban en aquella tierra sepultadas en las sombras de la muerte, en-

tregadas á idolatrías y vicios y pecados, se encendió en vivo deseo de ir á predicarles y enseñarles la ley santa de Dios y sacarlos de sus tinieblas con la luz del Evangelio.

Ofrecióse muy de corazon para esta empresa á los Superiores, los cuales, como conocian su alentado y fervoroso espíritu, le dieron grata licencia para ella.

Embarcóse con los primeros que pasaron á aquella region tan nebulosa y fria, que la mayor parte del año está cubierta de nieve, y sus moradores más parecen fieras y brutos silvestres que hombres racionales, aunque tienen forma de ellos, pero las costumbres son tan bárbaras, que desmienten con las obras lo que muestran con la forma exterior, sin género de policía ni gobierno, ni culto ó veneracion de Dios.

Unos ídolos adoran, más por miedo del demonio que por respeto ó estimacion: no tienen más ley que su gusto, ni esperan otra vida, regulando la suya con la de los brutos, que se limita en nacer, vivir y morir; su comida es lo que la tierra produce sin labor humana, algun pescado que cogen, ó animales que cazan, y el mayor y más regalado banquete es de los mismos hombres, matándose y comiéndose unos á otros, sin respetar el padre al hijo ni el hijo al padre, ni el hermano al hermano, con una inhumanidad inaudita que pone grima oirlo.

A esta tierra y á esta gente, fué el siervo de Dios con sus santos compañeros; á esta gente más brutos que los brutos y más fieros que las fieras, fué á predicar y domesticar este varon apostólico; y bien se deja entender los trabajos y fatigas que padeceria en reducirlos á vida racional, y en trocarlos de fieras en hombres de razon, y hacerles creer que habia otra vida y que habia un Dios omnipotente que los crió y los conservaba, y les habia de juzgar y dar á cada uno el premio segun sus merecimientos, para ellos inaudito, como las demas verdades del Evangelio.

Quince años trabajó en esta tierra con indecible trabajo, venciendo con mansedumbre, paciencia y perseverancia la pereza de estos bárbaros, acomodándose á ellos cuanto fué posible; procuró ganarles las voluntades con dádivas y servicios, sirviendo á los sanos y curando los enfermos.

Pudo tanto su caridad, que venció su fiereza y los redujo á poblados, y á vida doméstica y policía cristiana, y á recibir la fe de Cristo, y en este tiempo bautizó siete mil almas, levantó cruces y templos al verdadero Dios, destruyendo los ídolos falsos que adoraban.

Callo aquí las incomodidades y trabajos que pasó, y las fatigas que le costo romper estas incultas tierras de la idolatría y trocarlas en paraísos de virtudes, por no aterrar á los que Dios llamare á semejantes empresas; porque verdaderamente es necesario su especialísimo espíritu para entrarse por ellas,

y sumo aprecio de las almas para comprarlas á costa de tantos trabajos, que los menores fueron la hambre, no teniendo que comer sino yerbas y frutas silvestres y algun mal pescado, y muchas veces nada de esto, sino las yerbas del campo; apagando la sed con agua cruda, gruesa y salobre en tierra tan helada; el vestido de pieles de fieras, que usan los bárbaros; la habitacion de chozas, sin género de reparo en el estío ni defensa en el invierno, caminando á pié muchas leguas, con manifiesto riesgo de ser comido de fieras, aposentándose unas veces en las grutas de las peñas, otras en los huecos de los árboles, no pocas por rios anchísimos de dos y tres millas, medio desnudo, llevando los ornamentos de la Misa y los vestidos al hombro, y á este modo muchas penalidades que el siervo de Dios pasó con alegría por su amor y por traer á su conocimiento y servicio aquellas almas.

Floreciendo, pues, la cristiandad con tan gloriosos aumentos en aquella inculta tierra, con muy grandes esperanzas de conquistarla toda para Cristo, envidioso el demonio del bien de aquellas almas y lleno de rabia y furor contra el santo mártir que las predicaba y convertia, armó todas sus fuerzas contra él, y tomando ocasion de algunas diferencias que tuvieron los indios naturales con los franceses, que habian edificado un pequeño pueblo en su tierra, los persuadió que les hiciesen guerra y los desterrasen de ella, y pasasen á cuchillo á todos los que se habian bautizado.

Como ellos eran tan bárbaros y crueles y estaban ofendidos de los franceses, con facilidad se resolvieron á seguir este maldito consejo, y en breve tiempo se juntaron y formaron ejército de hombres armados, y vinieron á la estancia á donde el santo mártir estaba, el cual viendo venir los escuadrones, levantó los ojos y el corazon al cielo, pidiéndole su favor y que guardase aquel nuevo rebaño de ovejas suyas, que tanto le habia costado.

Recogiólas todas, y, con la brevedad que la ocasion permitia, las exhortó á morir por Cristo y á no dejar su fe por todos los intereses del mundo, prometiéndoles en premio la vida eterna: luego les ordenó que se pusiesen en salvo, abriéndoles una puerta secreta, por donde todos huyeron. Persuadiéronle que los siguiese, y se librase de la furia de aquellos enemigos; pero el siervo de Cristo, imitándole cuando en su Pasion salió al encuentro á los que le prendieron, por resguardar sus Discípulos; hizo á los suyos que caminasen, y él salió á detener los escuadrones, porque tuviesen lugar de ponerse en salvo.

Cuando los bárbaros le vieron solo y sin armas hacerles rostro, quedaron admirados y suspensos; pero, como toda su rabia era contra los predicadores del Evangelio, y le conocieron por maestro de los cristianos y caudillo de los que se habian bautizado, jugaron contra él sus armas, flecharon sus arcos y

descargaron sobre el bendito Padre una lluvia de saetas y balas de arcabuzazos. Y no contentos con esto, le hicieron pedazos con sus espadas, y arrastraron su cuerpo hasta la iglesia, la cual entraron y ultrajaron, y con furor sacrílego la pusieron fuego y la abrasaron con todas las cruces, imágenes y ornamentos sagrados y el cuerpo del santo mártir, el cual se deshizo en menudas cenizas, sin quedar reliquia ni señal alguna de él en el incendio. Su alma subió, como nuevo fénix al cielo, renovándose en las llamas á vida inmortal y eterna.

Su muerte fué tan sentida y llorada de sus hijos, cuanto celebrada de los ángeles y bienaventurados, que le coronaron en el cielo con el glorioso laurel que nunca se marchita; y, porque no le faltase alguna prerogativa de santo, apareció dos veces á uno de la Compañía, muy familiar suyo, dándole noticia de su feliz suerte. Y estando en aquella tierra, aunque léjos, otros Padres de los nuestros, consultando entre sí los medios que se pudieran tomar para la conversion de aquellos gentiles, se halló con ellos y los exhortó á diligenciar su salvacion, dándoles los medios que podian tomar para ella; y computando despues el tiempo, hallaron que era el mismo de su martirio, y que en esta y en la otra vida celaba con tan grande cuidado y caridad la salvacion de las almas.

Ultimamente, apareció cuarta vez glorioso, como de edad de treinta años, siendo cuando murió de cuarenta y ocho, á un religioso muy devoto suyo, y le dijo cómo estaba gozando de Dios en el cielo. Preguntóle el religioso, por qué habia permitido Dios que fuese tan ultrajado su cuerpo, y quemado y hecho polvos, habiéndole servido tan fielmente: á que respondió el santo mártir: «Fué providencia Divina, porque por aquel desprecio me dió Su Divina Majestad grande número de almas del Purgatorio que me fuesen acompañando, con las cuales entré triunfando en el cielo.» Y dicho esto desapareció, dejándole gozosísimo de haberle visto tan glorioso, y muy animado á seguir sus pisadas, sufriendo muchos trabajos por Dios, y procurando llevar muchas almas al cielo. Que estos y semejantes efectos hacen las verdaderas revelaciones de los santos y justos, que envia Dios á visitar á sus siervos en la tierra.

Su glorioso martirio fué á cuatro de julio de mil seiscientos y cuarenta y ocho años, aunque otros dicen de cuarenta y nueve.

Escribieron su vida el P. Felipe de Alegambe en el tomo de los *Mártires de la Compañía*, y el P. Juan Nadaso en el *Compendio de ellos;* y ambos sacaron sus relaciones de las cartas *Anuas* de Francia de mil seiscientos y cuarenta y ocho y cuarenta y nueve.

P. ANDRADE.

P. ISAAC JOQUES

SURCANDO los franceses el mar del norte en nuestra edad, llegaron á tierras no conocidas, regiones frigidísimas de Tierrafirme, continuada con la de Méjico por las provincias de Cinaloa, aunque distantes de ellas muchas leguas, habitadas de gente bárbara, fiera y de costumbres indómitas, dados á todo género de vicios, como hombres sin Dios y sin razon, y que no tienen otra ley más que su apetito, acostumbrados á comer carne humana y á matarse unos á otros sin género de humanidad.

A esta region, de su cosecha tan fria, que la mayor parte del año está cubierta de nieve, y habitada de moradores tan feroces, que no tienen de hombres más que el nombre, llevó á los franceses el interés de la pesca, de que abundan sus mares, y el de animales, cuyas pieles y lana son de mucho precio en Europa, como llevó á los españoles á las Indias la codicia del oro y de la plata; pero Dios, cuyos intentos son altísimos, nacidos de su infinito amor y providencia, tomó este medio para la conversion de muchas almas, que alumbradas con la luz del santo Evangelio, subiesen á poblar las sillas del cielo.

Los franceses llamaron á esta tierra la Nueva Francia, como los españoles á sus Indias la Nueva España; y, para poder comerciar con los naturales, hicieron algunas cortas fundaciones de mal formadas chozas, que no merecian nombres de casas, adonde se recogian con suma incomodidad, padeciendo contínuas molestias de los bárbaros.

Diligenciaron por amor y por temor, con dádivas y con armas su amistad, sin la cual eran frustrados sus intentos; y, juzgando que el mejor medio seria reducirlos á la fe de Cristo, con la cual recibirian la gracia divina y la policía cristiana, y seria un nuevo vínculo para tener amistad, siendo todos de una religion, porque la diversidad engendra discordias y la uniformidad concordia, trataron con el rey cristianísimo de Francia, á la sazon Enrique IV, que enviase á aquellas partes predicadores de tanto espíritu y celo de la salvacion de las almas, que redujesen aquellas al suave yugo de Cristo.

El rey escogió para esta empresa á los religiosos de la Compañía, de quien siempre fió su alma y las de todos sus hijos, y envió en varias embarcaciones muchos religiosos de nuestra Compañía, varones de conocida santidad, espíritu y celo de las almas, despreciadores del mundo y de sí mismos, restados á todo género de trabajos y ofrecidos á la muerte por dar la vida es-

descargar sus prójimos, como lo mostraron por la obra, dando muchos las vizazo por la fe que predicaban, y regando aquel nuevo jardin de la Iglesia con su propia sangre que, como dice Tertuliano, fué la semilla que fertilizó la Iglesia y dió á ciento por uno.

De los cuales, aunque tenemos cortas noticias, pondremos aquí las que alcanzamos, por no privar del todo de ellas á los que desean tenerlas, remitiéndonos á la historia, que de toda aquella conquista y de los religiosos nuestros que han trabajado en ella, sacan á luz los Padres de Francia, y está cerca de imprimirse.

Uno de los esclarecidos varones, que pasaron de Francia á la Acaya, Nueva América y Nueva Fracia, á emplear su vida en la conversion de los infieles, fué el P. Isaac Joques, natural de Orliens, el cual despues de haber trabajado en la Compañía muchos años en la cultura de las almas, fué enviado por los Superiores á la conversion de los infieles.

Era hombre de vehemente aprension, y conocia los riesgos á que exponia su vida, las incomodidades y trabajos que habia de pasar; pero movido con el ejemplo del santo mártir Cárlos Espínola, se encendió de manera en el deseo del martirio, que no cesaba de pedírsele á Dios de dia ni de noche, hasta que una vez oyó la voz del Señor, que le dijo: *Tu peticion ha sido oida, y se te concede lo que has pedido; esfuérzate á padecer y ser robusto*, con que se consoló y partió gozoso á predicar á los infieles. Con mucho gozo y alegria se ofreció á aquella jornada, como quien iba á recibir la corona que Dios le tenia preparada del santo martirio.

Entró en aquella tierra el año de mil y seiscientos y treinta y seis, y predicó en ella por espacio de once años con igual fruto y paciencia; porque como dice Cristo, la buena tierra de los corazones escogidos lleva el fruto á medida de la paciencia, y la de este insigne obrero de la viña del Señor fué tan grande, cuanto se puede colegir de los bárbaros con quien guerreaba, batallando con sus vicios y con sus indómitas costumbres, para trocarlos de fieras inhumanas en hombres de razon.

Cúpole el partido de los hiraqueis, que son los más indómitos y crueles, y, como tales, ofendidos de su exhortaciones, le prendieron á dos de agosto de mil y seiscientos cuarenta y dos, y le dieron muchos palos, golpes y bofetadas, y faltó poco para quitarle la vida.

Lleváronle á sus tierras por esclavo, sirviéndose de él como de tal; el trabajo del siervo de Dios era sin medida, así de dia como de noche, sin darle hora de descanso; el vestido pieles de animales mal curadas; la comida raices de árboles y yerbas silvestres, y por gran banquete, alguna cosa de pescado, la cama el duro suelo, los frios intolerables, helándose con las nieves hasta los

mismos mares. ¿Qué haria el pobre religioso cautivo, aborrecido de los bárbaros, que tenian por trofeo maltratarle, y por obsequio y sacrificio agradarle á sus abominables dioses acabarle la vida con incomodidades?

Pero la invencible paciencia del santo mártir venció á su bárbara malicia, pagando bien por mal y sirviendo con agrado á los que con tanto desagrado atormentaban, rogando á Dios por ellos y diligenciando su bien por todos medios posibles; y, como no valian razones á los que como brutos estaban tan léjos de ellas, peleaba con obras de suma caridad para vencerlos con ellas; pero su dureza era tal, que ni el ardiente fuego de su caridad pudo ablandarla, porque en retorno de sus servicios, le cortaron los dedos de las manos y le dieron tantos golpes y heridas, que en breve tiempo no tuvo parte sana en su cuerpo, estando, como otro Job, todo llagado por Cristo; y á un mozo compañero suyo, que le ayudaba á catequizar á los niños, le hicieron pedazos en su presencia, porque le vieron enseñar á persignarse á unos hijos de los bárbaros.

En este estado se halló el siervo de Dios, atormentado más con el aspecto de los vicios y las abominaciones de aquellos idólatras, que con todas sus heridas, llagas y trabajos, cuando llegaron á aquella region algunas naos holandesas á cargar de pescado, las cuales echaron gente en tierra, y haciendo rostro á los bárbaros, los pusieron en huida y saquearon sus tierras.

Entre otros despojos, hubieron al santo mártir, al cual abrigaron y curaron, y dándole libertad, le trajeron consigo y le enviaron á Francia, adonde estuvo poco tiempo, porque no salió hostigado, como los hombres cobardes de la primera refriega, ni su fervoroso pecho temió entrar en la segunda, despues de haber padecido tantos y tan desmedidos trabajos. Antes, como los hombres codiciosos tanto más se abalanzan á la ganancia cuanto más adquieren de oro y plata; así este nuevo mercader del cielo tanto más se encendió en deseo de padecer por Cristo cuanto más habia padecido, y con una sed insaciable de el martirio, viendo abiertas las minas del oro inestimable de la caridad que Dios exhorta á los suyos á comprar en el *Apocalipsi;* se abalanzó á ellas con tan insaciable codicia, que no fué posible detenerle en Francia, y así en la primera embarcacion volvió á Canadá y continuó sus empleos, predicando á los infieles la fe de Cristo y exhortándoles á detestar sus vicios, y en la una y otra predicacion convirtió á muchos.

Tratóse de paces entre los franceses y los hiroqueos, y, como sabia su lengua y habia estado en su tierra, fué enviado por los suyos á establecerlas, como lo hizo con felicísimo suceso.

Volvió victorioso de esta jornada, habiendo establecido la paz y amistad con los bárbaros, cosa muy importante para todo y para la predicacion del

santo Evangelio, cuyo celo le abrasaba las entrañas al santo mártir; y así no le dejó sosegar un punto, porque luego se partió tercera vez á los hiroqueos, de quien habia sido esclavo, para sacarlos á ellos de la esclavitud de Satanás.

Comenzó su predicacion, y el infierno juntamente á hacerle guerra, y, como aquellos bárbaros llevaban tan pesadamente que les fuesen á la mano en sus carnalidades y vicios, que son el mayor impedimento para recibir el Evangelio y la ley santa de Cristo, no pudiendo sufrir sus amonestaciones, le prendieron y con diabólico furor le dieron crueles tormentos; arrancáronle las uñas y cortáronle los dedos pulgares con los dientes, desolláronle vivo y pusiéron le láminas ardiendo sobre el cuerpo, y, por último remate, le cortaron la cabeza y la pusieron en el árbol más alto de sus términos, para poner terror á todos los cristianos que siguiesen la doctrina del Evangelio.

Así fué coronado este glorioso mártir, y entró triunfando en el cielo á 18 de octubre de 1646 años, como lo afirma el P. Juan Nadaso, que refiere su martirio; aunque otros dicen que fué el año 1648, por ventura movidos de que entónces vinieron las cartas de su relacion á Roma á nuestro P. General Vicente Carrafa.

P. ANDRADE.

PP. CARLOS GARNIER Y NOEL CHAVANAL

EL Venerable P. Cárlos Garnier fué natural de París, hijo de católicos y nobles padres; nació el año de mil y seiscientos y cinco, para grande gloria de Dios y salvacion de muchas almas.

Desde sus tiernos años fué inclinado á la virtud y á las letras; y conociendo sus padres esta buena inclinacion, le pusieron al estudio, en que aprovechó mucho en poco tiempo; y, para mayor aumento, así de la virtud como de las letras, le entraron en el Convictorio que tiene la Compañía en aquella ciudad, á donde se crian muchos hijos de la gente principal con gran recogimiento y virtud: y con el ejercicio y conferencia de letras que tienen unos con otros, aprovechan mucho más que si estuvieran solos en sus casas.

En este Colegio ó Convictorio se crió nuestro Cárlos, y parece que encendió en él el fervor de espíritu, que conservó toda la vida; porque fué ejemplo

de virtud á todos sus condiscípulos, devoto, modesto, callado, sujeto, humilde, afable, estudioso y aplicado á las obras de piedad.

Huia de los mozos inquietos, glotones y mal acostumbrados, y tenia por amigos á los que lo eran de Dios, y lo mostraban en sus buenas costumbres; leia libros devotos y aborrecia de tal suerte los que no lo eran que, hallando acaso en una librería un libro que trataba de cosas lascivas, le compró y le quemó porque ninguno le leyese; y lo mismo hiciera si pudiera con todos los libros semejantes.

El dinero que podia haber á las manos en aquella edad, que sus condiscípulos gastaban en juegos, comidas y bebidas, él lo daba de limosna, y tenia dias señalados cada mes, en que visitaba los pobres encarcelados y les repartia lo que habia acaudalado, para tenerlo seguro en el cielo.

Entró desde luego en la Congregacion de nuestra Señora, con quien tuvo tan cordial devocion desde aquellos tiernos años, que la tomó por su Madre, y como á tal la amaba y servia, y siempre fué su refugio y amparo, y la llamaba mi Madre y mi Señora, haciendo tales obras, que mereciese ser su hijo.

Las primeras acciones de la edad, dice Ciceron, que son en los hombres, como las primeras hojas y flores que brotan los árboles, muestras y pronósticos ciertos de lo que han de ser despues; y así las que dió nuestro Cárlos en los primeros años de su juventud fueron muestras y seguro testimonio de la santidad y celo de la gloria de Dios y provecho de las almas, que habia de tener despues.

Llegando á los diez y nueve años de su edad, y muchos más de virtud, pretendió entrar en la Compañía; no se le encubrieron al padre los intentos de su hijo, y á los principios, ó por el amor y sentimiento, ó por probar su vocacion, se mostró esquivo y sentido, haciéndole resistencia; pero viéndole constante, él mismo le trajo á la Compañía, y en su presencia fué recibido en ella, exhortándole á la perseverancia y á la estima de su vocacion.

Quien con tal fervor de virtud procedió en el siglo en medio de las ocasiones, y cuando la sangre hierve en las venas de la juventud, ¿cuál seria el que tendria en la religion, alentado con el ejemplo de tantos buenos y las exhortaciones de tan santos maestros, y el aliento de los que miraba adelantarse en la perfeccion, los cuales, como enseña S. Gregorio, son como los querubines que tiraban el carro que vió Ezequiel de la gloria de Dios, que volando se herian unos á otros con las alas, porque con su ejemplo se espolean y afervorizan unos á otros los siervos de Dios, para volar en su servicio y llevar su gloria por el mundo?

Esto le sucedió á nuestro Cárlos cuando entró en la religion, que con el ejemplo de sus connovicios se afervorizó de manera, que todo su estudio era

imitar en su vida las virtudes que miraba resplandecer en los otros; y vinole á suceder lo que dice Poncio Diácono, en la vida de S. Cipriano mártir, que imitando las virtudes de otros, se hizo el ejemplo de virtud á todos; porque caminó á la perfeccion á tan largos pasos, que en poco tiempo se hizo un dechado de santidad á todos los religiosos que se miraban en él como en un espejo de perfeccion.

Acabado el noviciado y hechos los primeros votos, estudió Filosofia y despues la Teología. Leyó Latinidad á los seglares, y ejercitóse en los ministerios de predicar, confesar y doctrinar á los prójimos, no aflojando jamas en el estudio de la propia perfeccion, que fué siempre su primero y principal cuidado.

Era el primero y más devoto en la oracion, en los exámenes y leccion espiritual. Dije exámenes, porque nunca en las mayores ocupaciones dejó el ordinario de mañana y noche, y el particular de los vicios y virtudes.

Usaba disciplinas de alambre y acero y cilicios asperísimos sembrados de puntas y rosetas de acero, los cuales traia de dia y de noche para macerar su cuerpo despierto y durmiendo. Su cama mucho tiempo fué el suelo, y por regalo una tabla ó alguna estera de juncos ó aneas, que más servia de fatiga que de alivio. Velaba mucho y dormia poco, que así lo hacen los que estudian con cuidado de alcanzar la perfeccion, la cual no se alcanza sin desvelo, mortificacion y diligencia; y el P. Cárlos Garnier la tuvo siempre de manera, y con tal fervor de espíritu, que mereció ser escrito entre los muy fervorosos de la Religion.

Doce años gastó fructuosamente en Francia en estas santas obras, al fin de los cuales se llegó el de mil y seiscientos y treinta y seis, en que los reyes de Francia, con santo celo de la religion cristiana, pidieron á la Compañia religiosos de toda virtud que fuesen á la antigua Canadá ó Nueva Francia, á convertir los infieles que la habitan.

En llegando á su noticia esta peticion del rey, se ofreció con gran fervor para esta empresa; y fueron tales sus instancias, que los Superiores, enterados de su fervor y santo celo, le dieron grata licencia para ir á esta mision con otros compañeros que se embarcaron el año de treinta y seis referido.

No esperó llegar á Canadá para ejercitar los aceros de su buen espíritu, porque en la nave predicaba y doctrinaba cada dia á los oficiales y pasajeros, diciéndoles muchos ejemplos y exhortándolos á la confesion y á apartarse de los vicios. Y no fué su trabajo sin fruto, porque muchos se confesaron generalmente, y en particular uno, que con nombre de cristiano hacia vida de gentil, sin tener más ley ni cuidado que su gusto, y hacia diez años que no se confesaba, ni entónces lo hiciera, si el P. Cárlos no le hubiera movido

con sus exhortaciones, y atraido con su dulce conversacion y santas palabras con que le trocó en otro hombre, y le redujo á una vida cristiana y tan edificativa cuanto habia sido escandalosa la de ántes.

Llegó á Canadá con feliz navegacion, más llevado del viento del Espíritu Santo que del viento temporal; y, en llegando, comenzó su apostolado predicando y doctrinando á fieles é infieles, confesando y haciendo bien á todo género de personas. Y como el codicioso cazador que ve la caza no se puede contener sin ir á ella, así este obrero fervoroso de la viña del Señor no se podia contener sin ocuparse en la caza espiritual de las almas: y viendo tanto número de gentiles ciegos en sus idolatrías, se deshacia por alumbrarlos, convertirlos y traerlos al conocimiento y servicio de Dios, para lo cual aprendió su lengua perfectísimamente, y luego entró por aquellas selvas y montes á buscarlos y doctrinarlos, sin dejar pueblo, ni rincon, cueva, ni rancho, ni lugar á donde no los buscase.

Los otros obreros se encargaban de una ú otra reduccion, pero este fervoroso obrero las anduvo todas ayudando á todos, empleando todas sus fuerzas en el servicio de Dios y bien de sus prójimos. Ultimamente, por órden de la obediencia, hizo pié en la reduccion de S. Juan, vecina á los hurones é hiroqueos, de los cuales convirtió en poco tiempo más de seiscientas familias, que poblaron aquella reduccion; y para ganar más las voluntades de los infieles, inventaba varios ardides espirituales.

Para hacerles bien, tomó oficio de médico, enfermero y boticario para curarlos; y en enfermando alguno, luego estaba á su cabecera, consolándole y curándole. El les guisaba la comida, y les traia las medicinas, y se las aplicaba, y los velaba, y no se apartaba de ellos hasta que los dejaba sanos; y la primera diligencia en las curas de los enfermos era hacer una rogativa al Angel de su Guarda, pidiéndole favor y acierto para curarlos; y fué fama constante que los ángeles le asistian y enseñaban, y tenia familiaridad con ellos, de que fué buen testigo un cristiano enfermo de los recien bautizados, el cual vió al Angel de la Guarda asistir al P. Cárlos cuando le curaba; y si le vió un indio recien bautizado, que poco ántes adoraba los ídolos, ¿quién puede dudar que le veria más claramente el varon santo apostólico, á quién asistia y ayudaba, aunque él por su humildad lo callase?

Trece años perseveró en esta espiritual conquista predicando, enseñando, catequizando y bautizando aquellos infieles y reduciéndolos de vida de brutos á la racional y política de cristianos, á costa de inmensos trabajos que fuera largo referirlos, tan cuidadoso de su aprovechamiento y del bien de su alma, que en medio de tantas ocupaciones jamas dejó sus ejercicios espirituales, ni aflojó en sus penitencias, como si fuera pequeña el batallar contí-

nuamente con aquellos bárbaros, domando sus brutales condiciones y trocandolos de fieras en hombres racionales.

Los dias gastaba con los hombres y las noches con Dios, que era todo su descanso; todos los dias decia Misa, y todos se confesaba ántes de decirla, preparándose con pureza y oracion para mayor reverencia y fruto de su alma; que los que se descuidan de la propia con pretexto de ganar las ajenas, pierden la suya y no las ganan, como el ascua que se muere no enciende los carbones por el fuego que le falta.

Encendido, pues, en el del Espíritu Santo este varon apostólico, convirtió innumerables infieles en toda aquella tierra, y de selva inculta de vicios, la trocó en celestial paraíso de virtudes; y cuando iba en mayor aumento, permitió el Señor, por sus ocultos juicios, que los infieles hiroqueos rompiesen guerra con los franceses y tomasen las armas contra todos los que adoraban la cruz y creian en Cristo, y en particular contra los predicadores que eran sus caudillos.

Habiendo formado ejército, dieron de improviso sobre la reduccion de S. Juan, adonde habia más de dos mil cristianos convertidos, unos ya bautizados y otros catecúmenos, cuyo maestro y Padre espiritual era el Padre Cárlos.

Cercáronlos por todas partes, y entraron el lugar á fuego y sangre; pusieronse en huida los que pudieron, y aunque pudo el Padre acompañarlos y salvar su vida, como se lo pidieron, no quiso sino darla como buen pastor por su rebaño, y viendo el incendio tan furioso que abrasaba las casas y las personas, se entraba por las llamas á bautizar los catecúmenos y niños, enviándolos al cielo con el bautismo de fuego y agua.

Viéndole los enemigos andar solícito animando á todos, le tiraron tres arcabuzazos, y derribado en tierra, le desnudaron, invocando él siempre los santísimos nombres de Jesus y de María. Y estando herido y desnudo, vió á otro cristiano agonizando, y olvidado de sí mismo, fué á él arrastrando y le confortó y absolvió en aquel trance, que es el extremo grado de caridad á que puede llegar un apostólico operario, poner la vida por su prójimo y confesar agonizando al que estaba agonizando. Lo cual como viesen los infieles, arrebatados de furor, descargaron sobre su cabeza una segur de hierro con que remató su santa vida, para comenzar la eterna, como valeroso soldado, administrando los Santos Sacramentos como con la espada en la mano.

Su martirio fué á 7 de diciembre de 1649 años, víspera de la Concepcion de nuestra Señora, de quien fué tan devoto, que habia hecho voto de defender su inmaculada pureza muchos años ántes.

Su cuerpo hallaron los nuestros bañado en sangre, y le recogieron y se-

pultaron en la iglesia de Petum, pueblo que edificaron los franceses, adonde le veneran como á santo.

Compañero del santo mártir Cárlos era en aquella reduccion el P. Noel ó Natal Chavanal, natural de Tolosa, que habia entrado en la Compañía de diez y siete años, el de 1630, y pasado á la Nueva Francia el de 1643 con vivos deseos de emplear su vida en la conversion de aquella gente infiel, y, aunque hizo todo lo posible por aprender su lengua, no acaudaló en cinco años poder entender algo de lo que le decian en ella.

Vivia con desconsuelo por no hallarse apto para predicarles, forzado á valerse de intérpretes, y de esta manera trabajaba lo que podia; pero Dios le premió sus buenos deseos, porque viendo el P. Cárlos el peligro que corria su vida con los rumores que andaban de guerra, y la falta que habia de hacer en aquellas reducciones, adonde habia tan pocos obreros y tan copiosa miés, le envió un dia ántes que viniesen los hiroqueos con dos indios á la reduccion de Sta. María que era la más cercana.

Cogióles la noche en el camino, la cual tuvieron en un bosque, y, caminando el dia siguiente, volviendo los hiroqueos como victoriosos de la sacrílega matanza que habian hecho en la reduccion de S. Juan, martirizando á tantos inocentes cristianos por odio á la fe de Cristo, alcanzaron á ver al P. Chavanal, que iba con los dos indios, y adelantándose un apóstata á quien el mismo Padre habia bautizado y habia prevaricado de la fe, le alcanzó en la puente de un caudaloso rio, y echándole mano le arrojó de la puente abajo y le ahogó en sus aguas, en retorno de la vida que el santo mártir le habia dado en las aguas del bautismo.

Esto sucedió el mismo dia que los tiranos habian muerto á su santo compañero el P. Garnier, ordenándolo así Dios porque fuesen consortes en la corona los que lo habian sido en los trabajos y conversion de los indios. Habia padecido este santo mártir grandes tentaciones de volverse á Francia, combatido de la dificultad de aprender la lengua de los indios, ofreciéndosele que haria más fruto en su tierra entre los franceses; y, para vencer esta tentacion, hizo voto á Dios nuestro Señor de palabra y por escrito firmado de su nombre, de perseverar en la conversion de aquella gentilidad, aunque fuese para sólo servir á los que trabajaban en ella; y cumplióle Dios su buen deseo, quedando su cuerpo entre los indios y coronando su alma con el lauro de mártir en el cielo.

P. ANDRADE.

P. JACOBO VHUTEUX

OTRO insigne obrero en la viña del Señor, fué el P. Jacobo Vhuteux, natural de Abevila de Francia, en la provincia de Picardía, hombre de alta oracion, igual mortificacion y celo de las almas, en cuyo aprovechamiento trabajó incansablemente todo el resto de su vida y convirtió muchas almas á Dios, sacándolas de las tinieblas de la infidelidad á la luz del santo Evangelio.

Entró en la Compañía el año de mil seiscientos y veinte, siendo de edad de veinte años, y pasó á la Nueva Francia el de mil y seiscientos y treinta y cuatro, adonde trabajó diez y ocho gloriosísimamente, predicando y enseñando á aquella gente bárbara y agreste, á costa de inmensas fatigas, pero con grande fruto, alumbrando provincias y reinos con la luz de su doctrina, y reengendrando en Cristo las almas de aquellos infieles en las aguas del santo bautismo.

En premio de tan gloriosos empleos coronó Dios la suya con otro nuevo bautismo hecho de su propia sangre, el cual recibió el año de mil y seiscientos y cincuenta y dos, á diez de mayo, en aquella inculta tierra, que habia labrado para Cristo, y sucedió de esta suerte.

El santo mártir, llevado del gran fervor de su espíritu, entró muchas leguas la tierra á dentro á predicar y enseñar á otras naciones de diferente lengua, que estaban en la sombra de la muerte, sin rayo de luz del Evangelio ni noticias de la fe de Cristo, las cuales les dió el apostólico predicador con los resplandores de su doctrina, sacándolas de las tinieblas en que estaban y trayéndolas al gremio de la Iglesia.

Alcanzada esta victoria, volvia triunfante, cargado de inestimables despojos de los recien convertidos que le acompañaban, cuando, armando el infierno sus huestes, le salió al encuentro con un ejército de hiroqueos, enemigos de la fe de Cristo y de sus predicadores, á los cuales tienen por magos y hechiceros, como antiguamente los gentiles á los cristianos, por quien Dios obraba los milagros. Este ejército dió en el rebaño del Señor, y, como lobos rabiosos, se cebaron en aquellos corderos, y no se hartando de su sangre, los hirieron, arcabucearon, apalearon y mataron, quitándoles la vida del cuerpo para empezar la de sus almas, las cuales volaron gloriosas al cielo, capitaneándolas su santo maestro, el cual, como lo fué en la santidad y doctrina, lo fué tambien en el martirio, recibiendo los primeros golpes de los enemi-

gos, y animando á todos con sus palabras y ejemplo á dar las vidas por la fe que profesaban, como lo hicieron con grandísima constancia, naciendo al mismo tiempo para Cristo en su Iglesia por medio del bautismo, y para el cielo en la gloria por medio del martirio, el cual escribieron los Padres de aquella reduccion al P. General de la Compañía, en las cartas *Anuas* del año de mil y seiscientos y cincuenta y dos, en que sucedió, de las cuales se ha sacado lo que aquí se ha escrito, aunque el dia puntualmente no se ha sabido.

P. ANDRADE.

MISIÓN DEL BRASIL

P. MANUEL DE NOBREGA

I

Su patria, padres y vocacion á la Compañía

FUÉ el P. Manuel de Nobrega portugués de nacion, noble por su sangre y mucho más noble por sus grandes virtudes; su padre fué de su propio nombre, Consejero del rey de Portugal, Oidor de su Real Consejo y persona de toda estimacion, hermano del Canciller mayor ó Presidente del Consejo Real, muy valido del Rey y que tenia grande mano en el reino, por lo cual su sobrino, nuestro Manuel de Nobrega, tenia muy fundadas esperanzas de alcanzar puestos de grande honra y autoridad, y valer mucho en el siglo; y con este designio fué á estudiar á la Universidad de Coimbra, á donde con su buen ingenio y mucho aliento descolló entre sus condiscípulos. Graduóse de bachiller con aplauso universal, y su presuncion era tal, que cuanto habia en el reino se le hacia poco para lo que pensaba alcanzar; pero Dios, que le tenia destinado para otros empleos más altos y de mayor servicio suyo, le quebrantó los bríos y moderó su presuncion con la ocasion que aquí diré.

Vacó en aquella Universidad una colegiatura mayor, cuya provision tocaba al Prior y convento de Santa Cruz de Coimbra, Cancelario que es de la Universidad. Opúsose nuestro Manuel con tan fundadas esperanzas de llevarla, que no tuvo duda de que, sin faltarle, voto seria suya, así por el grande favor que tenia de su padre y de su tio el Canciller mayor, como por sus buenas letras y opinion; porque el Doctor Azpilcueta Navarro, su maestro, habia dicho varias veces que era el más aventajado estudiante que habia en la Universidad. Pero no le sucedió como esperaba, porque, como suele acontecer en este mundo inconstante y engañoso, el ménos digno es honrado, y el más digno desechado; así fué en esta ocasion, que la colegiatura se dió á otro, y él frustró sus esperanzas, de que estuvo tan sentido y afrentado, que no se atrevia á salir en público.

Cayéronsele las alas del corazon, perdia los pulsos de rabia y enojo, y cuando miraba con la beca á su contrario, concebia ira mortal contra quien se la habia dado.

Fué esta pérdida en ocasion que habian llegado á Coimbra los PP. Pedro Fabro y Francisco de Estrada, insigne predicador de la Compañía, al cual oyó el P. Manuel de Nobrega predicar con grande fuego de espíritu de la vanidad del mundo, de la falsedad de sus honras y de sus engaños é inconstancia, cotejándole con la verdad y firmeza de las honras eternas, ponderando su constancia y la satisfaccion que dan al corazon, y que las temporales son un poco de aire, sin sér y sin sustancia, que le dejan siempre hambriento y con nuevas ansias de más, y otras verdades semejantes á estas, ponderadas con la eternidad y la duracion sin fin de la vida futura que esperamos, dichas con tal energía y fuerza de razones, con tan vivas y encendidas palabras, que penetraron su corazon, y se le imprimieron de tal suerte en el alma que, rumiándolas á sus solas y obrando con su luz la divina gracia, se resolvió á dejar el mundo y sus vanas esperanzas, desengañado con la pérdida de la beca, que tenia por tan suya.

Resuelto á buscar los bienes eternos, renunció los temporales y sacrificó á Dios sus estudios y sus talentos, su nobleza y sus riquezas, sus gustos, su voluntad y todas las esperanzas que tenia de valer en el mundo, pisándole con generoso corazon, abrazando la cruz de Cristo en la Compañía de Jesus, á donde fué recibido el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, á diez y ocho de octubre, cuatro despues de fundada la religion, siendo su General nuestro P. S. Ignacio, ordenado de Sacerdote, segun lo dice la *Historia General de la Compañía*.

Pero ¿qué lengua podrá decir el fervor con que este siervo de Dios comenzó su noviciado, y el aliento y resolucion con que abrazó la cruz de Cristo, y se entregó á la oracion, mortificacion y penitencia y al estudio de todas las virtudes religiosas?

De los que entran á servir á Dios, y asientan plaza en su milicia, dice el Espíritu Santo por boca del Profeta Isaías (cap. XL), que mudarán la fortaleza y tomarán alas de águila, con que volarán sin descaecer ni cansarse; no dice que perderán ó disminuirán la fortaleza, sino que la mudarán, porque la que empleaban en el servicio del mundo, la mudarán al servicio de Dios, empleando todas sus fuerzas y alientos en buscar su gloria y honra y en hacer su voluntad, como se verificó en este nuevo soldado de su santa milicia. El cual no perdió los alientos primeros, sino mudólos en servir á Dios y en mortificarse á sí mismo, y los bríos con que pretendia las honras mundanas, en despreciarlas en la religion, y sus presunciones y pretensiones, en despre-

ciarse y abatirse y pretender ser hollado y despreciado de todos con admirable valor.

Ninguno fué más humilde, ninguno más mortificado, ninguno más sujeto ni obediente, ninguno más recogido ni callado, ninguno más penitente ni modesto, tan dado á la oracion que vivia de ella, y toda su conversacion era con Dios y con los moradores del cielo, á donde habitaba más su alma que en la tierra.

Era el ejemplo de todos y el que los afervorizaba con sus palabras y ejemplos, y Dios obraba en su alma celestiales sentimientos; y, como le habia escogido para vaso de eleccion, como á S. Pablo, para llevar su nombre por mares y tierras, y predicarle á los hijos de la Iglesia y á las bárbaras naciones, ardia en su pecho un fuego vivo de volar como águila por el mundo, á llevar el nombre de Cristo, y convertir las gentes á su servicio.

II

Empléase con admirable fruto en los ministerios de la Compañía.

Así como S. Pablo, en convirtiéndose á Dios con la voz de Cristo, mudó la fortaleza con que defendia la ley de Moisés, en defender la de Cristo, y predicar en las sinagogas, y convertir á los indios, de la misma manera este nuevo Pablo, que habia sido Saulo en el siglo, en alistándose en la religion, revestido de su espíritu, comenzó á predicar y á traer los hombres del siglo al servicio de Dios, y apartarlos de los vicios.

Salia por las calles y las plazas á enseñar la Doctrina Cristiana á los rudos y á los niños: iba por las aldeas y lugares circunvecinos á predicar á los labradores el reino de Dios, á pié y pidiendo limosna, conforme Cristo lo mandó á sus Discípulos, con una sed y celo de ganar las almas, que en los caminos y en las posadas, en los sembrados y en las caserías, y en todas cuantas partes se ofrecia ocasion, trababa pláticas de Dios y de los bienes del cielo, para aprovechar á todos con cuantos conversaba, persuadiéndoles la confesion, la enmienda de la vida, la mudanza de costumbres, enseñándoles á tomar las buenas y dejar las malas.

Hizo muchas misiones en varias partes, con admirable fruto: y siendo corta esfera para la grandeza de su espíritu el reino de Portugal, salió á predicar al de Castilla; entró por Galicia y llegó á Santiago, y penetrando todo aquel reino, llegó predicando á Salamanca, y en estas misiones le sucedieron algunas cosas que no conviene pasar de paso, ni sepultarlas en silencio.

La primera fué que, predicando en tierra de Salamanca, supo que un señor

de título estaba mal amistado, con escándalo de sus vasallos y de muchos que lo sabian; y, revestido de un espíritu de Elías, con potestad y resolucion de santo, se entró por sus puertas, y le reprendió ásperamente su desordenada vida delante de sus criados, diciéndole: «¿Quién sois vos, hombrecillo de tierra, formado de barro, que os atreveis á ofender á un tan grande Dios con tanto escándalo del mundo y ofension de vuestros vasallos? Pues mirad lo que haceis y atended á mis palabras, que si no os enmendais, ha de venir sobre vos la ira del Altísimo y os ha de lanzar en los infiernos, á donde penareis para siempre jamas.»

El caballero quiso, oyendo estas palabras, echarlas en risa, haciendo muy del cortesano; pero el siervo de Dios le replicó, diciendo: «No son estas cosas de risa, ni lo que vos haceis tal que pueda disimularse, abrid los ojos y mirad la espada de la divina Justicia que os está amenazando, y no os detengais un instante en vuestros pecados, porque descargará el golpe y dará con vos en el profundo, sin que despues podais remediaros. Mirad, vuelvo á decir, que os lo aviso de su parte.»

Los criados estaban atónitos, esperando cuándo el señor les habia de dar órden para hacerle pedazos; pero obró la virtud divina por medio de sus palabras, y, compungido y humillado aquel caballero, lloró sus pecados y salió del mal estado en que estaba, dejando aquel lazo de Satanás que le tenia preso y enlazado. Hizo una confesion general de toda su vida, quedando muy agradecido al P. Nobrega, que con libertad de santo le habia reprendido su pecado, y tan devoto de la Compañía que siempre se valió de ella para el bien de su alma: y, para tenerla más á mano, fundó un buen colegio en sus estados, por todo lo cual dió el bendito Padre infinitas gracias á Dios, que así alumbra y trae para sí á los pecadores.

No fué tan venturosa una mujer que estaba en mal estado con una persona eclesiástica, para la cual llamaron al P. Nobrega estando muy mala: hizo su oficio con el espíritu y prudencia que solia: arrepintióse la enferma de su pecado, y en cobrando salud, se apartó de aquella mala ocasion y permaneció un año en virtud y penitencia, pero no perseveró en ella, como debia: porque, como flaca é inconstante, volvió al primer estado, y Dios tambien al castigo, dándole á poco tiempo una grave enfermedad: cuando se vió en peligro de la muerte, exhortándola los domésticos á que se arrepintiese y confesase, parecia querer y no poder, poder y no querer, mostrando sentimiento y no arrepentimiento, y con lágrimas, pero no de contricion, sino de dolor por morirse, decia: *¿Es posible que he de ser condenada por vivir en pecado con un Sacerdote? Sí, sí, sí,* dijo tres veces, *pues yo me entrego* (añadió) *á Belcebú desde este instante por toda la eternidad.*

Estremeciéronse los presentes de ver tan blasfema resolucion, y, tomando la imágen de un santo Crucifijo, se le pusieron delante, diciéndole que le pidiese perdon y se entrase por sus llagas y hallaria misericordia; pero la desdichada, obstinada en su pecado, volvia el rostro por no mirar el de aquel benignísimo Señor, que con el suyo la miraba benignamente, para darle el perdon de sus pecados.

Llamaron al P. Manuel de Nobrega, el cual hizo todas las diligencias posibles para reducirla á dolor de sus culpas y ablandar su empedernido corazon, clamando al cielo, derramando lágrimas, pidiendo favor á los santos y gracia eficaz á Dios para aquella pecadora, la cual obstinada en su pecado, remató su miserable vida sin dar muestras de contricion, con gran dolor del siervo de Dios por la pérdida de su alma; que tales castigos da la Divina Majestad á los que como perros rabiosos vuelven al vómito de los pecados, que una vez dejaron, como eruditamente enseña S. Jerónimo, hablando de la ciudad de Nínive, que se convirtió á penitencia por la predicacion del profeta Jonás, y por haber retrocedido despues y vuelto á sus pecados, la destruyó el Señor; que este castigo merecen los aleyosos á Dios, despues de haber entrado en su casa y servicio y comido de su pan, como lo experimenta ahora esta miserable pecadora.

El año de mil y quinientos y cuarenta y siete entró por la Beyra predicando y evangelizando, como S. Juan Bautista por las riberas del Jordan, persuadiendo penitencia y remision de pecados, y no faltó un poderoso, como Herodes que, sin temor de Dios, tuviese sacrílegamente la mujer de su hermano con público escándalo del pueblo, el cual habian procurado quitar los amigos con exhortaciones, los parientes con instancias, los Prelados con censuras y hasta el mismo rey con amenazas, y estaba tan ciego y obstinado en su pecado, que ninguno habia hecho mella en su dureza: que cuando este vicio se junta con la potencia en personas que tienen por ley su gusto, es enfermedad incurable.

Pero el P. Manuel fué médico tan diestro y sabio que, mediante el favor divino, halló medicina á esta dolencia y medio para ablandar este diamante, porque si bien al principio resistió con su dureza á los golpes de sus exhortaciones, y como frenético se volvió contra su médico, fulminando contra él amenazas, el P. Nobrega con admirable paciencia, destreza y perseverancia, se entró muchas veces por las puertas de su casa, hablándole con blandura y con humildes palabras, con que amansada aquella fiera, conquistó su voluntad, y ganada esta fortaleza, batió su entendimiento con buenas razones espirituales y cristianas, mediante las cuales alumbró Dios su alma y salió de la mala ocasion que tenia en su propia casa, y mudó de vida y costumbres,

recuperando con su buen ejemplo el escándalo que habia dado con el malo, y agradeciendo al P. Nobrega la perseverancia que habia tenido en sufrirle y predicarle, diciéndole que, si no fuera por ella, se condenaba, y que á su buena industria y celo santo debia la salvacion de su alma.

Discurria por los pueblos á pié, como dijimos, mendigando como pobre la comida de puerta en puerta, y viviendo en los hospitales. Cuando llegó á la villa de Sabugal, entró descalzo, los pies arrastrando por la tierra, por habérsele gastado los zapatos.

Estaba en aquella villa su comendador D. Duarte de Castelblanco, conocido del padre; y admirado de ver su pobreza, quiso aposentarle en su palacio, mas el verdadero amador de la pobreza huyó con todas sus fuerzas de este regalo, y en acabando de predicar, se retiraba á unos espesos matorrales, adonde no podian hallarle; pero el comendador mandó á sus criados que no le perdiesen de vista, y siguiéndole, le hallaron escondido en la espesura de aquellas matas, sudado del sermon, combatido de los aires y molestado de la hambre; y aunque se resistió á sus ruegos, por no ser descortés á persona tan noble que le esperaba, vino con ellos á su palacio, y, agradeciéndole aquella honra y merced, le suplicó que le dejase en su hospital, porque los palacios de los príncipes no eran á propósito para posar los predicadores apostólicos que han de persuadir penitencia y mortificacion no ménos con las obras que con las palabras, y que no la persuadiria con tanto regalo. Al fin, despues de larga contienda, se dió un corte, y fué, que el Padre viviese en el hospital, y que su comida y tratamiento corriese por cuenta del comendador; pero el verdadero pobre de espíritu, amador de la cruz y mortificacion, no pudo sufrir este corto agasajo, y así abrevió la mision de aquella villa y pasó á otra más incómoda, adonde le sucedió el caso siguiente:

Llegó asoleado y cansado, necesitado de comer y de tomar algun descanso; era fiesta y hora de Misa, entró en la iglesia y hallóla llena de gente: no le permitió su santo celo perder aquel lance que Dios le ponia en la mano, y acordándose que Cristo, fatigado del camino, predicó á la samaritana; no obstante su fatiga, pidió licencia al cura para predicar en la Misa; diósela con mala gracia y casi por fuerza, porque tenia más gana de abreviar los oficios, para irse á comer, que de oir sermon á un clérigo pobre mendicante que no conocia, que siempre las misiones tienen dificultosas entradas.

Como el Padre estaba asoleado y cansado, no estuvo de sazon, y el auditorio ménos con el sermon; mostrando su poco gusto, se salieron en cuadrillas y le dejaron; pero no por eso desmayó el siervo de Dios, que no se rinden á la fortuna por un desgraciado suceso los buenos soldados; y, llegándose al cura, le pidió que le echase sermon para la tarde: sonrióse de oirle, y,

como haciendo burla de él y de su sermon, dijo á voces: «El que quisiere oir este clérigo gangoso, vuelva á la tarde, que predicará un poco peor que esta mañana.»

Llevó este menosprecio el buen Padre con paciencia y humildad; y descansó orando á Dios, el cual le dió tal gracia, que recuperó colmadamente la pérdida de la mañana, porque, ó traidos de Dios ó de la curiosidad, ó por hacer burla de él, que es lo más cierto, vino todo el pueblo, y predicó con tal espíritu, que parecian llamas de fuego sus palabras. Los hombres gemian, las mujeres lloraban, todos herian sus pechos y daban voces pidiendo á Dios misericordia y perdon de sus pecados. En bajándose del púlpito, corrieron de tropel á besarle la mano y á cortarle de la ropa como á santo.

Parecia el lugar otra Nínive penitente, segun era su mudanza en reformacion de costumbres, en devocion y penitencia, llorando y confesando su pecados: tal efecto hizo su predicacion en las almas.

Con la fama que cobró de santidad, le trajeron una mujer endemoniada, de quien el mal espíritu se habia hecho tan familiar, que entraba y salia en su cuerpo como en propia casa, y la hablaba al oido y le descubria cosas secretas, con que la traia engañada. El Padre la conjuró, y la hizo confesar generalmente, y la exhortó á no dar oidos á Satanás, porque con aquello no volveria á atormentarla.—«Y si viene á hablarme, ¿qué haré para librarme de él?, dijo ella.» Y el Padre respondió:—«Decirle con resolucion que venga á hablarme á mí y á decirme lo que queria decir á vos, y cerradle las puertas de vuestra casa.» Medicina fué esta con que la mujer quedó sana, porque el demonio que huye de la cruz, tambien teme y huye de los varones santos, y con el temor que tuvo al P. Manuel, huyó y los dejó á ambos.

Entrando en otro lugar, fué á la iglesia á hacer oracion á Dios, que era siempre su primera estacion, pidiéndole gracia para predicar en aquel lugar. Halló una danza profanísima, con indecentes cantares y peores mudanzas. Revestido el siervo de Dios del celo de su honra y de la que se debia á su casa, reprendió con severidad aquel desórden, mandando á los danzantes que saliesen de la iglesia y dejasen la danza, amenazándoles con el castigo de Dios, si no hacian lo que les mandaba.

Como no le conocian ni le habian visto hasta entónces, ofendiéronse de sus palabras, y uno de ellos, el más osado, le habló descomedidamente, poniendo lengua en el mismo Dios con sacrílegas palabras. El Padre se hincó de rodillas, pidiendo á Su Divina Majestad misericordia, enmienda y perdon para aquel sacrílego y mal hablado; pero no fué oido, porque, como no se enmendase, quiso Dios castigarle para escarmiento de todos, y en especial de los danzantes: y estando el cielo sereno, se entoldó de nubes densas con

la blasfemia de aquel hombre, como si se cubriera el rostro por no verle ni oirle, y en un instante se armó una tremenda tempestad de truenos, relámpagos y rayos, y cayó uno sobre el miserable que le hizo pedazos, dejando abrasado su cuerpo y su alma en las brasas del infierno, y á todos en él tan escarmentados, que con grande temor veneraron al Padre como á santo.

III

Pasa al Brasil como Superior de aquella mision.

Estas fueron las estrenas de la predicacion y las primeras muestras que dió este apostólico varon de la grandeza de su espíritu y del celo que siempre tuvo de la gloria de Dios; y, ocupado en estos ministerios, se llegó el año de 1549, en que el rey D. Juan III de Portugal pidió á S. Ignacio nuestro Padre personas de la Compañía, que fuesen á prédicar al Brasil, gente indómita y voraz, que comian carne humana y se mataban unos á otros para celebrar sus festines y banquetes; vivian como fieras en los montes y selvas, encerrados en cuevas, sin género de policía, ni gobierno, dados á las idolatrías y hechicerías y carnalidades, sin otra ley más que su gusto y los intereses de sus tierras para su deleite y su regalo.

La empresa era difícil, pero de grande gloria de Dios; alumbrar aquella gente ciega, darles la luz del Evangelio y el conocimiento de Dios, agregarlos al gremio de la Iglesia y reducirlos á la policía cristiana, obra verdaderamente apostólica y de la misma tela que la obraron los Apóstoles en la fundacion de la Iglesia.

Como tal la estimó el P. Simon Rodriguez, Provincial de Portugal, á quien S. Ignacio la cometió; y como tan espiritual y fervoroso, la tomó para sí, y fué disponiendo las cosas para dejar otro en Portugal con el gobierno de la provincia, y embarcarse para ir á esta conversion. Pero, aunque más lo procuró, fueron tantos y tan graves los negocios que ocurrieron, que no pudo lograrse su deseo, y, llegándose el tiempo de la navegacion, envió con toda diligencia á llamar á Coimbra al P. Manuel Nobrega, para que fuese en su lugar, así por predicador como Superior de aquella apostólica mision.

Recibió este órden con grande alborozo, y luego sin detenerse, partió á pie con un bordon en la mano, y llegó á Lisboa á tiempo que ya habian partido las naves para el Brasil; pero no desmayó por esto su fervoroso espíritu, ántes con vivo ánimo estuvo por echarse en la mar para alcanzarlas nadando ó corriendo sobre las aguas, que para todo tenia confianza en Dios; pero con más sano consejo tomó el medio ordinario, y, embarcándose en una falúa.

caminó volando á vela y remo, y sin perder á Lisboa de vista, alcanzó á la *Capitana* y entró en ella, adonde fué recibido con tanto gusto del capitan general, como de todos sus compañeros que iban doloridos por dejarle en tierra.

Sentencia fué dignamente celebrada del poeta, que mudan el clima, pero no la condicion ni el ánimo los que pasan la mar: *(Horat.* lib. 1.º *Ep.* 2.ª *Coelum non animum mutant, qui trans mare currunt)* porque, como enseña la experiencia, siempre se quedan los mismos, lo cual se verificó en este siervo de Dios que siempre fué el mismo en la tierra y en el agua, en Lisboa y en Castilla, en Portugal y en el Brasil; el mismo en el fervor, el mismo en el celo, el mismo en el trabajo, el mismo en el espíritu y en la vigilancia, así de aprovechar su alma como las de sus prójimos, como se vió en esta navegacion, predicando y doctrinando á todos los de la nave, juntándolos á rezar y enseñándolos á guardar la ley de Dios y la frecuencia de los santos Sacramentos, á desterrar los juramentos y maldiciones, manteniéndolos en paz y en fervorosa devocion, en que fué el capitan de la nave el primero; como lo era en la milicia temporal, con el cual le sucedió lo que ahora diré:

Convidó un dia á comer al P. Manuel de Nobrega, y pusieron en la mesa un pez que habian cogido en la mar. Acaso el capitan dijo en la conversacion: «Muchos años há que no pruebo cabeza ni de pez, ni de carnero, ni de otra cosa alguna, en reverencia de la cabeza que cortaron á S. Juan Bautista, y siento que Dios me hace muchas mercedes por ello.» No alabó el Padre la devocion del capitan, ántes la tuvo por especie de supersticion y de agüero, como suelen tener los soldados, y en particular los nobles; y así le persuadió que dejase aquella que tenia por devocion y tomase otra diferente, que agradase más al santo. Pero como esta era antigua y habia echado hondas raices en su corazon, no se resolvió á dejarla, por lo cual, con espíritu profético, á lo que pareció, dijo al capitan que mandase echar un anzuelo en la mar, y que lo que saliese le diria lo que habia de hacer. Echaron el anzuelo, y por ordenacion divina salió prendida de él una cabeza de un pez cortada de su cuerpo, con grande admiracion, así de la novedad como de la profecía del siervo de Dios, reconociendo que sin duda la habia cortado y prendido en el anzuelo algun ángel para desengañar al capitan y á todos los demás de aquella supersticion, la cual dejó luego y comió de la cabeza, como el Padre se lo aconsejó, persuadido que semejantes devociones no son gratas á Dios por lo que tienen de supersticion.

El capitan y todos los pasajeros cobraron alto concepto de la santidad del P. Manuel de Nobrega, viendo las maravillas que Dios nuestro Señor obraba por su medio, y fué gran parte para el fruto que hizo, así en los portugueses como en los brasiles, segun diremos.

Despues de varios sucesos y de muchos riesgos y trabajos que pasaron en la navegacion, descubrieron la tierra del Brasil, adonde le habia señalado su apostolado Dios nuestro Señor. Aquí fué donde se alborozó su corazon como el de Moisés, cuando Dios le mostró la tierra de promision. Levantó las manos y los ojos al cielo y entonó con voz de ángel el *Te-Deum laudamus*, respondiendo y ayudándole todos sus compañeros con admirable devocion, dando al Señor muchas gracias por la merced que les habia hecho trayéndoles á aquella tierra, y pidiéndole su favor para servirle en ella publicando su santo Evangelio. Luego levantó el brazo y le echó su bendicion, haciendo sobre ellá la cruz para santificarla con ella y desterrar por su virtud á Satanás.

En llegando al puerto, tomó una grande cruz sobre sus hombros, como armándose para entrar en la batalla, y, siguiéndole sus compañeros y los portugueses que iban en la nave, saltó con la cruz en tierra, cantando salmos y oraciones, como el pueblo de Israel cuando salió de Egipto y pasó el mar bermejo, diciendo: *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est in nobis.* Y respondiendo todos, llegaron á lo alto de un collado adonde enarbolo aquel glorioso estandarte, que fué el medio de nuestra redencion y el arma con que triunfó de todos los enemigos Cristo nuestro Redentor, para triunfar de los de el Brasil por su medio, y tomar la posesion de aquella tierra en nombre del mismo Señor.

IV

Comienza su apostolado en el Brasil, y algo de lo mucho que obró.

Luego que desembarcó en el Brasil, dispuso la habitacion de los suyos con la pobreza que siempre habian profesado y la que entónces tenian, porque todas sus rentas y posesiones eran la confianza en Dios, y las limosnas que podian allegar entre los portugueses que habia en la tierra, que eran pocos y mal hacendados, como recien venidos y con designio de volverse á Portugal, y así padecieron mucha necesidad.

Labraron unas chozas pajizas y una pobre iglesia adonde poder orar, y decir Misa, y confesar á los que venian á buscarlos.

El P. Nobrega era el capitan y el primero que llevaba la madera, y el heno, y el barro para la obra; el que servia á los oficiales, dándoles el agua y los materiales y buscando de limosna lo que habian de comer, con sumo gusto y alegría, por rendir aquel tributo á la santa pobreza, virtud en que siempre se esmeró.

Pero no se olvidó del edificio espiritual por cuidar del material, entablando en aquella corta habitacion la distribucion y observancia religiosa de la oracion, exámenes, silencio y ejercicios espirituales, como si estuviera en el colegio más formado de la Compañía; y, como iba siempre delante con su ejemplo, fácilmente llevaba consigo á los demas.

Su primer estudio fué aprender la lengua de la tierra, para predicar á los naturales de ella, y en el ínterin no estuvo ocioso; porque, á imitacion de S. Francisco Javier, cuando entró en Goa, todo su cuidado puso en reformar las costumbres de los portugueses, que con la libertad de la tierra y la comunicacion con los gentiles, gente carnal y bárbara, necesitaban de reformacion, y su modo de vida era escándalo á los brasiles para no recibir la fe; y así les predicó con grande fervor y espíritu, instando una y muchas veces en el púlpito y en las conversaciones ordinarias, persuadiéndoles la virtud y la detestacion de los vicios.

Valióse tambien de la autoridad del gobernador y de todos los medios que pudo; y, aunque le costó mucho trabajo, y se vió en riesgos manifiestos de perder la vida, salió con su buen intento y reformó las costumbres de los cristianos antiguos, á quienes miran como á norte los que de nuevo vienen á la fe, y en particular reformó las injusticias que se hacian á los indios, y puso medio en los agravios que recibian de los portugueses, que eran de mucho impedimento para su paz y conversion.

Para los unos y los otros, así para la devocion y reformacion de los portugueses, como para la conversion de los gentiles, tomó el P. Nobrega á la Santísima Vírgen por Patrona y Abogada de todos y por guía y norte de todas sus acciones.

Para obligarla más, labró por sus manos y las de sus compañeros una ermita á la misma Vírgen, con título de nuestra Señora de la Ayuda, en la cumbre de un collado de la capitanía de Porto-seguro, que fuese como un castillo roquero para defensa y seguridad de todos y un refugio universal de los necesitados y afligidos.

La Beatísima Vírgen ha confirmado su devocion con muchos y grandes milagros que ha hecho, y desde entónces ha sido el Santuario más celebre y frecuentado de todo aquel reino: el primero de los milagros obró en su fundacion en la forma siguiente:

La montaña sobre que se fundó la ermita está cercada de cañaverales de azúcar, y aunque estos tienen mucha agua, no la tenia la cumbre del monte, y se hallaron forzados el P. Nobrega y sus compañeros á subirla con mucho trabajo y con ofensa de los dueños de las cañas, que sentian su daño y daba quejas al Padre, el cual se puso en oracion, como lo hizo S. Clemente en s

mejante necesidad, pidiendo á Dios que los socorriese con agua, y á la Beatísima Vírgen María que la alcanzase de Su Divina Majestad.

Llegado fatigadísimo uno de los compañeros con una carga de agua que subió para la obra, mirando á un tronco seco que estaba cerca del altar, dijo con muchas lágrimas: «Oh si la Vírgen Madre de Dios nos diese aquí una fuente de agua perenne, no molestaríamos á los vecinos, ni tendríamos la fatiga de subirla acá.» Oyendo estas palabras el P. Nobrega, dijo: «Tened confianza, Hermano, que poderosa es nuestra Señora para hacer este y mayores milagros.» Dicho esto, se puso á decir Misa con la devocion que el caso pedia en el altar de la misma ermita que se labraba de nuestra Señora de la Ayuda, y vínole bien el nombre, porque les ayudó á la obra, ahorrándoles el trabajo de subir el agua. Porque llegando á la mitad del sacrificio, habiendo levantado la Hostia, se abrió la tierra al lado del altar, á donde estaba el tronco seco, y, como si Moisés la hiriera con su vara milagrosa, brotó de repente un copioso cauce de agua con igual gozo y admiracion de todos, que no cesaban de dar á Dios y á su Madre Santísima mil gracias por ella.

Concurrieron de todas partes muchas personas á ver y llevar de aquel agua milagrosa, alcanzada de Dios por intercesion de su Santísima Madre y por las oraciones y confianza de su fidelísimo siervo el P. Manuel Nobrega, á quien miraron como á santo, y este crédito importó mucho para las obras que en adelante hizo en servicio de Dios y provecho de las almas.

El agua persevera hasta hoy corriendo de la milagrosa fuente, y como dada de Dios la llevan para los enfermos y es medicina de sus enfermedades.

Uno de los ministerios que más usaba era la explicacion de la Doctrina Cristiana á grandes y pequeños, á los fieles é infieles, porque esta enseñanza conviene á todos.

Juntaba los esclavos y negros por las noches, cuando venian del trabajo, y á los niños, así de los cristianos como de los gentiles, y enseñábales la Doctrina y las preguntas del Catecismo, y las oraciones de la Iglesia: dábales premios, con que los aficionaba, y al reclamo de los hijos venian los padres, que se alegraban de oirlos.

Llevábalos por las calles cantando las oraciones; y á donde no se oian ántes sino blasfemias de Cristo y de su Madre y oprobios de la religion cristiana, resonaban las voces sonoras de aquellos angelitos inocentes cantando las oraciones, y por este medio trajo gran número de gentiles al conocimiento de Cristo y se bautizaron muchos atraidos con el ejemplo de sus hijos, los cuales creciendo en edad, retuvieron la fe santa, que aprendieron cuando niños y la enseñaron á otros, y estos á otros, y así se divulgó por el Brasil la fe de Cristo.

V

Prosigue la misma materia del fruto que hizo en los gentiles.

El P. Manuel de Nobrega fué el primero de la Compañía que entró en los estendidos reinos del Brasil á promulgar la fe de Cristo, y el primero que dió la luz de su Evangelio á aquel ciego barbarismo, el cual, como apuntamos arriba, era de innumerables gentiles, que vivian por los montes y las selvas, como fieras y brutos, sin género de gobierno ó policía.

Por esta causa no podia el Padre juntarlos para predicarlos y convertirlos, y andaba á pié con inmenso trabajo, padeciendo terribles inclemencias de los tiempos por los montes y sierras, por los páramos y desiertos, con manifiesto peligro de ser comido de las fieras, durmiendo sobre los árboles y en las aberturas de las peñas, para hallarlos y darles noticia de la ley de Cristo, hablándoles en su lengua.

Mas como no se podian enseñar sin tiempo y perseverancia para aprender los misterios y los preceptos de la Iglesia, puso el hombro á recogerlos y traerlos de los montes, y reducirlos á poblaciones, cosa que le costó inmenso trabajo por su indómito natural y su agreste condicion; pero al fin, con el favor de Dios, á costa de inexplicable trabajo, fundó muchas aldeas no léjos de la poblacion de los portugreses, y levantó iglesias, donde los juntaba y enseñaba, y por este medio bautizó millares de gentiles alumbrados con la luz del Evangelio.

Trocólos de brutos en racionales y de fieras en corderos; dióles leyes para gobernarse, señaló jefes y caciques á quien obedeciesen, y procuró que fuesen estos cristianos, para que con su ejemplo se convirtiesen los gentiles.

Quitóles el abominable vicio de comer carne humana y de matarse para esto unos á otros; desterró las borracheras tan usadas entre ellos; puso freno á sus carnalidades, casándolos cada uno con su mujer; estableció la paz de unos con otros, porque de ántes todos andaban en guerras.

Quitóles los ídolos y derribó y quemó los adoratorios en que veneraban al demonio, y en su lugar puso cruces en que fuese adorado el Dios verdadero; persiguió las hechicerías que los traian engañados y desterró los hechiceros; y finalmente, cuando entró en el Brasil, le halló una selva inhabitable de pecados y vicios, y en treinta años que estuvo en él, le trocó en un paraíso de virtudes, enseñando y domesticando á sus naturales, haciéndolos cristianos de gentiles, dándoles muchas devociones con Dios y sus santos en lugar de sus idolatrías, y los que, cuando él llegó, no sabian más que comer y beber

y darse á brutalidades, ya eran templados, modestos, mansos, pacíficos y devotos cristianos, que gastaban sus vidas en rezar y trabajar en obras de piedad y devocion, empleando las fuerzas y el tiempo en el servicio de Dios y bien de sus almas.

El P. Baltasar Tellez dice que fueron tantas y tales las cosas que obró y los casos particulares que le sucedieron con los gentiles que, si se hubieran de referir todos, hicieran una historia muy cumplida: yo referiré algunos para que se vea la grandeza de su espíritu y las obras que Dios obraba por su mano.

El primero sea de un insigne hechicero, que traia engañada grande parte del Brasil, haciéndose temer y venerar á su albedrío con tanto respeto como si fuera Dios; tronaba, y apedreaba, y llovia cuando queria; heria y sanaba á los pobres indios segun su voluntad; y con el temor que le tenian en presencia y en ausencia; reverenciaban su nombre, y concurrian de todas partes á pedirle su favor y medicinas para sus enfermedades, que les daba por orden de Satanás. Vivia retirado en los montes, y no se dejaba ver sino era por grande favor, con que se hacia estimar más.

Viendo, pues, el P. Nobrega que este maldito hombre era gran lazo de Satanás y perdicion de muchas almas, hizo el último esfuerzo para verse con él, y al fin lo consiguió, señalando el hechicero tiempo y lugar para verse los dos, que fué la cima de una montaña, adonde concurrió infinita gente á ver guerrear á los dos caudillos, el uno de Jesucristo y el otro del demonio, como David con Goliat.

Vino el hechicero muy hinchado y soberbio, adornado de plumas y de preseas más vistosas que de valor. Preguntóle el P. Nobrega con espíritu y libertad de santo, con voz alta que le oyeron todos: «¿En virtud de quien haceis vos las obras que de vos se cuentan? ¿es en nombre de Dios verdadero, criador de todas las cosas, ó en nombre del demonio, enemigo del linaje humano, padre de mentiras é inventor de falsedades?»

Respondió el hechicero con una soberbia y arrogancia diabólica: «Yo soy el mismo Dios é hijo del que reina en el cielo, que me ama como padre, y se me ha mostrado muchas veces en nubes resplandecientes, echando rayos y truenos.»

¡Oh vano y soberbio Lucifer!—dijo el siervo de Dios con espíritu de santo y palabras encendidas en fuego; tú eres un vil gusanillo, que con embustes diabólicos traes engañado el pueblo. Humíllate al punto á mis pies y reconoce la virtud del Altísimo, y si no, luego te sumirá en el profundo y deshará tus enredos.

Esto dijo con imperio tan soberano, que el miserable hechicero atónito y

temblando se arrojó á sus pies, como Goliat herido con la piedra de David, y pidió perdon al Padre, confesando á voces que el Dios que adoraba era el Dios verdadero, y que queria ser cristiano, y pedia y suplicaba ser alistado entre los que recibian el bautismo.

Levantóle el Padre del suelo con muestras de mucho amor, llevóle consigo, regalóle é instruyóle para darle el santo bautismo, que recibió públicamente con admiracion de los indios que, admirados con esta victoria y movidos con su ejemplo, se rindieron á la ley santa de Cristo y se bautizaron muchos, con inefable gozo de los cristianos que no cesaban de celebrar este triunfo, que fué como el de David; porque derribada esta torre y vencido este filisteo, quedó todo el campo por el P. Nobrega, y bajaron de los montes innumerables idólatras sujetos al hechicero, y se agregaron á las aldeas, y recibieron la ley de Cristo, en la cual hallaron más seguridad y más saludables medicinas, que les daba con sus embustes aquel diabólico hechicero.

Visitaba el apostólico Padre las aldeas de los recien convertidos muy á menudo, á pié, con un báculo en la mano, y subia por los montes, aunque con mucho trabajo cuando estaba viejo, á buscar á los gentiles y á traerlos al gremio de la Iglesia, y bautizar los niños recien nacidos y los que estaban al pecho.

Predicábalos, esforzábalos, visitaba los enfermos y enterraba los muertos, administrando á todos con admirable caridad los Sacramentos de la Iglesia; asistia á los moribundos y poblaba de sus almas el cielo; amábalos como padre, y socorríalos como á hijos, y defendíalos con valor de los agravios que pretendian hacerles, con que los tenia tan ganados, que le amaban más que los padres á sus hijos, y cuando entraba en las poblaciones le recibian con ramos, flautas y atambores, y no veian fiesta que hacerle, juntándose todos para oirle y tomar el pasto de su doctrina, que era el alimento de sus almas.

VI

Trabajos y peligros que padeció por Cristo.

No le faltaron á este siervo de Dios el crisol de los trabajos y el fuego de las persecuciones en que refinar el oro de su caridad, porque, con el celo que tenia de la gloria de Dios y del provecho de las almas, y en particular de la conversion de los indios; siempre que algunos portugueses, vencidos de la codicia, les hacian algun agravio, el P. Nobrega, como valeroso capitan y defensor de la justicia, salia al campo con ánimo varonil, y, oponiéndose á

las flechas de los mal intencionados, defendia á los pobres indios, y resistia á los que los agraviaban, por lo cual le cobraron mortal odio, y pretendieron acabarle, para poder con libertad ejecutar sus maldades.

Pero el siervo de Dios, venciendo con paciencia y constancia sus demasías, con el favor de Dios y con el del rey D. Juan III de Portugal, á quien dió cuenta de las injusticias que usaban con los indios, haciéndolos cautivos siendo libres, y sirviéndose de ellos como de esclavos, robándoles sus haciendas y sus mujeres; puso término á sus desórdenes, y refrenó sus tiranías, por las cuales los indios aborrecian á los cristianos y la ley que profesaban, que tales cosas permitia; verificándose en estos malos cristianos lo que dice S. Pablo, que por su escandalosa vida era el nombre de Dios entre las gentes blasfemado, y por la santa vida y celo de la gloria divina y provecho de las almas de este santo Padre, era reverenciado y alabado y recibida su ley como buena y como santa.

Fué su valor tal, que estuvo resuelto de edificar una ciudad cien leguas de los portugueses, y llevar á ella los indios convertidos, por asegurarlos de sus escándalos y tiranías; y lo ejecutara, si no se lo impidiera el gobernador: y no fué una, sino muchas veces, las que restó su vida y se ofreció á la muerte por esta causa, como se verá en el caso siguiente:

En la capitanía de S. Vicente se desmandaron algunos portugueses contra los indios en hacerles agravios tales que, apurados de sus tiranías, se amotinaron los indios, y tomando las armas, formaron ejércitos y acometieron á las tierras conquistadas, hiriendo y matando á cuantos encontraban, con tal furor y potencia, que no se hallando los portugueses con fuerzas para resistirlos, se resolvieron á despoblar aquella capitanía, y retirarse á las ciudades reforzadas.

Viendo el P. Manuel Nobrega el gran daño que venia á toda aquella cristiandad de esta resolucion, dejándola desamparada; se ofreció á entrarse por los enemigos, y aplacarlos, y reducirlos á concordia y á paces con los portugueses, que los habian agraviado.

Todos tuvieron por temeraria esta accion, juzgando que gente tan barbara, con las victorias insolente, en lugar de hacer paces, le quitarian la vida como habian hecho á los demás; pero el siervo de Dios ofreció la suya por el aumento de su gloria y bien de las almas; y con más ánimo, que fuerzas, confiando en la bondad infinita del Señor, que nunca desampara á los que se emplean en su servicio, se entró por las tierras de los enemigos acariciando los cuanto pudo, y hablándolos con tan dulces palabras, que de leones fieros se trocaron en mansos corderos.

Propúsoles con mucha sumision las razones que habia de conveniencia pa

ra todos en hacer paces con los portugueses, los daños que les venian de la guerra y los bienes que interesaban con la paz, ofreciéndoles satisfaccion de los agravios pasados y toda seguridad en adelante.

Tanto pudo con sus buenas razones, que los redujo á concordia, y asentó la paz con buenas condiciones para todos; y, para firmeza de lo tratado, enviaron diez indios principales por rehenes á los portugueses, y el P. Nobrega con su compañero se quedaron por prendas en poder de los bárbaros, llevando aquel cautiverio con alegría, por concluir negocio tan árduo y paces tan deseadas, en que se interesaban las vidas de tantos como en la guerra morian, y la cristiandad y salvacion de inmensas almas, que oprimidas de las tiranías de los bárbaros, desampararan la fe de Cristo, siendo forzados á favorecer su bando.

Grande fué el alborozo de los portugueses con tan feliz suceso y con nueva tan alegre, cuando la esperaban de que los indios le habian hecho pedazos y comido en sus banquetes, como lo acostumbraban en casos semejantes. Pero como Dios asistia al santo Padre, libróle de aquel riesgo, dándole gracia para efectuar las paces, si bien, para hacer mayor ostentacion de su caridad, permitió que los indios vecinos á los jamoyos, que fueron los confederados, juzgando por perjudiciales á sus tierras aquellas paces, tomaron las armas y vinieron contra ellos, para impedirlas y estorbarlas.

Viendo sus banderas el valeroso Padre, y que se acercaba su ejército con más ánimo que fuerzas se entró por sus escuadrones, y habló á los capitanes con tal elocuencia y fuerza de razones, que aunque eran tan ajenos de ellas, los detuvo y redujo á partido conveniente, y los hizo dejar las armas, confederándolos con los indios jamoyos sus vecinos y con los portugueses, que no cesaban de darle gracias por obra tan heróica, tan deseada, y tan útil para todos; pero él más humilde con la victoria, que estuvieran otros ufanos, decia que se las diesen á Dios que la habia obrado, que él era un vil gusanillo, y no sabia sino cometer pecados.

No fueron estos riesgos solos de que le sacó con victoria la mano poderosa del Altísimo, sino otros muchos en que se vió unas veces de ser muerto de los gentiles y hechiceros, y otras de ser ahogado, como le sucedió en el mar de S. Vicente, en el cual tuvo una furiosa tempestad, que dió al través con la nave, y la sumió en el profundo, y, ahogándose los pasajeros, clamó á Dios, y no sabiendo nadar, se halló milagrosamente en la playa, á donde sin duda le sacó algun ángel, porque no hubo otra persona que pudiese ayudarle ni sacarle: merced tan singular, que nunca pudo olvidarla, dando contínuamente por ella á nuestro Señor las gracias.

Otras veces le libró de tigres y leones, otras de ponzoña que pretendie-

ron darle, pero ninguno de todos estos riesgos fueron poderosos para acobardar su ánimo, porque le tuvo siempre superior á todos, ofreciendo gustoso la vida por la gloria de Dios, y por la salud eterna de las almas.

Los primeros diez años que estuvo en el Brasil tuvo nombre de Superior y Vice-Provincial, porque estaba subordinado al Provincial de Portugal, pero el buen Padre trabajó con tanta solicitud en el aumento de la Compañía en aquella tierra, y edificó tantos colegios, casas y residencias de los nuestros, que formó una provincia muy cumplida, y, como á tal, la separó nuestro Padre General de la de Portugal y la hizo provincia separada, y dió patente de Provincial al P. Manuel de Nobrega, el cual fué el primero de Brasil, como fué tambien el primero de la Compañía que entró en aquel reino, y el primero que predicó en él y que convirtió y bautizó á sus moradores, alumbrándoles con la luz del Evangelio. Por lo cual le dieron con razon título de apóstol del Brasil y primero fundador de aquella provincia, la cual gobernó con admirable prudencia y promovió en espíritu y observancia, no ménos con el ejemplo de su santa vida, que con sus exhortaciones y fervorosas palabras.

VII

Sus virtudes y su santa muerte.

Dificultoso será vadear el piélago inagotable de sus muchas virtudes, las cuales encubrió su humildad, huyendo de los aplausos del mundo por vivir á solo Dios; pero las centellas que brotaban del fuego de su pecho y las llamas de caridad para con los prójimos, que se han visto en el discurso de su vida, manifestaban el incendio divino de caridad y amor de Dios, que ardia en su corazon perpetuamente, el cual le forzaba á entregarse con tantas veras á los peligros de la muerte, y á trabajar infatigablemente por adelantar su gloria y traer las almas de fieles y de infieles á su servicio.

Testimonio es tambien de esta verdad el estudio tan contínuo que tuvo de la oracion, y el trato familiar con Dios, en que gastaba todo el tiempo que le quedaba de los ministerios con los prójimos; de dia los predicaba, y confesaba, y enseñaba á los niños y rudos, y bautizaba á los infieles; y las noches en que habia de descansar, velaba en oracion, teniendo todo su descanso con Dios.

De aquí le nacia que á todos tiempos y horas le hallaban templado para negociar con él, y salia del trato de los hombres tan devoto como si saliera de la oracion, porque nunca perdia á Dios de vista, ni derramaba su corazon

en las obras exteriores, y así se verificaba en él la sentencia de aquel Santo, que dice: *El hombre devoto fácilmente se recoge, porque nunca se derrama.*

Echábase esto de ver en la devocion con que decia la Misa, porque cercado de tantas y tan contínuas ocupaciones, ya del gobierno doméstico, ya de la conversion de los indios, ya de los portugueses que acudian á él como á un oráculo, por consejo en todas sus cosas; en llegando al altar, se transformaba en otro hombre, diciendo la Misa con tanta pausa, quietud, espacio y sosiego, como si no tuviera otra cosa que hacer en todo el dia: y la vez que ménos tardaba era una hora de reloj, para lo cual sacó del Superior dispensacion de la regla.

Allí se regalaba con Dios y Dios le regalaba, haciéndole muchas mercedes y dándole celestiales ilustraciones para el acierto de los negocios que trataba y los ministerios que tenia entre manos; porque la oracion es el taller a donde se forman los aceros y la fragua á donde se labran las armas que fortalecen el espíritu, y de ella salia este valeroso capitan como pinta S. Juan Crisóstomo á los que dignamente comulgan, como leones, respirando fuego, á los demonios formidables y terribles.

Así lo era el P. Nobrega á los enemigos de la fe, fortalecido con este maná del cielo que era el sustento de su alma.

Tuvo don de lágrimas, las cuales vertia en abundancia, así en la oracion como en la Misa y en el rezo, enternecido su espíritu con la memoria de los beneficios divinos y con la Pasion de Cristo, con quien se regalaba.

En las virtudes religiosas fué exactísimo, porque no hubo pobre mendigo más vilmente vestido que él andaba; casi siempre se sustentó de limosna en los colegios y casas, porque no tenian otra renta más de la limosna que les daban fuera de casa en las misiones, porque no llevaba bolsa ni alforja, ni otra prevencion ó matalotaje más que la confianza en Dios, la cual le hizo magnánimo y emprender cosas difíciles y concluirlas con felices sucesos, como fué fundar toda una provincia y sustentarla, sin tener un real de antemano, pobre y mendigo; pero rico con su grande confianza con que la comenzó y acabó, y la gozó veinte años formada.

¿Qué diré de su obediencia y castidad, en que no fué ménos extremado? Porque desde la hora que entró en la Compañía, se desnudó de toda su voluntad; y nunca la tuvo en ella, ni más querer ó no querer que el de su Prelado, cualquiera que fuese, aunque le señalasen un Hermano ó novicio de un dia; porque no miraba á la persona, sino á Dios, á quien representaba y cuyo lugar tenia.

Preguntáronle un dia, ¿qué grado querria en la Compañía? Y respondió no querer alguno, sino el que quisiere el Superior; y por esta resignacion le

dieron el supremo de cuatro votos que tiene la religion; y, como supo tan bien obedecer, supo tambien gobernar, porque de buen súbdito se hace buen Prelado, y no es bueno para gobernar, sino el que supo obedecer.

Su pureza fué más que humana, en tanto número de ocasiones como tuvo conversando con bárbaros carnales, que andaban los más desnudos y eran la misma sensualidad y vivia entre ellos como sino fuera de carne, o fuera un ángel del cielo imposibilitado de pecar, porque su pureza era tal que hacia castos á los que trataba, y los componia y refrenaba asi con sus palabras como con su modestia, recato y compostura, que fué siempre ejemplar.

Para mayor testimonio de su pureza, quiero poner aquí el que da de este siervo de Dios el P. Baltasar Tellez en la primera parte de la *Coronica* de la provincia de Portugal, lib. 3.º, cap. VIII, por sus propias palabras, que son las siguientes:

«Ordenó Dios nuestro Señor las cosas de suerte, que se hallase en una brava tormenta en el mar, en que todos se dieron por perdidos, y cuando los afligidos navegantes, pidiendo misericordia al cielo, suelen confesar sus pecados públicamente y manifestar los secretos interiores de sus almas, principalmente los que les están más presentes en la memoria y estimulan más la conciencia; persuadido este purísimo religioso que era llegada su hora, despues de cumplir con todas las obligaciones de buen cristiano y de varon apostólico, preparándose á sí y ayudando á los otros, confesó en voz alta que lo que más en aquella hora le animaba y consolaba era la guarda del voto de la pureza que siempre habia traido delante de los ojos, como joya de inestimable precio, de la cual Dios por su misericordia divina habia dotado á la Compañía; y luego con un espíritu más que humano, como por última manda de los que se apartaban en esta vida, maldijo á aquellos que por alguna hora fuesen causa de mancharse este don preciosísimo, que tanta hermosura daba á su religion, y esto con tal vehemencia de espíritu, con tal fuerza y autoridad de palabras, que quien le oia juzgaria que tenia jurisdiccion de Dios sobre los que no fuesen fieles en esta virtud, y que se podrian temer los venideros, que á quien en ella faltase le alcanzase esta maldicion fulminada por un varon tan admirable, y en tan notable ocasion, porque Dios nuestro Señor cuando antiguamente dió poder á algunos Profetas para amenazar con maldiciones á su pueblo, no quedó imposibilitado para dar potestad semejante á un hombre tan apostólico sobre los desleales (si los hubiesen en esta parte) á la Compañía. Escapó el Padre de este trabajo del mar, porque si bien le esperaban otros no menores en la tierra, parece que permitió

Dios aquel sólo á fin de darnos un testimonio tan cierto de su pureza angélica.»

Hasta aquí el P. Baltasar Tellez. Luego cuenta las grandes penitencias, mortificaciones y trabajos con que maceró su cuerpo, que tal pureza no se adquiere ni conserva sin gran aspereza, como la usó toda su vida este siervo de Dios, siendo verdugo de su cuerpo. Ejercitándose, pues, en estas y otras virtudes, vivió los tres últimos años en el colegio que habia fundado del Rio Janeiro, empleando las pocas fuerzas que le habian quedado en su vejez, en la oracion y trato con Dios, y en los ministerios de la Compañía con los prójimos. Y llegando á los setenta años de su edad, le llamó Dios para darle el premio de sus trabajos, y como á siervo fiel le reveló el dia y hora de su muerte; y, aunque la tuvo en silencio, el gozo y alegría que brotaba por el rostro de acercarse ya el fin de su destierro publicó lo que callaba la lengua. Salió luego por la villa á despedirse de sus amigos y conocidos, y de sus amados hijos, á quien habia engendrado en Cristo, abrazándolos tiernamente y con más lágrimas que palabras, les decia, que se quedasen con Dios y perseverasen en el bien, excusando con todas sus fuerzas las ofensas del Señor, porque él se partia á donde no le verian más; y preguntándole á qué tierra ó lugar, no respondia más que levantar con suspension los ojos al cielo, significando con esta accion que se partia á la bienaventuranza, á donde Dios le esperaba para vivir eternamente. Él lloraba y todos lloraban, y hubo un llanto como el que dice S. Lúcas (Actor. 20, 37), que hubo en los fieles cuando S. Pablo se despidió de ellos, diciendo, que no verian más su rostro, porque iba á Jerusalen. Así le hubo en los del Brasil, cuando su apóstol el P. Manuel de Nobrega se despidió de ellos para ir á la Jerusalen del cielo. Acompañáronle todos hasta nuestro colegio, á donde se recogió con Dios á solas; recibió con suma devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, y los ojos en la bienaventuranza, como Moisés en la tierra de promision, entretenido en devotos y dulces coloquios con Dios, dió su espíritu al Señor á diez y ocho de octubre, dia del glorioso Evangelista S. Lúcas, que para él fué dia señalado y feliz, porque en este dia nació al mundo, en este fué admitido en la religion, y en este renació para el cielo, á donde vive y vivirá eternamente gozando el premio de sus merecimientos. Todo el Brasil lloró su muerte, como la de José todo Egipto, por haber sido su Padre, su pastor, su maestro y su segundo redentor, sacando á sus naturales de la ceguedad del paganismo.

Su cuerpo fué sepultado con suntuosas exequias y con innumerable concurso de la villa y su comarca, aclamándole todos por santo, y estimando como de tal sus reliquias. El año puntualmente no lo dice su Historia; pero,

segun el cómputo de lo que estuvo en la Compañía y el Brasil, fué el año de mil y quinientos y ochenta y uno. Fuera del P. Baltasar Tellez, hace honorífica mencion de sus obras y virtudes la primera parte de la *Historia de la Compañía* en varios libros.

P. ANDRADE.

P. JUAN AZPILCUETA NAVARRO

EL siervo de Dios P. Juan Azpilcueta entró en la Compañía el año de 1545 en Coimbra, y despues, el año de 1549 fué enviado al Brasil con los PP. Manuel Nobrega, Antonio Petrio, Leonardo Nuñez, Jacobo Jacobeo y Vicente Rodriguez.

Partieron de Lisboa á primero de febrero, y en cincuenta y seis dias tomaron puerto en el Brasil.

Aunque todos estos Padres fueron celosos del bien de los indios, era admirable á todos el P. Juan Azpilcueta, el cual penetró por varias partes, y viendo los indios tan esparcidos y divididos, que no podia instruirlos y enseñarlos, pasó muchos dias y noches entre ellos sin hacer fruto; mas, en sabiendo bien su lengua, que la aprendió en pocos meses, tuvo tan prósperos sucesos, que admirados los portugueses, acordándose del fruto que habia hecho S. Francisco Javier, siendo navarro, en los indios; decian que parecia guardo nuestro Señor la conversion de los indios para los Padres de Navarra.

Edificó dos casas para instruir los catecúmenos, reprendió mucho á estos indios el comer carne humana, y con la luz del Evangelio les quitó este abuso.

Tenia repartidos los dias, y acudia unos dias á unos pueblos y otros dias á otros, donde se juntaban y les enseñaba el catecismo y doctrina cristiana Escribió en un papel la oracion del Padre nuestro, y mandábala poner sobre los enfermos, y con solo esto sanaban de sus enfermedades.

Trabajó mucho en desarraigar los vicios de estos indios, y mucho tiempo sin fruto, hasta que Dios con castigos del cielo los abrió los ojos.

Habia en un pueblo gran disension entre los indios, y como no se compusiesen con los avisos y ruegos del Padre; de repente, sin saberse de donde, se

encendió un fuego grandísimo, que abrasó las más de sus casas, y el ardor de este incendio apagó el de sus iras y odios.

En otro pueblo se cometian muchos pecados sin castigo, haciéndose sordos á las voces del Padre, que les convidaba á penitencia; se encendió de repente otro fuego, que con ninguna agua ni diligencia humana pudo apagarse; si no es una sola casa se abrasaron todas, y aquella casa era de uno que con logros habia ganado lo que tenia, que era muy rico, y tenia públicamente la manceba en su casa; y como él se gloriase y jactase de que falsamente le imputaban estos pecados, otro dia cayó fuego del cielo que quemó su casa con cuanto en ella tenia, volviéndolo todo en ceniza. Y el año de 1555, este santo Padre, rico de trabajos que padeció por la conversion de aquellas almas, estando en la bahía pasó de esta vida á la eterna, y recibió el premio debido á sus obras.

P. NIEREMBERG.

HH. PEDRO CORREA Y JUAN DE SOSA

EL bendito H. Pedro Correa, ilustre mártir por la castidad y confesor de Cristo en su santa vida y dichosa muerte, fué natural del reino de Portugal, de padres y linaje muy noble.

Pasó al Brasil con otra gente principal, que fué á conquistar aquella tierra, y él fué más con deseo de ganar para sí los bienes de ella que de comunicar á aquellos bárbaros los del cielo.

No habia en el Brasil ningun portugués más poderoso que nuestro Pedro, y era el más tirano de todos contra aquellos indios, y, ántes que fuesen allá los de la Compañía, usó con ellos mil injusticias, violencias y tiranías. Andaba con un navío todas aquellas costas del Brasil, y con mano armada cogia multitud de indios, en busca de los cuales iba como á caza, persiguiéndolos como á fieras y tratándolos como á tales. Despues los iba á vender á los otros portugueses, para que fuesen sus esclavos y trabajasen en los ingenios del azúcar y en otras haciendas suyas.

Este pecado lloró despues toda su vida como otro S. Pedro, y se puede decir que como otro S. Pablo consiguió la misericordia de Dios, porque lo hizo ignorantemente, segun de sí lo confiesa el apóstol; porque pensaba que

ántes hacia mucho servicio á Dios en traer aquellos bárbaros, aunque fuesen cautivos, adonde estaban los portugueses, porque con su trato tendrian algun conocimiento de la ley de Cristo del cual carecian en sus tierras, y así les ponia en ocasion de su salud eterna.

Cuando llegaron los Padres de la Compañia de Jesus al Brasil, le desengañó el P. Leonardo Nuñez, advirtiéndole cuán grandes injusticias habia hecho. Clavóle el corazon, y muy pesaroso de su tlranía, determinó satisfacerla en cuanto pudiese, y no le pareciendo que lo podia hacer mejor que dedicándose en la Compañía de Jesus al bien y provecho de los indios, fué recibido en esta religion, en la colonia de S. Vicente, para gran gloria de Dios y salvacion de muchas almas; porque respondió el efecto á su deseo, y todo el tiempo que vivió en la Compañía, no sólo su trabajo é industria, pero su sangre y vida puso por remediar espiritualmente aquellas gentes.

Ayudóle mucho saber la lengua de los brasiles tan bien como ellos mismos, y la hablaba con tanta elegancia, que le llamaban los mismos brasiles el Doctor de la elocuencia. Con esto pudo hacer oficio de maestro con los nuestros, para que aprendiesen aquella lengua, y con los brasiles de apóstol, porque con su gran elocuencia les explicaba con gran claridad los misterios de nuestra santa fe.

Hizo muchas conversiones, edificándose los bárbaros de su grande humildad, ejemplo de vida y celo santo que en él veian; porque verdaderamente no perdonaba á trabajo ni penalidad alguna, por reducir aquellas naciones al suave yugo de Cristo. Decia, acordándose de su vida pasada, que no tenia otro camino para salvarse, sino es entregarse todo á procurar la salvacion de aquellas gentes, á las cuales habia hecho tanto daño. Al fin, hizo tanto con su trabajo, ejemplo, prudencia, celo y predicacion, que se le deben las primicias de la gran miés que despues acá se ha cogido en aquellas partes para el cielo.

Temió el demonio la guerra que le hacia el H. Correa, á quien aborrecia como á su capital enemigo, y deseaba quitarle la vida temporal, porque no fuese causa de la eterna á tantos.

Yendo una vez enviado de la obediencia á un lugar de indios, se le cayeron sobre la cabeza dos vigas, que le quebraron los cascos mortalmente; juzgáronle todos por acabado, pero ¡cosa maravillosa! al otro dia amaneció bueno y sano, como si ni una paja le hubiera tocado, para poder proseguir su camino hecho por obediencia, la cual virtud es tan agradable á Dios, que obra por su causa semejantes maravillas,

Tuvo despues un grande corrimiento y dolor á los ojos, mal muy dificultoso de curar en aquella tierra: hicieron oracion por él los nuestros, y el mis-

mo dia se le quitó todo el corrimiento y dolor como por la mano. Era muy preciosa la vida y salud de este santo Hermano, y Dios le tenia guardado para una muerte preciosísima en su divino acatamiento.

Llevábale entónces el Señor, para que con su industria y trabajo abriese á muchos las puertas del cielo; porque halló que tenian los bárbaros grande cantidad de cautivos, para hacer de ellos espléndidos banquetes. Estábanlos engordando, como en Europa ceban á los capones, para que fuesen más pingües platos de sus inhumanos convites porque tenian por la más regalada comida la de carne humana.

Procuró el siervo de Dios librar aquellas víctimas, y no pudo recabarlo con los bárbaros, en los cuales no la razon sino el apetito dominaba. Ni el P. Nobrega, Provincial de la Compañía, que despues vino, pudo hacer más. Pidió nuestro Correa á los brasiles, que por lo ménos les dejasen bautizar aquellos miserables; pero como el demonio les habia persuadido que las carnes bautizadas por el bautismo de los criastianos perdian su sabor ó se emponzoñaban de manera que morian los que comian de ellas, no lo quisieron consentir; pero la ingeniosa caridad del H. Correa pudo más que la bárbara crueldad de los brasiles. Tomaron el Padre y el H. Correa lienzos mojados en agua, y despues, estrujándolos sobre los que habian de ser muertos, los bautizaron á todos, sin entenderlo los brasiles, despues de haberlos instruido en los principales misterios de la fe, y les estuvieron consolando y esforzando, hasta que se hizo carnicería de ellos.

Por este tiempo los carrigios, gente de América, y ya fuera del Brasil, habiendo tenido noticia de la bondad de la ley de Cristo, por habérsela dado unos castellanos que estaban en Paraguay, desearon grandemente recibir el bautismo.

Avisaron al P. Provincial, para que fuera á sus tierras ó les enviara predicadores; pero los operarios eran pocos y las mieses muchas; no se pudo acudir tan presto á todo. Y como el deseo de los carrigios era tan grande, determináronse doscientos de ellos, con los cuales venian algunos castellanos, de buscar á los predicadores de Cristo, pues ellos no podian buscarlos, y ser bautizados todos.

Fué rara esta resolucion y un efecto admirable de la divina gracia, que se determinase tanta gente á dejar sus tierras, y entrarse por las de naciones no conocidas, sino ántes crueles y enemigas del género humano, poniéndose á hacer tan largo camino, que no era ménos que de doscientas leguas.

Venian muy contentos los buenos carrigios, aunque con peligro evidente de sus vidas; y su dicha fué que perdiéndolas, entrasen por las puertas del cielo, cuando venian á entrar por las de la iglesia: y no fueron más presto

alistados por ciudadanos de la militante, que lo fueron de la triunfante; por que en el camino fueron despedazados de los tupinaquinos, gente muy feroz, y así le abreviaron, siendo bautizados en su propia sangre; y como canta la Iglesia, con el atajo de una muerte sagrada poseyeron la vida bienaventurada.

Morian con tanta fe y esperanza de la gloria, que mientras les herian los homicidas, les estaban diciendo: *Cortad y despedazad á vuestro gusto estos cuerpos perecederos y caducos; pero no podreis detener á nuestras almas que no vayan á ver hoy á su Criador*. Con esta constancia fueron muertos, sino es algunos que quedaron presos y un castellano que se escapó, y vino á la Colonia de S. Vicente, á dar la nueva de lo que pasaba.

Fué luego enviado allá el H. Correa, para que como diestro en la tierra y en la lengua, ablandara algo aquellas fieras de los tupinaquinos; si bien con no poco riesgo de su vida; pero quien la tenia ofrecida á Dios por el remedio de sus prójimos, no tenia ya que temer ni que perder, pues perdiendo en esta causa la vida, ántes la ganaba.

Tuvo buen efecto la ida del santo Hermano, y sacó del poder de los barbaros á dos castellanos, que le dieron libres, con los cuales se volvió para componer mejor las cosas.

Él quedó tan pagado del buen natural de los carrigios presos, y tan enternecido de la fe de los muertos, y tan edificado de todos por la estima que habian mostrado de nuestra santa ley, que pidió al P. Provincial le dejase ir á sus tierras para darles el pan de doctrina que pedian, y no habia quien se le repartiese.

Concediósele el P. Provincial; y, porque en aquella ocasion habia aportado á la costa de S. Vicente un navío de castellanos derrotado, que iba al Paraguay, y habia padecido naufragio, y se habia de tornar á partir al Paraguay; pidió el gobernador del Brasil al H. Correa, que él se fuese por tierra aplacando á las naciones de la costa, para que cuando arribasen los castellanos que iban por agua, no les hiciesen mal los bárbaros. En esta conformidad se partió el H. Pedro, con otros dos Hermanos compañeros que le dieron; uno se llamaba el H. Juan de Sosa, y el otro el H. Fabian.

Iba el H. Pedro haciendo su oficio de pacificador por donde quiera que pasaba porque, con la propiedad de su lenguaje y suavidad de razones, hablaba como quien tenia potestad en áquellas gentes, entre las cuales iba tambien dando noticia de Cristo, evangelizando los bienes y la paz de nuestro Salvador.

Entre otras buenas obras que hizo en el camino, fué una esta. Topó a un castellano preso de los bárbaros y mal herido con otros dos brasiles tambien cautivos y dedicados á su gula. Dijo á los bárbaros tantas cosas el H. Correa

para que desistiesen de aquella inhumanidad, que les ablandó y redujo á que se los entregasen. El español estaba muy malo de la herida, y así dejó con él para que le curase al H. Fabiano, pasando él adelante con el H. Juan de Sosa y con los dos brasiles que libró de la muerte.

Era este H. Juan de Sosa de rara virtud áun desde que era seglar. Servia á un hidalgo honrado, de los que estaban en el Brasil, con el amor y obediencia que encarga el Apóstol á los siervos. Ayunaba tres dias en la semana; tenia muchas devociones, y era tan compuesto en todas las cosas, que no consentia que delante de él se hiciese ó dijese cosa mala, aunque por esta causa sufrió muchos escarnios y malos tratamientos.

Mereció su virtud que Dios se la perficionase en la religion, y así se adelantó mucho despues que entró en la Compañía, gustando siempre de los oficios más humildes, y el de cocinero era en él casi contínuo. De aquí le sacó la obediencia para esta gloriosa empresa; y aunque en los nacimientos y calidades eran tan diversos los dos Hermanos, la gracia del Señor les hizo unos en el espíritu y en la muerte dichosa que tuvieron.

Llegaron á los carrigios despues de haber pasado grandes trabajos y peligros; predicaron á Jesucristo con su santa vida y piadosas palabras; causaron gran mocion en aquella gente, y no sólo los del pueblo, pero los más principales querian ser cristianos.

Iba todo próspero, cuando el enemigo del linaje humano entró en uno de aquellos dos hombres castellanos, que habia librado el santo H. Correa de las manos y vientres de los brasiles, cuando les querian comer, y habia ya vuelto á los carrigios, con los cuales tenia mucha mano.

A este desagradecido hombre habia hecho el H. Correa otro mayor beneficio que el pasado, y fué quitarle una amiga, con la cual estaba amancebado, lo cual sintió tanto, que determinó vengar aquella que él llamaba injuria.

Andaba este castellano con otro portugués en unos lugares vecinos á donde estaba nuestro Pedro, el cual les escribió que viniesen á donde él andaba, para que juntos pudiesen ayudar más á los carrigios. Vino el portugues, habló con el H. Correa, vió como predicaba á los indios, y principalmente les exhortaba á perdonar injurias y no vengarse de quien les hubiese agraviado. Volvió despues á donde estaba el otro su compañero, contó todo lo que habia visto y oido. No aprovechó nada para amansar aquel ánimo vengativo; parecióle era aquella buena ocasion para vengarse.

Queria ya volverse el H. Correa para traer gente que cuidase de aquellos indios, despues de cristianos; porque ya no faltaba sino instruirlos mejor y bautizarlos. Metió fuego el mal hombre entre los carrigios, diciéndoles no

le dejasen ir, sino que le matasen, porque les queria entregar á sus enemigos, que ya estaban conjurados con él para entrar en sus tierras.

Eran los carrigios blandos de suyo y muy humanos; pero tales cosas les dijo aquel vengativo deshonesto, que le creyeron y resolvieron de matar al H. Correa y su compañero. Sálenles al camino, matan á los dos brasiles que llevaban consigo, y á la venida los habia el H. Correa librado de la muerte. Hacen lo mismo con el H. Juan de Sosa, que se puso de rodillas á orar y á ofrecer con más reverencia su vida en sacrificio. Acometen luego al H. Correa que les estaba exhortando no cometiesen tal maldad, mas ellos le tiraban sus saetas. Entónces el santo Hermano, con rostro muy sereno y alegre, hincóse de rodillas, arrojó el báculo que llevaba de las manos, levantólas al cielo juntamente con los ojos y el corazon, y entre amorosos coloquios con Dios, y suspiros que enviaba al cielo, puso su santísimo espíritu en las manos del Señor, por las cuales fué traspasado al paraíso celestial para recibir el premio de lo mucho que trabajó en cinco años que vivió en la Compañía.

Fué su dichosa muerte el año de 1554, y aunque este santo Hermano no murió por odio que tuviesen aquellos indios á nuestra religion, murió por odio que tuvo aquel mal cristiano á la castidad y justicia y en venganza del heróico celo y cristiana hazaña que habia hecho el H. Correa.

Luego que se supo su muerte en el Brasil, la sintieron todos mucho, especialmente los indios que habia convertido el siervo de Dios, los cuales le lloraban amargamente. Ni sólo se contentaron con llorarle cada uno en particular, pero se juntaron en comunidad, y á media noche le comenzaron á llorar, interrumpiendo el llanto con estas voces: «Ya ha muerto el príncipe de nuestra lengua, que nos decia verdades. Ya nos ha faltado el único intérprete de la verdad, que nos amaba entrañablemente. Ya nuestro padre, y hermano, y amigo ha muerto.»

Con estas tristes lamentaciones pasaron toda la noche hasta la mañana; tanto como esto amaban al santo Hermano y tanto bien él habia hecho á los brasiles despues de religioso por el mal que les habia causado siendo seglar, pues le llegaron á amar tanto.

Es verdaderamente excelente ejemplo de penitencia la vida de este Hermano, pues satisfizo no sólo con el corazon, sino con obras y trabajos tan grandes, lo que habia errado y pecado ignorantemente.

Escribieron la vida y martirio del H. Pedro Correa y su compañero, el P. Nicolás Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía*, lib. 14; el P. Pedro Jarich, en el tomo II de su *Thesauro indico*, lib. 1.º, capítulo XXIV; el P. Pedro Rivadeneira, lib. 4.º de la *Vida de S. Ignacio*, capí-

tulo XII; el P. Pedro Mafeo, lib. 16, de su *Historia indica;* el P. Spinelo, en su libro de *B. Virgine*, cap. XX; el Catálogo de los *Mártires de la Compañía de Jesus*, y Antonio Vasconcelos, en la descripcion de Portugal.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DIAZ

CON OTROS ONCE DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

LA riquísima flota para el cielo que embarcó el siervo de Dios Ignacio de Acevedo, no paró sólo en los cuarenta mártires que con él dieron sus vidas á manos de corsarios herejes; en otro navío tuvieron otros doce de la Compañía semejante dicha; porque algunos religiosos de los que llevaba al Brasil, se quedaron con el P. Pedro Diaz en la isla de la Madera, y no son ménos dignos de memoria que los pasados, pues los trabajos que padecieron por Cristo, no fueron menores; pasaron grandes tempestades que les derrotaron por diferentes puertos en las islas de barlovento, Sto. Domingo y Cuba.

Llegó la nave del P. Pedro Diaz á la isla de Cuba, toda destrozada, hasta el puerto de Santiago, que, sin tener otra nave, la hubieron de dejar, tan perdida estaba; y así fueron los religiosos á pié y descalzos y en tiempo de grandes lluvias, por pantanos y sin hallar que comer, hasta que despues de tres dias toparon en otro puerto una embarcacion descubierta toda al cielo, que no tenian donde defenderse ni de las aguas, ni de los vientos, y así no sólo su corto matalotaje, sino los mismos vestidos que traian puestos se les pudrieron.

Con este trabajo llegaron á la Habana, habiendo andado setenta y cuatro leguas. De esta manera ejercitaba el Señor á sus siervos y les disponia para la corona del martirio, y ellos tenian tan grande caridad, que nada les parecia mucho padeciéndolo por Dios.

De la Habana tornaron á las Terceras, adonde hallaron á D. Luis Vasconcelos y al P. Francisco de Castro con otros cinco compañeros; allí se recogieron catorce de la Compañía con el. P. Diaz en la nave *Capitana* del gobernador D. Luis de Vasconcelos, el cual fué forzado á dejar las otras naves

que llevaba por la mucha gente que se le habia ido y muerto, y con la que le habia quedado armar bien una sola nave, y con ella se partió de la isla Tercera para el Brasil á los seis de setiembre del año de mil y quinientos y setenta y uno.

Habiendo navegado con prósperos vientos ocho dias, descubrieron á deshora cinco naves de alto bordo, cuatro de franceses, de las cuales venia por capitan Juan Cadavillo, francés, tan grande hereje y tan cruel enemigo de los católicos como Jaques Soria, y una de ingleses, y todas de corsarios herejes y enemigos capitales de nuestra santa religion.

Conoció luego D. Luis su peligro, y exhortó á los suyos á pelear valerosamente por la fe, por su ley y por su vida. Los de la Compañía los amonestaron con santas palabras que se pusiesen bien con Dios, si querian pelear bien y ser de él favorecidos. Y así se confesó el gobernador el primero y tras él los soldados y la demas gente, y hubo tiempo para hacerlo, porque intervino la noche poco despues que nuestra nave descubrió la de los enemigos.

Por la mañana al reir del alba, vinieron los herejes cosarios sobre ella, y aunque con grande resistencia y muerte de los suyos, la entraron y rindieron, habiendo muerto primero al gobernador D. Luis, que en la batalla, que fué muy reñida y porfiada, peleando animosamente, cayó traspasado de dos balas y de otras muchas heridas, y sin ser conocido, fué despojado de los enemigos y echado en la mar.

Muerto el capitan, rindieron los enemigos la nave y se apoderaron de ella, y entrando con gran furia en un aposentillo donde el P. Castro oia á la sazon de penitencia al maestre de la nave, que estaba herido y para espirar, viéndole, conocieron que era Sacerdote católico, y que administraba el Sacramento de la Confesion, que ellos tanto aborrecen, y con grande rabia dieron en él, y con muchas estocadas y heridas le acabaron.

Lo mismo hicieron al P. Pedro Diaz, que tambien habia estado hasta aquella hora confesando, y habia acudido adonde estaba el P. Castro y al H. Gaspar Goes que, por ser mozo de tierna edad, le habia mandado el Padre que no se apartase de su lado.

Los otros once que quedaban vivos se juntaron á consolarse y esforzarse unos á otros para morir constante y alegremente por la fe católica. A todos, así como estaban, despues de haberlos todo aquel dia ultrajado, dádoles de bofetones y maltratado con mil escarnios, les ataron los herejes las manos atrás, y los encerraron en un aposento, y les pusieron sus guardas. Mas porque el H. Miguel Aragonés, al tiempo que le ataron las manos, dió un gemido del dolor que sintió por estar malamente herido en un brazo, echaron mano

de él y de otro Hermano que estaba á su lado, llamado Francisco Paulo, y dieron con ellos en las ondas del mar, donde constantemente acabaron. Los demás estuvieron aquella noche atados, oyendo grandes baldones é injurias contra sí, y horribles y espantosas blasfemias contra Dios nuestro Señor y contra su Iglesia, que aquellas furias infernales vomitaban.

Venido el dia, la primera accion que hicieron los herejes fué condenar á muerte á todos los jesuitas, sus grandes enemigos, que así llaman y por tales tienen á los de la Compañía. Al principio determinaron de colgarlos á todos de la antena de su nave; pero despues, entendiendo que podrian sacarles grandes riquezas de oro y plata, que ellos pensaban que llevaban de Portugal, para fundar y adornar las iglesias en el Brasil; se detuvieron hasta que se desengañaron. Con las espadas desenvainadas les amenazaban y decian: «Malditos Papistas, aquí habeis de perecer todos.» Ninguna humanidad usaron con ellos, dejándolos en ayunas aquella noche y dia.

Mandó el capitan Cadavillo que dejando en aquella nave dos, que eran el H. Diego Carvallo y el H. Pedro Diaz, del mismo nombre que el Padre que habia ya muerto, á los cuales tambien mataron despues, porque nunca más parecieron; llevasen los demás á su navío. Aquí empezaron de nuevo los malos tratamientos é injurias: llamábanles perros, ladrones, embusteros, engañadores: decian los herejes: «Por estos jesuitas queda, que no haya paz en el mundo y florezca en todo él nuestra religion; ellos contaminan á Alemania, Francia, Brasil y á todo el mundo con su doctrina falsa.»

Los siervos de Dios á todas estas palabras generales é injurias propias callaban con gran paciencia, como reses que llevan al matadero. Pero procediendo las sacrílegas bocas de los herejes á decir mal del Sumo Pontífice y muchas blasfemias contra los Santos y contra los Sacramentos de la Iglesia, principalmente de la Eucaristía, les resistian, respondiéndoles con gran valor. Los herejes no lo pudieron sufrir; cargaron sobre ellos muchos bofetones, puñadas y golpes, principalmente sobre los que tenian corona abierta, en los cuales daban como en yunque de herrero.

Al H. Pedro Fernandez, que era novicio, pero de gran fervor, le quitaron la sotana al entrar en el navío y se quedó en calzas y en jubon, el cual temiendo que le tuviesen los demas por seglar, y así careciese de la palma del martirio, procuró con la modestia que siempre guardaba, dar á entender que no le faltaba hábito de la Compañía, y así, andando sus ojos bajos é inclinada la cabeza con gran compostura, no se apartaba un punto de los demas. Enfadados los herejes de su rara modestia, le tomaron, y por fuerza le alzaban la cabeza, dándole muchas bofetadas y forzándole á que abriese los ojos; pusiéronle tambien dos palos debajo de la barba, para que tuviese le-

vantado el rostro. Decíanle: «Perro, levanta la cabeza y extiende la frente. con otras muchas injurias. Él lo llevaba todo con tanta serenidad y gusto, como si estuviera en las mayores fiestas del mundo, que á los mismos herejes admiraba. Alzó algunas veces los ojos, pero al cielo solamente, dando muchas gracias á Dios por haberle hecho digno de padecer contumelias por su nombre. Decia con gran ternura y afecto: *Señor, ¿qué merecimiento hay en mí para que padezca por ti?*

Al fin se cansaron los tiranos de maltratar á los siervos de Dios, no ellos de sufrir, ántes se animaban con mayor fervor unos á otros. Esmerábase entre todos este bendito H. Pedro Fernandez, animando á los demás con su alegre rostro, raro ejemplo y fervorosas palabras, diciendo, que no podian esperar en el mundo mayor bien ni más digno de un cristiano.

Allegaron algunos á disputar con los siervos de Dios, proponiéndoles varias cuestiones, á que ellos respondian mejor que quisieran los herejes. Uno entre otros les dijo: «¿No veis, Papistas, cómo estais cautivos, y en nuestra mano y potestad? ¿Para qué rogais á los Santos y á la Vírgen, pues no os libran de nuestras manos?» A esto respondieron los santos confesores de Cristo: «Si nos conviniera vivir más, la Vírgen y los santos nos libraran de la muerte y de vuestras manos, pero porque nos está mucho mejor morir por la fe verdadera, por esto es gran merced que no nos libren, sino que muramos todos.»

Pareció á los infieles blasfemia esta divina filosofía de los siervos de Dios, y empezáronles á escupir y echar en sus modestísimos rostros asquerosos flemones envueltos en mil baldones é injurias. Uno de aquellos herejes dijo al H. Alonso Fernandez, que habia hablado con más libertad: «Por esta respuesta solamente has de morir, maldito.» El santo confesor respondió en nombre de todos, como su Superior, á quien los demás habian elegido por tal despues de muertos los otros dos Padres, y dijo: «No solamente yo, pero todos mis compañeros estamos muy determinados á morir, cuando Dios fuere servido.» «Pues esperad un poco,» dijo el hereje, «perros infames, y yo os quebraré la cabeza y arrojaré en el mar.» Fuéronse á cenar los herejes, y entre tanto dieron con mucho más afecto gracias al Señor sus siervos por lo que padecian por Él, y por la corona del martirio que ya esperaban por momentos.

El entretenimiento que tuvieron los herejes despues de cena, fué coger aquellas víctimas consagradas para el cielo, y echarlas, no en el fuego, sino en la mar, cuyas muchas aguas no pudieron extinguir las llamas de su caridad, en las cuales hicieron holocausto de sí á su Dios y Señor.

El fervoroso H. Pedro Fernandez y el H. Juan Alvarez luego se hundieron

por no saber nadar; los otros cinco se juntaron y exhortaron unos á otros á morir por Jesucristo, hasta que, acabándoseles las fuerzas y el aliento á los tres de ellos, diciendo: *Tibi soli peccavi,* é invocando afectuosamente el santo nombre de Jesus, por cuyo amor morian; se hundieron sus cuerpos debajo de las aguas, pero sus almas volaron sobre los cielos.

De los otros dos, el uno, que se llamaba Diego Hernandez, nadó tanto, que llegó á uno de los bajeles franceses más pequeño, que iba algo zorrero, donde fué acogido y amparado por voluntad del Señor. El otro, que se llamaba Sebastian Lopez, quedó en la mar de noche y muy oscura, y cayendo mucha agua del cielo. Pero viendo de léjos, como una media legua, en uno de los navíos luz, siguiéndola los alcanzó y rogó á los de dentro que le ayudasen y acogiesen. Halló malas palabras y peores obras, como suelen ser las de los herejes, y por postrer remedio se fué á una de las barcas ó esquifes que llevaban, y en él fué admitido de un hombre que, aunque era hereje y enemigo, no era tan cruel ni furioso como los demás, y en fin, tenia algo de hombre. Este le acogió y escondió en un rincon, dándole de comer y vestido con que se cubriese.

Los que murieron en esta nave fueron doce. El P. Pedro Diaz, el P. Francisco de Castro y los HH. Alonso Hernandez, Gaspar Goes, Andrés Pais, Juan Alvarez, otro Pedro Diaz, Fernando Alvarez, Miguel Aragonés, Francisco Paulo, Pedro Hernandez, Diego Carvallo. Y los dos que escaparon nadando (de los cuales y de otros se supo este discurso) se llamaban Sebastian Lopez y Diego Hernandez, como está dicho.

No se contentaron los herejes esta vez ni la pasada con derramar la sangre inocente de tantos siervos de Dios porque defendian y predicaban su santa fe católica, pero tambien mostraron su rabia y furor contra el mismo Dios y contra sus Santos. Porque habiendo hallado algunas reliquias é imágenes de Santos, y *Agnus Dei,* y cuentas benditas, y otras cosas de devocion, que los nuestros llevaban para su alivio y consuelo y para despertar la piedad de los fieles del Brasil, contra todas ellas mostraron los herejes su impiedad y aborrecimiento, arrastrándolas, pisándolas y haciendo en ellas todo el escarnio y ultraje que podian, y finalmente, echándolas en la mar, para que por sus mismas obras conozcamos quién es el que los guía y mueve á hacer cosas tan impías, crueles y lastimosas. Quemaron tambien las reliquias que toparon, diciendo mil blasfemias contra los santos cuyas eran. Despues de veinte dias hallaron dos imágenes, una de la Vírgen, otra del Arcángel San Gabriel, y luego las hicieron pedazos, y á la de S. Gabriel la cortaron la cabeza, la cual trujeron por toda la nave, haciendo grandes escarnios.

No disimuló Dios la atrocidad de estos hombres, porque el principal tirano

Cadavillo fué despues muerto en su misma patria de un alabardazo desastradísimamente, y uno de los marineros llamado Craso Pedro de Brobaje, que más se señaló en echar al mar los santos mártires, se cayó en el mar y se ahogó miserablemente.

Fué el martirio de estos benditos religiosos un inestimable beneficio que del Señor habemos recibido y un estímulo grande, para imitar á los que nos van delante, y para buscar nuevas ocasiones de amplificar y extender por todo el mundo la luz del santo Evangelio, y sacar de las uñas de Satanás las ánimas que Cristo nuestro Señor con su sangre redimió, aunque sea á costa de la nuestra y con pérdida de todo lo que el mundo suele prometer y no puede cumplir.

El martirio de estos siervos de Dios escribieron el P. Rivadeneira, en la *Vida del B. Francisco de Borja,* lib. 3.º cap. XI; P. Luis de Guzman, en la *Historia de las misiones,* lib. 3.º cap. LI; P. Pedro Maffeo, in Apend. epist. 2, *Centuria Martyrum Societatis;* P. Antonio Vasconcelos in *Descriptione Regni Lusitani;* P. Spinelo en su *Throno Virgineo,* cap. XX; Jacobo Damiano, lib. 3.º cap. IX, y más cumplidamente el P. Pedro Jarich en el tomo II su *Tesauro índico,* lib. 3.º cap. XXVI.

P. NIEREMBERG.

P. JOSÉ DE ANCHIETA

I

ENTRE los santos que la Majestad de Dios ha escogido para mostrar lo que puede su omnipotente brazo, se podrá contar con los más señalados y raros en la gracia de hacer milagros y don de profecía, el nuevo Taumaturgo y Venerable P. José de Anchieta.

Nació en una de las islas Canarias llamada Tenerife, año de 1533. Su madre fué natural de aquella tierra, su padre de Vizcaya, personas nobles y ricas.

Enviaron á su hijo, siendo ya de bastante edad, á Portugal, para que aprendiese letras en la Universidad de Coimbra; era de muy vivo ingenio, de natural no ménos amable y ajustado á la virtud, y así daba ejemplo á los demas

estudiantes en modestia y compostura. Iba juntamente con la edad y sabiduría creciendo en gracia para con los hombres y para con Dios, que le comunicó un gran deseo de pureza virginal.

Estando un dia rezando delante de una imágen de la Sacratísima Vírgen, y deseoso de alcanzar las virtudes que la fuesen más agradables, la consagró con voto su virginidad que hasta entónces habia guardado y despues guardó toda su vida. Pagóle la Madre de Dios este servicio, alcanzándole muchos dones del Espíritu Santo é inspiraciones divinas, entre las cuales fué una que se entrase en la Compañía de JESUS, que empezaba á nacer en el mundo; poniendo la Vírgen de su mano esta preciosa esmeralda en el edificio, ó por mejor decir, en el fundamento de esta nueva religion, que con la santidad y prodigiosos milagros de José habia de ser ilustrada.

De diez y siete años era cuando entró en la Compañía, pero presto se adelantó con su virtud á los antiguos. En ejercicios de humildad, penitencia, obediencia y toda mortificacion, no habia quien le echase el pié delante; vino á faltarle la salud por algunos excesos de penitencia que hizo; y por estar de rodillas y ayudar Misas, que eran por lo ménos ocho cada dia, se le causó un dolor excesivo en el espinazo, que él llevaba con gran paciencia, sin quejarse ni decir palabra; sólo se apretaba mucho la cintura, porque le parecia que con esto pudiera perseverar en la devocion de las Misas, pero ántes fué ocasion este su silencio y apretura que se sacudiesen del hueso sacro las cabezas de los huesos de los muslos, de donde resultó mayor daño al espinazo; de manera que se le torcieron las costillas y se le desconcertaron los hombros y la espalda, de modo que la medicina no halló ya remedio para su mal, sin que le quedase por toda su vida algun torcimiento.

Concurrieron otros achaques, que le daban cuidado no le dejasen inútil para trabajar en servicio de las almas, que era lo que deseaba más ardientemente; porque el amor que tenia á Dios, le hacia que se abrasase en amor de los prójimos, deseando la salvacion de todo el mundo.

Declaró esta su pena y cuidado al P. Simon Rodriguez su Provincial, uno de los primeros compañeros de S. Ignacio, el cual dejó muy consolado á José con decirle estas palabras solamente: «Perded, hijo, ese cuidado que no os quiere Dios con más salud.» Desde entónces no tuvo más pena por la falta que tenia de ella.

Como Dios tenia escogido á su siervo para predicador y como un nuevo apóstol de muchas gentes, ordenó que la misma falta de salud que le habia de estorbar fuese ocasion de que más presto le enviasen al Brasil, esperando que con los aires del mar, por haber nacido en medio del Océano, se habia de mejorar: fuera de que su rara virtud y celo prometia que áun con poca

salud habia de hacer gran provecho en aquellos bárbaros. A pocos dias de navegacion se halló tan bueno que se encargó de la cocina y despensa, sirviendo á todos más que si fuera esclavo de cada uno.

II

Virtudes que ejercitó en el Brasil.

Cuando nuestro José se vió en el Brasil, que para él fué la tierra de promision bien deseada para padecer y hacer mucho por Cristo, fué cosa increible cuán de veras se abrazó con los trabajos por el bien de las almas en cuantas ocupaciones tuvo hasta el fin de su vida, siendo Hermano, y despues de Padre, siendo Operario, Misionero, Rector y Provincial, ayudándole Dios nuestro Señor con grandes prodigios en cuanto ponia la mano; porque cuanto él más se humillaba, y mortificaba, y deshacia, tanto más le engrandecia el Señor, porque se complacia en las heróicas virtudes de su siervo.

Sus disciplinas eran contínuas, sus silicios ásperos; siempre dormia vestido, ó por mejor decir, no dormia, pasando casi toda la noche en oracion: hacia perpetua compañía á los enfermos, velábalos, tomando sólo un breve rato de descanso, echándose sobre una tabla y poniendo por almohada un zapato dentro de ot o; pero cuando dormia á sus solas, tenia un manojo de varas espinosas en el cual reclinaba la cabeza; al resto del cuerpo servia de lecho la dureza de la tierra.

Los caminos que hacia por lugares muy fragosos áun siendo Provincial, siempre fueron á pié y descalzo, por padecer más por Jesucristo. Lo que mas es que, caminando por partes donde la tierra es tan dura que un carro bien cargado no deja señal de las ruedas, y fuera de eso tiene tan mala calidad, que áun á los que caminan por ella con zapatos de gruesas suelas se les abren las plantas de los pies y parece que las despedaza con poco que anden; con todo eso caminaba aquí este siervo de Dios descalzo totalmente, porque nunca dejó su santa costumbre, y le parecia que caminaba sobre flores, porque lo hacia por Dios.

Iba por caminos muy ásperos y montuosos con tanta ligereza, que parecia que volaba, alentándole la fuerza del amor divino. Sucedióle muchas veces decir á sus compañeros que pasasen adelante, por quedarse él á solas á tener oracion; pero al cabo de tiempo, cuando ellos pensaban que quedaba atrás, le hallaban delante de sí, porque se les habia adelantado sin haberle ninguno visto pasar, traspasándole el Angel del Señor de un lugar á otro, para que no perdiese el tiempo que habia estado con su Dios.

Su oracion era contínua, porque eran muchas las horas que daba á este santo ejercicio. La noche casi toda pasaba orando, no dando reposo al cuerpo, sino al alma. En las muchas peregrinaciones que tuvo solia llegar hecho pedazos de cansancio, pero no por eso tomaba más descanso que en casa, pasando la noche en oracion, como solia.

Fuera de esto, la presencia que tenia de Dios era contínua, teniéndole presente en todas las cosas y negocios; porque, como otro Moisés, de tal manera trataba con los hombres, que estaba juntamente hablando con su Criador. Todas sus palabras parece que sacaba, no de pecho humano, sino de un espíritu angélico. Ningun lugar, tiempo, ocupacion, le apartaba el pensamiento de Dios, y á veces era con tanta intension, que estando comiendo se olvidaba de la comida.

Era devotísimo de la Pasion de Cristo, y muchas veces acudiendo los de casa para hablarle en su aposento, le hallaban de rodillas encendido todo el rostro y puestas las manos, arrojando mil suspiros al cielo que salian del centro de su corazon, y repitiendo los nombres de los tormentos de la Pasion; y de noche los que andaban con él en sus peregrinaciones, le oian repetir los mismos nombres, hiriendo, al pronunciarlo, la tierra con los pies, señal del vivo sentimiento que tenia en el alma.

Muchas veces le vieron orando todo rodeado de luz, echando tan claros resplandores como el sol; otras levantado de la tierra. Del contínuo uso de orar se le hicieron grandes callos en las rodillas, como á Santiago el Menor, y se exasperaron de manera que se le abrieron é hicieron grietas.

Favorecióle el Señor su oracion con grandes demostraciones. Una vez le dió á experimentar los tormentos de la Pasion de Jesucristo, sintiendo en su cuerpo aquellos excesivos dolores y tormentos.

Estando una noche orando en una ermita ú oratorio de la Vírgen, en que no habia luz alguna, la vieron desde un castillo vecino llena de luz, despidiendo grandes rayos de claridad por las ventanas, y cercando los resplandores todo el edificio. Juntamente sonaba una acordada música de admirables voces. Quiso un yerno del alcaide del castillo, llamado Alonso Gonzalez, ir á ver lo que era aquel prodigio, pero en el camino se le erizaron los cabellos, ocupándole repentinamente un grande pavor, sintiendo juntamente detenerle una fuerza y mano invisible, y así se estuvo gozando largo rato de aquella fiesta de los ángeles, que hacian al siervo de Dios. Preguntáronle despues qué habia sido aquello; al principio divertia la plática, pero importunado de Alonso Gonzalez y su mujer que lo vió tambien, les pidió muy de veras que no lo dijesen á nadie mientras les durase la vida.

Al paso que gozaba, áun en vida mortal, de los gustos y riquezas del cie-

lo, despreciaba las de la tierra, teniendo suma pobreza de espíritu. Sólo tenia los vestidos que traia á cuestas, y esos gastados y raidos, los peores siempre de casa; el aposento estaba tan sin alhajas, que áun plumas no tenia en él, y cuando habia de escribir las pedia prestadas por el tiempo que las habia menester, y luego las volvia á quien se las habia dado.

Los papeles que hacia de sus estudios daba á otros, y si alguno más necesario habia de guardar para aprovecharse de él en ocasiones, y tener depositada allí la memoria de algunos discursos, lo entregaba á su Superior para que él lo guardase, no queriendo tener posesion de cosa criada; pero con eso poseia todo. No queria recibir dones, por pequeños que parecian, y aunque fuesen de devocion, por estar más despegado y libre de todo.

Mucho ménos queria honras de la tierra, conservándose en una profundísima humildad; de modo que, con ser tan raras sus virtudes y tan prodigiosos sus milagros, como luego veremos; decian algunos que ninguna cosa les admiraba más que su humildad y aquel arte maravilloso con que solia encubrir sus virtudes; si bien las obras milagrosas que el Señor obraba con gran sinceridad y bondad las dejaba de encubrir algunas veces, porque él no se atribuia ninguna á sí, y conocia que Dios queria ser alabado por ellas.

De este amor de la pobreza y desprecio de sí y del mundo, le nacia la suma paz del corazon que poseia, sin turbarse por ninguna cosa ni perder su mansedumbre por agravios que le hiciesen. Hablábanle una vez de cierta persona que le habia injuriado gravemente, mas él no sintiéndose agraviado en nada, respondió: «Por cierto más gravemente ofendió á Dios que á mí, y pues que Dios le sufre, justo es que por su amor yo le sufra y perdone toda mi ofensa;» ántes hacia mucho bien á los que injuriaban, por lo ménos con sus fervorosas oraciones.

Una vez, habiendo resistido con alguna eficacia á uno que hacia grande agravio á un colegio de la Compañía y lo defendia protervamente, pareciendole al siervo de Dios que habia excedido los términos de su blandura, dijo: «Pésame de haber entristecido á aquel hombre, pero yo le daré la satisfaccion;» y la satisfaccion fué, que el que ántes no trataba con ninguno de la Compañía, despues de la porfía se vino á poner á los pies de nuestro José, y fió de él toda su alma, haciendo una confesion general de toda su vida.

Tenia grande compasion á los enfermos, siendo todo su alivio; servíalos con extraña diligencia y gozo de su alma aderezándoles la comida, traíasela, hacíales las camas, levantábalos cuando no tenian fuerzas, limpiábales las vasijas inmundas con grande humildad y devocion, velábalos sin apartarse de su lado de dia ni de noche: de manera que cuando alguno le buscaba, no iba á su aposento, sino al de los enfermos, donde le hallaban de ordinario.

Con los indios no sólo era su enfermero, pero su médico; visitábales, ordenábales la comida, sangrías y otras medicinas, porque en aquella tierra, por la falta de médicos, habia privilegio para curar los religiosos y áun los Sacerdotes, principalmente en beneficio de los pobres, si bien más los curaba José sobrenaturalmente con su oracion que por medicamentos naturales, teniendo semejante arte, caridad, y curas admirables que S. Cosme y S. Damian.

Esta caridad se podrá echar de ver por una carta que ha venido á mis manos, la cual escribió á los enfermos de Portugal, siendo él aún Hermano recien llegado al Brasil, y me ha parecido ponerla aquí, porque cualquiera cosa de tan admirable varon es digna de memoria; en ella se conocerá su gran espíritu: es la siguiente.

«*Pax Christi.* La gracia de nuestro Señor os consuele, cristianísimos hermanos enfermos, y os dé obras conforme al nombre que teneis. Amen. Ya escribí otras y principalmente con el P. Leonardo Nuñez, despues de cuya partida llegaron las vuestras y nos dieron grande consolacion. Las nuevas que acá hay, en los cuadrimestres se verán largamente; en esta no queria, sino daros una nueva, y es que *virtus in infirmitate perficitur*, la cual fué para mí harto nueva todos los dias que ahí estuve.

»Mucho teneis, carísimos hermanos, que dar gracias al Señor, porque os hace participantes de sus trabajos y enfermedades, en las cuales mostró el amor que nos tenia; razon será que lo sirvamos, á lo ménos algun poquito, con tener gran paciencia en las enfermedades y en ellas perfeccionar la virtud. La muy larga conversacion que tuve en esas enfermerías me hace no poder olvidarme de mis carísimos coinfirmos, deseando verlos curar con otras más fuertes medicinas que las que allá usais, porque sin duda por lo que en mí experimenté, os puedo decir que esas medicinas materiales poco hacen y aprovechan.

»Por otras cartas os he escrito ya de mi disposicion, la cual despues acá cada dia se renueva, de manera que ninguna diferencia hay de mí á un sano, aunque algunas veces no dejo de tener algunas reliquias de las enfermedades pasadas. Pero no hago más cuenta de ellas, como sino fuesen *in rerum natura.*

»Hasta ahora siempre he estado en Piratininga, que es la primera aldea de indios, que está diez leguas del mar, como en otras cartas os he escrito; en ella estaré por ahora, porque es tierra muy buena; y porque no tenia purgas ni regalos de la enfermería, muchas veces era necesario comer (y áun casi lo más comun) hojas de mostazos cocidas, con otras legumbres de la tierra y otros manjares que allá no podreis imaginar, junto con entender en enseñar gramática en tres clases diferentes desde por la mañana hasta la noche, y á

las veces estando durmiendo, me venian á despertar para preguntarme; y en todo esto parece que sanaba, y es así, porque en haciendo cuenta que no estaba enfermo, comencé á estar sano: y podreis ver mi disposicion por las cartas que allá escribo, las cuales parecia cosa imposible poder escribir estando allá; y más que toda la Cuaresma comia carne, como sabeis, ahora la ayuno toda.

»Lo mismo os digo del H. Gregorio, el cual, aunque no está tan sano como yo por ser de más flaca complexion, todavía él no me quiere dar la ventaja. A lo ménos os sé decir que para un negocio de importancia que fué necesario ir de aquí á Piratininga muy de prisa, que es camino muy áspero, y segun creo el peor que hay en el mundo, de atolladeros, y subidas y montes, lo escogieron á él como más recio, habiendo otros más sanos en casa; y así fué, durmiendo con la camisa empapada en agua, sin fuego entre montes. *Et vivit, et vivimus.*

»En este tiempo que estuve en Piratininga serví de médico y barbero, curando y sangrando á muchos de aquellos indios, de los cuales vivieron algunos, de quien no se esperaba vida, por haber muerto muchos de aquellas enfermedades. Ahora estoy aquí en S. Vicente, que vine con nuestro P. Manuel de Nobrega, para despachar estas cartas que allá van.

»Demás de esto he aprendido un oficio que me enseñó la necesidad, que es hacer alpargatas, y soy ya buen maestro, y he hecho muchas á los Hermanos, porque no se puede andar por acá con zapatos de cuero por los montes. Esto todo es poco para lo que nuestro Señor os mostrará, cuando acá viniéredes.

»Cuanto á la lengua yo estoy adelante: aunque es muy poco para lo que supiera, si no me ocupara en leer gramática; todavía tengo colegida toda la maña de ella por arte; y para mí tengo entendido casi todo el modo de ella; no la pongo en arte, porque no hay acá á quien aproveche, sólo yo me aprovecho de ella, y aprovecharsehan los que de allá vinieren que supieren gramática.

»Finalmente, carísimos, sé decir, que si el P. Maestro Miron quisiere enviaros á todos los que quedais opilados y medio dolientes, la tierra es muy buena, hacerosheis muy sanos; las medicinas son trabajos, y tantos mejores, cuanto más conformes á Cristo.

»Tambien os digo, carísimos Hermanos, que no basta con cualesquier fervores salir de Coimbra, sino que es menester traer alforja llena de virtudes adquiridas, porque, de verdad, los trabajos que la Compañía tiene en esta tierra son grandes, y acaece andar un Hermano de la Compañía entre indios seis y siete meses, en medio de la maldad y de sus ministros, sin te

ner otro con quien conversar sino con ellos, donde conviene ser santo para ser Hermano de la Compañía de Jesus.

»No digo más, sino que aparejeis grande fortaleza interior, y grandes deseos de padecer, de manera que, aunque los trabajos sean muchos, os parezcan pocos; y haced un grande corazon, porque no tendreis lugar para estar meditando en vuestros recogimientos, sino *in medio iniquitatis et super flumina Babilonis;* y sin duda porque en Babilonia, *rogo vos omnes ut semper oretis pro paupere fratre Ioseph.* A mis carísimos Padres, y Hermanos me encomiendo en sus oraciones, y particularmenle á mi carísimo P. Antonio Correa y á los Padres que fueron y son mis padres, ruego y pido se acuerden de este pobre, que engendraron en Cristo, *et nutrierunt; opto vos omnes bene valere.*

Pauper, et inutilis.

IOSEPH.»

Con esta carta consoló nuestro misericordioso José á los enfermos de Portugal, de los cuales fué tan compasivo, como hemos dicho. Pero si el mismo siervo de Dios caia enfermo, era su apacibilidad y caridad tan grande, que por no interrumpir el sueño á los que le asistian ni darles trabajo, sufria muchos dolores é incomodidades por no darles cuidado. Mas cuando navegaba ó caminaba, él velaba porque los demas durmiesen, cargándose siempre del mayor trabajo, lo cual no sólo hacia con la gente portuguesa, sino con los mismos bárbaros brasiles que le acompañaban en sus caminos; porque, quedándose ellos en el campo descubiertos al cielo, él los recogia en su tienda; mientras dormian, cuidaba con su gran caridad de avivarles y sustentarles el fuego, que es el remedio que aquella gente acostumbra, en lugar de ropa y mantas, contra el frio de la noche.

Cuando veia triste á algun brasil, hacia cuanto podia por consolarle; ellos mismos confesaban que venian siempre muy alegres de su presencia. De falta ajena no se habia de tratar delante de él. A todas necesidades acudia, y si no podia él remediarlas, con limosnas de otros las socorria.

Sustentaba muchas viudas y pobres desamparadas. Tenia grande gracia en sus palabras, para obligar á que los ricos diesen limosnas. Jerónimo Precio daba muchas á persuasion del siervo de Dios, el cual estando ausente, le escribió dándole gracias por ello, diciendo que en este género de trato no podia dejar de ganar, porque los pobres le daban por fiador á Dios, de que le pagarian en el cielo. Movióse tanto aquel hombre con esto que, arrojándose en tierra y puesto de rodillas, abrazaba la carta, apretándola al pecho y besando las letras, y allí ántes de levantarse hizo voto á Dios, no sólo de

nunca negar á pobre alguno limosna, sino de hacerlas doblado mayores; y cumplió su promesa tan largamente, que dió de allí adelante dos tantos mas, y la Cuaresma tresdoblado.

La obediencia estimaba más nuestro José, que su misma vida; no queria que dejasen los Superiores cosa alguna á su albedrío, sino ser mandado en todo. Guardaba todas las reglas exactísimamente, pero, con todo eso, iba muchas veces al Superior, é hincado de rodillas le pedia perdon y penitencia por la falta de observarlas. Todo trabajó por obediencia no sólo le era fa cil, sino gustosísimo.

Caminando un dia con otro de la Compañía, iban los dos descalzos los pies y por camino áspero y lleno de agua y cieno, y así iban con gran fatiga; pero deseoso el santo varon de mayores trabajos, dijo al compañero. «H. Jerónimo Suarez (así se llamaba) algunos desean que les coja la muerte en varias partes ó colegios, conforme el afecto de cada uno, para pasar aquel último trance con mayor ánimo y consuelo, ayudados de la caridad de sus Hermanos; pero yo digo, que no hay género de muerte mejor que dejar la vida anegada entre el cieno y agua de estas lagunas, caminando por obediencia y el bien de nuestros prójimos.»

Todas las obras que le encargaba la obediencia, las procuraba hacer con suma perfeccion, aunque se consumiese del trabajo que le costarian. Era excelente en la latinidad y buenas letras, y así, en llegando al Brasil, siendo Hermano, le encargaron enseñase la lengua latina en Piratininga. No habia la copia de libros necesaria para los discípulos; remediábala el siervo de Dios con su trabajo, porque por su misma mano escribia lo que habian de aprender de los libros, repartiendo á cada discípulo su cuaderno. Faltábanle los dias para esto, pero él lo suplia de las noches, pasándolas sin dormir, cogiendole la mañana con la pluma en la mano.

Habiendo escrito bastantes cuadernos de autores y preceptos gramáticos, y no se satisfaciendo su encendido celo de sola aquella ocupacion, deseoso de la salvacion de aquellos bárbaros, aprendió la lengua brasil con tal perfeccion, que hizo despues un diccionario de ella y un arte utilísima que se dió á la estampa, para que los de la Compañía aprendiesen con gran facilidad la lengua.

Tradujo la Doctrina Cristiana en lengua brasil. Hizo un interrogatorio para las confesiones de los indios, y unos avisos necesarios para instruir á los brasiles cristianos en la hora de la muerte. No podia sufrir los cantares deshonestos que entonan por las calles los muchachos; y así compuso otros honestos y piadosos, porque era excelente poeta, con los cuales desterró los lascivos; compúsolos con tanta gracia, que los recibieron todos tan bien, que no se cantaba ya otra cosa sino aquellos cantares llenos de alabanzas divinas

III

Ocupaciones de Hermano, con notables maravillas que obró.

Desde este tiempo empezaba á hacer oficio de apóstol de aquellos bárbaros y Dios á hacerle maravilloso, porque habiéndole mandado su Superior hiciese una comedia, como se suele hacer en los estudios de la Compañía, del respeto que se debe á las cosas sagradas y divinas, para que reparase en esta parte el daño que se temia por el mal ejemplo que algunos cristianos de Europa daban á los indios recientemente convertidos; hízolo el obediente José, con gran deseo de obedecer bien y aproveehar al pueblo.

Por ser cosa nueva concurrió mucha gente; estaba ya para representarse, cuando sobrevino una terrible tempestad que empezaba á descargar sobre el auditorio; levantábase ya la gente para irse; salió entónces nuestro José, despues de haberlo encomendado á Dios, diciendo á voces que se sosegasen, asegurando que no lloveria, porque pararian las aguas hasta que se acabase la comedia. Tenia tanta autoridad para con todos la santidad de José, que bastó esto para sosegarlos y quedar todos muy seguros que seria así. Duró tres horas la comedia, amenazando cada instante con cántaros de agua las nubes; pero teníalas atadas la oracion del siervo de Dios hasta que se fué la gente; entónces descargó la tempestad violentada tantas horas, resolviéndose en agua con grandes torbellinos y temerosos truenos.

Con semejantes sucesos y con sus raras virtudes ganó tanta opinion nuestro José que, áun siendo Hermano, le ocupaban los Superiores en negocios de grande importancia.

Enviábanle á misiones dificultosas á visitar á algunos colegios de la Compañía; y en la guerra de los tapuyas, gente ferocísima y comedora de carne humana, le enviaron con el P. Manuel de Nobrega, que acababa de ser Provincial, por embajador, para tratar de la paz. Fué necesario quedarse solo José por rehenes entre aquellos bárbaros que estaban atónitos de su modo de vida tan santa. Ofrecíanle, por hacerle fiesta, sus mujeres: admirábanse que hubiese hombre en la tierra que no admitiese aquella cortesía y que pudiese vivir continente. Dábales á entender el santo mancebo cómo se conservaba casto, mostrando las disciplinas, cilicios y otras asperezas con que afligia su carne.

Antes de partirse el P. Nobrega le avisó el santo H. José de tres cosas que Dios le habia revelado aquella misma noche. Una fué, que cierto fuerte ó castillo de los nuestros habian entrado los enemigos tapuyas con muerte del

alcaide, llevando cautiva á su mujer y familia. Otra, que un galeon que venia cargado desde Portugal tomaria presto puerto. La tercera, que un conocido del Padre habia muerto desastradamente, pasando por encima de él un carro. Todo sucedió como lo dijo el siervo de Dios. Esto último avisó al Padre Nobrega, porque encomendara á Dios al difunto. Los otros dos puntos, porque importaba lo supiese, para disponer las condiciones de la paz.

Cuando se vió solo José en medio de tantos peligros de alma y cuerpo, porque muchas veces le quisieron matar y comérsele los bárbaros en un solemne banquete, y la presencia de las mujeres desnudas y convidarle con ellas, era una contínua lucha y pelea contra su carne purísima; aumentó las penitencias, ayunos y oracion, tomando por especial Patrona á la Vírgen Santísima. El tiempo que le sobraba de su larga oracion predicaba á aquellos gentiles la fe de Cristo y catequizaba á muchos.

Sucedióle aquí un caso milagroso. Una mujer de aquellas bárbaras con increible inhumanidad enterró vivo á un nieto suyo, porque no era parto legítimo de su hija; avisaron al H. José de lo que pasaba, acudió á la sepultura, hizo desenterrar al niño que le sacaron vivo despues de media hora de enterrado, espantándose todos aquellos bárbaros de tan raro milagro: bautizóle y dióle á criar á mujeres más humanas que su abuela.

Acostumbraba el siervo de Dios, despues de haber enseñado la doctrina á los brasiles que iba sujetando al suave yugo de Cristo, retirarse al campo á rezar el Oficio Divino, aunque no estaba ordenado de Orden Sacro. Vieron los indios que venia entónces una hermosísima ave, que parecia bajar del cielo, matizada con mil colores, la cual con blando y apacible vuelo hacia fiesta al santo Hermano, y con alegres vueltas le saltaba ya en los hombros, ya en los brazos, ya en el mismo breviario. Con todas estas cosas era rara la estima que tenian los tapuyas de su prisionero José; pero, para tenerle Dios humilde, permitió en él, como á otro S. Pablo, el estímulo de la carne.

Venían le importunos pensamientos con la vista ordinaria, para él horrible, de las mujeres desnudas: quiso para ocupar la imaginacion y divertir tan abominables pensamientos, celebrar en verso latino toda la vida de la Madre de Dios, y, aunque no tenia con qué escribir, era tan rara su memoria, que fiado de ella compuso un ilustre poema de la vida y grandezas de la Santísima Vírgen. Fué tan agradable servicio á esta agradecida Señora, que se le apareció á José, cuando estaba en mayor peligro de la vida, asegurándosela porque pusiese fin y perfeccion á aquella obra.

Dilatábase la paz más de lo que los tapuyas pensaron, y enfadados de los portugueses, quisieron matar al que tenian en rehenes; señalaron ya el dia en que habian de banquetear con las carnes del siervo de Dios. El santo Her-

mano les dijo con gran paz y seguridad: «Yo sé que no me matareis, que no ha llegado aún el tiempo de mi muerte,» porque la Reina del cielo le habia asegurado de ella.

Rompieron los bárbaros las treguas, cautivando algunos portugueses; querian ya comerles, por dilatarse el rescate; pidióles el santo H. José que esperasen sólo un dia, prometiéndoles que al siguiente, cuando el sol llegase á cierto lugar que señaló con la mano, vendrian los que habian de rescatar los cautivos, nombrando las personas que habian de venir, por ser conocidos de los indios, y especificando muy por menudo las cosas que traian, contando el número de las ropas y suertes de mercaderías que les darian, porque entre los tapuyas no se usaba moneda. Añadió que, si no sucediese todo como les decia, que le matasen y comiesen á él; pero el suceso aseguró á nuestro santo Profeta. Admiró á los bárbaros y alegró á los pobres cautivos, viendo ya su redencion y promesa de José cumplida.

Pero no fueron estos cautivos solamente los que libró el siervo de Dios de la inhumana voracidad de los indios.

Un portugués, llamado Arias Fernando, que habia venido á ver al H. José, supo cómo le querian matar los indios; acudió luego al santo Hermano muy desconsolado y afligido, pidiendo le ayudase en tan evidente peligro de su vida. Díjole José que bien podia estar sin pena, y señalándole cierta parte del mar, le mandó fuese allá al dia siguiente y esperase un navío que allí habia de surgir, que se huyese en él. Hízolo así como el siervo de Dios se lo ordenó, sucediendo todo como lo habia dicho.

Concluidas las paces, fué restituido el H. José á los nuestros, acompañándole los mismos bárbaros con particular fiesta y regocijo; pero, porque quedaron dos naciones rebeldes, se hubo de proseguir la guerra, llevando consigo los portugueses al santo Hermano como singular amparo de sus armas, y, lo que más es, de sus mismas almas, aunque no era Sacerdote; pero su ejemplo y santas palabras movian los corazones de los soldados de manera, que parecian todos religiosos en la frecuencia de Sacramentos y aficion á las cosas de piedad; y no les aprovechó poco para el suceso de la guerra.

Estaban unos indios amigos ya para retirarse por falta de vituallas y porque la *Capitana* de los nuestros no llegaba. Detuvóles el H. José, prometiéndoles que, ántes que pasase el dia siguiente, tendrian todo lo que deseaban. No pasaron muchas horas, cuando les llegaron tres barcos llenos de vituallas, y al dia siguiente muy temprano llegó la *Capitana*, que habia sido muy esperada, saliendo verdad todo lo que les habia prometido el siervo de Dios, el cual encomendaba á Su Divina Majestad el suceso de la guerra, y así alcanzaron los nuestros victorias milagrosas. Y aunque se partió de la armada,

por haberle llamado los Superiores para que se ordenara de Orden Sacro, no por eso dejaba de tener presente delante de Dios á los soldados, haciendo oracion por ellos y revelándole nuestro Señor lo que sucedia.

Una noche á deshora, dijo al P. Nobrega con quien entónces estaba: «Demos gracias á Dios nuestro Señor, porque los nuestros han alcanzado victoria de los enemigos.» Fué así, que aquel mismo dia la alcanzaron muy insigne, con que se acabó de limpiar de enemigos el Riojaneiro. Ordenado de Sacerdote, decia la Misa el siervo de Dios con gran devocion, y muchas veces le vieron, mientras celebraba, levantado en el aire.

IV

Siendo Sacerdote y misionero, le suceden cosas maravillosas.

A pocos dias despues de Sacerdote, sucedió un caso raro, en que se echó de ver lo mucho que agradaban á Dios los sacrificios de su siervo.

Vivian dos hermanas indias, ambas cristianas y casadas, una en el lugar de S. Vicente y otra en una aldea vecina. Vino la aldeana á la villa á ayudar á su hermana en su trabajo ordinario, que era hacer cera hilada, la cual revuelta en rollos ó en otra forma semejante, sirve á la gente ordinaria en el Brasil, para alumbrarse en las noches. En ocupaciones como estas se enseñaban las indias al trabajo y á la policía de la vida humana.

Haciendo ambas hermanas su labor, la aldeana formó para sí de la cera dos velas, y preguntada de su hermana ¿á que fin las hacia? Respondió: Helas de ofrecer al P. José, para que á devocion de mi nombre diga una Misa cuando yo fuere santa: quiso decir, cuando sea muerta de los enemigos por la fe cristiana, y alcanzare palma de mártir. Ofreció sus velas al santo Padre, declarándole el fin de su oferta, suplicándole la dijese aquella Misa, pues eran tan agradables á Dios sus sacrificios.

Pocos dias despues entraron los indios en los términos de S. Vicente, y entre otros cautivos llevaron á esta mujer, que viniendo á manos de un capitan de los enemigos, la quiso forzar; resistió ella valerosamente, diciendo que era cristiana y casada legítimamente, y no habia de hacer ofensa á su marido ni á su Dios. Ofendióse el bárbaro de tan constante resistencia, y con grande crueldad mató á la casta india. Aquel mismo dia supo el P. José por divina revelacion todo el suceso, y encendidas aquellas dos velas, dijo Misa de mártir con las oraciones y lecciones que acostumbra la Iglesia, y en todos los lugares de la Misa que ordena el ceremonial, pronunció el nombre de la india dichosamente muerta, como de santa mártir. Distaba el lugar de

su muerte más de treinta leguas de la villa de S. Vicente, donde á la sazon vivia el siervo de Dios, el cual preguntado del P. Nobrega, qué santa era aquella, á quien aquel dia habia ofrecido el sacrificio de su Misa, dijo el nombre de la india, muy conocida en S. Vicente por su piedad y devocion, afirmando que aquel mismo dia habia sido muerta por la castidad, y subido su alma al cielo.

Tambien las ánimas del Purgatorio, codiciosas del bien de sus sacrificios, se los pedian; y así sacó á muchas del Purgatorio ántes que se supiese su muerte.

Un dia de S. Juan Evangelista, que es el tercero de Pascua de Navidad, dijo la Misa de Difuntos, que suele ofrecerse en la muerte de un difunto particular. Preguntóle su Superior por qué en dia tan festivo habia dicho aquella Misa, dijo que porque aquella misma noche habia muerto en el colegio de Loreto en Italia un Padre de la Compañía, que fué su condiscípulo en Coimbra. Volvióle á preguntar el P. Rector, qué sabia de su estado Respondió, que cuando llegó á aquellas palabras del Cánon: *Omnis honor, et gloria,* habia entrado en el cielo aquella alma dichosa.

Estando en Piratininga, gobernaba aquella casa el P. Adan Gonzalez, hombre de muchos años, el cual estando una mañana orando en una azotea descubierta al cielo, vió pasar por el aire un escuadron de gente, que no discernia bien, entre los cuales oyó á uno que le decia: «Padre, Padre, ruega á Dios por mí, que yo soy.» Conoció que aquella era la voz de un hijo que tenia tambien en la Compañía, llamado Bartolomé, porque habia sido casado ántes. Estaba entónces el H. Bartolomé estudiando en el colegio de la Bahía. Fuese luego el P. Adan al P. José, que habia llegado allí, para saber cómo estaria su hijo; porque, como hombre santo y á quien Dios nuestro Señor revelaba sus secretos, esperaba que le habia de decir lo que habia: y así, sin decirle nada de lo que habia visto, le preguntó: «Vále bien por ventura á Bartolomé.» Bien, respondió el santo varon, «no hay para que V. Reverencia esté cuidadoso;» y mudando plática lo divirtió de aquella imaginacion.

De allí á un año vino una nave que traia las nuevas de la muerte del Hermano Bartolomé. Pidió el P. Adan al siervo de Dios que añadiese una Misa por su hijo, á las que usa decir la Compañía por los difuntos. Respondió el P. José que ya le habia dicho cinco Misas y que no habia tenido necesidad de más su dichosa alma, y que las dijo cuando tuvo él aquella vision en la azotea; porque entónces habia muerto el H. Bartolomé, aunque la distancia de los lugares y poco curso que habia en aquel viaje, no habia dado lugar á que viniese la nneva. Pero Dios habia revelado á su siervo la muerte del hijo para que rogase por él, y juntameute la vision del Padre.

Andando muy achacoso el P. José, fué al aposento del enfermero que estaba escribiendo una carta para una hermana suya que estaba en Lisboa: díjole que para qué gastaba tiempo sin provecho, porque su hermana era ya difunta y que al cielo podia enviar la carta, no á Lisboa: pidióle dejase de escribir, pues no habia para qué y que le diese algo de comer porque estaba muy debilitado. Cuando supo despues el Hermano que habia muerto su hermana en aquel mismo tiempo que lo habia dicho el varon de Dios, le pidió dijese una Misa por su alma. Ya lo he hecho, respondió, cuando ella partió de esta vida.

Otra vez viviendo el siervo de Dios en el colegio de la Bahía, habia salido bien léjos de la ciudad á oir una confesion de un enfermo; caminando de noche junto á una laguna, oyeron él y su compañero unos gritos muy lastimosos, como de hombres á quien atormentaban. Erizáronsele los cabellos al compañero, quedando medio muerto de espanto. Animóle el santo Padre, y levantando los ojos al cielo, dijo: «¡Eterno Dios, cuán grande es tu poder!» Dijo luego al compañero que, hincado de rodillas, dijese cinco veces el Padre nuestro y Ave María por las almas del Purgatorio: hizo tambien oracion el mismo P. José y luego cesó todo aquel ruido y llanto.

Tuvo tambien este siervo de Dios grande espíritu para predicar la palabra divina: arrojaba fuego de su boca, encendia los pechos más tibios y ablandaba corazones de piedra, deshaciendo en lágrimas á los pecadores.

Una señora principal se hallaba tan movida con sus sermones, que decia le ponia el Espíritu Santo las palabras en la boca como una paloma pone en el pico de sus hijuelos los granos de trigo.

Predicando un dia del Espíritu Santo, vió un Padre de la Compañía que vino volando un pájaro que parecia canario, y se puso en el hombro izquierdo del siervo de Dios, significando Su Divina Majestad con esta señal cuan suave música hacia á los Angeles la predicacion del santo Padre.

El Obispo del Brasil, D. Pedro Leitan, persona de gran autoridad y letras, decia por el P. José que oiria de mejor gana á aquel sólo canario que al coro de todos los predicadores del mundo.

Tuvo en los sermones algunos maravillosos sucesos. Una vez que habia entrado el gobernador de la colonia de S. Vicente treinta leguas adentro de los términos de los tapuyas enemigos, y en dos meses no se sabia de él; predicando el siervo de Dios, se paró y calló un rato en medio del sermon, cubriendo con la mano el rostro y ojos. Volvió despues en sí diciendo: «Digan todos un Padre nuestro y un Ave María, dando gracias á nuestro Señor, porque hoy ha dado una señalada victoria á los nuestros. Volvieron presto los vencedores y dijeron cómo habian vencido el mismo dia que el P. José lo habia dicho desde el púlpito.

No se contentaba este celoso varon con predicar á los portugueses; salia tambien á hacer varias correrías por la tierra para convertir los indios y hacer otras obras de mucho servicio de Dios, sucediéndole en estas peregrinaciones y caminos casos notables.

Una vez se le volcó la canoa en que atravesaba un rio; salváronse todos los que le acompañaban porque sabian nadar; sólo el P. José, que nunca supo nadar en toda su vida, se hundió en lo profundo de las aguas en las cuales estuvo espacio de media hora sin perder el sentido, cuidadoso solamente, como él dijo despues, de JESUS, de MARÍA y de no beber del rio. Al cabo de este tiempo guió Dios á un indio grande nadador hasta donde estaba su siervo, y zambulléndose debajo de las aguas le alumbró para que viese al Padre José que estaba sentado en el fondo, y tomándole de la ropa le sacó con gran facilidad.

Otra vez habiendo parado en uno de aquellos desiertos donde habia muchos tigres y onzas, y armado una tienda para dormir y pasar la noche; se salió de ella, como solia, á orar al campo. Al cabo de largo rato tornó, y de lo que llevaba de comida para sí y sus compañeros, tomó buena cantidad de una fruta que llaman batata y la arrojó fuera de la tienda, diciendo en lengua brasil: «Tomad, hermanas mias vuestra racion.» Preguntáronle despues á quién habia echado aquella fruta, y respondió: «A mis compañeras;» y eran unas onzas que le habian asistido mientras oraba y le fueron acompañando hasta la tienda. A la mañana vieron los compañeros del santo Padre las pisadas de las onzas impresas en el arena; tanta era su caridad que áun hasta las fieras se extendia.

Caminando otra vez acompañado de indios, encontraron una víbora; huyeron luego los bárbaros espantados con su vista, por ser el veneno de esta serpiente, principalmente en aquella tierra, muy mortal. Hizo volver á todos el santo Padre; mandó á la víbora que le viniese á las manos; obedeció ella, y el siervo de Dios muy contento se sentó con mucho espacio regalándola y pasándola la mano por encima como si fuera un perrito de falda, y aprovechándose de la ocasion, comenzó á hablar de la omnipotencia de Dios, mostrando cómo todas las cosas se rinden á los que le sirven. Dió muchos buenos avisos á los brasiles que le oian y estaban suspensos de sus fervorosas palabras y de la admiracion que aquel caso pedia. Exhortólos á que guardasen la ley de tan buen Dios, y al cabo de larga plática echó la bendicion á la víbora y dióla licencia para que se fuese.

En otro camino topó otra víbora á la cual como vió su compañero quiso echar á huir; pero detúvole el santo Padre, y llegándose á la víbora la puso encima el pié que llevaba como siempre descalzo, y, como haciendo burla

[illegible] Iban acompañados [illegible] Padre [illegible] del mar. [illegible] el [illegible] servir una cesta con el pez dentro de la [illegible] y comieron de él.

[illegible] del lugar de S. Vicente, le acompañó un Hermano [illegible] un muchacho seglar. Pidió el siervo de Dios al Hermano le diese [illegible] para rezar, habiasele dejado en San Vicente que estaba de alli [illegible] olvido. Quiso el muchacho volver por [illegible] Padre, con la gran confianza que tenia en Dios, se lo estor-

bó, diciendo que Dios proveeria de breviario. Entraron de allí á poco en una iglesia, donde, despues de hecha oracion, se fué el siervo de Dios á un altar, de donde tomó el breviario que se le habia puesto allí un Angel, y habiendo cumplido con la obligacion del rezo, se le entregó al Hermano encargándole no se le olvidase otra vez. Quedó el Hermano maravillado viendo que era el mismo breviario, y alabó al Señor por las maravillas que obraba por su siervo José.

Andaba como solia el celoso Padre en la provincia y costa de Itania buscando indios á quien comunicar la luz del Evangelio, cuando, llevado del Espíritu del Señor, se vió movido á entrar por una espesa selva. Dejó á sus compañeros, y llevábale Dios como de la mano, hasta que dió con un brasil muy viejo que estaba sentado en la tierra y recostado á un árbol, el cual dió voces al Padre diciéndole: «Date priesa á llegar, porque há mucho que espero aquí.» Preguntóle el Padre quién era y de qué tierra? Respondió el viejo que era de junto al mar, añadiendo tales señas, que entendió ser de muy léjos y que milagrosamente le habia Dios traido á aquella tierra. Tornóle á preguntar qué era lo que queria y por qué habia venido allí? Respondió el hombre que lo que queria era saber el camino derecho. Significan los brasiles con este modo de hablar la ley de Dios y el camino del cielo. Despues de muchas preguntas, y examinada toda su vida, halló el P. José que habia aquel hombre guardado la ley natural, que nunca tuvo más que una mujer ni peleó sino en guerra justa por defenderse, ni adoró á los ídolos; finalmente, en toda su vida no habia violado gravemente mandamiento alguno de los del Decálogo, que confirma lo que dicen los teólogos de semejantes hombres que en la gentilidad vivieren sin ofensa de Dios grave, que proveeria la providencia divina, sino hubiese otro medio, cómo depararles milagrosamente quien les enseñase la fe de Cristo.

Tenia fuera de eso aquel hombre muchos conocimientos de las verdades naturales tocantes al alma, y á la virtud, y al autor de la naturaleza. Y declarándole el siervo de Dios muchas cosas de los misterios de la verdadera religion, decia el brasil: «Así lo sentia yo dentro del alma, pero no lo sabia explicar.» Instruido bien en la fe y recogiendo el P. José agua llovida en las hojas de los cardos silvestres, por no haber otra, le bautizó llamándole en el bautismo Adan; y el Adan nuevo, recibido tan divino beneficio, sintiendo en el alma los efectos soberanos de la gracia sacramental, y levantando al cielo los ojos y las manos, hizo gracias, primero á la bondad de Dios y luégo al Padre: y como quien veia ya cumplidos sus deseos y puestas en ejecucion todas las cosas á que le habia traido allí la mano de Dios, libre el alma de todos sus cuidados, limpia y hermosa con la gracia del bautismo, en los pri-

meros pasos de su nuevo y soberano nacimiento, murió para vivir en toda la eternidad. Decíale el P. José la recomendacion del alma, y despues que vió al cuerpo sin ella, con eclesiásticas ceremonias le dió sepultura en la arena.

Encontró el siervo de Dios otra vez á un indio lleno de lepra; compadecióse mucho de él, instruyóle en la fe, y despues le dió el agua del bautismo, con la cual no sólo le limpió el alma de pecados, sino el cuerpo de la lepra, quedando bueno y sano.

No fué ménos maravilloso el caso que se sigue. En la villa de los Santos murió un brasil llamado Diego, que algunos años ántes habia recibido nuestra santa fe y la habia profesado descubiertamente. Cogióle la muerte en casa de un portugués á quien servia, y el cuerpo sin alma y sin calor se guardó algun tiempo; luego le amortajaron, y estaba ya la sepultura abierta, cuando despues de dos horas de su muerte, la dueña de casa vió que el difunto se movia. Llega con ánimo varonil y apresurada á ver la causa de aquel movimiento, porque en semejantes ocasiones suele el Señor dar esfuerzo para manifestar sus maravillas; y el indio poco ántes muerto la habló y pidió que le desenvolviese de aquella sábana. Manda la mujer que descosan la mortaja deseosa grandemente de saber el fin de aquel extraño suceso. El volvió á rogar á su señora que llamasen al P. José de Anchieta, y diciendo ella que el Padre no estaba en el lugar, porque habia ido al lugar de S. Vicente, dos leguas de la villa de los Santos, dijo el indio que ya habia vuelto, y que juntos habian caminado hasta un arroyo que está vecino al lugar, que allí le habia mandado el santo Padre que se adelantase, y despedido de él habia venido á casa, y vuelto á vestirse de su cuerpo. Enviaron luego al colegio de la Compañía quien de parte de Diego el resucitado diese estas señas y llamase al P. José de Anchieta. Vino, y en viéndole el enfermo le preguntó si traia consigo el relicario que le habia mostrado en el camino: sacóle el siervo de Dios del pecho, con que se alegró mucho el indio; contó luego á todos el suceso de su muerte. Dijo, que en partiendo de esta vida, a los primeros pasos que dió en la otra, le salió al camino uno que le dijo que no caminaba al cielo por el camino real y derecho, porque no habia entrado en la iglesia por la puerta del bautismo; porque esta era la causa de haber vuelto al cuerpo, ordenando Dios que á la vuelta encontrase con el P. José. Confesó que era así, que nunca habia recibido el Bautismo; pero que jamas habia caido en su yerro; que se acordaba que, cuando vinieron á su patria los hombres blancos, así llaman los indios á los hombres de Europa, y enseñaron la fe sus naturales, á él le dieron por nombre Diego; que desde aquel tiempo se tuvo por cristiano enteramente, y que solamente habia cuidado

de guardar y cumplir los mandamientos de Dios, y llevado de este engaño, jamas habia caido en su imaginacion que fuese necesario el bautismo.

Pidió despues de su relacion al P. José que le recibiese en la Iglesia con las aguas de salud, porque se iba volviendo á morir y á caminar al lugar de donde habia venido. Trujo entónces el siervo de Dios á la memoria al indio los principales misterios de la fe con la priesa que el tiempo permitia, y catequizado, le bautizó con mucho gozo de su espíritu y muchas lágrimas de sus ojos, afirmando que diera por bien empleada su venida al Brasil y por bien logrados sus trabajos, sólamente por haber enviado aquella alma á la ezerna bienaventuranza. Bautizado ya Diego, pidió licencia para partir de esta vida á su señora, y rogóle que sus pobres vestidos diese á un pobre, é hiciese decir dos Misas para que en nombre suyo se ofreciese á Dios siquiera aquel culto, y á él en la mano le pusiese encendida una candela de cera bendita con los ceremonias de la Iglesia. Y vuelto al santo P. José, le suplicó le asistiese hasta que diese el alma á Dios, cuya era. Hízose todo lo que pedia, y todos con oraciones acompañaban en su partida aquella alma dichosa, la cual á breve rato desamparó su cuerpo y voló á su criador.

V

Cuán admirable fué siendo Rector.

Cuando estaba más ocupado el santo P. José en buscar las almas de los indios, le hicieron Superior de la casa del Espíritu Santo, y despues de la de S. Vicente, y últimamente Provincial, en los cuales oficios continuó el celo de las almas y conversion de los brasiles, sin descuidar un punto de sus súbditos.

Ya le habia revelado el Señor cómo lo habia de hacer Superior mientras andaba peregrinando y cultivando aquella tierra bárbara. En esta ocupacion le volvió del camino á la casa del Espíritu Santo una carta del Padre que allí gobernaba á los religiosos nuestros. Iba con él en aquella peregrinacion un Sacerdote, al cual dijo que su llamamiento era para que fuese Superior en aquella casa, y ni la sombra de esto traia la carta. Vino, y luego le dieron cartas del P. Provincial en que le mandaba rigiese la familia de los nuestros y las residencias subordinadas á aquel colegio.

En el gobierno espiritual y temporal de sus súbditos le favorecia el Señor con notables maravillas.

Habia enviado á un Padre á oir una confesion de un hombre enfermo. Ofreciéndosele á este Padre en esta mision breve un grave peligro, decia al

mismo tiempo su santo Superior Misa, y con el cuidado ordinario de los suyos encomendaba á Dios fervorosamente. El cual le reveló el peligro que aquel Padre corria; apretó en la oracion el P. José y alcanzó favor del cielo que deshizo el peligro, y vuelto á casa el Padre guardado de tan terrible trance, le previno su santo Superior con aquellas palabras de Cristo: *Ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua.*

Peregrinaba el siervo de Dios como solia, visitando los lugares que tocaban á su casa, y acompañábale en aquel camino un Padre llamado Juan Fernandez. En este mismo tiempo un religioso en el colegio comenzó á padecer graves tentaciones y movimientos del alma. Conociólo aunque ausente el P. José, porque se lo reveló Dios, y dijo á su compañero: «Mudemos el camino y dejemos esta mision y volvamos ahora á casa, que hay en ella quien notablemente necesita de nuestra presencia,» y nombró á cierto Hermano. En llegando al lugar y en entrando en casa, fueron recibidos con mucho gozo de todos y grande consuelo de aquel afligido Hermano, el cual dijo luego al P. José: «Dios ha traido hoy á V. R., porque, si hoy no viniera, dudo mucho qué hiciera yo de mí.» Enteróse el Padre de la causa de su desconsuelo, y con avisos saludables y razones llenas de compasion y mansedumbre le dejó sosegado. Era tan grande la caridad de este siervo de Dios, que mereció la favoreciese el cielo con casos tan milagrosos.

Siendo Rector del colegio de S. Vicente, habian faltado en el colegio todos los mantenimientos. El que cuidaba del refectorio y despensa avisó al siervo de Dios ántes de la hora de comer, y dijo que no habia en casa cosa de comer sino algunas manzanas y harina de soldados, que llaman mandioca. Hácese de unas raíces como nabos y de ella se cuece pan, aunque malo, y cruda suele servir de pan á las comidas. Es recia y se preserva de corrupcion mucho tiempo, y así la usan mucho allí en la guerra y por eso la llaman harina soldadesca. Con este regalo habia de comer aquel dia todo el colegio de S. Vicente. Mandó el P. José que, en siendo tiempo, tocasen á exámen de la conciencia, que en la Compañía se hace un cuarto de hora ántes de comer. Entre tanto acudió con su ordinaria confianza al tesoro infinito de la omnipotencia de Dios; mas pasóse presto el cuarto, y volvió el despensero á renovarle la memoria de nuestra pobreza y á preguntarle qué haria. Mandó otra vez el siervo del Señor que tocase á comer; toca, júntanse todos, siéntanse á la mesa, comienza la leccion ordinaria; pero apenas comenzó, cuando tocaron la campanilla de la portería, y acudiendo el portero, halló una buena cesta llena de comida muy bien guisada que enviaban de limosna al colegio. Repartióse á cada uno su racion y hubo abundantemente para todos, y todos con tal suceso se movieron á hacer mayores gracias despues de la comida

á la bondad de Dios, que así no falta á los que esperan en él. Mayor milagro de la providencia divina fué el siguiente:

Tenia la villa toda de S. Vicente mucha fata de aceite, y en nuestro colegio habia solamente un cubeto de él. Pero proveia al colegio y á la iglesia de S. Vicente y á la de Piratininga, sujeta entónces á este Colegio, y la limosna de los pobres gastaba su parte. Iba con tantas provisiones faltando el aceite y el cubeto daba ya solamente un hilo delgado; inclináronle á un lado como sucede en semejantes faltas, y recogiéndose el aceite á la parte anterior, goteaba todavía un poco. Finalmente vino á consumirse de manera, que ni una gota destilaba. Entónces el H. Antonio de Ribera que cuidaba de la despensa, avisó al P. José que el cubeto del aceite se habia acabado y podia emplearse en otra cosa, porque no sólo estaba sin aceite, sino seco totalmente. Díjole el siervo de Dios que en ninguna manera, ántes le mandó que en todas las necesidades acudiese á él como ántes; que Dios era padre misericordioso y haria que no faltase aceite en él. Obedeció el despensero, y como fuentecilla pobre de agua en lo riguroso del verano se seca á las noches, y en volviendo el dia vuelve á correr; así el cubeto, en satisfaciendo alguna necesidad presente, detenia el curso del aceite como si totalmente quedara vacío; pero ofreciéndose nueva necesidad, volvia á dar todo el aceite necesario. Casi dos años enteros que duró en aquel lugar la falta del aceite, dió el cubeto fielmente tanto aceite cuanto le pedia la necesidad. De manera que corrió la fama del milagro, publicando que en casa de los Padres las oraciones del santo varon José hacian que jamas faltase aceite. Vino despues una nave flamenca y en ella una tinaja de aceite enviada de limosna á nuestro colegio. Metiéronla en la despensa, y luego se secó aquella fuentezuela, como en otro tiempo la medida de aquella viuda de Eliseo, en faltando vasos que recogiesen el aceite.

Estaba este siervo de Dios tan atento al bien, principalmente el espiritual, de sus súbditos, que parece tenia todas sus necesidades presentes, y verdaderamente las tenia, pues Dios se las revelaba.

Un Padre que gobernaba una residencia sujeta al colegio de S. Vicente, donde era Rector el bendito P. José, mandó á un Hermano que se recogiese á su aposento y que sin licencia suya no saliese de él. Supo el santo varon por revelacion de Dios el caso, acudió luego al consuelo del afligido Hermano, y flaco, y achacoso, y solo, y con los pies descalzos, anduvo ántes de mediodía doce leguas. Entró en casa, fuése al aposento del recluso, mandóle salir, habló con el Superior de aquella casa, y con buenos consejos y á propósito para entrambos, le reconcilió con el Hermano. Despidióse luego de los de casa, consolólos con su bendicion, no quiso esperar las visitas de los

amigos seglares que le vinieron á ver, y el mismo dia volvió al lugar de donde habia salido, en el cual ninguno habia reparado que faltase. El amor de aquella oveja de que tenia cuidado, le obligó á hacer camino tan trabajoso, porque quizá no podia aplicarse tan bien á aquel mal la medicina por otra mano; que importa mucho la calidad y benevolencia de la persona, para sosegar á un hombre alterado.

Otro Hermano de la Compañía vivia en una granja nuestra que tenia á su cargo, y era el lugar aislado, de manera que solamente por el mar tenia entrada ó salida. A este Hermano, ó porque la soledad ú otra causa oculta le afligia el alma, comenzaron á traerle solícito é inquieto grandes melancolias; no tenia quien le consolase en su tristeza ni á quien comunicar las causas de su desasosiego. Tres dias habia que aquella pena le ocupaba el corazon, cuando paseándose en el campo vió al venerable P. José solo, acompañado solamente de su báculo, que se venia á él; salióle á recibir muy regocijado, saludóle con mucho respeto y dióle las gracias de su venida. Díjole entónces el santo varon: «Por vos sólo he venido aquí.» El Hermano le descubrió las causas que le train inquieto, y el P. José con razones prudentes y amorosas le sosegó, y le dejó muy contento y sosegado en su granja. Mas no pudo el Hermano entender de qué suerte pudo venir y volverse el siervo de Dios, porque vió la ribera toda desierta y en ella no habia género de embarcacion. Pero el Angel que le revelaba estas cosas le llevó á la granja y volvió a su casa. como el otro que á S. Felipe el Diácono desde el camino en que bautizó al eunuco de Candaces, le puso con invisible mano en Azoto.

Otro Hermano de casa sintiéndose notablemente debilitado, pidió al despensero para almorzar alguna refeccion; pero respondióle que no se atrevia á darla sin licencia del Superior, porque no se meneaba en casa cosa que luego no la supiese aún sin decírsela ninguno. Vino de buena gana el necesitado, en que el despensero pidiese la licencia, y despidióse para volver despues, mas apénas se habia despedido, cuando el P. José acudió al despensero y le mandó diese á aquel Hermano lo que pedia, porque tenia notable necesidad de aquel alivio.

Despues de su muerte, afirmó otro religioso que le descubrió una cosa que habia pasado á solas entre el mismo religioso y otros de casa, que fué imposible haberla sabido sino por aviso del cielo. Esto hacia que los súbditos anduviesen muy cuidadosos y no hiciesen cosa digna de reparo, porque sabian que ninguna se le escapaba á su Superior. Pero no se aprovechaba el santo varon de este divino y sobrenatural conocimiento sino es en utilidad de las personas á las cuales importaba, y él las sosegaba y consolaba, como se verá por estos casos.

Andaba uno muy afligido de varios pensamientos, y no habia descubierto á nadie el desasosiego de su alma. A esta sazon le encontró el P. José y con solas estas palabras: «Quitad, quitad allá, ¿para qué esos pensamientos impertinentes?» y dándole su bendicion, le serenó y sosegó el corazon como si jamas algun pensamiento triste se le hubiera ocupado.

Un padre solia confesarse con el siervo de Dios, y un dia para decir Misa iba á hacer su confesion. Era sin duda miedo y escrúpulo el que le llevaba; el santo varon le dijo que no tenia que temer, que fuese á decir Misa sin confesarse. Instaba el Padre que traia algunas cosas que necesitaban de confesion: volvió el siervo de Dios á animarle, y díjole la especie del pecado que temia y que en él no habia incurrido culpa alguna sino merecido grande premio. Y era la calidad de la cosa tal que, si no es ilustrado de Dios, era imposible saberse, ni la especie de la culpa, ni el grado del merecimiento. A otro Padre despidió ántes que le hablase palabra, asegurándole que no habia culpa alguna en lo que le afligia tanto la conciencia.

No es mucho que tuviese este santo varon semejante providencia para con los de casa, pues la tenia para con los de fuera. Estando en su aposento ocupado, salió una vez de repente dando voces al portero, y mandóle que al punto abriese la puerta y recogiese á un hombre que habia hecho una muerte, y huia de la justicia que le seguia, y que no permitiese entrar á los ministros de ella. Obedeció el portero, y apénas abrió la puerta cuando se arrojó dentro aquel fugitivo, salvándose de esta manera de la pena que venia á sus espaldas.

No sólo la luz que el cielo le comunicaba aprovechó á un hombre particular, sino tambien á la salud comun de toda la república. Porque en otro tiempo llamando de la misma manera al portero, le mandó que subiese á la torre y tocase la campana al arma. No entendieron los ciudadanos la señal, y admirados todos preguntaron la causa de aquella novedad. Respondióles el santo varo quen estuviesen en arma y guardasen la ciudad, porque unos corsarios vendrian el dia siguiente y entrarian el puerto. Creyeron los ciudadanos á la profecía, y otro dia despues entraron los enemigos en el puerto, saltaron en tierra; mas viendo á la ciudad en defensa, no se atrevieron á acometerla y sin hacer nada volvieron á embarcarse. De esta suerte se libró la ciudad de un tan gran peligro.

Otra vez caminando de una aldea á otra con su compañero, le dijo: «Volvamos á este lugar de donde salimos, que á sus vecinos y al Sacerdote de él amenaza un grande peligro. Poco tiempo despues que llegaron, vinieron á la aldea unos hombres sediciosos á alterar los villanos y hacer daño al lugar; pero movidos á respeto con la presencia del santo varon, mudaron su dañado intento.

Estaba en otra aldea de la misma colonia un hombre que habia hecho un homicidio; mas porque, ó creia que el crímen podria ocultarse, ó porque otro yerro le tenia demasiadamente confiado, él con toda su familia vivia muy seguro atendiendo y cuidando de su hacienda en el lugar. Estaba en otra aldea vecina el P. José, y avisado por revelacion divina del peligro de aquel hombre, envió á media noche á decir á su mujer que avisase á su marido se pusiese en salvo, y ella se recogíese al Espíritu Santo, porque vendria presto un alguacil á hacer la prision, y sucedió así.

Mientras que gobernó el colegio de S. Vicente partió de su colegio a Piratininga acompañado del P. Vicente Rodriguez, ordinario compañero de sus peregrinaciones. En medio del camino, cayendo ya la noche, hicieron como solian, su pobre albergue. Venian por el mismo camino, aunque encontrados, desde Piratininga á S. Vicente unos portugueses, y pararon media legua ántes de los Padres y allí armaron su tienda. Envióles el P. José un brasil de su compañía que dijese á los caminantes que no hiciesen noche en el lugar que habian escogido, si no querian que los árboles que estaban sobre su tienda, cayendo los oprimiesen á todos; que les rogaba se recogiesen con él á su estancia. Admiráronse los portugueses de que el P. José hubiese sabido su venida á aquel lugar, pero creyeron su aviso muy ciertos que quien habia tenido noticia de su camino y de su estancia, conoceria tambien la desgracia que les amenazaba. Y así, guiados del muchacho brasil, mudaron rancho al albergue de los Padres. Pero admitiólos el P. José con condicion que ántes de entrar confesasen todas sus culpas al P. Vicente Rodriguez.

Entraba entre los demás uno que queria excusar la confesion: mas huzole salir el siervo de Dios, diciendo: «Ninguno no confesado entre cargado del desastre que consigo traia, no perezcamos todos á vuelta de los culpados. Aquella misma noche sintieron una horrible tempestad levantada de furiosos vientos, y á la mañana prosiguieron su camino: y cuando los Padres llegaron al lugar en que habian parado los de Piratininga, vieron derribados con la fuerza de los vientos grandísimos árboles que tenian debajo hecha pedazos la tienda de los portugueses levantada la noche ántes.

Siendo el santo varon Superior de S. Vicente, sintió un dia grandes impulsos de ir á Piratininga para remediar un grande peligro. Tomó por compañero un muchacho brasil y partió para allá. Pasando por la plaza le vieron ir apresurado Jorge Ferreira y otros cuatro ó cinco ciudadanos que en un corrillo tenian conversacion. Preguntáronle á dónde iba con tanta priesa: «A Piratininga, respondió el santo varon, á reprimir al demonio que suelto y furioso abrasa en odios mortales á dos hombres principales.» Preguntóle Jorge si habia tenido nueva de aquella enemistad por cartas ó por palabras de al-

gunos; y diciendo que no, prosiguió su camino. Ellos entendieron que Dios se lo habia revelado. Súpose despues que llegó á Piratininga dos horas ántes que se pusiese el sol, y que compuso y reconcilió entre sí á los dos enemigos, entre los cuales se habia levantado aquel incendio. Y no es menor maravilla que un hombre flaco de fuerzas y quebrado de salud, con un niño de tierna edad, en tan breve tiempo corriese tan largo camino, pues son quince leguas.

Otro hombre muy afecto al santo varon, que se llamaba Juan Suarez, estaba una vez resuelto de ofender á Dios en una venganza, y caminando ya á la ejecucion, encontró al siervo de Dios, y sin haber él declarado á nadie su pecho, como si le leyera el alma, con mucho amor le dijo: «Guarda, hijo, no vayas adonde caminas; guárdate, no conserves en el corazon esos pensamientos, muda parecer, porque si no te castigará Dios.» Con estos santos consejos se rindió á la fuerza de las palabras del siervo del Señor y desistió de su intento.

Este mismo hombre Juan Suarez tenia un amigo muy estrecho, el cual se determinó á dar la muerte á su mujer que se habia retirado de su compañía, y á otro de quien se sospechaba agraviado, si bien parece que no dejó la mujer á su marido porque temiese castigo de alguna deslealtad, sino por alguna otra pesadumbre. Juan Suarez importunado de su amigo, vino en ayudarle á ejecutar las muertes de entrambos. Tratando ellos entre sí este negocio con el secreto que pedia sin otros consejeros ó testigos, llegó repentinamente el P. José, y con razones graves les afeó el hecho que trataban. Heláronse ellos atónitos de que hubiese sabido su determinacion; mas aunque no respondian á sus razones porque no tenian qué, con todo eso no desistian de su intento primero. El P. José volvió con mayores bríos á persuadirles, ya con ruegos, ya con amenazas de la venganza y justicia divina. Pudo tanto que el marido se rindió y prometió de perdonar y admitir á su amor primero á su mujer, dejando la conclusion toda del negocio en manos del siervo de Dios. Con lo cual se atajaron las dos muertes, y los dos casados, ya reconciliados, vivieron despues en suma paz y amor y cuidadosos de servir á Dios. De esta manera concurria el Señor á la caridad y celo de este fervoroso Padre, revelándole la materia en que podria ejercitarle, y él solamente aprovechaba la luz que Dios le daba en el bien de sus prójimos.

A algunos que confesándose con el santo varon callaban algun pecado, él se lo decia y hacia que hiciesen entera la confesion.

VI

Es Provincial y obra grandes prodigios.

Con la maravillosa aprobacion que dió de sí el siervo de Dios las veces que fué Rector, fué promovido al gobierno de toda la provincia, si bien esta honra era muy contra la voluntad y humildad suya. Lo cual sucedió de esta manera:

Despues de haber dejado de ser Rector, andaba el santo varon los lugares vecinos á la Bahía, saliendo de ella á cultivarlos apostólicamente, cuando el año de 1578 le llamaron á la isla Taparica á confesar una vieja brasil.

Es esta isla la mayor y más poblada que encierra en sí aquella ensenada, que por su grandeza llaman Bahía. La mujer, conforme á la costumbre de su tierra, en vez de cama estaba tendida en una red armada junto al fuego, y el P. José para oirla de confesion se sentó en un tronco pequeño que estaba al mismo fuego. Quiso el dueño de la casa darle mejor asiento cuanto sufria su pobreza; mas el siervo de Dios no lo consintió, diciendo: «Otro asiento me espera al cual me llamarán en concluyendo aquí, harto ménos gustoso para mí.»

No habia hecho aún entera la confesion cuando le dieron unas cartas del P. Provincial en que le mandaba volviese luego á la ciudad. Acabó su confesion y comenzó su camino, si bien no ignoraba los trabajos á que era llamado, y eran la silla que poco ántes habia profetizado le prevenian.

Luego que vino al colegio, convocada toda la casa, el P. Provincial que acababa hizo una plática, y leida una patente de nuestro P. General, declaró por Provincial al P. José de Anchieta. Hizo el dia siguiente el nuevo Provincial otra plática á todos pidiéndoles el socorro de sus santas oraciones, y despues con grande humildad, postrado de rodillas, besó á cada uno los pies.

Ya con luz superior y aviso del cielo habia sabido mucho ántes el santo varon este suceso, como si hubiera asistido á las consultas y resolucion de Roma. Porque gobernando áun el colegio de S. Vicente, y acudiendo á visitar á Piratininga, residencia sujeta á aquel colegio, dijo en una conversacion por gracia á tres Sacerdotes y dos Hermanos que estaban presentes: «Dicen que he de ser Provincial, buenas espaldas tengo yo para esta carga.» Y es, que como arriba vimos, tenia desconcertadas las espaldas de la enfermedad que le afligió siendo novicio.

Habia dicho tambien mucho antes que habia sido señalado por Rector del colegio de la Bahía; pero que no tendria efecto aquella eleccion. Y fué así

que despues vino patente de Roma en que era señalado por Rector de la Bahía; pero una dificultad que entónces se ofreció atajó la ejecucion. Sobrevino luego patente que le hacia Provincial, como dijimos; y no hubo estorbo que le impidiese este oficio, como lo hubo en el de Rector.

El año, pues, de setenta y ocho tomó el gobierno de su provincia, y le administró siete años con la prudencia y entereza que de varon tan insigne se esperaba.

Consigo guardó el mismo tenor de vida que ántes y el mismo trato familiar con Dios, que ni la nueva honra le hizo olvidar el desprecio de sí, ni la ocupacion de tan grande oficio le impidió que tratase á Dios con la contínua familiaridad que solia.

A sus súbditos no tanto mandaba con la voz como con el mismo ejemplo de tantas y tan grandes virtudes. Decia aquello de S. Pablo ad Ph. c. 4. v. 9. *Quae et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me haec agite.* Lo que yo os he enseñado, lo que de mí habeis oido, lo que en mí habeis visto, eso haced, eso imitad.

Al rigor de las reglas á que queria se ajustasen todos, juntaba su natural blandura y apacibilidad. Así era á todos suave el rigor de la disciplina religiosa, y así José era á todos amable, y habia ganado tanto las voluntades, que sus súbditos se confesaban con él con más gusto que con los confesores señalados y ordinarios, cosa sin duda bien extraordinaria.

Solia decir que ninguna cosa habian de tener más en el corazon los Superiores que el amor de sus súbditos y el cuidado de los aumentos de su virtud.

Oyó decir una vez en una conversacion á un Padre, que quien rige á otros no debe disimular falta de ninguno, que no castigue ó reprenda ó por lo ménos blandamente le avise. Añadió el P. José: «Y ninguna culpa ha de saber el Superior de sus súbditos, que primero que llegue avisar al culpado no la haya llorado dos ó tres veces delante de la divina misericordia, que esto es cuidar de las ovejas encomendadas por Cristo al cuidado del Superior.»

Otra vez un Padre que hacia en un colegio oficio de ministro, que es en la casa el Superior segundo, se hubo ásperamente con un súbdito. Vió este rigor el P. José, y como Provincial, preguntó al Padre la causa de su aspereza. Él con la sinceridad que habia hecho aquella accion, con la misma respondió á su Provincial: «El Superior, dijo, que me encomendó este oficio, me encargó con él que no dejase pasar ninguna ocasion en que pudiese ejercitar la paciencia á cualquiera de los súbditos.» «Pues yo, dijo José, en el nombre de Dios ordeno á V. R. que desnude ese afecto y se vista de otro de mansedumbre y blandura, y en cuanto pudiere procure no dar á nadie ocasion de enojo, sino á todos se muestre afable y benévolo.»

Visitaba la provincia á pié y descalzo el siervo de Dios, como tenia de costumbre, haciendo de camino el provecho que podia en los indios y otras obras maravillosas, haciendo fuera del provecho espiritual de muchos, insignes obras de misericordia, rodeando aquellas tierras para hacer bien á todos. Para eso le puso el Señor sobre el candelero de este oficio, para que se comunicase á más su virtud y caridad y hacer por su medio á muchos singulares mercedes.

Andando por las costas más bajas del Brasil y saliendo de la Bahía, vino á la villa antigua para visitar una iglesia de nuestra Señora de la Victoria. Allí le visitó Irene Barbosa, la señora más principal de la villa, y le suplicó afectuosamente que con sus oraciones le alcanzase de Dios algun hijo. Respondióle el Padre que él iba entónces á visitar los colegios de la costa inferior del Brasil, y que á la vuelta; y con el favor de Dios, creia que le recibirian con las nuevas del bautismo de una criatura suya; y que si era hija, como entendia, la llamarian Ana, si bien el gozo de su nacimiento no duraria muchos años, porque la niña viviria pocos; pero que despues del primer parto asegundaria con muchos la divina misericordia.

Dejando con estas esperanzas á Irene navegó José, y dando vuelta el año, volvió de su visita, y al entrar en el puerto de la villa antigua, encontró con una navecilla; saludáronse unos á otros, y los naturales preguntaron a los forasteros de dónde venian, y José á ellos qué gente era la que en tropa se veia subir por un collado que se levantaba desde el mar. Respondieron, que Isabel de Avila, hija de García de Avila, llevaba consigo aquel acompañamiento para ser madrina en el bautismo de una hija de Irene de Barbosa. Vivió la niña hasta doce años, y en este tiempo dió Dios á la madre la fecundidad é hijos que el santo varon habia profetizado, cumpliéndose en todo su profecía como en otros muchos casos.

Llegó una vez á la ciudad de S. Sebastian el año de 1581, cuando Diego Flores, enviado de Portugal con una armada de algunas naves para asegurar el estrecho de Magallanes, y pasando por las costas del Brasil, paró echadas áncoras á una legua del puerto é hizo representacion de armada enemiga, y acaso aquellos dias se temian enemigos en la costa. Turbóse toda la ciudad, ya los ciudadanos se ponian en armas y los religiosos de la Compañía, recorrecogidas sus alhajas, especialmente las cosas sagradas, trataban de asegurar sus personas. Quietólos el P. José y dijo que sin causa alguna se desasosegaban, porque la armada era amiga, y puestos los ojos en ella, como quien miraba alguna cosa particular, dijo que allí venia un carpintero diestro en su oficio, que entraria en la Compañía y en ella haria muchos servicios á la religion y grandes aumentos en la virtud.

No pudo, si no es avisado de Dios, saber nada de esto el santo varon. Este carpintero fué Francisco Escalante, el cual, luego que desembarcó de su navío, vino derechamente á la Compañía y pidió que le pusiesen con el P. Provincial. Llamado el P. José dió á entender al portero, ántes que le hablase palabra, que sabia quién era la persona que le llamaba y qué causa le traia al colegio. Examinado Escalante y aprobado en la Compañía, le profetizó que perseveraria en ella hasta la muerte.

Seguian á la armada cuatro naves cargadas de bastimentos. Estas despues de pasado el promontorio de Cabofrio, ántes que entrasen en la ensenada jenariense, se recogieron á una estancia mal segura, obligados los marineros de la fuerza del mar ó poco prácticos en aquellas costas. Habia peligro que se perdiesen todos, cosa que turbó y alteró mucho á la ciudad de S. Sebastian. El P. José, movido del peligro de la armada, se fué á Dios, y con humildes ruegos le suplicó librase aquellas naves del riesgo que les amenazaba. Aun no habia aflojado en su oracion, cuando segunda nueva dió aviso que ya las naves estaban fuera de peligro. Regocijado con esta nueva el P. Estéban Grana, acudió al aposento del siervo de Dios para hacerle el primero participante de su alegría. Abierta la puerta le vió compuestas las manos y encendido el rostro, levantado en el aire orando al cielo. Volvió luego en sí el santo varon, y anticipándose al P. Estéban, dijo: «No hay mal ninguno, solamente se perdió un esquife que se juntó á las naves, pero de él no ha perecido persona.» Bien se vé quién dió luz y conocimiento tan distinto al P. José de todo esto, pues ninguno habia entrado á darle nuevas de nada. Súpose que todo habia sucedido así cuando las naves llegaron al puerto de S. Sebastian.

El mismo Señor, que por las oraciones de su siervo libró aquellas naves, le dió aviso de todo lo que pasaba.

Hallándose en este mismo lugar el santo varon, partia uno de la Compañía á Pernambuco, dábanle lo necesario precisamente para aquel viaje; mandó el santo Provincial que le doblasen el viático porque tenia doblada la jornada. Fué así, que arrebatado de Pernambuco con la fuerza de una tempestad y doblando á septentrion, dió consigo en unas islas que confinan con otras de la costa del Perú y por eso las llaman anteínsulas. El espíritu profético de su Provincial aprovechó á aquel religioso alejado tanto de sus casas, que mal pudieran de otra manera remediarle.

Aun estaba en el colegio de S. Sebastian el P. José componiendo como Provincial las cosas de aquellas costas, cuando un hombre principal, despues de difunta su mujer, le pidió que le admitiese en la Compañía. Dióle el santo Padre palabra de cumplirle sus deseos, pero parecióle conveniente que con-

cluyese primero unos negocios que entónces le tenian embarazado y a cuya causa habia de ir á la Bahía, adonde dijo el P. Provincial estaria al mismo tiempo. Vino el hombre á la Bahía y concluyó sus negocios muy á su gusto, pero la misma buena fortuna le heló los deseos que tuvo de vida religiosa.

Llegó poco despues el P. Provincial, y el pretendiente de la Compañia, mudada ya el alma, se le hizo encontradizo. Preguntóle el siervo de Dios si se habia desembarazado ya de los lazos del mundo. El, tratándole con mas cortesía que pedia la profesion de quien tuviera ánimo de entrar luego en la Compañía, dijo que ya se veia libre de embarazos, pero que pensaba volver á Portugal y allí de nuevo pedir la Compañía y morir en ella. Entendió luego el P. José su inconstancia, y poniéndose severo de rostro y dándole blandamente con la mano en el hombro, dijo: «En lo que toca á vuestra partida, si la haceis, sin duda llegareis á Portugal, pero no morireis en vuestra patria ni en la Compañía, aquí en el Brasil acabareis y con el linaje de muerte que merece quien desprecia las voces de Dios.» Si hubiera creido á los avisos del santo varon, ¿quién duda que hubiera mirado por sí? Mas queria Dios en aquel hombre representar á otros un ejemplar castigo de faltar al llamamiento divino. Volvió á Portugal, y despues de algunos años tornó al Brasil con poderes del rey para formar nueva poblacion en las costas de Cabofrio. Trabajando en esta empresa y caminando por unos montes, desamparado de sus compañeros, se desapareció. Despues de un año le hallaron y conocieron, seco ya el cuerpo, al pié de una gran peña.

El Rector del colegio de S. Sebastian envió fuera de la ciudad á tratar unos negocios á un Hermano muy inteligente con otro compañero. Vinieron los dos á una aldea en que estaba entónces el P. José, el cual mandó al Hermano Procurador que volviese al colegio y tomase allí otro compañero y dejase el primero, porque en casa le esperaban hartos trabajos é incomodidades sin que los buscase en los caminos. Este Hermano dentro de tres dias que volvió á salir el Procurador con otro compañero, cayó en la cama de una enfermedad tan grave, que le puso casi á lo último de la vida. De donde se colige la pesadumbre de que libró el siervo de Dios á entrambos Hermanos, al enfermo de enfermar en una posada léjos de casa, y al sano del cuidado y afan de servirle, y detenerse é impedirse en el despacho de los negocios que llevaba.

Volvió el santo Provincial de la visita de las costas bajas del Brasil y estaba en el colegio de la Bahía, cuando á veinte y uno de noviembre, dia de la Presentacion de la Vírgen, los del colegio partian á celebrar la fiesta á una iglesia dedicada á este misterio, que pertenecia al colegio. El H. Francisco Fernandez, que áun no estaba ordenado, y habia largo tiempo que estaba

cuartanario, se quedaba en casa porque aquel dia era el de la cuartana. Preguntóle el P. Provincial por qué no iba con los demás á celebrar la fiesta. Respondió que esperaba aquel dia su cuartana. «Id con todo eso, le dijo, y dejadla allá de manera que no vuelva más á vos.» Fué y allí le dió una recia calentura, con ella se fué á la iglesia, y postrado ante el altar de la Vírgen, pidióla muy devotamente su misericordia, representando á la piadosa Madre, que habia venido allí mandado de su Superior, y que tenia órden suya de volver sin la cuartana al colegio. Favoreció la Vírgen al mandamiento de José y á la obediencia del religioso, y libre de tan molesta enfermedad, volvió el Hermano totalmente sano al colegio.

Por este mismo tiempo Juan Fernandez, albañil de oficio y hombre de virtuosas costumbres, trabajaba por su jornal en el colegio de la Bahía. Colgaba en la torre una campana, y viniendo á verle el P. José le dijo en alta voz: «Aseguradla bien, Juan Fernandez, que vos habeis de ser el primero de la Compañía en cuyo entierro se toque,» y á este tiempo era este hombre casado y su mujer estaba en Portugal.

Pasaron desde este aviso algunos meses, é hízose tiempo de visitar á Pernambuco, conforme á la costumbre de la provincia. Persuadian los Padres al santo Provincial que navegase ántes que pasase el buen tiempo; pero él con mucha disimulacion dilataba de un dia para otro su partida, sólo á un Padre dijo: «Dánme priesa á que me parta á Pernambuco, y no saben que es voluntad de Dios que me halle aquí el dia de la Concepcion de la Vírgen, porque entónces me espera aquí cierta ocupacion. Supo, avisado de Dios, que aquel dia habria necesidad de él en el colegio; mas qué necesidad fuese entendiólo últimamente cuando volvió. En fin, vencido de los ruegos de los Padres, dispuso su partida para Pernambuco, y abrazando con afecto paternal á todos, como se suele hacer en la Compañía, cuando llegó á echar los brazos al P. Luis de Fonseca, le dijo: «Quédese á Dios, mi Padre compañero, y espéreme aquí entre tanto que vuelva, porque despues ha de ir conmigo á Pernambuco, y yo mismo desde la navegacion volveré á llamarle y llevarle conmigo.»

Dióse, finalmente, á la vela, y despues de treinta dias de navegacion el viento le volvió al mismo puerto de donde habia salido. Acompañábanle cuando entró en nuestro colegio los Padres y llevábanle á su aposento, mas él como si le llamaran á otra parte, torció el camino á la estancia en que se recogian los oficiales que edificaban nuestro colegio. Allí estaba Juan Fernandez derribado en la cama de una grave enfermedad, el cual habia ya tenido aviso con nuevas ciertas de la muerte de su mujer, y todo lo sabia el santo varon José por revelacion del cielo.

Entró en su aposento, y con palabras blandas le consoló porque estaba muy afligido de dos males, de la enfermedad y de la pérdida de su mujer, y luégo añadió: «La Vírgen Santísima Madre nuestra me envia para que os admita en la Compañía y en la hermandad comun persevereis con nosotros hasta la muerte; el descargo que yo os pido de este gran beneficio que por su amor os hago, es que tengais memoria de mí cuando de aquí á siete dias os viéredes asistir ante el acatamiento de la Santísima Vírgen.» Luego mandó que de aquella estancia le mudasen, como á Hermano nuestro, al colegio, y que allí atendiesen á su cura. Visitóle al tercer dia, y con muestras de grande regocijo, le dijo: «H. Juan, una nueva alegre y muy deseada os traigo, vuestra buena mujer os espera delante de la presencia de Dios.» Y apartado de allí dijo á muchos que le oian: «No pudo perderse mujer de tan buen hombre.» Ultimamente el séptimo dia, como ántes lo habia dicho el P. José, asistiendo él y otros muchos Padres y Hermanos que con sus oraciones ayudaban aquella alma dichosa en su partida, partió el nuevo religioso de esta vida; entónces se puso en pié el P. José, y con grande sentimiento del alma, dijo: «Padres y Hermanos, este hombre que á nuestros ojos ha dado el alma á Dios, habiendo sido oficial toda su vida y gran parte de ella casado, en siete dias ha alcanzado el premio de religioso, porque se entregó á Dios con todo corazon para que en el último dia del juicio universal justifique la causa de Dios y la condenacion de muchos religiosos descuidados de su profesion, y algunos de ellos están aquí, que teniendo muchos años en la religion, jamas han acabado de darse á Dios del todo; estos justísimamente perderan el premio de la religion.» Con esto se fué dejándolos á todos atónitos y sin color.

Todo este suceso es un monton de muchas profecías cumplidas, porque lo primero, aquel nuevo soldado de Cristo de la bandera del mundo pasó a la Compañía de Jesus como el siervo de Dios tanto ántes lo habia dicho. Despues acabó el curso de su vida al séptimo dia, término que le señaló el P. José. Tambien la primera vez que aquella campana se tocó, fué conforme a la profecía que habia dicho, por la muerte del oficial recibido ya en la Compañía. Fuera de esto se halló en la Bahía el dia de la Concepcion, y acabó felizmente el negocio á que la Vírgen le volvió allí. Más, vuelto con la fuerza de la tempestad á la Bahía, halló cartas de nuestro P. General que le señalaba por compañero y Secretario al P. Fonseca, como él ántes lo habia significado, y en conformidad de la misma profecía, en abonanzando el tiempo navegaron juntos á Pernambuco. Y no pudo si no es con espíritu profético saber que la mujer del albañil antiguo y nuevo religioso, ya bienaventurada en la presencia de Dios, intercedia á la divina misericordia por el feliz fin

de su marido. Y pues en sólo un caso vemos verificadas cinco profecías, creer podemos que esta que hizo de la bienaventuranza de la mujer y mucho más la que afirmó de la eterna felicidad de su marido, no fué falsa. Principalmente averiguada ya la verdad de la última profecía en que amenazó a los religiosos descuidados, porque si bien no luego, pero despues de pocos años se conoció que no era vana, faltando en su vocacion algunos de los que notó en sus palabras y que se hallaron presentes al caso.

Dispuesta ya la partida á Pernambuco, despues de la muerte de Juan Fernandez, visitó ántes al P. Francisco Pinto, tan gravemente enfermo en aquel colegio, que tenian todos pocas esperanzas de su vida. Encontróle muy puesto y prevenido para morir; díjole que descuidase entónces de la gloria á que ya se aparejaba, y se aprestase á trabajar por Dios: «Porque no habeis de entrar, le dijo, con vuestras manos lavadas en el cielo ni os espera género de muerte tan sosegada; grande jornada os queda que andar para llegar al cielo. Yo en Pernambuco daré alegres nuevas de vuestra salud á vuestra madre y hermanos, y así levantaos luego, vestíos é id á la iglesia, y delante del Santísimo Sacramento, haced gracias á Dios de haber cobrado salud:» mandó que luégo le diesen de vestir.

Obedeció el enfermo á las palabras del siervo de Dios, y luego cesó la fuerza de la enfermedad, y cobró el cuerpo debilitado tantas fuerzas, que no volvió más al poder y cuidado del enfermero.

Partió el santo varon á Pernambuco con el P. Luis de Fonseca, su compañero señalado de Roma: y el P. Pinto, trabajando gloriosamente en las ocupaciones de la Compañía con grande fruto de los gentiles y cristianos nuevos y grandes ejemplos de virtud, vivió no solamente hasta la muerte del P. José, mas dilató su vida desde ese tiempo hasta veinte y seis años adelante, que tantos años hay desde el de 1582 en que milagrosamente salió de las manos de tan grave enfermedad, hasta el de 1608, que por la religion cristiana dejó la vida en las manos más crueles de los bárbaros gentiles, confirmando su predicacion con el testimonio de su sangre, siendo glorioso mártir de Cristo despues de haber trabajado mucho por la conversion de aquellas gentes.

Despues de la jornada de Pernambuco, volvió el P. José el año de 1584, á la ensenada de Riojaneiro y á la ciudad de S. Sebantian á visitar, como solia, nuestro colegio. Sucedió que pasó desde la ciudad á la costa que tiene en frente, á visitar algunas aldeas y parroquias. A la vuelta venia en una canoa, y en su compañía el H. Pedro Leitan, á quien daba grande pesadumbre el tiempo que entónces corria; porque la calma era suma, el calor terrible y la jornada de algunas leguas. Vió el P. José sobre un árbol tres ó cua-

tro guaraces, que son unas aves de la grandeza que nuestras, lor carmesí que inclina á rojo y de hermosísima vista. Habl Dios en lengua del Brasil, y díjolas: «Andad y llamad á las je y volved todas á hacernos sombra en este camino.» Ellas cuello dieron señal de que obedecian, y partiendo de allí v acompañadas de una grande bandada, y todas juntas formaro hizo sombra á la canoa, hasta que, corrida una legua de mar, plar un viento fresco; entónces dijo el santo varon á las guar dian alzar y deshacer el toldo. Ellas como quien habia cumplid gacion, graznando apriesa en señal de alegría, se despidieron y volando.

Deteniéndose aún en el mismo colegio de S. Sebastian, salió un no á pescar con los criados deputados á este oficio, para proveer d to al colegio. Era la pesca léjos de la ciudad, en una ensenada vecin la que llaman Maricana. Fué con ellos el P. José para hacer oficio d dote allí y decirles Misa aquel tiempo, y tambien para tratar con aquella soledad más libre de negocios que le interrumpiesen. Pescaron cantidad de peces, que los admiró á todos; mas queriendo salarlos par servarlos, acudió un ejército de cuervos marinos y de otras aves acu que se arrojaban á los peces tendidos en la ribera, é impedian á los ofici porque para ojearlas era necesario dejar frecuentemente la obra de las nos. Mandóles el P. José que se fuesen, y en lenguaje brasil les dijo: «Ret raos mientras estos trabajan y no les seais molestos é importunos, y en partiendo nosotros, podeis volver vosotras á buscar vuestra comida.» Como si aquellas palabras fueran poderosas á dar sentimiento humano á los oidos de las aves, así se retiraron y esperaron el fin de aquella pesca y del aderezo de los peces; en partiéndose el P. José y el Hermano con los pescadores, volvieron luego, á sus mismos ojos, hechas tropas á comer las sobras.

Mientras que salaban los peces aparecieron en la otra ribera dos onzas, que con atentos ojos miraban á los pescadores. Dió á entender el Hermano que se holgaria de verlas más de cerca; el siervo de Dios dijo que en acabando su obra podria verlas despacio. Ibanse ya las onzas, y avisado el P. Jose, salió á ellas y les dijo á voces que volviesen un poco despues porque algunos las querian ver más de cerca. Acabado el trabajo de aquel dia, se metieron en dos canoas, y el Padre con toda su compañía atravesó la ensenada y se acercó á la ribera contraria. Ellas entónces desde tierra se mostraron apacible mente á los del agua, de manera que las pudieron ver todos muy despacio, hasta que satisfechos ya de su vista, tomó el siervo de Dios una racion de peces ordinarios y se la arrojó, y ellas muy contentas se fueron.

no tienen horror á las dia ocupados todos en pescar y salar el un animal que se parec para orar más libremente; no le vieron los indios que no prosig las huellas el Hermano y vióle sentado sen con gozar del ridícu el mar, mas las olas, mandadas de su- rasil dijo que hiciesen ocupando largo espacio de tierra adonde escadores. Luego en co n, y levantadas en forma de paredes le re- no con lastimosos quej s, que ni con el rocío del agua azotada del tros trepaban á los ár ue renovaba Dios el milagro que hizo para los de abajo las exe guas del mar Bermejo. No se atrevia el Herma- ridículos gestos, co e dejaba el mar formada á los dos lados del Pa- echo. Con esta esde las últimas olas voceaba al siervo de Dios con con sus burlas go, y á las voces ayudaba con el ruido de tablas que ndose ya al lug ras. Pero nada bastaba á sobrepujar el ruido del mar, ni las mandó el á de José del profundo sueño de su contemplacion. Y así recogieron á ermano en el favor divino, se metió entre dos montes de stima de aq que dejaba el mar abierto, y avisó al Padre que era ya tiem- de acredit . Seguíanlos las ondas, iba delante el Padre y llegaban las ndios á la es del Hermano que le seguia detrás, el cual temeroso de su o obedeci elantó al P. José, mas el santo varon, reprendiéndole blanda- mente s andó que dejase de temer. «¿No sabeis, le dijo, que el mar y el e hizo obedecen?» En saliendo de la última raya á que llegaba el mar, se pan las olas y se igualó el mar por todas partes.

Mil ag pararon aquí los prodigios; en el mismo lugar y ocupacion de la pesca, ndo la gente cenando una vez, cerca ya de la noche, mandó el santo varon que se guardase un tarazon de un pez: no sabiendo el compañero la razon que movia al siervo de Dios, se la preguntó; respondió que era para una persona necesitada; y, poniéndose luego en oracion, dijo: «Encomendemos á Dios á un triste hombre que se halla en grande peligro.» Y era así, que una persona principal, morador de la ciudad de S. Sebastian le habia escrito rogándole que volviese á visitar á Arias Fernando, gran amigo del mismo Padre, y entónces gravemente enfermo; habia dado las cartas á un muchacho criado suyo, el cual caminaba, para darlas, por lugares infestados de onzas, y es de creer que no hubiera llegado libre de sus uñas si no le ayudara con sus oraciones el P. José que sobrenaturalmente vió su peligro. Pasadas dos horas despues de la plática que tuvo con el Hermano, cerrada ya la noche, lloviendo el cielo y en tiempo frio de invierno, llegó muy mojado y del cansancio casi sin espíritu el muchacho con sus cartas. Recibióle el siervo de Dios con mucha caridad. Mandó que le regalasen y diesen á cenar el tarazon del pez que habia mandado guardar, y ántes que abriese las cartas

ó le dijesen nada de la venida del mensa andeza que nuestrasen
y quién las escribia. «¿Luego es fuerza vo osísima vista. Hablo
compañero. Respondió el santo varon: «N dad y llamad á las
enfermo que volviendo á la ciudad.» El d ste camino.» Ellas
y preguntado despues del Hermano ¿si vi artiendo de allí v
le tratará la enfermedad, pero en fin, escap das juntas formaro
despues muchos años. una legua de mar,

Acabada la pesca, mandó el siervo del S varon á las guar
para la mañana siguiente. Estaba cerrado el ci en habia cumplid
que comenzó con la tarde parecia que habia de despidieron y
le dijo el compañero: »Tiempo muy apropósito ha
minar.» Respondióle el siervo de Dios: «Pluguiera al ian, salió un
diéramos nosotros en la virtud al cuidado que Dios tiene proveer d
no sólo mañana no nos será molesta el agua, pero ni al ada vecina
tempestad ha caido gotà en todo el camino que hemos d r oficio de
Comenzaron el dia siguiente su jornada á una aldea que lla r con D
á tres leguas de distancia, y hallaron, cosa maravillosa, en Pescaron
seco el suelo, por espacio de treinta pies de ancho y todo el rlos par
vecino húmedo y lodoso con el agua de la noche antecedente. s acuál
en este tiempo, en otro tambien dió Dios semejante muestra de s oficia
lencia y amor con este su siervo; porque en la misma costa del R las
caminando en compañía de Alonso Gonzalo, vecino de S. Sebastia «Re
otro deudo suyo, lloviendo reciamente y llegando los otros al fin de su j en
da mojados los vestidos, vieron con admiracion suya secos los del P. José
lo cual decia que sus vestidos por ser demasiadamente buenos resistian a
agua y secaban muy presto, y á la verdad eran notablemente pobres y gas
tados. ¿Quién no alaba al Autor de tantas maravillas que con tales demos-
traciones favorece á sus siervos tratándoles como á hijos queridos? Mucho
es lo que hasta aquí hemos dicho, pero no es poco lo que falta por decir;
porque parece que escogió nuestro Señor al P. José para autor de prodigios
y maravillas, que declarasen á aquel nuevo mundo las grandezas del Criador.

Volvió, pues, de la pesca el santo varon, y en el camino de S. Bernabé un indio pescador de su compañía derribó con una flecha de un árbol en que estaba sentado á un mono de notable grandeza y barbado, animal no extraordinario en aquella tierra. Al ruido de la caida acudió gran cantidad de monos con extrañas muestras de sentimiento, como si una familia llorara la muerte de su dueño. Comenzaron entónces los pescadores á flecharlos para comerlos, porque los brasiles con el mismo gusto se ceban en las carnes de estos animales que otras gentes en cabritos y conejos, y no es maravilla que

que no tienen horror á las carnes humanas, tengan por grande re-
de un animal que se parece tanto en la figura al hombre. Mandó
á los indios que no prosiguiesen la matanza de los monos, sino que
tasen con gozar del ridículo espectáculo que hacian, y á los monos
a brasil dijo que hiciesen las exequias de sus muertos para regoci-
pescadores. Luego en competencia empezaron los monos á obede-
a uno con lastimosos quejidos. Unos corrian á cuatro pies por el cam-
otros trepaban á los árboles, y saltando de rama en rama, celebra-
los de abajo las exequias de los suyos, y todos con desentonadas
y ridículos gestos, como podian reñian á los agresores las muertes que
hecho. Con esta pompa fúnebre caminaron las bestezuelas dos leguas,
con sus burlas gusto á los matadores de los de su manada, hasta que
ándose ya al lugar, por que los villanos de la aldea no volviesen á ma-
s, las mandó el santo varon volver, y ellas aceptando aquel salvo conduc-
se recogieron á sus bosques. No hizo esta accion el P. José movido tanto
lástima de aquellos animales ó del gusto y del entretenimiento cuanto de-
so de acreditar así la ley de Dios y despertar los entendimientos tardos de
indios á la veneracion y respeto de su Criador; pues así les mostraba que
do obedecia al Hacedor de todas las cosas, y que todas servian al que en-
ramente se sujetaba á las leyes de Dios. Con esto se acabó aquella jornada
ue hizo con los pescadores el siervo del Señor, que fué toda tan maravillosa,
que parece no tuvo más pasos que milagros; pero no por eso cesaron ni sus
milagros ni sus peregrinaciones.

Navegando con otros de la Compañía desde S. Sebastian á la Bahía, se levantó una tempestad tan recia que la nave, perdido ya el gobernalle, iba á dar en los esteros del mar, donde estaban tajadas las riberas, sin haber fuerza poderosa á detenerla y con peligro cierto de anegarse. Desconfiados todos del arte, se dejaron al arbitrio de la tempestad, reservando toda su esperanza en el favor del cielo. Los Padres se recogieron en la nave debajo de cubierta, y confesando y animándose unos á otros, se disponian todos á recibir la muerte y padecer el naufragio. Sólo el siervo de Dios, descubierto y asido de los cabos de las velas, levantados y fijos en el cielo los ojos, se oponia con fervorosas oraciones á la furia de la tempestad; mas interrumpióle un Hermano pidiendo que en aquella extrema necesidad le confesase. Respondió el P. José que no era entónces necesario: «¿Cómo, dijo el Hermano, por ventura no pereceremos todos?» «No,» respondió el siervo de Dios. Otro que lo oia, cobrando esperanzas de las palabras del santo varon, para sacarle áun respuesta más clara y segura, porfió, diciendo: «¿Por ventura no nos ha de sorber aquí el mar á todos?» Dijo que nó el P. José. «Bajaré pues, replicó el

otro, y daré estas nuevas á los Padres que están temerosos.» No le permitió bajar el P. José, porque «¿qué daño, dijo, puede hacer que los Padres oren á Dios?» Poco despues, amansando la tempestad se sosegó el mar y se aseguraron del peligro.

En el mismo camino enfermó el P. Ignacio de Tolosa, y habiendo surgido en Cabofrio, la enfermedad dió en un recio dolor de vientre con cámaras de sangre, y le apretó de suerte, que ya los Padres consultaban si le darian allí sepultura ó volverian el cuerpo al colegio de S. Sebastian. El P. José llamó á un Hermano entendido en medicina, que atendia á la cura del enfermo y ya desesperaba de su salud, y le dijo que le aplicase algun remedio ó que lo pareciese á lo ménos, y que estuviese cierto que su enfermo no moriria de aquella enfermedad, pero que con todo eso no dejase las medicinas ni de esto hablase palabra á ninguno. Obedeció el Hermano, y dentro de una hora se alivió el enfermo, y despues por beneficio de Dios cobró salud.

Estaba en la Bahía afligido de una recia enfermedad el P. Pedro Andrés; entró á ver al enfermo una mañana el compañero del enfermero, y hallóle peor que solia y que daba priesa la enfermedad. Acudió al P. Provincial, y avisóle que fuese á confesar al enfermo, mas estaba entónces ocupado en un negocio de que no podia desembarcarse tan presto, y ántes que acabase el enfermero de llegar á él, le previno y dijo que en su lugar llamase al P. Ignacio de Tolosa y le dijese que dejase una confesion que entónces oia, mientras acudia á la de aquel Padre enfermo y ya vecino á la muerte. Hízolo así el P. Tolosa, y en acabando su confesion, el enfermo perdió el juicio y no volvió jamas á cobrarle.

VII

Otros muchos milagros obra.

Fueron tantos los milagros que obró este siervo de Dios por toda su vida y las profecías que dijo, que no las contaré todas para no cansar con la multitud de ellas. Diré con todo eso algunas maravillas, que me han parecido ser gloria de Dios y de su siervo juntarlas en este lugar con las que del tiempo que fué Provincial hemos dicho. En una aldea del Espíritu Santo, llamada S. Juan, habia un muchacho mudo que nunca pudo soltar la lengua para pronunciar una sola palabra, aunque, entero en el sentido del oido, percibia muy bien lo que otros hablaban.

Sucedió que en una grande fiesta vinieron de los lugares circunvecinos y de la misma villa del Espíritu Santo muchos á ver los regocijos que en el

lugar se hacian. Entre otros juegos hubo uno muy usado en semejantes fiestas. Atraviesan una soga, y de ella cuelgan en medio de la carrera un ganso por los pies, pendiente el cuello abajo. La porfía es, quien corriendo á caballo corta con las uñas al ganso la cabeza. En este regocijo se levantó un pleito entre dos competidores que cada uno pretendia que era el ganso suyo. Hallóse acaso entónces en el mismo lugar el P. José, y vinieron las partes, porque en otros pleitos de más importancia así lo solia hacer, en que él sentenciase el pleito y en pasar por su sentencia. El santo varon hizo llamar al muchacho mudo, y mandóle que dijese cúyo era el ganso. Estaban suspensos todos esperando el fin de aquella contienda, pues su definicion pendia de la razon de un niño y de la voz de un mudo. Mas al mandamiento de José se rompieron los lazos de la lengua y distintamente pronunció el mudo: «Mio es el ganso, y así á mí se me dé para que le lleve á mi madre.» Alegrólos á todos la gracia del muchacho y el fin tan inopinado de aquella competencia, y mucho más el beneficio singular que Dios hizo á aquel niño. De esta manera se sosegó, con sumo gozo de todos la contienda, y el muchacho volvió á su casa con lengua y con su ganso.

En otra aldea trabajaban unos brasiles para llevar al mar una canoa, mas eran pocos y con dificultad la movian; pasó por allí el siervo de Dios, y ellos, movidos de la opinion que de su santidad tenian, le pidieron que favoreciese con su bendicion á sus deseos. «No sólo mi bendicion, dijo José, pero ayuda os daré con mis manos mismas;» y, despues de haber pedido á Dios ayudase á aquellos pobres hombres, echando él mano á la obra, luego con grande facilidad echaron la canoa al agua.

En Mangene, aldea de la misma colonia, no podian muchos hombres de robustas fuerzas reducir un buey bravo á que tirase una piedra de un molino de azúcar. Habia venido desde su casa allí con el P. Vincencio Rodriguez el siervo de Dios José, á confesar á los que trabajaban en el molino; supo lo que pasaba y echó su bendicion al buey y dejóle tan manso y tan tratable, que un esclavillo guineo le puso luego el yugo.

Mientras se detenia en este lugar le visitó Baltasar Martin Florencia, enfermo de asma muchos años habia, y pidió remedio al santo varon. Mandóle que bebiese de una fuente que estaba vecina á la piedra misma del ingenio de azúcar, y que, ántes de beber, rezase en honra de las llagas de Cristo cinco veces el *Pater noster* con el AVE MARÍA. Así lo hizo y así sanó; y despues jamas sintió dificultad en la respiracion.

Vino al Espíritu Santo, siendo aún Superior de aquella casa el P. Juan Suarez, vecino de Piratininga. Dióle allí una disentería con un flujo de sangre tan copioso, que ya desesperaban de su vida. Apretábanle tan frecuen-

temente las cámaras y obligábanle á salir tantas veces de la cama, que no le permitian un punto de sosiego. Añadíase á esto una extraña flaqueza de estómago que volvia cuanto le daban, y, faltando así á las venas el sustento, y desvelado siempre el enfermo, iba perdiendo apriesa la vida. Visitóle el siervo de Dios, y dijo: «Hijo, no salgais más de la cama (porque decia que aquella noche se habia levantado muchas veces) que yo espero en Dios que habeis de estar presto bueno.» Púsole luego encima la mano y trájosela por todo el cuerpo, y de repente pararon las cámaras de sangre, cobró fuerzas el estómago y comenzó á comer con gusto, convaleciendo luego muy apriesa.

Francisco Domingo, vecino de la colonia jenariense, estaba tan impedido de los pies que ni un paso podia dar sin muletas que le sustentasen. Visitó así al P. José y él le mandó que las dejase. Respondió que sin ellas no podia entrar en su aposento, á donde iba á hacer su visita; dióle entónces un bordon que él por ventura en sus peregrinaciones llevaba. Afirmándose en él el enfermo comenzó á sentir más fortaleza en los pies, y en pocos dias los tuvo del todo sueltos; pero guardó el bordon como fiador de la salud.

En el colegio de la Bahía un dia el cocinero frió unos peces para la comida de los religiosos, y, fritos ya, quitaba la sarten del fuego; mas al retirarla, el aceite, que aún hervia, saltó fuera y le abrasó la mano. Pasaba entónces por la cocina el P. José cuando el dolor de la quemadura atormentaba mas al Hermano, y tomándole con la mano izquierda la quemada y haciéndole la cruz con la derecha, dijo: «Basta, no duelas más,» y aplicándola al fuego templadamente quedó totalmente sana.

A otros enfermos sanó con sólo hacerles la señal de la cruz; tenia tan grande gracia de dar salud, que muchos le cortaron pedazos del vestido viviendo aún, y los estimaban como á sagradas reliquias y los aplicaban con feliz suceso por remedio de sus enfermedades y dolores, especialmente en el de cabeza. Hay de esta experiencia muchos testigos, así de los que la hicieron en sí como de otros que vieron el milagro.

Estaba un enfermo muy apretado de dolor de costado, pero visitándole el santo varon, pidióle licencia el afligido enfermo para aplicar al dolor la manga de su ropa, y no hubo menester más para quedar totalmente libre de la enfermedad. Tan maravilloso es Dios en sus santos y especialmente lo fué en este siervo suyo.

Las aves le obedecian como si tuvieran razon. Siendo superior de S. Vicente se criaban en casa unas tórtolas; éstas un dia que el P. José comia en el refectorio á hora extraordinaria, andaban recogiendo en los picos las migajas esparcidas por el suelo. Ojeólas el refitolero, mas el santo varon las

mandó que volviesen, y buscasen su comida, y ellas como si lo hubieran entendido, obedecieron luégo.

Cuando caminaba llamaba los pajarillos, extendiendo el brazo para que parasen en él, y de él les mandaba saltar á la mano, y allí cantar alabanzas á su Criador; despues de haber cantado un rato como cumplida ya su obligacion, despedia al pájaro con estas palabras: «Pues que has alabado bastante á Dios, vete en paz.»

Lo mismo le sucedió en la casa del Espíritu Santo con unas golondrinas.

Un hombre portugués, yendo á pescar, encontró en el camino al siervo de Dios, José, y pidiéndole con mucho respeto su bendicion se partió muy contento; echada la red recogió tan grande número de peces, que le admiró y atribuyó tan prodigioso lance á las oraciones del santo varon.

Era en el P. José cosa ordinaria señalar á los pescadores los puestos en que harian más copiosa pesca. En el colegio de la Bahía, teniendo harta necesidad el colegio de pescado, los pescadores que proveian la casa vinieron un dia bien de madrugada sin un pez, porque todos parecia que habian huido del mar, que ni uno en ningun puesto parecia. Llamó al superintendente de los pescadores el P. José, y desde la azotea de nuestra casa le señaló con la mano un lugar distante una legua que los naturales llaman la ensenada de Piraya, y allí le dijo que haria gran presa. Obedeció el pescador y con los suyos partió allá y volvieron á casa con gran número de crecidos peces.

Solia preguntar el siervo de Dios muchas veces qué género de peces deseaban coger, y como cada uno nombraba la calidad del pescado que queria, así á cada uno señalaba diferente puesto en que echasen sus redes. Y aunque pescador ninguno tuviese conocido aquel puesto, con todo eso cogian lo que querian y cuanto querian, tanto que muchas veces era necesario aflojar las redes porque no se rompiesen con la multitud de peces.

Solia algunas veces venir á una aldea arrabal de la Bahía que llaman el Espíritu Santo, y ya era costumbre de los pescadores consultar primero con el siervo del Señor el lugar donde seria más útil su pesca, y jamas dejó de responder el efecto á sus deseos, aunque pescasen en puestos estériles y tiempos desacomodados si el santo varon los habia señalado. Esta opinion ganó el P. José con ellos, ó la aumentó ya ganada con la ocasion que diré:

Estaba en esta aldea como solia, y reparó un dia en un grande silencio de todo el lugar y advirtió que los vecinos estaban ociosos y más quietos que acostumbraban y juntamente muy melancólicos. Preguntada la causa, respondieron que no tenian qué comer. El siervo de Dios, con su mucha caridad, les mandó entónces que le acompañasen al mar, que allí sin duda hallarian comida; mas respondieron ellos que era el tiempo desacomodado para

la pesca, porque el mar y el cielo la hacian contradiccion. Porfió con todo eso el compasivo Padre que fuesen todos, asegurándoles que ninguno volveria sin qué comer. Fueron todos; mas metidos en el mar, cada instante se embravecia más, con lo cual dijeron al santo varon: «¿No ves ya, Padre, con tus mismos ojos que está intratable el mar?» Él con todo eso les preguntó: ¿Qué peces deseais? Respondieron: «jareos chicos.» Son estos unos peces que apénas su grandeza llega á un palmo, y en aquel tiempo en que pescaban no suelen parecer, pero descúbrense algunos meses despues. El santo varon entónces les señaló un puesto vecino á la misma orilla, distante mil pasos de donde estaban, y allí les dijo que hallarian de aquellos peces toda la cantidad que quisiesen. Fueron allá y con redes pequeñas y áun con las manos cogieron todos los peces que cada uno deseó, hasta satisfacerse. Y así muy contentos y admirados, agradecidos á Dios y haciendo mil gracias al P. José, volvieron á sus casas.

De esta manera, siendo tan favorecidos los brasiles de nuestro José ó de Dios por sus ruegos, con estos y otros semejantes beneficios le veneraban con sumo respeto y sentian y hablaban de él como de hombre á quien obedecia la naturaleza. Y cuando despues de muerto querian nombrarle, le significaban diciendo: «Aquel Padre que nos daba los peces que queríamos, aquel que cuando le pediamos un favor nos sacaba de cualquier peligro y de la muerte misma.

Tanta estima habian concebido de su persona, que cuando estaba entre ellos, á cualquier parte que hubiesen de ir, ó á caza ó á otras haciendas suyas, no comenzaban su jornada sin visitarle primero. «Padre,» decian, «yo voy á tal, y á tal lugar: di (que es modo de hablar suyo) que no me muera allá, que alcance lo que deseo, que no me muerda alguna culebra ponzoñosa y que vuelva sano á mi casa.» Y con la promesa del santo varon, como con prenda cierta de su buena ventura, partian alegres prometiéndose en todo felices sucesos.

Era muy ordinario hacerse el siervo de Dios invisible. Siendo Provincial, quiso el Obispo del Brasil D. Antonio de Barreros, visitar los lugares vecinos á la Bahía para administrarles el Sacramento de la Confirmacion. Iban en la misma jornada, fuera de la casa del Obispo, el P. Jorge Serrano, Rector de nuestro colegio de la Bahía y otros Padres, y el mismo P. Provincial José de Anchieta. Salieron todos á caballo desde una aldea que llaman S. Antonio á otra llamada S. Juan; sólo el P. Provincial, caminando á pié y descalzo, como solia, dijo que él los seguiria, aunque se adelantasen: seis leguas habian andado cuando llegando ya al lugar el P. Pedro de Acosta, de la Compañía de Jesus, Cura de aquella aldea, salió en procesion formada y con

cruz levantada á recibir al Obispo. El P. José, á quien ninguno vió en el camino ni seguirlos ni adelantarse, y á quien esperaban á la tarde, apareció en la misma procesion con extraña admiracion del Obispo; mas como eran tan ordinarias estas cosas en el siervo de Dios, ni los religiosos nuestros se admiraron ni se habló ó divulgó más este caso.

Sucedió otras veces desaparecerse de la conversacion en que estaba sin que nadie le echase ménos para conversar con Dios, á cuya plática y trato solia ser llamado allá dentro del alma, y despues volver á hacer número con los demás, de manera que aunque se notaba su ausencia y su vuelta, ninguno reparaba en él cuando faltaba.

Miguel Aceredo, capitan del Riojaneiro, dijo como testigo de vista que el P. José, acompañado de otros Padres y á ruego de un hombre principal, amigo de la Compañía, fué con muchos portugueses y brasiles á ver romper una acequia de agua que traian para mover una piedra de un ingenio de azúcar, y que estando un rato con todos, de repente desapareció retirándose á hablar con Dios; mas en comenzando á reparar en su falta apareció tambien repentinamente entre ellos, como si tuviera poder para hacerse visible é invisible á los ojos de los presentes.

Navegando en la nao del capitan Aceredo, muchas veces cuando le buscaban para cenar, desde la proa á la popa, en todos los rincones y con extraordinaria diligencia no le hallaban, y despues súbitamente le encontraban en los mismos lugares en que le habian buscado, y preguntado adónde se habia escondido, respondia que en la proa habia estado rezando sus horas. Es de creer que Dios le tuvo parte de aquel tiempo en otro lugar ó que le encubrió porque no le viesen en su oracion arrebatado y encendido con los afectos del divino amor, cuyos ímpetus no podia moderar, de manera que de otra suerte no saliesen á los ojos de todos.

VIII

Otras muchas profecías.

Las profecías de este siervo de Dios fueron tantas y tan claras, que parece no le tenia Dios encubierto cosa como á su fidelísimo amigo.

Un vecino del lugar del Espíritu Santo, llamado Manuel Guarano, habia salido del Brasil para Portugal, y trabajado con diferentes fortunas, andaba peregrinando y léjos de su casa, de manera que no habia ninguna nueva cierta de su persona. Estando su mujer afligida de esta incertidumbre, la persuadió su madre que fuese á confesarse con el P. José de Anchieta y que advir-

tiese cuidadosamente á todas las palabras que la dijese. Fué, confesóse, y despues de la confesion, preguntóla el P. José, qué habia sabido de su marido: respondió muy triste que ninguna cosa cierta, pero que el rumor decia, que preso de corsarios franceses habia muerto. Entónces el santo varon la dijo que dejase aquellos miedos, que su marido vivia, aunque habia padecido muchos trabajos; que le prendieron los franceses, pero que él se escapó y en casa de un hermano suyo habia enfermado gravemente; que ya trataba de volver al Brasil, mas que no vendria á su casa sin torcer el camino, porque la adversidad de la navegacion le habia de arrojar á otras costas donde seria despojado, pero que no le enviarian tan desnudo que no le quedase matalotaje para la vuelta. Juró despues la mujer que habia sucedido todo como lo habia dicho ántes el P. José, y añadió que otra vez el mismo Manuel, su marido, hizo un camino á Angola, y á la vuelta navegando á Illeos, puerto del Brasil, fué arrebatado de una tempestad, y en largo tiempo no hubo noticia de él. Corrió voz que habia sido muerto y comido de los bárbaros, mas el siervo de Dios la consoló y despenó y la dijo que su marido vivia, y que el primer dia de enero, despues de las doce del dia, le veria entrar de vuelta por su casa. Sucedió así que ni el dia ni la hora desdijo de la profecía del santo varon.

Antonio Jorge, poblador de la misma colonia, habia ido á la jornada contra los guaitacasios, y en muchos dias no supo nada de él su mujer, y así estaba muy afligida. Visitóla el santo varon y díjola que perdiese cuidado, que presto habria nuevas de la gente de guerra; y que Antonio, si bien habia sido herido de una flecha en el lado izquierdo, mas que la herida era ligera y superficial, que no penetraba dentro, y que el herido se habia ya retirado de las estancias á curarse, que dentro de ocho dias llegaria á la Villa-vieja. Aquel mismo dia partió á la Villa la mujer y recibió á su marido.

No pudo consolar así á otra mujer de S. Vicente. Quejábase ella al P. José en el tiempo que el Padre vivia allí, de que su marido habia entrado más de cien leguas en tierras de enemigos y que desde que partió, aunque habia largo tiempo, no habia oido nada de su suerte. El P. José, con grande tristeza de la mujer y suya, respondió: «¿Aún no habeis sabido que ya murió?» Súpose despues que era así.

No habiendo llovido en la Villa del Espíritu Santo, desde el principio de Cuaresma hasta el fin de agosto, persuadió á los vecinos el siervo de Dios que hiciesen una procesion por agua, y ellos, para hacerla más solemne, pidieron prestado un pendon nuevo á un vecino de S. Vicente, que le llevaba para una cofradía de la Misericordia que tiene aquella villa. Prestóle de buena gana el que le tenia, muy seguro de que le hiciese daño el agua en tiem-

po tan sereno y tan desesperado de llover. Vió el pendon ya tendido al aire el siervo de Dios, y sonriéndose dijo: « ¡Oh cuán bien parado volverá! Era dia de S. Agustin á 28 de agosto, y habia en el cielo tanta serenidad cuanta pudo causar el tiempo de seis meses, ajenos todos de agua, que ni áun sospecha de nubes habia. Iba la procesion desde la iglesia de nuestra casa á la iglesia mayor por las calles del lugar, y desde allí habia de dar la vuelta. Mas de repente se cubrió el cielo de nubes, que al principio blandamente, despues se derramaron en tanta copia de agua, que inundadas las calles no dejaron volver la procesion á nuestra casa, y el pendon se mojó todo como si le hubieran metido en un rio, alabando todos á Dios por la misericordia que con ellos habia usado y haberse cumplido la profecía de su siervo.

Otra vez caminando con Antonio Losada, poblador de la colonia de Riojaneiro, perdió el dicho Antonio un cuchillo que por su valor estimaba tanto que quiso volver á buscarle y desandar el camino que habia andado. Entendió su determinacion el P. José, y porque volviendo no pasase sin reparar, como podia suceder, del lugar en que cayó el cuchillo y perdiese el trabajo de su camino repetido, le dijo á qué distancia y en qué parte le hallaria. Volvió por él y hallóle en el lugar que el santo varon le señaló. Esto contó muy admirado el mismo Losada cuando volvió á S. Sebastian, y afirmó que el Padre José era hombre santo y que le habia Dios revelado lo que dijo; porque un hombre que iba siempre adelante mucho espacio á todos, no pudo con noticia humana saber la pérdida que habia hecho otro que iba detrás de toda la compañía.

Refiero cosas tan menudas, aunque dejo otras muchas, porque no muestran muchos la grande noticia de todas las cosas que Dios comunicaba á su grande siervo, que parece que no habia cosa presente ni ausente, ni pasada ni por venir, ni grande ni pequeña que no supiese.

Manuel Olivera y su mujer lloraban á una hija que tenian enferma. Fué á visitarla el P. José, y cuando vió á sus padres tan llorosos, díjoles que bien podian enjugar las lágrimas porque su hija no moriria aquella vez, ántes se casaria á su tiempo; que ellos habian de morir ántes, y así que se dispusiesen para la muerte, y que Manuel, su padre, moriria ántes de un año. Mandó luego que á la enferma diesen vino moderado y que luego la sangrasen, ó porque así convenia á su salud ó porque así queria disimular el milagro de la salud alcanzada solamente por sus oraciones, para que la atribuyesen á los remedios naturales; medio que tomó en la salud que restituyó á otros enfermos ya desahuciados. En fin, la enferma, aplicados aquellos remedios, cobró luego aliento y presto estuvo buena y experimentó todas las cosas que el siervo de Dios tanto ántes habia dicho.

Ya su madre Felipa de la Mota muchos años ántes habia hecho experiencia de la verdad de otra profecía de este santo varon. Vivia ella en casa de sus padres siendo doncella: trataron de casarla con un hombre de honrada sangre, y ya todos los conciertos estaban hechos, cuando de repente ántes de darse las manos de esposos se deshizo todo con mucho sentimiento de los padres. Vino á consolarlos el P. José y díjoles que no tenian razon de desconsolarse, que no habia de ser marido de su hija el que pensaban, sino otro que vendria de Lisboa y que seria dueño de lo que vestia; dando á entender claramente que el del Brasil estaba muy adeudado y el de Lisboa que les prometia, no. Y añadió el P. José que del de Lisboa tendria tantos hijos, que su misma madre no conoceria despues cuál era la camisa de cada hijo. Experimentólo así Felipa.

Profetizó tambien que convaleceria Magdalena Alvarez de una gravísima enfermedad que padeció siendo doncella en casa de sus padres en la colonia de S. Vicente, que la apretó tanto que ya desesperaban de su vida. Cobró la salud profetizada y vivia cuando de estas cosas se hacia informacion en el Brasil.

A Arias Fernandez le quedó en la pantorrilla una pelota de arcabuz que recibió en las guerras con los tapuyas. Profetizóle el P. José que le saldria la pelota de la pierna en la marina, junto á la boca de la ensenada de Rioja-neiro. Despues de algunos años, espaciándose en una canoa cerca de aquella ribera, de ninguna cosa olvidado más que de lo pasado, una ola terrible cogiendo la canoa dió furiosamente con ella en la marina, y atormentada la pierna con el golpe, sintió que la pelota habia abierto camino y caido de la pantorrilla. Gozóse no tanto por su comodidad como por la experiencia de la verdad del P. Anchieta.

Labrábase un fuerte cerca del lugar de los Santos: pasó por allí el P. José y exhortó á los vecinos á que trabajasen con calor en la fábrica, diciendo que ingleses corsarios vendrian presto á robar la tierra. Dentro de poco tiempo vinieron, bien sin recelo de que pudiesen venir; saltaron en tierra y hicieron algun daño, pero juntándose los portugueses y brasiles los hicieron volver con priesa y sin concierto á sus navíos, despojados muchos en la fuga de sus armas y algunos de las vidas.

En una aldea del Espíritu Santo vivia una mujer portuguesa y viuda, tan afligida de dolor de cabeza, que casi la privaba del juicio, y como á enferma desahuciada le aparejaban ya lo necesario para su entierro. En este aprieto llamaron del Espíritu Santo al P. José; vino, visitó á la enferma, púsole las manos en la cabeza, díjola que no moriria de aquella enfermedad y prometióla de ofrecer á Dios la Misa del dia siguiente por su salud. El dia siguiente

despues de dicha la Misa volvió á visitar la enferma; mandóla tener ánimo y díjola que aunque la enfermedad era gota coral, pero que el cielo de aquella region era saludable para aquel mal, y que quedaria tan libre de él que nunca volveria á retentarla. Como lo dijo así sucedió, alcanzándola el siervo de Dios entera salud con sus oraciones; mas él, por encubrir el milagro, lo atribuia á la benignidad del cielo.

Navegando desde la ensenada de Riojaneiro hácia la Bahía, y pasadas las islas que están en frente de la entrada de aquel anchuroso seno, saliendo el P. José de su aposento avisó al piloto que se hiciese muy á la mar, porque de otra manera no podria aquel dia sin notable peligro llegar á Cabofrio. Obedeció el piloto por entónces al aviso del siervo de Dios, aunque era el tiempo próspero y ajeno de peligro; pero despues dejando el mar, llegó torciendo á Cabofrio; mas pasadas seis leguas por ser allí difícil la navegacion, echaron áncoras en una isla á donde habian llegado. Tornó entónces á salir el P. José y volvió á avisar que alzasen luego áncoras, mas no le daba oidos el piloto juzgando que era aquella estancia segura. Porfiaba el siervo de Dios que se ejecutase luego lo que él decia, porque si tardaban un poco no podrian hacerlo fácilmente despues. Aquí repentinamente se levantaron de la parte austral tan furiosos vientos, que acudiendo todos los marineros á recoger las velas, despues apénas podian desasir de las peñas las áncoras, y fué necesario traerlas algun tiempo arrastrando para alzarlas arriba.

Estando en la Bahía el siervo de Dios, Andresina Diez Moreno, natural de la misma Colonia, estando preñada de siete meses, con una desgraciada caida parió malamente una hija. Quedaron ambas maltratadas de la desgracia. La madre estuvo indispuesta muchos dias y la hija llegó á peligro grande de la vida. Visitólas el P. José, y los padres de la niña, temerosos de su peligro, porque ya parecia querer dar el último aliento, le pidieron que la bautizase de su mano. Respondióles que era mejor bautizarla en la iglesia principal de la ciudad con el justo aparato y con las ceremonias de la iglesia, porque no habia de morir entónces; que se llamase María, pues habia nacido el dia de la Asuncion de la Vírgen, que por esta misma razon la criasen cristiana y piadosamente, que en ella tendrian el regocijo y alegría de toda la casa, por que cumpliria once años y moriria el mismo dia que nació, aunque no en la misma ciudad. Despues mudaron los padres su casa de la Bahía á S. Sebastian y allí la niña á los once años de su edad el dia de la Vírgen, cuando recibió en su nacimiento la vida temporal, voló á la eterna con mucha mejor suerte, como piadosamente puede creerse.

Iba otra vez el santo varon fuera de la ciudad á confesar á una enferma, y tan enferma, que casi estaba sin esperanzas de vida. Salió á recibirle al

camino su marido lleno de lágrimas. Enterneció al siervo de Dios el dolor del afligido hombre, y ántes que llegasen á su casa le consoló y aseguró que vería libre á su mujer de aquel peligro, y así fué que vivió despues muchos años. Mucho más maravillosa fué la profecía siguiente:

Estando en la ciudad de S. Sebastian el santo varon, vino allí un portugués que se disimulaba soltero y pretendia casarse con una hija de un vecino, y ya se concertaban los desposorios. Supo el P. José cómo se trataba aquel casamiento, é hizo que la justicia por otra causa desterrase á Angola á aquel hombre. Quejóse el padre de la moza al siervo de Dios, porque le habia impedido el matrimonio de su hija, y él entónces le descubrió el engaño que trataba aquel hombre y que ántes que llegase á Angola llegaria allá su mujer. Sucedió así, porque desamparada la mujer largo tiempo de su marido partió de Portugal á buscarle en compañía de otras matronas honestas que navegaban al Brasil; pero la nave con contrarios vientos llevada á las costas contrarias, dió en Angola tres dias ántes que el marido llegase. Así se supo despues y así el P. José trazó á tiempo el destierro de aquel hombre á Angola, donde vió que se habian de encontrar los dos casados. De esta manera se atajó un crímen tan enorme y se previnieron dos graves daños de dos mujeres, y el padre que ántes daba quejas, dió despues gracias al P. José de haberle librado á sí y á su hija de aquel engaño y afrenta.

No parece que habia cosa que tuviese Dios secreta á este siervo suyo. Lo más escondido de los pensamientos ajenos sabia, como ya hemos dicho; y fué caso muy singular y que muestra bien su gran humildad, lo que le sucedió cuando de la colonia de S. Vicente pasó á la de la Bahía, donde al entrar en nuestro colegio mostró que habia entendido un pensamiento oculto de un Hermano nuestro, el cual no habia visto jamas al siervo de Dios, y creyendo que era algun sujeto humilde ó algun huésped inútil porque su talle humilde y vestidos demasiadamente pobres, no desdecian, dijo entre sí solo á su pensamiento: ¿A qué ha venido este aquí? No pronunció palabra de esta imaginacion; pero no pudo encubrirla al santo varon, y cuando llegó á abrazarle, como hacen todos á los huéspedes en la Compañía de Jesus, le recibió con más alegre rostro y mayores muestras de benevolencia que á los otros, y le dijo: «Así es, Hermano mio, como pensó, sólo el acertó en el juicio que hizo de mí, ¿á qué vengo yo aquí, hombrecillo de ningun provecho?»

La pérdida del rey D. Sebastian en Africa supo el santo varon el mismo dia que sucedió, que fué á cuatro de agosto del año 1578, el cual dia vieron al P. José muy lloroso, aunque él procuró disimular la causa de su sentimiento. Solamente dijo: «Hoy en el mundo se aparejan grandes calamidades.»

Cuando pasó esto, el huésped en cuya casa vivia anotó el dia, y fué el mismo en que sucedió aquella lastimosa pérdida.

En los caminos del siervo de Dios llegó una vez al mar de la poblacion del Espíritu Santo, y al entrar en el puerto un furioso viento que súbitamente se levantó, arredró la nave largo trecho del puerto. Entónces el P. José á voces dijo: «En esta nave viene algun descomulgado; llegue á mí que yo tengo poder para absolverle y restituirle á la comunion de la Iglesia.» Llegóse luego á él uno de los marineros que habia tomado un misal del aderezo que para hacer decir Misa tenia el gobernador, con excomunion para cualquiera que de su ajuar tomase alguna cosa y no la restituyese dentro de cierto tiempo. Este hombre no acudió al dia señalado con la restitucion; pero confesando al P. José el caso, y recibida la absolucion, quedó libre de las censuras eclesiásticas. Luego se sosegó la tempestad, y con viento próspero tomaron puerto en el Espíritu Santo.

Dieron una vez al santo varon cartas de su patria que le escribia su hermana; pero ántes de abrirlas dijo lo que contenian y de dónde eran; y con grandes muestras de alegría añadió, que su hermana afligida de una grave enfermedad con dolores perpétuos, padecia aquel tormento con notable conformidad con la voluntad de Dios y grande sosiego de su alma.

Otra vez visitando una escuela quiso el siervo de Dios hacer la doctrina cristiana, y mandó á un muchacho que de nuestra huerta cogiese seis limas para darlas de premio: hízolo el muchacho; mas cogió otras seis que dejó escondidas en un lugar, de donde las tomase cuando saliese de leccion, y trajo al Padre las seis solamente que le mandó traer. No engañó al santo varon con el hurto; porque llamando á otro muchacho y señalándole el lugar en que estaban escondidas las limas, le mandó que se las trujese, y traidas, las dió á quien las habia hurtado y le dijo: «Tomad, y no os enseñeis á hurtar.» Avergonzóse el muchacho y llenóse de lágrimas, mostrando en esto más noble natural que en la accion primera.

Finalmente, tenia este amigo de Dios tan gran don de ciencia y profecia, que se puede decir de él lo que de sí dijo uno: *Quidquid conabar dicere versus erat*, que cuanto decia este siervo de Dios era profecía, diciendo á las madres los sucesos de sus hijos, á las casadas de sus maridos ausentes, á los mercaderes de sus naves y mercancías, á los religiosos áun de sus pensamientos. Y fuera nunca acabar si hubiéramos de decir todas las maravillas y prodigios que obró Dios por este su siervo, á quien escogió la divina Bondad para mostrar por él á aquellas gentes el poder de Omnipotencia.

IX

Su santa vejez y muerte.

Pero su mayor milagro fué su invencible caridad y paciencia, procurando infatigablemente la salud eterna de todos; por lo cual decia el Obispo del Brasil D. Pedro Leitan, que la Compañía de Jesus era en el Brasil un anillo de oro, pero que su piedra preciosa era el P. José de Anchieta, por lo mucho que resplandecia entre todos su caridad y celo: y aunque por el tiempo que fué Superior no pudo por sí mismo cuidar tanto de la conversion de los gentiles, ponia grande calor en ella, y por su diligencia y disposicion se convirtieron los maramosíos á la fe.

Tuvo este santo varon casi por toda la vida muchos achaques y enfermedades, principalmente á la vejez, por los cuales le descargaron de los oficios del gobierno. Llevaba todos sus dolores con increible paciencia, de modo que los enfermeros se admiraban con la fortaleza de ánimo que los padecia, siendo grandísimos, y de la suma obediencia que tenia á los médicos y enfermeros en las curas y medicinas, áun en el tiempo que gobernaba la Provincia.

Una vez que habia tomado una purga, aquel mismo dia le dieron á comer la carne cocida con una calabaza amarga, yerro del que cocia la olla: sintió el amargor en probando el manjar, y así comia con dificultad, que tras una purga era desabrida salsa aquella para despertar el apetito. Pensó el enfermero que del jarabe habia quedado al Padre debilitado el estómago y animábale á que comiese bien, porque la comida restituiria al estómago sus fuerzas. Él entonces, haciendo fuerza á la naturaleza, como si comiera con mucho gusto, obedeció al enfermero y tomó tambien una escudilla entera de aquel amargo caldo; despues preguntó si quedaba algo que dar á otros, y diciendo el enfermero que no, calló. Poco despues sintió su yerro el enfermero, y muy corrido volvió al Padre pidiéndole perdon, mas el santo varon con gran paz se le rió y dijo: «No me ha hecho mal, Hermano mio, ántes me regaló, pues ha querido Dios que así gustase yo algo de las amarguras suyas, cuando en la cruz le ofrecieron hiel y vinagre.»

Entre la grande falta de salud y entre la lucha de sus enfermedades, jamas se descuidó de aprovechar á sus prójimos, venciendo el brío y fortaleza de alma á la flaqueza de la naturaleza. Él mismo dice en una carta que escribió al P. Ignacio de Tolosa, en el tiempo en que se ocupaba en la enseñanza de los brasiles: «La salud del cuerpo es flaca, mas tal, que ayudada de las fuer

zas de la gracia, dura; que Dios no falta, si primero no me dejo yo á mí mismo.

De manera, que áun en este tiempo andaba siempre peregrinando y dando vueltas á las aldeas de los brasiles, forzando al cuerpo flaco que ayudase á la enseñanza de los indios. Y si alguna vez, que no pudieron ser muchas, el cansancio del camino no le dejaba pasar adelante, paraba un poco y descansaba algo, segun costumbre de la tierra, en una red que los brasiles que le acompañaban colgaban de dos palos. Alentadas con aquel moderado descanso las fuerzas, proseguia luego su camino, y como valiente soldado de Cristo, ningun alivio deseaba más que trabajar infatigablemente en la salvacion de las almas.

En sus mayores males no tenia el pensamiento en su alivio, sino en el bien de los otros, ó corporal ó espiritual.

Estaba en la cama en el mismo colegio otro Hermano, que por la flaqueza de su estómago no arrostraba á ningun género de mantenimiento. Visitóle el P. José y preguntóle qué comida se le antojaba. Respondió que apetecia su estómago tocino magro ó unas lonjas de pernil: mandó el Padre que se pidiese al despensero; mas él respondió que no habia en casa tal género de provision. Fué el mismo santo varon á la despensa, y descolgando una cesta, en que el despensero guardaba unos peces asados, cortó un tarazon de uno, llevóle al enfermo, y llegó vuelto en un excelente pernil. Comióle el enfermo con mucho gusto y detúvole muy bien el estómago, y despues, quejándose al despensero de su escaseza, le preguntó ¿por qué le habia negado lo que despues el P. José le trajo por su misma mano? Él excusándose: «Para que conozcais,» le dijo, «si yo respondí verdad, y qué gentil pernil os trajo el P. José, yo os traeré lo mismo del mismo lugar.» Fué y trujo al enfermo otro pedazo cortado del mismo pez; pero al punto, con extraña admiracion del despensero, se mudó en el pernil que el enfermo apetecia: tanto favorecia Dios á su siervo, que áun, ausente, correspondia á sus deseos. Hízolo Dios porque el primer milagro de la primera conversion se descubriese con el segundo de la segunda, porque de otra manera quedara sepultado en el pecho de José, que solo lo sabia.

Añadiré otro milagro no desemejante al pasado. Tenia al santo varon en la cama una enfermedad como lo hicieron muchas en los últimos años de su vida, y al mismo tiempo estaba tambien enfermo un Hermano que, como el pasado, padecia notable hastío. Habíanle aderezado al P. José un pollo para comer; mas el siervo de Dios en el mismo plato en que se le trajeron, le envió en su nombre al Hermano enfermo, y mandó que le dijesen de su parte que le comiese, y que desde entónces no tuviese hastío ni trocase la co-

mida. El enfermo, con piadoso afecto de obedecer, fiado en los merecimientos del santo viejo, se atrevió á comenzar el pollo, y luego se sintió mejor, y en pocos dias convaleció del todo.

Deseaba un Hermano llamado Antonio de Ribera estar en el colegio donde estaba el siervo de Dios para servirle, regalarle y asistirle á sus enfermedades, y habiendo avisado de su voluntad al santo varon, no hizo diligencia alguna sobre ella ni le respondió cosa que tocase á su comodidad, sino sólo al bien espiritual de aquel Hermano, dándole tan saludables consejos, que me ha parecido poner aquí toda la carta para enseñanza de muchos, y es la siguiente:

«Hermano carísimo en Cristo. *Pax Christi, etc.* Yo sé que está bastantemente enterado del gusto que fuera para mí, por el amor que le tengo y el deseo de su aprovechamiento en la virtud, tenerle conmigo. Pero, pues Dios nuestro Señor ha ordenado otra cosa, trabajemos por vivir ambos unidos con él y hagámosle compañero nuestro, pues en todos lugares y en todos tiempos está con nosotros. Y si alguna vez con nuestros siniestros le ahuyentamos, queda con todo eso tocando á las puertas del corazon, para que abiertas éntre y se aposente en nosotros acompañado del Padre y el Espíritu Santo.

»Hemos, pues, de procurar que no haya en nosotros lugar ninguno ajeno de su presencia, y que ninguna otra cosa ocupe la más mínima parte del alma. Es excelente aquella sentencia del Padre y Patriarca S. Francisco, que no quiere el demonio de nosotros más que un delgadísimo cabello que de éste intenta él luego hacer un largo y recio cabestro para atar nuestras almas y regirlas á su albedrío. Si alguna vez sola en alguna cosa, aunque pequeña, nos impele á seguir nuestra voluntad, de ahí nos lleva á otras, hasta que pospongamos la obediencia, que está, no en hacer nuestra voluntad, sino la de Dios, declarada por la voz del Superior. Si una vez tardamos en rechazar una fea imaginacion, aunque levísima, eso coge, y contento con ello, junta luego un ejército de representaciones más torpes, que unas sucedan á otras. Si una vez nos resfriamos en el cuidado de la oracion y aflojamos de la comunicacion con Dios un poco, luego insensiblemente nos mete en el alma un frio tan grande, que no sólo no sentimos gusto alguno de las meditaciones espirituales, sino que cobramos hastío de todos los ejercicios piadosos, y áun de la misma vida religiosa, y nos volvemos á la libertad de corazon y á los entretenimientos humanos.

»Así sucede sin duda, Hermano carísimo; por eso corra alentadamente al premio de la carrera, que ya tiene hecha gran jornada con el favor divino, y Dios sabe lo que le falta. Quizá es poquísimo, y el mismo Dios le dará ayuda y le acompañará: guárdese no se aparte de él, porque aunque en este ca-

mino le parezca peregrino, como antiguamente á los discípulos que iban á Emaús; pero á la voz de sus palabras arderá su corazon y redundará en su alma espiritual consuelo. Ya sé que por la bondad de Dios goza abundantemente de estos regalos espirituales, principalmente en la oracion, donde Dios le da el pan de los dones celestiales; y en aquel convite de los ángeles, en que Dios le hace plato de su misma carne.

»Y si alguna vez sintiere que desmaya el alma desamparada del consuelo divino y afligida con tibieza, sea su remedio asirle de la ropa y convidarle á su corazon con aquellas palabras: *Manè nobiscum, Domine, quoniam advesperascit, et inclinata est iam dies.* Quedad, Señor, conmigo, que cae la tarde, y se acaba el dia, y viene la noche de las tentaciones: y llegue entónces más frecuente que suele á la mesa celestial del Santísimo Sacramento con licencia de su Superior, porque confío en la virtud de aquel celestial mantenimiento, que cuando se levantare de aquella sagrada mesa, proseguirá con gran presteza el camino ya apacible y suave, hasta que llegue á la celestial Jerusalen.

»Holgaríame que comunicase esta carta á esotro Hemano nuestro, porque tambien á contemplacion suya la he escrito. Porque querria que ambos á dos, y todos los que en la Compañía vivimos, estuviésemos llenos del Espíritu Santo que hoy, con tan gran milagro, bajando del cielo llenó á las almas de los Apostóles, para que esforzados con sus divinos dones, no hagamos jamas cosa que ponga en nosotros impedimento á su gracia; ántes ricos de nuevo con tan grande Amigo, y recibido dentro del alma tan principal Huésped, gocemos de la dulzura de su amor y de su amistad hasta el fin de la vida.

»Jesucristo con la Bienaventurada Vírgen estén siempre con nosotros. Amen.

»De Riojaneiro y del mes de junio, hoy Domingo de Pascua de Espíritu Santo, año de mil y quinientos y ochenta y siete.»

Tales eran las cartas que escribia este siervo de Dios, llenas todas de espíritu y doctrina, porque de todas maneras queria hacer la causa de Jesucristo y ayudar á sus Hermanos.

Dieron los Superiores licencia al santo varon para que escogiese en toda la provincia del Brasil la casa que más le agradase para descansar en su última vejez. Mas, como hombre que ninguna cosa deseaba más que obedecer y trabajar por Dios, tuvo por ménos religion usar de esta licencia. Quiero poner aquí sus mismas palabras, sacadas de una carta para el P. Ignacio de Tolosa:

«El Padre Provincial, dice, me ha dado opcion de elegir la casa que quisiere, pero no me agrada tanta libertad, porque ésta muchas veces se junta con engaño y con peligro de desviar del camino derecho, porque ninguno

conoce lo que más le impuso afecto de obedecer, fiado e
años entregádome todo al á comenzar el pollo, y luego
últimos años disponer de mí do.
P. Fernando Cardinio, cuando P. Antonio de Ribera estar e
Ahora ha querido Dios enviarme virle, regalarle y asistirle
esta aldea Reritiva de la colonia d antad al santo varon, no
enseñarles la doctrina cristiana. De que tocase á su comod
los portugueses, porque á buscar á a ndole tan saludables
fué traza de la divina providencia habe ra enseñanza de m
meternos la tierra adentro y recoger al a
perdidas, para que, ya que de otra manera, *etc.* Yo sé que e
martirio, me suceda por lo ménos dejar la vi el amor que le t
peña de estos montes, entre las asperezas de conmigo. Per
todas las cosas, desamparado de todos y destituido vivir ambo
lo.» Estos eran los mayores deseos de su última res y en to
varon y fortísimo soldado de Cristo. tros le al

Cerca del año de 1592 vino á la Congregacion Pro ara que
ella fué electo por Procurador el P. Luis de Fonseca, p Espíri
dar cuenta de las cosas del Brasil, hombre de pocas fuerza r ni
Dió cuidado esta eleccion á un Padre del colegio de Pernam in
bia estado en la Congregacion y amaba mucho al P. Fonseca.
P. José admirándose de que hubiese consentido en esta elec
peligro de un hombre achacoso y de flaco natural; y, pues qu
resuelta, le pidió que por lo ménos le avisase si volveria. Respo
manera que sin hablar de sí, defendia el acierto de la eleccion.
ca, dice, va adonde Dios le envia y manda que parta. Y aunq
embarcó para la Congregacion traia corta salud, mas en la m
cion, á vista de Pernambuco, estará ya mejor y traerá muy a
fuerzas; y, si bien con grande incomodidad suya, pero al fin
adonde va enviado, y concluirá los negocios á su gusto y con a
todos, y de allí volverá adonde Dios le tiene señalado el fin de
Ahora, pues Dios lo ha trazado así, es necesario que nos ajus
santísima voluntad.» Todo sucedió como el santo varon ántes l
porque el P. Fonseca, mejorado mucho en su salud, pasó á Port
á Roma, y acabados prósperamente sus negocios, habiendo lle
lla, dió en Madrid fin á sus caminos y á su vida.

Volvió el santo Padre de la Bahía á la aldea de Reritiva á
trabajos y ocupaciones, donde presto le fué necesario hacer ca
che, como era tan caritativo y deseoso de socorrer á todos,

aderezar un jarabe para un enfermo, que de esto tambien sabia; mas, como estaba tan debilitado de su enfermedad, de su edad y de los ordinarios y contínuos trabajos en aquel oficio de caridad, cayó yerto y helado en el suelo.

Agravóse con aquella caida la enfermedad y le tuvo seis meses clavado en una cama con diferentes accidentes, ya más, ya ménos graves, siempre y con alguna diminucion de las fuerzas y aumento de la enfermedad. Ultimamente oprimida la naturaleza con la fuerza del mal y con la pesadumbre de la edad, desahuciado de mejorar con favor del arte médica, y perdiendo cada dia las esperanzas de volver en sí, mandó el Superior que llevasen al P. José de la aldea á la villa del Espíritu Santo. Pero creciendo tambien allí la enfermedad, creyendo los nuestros que la esperanza de su vida estaba solamente en volver al primer clima, procuraron que tornase á la aldea de Reritiva, mas ya á la vida del P. José faltaba estambre de que tejer más larga tela, y no tanto las enfermedades y dolores llamaban á la muerte, cuanto la misma vida, que iba faltando, llamaba á las enfermedades y dolores.

El tiempo de premiar sus trabajos habia llegado, y parece que el santo varon alcanzó de Dios acabar su vida entre los brasiles que tanto amó, y en cuya instruccion é informacion en la virtud cristiana trabajó con tan verdadera caridad y tan fervoroso celo.

En volviendo á Reritiva, acometido de dolores nuevos y reforzados los antiguos, comenzó á sentirse peor, hasta que despues de tres semanas de su vuelta pidió el celestial Viático para aquella eterna jornada y la Extremauncion. Recibidos ambos Sacramentos, á poco rato y el mismo dia comenzó á agonizar, y á los ojos de cinco Padres de la Compañía que residian en aquella aldea, dió su purísimo espíritu á su Criador, á nueve de junio del año de mil y quinientos y noventa y siete.

Tuvo tanto sosiego del alma y del cuerpo en aquel último trance, que no parecia que acababa la vida, sino que en atenta oracion, como solia vivo, se unia con su espíritu á Dios, á quien muriendo daba verdaderamente el alma. Tenia, cuando murió, setenta y cuatro años de edad y de religion cuarenta y siete, tres vivió en Portugal y cuarenta y cuatro en el Brasil:

Luego que se supo su muerte, le lloraron todos como á padre y veneraron como á santo, encomendándose á él más que rogando por él.

Vistieron el cuerpo con insignias sacerdotales, y cerrado en una arca de madera, en hombros de brasiles fué traido al Espíritu Santo con pompa funeral dos dias despues de su dichosa muerte. Venia acompañando al difunto el P. Juan Fernandez, de la Compañía, vestido de alba y estola, y grande multitud de vecinos de Reritiva cantando fúnebremente. Sucedió por el camino un raro milagro que, siendo aquella jornada de catorce leguas, no sólo

no desmayaron de cansados los que llevaban en sus hombros el venerable cuerpo, pero más fuertes y más alentados que al principio, prosiguieron y acabaron el camino; experiencia que afirmó de sí mismo el P. Juan Fernandez, que hizo todo aquel camino á pié.

En llegando á un puesto que está sojuzgado de la misma villa, salieron luego á recibir el cuerpo el corregidor de la colonia, Miguel Aceredo, el teniente del Obispo, que tenia título de Administrador y se decia Bartolome Simon, acompañado del Clero, los religiosos de S. Francisco, que tienen allí casa, los cofrades de la Misericordia con unas andas compuestas ricamente, y todas las demás cofradías con sus insignias y hachas encendidas y todos los vecinos de la villa.

Hallóse allí á este tiempo Juan Suarez, vecino de Piratininga, amigo muy antiguo del siervo de Dios, y por el amor y veneracion que siempre le tuvo, pidió al Administrador licencia para descubrir y ver el cuerpo del difunto, de quien vivo habia recibido por largo espacio de años tan sanos consejos y tan acertados avisos para concertar su vida. Ya Juan Suarez, no mucho antes habia venido al Espíritu Santo y visitado al P. José enfermo, cuando peleaba con estos últimos achaques que le acabaron en la aldea; y al despedirse de su visita, le dijo el santo varon: «Hijo, adiós que ya no nos hablaremos más en esta vida, que aunque es así que vos me vereis aquí otra vez, mas será de manera que no pueda yo hablaros.»

Alcanzó Suarez lo que suplicaba del Administrador, y miéntras se ordenaba la procesion y los primeros se adelantaban, ántes que se pusiese el cuerpo en las andas de la Misericordia, se abrió el arca á vista de Juan Suarez y de otro grande número de hombres, y todos fueron testigos que del cuerpo no se esparcia al aire olor enojoso alguno, habiéndole desamparado el alma tres dias ántes, y no habiéndole preservado con remedio alguno de corrupcion, y viniendo en tan largo camino necesariamente muy golpeado. Entónces se entendió la profecía del siervo del Señor, que Suarez le veria otra vez en aquel mismo lugar, pero que no podrian hablarse.

Hízose desde aquel puesto hasta la villa una procesion, y los cofrades de la Misericordia llevaron el santo cuerpo hasta las puertas de nuestra iglesia, y allí le recogieron nuestros Padres.

Hicieron las exequias con tres nocturnos y con música de instrumentos el Administrador, y el Clero, y los Padres Franciscos. El dia siguiente le cantaron una solemne Misa, y en ella predicó el Administrador, y refirió muchas maravillas que Dios habia hecho por oraciones del santo varon, y no pareció demasiado á un hombre tan grave llamarle apóstol del Brasil y añadir otras muchas cosas que aumentaba la gloria de Dios y las alabanzas del santo Padre.

Hubo el dia antecedente en la procesion y éste en el sermon, grande copia de lágrimas; porque todos vivo le respetaban con extraño amor y muerto le lloraban con notable tristeza.

Estaba concebida tanta opinion de su santidad, que la gente olvidada de encomendarle á Dios, enviaba á aquella santa alma, como á bienaventurada, oraciones afectuosas por sus particulares necesidades. Diéronle sepultura en la iglesia de la Compañía en una capilla dedicada á Santiago.

Estaba su túmulo vecino al del P. Gregorio Serrano y aquí tambien se verificó otra profecía del siervo de Dios. Mandóle siendo Provincial que pasase del colegio de la Bahía al de S. Sebastian: el P. Serrano amigablemente le dijo: «¿Pues cómo, Padre, despídeme V. R. de sí?» De ninguna manera, respondió el siervo de Dios, y añadió en latin las palabras de S. Basilio á S. Crisóstomo: *Vade frater, non longa enim dies nos loco coniunget.* Vaya V. R. que no tardaremos demasiado en juntarnos en un mismo lugar. Fué el P. Serrano á S. Sebastian, y, mudado de allí al Espíritu Santo, habia muerto no mucho ántes, cuando juntaron á su sepultura la del P. José.

Pero nuestro P. General, Claudio Aquaviva, de gloriosa memoria, en el año de 1611, movido de la santidad del siervo de Dios acreditada con graves informaciones, mandó trasladar sus huesos, reliquias de aquella alma purísima, al colegio de la Bahía, metrópoli del Brasil. Allí elevado el cuerpo á un lado de la ara principal, es venerado de aquella noble ciudad, donde ha hecho y hace por su intercesion muchos milagros aquel Señor que honra á sus siervos en vida y muerte: especialmente han sanado muchos enfermos bebiendo el agua que toca á una reliquia de este gran siervo de Dios, del cual fué muy devoto y se encomendaba á él el angélico y santísimo H. Juan Berchmans.

Hace un elegante elogio de este grande varon Jacobo Damiano en el libro 5.º de su *Synopsi,* cap. XXIII, donde le llama inocente Adan; porque alcanzó á participar cuatro insignes privilegios del estado de la inocencia, si Adan no pecara; el dominio en los animales, la luz sobrenatural del alma, la firmeza de la voluntad en lo bueno, y tener el cuerpo exento de la jurisdiccion de la muerte.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Sebastian Baretario, en cinco libros de excelente estilo latino, fuera de los *Anales é Historias de la Compañía de Jesus.* Púsola en romance el P. Estéban de Paternina. Del mismo santo varon escribe Juan Burgesio, libro de *Patrocinio Virginis in Societatem Iesu.*

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO PINTO

El dichosísimo mártir y fervoroso predicador de Jesucristo P. Francisco Pinto, fué portugués y nació por los años de mil y quinientos y cincuenta y tres: sus padres vivieron en el Brasil en el lugar de Pernambuco.

Los vivos deseos que tenia de agradar á su Redentor le hicieron descontentarse del mundo, donde tan mal se hace, y entró en la Compañía de Jesus, para edificacion de los nuestros y conversion de numerosos pueblos y naciones. Dióse mucho á la oracion y trato familiar con Dios, teniendo áun en la tierra su conversacion en el cielo donde habia de entrar coronado, sin descuidarse por eso del celo de la casa del Señor, aprovechando á sus prójimos, de cuyo bien fué celosísimo, muy entendido en las costumbres y lenguas del Brasil, y parecia nacido para ganar las voluntades de aquellos bárbaros; tan celoso de extender la fe y de traer los hombres al conocimiento de su Criador y tan animoso en acometer los grandes peligros de esta empresa, que todo el Brasil con todos sus anchurosos términos no bastaba á ocupar aquella grande capacidad de su celoso pecho.

Siendo de veinte y ocho años cayó en la Bahía tan gravemente malo que desesperaron de su vida. Era entónces Provincial del Brasil el gran siervo de Dios y obrador de maravillas P. José de Anchieta: fué á visitar al enfermo, encontróle muy solícito y prevenido para morir; mandóle que descuidase entónces de la gloria que ya deseaba y se aprestase á trabajar por Dios. «No habeis de entrar, le dijo, con vuestras manos lavadas en el cielo, ni os espera género de muerte tan sosegada; grande jornada os queda que andar para llegar al cielo; yo en Pernambuco daré alegres nuevas de vuestra salud á vuestra madre y hermanos, y así levantaos luego, vestíos é id á la iglesia y delante del Santísimo Sacramento haced gracias á Dios de haber cobrado salud»: mandó que luego le diesen de vestir.

Obedeció el enfermo á las palabras del siervo de Dios, y luego menguó la fuerza de la enfermedad y cobró el cuerpo debilitado tantas fuerzas, que no volvió más al poder y cuidado del enfermero. Partió el P. José á Pernambuco, y el P. Pinto, trabajando gloriosamente en las ocupaciones de la Compañía con grande fruto de los gentiles y cristianos nuevos y grandes ejemplos de virtud, vivió no solamente hasta la muerte del P. José, mas dilató la vida hasta dejarla en las manos más crueles de los bárbaros.

Cinco veces entró valerosamente en los lugares más metidos del Brasil, y

rindió á las banderas de la Iglesia numerosos pueblos de bárbaros. Iba acompañado de algunos brasiles convertidos, con los cuales se metia por bosques no conocidos, por pantanos, por peñas, por ásperos yermos, como solícito cazador de las almas.

La mejor vitualla que llevaba, cuando la llevaba, era solamente un poco de harina de mandioca, y, en faltando esta, no comia más que de lo que los brasiles sus compañeros cazaban ó pescaban en los rios y lagunas que encontraban, porque así los bosques como los campos, en tanta soledad y falta de gente que los talen, crian multitud de fieras acomodadas al sustento, y los indios son diestros en tirar el arco y ejercitados en clavar las flechas, y tan acostumbrados á la pesca, que ninguna arte parece que deprenden mejor. Este mantenimiento, ganado á fuerza de bárbaros sólo para aquel dia, y aderezado con la comodidad que ofrecen aquellas peñas y árboles, sirviendo en vez de pan y de otros manjares, es el que aliviaba el cansancio y fatiga de los caminos del P. Pinto.

Las Cuaresmas sucedió pasar sólo con peces, muy pocos y muy chicos, Cuando llegaban adonde estaban los bárbaros gentiles, los brasiles sus compañeros trababan conversacion con sus naturales, y entre hombres de una misma nacion, con facilidad se hacian amigos, ganando á los infieles la voluntad con algunas dádivas: introducíase luego el P. Pinto y comenzaba á hablar de Dios, Criador de todas las cosas, del premio eterno de los buenos y castigo de los malos.

Estando ya más familiares, llegaba á tratar los principios de la fe cristiana, y poco á poco despertaba á aquellos bárbaros al amor de lo eterno y al respeto del Criador: y, para que le venerasen decentemente y atendiesen mejor á la salvacion de sus almas, procuraba apartarlos de aquella vida salvaje que tienen, mudando continuamente sus ranchos, reduciéndolos á policía humana en lugares. De esta manera habia reducido el P. Francisco Pinto en varias correrías muchos millares de almas á las costumbres cristianas y á los lugares poblados y marítimos.

Con el mismo cuidado emprendió con el P. Figuera la labor de un nuevo campo, al cual imaginaba fertilísimo, y en el cual dió fin á los trabajos de su apostolado, á donde fueron enviados de la manera que diré:

En la distancia que hay desde Pernambuco hasta la entrada que hace el gran rio de la Plata en el mar, region toda sujeta al imperio portugués, viven la tierra adentro esparcidas en espaciosísimos términos varias naciones, unas ya alumbradas con la luz de la fe, otras entónces no tratadas y conocidas apénas por la fama, y á quienes aún no habia llegado la voz del Evangelio.

Desearon mucho tiempo los Padres de la Compañía de Jesus labrar este

campo que pertenece á la cosecha y jurisdiccion del Brasil, aunque distante mucho de nuestros colegios, é interrumpido con gentes y tierras diferentes, conocidas unas, y otras desconocidas de los nuestros.

Este deseo y santo pensamiento, despues de muy mirado y encomendado á Dios, se vino á ejecutar, determinándose los Padres que se tentasen los ánimos de aquellos bárbaros, y que al principio con algunos instrumentos de hierro necesarios á la vida humana y algunos géneros de vestidos se procurase ganarles la voluntad y hacerlos amigos, porque estos bárbaros no usan oro ni dineros. Bárbaros en esto, no tanto por la condicion de la naturaleza humana, que conservada en su pureza pudo sin metales acuñados sustentarse, como por el estado en que la tiene la codicia de los hombres, que ya sin intereses de dinero no saben socorrerse unos á otros en las mayores necesidades.

Escogiéronse para esta empresa del colegio de Pernambuco dos fervorosos Sacerdotes, como lo pedia la dificultad de la empresa que habia de ser á costa de muchos trabajos. El primero fué el P. Francisco Pinto, de quien ahora tratamos, que con grande instancia pidió ser escogido para aquel riesgo y trabajo. El segundo el P. Luis de Figuera; era este Padre muy favorecido de la naturaleza y de la gracia con prendas aventajadas y adornado con muchas letras, que con igual fervor de espíritu pretendió y alcanzó acompañar en esta jornada al P. Pinto para comenzar debajo de tal capitan la milicía apostólica, porque ya el fervoroso P. Pinto estaba muy ejercitado en estas conquistas y trabajos.

Enviados, pues, del P. Provincial, P. Francisco Cardinio, y ayudados del gobernador del Brasil, Diego Botello, conjurados contra el poder del infierno, partieron los dos Padres de Pernambuco el año de 1607, en el mes de enero. Comenzaron su camino por mar y prosiguiéronle por la costa septentrional ciento y veinte leguas: desembarcaron en un puerto que llaman Tagariba. De allí hicieron su camino por tierra y á pié, sustentados solamente en sus báculos y acompañados de un pequeño número de naturales, entre los cuales algunos eran de la misma gente, en cuya busca caminaban. Jamas se vieron caminos más ásperos pisados con pies humanos: todos estaban inundados de aguas y de lodo, de manera que con los pies desnudos y en invierno frio los anduvieron, metidos entre espesos bosques y pasos peligrosos.

Estaban tan cerradas las selvas y los montes tan ásperos y tan cubiertos con matas, que ni senda ni paso alguno descubrian; todo estaba tomado con espesos árboles, tanto, que ni pasar adelante ni echar un pié podian, sino es haciendo camino á fuerza de brazos, con hierro, trabajo necesario cada dia para hacer sus jornadas, y en ellas padecian tanta necesidad de comida, que

muchas veces entretenian su hambre con solas yerbas que les ofrecian los campos.

Luchando un año entero con tantas dificultades, caminaron cien leguas de camino, abierto por sus brazos, ó por decir más propiamente, barrenado con hierro, y últimamente salieron á los montes de Ibiapaña.

Está este lugar cien leguas poco ménos más acá del rio Marañon, y no léjos de los bárbaros que buscaban, y para entrar á ellos se ofrecian solamente tres pasos, mas todos tres estaban defendidos de hombres bárbaros y crueles enemigos no sólo del nombre cristiano ó portugués, mas del nombre de hombres, como si fueran fieras silvestres; que no sólo á los forasteros que topaban en sus términos, mas á sus mismos vecinos trataban hostilmente. En fin, entre los bárbaros tapucas apénas hay otros que llegasen á la fiereza de estos.

Tentaron los Padres á los más vecinos por los indios sus compañeros con dádivas que ganasen su amistad, y alcanzasen licencia de pasar á los pueblos de adelante; pero no pudieron sacar respuesta de paz. Vinieron los embajadores á los bárbaros que gnardan la segunda entrada, y procuraron tambien ablandarlos con dádivas, pero hicieron tan poco como con los primeros, y despedidos de ambas partes, volvieron sin efecto. Fueron últimamente á los terceros á probar si eran ménos ásperos que los pasados, mas fueron fieros sobre todos; porque en vez de respuesta dieron la muerte á los que les convidaban con dones, reservando solamente un mozo de diez y ocho años, que les guiase á buscar y á matar á los Padres; adelantándose en el ínterin los indios, dichosamente muertos, á sus capitanes y maestros, á recibir en el cielo la inmortal corona.

Pasó poco tiempo, y los Padres, dudosos, consultaban entre sí qué harian y por qué parte entrarian á abrir camino, cuando súbitamente, á 11 de enero de 1608, parecieron descolgándose de los montes muchos bárbaros. Acercándose á los Padres con flechas, provocaron á los indios sus compañeros, y con el mismo ímpetu llegaron á acometer la tienda en que el P. Pinto, miéntras rezaba sus Horas, estaba recogido.

Salió el Padre al alboroto muy sosegado y procuró con palabras llenas de amor y benevolencia quietar los ánimos furiosos de los indios. De los brasiles cristianos cada uno se oponia al furor bárbaro, y todos á voces decian que aquel Padre era hombre santo, que habia venido solamente á enseñarles las verdades divinas y á guiarlos por el camino del cielo, y rogaban humildes que no le despojasen de la vida. Ellos, ardiendo en saña, respondian que no esperaban bien ninguno del Padre, y que habia de morir á sus manos. Luego mataron á un compañero de los Padres, que más valiente que otros,

defendia á su maestro, y á este tambien envió el Padre delante de sí á la patria y corona del cielo.

Finalmente, pocos indios cristianos, desarmados y mansos, no pudieron resistir mucho tiempo á la multitud de los bárbaros armados y coléricos que, acometiendo con bárbara fiereza al P. Francisco Pinto, descargaron sobre su cabeza un rollizo leño, y repitiendo muchas veces los golpes, le acabaron, quebráronle las mejillas, sacudieron fuera de sus lugares los ojos é hicieron menudos pedazos todo el casco de la cabeza.

No estaba léjos el otro Padre; mas un niño de su compañía, entre el ruido y alboroto, dijo á voces en lengua portuguesa: «Padre, Padre, guarda la vida, guarda la vida,» y el Padre se metió apresuradamente en los bosques, y aunque para matarle le buscaban, pero, guardado de la providencia del cielo, no le vieron.

Descuidados ya los bárbaros del Padre, descargaron contra la tienda la parte de cólera que les quedaba; robaron las pobres alhajas que los Padres tenian para decir Misa y para hacer algunos dones á aquella gente fiera. Contentos con victoria tan infame y con presa tan corta, volvieron á los suyos, y así tuvo lugar el P. Figuera de recoger sus pocos compañeros, esparcidos con el miedo de la muerte, y de llegar al lugar de aquel dichoso sacrificio.

Estaba tendido el cuerpo, quebrada la cabeza y desfigurada la cara, llena de sangre y lodo. Limpiáronla y laváronla, y compuesto el difunto en una red en vez de ataud, conforme al uso de aquella gente, le dieron sepultura al pié de un monte; que no permitia entónces otro aparato mayor la apretura en que se hallaban.

Uno de los leños qne llegó á quebrar aquella sagrada cabeza y dejaron los bárbaros bañado de la sangre del mártir, llevado á la Bahía para consuelo de nuestros religiosos, se guarda con mucha veneracion en aquel colegio.

De esta manera aquel varon fuerte y combatiente invencible, cuya palma honran con eternas alabanzas los ejércitos celestiales, dejó triunfante su túmulo á los ojos de Dios y delos espíritus bienaventurados, aunque desconocido en el suelo, sin nombre y sin decoro entre los pies de sus bárbaros homicidas. Mas esperamos en Dios que algun tiempo entre las asperezas y desiertos de esta region ha de esparcir sus rayos el sol de misericordia, y que la sangre de aquel fortísimo capitan y de pocos compañeros suyos, derramada en honra de Dios, ayudada despues con influencias celestiales, ha de dar abundantísima cosecha de almas. Este fué el fin del triunfo, que el P. José de Anchieta profetizó á este valeroso soldado del Señor.

La vida y martirio de este dichoso predicador de Cristo escribieron el

P. Sebastian Beretario y Estéban de Paternina, en el lib. 4.º de la *Vida del P. José de Anchieta,* cap. XI, el P. Pedro Iarrich, en el tercer tomo de su *Tesauro índico,* lib. I.º, cap. LVI.

P. NIEREMBMRG.

P. JUAN DE ALMEIDA,

POR OTRO NOMBRE JUAN MADA.

CON justo título dió Dios al justo renombre de flor entre las espinas, *(Cant. 2)*, no sólo porque nace hermoso y fragrante de la misma raíz y tronco que ellas nacen áridas, duras y feas, sino porque, como dice S. Bernardo, *Bern. ser in Cant.*, criándose y viviendo en medio de ellas, no la hieren, ni se deslustra, ni marchita su hermosura, ántes campea más á su vista y compañía. Todo lo cual se ve en el justo á quien Dios cria y escoge para flor fragrante de su Iglesia, para hermosearla con él, y enriquecerla con sus grandes virtudes: naciendo en medio de las espinas de los vicios, conserva su lustre y hermosura, sin ser ofendido de ellos, ántes cuanto más acometido, más campea su candor, y más ostenta los grados de su fineza: de ello tenemos un vivo ejemplo en la vida del milagroso P. Juan de Almeida, el cual naciendo en medio de los zarzales y espinas de las herejías y vicios, se conservó en su pureza como flor plantada por la mano del Señor y escogida para el jardin de su Iglesia, dando mayores muestras de su valor y fineza, cuanto fueron mayores las guerras que padeció y las ocasiones que tuvo para perderla, como se verá en el discurso de su vida, que es la siguiente:

I

Su patria, padres, educacion y puericia.

Nació este señalado varon el año de mil y quinientos y setenta y dos en la ciudad de Lóndres, cabeza y córte de Inglaterra, la madre de sus herejías y la maestra de sus vicios.

Su padre fué católico y se llamó Juan Mada, cuyo nombre heredó su hijo, aunque despues le mudó, cuando entró en la Compañía, en el de Almeida, que

conservó siempre, por conformarse en todo con la region en que habitaba y la religion que profesaba.

De su madre, no sabemos ni el nombre ni la profesion, porque murió dejándole muy pequeño, y el padre celebró segundas nupcias con una mujer hereje, quizá por no hallarla católica de su porte y calidad en Inglaterra, la cual estaba tan pervertida en aquel tiempo por la tiranía y mal ejemplo de Isabela su reina, cual nunca se vió hasta entónces, persiguiendo con tan grande crueldad á los católicos, cual ningun tirano persiguió la Iglesia; las cárceles pobladas de santos, las horcas, las torres y los caminos sembrados de sus cuerpos y cabezas, sólo se premiaba el vicio y se castigaba la virtud, y entre tantas y tales espinas brotó esta fragante flor, que desde su nacimiento dió al mundo suave olor de altísimas virtudes.

Mostró desde luego la viveza de su ingenio junta con la blandura de su buen natural, porque era humilde, obediente y sujeto á sus mayores, inclinado á la piedad y á la religion católica, con un aborrecimiento innato á los herejes, cuyos vicios le daban en rostro en la tierna edad de niño, como á Moisés las idolatrías de los egipcios.

Tenia una abuela falta de la vista del cuerpo, pero no de la del alma, porque era católica y devota, y, como tal, industriaba á su nieto en la doctrina de la Iglesia, enseñándole los misterios de nuestra santa fe y á venerar las imágenes de los santos y el culto y reverencia del altar, previniendo la providencia divina á su siervo en aquella tierna edad con este antídoto saludable contra el mortífero veneno de la herejía.

El niño, como tan dócil y bien inclinado, tomaba muy bien los documentos de su abuela, y lo más del tiempo gastaba en componer altares, venerar las imágenes de los Santos que ponia en ellos, y rezar con mucha devocion las oraciones que le habian enseñado; todo lo cual llevaba pesadísimamente la madrastra, que como estaba tan entrañada en la herejía, era darle lanzadas al corazon siempre que le hallaba en estos santos ejercicios.

Tomándola Satanás por instrumento para derribarle de su virtud y atraerle á sus errores y depravadas costumbres, usó de todos los medios que pudo para pervertir al santo niño, ya de caricias y regalos, ya de amenazas, azotes y castigos; y, como no pudiese vencer la constancia del inocente infante, á quien en tan pocos años dió el espíritu divino fuerzas más que de gigante para resistir á sus combates; encendida en saña contra él la cruel madrastra, llamando á sus criadas tan herejes como ella, encendieron un gran fuego para echarle en medio de sus llamas y quemarle vivo en ellas.

El inocente que, como cándido cordero, de nada se recelaba, vino á su mandado obediente, y, teniéndole de las manos, le dijo la madrastra: «Este

fuego que ves se ha encendido para echarte luego en él y abrasarte vivo, si no dejas la fe y religion de los papistas que te ha enseñado tu abuela, y sigues la que yo sigo y la reina de Inglaterra.»

¿Qué haria el inocente Isaac en manos de su madre, viendo arder en altas llamas el fuego en que habia de ser crucificado vivo? No retrocedió ni estuvo ménos constante que el primer Isaac en el amor divino: aunque de ménos edad, pero no de ménos espíritu, levantó los ojos al cielo y con ellos el corazon y el alma, ofreciendo á Dios su vida en defensa de su santa fe; gimió y clamó con alta voz pidiéndole su favor, el cual le envió luego de su mano como lo hizo con Isaac. Porque, al tiempo que la inhumana madrastra le tomó de la cabeza y las criadas de los pies, y le tenian en alto para lanzarle en el fuego; vino la abuela á las voces, y dándolas de compasion, fué como el Angel que detuvo el brazo á Abrahan para que no descargase el golpe sobre el inocente Isaac. Porque de la misma manera detuvo á las cruelísimas herejes para que no echasen en el fuego á su inocente nieto, á quien llevó consigo para asegurar su vida, sacándole del poder de la cruel madrastra que, como infiel, sin Dios, sin fe y sin razon, procuró con tales veras quitarle la del cuerpo y la del alma.

No se dió por vencido Satanás con tan ilustre victoria como alcanzó de él nuestro Juan en tan recia batalla en tan tiernos y tan pocos años, porque, barruntando desde luego la guerra que le habia de hacer si llegaba á la edad mayor, procuró con todas fuerzas atajar sus pasos y quitarle la vida en naciendo; ardid que usó con los hijos de los hebreos en Egipto.

Para ejecutar este intento, le acometió por sí mismo, no despierto sino durmiendo, porque de la primera lid parece que le habia cobrado miedo; y, tomando forma de gato disforme y feo, le embistió por la cabeza, haciéndole una grande herida, cuyo dolor le despertó clamando y diciendo: «*Jesus María*, *Jesus María*, sed en mi ayuda y mi favor.»

La sangre corria de la cabeza por el rostro, y las lágrimas por los ojos, y las voces subian al cielo de donde le vino el favor, porque se halló rodeado de ángeles y santos gloriosos vestidos de resplandor, los cuales, mirándole amorosamente, le asistian, y esforzaban, y desterraban el temor. A su presencia huyó aquella bestia infernal, y los ángeles le cantaron la victoria, como á glorioso triunfador, y para memoria de ella le quedó siempre la cicatriz y sentimiento en aquella parte que el enemigo le hirió, que fué como dejarle el testimonio de su trofeo para eterna memoria y honra suya.

Esta lucha tuvo con Satanás cuerpo á cuerpo siendo de ocho años, y sin duda fué mayor y más peligrosa la que tuvo en llegando á los catorce; porque, viendo el demonio que no le habia podido derribar de su constancia,

jugando contra él las dos referidas lanzas, usó de otra más peligrosa y más fuerte, como dice S. Buenaventura, que fué encender un ardiente fuego, no material sino de concupiscencia y lascivia en el corazon de una criada de su casa, la cual abrasada en este incendio infernal, como la mujer de Putifar del castísimo José, no cesaba de dia ni de noche de solicitarle y provocarle con obras y con palabras: ¡Dura lid en tan ferviente edad! ¡Prolija y peligrosa batalla con el enemigo dentro de las puertas de su casa! Pero así fué mayor la victoria y el auxilio del Señor, porque el casto mancebo, como otro segundo José, le afeó sus depravados intentos, y amenazándole con el castigo divino, la movió al temor de Dios, con que refrenó su osadía y alcanzó glorioso triunfo de tan terrible enemigo, armado de la gracia de Dios.

Y no quedó sin premio esta victoria; porque, hallándose con su buena abuela en una quinta fuera de Lóndres y refiriéndole los lances que le habian pasado en las batallas que habia tenido así en defensa de la fe como de la castidad, le dijo alumbrada con el espíritu de Dios: «Confiad, hijo, en la divina bondad y no os acobarden las guerras del enemigo, porque Dios que os ha escogido para columna de su Iglesia y salvacion de muchos, os asistirá con su gracia y os sacará victorioso de todos sus combates: llegareis á ser Sacerdote, y religioso y predicador de su palabra, y traereis muchos al conocimiento de su fe.» Palabras que siempre tuvo impresas en su corazon, y le dieron igual aliento y confianza en las lides y trabajos que en el discurso de su vida padeció.

II

Sale de Londres para Viana, pasa al Brasil y es recibido en la Compañía.

Con altísima providencia pone Dios acíbar en las delicias del mundo á sus escogidos, para destetarlos fácilmente de la leche de sus gustos y darles la espiritual de sus consuelos y favores celestiales, como se vió en nuestro Juan de Almeida, á quien puso en las delicias de su casa y regalo de su padre, que le amaba como á hijo, el acíbar amargo del odio de su madrastra y los malos tratamientos de obra y de palabra que contínuamente recibia, que era era una hiel derramada en cuanto queria y hacia, trayéndole tan apurado, que no pensaba en otra cosa sino en qué medio podria tener para salir de aquella penosa galera, en que padecia mayor tormento que si remara en las que surcan los mares, entregado á un riguroso cómitre que le atormentase toda la noche y el dia.

Acosado, pues, de esta melancolía, hallándose solo en casa de su padre, un

dia entró por la puerta un hombre al parecer extranjero, á quien no conocia, que sin duda fué enviado de Dios, como lo declaró el suceso, y fijando en Juan los ojos, le dijo: *Vente conmigo*. Palabra fué que penetró su corazon, y como le halló tan descarnado de la casa de su padre, sin esperar á más deliberacion, se levantó luego, como lo hizo S. Mateo al llamamiento de Cristo, y le siguió dejando cuanto tenia y podia esperar de su padre y parientes.

Caminó en seguimiento de quien le llamó, que era un portugués honrado y católico, por cuya boca le llamó Dios, para sacarle de la espinosa selva de vicios y herejías de su patria, y trasplantarle en el jardin ameno de la Iglesia católica. Llevóle al puerto, embarcóle consigo, y en breves dias llegaron con próspero viento á la villa de Viana, teniendo nuestro peregrino tasadamente diez y siete años.

Aquí tuvo la dicha de entrar en una honrada casa de un noble caballero que se llamaba Bento ó Benito de Roca, tan rico de los bienes espirituales como de los temporales, porque era ejemplar cristiano, muy piadoso y limosnero, y dado á cosas de devocion, y, como el mismo padre dice en sus apuntamientos, toda su casa y familia era como una concertada y observante religion, porque, como enseña el Espíritu Santo, cual es el señor que rige, tales son los criados que le sirven.

Aquí desplegó nuestro peregrino las velas á su devocion y dió suave pasto á sus deseos, visitando las iglesias, asistiendo al culto divino, sirviendo á las Misas, y oyendo los sermones, y frecuentando los Santos Sacramentos cada ocho dias, dando á Dios infinitas gracias por haberle sacado del confuso caos de Inglaterra, oscurecida con tan densas tinieblas de errores y vicios. Y gozando de la quietud que Dios le daba, aprendió á leer, y escribir, y contar, y algunos principios de latin.

Vivia en la misma casa una señora viuda de gran devocion y piedad, la cual, sabiendo lo que Juan habia padecido en Lóndres por la fe, se le aficionó grandemente y le ayudó mucho para todo; llevábale con sus hijos á la iglesia catedral, enseñábale sus devociones, hacíale visitar los altares, y rezar á cada Santo particulares oraciones pidiéndoles su favor, y en particular le industrió en la devocion de la Santísima Vírgen María, la cual se le imprimió en el corazon de manera que le duró toda la vida con admirable ternura, que sentia siempre que la oia nombrar ó se acordaba de ella, y todos los sábados iba con toda su familia á una ermita de su nombre, y gastaban todo el dia en rezar, y orar, y meditar sus misterios, y adornar su altar y aderezar su capilla.

Una cosa le sucedió aquí que refiere en sus apuntamientos por particular merced de Dios y de su santísima Madre, y fué que, subiendo á una higuera

alta, dió una tan grande caida, que quedó sin sentido y le trujeron como muerto á su casa con no pequeño dolor de los que le criaban y le amaban como á hijo: encomendándole muy de corazon á la Reina de los ángeles su devota, luego volvió en sus sentidos y se levantó bueno y sano, favor que siempre agradeció como recibido de mano de la santísima Vírgen, á quien siempre tuvo por Madre y por amparo, y á quien sirvió como verdadero hijo.

En este medio tiempo se le ofreció hacer viaje al Brasil al dueño de la casa, y, con el amor que habia cobrado á nuestro Juan y la satisfaccion que tenia de su virtud, le pidió que le acompañase, y él, como agradecido, le obedeció con mucho gusto; pero no le faltó en este viaje en qué ejercitar la paciencia y la confianza en Dios, así en los riesgos de la mar y trabajos de la navegacion, como en un fracaso que tuvo, en que dió consigo en la mar, y si Dios no le socorriera por medio de los oficiales del navío, quedara sepultado en el abismo de las aguas de donde le sacaron con presteza; y reconocido de esta merced á Dios, la escribió en el catálogo de las muchas que de su mano habia recibido, para darle siempre gracias por ella; con que ántes de llegar á los veinte años le sacó Dios de tres manifiestos riesgos de la vida: del fuego, cuando le quiso quemar vivo su madrastra; del agua, cuando cayó en la mar, y de la tierra, cuando cayó de la higuera, guardándole para apóstol suyo en la América, adonde le llevaba.

Pasados los trabajos de la navegacion del océano, llegaron al Brasil, desembarcaron en Pernambuco, adonde fueron hospedados de un portugués noble y rico, que en pocos dias reconoció las prendas de su huésped, y viéndole tan bien inclinado, se le aficionó mucho, porque la virtud es iman de las voluntades, y los buenos son amados de Dios y de los hombres. Hízole muy buen pasaje y dióle á escoger la ocupacion que quisiese, y nuestro buen Juan, guiado de Dios, escogió la del estudio.

Vistióse de largo y vino á nuestras escuelas; cursó en el colegio de la Compañía, dando á todos grande ejemplo de virtud; aprovechó bien en las letras con su feliz ingenio, y mucho más en la santidad con el trato familiar de los de la Compañía, á los cuales se aficionó de manera que determinó de abrazar nuestro instituto y consagrarse á Dios en nuestra religion para servirle todos los dias de su vida.

Pero el demonio, que en todas partes le hacia abiertamente guerra, resto todas sus fuerzas para impedirle su intento, y lo primero publicó de él que era hereje calvinista, criado en las herejías y errores de Inglaterra, hijo de madre hereje y que lo habia mamado en la leche y otras falsedades como éstas, las cuales detuvieron á los Superiores de la Compañía para no recibirle, hasta enterarse bien de la verdad de estas calumnias.

Un año pasó nuestro pretendiente en ésta su pretension, que fué el más trabajoso de su vida; porque el demonio, usando de sus infernales artes, le combatia de dia y de noche con pensamientos obscenos y representaciones lascivas en que parecia que se abrasaba, aunque procuraba resistirlas. Acometíale tambien con desordenadas codicias de hacienda y honra que podia alcanzar en el siglo; combatia su constante ánimo con malos consejos de amigos, que suelen ser los más peligrosos, para apartarle de su intento, pero no le vencia; porque el nuevo soldado del Señor oraba y gemia, clamaba á Dios y á los Santos que viniesen en su ayuda, y rabioso el demonio por verse vencido de él, una vez acometió á despeñarle en un rio, y otra, tomando forma de indio feroz y denodado, vino contra él para descargar un gran golpe en su cabeza con un palo grueso que traia en las manos, y el buen mancebo invocó con presteza á Jesus y á María en su favor, y el demonio huyó dejándole, aunque temeroso, libre de su tiranía.

Estas batallas padeció un año entero, y Dios premió sus victorias dándole el logro de sus deseos; porque el Provincial, enterado de la verdad y de que lo que le oponian eran calumnias y falsedades inventadas por Satanás para impedir sus intentos, le recibió en la Compañía, despues de haber estado cuatro años en Pernambuco y vivido con admirable ejemplo, porque sin duda es una de las maravillas que cuenta el Sabio, un mozo en la flor de su juventud, en medio del fuego de tantas ocasiones, no quemarse ni tiznarse con el humo de ellas, ántes salir más cándido y puro y con nuevos resplandores de fineza, que fué, como dice Filon, la maravilla de la zarza de Moisés que, embestida por todas partes de llamas, estuvo tan léjos de quemarse ó marchitarse, que ántes, como si fueran agua de pié que la regaba, más reflorecia y más bella se mostraba; así le sucedió en las ocasiones al nuevo soldado de Cristo, en las cuales ostentó más su virtud y floreció más en santidad, hasta dedicarse todo á Dios en la Compañía de Jesus, adonde vivió ejemplarísimamente como ahora veremos.

III

De su noviciado y progreso en la religion.

Luego que le dió el sí el Provincial, le envió al noviciado que estaba leguas de Pernambuco, en la ciudad de la Bahía, adonde llegó á primero de noviembre, dia de todos los Santos, de mil y quinientos y noventa y dos, en que le dieron la ropa y fué alistado en la milicia de la Compañía de Jesus con tan grande gozo de su alma, que se le oyó decir muchas veces que fué

el dia más festivo que tuvo en toda su vida, el cual celebró todos los años con muchas horas de oracion, ayuno, penitencias y santas obras, en agradecimiento de haberle sacado Dios del siglo y traídole al puerto seguro de la religion, que fué el principio y la raíz de todas sus dichas.

La vida tan rara y ejemplar que hizo en la religion y el fervor de su noviciado, bien se deja entender del que habia guardado todos los dias de su vida; y quien entre herejes y en las ocasiones del siglo habia sido como la flor entre espinas, dando suavísimo olor de virtudes, ¿qué haría trasplantado en el jardin ameno de la Compañía, con el riego de tantos y tan santos consejos y el calor de tan ilustres ejemplos de religiosos tan perfectos y tal concierto de vida?

Aquí echó los hondos y macizos fundamentos de las heróicas virtudes que ostentó toda la vida; de humildad, de paciencia, de caridad y penitencia, de silencio y oracion, de modestia, pobreza, desprecio de sí mismo, mortificacion y obediencia á sus Prelados y Superiores, en que fué tan extremado, que hizo voto especial á Dios de nunca proponer ni replicar á cosa alguna que le mandasen ú ordenasen, por áspera ó dificultosa que fuese, el cual cumplió hasta el último de sus dias: y por el mismo tenor, fué observantísimo de las reglas, no pasando la raya de la más mínima por ninguna cosa que sucediese. Finalmente, fué una regla viva, una idea de un perfecto religioso y un espejo de perfeccion desde el principio de su noviciado, empezando adonde otros acaban despues de muchos años de mortificacion y penitencia.

Tal, pues, fué su fervor y el aprovechamiento de su espíritu, que, viéndole tan adelantado, los Superiores le sacaron al primero año del noviciado, juzgando que tenia muchos de aprovechamiento, y le enviaron á la residencia del Espíritu Santo, que era de las más trabajosas y estaba á cargo, con todas sus aldeas, del santo P. José de Ancheta, que habiendo sido Provincial con aceptacion universal de todos y tan estimado por su notoria santidad, habia tomado para sí la más incómoda, pobre y trabajosa; porque los cristianos antiguos eran pocos, y los indios, así gentiles como recien convertidos muchos y repartidos por aldeas en montes y selvas fragosísimas, á quien acudian los nuestros á costa de inmensos trabajos, sudores y fatigas y manifiestos riesgos de la vida.

En la escuela de este insigne maestro entró el fervoroso discípulo con tanto gozo de tenerle por maestro, como de dar pasto á sus deseos de padecer mucho por Cristo y esmerarse en su servicio. Recibióle el venerable Ancheta con muestras grandes de alegría, dióle santísimos consejos y encomendóle el cuidado de los religiosos y de los criados domésticos.

No podrá significar la pluma el espíritu y fervor con que tomó estos oficios,

eslabonando las dos ocupaciones de Marta y de María, trabajando con el cuerpo sin faltar un momento al aumento de su espíritu, tratando con los hombres en lo exterior y en lo interior del alma con Dios, sin perderle de vista. Orando trabajaba y trabajando oraba, conversaba con los hombres y hablaba al mismo tiempo con Dios, con que siempre estaba templado, devoto, jugoso, sufrido, lleno de caridad, y sus palabras eran santas, mansas y pocas, centellas del fuego divino que ardia en su corazon. Todo cuanto hacia le parecia poco y nada respecto de lo que deseaba hacer; barria, fregaba, guisaba, cavaba la huerta, plantaba y regaba, cuidaba de la portería y la despensa y juntamente de la sacristía; componia los altares, ayudaba á las Misas, y, siendo uno, hacia oficios de muchos, y al parecer se multiplicaba en varias partes, cumpliendo al mismo tiempo con oficios encontrados: y no era mucho que hiciese oficios de muchos quien tenia espíritu de muchos; que cuando este es doblado, vence imposibles y vale por muchos.

Su principal estudio en medio de tales y tantas ocupaciones era copiar en su alma la perfectísima imágen de santidad, que miraba en su maestro, y aunque sus palabras eran santas, mucho más le movian las perfectas obras de sus altas virtudes, las cuales procuraba imitar con todas las fuerzas de su alma, y así salió tan aventajado en ellas, y podemos decir de él lo que de Eliseo dice S. Ambrosio, que no fuera tan santo si no tuviera á Elías por maestro: y el mismo P. Almeida solia repetir que todo cuanto era debia á la doctrina y enseñanza del P. José de Ancheta; y, como le miraba martirizar su cuerpo con ayunos y ásperas penitencias, pasar las noches en oracion y el dia haciendo bien á todos, tan abstracto de todo lo terreno, que más moraba en el cielo que en la tierra; así su buen discípulo no cesaba de mortificar su cuerpo, inventando y fabricando cada dia nuevos linajes de cilicios y asperezas, con que macerar su carne, gastando las noches en oracion y los dias con los prójimos en los oficios exteriores, sin perdonar á trabajo, ni fatiga, ni accion, que fuese de penalidad, por imitar en todo á su maestro.

Entre otros cargos que tenia, uno era cuidar de las bestias que servian al colegio, no sólo para darles de comer, sino para limpiarles el establo y curarlas cuando estaban enfermas: y curando de una la matadura encancerada, tuvo asco y huyó el rostro por no verla, mas volviendo sobre sí, hablando consigo, dijo: «¿Cómo un jumento (que así solia llamarse) rehusa curar á otro jumento?» y, corrido de su poca mortificacion y de la flaqueza que habia mostrado, acordándose de S. Javier cuando lamió las llagas del enfermo, extendió la mano y tomó parte de la que tenia el jumento, y la trujo á su boca, y con admirable valor y fortaleza la comió, y venció aquella repugnancia con tan gloriosa victoria, que nunca tuvo más repugnancia de semejantes curas.

Ni fué esta sola vez la que hizo esta mortificacion, sino otras muchas con grande satisfaccion de su espíritu y mérito de gloria, porque, vencida la dificultad, queda el paso franco y el espíritu alentado para otras muchas victorias.

Con este espíritu y valor peleaba contra los vicios y se alentaba á conseguir las virtudes el que áun era en el tiempo novicio de la Compañía, siguiendo las pisadas de su santo Maestro, el cual, conociendo el grande caudal de espíritu que habia alcanzado en tan poco tiempo, le envió, sin estar ordenado, á las aldeas de los indios para que ayudase en su conversion á los Padres predicadores que cultivaban aquella gentilidad, en la cual trabajó mucho tiempo con admirable fruto, predicando á los infieles, catequizando á los que se habian de bautizar, enseñando á los ya bautizados la doctrina cristiana y los altos misterios de nuestra Santa Fe, declarándoles los mandamientos que habian de guardar y los Sacramentos que habian de recibir, y encaminándolos á todos por el camino del cielo.

Y no sólo daba este pasto espiritual á sus almas, sino que juntamente les procuraba el corporal para el cuerpo, ayudándoles en sus sementeras, socorriéndolos en sus necesidades, curándolos en sus enfermedades, componiendo sus pleitos y haciendo sus amistades como si fuera padre ó hermano de todos; que por estos medios de caridad y benevolencia se ganan las voluntades de los indios, se domestican y truecan de brutos silvestres en hombres racionales, para recibir con facilidad el bautismo y reducirse á poblaciones y policía, con que olvidan las bárbaras costumbres y aprenden las buenas y santas del cristianismo.

IV

Va á estudiar al colegio de Riojaneiro, y sus progresos hasta ordenarse de Misa y salir á las misiones de los indios.

Acabado el tiempo de su noviciado tan gloriosamente, y hechos los primeros votos con igual ternura y devocion, le enviaron los Superiores á estudiar las ciencias necesarias para predicar la Ley de Cristo y ejercitar los ministerios de la Compañía, y derramando dulces lágrimas de sus ojos, recibió la bendicion de su amado P. Ancheta, y con ella los santos consejos que le dió para portarse en el estudio. Partió al colegio de Riojaneiro, adonde habia llegado mucho ántes la fama de su buen espíritu, y así fué recibido como si fuera un ángel del cielo.

Luego se aplicó á estudiar las ciencias que le enseñaban sus maestros; y, como era tan fervoroso, no se contentó con el ejemplo de virtud que daba

con su santa vida á los de dentro, sino que se encargó de doctrinar tambien á los indios que se juntaban en grande número los domingos y las fiestas, con grande fruto de sus almas y nombre de la Compañía, que viendo su fervor y el fruto que hacia con sus pláticas, le enviaban los Superiores por las aldeas en compañía de los Padres predicadores todo el tiempo que daban lugar sus estudios, y así acompañó á muchos de muy alentado espíritu, á los cuales ayudó grandemente en la conversion de los infieles y reduccion de los gentiles.

En este santo ejercicio y en el de sus estudios gastó algunos años, y habiendo cumplido los treinta de su edad, y hallándole suficiente los Superiores para predicar, confesar y los otros ministerios de la Compañía, le ordenaron de Misa, la cual dijo en la casa del noviciado, donde fué recibido con grande júbilo de su alma, y desde aquel dia comenzó una vida apostólica, añadiendo muchas horas de oracion y gran número de penitencias á las que siempre hacia.

Púsose rigurosas leyes de humildad y pobreza, silencio, mortificacion y obediencia; otro buen número de devociones á los Santos, procurando imitar de cada uno sus virtudes, juzgando que el nuevo estado le obligaba á nueva vida y á más rigor para consigo y más perfeccion de espíritu; y en particular fué admirable la devocion, lágrimas y ternura con que siempre dijo la Misa, teniendo repartidas las de la semana á diferentes santos cada dia, los cuales eran sus convidados para asistirle y ayudarle á ofrecer á Dios aquel Santo Sacrificio, que era el pasto de su alma y el regalo de su espíritu.

Pero ¿quién podrá decir la sed ardiente con que este nuevo Sacerdote y fervoroso obrero de la viña del Señor se entregó á procurar la salvacion de las almas y el bien de todos sus prójimos? De lo que arriba queda dicho se puede algo colegir, porque, si ántes de ordenarse trabajó tan incansablemente y con tanto fruto en el aprovechamiento de las almas, que no perdonaba á trabajo, ocasion, desvelo ni diligencia en ganarlas; mucho más haria, si podia adelantarse á sí mismo despues de ordenado Sacerdote y hecho predicador de Cristo: y, porque dejemos conjeturas, traigamos por testigos de su santo celo algunas de las misiones que hizo, luego que se ordenó, á los indios gentiles.

La primera fué, pasado el Riojaneiro, muchas leguas la tierra adentro, á la provincia de S. Pablo, que es una tierra montuosa, infestada de fieras y poblada de indios bárbaros, fieros en sus costumbres y tan inhumanos, que tienen pública carnicería de carne humana; traen guerras unos con otros, y á los que cautivan, matan y comen en sus banquetes, y si son tantos que no pueden acabarlos, los salan, como en Europa la cecina, para irlos gastando.

A esta indómita gente, sin Dios, sin ley, sin policía ni términos de hom-

bres racionales, partió el P. Juan de Almeida con otro compañero religioso de igual espíritu y celo, y salieron del colegio de S. Pablo con indios que los guiasen, á pié, con sus bordones en las manos, sin otro viático ó matalotaje más que la confianza en Dios, que es el más cierto y seguro para los que saben tenerla firme en su divina Providencia.

Las guías les ayudaban á llevar los recados para decir Misa y algunos donecillos para dar á los indios, y con esta prevencion, fortalecidos con el espíritu del cielo, imitando á los Apóstoles de Cristo, caminaron dos meses enteros por desiertos inhabitados, á peligro de ser comidos de fieras, sin otro sustento que el de las yerbas del campo y algunas frutas silvestres, y bebiendo agua de los arroyos.

Dormian sobre las piedras y tal vez sobre los árboles, por asegurarse de las fieras, y su mayor pasto era el de la oracion, con que daban alimento a su espíritu y grande fuerza á sus almas para llevar con gusto aquellos trabajos.

Habiendo, pues, caminado los dos meses dichos, descubrieron una aldea grande de indios gentiles, toda cercada para defenderse de sus contrarios, poblada de innumerables indios: en viéndola se alborozaron sus almas, como se alegran los cazadores cuando descubren la caza. Hincáronse de rodillas y dieron mil gracias á Dios por haberles guiado á aquella aldea, pidiéndole con lágrimas que les diese espíritu para ganarle aquellas almas.

Hecho esto, enviaron dos indios ladinos en la lengua á decir al capitan cómo venian hombres blancos á verlos y visitarlos, y que les diesen licencia para entrar en su poblacion. El capitan gustó tanto de su venida, que luego salió con su gente á recibirlos, y les dió muchos abrazos, y los regaló á usanza de la tierra, y les dió buena posada.

Grande fué el gozo del P. Almeida cuando vió el agasajo de los indios, y no menor la esperanza que concibió en su corazon de ganarlos para Dios, por lo cual, sin perder tiempo, los juntó luego y les propuso su embajada, declarándoles á lo que habia venido, que no era á buscar oro ni plata, ni otras riquezas más que su salvacion y el bien de sus propias almas, que consistia en recibir de corazon la ley santa de Dios y de Jesucristo su Hijo, que vino al mundo á redimir á los hombres de la cautividad del pecado y del infierno.

De aquí tomó ocasion para declararles lo que era pecado y lo que Cristo hizo y padeció por redimirnos, el valor del alma y su perpetuidad, la vida futura, el juicio y la cuenta que todos debemos dar de nuestras vidas al Juez de vivos y muertos, el premio que tiene preparado para los buenos y la pena para los malos y, últimamente, la eternidad de uno y otro.

Fué grande la admiracion que les causó esta primera plática y no menor

la admirable caridad de los Padres, que por sólo su bien se hubiesen desterrado de sus patrias, y venido tantos millares de leguas, pasando tan inmensos trabajos, y aprendido su lengua, predicándoles en ella: todo esto estimaron en mucho aquellos bárbaros, y luego trataron de recibir la ley de Cristo.

El P. Almeida les predicó la necesidad del bautismo para lavar sus almas de las manchas de los pecados, y dejar las idolotrías y las malas costumbres en que se habian criado; y, aunque en esto tuvieron más dificultad, pero con el alto concepto que habian concebido de la santidad de los Padres, dieron crédito á sus palabras, y obrando la gracia divina, el capitan ó caudillo, que se llamaba Aracuruzu, persona de más entendimiento y razon, ofreció de parte de todos que recibirian el bautismo y la fe de Cristo para salvar sus almas.

No se puede declarar con pocas palabras el gozo y alegría que tuvo el siervo de Dios de ver tan buen logro de sus trabajos, y que tanto número de gentiles venian de una vez á reconocer á Cristo, adorarle y servirle, saliendo de las tinieblas de la idolatría y de la cautividad del demonio. Alborozóse su espíritu, y no le cabiendo el gozo en el pecho, levantó los ojos y el corazon al cielo, dando infinitas gracias á la Majestad de Dios, de cuya mano viene todo lo bueno, al modo que refiere S. Juan haberse alborozado Cristo y dado gracias á su Padre, cuando vinieron los gentiles á reconocerle y recibir su doctrina, ofreciéndole aquellas almas.

Lo mismo hizo con estas el P. Juan de Almeida, y luego prosiguió sus pláticas y sermones instruyéndolos en los misterios de nuestra santa fe, para bautizarlos. Pero duróle poco el gozo, porque el infierno armó todas sus huestes y vino con ejército formado á impedir sus intentos y retener sus cautivos en la tiranía del pecado; porque trujo un ejército innumerable de indios contrarios á los de aquella poblacion, que en un momento la cercaron y dieron sobre sus moradores con intencion de acabarlos como á enemigos suyos.

Terrible fué la turbacion que padecieron aquellos gentiles, que se querian alistar en la milicia de Cristo, con tan repentina invasion, y no le faltaron al demonio algunos de sus ministros que publicasen era castigo suyo, porque le querian dejar y hacerse cristianos, á que se opuso con admirable valor el fervoroso Padre, y persuadió al capitan y á todos sus magnates que se pusiesen en defensa, porque Dios les daria victoria de sus enemigos. Hiciéronlo así, andando el P. Almeida en medio de los escuadrones, esforzándolos y animándolos, y se vió que hablaba Dios por su boca, porque les dieron tal ánimo sus palabras, que no sólo resistieron á sus enemigos, sino que los vencieron y pusieron en huida con muerte de los más y de muchos prisioneros, andando el Padre en medio de la refriega bautizando á los heridos que estaban catequizados y á los niños pequeños, que los enemigos mataban por el odio

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] quien tan admirable [illegible] para probar [illegible] y así [illegible] para hacer milagros en esta ocasión [illegible] gentiles [illegible] en la fe y recibieses con mayor aprecio el santo bautismo. [illegible] y es [illegible] admirable los que [illegible] entre los muertos [illegible] parecer difuntos sin muestra alguna de vida [illegible] con la piedad y ternura y [illegible] su [illegible] de aquellas criaturas y las abrigó y fomentó y dio calor con [illegible] y [illegible] con los niños difuntos, y los resucitó como [illegible] con muestras de vida, los bautizó y envió á gozar de Dios á [illegible] con vida, una en el cuerpo para recibir el bautismo y otra en el alma para volar á la gloria; porque, en recibiendo el bautismo salían [illegible] del cuerpo con pasmo y admiración de los gentiles que, viendo tan maravilla, pedían á porfía el santo bautismo.

Junto en este milagro nuestro nuevo Eliseo á su antiguo Elías y maestro el P. José de Anchieta, de quien se escribe en su vida que en semejante ocasión, habiendo muerto sin bautismo un indio catecumeno, le resucitó, y bautizó, y luego le envió glorioso al cielo. Lo mismo hizo con estos niños su discípulo el P. Almeida, sino que su maestro resucitó uno y el discípulo á muchos, con que pobló el cielo, y por esta maravilla ganó para Dios muchas almas, que recibieron el santo bautismo.

Y si alguno dudare por qué no perseveraron vivos los referidos, eso se deja á la Providencia divina, que quiso salvarlos por este medio, y fuera posible condenarse si quedaran vivos entre tantos gentiles; fuera de que no es nuevo en la Iglesia este linaje de milagros, pues sabemos que S. Estanislao en Polonia resucitó á un hombre, que se llamaba Pedro, para que diese testimonio de una heredad que le había vendido, y en testificando la verdad, volvió de esta á la otra vida; y el glorioso patriarca Sto. Domingo resucitó una doncella, que se llamaba Alejandra, que había muerto sin Sacramentos, y en recibiéndolos, volvió á morir, como se dice en su vida; y así no fue nuevo

que para el mismo efecto resucitase el P. José de Ancheta al catecúmeno y el P. Juan de Almeida, su discípulo, á los niños, y que volviesen á morir, habiendo recibido el bautismo.

Acabada la guerra y pasado el peligro, hizo el Padre una solemne accion de gracias á Dios por la victoria, con Misa y sermon á que asistieron los nuevos cristianos y muchos de los gentiles, que se movieron mucho viendo los ritos de la Iglesia.

Bautizáronse muchos de toda suerte de gentiles, y para desarraigarles de sus idolatrías, y para que olvidasen las malas costumbres en que se habian criado, y se instruyesen en las buenas y santas de la Iglesia; juzgó por conveniente traer un buen número de los convertidos á la ciudad de S. Pablo, para que, con la comunicacion de los cristianos antiguos, perdiesen los resabios pasados, se asegurasen más en la fe y confirmasen en ella á sus paisanos, como Moisés sacó á los de Israel de Egipto para asegurarlos de las idolatrías y costumbres de los gitanos.

Vino en ello el capitan que, como dijimos, amaba y respetaba al P. Almeida, y escogieron mil y quinientos indios, los cuales vinieron acompañándole, caminando todos á pié sin más prevencion ni matalotaje que el que llevaba su maestro, que era la confianza en Dios, el cual los sustentó en aquel desierto y trabajoso camino por más de dos meses, sin que les faltase sustento para el cuerpo ni para el alma, el cual les daba el P. Almeida todos los dias, predicándolos, y enseñándolos, y rezando con ellos las oraciones de la Iglesia y las Letanías de los Santos, y Dios los regaló con algunos milagros que obró en aquel desierto, como regaló á los de Israel en el suyo.

El primero fué que, diciendo Misa un dia festivo en una enramada y altar portátil que fabricaron de palmas, al tiempo que consagró el Padre la Hostia y la levantó en alto, los ramos y las palmas que servian de alfombras á la capilla, se movieron por sí mismas, y, levantándose del suelo, hicieron reverencia al Santísimo, y despues de consagrado el cáliz, hicieron segunda reverencia con inclinacion profunda, hasta que se acabó la Misa, que volvieron á sus lugares en la forma que estaban, y el Padre, vuelto al pueblo que estaba como fuera de sí de ver tal prodigio en criaturas inanimadas, les hizo una plática de la presencia real de Cristo en el Sacramento y del respeto y reverencia que se le debe; pues le veneran y sirven las criaturas inanimadas con tan extraño milagro.

El segundo fué que, habiendo los indios encendido fuego para una caza, soplando el aire, se encendió la selva, y aunque se dieron diligencia para atajarle, no pudieron y quemó buena parte de la ropa que llevaban, entre la cual estaba el breviario del P. Almeida, el cual hallaron entero, sano y sin

lesion alguna en medio de las cenizas, habiéndose quemado cuanto con él estaba. El Padre le recibió como de la mano de Dios con admiracion de todos, y les dió á entender la estimacion y respeto que debian tener á los libros de la Iglesia; pues el mismo fuego, que todo lo abrasa y consume, los respetaba con tan evidente milagro; y fué tal la veneracion que en adelante tuvieron á las cosas sagradas, que tenian por gran pecado tocarlas, y en viendo las iglesias desde léjos, las reverenciaban de rodillas, y en particular adoraban con sumo temblor y devocion al Santísimo Sacramento del altar, el cual no se concedia sino á los muy aprovechados; y sucedió tal vez llenársele la boca de saliva á una india piadosa que habia comulgado, y forzada á escupir alguna de ella, en viéndola en el suelo, contrita por lo que habia hecho, arrodillarse, y con mucha veneracion lamer con la lengua la saliva que habia escupido, por haber comulgado aquel dia; tal era el concepto que de este divinísimo Sacramento engendraba el P. Almeida en los corazones de los indios, confirmándole con los milagros que obraba.

Ultimamente llegó el Padre á la ciudad y colegio de S. Pablo con toda su compañía, como despojos que habia sacado de la guerra y de la victoria que alcanzó del demonio y de la idolatría. Fué grande el aplauso que tuvo por ver tantos gentiles convertidos á la fe de Cristo y á los que se habian criado como fieras, mansos como corderos, humildes y obedientes á su mandato.

Repartiólos por las aldeas entre piadosos cristianos para que los enseñasen y domesticasen, como refiere Flavio que hacian los romanos, entretejiendo á los soldados bisoños y ménos ejercitados entre los diestros veteranos, para que aprendiesen de estos el valor de las peleas y cobrasen aliento con su ejemplo, para pelear hasta vencer á sus contrarios: el mismo ardid usó este diestro capitan de la milicia de Cristo con los soldados bisoños y recien bautizados, entretejiéndolos con los cristianos antiguos para que aprendiesen las costumbres de la Iglesia y se fortaleciesen en la fe.

El mismo Padre los juntaba, y enseñaba la doctrina cristiana, y cuidaba de sus cuerpos y sus almas, y era comun padre de todos, valiéndose despues de ellos para traer otros muchos indios gentiles por su medio al conocimiento de Cristo, como veremos.

VI

Lo que obró en S. Pablo, y de otras misiones que hizo por este tiempo.

En este pueblo y colegio hizo alto este esforzado capitan de la milicia de Cristo, siendo su morador por espacio de treinta años, si bien discurria continuamente por la comarca á las aldeas de los indios con tan grande vigilan

cia, que hacia poco pié en la ciudad; pero, el tiempo que en ella estaba, predicaba los más dias á los portugueses, á los negros y á los indios; á todos enseñaba el camino del cielo y la doctrina cristiana. Visitaba las cárceles, hospitales y los enfermos en sus casas, confesándolos, consolándolos y dándoles pasto del cielo.

Salia lo más del tiempo á las aldeas de los indios á pié con un compañero, sustentándose de las yerbas y frutas del campo, durmiendo en el suelo y haciendo áspera penitencia por los mismos á quien predicaba: las noches gastaba en oracion y los dias en predicar á los indios, en curarlos, y confesarlos y sacramentarlos, y cuando morian, enterrarlos.

Edificó algunas iglesias en las aldeas y habitaciones para los de la Compañía que fuesen á enseñarlos; convirtió y bautizó muchos y andaba como un apóstol por toda aquella tierra, alumbrándola con su doctrina y edificándola con su ejemplo.

No le faltaron guerras que vencer con el demonio, porque una vez le echó de una puente abajo más de dos estados de alto, mas aunque se lastimó, no dejó la empresa á que iba, que era á confesar á un indio enfermo y cojo, y lastimado como estaba, prosiguió su camino por espacio de tres leguas á pié, dándole al fervor de su espíritu las fuerzas que la enfermedad le negaba: de este jaez tuvo otros muchos lances con el demonio, sin rendirse á alguno, aunque padeció mucho en ellos, porque haciéndole el P. Almeida tan abierta guerra, bien se deja entender la que el demonio le haria para vengarse y defenderse.

Ocupado, pues, tan gloriosamente en el colegio y tierra de S. Pablo, le vino órden del Superior para ir con otro Padre compañero á una trabajosa mision, ciento y cincuenta leguas de allí, poblada de indios gentiles que llaman patos carijos, á diferencia de otros que se llaman serranos; viven en tierra fértil, pero muy montuosa, abundante de caza y pesca por las riberas de la mar que gozan. Hay mucho algodon y algunas minas de metales y de piedras preciosas; no son tan belicosos como otros, ni tan inclinados á comer carne humana; más fáciles en recibir el Evangelio, porque no adoraban ídolos ni reconocian otro Dios, mas que una excelencia superior á quien llamaban Tupan, y decian que tronaba y enviaba los rayos, y por eso le temian, pero no le adoraban ni ofrecian culto alguno. Eran dados á hechicerías, y por este camino los traia el demonio engañados.

A este ciego paganismo, poblado de inmensas almas, fué enviado el fervoroso obrero de Cristo, y, aunque con grande sentimiento de los habitadores de S. Pablo, partió á su mision llevando consigo algunos indios cristianos de los más ladinos y versados en la lengua.

Pasó por varias tierras evangelizando en todas partes, convirtiendo á unos y catequizando á otros, y enseñando en todas partes el camino de la bienaventuranza. Finalmente, despues de largo y trabajoso camino, parte por mar, parte por tierras fragosas infestadas de fieras, llegó á la de los patos, de quien fué bien recibido y agasajado con toda su compañía.

Quiso Dios probar su paciencia y su constancia con una grave enfermedad que le dió á él y á los indios que llevaba, de que llegó tan al cabo, que se vió á las puertas de la muerte, y viendo que se frustraban sus deseos, muy conforme con la voluntad de Dios, le ofreció su vida en holocausto, suplicándole que la recibiese, y enviase quien alumbrase á tantas almas como habia en aquella tierra ciegas en la sombra de la muerte. Su oracion fué oida de la divina bondad y luego le dió mejoría, y, enfermo como estaba, hacia que le trujesen á los indios enfermos, y olvidado de sí, los curaba y consolaba, dándoles esperanzas muy ciertas de su salud, la cual dió á todos la divina Majestad dentro de poco tiempo sin que peligrase alguno.

Luego que convaleció, juntó á los indios naturales para predicarles el Evangelio y la ley santa de Cristo; levantó un altar y dijo Misa en presencia de todos con grandísima admiracion suya por no haber visto ni oido cosa semejante. Luego les declaró los misterios de nuestra santa fe, los que contenia la Misa y la necesidad del bautismo para ir al cielo: fué cosa admirable la prontitud con que recibieron al primero sermon la fe de Cristo, siendo los indios cristianos que llevó consigo como la levadura que sazonó toda esta masa.

Luego edificó una iglesia en sitio acomodado para todas las aldeas, y á la fama del predicador bajaron de las sierras enjambres de indios, hombres y mujeres cargados con sus hijos. El Padre los recibió á todos con mucho cariño, y los enseñó, y doctrinó, y alistó en el catálogo de los fieles por medio del santo bautismo, en número tan crecido, que no tiene número; porque de dia y de noche estaba enseñando y bautizando á grandes y pequeños con inefable gozo de su espíritu, dando mil gracias á Dios por haberse dignado de traerle á aquella tierra y dádole ocasion de hacerle aquel servicio.

Trujo el tiempo limitado para la mision, y cualquiera plazo era corto para la grandeza de su espíritu: mas, como se cumpliese el tiempo señalado por la obediencia, trató de cumplirla y volver á su colegio, con gran dolor de su corazon, reconociendo la falta que habia de hacer á aquellas nuevas plantas del jardin de Cristo; mas, como humilde y religioso, antepuso la obediencia á su voluntad y juicio, y comenzó á disponer su partida.

Cuando la entendieron los hijos que habia reengendrado en Cristo, fué su clamor tan grande y el llanto tan universal, que á una voz dijeron que no

habian de permitirlo; y, para imposibilitar la jornada, retiraron todas las canoas y no pareció embarcacion en toda la ribera del mar, y á una se resolvieron todos de no le dejar ir, aunque les costase la vida.

El buen Padre se enterneció con las lágrimas de los indios, y quisiera dejar la jornada y quedarse con sus amados indios, y creo que si lo hiciera así, no fuera mal recibido de los Superiores, que no pueden prevenir á tan larga distancia todos los lances que se ofrecen en materias tan importantes, en las cuales es prudencia obrar como si los tuvieran presentes y lograr las ocasiones de ganar almas para el cielo; pero el obedientísimo Padre cerró los ojos á todo discurso humano, y dió corte para ejecutar su obediencia y no dejar desconsolados á sus hijos; este fué darles palabra de volver á asistirles, predicarles y enseñarles en viendo á sus Superiores; y, para mayor seguridad, enviaron seis indios de los más principales que fuesen con el Padre con nombre de embajadores de toda la tierra, á pedir al P. Provincial que en todo caso volviese á dar fin á la conversion comenzada, porque iba en ello la salvacion de toda aquella tierra.

Llegados á la presencia del P. Provincial, hicieron cumplidísimamente su embajada, pidiendo y ponderando cuánto importaba su vuelta, y el Superior los regaló, y acarició con mucho amor y caridad, y les ofreció volveria el P. Juan de Almeida á su tierra á cumplir su deseo, con que los envió contentos.

Esta palabra se cumplió dentro de un año, el cual se detuvo el apostólico Padre en predicar á los indios goaytacayes, que son de los más bárbaros, sangrientos é inhumanos que hay en todo el Brasil. Habitan una tierra tan deliciosa, que dicen los naturales que son los campos Elíseos que fingieron los gentiles, en que tienen abundantísimo pasto para sus vicios.

Traían guerra con los portugueses, que era sumo impedimento para recibir el bautismo; y el espíritu y destreza del P. Juan de Almeida los amansó y ganó las voluntades de manera, que hicieron muy firmes paces con ellos, y recibieron muchos el santo bautismo y se introdujo la predicacion del Evangelio en aquella tierra con admirable fruto, que fué una de las más gloriosas misiones que hizo este apostólico obrero de la viña de Cristo.

Habiendo, pues, dado glorioso fin á esta mision, partió con otro Padre profeso más antiguo y ménos versado en tratar á los indios, á quien llevó por Superior á la mision segunda que hizo á los patos, cumpliendo la palabra que les habia dado.

El gozo que tuvieron cuando vieron en su tierra á su amado Padre, bien se deja entender del entrañable amor que le tenian. Salieron de todas las aldeas á recibirle con flautas, danzas y tamboriles y con muchos presentes á usanza de la tierra. Hicieron con los Padres todas las demostraciones posi-

bles, las cuales pagaron con caricias, y pláticas, y doctrinas, á que acudian con igual aplauso y gusto.

El P. Almeida proseguia su predicacion y conversiones con el fervor que solia; pero su compañero y Superior tenia contrarios dictámenes acerca del trato y conversion de los indios, con que, no conviniéndose, era menor el fruto y mayor el desconsuelo que el P. Almeida padecia: que los misioneros son como el sol y la luna que, en teniendo oposicion, se eclipsan y causan no buenas sino malas influencias en los inferiores. S. Pablo y S. Bernabe tuvieron alguna oposicion en una mision á que Dios les envió, y tomaron por buen medio dividirse, caminando á diferentes tierras. Lo mismo hicieron nuestros dos misioneros; porque, viendo el P. Almeida la oposicion de su compañero y cuánto le impedia para el fruto, dió cuenta á los Superiores, y por su órden le dejó en la residencia de los patos y dió la vuelta al colegio de S. Pablo, adonde veremos lo que obró en el discurso de su vida.

VII

El porte de vida que entabló el siervo de Dios en esta residencia.

Aquí fué, como dijimos arriba, adonde gastó la mayor parte de su vida y adonde, cuando llegó de la mision referida, fué recibido con el regocijo y aplauso que se deja entender de quien tanto le estimaba y tantos y tan grandes beneficios habia recibido de su mano.

Luego vinieron á verle los indios de las aldeas, hijos espirituales suyos; y el bendito Padre, no sólo los recibió con todo amor y caridad, sino que fué en persona á verlos, predicarlos y consolarlos á sus aldeas.

Entabló sus sermones así en la ciudad como en la comarca, acudiendo á todos con admirable vigilancia, confirmando en la fe á los recien bautizados, bautizando otros de nuevo, curando y sacramentando á los enfermos y enterrando los difuntos, como lo tenia de costumbre, haciendo bien á todos y encaminándolos al cielo.

Pero no es justo sepultar en silencio el porte de vida que entabló para consigo mismo, á quien parece que vino á hacer mision á esta residencia porque, en lugar de tomar algun alivio con los muchos años, quebrantado de tantas y tan trabajosas peregrinaciones; aumentó las penitencias, las humillaciones, vigilias y devociones, como si entónces comenzara el noviciado de su religion; y, comenzando de su penitencia, no hubo parte en su cuerpo que no macerase con asperísimos cilicios y dolorosas cadenas. Para el cuerpo, de la cintura arriba, labró un saco asperísimo de cerdas de caballo que

traia ordinariamente, y pareciéndole vestido regalado, labró otro más áspero sembrado de cruces de hierro con puntas agudas que le traian como armado; y era tal, que probando á traerle despues de su muerte un religioso mortificado, no pudo sufrirle media hora: tal era su aspereza y el dolor que le causaba.

Para remudar estas armas labró otra como vestidura de cadenas de hierro, con que se ceñia de alto abajo lo más principal del cuerpo; para el cuello, los brazos y las piernas tenia particulares cilicios, unos de cerdas, otros de hierro, con que martirizaba su carne sin darle descanso un momento. Y cuando llegó á los setenta años, inventó nuevos cilicios que usó hasta los ochenta, y fué necesario moderarle por obediencia estas mortificaciones, porque no acabase con su vida.

Por el mismo tenor labró varios géneros de disciplinas con que martirizar su cuerpo, unas de alambre, otras de cadenas, otras de cuerdas de vihuelas y de nervios de toros, tan ásperas y terribles, que podian competir con las que usaban los tiranos para martirizar á los Santos. Cada dia tomaba una hasta derramar sangre, y muchos dias dos y tres, acompañando la oracion con la penitencia, para alcanzar de Dios lo que deseaba.

Las disciplinas y los lugares adonde las tomaba se hallaron bañados de sangre, y los indios certifican que, cuando andaba por sus aldeas, se retiraba á los bosques y á los montes, y allí se disciplinaba rigurosísimamente, con grandísimo espanto suyo por no haber visto jamas cosa semejante ni oídola decir de nadie, y más los admiraba ver despues los regajales de sangre que dejaba.

Todos estos instrumentos, así de los cilicios como de las disciplinas y las cruces y cadenas de hierro que usaba, se guardan hoy en nuestro colegio con grande veneracion, como de un Santo, y se muestran así para testimonio de su santidad, como para ejemplo de penitencia y mortificacion.

Los ayunos eran más que contínuos, porque no comia sino tres veces cada semana, y esas muy parcamente y manjares groseros y ordinarios. El lúnes ayunaba á pan y agua en honra de la Santísima Trinidad por las almas del Purgatorio; los mártes ayunaba de la misma manera en reverencia de S. Miguel, el ángel de su guarda, y los demas ángeles, porque le asistiesen y guardasen en vida y en muerte; el miércoles ayunaba con la comida ordinaria en reverencia del Espíritu Santo, de S. Ignacio nuestro Padre y de todos los santos, porque le diesen y alcanzasen el fuego de su divino amor y lo que deseaba de Dios; el juéves en reverencia del Santísimo Sacramento del altar, porque le diese gracia para ofrecerle y recibirle como debia; el viérnes y el sábado á pan y agua, y muchas veces en cuarenta horas no gustaba bocado, en reverencia de la Pasion de Cristo y por devocion de la Santísima Vírgen

María; el domingo celebraba con todos la Resurreccion del Salvador y la gloria de los santos.

Este arancel tenia escrito y guardaba con grande puntualidad, y no paraban aquí sus penitencias, porque las noches, que se hicieron para el descanso del cuerpo, las gastaba en trabajarle con vigilias y mortificaciones; su cama era el duro suelo, y por grande regalo la piel de un buey curtida ó una tabla ó corcho de la tierra, aunque, para disimular su penitencia, tenia en su aposento cama como los demás, pero no usaba de ella.

Otra mortificacion hacia no ménos penosa que estas, y era sufrir las picaduras de los mosquitos, que en el Brasil son muchos y molestísimos, y nunca, aunque le acometiesen enjambres, los desviaba, sufriendo con admirable paciencia sus importunas picaduras y las de los otros animalejos ordinarios. Y sucedió rezar con otro compañero, el cual viéndole maltratar de los mosquitos el rostro cuajado, ir á levantar la mano para quitárselos, y el P. Almeida le detuvo, diciendo que no le privase del mérito de la gloria que aquellos animalejos le daban.

Por el mismo tenor no perdia ocasion de mortificarse en todos los sentidos, negando á sus ojos las vistas curiosas, y al olfato los buenos olores de las flores y aromas, y á los oidos las músicas, y al tacto el abrigo de invierno y el refrigerio de verano, padeciendo en este gravísimos calores y en aquel frios, sin admitir ropa ni abrigo ni defensa para la uno ni lo otro, tratando su cuerpo como á su mayor contrario, siguiendo las pisadas de Cristo que no se dió gusto en nada, como dice S. Pablo: *Etenim Christus non sibi placuit.*

VIII

De su humildad, pobreza y otras virtudes.

Ya que hemos comenzado á tratar de sus virtudes, no interrumpamos el hilo de su narracion, porque dejemos dicho lo que toca á esta materia. Como el fundamento de todas es la humildad, este siervo del Señor echó tan profundos fundamentos al edificio espiritual que levantó en su alma, que se puede decir con verdad de él lo que de S. Agustin, que no se conoció en su tiempo criatura más humilde.

Así lo decian todos cuantos le trataban; el conocimiento que tenia de su nada, el desprecio de sí mismo, lo que ahondaba en esta materia era tanto, que no se ha conocido persona que más se despreciase ni que en ménos se tuviese, y así en los apuntamientos de sus meditaciones dice que era peor

que los de Sodoma y Gomorra y que cuantos habia criado Dios, y que, por el consiguiente, merecia ser hollado, pisado y despreciado de todos como la más vil criatura del mundo.

Por esto andaba siempre encogido y como avergonzado; se ponia en el ínfimo lugar, como indigno de sentarse entre los demás: jamas se le oyó palabra que pudiese redundar en su alabanza, ni cuando venia de las misiones; todo lo referia á Dios como verdadero humilde, tomando para sí la confusion. Lo que se le oyó muchas veces fueron sus desprecios, diciendo, que habia nacido entre herejes en Inglaterra y que no merecia vivir entre los siervos de Dios; si alguno le honraba, huia de él, y si le vituperaba, se lo agradecia.

Llegando á una capitanía ó residencia, le vino á visitar el gobernador, haciéndole grandes honras, como las merecia su persona, y el buen Padre turbado con tanta merced, le dijo que él era un pobre religioso de ninguna estimacion, que no le visitase más y guardase aquellas honras para otros de más valor; de que no poco se edificó el gobernador y le tuvo en mayor estima en en adelante, porque como enseña Cristo, el que se ensoberbece es despreciado, y el que se humilla ensalzado.

Un religioso, sin conocerle, le habló mal de sus cosas, reprobando sus acciones por imprudentes y locas y á él por ignorante y desacertado, y luego el Padre se arrojó á sus pies y se los besó, diciendo: «ninguno me ha conocido sino vuestra Paternidad. Dios le guarde y se lo pague, que me ha dicho la verdad.» El religioso quedó atónito viendo tan profunda humildad, reconoció su yerro y fué en adelante su defensor y perpétuo pregonero de su santidad.

De esta humildad le nació la aversion que tuvo siempre á ser Superior, sin admitir cargo que tuviese resabio de prelacía, teniéndose por indigno de la más mínima dignidad, repitiendo las palabras de Cristo: *No vine á ser servido sino á servir,* (Matth. 10), y así lo ejecutaba sirviendo á todos en sus oficios y ministerios como si fuera su criado ó su esclavo, así á los sanos como á los enfermos, barriéndoles los aposentos, llevando la basura, limpiándoles los vasos humildes, haciéndoles las camas, curándoles las llagas, dándoles de comer y sirviéndoles en todo con admirable caridad.

La misma humildad mostraba en el trato de los prójimos, inclinándose siempre á los más pobres y humildes, como eran los negros, los indios, los criados y esclavos á los cuales predicaba y confesaba con mucho gusto, acariciándolos y enseñándoles la doctrina cristiana, y catequizando á los rudos y bozales á costa de gran trabajo, y retirándose de los empleos lustrosos con personas grandes y puestas en dignidad por lo que tenian de estimacion, juz-

gando que á estos no les faltarian predicadores ni confesores, como á los pobres y humildes.

Y es buena prueba de esto, lo que le pasó con un gobernador que se vino á confesar con el P. Almeida. Recibióle y confesóle la primera vez, y cuando vino la segunda, temiendo que le habian de estimar por confesor del gobernador, le suplicó que no se confesase más con él, porque no era bueno para confesor de gobernadores, que pedian personas de más autoridad, y él era confesor de negros y esclavos, de que no poco se admiró el gobernador, estimando su humildad.

Hija fué tambien de su humildad la altísima pobreza con que vivió en la religion, no teniendo cosa alguna que no fuese pobre y humilde, precisamente necesaria y con licencia expresa del Superior. Todas sus alhajas eran una silleja de costillas, la más vieja de la casa, una cestilla de paja en que guardaba los cilicios y los papeles que escribia, una imágen de papel, una cruz de palo y una tabla en que dormia con ménos abrigo que el más pobre mendigo; este era el menaje de su aposento, y su vestido el más pobre, viejo y roto de la casa.

Si algo le daban, aunque fuesen cosas de devocion para repartir á los indios, siempre lo llevaba al Superior, diciendo que en su poder estaria mas guardado.

Tenia por afrenta que los pobres con quien trataba, le llevasen la ventaja en la pobreza, y por esto no llevaba matalotaje en los caminos, y todos los hacia á pié y muchas veces descalzo por tierras espinosas y pedregales con su báculo en la mano, con que se hallaba siempre aprestado para cualquiera empresa que se ofrecia del servicio de Dios.

Tambien mostró su humildad en el rendimiento que tuvo á la santa obediencia, en que, como dijimos arriba, fué extremado, haciendo voto de nunca proponer ni replicar á cosa que le ordenasen, el cual cumplió exactísimamente obedeciendo con suma prontitud y presteza á la voz del Superior como si oyera la del mismo Dios; y no solamente á la de los Prelados, sino de otra cualquiera persona que le mandase ó dijese cualquiera cosa, como del cocinero en la cocina y del portero ó sacristan en sus oficios, por la sombra que tenian de superioridad. Era tan presto en la ejecucion, que sólo con la muestra de la voluntad se abalanzaba á cualquiera obediencia por difícil que fuese, de que fué buena prueba lo que le sucedió pasando de S. Pablo a otra residencia en compañía de su Provincial, y llegando á un rio arrebatado que bajaba entre dos montes. El Provincial se detuvo insinuando que seria bueno probar primero el vado; esta pequeña insinuacion tomó por obediencia el P. Almeida, y luego, sin más deliberacion, se abalanzó al rio, el cual le

arrebató con su corriente y dió con él en el tronco de un árbol, cubriéndole de agua, y cuando le lloraban por ahogado, levantó la cabeza é hizo pié diciendo: «No hay que dar pena, que no puede suceder cosa mal hecha por obediencia,» y salió sin lesion del rio con estima de su obediencia y admiracion de todos, que dieron muchas gracias á Dios por haberle sacado con vida de aquel peligro: de esta manera pudiéramos contar otras muchas obediencias muy dificultosas y penosas que ejecutó el siervo de Dios con la misma prontitud que la referida.

IX

De su oracion y devociones que tuvo con los Santos.

El fuego de amor divino, que ardia contínuamente en el corazon de este fidelísimo siervo de Dios, no le permitia olvidarse un punto de Él, áun en medio de todos los negocios y ocupaciones exteriores, para conversar y tratar con quien tanto amaba, y por esta causa habia fabricado en su corazon un oratorio, como lo hizo Sta. Catalina de Sena, en que se retiraba á orar, ó por mejor decir, oraba siempre, aunque en lo exterior comunicase con los hombres.

Así en casa como en el campo, así en la tierra como en la mar, de dia y de noche, solo y acompañado, se retiraba con el espíritu á este retrete que traia consigo, á orar y descansar con Dios. Tenia en él tres altares; en el principal miraba y reverenciaba á la Santísima Trinidad, de quien fué devotísimo; en el de la mano derecha, al Santísimo Sacramento, y en el de la izquierda, á la Santísima Vírgen y al Glorioso S. José, y con todos oraba y trataba los negocios que traia entre manos, y por esto decíamos que nunca cesaba de orar.

Este era como el ejercicio ordinario, fuera del cual tenia cuatro horas señaladas cada dia para la oracion mental, que eran desde las dos de la mañana que se levantaba hasta las seis; luego gastaba otras dos horas en cumplir varias devociones que tenia con los Santos, de que despues haremos mencion; y, concluidas estas, se preparaba muy de espacio para la Misa, la cual decia con grande sosiego, espíritu y devocion.

Fué más que ordinaria la que tuvo al Santísimo Sacramento del Altar. Despues de la Misa daba gracias muy de espacio, regalándose con el Señor, que tenia en su corazon, de quien recibia grandes ilustraciones y mercedes y luz para lo que habia de hacer.

Por la tarde acudia á los ministerios de los enfermos y predicacion de los

indios, y luego se retiraba delante del Santísimo Sacramento á la oracion, y si en la iglesia no podia, se iba á algun oratorio, á donde se encerraba con Dios y gastaba el tiempo que los hombres le dejaban; siempre oraba de rodillas y las manos levantadas al cielo, y estaba tan elevado y como absorto en la contemplacion, que no atendia á lo que pasaba en la iglesia ó en el lugar en que oraba, y así, aunque algunas veces entraban y salian personas, no podia dar fe de ellas.

Todos los dias gastaba dos horas en rezar el oficio divino con toda la atencion, pausa y consideracion que podia; y, para moverse á devocion, tenia repartida por las siete horas canónicas la Pasion de Cristo nuestro Señor por el órden siguiente: en los Maitines, meditaba lo que Cristo padeció desde la Cena hasta la negacion de S. Pedro; en la prima, los tormentos y afrentas de casa de Herodes y Pilatos; en la tercia, los azotes á la columna y la coronacion de espinas; en la sexta, cuando llevó la Cruz acuestas; en la nona, la crucifixion y lo que padeció en la Cruz; en las Vísperas, su santa muerte y cuando le bajaron dè la Cruz; y en las Completas, su sepultura, con que orando con la boca contemplaba con el alma, y siempre andaba bañado en dulces lágrimas de amor y devocion.

Era esto de manera que cuando leia algun libro devoto ó le oia leer, se encendia de manera que parecia salir de sí, y, sin poder reprimirse, exclamaba con afectuosos suspiros y clamores á Dios, lo cual le sucedió muchas veces en la mesa oyendo la leccion que allí se lee; y cuando advertia en ello, quedaba humillado y corrido de haber hecho aquella exterioridad, y pedia de ella perdon, y, por excusar esta nota, se retiraba á lugares escondidos, adonde ninguno le viese.

Sucedió entrar un religioso en una capilla de la iglesia poco despues de comer y verle en un rincon de ella todo levantado en el aire y trasportado en Dios con la fuerza de la contemplacion, lo cual le sucedia otras veces despues de haber dicho Misa por el incendio divino que encendia en su pecho aquel Señor Sacramentado, con quien tenia tan cordial devocion, y de quien se valia para acabar los negocios que emprendia de su servicio, como se vera por el caso siguiente:

Predicando en un pueblo halló dos hombres muy enemistados; hizo todo cuanto pudo para reducirlos á amistad, y, como no pudiese vencerlos, púsose á decir Misa para negociar con Dios lo que no podia con los hombres, y, moviéndole el mismo Señor interiormente, tomó la Hostia Consagrada en la mano y la llevó con la mayor reverencia que pudo adonde estaban los dos enemistados, y les hizo un breve razonamiento con palabras devotas y eficaces, pidiéndoles por aquel Señor que tenia en sus indignas manos que de

pusiesen los odios y se redujesen á verdadera amistad; los hombres compungidos se arrojaron á sus pies; y, llorando su culpa, se hicieron amigos y se abrazaron en presencia de todos con grande edificacion.

Otra vez, dando las comuniones al pueblo, y llegando á darla á una mujer que estaba en el paño con las demás, sintió que le detenian el brazo, hizo fuerza para comulgarla y no pudo por la fuerza con que le detuvieron, y así la dejó por comulgar. Acabada la Misa la llamó aparte y la examinó muy despacio, y halló que no estaba bautizada; instruyóla, bautizóla y dióle la comunion, reconociendo que le habia detenido el Angel porque no la diese á persona infiel.

Su tercera devocion, y no la ménos cordial, fué con la Reina de los Angeles, á quien desde su niñez tomó por Madre y Patrona de todas sus acciones, y como á tal la veneraba, amaba y servia con todas las fuerzas de su alma. El nombre con que la invocaba era Madre admirable, Virgen Serenísima: todos los dias le rezaba su oficio de la Concepcion con otras muchas oraciones, y al fin de los Salmos en que la Iglesia glorifica á la Santísima Trinidad diciendo: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*, añadia: *et Beatae Virgini Mariae,* para alabarla tambien con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Siempre que la nombraba se enternecia en devocion, y procuraba tratar de sus excelencias con todos, para encenderlos en su amor; no hacia cosa que no lo comunicase con la Reina del cielo como con su Maestra y Consejera: dedicábale cuantas obras emprendia y hablaba con ella como con su propia madre con tanta familiaridad, que le oyeron algunas veces hablar en voz alta, respondiendo nuestra Señora á sus palabras con tanto cariño como si fueran hijo y madre; y con tal Consejera todo le salia bien, y alcanzó luz por su medio para las profecías que veremos despues. Los sábados, que le tenia dedicados, como arriba dijimos, se esmeraba cuanto podia en hacer todas sus obras con grande perfeccion; ayunaba rigurosamente, poníase los más ásperos cilicios, tomaba sangrientas disciplinas, guardaba inviolable silencio y tenia muchas horas de oracion contemplando sus excelencias y virtudes, que de esta manera celebran las fiestas de los Santos los verdaderos siervos de Dios, y no añadiendo comidas y regalos, festines y banquetes, con que los ofenden más que los sirven.

Por el mismo tenor tenia su dia dedicado al glorioso S. José y le rezaba su oficio, y hacia muchas cosas en su servicio, y tambien á S. Miguel Arcángel, y al Santo Angel de su guarda, y á los demás Angeles del cielo. Fué así mismo muy devoto de S. Ignacio nuestro Padre, de S. Francisco Javier, S. Francisco de Borja y los otros Santos de la religion, y cada dia les rezaba oraciones particulares, pidiéndoles su proteccion y á otros muchos Santos

que refiere largamente el P. Simon de Vasconcelos en su *Vida*, lib. 7.º, capítulos V y VI, adonde pone por extenso algunas meditaciones devotas que compuso y usaba con grande usura de su alma para celebrar sus fiestas, y en particular la de su vocacion á la religion desde que salió de Lóndres hasta que fué recibido en ella, en que muestra la grande estima que tenia de este incomparable beneficio, que llamaba beneficio de beneficios, merced que encerraba innumerables mercedes, por la cual nunca cesaba de rendir gracias á Dios.

Ahora veamos algunas de las muchas que el Señor le hizo por medio de la oracion, á que fué tan agradecido que, para no olvidarlas, se hallaron escritas de su mano en unos apuntamientos suyos de que se pondrán algunos aquí.

X

Refiérense algunas Profecías de este siervo de Dios.

La luz que recibió en la oracion fué más que ordinaria, como lo fué tambien su fervor, penitencia y familiaridad que alcanzó con nuestro Señor, el cual le reveló muchas cosas futuras, otras ocultas y ausentes, entre las cuales se cuenta la restauracion de los reinos de Angola, que estaban tiranizados cinco años habia de los holandeses, el de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, en que los portugueses hicieron armada, aunque desigual en fuerzas á la de sus enemigos, para restaurarlos.

Fué nombrado por su General Salvador Correa de Sá y Benavides, persona de grandes prendas, el cual en llegando á la ciudad de Riojaneiro, adonde á la sazon estaba el P. Juan de Almeida, movido de la fama de su santidad, le pidió consejo para emprender la jornada, que á la prudencia humana parecia temeridad por estar el enemigo tan fortificado y superior. Y habiendo tomado el Padre tiempo para consultarlo con Dios, le respondió las palabras siguientes:

«Prepárese la armada con toda presteza, y sea de manera que á 12 de mayo esté fuera de la barra de esta ciudad, porque Dios le tiene preparado un felicísimo suceso; llegará á salvamento, alcanzará gloriosa victoria, restaurará los reinos de Angola en breve tiempo por medio de la Vírgen nuestra Señora de la Asuncion y el Angel santo de la Guarda, á los cuales invocará en la empresa, y en tomando la ciudad y la fortaleza, levante un altar á San Miguel Arcángel, como á patron y protector de la guerra.»

Mucho gozo tuvo el general con tan alegre nueva, y dando las gracias al P. Rector del colegio, extrañó mucho la certeza con que prometió el P. Al-

meida la victoria señalando las circunstancias de ella, y, llamándole á parte, le dijo cómo se habia atrevido á dar tan ciertas esperanzas de cosa tan dudosa. A que respondió el siervo de Dios con la candidez de su conciencia: «Porque así me lo dijo Dios diciendo Misa, hablándome al corazon desde la hostia.» Y el suceso verificó la revelacion, porque todo sucedió como lo dijo.

Partiéndose el mismo general de allí á tres años á Lisboa, le profetizó el suceso de la navegacion, señalando el dia en que habia de desembarcar en la ciudad, que fué á veinte y uno de octubre, dia de Sta. Úrsula, como sucedió.

Tambien dijo al P. Antonio Rodriguez en el colegio de Riojaneiro el dia y hora en que alcanzaron la victoria en Angola, diciéndole que diese á Dios muchas gracias por ella, y tardándose el correo con la nueva, les aseguró que llegaria presto, señalando el dia, en el cual vino con ella con gozo universal de todos, en que no hay una profecía, sino muchas que califican la alteza de su espíritu.

Siendo mozo el dicho Salvador Correa de Sá y Benavides, y estando en S. Pablo perplejo si pasaria á Paraguay con una señora que iba por gobernadora de aquella tierra, le conoció los pensamientos, y sin preguntarle nada le dijo: «Vaya Vm. que no disgustará de ello su padre; el viaje será feliz, y tomará estado en esa tierra.» Y así fué, porque todo le sucedió bien y casó en Paraguay honradamente con aprobacion de su padre.

Estando el año de mil y seiscientos y cuarenta y siete cercada la Bahía por Segismundo, general de Holanda, armó nuestro Rector de Riojaneiro un navío con todo género de vituallas para socorrer á los nuestros cercados en la Bahía; señaló á un Hermano para que le llevase; la empresa era difícil por la muchedumbre de corsarios que surcaban los mares, pidió consejo al Padre Juan de Almeida, el cual dijo Misa, y, en acabándola, le abrazó diciendo: «Vaya, carísimo Hermano mio, que llegará sin riesgo y todo le sucederá como desea,» y así sucedió como el Padre se lo dijo, sacándole Dios victorioso de tantos enemigos.

Estando bien ocupado en Riojaneiro el H. Juan Oliveira, le vino órden del Provincial para que fuese luego al colegio de la Bahía y de allí á Pernambuco. Todo el colegio sintió esta mudanza por la falta que les habia de hacer, y querian proponerla al Superior para que se les dejase. El Hermano estaba dudoso en lo que habia de hacer, y por no errar consultó al P. Almeida, pidiéndole su parecer. El Padre lo encomendó á Dios, y en habiendo dicho Misa, le dió por escrito la respuesta siguiente: «Vaya, Hermano, á la Bahía, porque así lo quiere Dios, y yo le aseguro que tendrán buen viaje y feliz suceso los que fueren con él; no pasará á Pernambuco, sino que volverá presto

á este colegio.» El Hermano obedeció y tuvo feliz viaje, y volvió luego á Riojaneiro, cumpliéndose puntualmente la profecía del siervo de Dios.

El año de mil y seiscientos y cincuenta se preparó en la barra de Riojaneiro, por el mes de julio, una flota de veinte y cinco navíos para Lisboa; el cabo, que se llamaba Anton Temudo, se fué á despedir del P. Juan de Almeida y á pedirle que encomendase á Dios el buen suceso de su viaje; ofreció hacerlo y de darle el dia siguiente la respuesta. Mas, como no viniese por ella y preparase su partida, tomó el P. Almeida su manteo y sombrero y su báculo, y muy encendido el rostro fué á pedir licencia al P. Provincial para ir á verse con Temudo, porque así importaba al servicio de Dios; el Superior, atendiendo á su mucha edad, que llegaba á ochenta años, y al riesgo en que se ponia, le dijo que le enviase con otro á decir lo que queria. El siervo de Dios respondió que no era cosa para hablarla por terceros, que importaba mucho que él mismo se viese con el general, y puso tan grande fuerza en esto, que el Provincial se rindió y se la dió, mas estaba tan adentro de la mar que no pudo alcanzarle; habló con el almirante, a quien alcanzó, y díjole que en todo caso no fuese derecho á Lisboa, sino a la Bahía primero, porque á no hacerlo así padecerian gran trabajo él y todos cuantos iban en la flota. El general no siguió el consejo del P. Almeida y perdió unas cartas que en la Bahía le esperaban de Lisboa, en que le daban aviso de las naves enemigas inglesas que le esperaban en la barra de Lisboa y órden de lo que habia de hacer. Fué su camino derecho, y á vista de Lisboa le acometieron los enemigos; pelearon todo un dia, derrotáronle quemando la Almiranta, tomáronle siete naves y derrotaron las demás, que con muchos muertos y heridos entraron en el puerto, y otras aportaron a Setubal con infeliz suceso, como el P. Almeida le habia profetizado.

Un Hermano de aquel colegio de Riojaneiro tenia un sobrino, natural de la isla de la Madera, el cual trataba de comprar un navío para hacer viaje á la isla de los Santos: el Hermano pidió al P. Almeida que lo encomendase á Dios: hízolo el Padre, y, como se tardase en venir por la respuesta, encontrándole un dia le dijo: No quisiera que vuestro sobrino se empeñase en hacer este viaje. «¡Oh Padre! replicó el Hermano, no me hubiera avisado V. R. ántes que ya compró el navío y sale por la barra á su viaje.» Oyendo esto el buen Padre mostró tristeza, y más el Hermano, temiendo algun mal suceso; pasaron tres meses, y estando el Hermano descuidado, le llamó el Padre con grande prisa y le dijo: «Vamos, Hermano, vamos luego delante del Santísimo Sacramento á encomendar á Dios á su sobrino que se halla en grande peligro.» Fueron los dos y estuvieron algun tiempo orando, y el Padre se levantó muy alegre y le abrazó diciendo: «Gracias á Dios que le ha

librado; sepa que, al entrar en el puerto, le acometieron unas naves holandesas; él se defendió valerosamente y vino un temporal que lo echó en arrecifes, y aunque la nave se abrió y él estuvo á peligro de ahogarse, porque no sabe nadar, el agua le arrojó á la playa, y salvó la vida, y recuperó buena parte de la hacienda: demos gracias á Dios por ello, que ha sido grande merced suya.» Y no fué menor revelarle al mismo Padre todo el suceso el mismo dia á tan larga distancia.

Habiendo de partir la armada que dijimos á la restauracion de Angola, cayó enfermo el capitan Manuel Pacheco de Melo, que tenia á su cargo un galeon, y así por la enfermedad, como por disgustos que tenia con el general, se resolvió de volverse á Lisboa: trató esto muy en secreto con el P. Rector de nuestro colegio, el cual pidió al P. Almeida que lo encomendase á Dios, y el Padre respondió: «Desista el capitan de este intento, porque irá á Angola y tendrá muy buen suceso.» Quedó suspenso el Rector oyendo de boca del Padre tan aseveradamente cosa al parecer imposible, porque el capitan estaba muy enfermo y la flota en vísperas de partirse; pero presto se verificó la profecía, porque sanó casi milagrosamente, y se reconcilió con el general, y fué á Angola, y tuvo feliz suceso, como el P. Almeida lo habia dicho.

Otro capitan de la ciudad de S. Pablo determinó hacer una entrada á la sierra, como solia, contra los indios foragidos: fué á convocar á los amigos á una aldea del P. Almeida estando ausente. Cuando lo supo el Padre le dijo que no la hiciese, porque tendria mal suceso, y á dos indios que le hablaron sobre ello les exhortó seriamente que desistiesen de la empresa, sinó querian perder las vidas, pero unos y otros despreciaron el aviso del P. Almeida; pero por su mal, porque el capitan fué derrotado de los indios, y los dos referidos murieron en la refriega, y el buen Padre con lágrimas en los ojos avisó el mismo dia que murieron muchas leguas de allí, á sus mujeres, que hiciesen bien por sus almas porque ya eran muertos. Ellas dieron más crédito á sus palabras, que le habian dado sus maridos, y les dijeron muchas Misas, y cuando de allí á dos meses llegaron los mensajeros con las nuevas, las hallaron con el hábito de viudas, hechas las exequias, por lo que les habia dicho el P. Almeida.

Haciéndose una obra en el colegio de Riojaneiro, un Hermano llamado Antonio Sanchez subió á una grua con que se subian las piedras, con ménos cautela que debia, y estando en la rueda, que era grande, se desprendió la maroma y la rueda le voló al aire y dió abajo con el Hermano, que del golpe quedó casi muerto, sin sentido, herido en varias partes y echando sangre por la boca. Todos le lloraban por muerto, y más el enfermero, que era

el H. Juan Oliveira: visitóle el P. Almeida, díjóle un Evangelio, y púsole la mano sobre la cabeza, y consolando al enfermero dijo: «No se aflija que el enfermo no morirá de esta caida, ántes sanará enteramente por intercesion de S. Francisco Javier, como sanó el P. Marcelo Mastrillo:» y fué cosa admirable que, estando desahuciado de los médicos, mejoró y sanó en breve tiempo, recuperando la salud entera, como el Padre lo dijo, reconociendo todos que Dios hablaba por su boca y le comunicaba su divino espíritu para conocer y profetizar lo oculto y lo futuro.

Sea la última la que declaró á su Rector estando en el colegio de Riojaneiro, que viéndole muy gozoso y alborozado que parecia no cabia en sí mismo, deseó saber la causa de aquella desacostumbrada alegría, y el siervo de Dios con santa candidez le respondió: «¿No tengo de estar alegre, que me ha dicho Dios nuestro Señor que soy uno de los predestinados que le han de ver y gozar en la bienaventuranza? Mi gozo es tan crecido, que no me cabe en el pecho y broto por todos los miembros de mi cuerpo.» Y el Superior quedó tambien gozoso de su dicha, y le creyó por las prendas que tenia de ella en su santa vida y ejemplarísima religion.

Son tantas las profecías de este siervo del Señor, que no caben en tan corto volúmen como este, las cuales trae su Provincial el P. Simon de Vasconcelos en su vida: á muchos profetizó el estado que habian de tomar, á otros descubrió los pensamientos y deseos que tenian, á otros pronosticó su muerte y les avisó con tiempo para que se preparasen para ella, a otros la vida estando enfermos, y á no pocos las cosas que habian tratado muy secretas, que parece le habia dado Dios llave maestra para abrir las puertas de los corazones de todos, y que no hubiese para él cosa cerrada ni oculta, manifestándole todos sus secretos como á íntimo amigo, como á Abrahan y otros grandes siervos suyos.

XI

El amor de Dios y del prójimo que tuvo el P. Juan de Almeida.

De lo dicho se puede fácilmente colegir el fuego de amor divino que ardia contínuamente en el corazon de este fiel siervo de Dios; pues ni de dia ni de noche pensaba en otra cosa sino en Él, ni jamas hablaba sino de sus grandezas y excelencias y de lo que podia redundar en su loor; y, como decian todos los que le trataban, el santo Padre vivia con el cuerpo en la tierra y con el alma en el cielo, amando y alabando á Dios.

Jamas se le conoció aficion á cosa terrena, porque toda su alma y toda su voluntad tenia empleada en Dios, en quien vivia más que en sí, y á quien amaba más que á su vida, deseando perpetuamente emplearla en su servicio y morir mártir por su amor: y ya que no tuvo tirano que le martirizase, él se hizo tirano de sí mismo, inventando cada dia tantos linajes de rigurosas penitencias para atormentar su cuerpo por amor de Jesucristo, y por hacerse todo un retrato vivo de su Pasion: el fuego que ardia en su pecho arrojaba llamas al rostro de manera que muchas veces le vieron encendido y sonroseado con notable ardor, otras veces brotar sangre por las mejillas, otras prorrumpir en gemidos, voces y lamentos exteriores, sin poderlos reprimir por la grande fuerza del amor divino que ardia en su corazon, y todo cuanto hacia y padecia le parecia poco y nada por lo mucho que deseaba hacer en servicio de Dios, á quien tanto amaba.

Y á semejanza de este fuego sagrado era el del amor que tenia á sus prójimos, deseando su salvacion como la suya propia, sin perdonar á trabajo ni desvelo, ni á traza ni á cuidado por conseguirla, poniendo, como puso, muchas veces la vida por el bien espiritual de sus prójimos, y dejando muchos ejemplos que están repartidos por el discurso de su vida.

Sea testigo de esta verdad lo que le sucedió llamándole para confesar un esclavo enfermo, que estaba en la aldea de S. Francisco Javier, catorce leguas de Riojaneiro, mar en medio: salió con su compañero á buscar embarcacion y no la halló, porque los indios habian ido á sus pescas y rozas y las habian llevado todas; sólo halló el siervo de Dios una como barquilla que habian hecho de palillos unos niños para andar por la orilla: y aunque era tan débil, que apénas podria sufrir dos muchachos sin hundirse, venciendo el celo de salvar aquel alma la dificultad y el temor, subió en ella y con él su compañero y un indio que la guiase y moviese con los remos; pero á pocos pasos se abrió la barca por medio y los tres dieron en el agua. Pero era mayor su fuego, porque ni á esta dificultad se venció; pudiendo fácilmente volver á tierra por hallarse cerca de la ribera, no lo hizo, sino ordenó al indio que fuese nadando por el mar, y tirando con un cordel de los dos pedazos de la barca, en los cuales fueron sustentándose, aunque con mucho trabajo, él y su compañero, y de esta manera pasaron aquel brazo de mar y llegaron á la aldea á sacramentar al esclavo, arriesgando de buena gana su vida por bien de aquella alma.

Otro caso le sucedió, aunque no de tanto riesgo, pero es indicio del celo que ardia en su pecho de la salvacion de las almas y servicio de Dios.

Andando en una mision, se aposentó en casa de un clérigo, y habiéndose recogido en su aposento, sintió que el Sacerdote vencido de su flaqueza soli-

citaba á la criada y ella se defendia, siendo más casta que él; mas como perseverase en su porfía, el P. Almeida, acordándose de lo que S. Francisco Javier hizo para reprimir á un hombre lascivo, que fué herir sus espaldas con sangrienta disciplina; hizo lo mismo el siervo de Dios, y, oyéndolo el Sacerdote, se disciplinó rigurosamente, de que el clérigo concibió tal temor que contrito y humillado comenzó á dar voces diciendo: «Basta, Padre, basta la penitencia que haceis por mí, que á mí me pesa de lo hecho y me arrepiento de corazon.» Y diciendo y haciendo salió de la casa y pasó á otra por huir de la ocasion, y contó lo que le habia sucedido con el siervo de Dios.

Más admirable fué lo que le sucedió otra vez estando con tres religiosos, los cuales comenzaron á murmurar de una persona seglar, no cosas graves, ni que la quitaban su reputacion; pero el P. Almeida, que nunca supo murmurar sino alabar á todos, procuró estorbar la plática, y como no pudiese vencerlos levantó las manos al cielo, diciendo: «Basta, basta, que del mismo demonio no puedo sufrir que se diga mal:» y fué tal su sentimiento que brotó sangre viva por las mejillas, que corrió hasta la tierra y le quedaron por algunos dias las señales con admiracion de los presentes, que despues lo testificaron con juramento en la informacion que se hizo en órden á su canonizacion: tal fué siempre el celo que tuvo de los prójimos y de que en la más mínima cosa no se ofendiese el Señor.

No olvidemos lo que le sucedió con otro religioso, que es milagroso testimonio del ardiente celo que tenia de la salvacion de las almas, y fué que, vencido del comun enemigo, trataba de renunciar los hábitos y dejar la religion, que era dejar la salvacion. Estando el P. Almeida muchas leguas ausente, tuvo revelacion de Dios de su resolucion, y por virtud divina le apareció en el lugar en que estaba el religioso distante, y entrando por sus puertas, le afeó su mal intento y le reprendió con tal espíritu y tanta fuerza de razones, amenazándole con los castigos de Dios, que el religioso se compungió y trocó en otro hombre, determinando en aquel punto de perder mil vidas ántes que dejar la religion. Con esto le dejó el P. Almeida, que habia venido de tan léjos traido milagrosamente á sólo remediar su alma, sin haberse visto los dos jamas; pero ordenó Dios que el religioso fuese despues á la tierra donde estaba el P. Almeida, y en viéndole, le conoció y se arrojó á sus pies para besarle la mano como á padre y amparo á quien decia deber su salvacion. El Padre le abrazó con gran cariño y le pidió que callase lo que pasó entre los dos; pero el buen religioso, aunque calló por algun tiempo, despues lo publicó, juzgando que convenia para el crédito del P. Almeida y para la gloria de Dios, que tales cosas obraba por su medio para el bien de las almas y su salvacion.

XII

Refiérense algunas de las cosas admirables que obró Dios por su medio.

Muchos son los milagros y cosas maravillosas que se cuentan haber obrado la divina mano por medio de este siervo de Dios, de los cuales referiré algunos, los más ciertos y probados en su informacion:

El primero fué en una aldea de S. Pablo, adonde Miguel de Almeida, hombre honrado y rico, de 80 años de edad, tenia una criada de la gente de la tierra, que se llamaba Grimaneza, ciega de ambos ojos y enferma de otras dolencias. Acertó á llegar allí el P. Almeida, que andaba sacramentando á los indios y negros, y movido á compasion, la dijo los Evangelios, poniéndole las manos sobre la cabeza y los ojos, y añadió para consolarla: «Confíe, hija, que muy presto tendrá vista y entera salud.» El Padre lo dijo y Dios lo obró, porque luego abrió los ojos, y recuperó la vista, y se halló del todo sana con igual gozo suyo y admiracion de todos, que no cesaban de dar á Dios gracias y ensalzar la virtud de quien tales cosas obraba.

En S. Pablo estaba Esperanza Camacho, mujer de Francisco Rodriguez, en peligro de muerte por tener atravesada la criatura en el vientre sin poder echarla: llamaron al P. Almeida para que la confesase y ayudase á bien morir, por haberla desahuciado los médicos. El Padre la confesó, le dijo los Evangelios y le echó su bendicion, haciendo sobre ella la señal de la cruz, y luego dió á luz la criatura con admiracion de todos, y en particular de los médicos, que juraron en el proceso que habia sido milagrosa y sobre toda fuerza natural.

Un ciudadano que se llamaba Blas Mendez, estaba muy apretado de una grave enfermedad: fué el P. Juan de Almeida á consolarle, díjole los Evangelios conforme á su costumbre, y luego añadió: «Señor, no tengais temor, porque con el favor de Dios no morireis de esta enfermedad; pero, aunque alcanzareis salud, os aviso que dentro de un año tendreis otra que será la última de vuestra vida, por lo cual vivid muy advertido y preparado.» Todo sucedió así como lo profetizó el siervo de Dios, porque desde aquel dia mejoró y estuvo bueno, y dentro de un año enfermó y murió, como el Padre se lo dijo, con prendas ciertas de su salvacion.

Un indio llamado Pablo, de la aldea de la Concepcion, llegó á lo último de la vida, á juicio de todos tan enfermo, que naturalmente era imposible vivir. Visitóle el P. Almeida, consolóle y esforzóle con sus dulces palabras, y haciendo sobre su cabeza la señal de la cruz dijo: «Confía, hijo, en la bondad

de Dios, que dentro de dos dias te has de levantar sano.» Apénas se cumplieron, cuando se cumplió su profecía, dándole Dios salud por la intercesion y méritos de su siervo, del cual testificó con juramento el capitan Antonio Rodriguez en el proceso de su canonizacion, que le vió muchas veces recibir en sus manos las criaturas enfermas que le traian sus padres para que las bendijese, y volverlas sanas, haciendo sobre ellas la señal de la Cruz, que es testimonio claro de haberle dado Dios don de sanidad, como á los Apóstoles cuando los envió á predicar.

Caminando el siervo de Dios á sus misiones por las aldeas de S. Pablo, encontró á un hombre de la ciudad que se llamaba Sebastian Gil; trabó pláticas con él, y el buen hombre le dijo cómo iba muy fatigado de un brazo, que hacia muchos dias tenia baldado sin poderse valer de él. Compadecióse el Padre de su trabajo, y extendiendo la mano hizo la señal de la cruz sobre el brazo enfermo, y al punto quedó sano, y el Padre se despidió diciendo: «No digais en adelante que os duele ese brazo y caminad en buena hora.» Luego le extendió y jugó de él, como del que tenia sano, hallándole bueno y fuerte, sin dolor alguno, con gozo y admiracion de lo que obraba Dios por mano del santo Padre.

Vinieron á llamarle de una casa del campo algo léjos de la ciudad, para confesar á una enferma. El Padre fué á pié como solia, y los dueños no permitieron que volviese á pié atendiendo á sus muchos años, y su instancia fué tal, que el Padre se rindió mal de su grado, por no parecer grosero y que despreciaba su agasajo (que no contradice la virtud á la cortesía ni la urbanidad al alma) y á usanza de la tierra, vinieron dos indios con una hamaca de red para llevarle. Entró en ella á vista de los dueños, y los indios caminaron llevándole en ella; pero á ménos de tiro de arcabuz se les hizo tan leve como si no llevaran carga, y decian el uno al otro: «¿Habeis visto qué poco pesa el Padre? No pesa, no pesa una paja,» y con el alivio que sentian, caminaron lijeros; pero no tanto que no los venciese el P. Almeida, porque cuando llegaron á la portería del colegio, le hallaron tocando la campanilla, y con extraña admiracion miraron la hamaca y no le hallaron, reconociendo que por virtud divina habia salido de ella y venido á pié á su casa, y certificáronse más cuando vieron sonreirse al Padre del santo engaño con que los habia burlado, el cual publicaron luego así á sus dueños, como á sus deudos y amigos, con pasmo y admiracion de todos, no cesando de ensalzar la insigne santidad de quien tales maravillas obraba.

Juntemos con esta la que le sucedió llamándole á otra confesion en tiempo que las nubes se deshacian en agua, y, aunque era bastante causa para excusar la jornada, estuvo tan léjos de esto, que luego tomó su manteo, y

con un compañero partió adonde le llamaban, confesarla, y Dios premió su fervorosa caridad, porque, lloviendo copiosamente, no le tocó el agua, y llegó tan enjuto como si no lloviera. Quiso, como humilde, ocultar el milagro, más no pudo porque el compañero llegó tan mojado, que fué necesario mudarle los vestidos calados del agua; que hasta los elementos le respetaban, como se vió en otro caso en que una señora, viuda del capitan Sebastian de Freitas, tenia un sembrado ó cortijo casi seco por la falta del agua y los ardores del sol, que abrasaban la tierra: lamentóse al P. Almeida por la falta que le hacia, y compadecido de ella, tomó un poco de agua, y mezclándola con otra en que habia bautizado á un indio, dijo que rociasen con ella el cercado. Hízose así, y luego reverdeció y á su tiempo dió copiosísima cosecha, con que se remedió aquella viuda necesitada.

Más admirable fué lo que le sucedió con un hombre de S. Pablo, el cual concertó de llevar unos castellanos que pasaban al puerto de Buenos-Aires hasta la Empalizada, desde donde podian ir por tierra al puerto deseado, y ántes de partir á su jornada, consultó al P. Almeida, el cual aseveradamente le dijo que no fuesen porque habian de pasar grandes riesgos él y sus indios y criados. Él vencido del interés atropelló con todo y llevó á los castellanos; pero pagólo á la vuelta tan de contado, que todos cayeron enfermos de un aire contagioso, y saltando en tierra, se echaron en las hamacas colgadas de los árboles, sin poder valerse ni socorrerse unos á otros. Estando en este conflicto, oyó una voz que dijo llamándole por su nombre: «Tomad ese cántaro de miel y ese corcho de harina, y ese cuarto de carne, comed y dad de comer á vuestra gente y caminad á vuestra casa.» Levantó la cabeza hácia donde oyó la voz, y vió claramente al P. Almeida que estaba muchas leguas de allí. Dióle voces diciendo: «Padre mio, Padre mio, no os vayais,» pero luego desapareció, y mirando al suelo, vió la miel, la harina y el carnero, de lo cual comieron todos; y añadiendo milagros á milagros, como si fuera triaca de su enfermedad, sanaron todos y se pusieron en camino para la ciudad, y el hombre agradecido fué luego á buscar al P. Almeida, ántes de entrar en su casa, para darle las gracias, y sabiendo que estaba en una aldea, fué allá, y postrado á sus pies, le dió mil gracias por la merced que le habia hecho, y el Padre le dijo que las diese á Dios y á la Reina del cielo por cuya intercesion habian sanado él y toda su gente; y que partiese á su casa, porque su mujer estaba desconsoladísima por su tardanza. A todo obedeció y fué perpétuo pregonero de la santidad del P. Almeida y de las obras admirables que Dios hacia por medio suyo.

Pongamos fin á este capítulo con lo que sucedió por este tiempo á un tercio de portugueses que, ciegos con la codicia, juntaron gente para hacer in-

vasiones en los indios de la sierra, á los cuales exhortó el P. Almeida que no fuesen porque les sucederia muy mal. No le creyeron, y fueron derrotados de los contrarios y muertos muchos, y los demás volvieron huyendo: entre ellos habia uno conocido del Padre que se llamaba Domingo Maciel, de quien vino nueva á su mujer, que se llamaba María Alvarenga, de que habia muerto. Vitióse de luto y lloró á su marido, y trató de hacerle exequias; súpolo el P. Juan y vino á consolarla, y con toda aseveracion, le dijo que su marido estaba vivo y que llegaria bueno á su casa la víspera de Navidad, y que así luego dejase el luto, el llanto y las exequias, y las trocase en accion de gracias por la merced que Dios le hacia. La mujer le dió crédito, y todo sucedió como el P. Almeida dijo, con grande gozo de ambos y crédito suyo, teniéndole todos por santo profeta.

XIII

Prosigue la misma materia de sus milagros y profecías, revelaciones y apariciones en provecho de las almas.

Estando en la villa de los Santos, le llamaron para confesar á Miguel de Andrade Leytan, que estaba muy enfermo: entró el siervo de Dios en el aposento, tan cerrado y oscuro, que no se veían unos á otros; pero la luz que tenia en su alma, brotó en toda la pieza, y la clarificó de manera, como si la bañara el sol; y habiéndole confesado, le ofreció la salud y se la dió desde aquel punto, y saliendo de la sala, salió con él la luz y quedó como de ántes oscura, y el enfermo con salud.

Refiriendo este suceso, afirmó con juramento otro ciudadano, cuyo nombre era Miguel Ribero Castaño, que diciendo el Padre Misa, y llegando a la consagracion, le habia visto muchas veces resplandecer el rostro y la cabeza, y arrojar de sí unas luces como rayos del sol. Y no era nueva maravilla que brotase en el cuerpo el fuego y ardor de su espíritu, como se lee de otros santos en semejante ocasion.

El Maese de Campo, Luis Ribero de Silva, estaba muy enfermo en la ciudad de Riojaneiro el año de mil y seiscientos y cuarenta y nueve: fué á confesarle el P. Almeida y hallóle muy fatigado de la orina y dolores de piedra, con poca ó ninguna esperanza de la vida; mas el siervo de Dios le animó, exhortándole á que tuviese confianza en Dios, y luego, con imperio de Santo, mandó en nombre de Dios y de su madre admirable la Vírgen Santa María, á la enfermedad, que le dejase, la cual obedeció á su mandato y quedó bueno

y sano, dando mil gracias á Dios y al P. Juan de Almeida, por cuya intercesion le habia venido la salud.

El P. Simon de Vasconcelos padeció dos meses enteros una gravísima y molesta enfermedad de calenturas y postemas que se le abrieron en las caderas, con vehementes dolores. Hiciéronle varios remedios con poco fruto, lo cual visto por el P. Juan de Almeida, movido de caridad, le dijo: «Padre mio, tenga mucha confianza en Dios, que yo le tengo de hacer una medicina con que alcance salud,» y luégo se hincó de rodillas delante de la imágen de Cristo crucificado, y besando sus llagas muchas veces con ternura y devocion, las tocó con las manos, y luego como si llevara en ellas la salud, las puso sobre la parte lesa del enfermo, invocó con gran fervor cinco veces los nombres de Cristo, del Santísimo Sacramento, de la Virgen admirable, de S. Ignacio y S. Francisco Javier, y dijo al enfermo que reposase: pudo hacerlo, porque le cesó el dolor, y á la mañana fué el P. Almeida á una ermita de Nuestra Señora del Destierro, que estaba fuera de la ciudad, á darle gracias por la salud del P. Vasconcelos, porque cuando volvió, le halló bueno y tan convalecido, que se vistió y levantó de la cama como en entera salud, con pasmo de los médicos y admiracion de todos los que poco ántes le vieron tan enfermo, obrando Dios este milagro por la oracion y méritos de su siervo.

En el mismo colegio dió salud milagrosamente al H. Juan de Oliveira, estando ético confirmado y sin esperanza de remedio, y á otro Hermano tísico, que se llamaba Domingo García, del mismo colegio, y al capitan Francisco Barreto Furia, desahuciado de los médicos por una postema interior de que lanzaba materia por varias partes del cuerpo, y tocándole el P. Almeida con la mano, é invocando el nombre de la Madre admirable y su glorioso Esposo S. José, le dió entera salud.

Mayor admiracion causó la salud que dió á Isabel de Mariz, mujer de Francisco de Acosta Barros, la cual estaba agonizando y sin sentidos, la mortaja y los lutos preparados para su entierro, cuando entró el P. Almeida á visitarla sin ser llamado: púsole la mano en la cabeza; díjole los Evangelios, y llamó á su marido que la estaba llorando y trocóle el llanto en gozo, porque luego, ántes de salir de su casa, volvió en sus sentidos, habló y mejoró y estuvo sana, con pasmo de todos y gozo increible de sus parientes y amigos, que fueron pregoneros de la santidad del Padre y de las maravillas que Dios obraba por su mano.

La fama de este milagro voló por toda la tierra como la de Cristo en la resurreccion de Lázaro, y concurrieron de todas partes innumerables personas enfermas á que los sanase: el bendito Padre los recibia con humilde encogimiento, diciendo á todos que él era un indigno pecador, merecedor de

mil infiernos y no de hacer obras tales; mas, vencido de sus instancias, les decia que confiasen en Dios, y poniéndoles las manos y haciendo la señal de la cruz, sanó á tan copioso número, que no podremos contarlos, entre los cuales fueron los siguientes:

Al capitan Rodrigo Troncoso, de un humor pestilencial que le tenia á peligro de muerte sin dejarle respirar; á un niño de pecho que padecia gravísimas calenturas, sin poderle hacer remedios; á un esclavo muy enfermo de pasmos y apretura del pecho, que no le dejaba respirar; á Antonio Coello Oliveira, tan al cabo de la vida, que tenia hecho testamento y recibidos los Sacramentos de la Iglesia; y, poniéndole las manos, le resucitó como de muerte á vida; á Andrés Rosa, apretado de recias calenturas; al capitan Antonio Correa, apretado de dolores de muerte; á otra mujer de un ciudadano, desahuciada de los médicos; á un Padre de nuestro colegio, que se llamaba Francisco Madrid, estando ya oleado, le dió la vida milagrosamente; a dos Hermanos nuestros, Andrés Martinez y Manuel de Moura, asimismo muy enfermos; al capitan Antonio de Acevedo y á la mujer de otro capitan Juan Antonio; á otro alférez, muy enfermo y á un hijo suyo que estaba en la cama con él, tocándolos con su mano; tambien al Licenciado Manuel de Vasconcelos, el cual cobró del Padre tan gran concepto, que estando ausente y afligiéndole gravísimos dolores, tomó un poco de tierra que habia pisado el P. Almeida, y la aplicó con grande fe á la parte doliente, pidiendo á Dios salud por sus merecimientos, y luego se le aplacó el dolor y quedó bueno. Cosa digna de admiracion que sea tan de participantes la virtud de un siervo de Dios, que hasta la tierra que pisa la reciba para dar milagrosa salud á los enfermos, siendo la cosa más vil y de ménos estimacion que tenemos.

Estas y otras muchas maravillas obró Dios en los últimos años de su edad por el bendito P. Juan de Almeida, las cuales están probadas en informaciones auténticas, hechas por los Ordinarios en la ciudad de Riojaneiro.

XIV

Su dichosa muerte y exequias funerales, y milagros despues de ella.

Llegóse el año de mil y seiscientos y cincuenta y tres, y el tiempo en que el siervo de Dios habia profetizado su muerte, que tan deseada tenia, para unirse perfectamente con su Dios en la bienaventuranza, y comenzó á amenazar ruina la fábrica de su cuerpo, con una pedrada que, sin saber de que mano vino, le dió en la cabeza, y se la abrió, y le derribó en el suelo, caminando por la calle á confesar á un enfermo.

Corrió mucha sangre de la herida, la cual recogieron á porfía por preciosa reliquia los que se hallaron presentes, y Dios obró por ella algunos milagros: y no fué el menor el valor que mostró el bendito Padre; porque, como esforzado capitan, que herido en la guerra no vuelve las espaldas; atándose la herida, prosiguió su camino, confesó al enfermo, y despues volvió á casa, anteponiendo la salud espiritual de su prójimo á la corporal propia.

Aunque le curaron, como la edad era tanta, siempre quedó flaco y como muro atormentado, que amenaza ruina; á lo cual se juntó la batería que él se daba de disciplinas, ayunos, cilicios y vigilias, sin remitir enfermo las ásperas penitencias que usaba sano, de manera que, gastado y consumido, le dió un accidente á los doce de setiembre, que le privó de los sentidos.

Hiciéronle varios remedios, con que mejoró algo; pero sobrevínole recia calentura, que poco á poco le fué consumiendo las fuerzas, hasta que á los veinticuatro del dicho mes dió fin á esta frágil vida, para comenzar la eterna.

Fué cosa muy notada que, faltándole el sentido exterior, no parecia que le faltaba el del alma, porque no cesaba de hacer coloquios con Dios, y decir oraciones jaculatorias, y levantar las manos al cielo con ternísimas palabras, brotando aquellas centellas del fuego divino que ardia siempre en su pecho: y lo que admira más es, que continuó las penitencias en la cama, y el dia ántes de su muerte le halló el enfermero tomando una recia disciplina, que á no quitársela, era cosa muy probable acabar con ella la vida; tal hábito tenia hecho á las penitencias y mortificaciones, que vino á morir con ellas, como buen soldado con la espada en la mano.

En divulgándose su enfermedad vino toda la ciudad á verle, llorando y clamando por su santo Padre, pidiéndole su bendicion, y besándole la mano, y tomando alguna cosa de sus pobres alhajas, de sus cartas y escritos por reliquias, como de Santo. Sangráronle una vez, y los más poderosos, tiñeron lienzos con la sangre, y la llevaron y guardaron con grande veneracion, y Dios obró por ella muchos milagros.

En los doce dias que estuvo enfermo, no cesaron de enviar Rosarios, cruces, medallas y cosas de devocion que las tocasen al santo Padre, el cual murió con la paz que habia vivido, recibidos los Sacramentos de la Iglesia, el año de mil y seiscientos y cinçuenta y tres, á veinte y cuatro de setiembre á las once y media de la noche, siendo de ochenta y dos años, y teniendo sesenta y uno de religion, lleno de merecimientos, con opinion y aclamacion de santo, confirmada con la santidad de su vida, y la multitud y grandeza de sus milagros.

No hubo bien amanecido, cuando en oyendo clamorear en nuestra casa, tocaron todas las campanas de la ciudad, correspondiendo á las de nuestro

colegio, al cual vinieron luego, sin ser llamados, los Cabildos Eclesiástico y seglar, Gobernador y Vicario, los generales y capitanes, y todas las religiones: cerráronse las tiendas, y vinieron todos los oficiales á ver y venerar á su universal bienhechor y amado Padre, y á pretender alguna de sus reliquias para su consuelo.

Tomóse por arbitrio enterrarle luego, temiendo el tumulto del pueblo y más si venia la gente de las aldeas: pusiéronse guardas armados para defender el santo cuerpo, y con toda la pompa y solemnidad imaginable, le sacaron á la iglesia con el rostro tan hermoso, que parecia un ángel.

La gente daba alaridos por llegar á tocarle, y para satisfacer á su deseo se pusieron junto á él algunos religiosos, que tocasen á sus manos y rostro las cuentas, lienzos, coronas y medallas que les daban.

Hízose el oficio con grande solemnidad de música, cera y aparato, y cuando le quisieron levantar para la sepultura, fué tal el alarido de la gente, que movidos de una santa piedad, se metian por las picas y alabardas para detenerle, lo cual visto por los gobernadores, pidieron á los Padres del colegio, que le dejasen en la caja hasta la noche, para satisfacer á la devocion del pueblo: así se hizo, remudándose las guardas, entrando unos y saliendo otros á besarle la mano, y despedirse con lágrimas de su amado Padre.

Sacóse un retrato de su rostro, de que los demás se han copiado, y llegada la noche, le enterraron en lo alto del presbiterio, en una caja de cedro, al lado de la epístola, donde no sea pisado en la tierra el que pisa las estrellas en el cielo. Dios le ha honrado con muchos milagros al paso que se humilló viviendo, de los cuales referimos algunos brevemente, que están probados jurídicamente en las informaciones que hicieron los Ordinarios.

La viuda de Manuel de Conto, ciudadano del Riojaneiro, molestada de un penoso lobanillo que le nació encima de un ojo, no pudiendo curarle con muchas medicinas, aplicándole un pedazo de lienzo teñido de la sangre del Padre Almeida, sanó instantáneamente, quedándole sola la señal para testimonio del milagro.

Domingo Gonzalez Viana, muy enfermo de asma, con dolores y calenturas, perdidos los sentidos sin poder hablar ni moverse en la cama, aplicándole un pequeño pedazo de la camisa del P. Almeida, volvió á sus sentidos y quedo del todo sano.

Juan Ferreira Coutiño, Sacerdote, estaba á la muerte de un flujo de sangre, que con ningunas medicinas se pudo restañar; aplicáronle un lienzo que estuvo sobre el rostro del P. Almeida amortajado, y luego cesó, y quedó milagrosamente sano.

Poniendo el mismo lienzo sobre la cabeza á una criatura de un año, enferma de ardientes calenturas y temblores de cuerpo, sanó instantáneamente á vista de muchos que se hallaron presentes, entre los cuales fué el médico que la tenia en los brazos y le aplicó el paño.

A Beatriz de Aguiar, matrona noble, le dió de repente un accidente que la privó de los sentidos y de poderse confesar. Aplicáronle unos cabellos del P. Almeida, y luego volvió en su acuerdo, y recuperó el habla, y quedó sana.

El barbero que sangró al P. Almeida, guardó la cinta con que le habia ligado, y con ella sanó á un hijo suyo de vehementes dolores de cabeza, atándosela con ella: con la misma sanó de semejantes dolores, aplicándosela á la cabeza, á otros cuatro que se nombran en la informacion citada.

Gonzalo Ribero, ciudadano de Riojaneiro, padecia gravísimos dolores de cuerpo, y no hallando remedio humano, aplicó á la parte lesa un pedazo de orillo, que guardó por reliquia del P. Almeida, y luego al punto estuvo sano.

Diego Coello de Alburquerque padecia asimismo gravísimos dolores de cabeza, púsose una escofia que habia usado el P. Almeida, y luego sin más tardanza se halló bueno y sano.

Ignacio de Abreu, llegó á pique de muerte por una espina que se le atravesó en la garganta, y aplicándose unas cuentas que habian tocado al cuerpo del Santo Padre, la echó luego. Y lo mismo le sucedió á una doncella que se atravesó otra espina, y con un pedazo de lienzo del P. Almeida quedó buena.

Otros dos hijos de un ciudadano de S. Pablo sanaron asimismo de recias calenturas, aplicándoles un pedazo de paño de la vestidura del Padre. Con el mismo paño sanó Manuel Ferreira de una peligrosa asma y apretura de pecho que le acababa, y lo mismo fué tocarle, que sanarle.

Una esclava de D.ª Isabel Ribeira, desahuciada de los médicos, aplicándole el mismo paño, quedó buena. Un niño de pecho, hijo de otra esclava, estando casi muerto, le pusieron sus amos con grande fe sobre la cabeza un catecismo que usaba el P. Almeida, y luego volvió el niño en sí, y tomó el pecho, con igual admiracion y consuelo de todos.

Estos y otros muchos milagros obró Dios por las reliquias é intercesion de su siervo despues de su muerte, los cuales están probados con muchos testigos en las informaciones referidas, y nosotros los dejamos por brevedad.

Todos son testigos de su grande santidad, y el mayor es su admirable vida adornada de altísimas virtudes, las cuales debemos imitar; pidamos á Dios por sus merecimientos, nos dé gracia para seguir sus pisadas y copiar en

nuestras almas sus admirables ejemplos, para que merezcamos gozar en su compañía de Dios en el cielo.

Su vida como dijimos, escribió copiosamente su Provincial el P. Simon de Vasconcelos en ocho libros en lengua Portuguesa, impresa en Lisboa año de mil y seiscientos y cincuenta y ocho, y más breve el P. Enrique Moro en la *Historia de la provincia de Inglaterra,* lib. 10, número último.

P. ANDRADE.

FIN DEL TOMO III

ÍNDICE

MISION DE FILIPINAS

	Páginas.
P. Antonio Sedeño	7
P. Nuño Riveyro	13
P. Alonso de Castro	15
P. Juan Beira	25
P. Pedro Mascareñas	27
P. Raimundo de Prads	34
P. Juan del Campo	57
P. Francisco Almerique	59
P. Francisco de Otazo	63
Agustin Sancri, Donado de la Compañía de Jesus	68
H. Francisco Bautista Hiberno	78
P. Diego de Saura	82
P. Lorenzo Massonio	113
P. Francisco de Encinas	131
P. Alonso de Humanes	133
P. Juan del Carpio	161
P. Valerio de Ledesma	164
P. Bartolomé Sanchez	170
H. Juan de Ballesteros	179
P. Francisco Paliola	105
P. Juan del Campo	107
P. Miguel Ponce	205
P. Vicente Damian	210
P. Pedro de Espinosa	216
P. Alejandro Lopez	236
P. Juan de Montiel	274
P. Estéban Jaime	281
P. Francisco Colin	286
P. Juan Bautista de Larrauri	309

MISION DE MÉJICO

P. Pedro Martinez	317
PP. Juan Bautista Segura y Luis de Quirós, con otros Mártires de la Compañía	321
P. Gonzalo de Tapia	325
P. Martin Perez	330
H. Francisco de Castro	339

P. Hernando de Villafañe 347
P. Hernando de Tobar 355
PP. Diego de Orozco y Bernardo de Cisneros 359
PP. Juan del Valle y Luis de Alabez 364
PP. Juan Fonte y Jerónimo de Moranta 369
P. Hernando de Santaren 373
P. Juan Agustin 378
P. Juan de la Plaza 383
P. Jerónimo Ramirez 392
P. Julio Pascual 400
P. Manuel Martinez 419
P. Pedro Gravina 423
P. Juan de Ledesma 431
P. Alonso Guerrero 446
P. Cornelio Beundin Godinez 468
P. Jacobo Antonio Basile 473

MISION DE CANADÁ

PP. Juan de Brebeuf y Gabriel Lallemant 481
P. Antonio Daniel 491
P. Isaac Joques 495
PP. Cárlos Garnier y Noel Chavanal 498
P. Jacobo Vhuteux 504

MISION DEL BRASIL

P. Manuel de Nobrega 509
P. Juan Azpilcueta Navarro 530
HH. Pedro Correa y Juan de Sosa 531
P Pedro Diaz, con otros once de la Compañía de Jesus 537
P. José de Anchieta 542
P. Francisco Pinto 600
P. Juan de Almeida, por otro nombre Juan Mada 605

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Alianza de amor con el Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

He aquí como traza el resúmen de la obra su mismo autor:

Hemos dado á conocer las ventajas, los elementos y el ejercicio de esta union, con lo cual se nos ha ofrecido ocasion de presentar la preciosa liga del pueblo fiel, bajo todos sus aspectos y diferentes fases.

Nos ha parecido, en su fin y motivos, muy conforme con los designios de Dios-Padre, muy adecuada al cumplimiento de las aspiraciones del Verbo divino, y muy en relacion con los impulsos que da el Espíritu Santo á las almas donde mora.

Persuadidos estamos de que, unidos íntima y eficazmente los fieles, han de adquirir una potencia sin igual, para contrarestar el poder de esa liga diabólica de los malos, que tanto daño está haciendo á las almas y al mundo.

De esta consideracion hemos pasado á otra enteramente práctica, analizando los elementos de que se compone nuestra santa liga, que están todos contenidos en la devocion al Corazon de Jesus. En ella encuentra su motor, su vínculo de union, su fin, su regla y sus armas, y con ella se facilitan las relaciones de los miembros que la componen.

Luego hemos pasado á examinar los medios con que cuenta nuestra pía union para fructificar en las almas, que son la oracion, el sacrificio, la predicacion, la direccion, la educacion, la ciencia, la polémica, la beneficencia y la autoridad. Estos medios de accion, muy poderosos ya por sí mismos, adquieren mayor vigor y energía cuando la devocion al Corazon se apodera de ellos, y los santifica, y los hace instrumentos suyos.

Precios: en rústica, 1,50 pesetas; en tela, 2.

Mes del Corazon de Jesus, por el P. Francisco Javier Gautrelet, traducido por el P. Francisco de P. Maruri, ambos de la Compañía de Jesus. Va precedido de la Vida de dicho P. Gautrelet, fundador del Apostolado de la Oracion.

Precios: en rústica, una peseta; en tela, 1,50.

Vida del P. Bernardo Francisco de Hoyos, de la Compañía de Jesus, arreglada y aumentada de como la escribió y dejó inédita el P. Juan de Loyola, por el P. José Eugenio de Uriarte, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 4 pesetas. A todos los suscritores del MENSAJERO (edicion grande ó pequeña) les ofrecemos un ejemplar á 3 pesetas.

Tesoro escondido en el Corazon de Jesus, por el P. Juan de Loyola, de la Compañía de Jesus.

Precios: en rústica, 0,75 pesetas; en tela, 1,25.

El País de la Gracia, cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas, por el P. José María Castillo, de la Compañía de Jesus.

Contiene: La Virgen de la Vega.—Mala-lengua.—El Farolon.—Doble conquista *(diálogo edificante)*.—La niña penitente.—Corazon de oro *(leyenda)*.— El aprendiz de Santo.—Navarra por Santa María ó Apóstoles y Cruceros *(tradiciones españolas)*.—Pepe bronce *(simple historia)*.—La Pascua en Taravilla *(cuento provensal)*.

Precio: en rústica, 1 peseta.

Reseña histórica de los Mártires ingleses de la Compañía de Jesus, cuyo culto ha sido recientemente aprobado por el Sumo Pontífice Leon XIII, escrita por el P. Cecilio Gomez Rodeles, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 1,50 pesetas.

Meditaciones del Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida al castellano, por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Contiene esta obra tres novenas de meditaciones, que con otras tres forman un *Mes del Corazon de Jesus.*

Precio: en tela, 1,50 pesetas.

P. GAUTRELET—**El primer Viérnes de cada mes**, santificado con la devocion al Corazon de Jesus y el retiro mensual.

Precios: en rústica, 0,40 pesetas; en tela, 0,75.

15

N7-1

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

Form 410